

# JERUSALÉN

LA BIOGRAFÍA



SIMON SEBAG  
MONTEFIORE

Lectulandia

Jerusalén es, a la vez, la capital de un poder político, objetivo de mil batallas, conquistas y destrucciones a lo largo de los siglos, y la ciudad santa de tres religiones: el lugar destinado a ser el escenario del Juicio Final profetizado por el Apocalipsis.

Simon Sebag Montefiore ha logrado el prodigio de evocar en estas páginas sus tres mil años de historia, contados a través de las vidas de quienes los protagonizaron, en una nómina que incluye reyes, políticos, conquistadores o profetas, de Salomón a Lawrence de Arabia, pasando por Abraham, Jesús o Mahoma, por Saladino, los cruzados, Suleiman el Magnífico o Winston Churchill, sin olvidar a la infinidad de hombres y mujeres comunes que han vivido, amado, sufrido o luchado en sus calles.

**Lectulandia**

Simon Sebag Montefiore

# **Jerusalén: la biografía**

ePub r1.2

JeSsE 25.11.13

Título original: *Jerusalem: the biography*

Simon Sebag Montefiore, 2011

Traducción: Rosa Salleras Puig

Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE

Corrección de erratas: el nota

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# SOBRE LOS NOMBRES, TRANSLITERACIONES Y TÍTULOS

Este libro contiene una gran variedad de nombres, lenguas y cuestiones de transliteración, algo inevitable y que supone un reto. Está dirigido a lectores no especializados y, por lo tanto, mi política consiste en utilizar los nombres más accesibles y conocidos. Mis excusas pues a los puristas a los que estas decisiones puedan ofender.

En el período judaico, y con referencia a los reyes asmoneos, utilizo sobre todo los nombres griegos, en lugar de los latinos o hebreos, por ejemplo, Aristóbulo. En el caso de los personajes secundarios utilizo su nombre hebreo en lugar del griego, por ejemplo, al cuñado de Herodes lo llamo Jonatán y no Aristóbulo a fin de evitar la confusión con los muchos otros Aristóbulos. Cuando se trata de personajes más conocidos, utilizo sus nombres más familiares: Herodes, Pompeyo, Marco Antonio, Tamerlán o Saladino. Si los nombres persas son muy conocidos, por ejemplo Ciro, utilizo esta versión. La familia de los macabeos reinó con el nombre de «dinastía asmonea», aunque por el bien de la claridad utilizo el nombre de «dinastía macabea» a lo largo de todo el libro.

En lo referente al período árabe, el desafío es aún mayor. No pretendo ser coherente. En general, utilizo las formas más conocidas, por ejemplo, Damasco en lugar de Dimashq. He suprimido el artículo árabe «al-» ante el nombre de personas, grupos o poblaciones, aunque lo he mantenido cuando aparece en el interior de nombres compuestos y la primera vez que aparece el nombre en el texto y en las notas, pero no en las subsiguientes apariciones. No utilizo marcas diacríticas. Los califas abasíes y fatimíes, y los sultanes ayubíes adoptaron en su mayor parte un nombre de reinado, un *laqab*, como por ejemplo al-Mansur. Con la única intención de facilitar la lectura, suprimo en todos los casos el artículo determinado. Utilizo «ibn» en lugar de «bin» excepto en nombres muy conocidos. En los nombres como Abu Sufyan no utilizo el genitivo árabe (que daría, por ejemplo, Muawiya ibn Abi Sufyan), insisto, en aras de la facilidad. En cuanto a las dinastías, en general denomino a la dinastía ayubí «casa de Saladino».

El uso occidental de los nombres árabes no muestra ninguna coherencia: por ejemplo, a los abasíes se los conoce por sus nombres de reinado, salvo a Harún al-Rashid, porque él alcanzó la fama gracias a los cuentos de *Las mil y una noches*. Todos los historiadores utilizan el nombre Saladino con referencia al sultán del siglo XII y pese a ello, a su hermano le dan el nombre de al-Adil. El nombre de nacimiento de Saladino era Yusuf ibn Ayyub, el de su hermano, Abu Bakr ibn Ayyub. Ambos

adoptaron los nombres honoríficos de Salah al-Din y Saif al-Din, y ambos, más tarde, utilizaron los nombres de reinado de al-Nasir (el victorioso), Saladino, y al-Adil (el justo), su hermano. A fin de facilitar la lectura, utilizo Saladino y Safedino respectivamente, en parte para evitar las confusiones entre nombres ayubís como al-Adil y al-Afdal y, en parte, para subrayar la relación entre Saladino y su hermano.

Durante el período mameluco, los historiadores suelen utilizar el nombre Baibars, en lugar de utilizar su nombre de reinado «al-Zahir», y sin embargo, luego emplean nombres de reinado para la mayoría del resto de los sultanes, excepto en el caso de al-Nasir Muhammad, para el que utilizan ambos nombres. Sigo esta tradición totalmente incoherente.

En el caso de los nombres menos conocidos del período otomano, intento utilizar la ortografía turca y no la árabe. Me he limitado a elegir la versión más reconocible: Cemal Pachá es Çemal en turco (a menudo transliterado al inglés como Djemal o Jemal).

Ya en los tiempos modernos, a Hussein ibn Ali lo llamo el jerife de La Meca o rey Hussein de Hiyaz; a sus hijos los llamo príncipe o emir (hasta que ellos también lleguen a ser reyes). Faisal y Abdalá en lugar de Faisal y Abdalá ibn Hussein. Los denomino jerifianos en los primeros tiempos y, más tarde, hachemitas. Utilizo el nombre de Abdul Aziz al-Saud en el caso del primer rey de Arabia Saudí, aunque más a menudo utilizo la versión occidentalizada, Ibn Saud. Bertha Spafford se casó con Frederick Vester, pero por coherencia la llamo Spafford en todo el texto.

Canaán, Judá, Judea, Israel, Palaestina, Bilad al-Shams, Palestina, Magna Siria, Siria Cele o Tierra Santa son sólo algunos de los nombres utilizados para describir el país de fronteras variables. Se dice que existen setenta nombres para Jerusalén. En el interior de la ciudad, la Casa de Dios, la Santa Casa o el Templo hacen todos referencia al templo judío de Jerusalén. La Cúpula, Qubbet al-Sakhra, Templo del Señor o Templum Domini se refieren a la Cúpula de la Roca; al-Aqsa es el Templo de Salomón. Har Ha-Bayit es el nombre hebreo y Haram al-Sharif el nombre árabe de la Explanada de las Mezquitas o Monte del Templo<sup>[\*1]</sup>, al que también llamo «explanada sagrada». El Santuario se refiere o bien al santo de los santos, o más tarde al Monte del Templo, que los musulmanes denominan el Noble Santuario (Haram) y que en castellano se conoce con el nombre de Explanada de las Mezquitas; para los musulmanes, los Dos Santuarios se refieren a Jerusalén y Hebrón, otro edificio construido por Herodes: la tumba de Abraham y de los Patriarcas. La anástasis, la Iglesia, el Sepulcro y Deir Sultan se refieren a la Iglesia del Santo Sepulcro. La Roca es Sakhra en árabe; la piedra fundacional es Even Hashtiyah en hebreo; el santo de los santos es Kodesh HaKodeshim. El Muro, el Kotel, el muro occidental y el Muro de las Lamentaciones y el muro de al-Buraq se refieren al lugar sagrado de los judíos. La Ciudadela y la torre de David se refieren a la fortificación de Herodes cercana la

puerta de Jaffa. La tumba de la Virgen y santa María de Josafat son el mismo sitio. El Valle de Josafat es el Valle de Kidron. La tumba de David, Nabi Daoud, el Cenáculo y Coenaculum describen el santuario en el Monte Sión. Cada una de las puertas tiene tantos nombres que cambian con tanta frecuencia que resultaría inútil enumerarlos todos.

Constantinopla y Bizancio se refieren a la Roma Oriental y a su imperio; después de 1453, utilizo el nombre Estambul para hablar de dicha ciudad. Católicos y latinos se utilizan de forma intercambiable, lo mismo que ortodoxos y griegos. Irán y Persia se utilizan indistintamente y utilizo el más accesible Iraq en lugar de Mesopotamia.

En cuanto a los títulos: los emperadores romanos eran los *princeps* en latín y más tarde *imperator*; los emperadores bizantinos se convirtieron más tarde en *basileos* en griego. En la primera época del islam, los descendientes de Mahoma fueron Comendador de los Creyentes o califa. Sultán, padishah y califa son todos ellos títulos de los monarcas otomanos; con respecto a Alemania y a Rusia, káiser y emperador en el primer caso, y zar y emperador en el segundo, se utilizan indistintamente.

*A mi querida hija Lily Bathseba*



La visión de Jerusalén es la historia del mundo;  
es más, es la historia del cielo y de la tierra.

Benjamin Disraeli, *Tancred*

La ciudad fue destruida, reconstruida, destruida y vuelta a construir.  
Jerusalén es una vieja ninfómana que exprime hasta el agotamiento  
antes de desembarazarse con un gran bostezo,  
una viuda negra que devora a su pareja mientras está penetrando.

Amos Oz, *Una historia de amor y oscuridad*

La tierra de Israel es el centro del mundo;  
Jerusalén es el centro de la tierra;  
el Sagrado Templo es el centro de Jerusalén;  
el Santo de los santos es el centro del Sagrado Templo;  
el Arca Sagrada es el centro del Santo de los santos;  
y la piedra fundacional a partir de la cual se estableció el mundo,  
está antes del Arca Sagrada.

Midrash Tanhuma, *Kedoshim 10*

El santuario de la tierra es Siria;  
el santuario de Siria es Palestina;  
el santuario de Palestina es Jerusalén;  
el santuario de Jerusalén es el Monte;  
el santuario del Monte es el lugar de culto;  
el santuario del lugar de culto es la Cúpula de la Roca.

Thaur ibn Yazid, *Fadail*

Jerusalén es la más ilustre de las ciudades.  
Y sin embargo, Jerusalén tiene algunas desventajas.  
Así, se informa de que «Jerusalén es un cáliz de oro lleno de escorpiones».

Muqaddasi, *Descripción de Siria incluyendo Palestina*

## PREFACIO

La historia de Jerusalén es la historia del mundo, pero es también la crónica de una ciudad provincial situada entre las colinas de Judea y a menudo sumida en la penuria. Hubo un tiempo en el que se consideraba a Jerusalén el centro del mundo, y hoy en día esta afirmación es más cierta que nunca: la ciudad constituye el foco de la lucha entre las religiones abrahámicas, el santuario de los cada vez más difundidos fundamentalismos cristiano, judío y musulmán, el campo de batalla estratégico de civilizaciones en conflicto, la primera línea entre el ateísmo y la fe, el centro de atención de una fascinación secular, el objeto de disparatadas teorías de la conspiración y de mitos creados por Internet, y el escenario iluminado para las cámaras del mundo en la era de los canales de veinticuatro horas de noticias. Los intereses religiosos, políticos y mediáticos se alimentan los unos a los otros para hacer de Jerusalén la ciudad más intensamente observada en la actualidad, más que nunca antes.

Jerusalén es la Ciudad Santa, y sin embargo, siempre ha sido un nido de supersticiones e intolerancia; el objeto de deseo y el trofeo de imperios, pese a carecer de valor estratégico; el hogar cosmopolita de muchas sectas, cada una de las cuales cree que la ciudad le pertenece sólo a ella; ciudad de muchos nombres y tradiciones, aunque cada tradición es tan sectaria que excluye a cualquier otra. Es éste un lugar de tanta delicadeza que la literatura sagrada judía lo describe siempre en femenino, siempre una mujer viva y sensual, siempre una belleza, aunque en ocasiones también una desvergonzada ramera, a veces una princesa herida abandonada por sus amantes. Jerusalén es la morada de un Dios, la capital de dos pueblos, el templo de tres religiones, y es la única ciudad que existe dos veces, en el cielo y en la tierra: la incomparable gracia de la ciudad terrenal no es nada comparada con las glorias de la ciudad celestial. El mismo hecho de que Jerusalén sea tanto terrestre como celestial significa que la ciudad puede existir en cualquier lugar: se han fundado nuevas Jerusalenes a lo largo y ancho del mundo y todas las personas tienen su propia visión de Jerusalén. Se dice que profetas y patriarcas, Abraham, David, Jesús y Mahoma, han hollado estas piedras. Las religiones abrahámicas nacieron allí, y también allí acabará el mundo el día del Juicio Final. Jerusalén, sagrada para los Pueblos del Libro, es indudablemente la ciudad del Libro: la Biblia es, en muchos aspectos, la propia crónica de Jerusalén, y sus lectores, desde los judíos y los primeros cristianos, pasando por los conquistadores musulmanes hasta los cruzados y los actuales evangelistas estadounidenses, han alterado reiteradamente la historia de la ciudad a fin de ver cumplidas las profecías bíblicas.

Cuando la Biblia se tradujo al griego, después al latín y más tarde al inglés y otros

idiomas, se convirtió en el libro universal e hizo de Jerusalén la ciudad universal. Todos los grandes reyes se convirtieron en un David, todos los pueblos especiales fueron los nuevos israelitas y toda noble civilización, una nueva Jerusalén, la ciudad que no pertenece a nadie y que existe para todos y en la imaginación de todos. Y ésta es la tragedia de la ciudad, y también su magia: todos los que soñaron con Jerusalén, todos los que, en cualquier época, visitaron la ciudad, desde los apóstoles de Jesús hasta los soldados de Saladino, desde los peregrinos victorianos hasta los turistas y periodistas de hoy en día, todos ellos llegan con una visión de la auténtica Jerusalén, y quedan después profundamente decepcionados por lo que encuentran, una ciudad en cambio constante que ha prosperado y que se ha contraído, que ha sido reconstruida y destruida muchas veces. Sin embargo, puesto que esto es Jerusalén, propiedad de todos, la única imagen correcta es la que traen ellos; la contaminada y sintética realidad debe cambiarse; todos tienen el derecho de imponer su «Jerusalén» sobre Jerusalén, y lo han hecho a menudo, con espadas y fuego.

Ibn Jaldún, el historiador del siglo XIV, fuente y participante al mismo tiempo de los acontecimientos relatados en este libro, observó que la historia «se busca con ansia. Los hombres de la calle aspiran a conocerla. Los reyes y dirigentes se la disputan». La afirmación es especialmente cierta en el caso de Jerusalén. Resulta imposible escribir una historia de esta ciudad sin reconocer que Jerusalén también es tema, piedra angular e incluso espina dorsal de la historia del mundo. En una época en la que el poder de la mitología de Internet significa que tanto el ratón de alta tecnología como el alfanje pueden ser armas del mismo arsenal fundamentalista, la búsqueda de los hechos históricos resulta aún más importante de lo que era para Ibn Jaldún.

Una historia de Jerusalén debe ser un estudio de la naturaleza de la santidad. La expresión «Ciudad Santa» se utiliza constantemente para describir la veneración de sus santuarios, pero lo que realmente significa es que Jerusalén se ha convertido en el lugar esencial en la tierra donde se establece la comunicación entre Dios y el hombre.

Debemos también responder a la pregunta: de todos los lugares que hay en el mundo ¿por qué Jerusalén? El lugar estaba muy alejado de las rutas comerciales de las costas mediterráneas; el agua era escasa, la tierra se cocía bajo el sol de verano y se helaba por el efecto de los vientos invernales, y las rocas erosionadas y heridas eran poco hospitalarias. Sin embargo, la elección de Jerusalén como la ciudad del Templo fue en parte decisiva y personal, en parte orgánica y evolutiva: su santidad se intensificó porque la ciudad gozaba desde hacía mucho tiempo de la condición de sagrada. La santidad exige no sólo espiritualidad y fe, sino también legitimidad y tradición. Un profeta radical presentando una nueva visión debe explicar los siglos anteriores y justificar su propia revelación en el lenguaje y la geografía aceptados de la santidad: las profecías y revelaciones anteriores y los lugares ya venerados desde

hace tiempo. Nada santifica más a un lugar que la competencia de otra religión.

A muchos visitantes ateos les repele esa santidad, puesto que la ven como una superstición infecciosa en una ciudad que sufre una pandemia de intolerancia farisea. Sin embargo, ese rechazo significa negar la profunda necesidad humana de tener una religión, sin la cual es imposible comprender Jerusalén. Las religiones deben explicar los frágiles placeres y las perpetuas ansiedades que desconciertan y asustan a la humanidad: necesitamos sentir una fuerza superior a nosotros mismos. Respetamos la muerte y deseamos encontrar sentido en ella. Como punto de encuentro entre Dios y el hombre, Jerusalén es el lugar en el que estas cuestiones se resuelven en el Apocalipsis: el Final de los Días cuando estallará la guerra, se libraré la batalla entre Cristo y el anti-Cristo, la Kaaba llegará a Jerusalén desde La Meca, se celebrará el Juicio Final, resucitarán los muertos, llegará el reinado del Mesías y se abrirá el Reino de los Cielos; la Nueva Jerusalén. Las tres religiones abrahámicas creen en el Apocalipsis, aunque los detalles varían según la secta y la fe, y aunque los laicistas tal vez consideren que no se trata más que de un arcaico galimatías, lo cierto es que, por el contrario, este tipo de ideas son demasiado actuales. En esta época de fundamentalismo judío, cristiano y musulmán, el Apocalipsis representa una fuerza dinámica en la febril política del mundo.

La muerte es nuestra compañera constante: hace tiempo que los peregrinos llegan a Jerusalén para morir y ser enterrados en los alrededores del monte del Templo, o Explanada de las Mezquitas, el nombre por el que lo conocen los musulmanes, y así estar preparados para levantarse otra vez durante el Apocalipsis, y siguen llegando. La ciudad está rodeada de cementerios, y se sustenta sobre cementerios; se veneran las marchitas reliquias de antiguos santos, y todavía se exhibe la mano derecha desecada y ennegrecida de María Magdalena en la sala del piso superior ortodoxa griega de la iglesia del Santo Sepulcro. Alrededor de las tumbas se han construido muchos santuarios, incluso casas particulares. La negrura de esta ciudad de los muertos surge no sólo de una especie de necrofilia, sino también de la nigromancia: aquí, los muertos están casi vivos, incluso mientras esperan la resurrección. La interminable lucha por Jerusalén, masacres, caos, guerras, terrorismo, asedios y catástrofes, han convertido este lugar en un campo de batalla, en palabras de Aldous Huxley, en el «matadero de las religiones»; en las de Flaubert, un «mausoleo». Melville calificó a la ciudad de «calavera» asediada por «los ejércitos de los muertos»; y Edward Said recordaba que su padre había odiado Jerusalén porque «le hacía pensar en la muerte».

Este santuario del cielo y de la tierra no siempre evolucionó con buena fortuna. Las religiones surgen a partir de una chispa revelada a un profeta carismático, Moisés, Jesús o Mahoma. Los imperios se fundan y las ciudades se conquistan gracias a la energía y a la suerte de un caballero guerrero. Las decisiones de algunas



personas, la primera de ellas el rey David, hicieron de Jerusalén lo que hoy es Jerusalén.

Las probabilidades de que la pequeña ciudadela de David, capital de un también pequeño reino, se convirtiera en el centro de atención del mundo eran escasas. Resulta irónico que la destrucción de Nabucodonosor fuera la que creara el modelo de santidad, porque dicha catástrofe impulsó a los judíos a dejar constancia de las glorias de Sión y a aclamarlas. Este tipo de cataclismos solían desembocar en la desaparición de los pueblos, pero la exuberante supervivencia de los judíos, su obstinada devoción a su Dios y, sobre todo, el hecho de que dejaran constancia de su versión de la historia en la Biblia pusieron los cimientos de la fama y de la santidad de Jerusalén. La Biblia tomó el lugar del estado judío y del templo y se convirtió, en palabras de Heinrich Heine, en la «madre patria portátil de los judíos, la Jerusalén portátil». Ninguna otra ciudad tiene su propio libro y ningún otro libro ha guiado de ese modo los destinos de una ciudad.

La santidad de la ciudad nació y creció de la excepcionalidad de los judíos como el Pueblo Elegido. Jerusalén se convirtió en la Ciudad Elegida, Palestina en la Tierra Elegida y cristianos y musulmanes heredaron y abrazaron su carácter excepcional. La suma santidad de Jerusalén y de la tierra de Israel se reflejó en la creciente obsesión religiosa por el regreso de los judíos a Israel y el entusiasmo de Occidente por el sionismo, su equivalente laico, entre la Reforma del siglo XVI en Europa y la década de los setenta del siglo XX. Desde entonces, la narrativa trágica de los palestinos, en la que Jerusalén figura como su Ciudad Santa perdida ha alterado la percepción de Israel. Por lo tanto, la fijación occidental, este sentido de propiedad universal, puede funcionar en ambos sentidos: tiene sus pros y sus contras, y puede ser una espada de doble filo. En la actualidad, se refleja en el escrutinio al que están sometidos Jerusalén y el conflicto entre Israel y Palestina, más intenso y más emocional que cualquier otro conflicto en la tierra.

Aun así, nada es tan sencillo como parece. La historia se nos presenta a menudo como una serie de vaivenes brutales y cambios de rumbo violentos, pero quiero demostrar que Jerusalén fue en numerosas ocasiones una ciudad de continuidad y coexistencia, una metrópolis híbrida de edificios híbridos y población híbrida que desafía las categorizaciones limitadas pertenecientes a las diferentes leyendas religiosas y a las interpretaciones nacionalistas de los últimos tiempos. Por esta razón, siempre que sea posible, sigo la historia a través de las familias, la de David, los Macabeos, la de Herodes, los omeyas y las casas de Balduino y de Saladino, hasta los Husseiní, los Khalidi, los Spafford, Rothschild y Montefiore, que revelan los patrones orgánicos de la vida que desafían los abruptos incidentes y las narrativas sectarias de la historia convencional. En Jerusalén no hay sólo dos bandos, sino muchas culturas interconectadas que se solapan y lealtades estructuradas en capas, un caleidoscopio

cambiante de múltiples facetas compuesto por árabes ortodoxos, árabes musulmanes, judíos sefardíes, judíos asquenazíes, jaredís descendientes de una legión de cortes, judíos laicos, ortodoxos armenios, georgianos, serbios, rusos y coptos, protestantes, etíopes, latinos, y más. Una única persona puede rendir varias lealtades a diferentes identidades, el equivalente humano de las capas de roca y polvo de Jerusalén.

De hecho, la importancia de la ciudad ha tenido sus altos y sus bajos, nunca quieta, siempre en estado de transformación, igual que una planta que cambia de forma, de tamaño, incluso de color, y que pese a ello permanece siempre enraizada en el mismo lugar. La última manifestación insustancial, Jerusalén como «Ciudad Santa sagrada para las tres religiones», mediática y de permanente presencia en los canales de veinticuatro horas de noticias, es relativamente reciente. Hubo siglos en los que Jerusalén pareció perder su importancia religiosa y política. En muchos casos, era la necesidad política, y no la revelación divina, la que estimuló e inspiró de nuevo la devoción religiosa.

En todas las ocasiones en las que Jerusalén pareció más olvidada y poco importante, fue, en general, la «bibliolatría», la idolatría de la Biblia, el ferviente estudio de la verdad bíblica por personas en tierras lejanas, La Meca, Moscú o Massachusetts, la que proyectó su fe de nuevo sobre Jerusalén. Todas las ciudades son ventanas que se abren a modos de pensar extranjeros, pero ésta es también un espejo de dos caras que deja al descubierto su vida interior, al mismo tiempo que refleja el mundo exterior. Fuera cual fuera la época, de fe absoluta, de intolerante construcción de imperios, de revelación evangélica o de nacionalismo laico, Jerusalén se convirtió en su símbolo, y en su trofeo. Sin embargo, igual que en los espejos de un circo, las imágenes se reflejan siempre distorsionadas, a menudo imprevisibles.

Jerusalén tiene la costumbre de decepcionar y de atormentar a visitantes y conquistadores. El contraste entre la ciudad real y la celestial es tan terrible que cada año, el manicomio de la ciudad recibe a cientos de pacientes afectados por el síndrome de Jerusalén, una demencia de esperanzas, decepciones e ilusiones. Sin embargo, el síndrome de Jerusalén también es político: Jerusalén desafía a la sensatez, a la política práctica y a la estrategia, puesto que existe en el reino de las feroces pasiones y de las emociones invencibles, impermeable a la razón.

Incluso la victoria en esta lucha por el dominio y la verdad no hace más que intensificar la santidad de la ciudad para otros. Cuanto más codicioso el poseedor, tanto más dura la competencia, y más visceral la reacción. Aquí impera la ley de las consecuencias no buscadas.

Ningún otro lugar suscita tal deseo de posesión exclusiva, un celoso afán que, pese a ello, resulta irónico, puesto que la mayor parte de los sepulcros de Jerusalén y las historias que los acompañan son prestados o robados, y antes pertenecieron a otra religión. El pasado de la ciudad es a menudo imaginario. Prácticamente cada una de

las piedras se levantó en algún momento en algún templo olvidado de otra fe, en arco de triunfo de otro imperio. La mayor parte de las conquistas, aunque no todas, vinieron acompañadas por el instinto de borrar las manchas de otras fes y de apropiarse de sus tradiciones, historia y lugares. Se destruyó mucho, pero solía ser más frecuente que los conquistadores no destruyeran lo que existía anteriormente sino que lo reutilizaran y ampliaran. Los lugares significativos como la Explanada de las Mezquitas, la Ciudadela, la Ciudad de David, el Monte Sión y la iglesia del Santo Sepulcro, no presentan capas diferenciadas de historia sino que son más como palimpsestos, trabajos de bordado en el que los hilos de seda están tan entretejidos que ahora resulta imposible separarlos.

La rivalidad por poseer la infecciosa santidad de los otros ha conducido a que algunos de los sepulcros sean sagrados para las tres religiones, primero sucesivamente y más tarde simultáneamente; los reyes lo han decretado y los hombres han muerto por ellos; aun así, hoy en día están casi olvidados: el Monte Sión ha sido el escenario de la frenética veneración judía, musulmana y cristiana, pero en la actualidad los peregrinos musulmanes o judíos apenas lo visitan y de nuevo es, sobre todo, cristiano.

En Jerusalén la verdad es a menudo menos importante que el mito, «En Jerusalén, no me pregunten por la historia de los *hechos*», declara el eminente historiador palestino, el doctor Nazmi al-Jubeh. «Eliminen la ficción y no queda nada». Aquí, el poder de la historia es tan corrosivo que se distorsiona una y otra vez: la arqueología es en sí misma una fuerza histórica y los arqueólogos, reclutados para apropiarse del pasado en beneficio del presente, han ostentado a veces tanto poder como los soldados. Una disciplina cuyo objetivo es ser objetiva y científica puede ser utilizada para racionalizar prejuicios étnicos y religiosos y justificar las ambiciones imperiales. Los israelíes, los palestinos y los imperialistas evangélicos del siglo *XI* fueron todos culpables de apropiarse de los mismos acontecimientos y de asignarles sentidos y hechos contradictorios. Así pues, una historia de Jerusalén tiene que ser una historia de verdad y leyenda al mismo tiempo. No obstante, los hechos existen, y este libro tiene el propósito de explicarlos, por muy desagradables que les resulten a uno u otro lado.

Mi objetivo aquí es el de escribir la historia de Jerusalén en su más amplio sentido, dirigida a los lectores en general, sean ateos o creyentes, cristianos, musulmanes o judíos, sin ninguna intención o propósito políticos, ni siquiera habida cuenta del conflicto actual.

Explico la historia cronológicamente, a través de las vidas de los hombres y mujeres, soldados y profetas, poetas y reyes, campesinos y músicos, y de las familias que construyeron Jerusalén. Creo que ésta es la mejor manera de darle vida a la ciudad y mostrar cómo sus complejas e inesperadas verdades son el resultado de esta

historia. Sólo por medio de una narración cronológica puede el escritor evitar caer en la tentación de ver el pasado a través de las obsesiones del presente. He intentado evitar la teleología, escribir la historia como si cada acontecimiento fuera inevitable. Puesto que cada mutación es una reacción a la mutación que la precedió, la cronología es el mejor modo de entender esta evolución, y de responder a la pregunta, ¿por qué Jerusalén?, y de mostrar por qué la gente actuó de la forma que lo hizo. Confío en que ésta sea también la manera más amena de explicarla. ¿Quién soy yo para echar por tierra una historia que, usando un manido cliché de Hollywood, en este caso bien merecido, es la historia más grande jamás contada? Entre los miles de libros que tratan de Jerusalén, muy pocos de ellos son realmente historias narrativas. Aunque conocemos bien cuatro épocas, David, Jesús, las cruzadas y el conflicto árabe-israelí, gracias a la Biblia, a las películas, a las novelas y a las noticias, lo cierto es que con frecuencia todavía siguen malinterpretándose. En cuanto al resto, deseo sinceramente hacerles descubrir a los lectores una parte de la historia muy olvidada.

Ésta es una historia que sitúa a Jerusalén en el centro de la historia mundial, pero no tiene la intención de ser una enciclopedia de cada uno de los aspectos de Jerusalén, ni tampoco una guía de cada nicho, capitel o arco de cada edificio. No se trata de una historia pormenorizada de los ortodoxos, latinos o armenios, ni de las escuelas de leyes hanafí o shafí, ni de los judíos jasídicos o caraítas, ni tampoco está explicada desde algún punto de vista específico. La vida de la ciudad musulmana desde los mamelucos, en general, ha sido dejada de lado. Las grandes familias de Jerusalén han sido estudiadas por los historiadores de la experiencia palestina, pero los autores más leídos apenas se han ocupado de ellas. Las historias de estas familias han tenido y siguen teniendo una gran importancia; algunas fuentes fundamentales todavía no están disponibles en inglés, pero las he hecho traducir del árabe, y he entrevistado a miembros de las familias pertenecientes a esos clanes para conocer su historia. No obstante, son sólo una parte del mosaico. Ésta no es una historia del judaísmo, ni del cristianismo ni del islam, ni tampoco un estudio sobre la naturaleza de Dios en Jerusalén: todo ello ya ha sido sobradamente estudiado por otros más expertos, en el reciente pasado, en la excelente *Historia de Jerusalén: una ciudad y tres religiones* de Karen Armstrong. Tampoco es ésta una historia detallada del conflicto entre Israel y Palestina: ningún tema en la actualidad se estudia con mayor obsesión. Sin embargo, mi gran reto es abarcar todas estas cuestiones, y en su justa medida, especialmente mi tarea consiste en seguir los hechos, y no en pronunciarme a favor o en contra de alguno de los misterios de las diferentes religiones y, por supuesto, no reivindico el derecho a juzgar si las maravillas divinas y los textos sagrados de las tres grandes religiones son «verdad». Cualquiera que estudie la Biblia o Jerusalén tiene que reconocer que existen muchos niveles de verdad. Las creencias de otras religiones y de otras épocas nos parecen extrañas, mientras que las



costumbres de nuestro tiempo y entorno que nos resultan familiares nos parecen siempre de lo más razonable. Incluso en el siglo XXI, al que muchos parecen considerar como el auténtico punto culminante de la razón laica y del sentido común, tiene su propia sabiduría convencional y sus ortodoxias casi religiosas que parecerán incomprensiblemente absurdas a nuestros bisnietos. Sin embargo, el efecto de las religiones y de sus milagros en la historia de Jerusalén es innegablemente real y es imposible conocer Jerusalén sin sentir algún respeto por la religión.

En la historia de Jerusalén hay siglos de los que se conoce muy poco y en los que todo resulta controvertido. Al tratarse de Jerusalén, los debates académicos y arqueológicos son siempre tóxicos y en ocasiones violentos, e incluso han desembocado en disturbios y peleas. Los acontecimientos en el último medio siglo son tan controvertidos que existen muchas versiones de ellos.

En lo que se refiere a los primeros tiempos, historiadores, arqueólogos y chiflados por igual han estrujado, moldeado y manipulado las pocas fuentes disponibles para adaptarlas a cualquier teoría posible que después han defendido con la total confianza que da la certidumbre absoluta. En todos los casos, antes de llegar a una conclusión, he revisado las fuentes originales y las numerosas teorías. Si he conseguido curarme en salud exhaustivamente en cada una de estos casos, las palabras y expresiones más frecuentes en este libro deberían ser «quizás», «tal vez», «probablemente», «es posible» y «podría ser que». Por lo tanto, no las he incluido en todas las ocasiones apropiadas, pero le pido al lector que comprenda que tras cada frase hay una cantidad colosal y siempre cambiante de obras de referencia publicadas. Cada sección ha sido examinada, revisada y leída por un especialista. Tengo la suerte de haber recibido la ayuda en mi trabajo de algunos de los catedráticos en activo más distinguidos de hoy en día.

La más delicada de estas controversias es la del rey David, por la carga que conllevan sus consecuencias políticas, y por su actualidad. Incluso en su aspecto más científico, este debate se ha llevado de forma mucho más dramática y con una acritud muy superior a la que podríamos encontrar en cualquier otro lugar y sobre cualquier otro tema, excepto tal vez el de la naturaleza de Jesús y de Mahoma. La Biblia ha sido la fuente utilizada para narrar la historia de David, cuya vida histórica, durante mucho tiempo, se dio por sentada. En el siglo XIX, el interés imperialista cristiano por Tierra Santa inspiró la búsqueda arqueológica de la Jerusalén de David. La creación del estado de Israel en 1948 condujo el carácter cristiano de esta investigación, y la condición de David de fundador de la Jerusalén judía le confirió un apasionado significado político-religioso. Debido a la escasez de testimonios de la Jerusalén del siglo X, los historiadores revisionistas israelíes restaron importancia a la ciudad de David. Algunos incluso cuestionaron la existencia real de David, el personaje histórico, provocando la indignación de los tradicionalistas judíos y el regocijo de los

políticos palestinos, porque esa duda debilitaba las reivindicaciones judías. Sin embargo, el descubrimiento de la estela Tel Dan demostró que el rey David había existido. Aunque la Biblia no se escribiera principalmente como historia, constituye no obstante una fuente histórica, y la he utilizado para narrar mi historia. La extensión de la Ciudad de David y la fiabilidad de la Biblia se analizan en este texto; con respecto al conflicto actual sobre la ciudad de David, véase el epílogo.

Ya en tiempos muy posteriores, resulta imposible escribir sobre el siglo XIX sin sentir la sombra de *Orientalismo* de Edward Said. Said, un cristiano palestino nacido en Jerusalén, catedrático de literatura en la Universidad de Columbia en Nueva York, y una voz política original en el mundo del nacionalismo palestino, sostenía que el «sutil y persistente prejuicio eurocéntrico contra los pueblos árabes musulmanes y su cultura», en particular entre los viajeros del siglo XIX tales como Chateaubriand, Melville y Twain, devaluó la cultura árabe y justificó el imperialismo. No obstante, la propia obra de Said inspiró a algunos de sus acólitos a intentar atomizar y hacer desaparecer a los intrusos occidentales de la historia: esto es absurdo. Es cierto, no obstante, que estos visitantes apenas vieron y comprendieron muy poco de la auténtica vida de la Jerusalén árabe y judía y, como ya he explicado antes, me he esforzado por mostrar la vida real de la población indígena. Ahora bien, este libro no pretende levantar polémica y el historiador de Jerusalén debe mostrar la influencia dominante de la cultura romántica occidental e imperial sobre la ciudad porque dicha influencia explica por qué Oriente Medio importaba tanto a las grandes potencias.

De forma similar, he descrito el progreso del pro sionismo británico, laico y evangélico, desde Palmerston y Shaftesbury hasta Lloyd George, Balfour, Churchill y su amigo Weizmann, por la sencilla razón de que ésta fue la única influencia, y la más decisiva, en el destino de Jerusalén y de Palestina en los siglos XIX y XX.

Termino el cuerpo central del libro en 1967 porque, fundamentalmente, la guerra de los Seis Días creó la situación actual y porque proporciona un punto decisivo en el que detenerse. El epílogo describe la política de forma cronológica y ordenada y la lleva hasta el día de hoy, y termina describiendo una estampa pormenorizada de una mañana típica en los tres Santos Lugares. Sin embargo, la situación está en cambio constante. Si tuviera que continuar la historia hasta el presente, el libro no tendría un final claro y necesitaría ser actualizado casi cada hora. En lugar de ello, he intentado mostrar por qué Jerusalén sigue siendo hoy la esencia y el obstáculo a un acuerdo de paz.

Este trabajo es una síntesis basada en extensas lecturas de las fuentes primarias, antiguas y modernas, en seminarios personales con especialistas, catedráticos, arqueólogos, familias y estadistas, y en innumerables visitas a Jerusalén, a los santuarios y a las excavaciones arqueológicas. He tenido la suerte de descubrir algunas fuentes nuevas o muy poco utilizadas. Mi investigación me ha proporcionado

tres alegrías especiales: la de poder pasar largas temporadas en Jerusalén; la de leer los maravillosos trabajos de escritores desde Usamah bin Munqidh, Ibn Jaldún, Evliya Çelebi, Wasif Jawhariyyeh hasta Guillermo de Tiro, Josefo y T. E. Lawrence; y la tercera, la de tener la amistad y haber contado con la ayuda confiada y generosa, entre las feroces crisis políticas, de jerosolimitanos de todas las sectas, palestinos, israelíes y armenios, musulmanes, judíos y cristianos.

Siento que llevo toda la vida preparándome para escribir este libro. Llevo paseando por Jerusalén desde niño. Por una conexión familiar, relatada en este libro, «Jerusalén» es el lema de mi familia. Cualquiera que sea el vínculo personal, estoy aquí para contar la historia de lo que ocurrió y de lo que creyó la gente. Regresando al principio, siempre han existido dos Jerusalenes, la temporal y la celestial, ambas gobernadas más por la fe y por la emoción que por la razón y los hechos. Y Jerusalén sigue siendo el centro del mundo.

A no todos les gustará mi enfoque, al fin y al cabo, esto es Jerusalén. No obstante, mientras escribía el libro, siempre recordé el consejo que Lloyd George le dio a Storrs, su gobernador en Jerusalén, ferozmente criticado tanto por judíos como por árabes: «Muy bien. Si alguna de las dos partes deja de quejarse, será usted destituido».<sup>[1]</sup>

# PRÓLOGO

El día 8 del mes judío de Ab, finales de julio del año 70 d. C., Tito, el hijo del emperador romano Vespasiano, al mando de las tropas que asediaban Jerusalén desde hacía ya cuatro meses, ordenó que todo su ejército al completo se dispusiera a lanzar un asalto sobre el Templo al amanecer. Al día siguiente se cumplían quinientos años exactos de la destrucción de Jerusalén a manos de los babilonios. Tito estaba al frente de un ejército de cuatro legiones, un total de sesenta mil legionarios romanos y tropas auxiliares locales ansiosos por asestarle el golpe final a la desafiante, aunque deshecha, ciudad. En el interior de sus murallas, alrededor de medio millón de hambrientos judíos sobrevivían en condiciones infernales: si bien algunos de ellos eran fanáticos religiosos y otros, bandoleros a la caza de botín, lo cierto es que la mayoría de la población la formaba familias inocentes sin posibilidad de escapar de esa formidable trampa mortal. Un gran número de judíos vivía fuera de Judea, instalados a lo largo y ancho del Mediterráneo y del Próximo Oriente, y esta última lucha desesperada decidiría no sólo el destino de la ciudad y de sus habitantes, sino también el futuro del judaísmo y del pequeño culto judeocristiano, e incluso, observando los acontecimientos de seis siglos más tarde, la forma que adquiriría el islam.

Pese a las rampas que habían construido para escalar los muros del Templo, los asaltos de los romanos no lograron penetrar en la fortaleza. Algo antes aquel mismo día, Tito les había dicho a sus generales que su esfuerzo por preservar ese «templo extranjero» le estaba costando demasiados soldados, y había ordenado incendiar las puertas del Templo. La plata de las puertas se había fundido y había extendido el fuego a los pórticos de madera, ventanas y fijaciones, y de ahí a la madera amontonada en los corredores del Templo. Tito ordenó entonces apagar el fuego. Los romanos, declaró, no «se debían vengar en las paredes y piedras sin alma» en lugar de en los hombres. Después se retiró a pasar la noche en su cuartel general instalado en la torre de la fortaleza Antonia, medio en ruinas y situada en una zona alta que dominaba el reluciente complejo del Templo.

Tan espeluznantes eran las escenas que se desarrollaban alrededor de las murallas que parecía que el infierno había invadido la tierra. Miles de cuerpos se pudrían bajo el sol, el hedor era insoportable y manadas de perros y chacales se daban un festín de carne humana. Unos meses antes, Tito había ordenado que todos los prisioneros y los desertores fueran crucificados, y quinientos judíos eran crucificados cada día. El monte de los Olivos y las colinas rocosas y escarpadas que rodeaban la ciudad estaban tan abarrotados de cruces que apenas quedaba ya espacio para más, ni

tampoco árboles con los que construirlos.<sup>[1]</sup> Los soldados de Tito se divertían clavando a sus víctimas en las posiciones más absurdas. Tan desesperados estaban muchos jerosolimitanos por escapar de la ciudad que al salir se tragaban sus monedas a fin de ocultar su tesoro, que esperaban recuperar una vez estuvieran a salvo de los romanos. Aparecían «hinchados por el hambre e inflamados como hombres que padecieran hidropesía», pero si comían, «reventaban». Cuando a los primeros les estallaron las tripas, los soldados descubrieron los hediondos tesoros intestinales, así que empezaron a destripar a todos los prisioneros y a buscar en sus intestinos mientras todavía estaban vivos. Tito, escandalizado, intentó prohibir estos saqueos anatómicos. Vano empeño: las tropas auxiliares sirias de Tito, que odiaban a los judíos, y a las que los judíos odiaban con la maldad de los vecinos, disfrutaban con estos juegos macabros.<sup>[2]</sup> Las crueldades perpetradas por los romanos y por los rebeldes en el interior de las murallas son comparables a algunas de las peores atrocidades cometidas en el siglo xx.

La guerra había empezado cuando la ineptitud y la avaricia de los gobernadores romanos impulsaron incluso a la aristocracia de Judea, los aliados judíos de Roma, a hacer causa común con una revuelta religiosa popular. Los insurgentes eran una mezcla de judíos religiosos y bandidos oportunistas que habían aprovechado la decadencia y posterior caída del emperador Nerón, y el caos posterior a su suicidio, y se habían unido para expulsar a los romanos y reinstaurar un estado judío independiente en torno al Templo. Sin embargo, la revolución judía empezó de inmediato a consumirse a sí misma en sangrientas purgas y guerras de bandas.

Después de Nerón, tres emperadores romanos asumieron el gobierno en rápida y caótica sucesión. Tras ser nombrado emperador, Vespasiano envió a Tito a tomar Jerusalén, ciudad que, en aquel momento, estaba dividida entre tres señores de la guerra en constante lucha. Al principio, los señores de la guerra judíos habían librado sus batallas campales en los patios del Templo, por donde corrieron ríos de sangre, antes de saquear la ciudad. Sus combatientes irrumpieron en los barrios más prósperos asaltando las casas y desvalijándolas a conciencia, matando hombres y violando mujeres «por juego y pasatiempo». Enardecidos por su poder y la excitación de la cacería, y probablemente intoxicados por el vino robado, «ardían de lujuria y deseo desordenado de las mujeres, vestidos con hábitos de las mujeres, arreados los cabellos y lavados con ungüentos, hermoseábanse los ojos». Esos asesinos provincianos que se pavoneaban vestidos con «túnicas de delicados tintes», mataban a cualquiera que se cruzara en su camino, y en su ingeniosa depravación, «inventaron placeres prohibidos». Jerusalén, entregada a una «suciedad demasiada», se convirtió en «lugar deshonesto y público» y cámara de tortura, aunque nunca dejó de ser un santuario.<sup>[3]</sup>

De algún modo, el Templo siguió funcionando. En abril, antes de la llegada de los

romanos a las puertas de la ciudad, los peregrinos habían acudido a celebrar la Pascua judía. La población de Jerusalén solía acercarse a los veinte mil habitantes, pero los romanos habían dejado atrapados en la ciudad a los peregrinos y a una gran cantidad de refugiados de la guerra, de modo que ahora la habitaban cientos de miles de personas. Los cabecillas rebeldes no dejaron de luchar entre ellos hasta que Tito rodeó las murallas de la ciudad, cuando por fin unieron a sus 21 000 guerreros para enfrentarse unidos a los romanos.

La ciudad que Tito vio por primera vez desde el monte Scopus, nombre derivado de la expresión griega «mirar», *skopeo*, era, en palabras de Plinio, «sin duda la ciudad más celebrada del este», una metrópoli próspera y vibrante construida alrededor de uno de los templos más extraordinarios del mundo antiguo, en sí mismo una exquisita obra de arte a una escala inmensa. Jerusalén existía desde hacía miles de años, pero esta ciudad de numerosas murallas y torres, situada a caballo entre dos montañas en medio de los áridos peñascos de Judea, nunca había sido tan populosa o tan imponente como en el siglo I d. C.: es más, hasta el siglo XX, Jerusalén nunca volvería a recuperar esa grandeza. Esta Jerusalén era el logro de Herodes el Grande, el brillante y psicótico rey de Judea cuyos palacios y fortalezas habían sido construidos a una escala tan monumental, y tan lujosa era su decoración, que el historiador judío Josefo afirma que no le es «posible declarar[lo] con palabras».

La portentosa gloria del propio Templo eclipsaba cualquier otra cosa. «Después de salido el sol, relucía con un resplandor como de fuego, de tal manera que los ojos de los que lo miraban no podían sostener la vista». Cuando los extranjeros, como por ejemplo Tito y sus legionarios, veían por primera vez este Templo, les parecía «una montaña blanca de nieve». Los judíos piadosos sabían que en el centro de los patios de esta ciudad, dentro de la ciudad, en la cumbre del monte Moria, había una minúscula sala de santidad suprema que contenía prácticamente nada. En ese espacio se concentraba el centro de lo más sagrado de los judíos: el Santo de los santos, la morada de Dios.

El Templo de Herodes era un santuario, pero también era una fortaleza casi inexpugnable en el interior de la ciudad amurallada. Los judíos, alentados por la debilidad romana en el año de los cuatro emperadores, y amparados por las altas cortadas a pico de Jerusalén, sus fortificaciones y el propio laberíntico Templo, hicieron gala de una confianza presuntuosa al enfrentarse a Tito. Al fin y al cabo, llevaban desafiando a Roma casi cinco años. Tito, no obstante, poseía la autoridad, la ambición, los recursos y el talento necesarios para llevar a cabo la misión que le habían encomendado, y emprendió la tarea de reducir Jerusalén con eficiencia sistemática y una fuerza abrumadora. En los túneles junto a la muralla occidental del Templo se han encontrado proyectiles de ballesta, posiblemente disparados por el ejército de Tito, que dan testimonio de la intensidad del bombardeo romano. Los

judíos defendieron cada palmo con un abandono casi suicida. Aun así, Tito, que disponía de un completo arsenal de armas de asedio, catapultas y la habilidad de los ingenieros romanos, superó la primera muralla en quince días, condujo a un millar de legionarios hasta el laberinto de los mercados de Jerusalén y tomó por asalto la segunda muralla. Los judíos, sin embargo, hicieron una salida y reconquistaron la muralla, que tuvo que ser asaltada de nuevo. Tito intentó a continuación intimidar a la ciudad haciendo desfilar a su ejército luciendo sus centelleantes corazas, cascos y espadas, banderas ondeando al viento, águilas refulgentes y «caballos muy adornados». Miles de jerosolimitanos congregados en almenas y bastiones pudieron admirar sobrecogidos «la gentileza de las armas». Los judíos persistieron en su desafío, o tal vez les tenían demasiado miedo a sus señores de la guerra, y obedecieron las órdenes: no rendirse.

Finalmente, Tito decidió rodear y sellar toda la ciudad construyendo una muralla de circunvalación. A finales de junio, los romanos se lanzaron al asalto contra la maciza fortaleza Antonia que dominaba en altura al Templo y la arrasó por completo, salvo por una torre en la que estableció su puesto de mando.

A mediados de verano, mientras los bosques de cadáveres crucificados cubiertos de moscas seguían brotando en las áridas y rocosas colinas, una sensación de desastre inminente, el fanatismo intransigente, el sadismo caprichoso y una hambruna aguda assolaban el interior de la ciudad. Bandas armadas merodeaban en busca de comida. Los niños comían de las manos de sus padres y las madres les robaban las migajas a sus propios hijos. Las puertas cerradas sugerían provisiones ocultas y los guerreros forzaban la entrada y empalaban a sus víctimas para obligarlas a revelar los escondites del grano. Si no encontraban nada, se comportaban con una «crueldad aún más bárbara», como si les hubieran «estafado». Aun cuando los propios combatientes todavía tuvieran comida, mataban y torturaban por costumbre, «prosiguiendo su locura desenfundadamente». Jerusalén estaba desgarrada por las cazas de brujas, sus habitantes se denunciaban los unos a los otros acusándose de acaparador o traidor. Ninguna otra ciudad, reflexionaba Josefo, testigo presencial de los hechos, «hubo que tal sufriese, ni creo que hubo nación en el mundo tan feroz y tan dispuesta para toda maldad y bellaquería».<sup>[4]</sup>

Los jóvenes recorrían las calles «igual que sombras, todos hinchados por el hambre, y caían muertos allá donde les encontraba su miseria». Había quien moría intentando dar sepultura a sus familiares, y a otros, por descuido, los enterraban mientras todavía respiraban. El hambre devoró a familias enteras en sus hogares. Los jerosolimitanos vieron morir a sus seres queridos «con los ojos secos y la boca abierta, un profundo silencio y una especie de noche mortal invadió la ciudad», pero todos los que perecieron lo hicieron «con la vista fija en el Templo». Los cadáveres se amontonaban en las calles y al cabo de poco tiempo, contraviniendo la ley judía,

nadie enterraba ya a los muertos en esta enorme sepultura. Tal vez Jesucristo había presentido esto cuando vaticinó el Apocalipsis futuro diciendo «deja que los muertos entierren a sus muertos». En ocasiones, los rebeldes se limitaban a arrojar los cuerpos por encima de las murallas y los romanos los dejaban que se pudrieran en hediondos montones. Y pese a todo ello, los rebeldes seguían luchando.

Tito, un soldado romano muy poco remilgado que había matado doce judíos con su propio arco en su primera escaramuza, quedó horrorizado y estupefacto: sólo pudo lamentarse ante los dioses de que eso no era obra suya. El «querido... y el placer para la raza humana» era conocido por su generosidad. «Amigos, he perdido un día», solía decir cuando no había encontrado el tiempo de entregarles regalos a sus camaradas. Robusto y franco y con la barbilla partida, labios generosos y rostro redondo, Tito estaba demostrando su competencia militar, y que era un hijo popular del nuevo emperador Vespasiano: la consolidación de su dinastía dependía de su victoria sobre los rebeldes judíos.

Numerosos renegados judíos formaban parte del entorno de Tito, entre ellos tres jerosolimitanos: un historiador, un rey y (según parece) una reina por partida doble, que compartía la cama del César. El historiador, y consejero de Tito, era Josefo, un comandante judío rebelde que había desertado para unirse a los romanos, y la única fuente de esta crónica. El rey era Herodes Agripa II, un judío muy romano educado en la corte del emperador Claudio y antiguo supervisor del Templo judío construido por su abuelo Herodes el Grande que solía residir en su palacio de Jerusalén, aunque gobernara territorios dispares al norte de lo que hoy son Israel, Siria y Líbano.

Era casi seguro que al rey le acompañaba su hermana Berenice, hija de un monarca judío, dos veces reina por matrimonio, y la amante de Tito desde hacía poco tiempo. Los enemigos romanos de Berenice la acusarían más tarde de ser «la Cleopatra judía». Tenía alrededor de cuarenta años pero «estaba en lo mejor de su vida y en el apogeo de su belleza», apuntaba Josefo. Al principio de la rebelión, ella y su hermano, que vivían juntos (una relación incestuosa, afirmaban sus enemigos), habían intentado enfrentarse a los rebeldes en un último intento de hacerles entrar en razón. Ahora estos tres judíos, Berenice desde la cama del artífice de su destrucción, observaban impotentes la «agonía mortal de una famosa ciudad».

Desertores y prisioneros trajeron noticias del interior de la ciudad que provocaron la especial indignación de Josefo, cuyos padres habían quedado atrapados dentro. La comida empezaba a escasear incluso entre los combatientes, quienes también empezaron a investigar, «con el hambre grande que como perros parecían» y a diseccionar a los vivos y a los muertos en busca de oro, migas, o simplemente semillas, «como si estuvieran borrachos». Comieron excrementos de vaca, cuero, fajas, zapatos y heno viejo. Una rica mujer llamada María, que había perdido todo su dinero y toda su comida, perdió además la cordura hasta el punto de matar y asar a su



propio hijo, y se comió primero la mitad guardándose el resto para más tarde. El delicioso aroma se esparció por la ciudad y los rebeldes, atraídos por el olor, buscaron su origen y asaltaron la casa, pero ni siquiera esos matachines dementes fueron capaces de soportar la visión del cuerpo medio comido del niño y «saliéronse temblando».<sup>[5]</sup>

La manía persecutoria y la paranoia gobernaban la Santa Jerusalén, como la llamaban las monedas judías. Charlatanes chalados y hierofantes predicadores invadían las calles prometiendo la liberación y la salvación. Josefo observaría que Jerusalén era «como una bestia salvaje que se ha vuelto loca y a la que, por falta de alimentos, ahora no le queda más remedio que comerse la carne de su propio cuerpo».

Aquella noche del 8 de Ab, cuando Tito se hubo retirado a descansar, los soldados romanos, obedeciendo las órdenes de su comandante, intentaron apagar el incendio que la plata fundida había extendido. Los rebeldes, sin embargo, lanzaron un ataque contra los legionarios que combatían el fuego. Los romanos se defendieron y empujaron a los judíos al interior del Templo. Un legionario, «movido de furor e ímpetu divino», cogió algunos materiales incandescentes y, alzado en volandas por otro soldado, prendió fuego a las cortinas y el marco de una «ventana de oro» que daba a las habitaciones que bordeaban el Templo en sí. Al llegar la mañana, el fuego se había extendido hasta el mismo centro de la santidad. Los judíos, al ver las llamas lamiendo el Santo de los santos y amenazando destruirlo, «alzaron un llanto clamoroso y venían con prisa a socorrerlo», pero era demasiado tarde. Se parapetaron en el patio interior y desde allí observaron en medio de un horrorizado silencio.

Apenas a unos pocos metros de distancia, entre las ruinas de la fortaleza Antonia, Tito se despertó; saltó de la cama y «saltó a caballo y vino corriendo al templo para prohibir el incendio». Su séquito, entre el que se encontraban Josefo y probablemente también el rey Herodes Agripa y Berenice, corrió tras él, seguido por miles de soldados romanos, todos «muy amedrentados». Los combates fueron frenéticos. Josefo afirma que Tito volvió a ordenar extinguir el fuego; ahora bien, este colaboracionista de los romanos tenía buenas razones para defender a su protector. Todo el mundo gritaba, el fuego arreciaba y los soldados romanos sabían que, de acuerdo con las leyes de la guerra, estaba previsto que una ciudad que había resistido de forma tan obstinada fuera saqueada.

Los soldados fingieron no oír a Tito e incluso les gritaron a sus camaradas que arrojaran más tizones al fuego. El ímpetu de los legionarios, su sed de sangre y su ansia de oro provocaron una estampida en la que muchos de ellos murieron aplastados o abrasados. El saqueo fue tal que, al cabo de poco tiempo, el precio del oro bajó por todo Oriente. Tito, viéndose incapaz de detener el fuego, y sin duda aliviado ante la perspectiva de lograr la victoria final, avanzó a través del Templo en

llamas hasta llegar al Santo de los santos. Ni siquiera al sumo sacerdote se le permitía entrar más de una vez al año en esa sala, y ningún extranjero había mancillado su pureza desde que lo hiciera Pompeyo, el soldado y estadista romano, en el año 63 a. C. Tito miró en el interior y «ciertamente excedía la fama que tenía», escribiría Josefo, «y no menos que la gloria y las alabanzas que los judíos por ello se daban, merecía». Entonces, ordenó a sus centuriones que azotaran a los soldados que extendían el fuego, pero la fuerza e ímpetu tan grande que tenían «eran demasiado fuertes». El incendio alcanzó el Santo de los santos y los ayudantes de Tito lo sacaron de aquel infierno y lo llevaron a un lugar seguro. Y nadie «hizo más fuerza a los que por fuera ponían el fuego».

Los combates arreciaban alrededor del fuego: los jerosolimitanos, aturcidos y hambrientos, caminaban perdidos de un lado a otro y cruzaron los soportales en llamas. Miles de civiles y de rebeldes se congregaron al pie del altar, esperando luchar hasta el último hombre o morir en el intento. Los eufóricos romanos los degollaron a todos, como si se tratara de un sacrificio humano en masa, hasta que «alrededor del altar los cuerpos de los muertos se amontonaron los unos sobre los otros» mientras la sangre corría escaleras abajo. Diez mil judíos murieron en el incendio del Templo.

Los crujidos de las enormes piedras y de las vigas eran atronadores. Josefo vio la muerte del Templo:

*El ruido del fuego, [se mezclaba] con los gemidos y llantos de los que morían; pues por ser aquel collado muy alto, y la otra que se quemaba muy grande, parecía que toda la ciudad ardía. Y no hay clamor ni voces tan espantosas como aquí se oían. Las legiones de los romanos levantaban gran ruido, y las voces de los sediciosos que estaban cercados de fuego y de armas, subían al cielo: huía el pueblo que de fuera hallaban a los enemigos con miedo grande, y las quejas que daban por tal destrucción llegaban al cielo. Resonaba con el ruido toda la región que estaba a la otra parte del río; y los montes que alrededor había hacían retumbar más los alaridos. Quien lo viera pensara que el collado en el cual estaba edificado el templo, se abrasaba de raíz, tan lleno estaba por todas partes de fuego.*

En el monte Moria, una de las dos montañas de Jerusalén, donde el rey David había colocado el Arca de la Alianza y donde su hijo Salomón había construido el primer Templo, todo «estaba hecho una brasa», mientras en el interior los cuerpos de los muertos cubrían el suelo, cadáveres que los soldados pisotearon. Los sacerdotes se defendieron y algunos de ellos se arrojaron al fuego. Los desmandados romanos, al ver que el recinto más interior del Templo había quedado destruido, se apoderaron del

oro y de los adornos, llevándose su botín al exterior antes de incendiar el resto del complejo.<sup>[6]</sup>

Mientras el patio interior se consumía pasto de las llamas, y despuntaba el alba del siguiente día, los rebeldes supervivientes abrieron una brecha en las líneas romanas a través de la cual se dirigieron hacia los laberínticos patios exteriores; algunos de ellos lograron escapar hacia la ciudad. Los romanos lanzaron su caballería al contraataque, dispersaron a los insurgentes y, a continuación, incendiaron las cámaras del tesoro, que estaban repletas de riquezas procedentes de los impuestos que todos los judíos, desde Alejandría hasta Babilonia, pagaban al Templo. Allí encontraron a seis mil mujeres y niños apiñados a la espera del Apocalipsis. Un «falso profeta» había proclamado tiempo antes que debían esperar en el Templo la «señal milagrosa de su liberación». Los legionarios se limitaron a incendiar los corredores quemando viva a toda esa gente.

Los romanos llevaron sus águilas hasta el monte sagrado, ofrecieron sacrificios a sus dioses y aclamaron a Tito como su *imperator*, comandante en jefe. Los sacerdotes todavía seguían ocultos en las cercanías del Santo de los santos. Dos de ellos se arrojaron a las llamas y otro logró sacar los tesoros del Templo, las vestiduras de los sumos sacerdotes, los dos candelabros de oro y enormes cantidades de canela y de casia, especias que se quemaban cada día en el santuario. El resto se rindió y Tito los ejecutó puesto que «convenía que los sacerdotes pereciesen con el Templo».

Jerusalén era, y sigue siendo, una ciudad de túneles. Los rebeldes desaparecieron bajo tierra, pero conservaron el control de la Ciudadela y de la zona alta occidental de la ciudad. A Tito le costó otro mes conquistar el resto de Jerusalén y cuando cayó, los romanos y sus tropas auxiliares sirias y griegas «escampadas pues por las estrechuras de las calles y plazas, con las espadas desenvainadas, mataban sin hacer diferencia alguna a cuantos hallaban». Por la noche, «cesaba el matar, y crecía el fuego».

Tito parlamentó con los dos caudillos desde el otro lado del puente que se extendía sobre el valle, entre el Templo y la ciudad, y les ofreció perdonarles la vida a cambio de su rendición, pero ellos rechazaron de nuevo la propuesta. Tito ordenó saquear e incendiar la zona baja de la ciudad, donde prácticamente cada casa estaba llena de cadáveres. Los cabecillas jerosolimitanos se retiraron entonces al palacio de Herodes y a la Ciudadela. Tito construyó torres de asedio para debilitarlos y el 7 de Elul, a mediados de agosto, los romanos tomaron por asalto las fortificaciones. Los insurgentes combatieron en los túneles hasta que uno de sus líderes, Juan de Giscala, se rindió (le fue perdonada la vida, aunque pasó el resto de sus días en la cárcel). El otro cabecilla, Simón ben Giora emergió de un túnel bajo el Templo vestido con una túnica blanca, y se le asignó un papel protagonista en el Triunfo de Tito, la celebración de la victoria en Roma.

El caos y la destrucción metódica que siguieron hicieron desaparecer un mundo,

dejando unos pocos momentos congelados en el tiempo. Los romanos llevaron a cabo una auténtica carnicería entre los ancianos y los enfermos: el esqueleto de una mano de mujer encontrada en la puerta de entrada de su casa calcinada pone de manifiesto el pánico y el terror; las cenizas de las mansiones del barrio judío hablan de un auténtico infierno. Doscientas monedas de bronce han sido encontradas en el interior de una tienda situada en una calle que circulaba bajo la escalera monumental que daba entrada al Templo, una reserva secreta posiblemente ocultada en las últimas horas de la caída de la ciudad. Los romanos se cansaron pronto de la carnicería. Reunieron a los jerosolimitanos en unos campos de concentración que instalaron en el patio de las mujeres del Templo donde procedieron a filtrarlos: los combatientes fueron ejecutados; los hombres fuertes, enviados a trabajar en las minas egipcias. A los jóvenes y atractivos los vendieron como esclavos, los seleccionaron para morir luchando contra los leones del circo o bien para ser exhibidos en el Triunfo de Tito.

Josefo buscó entre los desdichados prisioneros en los patios del Templo y encontró a su hermano y a cincuenta amigos que Tito le permitió liberar. Supuso que sus padres habían muerto, pero entre los crucificados pudo ver a tres de sus amigos. «Se me rompió el corazón, y se lo dije a Tito», quien ordenó bajarlos y que fueran asistidos por los médicos. Sólo uno de ellos sobrevivió.

Tito, igual que había hecho antes Nabucodonosor, decidió erradicar Jerusalén, una decisión de la que Josefo culpó a los rebeldes: «La rebelión destruyó la ciudad y los romanos destruyeron la rebelión». La demolición del monumento más impresionante de Herodes el Grande, el Templo, significó sin duda un auténtico desafío de ingeniería. Los gigantescos sillares del Pórtico Real cayeron sobre el nuevo pavimento que había debajo, y allí fueron encontrados casi dos mil años más tarde, en un colosal montón, en el mismo sitio en el que habían caído, ocultos bajo siglos de cascotes. Los escombros fueron arrojados al valle junto al Templo donde empezaron a rellenar la quebrada, ahora casi invisible, entre la Explanada de las Mezquitas y la parte alta de la ciudad, pero los muros de soporte de la Explanada, incluyendo el actual Muro Occidental, o de las Lamentaciones, sobrevivieron. Los *spolia*, las piedras caídas del Templo y de la ciudad de Herodes pueden encontrarse por toda la ciudad, utilizadas y reutilizadas por todos los conquistadores y constructores de Jerusalén, desde los romanos hasta los árabes, y desde los cruzados hasta los otomanos, en el curso de los más de mil años posteriores.

Nadie sabe cuánta gente murió en Jerusalén, y los historiadores antiguos suelen ser algo temerarios con las cifras. Tácito afirma que seiscientas mil personas se encontraban en la ciudad asediada, mientras que Josefo menciona más de un millón. Sea cual sea la cifra real, lo cierto es que fue muy elevada, y toda esas personas murieron de inanición o asesinadas, o fueron vendidas como esclavos.

Tito se embarcó en una macabra gira para celebrar su victoria. Su amante

Berenice y el hermano de ésta lo recibieron y agasajaron en su capital, Cesarea de Filipo, en lo que hoy son los Altos del Golán, desde donde vio a miles de prisioneros judíos pelear entre sí y contra animales salvajes en combates a muerte. Unos días después asistió a la muerte de otros dos mil quinientos en el circo de Cesarea Marítima y días más tarde, en Beirut, presencié la alegre carnicería de otros miles más, antes de regresar a Roma a celebrar su triunfo.

Las legiones «demolieron por completo el resto de la ciudad, y echaron abajo las murallas» y Tito sólo dejó en pie las torres de la ciudadela de Herodes «como monumento a su buena fortuna». Allí instaló su cuartel general la Décima Legión. «Ése fue el final al que llegó Jerusalén» escribiría Josefo, «una ciudad de gran magnificencia y de inmensa fama entre toda la humanidad».

Seis siglos antes, Nabucodonosor, rey de Babilonia había destruido por completo Jerusalén. Menos de cincuenta años después de esa destrucción, el Templo había sido reconstruido y los judíos habían regresado. Sin embargo, en esta ocasión, en el año 70 d. C., el Templo nunca se reconstruyó y, excepto algunos breves interludios, pasarían casi dos mil años antes de que los judíos volvieran a gobernar Jerusalén. Aun así, no sólo el judaísmo moderno, sino también la santidad de Jerusalén, tanto para el cristianismo como para el islam, nacieron de las semillas enterradas en las cenizas de esa calamidad.

Según las leyendas rabínicas muy posteriores, en los primeros tiempos del asedio, Yohanan ben Zakkai, un respetado rabino, había ordenado a sus discípulos que le sacaran de la ciudad condenada en el interior de un ataúd, una metáfora de la fundación de un nuevo judaísmo cuyo culto ya no se fundamentaba en los sacrificios en el Templo.<sup>[7]</sup>

Los judíos, que siguieron viviendo en las zonas rurales de Judea y de Galilea, y también en extensas comunidades en los imperios persa y romano, lloraron la muerte de Jerusalén y desde entonces nunca dejaron de venerar la ciudad. La Biblia y las tradiciones orales sustituyeron al Templo, aunque se dijo que la providencia, antes de ascender al cielo, había esperado tres años y medio en el monte de los Olivos para ver si el Templo se reconstruía. La destrucción también sería decisiva para los cristianos.

La pequeña comunidad cristiana de Jerusalén, guiada por Simón, el primo de Jesús, había huido de la ciudad antes de la llegada de los romanos. Aunque en el imperio romano vivían muchos cristianos no judíos, estos jerosolimitanos nunca dejaron de ser una secta judía que oraba en el Templo. Sin embargo, ahora que el Templo había sido destruido, los cristianos creyeron que los judíos habían perdido el favor de Dios y los seguidores de Jesús se apartaron para siempre de la madre fe reivindicándose como los herederos de pleno derecho de la herencia judía. Los cristianos imaginaron una nueva Jerusalén, una Jerusalén celestial, en lugar de la ciudad judía destrozada. Los primeros evangelios, posiblemente escritos justo

después de la destrucción, relataban que Jesús había profetizado el asedio de la ciudad, «cuando veáis a Jerusalén sitiada por los ejércitos», y la destrucción del Templo, «de todo esto no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido». El santuario destruido y la caída de los judíos constituían la demostración de la nueva revelación. En la década de 620, cuando Mahoma fundó su nueva religión, adoptó primero las tradiciones judías, orando en dirección a Jerusalén y venerando a los profetas judíos, porque él también creía que la destrucción del Templo demostraba que Dios les había retirado su bendición a los judíos para concedérsela al islam.

Resulta irónico que la decisión de Tito de destruir Jerusalén contribuyera a hacer de la ciudad el auténtico modelo de santidad para los otros dos Pueblos del Libro. Desde el primer momento, la santidad de Jerusalén no se limitó a evolucionar, sino que fue alentada y fomentada por las decisiones de unos pocos hombres. Alrededor del año 1000 a. C., mil años antes de Tito, el primero de esos hombres conquistaba Jerusalén: el rey David.

# **PARTE 1**

## **JUDAÍSMO**

Ciudad del Señor. Sión del Santo de Israel...  
¡Despierta, despierta, revístete de tu fuerza, Sión!  
¡Vístete con tus vestidos más bellos, Jerusalén, Ciudad Santa!

Isaías 60,14; 52,1

La ciudad en la que nació es Jerusalén,  
donde está situado el sagrado santuario del Dios más alto.  
La Ciudad Santa es la ciudad madre, no de un país, Judea,  
sino de la mayor parte de las tierras vecinas,  
y también de tierras lejanas, la mayor parte de Asia,  
y de igual modo Europa,  
por no hablar de las tierras más allá del Éufrates.

Herodes Agripa I, rey de Judea, citado en Filón de Alejandría, *De specialibus legibus*

Aquel que no haya visto Jerusalén en su esplendor  
no ha visto una ciudad deseable en su vida.  
Aquel que no haya visto el Templo totalmente construido  
no ha visto nunca en su vida un edificio glorioso.

Talmud de Babilonia, *Tratado del Tabernáculo*

Si me olvidara de ti, Jerusalén,  
que se paralice mi mano derecha;  
que la lengua se me pegue al paladar si no me acordara de ti,  
si no pusiera a Jerusalén por encima de todas mis alegrías.

Salmo 137, 5-6

Jerusalén, la más famosa con mucho de las ciudades de Oriente.

Plinio el Viejo, *Historia natural* 5,15



# CAPÍTULO 1

## EL MUNDO DE DAVID

### EL PRIMER REY: LOS CANANEOS

Cuando David conquistó la ciudadela de Sión, Jerusalén ya era antigua, aunque apenas un poblado, poco más que un pequeño baluarte de montaña en una tierra que tendría muchos nombres: Canaán, Judá, Judea, Israel, Palestina, Tierra Santa para los cristianos y Tierra prometida para los judíos. Un territorio de poco más de 160 por 240 kilómetros, situado entre el extremo sureste del Mediterráneo y el río Jordán y cuya exuberante llanura costera ofrecía a invasores y comerciantes la mejor ruta entre Egipto y los imperios de Oriente. La aislada y remota ciudad de Jerusalén, a unos cincuenta kilómetros de la costa más cercana, alejada de cualquier ruta comercial, se alzaba entre la desolación rocosa y dorada de los precipicios, quebradas y pedregales de las colinas de Judea, expuesta a los gélidos inviernos, en ocasiones nevados, y a los abrasadores veranos. No obstante, las inhóspitas colinas ofrecían seguridad y el manantial en el valle bajo la ciudad bastaba para mantener a una pequeña población.

La romántica imagen de la ciudad de David es mucho más realista que cualquier hecho histórico verificable. En las brumas de la prehistoria de Jerusalén, los fragmentos de cerámica, las fantasmagóricas tumbas cavadas en la roca, las secciones de muralla, las inscripciones en palacios de reyes remotos y la literatura sagrada de la Biblia apenas nos dejan percibir fugaces destellos de vida humana en esa impenetrable penumbra, separados por cientos de años. Los esporádicos indicios que aparecen de vez en cuando arrojan una luz incierta sobre algunos momentos aleatorios de una civilización desaparecida a la que siguieron siglos de vida de la que no sabemos nada, hasta que el siguiente destello ilumina otra imagen. Sólo los manantiales, las montañas y los valles permanecen igual, pese a haber sido reconducidos, reesculpidos y rellenados por milenios de meteorología, escombros y esfuerzos humanos. De algo, poco o mucho, estamos seguros: en tiempos del rey David, la santidad, la seguridad y la naturaleza se habían unido para hacer de Jerusalén un antiguo baluarte que se consideraba inexpugnable.

La población ya se había asentado en aquel lugar en el año 5000 a. C. A principios de la Edad del Bronce, alrededor de 3200 a. C., cuando la madre de las ciudades, Uruk, en lo que más tarde sería Iraq, ya albergaba cuarenta mil habitantes, la cercana Jericó era una ciudad fortificada, los habitantes de la zona ya enterraban a sus muertos en tumbas en las colinas de Jerusalén, y empezaban a construir las

primeras pequeñas casas cuadradas en lo que probablemente fuera un pueblo amurallado sobre una colina bajo la cual fluía un manantial. Ese pequeño pueblo sería más tarde abandonado durante muchos años. En la época en la que los faraones del Reino Antiguo alcanzaban el cénit de su técnica de construcción de pirámides y terminaban la Gran Esfinge, Jerusalén apenas existía. Entonces, alrededor de 1900 a. C., cuando la civilización minoica florecía en Creta, el rey Hammurabi estaba a punto de compilar su código legal en Babilonia y los britanos celebraban su culto en Stonehenge, algunos fragmentos de cerámica descubiertos cerca de Luxor en Egipto mencionan una ciudad llamada Ursalim, una versión de Salem o Shalem, el dios del lucero del alba. Es posible que el nombre signifique «Salem ha fundado».<sup>[\*1]</sup>

Regresemos a Jerusalén. Alrededor del manantial de Gihon surgió un asentamiento: los habitantes cananeos abrieron un canal a través de la roca que llevaba a un aljibe situado en el interior de las murallas de su ciudadela. Un paso subterráneo fortificado protegía su acceso al agua. Las últimas excavaciones arqueológicas en la zona han permitido descubrir que una torre y una espesa muralla de siete metros de grosor construida con piedras de tres toneladas custodiaban el manantial. La torre podría haber sido utilizada como templo en el que celebrar la santidad cósmica del manantial. También en otros lugares de Canaán, los reyes-sacerdote construyeron templos-torre fortificados. Algo más alto en la colina se han descubierto restos de una muralla, los más antiguos de la ciudad en Jerusalén. Los cananeos resultaron ser unos constructores a una escala mucho más impresionante que cualquier otro pueblo en Jerusalén hasta Herodes el Grande, casi dos mil años más tarde.<sup>[1]</sup>

En el año 1458 a. C. Egipto conquistó Palestina y los jerosolimitanos se convirtieron en súbditos del faraón. Las guarniciones egipcias custodiaban las cercanas Jaffa y Gaza. En 1350 a. C., el aterrado rey de Jerusalén le suplicó a su señor, Ajenatón, el faraón del Reino Nuevo de Egipto, que le enviara algo de ayuda, aunque sólo fueran «cincuenta arqueros», para defender su pequeño reino de la agresión de los reyes vecinos y de las bandas de malhechores que merodeaban por la zona. El rey Abdi-Hepa llamó a su ciudadela «la capital de la tierra de Jerusalén cuyo nombre es Beit Shulmani», la Casa del Bienestar. Tal vez la palabra «shulman» sea el origen del «Shalem» en el nombre de la ciudad. Abdi-Hepa era un potentado de escasa importancia en un mundo dominado por los egipcios en el sur, por los hititas en el norte (en la actual Turquía) y, en el noroeste, por los griegos micénicos, los mismos que librarían la guerra de Troya. El nombre de pila del rey es semítico occidental (los semitas eran los numerosos pueblos y lenguas de Oriente Medio, supuestamente descendientes de Sem, hijo de Noé). En consecuencia, Abdi-Hepa podría haber sido originario de cualquier lugar del Mediterráneo nororiental. Sus súplicas, descubiertas en los archivos del faraón, son las primeras palabras conocidas

de un jerosolimitano,<sup>[\*2]</sup> adulatoras y presa del pánico:

*A los pies del rey he caído 7 más 7 veces. Éstas son las acciones que Milkily y Shuwardatu han llevado a cabo contra la tierra: han conducido las tropas de Gezer... contra la ley del rey... los habiru se han apropiado de la tierra del rey. Y ahora, una ciudad que pertenece a Jerusalén, ha caído en manos de los hombres de Qiltu. Tenga el rey la bondad de escuchar a su servidor Abdi-Hepa y de enviarle arqueros.*

No sabemos nada más, pero fuera lo que fuera lo que le ocurriera a ese atormentado rey, apenas un siglo más tarde los jerosolimitanos construyeron las escarpadas estructuras en terraza sobre el manantial de Gihon en la colina de Ophel que han llegado hasta nuestros días, los cimientos de una ciudadela o templo de Salem.<sup>[2]</sup> Estas poderosas murallas, torres y terrazas formaban parte de la ciudadela cananea conocida como Sión que David conquistaría. En algún momento durante el siglo XIII a. C., un pueblo conocido con el nombre de jebuseos ocupó Jerusalén, aunque en aquella época el antiguo mundo mediterráneo estaba siendo desgarrado por las oleadas de los llamados «pueblos del mar» procedentes del Egeo.

En el transcurso de esa furiosa oleada de incursiones y migraciones, los imperios retrocedieron: los hititas cayeron, Micenas fue misteriosamente destruida, en Egipto se vivieron grandes turbulencias, y un pueblo que respondía al nombre de «hebreos» hizo su primera aparición.

## ABRAHAM EN JERUSALÉN: ISRAELITAS

Esta nueva «edad oscura» que se prolongó tres siglos, permitió que los judíos, también llamados israelitas, un pueblo poco conocido que adoraba a un único Dios, se asentaran y construyeran un reino en la estrecha franja de tierra de Canaán. Las historias que narran la creación de la tierra, sus orígenes y la relación con su Dios arrojan luz sobre su progreso. Los israelitas transmitieron esas tradiciones que quedarían luego escritas en los textos sagrados hebreos, más tarde reunidos en los cinco libros de Moisés y el Pentateuco, la primera sección de las escrituras judías, el *Tanakh*. Y aunque la Biblia se convirtiera en el libro de los libros, no es un documento, sino más bien una biblioteca mística de textos entrelazados redactados por autores desconocidos, que los escribieron y revisaron en diferentes momentos y con objetivos muy diferentes.

Este trabajo sagrado de tantas épocas y obra de tantos autores contiene algunos hechos históricos demostrables, algunas narraciones de mitos improbables, algo de

poesía de inmensa belleza, y muchos pasajes de ininteligible, tal vez codificado, tal vez sencillamente mal traducido, misterio. El propósito de la mayor parte del libro no es el de relatar acontecimientos, sino el de fomentar una verdad superior, la relación entre un pueblo y su Dios. Para el creyente, la Biblia es, sencillamente, el fruto de la revelación divina. Para el historiador, es contradictoria, poco fiable y repetitiva,<sup>[\*3]</sup> pese a lo cual, constituye una fuente de un valor inestimable porque, a menudo, es la única de la que disponemos y, de hecho, también es la primera y fundamental biografía de Jerusalén.

Según el Génesis, el primer libro de la Biblia, el patriarca fundador de los hebreos fue Abram. El Génesis describe su viaje desde Ur (en el actual Iraq) hasta Hebrón, en Canaán, donde se asentaría en la tierra que Dios, antes de cambiarle el nombre por el de Abraham, «padre de una multitud de naciones», le había prometido. En el transcurso de su viaje, Abraham fue recibido por el rey-sacerdote de Salem, Melquisedec, en nombre de El-Elion, el Altísimo, la primera ocasión en la que la Biblia menciona Jerusalén y un hecho que parece indicar que Jerusalén ya era un santuario cananeo gobernado por reyes-sacerdote. Más tarde, Dios pondría a prueba a Abraham ordenándole que sacrificara a su hijo Isaac en una montaña en la «región de Moria», identificada como el monte Moria, el monte del Templo de Jerusalén.

El deshonesto nieto de Abraham, Jacob, utilizó el engaño para asegurarse su herencia, pero se redimió en una lucha a brazo partido contra un extranjero que resultó ser Dios, de ahí su nuevo nombre, Israel, «el que ha luchado con Dios». Ése fue el conveniente nacimiento del pueblo judío, que mantendría una relación con Dios tan apasionada y atormentada. Israel fue el padre de los fundadores de las doce tribus que emigrarían a Egipto. Son tantas las contradicciones en las historias de los patriarcas que resulta imposible fecharlas históricamente.

Cuatrocientos treinta años más tarde, el libro del Éxodo nos presenta a los israelitas, víctimas de la represión y de la esclavitud y construyendo las ciudades de los faraones. El libro narra su milagrosa huida con la ayuda de Dios (ocasión que todavía celebran los judíos con la festividad de Pésaj, la Pascua judía) y conducidos por un príncipe hebreo llamado Moisés. Mientras deambulaban por el Sinaí, Dios le entregó a Moisés las Tablas de la Ley con los Diez Mandamientos y les prometió a los israelitas la tierra de Canaán a condición de que vivieran y le rindieran culto según dichas leyes. Cuando Moisés intentó averiguar la naturaleza de este dios preguntándole «¿cuál es tu nombre?», recibió la majestuosa respuesta, «YO SOY EL QUE SOY», un Dios sin nombre, vertido al hebreo con las iniciales YHWH, Yavé o, según la incorrecta pronunciación de los cristianos más tarde, Jehová.<sup>[\*4]</sup>

Muchos semitas se asentaron en Egipto; Ramsés II el Grande fue probablemente el faraón que obligó a los hebreos a trabajar en sus ciudades-almacén; el nombre de Moisés era egipcio, lo que, como mínimo, sugiere que era originario de allí; y no hay

ninguna razón para dudar de que el primer líder carismático de las religiones monoteístas, Moisés, o alguien como él, recibiera la revelación divina, porque así es como nacen las religiones. La historia de un pueblo semítico que huyó de la represión es verosímil, aunque desafía cualquier intento de datación.

Moisés vislumbró la Tierra prometida desde el monte Nebo, pero murió antes de poder llegar a ella. Sería su sucesor, Josué, quien condujera a los israelitas hasta Canaán. La Biblia describe su viaje como el sangriento avance de una masa desbocada, y también como un proceso de asentamiento gradual. Las investigaciones arqueológicas no han hallado ninguna prueba que confirme la hipótesis de la conquista, pero sí algunas de que los colonos-pastores encontraron muchas poblaciones sin fortificar en las tierras altas de Judea.<sup>[\*5]</sup> Es posible que entre ellos viajara un pequeño grupo de israelitas huidos de Egipto, todos unidos por la veneración a su Dios, Yavé, a quien rendían culto en un templo que transportaban con ellos, un tabernáculo que albergaba el arca sagrada de madera conocida como el Arca de la Alianza. Tal vez los relatos que narran las historias de los patriarcas fundadores modelaran la identidad de los israelitas. Muchas de esas tradiciones, desde Adán y el Jardín del Paraíso hasta Abraham serían más tarde veneradas no sólo por los judíos, sino también por los cristianos y los musulmanes, y dichas narraciones se situarían en Jerusalén.

Los israelitas se encontraban ahora, por primera vez, muy cerca de la ciudad.

# CAPÍTULO 2

## EL ASCENSO DE DAVID

### EL JOVEN DAVID

Josué instaló su cuartel general al norte de Jerusalén, en Siquem, y en aquel lugar construyó un santuario para Yavé. En Jerusalén vivían los jebuseos, gobernados por el rey Adonisedec, un nombre que sugiere que se trataba de un rey-sacerdote, quien, pese a oponerle resistencia a Josué, fue derrotado. «Pero los hijos de Judá no pudieron desposeer a los jebuseos, que ocupaban Jerusalén. Por eso los jebuseos viven todavía hoy en Jerusalén, junto a los hijos de Judá». Alrededor del año 1200 a. C., Merenptah, el hijo de Ramsés el Grande, y tal vez el faraón que se había visto obligado a liberar a los israelitas de Moisés, sufrió las agresiones de los pueblos del mar que desestabilizaron los imperios del Próximo Oriente. El faraón, para restablecer el orden, lanzó una ofensiva contra Canaán y, a su regreso a Egipto, hizo inscribir su triunfo en los muros de su templo en Tebas, declarando que había vencido a los pueblos del mar, reconquistado Ascalón, y aniquilado a un pueblo que aparece así por primera vez en la historia: «Israel está derribado y yermo, no tiene semilla».

Israel no era todavía un reino, sino más bien, tal como explica el libro de los Jueces, una confederación de tribus gobernada por ancianos a los que ahora desafiaba un nuevo enemigo, los filisteos, originarios del Egeo y parte de los pueblos del mar. Los filisteos conquistaron la costa de Canaán y construyeron cinco prósperas ciudades en las que se producían tejidos, cerámica roja y negra, y cuyos habitantes adoraban a sus numerosos dioses. Los israelitas, pastores montañeses que vivían en pequeños pueblos, no podían igualar a estos sofisticados filisteos cuya infantería se protegía con coraza, grebas (armadura que cubría la pierna) y casco al estilo griego, y cuyas armas adecuadas a los combates a corta distancia les permitían plantarles cara a los pesados carros de los egipcios.

Los israelitas eligieron a unos señores de la guerra carismáticos, los Jueces, para enfrentarse a los filisteos y a los cananeos. En un momento dado, un versículo poco reconocido del libro de los Jueces afirma que los israelitas conquistaron e incendiaron Jerusalén; si es cierto que lo hicieron, no consiguieron mantener la plaza.

En la batalla de Ebenezer, alrededor el año 1050 a. C., los filisteos aplastaron a los israelitas, destruyeron su santuario en Silo, se apoderaron del Arca de la Alianza, el símbolo sagrado de Yavé, y avanzaron por la montañosa región que rodea Jerusalén. Enfrentados a la aniquilación y deseando ser «como todas las naciones»,

los israelitas decidieron nombrar a un rey elegido por Dios,<sup>[1]</sup> y para ello, acudieron a su anciano profeta Samuel. Los profetas no eran adivinos del futuro sino analistas del presente; *propheteia* en griego significa «interpretación de la voluntad de los dioses». Los israelitas necesitaban un comandante militar: Samuel eligió a un joven guerrero, Saúl, a quien ungió con el sagrado óleo. Gobernando desde la ciudadela de Guibá (Tell-el-Ful), a escasos cinco kilómetros de Jerusalén en la cima de una colina, este «jefe de mi pueblo Israel» justificó el mando recibido derrotando a los moabitas, a los edomitas y a los filisteos. Sin embargo, Saúl no era la persona adecuada para ocupar el trono: «lo atormentaba un mal espíritu, enviado por el Señor».

Samuel, ante un rey psicológicamente inestable, buscó en secreto un sustituto. Presintió que el genio había bendecido a uno de los ocho hijos de Jesé de Belén: David, el más joven, «era de tez clara, de hermosos ojos y buena presencia. Entonces el Señor dijo a Samuel: “Levántate y úngelo, porque es éste”». David también sabía «tocar [el arpa]. Además, es valiente y hábil guerrero». Ascendió hasta convertirse en el personaje más equilibrado y extraordinario del Antiguo Testamento. El creador de la sagrada Jerusalén fue poeta, conquistador, asesino y adúltero, la esencia del rey santo y del aventurero imperfecto.

Samuel acompañó al joven David a la corte, donde el rey Saúl lo nombró escudero. Cuando el rey mostraba signos de demencia, David, haciendo gala del don que Dios le había concedido, tocaba el arpa y así «Saúl se calmaba y se sentía aliviado, y el mal espíritu se retiraba de él». El talento musical de David forma parte importante de su carisma: es incluso posible que algunos de los salmos que se le atribuyen sean suyos.

Los filisteos avanzaron hacia el valle de Terebinto, donde Saúl y su ejército se prepararon a combatirlos. Los filisteos se presentaron con un gigantesco campeón, Goliat de Gat,<sup>[\*1]</sup> protegido por una completa armadura que ponía de relieve los endebles pertrechos de los soldados judíos. Saúl temía una batalla campal, así que sin duda se sentiría aliviado, aunque algo escéptico, cuando David le pidió que le dejara intentar vencer a Goliat. David «eligió en el torrente cinco piedras bien lisas» y, tras cargar su honda con una de ellas, «la arrojó con la honda, hiriendo al filisteo en la frente. La piedra se le clavó en la frente, y él cayó de bruces contra el suelo».<sup>[\*2]</sup> David decapitó al campeón caído y los israelitas persiguieron a los filisteos hasta su ciudad de Ecrón. Cualquiera que sea su verdad, la historia significa que David, de joven, se labró una fama de guerrero.<sup>[\*3]</sup>

Saúl ascendió a David, pero las mujeres cantaban en las calles: «Saúl ha matado a miles y David a decenas de miles». Jonatán, el hijo de Saúl, trabó amistad con David, y la hija del rey, Mical, se enamoró de él. Saúl les permitió casarse, sin embargo, atormentado por los celos intentó en dos ocasiones matar a su yerno con una jabalina. La princesa Mical salvó la vida de David ayudándole a dejarse caer por una ventana,

y más tarde los sacerdotes de Nob le concedieron asilo. El rey lo persiguió, y mató a todos los sacerdotes salvo a uno, pero David logró escapar de nuevo y se lanzó a una vida errante al mando de seiscientos bandoleros. En dos ocasiones se acercó con gran sigilo hasta el rey mientras éste dormía, y en ambas ocasiones le perdonó la vida, lo que llevó a Saúl a decir sollozando que «la justicia está de tu parte, no de la mía».

Por último, David huyó y se puso al servicio del rey filisteo de Gat que le concedió el gobierno de su propia ciudad, Siquelag. Los filisteos volvieron a invadir Judea y derrotaron a Saúl en el monte Guilboa. Jonatán, el hijo de Saúl, murió en la batalla y el rey cayó sobre su propia espada.



# CAPÍTULO 3

## EL REINO Y EL TEMPLO

### LA REAL CIUDAD DE DAVID

Al campamento de David llegó un joven que aseguraba haber matado a Saúl: «yo he dado muerte al ungido del Señor». David ordenó ejecutar al mensajero y después lamentó la muerte de Saúl y de Jonatán en una poesía intemporal:

*¡Tu esplendor ha sucumbido, Israel, en las alturas de tus montañas!  
¡Cómo han caído los héroes!... Hijas de Israel, llorad por Saúl, el que os vestía de púrpura y de joyas y os prendía alhajas de oro en los vestidos...  
¡Saúl y Jonatán, amigos tan queridos, inseparables en la vida y en la muerte!  
Eran más veloces que águilas, más fuertes que leones... ¡Cómo han caído los héroes, cómo han perecido las armas del combate!<sup>[1]</sup>*

En esa hora sombría, las tribus del sur de Judá ungieron a David como su rey y a Hebrón como su capital, mientras el hijo superviviente de Saúl, Isbaal, sucedía a su padre para gobernar las tribus del norte de Israel. Después de una guerra de siete años, Isbaal fue asesinado y también las tribus del norte ungieron a David como su rey. La monarquía quedó así unificada, aunque la división entre Israel y Judá era un cisma que sólo el carisma de David podría sanar.

Jerusalén, a la que sus habitantes jebuseos daban el nombre de Jebús, se alzaba justo al sur de Guibá, la fortaleza de Saúl. David y su ejército avanzaron sobre la ciudadela de Sión, hasta llegar ante las formidables fortificaciones, descubiertas recientemente, alrededor del manantial de Gihon.<sup>[\*1]</sup> Sión tenía la fama de ser inexpugnable, y cómo David logró conquistar la ciudad sigue siendo un misterio. La Biblia explica que los jebuseos alinearon a ciegos y tullidos contra los muros, una advertencia de lo que podía ocurrirle a cualquier agresor. Sin embargo, de algún modo, el rey logró entrar en la ciudad a través de lo que la Biblia hebrea llama un *zinnor*. Podría tratarse de un túnel de agua perteneciente a la red que ahora está siendo excavada en la colina de Ophel, o podría ser el nombre de algún hechizo mágico. En cualquier caso, «David conquistó la fortaleza de Sión, es decir, la Ciudad de David».

Es posible que la toma de la ciudad no pasara de ser un golpe de estado. David no

ejecutó a los jebuseos, sino que, en lugar de ello, los incorporó a su cosmopolita corte y a su también cosmopolita ejército. Cambió el nombre de Sión por el de Ciudad de David, reparó las murallas y ordenó el traslado a Jerusalén del Arca de la Alianza (recuperada durante la batalla) cuya imponente santidad provocó la muerte de uno de los hombres que la llevaban. Por ese motivo, David le encargó su custodia a un ciudadano de Gat en quien confiaba, hasta que fuera seguro transportarla de nuevo. Entonces, «David y toda la casa de Israel subieron el Arca del Señor en medio de aclamaciones y al sonido de trompetas» mientras «David, que sólo llevaba ceñido un efod de lino, iba danzando con todas sus fuerzas delante del Señor». A cambio, Dios le prometió a David que «tu casa y tu reino durarán eternamente, y tu trono será estable para siempre». Después de siglos de lucha, David anunciaba que Yavé había encontrado un hogar permanente en una ciudad santa.<sup>[2]</sup>

Mical, la hija de Saúl, se burló del modo en el que su marido, prácticamente desnudo, había mostrado su sumisión a Dios, lo que ella consideró una muestra de vanidad muy vulgar.<sup>[3]</sup> Si los primeros libros de la Biblia son una mezcla de textos antiguos y de historias pasadas escritas mucho tiempo después, lo cierto es que el retrato de David, un personaje equilibrado y nada heroico, enterrado entre el segundo libro de Samuel y el primer libro de los Reyes, resulta tan gráfico y realista que bien pudiera estar basado en las memorias de algún cortesano.

David decidió establecer su capital en esta fortaleza porque no pertenecía ni a las tribus del norte ni tampoco a Judá, su propio territorio del sur. Llevó los escudos dorados de sus enemigos conquistados a Jerusalén, y en esa ciudad erigió un palacio, para cuya construcción importó madera de cedro que le suministraron sus aliados fenicios en Tiro. Al parecer, David conquistó un reino que se extendía desde Líbano hasta las fronteras de Egipto, y por el este, hasta lo que hoy son Jordania y Siria, y llegó incluso a instalar una guarnición en Damasco. Nuestra única fuente sobre David es la Biblia: entre 1200 y 850 a. C., los imperios de Egipto e Iraq se habían eclipsado y dejaron muy pocos documentos escritos, además de un vacío de poder. David sin duda existió: una inscripción del siglo IX a. C. descubierta en 1993 en Tel Dan en el norte de Israel demuestra que se conocía a los reyes de Judá con el nombre de casa de David y, por lo tanto, que David fue el fundador de dicho reino.

Con todo, la Jerusalén de David era minúscula. En aquella época, la ciudad de Babilonia, en el actual Iraq, abarcaba unas 1012 hectáreas, y la cercana ciudad de Jasor se extendía sobre 81 hectáreas. Es probable que Jerusalén no sobrepasara las seis hectáreas, justo lo suficiente para albergar a 1200 personas alrededor de la ciudadela. Sin embargo, las fortificaciones descubiertas recientemente sobre el manantial de Gihon indican que la Sión de David, si bien era mucho más importante de lo que antes se había creído, distaba mucho de tener la extensión de una capital imperial.<sup>[\*2]</sup> El reino de David, conquistado con la ayuda de sus mercenarios

cretenses, filisteos e hititas, también resulta verosímil, aun cuando la Biblia exagerara su importancia y no fuera más que una federación tribal que se mantenía unida gracias a la personalidad del rey. Los macabeos, mucho más tarde, demostrarían cómo, durante un vacío de poder imperial, unos dinámicos guerreros podían conquistar en poco tiempo un imperio judío.

Una tarde en que David estaba descansando en la azotea de su hermoso palacio, «vio a una mujer que se estaba bañando. La mujer era muy hermosa. David mandó averiguar quién era esa mujer, y le dijeron: “¡Pero si es Betsabé!”», casada con uno de sus capitanes mercenarios no israelitas, Urías el hitita. David le ordenó a la mujer que acudiera a su presencia y «la mujer vino, y David se acostó con ella» y la dejó embarazada. El rey ordenó entonces a su comandante Joab que hiciera regresar al marido de la guerra que se estaba librando en lo que hoy es Jordania. Cuando Urías llegó, David le ordenó «baja a tu casa y lávate los pies», aunque en realidad su intención era que Urías se acostara con Betsabé y justificar así el embarazo. Urías, sin embargo, se negó a ello, y David le mandó que le llevara a Joab una carta en la que ordenaba: «Poned a Urías en primera línea, donde el combate sea más encarnizado, y después dejadlo solo, para que sea herido y muera». Urías murió en el campo de batalla.

Betsabé se convirtió en la esposa favorita de David, pero el profeta Natán le explicó al rey la historia de un hombre rico que, pese a tenerlo todo, le robó a un pobre el único cordero que poseía. David, escandalizado, exclamó: «¡El hombre que ha hecho eso merece la muerte!». Natán respondió: «¡Ese hombre eres tú!», y el rey cayó en la cuenta de que había cometido un terrible crimen. Él y Betsabé perdieron a su primogénito, nacido de este pecado, pero su segundo hijo, Salomón, sobrevivió.<sup>[4]</sup>

La corte de David distaba mucho de ser la corte de un rey santo. David gobernaba más bien sobre una guarida de osos cuyos detalles parecen bastante reales. Igual que ha ocurrido en muchos de los imperios construidos en torno a un hombre fuerte, cuando David empezó a mostrar signos de debilidad, aparecieron las grietas y sus hijos se disputaron la sucesión. El primogénito, Amnón esperaba poder suceder a su padre, pero el favorito de David era el hermanastro de Amnón, el malcriado y ambicioso Absalón de lustrosa cabellera y físico sin tacha: «No había en todo Israel un hombre más apuesto que Absalón, ni tan elogiado como él».

## ABSALÓN: ASCENSO Y CAÍDA DE UN PRÍNCIPE

Después que Amnón atrajera a su casa con engaños a Tamar, la hermana de Absalón, y la violara, Absalón hizo asesinar a Amnón en las afueras de Jerusalén. David lloró la muerte de su hijo y Absalón huyó de la capital y no regresó hasta

pasados tres años, cuando el rey y su favorito se reconciliaron: Absalón se postró ante el trono con el rostro en tierra y David le besó. Sin embargo, el príncipe Absalón, incapaz de controlar su incontenible ambición, solía salir a exhibirse por Jerusalén en su carro y con sus caballos, precedido por una escolta de cincuenta hombres, un modo de actuar que debilitó el gobierno de su padre. Absalón «se conquistaba el afecto de los israelitas», y acabó estableciendo su propia corte rebelde en Hebrón.

La gente acudió en tropel hacia el sol naciente, Absalón. David, sin embargo, logró recuperar parte de su viejo espíritu, se apropió del Arca de la Alianza, el símbolo del favor de Dios y, a continuación, abandonó Jerusalén. Mientras Absalón se instalaba en la capital, el anciano rey reunió su ejército: «Tratadme con cuidado al joven Absalón», ordenó David a su general Joab. Las tropas de David aniquilaron a los rebeldes en el bosque de Efraím y Absalón huyó a lomos de una mula. Su hermoso cabello sería su perdición: «iba montado en un mulo, y éste se metió bajo el tupido ramaje de una gran encina, de manera que la cabeza de Absalón quedó enganchada en la encina. Así él quedó colgado entre el cielo y la tierra, mientras el mulo seguía de largo por debajo de él», y allí colgando lo descubrió Joab, lo mató y enterró su cadáver en un pozo en lugar de hacerlo bajo el pilar que el príncipe rebelde se había construido en su propio honor.<sup>[\*3]</sup> «¿Está bien el joven Absalón?», preguntó, preocupado, el rey. Al enterarse de la muerte del príncipe, se lamentó: «¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Ah, si hubiera muerto yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío!».<sup>[5]</sup> La hambruna y las plagas se extendieron entonces por todo el reino y el rey David, desde la cima del monte Moria, vio el ángel de la muerte amenazar Jerusalén. En aquel momento, experimentó una teofanía, una revelación divina que le ordenaba construir un altar en aquel lugar. Pudiera ser que ya existiera un santuario en Jerusalén, y la Biblia describe a los monarcas de la ciudad como reyes-sacerdote. Uno de sus primeros habitantes, Arauná el jebuseo, tenía propiedades en Moria, lo que parece indicar que la ciudad se había extendido desde el Ophel hasta la cercana montaña. «Y David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos de plata. Allí David erigió un altar y ofreció holocaustos y sacrificios de comunión». David proyectó un templo en aquel lugar y le encargó madera de cedro a Abibaal, el rey fenicio de Tiro. Iba a ser el apogeo de su carrera, cuando reuniera a Dios y a su pueblo, la unión de Israel y Judá, y la unción de la propia Jerusalén como su sagrada capital. Sin embargo, no iba a poder ser. Dios le dijo a David: «Tú no edificarás la Casa para mi Nombre, porque eres hombre de guerra y has derramado sangre».

Ahora que David «estaba viejo, muy avanzado en años», las intrigas de sus hijos y cortesanos por la sucesión se intensificaron. Otro de sus hijos, Adonías, deseaba apoderarse del trono, y con este fin, envió a una joven virgen a distraer a su padre, pero los conspiradores habían subestimado a Betsabé.<sup>[6]</sup>

## EL TEMPLO DE SALOMÓN

Betsabé reivindicó el trono para su hijo Salomón. David consultó a Sadoc, el sacerdote, y a Natán, el profeta, y éstos escoltaron a Salomón, a lomos de la mula del rey, hasta el manantial sagrado de Gihon donde fue ungido rey. Se hicieron sonar las trompetas y el pueblo lo celebró. Adonías, al oír las celebraciones, buscó santuario en el altar y Salomón le garantizó la vida.<sup>[7]</sup>

Tras una extraordinaria carrera en la que había unido a los israelitas y conferido a Jerusalén el papel de ciudad de Dios, David falleció, no sin antes ordenarle a Salomón que construyera el Templo en el monte Moria. Los autores de la Biblia, escribiendo cuatro siglos más tarde para instruir a su propia época, fueron quienes convirtieron al imperfecto David en la esencia del rey sagrado. Fue enterrado en la Ciudad de David.<sup>[\*4]</sup> Salomón, su hijo, era muy diferente: terminaría su sagrada misión, pero empezó su reinado, alrededor de 970 a. C., con un sanguinario ajuste de cuentas.

Betsabé, la reina madre, le pidió a Salomón que le permitiera a su hermanastro Adonías, mayor que él, casarse con Abisag, la última concubina del rey David. «¡Pide más bien para él la realeza!», respondió sarcástico Salomón, y ordenó la muerte de Adonías y una purga de la vieja guardia de su padre. Esta anécdota es la última narrada por el historiador de la corte de David, pero también es realmente la primera y única fugaz visión de Salomón como hombre, puesto que después se transforma en el espléndido estereotipo de un emperador fabuloso de sabiduría inescrutable. Todo lo que poseía Salomón era mejor y más grande que lo que poseía cualquier rey ordinario: su sabiduría generó tres mil proverbios y 1005 canciones, su harén contenía 700 esposas y 300 concubinas, y su ejército estaba compuesto por 12 000 soldados de caballería y 1400 carros. Estas costosas joyas de la tecnología militar fueron emplazadas en sus ciudades fortificadas de Megido, Guézer y Jasor, y su flota estaba fondeada en Esión Guéber, en el golfo de Áqaba.<sup>[8]</sup>

Salomón comerció en especias y oro, carros de combate y caballos con Egipto y Cilicia. Organizó expediciones comerciales conjuntas a Sudán y Somalia en asociación con su aliado fenicio, el rey Hiram de Tiro. Recibió a la reina de Saba (probablemente el actual Yemen), que llegó a Jerusalén «con un séquito imponente, con camellos cargados de perfumes, de muchísimo oro y de piedras preciosas». El oro procedía de Ofir, (probablemente India) y el bronce, de sus propias minas. Su fortuna embelleció Jerusalén: «El rey hizo que la plata fuera en Jerusalén tan común como las piedras, y que la madera de cedro fuera tan abundante como los sicómoros de la Sefelá». Se casó con la hija de un faraón, el indicador más significativo de su prestigio internacional. Los faraones casi nunca casaban a sus hijas con príncipes

extranjeros, en especial, con advenedizos de Judea, cabecillas de tribus de pastores de las montañas recién ascendidos. Sin embargo, el antes orgulloso Egipto había caído en tal vergonzoso caos que el faraón Siamón lanzó un ataque contra Guézer, cercana a Jerusalén y, tal vez sintiéndose desprotegido tan lejos de Egipto, le ofreció el botín a Salomón, en el que incluyó a su hija, un honor impensable en cualquier otro momento. Con todo, la obra maestra de Salomón sería el Templo de Jerusalén proyectado por su padre.

La «casa del Señor» debía alzarse junto al palacio real de Salomón, en una acrópolis sacroimperial, descrita en la Biblia, que contaba con salones y palacios de extraordinaria grandiosidad cubiertos de oro y madera de cedro, entre ellos el salón Bosque del Líbano y el Pórtico de los Pilares donde el rey administraba justicia.

En la construcción del Templo no trabajaron sólo los israelitas. Los fenicios, que vivían en ciudades-estado independientes a lo largo de la costa libanesa, eran los artesanos y comerciantes marítimos más sofisticados del Mediterráneo, famosos por su púrpura tiria, de la que derivaba su nombre (*phoinix*, púrpura) y por ser los creadores del alfabeto. El rey Hiram de Tiro no sólo suministró la madera de cedro y de ciprés sino también los artesanos que tallaron los adornos de plata y oro. Todo era «oro puro».

El Templo era más que un santuario, era la morada de Dios, un complejo formado por tres secciones que se alzaba unos 10 por 35 metros en el interior de un recinto amurallado. Una puerta de entrada flanqueada por dos pilares de bronce, Iaquín y Boaz, de nueve metros de altura, decorados con granadas y lirios, daba acceso a un enorme patio bordeado de pilares, abierto al cielo, y rodeado en tres de sus lados por salas de dos pisos que tal vez albergaran los archivos, o quizá el tesoro real. El pórtico se abría a un salón sagrado junto a cuyas paredes se alineaban diez lámparas de oro. Frente a un altar de incienso destinado a los sacrificios se situaban una mesa de oro destinada al pan consagrado, un estanque, recipientes para la purificación sobre unos soportes equipados de ruedas, y una piscina probática de bronce para los sacerdotes, conocida como el Mar. Unos escalones conducían al Santo de los santos, [\*5] una pequeña sala custodiada por dos querubines alados de cinco metros de altura contruidos en madera de olivo y recubiertos de pan de oro.

Aun así, la propia magnificencia de Salomón tenía preferencia. Se tardaron siete años en construir el Templo y trece en construir su palacio, más grande todavía. En la casa del Señor tenía que reinar el silencio, «así no se oyó en la Casa ruido ni de martillos, ni de picos, ni de ninguna otra herramienta durante su construcción»: los artesanos fenicios prepararon las piedras, tallaron los cedros y los cipreses y fabricaron las decoraciones de plata, oro y bronce en Tiro antes de enviarlas a Jerusalén. El rey Salomón fortificó el monte Moria ampliando las antiguas murallas y a partir de aquel momento el nombre «Sión» describió tanto la ciudadela original

como el nuevo monte del Templo.

Cuando todo estuvo terminado, Salomón reunió a la población para que viera cómo los sacerdotes transportaban el Arca de la Alianza, un baúl de madera de acacia, desde su tienda en la ciudadela de Sión, la Ciudad de David, hasta el Templo en el monte Moria. Salomón ofreció un sacrificio en el altar, tras lo cual los sacerdotes trasladaron el Arca al Santo de los santos y la colocaron bajo las alas de los dos gigantescos querubines dorados. En el Santo de los santos no había nada excepto los querubines y el Arca, y nada en el interior del Arca, de apenas 125 centímetros de largo por 75 de ancho y 75 de alto, salvo las tablas de la ley de Moisés. Tal era su santidad que no estaba previsto que el pueblo pudiera rendirle culto: en ese vacío residía la austera divinidad de Yavé, carente de imagen, una idea exclusiva de los israelitas.

Los sacerdotes salieron, y en ese momento, la «nube» de la Divina Presencia, «la gloria del Señor llenó la Casa del Señor». Salomón consagró el Templo ante su pueblo y le anunció a Dios, «sí, yo te he construido la Casa de tu señorío, un lugar donde habitarás para siempre», a lo que Dios respondió a Salomón, «entonces yo mantendré tu trono real, como se lo aseguré a tu padre David, cuando dije: “Nunca te faltará un descendiente que gobierne Israel”». Este acto se convertiría en la primera de las celebraciones que evolucionarían hasta convertirse en las grandes peregrinaciones del calendario judío: «tres veces al año, Salomón ofrecía holocaustos y sacrificios de comunión sobre el altar que había erigido al Señor, y quemaba incienso sobre el altar que estaba delante del Señor». En aquel momento, el concepto de santidad en el mundo judeocristiano-islámico encontraría su hogar eterno. Los judíos y los otros Pueblos del Libro creen que la Divina Presencia nunca ha abandonado el monte del Templo. Jerusalén se convertiría en el lugar supremo en el que la humanidad y la divinidad se comunican en la tierra.

## LA DECADENCIA DE SALOMÓN

Todas las Jerusalenes ideales, nuevas y antiguas, celestiales y temporales, se fundamentaron en la descripción que hace la Biblia de la ciudad de Salomón. Sin embargo, ninguna otra fuente confirma el relato bíblico, ni tampoco se ha encontrado resto alguno de su templo.

El hecho es menos sorprendente de lo que parece. Por motivos políticos y religiosos, resulta imposible emprender excavaciones en la Explanada de las Mezquitas, pero incluso en el caso de que se permitiera llevar a cabo este tipo de excavaciones, lo más probable es que tampoco encontraríamos vestigios del Templo de Salomón, porque fue destruido por completo al menos dos veces, fue arrasado hasta los cimientos al menos en una ocasión y sufrió innumerables remodelaciones.



Aun así, y aunque los escritores bíblicos exageraran su esplendor, las dimensiones del Templo y su diseño son verosímiles. El Templo de Salomón era un santuario clásico de su tiempo. Los templos fenicios, sobre los que el de Salomón se inspiró en parte, eran prósperas corporaciones administradas por cientos de funcionarios en las que trabajaban prostitutas de templo, cuyas tarifas contribuían a los ingresos corporativos, e incluso barberos al servicio de aquellos que habían consagrado su cabello a los dioses. La distribución de los templos sirios descubiertos por toda la región, y toda su sagrada parafernalia, como por ejemplo los baños en los que se llevaban a cabo las abluciones purificadoras, se asemejaban mucho al santuario de Salomón que describe la Biblia.

También resulta del todo creíble su abundancia en oro y marfil. Los arqueólogos han encontrado el marfil de los reyes de Israel que, un siglo más tarde, gobernaban desde suntuosos palacios en la cercana Samaria. La Biblia afirma que Salomón consagró al templo quinientos escudos militares de oro en una época en la que otras fuentes corroboran la abundancia de oro; lo importaban desde Ofir y los egipcios también explotaban minas de ese metal en Nubia. Justo después de la muerte de Salomón, cuando el faraón Sheshonq amenazó Jerusalén, los israelitas le pagaron con el oro del tesoro del Templo. Durante mucho tiempo se creyó que las minas del rey Salomón eran un mito, pero se han encontrado minas de cobre en Jordania que estaban en funcionamiento durante su reinado. El tamaño de su ejército también era factible, dado que sabemos que un rey de Israel, apenas un siglo más tarde, desplegaría en el campo de batalla dos mil carros de combate. [\*6][9]

Por mucho que se haya exagerado la magnificencia de Salomón, lo cierto es que su decadencia parece demasiado cierta: el rey Sabio se convirtió en un odioso tirano que financió sus extravagancias monumentales con impuestos muy elevados, y que «castigó con látigos». Ante el disgusto de los autores bíblicos monoteístas que escribieron dos siglos más tarde, Salomón adoraba no sólo a Yavé sino también a otros dioses locales, y, por añadidura, «amó a muchas mujeres... moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas».

Salomón tuvo que enfrentarse a numerosas rebeliones, desde Edom en el sur hasta Damasco en el norte, al mismo tiempo que su general Jeroboam fraguaba una revuelta entre las tribus del norte. Salomón ordenó asesinar a Jeroboam, pero el general huyó a Egipto donde Sheshonq, el faraón libio de un imperio renaciente le dio apoyo. El reino de Israel empezaba a tambalearse.



# CAPÍTULO 4

## LOS REYES DE JUDEA, 930-626 a. C.

### ROBOAM FRENTE A JEROBOAM: LA DIVISIÓN

A la muerte de Salomón, después de un reinado de cuarenta años, su hijo Roboam convocó a las tribus en Siquem. Las tribus del norte designaron al general Jeroboam para que le transmitiera al rey que ya no estaban dispuestos a seguir tolerando los impuestos de Salomón. «Si mi padre los cargó con un yugo pesado, yo lo haré más pesado aún» replicó, colérico, Roboam, y «si él los castigó con látigos, yo usaré lonjas con puntas de hierro». Las diez tribus del norte se rebelaron y ungieron a Jeroboam como rey del nuevo reino escindido de Israel.

El rey Roboam siguió gobernando Judá; era el nieto de David y poseía el templo de Jerusalén, la morada de Yavé. Jeroboam, sin embargo, que tenía más experiencia y había instalado su capital en Siquem, supo enfrentarse a ese hecho: «Si este pueblo sube a ofrecer sacrificios a la Casa de Dios en Jerusalén, terminarán por ponerse de parte de Roboam, rey de Judá, su señor; entonces me matarán a mí y se volverán a Roboam, rey de Judá». Así que construyó dos pequeños templos, dos santuarios cananeos tradicionales, en Betel y Dan. El reinado de Jeroboam fue largo y fructífero, aunque nunca pudo igualar la Jerusalén de Roboam.

A veces, los dos reinos israelitas se enfrentaban en alguna guerra, otras veces, concertaban alianzas. Durante alrededor de cuatro siglos después de 900 a. C., la dinastía davídica gobernó Judá, lo poco que quedaba del territorio imperial alrededor del regio Templo de Jerusalén, mientras que el reino de Israel, mucho más rico, se convirtió en una potencia militar en el norte, generalmente dominada por generales guerreros y belicosos que se hicieron con el trono mediante sangrientos golpes de estado. Uno de esos usurpadores mató a tantos miembros de la familia real que acabó con la casa gobernante «sin dejarle ningún varón, ni parientes cercanos ni amigos». A los autores de los libros de los Reyes y de las Crónicas, que escribían dos siglos más tarde, no les preocuparon ni los detalles personales ni la cronología estricta, sino que juzgaron a los monarcas según su lealtad al único Dios de Israel. Por fortuna, no obstante, la edad oscura había tocado a su fin: las inscripciones de los imperios de Egipto y de Iraq arrojan ahora luz, y a menudo también corroboran los inflamados escritos dogmatizantes y moralistas de la Biblia.

Nueve años después de la muerte de Salomón, Egipto y la historia regresaron a Jerusalén. El faraón Sheshonq, que había alentado la ruptura de la monarquía israelita

unida, avanzó por la costa y giró hacia el interior en dirección a Jerusalén. El templo contenía las riquezas suficientes para que este desvío le resultara lucrativo. El rey Roboam tuvo que sobornar a Sheshonq con el tesoro del Templo, el oro de Salomón. El faraón atacó los dos reinos israelitas y arrasó la ciudad costera de Megido donde dejó una inscripción en una estela en la que alardeaba de sus conquistas, y de la que sobrevive un fragmento fascinante. A su regreso, también dejó constancia de su victoriosa expedición en el templo de Amón en Karnak. Un texto jeroglífico en Bubastis, la entonces capital del faraón, explica que poco después, el heredero de Sheshonq, Osocor, consagró 383 toneladas de oro a sus templos, posiblemente el botín del Templo de Jerusalén. La invasión de Sheshonq constituye el primer acontecimiento narrado por la Biblia que la arqueología ha podido confirmar.

Después de cincuenta años de luchas, los dos reinos israelitas firmaron la paz. El rey Ajab de Israel había contraído un matrimonio de conveniencia, incrementando así su prestigio, con una princesa fenicia que se convertiría en el mayor monstruo de la Biblia, Jezabel, una tirana corrupta y adoradora de Baal y de otros ídolos. Ella y su familia se apoderarían del gobierno de Israel y de Jerusalén, que llevó la carnicería y el desastre a ambos reinos.<sup>[1]</sup>

## JEZABEL E HIJA, REINAS DE JERUSALÉN

Jezabel y Ajab tuvieron una hija llamada Atalía a quien casaron con el rey Joram de Judá. Atalía llegó a una Jerusalén próspera: los mercaderes sirios comerciaban en su propio barrio, una flota judía navegaba por el mar Rojo y los ídolos cananeos había sido expulsados del Templo. Sin embargo, la hija de Jezabel no llevó ni felicidad ni buena fortuna.

La prosperidad de los israelitas sólo duró el tiempo que duró el letargo de las grandes potencias. En el año 854, Asiria, con capital en Nínive, en el moderno Iraq, se alzó de nuevo y cuando el rey asirio Salmanasar III emprendió la conquista de los reinos sirios, Judá, Israel y Siria formaron una coalición para enfrentarse a él. En la batalla de Karkar, el rey Ajab, que alineó dos mil carros de combate y diez mil soldados de infantería, apoyado por los judíos y algunos de los reyes sirios, detuvo a los asirios. Sin embargo, más tarde, la coalición se vino abajo: los judíos e israelitas se enfrentaron a los sirios y sus pueblos súbditos se rebelaron.<sup>[\*1]</sup> El rey Ajab de Israel murió al ser alcanzado por una flecha, y «los perros lamieron su sangre». Un general, de nombre Jehú, se rebeló en Israel, asesinó a toda la familia real, amontonó las cabezas de los setenta hijos de Ajab en una pila a las puertas de Samaria, y asesinó no sólo al nuevo rey de Israel, sino también al rey de Judá que estaba de visita. En cuanto a la reina Jezabel, fue arrojada por la ventana de su palacio y pulverizada bajo las ruedas de los carros.<sup>[\*2]</sup>

Los restos de Jezabel fueron echados a los perros de Israel, pero alrededor del año 841 a. C., su hija, la reina Atalía, se hizo con el poder en Jerusalén, matando a todos los príncipes davídicos (sus propios nietos) que pudo encontrar. Solamente un bebé se salvó, el príncipe Joás. El segundo libro de los Reyes, y algunos nuevos hallazgos arqueológicos, nos dejan entrever por primera vez la vida en Jerusalén en aquella época.<sup>[2]</sup>

El pequeño príncipe fue ocultado en el complejo del templo, mientras la hija medio israelita, medio fenicia, de Jezabel atraía el comercio internacional y la adoración de Baal a su pequeña capital montañesa. En Jerusalén se encontró una figura que representa una exquisita paloma de marfil colgada en la cima de un granado, de menos de tres centímetros de altura, que posiblemente se utilizara para decorar algún mueble de alguna casa señorial de Jerusalén. Alrededor del aljibe cortado en la roca bajo la Ciudad de David se han encontrado sellos fenicios de arcilla, conocidos como *bullae*, el equivalente de la época a nuestro papel con membrete, que muestran imágenes de sus buques y efigies sagradas, tales como un sol alado sobre un trono, junto a diez mil espinas de pescado, posiblemente todo ello importado desde el Mediterráneo por esos marinos comerciantes. Sin embargo Atalía, cuyos sacerdotes idólatras instalaron a Baal y a otros dioses en el Templo, no tardó en ganarse el mismo odio que Jezabel. Transcurridos seis años, el sacerdote del Templo convocó a todos los notables de Jerusalén a una reunión secreta y les reveló la existencia del pequeño príncipe Joás, a quien juraron lealtad de inmediato. El sacerdote armó entonces a los guardias con las lanzas y los escudos del rey David que seguían almacenados en el templo, y a continuación ungió públicamente al niño, exclamando «¡Viva el rey!» e hizo sonar las trompetas.

La reina «oyó el griterío de la gente que corría» y cruzó la acrópolis a toda prisa, desde el palacio hasta el vecino Templo, ahora abarrotado de gente. «¡Traición!», gritó, pero los guardias la detuvieron, la sacaron a rastras de la montaña sagrada y la ejecutaron una vez cruzadas las puertas. Los sacerdotes de Baal fueron linchados y sus ídolos destruidos.

El rey Joás gobernó cuarenta años, hasta 801, cuando fue derrotado en una batalla contra el rey sirio, quien marchó sobre Jerusalén y le obligó a pagar «todo el oro que había en los tesoros» del Templo. Joás fue asesinado. Treinta años más tarde, un rey de Israel asaltó Jerusalén y saqueó el Templo. A partir de aquel momento, la creciente fortuna del Templo lo convertiría en un trofeo muy tentador.<sup>[3]</sup>

Aun así, la remota prosperidad de Jerusalén no podía compararse a la de Asiria, cuya energía había sido reactivada por un nuevo rey: el voraz imperio estaba en marcha otra vez. Los reyes de Israel y de Aram-Damasco intentaron formar una coalición para resistir a los asirios; sin embargo, el rey Ajaz de Judá se negó a unirse a la coalición; los israelitas y los sirios pusieron entonces sitio a Jerusalén pero no

podieron abrir brecha ni penetrar las nuevas murallas de fortificación. El rey Ajaz envió el tesoro del Templo y una petición de auxilio a Tiglatpileser III de Asiria. En el año 732, los asirios se anexionaban Siria y arrasaban Israel mientras en Jerusalén, al rey Ajaz le atormentaba la duda de si debía someterse a Asiria o combatir.

## ISAÍAS: JERUSALÉN, BELLEZA Y RAMERA

Isaías, príncipe, sacerdote y asesor político, le aconsejó al rey que esperara: Yavé protegería a Jerusalén. El rey, vaticinó Isaías, tendría un hijo llamado Emanuel, nombre que significa «Dios con nosotros», «porque un niño nos ha nacido» que sería «consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz», y que traería con él «una paz sin fin».

El libro de Isaías fue obra de, al menos, dos autores, uno de los cuales escribiría más de doscientos años más tarde, pero este primer Isaías no fue sólo un profeta, sino además un poeta visionario, y el primero, en una época de voraz agresividad asiria, en imaginar la vida en una Jerusalén mística más allá de la destrucción del Templo. «Yo vi al Señor sentado en un trono elevado y excelso, y las orlas de su manto llenaban el templo... y la Casa se llenó de humo».

Isaías le profesaba un gran amor a la «montaña sagrada», a la que veía como una hermosa mujer, «la montaña de la hija de Sión... la colina de Jerusalén», a veces íntegra, a veces una ramera. Poseer Jerusalén no significaba nada sin piedad y sin decencia. No obstante, si todo se perdía y «Jerusalén tropieza y Judá se desmorona», nacería otra Jerusalén mística para todos, «sobre toda la extensión del monte» que predicaría el amor y la bondad: «¡aprended a hacer el bien! ¡Buscad el derecho, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda!». Isaías predijo un fenómeno extraordinario: «la montaña de la Casa del Señor será afianzada sobre la cumbre de las montañas... y todas las naciones afluirán hacia ella». Las leyes, los valores y las historias de esta remota y tal vez vencida ciudad de montaña se alzarían de nuevo: «y acudirán pueblos numerosos, que dirán: “¡Venid, subamos a la montaña del Señor, a la Casa del Dios de Jacob! Él nos instruirá en sus caminos y caminaremos por sus sendas... porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén, la palabra del Señor. Él será juez entre las naciones”». Isaías profetizó un místico día del Juicio Final en el que llegaría un rey no ungido, el Mesías: «con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas y... [las naciones] no se adiestrarán más para la guerra». Los muertos se levantarían de nuevo. «El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito».

Esta ardorosa poesía expresaba por primera vez los anhelos apocalípticos que acompañarían la historia de Israel hasta nuestros días. Isaías le daría forma, no sólo al judaísmo sino también al cristianismo. Jesucristo estudió los escritos de Isaías, y sus

enseñanzas, desde la destrucción del Templo y el concepto de una Jerusalén universal y espiritual hasta la defensa del desamparado, derivan de la poética visión de Isaías. El propio Jesús sería visto como el Emanuel de Isaías.

El rey Ajaz viajó a Damasco a fin de rendir vasallaje a Tiglatpileser, y regresó con un altar de estilo asirio para el Templo. En el año 727 a. C., a la muerte del conquistador Israel se rebeló, pero el nuevo rey asirio, Sargón II, sitió la capital, Samaria, un asedio que se prolongó tres años, tras el cual, engulló a Israel y deportó a 27 000 de sus habitantes a Asiria. Diez de las doce tribus que habían vivido en el reino del norte casi desaparecieron de la historia.<sup>[\*3]</sup> Los judíos modernos descienden de las últimas dos tribus que sobrevivieron bajo el nombre de reino de Judá.<sup>[4]</sup> El bebé que Isaías aclamó como Emanuel era el rey Ezequías, quien, aunque no fuera el Mesías, poseía no obstante la más valiosa de todas las cualidades políticas, la suerte. Los restos de su Jerusalén todavía perduran en la actualidad.

## SENAQUERIB: EL LOBO EN EL APRISCO

Ezequías esperó veinte años la oportunidad de rebelarse contra Asiria. En primer lugar, eliminó los ídolos de los templos e hizo añicos la serpiente de bronce que se alzaba en el Templo, y a continuación, hizo una llamada a su pueblo para que acudieran a celebrar una primera versión de la Pésaj, la Pascua judía, en Jerusalén, que por primera vez se estaba expandiendo hacia la colina occidental.<sup>[\*4]</sup> La ciudad se llenó de refugiados del caído reino del norte, quienes posiblemente trajeran con ellos algunos de sus manuscritos más antiguos que trataban de la historia y leyendas de los primeros tiempos de los israelitas. Los sabios de Jerusalén empezaron a fusionar las tradiciones de Judá con las de las tribus del norte y, al final, esos manuscritos, escritos en la misma época en la que los griegos dejaban constancia escrita de la *Ilíada*, el poema épico de Homero, se convertirían en la Biblia.

Tras la muerte de Sargón II, caído en combate en el año 705, los jerosolimitanos, entre ellos Isaías, albergaron la esperanza de que esa muerte significara la caída del imperio maligno. Egipto prometió apoyo; la ciudad de Babilonia se rebeló y envió embajadores a Ezequías, quien creyó que había llegado su momento: se unió a una nueva coalición contra Asiria y se preparó para la guerra. Sin embargo, y por desgracia para los judíos, el nuevo gran rey de Asiria era un enérgico e infatigable guerrero que parecía gozar de una gran confianza en sí mismo: su nombre era Senaquerib.

El monarca asirio se dio a sí mismo el nombre de «rey del mundo, rey de Asiria» en un tiempo en el que ambos títulos eran sinónimos. La hegemonía de Asiria se extendía desde el golfo Pérsico hasta Chipre. El centro de su reino, sin acceso alguno al mar, en lo que hoy es Iraq, estaba protegido por montañas al norte y por el Éufrates

en el oeste, pero era vulnerable a un ataque desde el sur y desde el este. El imperio parecía un tiburón que sólo podía sobrevivir mediante el consumo constante. Para los asirios, la conquista constituía un deber religioso. Cada nuevo rey, el día de su coronación, juraba expandir lo que ellos llamaban «la tierra del dios Asur», la tierra que llevaba el nombre de su dios protector. Los reyes eran sumos sacerdotes y comandantes que conducían ellos mismos sus ejércitos de doscientos mil efectivos, e igual que los tiranos de los tiempos modernos, sometían a sus súbditos utilizando no sólo el terror, sino también las deportaciones en masa de pueblos desde un extremo del imperio al otro.

El cuerpo del padre de Senaquerib nunca fue recuperado del campo de batalla, un terrible indicador del desagrado divino, y el imperio empezó a resquebrajarse. Senaquerib, sin embargo, aplastó todas las rebeliones y cuando reconquistó Babilonia, destruyó toda la ciudad. Ahora bien, una vez hubo restaurado el orden, intentó consolidar su poder mediante una extravagante reconstrucción de su capital Nínive, ciudad de Ishtar, diosa de la guerra y de la pasión, en la que hizo construir canales que irrigaban sus jardines. Los reyes asirios eran fervientes propagandistas cuyas triunfalistas decoraciones en los muros de sus palacios proclamaban las victorias asirias y la truculenta muerte de sus enemigos, empalamientos, desollamientos y decapitaciones en masa. Los cortesanos de las ciudades conquistadas desfilaban por Nínive luciendo en el cuello macabros collares hechos con las cabezas de sus reyes. Con todo, lo cierto es que sus depredaciones, seguramente, no eran más perversas que las de otros conquistadores: los egipcios, por ejemplo, coleccionaban las manos y los penes de sus enemigos. Lo irónico es que la época más brutal de Asiria había terminado: Senaquerib prefería negociar siempre que fuera posible.

Senaquerib dejó las crónicas de sus hazañas enterradas en los cimientos de sus palacios. En Iraq, los arqueólogos han encontrado los restos de su ciudad, que descubren una Asiria en todo su apogeo, enriquecida por las conquistas y la agricultura y administrada por escribas cuyos documentos se conservaban en los archivos reales. Sus bibliotecas contenían no sólo colecciones de augurios que contribuían a la toma de decisiones de los reyes, y de encantamientos, rituales e himnos para conservar el apoyo divino, sino también tablillas de clásicos de la literatura, como por ejemplo, el *Poema de Gilgamesh*. Los asirios, adoradores de muchos dioses, veneradores de figuritas y espíritus mágicos, y usuarios del poder de los augurios y de la adivinación, estudiaron medicina y escribieron recetas en tablillas en las que se puede leer: «Si el hombre padece de los siguientes síntomas, el problema es... Tomar las medicinas siguientes...».

Los prisioneros israelitas, que realizaban penosos trabajos alejados de su patria en las resplandecientes y llamativas ciudades de Asiria, con sus babélicas torres-zigurats

y palacios pintados, vieron esas ciudades como metrópolis «sanguinaria[s], repleta[s] de mentira, llena[s] de rapiña, que nunca suelta[n] la presa». El profeta Nahum describió el «¡chasquido de látigos, estrépito de ruedas, galope de caballos, rodar de carros...!». Ahora, esos carros con ruedas de ocho radios, esos inmensos ejércitos y el propio Senaquerib marchaban contra Jerusalén, lanzándose en picado, explica el Deuteronomio, «con la velocidad del águila».

## EL TÚNEL DE EZEQUÍAS

Ezequías, que conocía los horrores acaecidos en Babilonia, inició la frenética construcción de fortificaciones alrededor de los nuevos barrios de Jerusalén. Algunas secciones de su «amplia muralla», de unos ocho metros de anchura, sobreviven en la actualidad en diversos lugares, pero sobre todo, y de forma más impresionante, en el barrio judío. Ezequías se preparó para el asedio ordenando a dos grupos de obreros que cavaran un túnel, de algo más de quinientos metros de longitud, a través de la roca y que comunicara el manantial de Gihon, fuera de la ciudad, con el aljibe de Siloam, al sur del monte del Templo bajo la Ciudad de David, que ahora, gracias a sus nuevas fortificaciones, había quedado en el interior de las murallas. Cuando los dos equipos se encontraron en la profundidad de la roca, celebraron la ocasión esculpiendo una inscripción que dejara constancia de lo que habían conseguido:

*... cuando se excavó el túnel. Y éste fue el modo con que se perforó: mientras... había todavía... los picos, cada hombre hacia su compañero, y mientras todavía quedaban tres codos por horadar, se oyó la voz de un hombre que llamaba a su compañero, pues había resonancia en la roca proveniente del norte y del sur. Cuando se excavó el túnel, los picapedreros excavaron la roca, cada uno en dirección a su compañero, pico contra pico; y las aguas fluyeron desde la fuente hasta el estanque a lo largo de 1200 codos; y la altura de la roca, por encima de las cabezas de los picapedreros, era de 100 codos.*<sup>[\*5]</sup>

Al norte del monte del Templo, Ezequías construyó una presa en un valle para crear una de las piscinas de Bethesda a fin de aumentar el suministro de agua a la ciudad, y parece que también distribuyó alimentos, aceite, vino y grano, a sus tropas, dispuestas para la guerra y el asedio. En las excavaciones por todo Judá se han encontrado asas marcadas con las letras «LMKL», «para el rey», y grabadas con su emblema, el escarabajo de cuatro alas.

«Los asirios cayeron sobre ellos como el lobo sobre un aprisco», escribiría Byron.

Senaquerib y sus inmensos ejércitos estaban ahora muy cerca de Jerusalén. Al parecer, el Gran Rey había viajado, igual que solían hacer la mayor parte de los reyes asirios, en un pesado carro tirado por tres caballos, protegido del sol por la sombrilla real, los caballos cubiertos por espléndidos caparazones y relucientes penachos en la cabeza, mientras el rey vestía una larga túnica bordada, un sombrero plano con un pico puntiagudo, una barba cuadrada larga y trenzada y brazaletes con rosetas, un arco en la mano y una espada al cinto en una vaina decorada con leones. El rey se veía a sí mismo más como un león que como el águila bíblica o el lobo de Lord Byron.<sup>[\*6]</sup> Los reyes asirios solían celebrar sus victorias vestidos de pieles de león en el templo de Ishtar, decoraban sus palacios con esfinges de león y salían a cazar leones con frecuencia, el deporte de los grandes reyes.

Senaquerib pasó Jerusalén de largo y se dirigió hacia el sur a poner asedio a la segunda ciudad de Ezequías, la ciudad fortificada de Laquis. Gracias a los bajorrelieves de su palacio de Nínive sabemos el aspecto que tenían sus tropas (y las de Judá); los asirios, un ejército imperial políglota, llevaban el cabello trenzado, vestían túnicas, se protegían con cotas de malla, adornaban sus puntiagudos cascos con penachos de plumas, y se organizaban en diferentes cuerpos: conductores de carro, lanceros, arqueros y honderos. Sus ingenieros construyeron rampas de asedio, los zapadores socavaron las murallas y un temible ariete de múltiples arpones hizo añicos las fortificaciones. Los arqueros y honderos lanzaron una incesante y fulminante lluvia de proyectiles mientras la infantería de Senaquerib se lanzaba al asalto por las escalas para tomar la ciudad y los refugiados huían en masa del terrible caos. Los arqueólogos han descubierto una fosa común con más de mil quinientos hombres, mujeres y niños, algunos empalados o desollados, exactamente como muestra el bajorrelieve. Jerusalén sabía a qué atenerse.<sup>[5]</sup>

Senaquerib venció sin dificultad al ejército egipcio que había acudido en ayuda de Ezequías, arrasó Judá y a continuación se aproximó a Jerusalén, acampando al norte de la ciudad, el mismo lugar que elegiría Tito más de quinientos años más tarde.

Ezequías envenenó cualquier manantial que se encontrara fuera de Jerusalén. Sus tropas, que defendían las nuevas murallas, llevaban turbantes sujetos con cintas y largas orejeras, faldones cortos, grebas y botas. Cuando el asedio quedó instalado, el pánico debió de invadir la ciudad. Senaquerib envió a sus generales a parlamentar. La resistencia era inútil. El profeta Miqueas vaticinó la destrucción de Sión y, sin embargo, el viejo Isaías aconsejaba paciencia: Yavé proveería.

Ezequías rezó en el Templo mientras Senaquerib se jactaba de haber rodeado Jerusalén «como un pájaro en una jaula». Isaías, no obstante, tenía razón: Dios intervino.



## MANASÉS: SACRIFICIOS INFANTILES EN EL VALLE DEL INFIERNO

«El Ángel del Señor salió e hirió en el campamento de los asirios... y cuando los demás se levantaron por la mañana, vieron que todos eran cadáveres, que estaban muertos». Los asirios abandonaron inesperadamente el asedio y levantaron el campamento, con toda probabilidad para ir a detener una rebelión en el este. «Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campamento, emprendió el regreso y se quedó en Nínive». Yavé le dijo a Senaquerib que «te desprecia, se burla de ti, la virgen hija de Sión; a tus espaldas mueve la cabeza la hija de Jerusalén». Así reza la versión de Jerusalén, pero los anales de Senaquerib describen el abrumador tributo que pagó Ezequías, treinta talentos de oro y ochocientos de plata, es decir, parece ser que Ezequías pagó a los asirios para que se marcharan. Senaquerib redujo Judá a un pequeño reino apenas mayor que el distrito de Jerusalén y se jactó de haber deportado a 200 150 personas.<sup>[6]</sup>

A la muerte de Ezequías, poco después del asedio, su hijo Manasés se convirtió en un leal vasallo de Siria. Aplastó brutalmente cualquier oposición en Jerusalén, se casó con una princesa árabe, invalidó las reformas de su padre e instaló prostíbulos rituales y los ídolos Baal y Aserá en el Templo. Lo peor de todo, alentó el sacrificio de niños en el asador del valle de Hinón, el *tophet*,<sup>[\*7]</sup> al sur de la ciudad. En efecto, él mismo «inmoló a su [propio] hijo en el fuego...». Se decía que mientras llevaban a los niños a ese lugar, los sacerdotes batían sus tambores para ocultar los gritos de las víctimas a los oídos de sus padres.

Gracias a Manasés, el valle de Hinón se convirtió no sólo en el lugar de la muerte, sino también en la Gehena, el «infierno» de la mitología judía y de la posterior mitología cristiana y musulmana. Si el monte del Templo representaba el paraíso propio de Jerusalén, Gehena era su también propio Hades.

Entonces, en el año 626, Nabopolasar, un general caldeo, se hizo con el poder en Babilonia e inició la destrucción del imperio asirio, dejando constancia de sus hazañas en las crónicas mesopotámicas. En el 612, Nínive cayó ante una alianza de babilonios y medos y en el 609, el sucesor de Manasés, su nieto de nueve años, Josías, parecía anunciar una edad de oro gobernada por un Mesías.<sup>[7]</sup>

# CAPÍTULO 5

## LA PUTA DE BABILONIA, 586-539 a. C.

### JOSÍAS: EL SALVADOR REVOLUCIONARIO

El milagro había ocurrido: el perverso imperio de Asiria se había desmoronado y el reino de Judá era libre. Es posible que el rey Josías ampliara su reino, por el norte, ocupando parte del antiguo territorio de Israel, por el sur, hacia el mar Rojo, y por el este, hacia el Mediterráneo. Entonces, en el decimooctavo año de su reinado, Jilquías, el sumo sacerdote, encontró, guardado en una de las salas del templo, un rollo manuscrito que había quedado olvidado.

A Josías no se le escapó el poder de ese documento, una primera versión del libro del Deuteronomio (en griego «segunda ley»), probablemente uno de los rollos que los exiliados de Israel, después de la caída de su reino, llevaron al sur y ocultaron en el Templo durante las persecuciones de Manasés. Josías, tras reunir al pueblo de Judá en el Templo, se colocó junto al pilar real, el símbolo totémico, y desde allí anunció su compromiso con el único Dios de respetar y conservar la Ley. El rey puso a trabajar a sus eruditos y les encargó que volvieran a explicar la antigua historia del pueblo de Judá unificando en un único pasado a los patriarcas míticos, a los reyes santos David y Salomón, y la historia de Jerusalén, con el propósito de iluminar el presente, un paso más hacia la creación de la Biblia. En efecto, dichas leyes fueron antedatadas y atribuidas a Moisés, si bien la descripción que hace la Biblia del Templo de Salomón refleja seguramente la Jerusalén real, aunque posterior, de Josías, el nuevo David. A partir de aquel momento, la montaña sagrada se convirtió nada menos que en *ha-Makom*, en hebreo: el Lugar.

El rey ordenó quemar los ídolos del valle de Kidron y expulsó a los prostitutas del Templo; destruyó los asadores de niños del valle del Infierno y ejecutó a los sacerdotes idólatras, triturando después sus huesos junto a sus altares.<sup>[\*1]</sup> La revolución de Josías parece violenta, frenética y puritana. A continuación, celebró una fiesta del Pésaj para conmemorar la ocasión. «Antes de Josías no hubo otro rey como él». Josías, sin embargo, estaba jugando con fuego. Cuando Neco, el faraón de Egipto, avanzó por la costa, Josías, presintiendo que estaba a punto de cambiar el dominio asirio por el egipcio, se precipitó a detenerlo. En el año 609 a. C., el faraón aplastó a los judíos y mató a Josías en Megido. Josías había fracasado, pero su reinado optimista y revelador gozaría de un prestigio mucho mayor que el de cualquier otro rey entre David y Jesús. El sueño de independencia, no obstante, acabó

en Megido, que se convirtió en la definición misma de la catástrofe: Armagedón.<sup>[1]</sup>

El faraón avanzó sobre Jerusalén y colocó a Joaquín, el hermano de Josías, en el trono de Judá. Sin embargo, Egipto no pudo detener la ascensión de un nuevo imperio en Oriente Próximo. En el año 605, el hijo del rey de Babilonia, Nabucodonosor, derrotaba a los egipcios en Carquemís. Asiria desapareció y Babilonia heredó el reino de Judá. En el año 597, en medio de toda esta inestabilidad, el rey Joaquín vio su oportunidad de liberar Judá y convocó un ayuno nacional para ganarse la protección de Dios, pero su consejero, el profeta Jeremías, le advirtió, en su primera jeremiada, que Dios destruiría Jerusalén. El rey Joaquín quemó públicamente los escritos de Jeremías<sup>[\*2]</sup> y buscó una alianza con Egipto, pero cuando el nuevo conquistador cayó sobre Jerusalén, la ayuda egipcia no había llegado.

## NABUCODONOSOR

«En el año séptimo, el mes de Kislev», reza la crónica de Nabucodonosor conservada en una inscripción en arcilla, «el rey de Acad marchó al país de los hattis (Siria), y acampó contra la ciudad de Judá (Jerusalén) y, el segundo día del mes de Adar (16 de marzo del 697), sitió la ciudad y apresó al rey». Nabucodonosor saqueó el templo y deportó al rey y a diez mil nobles, artesanos y varones jóvenes a Babilonia, donde Joaquín se incorporó a la corte de su vencedor.

Nabucodonosor, hijo de un usurpador, fue un dinámico constructor de imperios que se consideraba a sí mismo el virrey de Marduk, el dios protector de Babilonia, en la tierra. Había heredado el feroz estilo asirio de represión imperial y se definía a sí mismo como el parangón de la piedad y la virtud. En su país, «los fuertes solían saquear a los débiles», pero Nabucodonosor «no descansaba ni de día ni de noche, sino que, con consejos y deliberaciones, persistió» en impartir justicia. Sus víctimas, los exiliados de Judá, tal vez no supieran reconocer al supuesto «rey de la justicia».

Los exiliados de Judá se encontraron en una ciudad junto a la que Sión parecía un pequeño pueblo. Si en Jerusalén vivían unos miles de personas, en Babilonia lo hacía un cuarto de millón, en una metrópoli tan majestuosa y hedonista que se decía que la diosa del amor y la guerra, Ishtar, pasaba de puntillas por las calles besando a sus favoritos en posadas y callejones. Nabucodonosor le imprimió a Babilonia su propio sentido estético: un grandioso gigantismo teñido de su color favorito, el azul cielo divino, que se reflejaba en los canales del poderoso Éufrates. Las cuatro torres de la Puerta de Ishtar, recubiertas de baldosas de cerámica azul y decoradas con toros y dragones en tonos amarillo y ocre, daban acceso al triunfal bulevar de la ciudad, la Avenida de las Procesiones. Grandes leones adornaban su palacio, en sus propias palabras, «un edificio digno de ser admirado, un reluciente santuario, mi regia morada», y jardines colgantes embellecían su palacio de verano. Nabucodonosor

construyó un zigurat en honor al dios protector de Babilonia, Marduk, una inmensa torre truncada de siete pisos de altura y de cima plana, la auténtica Torre de Babel, una plataforma del cielo y de la tierra en la que sus numerosos idiomas reflejaban el carácter cosmopolita de la capital de todo el Próximo Oriente.

Nabucodonosor colocó en el trono de Jerusalén a Sedecías, el tío del rey exiliado. En el año 594 a. C., Sedecías visitó Babilonia para rendir vasallaje a Nabucodonosor, pero a su regreso, y en secreto, inició una rebelión, sin dejar de ser importunado por el profeta Jeremías que rondaba su corte y las calles de Jerusalén advirtiéndole que los babilonios destruirían la ciudad. Nabucodonosor se puso en marcha hacia el sur y Sedecías pidió ayuda a los egipcios, quienes enviaron unas pocas tropas que fueron rápidamente vencidas. En el interior de Jerusalén, Jeremías, al observar el pánico y la paranoia, intentó huir, pero fue detenido a las puertas de la ciudad. El atormentado rey, dudando entre pedirle consejo o ejecutarlo por traición, decidió encarcelarlo en las mazmorras bajo el palacio real. Dieciocho meses pasó Nabucodonosor arrasando Judá,<sup>[\*3]</sup> reservándose Jerusalén para el final.

En el año 587, Nabucodonosor rodeó Jerusalén de fortines y construyó una muralla de asedio. «El hambre», escribió Jeremías, «apretaba en la ciudad». Los niños pequeños «desfallecen de hambre en todas las esquinas», y el canibalismo hizo su aparición; «la hija de mi pueblo se ha vuelto cruel... Las mismas manos de tiernas mujeres cocinaron a sus hijos: ellos les sirvieron de alimento en el desastre de la hija de mi pueblo». Hasta los más ricos no tardaron en sentir desesperación, escribió el autor de las Lamentaciones: «los que se habían criado entre púrpura se abrazan a los residuos» en busca de comida. La gente vagaba «como ciegos» por las calles. Los arqueólogos han descubierto un conducto de alcantarilla que data de la época del asedio: los ciudadanos de Judá solían alimentarse de lentejas, trigo y cebada, pero el contenido de la alcantarilla muestra que la gente se alimentó de plantas y hierbas contaminadas con gusanos de tricuriasis y tenia.

El 9 del mes judío de Ab, agosto del 586, después de dieciocho meses de asedio, Nabucodonosor forzó su entrada en la ciudad, que incendió, posiblemente con antorchas y flechas incendiarias (en el actual barrio judío, se descubrieron puntas de flecha cubiertas por una capa de hollín, ceniza y madera quemada). El fuego que consumió las casas también coció las *bullae* de arcilla, los sellos de la burocracia, confiriéndoles tal dureza que han sobrevivido hasta nuestros días entre las casas calcinadas. Jerusalén sufrió la depredación infernal de las ciudades caídas. Los que fueron asesinados tuvieron más suerte que los que murieron de hambre: «Nuestra piel quema como un horno, por los ardores del hambre. Han violado a las mujeres en Sión, a las vírgenes en las ciudades de Judá. Los príncipes fueron colgados de las manos». Los edomitas del sur entraron en tropel en la ciudad para saquear, celebrar y regocijarse con la destrucción: «¡Regocíjate y alégrate, hija de Edom, tú que habitas

en el país de Us! También tú recibirás la copa: te embriagarás y te desnudarás». Según el salmo 137, los edomitas alentaron a los babilonios: «¡Arrasadla! ¡Arrasad hasta sus cimientos!... ¡Feliz el que tome a tus hijos y los estrelle contra las rocas!». Los babilonios arrasaban Jerusalén mientras, en los sótanos del palacio real, Jeremías sobrevivía en su mazmorra.

## NABUCODONOSOR: LA ABOMINACIÓN DE LA DESOLACIÓN

Sedecías logró escapar por la puerta más próxima a la piscina de Siloé y salió en dirección a Jericó, pero los babilonios lo capturaron y lo llevaron ante Nabucodonosor, «que dictó sentencia contra él... El rey de Babilonia hizo degollar primero a los hijos de Sedecías en su presencia y luego le sacó los ojos y lo encadenó con grilletes dobles de bronce. Así lo llevó a Babilonia, donde lo tuvo prisionero hasta el día de su muerte». Según parece, los babilonios encontraron a Jeremías en las mazmorras reales, y lo llevaron ante Nabucodonosor, quien, tras interrogarlo, se lo entregó a Nebuzaradán, el comandante de la guardia imperial al mando de Jerusalén. Nabucodonosor deportó a veinte mil judíos a Babilonia, aunque Jeremías afirma que dejó en la ciudad a muchos de sus habitantes más pobres.

Un mes más tarde, Nabucodonosor ordenaba a su general hacer desaparecer la ciudad. Nebuzaradán «incendió la Casa del Señor, la casa del rey y todas las casas de Jerusalén» y «derribó todas las murallas». El Templo fue destruido, sus recipientes de oro y plata saqueados y el Arca de la Alianza desapareció para siempre. «Prendieron fuego a tu Santuario», se lamenta el salmo 74. Los sacerdotes fueron ejecutados ante Nabucodonosor e, igual que haría Tito en el año 70 d. C., los babilonios derribaron el Templo y el palacio y dejaron caer los cascotes y escombros en el valle bajo la ciudad: «¡Cómo se ha oscurecido el oro, se ha empañado el oro más puro! Las piedras sagradas están tiradas en todas las esquinas».<sup>[\*4]</sup>

Las calles habían quedado desiertas: «¡cómo está solitaria la ciudad populosa!». Los ricos habían perdido su fortuna: «los que comían manjares exquisitos desfallecen por las calles» y los zorros recorrían la desolada montaña de Sión. El pueblo de Judá sangraba y expresaba su dolor: «Jerusalén ha llegado a ser una cosa inmunda en medio de ellos», «pasa la noche llorando, las lágrimas corren por sus mejillas. No hay nadie que la consuele entre todos los que la amaban».

Es muy posible que la destrucción del Templo significara la muerte, no sólo de una ciudad, sino la de toda una nación. «Los caminos de Sión están de duelo, porque nadie acude a las fiestas. Todas sus puertas están desoladas, gimen sus sacerdotes... La hija de Sión ha perdido todo su esplendor... se ha caído la corona de nuestras cabezas». Parecía que había llegado el fin del mundo, o, en palabras del libro de Daniel, «la abominación de la desolación». El pueblo de Judá desaparecería sin duda

igual que los otros pueblos cuyos dioses les habían abandonado. Sin embargo, los judíos, de algún modo, transformaron esta catástrofe en la experiencia formativa que duplicó la santidad de Jerusalén y creó un prototipo del día del Juicio Final. Para las tres religiones, este infierno hizo de Jerusalén el lugar de los Últimos Días y de la llegada del reino de los cielos. Éste era el Apocalipsis, término basado en la palabra griega que significa «revelación», que más tarde profetizaría Jesús. En el caso de los cristianos, se convertiría en una esperanza definitiva y perenne, mientras que Mahoma interpretaría que la destrucción de Nabucodonosor significaba que los judíos habían perdido el favor divino, abriéndole así el camino a su revelación islámica.

En el exilio babilonio, algunos de los antiguos habitantes de Judá mantuvieron su compromiso con Dios y con Sión. En la misma época en la que los poemas de Homero se erigían en la epopeya nacional de los griegos, el pueblo de Judá empezaba a definirse a sí mismo a través de sus propios textos bíblicos y de su remota ciudad: «Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar, acordándonos de Sión. En los sauces de las orillas teníamos colgadas nuestras cítaras». Hasta los babilonios, según el salmo 137, sabían apreciar las canciones del pueblo de Judá: «Allí nuestros carceleros nos pedían cantos, y nuestros opresores, alegría: ¡Canten para nosotros un canto de Sión! ¿Cómo podíamos cantar un canto del Señor en tierra extranjera?».

Sin embargo, sería allí donde la Biblia empezara a tomar forma. Mientras los jóvenes jerosolimitanos como Daniel se educaban en la casa real y los exiliados más sofisticados se integraban en la sociedad babilonia, los exiliados de Judá crearon nuevas leyes que hacían hincapié en que ellos eran todavía diferentes y especiales: respetaban el Sabbat, circuncidaban a sus hijos, se ceñían a las leyes dietéticas y adoptaban nombres judíos, porque la caída de Jerusalén había demostrado lo que le ocurría a un pueblo cuando no respetaba las leyes de Dios. Alejados de Judá, los hijos del pueblo de Judá se estaban convirtiendo en judíos.<sup>[\*5]</sup>

Los exiliados inmortalizaron Babilonia calificándola de «Babilonia la grande, la madre de las abominables prostitutas de la tierra», lo que no impidió que el imperio prosperara y que el hombre que había acabado con su patria, Nabucodonosor, gobernara durante cuarenta años. Daniel, no obstante, afirma que el rey perdió la razón: «Él fue expulsado de entre los hombres y adquirió instintos de bestia; convivió con los asnos salvajes, se alimentó de hierba como los bueyes y su cuerpo fue empapado por el rocío», justo castigo por sus crímenes (y una maravillosa inspiración para las pinturas de William Blake). La venganza no era completa, pero los exiliados podían al menos reflexionar sobre las ironías de la vida en Babilonia: el hijo de Nabucodonosor, Amel-Marduk decepcionó tanto a su padre que éste lo metió en prisión, donde trabó amistad con Joaquín, rey de Judá.

## EL FESTÍN DE BALTASAR

Cuando Amel-Marduk se sentó en el trono de Babilonia, liberó a su amigo, el rey de Judá. En el año 556, sin embargo, la dinastía fue derrocada y el nuevo rey, Nabonido, repudió a Bel-Marduk, dios de Babilonia, en favor de Sin, el dios-luna, y en un gesto excéntrico abandonó la ciudad para instalar su residencia en Teima, en el remoto desierto de Arabia. Allí, Nabonido se vio afectado por una misteriosa enfermedad, y fue seguramente él (y no Nabucodonosor, como afirma Daniel) quien perdió la razón y «se alimentó de hierba como los bueyes».

Durante la ausencia del rey, el regente, su hijo Baltasar, narra la Biblia, celebró el depravado festín en el que utilizó «los vasos de oro que habían sido sacados del Templo, de la Casa de Dios en Jerusalén» y en cuyo transcurso, de repente, vio escritas en la pared las palabras de Dios: «MENE MENE TEKEL UPHARSIN» que, una vez descifradas, resultaron ser cálculos que advertían que los días del imperio estaban contados. Baltasar se echó a temblar. Para la puta de Babilonia, «estaba escrito en el muro».

En el año 539, los persas marcharon sobre Babilonia. En la historia judía abundan las liberaciones milagrosas y ésta fue una de las más espectaculares. Después de 47 años «junto a los ríos de Babilonia», la decisión de un hombre, en cierto modo igual de primordial que la de David, restableció Sión.<sup>[2]</sup>



# CAPÍTULO 6

## LOS PERSAS, 539-336 a. C.

### CIRO EL GRANDE

Astiages, rey de Media, al oeste de Persia, soñó que su hija orinaba un arroyo dorado cuyo chorro aniquilaba todo su reino. Sus *magi*, los sacerdotes persas, interpretaron que dicho sueño significaba que sus nietos amenazarían su monarquía. Astiages casó a su hija con el rey de Anshan, un vecino del este, débil y, por lo tanto, inofensivo, pero este matrimonio produjo un heredero, Kuros, el futuro Ciro el Grande. Astiages volvió a soñar que de entre los fecundos muslos de su hija brotaba una viña que crecía hasta llegar a ensombrecerle a él, una versión politicosexual del cuento *Las habichuelas mágicas*. Astiages ordenó a su comandante Harpago que asesinara al pequeño Ciro, pero un pastor ocultó al muchacho. Cuando Astiages descubrió que Ciro no había muerto, descuartizó y cocinó al hijo de Harpago y se lo sirvió estofado al padre del chico, una comida que Harpago no olvidaría ni perdonaría fácilmente.

A la muerte de su padre, alrededor del año 559 a. C., Ciro regresó y asumió el gobierno de su reino. El historiador griego Heródoto, a quien le gustaba creer que todos los asuntos de los persas se decidían con la ayuda de augurios sexuales o urinarios, explica que los sueños subidos de tono de Astiages se hicieron realidad: Ciro, con el apoyo de Harpago, derrotó a su abuelo y unificó a los medas y a los persas. Tras dejar la Babilonia de Baltasar al sur, Ciro se enfrentó a otro potentado, Creso, el próspero rey de Lidia, al oeste de Turquía. Ciro hizo avanzar a marchas forzadas a su ejército de camelleros en dirección a la capital lidia a fin de tomar por sorpresa a Creso. Al detectar el olor de los camellos lanzados a la carga, los caballos lidios se encabritaron, tras lo cual, Ciro puso rumbo a Babilonia.

La metrópoli azulada de Nabucodonosor le abrió las puertas a Ciro, quien, siempre astuto, rindió homenaje a Bel-Marduk, el abandonado dios babilonio. La caída de Babilonia llenó de júbilo a los exiliados judíos: «¡Griten de alegría, cielos, porque el Señor ha obrado; aclamen...! ¡Montañas, prorrumpen en gritos de alegría, y tú, bosque, con todos tus árboles! Porque el Señor ha redimido a Jacob y manifiesta su esplendor en Israel». Ciro heredó el imperio babilonio, en el que se incluía Jerusalén: «Todos los reyes de la tierra», dijo, «me trajeron grandes tributos y me besaron los pies cuando me senté en el trono de Babilonia».

Ciro tenía una nueva visión de imperio. Si los asirios y los babilonios habían



construido sus imperios mediante matanzas y deportaciones, Ciro, en cambio, ofrecía tolerancia religiosa a cambio de la hegemonía política para «unir a los pueblos en un único imperio».<sup>[\*1]</sup>

Poco tiempo después, el rey de Persia promulgó un decreto que sin duda sorprendería a los judíos: «El Señor, el Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra y él me ha encargado que le edifique una Casa en Jerusalén, de Judá. Si alguno de vosotros pertenece a ese pueblo, ¡que el Señor, su Dios, lo acompañe y que suba...!».

No sólo estaba enviando a los exiliados de Judá de regreso a su patria y garantizándoles sus derechos y sus leyes, el primer monarca en hacer algo así, sino que además les devolvía Jerusalén y les ofrecía reconstruir el Templo. Ciro nombró gobernador de Jerusalén a Zorobabel, hijo del último rey, y le devolvió los vasos del Templo. No es de extrañar entonces que un profeta de Judá aclamara a Ciro como el Mesías: «“¡Mi pastor!”. Él cumplirá toda mi voluntad, diciendo de Jerusalén: “¡Qué sea reconstruida!”, y del Templo: “¡Se pondrán tus cimientos!”».

Zorobabel condujo a 42 360 exiliados de regreso a Jerusalén, en la provincia de Yehud, Judá.<sup>[\*2]</sup> La ciudad era un terreno desolado, comparada con la magnificencia de Babilonia, pero «¡despierta, despierta, revístete de tu fuerza, Sión!», escribiría Isaías. «¡Vístete con tus vestidos más bellos, Jerusalén, Ciudad Santa! ¡Sacúdete el polvo, levántate, Jerusalén cautiva!». Sin embargo, los planes de Ciro y de los exiliados repatriados se vieron obstaculizados por aquellos que habían permanecido en Judá y, en especial, en Samaria.

Apenas nueve años después del regreso de los exiliados, Ciro, todavía en lo mejor de su vida, cayó muerto en combate durante una batalla en Asia central. Se dijo entonces que su enemigo victorioso había arrojado su cabeza en una bota de vino llena de sangre para saciar así la avariciosa sed de Ciro de tierras ajenas. Su heredero recuperó su cadáver y lo enterró en un sarcófago de oro en Pasargada (al sur de Irán) donde todavía permanece su tumba. «En efecto, sobresalió del resto de los reyes», escribiría el soldado griego Jenofonte. Jerusalén había perdido a su protector.<sup>[1]</sup>

## DARÍO Y ZOROBABEL

El destino del imperio de Ciro, que superaba ya en extensión a cualquier otro anterior, se decidió cerca de Jerusalén. El hijo de Ciro, Cambises II, Kambujiya, sucedió a su padre en el trono y en el año 525 cruzó Gaza y el Sinaí para conquistar Egipto. Muy lejos, en Persia, su hermano se sublevó. En el transcurso de su viaje de regreso para intentar salvar su trono, Cambises murió misteriosamente cerca de Gaza, y en aquel mismo lugar, siete nobles intrigantes celebraron una reunión «estando ellos montados» en la que planearon el modo de hacerse con el imperio. No habían

decidido quién sería su candidato, así que acordaron que «aquel cuyo caballo, habiendo surgido el sol, relinchara primero, ése tendría el reino». El primero en relinchar fue el caballo de Darío, un joven vástago de uno de los clanes nobles y piquero personal de Cambises. Heródoto afirma que Darío hizo trampa: le ordenó a su escudero que insertara los dedos en la vulva de una yegua y éste, en el momento crucial, le dio a oler al caballo el excitante perfume. El malévolo Heródoto, por lo tanto, atribuye el ascenso de un déspota oriental a un ejercicio de prestidigitación venérea.

Ayudado por sus seis compañeros de conjura, Darío galopó hacia el este y logró reconquistar todo el imperio persa, aplastando rebeliones en prácticamente cada provincia. Sin embargo, la guerra civil obligó «a suspender... las obras de la Casa de Dios en Jerusalén, y quedaron suspendidas hasta el segundo año del reinado de Darío, rey de Persia». Alrededor del año 520, el príncipe Zorobabel, nieto del último rey de Judá, y su sacerdote, Josué, hijo del último sacerdote del antiguo templo, emprendieron el camino desde Babilonia con la intención de rescatar Jerusalén.

Zorobabel consagró de nuevo el altar del monte del Templo, contrató artesanos y compró madera de cedro fenicia para reconstruir el Templo. Emocionados ante el edificio que empezaba a alzarse, y alentados por el desorden en el imperio, los judíos no pudieron evitar albergar sueños mesiánicos de un nuevo reino. «Aquel día, oráculo del Señor de los ejércitos, yo te tomaré a ti, Zorobabel, hijo de Sealtiel, mi servidor, oráculo del Señor, y haré de ti un anillo para sellar», escribiría el profeta Ageo, citando el anillo signatorio davídico que había perdido el abuelo de Zorobabel. Los dirigentes judíos llegaron desde Babilonia con oro y plata y alabando a Zorobabel (nombre que significa «semilla de Babilonia») como el «germen» que «llevará las insignias reales, se sentará y dominará en su trono».

Los habitantes de la ciudad y de sus alrededores, y los de Samaria, más al norte, quisieron ahora incorporarse a la sagrada tarea y le ofrecieron su ayuda a Zorobabel, pero los judíos regresados del exilio practicaban un nuevo judaísmo y consideraban que estos nativos, a los que daban el despectivo nombre de Am Ha-Aretz, «el pueblo de la tierra», eran medio paganos. El gobernador persa, alarmado por la resurrección de Jerusalén, o tal vez sobornado por los jerosolimitanos, detuvo las obras de reconstrucción.

En menos de tres años, Darío había vencido a todos los que se enfrentaron a él y se había alzado como uno de los monarcas más hábiles del mundo antiguo, creando un imperio tolerante que se extendía desde Tracia y Egipto hasta el Hindu Kush, el primer imperio en abarcar tres continentes.<sup>[\*3]</sup> El nuevo Gran Rey resultó ser una rara combinación de conquistador y administrador. A partir de su imagen esculpida en la roca, sabemos que este Darío, Darayaush, se presentaba a sí mismo como un ario clásico de frente alta, nariz recta, y casi 178 centímetros de altura; llevaba una corona

de guerra incrustada con piedras preciosas ovaladas, tenía el flequillo rizado, llevaba el bigote atusado, el cabello recogido en un moño y la barba cuadrada peinada en cuatro hileras de rizos que se alternaban con otras lisas. Darío en majestad vestía una túnica sobre pantalones, calzaba zapatos y sostenía un arco adornado con una cabeza de pato.

Éste era el formidable monarca al que apeló Zorobabel, citando el decreto de Ciro. Darío ordenó que se llevara a cabo una investigación entre los rollos manuscritos imperiales y el decreto fue encontrado. Darío ordenó entonces: «Dejen trabajar en esa Casa de Dios al comisionado de Judea y a los ancianos de los judíos. Que se reconstruya esa Casa de Dios en el mismo sitio. Yo, Darío, he promulgado este decreto. Que sea cumplido estrictamente». En el año 518, Darío marchó hacia el oeste para restaurar el orden en Egipto y es posible que en su ruta cruzara Judea para calmar a los excitados judíos de Jerusalén: quizá ejecutara a Zorobabel, el último miembro de la casa de David, que, a la sazón, desapareció sin más explicaciones.

En marzo del año 515, los sacerdotes consagraron el segundo Templo en medio del júbilo general, y se sacrificaron cien bueyes, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y doce cabras (para expiar los pecados de las doce tribus). El pueblo de Judá celebraba así la primera Pascua judía desde el exilio. Sin embargo, los ancianos que recordaban el Templo de Salomón, al ver este modesto edificio, rompieron en llanto. La ciudad siguió siendo minúscula y desierta.<sup>[2]</sup>

Más de cincuenta años más tarde, un judío llamado Nehemías ocupaba el cargo de copero del rey Artajerjes I, nieto de Darío. Los jerosolimitanos acudieron a él en busca de ayuda: «Los que han sobrevivido al cautiverio, allá en la provincia, soportan muchas penurias y humillaciones. Las murallas de Jerusalén están en ruinas». A Nehemías se le rompió el corazón: «Me senté a llorar, y estuve de duelo varios días». En la siguiente ocasión en la que estuvo sirviendo en la corte en Susa, la capital persa, el rey Artajerjes le preguntó: «¿Por qué tienes esa cara tan triste?». «¡Viva el rey para siempre!», contestó su cortesano judío, «¿cómo no voy a estar con la cara triste, si la ciudad donde están las tumbas de mis padres se encuentra en ruinas? Si es del agrado del rey... envíame a Judá... para que yo la reconstruya». Nehemías se «encomendó al Dios del cielo» mientras esperaba la respuesta.

## NEHEMÍAS, LA DECADENCIA DE LOS PERSAS

El Gran Rey nombró gobernador a Nehemías y le asignó fondos y una escolta militar. Sin embargo, los samaritanos, al norte de Jerusalén, estaban regidos por su propio gobernador hereditario, Sambalat, a quien ese cortesano reservado procedente de la lejana Susa, y los planes de los exiliados que habían regresado, inspiraron un gran recelo. Nehemías, ante el temor de ser asesinado, inspeccionaba las murallas

rotas y las puertas calcinadas durante la noche. Sus memorias, la única autobiografía política en la Biblia, explica que Sambalat y sus acompañantes, al enterarse de sus planes para reconstruir la muralla, «se burlaron de nosotros y nos despreciaron», hasta que Nehemías le informó de su nombramiento como gobernador. Se encargó la construcción de diferentes secciones a terratenientes y sacerdotes. Cuando los secuaces de Sambalat los atacaron, Nehemías estableció una guardia y así «las murallas», que rodeaban la Ciudad de David y el monte del Templo, con una pequeña fortaleza al norte del Templo, «quedaron terminadas... al cabo de cincuenta y dos días».

Ahora Jerusalén «era amplia en todo sentido y espaciosa», explica Nehemías, «pero la población era poco numerosa». Nehemías convenció a los judíos que vivían fuera de la ciudad que lo echaran a suertes y que uno de cada diez se instalara en Jerusalén. Pasados doce años, Nehemías viajó a Persia para informar al rey, pero, a su regreso a Jerusalén se encontró que los compinches de Sambalat gestionaban el Templo de forma muy lucrativa y que los judíos se estaban casando con los nativos. Nehemías expulsó a los intrusos, desalentó los matrimonios mixtos e impuso su nuevo y puro judaísmo.

Los reyes persas empezaron a perder el control de sus provincias, y los judíos establecieron su propio pequeño estado semiindependiente de Yehud en el que regía la ley de la Torá, basado alrededor del Templo, financiado por el creciente número de peregrinos, y gobernado por una dinastía de sumos sacerdotes que se suponía descendientes de Zadok, el sacerdote del rey David. Una vez más, el tesoro del Templo se convirtió en un trofeo muy codiciado. Uno de los sumos sacerdotes fue asesinado en el interior del Templo por su propio y avaricioso hermano, Jesús (Josué en arameo), un sacrilegio que le proporcionaría al gobernador persa el pretexto para marchar sobre Jerusalén y saquear su oro.<sup>[3]</sup>

Mientras los cortesanos persas estaban distraídos por sus propias intrigas homicidas, el rey Filipo II de Macedonia entrenaba un formidable ejército, conquistaba las ciudades-estado griegas y preparaba una guerra santa contra Persia para vengar las invasiones de Darío y de su hijo Jerjes. Tras el asesinato de Filipo, su hijo de veintidós años, Alejandro, asumió el poder y lanzó el ataque contra Persia que llevaría a Grecia hasta Jerusalén.

# CAPÍTULO 7

## LOS MACEDONIOS, 323-166 a. C.

### ALEJANDRO MAGNO

En menos de tres años desde el asesinato de su padre en el año 336 a. C., Alejandro había derrotado en dos ocasiones a Darío III, el rey de Persia, quien decidió retirarse hacia el este. Alejandro, al principio no le persiguió, sino que avanzó por la costa en dirección a Egipto y les ordenó a los ciudadanos de Jerusalén que le proporcionaran provisiones para su ejército. En un primer momento, el sumo sacerdote se negó, aunque no por mucho tiempo: Tiro se resistió, Alejandro puso asedio a la ciudad y, una vez conquistada, crucificó a todos los supervivientes.

Alejandro «se dirigió a toda prisa a Jerusalén», escribiría mucho más tarde el historiador judío Josefo, afirmando que el conquistador fue recibido a las puertas de la ciudad por el sumo sacerdote vestido con una túnica púrpura y escarlata, y por todos los jerosolimitanos vestidos de blanco. Alejandro fue conducido hasta el Templo en cuyo interior ofrecieron un sacrificio al Dios judío. Esta historia podría no ser más que una entelequia: es mucho más probable que el sumo sacerdote y los líderes de los samaritanos medio judíos fueran a bailarle el agua a Alejandro en Rosh Ha Ayim, en la costa, y que éste, siguiendo el ejemplo de Ciro, les reconociera el derecho a vivir según sus propias leyes.<sup>[\*1]</sup> A continuación, Alejandro siguió su camino para conquistar Egipto, donde fundó la ciudad de Alejandría antes de regresar al este para no volver nunca más.

Tras dismantelar el imperio persa y expandir su hegemonía hasta Pakistán, Alejandro inició su gran proyecto, la unión de persas y macedonios en una única élite que gobernara su mundo. Aunque no lo consiguió del todo, cambió el mundo más que cualquier otro conquistador en la historia, difundiendo su propia versión de Hellenikon, la cultura griega, lengua, poesía, religión, deportes y la monarquía homérica, desde los desiertos de Libia hasta el pie de las montañas de Afganistán. El estilo de vida griego se universalizó, del mismo modo que lo harían más tarde el estilo de vida británico en el siglo XIX, o el estadounidense en la actualidad. A partir de aquel momento, ni siquiera los enemigos monoteístas judíos de la cultura politeísta griega pudieron evitar ver el mundo a través del prisma del helenismo.

El 13 de junio del año 323, ocho años después de conquistar todo el mundo conocido, Alejandro, de apenas treinta y tres años, yacía moribundo en Babilonia a causa de una fiebre, o tal vez de un envenenamiento. Sus fieles soldados, con los ojos

empaños por las lágrimas, desfilaron ante el lecho de Alejandro y le preguntaron quién heredaría su imperio. «El más fuerte», contestó Alejandro.<sup>[1]</sup>

## PTOLOMEO: EL SAQUEO DEL SABBAT

La pugna por encontrar al más fuerte se prolongó veinte años, dos décadas de guerras entre los generales de Alejandro en las que Jerusalén se vio zarandeada por los señores de la guerra macedonios que «multiplicaron los males en la tierra». En el duelo entre los dos principales contendientes, Jerusalén cambió de amos seis veces. Fue gobernada durante quince años por Antígono el Tuerto, hasta que en el año 301 murió en combate y el vencedor, Ptolomeo, se presentó a las puertas de la ciudad para reclamarla.

Ptolomeo era el primo de Alejandro, un general experimentado que había combatido desde Grecia hasta Pakistán, donde asumió el mando de la flota macedonia en el Indo. Justo después de la muerte de Alejandro, recibió el gobierno de Egipto. Cuando se enteró de que la comitiva de Alejandro Magno había emprendido el regreso a Grecia, se precipitó a través de Palestina con la intención de apropiarse de él y llevarlo a su capital, Alejandría, para que reposara allí. El guardián del último talismán griego, el cuerpo de Alejandro, se convirtió en el guardián y conservador de su llama. Ptolomeo era más que un guerrero: la fuerte barbilla y la nariz de boxeador no reflejan en absoluto su tacto y su sentido común.

Ptolomeo les dijo entonces a los jerosolimitanos que deseaba entrar en su ciudad en el día del Sabbat y ofrecerle un sacrificio al Dios de los judíos. Los judíos cayeron en la trampa y Ptolomeo capturó la ciudad en su día de descanso, lo que deja patente el fanatismo de la observancia religiosa judía. Ahora bien, una vez el sol se hubo puesto en el Sabbat, los judíos contraatacaron. Las tropas de Ptolomeo se desmandaron entonces por toda la ciudad, «saquearon las casas, raptaron a las mujeres, y redujeron media ciudad a la cautividad». Ptolomeo probablemente instalara guarniciones macedonias en la fortaleza de Baris, construida por Nehemías, justo al norte del Templo, y deportó a Egipto a miles de judíos que fundarían la comunidad judía de habla griega en Alejandría, la espléndida capital de Ptolomeo. En Egipto, Ptolomeo y sus sucesores se convirtieron en faraones, y en Alejandría y en el Mediterráneo, eran reyes griegos. Ptolomeo Sóter, al que se conocía como «el Salvador», adoptó las divinidades locales, Isis y Osiris, y las tradiciones de la monarquía egipcia, promocionando su dinastía como una nueva síntesis de los dioses-reyes egipcios y de los monarcas griegos semidivinos. Él y sus hijos conquistaron Chipre, Cirenaica y, más tarde, una amplia franja de Anatolia y las islas griegas. Comprendió que no sólo la magnificencia, sino también la cultura, le daría legitimidad y grandeza, y, en consecuencia, hizo de Alejandría la ciudad griega



suprema, opulenta y sofisticada, fundó el Museo y la Biblioteca, contrató eruditos griegos y encargó la construcción del Faro, una de las maravillas del mundo. Su imperio duró tres siglos, y desapareció con el último monarca de la familia, Cleopatra.

Ptolomeo vivió hasta los ochenta años y escribió una historia de Alejandro.<sup>[2]</sup> Ptolomeo II Filadelfos favoreció a los judíos, liberó a 120 000 esclavos y envió oro para adornar el Templo. Comprendió el poder del boato y del espectáculo. En el año 275 organizó una cabalgata para un pequeño número de invitados muy especiales en honor de Dionisos, el dios del vino y de la abundancia, en la cual se hicieron desfilar un enorme odre de vino confeccionado con pieles de leopardo que contenía casi un millón de litros de vino y un falo de 55 metros de largo y tres de ancho, acompañados por un séquito de elefantes y súbditos procedentes de todos los rincones del imperio. También era un insaciable coleccionista de libros. Cuando el sumo sacerdote le envió los alrededor de veinte libros del *Tanakh*<sup>[\*2]</sup> judío a Alejandría, el rey ordenó que fueran traducidos al griego. Ptolomeo II respetaba la erudición de los judíos alejandrinos y les invitó a cenar para comentar la traducción: «todo», prometió el rey, «os será servido según vuestras costumbres, también a mí». Al parecer, cada uno de los setenta eruditos produjo en setenta días una traducción idéntica. La Biblia Septuaginta cambiaría la historia de Jerusalén y, más tarde, haría posible la difusión del cristianismo. Gracias a Alejandro, el griego se había convertido en la lengua internacional, y ahora, por primera vez, la Biblia podía ser leída prácticamente por cualquiera.<sup>[3]</sup>

## JOSÉ EL TOBITA

Jerusalén se mantuvo como un pequeño estado semiindependiente en el seno del imperio de Ptolomeo, y Judá acuñó su propia moneda, que llevaba la inscripción «Yehud». No era sólo una entidad política, sino la ciudad de Dios gobernada por los sumos sacerdotes, los vástagos de la familia de Onías, que afirmaban ser descendientes del sacerdote bíblico Sadoc, y que gozaron de la oportunidad de amasar fortuna y poder, siempre y cuando le pagaran el tributo a los ptolomeos. En la década de 240, el sumo sacerdote Onías II intentó dejar de pagar los veinte talentos de plata que le debía a Ptolomeo III Evergetes, una oportunidad que supo aprovechar un joven judío bien relacionado y que decidió pujar más alto que el sumo sacerdote, no sólo por Jerusalén, sino por todo el territorio.

Este aventurero era José,<sup>[\*3]</sup> el sobrino del sumo sacerdote, que viajó a Alejandría, donde el rey estaba celebrando una subasta: los mejores postores que prometieran el tributo más alto se llevarían a cambio el poder de gobernar y de

recaudar los impuestos en sus territorios. Los grandes nobles de Siria se burlaron del joven José, que supo jugar bien sus cartas y superarlos con una desfachatez escandalosa. Consiguió ser el primero en ver al rey y lo cautivó. Cuando Ptolomeo III le preguntó por su oferta, el arrogante José le ofreció más que todos sus rivales de Celesiria, Fenicia, Judá y Samaria juntos. El rey le pidió entonces los rehenes habituales que garantizaran el tributo prometido. «No te doy a nadie más, oh rey», contestó el petulante jerosolimitano, «que tu persona y la de tu esposa». La desvergüenza de José podría haberle llevado al cadalso, pero Ptolomeo estalló en carcajadas y aceptó.

José regresó a Jerusalén al mando de dos mil soldados de infantería. Tenía mucho que demostrar. Cuando Ascalón se negó a pagar los impuestos, asesinó a veinte de sus ciudadanos más notables. Ascalón pagó.

José, igual que su homónimo del Génesis, había apostado muy alto en Egipto, y había ganado. En Alejandría, donde se codeaba con el rey, se enamoró de una actriz. Cuando preparó la escena de seducción, su hermano sustituyó a la actriz por su propia hija. En el transcurso de la noche, José estaba demasiado borracho para darse cuenta del engaño y, una vez sobrio, se enamoró de su sobrina, un matrimonio que fortaleció la dinastía. Sin embargo, su hijo Hircano, al crecer se convirtió en un granuja igual que su padre. Aunque José vivía de forma ostentosa y gobernaba con severidad, gravando a los ciudadanos con impuestos exorbitantes, era, no obstante, «un hombre bueno de gran magnanimidad», según Josefo, «admirado por su seriedad, sabiduría y justicia. Sacó a los judíos de un estado de pobreza y humildad y los llevó a un estado más espléndido».

José el Tobita fue importante para los reyes de Egipto en una época de constantes luchas contra una dinastía macedonia rival, los seléucidas, por el control de Oriente Medio. Alrededor del año 241, tras una victoria sobre sus enemigos, Ptolomeo III demostró su gratitud visitando Jerusalén, donde ofreció un respetuoso sacrificio en el Templo, un acto en el que sin duda José ejercería de anfitrión. A la muerte del rey, sin embargo, un adolescente rey seléucida de ambición incontrolable amenazaba Egipto.

## ANTÍOCO EL GRANDE: FURIA DE ELEFANTES

Quien desafiaba a los egipcios era el rey macedonio de Asia, Antíoco III. En el año 223, este peripatético joven de dieciocho años heredó un título grandioso y un imperio en vías de desintegración,<sup>[\*4]</sup> pero tenía las cualidades necesarias para invertir ese proceso de decadencia. Antíoco se consideraba el heredero de Alejandro e, igual que todos los reyes de Macedonia, se asociaba a sí mismo con Apolo, Hércules, Aquiles y, por encima de todo, con Zeus. En una vertiginosa sucesión de campañas, Antíoco reconquistó el imperio oriental de Alejandro, llegando incluso



hasta la India y ganándose el apodo de Magno, «el Grande». Atacó Palestina en repetidas ocasiones, pero los ptolomeos rechazaron sus intentos de invasión y el anciano José el Tobita siguió gobernando Jerusalén. Su hijo Hircano, sin embargo, le traicionó y se lanzó contra la ciudad. Poco tiempo antes de su muerte, José derrotó a su hijo que marchó a crear su propio principado en la actual Jordania.

En el año 201, Antíoco el Grande, ahora ya con cuarenta años, regresó de sus triunfos en Oriente. Jerusalén «fue sacudida como un barco en una tormenta por los dos lados». Finalmente, Antíoco hizo huir en desbandada a los egipcios y Jerusalén recibió a un nuevo señor. «Cuando entramos en su ciudad», declaró Antíoco, «los judíos y su senado, nos dieron una espléndida bienvenida y también nos ayudaron a expulsar la guarnición egipcia». Un rey seléucida y su ejército eran una imagen impresionante. Es posible que Antíoco luciera la diadema símbolo de la realeza, botas de tiras carmesí bordadas en oro, un sombrero de ala ancha y un manto azul oscuro cubierto de estrellas de oro y abrochado con carmesí en el cuello. Los jerosolimitanos abastecieron de alimentos a su ejército multinacional, compuesto por falanges de soldados macedonios armados de lanzas *sarissa*, combatientes de montaña cretenses, infantería ligera cilicia, honderos tracios, arqueros misios, lanceros lidios, arqueros persas, infantería kurda, caballería pesada iraní, catafractos montados sobre caballos de guerra y, lo más prestigioso de todo, elefantes, probablemente los primeros jamás vistos en Jerusalén.<sup>[\*5]</sup>

Antíoco prometió reparar el Templo y las murallas y repoblar la ciudad; además reafirmó el derecho de los judíos a gobernarse a sí mismos «según las leyes de sus antepasados». Incluso prohibió la entrada de extranjeros en el Templo, o llevar «a la ciudad la carne de caballos y de mulas, o asnos, leopardos, zorros y liebres salvajes o domesticados». No cabe duda de que Simón, el sumo sacerdote, había dado su apoyo al bando adecuado: nunca antes Jerusalén había disfrutado de un conquistador tan indulgente. Los jerosolimitanos vieron en esa época una edad de oro gobernada por el sumo sacerdote ideal quien, dijeron, parecía «el lucero del alba en medio de una nube».<sup>[4]</sup>

## SIMÓN EL JUSTO: EL LUCERO DEL ALBA

En el Día de la Expiación, el sumo sacerdote Simón<sup>[\*6]</sup> salió del Santo de los santos, «vestido en la perfección de la gloria, cuando ascendió hacia el altar sagrado». Simón era el parangón de los sumos sacerdotes que gobernaron Judá como príncipes ungidos, una combinación de monarca, papa y ayatolá: vestía túnicas doradas, un reluciente peto y un turbante a modo de corona sobre el que llevaba el *nezer*, una flor dorada, símbolo de la vida y de la salvación, un vestigio del tocado de los reyes de Judá. Jesús ben Sira, el autor del Eclesiástico y el primer escritor en percibir el drama

sagrado de la próspera ciudad, describe a Simón «como ciprés que se eleva hasta las nubes».

Jerusalén se había convertido en una teocracia, un término acuñado por el historiador Josefo para describir ese pequeño estado cuya «total soberanía y autoridad se encontraban en manos de Dios». Severas normas regulaban todos los detalles de la vida, puesto que no existía distinción entre política y religión. En Jerusalén no había estatuas ni ídolos, la observancia del Sabbat era una obsesión y todos los crímenes contra la religión se castigaban con la muerte. Cuatro eran las formas de ejecución: lapidación, quema en la hoguera, decapitación y estrangulación. Los adúlteros eran lapidados, un castigo que aplicaba toda la comunidad (aunque antes los condenados eran arrojados desde un acantilado, por lo que llegaban inconscientes a la lapidación); a un hijo que golpeara a su padre se le aplicaba el garrote; y un hombre que fornicara con una madre y su hija era condenado a la hoguera.

El Templo constituía el centro de la vida judía y allí se reunían el sumo sacerdote y su consejo, el Sanedrín. Cada mañana, las trompetas anunciaban la primera oración, igual que hacía el muecín musulmán. Cuatro veces al día, el clamor de las siete trompetas de plata llamaba a los creyentes a postrarse en el Templo. Los dos sacrificios diarios en el altar del Templo, por la mañana y por la tarde, donde la víctima era un animal macho o una paloma sin mancha, siempre acompañados por una ofrenda de incienso en el altar de los perfumes, constituían los actos principales de la liturgia judía. La palabra «holocausto», derivada del hebreo *olah* que significa «ascender», hace referencia a la cremación de una víctima entera, cuyo humo «asciende» hacia Dios. La ciudad sin duda estaría impregnada del olor del altar del Templo, donde el delicioso perfume del incienso quemando en los incensarios se mezclaba con el hedor de la carne chamuscada. Así, no es de extrañar que la gente se perfumara tanto con mirra, nardos y bálsamos.

Los peregrinos llegaban a la ciudad en masa con ocasión de las celebraciones y festivos. Los corderos y los bueyes eran conducidos hasta unos corrales en la Puerta de las Ovejas, al norte del Templo, a punto para el sacrificio. Durante la celebración de la Pascua, se sacrificaban doscientos mil corderos. Ahora bien, la semana más sagrada y exuberante del año en Jerusalén era la de los Tabernáculos, cuando hombres y mujeres jóvenes vestidos de blanco bailaban, cantaban, agitaban antorchas encendidas y celebraban festines en los atrios del Templo. Recogían ramas y hojas de palmera con las que construían cabañas en el tejado de su casa o en los patios del Templo.<sup>[\*7]</sup>

Incluso bajo el puro Simón, muchos judíos sofisticados probablemente parecían ricos griegos que vivían en sus nuevos palacios de estilo griego en la ladera occidental de la montaña, en lo que se conoce como la zona alta de la ciudad. Lo que los fanáticos judíos conservadores consideraban polución pagana, estos cosmopolitas

lo entendían como civilización, una contradicción que marcó nuevas pautas en Jerusalén: cuanto más sagrada era la ciudad, tanto más dividida estaba. En ella coexistían dos tipos de vida en la proximidad más cercana, con todo el visceral odio de una enemistad familiar. Ése fue el momento en el que la ciudad, y la misma existencia de los judíos, se vio amenazada por el monstruo más infame desde la época de Nabucodonosor.<sup>[5]</sup>

## ANTÍOCO EPÍFANES: EL DIOS DEMENTE

El benefactor de Jerusalén, Antíoco el Grande, no sabía descansar: una vez terminada su visita a Jerusalén, marchó a conquistar Asia Menor y Grecia. El confiado rey de Asia, sin embargo, subestimó el creciente poder de la república de Roma, que acababa de derrotar a Aníbal y Cartago y dominaba el Mediterráneo occidental. Roma detuvo el intento de Antíoco de conquistar Grecia, y obligó al Gran Rey a rendir su flota y su ejército de elefantes y a enviar a su hijo a Roma como rehén. Antíoco puso rumbo al este para reponer su tesorería, pero fue asesinado mientras saqueaba un templo persa.

Los judíos, desde Babilonia a Alejandría, pagaban un tributo anual al Templo y Jerusalén se había enriquecido tanto que sus tesoros intensificaron las luchas de poder entre los líderes judíos y empezaron a atraer a los reyes macedonios que andaban un poco escasos de efectivo. El nuevo rey de Asia, llamado Antíoco igual que su padre, se precipitó a la capital, Antioquía, y se hizo con el trono, matando a cualquier otro pretendiente de la familia. Educado en Roma y en Atenas, Antíoco IV había heredado el talento brillante e irresistible de su padre, aunque sus estridentes amenazas y sus extravagantes manías eran más parecidas al exhibicionismo demente de Calígula o de Nerón.

Antíoco, el hijo de un Gran Rey caído, tenía mucho que demostrar. Tan hermoso como desinhibido, se recreaba en el boato de los rituales de la corte, al mismo tiempo que le aburrían sus restricciones, y presumía de su derecho absoluto a sorprender. En una ocasión, en Antioquía, el joven exhibicionista se emborrachó en la plaza Mayor de la ciudad, donde se dio un baño y se hizo dar un masaje en público con costoso ungüentos, mostrándose muy afable con los mozos de los baños. Un espectador protestó por el uso extravagante que se hacía de la mirra, y Antíoco ordenó que le rompieran el tarro en la cabeza, lo que provocó un tumulto cuando la muchedumbre intentó salvar esa carísima loción mientras el rey se limitaba a reír histéricamente. Le divertía engalanarse y aparecer en la calle con una corona de rosas y una capa dorada, pero si sus súbditos le miraban, los apedreaba. Por la noche, se disfrazaba y salía a la calle a visitar los burdeles de los barrios bajos de Antioquía. Se mostraba espontáneo y simpático con los desconocidos, pero sus caricias eran felinas: de repente, podía

volverse cruel, tan despiadado como genial.

Los potentados de la era helénica solían declararse descendientes de Hércules y de otros dioses, pero Antíoco fue más lejos aún. Se llamó a sí mismo Epífanés, el dios manifiesto, aunque sus súbditos lo apodaron Epumanes, el Demente. Sin embargo, su locura tenía un método, puesto que esperaba poder unir a su imperio alrededor de la adoración a un rey y de una religión, y pretendía que sus súbditos veneraran a sus dioses locales, que quería incorporar al panteón griego y fusionarlos todos con el culto a sí mismo. Sin embargo, para los judíos era diferente, a causa de la relación de amor y odio que mantenían con la cultura griega. Deseaban fervientemente esa civilización, pero les mortificaba su hegemonía. Josefo explica que tenían a los griegos por irresponsables, promiscuos e insustanciales, pese a lo cual, muchos jerosolimitanos habían adoptado el estilo de vida griego, y utilizaban nombres griegos y judíos para demostrar que podían ser ambas cosas. Los judíos conservadores, sin embargo, no estaban de acuerdo. En su opinión, los griegos no eran más que unos idólatras, y les repugnaba su costumbre de hacer deporte desnudos.

El primer reflejo de los notables judíos fue el de competir entre ellos por ver quién llegaba antes a Antioquía para pujar por el poder en Jerusalén. La crisis empezó con una rencilla familiar por dinero e influencia. Cuando el sumo sacerdote Onías III hizo su puja ante el rey, su hermano Jasón ofreció ochenta talentos más y regresó como sumo sacerdote con un programa para remodelar Jerusalén y convertirla en una *polis* griega a la que rebautizó Antioquía-Hyerosolima (Antioquía-en-Jerusalén), en honor al rey, degradó la Torá y construyó un gimnasio griego, quizá en la colina occidental frente al Templo. Las reformas de Jasón fueron bastante bien acogidas. Los jóvenes judíos, en el gimnasio, realizaban dolorosos esfuerzos por parecer modernos: hacían deporte desnudos, salvo por un sombrero griego, y de algún modo consiguieron deshacer su circuncisión, la marca de su compromiso con Dios, lo que daba la apariencia de que habían restaurado su prepucio, sin duda un triunfo de la moda sobre la comodidad. Ahora bien, también la puja de Jasón por Jerusalén fue superada: envió a su subordinado Menelao a Antioquía a entregar su tributo, pero el canalla de Menelao, en lugar de cumplir su misión, robó los fondos del Templo, pujó más alto que Jasón, compró el sumo sacerdocio, pese a no cumplir el exigido requisito de pertenecer al linaje de Sadoc y se hizo con el gobierno de Jerusalén. Los jerosolimitanos enviaron entonces unos delegados a la corte para protestar. Antíoco los ejecutó y permitió incluso que Menelao organizara el asesinato del antiguo sumo sacerdote Onías.

La principal preocupación de Antíoco era la de recaudar los fondos necesarios para reconquistar su imperio, y estaba a punto de conseguir un golpe extraordinario: la unión de los imperios ptolemaico y seléucida. En el año 170 a. C., Antíoco

conquistó Egipto, pero los jerosolimitanos, al mando del depuesto Jasón, se rebelaron, empañando así su triunfo. El Demente cruzó a toda velocidad el Sinaí, entró a saco en Jerusalén y deportó a cien mil judíos.<sup>[\*8]</sup> Acompañado por su secuaz Menelao, entró en el Santo de los santos, un sacrilegio imperdonable, y robó sus valiosos artefactos, el altar de oro, el candelabro de luz y la mesa del pan de ofrenda. Aún peor, Antíoco ordenó a los judíos que celebraran un sacrificio en su honor, el dios manifiesto, poniendo así a prueba la lealtad de muchos de los judíos que quizá se sintieran atraídos por la cultura griega. Después, y una vez sus cofres repletos con el oro del Templo, regresó de inmediato a Egipto para aplastar cualquier resistencia.

A Antíoco le gustaba jugar a romanos: lucía una toga y celebró elecciones ficticias en Antioquía, mientras en secreto reconstruía su flota prohibida y el ejército de elefantes. Sin embargo, Roma, decidida a dominar el Mediterráneo oriental, no podía tolerar el nuevo imperio de Antíoco. Cuando el enviado romano, Popilio Laena se reunió con el rey en Alejandría, dibujó, sin ningún recato, un círculo en la arena alrededor de Antíoco y le exigió que aceptara retirarse de Egipto antes de salir del círculo. Antíoco, «gruñendo y con la amargura en el corazón», se inclinó ante el poder romano.

Mientras tanto, los judíos se negaron a ofrecer un sacrificio a Antíoco, el dios. Para garantizar que Jerusalén no se rebelaba por tercera vez, el Demente decidió erradicar la religión judía.

## ANTÍOCO EPÍFANES: SEGUNDA ABOMINACIÓN DE LA DESOLACIÓN

En el año 167, gracias a una artimaña en el día del Sabbat, Antíoco conquistó Jerusalén, asesinó a miles de personas, destruyó sus murallas, construyó una nueva ciudadela, Acra, y entregó la ciudad a un gobernador griego y al colaboracionista Menelao.

A continuación, Antíoco vetó cualquier sacrificio o servicio religioso en el Templo, prohibió el Sabbat, la Ley y la circuncisión bajo pena de muerte y ordenó mancillar el Templo con carne de cerdo. El 6 de diciembre, el Templo fue consagrado como santuario al dios estatal, Zeus Olímpico, la abominación de la desolación suprema, y en el altar junto al Santo de los santos se ofreció un sacrificio a Antíoco el rey-dios, posiblemente en su presencia. «El Templo se llenó del desenfreno y las orgías de los paganos, que se divertían con prostitutas y tenían relaciones con mujeres en los atrios sagrados», todo ello consentido por Menelao; la gente entraba en el Templo con la cabeza adornada por guirnaldas de vid y, después de las oraciones, incluso muchos de los sacerdotes bajaron al gimnasio para asistir, desnudos, a los juegos.

Los que practicaban el Sabbat eran quemados vivos o sometidos a una truculenta

importación griega: la crucifixión. Un anciano murió antes que verse obligado a comer cerdo y las mujeres que circuncidaban a sus hijos eran arrojadas con sus bebés desde lo alto de las murallas de Jerusalén. La Torá fue hecha pedazos y quemada en público y cualquiera que fuera descubierto en posesión de un ejemplar era ejecutado. La Torá, sin embargo, igual que el Templo, tenía más valor que la vida. Estas muertes crearon un nuevo culto al martirio y alimentaron las esperanzas del Apocalipsis. «Y muchos de los que duermen en el suelo polvoriento se despertarán... para la vida eterna» en Jerusalén, el mal fracasaría y la bondad triunfaría con la llegada del Mesías, y también el Hijo del Hombre ungido con la gloria eterna.<sup>[\*9]</sup>

Antíoco emprendió el camino de regreso a Antioquía donde celebró sus monstruosas victorias con un festival. Jinetes escitios protegidos por armaduras de oro, elefantes indios, gladiadores y caballos de Nisea enjaezados de oro desfilaron por la capital, seguidos de jóvenes atletas tocados de coronas doradas, mil bueyes para el sacrificio, carrozas que transportaban estatuas, y mujeres rociando a la muchedumbre con perfume. Los gladiadores combatieron en los circos y de las fuentes manaba vino mientras el rey celebraba una fiesta con miles de invitados en su palacio. El Demente lo supervisó todo, cabalgando arriba y abajo por toda la procesión, haciendo pasar a sus invitados y bromeando con los cómicos. Al final del banquete, los actores hicieron entrar una figura envuelta en tela como si fuera un regalo, la depositaron en el suelo donde, al sonar las primeras notas de una sinfonía, la figura de repente se liberó de sus envolturas y el rey apareció desnudo y bailando.

Mucho más al sur de toda esta depravación delirante, los generales de Antíoco intensificaban sus persecuciones. En el pueblo de Modin, cerca de Jerusalén, un anciano sacerdote llamado Matatías, padre de cinco hijos, recibió la orden de ofrecerle un sacrificio a Antíoco para demostrar que ya no era judío, a lo que contestó: «Aunque todas las naciones que están bajo el dominio del rey obedezcan y abandonen el culto de sus antepasados para someterse a sus órdenes, yo, mis hijos y mis hermanos nos mantendremos fieles a la Alianza de nuestros padres». Cuando otro judío se ofreció a hacer el sacrificio, «Matatías se enardeció de celo y se estremecieron sus entrañas». Desenvainó su espada, mató al traidor, después, al general de Antíoco, y destruyó el altar. «Todo el que sienta celo por la Ley y quiera mantenerse fiel a la Alianza», dijo, «que me siga». El anciano y sus cinco hijos huyeron a las montañas donde se unieron a los muy piadosos judíos conocidos como los «Justos», los *hasidim*. Al principio, eran tan piadosos que observaban el Sabbat (con resultados desastrosos) incluso en combate, así que suponemos que los griegos intentarían librar todas sus batallas los sábados.

Matatías murió al cabo de poco tiempo, pero su tercer hijo, Judas, asumió el mando en las colinas que rodeaban Jerusalén y derrotó a tres ejércitos sirios uno tras otro. Al parecer, Antíoco, en un primer momento, no se tomó en serio la sublevación

judía, puesto que se dirigió al este a conquistar Irán y Persia, tras ordenar a su virrey Lisias que aplastara a los rebeldes. Judas, no obstante, también derrotó a Lisias.

Antíoco, en campaña en la lejana Persia, cayó entonces en la cuenta de que las victorias de Judas ponían en peligro su imperio y decidió poner fin al terror. Los judíos, les escribió a los miembros más helenizados del Sanedrín, «podrán gobernarse según sus leyes, como lo hacían antes, especialmente en lo que se refiere a los alimentos». Sin embargo, ya era demasiado tarde y poco tiempo después, Antíoco Epífanés sufrió un ataque de epilepsia y cayó muerto de su carro.<sup>[6]</sup> Judas ya se había ganado el apodo heroico que daría nombre a una dinastía: el Martillo.



# CAPÍTULO 8

## LOS MACABEOS, 164-66 a. C.

### JUDAS EL MARTILLO

En el invierno del año 164 a. C., Judas el Martillo conquistó toda Judea y Jerusalén, excepto la nueva fortaleza de Acra que Antíoco había construido hacía poco. Cuando Judas vio el Templo desierto e invadido por las hierbas, expresó su tristeza. Quemó incienso, consagró de nuevo el Templo y el 14 de diciembre presidió la reanudación de los sacrificios. El aceite para encender los candelabros del Templo escaseaba en la ciudad arrasada pero, de algún modo, las llamas nunca se apagaron. La liberación y la segunda santificación del Templo todavía se conmemoran con la festividad judía de Hannukah, la Consagración.

El Martillo, *maqqabah* en arameo,<sup>[\*1]</sup> llevó a cabo campañas militares en Jordania y envió a su hermano Simón a rescatar a los judíos de Galilea, pero las tropas de Simón, sin Judas, fueron derrotadas. Los macabeos contraatacaron, capturaron Hebrón y Edom y destruyeron el santuario pagano de Asdod antes de poner asedio a la fortaleza de Acra en Jerusalén. El regente seléucida, sin embargo, venció a los macabeos en Beth-Zacharia, al sur de Belén; después puso asedio a Jerusalén, hasta que una sublevación en Antioquía a la que tenía que hacer frente le forzó a retirarse. Por lo tanto, les concedió a los judíos el derecho a vivir «según sus costumbres tradicionales» y rendir culto a su Dios en su Templo. Cuatro siglos después de Nabucodonosor, los judíos recuperaban la independencia.

No obstante, todavía no estaban a salvo. Los seléucidas, hostigados y debilitados por las guerras civiles, pero todavía formidables, estaban decididos a aplastar a los judíos y conservar el dominio sobre Palestina, lo que llevaría a una guerra perversa y complicada que se prolongaría veinte años. Aunque no es necesario explicar todos los pormenores, ni detallar a todos los pretendientes seléucidas del mismo nombre, lo cierto es que hubo momentos en los que los macabeos estuvieron muy cerca de la aniquilación, pese a lo cual, esta familia dotada de gran talento y de recursos inagotables siempre lograba recuperarse.

La fortaleza de Acra, que dominaba en altura al Templo, permaneció para atormentar a una Jerusalén dividida. Cuando sonaban las trompetas y los sacerdotes celebraban de nuevo sus sacrificios, los mercenarios paganos de Acra y los judíos renegados, en ocasiones, «llegaban de repente y corriendo», explica Josefo, «y destruían a los que iban hacia el Templo». Los jerosolimitanos ejecutaron al sumo



sacerdote Menelao, «la causa de todos los males», y eligieron a uno nuevo, un partidario moderado de los griegos<sup>[\*2]</sup> que fue expulsado por Judas. Sin embargo, los seléucidas reunieron de nuevo sus tropas y su general Nicanor volvió a capturar Jerusalén. Señalando el altar con el dedo, el griego lanzó una amenaza: «A menos que Judas y su hueste me sean entregados, incendiaré esta casa».

Judas, luchando por su vida, solicitó la ayuda de Roma, el enemigo de los reinos griegos, y Roma reconoció la soberanía judía. En el año 161, el Martillo derrotó a Nicanor, y ordenó que le cortaran la cabeza y el brazo y que fueran llevados a Jerusalén donde presentó estos macabros trofeos en el Templo: la mano y la lengua extirpada que habían proferido las amenazas contra el Templo fueron trituradas y colgadas para que sirvieran de alimento a los pájaros mientras que la cabeza se dejó colgando en lo alto de la fortaleza. Los jerosolimitanos celebraron el día de Nicanor como una fiesta de la liberación. Sin embargo, después, los seléucidas derrotaron y mataron a Judas y Jerusalén cayó. Judas fue enterrado en Modin. Todo parecía perdido, pero uno de sus hermanos le sobrevivió.<sup>[1]</sup>

## SIMÓN EL GRANDE: EL TRIUNFO DE LOS MACABEOS

Después de dos años huyendo, Jonatán, el hermano de Judas, salió del desierto para aplastar de nuevo a los seléucidas, e instaló su corte en Micmás, al norte de Jerusalén, en poder de los griegos. Jonatán, conocido como «el Diplomático», supo aprovechar la rivalidad de los reyes de Siria y Egipto para recuperar Jerusalén. A continuación, restauró las murallas, santificó de nuevo el Templo y, en el año 153, convenció al rey para que le ascendiera al rango de «amigo del rey», y al de sumo sacerdote. El macabeo fue ungido con el aceite y engalanado con las túnicas sacerdotales y la flor real en el transcurso de una de las celebraciones más ruidosas, Tabernáculos. Ahora bien, Jonatán descendía de un sacerdote provincial sin ninguna vinculación con Sadoc y por lo menos una secta judía lo vio como el «sacerdote malvado».

Al principio, Jonatán estaba apoyado por el rey egipcio Ptolomeo IV Filómetor, quien tras un viaje por la costa, se reunió en Joppa con Jonatán, ambos en sus magnificencias respectivas, faraónica y sacerdotal. En Ptolemais (ahora Acre), Filómetor alcanzó el sueño de todos los reyes griegos desde Alejandro Magno: fue coronado rey de Egipto y rey de Asia, pero justo cuando celebraba su triunfo, su caballo, al ver los elefantes de los seléucidas, se encabritó y el rey murió en la caída.<sup>[\*3]</sup>

Mientras los rivales seléucidas peleaban por el poder, Jonatán el Diplomático cambió de bando en reiteradas ocasiones. Uno de los pretendientes seléucidas, asediado en su palacio de Antioquía, solicitó la ayuda de Jonatán ofreciéndole a

cambio la recuperación de la independencia total de los judíos. Jonatán salió de Jerusalén con su ejército de dos mil soldados, cruzó el territorio que hoy ocupan Israel, Líbano y Siria, y llegó hasta Antioquía. Los arqueros judíos dispararon sus flechas desde el palacio, los soldados saltaron por los tejados a través de la ciudad en llamas, y rescataron y reinstauraron al rey en su trono. A su regreso a Judea, Jonatán conquistó Ascalón, Gaza y Beth-Zur e inició el sitio de la fortaleza de Acra en Jerusalén. Sin embargo, le convencieron mediante artimañas de que acudiera a Ptolemais sin sus guardaespaldas para reunirse con su aliado griego más reciente, que lo capturó y marchó sobre Jerusalén.

La familia de los macabeos no estaba todavía acabada: aún quedaba un hermano, [2] Simón, que había construido nuevas fortificaciones en Jerusalén. La restaurada muralla y un repentino temporal de nieve obligaron al griego a retirarse, pese a lo cual pudo satisfacer su venganza: ejecutó al hermano cautivo de Simón, Jonatán. En la primavera del año 141, Simón tomó por asalto la fortaleza de Acra<sup>[\*4]</sup> y la destruyó por completo, arrasando incluso la colina sobre la que se asentaba, antes de celebrar la victoria en Jerusalén «con vítores y palmas, al son de arpas, címbalos y cítaras, y entonando himnos y cantos, porque un gran enemigo de Israel había sido exterminado». Una Gran Asamblea aclamó a Simón como el gobernante hereditario y lo cubrió con la púrpura y el oro de la realeza, rey en todo salvo en nombre. «A partir de entonces, el pueblo comenzó a escribir en los documentos y contratos: “Año primero de Simón, Sumo Sacerdote insigne y general en jefe de los Judíos”».

## JUAN HIRCANO: CONSTRUCTOR DE IMPERIOS

Simón el Grande había alcanzado la cumbre de su popularidad cuando, en el año 134 a. C., su yerno le invitó a cenar. Allí, el último vástago de la primera generación de macabeos fue asesinado, y su yerno raptó después a la esposa de Simón y a dos de sus hijos. Los asesinos intentaron capturar al otro hijo de Simón, Juan, Yehohanan en hebreo, pero éste consiguió llegar a Jerusalén y conservar la ciudad.

Juan tuvo que enfrentarse a los desastres que le llegaron de todas partes. Persiguió a los conspiradores hasta su baluarte, donde su madre y sus hermanos fueron descuartizados ante él. Aunque Juan, el tercer hijo de su padre, no había imaginado que podría llegar a reinar, poseía sin embargo el talento familiar necesario para poder convertirse en el gobernante judío ideal con «rasgos carismaticomesiánicos». En efecto, Josefo escribiría que Dios le había concedido a Juan «tres de los mayores privilegios: el gobierno de la nación, la condición de sumo sacerdote y el don de la profecía».

El rey seléucida, Antíoco VII Sidetes, aprovechó la oportunidad y puso sitio a Jerusalén. En el momento en el que los jerosolimitanos empezaron a morir de

hambre, el rey Sidetes manifestó su voluntad de negociar enviando un «magnífico sacrificio» de bueyes con los cuernos dorados para el banquete de Tabernáculos. Juan pidió la paz y aceptó entregar los territorios conquistados por los macabeos fuera de Judea, pagar quinientos talentos de plata y derribar las murallas.

Juan se vio obligado a financiar la campaña de su nuevo señor contra los partos de Persia y Mesopotamia, una potencia en ascenso. Aunque la expedición acabó en desastre para los griegos, significó una bendición para los judíos. Quizá Juan negociara en secreto con el rey parto, que tenía muchos súbditos judíos. El rey griego murió y Juan, de un modo u otro, logró salir del atolladero en el que se encontraba y regresar a Jerusalén con la independencia recuperada.<sup>[\*5]</sup>

Las grandes potencias estaban distraídas con sus propias intrigas intestinas, así que Juan se vio libre para embarcarse en una serie de conquistas de una escala desconocida desde los tiempos del rey David, quien, irónicamente, contribuyó a financiar sus guerras: Juan saqueó su rica tumba, suponemos que en la antigua ciudadela de David. Conquistó Madaba, en el otro extremo de Jordania; en el sur, obligó a convertirse a los edomitas (conocidos más tarde como idumeos), y destruyó Samaria antes de conquistar Galilea. En Jerusalén, Juan construyó lo que se ha dado en llamar primera muralla alrededor de la ciudad en expansión.<sup>[\*6]</sup> Su reino era una potencia regional, y su Templo, el centro de la vida judía, aunque las comunidades judías en expansión alrededor del Mediterráneo celebraban sus ritos y servicios diarios en las sinagogas locales. Tal vez fuera en esta época, al sentirse seguros por primera vez, cuando los veinticuatro libros se convirtieron en el texto pactado del Antiguo Testamento.

Tras la muerte de Juan, su hijo Aristóbulo se autoproclamó rey de Judea, el primer monarca en Jerusalén desde el año 586, y conquistó Iturea, al norte del Israel actual y al sur del Líbano. Los macabeos, no obstante, ahora casi tan griegos como sus enemigos y utilizando indistintamente nombres griegos y hebreos empezaron a comportarse con toda la ferocidad depravada de los tiranos griegos. Aristóbulo encarceló a su madre y asesinó a su hermano, que gozaba de más popularidad que él, un crimen que le hizo sentir tanta culpabilidad que perdió la razón. Aun así, y mientras moría vomitando sangre, temía que su arrogante hijo, Alejandro Janeo, fuera un monstruo que destruyera a los macabeos.<sup>[3]</sup>

## ALEJANDRO EL TRACIO: EL CACHORRO DE LEÓN FURIOSO

Tan pronto se hubo asegurado Jerusalén, el rey Alejandro (Janeo era la versión griega de su nombre hebreo, Yehonatan) se casó con la viuda de su hermano y emprendió la tarea de conquistar un imperio judío. Alejandro era un joven muy consentido y sin corazón; parecía vivir para la aventura y el placer, y su depravada

arrogancia no tardó en hacerle acreedor del odio de los judíos. Pero los reinos griegos estaban derrumbándose y los romanos todavía no habían llegado. Alejandro siempre consiguió sobrevivir a sus frecuentes derrotas gracias a la suerte de los tontos<sup>[\*7]</sup> y a un tenaz salvajismo: los judíos le apodaron «el Tracio» a causa de su barbarie y de su ejército de mercenarios griegos.

Alejandro conquistó Gaza y Rafah en la frontera con Egipto, y Gaulanitis (Golán) en el norte (la actual Jordania). Tras caer en una emboscada de los árabes nabateos en Moab, Alejandro huyó y regresó a Jerusalén. En el curso de un servicio religioso de la festividad de Tabernáculos en el que oficiaba como sumo sacerdote, el pueblo le bombardeó con fruta y los ciudadanos, incitados por los fariseos más religiosos (que no sólo seguían la Torá escrita, sino también las tradiciones orales), se burlaron de él alegando que, puesto que su madre había estado prisionera, él no estaba capacitado para asumir la dignidad de sumo sacerdote. Alejandro, en respuesta, lanzó contra ellos a sus mercenarios griegos que ajusticiaron a seis mil personas en las calles. Los seléucidas aprovecharon la sublevación para atacar Judea, y Alejandro huyó a las montañas.

Esperó el momento adecuado, y lo esperó planeando su venganza. A su regreso a Jerusalén, el rey ordenó la matanza de cincuenta mil de sus propios súbditos y festejó su victoria con sus concubinas, celebrando un festín en el transcurso del cual presenció la crucifixión en las colinas de ochocientos rebeldes, cuyos hijos y mujeres fueron degollados ante sus ojos. «El cachorro de león furioso», como le llamaban sus enemigos, murió de alcoholismo, dejándole a su esposa, Salomé Alejandra, un imperio que incluía territorios que hoy ocupan Israel, Palestina, Siria y Líbano. Le aconsejó asimismo que ocultara su muerte a sus soldados hasta que se hubiera asegurado Jerusalén, y que entonces gobernara con los fariseos.

La nueva reina era la primera mujer en gobernar Jerusalén desde la hija de Jezabel, pero el genio de la dinastía había quedado agotado. Salomé Alejandra (Salomé era la versión griega del nombre Shalomzion, paz para Sión), astuta viuda de dos reyes, gobernó su pequeño imperio hasta después de cumplir sesenta años y con la ayuda de los fariseos, pero tuvo grandes dificultades en controlar a sus dos hijos: el mayor, el sumo sacerdote Juan Hircano II, no era lo bastante enérgico, mientras que al más joven, Aristóbulo, le sobraba, y mucha, energía.

Por el norte, Roma, en su incesante e implacable avance a lo largo del Mediterráneo, engulló primero Grecia y, después, lo que hoy es Turquía, donde Mitríades, el rey griego de Ponto, opuso resistencia al poder de Roma. En el año 66 a. C., el general romano Pompeyo derrotaba a Mitríades y se dirigía hacia el sur para llenar el vacío. Roma estaba llegando a Jerusalén.

# CAPÍTULO 9

## LLEGAN LOS ROMANOS, 66-40 a. C.

### POMPEYO EN EL SANTO DE LOS SANTOS

Después de la muerte de la reina Salomé, sus hijos se enzarzaron en una pelea. Hircano II fue derrotado cerca de Jericó por su hermano Aristóbulo II, tras lo cual, los hermanos se reconciliaron, se abrazaron ante los jerosolimitanos en el Templo y Aristóbulo ocupó el trono. Hircano se retiró, pero le aconsejaba y controlaba un astuto forastero, Antípater. Este potentado idumeo,<sup>[\*1]</sup> cuyo hijo se convertiría en el rey Herodes, era el futuro. Esta depravada familia, dotada de gran talento, controlaría Jerusalén durante más de un siglo y, en esencia, convertiría el monte del Templo y la muralla occidental en lo que son en la actualidad.

Antípater ayudó a Hircano a huir a Petra, la «ciudad rosada casi tan antigua como el tiempo», la capital nabatea árabe. El rey Aretas (Harith en árabe), fabulosamente rico gracias al comercio de especias indias, y pariente de la esposa árabe de Antípater, les ayudó a derrotar al rey Aristóbulo, que huyó a Jerusalén. El rey árabe se lanzó tras él, lo persiguió y lo asedió en el fortificado monte del Templo. Sin embargo todo este ruido y furia no significaron nada, porque al norte, Pompeyo estaba instalando su cuartel general en Damasco. Gnaeus Pompeius, el hombre más poderoso de Roma, era un comandante genial que, sin ocupar ningún cargo oficial, había conducido a su ejército privado a la victoria en las guerras civiles romanas en Italia, Sicilia y el norte de África, había celebrado dos triunfos y amasado una considerable fortuna. Era un general prudente con un rostro querúbico, «nada era más delicado que las mejillas de Pompeyo», que resultaba engañoso: Pompeyo era, escribiría el historiador Salustio, «honesto en el rostro, un desvergonzado de corazón», y el sadismo de su juventud le había valido el apodo de «el Joven carnicero». Se había establecido en Roma, pero los laureles de hombre fuerte romano exigía un cuidado constante, y él necesitaba renovar su gloria para mantener a sus enemigos a raya. Su apodo, «Magnus», el Grande, era, en parte al menos, sarcástico. De niño había sentido una gran adoración por Alejandro Magno, y las provincias por conquistar y los trofeos orientales, a partir de aquel momento, serían un premio irresistible para cualquier ambicioso oligarca que se preciara.

En el año 64 a. C., Pompeyo acabó con el reino seléucida, anexionó Siria y se ofreció a mediar entre los bandos judíos enfrentados. Las delegaciones llegaron desde Jerusalén en representación no sólo de los dos hermanos enemistados, sino también

de los fariseos, que imploraron a Pompeyo que les librara de los macabeos. Pompeyo les ordenó a los dos príncipes macabeos que esperaran la decisión de su arbitraje, pero Aristóbulo, que no había comprendido del todo el formidable poder de Roma, cometió la imprudencia de engañarle.

Pompeyo se abatió sobre Jerusalén y capturó a Aristóbulo, pero las tropas al servicio del macabeo ocuparon el fortificado monte del Templo y destruyeron el puente que lo unía a la zona alta de la ciudad. Pompeyo, acampado al norte de la piscina de Bethesda, asedió el Templo durante tres meses, utilizando catapultas para bombardearlo. Aprovechándose una vez más de la piedad judía, en el Sabbat y día de ayuno, los romanos tomaron el Templo por asalto desde el norte y degollaron a los sacerdotes que protegían el altar. Los judíos incendiaron sus propias casas, otros se arrojaron desde las almenas. Murieron doce mil personas. Pompeyo destruyó las fortificaciones, abolió la monarquía, confiscó la mayor parte del reino macabeo y nombró sumo sacerdote a Hircano, que gobernó únicamente Judea junto a su ministro Antípater.

Pompeyo no pudo resistirse a la oportunidad de echar una mirada en el interior del famoso Santo de los santos. A los romanos, que se sentían orgullosos de sus numerosos dioses y despreciaban la superstición primitiva del monoteísmo judío, les intrigaban los ritos orientales. Los griegos se burlaban de los judíos y decían de ellos que adoraban en secreto la cabeza de oro de un asno y que engordaban a sus víctimas de sacrificio para entregarse después a rituales caníbales. Pompeyo y su séquito entraron en el Santo de los santos, un sacrilegio incalificable, habida cuenta de que ni siquiera el sumo sacerdote podía entrar allí más de una vez al año. El romano era tal vez el segundo gentil (el primero fue Antíoco IV) en penetrar en el santuario. Examinó respetuosamente la mesa de oro y el candelabro sagrado, y cayó en la cuenta de que en aquel lugar no había nada más, ninguna cabeza de oro, tan sólo una intensa santidad. No robó nada.

Pompeyo regresó a toda prisa a Roma para disfrutar del triunfo que celebraba sus conquistas asiáticas. A Hircano, mientras tanto, le atormentaban las rebeliones de Aristóbulo y sus hijos, pero su ministro Antípater, el auténtico gobernante, poseía un ingenio con el que supo ganarse el apoyo de Roma, en aquel momento, la fuente de todo el poder. No obstante, incluso a él, el más tortuoso de los políticos, los giros de la política de Roma le suponían un reto. Pompeyo se vio obligado a compartir el poder en un triunvirato con otros dos dirigentes, Craso y César, el segundo de los cuales alcanzaría la fama en poco tiempo tras conquistar las Galias. En el año 55 a. C., Craso, el siguiente oligarca romano en busca de la gloria en Oriente llegaba a Siria, ansioso por igualar las conquistas de sus rivales.<sup>[1]</sup>



## CÉSAR Y CLEOPATRA

La codicia y la crueldad de Craso, conocido en Roma con el apodo de Dives, el hombre rico, eran notorias. Había añadido nombres a las listas de proscritos del dictador romano Sila simplemente para hacerse con la fortuna de sus víctimas y, tras aplastar la rebelión de esclavos de Espartaco, celebró esta victoria suya crucificando a seis mil esclavos a lo largo de la Vía Apia. Ahora planeaba una expedición para hacer retroceder al nuevo reino parto, que había sustituido a los persas y a los seléucidas en lo que hoy es Irán e Iraq.

Craso financió su expedición saqueando el Templo de Jerusalén de donde robó dos mil talentos que Pompeyo no había tocado, y «la viga de oro macizo» del Santo de los santos. Los partos, sin embargo, aniquilaron a Craso y a su ejército. El rey parto, Orodes II, asistía a la representación de una obra griega de teatro cuando la cabeza de Craso fue lanzada al escenario. Orodes ordenó que se vertiera oro fundido en la boca de Craso, y dijo: «Quede así satisfecho el deseo de tu vida».<sup>[2]</sup>

Los dos hombres fuertes de Roma, César y Pompeyo, iniciaron entonces una pugna por la supremacía. En el año 49 a. C., César cruzó el Rubicón desde la Galia, invadió Italia y, dieciocho meses más tarde, derrotaba a su rival que huyó a Egipto. Tras ser elegido dictador de Roma, César lo persiguió y llegó a Egipto dos días después que los egipcios asesinaran a Pompeyo. César quedó horrorizado, y al mismo tiempo aliviado, al recibir la cabeza encurtida de Pompeyo como regalo de bienvenida. Treinta años atrás había combatido en Oriente, y ahora vio en la rivalidad entre Ptolomeo VIII y su esposa-hermana Cleopatra la oportunidad de garantizarse para Roma el trofeo más preciado de Oriente: Egipto. Ahora bien, César no podía de ninguna manera prever cómo esta joven, apartada del trono y en una situación desesperada, lograría manipular su voluntad para satisfacer sus propios fines.

Cleopatra solicitó una audiencia secreta con el señor del imperio romano. Experta consumada en el arte de la pantomima politicosexual, se hizo llevar hasta el palacio del César envuelta en una bolsa de lavandería (y no en una alfombra), habiendo tal vez intuido que César era un hombre susceptible de disfrutar con este tipo de emociones teatrales. Cayo Julio César, curtido en combates y ya peinando canas, tenía cincuenta y dos años y era consciente de su incipiente calva. Sin embargo esa asombrosa, aunque algo escalofriante, fuerza vital dotada de todos los talentos para la guerra, las letras y la política, y de la incansable energía de un hombre joven, también era un aventurero sexual que se había acostado con las mujeres de Craso y de Pompeyo. Cleopatra tenía veintiún años: «su belleza no era en absoluto sin parangón pero su atractivo físico, combinado con su encanto persuasivo y con el aura que proyectaba» ejercían una poderosa fascinación, aun cuando, tal como sugieren las

monedas y las estatuas, poseyera la nariz aguileña y la barbilla puntiaguda de sus antepasados. Tenía un reino que recuperar y un linaje incomparable cuyo honor tenía la obligación de mantener. César y Cleopatra, ambos entusiastas seguidores de la escuela de política aventurera, se embarcaron en una relación de la que al cabo de poco tiempo nació un hijo, Cesarión. Más importante aún, César se comprometió a darle apoyo.

Poco tiempo después, los egipcios se sublevaron contra Cleopatra y su protector romano, y César se vio atrapado en Alejandría. Mientras tanto, en Jerusalén, Antípater, el aliado de Pompeyo, vio la oportunidad de hacerse perdonar por César. Se dirigió a Egipto con tres mil soldados judíos, convenció a los judíos egipcios de que le apoyaran, y atacó a los enemigos de César. Éste, agradecido, ratificó el nombramiento de Hircano como sumo sacerdote y gobernante de los judíos y le autorizó a reparar las murallas de Jerusalén, aunque nombró a Antípater procurador de Judea con plenos poderes, y a sus hijos gobernadores locales: el mayor, Fasael, gobernó Jerusalén, y al menor, Herodes, le correspondió Galilea.

Herodes, de apenas quince años, demostró de inmediato su valía matando a una banda de religiosos fanáticos judíos liderados por un tal Ezequías, cuyos descendientes proporcionarían judíos rebeldes fanáticos durante generaciones. En Jerusalén, los sanedrines, indignados por los asesinatos no autorizados de Herodes, lo convocaron para ser sometido a juicio, ante la contrariedad de los romanos, que valoraban a Antípater y a sus hijos como el tipo de aliados necesarios para gobernar a ese pueblo turbulento. El gobernador de Siria ordenó la exculpación de Herodes y le concedió un poder aún mayor.

Herodes ya era excepcional. Estaba, escribiría Josefo, «bendecido con todos los dones de aspecto, cuerpo y mente». Destinado a ser un héroe, era lo bastante sofisticado para seducir e impresionar a los romanos notables de la época. Hacía gala de un voraz apetito sexual, o, tal como lo explica Josefo, era «esclavo de sus pasiones», pese a lo cual, no era grosero. Tenía gusto en arquitectura, había recibido una excelente educación en las culturas griega, latina y judía y, cuando la política y el placer no ocupaban su tiempo, disfrutaba debatiendo sobre historia y filosofía. Sin embargo, el poder siempre era lo primero, un ansia que envenenaría cualquier relación. Hijo de un idumeo de segunda generación convertido al judaísmo y de madre árabe (por eso su hermano se llamaba Fasael, Faisal), Herodes era un hombre cosmopolita que podía desempeñar el papel de romano, griego o judío por igual, aunque los judíos nunca le perdonaron sus orígenes mestizos. Educado en un entorno familiar acomodado, pero vigilante e implacable, asistiría a la destrucción de su familia más cercana y experimentaría la fragilidad del poder y la facilidad del terror. Creció utilizando la muerte como herramienta política: paranoico, sensible en exceso, casi histérico, este joven adolescente, un «hombre de gran barbarie» y también de



gran sensibilidad, hizo todo lo que pudo por sobrevivir y dominar a cualquier precio.

Después del asesinato de César en el año 44, Casio (uno de sus asesinos) llegó a Siria para asumir el gobierno. El padre de Herodes, Antípater, cambió entonces de bando, pero los enredos de las intrigas finalmente pudieron con él y fue envenenado por un rival que consiguió ocupar Jerusalén, hasta que Herodes lo hizo asesinar. Poco tiempo después, Octavio, de veintidós años de edad, sobrino nieto e hijo adoptivo de César, y el general aventurero y bravucón Marco Antonio derrotaban a Casio y a su cómplice en el magnicidio, Bruto, en Filipos. Octavio y Marco Antonio se dividieron el imperio y el segundo recibió la zona oriental. Mientras Marco Antonio avanzaba hacia Siria, dos jóvenes potentados con intereses radicalmente opuestos se precipitaron a recibir al hombre fuerte de Roma. Uno de ellos quería restaurar el reino judío, la otra, engullirlo e incorporarlo a su ancestral imperio.<sup>[3]</sup>

## MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

Cleopatra se acercó a Marco Antonio como una reina en la cima de su carisma, vástago de la dinastía de los ptolomeos, la de mayor prestigio del mundo conocido, y como Isis-Afrodita, a recibir a su Dionisos que le devolvería el imperio de sus antepasados.

El encuentro fue proverbial para ambos. Marco Antonio era catorce años mayor que ella, pero estaba en la flor de la vida: gran bebedor, de cuello ancho, torso fuerte y grueso y barbilla prominente, se enorgullecía de la musculatura de sus piernas. Quedó deslumbrado por Cleopatra y se mostró ansioso por abrazar la cultura griega y el esplendor sibarita de Oriente, viéndose a sí mismo como el heredero de Alejandro, descendiente de Hércules y, por supuesto, de Dionisos. Por otra parte, necesitaba el dinero y las provisiones egipcias para la invasión de Partia que tenía planeada. Se necesitaban mutuamente, y la necesidad, muy a menudo, es la madre del romance. Marco Antonio y Cleopatra celebraron su alianza y su relación asesinando a la hermana de Cleopatra (que ya había asesinado a su hermano).

Herodes también había cabalgado a galope tendido hacia Marco Antonio. El padre de Herodes había cultivado la compañía del general cuando éste era un joven comandante de caballería en Egipto. En consecuencia, Marco Antonio nombró a Herodes y a su hermano gobernantes de hecho de Judea y colocó al sumo sacerdote Hircano como cabeza visible del gobierno. Herodes celebró el aumento de su poder comprometiéndose con Marianne, una princesa macabea nieta de dos reyes. Su cuerpo, escribió Josefo, era igual de bello que su rostro. Esta relación, que se desarrollaría en Jerusalén, sería de una apasionada destructividad.

Marco Antonio siguió a Cleopatra, ahora embarazada de gemelos, hasta su capital, Alejandría. Sin embargo, justo en el preciso momento en el que el ascenso de

Herodes parecía consolidado, los partos invadieron Siria. Antígono, un príncipe macabeo sobrino de Hircano, les ofreció a los partos mil talentos y un harén de quinientas jóvenes a cambio de Jerusalén.

## PACORO: EL DISPARO PARTO

La ciudad judía se sublevó contra las marionetas de Roma, Herodes y su hermano Fasael. Asediados en el palacio real frente al Templo, los hermanos aplastaron la rebelión; ahora bien, los partos eran harina de otro costal. Jerusalén estaba repleta de peregrinos llegados a celebrar la festividad de las Semanas, y los seguidores de los macabeos abrieron las puertas, dejando entrar al príncipe parto Pacoro<sup>[\*2]</sup> y a su protegido Antígono. Jerusalén celebró el retorno de los macabeos.

Los partos, fingiendo desempeñar el papel de mediador honrado entre Herodes y Antígono, atrajeron a Fasael a una trampa. Cuando los partos saquearon la ciudad y a continuación entregaron el poder a Antígono como rey de Judea y sumo sacerdote,<sup>[\*3]</sup> Herodes se enfrentó a la eliminación. Antígono mutiló a su tío Hircano cortándole las orejas a fin de descalificarle para el sacerdocio. El hermano de Herodes, Fasael, fue, o bien asesinado, o bien se suicidó aplastándose él mismo la cabeza.

Herodes había perdido Jerusalén y a su hermano. Había apoyado a los romanos, pero fueron los partos los que conquistaron Oriente Medio. Un hombre de carácter voluble, sin duda era ciclotímico, si es que no era maníaco-depresivo. Con todo, su ansia de poder, su aguda inteligencia, su codicia por la vida y el instinto de supervivencia eran feroces. Casi perdió los nervios pero se sobrepuso a ellos. Al llegar la noche, reunió a su séquito para intentar una huida desesperada, y recuperar el poder.

## HERODES: HUIDA HACIA CLEOPATRA

Herodes, acompañado de su séquito, quinientas concubinas, su madre, su hermana y, lo más importante de todo, su prometida, la princesa macabea Mariana, salieron de Jerusalén al galope en dirección a las desérticas montañas de Judea. El rey Antígono, furioso porque Herodes hubiera escapado con sus concubinas (parece evidente que se trataba del harén ofrecido como pago a los sirios), envió a la caballería en su persecución. En su huida a través de las montañas, Herodes perdió los nervios otra vez e intentó suicidarse, pero sus guardias le quitaron la espada que ya sostenía en alto. Poco tiempo después, los jinetes de Antígono alcanzaron su caravana. Herodes recuperó la confianza y los derrotó, tras lo cual, dejando a su séquito en la inexpugnable fortaleza de Masada, en las montañas, él mismo escapó a

Egipto.

Marco Antonio ya había salido hacia Roma, pero la reina Cleopatra dio la bienvenida a Herodes e, intentando mantenerlo en Alejandría, le ofreció una ocupación. Herodes rechazó la oferta y zarpó hacia Roma en compañía del hermano menor de su prometida, Jonatán, un príncipe macabeo y su candidato al trono de Judea. Marco Antonio, que en aquel momento planeaba una guerra para expulsar a los partos, cayó en la cuenta, sin embargo, de que ésta no era una tarea para un niño, sino que se haría necesaria la eficiencia implacable de Herodes.

Marco Antonio y Octavio, su socio de gobierno en el imperio, escoltaron a Herodes hasta el Senado donde fue declarado rey de Judea y aliado de Roma: *rex socius et amicus populi Romani*. El recién designado rey Herodes salió del Senado flanqueado por Octavio y Marco Antonio, los dos pilares del mundo, todo un momento para un medio judío, medio árabe de las montañas de Edom. Su relación con esos dos hombres constituiría los cimientos de sus cuarenta años de reinado de terror y magnificencia. No obstante, le quedaba mucho camino por recorrer antes de gobernar un reino: los partos todavía ocupaban el este y Antígono reinaba en Jerusalén. En opinión de los judíos, Herodes era un comparsa de los romanos y un mestizo idumeo. Tendría que reconquistar su reino centímetro a centímetro, y a continuación Jerusalén.<sup>[4]</sup>

# CAPÍTULO 10

## LOS HERODES, 40 a. C. - 10 D. C.

### LA CAÍDA DE ANTÍGONO: EL ÚLTIMO DE LOS MACABEOS

Herodes zarpó hacia Ptolemais, reunió un ejército e inició la conquista de su reino. Cuando los rebeldes resistieron, refugiados en unas cuevas inexpugnables de Galilea, hizo bajar a sus tropas en unos baúles sostenidos por cadenas y los soldados, armados de garfios, pescaron a sus enemigos y los arrojaron al precipicio. Herodes, no obstante, necesitaba el apoyo de Marco Antonio para tomar Jerusalén.

Los romanos estaban obligando a los partos a retirarse. En el año 38 a. C., mientras Marco Antonio asediaba una fortaleza parta en Samosata (al sureste de Turquía), Herodes se dirigió al norte para ofrecerle, y pedirle, ayuda. Marco Antonio había caído en una emboscada de los partos, Herodes contraatacó y salvó la caravana del equipaje. El campechano Marco Antonio recibió al joven rey de Judea como un viejo camarada, lo abrazó afectuosamente ante su ejército, organizó un desfile en su honor y, agradecido, envió treinta mil soldados de infantería y seis mil de caballería a poner sitio a Jerusalén en nombre de Herodes. Los romanos instalaron su campamento justo al norte del Templo, tras lo cual Herodes celebró su matrimonio con Mariana, de diecisiete años. Después de cuarenta días de asedio, los romanos tomaron al asalto la muralla exterior y dos semanas más tarde, forzaron su entrada en el Templo y arrasaron la ciudad «como una compañía de dementes», pasando a espada a los jerosolimitanos en sus estrechas calles. Herodes tuvo que sobornar a los romanos para que detuvieran la carnicería, y a continuación le envió el rey capturado, Antígono, a Marco Antonio, quien, siempre deseoso de complacer a su amigo, decapitó al último rey macabeo. El hombre fuerte de Roma se dispuso entonces a invadir Partia con cien mil soldados, una expedición que rozó la catástrofe y en la que perdió una tercera parte de su ejército. Los supervivientes se salvaron gracias a las provisiones enviadas por Cleopatra, y la reputación de Marco Antonio en Roma nunca se recuperó del todo.

El rey Herodes celebró la conquista de Jerusalén liquidando a cuarenta y cinco de los setenta y un miembros del Sanedrín. Destruyó la fortaleza de Baris al norte del Templo, y construyó una torre fortificada de base cuadrada con cuatro torreones, la fortaleza Antonia, nombrada en honor de su protector, y cuyo colosal tamaño dominaba la ciudad. Nada queda de la Antonia excepto algunos vestigios de su base de piedras talladas, pero sabemos el aspecto que podría haber tenido porque muchas

de las fortalezas de Herodes todavía sobreviven: cada uno de sus baluartes de montaña estaba diseñado para ofrecer una seguridad inexpugnable con un lujo sin igual.<sup>[\*1]</sup> Aun así, nunca se sentía seguro, y ahora, por añadidura, tenía que defender su reino de las intrigas de dos reinas, su propia esposa, Mariana, y Cleopatra.<sup>[1]</sup>

## HERODES Y CLEOPATRA

Por muy temido que fuera Herodes, él desconfiaba de los macabeos, el más peligroso de los cuales dormía con él. No sólo se acostaba con el enemigo, sino que, además, se había enamorado de él.

El rey, ahora ya de treinta y seis años, se había enamorado de Mariana, una joven educada, culta, casta y altiva, cuya madre, Alejandra, la viva encarnación del estereotipo de la malvada suegra, empezó de inmediato a conspirar con Cleopatra para destruir a Herodes. Las mujeres macabeas se sentían orgullosas de su linaje y les irritaba haberse unido mediante lazos matrimoniales a la mestiza ralea herodiana. Alejandra, sin embargo, no supo darse cuenta de que, incluso según los siniestros estándares del siglo I, ella no podía competir con el psicótico Herodes.

Puesto que el mutilado Hircano ya no podía officiar en el Templo, Alejandra quería que su hijo adolescente Jonatán, el hermano menor de Mariana, ocupara el puesto de sumo sacerdote, una posición inalcanzable para Herodes, el arribista idumeneo medio árabe. Jonatán no sólo era el rey por derecho, sino que además su belleza llamaba la atención en una época en la que se creía que la apariencia física reflejaba el favor divino. Dondequiera que fuera Jonatán, la gente siempre se apiñaba a su alrededor. Herodes temía al joven, un problema que solucionó ascendiendo al sumo sacerdocio a un desconocido judío babilonio. Alejandra apeló en secreto a Cleopatra. Marco Antonio había anexionado al reino de Cleopatra territorios en el Líbano, en Creta y en el norte de África, y le había entregado asimismo una de las posesiones más valiosas de Herodes: las plantaciones de dátiles y de bálsamo de Jericó.<sup>[\*2]</sup> Herodes, para poder recuperarlas, se las había arrendado pero era evidente que Cleopatra codiciaba Judea, el territorio de sus antepasados.

Agitando la sabrosa zanahoria del hermoso Jonatán, Mariana y su madre Alejandra le enviaron un retrato del joven a Marco Antonio quien, lo mismo que la mayor parte de los hombres de su época, sabía apreciar la belleza femenina y la masculina por igual. Cleopatra prometió apoyar la reivindicación al trono de Jonatán, de modo que cuando Marco Antonio invitó al joven, a Herodes se le activaron todas las alarmas y se negó a dejarle marchar. Herodes puso a su suegra bajo estrecha vigilancia en Jerusalén, mientras Cleopatra les ofrecía asilo a ella y a su hijo. Alejandra ordenó construir dos ataúdes para sacarlos a ambos en secreto de palacio.

Al final, Herodes, incapaz de resistirse a la popularidad de los macabeos y a las súplicas de su esposa, durante la festividad de Tabernáculos nombró sumo sacerdote a Jonatán. Cuando éste subió al altar ataviado con su magnífica túnica y el regio tocado sacerdotal, los jerosolimitanos prorrumpieron en aclamaciones. Herodes resolvió su problema al más puro estilo de la casa: invitó al sumo sacerdote a acompañarle en su suntuoso palacio de Jericó donde hizo gala de una alarmante amabilidad: la noche era muy calurosa y el rey alentó a Jonatán a ir a nadar a las piscinas de recreo; allí los matones de Herodes lo mantuvieron bajo el agua y su cuerpo fue encontrado flotando a la mañana siguiente ante la gran desolación e indignación de Mariana y su madre. Jerusalén lloró la muerte de Jonatán e incluso Herodes rompió a llorar en el funeral.

Alejandra informó del asesinato a Cleopatra, cuyas condolencias, habida cuenta que ella había asesinado a dos, tal vez a tres, de sus propios hermanos, fueron puramente políticas. Convenció a Marco Antonio de que ordenara a Herodes acudir a Siria, de donde, si Cleopatra lograba sus propósitos, Herodes no regresaría a Judea. Herodes hizo sus preparativos antes de este peligroso encuentro, y demostró el amor que sentía hacia Mariana a su propia y siniestra manera: la colocó bajo la custodia de su tío José, virrey en su ausencia, y ordenó que si él moría a manos de Marco Antonio, Mariana debía ser ejecutada de inmediato. Tras la marcha de Herodes, José no dejó de repetirle a Mariana lo mucho que el rey la amaba, tanto, añadió, que prefería matarla antes que permitir que ella viviera sin él. Mariana se asustó. En Jerusalén corrieron rumores de que Herodes había muerto. Todo el tiempo que duró la ausencia de Herodes, Mariana se desahogó tratando despóticamente a la hermana del rey, Salomé, uno de los personajes más viciosos en una corte viperina.

En Laodicea, Herodes, un experto en manipular potentados romanos, sedujo a Marco Antonio y logró que éste le perdonara; ambos celebraron banquetes juntos día y noche. Al regreso de Herodes, Salomé acusó a su tío José de haber seducido a Mariana y le explicó que su suegra, en su ausencia, se había dedicado a planear una rebelión. Sea como fuere, Herodes y Mariana se reconciliaron y él declaró ahora su amor por ella. «Ambos se deshicieron en lágrimas y se abrazaron», hasta que ella le explicó que sabía que él había planeado ejecutarla. Herodes, atormentado por los celos, la puso en arresto domiciliario y ordenó la muerte de su tío José.

En el año 34 a. C., Marco Antonio después de su fracasada expedición anterior, reafirmó el poder de Roma e invadió la Armenia de los partos. Cleopatra le acompañó hasta el Éufrates y durante el camino de regreso a Egipto visitó a Herodes. Estos dos taimados monstruos de la persuasión pasaron días juntos, flirteando y estudiando cómo matarse el uno al otro. Herodes afirmaría que Cleopatra había intentado seducirlo, y si bien cabe la posibilidad de que no se tratara más que del modo que tenía la reina de actuar con cualquier hombre que podía serle útil, también era una artimaña que podía acarrearle consecuencias mortales. Herodes no cedió a sus

proposiciones y decidió matar a la serpiente del viejo Nilo, pero sus consejeros le recomendaron encarecidamente que no lo hiciera.

La reina egipcia prosiguió su camino hacia Alejandría donde Marco Antonio, en el curso de una espectacular ceremonia, la erigió como «Reina de Reyes» y entronizó a Cesarión, el hijo de Cleopatra y César, que ahora ya tenía trece años, como cofaraón. Los tres hijos de la reina y de Marco Antonio, por su parte, ocuparían los tronos de Armenia, Finike y Cirene. En Roma, esta manera de actuar oriental pareció antirromana, poco masculina y poco acertada. Marco Antonio intentó justificar sus desenfrenos orientales con el único escrito que se le conoce, titulado «De sus borracheras», y le escribió a Octavio: «¿Qué te ha cambiado? ¿Qué me esté follando a la reina? ¿Acaso importa dónde o a quién le mete uno la polla?». Importaba. A Cleopatra se la tenía por «un monstruo mortal», y el poder de Octavio se iba reforzando a medida que su asociación con Marco Antonio se iba desintegrando. En el año 32 a. C., el Senado revocó el *imperium* de Marco Antonio y, acto seguido, Octavio le declaró la guerra a Cleopatra. Los dos bandos se enfrentaron en Grecia: Marco Antonio reunió su ejército y Cleopatra su flota egipcia y fenicia. Se trataba de una guerra por el mundo.<sup>[2]</sup>

## AUGUSTO Y HERODES

Herodes debía apoyar al vencedor. Se ofreció a unirse a Marco Antonio en Grecia, pero éste, en cambio, le ordenó lanzar un ataque contra los árabes nabateos, en lo que hoy es Jordania. Al regreso de Herodes, Marco Antonio y Octavio se enfrentaban en Actium. Marco Agripa, el comandante de Octavio, superaba con gran diferencia a Antonio, la batalla naval fue una debacle, y Marco Antonio y Cleopatra huyeron a Egipto. ¿Destruiría también Octavio al rey judío de Marco Antonio?

Herodes se preparó una vez más para la muerte, dejó a su hermano Feroras a cargo del gobierno y, para mayor seguridad, ahorcó al viejo Hircano. Instaló a su madre y a su hermana en Masada mientras Mariana y Alejandra permanecían bajo vigilancia en Alejandrión, otra fortaleza de montaña. Después de ordenar por segunda vez que si le ocurría cualquier cosa a él Mariana debía morir, zarpó hacia la reunión más importante de su vida.

Octavio lo recibió en Rodas donde Herodes manejó la reunión con habilidad y franqueza. Con gran humildad, depositó su diadema a los pies de Octavio y, en lugar de repudiar su amistad con Marco Antonio, le pidió a Octavio que no tuviera en cuenta *de quién* había sido amigo sino que, más bien, tuviese en cuenta «*qué clase de amigo soy*». Octavio le devolvió la corona, Herodes regresó triunfal a Jerusalén y a continuación siguió a Octavio a Egipto, llegando a Alejandría justo después del suicidio de Marco Antonio y Cleopatra, él dejándose caer sobre su espada, ella

dejándose morder por una serpiente.

Octavio se erigió ahora en el primer emperador romano, y adoptó el nombre «Augusto». De apenas treinta y tres años, este gestor puntilloso, delicado, hipercrítico y nada emocional se convirtió en el protector más leal de Herodes. Es más, el emperador y su lugarteniente, prácticamente su socio de poder, el espontáneo Marco Agripa, trabaron una amistad tan estrecha con Herodes que, en palabras de Josefo, «César sólo prefería estar con Herodes, además de Agripa, y nadie era mejor amigo de Agripa que Herodes, aparte de César».

Augusto amplió el reino de Herodes incorporando territorios que hoy forman parte de Israel, Jordania, Siria y Líbano. Herodes, un gestor competente, hizo gala de una fría eficacia cuando la hambruna asoló su reino: vendió su propio oro e importó grano egipcio, salvando así a los judíos de la muerte por inanición. Presidió una corte medio griega, medio judía, servida por bellos eunucos y concubinas. Buena parte de su séquito había sido heredado de Cleopatra. Su secretario, Nicolás de Damasco, había sido el tutor de los hijos de Cleopatra,<sup>[\*3]</sup> y su guardia personal de cuatrocientos gálatas, también lo había sido de la reina; se los había regalado Augusto, y Herodes los incorporó a su propia guardia de soldados germanos y tracios. Estos rubios bárbaros se ocupaban de las torturas y asesinatos de su muy cosmopolita rey: «Herodes era de ascendencia fenicia, helenizado de cultura, idumeo de nacimiento, judío de religión, jerosolimitano por residencia y romano de nacionalidad».

En Jerusalén, él y Mariana instalaron su residencia en la fortaleza Antonia. En la capital del reino, Herodes era un rey judío que leía el Deuteronomio cada siete años en el Templo y que nombraba al sumo sacerdote, cuya túnica conservaba en la fortaleza Antonia. Sin embargo, fuera de Jerusalén, se transformaba en un munificente monarca griego cuyas nuevas ciudades paganas, principalmente Cesarea en la costa y Sebastia (la versión griega de «Augustus») en Samaria, constituían opulentos complejos de templos, hipódromos y palacios. Llegó incluso a construir en Jerusalén un teatro al estilo griego y un hipódromo en el que presentó sus Juegos Actos en conmemoración de la victoria de Augusto, un espectáculo pagano que dio pie a una conspiración judía y cuyos implicados fueron ejecutados. Su amada esposa, sin embargo, no celebró su triunfo. La corte había sido envenenada por las luchas entre las princesas macabeas y herodianas.<sup>[3]</sup>

## MARIANA Y HERODES: AMOR Y ODIO

Durante la nueva ausencia de Herodes, Mariana, una vez más, había seducido a su guardián y logrado que le revelara los macabros planes que su marido tenía para ella si acaso él no regresaba. Herodes la encontraba personalmente irresistible, aunque políticamente tóxica: ella le acusó sin vacilar de haber asesinado a su hermano. En



algunas ocasiones, lo humillaba ante toda la corte dejando claro que ella le negaba el sexo; en otras, se reconciliaban apasionadamente. Era la madre de sus dos hijos, pese a lo cual, también planeaba su destrucción. Le gustaba ridiculizar la vulgaridad de la hermana de Herodes, Salomé. Herodes estaba «dividido entre el odio y el amor», y su obsesión era más apasionada porque se entretecía con su otro gran amor: el poder.

Su hermana Salomé achacaba el poder que Mariana tenía sobre Herodes a la hechicería, y le presentó pruebas de que la macabea le había seducido gracias a un filtro de amor. Los eunucos de Mariana fueron sometidos a torturas hasta que confesaron la culpa de la reina. El guardián de Mariana durante la ausencia del rey fue ejecutado y la propia Mariana encarcelada en la fortaleza Antonia a la espera de ser sometida a juicio. Salomé sostuvo el ritmo de revelaciones decidida a lograr la muerte de la reina macabea.

Mariana fue condenada a muerte, momento en el cual, Alejandra, su madre, la denunció esperando así salvar su propio cuello. El pueblo reaccionó y le dedicó un sonoro abucheo. En el recorrido hasta el cadalso, Mariana se comportó con una impresionante «grandeza de espíritu», afirmando que era una vergüenza que su madre se expusiera de ese modo. Mariana, tal vez ejecutada al garrote vil, murió como una auténtica macabea, «sin que le cambiara el color del rostro», y exhibiendo una gracia que «revelaba su noble ascendencia a todos los espectadores». Herodes, desquiciado por el dolor, llegó hasta el punto de creer que el amor que sentía por Mariana era una venganza de los dioses para destruirle. La buscó a gritos por palacio, ordenó a sus sirvientes que la encontraran e intentó distraerse organizando banquetes. Sin embargo, en estas fiestas, Herodes acababa siempre rompiendo a llorar por Mariana. Cayó enfermo y el cuerpo se le cubrió de forúnculos, momento que eligió Alejandra para llevar a cabo un último intento de hacerse con el poder. Herodes ordenó ejecutar a su suegra y a cuatro de sus más íntimos amigos quienes, tal vez, habían sido también amigos de la encantadora reina. Nunca se recuperó del todo de la pérdida de Mariana, una maldición que regresaría y destruiría otra generación. El Talmud afirmaría más tarde que Herodes conservó el cuerpo de Mariana en miel, y es posible que fuera cierto, puesto que era apropiadamente dulce, y adecuadamente macabro.

Al poco tiempo de la muerte de Mariana, Herodes empezó a trabajar en su obra maestra: Jerusalén. El palacio macabeo frente al Templo no era lo bastante majestuoso para él: sin duda el fantasma de Mariana debía de andar rondando la fortaleza Antonia. En el año 23 a. C. amplió las fortificaciones occidentales de la ciudad construyendo una nueva ciudadela y un complejo palaciego, una Jerusalén en el interior de Jerusalén. Rodeado por una muralla de quince metros de altura, el complejo poseía tres torres que recibieron un sentimental nombre; la más alta, la torre Hípico (nombrada en honor de un joven amigo muerto en combate), de cuarenta metros de alto, y una base cuadrada de cuatro metros de lado; la torre Fasael

(nombrada por su hermano muerto) y la torre Mariana.<sup>[\*4]</sup> Si la Antonia dominaba el Templo, ahora esta nueva fortaleza gobernaba la ciudad.

Herodes edificó su palacio al sur de la ciudadela, una residencia de lujo que contenía dos suntuosos apartamentos que llevaban el nombre de sus protectores, Augusto y Agripa, con paredes de mármol, vigas de madera de cedro, elaborados mosaicos, y decoraciones en oro y plata. Alrededor del palacio se construyeron patios, pórticos y columnatas, y jardines cubiertos de césped, frondosos bosquecillos, canales que nacían de cascadas, y palomares (Herodes se comunicaba con sus provincias por medio de palomas mensajeras) rodeaban el complejo. Todo ello financiado con toda probabilidad por su inmensa fortuna: al fin y al cabo, después del emperador, era el hombre más rico del Mediterráneo.<sup>[\*5]</sup> El ajetreo de su palacio, desde donde se oían las trompetas del Templo y el distante bullicio de la ciudad, debía de verse pacificado por el piar de los pájaros y el tintineo del agua de las fuentes.

Su corte, no obstante, era cualquier cosa menos tranquila. Sus hermanos eran unos intrigantes despiadados: a su hermana Salomé se la considera un monstruo sin igual, y, al parecer, las mujeres de su propio harén eran todas igual de ambiciosas y paranoicas que el propio rey. Los gustos sexuales de Herodes complicaban la política; era, escribiría Josefo, «un hombre de apetitos». Antes de Mariana, había contraído matrimonio con Doris; y después de Mariana, se casaría con otras ocho esposas, bellezas elegidas por amor o por lujuria, pero nunca más por su linaje. Además de su harén de más de quinientas mujeres, sus gustos griegos incluían también a los pajes y a los eunucos a su servicio. Sus hijos, a quienes por una parte mimaba, y por la otra, no hacía gran caso, aumentaban en número, cada uno de ellos respaldado por una madre sedienta de poder, y se convirtieron en las crías del diablo. Incluso el maestro en el arte de maniobrar las cuerdas de las marionetas tuvo problemas para gestionar todo ese odio y celos. Aun así, la corte no le distrajo de su proyecto más querido. Sabiendo que el prestigio de Jerusalén estaba ligado al suyo propio, Herodes decidió igualar a Salomón.<sup>[4]</sup>

## HERODES: EL TEMPLO

Herodes hizo demoler el segundo Templo y construyó en su lugar una de las maravillas del mundo. Los judíos temían que, tras destruir el antiguo Templo, nunca terminara el nuevo, así que el rey convocó una reunión de ciudadanos para convencerles, y preparó de antemano todos y cada uno de los detalles. Mil sacerdotes fueron formados como constructores. Se talaron bosques de cedros del Líbano, cuyos troncos fueron transportados en balsas a lo largo de la costa. En las canteras cercanas a Jerusalén, se marcaron y cortaron los grandes sillares de reluciente piedra caliza

amarilla, casi blanca, unas gigantescas piedras que se cargaron en mil vagones. En los túneles a lo largo del monte del Templo, hay una piedra de casi trece metros de longitud que pesa quinientas toneladas.<sup>[\*6]</sup> Ningún escándalo, ningún martillazo había contaminado el Templo de Salomón, así que Herodes se aseguró de que todo llegara preparado de otro lugar y pudiera colocarse en su sitio en silencio. El Santo de los santos quedó acabado en dos años, pero el complejo en su totalidad no quedaría acabado hasta pasados ochenta años.

Herodes cavó hasta encontrar la piedra fundacional y construyó a partir de ahí, por lo tanto, lo más probable es que destruyera los restos de los templos de Salomón y de Zorobabel. Aunque limitado en el este por el escarpado valle de Kidron, amplió la explanada del monte del Templo hacia el sur rellenando el espacio con una subestructura sostenida por 88 pilares y doce arcos abovedados, ahora llamados establos de Salomón, para crear una plataforma de más de doce mil metros cuadrados de superficie, el doble de la del foro romano. En la actualidad, es fácil observar la junta en la muralla oriental, visible a treinta metros desde el rincón suroccidental de la ciudad, con los sillares de Herodes a la izquierda y las piedras macabeas, más pequeñas, a la derecha.

El tamaño de los patios del Templo iba disminuyendo a medida que se acercaban a una mayor santidad. Tanto gentiles como judíos podían entrar en el inmenso patio de los gentiles, pero un muro rodeaba el patio de las mujeres, con esta inscripción de advertencia:

¡EXTRANJERO! NO CRUCES ESTA VERJA  
Y NO ENTRES EN ESTE RECINTO.  
AQUEL QUE SEA CAPTURADO  
TAN SÓLO PODRÁ CULPARSE A SÍ MISMO  
DE LA MUERTE QUE SEGUIRÁ.

Cincuenta escalones conducían a una puerta que se abría al patio de Israel, accesible a cualquier varón judío y que llevaba al exclusivo patio de los Sacerdotes. Dentro se alzaba el santuario, el Hekhal, en cuyo interior se encontraba el Santo de los santos, que descansaba sobre la roca en la que, según la tradición, Abraham había estado a punto de sacrificar a su hijo Isaac, y donde David había construido su altar. En aquel lugar, los sacrificios se llevaban a cabo sobre el altar de los Holocaustos, orientado al patio de las mujeres y al monte de los Olivos.

Desde la fortaleza Antonia de Herodes, que velaba por el monte del Templo desde el norte, Herodes construyó su propio túnel secreto de acceso. Desde el sur, se llegaba al Templo por unas escaleras monumentales que cruzaban las puertas Doble y Triple y por pasos subterráneos decorados con palomas y flores y que llevaban a su interior.

Por el oeste, un puente monumental, que también hacía las veces de acueducto transportando el agua hasta unas inmensas cisternas ocultas, cruzaba el valle y se internaba en el Templo. En su muralla oriental se alzaba la Puerta de Shushan, utilizada exclusivamente por el sumo sacerdote para dirigirse al monte de los Olivos a santificar la luna llena, o para sacrificar la víctima más rara y sagrada, la vaca roja sin ningún defecto ni imperfección.<sup>[\*7]</sup>

Pórticos de columnas bordeaban los cuatro lados, el mayor de ellos, el Pórtico Real, una amplia basílica que dominaba toda la montaña. Alrededor de setenta mil personas vivían en la ciudad de Herodes, aunque con ocasión del gran festival, cientos de miles llegaron en peregrinación. Igual que cualquier otro ajetreado santuario, incluso en la actualidad, el Templo necesitaba un lugar de reunión para que los amigos pudieran encontrarse y en el que se pudieran organizar los rituales. Este lugar era el Pórtico Real. A su llegada, los visitantes podían realizar sus compras en la dinámica calle comercial que circulaba bajo los arcos monumentales a lo largo de las murallas occidentales. Cuando llegaba el momento de visitar el Templo, los peregrinos tomaban su baño purificador en las numerosas piscinas rituales, los *mikvahs*, que se han encontrado alrededor de las entradas del sur, y antes de la hora de la oración, subían las monumentales escaleras que conducían al Pórtico Real desde donde podían admirar las vistas de la ciudad.

En el extremo sureste, las altas murallas y el acantilado del valle de Kidron creaban una cima cortada a pico, el Pináculo, el lugar en el que, según los evangelios, el diablo tentó a Jesús. En el extremo suroeste, frente a la próspera parte alta de la ciudad, los viernes por la noche los sacerdotes anunciaban el inicio del Sabbat y de las celebraciones haciendo sonar las trompetas, un sonido que sin duda resonaría por los desolados desfiladeros. Una piedra, arrojada al fondo por Tito en el año 70 d. C., proclama «el lugar del bramido de las trompetas».

El diseño del Templo, supervisado por el rey y por sus anónimos arquitectos (se ha encontrado un osario con la siguiente inscripción: «Simón, constructor del Templo»), indicaba una brillante comprensión del espacio y del sentido teatral. Deslumbrante e impresionante, el Templo de Herodes, además de provocar la veneración, estaba «todo cubierto por unas planchas de oro muy pesadas, y después de salido el sol relucía con un resplandor como de fuego», tan brillante que los visitantes se veían obligados a desviar la mirada. Al llegar a Jerusalén desde el monte de los Olivos, «se alzaba como una montaña cubierta de nieve». Ése fue el Templo que conoció Jesús y que Tito destruyó. La explanada de Herodes sobrevive en la actualidad como el Haram al-Sharif islámico, la Explanada de las Mezquitas, sostenida en tres de sus lados por los sillares de Herodes que todavía hoy siguen brillando, en especial en la muralla occidental, el Muro de las Lamentaciones tan reverenciado por los judíos.

Una vez terminados el Santuario y la explanada (se dijo que no llovía durante el día y así las obras no se retrasaron), Herodes, que al no ser sacerdote no podía acceder al Santo de los santos, celebró la ocasión sacrificando trescientos bueyes.<sup>[5]</sup> Había alcanzado su apogeo, pero esta grandeza innegable iba a ser cuestionada por sus propios hijos cuando los crímenes del pasado regresaron para hostigar a los herederos del futuro.

## LOS PRÍNCIPES DE HERODES: LA TRAGEDIA FAMILIAR

Herodes tenía ahora al menos doce hijos de sus diez esposas y parecía haberse desentendido de casi todos ellos salvo de dos, los que había tenido con Mariana, Alejandro y Aristóbulo, sus sucesores medio macabeos y medio herodianos, a quienes envió a Roma donde el propio Augusto supervisó su educación. Pasados cinco años, Herodes hizo regresar a Judea a los dos príncipes para que se casaran: Alejandro con la hija del rey de Capadocia y Aristóbulo con la sobrina de Herodes.<sup>[\*8]</sup>

En el año 15 a. C., Marco Agripa, acompañado por su nueva esposa Julia, la hija ninfómana de Augusto, llegó para inspeccionar la Jerusalén de Herodes. Agripa, el socio de Augusto y vencedor de la batalla de Actium, ya era amigo de Herodes, quien, orgulloso, le enseñó Jerusalén. Agripa se alojó en las estancias que llevaban su nombre en la ciudadela, y allí celebró banquetes en honor de Herodes. Augusto ya había pagado por un sacrificio diario a Yavé en el templo, pero ahora Agripa sacrificó cien bueyes. Consiguió comportarse con tanto tacto que incluso los judíos más quisquillosos le hicieron el honor de colocar hojas de palma en el suelo en su camino y los miembros de la familia de Herodes le dieron su nombre a sus hijos. Más tarde, Herodes y Marco Agripa viajaron por Grecia con sus respectivas flotas. Cuando los judíos locales le presentaron sus quejas por la represión que sufrían a manos de los griegos, Agripa apoyó los derechos de los judíos, un gesto que Herodes agradeció y los dos se abrazaron como iguales.<sup>[6]</sup> Sin embargo, al regreso de su excursión junto al potentado romano, Herodes se vio desafiado por sus propios hijos.

Los príncipes Alejandro y Aristóbulo, cuya educación romana había refinado, habían heredado el físico y la arrogancia de sus dos progenitores, y no tardaron en culpar a su padre por el destino de su madre. Igual que ella, manifestaron su desdén por los orígenes mestizos de la familia de Herodes. Alejandro, casado con la hija de un rey, se mostró especialmente desdeñoso y ambos se burlaron de la esposa herodiana de Aristóbulo, insultando así a la madre de ésta, su peligrosa tía Salomé. Anunciaron asimismo que cuando fueran reyes, enviarían a las esposas de Herodes a trabajar junto a los esclavos, y que utilizarían al resto de sus hijos como escribas.

Salomé informó de todo esto a Herodes, a quien, indignado por la ingratitud de

sus hijos, se le activaron todas las alarmas ante la actitud de esos principitos mimados. Durante mucho tiempo se había desentendido de su hijo mayor con su primera esposa Doris, Antípater, pero ahora, en el año 13 a. C., Herodes se acordó de él y le pidió a Agripa que se lo llevara a Roma, y también un documento sellado dirigido al emperador: se trataba de su testamento, en el que desheredaba a sus dos hijos y le legaba el reino a Antípater. Ahora bien, su nuevo heredero, que tendría unos veinticinco años de edad, amargado por la falta de atención de su padre y la envidia hacia sus hermanos, se dedicó junto a su madre a conspirar para destruir a los príncipes desheredados a quienes acusaron de traición.

Herodes le pidió a Augusto, que en aquel momento se encontraba en Aquilea, en el Adriático, que juzgara a los dos príncipes. Augusto reconcilió al padre con sus dos hijos, a resultas de lo cual, Herodes zarpó de regreso a Judea y, a su llegada, convocó a la corte en el Templo y anunció que sus tres hijos compartirían el reino. Doris, Antípater y Salomé emprendieron entonces la tarea de deshacer esa reconciliación a fin de lograr sus propios objetivos. Sin duda la arrogancia de los jóvenes contribuyó a ello: el príncipe Alejandro explicaba a quien le quisiera escuchar que Herodes se teñía el pelo para parecer más joven, y confesó que él, cuando salían a cazar, fallaba el tiro deliberadamente para que su padre se sintiera mejor. También sedujo a tres de los eunucos del rey, accediendo de este modo a los secretos de su padre. Herodes hizo detener y torturar a los sirvientes de Alejandro hasta que uno de ellos confesó que su señor planeaba asesinar al rey en el transcurso de una cacería. El suegro de Alejandro, el rey de Capadocia, que en aquel momento estaba visitando a su hija, consiguió reconciliar de nuevo a padre e hijo, y Herodes le expresó su gratitud regalándole al capadocio un regalo muy al estilo de la casa: una cortesana que llevaba el glorioso nombre de Pannychis, «Toda la Noche».

La paz duró poco: la tortura de los sirvientes condujo al hallazgo de una carta escrita por Alejandro y dirigida al comandante de la fortaleza de Alejandría que decía: «Cuando hayamos logrado todos nuestros objetivos, vendremos a ti». Herodes soñó que Alejandro empuñaba una daga contra él, una pesadilla tan real que hizo detener a los dos jóvenes, quienes reconocieron que estaban planeando darse a la fuga. Herodes se vio obligado a consultar a Augusto, que ya empezaba a cansarse de los excesos de su viejo amigo, aunque el emperador tampoco era ajeno a hijos desobedientes y sucesiones enrevesadas. Augusto decretó que si los jóvenes habían conspirado en contra de Herodes, éste tenía todo el derecho de castigarlos.

El juicio se celebró en Berytus (Beirut), fuera de los límites de la jurisdicción formal de Herodes y, por lo tanto, un lugar supuestamente neutral. Los jóvenes fueron condenados a muerte, la sentencia que deseaba Herodes; un desenlace, desde luego, nada sorprendente puesto que el rey había financiado con gran generosidad el embellecimiento de la ciudad. Los consejeros de Herodes le recomendaron

clemencia, pero cuando uno de ellos insinuó que los jóvenes estaban sobornando al ejército, Herodes liquidó a trescientos oficiales. Los príncipes fueron trasladados a Judea y ejecutados con el garrote vil. Se había cerrado el círculo de la tragedia de su madre, Mariana, la maldición de los macabeos. A Augusto no le hizo ninguna gracia. Sabiendo que los judíos no comían cerdo, comentó secamente: «Preferiría ser el cerdo de Herodes que su hijo». Acababa de dar comienzo la gran pantomima de la decadencia de Herodes el Grande.

## HERODES: LA PUTREFACCIÓN VIVIENTE

El rey tenía ya sesenta años, sufría achaques y estaba paranoico. Antípater era su único heredero, aunque tenía muchos otros hijos disponibles para heredar su reino. Por ese motivo, Salomé, la hermana de Herodes, empezó a conspirar contra él; descubrió a un sirviente que afirmaba que Antípater planeaba envenenar a Herodes con una misteriosa droga. Antípater, que se hallaba en Roma reunido con Augusto, regresó precipitadamente y cabalgó a toda velocidad hasta Jerusalén donde fue detenido antes de poder ver a su padre. Durante su juicio, le administraron la droga sospechosa a un preso, que cayó muerto. Más torturas revelaron que una esclava judía propiedad de la emperatriz Livia, la esposa de Augusto y ella misma una experta en venenos, había falsificado unas cartas con las que pretendían incriminar a Salomé antes de que ésta pudiera descubrir la conspiración de Antípater.

Herodes le envió las pruebas a Augusto y redactó su tercer testamento en el que le dejaba el reino a otro de sus hijos, Antipas, aquel Herodes que más tarde se cruzaría en el camino de Juan el Bautista y de Jesús. La enfermedad de Herodes alteraba su capacidad de juicio y debilitaba el férreo control que ejercía sobre la oposición judía. Hizo instalar un águila dorada sobre la gran puerta del Templo. Algunos estudiantes se encaramaron al tejado, bajaron por una cuerda haciendo *rappel* frente al patio abarrotado de gente y retiraron el águila. Las tropas de la fortaleza Antonia se precipitaron al interior del Templo, los detuvieron y los llevaron ante Herodes, que yacía enfermo en su lecho. Ante el rey, los estudiantes insistieron en que estaban obedeciendo a la Torá. Los culpables fueron quemados vivos.

Herodes se derrumbó. Padecía una horrible y atroz putrefacción: comenzó en forma de un picor que le cubrió todo el cuerpo acompañado por una sensación de quemazón en los intestinos; los pies y el vientre se le hincharon, y la enfermedad se complicó con una ulceración del colon. Su cuerpo empezó a supurar un fluido translúcido, apenas podía respirar, emanaba un hedor insoportable y ponzoñoso, y los genitales se le hincharon hasta un punto grotesco, hasta que el pene y el escroto reventaron en una gangrena supurante de la que después nació una masa de gusanos.

El rey que se pudría imaginó que su salud mejoraría en el cálido ambiente de su

palacio de Jericó. Sin embargo, su sufrimiento se intensificó y se hizo llevar a los baños sulfurosos de Calíroo que todavía existen en el mar Muerto, pero el azufre no hizo sino agravar su dolor.<sup>[\*9]</sup> Le aplicaron un tratamiento con aceite caliente y se desmayó. Entonces fue llevado a Jericó donde ordenó convocar a la élite del Templo de Jerusalén a la que encerró en el hipódromo. No parece probable que tuviera la intención de ejecutarlos a todos, sino que parece más bien que quisiera abordar la cuestión de la sucesión con delicadeza, manteniendo bajo custodia a todos los notables problemáticos.

Alrededor de la misma época, nacía un niño llamado Josué ben José, o (en arameo). Jesús, hijo de un carpintero, José, y de su adolescente prometida María (Mariamna en hebreo), residentes en Nazaret, en Galilea. No eran más ricos que cualquier otro campesino, pero se dijo que descendían de la antigua casa de David. Viajaron hasta Belén donde nació un niño, Jesús, «que será el Pastor de mi pueblo, Israel». Después de ser circuncidado en el octavo día, según san Lucas, «llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor» y ofrecer el tradicional sacrificio en el Templo. Una familia próspera solía sacrificar una cabra o incluso una vaca, pero José sólo se podía permitir un par de tórtolas o de pichones de paloma.

El Evangelio según san Mateo explica que Herodes, mientras yacía moribundo en su lecho, ordenó a sus tropas que liquidaran a este niño davídico matando a todos los recién nacidos, pero que José se refugió en Egipto hasta enterarse de la muerte de Herodes. Es indudable que circulaban numerosos rumores mesiánicos, y es muy posible que Herodes temiera un pretendiente al trono del linaje de la casa de David, pero no existe ninguna prueba que demuestre que el rey había oído hablar de Jesús, ni tampoco de que ordenara una matanza de inocentes. No deja de ser irónico que a este monstruo se le recuerde sobre todo por el único crimen que no cometió. En cuanto al niño de Nazaret, no se vuelve a oír hablar de él hasta pasados unos treinta años.<sup>[\*10]</sup>

## ARQUELAO: MESÍAS Y MATANZAS

El emperador Augusto le envió su respuesta a Herodes: había ordenado azotar hasta la muerte a la esclava de Livia, y Herodes tenía permiso para castigar a Antípater. Herodes, mientras tanto, sufría tal tormento que cogió una daga para intentar suicidarse. El escándalo convenció a Antípater, encerrado en una celda cercana, de que el viejo tirano estaba muerto. Eufórico, llamó a su carcelero y le ordenó que abriera la puerta de la celda. ¿Acaso no era Antípater, por fin, el rey indudable de los judíos? El carcelero, que también había oído los gritos, se precipitó a la corte y descubrió que Herodes no había muerto, sólo había perdido la razón. Sus sirvientes habían logrado quitarle la daga. El carcelero le informó de la traición de Antípater y la carcasa viviente cubierta de pústulas que era el rey se golpeó la cabeza,



se puso a aullar y ordenó a sus guardias que mataran de inmediato al odiado hijo, tras lo cual, redactó un nuevo testamento en el que dividía su reino entre sus tres hijos adolescentes y le concedía a Arquelao Jerusalén y Judea.

Cinco días más tarde, en el mes de marzo del año 4 a. C., tras un reinado de treinta y siete años, moría Herodes el Grande, el que había sobrevivido a «diez mil peligros». El joven Arquelao, de dieciocho años, bailó, cantó y celebró como si fuera un enemigo, y no su padre, el que había muerto, una actitud que ni siquiera sorprendió a la grotesca familia de Herodes. El cuerpo del rey, tocado con la corona y sujetando el cetro, fue transportado en un catafalco envuelto en telas rojas y adornado con joyas de oro que desfiló en una cabalgata encabezada por Arquelao, seguido por los guardias germánicos y tracios y quinientos sirvientes llevando especias (sin duda emanando un perfume, cuando menos, picante) en un recorrido de casi cuarenta kilómetros hasta la fortaleza de Herodión, en las montañas. Allí Herodes fue enterrado en una tumba<sup>[\*11]</sup> que se perdió durante dos mil años.<sup>[7]</sup>

Arquelao regresó para asegurarse Jerusalén y ascendió al trono de oro en el Templo, desde donde anunció su intención de moderar la severidad de su padre. La ciudad estaba llena de peregrinos llegados para celebrar la Pascua, muchos de los cuales, convencidos de que la muerte de Herodes anunciaba una liberación apocalíptica, provocaron graves disturbios en el Templo. Los guardias de Arquelao fueron lapidados. Arquelao, pese a su muy reciente promesa de suavizar las medidas represivas, envió a la caballería: tres mil personas encontraron la muerte en el Templo.

Este déspota adolescente dejó el gobierno en manos de su estable hermano Filipo y zarpó hacia Roma para que Augusto ratificara su sucesión. También su hermano menor, Antipas, se precipitó a Roma, con la esperanza de poder hacerse él con el reino. Tan pronto como Arquelao se hubo marchado, el representante local de Augusto, Sabino, saqueó el palacio de Herodes en Jerusalén en busca de su fortuna oculta, lo que desencadenó más disturbios. Varo, el gobernador de Siria, acudió con sus tropas a restaurar el orden pero bandadas de galileos e idumeneos, llegados para celebrar la fiesta de Pentecostés, tomaron el control del Templo y mataron a todos los romanos que encontraron mientras Sabino, acobardado, se refugiaba en la torre Fasael.

Fuera de Jerusalén, tres rebeldes y ex esclavos, se declararon a sí mismos rey, incendiaron los palacios de Herodes y merodearon por la ciudad con una «furia salvaje». Estos reyes autoentronizados eran pseudoprofetos que demostraron que Jesús había nacido, en efecto, en una época de intensas conjeturas religiosas. Los judíos habían pasado todo el reinado de Herodes esperando en vano a este tipo de dirigentes, y ahora descubrían que tres de ellos habían llegado al mismo tiempo. Varo derrotó y mató a los tres pretendientes,<sup>[\*12]</sup> pero a partir de aquel momento, los

pseudoprofetos no dejaron de llegar a Jerusalén, y los romanos no dejaron de matarlos. Varo crucificó a dos mil rebeldes alrededor de Jerusalén, aunque no hubo ninguna matanza en el interior de la ciudad.

En Roma, Augusto, que ya tenía sesenta años, prestó oído a las disputas de los hijos de Herodes y ratificó el testamento, reservándose, sin embargo, el título de rey. Nombró a Arquelao etnarca de Judea, Samaria e Idumea, a Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea (partes de la actual Jordania) y a su hermanastro Filipo, tetrarca del resto.<sup>[\*13]</sup> Arquelao resultó ser tan vicioso, inepto y extravagante que, después de diez años, Augusto lo destituyó y lo desterró a la Galia. Judea se convirtió en una provincia romana y una serie de prefectos de baja jerarquía se encargaron de gobernar Jerusalén desde Cesarea, en la costa. Fue en ese momento cuando los romanos llevaron a cabo el censo de los contribuyentes, una humillante sumisión al poder de Roma que bastó para provocar una pequeña rebelión judía. Quizá éste fuera el censo mencionado erróneamente por Lucas como la razón por la que la familia de Jesús se desplazó hasta Belén.

Herodes Antipas gobernó Galilea durante treinta años, soñando con el reino de su padre que estuvo a punto de heredar, hasta que Juan el Bautista, un carismático nuevo profeta, apareció procedente del desierto para burlarse de él y plantarle cara.<sup>[8]</sup>

# CAPÍTULO 11

## JESUCRISTO, 10-40 D. C.

### JUAN EL BAUTISTA Y EL ZORRO DE GALILEA

Los padres de Juan, Zacarías, un sacerdote del Templo, e Isabel, vivían en el pueblo de Ein Kerem, justo en las afueras de la ciudad. Zacarías probablemente no era más que uno de los humildes sacerdotes cuyas funciones en el Templo se asignaban por turnos, muy alejado de los notables del santuario, y es posible que Juan, de niño, visitara a menudo el Templo. Aun así, había muchas maneras de ser un buen judío y él, siguiendo las recomendaciones de Isaías, «preparad en el desierto el camino del Señor», había elegido llevar una vida ascética alejado de la ciudad.

A finales de la década del 20 d. C., Juan empezó a ganarse seguidores, primero en el desierto cercano a Jerusalén, «todos se preguntaban si Juan no sería el Mesías», y más tarde algo más al norte, en la Galilea de Herodes Antipas, donde Juan tenía familia. María era prima de la madre de Juan, y al quedarse embarazada de su hijo Jesús, se alojó en casa de los padres de Juan. Cuando Jesús fue a Nazaret a escuchar a su primo predicar, Juan le bautizó en el Jordán. Los primos empezaron entonces a predicar juntos, ofreciendo la remisión de los pecados a través del bautismo, su nueva ceremonia adaptada de la tradición judía de los baños rituales en la *mikvah*. Juan, por su parte, también empezó a condenar públicamente a Herodes Antipas.

El tetrarca de Galilea llevaba una vida fastuosa y lujosa financiada por los recaudadores de impuestos, hacia quienes los judíos sentían un profundo odio. Antipas no dejaba de ejercer constantes presiones sobre el nuevo emperador romano, Tiberio, el huraño hijastro de Augusto, para que le concediera todo el reino de su padre, e incluso le dio a su capital el nombre de Livias, en honor de la viuda de Augusto, la madre de Tiberio y amiga de la familia. En el año 18 d. C., fundó una nueva ciudad en el mar de Galilea llamada Tiberíades. Jesús, igual que Juan, despreciaba a Antipas a quien consideraba un ser corrupto y promiscuo y una marioneta de los romanos: «ese zorro», le llamó Jesús.

Antipas se había casado con la hija de Aretas IV, el rey nabateo árabe, una alianza que tenía el propósito de garantizar la paz entre los vecinos judíos y árabes. Después de treinta años en su pequeño trono, Antipas, ya de mediana edad, se enamoró irremisiblemente de su sobrina Herodías, hija de Aristóbulo, el hijo ejecutado de Herodes el Grande, y ella misma casada con un hermanastro suyo. Herodías le exigió a Antipas que se divorciara de su esposa árabe y Antipas cometió la imprudencia de

aceptar. La princesa nabatea, por su parte, no se retiró pacíficamente. Juan el Bautista increpó a la adúltera pareja, calificándolos de nuevos Ajab y Jezabel, hasta que Antipas ordenó detenerlo. El profeta fue encarcelado en Maqueronte, la fortaleza de Herodes el Grande, en la otra orilla del río Jordán y a setecientos metros de altura sobre el nivel del mar Muerto, en cuyas mazmorras Juan encontró compañía puesto que allí estaba encarcelado otro célebre personaje: la esposa árabe de Antipas.

Antipas y sus cortesanos celebraron su cumpleaños con un banquete en el que también participaron Herodías y su hija Salomé, casada con el tetrarca Filipo. (Los suelos de mosaico de la sala de banquetes de la fortaleza de Maqueronte todavía están parcialmente intactos, igual que alguna de las celdas bajo el comedor). Salomé «salió a bailar, y agradó tanto a Herodes», tal vez ejecutara incluso un *striptease* de los siete velos,<sup>[\*1]</sup> danzó con tanta gracia que Herodes le dijo: «pídeme lo que quieras y te lo daré». Incitada por su madre, Salomé respondió: «la cabeza de Juan el Bautista». Unos minutos más tarde, la cabeza fue subida desde las mazmorras, transportada en una bandeja hasta el comedor, entregada a «la joven y ésta se la dio a su madre».

Jesús, al darse cuenta del peligro que corría, huyó durante un tiempo al desierto, aunque visitaba con frecuencia Jerusalén, y era el único fundador de las tres religiones abrahámicas en pasear por sus calles. La ciudad y el Templo formaban parte fundamental de la visión que tenía de sí mismo. La vida de un judío se basaba en el estudio de los profetas, la observancia de las leyes y las peregrinaciones a Jerusalén, a la que Jesús llamó «la Ciudad del gran Rey». Si bien las primeras tres décadas de la vida de Jesús nos son desconocidas, está claro que se había empapado del conocimiento de la Biblia judía y que todas sus acciones cumplían de forma meticulosa las profecías. Jesús era judío y, por lo tanto, el Templo formaba parte de su vida, y estaba obsesionado por el destino de Jerusalén. Con ocasión de la celebración de la Pascua, a los doce años, sus padres lo llevaron al Templo. Lucas explica que a la salida, Jesús se les escabulló y después de tres preocupantes días, sus padres «lo hallaron en el Templo en medio de los doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas». Cuando el diablo lo tentó, «lo puso en la parte más alta del Templo». Mientras se descubría a sí mismo ante sus seguidores, insistía en que su propio destino debía sellarse en Jerusalén: «Desde aquel día, Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho... ser condenado a muerte y resucitar al tercer día». Jerusalén, no obstante, pagaría por ello: «Cuando veáis a Jerusalén sitiada por los ejércitos, sabed que su ruina está próxima... y Jerusalén será pisoteada por los paganos, hasta que el tiempo de los paganos llegue a su cumplimiento».

Secundado por los doce apóstoles (entre ellos su hermano Santiago), Jesús reapareció en Galilea, su tierra natal, trasladándose hacia el sur mientras predicaba lo que él llamaba «la buena nueva» en su personal estilo casero, y aunque a menudo

utilizaba parábolas, el mensaje era directo y dramático: «Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos está cerca». Jesús no dejó ningún escrito y sus enseñanzas han sido analizadas hasta la saciedad, pero los cuatro evangelios revelan que la esencia de su doctrina consiste en sus advertencias sobre la inminencia del Apocalipsis: el día del Juicio Final y el reino de los cielos.

Se trataba de una visión aterradora y radical en la que el propio Jesús desempeñaría un papel protagonista, el del místico y semimesiánico Hijo del Hombre, una frase tomada de Isaías y de Daniel:

*El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y éstos quitarán de su Reino todos los escándalos y a los que hicieron el mal, y los arrojarán en el horno ardiente: allí habrá llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre.*

Vaticinó la destrucción de todos los vínculos humanos:

*El hermano entregará a su hermano para que sea condenado a muerte, y el padre a su hijo; los hijos se rebelarán contra sus padres y los harán morir... No penséis que he venido a traer la paz sobre la tierra. No vine a traer la paz, sino la espada.*

No era ésta una revolución social o nacionalista: a Jesús le preocupaba sobre todo el mundo que seguiría a los Últimos Días; predicaba la justicia social no tanto en este mundo como en el próximo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Los recaudadores de impuestos y las ramera entraban en el reino de los cielos antes que los notables y los sacerdotes. Jesús, al predicar que las viejas leyes ya no importaban, invocaba un Apocalipsis aterrador: «Deja que los muertos entierren a sus muertos». Cuando el mundo se acabe, «el Hijo del Hombre... se sentará en su trono glorioso» y todas las naciones se reunirían en su presencia para el juicio. Los criminales recibirían el «castigo eterno» y los justos, la «vida eterna».

Jesús, no obstante, se mostró prudente y permaneció, en la mayoría de los casos, dentro de los límites de la ley judía. De hecho, en todas sus enseñanzas insistía siempre en que él no hacía más que cumplir las profecías bíblicas: «No piensen que vine para abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento». La férrea adhesión a la ley judía no bastaba: «si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos». Aun así, no cometió el error de desafiar directamente al emperador romano, ni siquiera a Herodes. Aunque el Apocalipsis dominaba su discurso, él ofrecía una prueba más explícita de su santidad: era un sanador, curaba a los lisiados y resucitaba a los

muertos y «una gran multitud se reunió junto a él».

Según san Juan, antes de su última visita, Jesús visitó Jerusalén al menos tres veces con ocasión de la Pascua y de otras celebraciones, y en dos de estas ocasiones, salió con vida por los pelos. Durante Tabernáculos, mientras predicaba en el Templo, hubo quien le aclamó como profeta y otros como Cristo, aunque los jerosolimitanos más pedantes y despectivos se mofaron de él: «¿Acaso el Mesías vendrá de Galilea?». En el transcurso de sus debates con las autoridades, la multitud cuestionó sus palabras. «Entonces tomaron piedras para apedrearlo, pero Jesús se escondió y salió del Templo». Regresó más tarde para la celebración de Hannukah, la fiesta de las luces, y entonces declaró: «El Padre y yo somos una sola cosa... Los judíos tomaron piedras para apedrearlo... pero él se les escapó de las manos». Jesús sabía el peligro que corría al visitar Jerusalén.

Mientras tanto en Galilea, la esposa repudiada de Antipas había logrado escapar de las mazmorras de Maqueronte y se refugió en la corte de su padre, Aretas IV, el próspero rey de Nabatea, el constructor del impresionante santuario de Khazné y de la tumba real en «rojo-rosa» de Petra. Furioso por el insulto de que había sido objeto su hija, Aretas invadió el principado de Antipas. Herodías había sido primero la causa de la muerte de un profeta, y lo era ahora también del inicio de una guerra entre árabes y judíos de la que Antipas salió derrotado. Los aliados de Roma no tenían permitido declarar guerras privadas: el emperador Tiberio, instalado en Capri en una depravación cada vez más senil, aunque irritado por la insensatez de Antipas, le prestó su apoyo.

Fue entonces cuando Herodes Antipas oyó hablar de Jesús. La gente se preguntaba quién era. Algunos le creían «Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas»; su discípulo Pedro, por su parte, creía que se trataba del Mesías. Jesús gozaba de una especial popularidad entre las mujeres, algunas de ellas miembros del clan de Herodes: la esposa del mayordomo de palacio era una de sus seguidoras. Herodes supo que Jesús estaba relacionado con el Bautista: «Este hombre es Juan, a quien yo mandé decapitar y que ha resucitado». Amenazó con detener a Jesús, pero resulta significativo que algunos admiradores fariseos de Jesús le advirtieran: «Aléjate de aquí, porque Herodes quiere matarte».

En lugar de marcharse, Jesús le plantó cara a Herodes: «Id y decidle a ese zorro» que él seguiría sanando enfermos y predicando durante dos días, y que al tercero visitaría el único lugar en el que se podía cumplir el destino de un judío Hijo del Hombre: «porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén». Su poético y sublime mensaje al hijo del rey que había construido el Templo está impregnado del amor que sentía Jesús por la ciudad condenada: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste! Por eso, a

vosotros la casa os quedará vacía».<sup>[1]</sup>

## JESÚS DE NAZARET: TRES DÍAS EN JERUSALÉN

Jesús y Herodes Antipas llegaron a Jerusalén casi al mismo tiempo, en la Pascua del año 33 d. C.<sup>[\*2]</sup> Jesús encabezaba una procesión a Betania, en el monte de los Olivos, cuya espectacular vista permitía admirar la blanca y reluciente montaña del Templo. Envió a sus apóstoles a la ciudad a buscar un asno, no uno de esos borricos nuestros de carga, sino la robusta montura de los reyes. Los evangelios, la única fuente de la que disponemos, dan cada uno de ellos versiones ligeramente diferentes de lo que ocurrió en los siguientes tres días. «Todo esto sucedió», explica Mateo, «para que se cumpliera lo que escribieron los profetas».

Según las profecías, el Mesías entraría en la ciudad a lomos de un asno, y a medida que Jesús se iba acercando, sus seguidores colocaban palmas en el suelo y le aclamaban como el «hijo de David» y el «rey de Israel». Quizá entró en la ciudad, igual que muchos otros visitantes, por la puerta sur cercana a la piscina de Siloé, y a continuación ascendió la monumental escalera del Arco de Robinson hasta el Templo. Sus apóstoles, galileos provincianos que nunca habían visitado la ciudad, quedaron deslumbrados por la grandiosidad del Templo: «¡Maestro, mira qué piedras enormes y qué construcción!». Jesús, que había visto a menudo el Templo, respondió: «¿Veis esa gran construcción? De todo esto no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido».

Jesús manifestaba así su amor por Jerusalén, y también su decepción, pero profetizó la abominación de la desolación. Los historiadores creen que estas profecías fueron añadidas más tarde, porque los evangelios se escribieron después de la destrucción del Templo a manos de Tito. Ahora bien, Jerusalén ya había sido destruida y reconstruida antes, y Jesús no hacía sino reflejar las tradiciones populares que se oponían al Templo.<sup>[\*3]</sup> «Yo destruiré este Templo hecho por la mano del hombre, y en tres días volveré a construir otro que no será hecho por la mano del hombre», añadió, repitiendo las palabras del profeta que le inspiró, Isaías. Ambos vieron, más allá de la ciudad terrenal, una Jerusalén divina que tendría el poder de convulsionar al mundo, y aun así, Jesús prometió reconstruir él mismo el Templo en tres días, tal vez demostrando de este modo que era la corrupción, y no la Santa Casa en sí misma, lo que combatía.

Durante el día, Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos en la piscina de Bethesda, justo al norte del Templo, o en la de Siloé, al sur, ambas siempre abarrotadas de peregrinos judíos que iban a purificarse antes de entrar en el Templo. Por la noche regresaba a casa de sus amigos en Betania. El lunes por la mañana, entró una vez más en la ciudad, pero esta vez lo hizo cruzando el Pórtico Real del Templo.

En la semana de Pascua, la población de Jerusalén alcanzaba su cota máxima y la ciudad se hacía peligrosa. El poder se fundamentaba en el dinero, en el rango y las conexiones con Roma. Los judíos, sin embargo, no compartían la adoración de los romanos por el dinero y las hazañas bélicas. En Jerusalén, el respeto se basaba en la familia (los magnates del Templo y los príncipes herodianos de bajo rango), en la erudición (los maestros fariseos) y en el comodín de la inspiración divina. En la parte alta de la ciudad, al otro lado del valle desde el Templo, los notables vivían en mansiones de estilo grecorromano con características judías: el edificio que se ha dado en llamar «residencia palaciega» hallado en una excavación de ese lugar tiene *mikvahs* y unas salas de recepción espaciosa. También en la zona alta se alzaban los palacios de Antipas y del sumo sacerdote José Caifás. No obstante, la autoridad real en Jerusalén la ostentaba el prefecto, Poncio Pilato, que solía gobernar la provincia desde Cesarea, en la costa, pero que siempre acudía a la capital a supervisar la Pascua, y se alojaba en la ciudadela de Herodes.

Antipas no era el único miembro de la realeza judía que estaba en Jerusalén. Helena, la reina de Adiabene, un pequeño reino al norte de lo que hoy es Iraq,<sup>[\*4]</sup> se había convertido al judaísmo y trasladado a Jerusalén. Construyó un palacio en la Ciudad de David, donó los candelabros de oro colocados sobre la puerta de acceso al santuario del Templo y, en los años de mala cosecha, pagó alimentos. Sin duda la reina Helena también se encontraba en la ciudad con ocasión de la Pascua, tal vez luciendo joyas similares a las que se han descubierto recientemente en Jerusalén: una gran perla engarzada en oro con dos piezas colgando de ella, cada una de ellas, una esmeralda montada en oro.

Josefo calculó que unos dos millones y medio de judíos llegaron para celebrar la Pascua. Si bien se trata de una exageración, lo cierto es que judíos «de todas las naciones», desde Partia y Babilonia hasta de Creta y Libia ocupaban la ciudad. El único modo de imaginar esta multitud es observar La Meca durante el *haj*. En Pascua, cada familia tenía que sacrificar un cordero, así que la ciudad estaba abarrotada de borregos balando: se sacrificaban 255 600 corderos. Había mucho que hacer: los peregrinos debían bañarse en una *mikvah* cada vez que se acercaban al Templo, y debían además comprar sus corderos en el Pórtico Real. No todos podían alojarse en la capital. Miles de ellos lo hacían en los pueblos cercanos, igual que Jesús, o acampaban alrededor de las murallas. El olor a carne chamuscada y el intenso perfume del incienso invadían la ciudad, el bramido de las trompetas que se difundía por todas partes anunciaba oraciones y sacrificios, y toda la actividad se centraba en el Templo, bajo la preocupada mirada de los soldados romanos que vigilaban desde la fortaleza Antonia.

Jesús se dirigió a pie hacia la inmensa columnata del Pórtico Real del Templo, el bullicioso, animado y abarrotado centro de actividad de Jerusalén, donde los



peregrinos se reunían para organizar su alojamiento, reunirse con sus amigos, o cambiar su dinero por la moneda de plata tiria con la que compraban los corderos, las palomas o, los más ricos, los bueyes destinados al sacrificio. Esta zona no era todavía el Templo propiamente dicho, ni tampoco alguno de sus patios interiores, sino la sección más accesible y pública de todo el complejo, diseñada para ser utilizada como foro. Una vez en el pórtico, Jesús arremetió contra la oligarquía del Templo: «¿Pensáis acaso que es una cueva de ladrones esta Casa que es llamada con mi Nombre?», dijo, tirando al suelo las mesas de los cambistas y mientras citaba y canalizaba las profecías de Jeremías, Zacarías e Isaías. Su demostración atrajo la atención, pero no lo suficiente como para que los guardias del Templo o los soldados romanos consideraran necesario intervenir.

Después de una segunda noche en Betania, regresó al Templo<sup>[\*5]</sup> a la mañana siguiente para debatir con sus críticos. Los evangelios citan a los fariseos como los enemigos de Jesús, aunque es posible que reflejen la situación de cuando fueron escritos, cincuenta años más tarde. Los fariseos eran la secta más flexible y populista, y algunas de sus enseñanzas podrían haber sido similares a las de Jesús, cuyos auténticos enemigos eran los miembros de la aristocracia del Templo. Los herodianos le preguntaron entonces sobre los tributos que había que pagar a Roma, a lo que Jesús replicó hábilmente: «Dad al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios».

Con todo, él nunca dijo ser el Mesías, sino que insistía en la Shemá, la oración básica judía al único Dios, y en el amor al prójimo: era muy judío. Sin embargo, alertó a la agitada muchedumbre de la inminencia del Apocalipsis que, por supuesto, tendría lugar en Jerusalén: «Tú no estás lejos del Reino de Dios». Pese a los diferentes puntos de vista de los judíos con respecto a la llegada del Mesías, la mayor parte de ellos coincidía en que Dios presidiría el final del mundo, al que seguiría la creación de una nueva Jerusalén: «Tocad en Sión la trompeta para señal de los santos», rezan los Salmos de Salomón, escritos poco después de la muerte de Jesús, «¡proclamad en Jerusalén las palabras del gozoso mensajero, porque Dios se ha apiadado de Israel!». Y sus seguidores le preguntaron: «¿Cuándo sucederá esto y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?», a lo que Jesús respondió: «Estad prevenidos, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor»; y a continuación pasó a explicar con todo detalle el Apocalipsis que venía: «Se levantará nación contra nación y reino contra reino. En muchas partes habrá hambre y terremotos» antes de poder ver «al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo, lleno de poder y de gloria». El inflamatorio gambito de Jesús alarmaría sin duda, y mucho, a los prefectos romanos y a los sumos sacerdotes quienes, advirtió, no debían esperar ninguna misericordia en los Últimos Días: «¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo podréis escapar a la condenación de la Gehena?».

La tensión siempre reinaba en Jerusalén durante la Pascua, pero aquel año las

autoridades estaban más nerviosas que de costumbre. Marcos y Lucas afirman, en un par de versículos a los que no se suele prestar demasiada atención, que acababa de tener lugar una especie de rebelión galilea en Jerusalén, reprimida por Pilato, cuyos soldados habían matado a dieciocho galileos en los alrededores de la «torre de Siloé», al sur del Templo. Uno de los rebeldes supervivientes, Barrabás, que se cruzaría en el camino de Jesús un poco más tarde, «había cometido un homicidio durante la sedición». Los sumos sacerdotes decidieron que no querían correr el riesgo de otro galileo vaticinando una vez más su destrucción en un Apocalipsis inminente. Caifás y Anás, el influyente antiguo sumo sacerdote, debatieron sobre qué hacer. Sin duda era mejor, argumentó Caifás en el Evangelio de san Juan, «que un solo hombre muera por el pueblo y no que perezca la nación entera». Hicieron sus planes.

Al día siguiente, en el Cenáculo, en la colina occidental de Jerusalén (más tarde conocido como monte Sión), Jesús se preparó para la Pascua. En el transcurso de la cena, Jesús, de algún modo, se enteró de que su apóstol Judas Iscariote le había traicionado por treinta monedas de plata, pese a lo cual no modificó sus planes de cruzar la ciudad a pie y caminar hasta los tranquilos olivares del jardín de Getsemaní, justo al otro lado del valle de Kidron desde el Templo. Judas se escabulló. No sabemos si traicionó a Jesús por principio, por ser demasiado radical, o no lo bastante, o por codicia y envidia.

Judas regresó con un pelotón de sacerdotes de alto rango, guardias del Templo y legionarios romanos. Jesús no era inmediatamente reconocible en la oscuridad, pero Judas lo traicionó identificándole con un beso, tras lo cual recibió su plata. En un caótico drama iluminado por la luz de las antorchas, los apóstoles desenvainaron sus espadas, Pedro le cortó la oreja a uno de los lacayos del sumo sacerdote y un niño anónimo corrió desnudo hasta la ciudad, un detalle tan excéntrico que casi parece verdadero. Jesús fue detenido y los apóstoles dispersados, salvo dos que lo siguieron a distancia.

Era ya casi la medianoche. Jesús, custodiado por soldados romanos, fue conducido alrededor de la muralla sur y por la Puerta de Siloé hasta el palacio de Anás, la *éminence grise* de la ciudad, en la parte alta de la ciudad.<sup>[\*6]</sup> Anás controlaba Jerusalén y personificaba la rígida e incestuosa red de las familias del Templo. Él mismo, un antiguo sumo sacerdote, era el suegro del sumo sacerdote en activo, Caifás, y al menos cinco de sus hijos llegarían a ocupar también el sumo sacerdocio. Sin embargo, la mayoría de los judíos despreciaba a Anás y a Caifás, a quienes consideraban corruptos, colaboracionistas y unos matones, y cuyos sirvientes se lamentaban en un texto judío de que «nos azotan con bastones»; su justicia era un montaje corrupto con el que enriquecerse. Jesús, por su parte, había tocado un punto sensible y despertado emociones entre el pueblo, consiguiendo incluso admiradores en el seno del Sanedrín. Era necesario, pues, que el juicio de este predicador popular

que no le tenía miedo a nada se llevara a cabo de manera rápida, durante la noche.

En algún momento después de la medianoche los guardias hicieron un fuego en el patio (y mientras Pedro, el discípulo de Jesús, negaba tres veces conocer a su maestro) y Anás y su yerno reunieron a los miembros del Sanedrín que les eran leales, pero no a todos, porque al menos uno de ellos, José de Arimatea, un admirador de Jesús, nunca aprobó su detención. Jesús fue interrogado por el sumo sacerdote: ¿había amenazado con destruir el Templo y reconstruirlo en tres días? ¿Afirmaba ser el Mesías? Jesús callaba, aunque al final reconoció que «veréis al Hijo del Hombre sentarse a la derecha del Todopoderoso y venir entre las nubes del cielo».

«Ha blasfemado», dijo Caifás.

«Merece la muerte», respondió la muchedumbre congregada pese a lo tardío de la hora. Le vendaron los ojos y Jesús pasó la noche en el patio soportando burlas e insultos hasta el amanecer, el momento de pasar a cosas más serias. Pilato esperaba.

[2]

## PONCIO PILATO: EL JUICIO DE JESÚS

El prefecto romano, protegido por sus tropas auxiliares y observado por una tensa multitud, celebró el juicio en el Praetorium, la plataforma elevada en el exterior de la ciudadela de Herodes, el cuartel general de los romanos cerca de la actual Puerta de Jaffa. Pilato era un rigorista agresivo y carente de tacto que se sentía fuera de lugar en Judea y cuyos notorios «corrupción, violencia y rapiña, abusos, incesantes ejecuciones y ferocidad salvaje» le habían hecho acreedor del odio de los jerosolimitanos. Incluso uno de los príncipes herodianos lo calificaba de «vengativo y con un carácter furioso».

Ya había provocado la indignación de los judíos cuando ordenó a sus tropas que desfilaran por Jerusalén luciendo la imagen del emperador en sus escudos. Herodes Antipas encabezó varias delegaciones en las que solicitó su retirada. Siempre «inflexible y cruel», Pilato se negó y cuando más judíos protestaron, lanzó contra ellos a su guardia, pero los delegados se echaron en tierra y dejaron su cuello al descubierto. Pilato retiró entonces las imágenes ofensivas. En un pasado mucho más reciente, había matado a los rebeldes galileos «cuya sangre Pilato había mezclado con sus sacrificios».[3]

«¿Eres tú el rey de los judíos?», le preguntó Pilato. Al fin y al cabo, los seguidores de Jesús lo habían aclamado como rey a su entrada en Jerusalén. Jesús respondió: «Tú lo dices», y se negó a añadir nada más. Pilato, no obstante, al saber que era galileo, «y habiéndose asegurado de que pertenecía a la jurisdicción de Herodes», le envió a su prisionero a Herodes Antipas, una cortesía hacia el gobernante de Galilea que sentía un interés especial por Jesús. La distancia hasta el

palacio de Antipas era un corto recorrido a pie. Herodes Antipas, que llevaba tiempo deseando conocer al sucesor de Juan el Bautista, afirma Lucas, «se alegró mucho al ver a Jesús... y esperaba que hiciera algún prodigio en su presencia», pero Jesús despreciaba tanto al «zorro» asesino de Juan que ni siquiera se dignó dirigirle la palabra.

Antipas jugó con Jesús: le pidió que hiciera alguno de sus trucos, le regaló un manto regio y le llamó «rey». Aunque no era demasiado probable que el tetrarca tuviera la intención de intentar salvar al sucesor de Juan el Bautista, agradecía tener la oportunidad de interrogarle. Hacía tiempo que Pilato y Antipas eran enemigos, sin embargo ahora «se hicieron amigos». Ahora bien, Jesús era un problema de los romanos y Herodes Antipas lo envió de regreso al Praetorium, donde Pilato juzgó a Jesús, a dos presuntos ladrones y a Barrabás, quien, dice Marcos, había sido «arrestado con otros revoltosos que habían cometido un homicidio durante la sedición». Lo que parece indicar que un grupo de rebeldes, entre los cuales se encontraban tal vez los dos «ladrones», estaban siendo juzgados al mismo tiempo que Jesús.

Pilato jugó con la liberación de uno de estos prisioneros. Entre la muchedumbre, había quien pedía la liberación de Barrabás. Según los evangelios, Barrabás fue liberado, aunque la historia parece poco probable: los romanos solían ejecutar a los rebeldes asesinos. Según Mateo, Jesús fue condenado a la crucifixión mientras «Pilato hizo traer agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: “Yo soy inocente de esta sangre”».

«Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos», respondió la multitud.

El violento y obstinado Pilato no era alguien que vacilara o escurriera el bulto, ni nunca antes había sentido la necesidad de lavarse las manos antes de hacer correr la sangre. En una disputa anterior con los judíos, había enviado a sus tropas disfrazadas a la calle a mezclarse con la pacífica muchedumbre de Jerusalén y, a una señal de Pilato, habían desenvainado sus espadas y limpiado las calles, matando a muchos ciudadanos. Ahora estaba claro que Pilato, que ya se había enfrentado a la rebelión de Barrabás aquella misma semana, temía un resurgimiento de los «reyes» y «pseudoprofetos» que habían plagado Judea desde la muerte de Herodes. El estilo indirecto de Jesús sin duda era incendiario, y era evidente que gozaba de una gran popularidad. Muchos años más tarde, hasta Josefo, él mismo un fariseo, describiría a Jesús como un sabio maestro.

La tradicional crónica de la sentencia, por lo tanto, no parece cierta. Los evangelios afirman que los sacerdotes insistieron en que ellos no tenían la autoridad de dictar sentencias de muerte, pero que eso sea cierto dista mucho de haber quedado claro. El sumo sacerdote, escribe Josefo, «juzgará en casos de disputa, y castigará a

los convictos de algún crimen». Los evangelios, escritos o revisados después de la destrucción del Templo en el año 70, y ansiosos por demostrar su lealtad al imperio, culpan a los judíos y exculpan a los romanos. Aun así, los cargos contra Jesús, y el propio castigo, explican su propia historia: se trató de una operación de los romanos.

Jesús, igual que se hacía con la mayoría de las víctimas de crucifixión, fue flagelado con un látigo de cuero cuyos extremos estaban rematados con piezas metálicas o de hueso, un suplicio tan salvaje que solía matar a la víctima. El día 14 de Nisan, viernes 3 de abril, del año 33, Jesús, a quien los soldados romanos, muchos de ellos tropas auxiliares grecosirias, le habían colgado un cartel en el que se leía «rey de los judíos», y sangrando profusamente después de su flagelación, salió de la prisión de la ciudadela junto a las dos otras víctimas, llevando auestas el *patibulum*, el travesaño, para su propia crucifixión, y cruzó las calles de la zona alta de la ciudad. Sus seguidores convencieron a un cierto Simón de Cirene de que le ayudara a cargar con el travesaño mientras sus admiradoras se lamentaban. «¡Hijas de Jerusalén!», les dijo, «no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos» porque «se acerca el tiempo».

Jesús salió de Jerusalén por última vez, giró a la izquierda por la Puerta de Gennath (los Jardines), cruzó una zona de jardines ondulados y tumbas excavadas en la roca y llegó a la colina de la ejecución, un lugar que llevaba el muy adecuado nombre de «el Cráneo»: Gólgota.<sup>[\*7]</sup>

## JESUCRISTO: LA PASIÓN

Una multitud de amigos y enemigos siguió a Jesús hasta la salida de la ciudad a fin de presenciar el macabro y técnico entretenimiento de la ejecución, un espectáculo que siempre fascinaba. Por la mañana, a su llegada al lugar de la ejecución, encontró que el poste que le esperaba ya estaba levantado: sin duda lo habrían usado antes, y lo utilizarían también después de él. Los soldados le ofrecieron a Jesús la tradicional bebida a base de mirra y vino que calmaba los nervios, pero él la rechazó, tras lo cual lo fijaron al travesaño y lo subieron al poste.

La crucifixión, explica Josefo, era «una destrucción muy miserable»,<sup>[\*8]</sup> concebida para degradar públicamente a la víctima. Por ese motivo Pilato ordenó que se añadiera a la cruz de Jesús el letrero «rey de los judíos». Las víctimas podían ser atadas o clavadas, y era necesaria una gran habilidad para garantizar que las víctimas no se desangraran hasta morir. Los clavos se solían insertar en los antebrazos, no en la palma de las manos, y en los tobillos: en una tumba al norte de Jerusalén se han hallado los huesos de un crucificado judío con un clavo de hierro de quince centímetros clavado en un tobillo. Entre judíos y gentiles por igual se había extendido la costumbre de llevar colgado del cuello un clavo de una víctima de crucifixión a

guisa de amuleto para ahuyentar las enfermedades, así que, en realidad, la posterior veneración de reliquias de la crucifixión ya formaba parte de una antigua tradición. Las víctimas solían ser crucificadas desnudas, los hombres de cara al exterior, las mujeres de cara al interior.

Los verdugos eran expertos en el arte de prolongar la agonía, y también en el de terminar con ella rápidamente. El objetivo consistía en no matar a Jesús demasiado deprisa, demostrando de este modo la inutilidad de desafiar el poder de Roma. Lo más probable es que lo clavaran a la cruz con los brazos extendidos, tal como muestra el arte cristiano, sostenido por una pequeña cuña, *sedile*, bajo los glúteos y un pequeño saliente, *suppedaneum*, bajo los pies. Este arreglo significaba que el crucificado podía sobrevivir horas, incluso días. El medio más rápido y expeditivo de provocar la muerte consistía en romperle las piernas al condenado, el peso del cuerpo lo soportaban entonces sólo los brazos y la víctima solía morir asfixiada en diez minutos.

Las horas pasaron; sus enemigos se burlaron de él y los transeúntes le insultaban. Su amiga María de Magdala permaneció en vigilia junto a su madre María y el anónimo «discípulo a quien él amaba», posiblemente su hermano Santiago. Su seguidor, José de Arimatea, también le visitó. El calor del día llegó y se marchó. «Tengo sed», dijo Jesús. Sus seguidoras empaparon una esponja en vinagre e hisopo y se la alzaron hasta los labios en el extremo de una vara para que pudiera sorber la esponja. En algunos momentos pareció caer en la desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», exclamó, citando la escritura pertinente, el salmo 22. Ahora bien, ¿qué quiso decir al exclamar que Dios le había abandonado? ¿Acaso Jesús esperaba que Dios desencadenara el Final de los Días?

Ya bastante debilitado, vio a su madre. «Mujer, aquí tienes a tu hijo», le dijo, y le pidió al amado discípulo que la cuidara. Si se trataba de su hermano, ese gesto tiene sentido, puesto que el discípulo escoltó a María y la acompañó a descansar. Tal vez la multitud se dispersara. Cayó la noche.

La crucifixión era una muerte lenta por calor, hambre, asfixia, postración o sed, y es probable que Jesús sangrara además a consecuencia de la flagelación. De repente, suspiró. «Todo se ha cumplido», dijo, y perdió la conciencia. Dada la tensión en Jerusalén y la inminente celebración de la Pascua y del Sabbat, parece posible que Pilato ordenara a sus verdugos que aceleraran las cosas. Los soldados les rompieron las piernas a los dos ladrones o rebeldes, permitiéndoles morir asfixiados, pero al llegar a Jesús, les pareció que ya estaba muerto, y «uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y enseguida brotó sangre y agua».

José de Arimatea corrió al Praetorium a pedirle a Poncio Pilato el cuerpo. En general, se solía dejar que las víctimas se pudrieran en sus cruces pasto de los buitres, pero los judíos creían en la rápida inhumación. Pilato aceptó.

En el siglo I, los muertos judíos no se enterraban bajo tierra, sino que, tras cubrirlos con un sudario, eran colocados en una tumba en la roca que su familia siempre controlaba, en parte para asegurarse de que el muerto estaba en efecto muerto y no simplemente comatoso: aunque no era muy frecuente, había ocurrido en alguna ocasión que a la mañana siguiente los familiares encontraran despierto al «muerto». Los cuerpos se dejaban entonces secar durante un año y a continuación se colocaban los huesos en un osario, una caja que solía llevar el nombre grabado en el exterior, y el osario, en una tumba excavada en la roca.

José, la familia de Jesús, y algunos de sus seguidores, bajaron el cuerpo y enseguida encontraron una tumba sin utilizar en un jardín cercano donde lo colocaron. El cadáver fue embadurnado con costosas especias y envuelto en un sudario, igual que el sudario que data del siglo I encontrado en el Campo de Sangre, en una tumba algo al sur de las murallas de la ciudad y que todavía tenía adheridos mechones de cabello humano (a diferencia del famoso sudario de Turín, que según una reciente datación, es de entre 1260 y 1390). Es posible que la actual iglesia del Santo Sepulcro que alberga tanto el lugar de la crucifixión como la tumba, sea el lugar genuino, puesto que los cristianos de la zona mantuvieron la tradición viva a lo largo de los siguientes tres siglos. A petición de Caifás, Pilato apostó guardias alrededor de la tumba de Jesús, «no sea que sus discípulos roben el cuerpo y luego digan al pueblo: ¡Ha resucitado!».

Hasta este momento, la historia de la Pasión de Jesús, del griego *pateor*, sufrir, se basa en nuestra única fuente, los evangelios, pero no hace falta tener fe para creer en la vida y la muerte de un profeta y taumaturgo judío. No obstante, Lucas explica que tres días después de su crucifixión, el domingo por la mañana, algunas mujeres, familiares y seguidoras (entre ellas su madre y Juana, la esposa del mayordomo de Herodes Antipas) visitaron la tumba:

*... encontraron apartada la piedra del sepulcro y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús... Mientras estaban desconcertadas a causa de esto, se les aparecieron dos hombres con vestiduras deslumbrantes. Como las mujeres, llenas de temor, no se atrevían a levantar la vista del suelo, ellos les preguntaron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado».*

Los aterrados discípulos permanecieron toda la semana de Pascua ocultos en el monte de los Olivos, pero Jesús se les apareció en varias ocasiones, a ellos y a su madre, y les dijo: «No temáis». Cuando Tomás dudó de la resurrección, Jesús le mostró las heridas en sus manos y en el costado. Transcurridos algunos días, los condujo hasta el monte de los Olivos, desde donde ascendió a los cielos. Esta



resurrección, que convirtió una muerte sórdida en un triunfo transformador de la vida sobre la muerte, constituye el momento definitorio de la fe cristiana que se conmemora el Domingo de Pascua.

Para aquellos que no comparten esta fe, estos hechos son imposibles de verificar. Mateo revela lo que fue seguramente la versión contemporánea y alternativa de los acontecimientos, la que «se ha difundido entre los judíos hasta el día de hoy»: los sumos sacerdotes sobornaron de inmediato a los soldados que custodiaban la tumba y les ordenaron explicar a todo el mundo que «sus discípulos vinieron durante la noche y robaron su cuerpo, mientras dormíamos».

Los arqueólogos tienden a creer que el cuerpo fue retirado sin más y enterrado por amigos y familiares en alguna otra tumba excavada en la roca en algún lugar cercano a Jerusalén. Han excavado tumbas que contenían osarios con nombres como «Santiago, hermano de Jesús», e incluso «Jesús, hijo de José», hallazgos que han generado grandes titulares en los medios. Algunos de esos hallazgos han resultado ser un fraude, pero la mayoría son auténticas tumbas del siglo I con nombres judíos muy corrientes, y sin ninguna vinculación con Jesús.<sup>[\*9]</sup>

Jerusalén celebró la Pascua. Judas invirtió su plata en propiedades inmobiliarias, el Campo de los Alfareros en Aceldama, al sur de la ciudad, en el muy apropiado valle del Infierno, donde entonces, «cayó de cabeza, y su cuerpo se abrió, dispersándose sus entrañas».<sup>[\*10]</sup> Cuando los discípulos salieron de su escondrijo, se reunieron en el Cenáculo del monte Sión para celebrar Pentecostés, «de pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento», el Espíritu Santo, que les dio la facultad de hablar las lenguas de las muchas nacionalidades que había en Jerusalén y de llevar a cabo curaciones en el nombre de Jesús. Pedro y Juan cruzaban la Puerta Hermosa del Templo para acudir a sus oraciones diarias cuando un lisiado les pidió una limosna: «levántate y anda», le dijeron, y él se levantó y anduvo.

Los apóstoles eligieron al hermano de Jesús, «presbítero de Jerusalén», líder de estos judíos sectarios conocidos con el nombre de nazarenos. Al parecer, la secta creció porque, poco tiempo después de la muerte de Jesús, «se desencadenó una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén». Esteban, uno de los seguidores de Jesús que hablaba griego, había criticado el Templo, diciendo que «el Altísimo no habita en casas hechas por la mano del hombre». Demostrando que el sumo sacerdote sí podía ordenar la pena de muerte, Esteban fue juzgado por el Sanedrín y lapidado en el exterior de la muralla, posiblemente al norte de la actual Puerta de Damasco. Fue el primer «mártir» cristiano, una adaptación de la palabra griega que significa «testigo». Aun así, Santiago y sus nazarenos siguieron siendo judíos practicantes, leales a Jesús, pero también enseñando y predicando en el Templo durante los siguientes treinta años. Santiago era muy admirado allí como un hombre santo judío. Parece claro que el judaísmo de Jesús no era más idiosincrásico que el de muchos otros predicadores



que le precedieron y que le sucedieron.

Los enemigos de Jesús no prosperaron. Poco tiempo después de su crucifixión, un pseudoprofeta samaritano, que afirmaba en sus prédicas ante masas excitadas que había descubierto la urna de Moisés en el monte Gerizim, fue la causa de la caída de Poncio Pilato. Pilato envió la caballería que mató a muchos de los seguidores del predicador. El prefecto ya había llevado antes a Jerusalén al borde de la revuelta; ahora, también los samaritanos denunciaron su brutalidad.

El gobernador de Siria se vio obligado a restaurar el orden en Jerusalén. Destituyó a Caifás, y también a Poncio Pilato, que fue enviado de regreso a Roma, donde desaparece de la historia. La decisión fue tan bien acogida que los jerosolimitanos recibieron con júbilo al gobernador romano. Tiberio, mientras tanto, se estaba empezando a cansar de Herodes Antipas,<sup>[4]</sup> aunque eso no significaría el fin de la dinastía: la casa de Herodes estaba a punto de disfrutar de una extraordinaria rehabilitación gracias al más aventurero de los príncipes judíos que trazaría amistad con el demente emperador romano y recuperaría Jerusalén.

# CAPÍTULO 12

## EL ÚLTIMO DE LOS HERODES, 40-66 D. C.

### HERODES AGRIPA: EL AMIGO DE CALÍGULA

El joven Herodes Agripa creció en Roma en el seno de la familia imperial y trabó una gran amistad con Druso, el hijo del emperador Tiberio. Agripa, un joven notorio por su encanto, su carácter arrollador y extrovertido, nieto de Herodes el Grande y de Mariana, hijo del hijo ejecutado de éstos, Aristóbulo, acumuló inmensas deudas para poder mantener el ritmo de vida de la élite romana.

Druso murió joven, en el año 23 d. C., y el desconsolado emperador no pudo soportar la presencia de los amigos de su hijo. Herodes Agripa, arruinado, se retiró a Galilea, gobernada por Antipas, casado con su hermana Herodías y que le ofreció a Agripa un trabajo muy monótono. La monotonía no casaba bien con Agripa, que huyó a Idumea, la tierra natal de la familia, donde pensó en suicidarse. Este extravagante granuja, no obstante, siempre tenía la suerte de que le ocurriera algo que le sacaba de apuros.

En los días cercanos a la crucifixión de Jesús moría Filippo, el tetrarca que gobernaba los territorios familiares del norte. Antipas le pidió entonces al emperador que ampliara su principado. A Tiberio siempre le había gustado Herodes Agripa, así que este último corrió hasta la residencia del emperador en Capri y a presentarle su propia reivindicación. Encontró a Tiberio deprimido en su residencia de Villa Júpiter donde, según el historiador Suetonio, satisfacía su hastiado apetito con adolescentes a los que se conocía con el nombre de sus «pececillos», entrenados para hacerle una felación mientras nadaba en la piscina.

Tiberio recibió a Agripa con los brazos abiertos, hasta que se enteró de la serie de deudas que había dejado por todo el Mediterráneo. Sin embargo Agripa, un jugador nato, convenció a la amiga de su madre, Antonia, de que le prestara dinero e intercediera por él ante el emperador: a ella le escucharía puesto que Tiberio sentía un gran respeto por Antonia, la hija de Marco Antonio, una mujer formal y casta a quien consideraba el prototipo de la aristócrata romana ideal. Agripa utilizó el dinero, no para saldar sus deudas, sino para hacerle un generoso regalo a otro príncipe en bancarrota, Calígula, uno de los dos herederos de Tiberio, el otro era el niño Gemelo, hijo de Druso, el fallecido amigo de Agripa. El emperador le pidió a Herodes Agripa que cuidara a Gemelo.

En lugar de cumplir el deseo del emperador, el oportunista Agripa trabó una

estrecha amistad con Cayo Calígula, a quien el pueblo adoraba desde que desfiló de niño al frente de las legiones, como su mascota, vestido de un mini-uniforme militar (incluidas las botas militares, *caligae*, de ahí su apodo «botitas»), y también por ser el hijo del muy querido general Germánico. Calígula, de veinticinco años ya, algo calvo y alto y enjuto, se había convertido en un joven mimado, disoluto y tal vez algo demente, pero seguía siendo el favorito del pueblo y estaba impaciente por heredar el imperio. Es muy posible que Calígula y Herodes Agripa compartieran una extravagante vida de desenfreno, muy alejada de la vida piadosa que los hermanos de Agripa llevaban en Jerusalén. Mientras paseaban por Capri, se dedicaban a fantasear sobre la muerte de Tiberio, conversaciones que el auriga de su carro escuchó con atención. Cuando Agripa hizo detener al auriga por robar, éste se chivó al emperador y Agripa fue encarcelado y encadenado, aunque, protegido por su amigo Calígula, se le permitió bañarse, recibir amigos y disfrutar de sus platos favoritos.

Tiberio por fin murió en marzo del año 37, y Calígula, quien no tardaría mucho tiempo en asesinar al joven Gemelo, le sucedió en el imperio. Liberó de inmediato a su amigo, le regaló unos grilletes de oro para conmemorar el tiempo que pasó encadenado de verdad, y lo ascendió a rey, entregándole la tetarquía del norte que gobernaba Filipo. Al mismo tiempo, Herodías, la hermana de Agripa, y el odiado «zorro» de Jesús, Antipas, viajaron a Roma para intentar convencer al emperador de que anulara esta decisión y ganarse su propio reino. Agripa, sin embargo, les tendió una trampa, alegando que estaban planeando una rebelión. Calígula desposeyó de su corona a Antipas, el asesino de Juan el Bautista, lo desterró a Lyon donde moriría años más tarde, y le entregó todos sus territorios a Herodes Agripa.

El nuevo rey apenas visitó su reino, prefiriendo permanecer cerca de Calígula, cuyas excentricidades homicidas hicieron que al cabo de poco tiempo pasara de ser el niño favorito de los romanos a ser el opresor de Roma. Al carecer de la gloria militar de sus predecesores, Calígula intentó reforzar su prestigio ordenando que todo el imperio le adorara a él, el emperador divinizado, también en el Santo de los santos del Templo de Jerusalén. Jerusalén se resistió y los judíos se prepararon para la rebelión. Enviaron delegaciones al gobernador de Siria a explicarle que «tendría que sacrificar a toda la nación judía» antes de que ésta tolerara tal sacrilegio. En Alejandría estallaron conflictos étnicos entre griegos y judíos y cuando las dos partes enviaron delegaciones a Calígula, los griegos afirmaron que los judíos eran los únicos que se negaban a adorar la estatua de Calígula.

Por fortuna, Agripa, cuya relación con el cada vez más imprevisible Calígula era muy estrecha, todavía estaba en Roma. El emperador lanzó una expedición contra la Galia, de la que formaba parte el rey judío, sin embargo, en lugar de combatir, Calígula anunció la victoria sobre el mar y recogió conchas para su triunfo.

Calígula le ordenó a Petronio, el gobernador de Siria, que hiciera cumplir sus

órdenes y aplastara Jerusalén. Las delegaciones judías, encabezadas por príncipes de la casa de Herodes, le suplicaron a Petronio que no lo hiciera. Petronio dudó, sabiendo que obedecer significaba la guerra, y que desobedecer significaba la muerte. El rey Herodes Agripa, el extravagante oportunista, se descubrió entonces de repente como el insólito defensor de los judíos, y le escribió a Calígula una valiente carta, y una de las más asombrosas jamás escritas en defensa de Jerusalén:

*Como bien sabes, soy judío por nacimiento y mi ciudad natal es Jerusalén, donde se encuentra el santuario sagrado del Altísimo Dios. Este templo, mi señor Cayo, nunca ha admitido ninguna imagen forjada por las manos del hombre, porque es el santuario del Dios verdadero. Tu abuelo, Marco Agripa visitó y rindió honor al templo, igual que hizo Augusto. [A continuación le agradece a Calígula los favores concedidos, pero] estoy dispuesto a cambiar todo[s estos beneficios] por una sola cosa, que las instituciones ancestrales no sean molestadas. Debo, o bien parecer un traidor a mi propio pueblo, o bien, dejar de ser considerado tu amigo como hasta ahora; no hay otra alternativa.<sup>[\*1]</sup>*

Aun cuando la burda fanfarronada de esta «muerte o libertad» constituya una exageración, escribirle a Calígula una carta así significaba correr un extraordinario riesgo, pero esta intervención del rey, al parecer, salvó a Jerusalén de un segundo Antíoco.

El emperador le ofreció un banquete a Herodes Agripa para agradecerle la ayuda prestada en su entronización, así como acceder a cualquier petición que le hiciera. El rey le pidió que su estatua divinizada no fuera colocada en el Templo, y Calígula aceptó.

## HERODES AGRIPA Y EL EMPERADOR CLAUDIO: ASESINATO, GLORIA Y LOMBRICES

Tras recuperarse de una extraña enfermedad a finales del año 37, el desequilibrio del emperador se intensificó. Las fuentes afirman que durante los años siguientes cometió incesto con sus tres hermanas, las prostituyó para otros hombres y nombró cónsul a su caballo. Resulta difícil evaluar la verdad de estos escándalos, aunque es indudable que con sus acciones se ganó la hostilidad de una élite romana aterrada. Se casó con su hermana, y se dice que cuando ésta quedó embarazada, le arrancó el bebé del vientre. Solía murmurarles a sus amantes mientras las besaba «esta cabeza tan bonita caerá tan pronto como yo lo ordene», y a los cónsules les decía «con una sola

señal de mi cabeza puedo haceros degollar a todos». Su broma favorita era «ojalá que el pueblo romano tuviera una sola cabeza», y también le gustaba tomarles el pelo a sus varoniles guardias pretorianos, lo que no dejaba de ser una imprudencia, asignando santo y señas picantes, por ejemplo «Príapo». La situación pasaba de castaño oscuro.

El 24 de enero del año 41 al mediodía, Calígula, acompañado por Herodes Agripa, salía del teatro por un pasadizo cubierto cuando uno de los tribunos pretorianos desenvainó su espada y exclamando «¡Toma lo que te corresponde!» descargó un golpe sobre Calígula en el hombro, casi rebanándolo en dos, pero el emperador «clamaba una y otra vez que seguía vivo». Los conspiradores gritaron «¡Otra vez al ataque!», y lo remataron. Sus guardias germánicos recorrieron las calles, la guardia pretoriana registró el palacio imperial en la Colina Palatina de arriba abajo, asesinó a la esposa de Calígula y le aplastó la cabeza a su bebé. Mientras tanto, el Senado intentaba restaurar la república y terminar con el gobierno de los emperadores.

Herodes Agripa se hizo con el control del cuerpo de Calígula, para ganar tiempo anunció que el emperador, aunque herido, todavía vivía, y poniéndose a la cabeza de un pelotón de pretorianos se dirigió a palacio. Allí, observaron un temblor tras una cortina y descubrieron al cojo, tartamudo y erudito Claudio, el tío de Calígula e hijo de Antonia, la amiga de la familia de Agripa. Todos los presentes lo aclamaron entonces emperador y lo trasladaron hasta el campamento de los pretorianos sobre un escudo. Claudio intentó rechazar el honor, pero el rey judío le aconsejó que aceptara la corona, y convenció al Senado de que se la ofreciera. Ningún judío practicante, antes o después, ni siquiera en tiempos modernos, ha ostentado nunca tanto poder. El nuevo emperador Claudio, que demostró ser un gobernante estable y sensato, premió a su amigo ofreciéndole Jerusalén y todo el reino de Herodes el Grande, elevándolo además al rango de cónsul. Incluso el hermano de Agripa recibió un reino.

Herodes Agripa había salido de Jerusalén como un holgazán sin un céntimo y regresaba como rey de Judea. Ofreció un sacrificio en el Templo y, según mandaba la costumbre, leyó el Deuteronomio ante el pueblo congregado. Los judíos se conmovieron cuando el rey, embargado por la emoción, rompió a llorar a causa de su origen mestizo y consagró al Templo la cadena de Calígula, el símbolo de su buena fortuna. Este nuevo Herodes, en cuyas monedas podía leerse «Gran Rey Agripa, amigo de César», se había ganado a «la Ciudad Santa», a la que veía como la «ciudad madre» no sólo de Judea, sino de todos los judíos de toda Europa y Asia. Fuera de Jerusalén, vivía como un rey grecorromano, pero en el interior de la ciudad, vivía como un judío y ofrecía sacrificios diarios en el Templo. Embelleció y fortificó la ciudad en expansión y añadió una tercera muralla alrededor del nuevo barrio periférico de Bezetha, de la cual se ha excavado la sección norte.

También a Agripa le costó controlar las tensiones reinantes en Jerusalén: nombró a tres sumos sacerdotes sucesivos en dos años y tomó medidas contra los judíos cristianos, unas acciones que quizá coincidieran con las persecuciones de Claudio contra los cristianos, expulsado de Roma por provocar desórdenes «instigados por Crestus» (Cristo). «Por aquel entonces», explica el libro de los Hechos, «el rey Herodes hizo arrestar a algunos miembros de la Iglesia para maltratarlos» e hizo decapitar a Santiago (no el hermano de Jesús, sino el discípulo de ese nombre). También ordenó detener a Pedro, cuya ejecución había planificado para después de la Pascua. Pedro, de algún modo, sobrevivió, un milagro, según los cristianos, aunque otras fuentes sugieren que Herodes, simplemente, lo liberó, quizá como un regalo a la multitud.

A Agripa, lo de entronizar emperadores se le subió a la cabeza y convocó una cumbre de reyes locales en Tiberias sin el permiso de Roma. Los romanos, alarmados, ordenaron a los reyes que se dispersaran. Claudio ordenó detener las obras de construcción de nuevas fortificaciones en Jerusalén. Más tarde, mientras Agripa recibía en audiencia en el foro de Cesarea como un rey-dios griego, vestido de una túnica incrustada en oro, cayó enfermo con fuertes dolores abdominales: estaba «carcomido por los gusanos», afirma el libro de los Hechos de los apóstoles. Los judíos hicieron penitencia sobre el cilicio y rezaron en vano por su recuperación. El carisma y la sensibilidad de Agripa habían sabido conciliar a judíos moderados, fanáticos y romanos; acababa de morir el único hombre que tal vez habría podido salvar Jerusalén.<sup>[1]</sup>

## HERODES AGRIPA II: EL AMIGO DE NERÓN

La muerte del rey desencadenó disturbios. Aunque su hijo y homónimo Agripa II sólo tenía diecisiete años, Claudio quería entregarle el reino, pero sus consejeros le disuadieron aduciendo que el chico era demasiado joven para gobernar el incendiario patrimonio que acababa de heredar. El emperador reinstauró entonces el dominio directo por medio de procuradores romanos y le concedió al hermano del fallecido Agripa, el rey Herodes de Calcidia, el derecho a nombrar sumos sacerdotes y gestionar el Templo. Durante los veinticinco años siguientes, Jerusalén fue gobernada por una ambigua asociación de procuradores de Roma y reyes de la casa de Herodes, ninguno de los cuales fue capaz de calmar las turbulencias provocadas por toda una serie de charlatanes proféticos, conflictos étnicos entre griegos y judíos, y la brecha cada vez más amplia entre los notables y ricos judíos prorromanos y los más pobres judíos religiosos.

Los nazarenos, los judíos cristianos acaudillados por Santiago, el hermano de Jesús, y los llamados *presbyteroi*, o ancianos, sobrevivieron en Jerusalén donde los

discípulos originales oraban como judíos en el Templo. Ahora bien, Jesús no fue de ningún modo el último de los predicadores que desafiaron el orden romano: Josefo menciona la aparición de un pseudoprofeta tras otro, casi todos ellos ejecutados por los romanos.

Los procuradores no contribuyeron a mejorar las cosas. Igual que Pilato, reaccionaron a esta profusión de profetas aniquilando a sus seguidores al mismo tiempo que exprimían a las provincias a fin de sacarles el máximo provecho. Un año, durante la celebración de la Pascua en Jerusalén, un soldado romano les enseñó las nalgas a los judíos, lo que provocó un gran tumulto. El procurador envió a los soldados, provocando tal estampida, que miles de personas murieron asfixiadas en las estrechas calles. Unos pocos años más tarde, cuando estalló la violencia entre judíos y samaritanos, los romanos crucificaron a muchos judíos y ambos bandos recurrieron a Roma. Los samaritanos habrían podido ganar la disputa, pero el joven Herodes Agripa, que estaba siendo educado en Roma, convenció a la poderosa esposa de Claudio, Agripina, de que intercediera: el emperador no sólo les dio su apoyo a los judíos, sino que ordenó que el tribuno romano responsable fuera humillado en Jerusalén y, a continuación, ejecutado. Igual que había ocurrido con su padre en tiempos de Calígula, Agripa II gozaba de la amistad no sólo de Claudio, sino también de la de su heredero, Nerón. A la muerte de su tío, Herodes de Calcidia, Agripa fue nombrado rey de ese feudo libanés con poderes especiales para gobernar el Templo de Jerusalén.

En Roma, Claudio, ahora ya senil, fue envenenado por Agripina,<sup>[\*2]</sup> al parecer con un plato de setas. El nuevo emperador, el adolescente Nerón, le concedió a Agripa II más territorios en Galilea, Siria y Líbano, y Agripa, en agradecimiento, cambió el nombre de su capital, Cesarea Filipa, por el de Neronia, e hizo propaganda de su cálida relación con Nerón en las monedas que acuñó, que llevaban la leyenda «Filo-César». Sin embargo, los procuradores de Nerón solían ser corruptos y unos ineptos. Uno de los peores fue Antonio Félix, un inmoral liberto griego quien, escribe el historiador coetáneo Tácito, «ejerció con ánimo servil la autoridad real, usando todo género de crueldad y apetitos desordenados». Ahora bien, Félix era el hermano del secretario de Claudio y (durante un tiempo) de Nerón, motivo por el cual los judíos ya no podían elevar sus quejas a Roma. Las escandalosas hermanas del rey Agripa personificaban la corrupción de la élite. Drusila, quien «sobrepasaba a todas las mujeres en belleza», estaba casada con el rey árabe Aziz de Emesa, pero Félix «concibió una pasión hacia ella. Ella, desgraciada y deseosa de escapar a la maldad de su hermana Berenice», se fugó con Félix. Berenice, que había sido reina de Calcidia (casada con su tío), dejó a su último marido, el rey de Cilicia, y se fue a vivir con su hermano: los rumores romanos daban a entender que se trataba de una relación incestuosa. Félix exprimió a Judea para sacar dinero mientras «una nueva especie de

bandido», bandoleros conocidos como *Sicarii* (por las *sicae*, las cortas dagas romanas que utilizaban), empezaron a asesinar a los notables judíos en pleno Jerusalén durante las celebraciones. Su primera hazaña fue el asesinato de un antiguo sumo sacerdote. Enfrentado a la carnicería étnica y los numerosos pseudoprofetas, a Félix le costó trabajo mantener la paz y enriquecerse al mismo tiempo.

En medio de estas apocalípticas turbulencias, la pequeña secta de Jesús había ahora quedado dividida entre sus líderes judíos en Jerusalén y sus seguidores gentiles en el más amplio mundo romano. Fue entonces cuando el más dinámico de los seguidores de Jesús, aquel que más que cualquier otro forjaría la nueva religión mundial, regresó para proyectar el futuro del cristianismo.

## PABLO DE TARSO: EL CREADOR DEL CRISTIANISMO

Jerusalén se estaba recuperando de la violencia apocalíptica más reciente. Hacía muy poco tiempo, un judío egipcio había conducido a una multitud hasta el monte de los Olivos, donde anunció, en palabras que recordaban a las de Jesús, que iba a derrumbar las murallas y conquistar Jerusalén. El pseudoprofeta había intentado lanzar un ataque contra la ciudad, pero los jerosolimitanos se habían unido a los romanos para rechazar a sus seguidores. Las legiones de Félix habían matado entonces a la mayoría de ellos<sup>[2]</sup> e iniciado una cacería en busca del «brujo». Ése fue el momento en el que Pablo llegó a la ciudad que tan bien conocía.

El padre de Pablo era un fariseo cuya fortuna le había permitido adquirir la ciudadanía romana y había enviado a su hijo, nacido en la misma época que Jesús, pero en Cilicia (en la actual Turquía), a estudiar en el Templo de Jerusalén. Cuando Jesús fue crucificado, Saúl, pues así se llamaba Pablo entonces, secundó las «amenazas de muerte contra los discípulos del Señor», sostuvo los mantos de aquellos que lapidaron a Esteban y «Saulo aprobó la muerte de Esteban». Saúl, un fariseo de habla griega y fabricante de tiendas, estuvo al servicio del sumo sacerdote como agente hasta que, alrededor del año 37 d. C., de camino a Damasco, tuvo su propia experiencia «apocalíptica»: «una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso con su resplandor» y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». El Cristo resucitado le encargó entonces convertirse en el decimotercer apóstol y predicar la buena nueva a los gentiles.

Santiago y los cristianos de Jerusalén, comprensiblemente, sentían recelos de este nuevo converso, pero Pablo se sintió compelido a enseñar su mensaje con toda su obsesiva energía: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!». Al final, «Santiago, el hermano del Señor» aceptó a este nuevo colega. Durante los quince años siguientes, este incontenible agitador viajó por todo Oriente, predicando dogmáticamente su propia versión del evangelio de Jesús que rechazaba de plano la exclusividad de los



judíos. El «apóstol de los gentiles» creía que era «por vosotros» que Dios había hecho a Jesús «aquel que no conoció el pecado» y que «Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro, a fin de que nosotros seamos justificados por él». Pablo centró sus enseñanzas en la resurrección, según él, el puente entre la humanidad y Dios. La Jerusalén de Pablo era el Reino de los Cielos, y no el Templo real; su «Israel» era cualquier seguidor de Jesús, no la nación judía. Era, en cierto modo, extrañamente moderno, creía en el amor, en la igualdad y en la inclusión: griegos y judíos, mujeres y hombres, todos eran uno, y todos podían alcanzar la salvación, bastaba con tener fe en Cristo. Sus cartas dominan el Nuevo Testamento, y configuran la cuarta parte de sus libros. Su visión era ilimitada, puesto que deseaba convertir a todo el mundo.

Jesús había atraído algunos seguidores no judíos, pero Pablo tuvo un éxito especial entre los gentiles y entre aquellos que se decían temerosos de Dios, esos no judíos que habían abrazado algunos aspectos del judaísmo sin haber pasado por el rito de la circuncisión. Los conversos sirios de Pablo en Antioquía fueron los primeros que se conocieron con el nombre de «cristianos». Alrededor del año 50 d. C., Pablo regresó a Jerusalén para convencer a Santiago y a Pedro de que permitieran ingresar a no judíos en la secta. Santiago aceptó llegar a un compromiso, pero en los años siguientes, se enteró de que Pablo estaba volviendo a los judíos contra la ley de Moisés.

Pablo, un soltero solitario y puritano, soportó naufragios, detenciones, azotes y apedreamientos en sus viajes, pese a lo cual, nada le distrajo de su misión, remodelar al rústico judío de Galilea y convertirlo en Jesucristo, el salvador de la humanidad que regresaría de forma inminente en la Segunda Venida, el Reino de los Cielos. En ocasiones, todavía se sentía judío y es posible que regresara a Jerusalén hasta en cinco ocasiones, pero otras veces, presentaba al judaísmo como el nuevo enemigo. En el texto cristiano más antiguo, su Primera carta a los tesalonicenses (gentiles griegos que se habían convertido al cristianismo), arremetía contra los judíos por haber matado a Jesús y a sus propios profetas. Creía que la circuncisión, el compromiso de los judíos con Dios, era un deber judío, pero que no era pertinente en el caso de los gentiles: «¡Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo. Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús!», arremetía furioso contra los cristianos que se planteaban la circuncisión.

Llegado a este punto, Santiago y los ancianos manifestaron su desaprobación. Ellos habían conocido al auténtico Jesús y, sin embargo, Pablo se identificaba a sí mismo con Cristo: «Yo estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí», y afirmaba: «Yo llevo en mi cuerpo las cicatrices de Jesús». El respetado y santo Santiago le acusó de rechazar el judaísmo. Ni siquiera Pablo podía hacer caso omiso del hermano del propio Jesús. En el año 58 d. C. llegaba a Jerusalén con la

intención de firmar la paz con la dinastía de Jesús.

## LA MUERTE DE SANTIAGO EL JUSTO: LA DINASTÍA DE JESÚS

Pablo acompañó a Santiago al Templo a purificarse y rezar como judío, pero algunos judíos que le habían visto predicando en el curso de sus viajes lo reconocieron. El centurión romano responsable de mantener el orden en el Templo tuvo que rescatarle para evitar que le lincharan. Cuando Pablo volvió a salir a predicar, los romanos, creyendo que se trataba del «hechicero» egipcio fugitivo, lo encadenaron y lo llevaron a pie hasta el Templo donde iba a ser azotado. «¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?». El centurión se quedó perplejo al descubrir que este visionario de mirada desquiciada era un ciudadano romano con el derecho de apelar a Nerón para ser juzgado. Los romanos permitieron que el sumo sacerdote y el Sanedrín interrogaran a Pablo, bajo la atenta mirada de una multitud encolerizada. Sus respuestas fueron tan insultantes que, una vez más, poco le faltó para que lo lincharan. El centurión, para calmar a la turba, envió a Pablo a Cesarea.<sup>[3]</sup>

Las hazañas de Pablo podrían haber repercutido negativamente sobre la fama de los judíos cristianos. En el año 62, el sumo sacerdote Anás, hijo de aquel Anás que había juzgado a Jesús, hizo detener a Santiago, lo juzgó ante el Sanedrín y lo arrojó desde lo alto de la muralla del Templo, posiblemente desde el pináculo donde su hermano había sido tentado por el diablo. Santiago fue a continuación lapidado y recibió el *coup de grâce* con un martillo.<sup>[\*3]</sup> Josefo, que vivía en Jerusalén, criticó a Anás y lo calificó de «salvaje», y explicó que, en su mayoría, los judíos estaban horrorizados: el hermano de Jesús siempre había sido respetado por todos. El rey Agripa II destituyó de inmediato a Anás. Los cristianos, no obstante, siguieron siendo una dinastía: la sucesión de Jesús y Santiago la asumió su primo, o hermanastro, Simón.

Pablo, mientras tanto, llegó a Cesarea donde fue recibido por Félix, el procurador, y por su esposa, la antigua reina Drusila, de la casa de Herodes. El procurador le ofreció la libertad a cambio de un soborno, y Pablo la rechazó. Félix en aquel momento tenía preocupaciones más urgentes: había estallado la violencia entre judíos y sirios y el procurador había aniquilado a una gran cantidad de judíos, motivo por el cual se le ordenó regresar a Roma,<sup>[\*4]</sup> dejando a Pablo en prisión. Herodes Agripa II y su hermana Berenice, la antigua reina de Calcidia y de Cilicia (y supuestamente la incestuosa amante de su hermano), visitaron Cesarea para recibir al nuevo procurador, quien le ofreció al rey el caso del cristiano, lo mismo que había hecho Pilato antes que él cuando le envió Jesús a Antipas.

Pablo predicó la buena nueva cristiana a la pareja real, reclinada en «gran

pompa», adaptando hábilmente su mensaje a la moderación del rey: «porque tú conoces todas las costumbres y controversias de los judíos... ¿Crees en los profetas, rey Agripa? Yo sé que crees en ellos».

«¡Un poco más, y me convences que me haga cristiano!», respondió el rey. «Podía este hombre ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César». Sin embargo, Pablo sí había apelado a Nerón, y debía ir a Nerón.<sup>[4]</sup>

## JOSEFO: LA CUENTA ATRÁS DE LA REVOLUCIÓN

Pablo no era el único judío a la espera de ser juzgado por Nerón. Félix también había enviado a unos desgraciados sacerdotes del Templo que iban a ser juzgados por el emperador. Un amigo suyo, José ben Matías, un joven de veintiséis años, decidió zarpar hacia Roma y salvar a sus compañeros sacerdotes. Más conocido como Josefo, el joven sería muchas cosas: comandante rebelde, protegido de los Herodes, cortesano imperial, pero, por encima de todo, sería el máximo historiador de Jerusalén.

Josefo era hijo de un sacerdote, descendiente de los macabeos y terrateniente judío, y había sido educado en Jerusalén, donde su erudición causaba admiración. De adolescente había experimentado con las tres sectas judías más importantes, y llegó incluso a unirse a los ascetas del desierto, antes de regresar a Jerusalén.

A su llegada a Roma, Josefo estableció contacto con un actor judío que gozaba del favor del pernicioso emperador y amante del teatro. Nerón había asesinado a su esposa y se había enamorado de Popea, una belleza pelirroja de tez clara, y casada. Una vez convertida en emperatriz, Popea le dio a Nerón la confianza para matar a su propia madre, la monstruosa Agripina. Popea también se convirtió en una de las medio judías «temerosas de Dios». Josefo, por medio de su amigo, el actor judío, llegó hasta la emperatriz, que ayudó a sus amigos. Josefo había logrado su propósito pero, a su regreso, encontró que en Jerusalén «muchos estaban exaltados con la idea de rebelarse contra Roma». La revuelta, no obstante, no tenía por qué ser inevitable: la relación entre Popea y Josefo constituye la prueba de que las líneas entre Roma y Jerusalén seguían abiertas. Una gran cantidad de peregrinos judíos llenaba cada año la ciudad, y, pese a la presencia de sólo una cohorte romana auxiliar (entre 600 y 1200 hombres) en la fortaleza Antonia, apenas se daban disturbios. La rica ciudad del Templo vivía «en estado de paz y prosperidad», gobernada por un sumo sacerdote nombrado por un rey judío. La construcción del Templo apenas acababa de terminarse, lo que había llevado a 18 000 obreros al desempleo. Agripa, por tanto, creó más trabajo encargándoles la construcción de nuevas calles.<sup>[\*5]</sup>

En cualquier momento, un emperador más diligente y un procurador más justo podrían haber restablecido el orden entre las facciones judías. Mientras los eficaces

libertos griegos gobernaron el imperio de Nerón, se toleró que el emperador fingiera ser actor o atleta, o incluso que asesinara a su propia madre. Sin embargo, cuando la economía empezó a fallar, la ineptitud de Nerón se extendió hasta Judea, donde sus procuradores ya no «omitían practicar ninguna forma de villanía». En Jerusalén, el último procurador nombrado para el cargo gestionaba una red de protección que cobraba sobornos de los notables cuyos séquitos de matones competían con los sicarios en sembrar el terror en la ciudad. No puede de ningún modo sorprender que otro profeta, irónicamente también llamado Jesús, gritara alto y claro en el Templo: «¡Pobre de ti, Jerusalén!». Al tomarle por demente, en lugar de ejecutarlo, fue azotado. Con todo, Josefo apenas menciona sentimientos antirromanos.

En el año 64, Roma se incendió. Nerón probablemente supervisó las tareas de extinción y abrió sus jardines a aquellos que habían perdido su hogar. Sin embargo, los partidarios de la teoría de la conspiración afirmarían que Nerón había provocado el incendio para poder así construirse un palacio más grande, y que no se preocupó de apagar el fuego porque estaba ocupado tañendo su lira. Nerón culpó del incendio a esa secta medio judía en rápida expansión, los cristianos, y ordenó la ejecución de muchos de sus miembros, quemados vivos, descuartizados por animales salvajes o crucificados. Entre sus víctimas se encontraban dos cristianos detenidos en Jerusalén años antes: se dice que Pedro fue crucificado cabeza abajo, y Pablo, decapitado. El pogromo anticristiano de Nerón le hizo acreedor de un lugar en el libro del Apocalipsis, el último del canon que se convertiría en el Nuevo Testamento: las «bestias» de Satán son emperadores romanos, y el número de la bestia, el 666, sea posiblemente un código para Nerón.<sup>[\*6]</sup>

Las «exquisitas torturas» que ingenió para los cristianos no salvaron a Nerón. En su propia casa, le dio una patada en el estómago a su esposa Popea, embarazada, y la mató sin querer. Mientras el emperador ejecutaba a sus enemigos, reales o imaginarios, al mismo tiempo que impulsaba su carrera de actor, su último procurador en Judea, Gesio Floro, «hacía ostentación de sus indignas atrocidades cometidas contra la nación». La catástrofe se inició en Cesarea: los gentiles sacrificaron un gallo en el exterior de una sinagoga y los judíos protestaron. Los gentiles compraron el apoyo de Floro con un soborno, y el procurador condujo sus tropas hasta Jerusalén exigiéndole al Templo un impuesto de 17 talentos. Cuando en la primavera del año 66 apareció en el Praetorium, los jóvenes judíos recogieron calderilla y la arrojaron contra él. Floro lanzó entonces a sus tropas contra la multitud y les exigió a los notables del Templo que le entregaran a los alborotadores, pero los notables se negaron. Los soldados de Floro se desbocaron, «entraron en todas las casa y mataron a sus habitantes» y Floro flageló y crucificó a sus prisioneros, entre ellos a notables judíos que eran ciudadanos romanos. Ésa fue la gota que hizo desbordar el vaso: los aristócratas del Templo ya no podían confiar en la protección de Roma. La

brutalidad de las tropas griegas y romanas de Floro inflamó la resistencia judía. Los cascos de la caballería de Floro resonaban por las calles con «un grado de locura», e incluso llegaron a atacar a la hermana del rey Agripa, la reina Berenice, quien, protegida por los miembros de su guardia, logró regresar al palacio de los macabeos. Berenice decidió entonces salvar a Jerusalén.<sup>[5]</sup>

## CAPÍTULO 13

### LAS GUERRAS JUDÍAS: LA MUERTE DE JERUSALÉN, 66-70 D. C.

#### BERENICE, LA REINA DESCALZA: REVOLUCIÓN

Berenice caminó descalza hasta el Praetorium, siguiendo tal vez la misma ruta que había recorrido Jesús entre Herodes Antipas y Pilato treinta años antes. La hermosa Berenice, hija y hermana de reyes y dos veces reina, peregrinó a Jerusalén para agradecerle a Dios haberse recuperado de una enfermedad, ayunó treinta días y se afeitó la cabeza (algo insólito en una princesa romanizada de la casa de Herodes). Se arrojó a los pies de Floro y le suplicó que detuviera la persecución, pero Floro quería venganza y botín. Y mientras los refuerzos de Floro se acercaban cada vez más a Jerusalén, los judíos estaban divididos entre aquellos que deseaban la reconciliación con los romanos, y los radicales que se preparaban para la guerra, albergando tal vez la esperanza de lograr una independencia limitada bajo el protectorado de Roma.

Los sacerdotes del Templo, en un intento de contener a los jóvenes rebeldes, sacaron en procesión los recipientes sagrados y, en señal de duelo, se cubrieron la cabeza de polvo. Los judíos salieron a pie a recibir pacíficamente a las cohortes romanas, pero la caballería, siguiendo las instrucciones de Floro, se lanzó sobre ellos y los pisoteó. La multitud echó a correr hacia las puertas y mucha gente murió asfixiada durante la estampida. Floro cargó a continuación contra el monte del Templo esperando poder capturar la fortaleza Antonia, pero los judíos reaccionaron y desde los tejados bombardearon con lanzas a los romanos, ocuparon la fortaleza y cortaron los puentes que llevaban al Templo, al que también convirtieron así en una fortaleza.

En el preciso momento en el que Floro salía, llegaba Herodes Agripa de Alejandría. El rey convocó una asamblea de jerosolimitanos en la parte alta de la ciudad, bajo su palacio. Berenice se quedó escuchando desde la seguridad del tejado a Agripa que les suplicaba a los judíos que abandonaran la rebelión: «No os aventuréis a enfrentaros a todo el ejército de los romanos. La guerra, una vez iniciada, no puede fácilmente abandonarse. El poder de los romanos es invencible en todas partes de la tierra habitable. Tened pues compasión y misericordia, si no de vuestros hijos y mujeres, a lo menos de esta ciudad: ¡salvad el Templo!». Agripa y su hermana rompieron a llorar ante todo el pueblo. Los jerosolimitanos respondieron a gritos que sólo querían luchar contra Floro. Agripa les pidió entonces que pagaran su tributo, el pueblo aceptó y Agripa los condujo hasta el Templo para organizar estos gestos

pacíficos. Sin embargo, una vez en el monte del Templo, el rey Agripa insistió en que los judíos obedecieran a Floro hasta la llegada del nuevo procurador, lo que reavivó la indignación de la multitud.

Los sacerdotes, entre los que se encontraba Josefo, se reunieron en el Templo a debatir si debían o no dejar de ofrecer el sacrificio diario al emperador romano, el acto que simbolizaba su lealtad hacia Roma. Este decisivo acto de rebelión fue aprobado: «los cimientos de la guerra contra los romanos», escribiría Josefo, quien también se había unido a la revuelta. Cuando los rebeldes capturaron el Templo, y los notables moderados tomaron la zona alta de la ciudad, las facciones judías arremetieron la una contra la otra con hondas y jabalinas.

Agripa y Berenice abandonaron Jerusalén, no sin antes enviar tres mil soldados de caballería a darles apoyo a los moderados, pero triunfaron los extremistas. Los zelotes, un partido establecido alrededor del Templo y que gozaba de gran popularidad, y los sicarios, los bandoleros de la daga, se lanzaron a saco contra la zona alta de la ciudad y expulsaron a las tropas del rey Agripa. Incendiaron los palacios de los sumos sacerdotes y de los macabeos, y también los archivos en los que quedaban registradas las deudas. Su líder, un señor de la guerra «bárbaro y cruel», gobernó Jerusalén por un breve tiempo, hasta que los sacerdotes lo asesinaron y los sicarios huyeron a refugiarse a la fortaleza de Masada cerca del mar Muerto sin desempeñar ningún papel más hasta después de la caída de Jerusalén.

Los sacerdotes habían recuperado el control teórico de la ciudad, pero a partir de aquel momento, las facciones en Jerusalén y sus cabecillas, en general, oportunistas de las provincias y aventureros locales, además de fanáticos religiosos, se embarcaron en una guerra civil judía salvaje y caótica. Ni siquiera Josefo, nuestra única fuente, consigue explicar con claridad quién formaba parte de dichas facciones o cuáles eran sus creencias. Consigue, sin embargo, rastrear el fanatismo religioso antirromano hasta sus orígenes, las rebeliones de los galileos que siguieron a la muerte de Herodes el Grande: «sienten pasión por una libertad prácticamente imposible de conquistar, puesto que están convencidos de que sólo Dios es su líder». «Sembraron la semilla de la que surge la vida». Durante los siguientes sesenta años, afirma, los judíos lucharon contra los judíos en una «carnicería perpetua».

La guarnición romana de seiscientos hombres que todavía defendía la ciudadela de Herodes el Grande aceptó rendir sus armas a cambio de salir sanos y salvos de la ciudad, pero estos sirios y griegos que habían matado a tantos judíos inocentes fueron entonces asesinados en medio de una «salvaje carnicería». El rey Agripa renunció a sus intentos de mediación y se puso del lado de Roma. En noviembre del año 66, el gobernador romano de Siria, con el apoyo de Agripa y de otros reyes aliados, condujo su ejército a través de Antioquía y, después de intensos combates, logró penetrar en Jerusalén. Sin embargo, se retiró de improviso, tal vez tras haber sido sobornado, y su

retirada, bajo el feroz ataque de los judíos, costó la vida de más de cinco mil soldados romanos, y el águila de una legión.

La suerte había sido echada. El orgullo romano debía ser vengado. Los rebeldes eligieron al antiguo sumo sacerdote, Anás, como el caudillo de Israel independiente. Anás reforzó las murallas, mientras en la ciudad resonaba el martilleo de los herreros que forjaban armaduras y armas. También nombró generales, uno de ellos, el futuro historiador Josefo, que ahora salió de la ciudad con el cargo de comandante de Galilea donde se encontró luchando contra un cabecilla, Juan de Giscala, con una violencia mucho mayor de la que ambos empleaban en combatir a los romanos.

Si bien las nuevas monedas judías celebraban «La libertad de Sión» y «Jerusalén la Santa», parecía que se trataba de una liberación que pocos habían deseado, y la ciudad se mantenía a la espera como «un lugar condenado a la destrucción». A Nerón, las noticias de la rebelión de Israel le llegaron mientras se encontraba en Grecia, adonde había ido a interpretar sus canciones y competir en las carreras de carros de los Juegos Olímpicos (ganó, pese a caerse del carro).

## LA PROFECÍA DE JOSEFO: EL MULERO EMPERADOR

Nerón, que temía a los generales victoriosos, eligió a un tenaz veterano de su corte, Tito Flavio Vespasiano, de casi sesenta años. Y aunque solía irritar al emperador al dormirse durante sus representaciones teatrales, se había hecho un nombre en la conquista de Britania, y su sobrenombre, «el mulero», dejaba adivinar su monótona fiabilidad y el modo en el que había acumulado su fortuna, vendiéndole mulas al ejército.

Vespasiano, envió a su hijo Tito a Alejandría a recabar refuerzos, y logró reunir un ejército de sesenta mil soldados, cuatro legiones, a los que había que sumar los honderos sirios, los arqueros árabes y la caballería del rey Herodes Agripa. Después se dirigió hacia la costa de Ptolemais (Acre) y a principios del año 67, inició la metódica reconquista de Galilea, enfrentado a la fanática resistencia de Josefo y sus galileos, hasta que Vespasiano puso sitio a Josefo en la fortaleza de Jotapata. El 20 de julio de aquel año, Tito se introdujo subrepticamente por las destrozadas murallas y conquistó la ciudad. Los judíos lucharon hasta la muerte, y muchos de ellos se suicidaron. Josefo se ocultó en una cueva junto a otros pocos supervivientes donde, tras quedar atrapados por los romanos, decidieron suicidarse. Echaron a suertes quién mataba a quién. «Gracias a la providencia de Dios», o tal vez haciendo trampa en el sorteo, a Josefo le tocó el último turno y salió vivo de la cueva. Vespasiano decidió enviárselo como trofeo a Nerón, lo que implicaba una muerte atroz, pero Josefo solicitó audiencia con el general y una vez ante Vespasiano y Tito, dijo: «¡Vespasiano! Vengo a ti como mensajero de buenas nuevas. ¿Me quieres enviar a



Nerón? ¿Por qué? Tú, Vespasiano, eres y serás el César y emperador, tú y tu hijo». El adusto Vespasiano, halagado, mantuvo a Josefo en prisión y le enviaba regalos. Tito, que tenía casi la misma edad que Josefo, trabó amistad con él.

Mientras Vespasiano y Tito avanzaban hacia Jerusalén, el rival de Josefo, Juan de Giscala, huyó a refugiarse en la capital, «una ciudad sin gobernador» entregada a una frenética y autodestructiva carnicería.

## EL BURDEL DE JERUSALÉN: LOS TIRANOS JUAN Y SIMÓN

Las puertas de Jerusalén permanecieron abiertas a los peregrinos judíos, y así, una avalancha de fanáticos religiosos, curtidos combatientes, degolladores expertos y miles de refugiados llegó a la ciudad, donde los rebeldes consumían su energía en guerras de bandas, la búsqueda del placer orgiástico y viciosas cazas de brujas en busca de traidores.

Una pandilla de jóvenes y violentos bandidos les disputaban ahora el gobierno a los sacerdotes, e invadieron el Templo y expulsaron de él incluso al sumo sacerdote, eligiendo en su lugar y por sorteo a un «simple rústico». Anás reunió a los jerosolimitanos y lanzó un ataque contra el Templo, pero vaciló antes de asaltar los patios interiores y el Santo de los santos. Juan de Giscala y sus guerreros galileos vieron entonces la oportunidad de apoderarse de toda la ciudad. Juan invitó a los idumeos, esa «nación, la más bárbara y sanguinaria» del sur de Jerusalén, a unirse a él. Los idumeos irrumpieron en la ciudad, asaltaron el Templo, donde «la sangre manaba a raudales», y a continuación se lanzaron descontrolados por las calles de la ciudad, matando a doce mil de sus habitantes. Asesinaron a Anás y a sus sacerdotes, los desvistieron y pisotearon sus cadáveres desnudos, y los arrojaron por encima de las murallas para que los devoraran los perros. «La muerte de Anás», explica Josefo, «fue el principio de la destrucción de la ciudad». Finalmente, cargados de botín y satisfechos su sed de sangre, los idumeos abandonaron Jerusalén que quedaba así bajo el dominio de un nuevo cabecilla, Juan de Giscala.

Aunque los romanos no estaban demasiado lejos, Juan dio rienda suelta a sus galileos y zelotes para que disfrutaran del botín conseguido, y la Santa Casa se convirtió en una casa de depravación. Algunos de los seguidores de Juan perdieron pronto la fe depositada en el tirano, desertaron y se unieron a un joven guerrero llamado Simón ben Giora, el poder en alza en el exterior de la ciudad, «no tan astuto como Juan, pero que le superaba en resistencia y valor». Simón «era un terror mayor para el pueblo que los propios romanos». Los jerosolimitanos, imaginando que así podrían salvarse de un tirano, invitaron a un segundo tirano, Simón ben Giora, que al cabo de poco tiempo ya ocupaba la mayor parte de la ciudad. Sin embargo, Juan todavía conservaba el Templo. Los zelotes se rebelaron contra él, se apoderaron de la

zona más interior del Templo y así, en palabras de Tácito, «había tres capitanes con otros tantos ejércitos» combatiendo entre ellos por una sola ciudad, pese a que los romanos estaban cada vez más cerca. Cuando la vecina Jericó cayó ante Vespasiano, las tres facciones judías dejaron de luchar entre ellas y se dedicaron a fortalecer las defensas de Jerusalén, cavando trincheras y reforzando la tercera muralla de Herodes Agripa I en el norte. Vespasiano empezó a preparar el sitio de Jerusalén, pero entonces, de repente, detuvo los preparativos.

Roma había perdido su cabeza visible. El 9 de junio del año 68, Nerón, acosado por las rebeliones, se suicidó pronunciando las siguientes palabras: «¡Qué gran artista pierde el mundo con mi muerte!». Roma aclamó y derrocó a tres emperadores en rápida sucesión, al mismo tiempo que tres falsos Neronos se alzaban y se desvanecían en las provincias, como si uno solo y auténtico no hubiera sido ya bastante. Finalmente, las legiones de Judea y Egipto aclamaron a Vespasiano como su emperador. El mulero recordó entonces la profecía de Josefo y lo liberó, concediéndole la ciudadanía romana y nombrándole consejero, casi su mascota, antes de conquistar Judea primero, y luego el mundo. Berenice empeñó sus joyas para contribuir a financiar la reivindicación de Vespasiano al trono de Roma, un gesto que el mulero supo agradecer. El nuevo emperador se dirigió a Roma pasando por Alejandría, y su hijo Tito, al mando de sesenta mil soldados, avanzó hacia la Ciudad Santa, consciente de que su dinastía dependía del destino de Jerusalén.<sup>[1]</sup>

## **PARTE 2**

### **PAGANISMO**

¡Cómo está solitaria la ciudad populosa!  
Se ha quedado como una viuda la grande entre las naciones;  
la princesa entre las provincias tiene que pagar tributo.  
Pasa la noche llorando, las lágrimas corren por sus mejillas.  
No hay nadie que la consuele entre todos los que la amaban:  
todos sus amigos la han traicionado, se han convertido en enemigos.

Lamentaciones 1,1-2

Incluso mientras Jerusalén todavía se mantenía en pie  
y los judíos estaban en paz con nosotros,  
la práctica de sus sagrados ritos estaba en desacuerdo  
con la gloria de nuestro imperio  
y con las costumbres de nuestros antepasados.

Cicerón, Pro L. Flaco

Es mejor que una persona viva en la tierra de Israel  
en una ciudad en la que no hay ningún judío  
a que lo haga fuera de la tierra  
en una ciudad totalmente judía.  
Para aquel que allí está enterrado  
es como si hubiera nacido en Jerusalén,  
y para aquel que está enterrado en Jerusalén,  
como si hubiera nacido bajo el trono de la gloria.

Judah ha Nasi, Talmud

Diez medidas de belleza descendieron sobre el mundo,  
nueve de ellas fueron entregadas a Jerusalén y una,  
al resto del mundo.

Midrash Tanhuma, *Kedoshim* 10

Por la libertad de Jerusalén.

Simón bar Kojba, monedas

Y así, Jerusalén fue destruida en el mismo día de Saturno,  
el día que, incluso ahora, los judíos veneran más.

Dión Casio, *Historia de Roma*

# CAPÍTULO 14

## AELIA CAPITOLINA

### EL TRIUNFO DE TITO: JERUSALÉN EN ROMA

Unas semanas más tarde, una vez destruida la ciudad y completada su gira de sangrientos espectáculos, Tito pasó de nuevo por Jerusalén, donde comparó sus melancólicas ruinas con su gloria desaparecida. A continuación, zarpó hacia Roma a celebrar la conquista de Jerusalén llevándose con él a los líderes judíos capturados, a su regia amante Berenice, a su renegado favorito, Josefo, y los tesoros del Templo. Vespasiano y Tito, coronados de laurel y vestidos de púrpura, emergieron del templo de Isis, fueron saludados por el Senado y ocuparon su lugar en el foro para asistir al espectáculo de uno de los triunfos más extravagantes de la historia de Roma.

El desfile de estatuas de dioses y carrozas doradas, algunas de tres y hasta cuatro pisos, cargadas de tesoros, les ofreció a los espectadores «maravilla y magnificencia», observaría Josefo con acritud, «porque era de ver aquí una tierra fértil y abundante» que había sido devastada. La caída de Jerusalén se representó en forma de *tableaux vivants*, cargas de legionarios, matanzas de judíos, el Templo en llamas y, en la parte superior de cada carroza, en pie, los comandantes romanos de todas las ciudades conquistadas. Tras ellos seguían, en opinión de Josefo, lo más cruel de todo el espectáculo, los espléndidos tesoros del Santo de los santos: la mesa de oro, los candelabros y la Ley de los judíos. El prisionero estrella, Simón ben Giora, fue exhibido con una soga al cuello.

Cuando la cabalgata se detuvo ante el templo de Júpiter, Simón y los cabecillas rebeldes fueron ejecutados, la multitud estalló en aclamaciones y se ofrecieron sacrificios. Allí murió Jerusalén, reflexionaría Josefo: «Ni su antigüedad, ni su gran riqueza, ni su gente diseminada por todo el mundo habitable, ni tampoco siquiera la gran gloria de sus ritos religiosos, fueron suficientes para impedir su ruina».

El Arco de Tito, que todavía permanece en pie en Roma, se construyó en conmemoración de este triunfo.<sup>[\*1]</sup> El botín judío financió la construcción del Coliseo y del Templo de la Paz, donde Vespasiano expuso los trofeos conquistados en Jerusalén, excepto los rollos de la Ley y los velos púrpura del Santo de los santos que se instalaron en el palacio imperial. El triunfo y la remodelación del centro de Roma celebraban no sólo una nueva dinastía, sino además la nueva consagración del propio imperio y la victoria sobre el judaísmo. El impuesto que todos los judíos pagaban al Templo fue sustituido por el *fiscus judaicus*, que se pagaba al estado romano para

financiar la reconstrucción del templo de Júpiter, una humillación aplicada de forma feroz.<sup>[\*2]</sup> Pese a todo, la mayor parte de los judíos que sobrevivía en Judea y en Galilea y en las pobladas comunidades del Mediterráneo y de Babilonia siguió viviendo igual que había vivido antes, aceptando el dominio romano o parto.

La guerra de los judíos no había terminado del todo. La fortaleza de Masada todavía resistió tres años bajo el mando de Eleazar el Galileo. Cuando los romanos instalaron una rampa para asaltar la fortaleza, en abril del año 73, su líder se dirigió a sus hombres y sus familias y les habló de las realidades de ese nuevo y sombrío mundo: «¿Qué se ha hecho ahora (de aquella ciudad) que pensábamos que Dios mandaba en ella?». Jerusalén había desaparecido y ahora se enfrentaban a la esclavitud:

*Habiendo determinado, mucho tiempo ha, varones muy esforzados, el no sujetarme a servidumbre no de romanos ni de cualquiera otra gente, sino de servir a Dios solamente... Somos los primeros que nos hemos rebelado contra ellos, y los últimos que con ellos guerreamos. Pienso que Dios nos ha concedido esta gracia, que podamos morir libres... Tomémosle [el castigo] ante nosotros mismos por nuestras propias manos, porque morirán las mujeres sin ser injuriadas, y morirán los hijos sin experimentar qué cosa es la servidumbre.*

Entonces, los maridos «saludaban y despedíanse de sus mujeres, abrazándolas y quitándoles a los hijos de las faldas y los regazos, llorando en extrema manera los besaban». Cada hombre mató a su esposa e hijos, y diez hombres fueron seleccionados por sorteo para matar al resto hasta que los 960 estuvieron todos muertos.

A la mayoría de los romanos, el suicidio de Masada les confirmó que los judíos eran unos fanáticos dementes. Tácito, treinta años más tarde, expresaría la visión convencional según la cual los judíos eran unos fanáticos religiosos «siniestros y repugnantes» que tenían supersticiones extrañas, entre las que se incluían el monoteísmo y la circuncisión, que despreciaban a los dioses romanos, «rechazaban el patriotismo» y que «han ido acreditándose con fea y torpe malicia de los hombres». Josefo, por su parte, recogió los detalles de lo ocurrido en Masada de un puñado de supervivientes que se habían escondido durante el suicidio, y no pudo ocultar su admiración por el valor de los judíos.

BERENICE: LA CLEOPATRA JUDÍA

En Roma, Josefo se alojó en la antigua casa de Vespasiano. Tito le entregó algunos de los rollos del Templo, le concedió una pensión y tierras en Judea y le encargó su primer libro, *Las guerras de los judíos*. El emperador y Tito no fueron sus únicas fuentes. «Queridísimo amigo», le escribió Herodes Agripa, «cuando nos encontremos, podré informarte de muchos detalles ignorados». Josefo, sin embargo, cayó en la cuenta de que «mi posición privilegiada suscitaba envidias y conllevaba peligro»: necesitaba la protección imperial de la que gozó hasta el reinado de Domiciano, quien solícitamente, ejecutó a algunos de sus enemigos. Aun así, y aunque Josefo, en sus últimos años, disfrutara del favor de la dinastía Flavia (murió alrededor del año 100 d. C.), no perdió la esperanza de que el Templo fuera reconstruido, rebosante de orgullo por la contribución de los judíos a la civilización: «nosotros hemos iniciado a otros pueblos en muchas y hermosas ideas. Pues, ¿qué puede haber más hermoso que la piedad inviolable? ¿Qué más justo que la obediencia a las Leyes?».

Berenice, la princesa de la casa de Herodes, permaneció en Roma junto a Tito, pero sus vistosos diamantes, sus aires regios y las historias del incesto con su hermano ofendieron a los romanos. «Se instaló en palacio cohabitando con Tito. Esperaba casarse con él y ya se comportaba en todos los aspectos como si fuera su esposa». Se dijo que Tito ordenó el asesinato de su general Cecina por haber flirteado con ella. Tito la amaba, pero los romanos la compararon a la mujer fatal de Marco Antonio, Cleopatra, o a algo peor, puesto que a los judíos vencidos ahora se les despreciaba, y Tito se vio obligado a alejarla de su lado. Tras la muerte de Vespasiano y el ascenso al trono de Tito en el año 79, Berenice, ya pasados los cincuenta años, regresó a Roma, donde se levantó tal clamor de protesta que Tito se separó por segunda vez de la Cleopatra judía, consciente de lo poco segura que estaba la dinastía en el trono. Tal vez Berenice se reuniera con su hermano, casi el último miembro de la dinastía de los Herodes.<sup>[\*3]</sup>

El reinado de Tito fue breve. Murió dos años más tarde con las palabras «Sólo he cometido un error». ¿La destrucción de Jerusalén? Los judíos creyeron que su muerte prematura fue un castigo de Dios.<sup>[1]</sup> Durante cuarenta años, en la arrasada Jerusalén reinó un tenso agotamiento, antes que Judea estallara de nuevo en un último y catastrófico espasmo de rabia.

## MUERTE DE LA DINASTÍA DE JESÚS: LA CRUCIFIXIÓN OLVIDADA

El campamento de la Décima Legión, acuartelada en Jerusalén, estaba instalado en lo que en la actualidad es el barrio armenio, cerca de las tres torres de la ciudadela de Herodes; la base de la última de estas torres, la torre Hípico, todavía se conserva

en la actualidad. Las tejas y ladrillos romanos, siempre grabados con el emblema antijudío, el cerdo, se han encontrado por toda la ciudad. Jerusalén no había quedado completamente desierta, sino que había sido colonizada por excombatientes sirios y griegos que, por tradición, odiaban a los judíos. Este paisaje desértico y lunar de grandes rocas amontonadas debía sin duda de tener un aspecto fantasmagórico. Ahora bien, es posible que los judíos no hubieran perdido la esperanza de poder reconstruir el Templo, como ya había ocurrido antes en otra ocasión.

Vespasiano le permitió al rabino Yohanan ben Zakkai, aquel que había huido de Jerusalén oculto en un ataúd, que enseñara la Ley en Yavne (Jamnia), en la costa mediterránea, y no expulsó formalmente a los judíos de Jerusalén. Es más, es muy probable que muchos de los judíos más ricos se unieran a los romanos, igual que habían hecho Josefo y Herodes Agripa. No obstante, no se les permitía el acceso al monte del Templo, y los peregrinos mostraron su amargo dolor por el Templo rezando junto a la tumba de Zacarías,<sup>[\*4]</sup> en el valle de Kidron. Algunos de ellos confiaban en que el Apocalipsis restauraría el reino de Dios, pero para Ben Zakkai, la ciudad desaparecida adquirió un misticismo inmaterial. Cuando visitó sus ruinas, su pupilo exclamó: «¡Ay de nosotros!». «No te lamentes», replicó el rabino (según el Talmud, compilado varios siglos más tarde), «tenemos otra expiación, actos de amor benevolente». Y aunque nadie en aquel momento cayó en la cuenta, se trataba del principio del judaísmo moderno, sin el Templo.

Los cristianos judíos, dirigidos por Simón, hijo de Cleofás, el hermanastro o el primo de Jesús, regresaron a Jerusalén donde empezaron a venerar la sala del Cenáculo, en lo que hoy es el monte Sión. Bajo el edificio actual hay una sinagoga, construida posiblemente con los cascotes del Templo de Herodes. Sin embargo, un número cada vez mayor de cristianos gentiles de todo el Mediterráneo no veneraban ya a la Jerusalén terrenal. La derrota de los judíos les apartó para siempre de la religión madre, y les demostró la veracidad de las profecías de Jesús y la existencia de una nueva revelación. Jerusalén no era más que la desolación de una religión fracasada. El libro del Apocalipsis sustituyó el Templo por Cristo, el cordero de Dios. En los Últimos Días, Jerusalén, dorada y engalanada, descendería de los cielos.

Estas sectas debían actuar con cautela: los romanos mantenían la guardia ante cualquier indicio de monarquía mesiánica. El sucesor de Tito, su hermano Domiciano, mantuvo el impuesto antijudío y persiguió a los cristianos, un modo de reunir apoyos para su inestable régimen. Tras su asesinato, el pacífico y anciano emperador Nerva suavizó la represión y abolió el impuesto judío, pero era un falso amanecer. Nerva, que no tenía hijos, nombró heredero a su general más distinguido, Trajano, un hombre duro, alto, atlético, el emperador ideal, tal vez el más grande de los emperadores desde Augusto, pero un hombre que, no obstante, se veía a sí mismo como un conquistador de nuevas tierras y restaurador de los antiguos valores, malas



noticias para los cristianos, y peores aún para los judíos. En el año 106 ordenó la crucifixión de Simón, el obispo de los cristianos en Jerusalén, porque Simón, igual que Jesús, afirmaba ser descendiente del rey David. Con él terminó la dinastía de Jesús.

Trajano, orgulloso de la fama alcanzada por su padre luchando contra los judíos bajo el mando de Tito, restableció el *fiscus judaicus*. Asimismo, adorador del heroico Alejandro, invadió Partia y expandió la hegemonía de Roma hasta Iraq, donde vivían los judíos babilonios, quienes, durante los combates, solicitaron sin duda la ayuda de sus hermanos romanos. Mientras Trajano avanzaba hacia el interior de Iraq, los judíos de África, Egipto y Chipre, capitaneados por «reyes» rebeldes posiblemente coordinados por los judíos de Partia, masacraron a miles de romanos y griegos, venganza al fin.

Trajano, temiendo ataques a traición de los judíos por la retaguardia y el ataque de los judíos babilonios en su avance hacia el interior de Iraq, «estaba decidido, si podía, a destruir por completo esa nación». Ordenó matar a los judíos desde Egipto hasta Iraq, donde, escribiría el historiador Apiano, «Trajano está destruyendo por completo la raza judía». Ahora se consideraba que los judíos eran hostiles al imperio romano: «Consideran profano todo lo que nosotros tenemos por sagrado», escribió Tácito, «mientras que permiten todo lo que nosotros abominamos».

El nuevo gobernador de Siria, Elio Adriano, casado con la sobrina de Trajano, fue testigo del problema judío de Roma. Tras la muerte inesperada de Trajano sin dejar un heredero, su emperatriz anunció que en su lecho de muerte había adoptado un hijo, y que el nuevo emperador era Adriano, quien pergeñó una solución para acabar con el problema judío de una vez. Adriano sería un emperador extraordinario, uno de los constructores de Jerusalén y uno de los mayores monstruos de la historia judía.<sup>[2]</sup>

## ADRIANO: LA SOLUCIÓN JERUSALÉN

En el año 130, el emperador, acompañado por su joven amante Antínoo, visitó Jerusalén y decidió abolir la ciudad, incluso su nombre. En la ubicación en la que se había alzado la antigua ciudad ordenó la construcción de una nueva que llevaría el nombre de Aelia Capitolina, en honor a su propio nombre y al de Júpiter Capitolino (el dios más estrechamente asociado con el estado), y prohibió la circuncisión, el símbolo del compromiso con Dios de los judíos, bajo pena de muerte. El emperador se marchó después de Egipto sin tener ninguna conciencia del daño que esos golpes habían causado a los judíos, quienes, por su parte, cayeron en la cuenta de que la decisión de Adriano significaba que el Templo nunca sería reconstruido.

Adriano, que ya tenía cincuenta y cuatro años, nacido en Hispania en el seno de una próspera familia cuya fortuna descansaba en la producción de aceite de oliva, era

un hombre, según parece, destinado a gobernar el imperio. Bendecido con una memoria fotográfica, podía dictar, escuchar, y consultar al mismo tiempo, diseñaba él mismo sus obras de construcción y componía música y poemas. Vivía en movimiento perpetuo, viajando incansablemente por las provincias para reorganizar y consolidar el imperio. Recibió críticas por retirarse de los territorios que con tanta dificultad había conquistado Trajano en Dacia e Iraq, aunque, a cambio de esa retirada, concibió un imperio estable unido por la cultura griega, por la que sentía un gusto tan marcado que recibió el apodo de «el grieguito». (Esclavos formados en esa tarea le arreglaban la barba griega y el cabello con hierros de rizar el pelo). En el año 123, en uno de sus viajes por Asia Menor, conoció al amor de su vida, el joven griego Antínoo, que se convirtió en lo más parecido a un consorte.<sup>[\*5]</sup> Este emperador perfecto era también un imprevisible obseso del control. En una ocasión, en un ataque de rabia, le clavó una pluma en el ojo a un esclavo; y empezó y terminó su reinado con sangrientas purgas.

En Jerusalén, sobre las ruinas de la ciudad judía, Adriano planificó una ciudad romana clásica, construida alrededor del culto a los dioses romanos, griegos y egipcios. Una espléndida entrada de tres puertas, la Puerta de Neápolis (la actual Puerta de Damasco), edificada con los sillares de Herodes, se abría a un espacio circular decorado con una columna, y a partir de ese punto, las dos calles principales, los Cardines, ejes, conducían hasta dos foros, el primero, cercano a la derruida fortaleza Antonia, y el segundo, al sur de lo que hoy es el Santo Sepulcro. Allí, Adriano construyó su templo de Júpiter e instaló una estatua de Afrodita en el exterior, en la misma roca en la que Jesús había sido crucificado, sin duda una decisión premeditada que tenía el propósito de negarles su santuario a los judíos cristianos. Peor aún, Adriano planificó un santuario en el monte del Templo, marcado por una grandiosa estatua ecuestre de sí mismo.<sup>[\*6]</sup> Adriano estaba erradicando de forma deliberada el carácter judío de Jerusalén. En efecto, había estudiado a aquel otro artista filohelénico del espectáculo, Antíoco Epífanés, y resucitado su plan de construir un templo olímpico en Atenas.

El 24 de octubre, la fecha en la que los egipcios conmemoraban la muerte de su dios Osiris, Antínoo, el amante de Adriano, se ahogó misteriosamente en el Nilo. ¿Se suicidó? ¿Fue sacrificado por Adriano o por los egipcios? ¿Fue un accidente? Al habitualmente inescrutable Adriano se le partió el corazón, y deificó al muchacho identificándolo con Osiris, fundó una ciudad, Antinópolis, y un culto a Antínoo, y distribuyó estatuas de su hermoso rostro y magnífico físico por todo el Mediterráneo.

En el viaje de regreso desde Egipto, Adriano pasó por Jerusalén, donde sin duda inspeccionaría los alrededores de los límites de la ciudad de Aelia Capitolina. Indignados por la represión, por la paganización de Jerusalén y por los obligatorios desnudos del joven Antínoo, los judíos ocultaron armas y prepararon complejos

subterráneos en las colinas de Judea.

Tras la marcha de Adriano, un misterioso líder conocido con el apelativo de Príncipe de Israel inició la más terrible de las guerras judías.<sup>[3]</sup>

## SIMÓN BAR KOJBA: EL HIJO DE LA ESTRELLA

«Al principio, los romanos no prestaron atención a los judíos». Esta vez, sin embargo, los judíos estaban bien preparados y tenían un comandante competente, Simón bar Kojba, que se había autoproclamado Príncipe de Israel e Hijo de la Estrella, el mismo signo místico de realeza que había marcado el nacimiento de Jesús, profetizado en el libro de los Números: «Una estrella se alza desde Jacob, un cetro surge de Israel: golpea las sienes de Moab». Muchos lo aclamaron como el nuevo David. «Éste es el rey Mesías», insistía el respetado rabino Akiba (en el Talmud del siglo XIV), pero no todos estaban de acuerdo. «La hierba crecerá en tu barbilla, Akiba», le respondió otro rabino, «y el hijo de David seguirá sin haber aparecido». El auténtico nombre de Kojba era Bar Kosiba, y los escépticos, haciendo un juego de palabras, decían que era Bar Koziba, el Hijo de la Mentira.

Simón venció con facilidad al gobernador romano y a sus dos legiones. Sus órdenes, descubiertas en una cueva de Judea, revelan la severidad y habilidad de su mando: «Me ocuparé de los romanos», y lo hizo, aniquiló una legión al completo. «Detenía los proyectiles con la rodilla y los volvía a lanzar, y así mató a varios enemigos». El príncipe no toleraba la disensión: «Simon bar Kosiba a Jonatán y Masabala. Que todos los hombres de Tekoa y de otros lugares que están con vosotros me sean enviados de inmediato. Si no lo hacéis, seréis castigados». También un fanático religioso, se le achaca haber ordenado que «los cristianos fueran severamente castigados si no negaban que Jesús era el Mesías», según Justino, un coetáneo cristiano. «Mató a los cristianos cuando éstos se negaron a ayudarle contra los romanos», añadiría Eusebio, otro cristiano, mucho más tarde. «El hombre era sanguinario, y un bandido, se escudaba en su nombre, como si estuviera tratando con esclavos, y afirmaba ser aquel que daba la luz». Se dijo que había puesto a prueba la lealtad de sus hombres pidiéndoles a todos que se cortaran un dedo de la mano.

El Hijo de la Estrella gobernó su estado de Israel desde el fuerte de Herodium, justo al sur de Jerusalén: sus monedas anunciaban «Año uno: la redención de Israel». Ahora bien, ¿acaso consagró de nuevo el Templo y restauró el sacrificio? Sus monedas llevaban grabada la inscripción «por la libertad de Jerusalén», y también el blasón del Templo, pero ninguna de sus monedas ha sido encontrada en Jerusalén. Apiano escribió que Adriano, igual que Tito, había destruido Jerusalén, implicando que quedaba alguna cosa por destruir, y los rebeldes, que arrasaron con todo lo que se les puso delante, sin duda habrían asediado a la Décima Legión en la ciudadela, y

orado en el monte del Templo si hubieran tenido la ocasión, pero ignoramos si lo hicieron.

Adriano se apresuró a regresar a Judea. Desde la lejana Britania, hizo venir a su mejor comandante, Julio Severo, y reunió siete, o incluso doce, legiones que «se lanzaron contra los judíos tratando su locura sin misericordia», según Dión Casio, uno de los pocos historiadores de esta oscura guerra. «Destruyó en grupo a miles de hombres, mujeres y niños y, al amparo de las leyes de la guerra, esclavizó la tierra». Severo, a su llegada, adoptó tácticas judías «aislando a pequeños grupos, privándoles de su comida y cercándolos sin salida» para así poder «aplstarlos y exterminarlos». Los romanos se acercaban cada vez más y Bar Kojba necesitó amenazas severas para garantizar la disciplina: «Si maltratas a los galileos que están contigo», le dijo a un teniente, «¡te pondré grilletes en los pies, igual que hice con Ben Aphul!».

Los judíos se retiraron a las cuevas de Judea, la razón por la que se han encontrado en ellas sus conmovedoras pertenencias y las cartas de Simón. Aquellos refugiados y guerreros se llevaron con ellos las llaves de sus hogares abandonados, el consuelo de quienes estaban condenados a no regresar nunca, y sus objetos de lujo: un plato de cristal, un espejo de tocador en un maletín de cuero, un joyero de madera, una cucharilla para el incienso. Allí perecieron, puesto que sus posesiones yacen junto a sus huesos. Los fragmentos de sus cartas recogen las lacónicas metáforas de la catástrofe: «hasta el final... no tienen ya esperanza... mis hermanos en el sur... murieron por la espada...».

Los romanos llegaron a Betar, a unos diez kilómetros al sur de Jerusalén, la última fortaleza en manos de Bar Kojba. Según la leyenda judía, Simón murió en el último combate en Betar con una serpiente alrededor del cuello. «¡Traedme su cuerpo!», ordenó Adriano, y la cabeza y la serpiente le causaron una gran impresión. «Si Dios no lo hubiera matado, ¿qué hubiera sido de él?». Es muy probable que Adriano ya hubiera regresado a Roma, pero, en cualquier caso, desencadenó una venganza casi genocida.

«Muy pocos sobrevivieron», escribió Dión Casio. «Cincuenta de sus puestos avanzados y 985 pueblos fueron arrasados hasta los cimientos. 585 000 murieron en las batallas» y muchos más por «el hambre, las enfermedades o el fuego». Setenta y cinco asentamientos judíos conocidos, desaparecieron sin más. Tantos judíos fueron esclavizados que en el mercado de esclavos de Hebrón su precio era inferior al de un caballo. Los judíos siguieron viviendo en el campo, pero Judea nunca se recuperó de los estragos de Adriano. Adriano no sólo aplicó y endureció la prohibición de la circuncisión, sino que además les prohibió a los judíos incluso acercarse a Aelia bajo pena de muerte. Jerusalén había desaparecido. Adriano había borrado del mapa a Judea y deliberadamente le dio un nuevo nombre, Palaestina, el de los antiguos enemigos de los judíos, los filisteos.

Adriano fue aclamado imperator, aunque en esta ocasión no se celebró ningún triunfo: el emperador se sentía tan decaído y exhausto por las pérdidas sufridas en Judea que cuando acudió a informar al Senado, fue incapaz de pronunciar la frase habitual de consuelo y confianza: «Yo y las legiones estamos bien». El emperador padecía arterioesclerosis (las arrugas en los lóbulos de las orejas de las estatuas que lo representan así lo indican) y estaba hinchado por la hidropesía. Adriano mató a cualquier posible sucesor, incluso a su cuñado de noventa años, que le lanzó una maldición: «Así desee la muerte y no pueda morir». La maldición se cumplió: incapaz de morir, Adriano intentó suicidarse. Ningún autócrata ha escrito nunca sobre la muerte con tanto ingenio y melancolía como Adriano:

*Pequeña alma, pequeña vagabunda, pequeña seductora,  
huésped y compañera del cuerpo,  
¿A qué lugares te dirigirás ahora?  
a lugares sombríos, fríos y lúgubres,  
y dejarás de hacer tus bromas habituales.*

Cuando por fin murió, «odiado por todos», el Senado se negó a deificarlo. La literatura judía nunca menciona a Adriano sin añadir «¡Qué sus huesos se pudran en el infierno!».

Su sucesor, Antonino Pío, suavizó un poco la persecución de judíos y autorizó de nuevo la circuncisión, pero en el monte del Templo la estatua de Antonino se sumó a la de Adriano<sup>[\*7]</sup> para hacer hincapié en que el Templo nunca sería reconstruido. Los cristianos, ahora ya del todo independientes de los judíos, no pudieron evitar felicitarse. «La casa del santuario», le escribiría el cristiano Justino a Antonino, «se ha convertido en una maldición, y la gloria que bendijeron nuestros padres ha sido consumida por el fuego». Por desgracia para los judíos, la política establecida del imperio desalentó cualquier modificación en la política de Adriano en lo que quedaba de siglo.

Aelia Capitolina, de diez mil habitantes, era un colonia romana de escasa importancia, sin murallas, y de apenas dos terceras partes de su tamaño anterior, que se extendía sólo desde lo que hoy es la Puerta de Damasco hasta la Puerta de la Cadena, con dos foros, el templo de Júpiter en la ubicación del Gólgota, dos baños termales, un teatro, un *nimphaeum* (estanques rodeados de estatuas de ninfas) y un anfiteatro, todos decorados con columnatas, tetrápilos y estatuas, entre ellas una muy grande del muy poco *kosher* cerdo de la Décima Legión. De forma gradual, la Décima Legión se fue trasladando al exterior de la ciudad, cuando los judíos ya no se consideraban una amenaza, sino más como un elemento irritante. El emperador Marco Aurelio, en su viaje hacia Egipto, pasó por la región, y «los desordenados y

malolientes judíos solían causarle repugnancia», y los comparó jocosamente a otras tribus rebeldes: «¡Oh cuados! ¡Oh samaritanos! ¡Al fin he encontrado un pueblo más rebelde que vosotros!». Jerusalén no contaba con más industria natural que la santidad, y la marcha de la Décima Legión sin duda la habría convertido en un lugar más atrasado aún.

En el año 193, la pacífica sucesión en Roma desembocó en una guerra civil, momento en el que los judíos, que ahora vivían sobre todo en Galilea y alrededor de la costa del Mediterráneo, empezaron a agitarse y a pelear con sus enemigos de la zona, los samaritanos, o tal vez se alzaron en apoyo del candidato que al final se haría con el trono, Séptimo Severo, que suavizaría la política antijudía. El nuevo emperador y su hijo Caracalla visitaron Aelia en el año 201 y, al parecer, se reunieron con el dirigente judío Judá ha Nasi, conocido con el sobrenombre de «el Príncipe». Tras su acceso al trono, Caracalla recompensó a Judá con propiedades en el Golán y en Lydda (cerca de Jerusalén) y le concedió asimismo el poder hereditario de arbitrar en disputas religiosas y establecer el calendario, reconociéndolo así como el líder de la comunidad, el patriarca de los judíos.

El próspero Judá, que parece haber combinado la erudición rabínica con el lujo aristocrático, instaló su corte en Galilea, protegido por una guardia personal de soldados godos, donde se dedicó a compilar la Mishná, las tradiciones orales del judaísmo posterior al Templo. Gracias a las relaciones de Judá con la casa imperial, y al paso del tiempo, a los judíos se les permitió, previo soborno a las guarniciones, orar frente a las ruinas del Templo, en el monte de los Olivos o en el valle de Kidron. Allí, creían, residía el *shejinah*, el Espíritu Santo. Se dice que Judá obtuvo el permiso para que una pequeña «comunidad sagrada» de judíos se instalaran a vivir en Jerusalén y pudieran rezar en la única sinagoga de lo que hoy es el monte Sión. Pese a todo ello, los emperadores de la dinastía Severa nunca se plantearon modificar la política de Adriano.

La nostalgia de los judíos por el Templo nunca se debilitó. Dondequiera que vivieran en el curso de los siglos posteriores, los judíos rezaban tres veces al día: «Que sea tu deseo que el Templo sea reconstruido pronto en nuestros días». En la Mishná, compilaron todos y cada uno de los detalles del ritual del Templo, dispuestos para su restauración. «Una mujer podrá ponerse todos sus adornos», instruía la Tosefta, otra compilación de tradiciones orales, «salvo uno pequeño, que dejará en recuerdo de Jerusalén». La cena *seder* de la Pascua judía terminaba con las palabras «el año próximo en Jerusalén». Si en alguna ocasión se acercaban a Jerusalén, concibieron el ritual de rasgarse las vestiduras al ver las ruinas de la ciudad. Incluso aquellos judíos que vivían lejos querían ser enterrados cerca del Templo, para ser así los primeros en resucitar el día del Juicio Final. Ése fue el principio del cementerio judío del monte de los Olivos.

El Templo tenía todas las posibilidades de ser reconstruido, pues en efecto, ya lo había sido antes y estaba a punto de serlo de nuevo. Y mientras los judíos seguían teniendo prohibido formalmente entrar en Jerusalén, ahora era a los cristianos a quienes Roma veía como una clara amenaza.<sup>[4]</sup>

A partir del año 235, el imperio sufrió una crisis que se prolongaría treinta años, desgarrado y roto en el interior y en el exterior. En el este surgió un vigoroso nuevo imperio persa que sustituyó a Partia y se enfrentó a los romanos. Durante la crisis, los emperadores de Roma acusaron a los cristianos de ser ateos que se negaban a sacrificar a sus dioses y los persiguieron salvajemente, aun cuando el cristianismo no fuera tanto una religión única como un compendio de diferentes tradiciones.<sup>[\*8]</sup> Los cristianos, en cualquier caso, estaban de acuerdo en lo básico: la redención y la vida después de la muerte para aquellos a los que Jesucristo había salvado, corroborando las antiguas profecías judías que habían adoptado como propias. Y aunque su fundador había sido ejecutado por los romanos, acusado de rebelde, los cristianos actualizaron la imagen de su fe, una fe hostil a los judíos y no a los romanos. En consecuencia, hicieron de Roma su Ciudad Santa; la mayoría de los cristianos en Palestina vivía en Cesarea, en la costa, y Jerusalén se convirtió en la «ciudad de los cielos», mientras que el lugar real, Aelia, no pasaba de ser la oscura ciudad en la que Jesús había muerto. Pese a todo ello, los cristianos locales mantuvieron viva la tradición del lugar de la crucifixión y de la resurrección, ahora sepultado bajo el templo de Júpiter de Adriano, a cuyo interior incluso accedían de forma clandestina para orar y grabar inscripciones.<sup>[\*9]</sup>

En el momento más bajo de Roma, en el año 260, los persas capturaron al emperador (a quien forzaron a beber oro fundido antes de destriparlo y rellenarlo de paja) y todo el este, incluyendo la ciudad sin murallas de Aelia, se perdió, cayendo en manos del efímero imperio de Palmira gobernado por una joven mujer, Zenobia. Doce años después, Roma recuperaría los territorios orientales. Hacia finales de siglo, el emperador Diocleciano le devolvió su poder a Roma y reinstauró el culto a los antiguos dioses. Los cristianos, no obstante, ensombrecían este resurgimiento. En el año 299, mientras Diocleciano ofrecía un sacrificio a los dioses en un desfile en Siria unos soldados cristianos se santiguaron, ante lo cual, los adivinos paganos anunciaron el fracaso de los sortilegios. Cuando el palacio de Diocleciano se incendió, el emperador culpó a los cristianos y desencadenó una terrible persecución en la que muchos fueron martirizados, sus libros, quemados y sus iglesias, destruidas.

Tras la abdicación de Diocleciano en la que dividió el imperio, en el año 305, Galerio, el nuevo emperador oriental, intensificó la carnicería de cristianos, a los que mataban con hacha, asaban o mutilaban. Sin embargo, al frente del imperio de Occidente se hallaba Constancio Cloro, un recio soldado ilirio que fue investido de la púrpura en York. Ya enfermo, murió poco más tarde, pero en julio del año 306 las

legiones aclamaron emperador a su hijo, el joven Constantino. Tardaría quince años en conquistar, primero Occidente y luego Oriente, pero Constantino, igual que el rey David, con una única decisión cambiaría la historia del mundo y el destino de Jerusalén.<sup>[5]</sup>



# **PARTE 3**

## **CRISTIANISMO**

... Jerusalén, porque es la Ciudad del gran Rey.

Jesús en san Mateo 5,35

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!

Jesús en san Mateo 23,37

Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.

Jesús en san Juan 2,19

Cuanto Judea sobre las otras provincias, tanto descuella esta ciudad sobre toda Judea.

San Jerónimo, *Epístolas*

Aquí concurre gente de todo el orbe,  
la ciudad está llena de hombres de toda laya,  
y hay tal aglomeración de uno y otro sexo  
que tendrías que aguantar aquí todo junto  
lo que en cualquier otro sitio podrías huir en parte.

San Jerónimo, *Epístolas*

# CAPÍTULO 15

## EL APOGEO DE BIZANCIO, 318-518 D. C.

### CONSTANTINO EL GRANDE: CRISTO, DIOS DE LA VICTORIA

En el año 312, Constantino invadió Italia y atacó a su rival, Majencio, a las puertas de Roma. La víspera de la batalla, Constantino vio ante él «en pleno cielo, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz y una inscripción que rezaba “con éste vencerás”». Grabó entonces en los escudos de sus soldados el blasón con el símbolo *ji-ro*, las dos primeras letras de «Cristo» en griego y al día siguiente, en la batalla del puente Milvio, conquistaba Occidente. En aquella época de augurios y visiones, Constantino estaba convencido de que le debía su poder al «Dios supremo» cristiano.

Constantino era un soldado curtido, un santo visionario, un autócrata asesino y un artista del espectáculo político que se abrió paso a golpe de espada hasta la cumbre del poder pero que, una vez en la cima de la supremacía humana, concibió un imperio unificado bajo una religión, y un emperador. Constantino era una fuente de contradicciones, tenía el cuello ancho, la nariz aguileña, y súbitos estallidos de paranoia que solían traducirse en asesinatos de amigos y familiares. Llevaba el cabello largo hasta el hombro, lucía llamativos brazaletes, vestía túnicas enjoadas, y disfrutaba con el espectáculo y la representación del poder, los debates de filósofos y obispos, la belleza arquitectónica y la audacia religiosa. Nadie sabe por qué abrazó el cristianismo en aquel momento, aunque, igual que muchos hombres de brutal confianza en sí mismos, adoraba a su madre, Helena, una de las primeras conversas. Si la conversión personal de Constantino fue igual de espectacular que la de Pablo en el camino de Damasco, su adopción del cristianismo fue más gradual. Más importante aún, Cristo le había dado la victoria en una batalla, y ése era un lenguaje que Constantino podía comprender: Cristo, el Cordero de Dios, se convirtió en el Dios de la victoria. Constantino, por su parte, tenía poco de cordero y, al cabo de poco tiempo, se presentó a sí mismo como el igual de los apóstoles. Su ascenso a la categoría de comandante militar bajo la protección divina no tenía nada extraordinario puesto que los emperadores romanos, igual que los reyes griegos, siempre se habían identificado a sí mismos con algún protector divino. El propio padre de Constantino veneraba al invencible dios Sol, un paso hacia el monoteísmo; ahora bien, la elección de Cristo no era inevitable sino que se debió únicamente al antojo personal de Constantino. En el año 312, el maniqueísmo y el mitraísmo gozaban de la misma popularidad que el cristianismo. Constantino habría podido

haber elegido con la misma facilidad cualquiera de esas creencias, en cuyo caso, Europa sería en la actualidad mitraica o maniquea.<sup>[\*1]</sup>

En el año 313, con el edicto de Milán, Constantino y Licinio, el emperador oriental, demostraban tolerancia hacia los cristianos y les concedían privilegios. Habría que esperar, sin embargo, hasta el año 324 para que Constantino, ya de cincuenta y un años de edad, derrotara a Licinio y unificara el imperio. Constantino intentó imponer la castidad cristiana a lo largo y ancho de sus dominios y prohibió los sacrificios paganos, la prostitución sagrada, las orgías religiosas y los espectáculos de gladiadores, sustituyendo estos últimos por carreras de carros. Aquel año, trasladó su capital al este, y fundó su segunda Roma en el lugar en el que se había alzado una ciudad griega llamada Bizancio, en el Bósforo, una puerta entre Europa y Asia. La ciudad pronto sería conocida con el nombre de Constantinopla, y tenía su propio patriarca que ahora se unía al obispo de Roma y a los patriarcas de Alejandría y de Antioquía en el ejercicio del poder que regía los destinos del cristianismo. La nueva fe convenía al nuevo estilo de monarquía de Constantino. El cristianismo, desde los primeros tiempos de Santiago, obispo de Jerusalén, había evolucionado hasta establecer una jerarquía de ancianos (*presbyteroi*) y de obispos y supervisores (*episkopoi*) responsables de las diócesis regionales. Constantino se preocupó de que la jerarquía del cristianismo fuera en paralelo a la organización del imperio romano: habría un emperador, un estado y una fe.

No obstante, apenas acababa de vincular su supremacía a su religión imperial, cuando Constantino descubrió que el cristianismo estaba dividido: los evangelios eran imprecisos acerca de la naturaleza de Jesús y su relación con Dios. ¿Era Jesús un hombre con algunas características divinas que residían en el cuerpo de un hombre? Ahora que la iglesia había quedado consolidada, la cristología se convirtió en una cuestión primordial, más importante que la vida misma, puesto que la correcta definición de Cristo era la que decidía si un hombre lograría encontrar la salvación y entrar en el reino de los cielos. En nuestra época laica, las cuestiones sobre el desarme nuclear o el calentamiento global son los equivalentes más cercanos en cuanto a la pasión e intensidad de los debates que generan. El cristianismo se convirtió en aquel momento en una doctrina de masas en una época de fanatismo religioso, y estas cuestiones se debatían tanto en las calles como en los palacios de todo el imperio. Arrio, un sacerdote de Alejandría que predicaba ante grandes multitudes utilizando rimas populares, argumentó que Jesús estaba subordinado a Dios y que, por lo tanto, era más humano que divino, lo que provocó la indignación de muchos que consideraban que Cristo era más Dios que hombre. Cuando el gobernador local intentó acallar a Arrio, sus seguidores provocaron disturbios en Alejandría.

En el año 325, Constantino, enfurecido y estupefacto por este alboroto doctrinal,

convocó a los obispos al concilio de Nicea e intentó imponer su solución: Jesús era divino y humano, «consustancial» con el Padre. Fue en Nicea (la actual Isnik, en Turquía) donde Macario, el obispo de Aelia Capitolina (antes llamada Jerusalén), atrajo la atención de Constantino sobre el destino de esa pequeña y desatendida ciudad. Constantino conocía Aelia, probablemente la hubiera visitado a los ocho años en la época en la que formaba parte del séquito de Diocleciano. Ahora, ansioso por celebrar su éxito en Nicea y proyectar la sagrada gloria de su imperio, decidió restaurar la ciudad y crear lo que Eusebio (obispo de Cesarea y biógrafo del emperador) denominaría «la nueva Jerusalén, réplica de aquella, ya de antiguo celeberrima». Constantino encargó la construcción de una iglesia acorde a Jerusalén, la ciudad cuna de la Buena Nueva. Sin embargo, los sanguinarios problemas domésticos del emperador aceleraron las obras.

## CONSTANTINO EL GRANDE: ASESINATOS FAMILIARES

Poco tiempo después de la victoria de Constantino, su esposa Fausta acusó al hijo mayor del emperador (de un anterior matrimonio), Crispo César, de agresión sexual. ¿Se aprovechó Fausta de la nueva castidad cristiana de Constantino al declarar que Crispo había intentado seducirla, o que era un violador? ¿Se trataba en realidad de un asunto de faldas que había acabado mal? Crispo no sería el primer joven en mantener una relación sexual con su madrastra, ni tampoco el último en desearla, pero es posible que también el emperador ya sintiera celos de los triunfos militares de Crispo. Fausta, por su parte, tenía sin duda todas las razones para sentir antipatía hacia ese obstáculo al ascenso de sus propios hijos.

Cualquiera que fuera la verdad, Constantino, indignado por la inmoralidad de su hijo, y ante el disgusto de sus consejeros cristianos, ordenó la ejecución de Crispo, e incluso la mujer más importante de su vida, su madre Helena, intervino. Helena había sido una camarera bitinia y posiblemente nunca se casara con el padre del emperador, pero era una de las primeras conversas al cristianismo y ahora era Augusta, emperatriz, por derecho propio.

Helena convenció a Constantino de que había sido manipulado. Quizá le hiciera ver que había sido Fausta la que en realidad había intentado seducir a Crispo, y no al contrario. Redimiendo un pecado imperdonable con otro, Constantino ordenó la ejecución de su esposa Fausta, acusada de adulterio: fue o bien escaldada hasta la muerte en un caldero de agua hirviendo, o bien asfixiada al vapor en una sala sobrecalentada, una solución muy poco cristiana a un también muy poco cristiano dilema. Sin embargo, Jerusalén se beneficiaría de este doble asesinato,<sup>[\*2]</sup> un asunto embarazoso que los panegiristas cristianos apenas mencionan.

Poco tiempo después, Helena, tras asegurarse de tener carta blanca para

embellecer la ciudad de Cristo, emprendía el viaje a Jerusalén.<sup>[\*3]</sup> Su gloria sería la penitencia de Constantino.<sup>[1]</sup>

## HELENA, LA PRIMERA ARQUEÓLOGA

Helena, emperatriz septuagenaria, cuyo rostro afilado aparece en las monedas con el cabello trenzado y tiara, llegó a Aelia «con presteza juvenil» y generosos fondos, para convertirse en la constructora más monumental de Jerusalén y en una arqueóloga de extraordinario éxito.

Constantino sabía que el lugar donde Jesús había sido crucificado y enterrado se encontraba bajo el templo de Adriano, «un sepulcro espeluznante dedicado a las almas de sus ídolos, que son cadáveres, y al disoluto espíritu de Afrodita», en descripción de Eusebio. Le había ordenado al obispo Macario que purificara el lugar, demoliera el templo pagano, excavara la tumba original en su interior y construyera allí una basílica, «mejor que las de otro sitio», con «las estructuras más hermosas, columnas y mármoles, los más preciosos y útiles, adornados con oro».

Helena llegó decidida a encontrar la tumba. El templo pagano tuvo que ser derruido, las piedras del pavimento levantadas, la tierra retirada y el lugar localizado. Sin duda, en la pequeña Aelia, la investigación de la emperatriz debió de crear una entusiasta y lucrativa búsqueda. Un judío, quizá uno de los pocos judíos cristianos que quedaban, produjo documentos que condujeron al descubrimiento de una cueva que fue declarada la tumba de Jesús. Helena también buscó el lugar de la crucifixión e incluso la propia cruz.

Ningún arqueólogo ha igualado nunca su éxito. Descubrió tres cruces de madera, una placa de madera en la que se leía «Jesús de Nazaret, rey de los judíos» y los clavos. ¿Pero cuál de esas cruces era la buena? Cuentan las fuentes que la emperatriz y el obispo llevaron esos trozos de madera junto a la cama de una moribunda. Cuando la tercera cruz fue colocada junto a la enferma, la inválida «de repente abrió los ojos, recuperó las fuerzas y se levantó de un salto de la cama». Helena «envió una parte a su hijo Constantino, junto con los clavos» que el emperador hizo insertar en las bridas de su caballo. A partir de aquel momento, toda la cristiandad ansió tener las sagradas reliquias que solían tener su origen en Jerusalén, y ese Árbol de la Vida engendró un bosque de astillas de la Vera Cruz, que empezó a sustituir al anterior *ji-ro* como el símbolo del cristianismo.

Es posible que el descubrimiento de la Vera Cruz de Helena fuera una invención posterior, pero de lo que no cabe ninguna duda es de que Helena cambió la ciudad para siempre. Construyó las iglesias de la Ascensión y de Eleona en el monte de los Olivos. Su tercera iglesia, la del Santo Sepulcro, que tardó diez años en terminarse, no era un único edificio sino un complejo de cuatro secciones, cuya fachada estaba

orientada al este, y a la cual se entraba desde la calle principal romana, el Cardo. (La iglesia actual está orientada al sur). El visitante debía subir unas escaleras hasta llegar al atrio que conducía, a través de tres entradas, al interior de la basílica, o Martyrium, una enorme «iglesia de extraordinaria belleza» con cinco pasillos e hileras de pilares, que llevaban a su vez, a través del ábside, hasta el Jardín Sagrado, un patio rodeado de una columnata en cuyo extremo suroriental se alzaba la colina del Gólgota rodeada de una capilla abierta. La Rotonda (la Anastasis) de cúpula dorada se abría al cielo de modo que la luz iluminara la tumba de Jesús. Su esplendor dominaba el espacio sagrado de Jerusalén, a imitación del monte del Templo, donde Helena arrasó con todos los templos paganos y ordenó «arrojar basura en su lugar» para demostrar el fracaso del Dios judío.<sup>[\*4]</sup>

Apenas unos pocos años más tarde, en el 333, uno de los primeros nuevos peregrinos, un anónimo visitante de Burdeos, encontró Aelia ya transformada en una animada ciudad-templo cristiana. La «maravillosa» iglesia no estaba terminada, aunque las obras avanzaban deprisa, y sin embargo, la estatua de Adriano seguía todavía en pie entre las ruinas del monte del Templo.

La emperatriz Helena visitó todos los lugares en los que había transcurrido la vida de Jesús, y creó el primer mapa para peregrinos, que poco a poco empezaron a llegar a Jerusalén a vivir la experiencia de su especial santidad. Helena tenía ya casi ochenta años cuando regresó a Constantinopla donde su hijo conservaba trozos de la cruz, y envió otra astilla más y la placa a su iglesia romana que llevaba el muy apropiado nombre de Santa Croce in Gerusalemme.

Eusebio, obispo de Cesarea, sintió celos de la nueva importancia que estaba cobrando Jerusalén y puso en duda que esta ciudad judía «que, tras el sanguinario asesinato del Señor, cumplía la condena de sus malvados habitantes», pudiera ser la ciudad de Dios. Al fin y al cabo, durante más de tres siglos los cristianos apenas habían prestado atención a Jerusalén. Sin embargo, Eusebio tenía razón en una cosa: Constantino debía enfrentarse al legado de los judíos justo cuando el creador de la nueva Jerusalén debía desviar la santidad de los lugares judíos hacia sus nuevos santuarios.

Mientras los romanos adoraron a muchos dioses, toleraron otras divinidades a condición de que no constituyeran una amenaza al estado; ahora bien, una religión monoteísta exigía el reconocimiento de una verdad y de un Dios. La persecución de los judíos asesinos de Cristo cuya maldad constituía la demostración de la verdad cristiana se convirtió por tanto en algo primordial. Constantino ordenó que cualquier judío que intentara impedir que alguno de sus hermanos de fe se convirtiera al cristianismo debía ser quemado en la hoguera de inmediato.<sup>[\*5]</sup> Aun así, durante más de un siglo, una pequeña comunidad judía había seguido viviendo en Jerusalén, orando en una sinagoga en el monte Sión, y los miembros de esa comunidad acudían

a rezar con discreción al abandonado monte del Templo. Ahora, a «esa detestable pandilla de judíos», en palabras de Constantino, se le prohibió la entrada en Jerusalén, salvo una vez al año en la que se les permitía acceder al monte del Templo, donde el peregrino de Burdeos los vio «lamentarse y desgarrarse las vestiduras» sobre la «piedra perforada», la piedra fundacional del Templo, en la actualidad encerrada bajo la Cúpula de la Roca.

Constantino decidió celebrar el trigésimo aniversario de su entronización en Jerusalén, pero todavía pugnaba por controlar la controversia levantada por el problemático Arrio, pese a que éste, tras un explosivo incidente fecal,<sup>[\*6]</sup> ya había dejado este mundo. Cuando Constantino ordenó un sínodo para que «libere a la Iglesia de blasfemias y me descargue de preocupaciones», los arrianos le plantaron cara de nuevo, ensombreciendo la primera celebración cristiana en Jerusalén, una reunión de obispos procedentes de todo el mundo. El emperador, no obstante, estaba demasiado enfermo y no pudo acudir. Bautizado por fin en su lecho de muerte en el año 337, dividió el imperio entre sus tres hijos y dos sobrinos. En lo único en lo que éstos coincidieron fue en el mantenimiento del imperio cristiano y en la promulgación de más leyes en contra de los judíos: en el 339, prohibieron los matrimonios mixtos con judíos, a quienes calificaron de «abominable y salvaje vergüenza».

Los herederos de Constantino lucharon entre ellos durante veinte años, una guerra civil en la que finalmente venció su segundo hijo, Constancio II. Esta turbulencia desestabilizó Palestina. En el año 351, un terremoto en Jerusalén impulsó a todos los cristianos, «presa del pánico», a precipitarse a la iglesia del Santo Sepulcro. Cuando los judíos de Galilea se rebelaron, liderados por un rey mesiánico, el primo del emperador, Galo César, desencadenó una carnicería tan gratuita que incluso asqueó a los romanos. Con todo, los judíos encontraron compasión en un lugar, cuando menos, sorprendente: el emperador decidió derogar el cristianismo y reconstruir el templo judío.<sup>[2]</sup>

## JULIANO EL APÓSTATA: LA RESTAURACIÓN DE JERUSALÉN

El 19 de julio del 362, el nuevo emperador Juliano, sobrino de Constantino, que se encontraba en Antioquía de paso hacia la invasión de Persia, le preguntó a una delegación de judíos: «¿Por qué no realizáis sacrificios?».

«No nos está permitido», respondieron los judíos. «Devuélvenos la ciudad, reconstruye el Templo y el altar».

«Intentaré con el máximo celo», respondió Juliano, «construir un templo al Altísimo». La asombrosa respuesta del emperador fue recibida con tal entusiasmo por los judíos que fue como «si los días del reino de los judíos ya hubieran llegado».



Juliano revocó las persecuciones de Adriano y de Constantino, devolvió Jerusalén a los judíos, les reintegró sus propiedades, derogó los impuestos antijudíos, les concedió el poder de recaudar tributos y otorgó el título de prefecto pretoriano a su patriarca, Hillel. Sin duda, los judíos debieron de llegar en masa a Jerusalén desde todo el mundo romano y persa para celebrar ese milagro. Recuperaron el monte del Templo, y posiblemente retiraran las estatuas de Adriano y de Antonino para construir una sinagoga provisional, tal vez alrededor de las piedras que el peregrino de Burdeos había llamado la Casa del Rey Ezequías.

Juliano era tímido, cerebral y poco práctico. Un cristiano poco objetivo recordaba su «cuello extrañamente torcido, sus hombros encogidos y espasmódicos, su mirada esquiva, sus andares vacilantes, su manera altanera de respirar bajo la nariz prominente, su risa descontrolada y nerviosa, el continuo movimiento de la cabeza y su manera entrecortada de hablar». Sin embargo, el barbudo y fornido emperador también era resuelto y firme. Reinstauró el paganismo, favoreciendo la antigua divinidad protectora de la familia, el Sol, alentando los sacrificios tradicionales en los templos paganos y despidiendo a los maestros galileos (así llamaba a los cristianos) a fin de debilitar sus valores endebles y poco romanos.

Juliano nunca había imaginado que llegaría a gobernar el imperio. Apenas tenía cinco años cuando Constancio asesinó a su padre y a la mayor parte de su familia, de la que sólo quedaron dos supervivientes, Galo y Juliano. En el año 349, Constancio nombró César a Galo, para acto seguido, decapitarlo, en parte a causa de su ineptitud en la supresión de la revuelta judía, pero necesitaba un César en Occidente, y sólo le quedaba un candidato. Juliano, estudiante de filosofía en Atenas, se convirtió así en César, gobernando desde París. Era comprensible que, cuando el inestable emperador lo convocó, se sintiera algo nervioso. Inspirado por un sueño en el que se le había aparecido Zeus, aceptó la corona imperial que le ofrecieron sus tropas. En el curso de su viaje hacia el este, Constancio murió y Juliano se encontró entonces que se había convertido en el monarca de todo el imperio.

Que Juliano reconstruyera el Templo judío no era sólo un indicador de su tolerancia, sino la invalidación de la reivindicación cristiana según la cual los cristianos habían heredado Jerusalén, una inversión de las profecías de Daniel y de Jesús que vaticinaban la caída del Templo, y un indicador de que Juliano se tomaba en serio la invalidación del trabajo de su tío. Por otra parte, los judíos babilonios le darían su apoyo durante la guerra contra los persas que planeaba. Juliano no vio ninguna contradicción entre el paganismo griego y el monoteísmo judío, y creía que los griegos adoraban al «Altísimo» judío como Zeus: Yavé no era exclusivo de los judíos.

Juliano le encargó a Alipio, su representante en Britania, la reconstrucción del Templo judío. Los miembros del Sanedrín estaban nerviosos: ¿acaso no era

demasiado bueno para ser verdad? Para tranquilizarles, Juliano, a punto de marchar hacia el frente persa, escribió una carta «a la comunidad de judíos» en la que reiteraba su promesa. En Jerusalén, los regocijados judíos «buscaron los artesanos más hábiles, reunieron materiales, despejaron el terreno y se embarcaron en la tarea con tanto entusiasmo, que incluso las mujeres cargaban la tierra, y entregaron sus collares para contribuir a los gastos». Los materiales de construcción se almacenaron en lo que se conoce con el nombre de establos de Salomón. «Una vez hubieron retirado los restos del antiguo edificio, despejaron los cimientos».

Cuando los judíos tomaron el control de Jerusalén, Juliano invadió Persia con 65 000 soldados, pero, el 27 de mayo del 363, un terremoto asoló Jerusalén y, de algún modo, incendió los materiales de construcción.

Los cristianos asistieron encantados a «este maravilloso fenómeno», al que es muy posible que contribuyeran encendiendo algún fuego. Alipio podría haber continuado las obras, pero Juliano había cruzado el Tigris y llegado a Iraq. Ante la tensión reinante en Jerusalén, Alipio decidió esperar el regreso de Juliano, quien, no obstante, ya había emprendido la retirada. El 26 de junio, en el curso de una confusa escaramuza cerca de Samara, un soldado árabe (posiblemente cristiano) le clavó una lanza en el costado, perforándole el hígado. Juliano, al intentar arrancársela, se desgarró los músculos y tendones de la mano. Los escritores cristianos afirmaron que había muerto exclamando «Vicisti Galilae!» (¡Venciste, galileo!). Le sucedió el comandante de su guardia, que restauró el cristianismo, derogó todas las leyes de Juliano y, una vez más, expulsó a los judíos de Jerusalén: a partir de entonces, otra vez, sólo habría una religión, y una verdad. En los años 391 y 392, Teodosio I convertiría el cristianismo en la religión oficial del imperio e iniciaría su imposición.

[\*7] [3]

## JERÓNIMO Y PAULA: SANTIDAD Y SEXO EN JERUSALÉN

En el año 384, un iracundo erudito romano que respondía al nombre de Jerónimo llegó a Jerusalén acompañado de un séquito de ricas mujeres cristianas. Durante su viaje, no obstante, y pese a su piedad obsesiva, planeó sobre ellos la sospecha del escándalo sexual.

Jerónimo, que ya rondaba los cuarenta años, era un ilirio que había vivido como un ermitaño en el desierto sirio, siempre atormentado por deseos sexuales: «compañero sólo de escorpiones y fieras, me hallaba a menudo metido entre las danzas de las muchachas... ardía de deseo». Jerónimo ocupaba entonces el cargo de secretario de Dámaso I, el obispo de Roma, ciudad en la que la nobleza había abrazado el cristianismo. Dámaso se sintió con la seguridad necesaria para declarar que los obispos de Roma, sucesores directos de san Pedro, realizaban su labor

apostólica con la bendición divina, un gran paso en su evolución hacia los pontífices supremos e infalibles de épocas posteriores. La iglesia, en aquel momento, contaba con el deseado apoyo de los patricios, y Dámaso y Jerónimo se encontraron mezclados en algunos escándalos muy prosaicos: Dámaso fue acusado de adulterio y apodado «el que hace cosquillas en las orejas a las damas de mediana edad», mientras que se dijo de Jerónimo que había tenido una aventura con la rica viuda Paula, una de las muchas damas de Roma que habían abrazado el cristianismo. Jerónimo y Paula fueron eximidos de culpa, pero se vieron obligados a abandonar Roma, y así, emprendieron el camino de Jerusalén, acompañados por la hija de Paula, Eustoquio.

La sola presencia de esta virgen adolescente parecía inflamar a Jerónimo, que olía sexo por todas partes y pasó la mayor parte del viaje escribiendo panfletos que advertían de sus peligros. «La lujuria», escribió, «cosquillea los sentidos y el suave fuego del placer sensual derrama su placentero resplandor». Una vez en Jerusalén, Jerónimo y su piadosa millonaria encontraron una nueva ciudad que era un almacén de santidad, comercio, redes sociales y sexo. La piedad era intensa, y la más rica de esas damas, Melania (que disfrutaba de una renta anual de 120 000 libras de oro) fundó su propio monasterio en el monte de los Olivos. Jerónimo, no obstante, quedó horrorizado por las oportunidades sexuales que ofrecía la mezcla de tantos hombres y mujeres extraños apiñados en ese parque temático de pasión religiosa y de excitación sensorial: «Todas las tentaciones están reunidas aquí», escribió, mostrando su lado más humano, «prostitutas, actores y payasos». En efecto, «no hay ningún tipo de práctica vergonzosa en la que no se complazcan», observaría otro santo peregrino de aguda vista, Gregorio de Nisa. «Engaños, adulterio, robo, idolatría, envenenamientos, peleas y asesinatos son cosas que ocurren a diario».

La protección imperial, los edificios monumentales y la riada de peregrinos crearon un nuevo calendario de festivales y rituales por toda la ciudad que alcanzaban su clímax en Pascua, y también una nueva geografía espiritual de Jerusalén basada en los lugares de la Pasión de Jesús. Se cambiaron nombres<sup>[\*8]</sup> y se confundieron tradiciones, pero lo único que importa en Jerusalén es lo que se cree que es verdad. Otra pionera, Egeria, una religiosa española que visitó la ciudad en la década de 380, describió la siempre creciente panoplia de reliquias en el Santo Sepulcro,<sup>[\*9]</sup> que ahora incluía el anillo del rey Salomón, y el cuerno del aceite que había ungido a David, que se unieron a la corona de espinas de Jesús y a la lanza que le había perforado el costado.

El teatro y la santidad condujeron a algunos peregrinos a un delirio particular en Jerusalén: la Vera Cruz tuvo que ser protegida porque los peregrinos intentaban arrancar trozos a mordiscos cuando la besaban. El cascarrabias Jerónimo no pudo soportar todo ese griterío tan teatral y se instaló en Belén a escribir su obra maestra, la traducción al latín de la Biblia hebrea. Sin embargo, realizó numerosas visitas a la

ciudad y siempre expresó su opinión sin ningún reparo. «Es igual de fácil encontrar el paraíso en Britania como en Jerusalén», gruñó, haciendo referencia a las masas de vulgares peregrinos britanos. Al presenciar las emotivas oraciones de su amiga Paula ante la cruz en el Jardín de los Olivos, exclamó maliciosamente que parecía «que lo estuviera viendo colgado de ella», y que besaba la tumba «como un sediento que ha hallado las aguas deseadas». Sus «lágrimas y lamentos» eran tan sonoros que «testigo es toda Jerusalén, testigo el Señor mismo a quien rogaba».

En el monte del Templo, mantenido en la desolación para confirmar las profecías de Jesús, se solía desarrollar un espectáculo que sí supo disfrutar. Cada 9 de Ab, Jerónimo observaba regocijado cómo los judíos conmemoraban la destrucción del Templo: «Esas personas sin fe que asesinaron al servidor de Dios, esa turba de miserables se congrega y, mientras la iglesia de la Resurrección resplandece y brilla la enseña de su cruz desde el monte de los Olivos, estas gentes miserables se lamentan y gimen por las ruinas del Templo. Un soldado les pide dinero para permitirles llorar un rato más». Pese a dominar el idioma hebreo, Jerónimo odiaba a los judíos, que criaban a los niños «como gusanos», y disfrutaba con este peregrino espectáculo que confirmaba la verdad victoriosa de Cristo: «¿Puede acaso alguien albergar alguna duda, al ver esta escena, sobre el día de las tribulaciones y del sufrimiento?». La tragedia de la lamentable situación de los judíos redobló su amor por Jerusalén. En opinión del rabino Bereká, la escena era igual de ritual que conmovedora: «Llegan en silencio y se van en silencio, llegan llorando y se van llorando, llegan en la oscuridad de la noche y se van en la oscuridad».

Entonces, la emperatriz que llegó para gobernar Jerusalén hizo renacer las esperanzas de los judíos.<sup>[4]</sup>

## BARSOMA Y LOS MONJES PARAMILITARES

Los historiadores misóginos solían tener la tendencia de describir a las emperatrices como putas viciosas y terribles, o como serenas santas; sin embargo, la emperatriz Eudocia fue especial, e insólitamente, alabada por su exquisito aspecto y naturaleza artística. En el año 438, la hermosa esposa del emperador Teodosio II llegó a Jerusalén y suavizó las normas contra los judíos. Su llegada coincidió con la de un ascético pirómano de sinagogas, Barsoma de Nisibis, que realizaba una de sus habituales peregrinaciones acompañado de un canallesco séquito de monjes paramilitares.

Eudocia protegía a paganos y judíos porque ella misma había sido pagana. Hija de un sofista ateniense, de extraordinaria belleza y educada en retórica y literatura, había llegado a Constantinopla para pedirle ayuda al emperador porque sus hermanos le habían robado su herencia. Teodosio II era un joven maleable dominado por su

piadosa y poco agraciada hermana, Pulqueria, quien llevó a Eudocia ante su hermano y se la presentó. Teodosio se enamoró de inmediato y se casó con ella. Pulqueria, que controlaba el gobierno de su hermano, intensificó la persecución de los judíos, excluyéndolos del ejército y de la vida pública, y los condenó a ser ciudadanos de segunda clase. En el año 425, Teodosio ordenó la ejecución de Gamaliel IV, el último patriarca judío, como castigo por construir más sinagogas, y abolió ese cargo para siempre. Eudocia fue adquiriendo poder de forma gradual y Teodosio la ascendió a Augusta, igualándola en rango a Pulqueria. Un grabado sobre piedra y en colores en una iglesia de Constantinopla muestra su regia imagen, con el cabello negro, esbelta elegancia y nariz delicada.

En Jerusalén, los judíos, frente a la represión intensificada de Constantinopla, le suplicaron a Eudocia que les concediera un mayor acceso a la Ciudad Santa, y Eudocia aceptó que pudieran visitar abiertamente el monte del Templo durante sus celebraciones más importantes. Se trataba de excelentes noticias, y los judíos declararon que todos ellos debían «apresurarse a llegar a Jerusalén para la celebración de Tabernáculos puesto que nuestro reino será instaurado».

No obstante, la alegría de los judíos disgustó a ese otro visitante en Jerusalén, Barsoma de Nisibis, un monje sirio que pertenecía a la nueva generación de líderes monásticos combatientes. Durante el siglo IV, algunos ascetas iniciaron una reacción contra los valores terrenales de la sociedad y el esplendor de los jerarcas clericales, y fundaron monasterios en el desierto a fin de regresar a los valores de los primeros cristianos. Los ermitaños, palabra de origen griego que significa «desierto», creían que no bastaba con conocer la fórmula correcta de la naturaleza de Cristo, sino que además era necesario llevar una vida recta, así que ellos vivían una sencilla y austera vida de celibato en los desiertos de Egipto y Siria.<sup>[\*10]</sup> Sus hazañas de autoflagelación y ostentosa santidad fueron objeto de elogio, se escribieron sus biografías (las primeras hagiografías), sus ermitas fueron visitadas y sus incomodidades se convirtieron en motivo de maravilla y asombro. Los dos santos Simeón vivieron durante décadas a diez metros de altura sobre una columna y fueron conocidos como los estilitas (del griego *stylos*, columna). A Daniel, un estilita, le preguntaron cómo defecaban; «en seco, igual que una oveja» contestó. Jerónimo, cómo no, opinaba que estaban más interesados en la porquería que en la santidad. Sin embargo estos monjes distaban mucho de ser pacíficos. Jerusalén, que había quedado rodeada por nuevos monasterios y con muchos más en el interior de la ciudad, estaba a la merced de esos escuadrones de fanáticos camorristas callejeros.

Barsoma, a quien se le atribuía tal santidad que se decía de él que nunca se sentaba ni se echaba a descansar, se sintió ofendido por la supervivencia de los «idólatras» samaritanos y judíos, y decidió limpiar Palestina. Él y sus monjes mataron judíos e incendiaron sinagogas. El emperador, aduciendo razones de orden

público, prohibió la violencia, pero Barsoma hizo caso omiso. En Jerusalén, los monjes de asalto cenobitas de Barsoma, armados de porras y espadas que ocultaban bajo las túnicas monacales, tendieron emboscadas a los judíos en el monte del Templo, lapidaron y asesinaron a muchos de ellos, y arrojaron sus cadáveres a las cisternas de agua y a los patios de las casas. Los judíos se defendieron, detuvieron a 18 agresores y se los entregaron al gobernador bizantino que los acusó de asesinato. «Esos bandidos que vestían las túnicas de monjes respetables» fueron llevados ante Eudocia, la emperatriz peregrina. Eran culpables de asesinato, pero cuando implicaron a Barsoma, éste difundió rumores según los cuales algunos nobles cristianos habían sido quemados vivos. La turba se puso entonces del lado de Barsoma, en especial después de citar un oportuno terremoto como señal de la aprobación divina.

Si la emperatriz tenía la intención de ejecutar a Barsoma, amenazaron los seguidores de éste a voz en grito, entonces «quemaremos a la emperatriz y a todos sus acompañantes». Barsoma sembró el terror entre los funcionarios y declaró que las víctimas judías no tenían heridas y que habían fallecido de muerte natural. Otro terremoto intensificó el temor generalizado. La ciudad estaba empezando a descontrolarse y a Eudocia no le quedó más elección que doblegarse. «Quinientos grupos» de monjes paramilitares patrullaron las calles y Barsoma proclamó que «la Cruz ha triunfado», un grito repetido a lo largo y ancho de la ciudad «igual que el rugido de una ola» mientras sus seguidores lo ungían de costosos perfumes y los asesinos eran liberados.

Pese a toda esta violencia, Eudocia sentía cariño por Jerusalén y encargó la construcción de toda una serie de nuevas iglesias antes de regresar a Constantinopla cargada de nuevas reliquias mientras su cuñada Pulqueria planeaba su destrucción.

## EUDOCIA, EMPERATRIZ DE JERUSALÉN

Teodosio le envió a Eudocia una manzana frigia que ella entregó a su protegido, Paulino, *magister officiorum*, el responsable de la secretaría imperial, quien, a su vez, se la regaló al emperador. Teodosio, dolido, confrontó a su esposa con este hecho, ante lo cual, ella mintió e insistió en que no le había dado su regalo a nadie, sino que ella se lo había comido. El emperador entonces le enseñó la manzana. Esta mentira piadosa indujo a Teodosio a pensar que las murmuraciones de su hermana eran ciertas, que Eudocia tenía una relación con Paulino. La anécdota es un mito, las manzanas simbolizan la vida y la castidad, pero sus detalles tan humanos hacen de ella una crónica de, precisamente, el tipo de cadena de acontecimientos fortuitos que en la atmósfera enrarecida de las cortes de rígidas autocracias puede tener un final muy poco feliz. Paulino fue ejecutado en el año 440 y la pareja imperial negoció una

honrosa salida de Eudocia. Tres años más tarde, la emperatriz abandonaba la capital y llegaba a Jerusalén para gobernar Palestina por derecho propio.

Incluso entonces, Pulqueria intentaría destruirla, enviando a Saturno, conde de la guardia imperial, a ejecutar a dos miembros de su séquito. Eudocia hizo asesinar de inmediato a Saturno. Una vez acabados esos tejemanejes imperiales, Eudocia quedó por fin dueña de sí misma: construyó palacios para ella y para el obispo de la ciudad, y un hospicio próximo al Santo Sepulcro que sobreviviría varios siglos. Construyó la primera muralla desde la época de Tito, que rodeaba el monte Sión y la Ciudad de David; algunas secciones de la muralla de Eudocia pueden verse todavía en ambos lugares. Los pilares de su iglesia, un edificio en varios niveles alrededor de la piscina de Siloé, todavía permanecen en pie sobre el agua.<sup>[\*11]</sup>

El resurgimiento de las disputas cristológicas estaba causando ahora disturbios en el imperio. Si Jesús y el Padre eran «consustanciales», ¿cómo podía Cristo combinar la naturaleza divina y humana? En el año 428, Nestorio, el nuevo patriarca de Constantinopla, insistió, carente de todo tacto, en el aspecto humano y la doble naturaleza de Jesús, afirmando además que la Virgen María no debía ser considerada *Theotokos*, madre de Dios, sino *Christokos*, madre de Cristo. Sus enemigos, los monofisitas, insistían en que Cristo tenía una sola naturaleza humana y divina al mismo tiempo. Los difisitas lucharon contra sus antagonistas monofisitas en los palacios imperiales y en las calles de Jerusalén y de Constantinopla con toda la violencia y el odio de los *hooligans* futboleros cristológicos. Todo el mundo, observó Gregorio de Nisa, tenía su opinión: «Le pides cambio a un hombre, y te da un poco de filosofía con respecto al Nacido y al No nacido; si le preguntas el precio de una barra de pan, te responde “el Padre es más grande y el Hijo es inferior”; y si preguntas si el baño está listo, la respuesta que recibes es que el Hijo fue hecho de la nada».

Tras la muerte de Teodosio, sus dos emperatrices se enfrentaron la una a la otra desde ambos lados de la brecha cristológica. Pulqueria, respaldada por los difisitas, se había hecho con el poder en Constantinopla; Eudocia, igual que la mayor parte de los cristianos, era monofisita; y Pulqueria, como era de esperar, la expulsó de la iglesia. Cuando Juvenal, el obispo de Jerusalén, apoyó a Pulqueria, los monofisitas jerosolimitanos movilizaron sus tropas de asalto monásticas y le expulsaron de la ciudad, una agresión que Juvenal supo explotar. Hacía tiempo que los cuatro grandes obispados metropolitanos, Roma y los patriarcados orientales, regían los destinos del cristianismo y los obispos de Jerusalén habían hecho campaña para que se les ascendiera al grado de patriarcas. Juvenal, en recompensa por la lealtad que casi le costó la vida, logró así su promoción. Finalmente, en el año 451, en el concilio de Calcedonia, Pulqueria impuso un compromiso: en la unión de las dos naturalezas, Jesús era «perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad». Eudocia lo aceptó y

se reconcilió con Pulqueria. El compromiso de Calcedonia, aunque ha perdurado hasta la actualidad en las iglesias Ortodoxa, Católica y Protestante, tenía sus defectos: los monofisitas y los nestorianos, por razones opuestas, lo rechazaron y se escindieron de la ortodoxia para siempre.<sup>[\*12]</sup>

En una época en la que el imperio occidental romano estaba siendo aterrorizado por Atila el huno y cayendo en picado hacia su destrucción, la anciana Eudocia escribía poesía griega y construía la basílica de San Esteban, ahora desaparecida, justo al norte de la Puerta de Damasco, donde en el año 460, fue enterrada junto a las reliquias del primer mártir.<sup>[5]</sup>



# CAPÍTULO 16

## EL OCASO DE LOS BIZANTINOS: LA INVASIÓN PERSA, 518-630

### JUSTINIANO Y LA EMPERATRIZ CABARETERA: JERUSALÉN BIZANTINA

En el año 518, a la edad de treinta y cinco años y tras la entronización de su tío Justino, Justiniano se encontró que era el auténtico gobernante del imperio oriental. El anciano nuevo emperador, un campesino tracio analfabeto, dependía de su inteligente sobrino Pedro, quien adoptó el nombre de Justiniano.<sup>[\*1]</sup> No llegó al poder solo: su amante, Teodora, la hija del domador de osos del equipo Azul de carreras de carros, se había criado entre sudorosos aurigas, casas de baños de dudosa reputación y el sanguinario manicomio que era el Hipódromo de Constantinopla. Teodora había empezado su carrera, antes incluso de alcanzar la pubertad, como cabaretera cómica, y se dijo de ella que tenía una especial habilidad para las acrobacias orgiásticas y que su especialidad consistía en ofrecer simultáneamente sus tres orificios a sus clientes. Su número especial ninfomaniaco consistía en echarse en el escenario con brazos y piernas bien abiertos y extendidos mientras las ocas picoteaban granos de cebada en «el cáliz de su flor de pasión». Sin duda, el historiador de la corte, tal vez resentido por el servilismo del trabajo que le daba de comer, exageró los detalles eróticos. Cualquiera que sea la verdad, Justiniano se sintió irremediabilmente atraído por su fuerza vital y modificó la ley para poder casarse con ella. Aunque las intrigas de Teodora complicaron la vida de Justiniano, Teodora, a menudo, aportó la voluntad que a él le faltaba. Cuando casi perdió Constantinopla debido a la revuelta Niká y estaba a punto de huir, Teodora le dijo que prefería morir cubierta de la púrpura imperial a vivir sin ella, y envió a sus generales a liquidar a los rebeldes.

Gracias a los realistas retratos de la iglesia de San Vital de Rávena, sabemos que Justiniano, poco agraciado, tenía un rostro fino de tez arrebolada, mientras que Teodora, delicada, pálida y gélida, con ojos deslumbrantes y labios fruncidos, y perlas adornándole la cabeza y en forma de collar, nos mira fijamente y con desdén. La pareja imperial formaba el dúo político supremo, y cualesquiera que fueran sus orígenes, ambos eran implacables y se tomaban muy en serio el imperio y la religión.

Justiniano, el último emperador en utilizar el latín, creía que la misión de su vida consistía en restaurar el imperio romano y reunificar la cristiandad: poco tiempo antes de nacer él, el último emperador de Occidente había sido expulsado de Roma por un cabecilla tribal germano, y no deja de ser irónico que este hecho realzaría el prestigio de los obispos de Roma, que en unos años serían conocidos con el título de papa, y

subrayaría las diferencias entre Oriente y Occidente. Justiniano, mediante la guerra, la fe y el arte, logró impulsar con asombroso éxito su imperio cristiano universal. Reconquistó Italia, el norte de África y el sur de España, aunque tuvo que enfrentarse a las reiteradas invasiones de los persas, quienes, en algunas ocasiones, casi lograron invadir el este. La pareja imperial promocionó su imperio cristiano como «la primera y la mayor bendición de toda la humanidad», eliminando homosexuales, paganos, herejes, samaritanos y judíos. Justiniano degradó al judaísmo retirándole su condición de religión permitida, prohibió la Pascua judía si caía antes de la Pascua cristiana, convirtió las sinagogas en iglesias, bautizó a la fuerza a los judíos y se apropió de la historia judía: se dice que en el año 537, cuando consagró su impresionante iglesia abovedada de Hagia Sofia («Sagrada Sabiduría») en Constantinopla, Justiniano comentó: «Salomón, te he superado». A continuación, dirigió su atención a Jerusalén para lanzarle un envite al Templo de Salomón.

En el año 543, Justiniano y Teodora iniciaron la construcción de una basílica, la iglesia Nea (nueva) de Santa María Madre de Dios,<sup>[\*2]</sup> de más de 120 metros de largo, 56 metros de alto, y muros de casi cinco metros de espesor, frente al monte del Templo, diseñada para hacerle sombra al lugar en el que en el pasado se había alzado el Templo de Salomón. Cuando Belisario, el general de Justiniano, conquistó la capital vándala de Cartago, encontró allí los candelabros que Tito se había llevado del Templo. Tras exhibirlos en procesión por toda Constantinopla en el triunfo de Belisario, fueron enviados a Jerusalén, seguramente para adornar la iglesia Nea de Justiniano.

La Ciudad Santa estaba gobernada por los rituales del cristianismo ortodoxo.<sup>[\*3]</sup> Los peregrinos entraban por la Puerta de Adriano, en el norte, y caminaban por el Cardo, una calle pavimentada de doce metros de ancho, suficiente para permitir el paso de dos carros, y cuyas columnatas y comercios cubiertos llegaban hasta la iglesia Nea. Las familias más acomodadas vivían al sur y al suroeste del monte del Templo en mansiones de dos pisos construidas alrededor de patios interiores. «Bienaventurados los que viven en esta casa», reza una inscripción en una de ellas. Las casas, iglesias, e incluso los comercios, lucían gloriosos decorados de mosaicos: los reyes armenios posiblemente encargaran el incandescente mosaico de garzas, palomas y águilas (que lleva la dedicatoria: «A la memoria y la salvación de todos los armenios cuyos nombres sólo Dios conoce»). Más misterioso es el gráfico mosaico semicristiano de un malicioso Orfeo tocando su lira descubierto a principios de siglo al norte de la Puerta de Damasco. Las mujeres bizantinas más ricas vestían largas túnicas griegas con bordes en oro, rojo y verde, calzado rojo, hileras de perlas, collares y pendientes. En Jerusalén, se ha desenterrado un anillo que lleva la miniatura en oro de la iglesia del Santo Sepulcro.

La ciudad estaba preparada para recibir miles de peregrinos: los nobles se

alojaban en los palacios de los patriarcas, los peregrinos más pobres, en los dormitorios de los hospicios de Justiniano, que disponían de camas para tres mil personas; y los ascetas, lo hacían en cuevas en las colinas cercanas, en general, antiguas tumbas judías. Los ricos solían ser enterrados en sarcófagos decorados con frescos en los laterales y equipados con campanas para espantar a los demonios. Los cadáveres de los pobres se arrojaban al interior de la enorme fosa colectiva del Campo de la Sangre. Y nunca faltaron las tentaciones que tanta indignación habían provocado en Jerónimo, por ejemplo, las carreras de carros en el hipódromo, animadas por los ruidosos hinchas de los equipos Verde y Azul: «¡La fortuna de los azules vence!», exclama una inscripción descubierta en Jerusalén. «¡Qué viva!».

Teodora murió de cáncer poco tiempo después de terminada la construcción de la iglesia Nea; Justiniano, por su parte, tras un reinado de casi cincuenta años, vivió hasta pasados los ochenta y murió en 565. Había expandido el imperio más que cualquier otro emperador salvo Augusto y Trajano, pero a finales de siglo, el imperio no daba más de sí y era vulnerable. En el año 602, un general se hizo con el trono e intentó conservarlo lanzando contra sus enemigos a la facción Azul del hipódromo y ordenando la conversión por la fuerza de los judíos. Los Azules y los Verdes, siempre una combinación peligrosa de hinchas deportivos y matones políticos, combatieron por Jerusalén: «hombres perversos y malvados llenaron las calles de la ciudad de crimen y asesinatos». Los Verdes vencieron, pero las tropas bizantinas reconquistaron la ciudad y aplastaron la rebelión.

Estas turbulencias le resultaron irresistiblemente tentadoras a Cosroes II, el sah de Persia. De niño, el emperador bizantino Mauricio le había ayudado a recuperar el trono, pero tras el asesinato de Mauricio, Cosroes encontró su pretexto para invadir el imperio oriental, con la esperanza de destruir Constantinopla de una vez. Jerusalén estaba a punto de vivir una época de grandes vaivenes en la que la ciudad se vería gobernada por cuatro diferentes religiones en veinticinco años: la cristiana, el zoroastrismo, el judaísmo y la religión musulmana.<sup>[1]</sup>

## EL SAH Y EL JABALÍ REAL: FURIA DE PERROS RABIOSOS

Los persas, con la caballería pesada al frente, sus mejores catafractos envueltos en cotas de malla, conquistaron el Iraq romano y, a continuación, se abatieron sobre Siria. Los judíos de Antioquía, víctimas durante largo tiempo de la persecución de los bizantinos, se rebelaron y cuando el brillante comandante persa, que llevaba el magnífico nombre de Shahrbaraz (Jabalí Real), se dirigió hacia el sur, veinte mil judíos de Antioquía y Tiberíades se unieron a él para poner asedio a Jerusalén. En el interior de la ciudad, el patriarca Zacarías intentó negociar, pero los matones de las carreras de carros gobernaban las calles y se negaron a ello. De algún modo, los

persas y los judíos lograron forzar su entrada en la ciudad.

Jerusalén y prácticamente todo el este romano pertenecían ahora al joven rey de reyes persa, el Sah-in-Sah Cosroes II, cuyo nuevo imperio se extendía desde Afganistán hasta el Mediterráneo. Este sah era el nieto del más grande de los monarcas sasánidas, aquel que había incendiado Antioquía durante el reinado de Justiniano. Su infancia, sin embargo, había transcurrido de forma humillante como el peón impotente de familias nobles rivales, y, al crecer, se había convertido en un megalómano paranoico que imponía su poder con un extravagante gigantismo: su enseña de piel de tigre medía cuarenta metros de largo y seis de ancho; recibía en audiencia sobre el Manantial del Rey, una alfombra de brocado y tejida en oro de 93 metros cuadrados, que representaba un imaginario jardín palaciego; su *shabestan*, las frescas habitaciones subterráneas en las que los sahs alojaban a sus mujeres, contenía tres mil concubinas; y es posible que fuera él quien construyera el colosal palacio de su capital Ctesifonte (cercana al Bagdad actual), que tenía la mayor sala de audiencias del mundo. Cabalgaba sobre su caballo negro, Medianoche, vestido de túnicas tejidas en oro e incrustadas de joyas, y lucía una armadura con los bordes de oro.

El sah, entre cuyos políglotas súbditos se encontraban muchos judíos y cristianos, seguía la fe de Zoroastro, pero se había casado con una encantadora cristiana nestoriana, Shirin, a quien había ganado, según cuenta la leyenda, enviando a su rival a llevar a cabo la imposible tarea de tallar escaleras en las montañas de Behustán.

Una vez tomada Jerusalén, el general del sah, el Jabalí Real, se dispuso a conquistar Egipto, pero tan pronto se hubo marchado, los jerosolimitanos se rebelaron contra los persas y los judíos. El Jabalí Real regresó a galope tendido y puso un asedio a Jerusalén que se prolongó veinte días, destruyendo las iglesias en el monte de los Olivos y en Getsemaní. Los persas y los judíos cavaron bajo la muralla nororiental, siempre el lugar más vulnerable, y en el vigesimoprimer día, a primeros de mayo del año 614, se lanzaron al asalto contra Jerusalén, «con gran furia, como animales salvajes enfurecidos», según el monje Estratego, testigo del ataque. «La gente se refugiaba en las iglesias, y allí, rechinándoles los dientes, los destruyeron con gran odio, y mataron a todo aquel que encontraron, igual que perros rabiosos».

Miles de cristianos murieron víctimas de la masacre en tres días. El patriarca y 37 000 cristianos fueron deportados a Persia. Los supervivientes que observaban Jerusalén desde el monte de los Olivos vieron «una llama, que parecía surgida de la forja de un herrero, alcanzar las nubes, y cayeron al suelo sollozando y lamentándose» y se cubrieron el cabello de ceniza al ver la iglesia del Santo Sepulcro, la Nea, la Madre de todas las iglesias en el monte Sión y la catedral armenia de Santiago consumirse en aquel infierno. Las reliquias cristianas, la Lanza, la Esponja y la Vera Cruz, fueron enviadas a Cosroes, quien se las entregó a su reina Shirin que las

conservó en su iglesia de Ctesifonte.

Entonces, seiscientos años después de la destrucción del templo a manos de Tito, el Jabalí Real les entregó Jerusalén a los judíos.

## NEHEMÍAS II: EL TERROR JUDÍO

Tras siglos de represión, los judíos, liderados por un oscuro personaje llamado Nehemías, estaban ansiosos por vengarse de los cristianos que, hasta pocas semanas antes, les habían perseguido. Los persas encarcelaron a miles de prisioneros de poco valor en la piscina de Mamilla, un gran depósito, donde, según las fuentes cristianas, les ofrecieron la misma elección ofrecida poco tiempo antes a los judíos: convertirse o morir. Algunos monjes se convirtieron al judaísmo, otros fueron martirizados.<sup>[\*4]</sup> Es posible que los alborozados judíos iniciaran de nuevo el proceso de consagración del monte del Templo, puesto que los judíos ahora «realizaban sacrificios»<sup>[\*5]</sup> y el fervor mesiánico vibraba y se extendía por todo el mundo judío, inspirando el entusiasmo del libro de Zorobabel.

El sah de Persia había conquistado Egipto, Siria, Iraq y Asia Menor, y había llegado hasta Constantinopla. Sólo la ciudad de Tiro resistía todavía contra los persas, que ordenaron al comandante Nehemías que la conquistara. El ejército judío fracasó en dicha misión y huyó de Tiro, pero los persas sin duda ya se habían dado cuenta de que los cristianos, mucho más numerosos, les serían más útiles. En el año 617, después de tres años de dominio judío, el Jabalí Real expulsó a los judíos de Jerusalén. Nehemías resistió pero fue derrotado y ejecutado en Emaús, cerca de Jerusalén.

La ciudad fue devuelta a los cristianos. Una vez más, a los judíos les tocaba sufrir. Igual que los cristianos antes que ellos, salieron de la ciudad por una de las puertas orientales y pusieron rumbo a Jericó. Los cristianos encontraron la Ciudad Santa arrasada: Modestos, el sacerdote responsable durante la ausencia del patriarca, restauró con energía el destrozado Santo Sepulcro, pero la ciudad nunca recuperó la magnificencia de la que había gozado durante los reinados de Constantino y de Justiniano.

Desde Tito, los judíos habían disfrutado en tres ocasiones de la libertad de orar entre los montones de rocas del Templo, probablemente bajo Bar Kojba, y sin duda, bajo Juliano y Cosroes, y ya no volverían a controlar el Templo hasta 1350 años más tarde. En cuanto a los triunfantes persas, ahora se enfrentaban a un joven y dinámico emperador bizantino que parecía hacer honor a su nombre, Hércules.<sup>[2]</sup>

## HERACLIO, EL PRIMER CRUZADO

Alto y rubio, parecía hecho para el papel de salvador imperial. De origen armenio, e hijo del gobernador de África, Heraclio se hizo con el poder en el año 610, cuando una buena parte del imperio oriental ya había caído en manos de los persas y parecía que las cosas no podían ir peor. Sin embargo, empeoraron. Heraclio contraatacó y sufrió una derrota a manos del Jabalí Real quien, a continuación, conquistó Siria y Egipto antes de lanzarse contra la propia Constantinopla. Heraclio aceptó una paz humillante que le permitió ganar tiempo para reconstituir la fortaleza bizantina y planear su venganza.

El lunes de Pascua del año 622, Heraclio se hizo a la mar con un ejército; no puso rumbo al Cáucaso pasando por el mar Negro (que era lo esperado), sino que navegó junto a la costa jónica del Mediterráneo hacia la bahía de Issos desde donde marchó hacia el interior y derrotó al Jabalí Real: mientras los persas amenazaban Constantinopla, Heraclio había llevado la guerra al interior de la propia patria de los persas. Al año siguiente, utilizó la misma estratagema, aunque esta vez marchando a través de Armenia y Azerbayán hacia el palacio de Cosroes en Ganzak. El sah se batió en retirada. Heraclio pasó el invierno en Armenia y en el año 625, en una hercúlea exhibición de virtuosismo militar, impidió la unificación de tres ejércitos persas, antes de derrotarlos uno tras otro.

En esta guerra de arriesgados gambitos y ambición global, el sah invirtió las tornas una vez más, enviando a un general a conquistar Iraq y al Jabalí a unirse a los ávaros, una tribu de saqueadores nómadas, con los que debía conquistar la ciudad de Constantinopla. El sah, que se llamaba a sí mismo «el más noble de los dioses, Rey y Señor de toda la Tierra», le escribió a Heraclio: «Dices que confías en Dios; entonces, ¿por qué no ha liberado de mis manos a Cesarea, Jerusalén y Alejandría? ¿Acaso no puedo también destruir Constantinopla? ¿Acaso no he destruido a tus griegos?». Heraclio envió un ejército a combatir en Iraq y otro a defender la capital, y contrató a cuarenta mil jinetes nómadas túrquicos, los jázaros, para formar un tercero.

Constantinopla se hallaba asediada por los persas y los ávaros a ambos lados del Bósforo, pero el sah sentía celos del Jabalí Real. La desmesurada arrogancia y la creativa crueldad del Señor de Toda la Tierra ya le estaban haciendo merecedor de la animosidad de sus nobles. El sah envió una carta al lugarteniente del Jabalí en la que le ordenaba asesinar al general y tomar el mando en su lugar. Heraclio interceptó la carta e invitó al Jabalí Real a reunirse con él. Le mostró la carta y sellaron una alianza secreta. Constantinopla estaba salvada.

El Jabalí Real se retiró a Alejandría a gobernar Siria, Palestina y Egipto. Heraclio zarpó con su ejército hacia el Cáucaso a través del mar Negro, e invadió Persia con sus jinetes jázaros. Logró superar tácticamente a las tropas persas, desafió y mató a tres campeones persas en sendos duelos, y, a continuación, venció al principal ejército enemigo, deteniéndose a las puertas de la capital del sah. La obsesiva intransigencia

de Cosroes sería la causa de su propia perdición. Fue arrestado y encarcelado en las mazmorras, la Casa de la Oscuridad, donde su hijo preferido fue descuartizado ante él antes de sufrir él mismo torturas que le produjeron la muerte. Los persas aceptaron restaurar el *statu quo ante bellum* y el Jabalí Real aceptó contraer matrimonio con la sobrina de Heraclio y revelar el lugar en el que se ocultaba la Vera Cruz. Tras una serie de tortuosas intrigas, el Jabalí Real se alzó al trono persa, pero sería asesinado al cabo de poco tiempo.

En el año 629, Heraclio salió de Constantinopla con su esposa (también su sobrina) para devolver la Vera Cruz a Jerusalén. Perdonó a los judíos de Tiberíades, donde se alojó en la mansión de un acaudalado judío, Benjamín, quien le acompañó hasta Jerusalén y, por el camino, se convirtió al cristianismo. Los judíos recibieron la promesa de que no habría venganza y de que podrían vivir en Jerusalén.

El 1 de marzo del año 630, Heraclio, ahora ya con sesenta años, agotado y canoso, cabalgó hasta la Puerta Dorada, construida para esta ocasión especial. Esta puerta exquisita se convertiría, para las tres religiones abrahámicas, en el más poderoso de los accesos místicos por los que el Mesías haría su entrada el día del Juicio Final.<sup>[\*6]</sup> Allí, el emperador desmontó y cargó con la Vera Cruz hasta el interior de Jerusalén. Cuenta la leyenda que cuando Heraclio intentó entrar ataviado de sus túnicas bizantinas, la puerta se transformó en una sólida muralla, pero que cuando se acercó con humildad, la puerta se abrió y dejó pasar a su procesión imperial. Alfombras y hierbas aromáticas se extendieron al paso de Heraclio mientras se dirigía a depositar la Vera Cruz en el Santo Sepulcro, que el patriarca Modestos ya había limpiado. La catástrofe que había assolado el imperio y el regreso del emperador dieron pie a una nueva variante de la siempre maleable visión del Apocalipsis en la que un mesiánico último emperador aplastaba a los enemigos del cristianismo y a continuación le entregaba el poder a Jesús que gobernaría hasta el día del Juicio Final.

Los cristianos exigieron venganza de los judíos, pero Heraclio se negó a ello, hasta que los monjes, como un rito expiatorio, cargaron sobre sí mismos la culpa del pecado de quebrantar el juramento que el emperador había hecho a los judíos. Heraclio expulsó después a los judíos que todavía quedaban, muchos otros fueron asesinados y, más tarde, ordenó la conversión forzosa de todos los judíos.

Mucho más al sur, los árabes prestaban atención, no tanto a la victoria de Heraclio, sino más bien a su debilidad. «Los romanos han sido vencidos», escribiría Mahoma, el líder que acababa de unir a las tribus árabes, en lo que se convertiría más tarde en el texto sagrado de su nueva revelación, el Corán. Mientras Heraclio todavía se encontraba en Jerusalén, Mahoma lanzó una incursión contra el Camino Real a fin de sondear las defensas bizantinas. Los árabes se enfrentaron a un destacamento bizantino, pero regresaron al cabo de poco tiempo.

A Heraclio, sin duda, este ataque no le habría alarmado demasiado: las divididas tribus árabes llevaban siglos lanzando incursiones contra Palestina. Por otra parte, tanto los bizantinos como los persas habían contratado a tribus árabes para actuar como estados-colchón entre los imperios, y grandes escuadrones de caballería árabe servían en los ejércitos de Heraclio.

Al año siguiente, Mahoma envió otro pequeño destacamento a lanzar un ataque contra territorio bizantino, sin embargo, era ya un anciano y su espectacular vida se acercaba a su fin. Heraclio salió de Jerusalén y emprendió el regreso a Constantinopla.

No había nada que temer o, al menos, eso parecía.<sup>[3]</sup>



# **PARTE 4**

## **ISLAM**

¡Gloria a Quien hizo viajar a Su Siervo de noche, desde la Mezquita Sagrada a la  
Mezquita Lejana!

Corán 17,1

El apóstol de Alá, acompañado por Gabriel,  
fue transportado hasta Jerusalén  
donde se reunió con Abraham,  
Moisés y los otros profetas.

Ibn Ishak, *Sirat Rasul Allah*

Un gobernante no era considerado califa  
a menos que reinara sobre la Sagrada Mezquita [La Meca]  
y sobre la mezquita de Jerusalén.

Sibani, *Fadail*

Un día en Jerusalén es como mil días,  
un mes, como mil meses, y un año, como mil años.  
Morir allí es como morir en la primera esfera del paraíso.

Kaab al-Ahbar, *Fadail*

Un pecado cometido [en Jerusalén] es igual a mil pecados  
y una buena acción allí, igual a mil buenas acciones.  
Khalid bin Madan al-Kalai, *Fadail Alá*,  
Él sea alabado, dijo de Jerusalén, tú eres mi Jardín del Edén,  
mi tierra sagrada y elegida.

Kaab al-Ahbar, *Fadail*

Oh Jerusalén, te enviaré a mi sirviente Abdelmalik para reconstruirte y  
adornarte.

Kaab al-Ahbar, *Fadail*

# CAPÍTULO 17

## LA CONQUISTA ÁRABE, 630-660

### MAHOMA: EL VIAJE NOCTURNO

El padre de Mahoma murió antes de nacer él, y su madre falleció cuando él apenas tenía seis años. Fue adoptado por su tío, a quien acompañó en sus viajes de negocios a Bosra, en Siria, donde un monje lo instruyó en el cristianismo. Mahoma estudió las escrituras cristianas y judías y llegaría a venerar Jerusalén como el más noble de los santuarios. Con algo más de veinte años, entró al servicio de una acaudalada viuda mucho mayor que él llamada Jadiya para dirigir su negocio de caravanas comerciales, y con la que más tarde se casó. Vivieron en La Meca, la ciudad en la que se encuentran la Kaaba y su piedra negra, en aquel momento, el santuario de un dios pagano y una ciudad próspera gracias a los peregrinos atraídos por ese culto y al comercio de caravanas. Mahoma pertenecía a la tribu *quraysh*, de la que procedían los principales comerciantes y los custodios del santuario, aunque su clan hachemita no estaba entre los más poderosos.

Mahoma, descrito como un hombre atractivo, de cabello rizado y barba, poseía una simpatía persuasiva y una espiritualidad carismática; se decía de él que cuando estrechaba la mano de alguien, nunca le gustaba ser el primero en retirarla, y su integridad e inteligencia despertaban admiración; según explicarían más tarde sus guerreros, «era el mejor de entre nosotros», y era conocido con el sobrenombre de al-Amin, aquel en quien se puede confiar.

Igual que ocurre con Moisés, David o Jesús, nos resulta imposible ahora adivinar la esencia personal de su éxito, pero, lo mismo que ellos, llegó en un momento en el que se le necesitaba. En la Jahiliya, el tiempo de la ignorancia antes de su revelación, «nadie estaba más necesitado que nosotros», escribiría más tarde uno de sus soldados. «Nuestra religión se basaba en la agresión y en matarnos los unos a los otros. Algunos de nosotros incluso enterramos vivas a nuestras hijas para evitar que se comieran nuestros alimentos. Entonces, Dios nos envió a un hombre bueno».

A Mahoma le gustaba meditar en la cueva de Hira, en las afueras de La Meca, donde, según la tradición, en el año 610, le visitó el arcángel Gabriel con la primera revelación del Dios único que le había elegido para ser su mensajero y su Profeta. La tradición explica asimismo que cuando el Profeta recibió las revelaciones de Dios, se ruborizó y enmudeció, y su cuerpo quedó inerte en el suelo mientras el sudor corría por sus mejillas, ensimismado por las visiones y sonidos sordos, y que después recitó

sus revelaciones poéticas y divinas. Al principio, estaba aterrorizado, pero Jadya creyó en su vocación y Mahoma empezó a predicar.

En aquella ruda sociedad guerrera en la que cada niño y cada hombre era un combatiente, la tradición literaria no estaba escrita, sino que se transmitía por medio de la poesía recitada que celebraba las hazañas de los honorables guerreros, amantes apasionados y audaces cazadores que a nada temían. El Profeta sabría aprovechar esta tradición poética: al principio, sus 114 suras, capítulos, fueron recitados, antes de ser reunidos en el Corán, «la recitación», un compendio de poesía exquisita, sagrada opacidad, instrucciones claras y desconcertantes contradicciones.

Mahoma fue un visionario inspirado que predicaba la sumisión, el islam, a un único Dios a cambio de la salvación universal, los valores de la igualdad y de la justicia, y las virtudes de una vida pura, con rituales sencillos de aprender y normas para la vida y la muerte. Les abrió los brazos a los conversos, veneraba la Biblia y consideraba profetas a David, Salomón, Moisés y Jesús, pero su revelación sustituía a las anteriores. Muy significativo con respecto al destino de Jerusalén, el Profeta hacía hincapié en la llegada del Apocalipsis, que él llamaba el Juicio, el Último Día o, simplemente, la Hora, y esta inminencia inspiró el dinamismo del islam primitivo. «Sólo Dios tiene conocimiento de ella» dice el Corán, pero, «¿quién sabe? Quizá la Hora esté próxima...». Todas las escrituras judeocristianas insistían en que el Apocalipsis sólo podía tener lugar en Jerusalén.

Sus seguidores creían que, una noche, mientras Mahoma dormía junto a la Kaaba, tuvo una visión en la cual el arcángel Gabriel le despertaba y juntos emprendían un viaje nocturno cabalgando sobre Buraq, un corcel alado con rostro humano, hasta la «Mezquita lejana» que no tenía nombre. Allí, Mahoma se reunió con sus «padres» (Adán y Abraham) y sus «hermanos». Moisés, José y Jesús, antes de ascender al cielo por una escalera. A diferencia de Jesús, Mahoma se denominaba a sí mismo Mensajero, o Apóstol de Dios, y no afirmaba tener poderes mágicos. Así, el Isra, el viaje nocturno, y el Miraj, la ascensión, constituyen sus únicas hazañas milagrosas. Aunque, en realidad, no se hace mención ni de Jerusalén ni del Templo, los musulmanes acabarían creyendo que la «mezquita lejana» era el monte del Templo.

Tras la muerte de su esposa y de su tío, Mahoma quedó expuesto a la desaprobación de las familias más ricas de La Meca, que dependían de la piedra de la Kaaba para mantener su tren de vida. Los ciudadanos de La Meca intentaron asesinarlo, pero unos habitantes de Yatrib, en un oasis de palmeras hacia el norte, ciudad fundada por tribus judías, y en la que también vivían artesanos y granjeros paganos, se pusieron en contacto con él y le pidieron que pusiera paz entre sus clanes enemistados. Mahoma y su círculo más íntimo de seguidores y creyentes salieron hacia Yatrib, que se convertiría en Madinat an-Nabi, la ciudad del Profeta, Medina, un viaje que se conoce con el nombre de la Hégira, la migración. Allí crearía una

nueva comunidad, la *umma*, formada por sus primeros devotos, los Emigrantes, los nuevos seguidores, los Ayudantes, y sus aliados judíos. Corría el año 622, el arranque del calendario musulmán.

Mahoma era un hábil conciliador de hombres y asimilador de ideas. Ahora, en Medina, una ciudad que tenía sus clanes judíos, fundó su primera mezquita,<sup>[\*1]</sup> adoptando el Templo de Jerusalén como la primera alquibla, la dirección de la oración. Rezaba el viernes después del ocaso, el Sabbat judío, ayunaba en el Día de la Expiación, prohibió el cerdo y practicó la circuncisión. La unicidad del Dios de Mahoma rechazaba la Trinidad cristiana, pero otros rituales, por ejemplo, la postración sobre alfombrillas de oración, procedían de los monasterios cristianos; sus minaretes tal vez se inspiraran en las columnas de los estilitas, y la celebración del Ramadán era muy similar a la Cuaresma. Pese a todo ello, el islam fue sobre todo una creación de Mahoma.

Mahoma creó un pequeño estado con sus propias leyes, pero tuvo que enfrentarse a la resistencia de Medina y de su ciudad natal, La Meca. Su nuevo estado necesitaba defenderse y conquistar: la yihad, la lucha, consistía tanto en el control interno de uno mismo como en la guerra santa de conquista. El Corán alentaba la destrucción de los infieles, aunque también la tolerancia, si se sometían, una cuestión pertinente, habida cuenta de la resistencia de las tribus judías a las revelaciones de Mahoma y a su control. De ahí que cambiara la alquibla a La Meca y rechazara la práctica judía: Dios había destruido el Templo judío porque los judíos habían pecado, así que «no siguen tu alquibla», Jerusalén.

Mientras combatía contra los ciudadanos de La Meca no podía permitirse deslealtades en Medina y, en consecuencia, expulsó a los judíos y aplicó un castigo ejemplar: decapitó a los setecientos varones de uno de los clanes y esclavizó a sus mujeres e hijos. En el año 630, Mahoma conquistó por fin La Meca y difundió su monoteísmo por toda Arabia por medio de la conversión y de la fuerza. La militancia de los seguidores de Mahoma fue en aumento, al mismo tiempo que se esforzaban por llevar una vida recta en preparación para el Juicio Final. Una vez completada la conquista de Arabia, se enfrentaron a los imperios pecadores más allá de sus fronteras. Los primeros seguidores del profeta, los Emigrantes y los Ayudantes, formaban su entorno más cercano, pero Mahoma también acogió con el mismo entusiasmo a antiguos enemigos y oportunistas con talento. La tradición musulmana recoge su vida personal durante ese tiempo: tuvo numerosas esposas, de las cuales Aisha, hija de su aliado Abu Bakr, era su favorita; tomó numerosas concubinas, entre ellas hermosas judías y cristianas; y tuvo hijos, y, lo que es más importante, tuvo una hija llamada Fátima.<sup>[1]</sup>

Mahoma falleció en el año 632 a la edad de sesenta y dos años y fue sucedido por su suegro, Abu Bakr, aclamado Amir al-Muminin, Comendador de los Creyentes.<sup>[\*2]</sup>

Después de su muerte, el reino de Mahoma se tambaleaba, pero Abu Bakr logró pacificar Arabia, tras lo cual, se volvió hacia los imperios bizantino y persa. El Comendador envió contingentes de guerreros cabalgando sobre camellos a atacar Iraq y Palestina.

## JALID IBN WALID: LA ESPADA DEL ISLAM

En algún lugar cerca de Gaza, «se libró una batalla entre los romanos y los nómadas de Mahoma», escribe Tomás el Presbítero, un cristiano que, en el año 640, fue el primer historiador independiente en mencionar al Profeta.<sup>[\*3]</sup> «Los romanos huyeron». El emperador Heraclio, todavía en Siria, se dispuso a aplastar a estos ejércitos árabes quienes, a su vez, solicitaron refuerzos a Abu Bakr. El Comendador llamó a su mejor general, Jalid ibn Walid, que en aquel momento estaba combatiendo en Iraq, y Jalid cabalgó durante seis días, cruzó el árido desierto y llegó a Palestina justo a tiempo.

Jalid era uno de los aristócratas de La Meca que se había enfrentado a Mahoma, pero cuando al final se convirtió, el profeta acogió con los brazos abiertos a este dinámico comandante y le dio el nombre de «Espada del islam». Jalid era uno de esos generales fanfarrones y jactanciosos que suelen hacer poco caso de las órdenes de sus señores políticos. Si bien la secuencia de acontecimientos no está clara, lo cierto es que se unió a otros caudillos árabes, asumió el mando y derrotó a un destacamento bizantino al suroeste de Jerusalén antes de lanzar un asalto sobre Damasco. Muy lejos de allí, en La Meca, Abu Bakr moría y le sucedía Omar, uno de los primeros conversos del Profeta y también uno de sus confidentes más cercanos. El nuevo Comendador de los Creyentes desconfiaba de Jalid, que estaba amasando una fortuna, y convirtiéndose en leyenda, y le llamó de regreso a La Meca: «Jalid», le dijo, «coge tus propiedades y quítate de en medio».

Heraclio envió un ejército a detener a los árabes. Omar nombró a un nuevo comandante, Ubu Ubayda, y Jalid se unió al ejército como su subordinado. Tras meses de escaramuzas, los árabes consiguieron por fin atraer a los bizantinos a una batalla entre las impenetrables gargantas del río Yarmuk, entre lo que hoy son Jordania, Siria y el Golán israelí. «Ésta es una de las batallas del Señor», arengó Jalid a sus hombres. El 20 de agosto del año 636, Dios desencadenó una tormenta de arena que cegó a los cristianos, quienes, presa del pánico, huyeron en desbandada por los acantilados del Yarmuk. Jalid les cortó la retirada y, al acabar la batalla, los cristianos estaban tan agotados que los árabes los encontraron echados, envueltos en sus capas, a punto para la carnicería. En esa batalla murió incluso el hermano del emperador, una derrota de la que Heraclio nunca se recuperó, una de las batallas decisivas de la historia en la que se perdieron Siria y Palestina. La monarquía bizantina, debilitada

por la guerra contra los persas, parecía haberse desmoronado como un castillo de naipes, y no está claro que la conquista árabe fuera algo más que una serie de incursiones victoriosas. Cualquiera que fuera la intensidad de la conquista, se trataba de un asombroso logro, que esos minúsculos contingentes de camelleros árabes, algunos de ellos de apenas mil hombres, hubieran aplastado a las legiones de la Roma oriental. El Comendador de los Creyentes, no obstante, no descansó; envió otro ejército al norte a conquistar Persia, que también cayó ante los árabes.<sup>[2]</sup>

En Palestina, sólo Jerusalén resistía bajo el mando del patriarca Sofronio, un intelectual griego que en su poesía alababa a la ciudad como «Sión, radiante Sión del Universo». Apenas podía creer el desastre que se había abatido sobre los cristianos. En sus sermones en la iglesia del Santo Sepulcro, denunció los pecados de los cristianos y las atrocidades de los árabes, a quienes llamó *sarakenoi* en griego, sarracenos. «¿Por qué se producen guerras contra nosotros? ¿Por qué se multiplican las invasiones bárbaras? Los impíos sarracenos han capturado Belén. Los sarracenos se han levantado contra nosotros debido a nuestros pecados y han arrasado todo con un impulso violento y bestial. ¡Corrijámonos!».

Era ya demasiado tarde para corregirse. Los árabes se aproximaban a la ciudad que llamaban Ilya (Aelia, el nombre romano). El primero de sus comandantes en poner sitio a Jerusalén fue Amr ibn al-As, quien, después de Jalid, era el general más capaz, y otro irreprimible e imponente aventurero hijo de la nobleza de La Meca. Amr, igual que los otros líderes árabes, conocía muy bien la zona, e incluso poseía tierras en la cercanía y había visitado Jerusalén en su juventud. Ahora bien, no se trataba de sólo conseguir un botín.

«Se acerca la Hora», dice el Corán. La creencia de los primeros creyentes musulmanes en el Juicio Final alimentaba su fanatismo militante. El Corán no lo afirmaba específicamente, pero ellos sabían por los profetas judeocristianos que debía tener lugar en Jerusalén. Si la Hora se les acercaba, necesitaban Jerusalén.

Jaled y los otros generales se unieron a Amr alrededor de las murallas, aunque es probable que los ejércitos árabes no contaran con los suficientes efectivos para asaltar la ciudad, y no parece que se librasen muchos combates. Sofronio, sencillamente, se negó a rendirse sin una garantía de tolerancia del propio Comendador de los Creyentes. Amr sugirió una solución al problema: hacer pasar a Jaled por el Comendador de los Creyentes, pero fue reconocido y fue necesario llamar a Omar en La Meca.

El Comendador pasó revista al resto de los ejércitos árabes en Jabiya, en el Golán, y es probable que los jerosolimitanos se reunieran allí con él para negociar su rendición. Los cristianos monofisitas, mayoritarios en Palestina, odiaban a los bizantinos y parece ser que a los primeros creyentes musulmanes no les importaba nada permitir la libertad religiosa a los seguidores de las otras fes monoteístas.<sup>[\*4]</sup>

Conforme a las instrucciones del Corán, Omar ofreció a Jerusalén un acuerdo, *dhimma*, de rendición en virtud del cual les prometía tolerancia religiosa a los cristianos a cambio del pago de la *jizya*, el impuesto de sumisión. Una vez acordadas las condiciones, Omar se dirigió a Jerusalén, un gigante vestido de una raída túnica andrajosa, a lomos de una mula, y en compañía de un único sirviente.

## OMAR EL JUSTO: EL TEMPLO RECUPERADO

Cuando vio Jerusalén desde el monte Scopus, Omar le ordenó a su muecín que llamara a la oración. Tras rezar, se vistió con la túnica blanca del peregrino, montó sobre un camello blanco y cabalgó a reunirse con Sofronio. Los jerarcas bizantinos esperaban al conquistador, y sus túnicas cubiertas de joyas ofrecían un severo contraste con la simplicidad puritana del Comendador. Omar, el fornido Comendador de los Creyentes, en su juventud un luchador, era un asceta implacable que siempre llevaba consigo un látigo. Se decía que cuando Mahoma entraba en una habitación, las mujeres y los niños seguían con su charla y sus risas, pero que cuando veían a Omar, se hacía el silencio. Fue Omar quien inició la recopilación del Corán, y quien creó el calendario musulmán y una gran parte de sus leyes. Omar promulgó normas para las mujeres que superaban en severidad a las del Profeta. En una ocasión en la que su propio hijo se emborrachó, Omar ordenó que fuera castigado con ochenta latigazos que le causaron la muerte.

Sofronio le entregó a Omar las llaves de la Ciudad Santa. El patriarca, al ver a Omar y a sus harapientas hordas de camelleros y jinetes árabes, masculló que se trataba de la «abominación de la desolación». La mayor parte de las tropas árabes pertenecía a las tribus de Hiyaz o de Yemen; viajaban rápido y ligeros de equipaje, envueltos en capas y turbantes y alimentándose de *ilhiz* (pelo de camello triturado, mezclado con sangre y después cocinado). Sólo los comandantes utilizaban cotas de malla o casco, y el resto «cabalgaba sobre pequeños y melencos caballos, con sus espadas muy bruñidas, pero cubiertas por una andrajosa vaina de tela». Nada que ver con la caballería persa y bizantina y sus catafractos de pesadas armaduras. Los árabes llevaban arcos cuya cuerda estaba hecha de nervios de camello, flechas y unos escudos de cuero rojo que parecían «una espesa barra de pan rojo». También sentían cariño por sus espadas de hoja ancha, su *sayf*, a las que daban nombres y dedicaban poemas.

Se enorgullecían de su rusticidad, llevaban «cuatro mechones de pelo» recogido hacia arriba como «los cuernos de una cabra». Cuando se encontraban con una lujosa alfombra, cabalgaban sobre ella y la cortaban para hacer fundas de lanza, y gozaban del botín, humano y material, igual que cualquier otro conquistador. «De repente, sentí la presencia de una forma humana oculta bajo unas mantas», escribió uno de



ellos. «Las aparto y ¿qué encuentro? Una mujer como una gacela, radiante como el sol. La tomé a ella, y a su ropa, que entregué como botín, pero solicité que la chica me fuera concedida. La tomé como concubina.»<sup>[\*5]</sup> Los ejércitos árabes no contaban con ninguna ventaja técnica, pero estaban motivados por el fanatismo.

Según las fuentes tradicionales musulmanas, muy posteriores, Sofronio escoltó al comandante sarraceno hasta el Santo Sepulcro, esperando que su visitante admirara, o incluso abrazara, la santidad perfecta del cristianismo. Cuando el muecín de Omar llamó a sus soldados a la oración, Sofronio invitó al Comendador a orar en aquel lugar. Omar, sin embargo, declinó la oferta, explican las fuentes, con la advertencia de que si lo hacía, el santuario se convertiría en un lugar de culto musulmán. Omar sabía que Mahoma había venerado a David y a Salomón. «Llévame al santuario de David», le ordenó a Sofronio. Él y sus guerreros entraron en el monte del Templo, posiblemente por la Puerta de los Profetas, al sur, y lo encontró contaminado por «un montón de excrementos que los cristianos habían colocado allí para ofender a los judíos».

Omar pidió que le enseñaran el Santo de los santos. Kaab al-Ahbar, un converso judío, conocido como el Rabino, replicó que si el Comendador conservaba «el muro» (tal vez refiriéndose a los últimos vestigios de la muralla de Herodes, que incluyen el Muro de las Lamentaciones), «le revelaré donde se hallan las ruinas del Templo». Kaab le mostró a Omar la piedra fundacional del Templo, la roca que los árabes llaman la Sakhra.

Con la ayuda de sus soldados, Omar empezó a despejar los cascotes para crear un sitio en el que poder orar. Kaab le sugirió situarse al norte de la Roca, «así harás dos alquiblas, la de Moisés y la de Mahoma». «Todavía tienes inclinaciones judías», se supone que le respondió Omar a Kaab, mientras instalaba su primera casa de oración al sur de la Roca, más o menos donde se alza en la actualidad la mezquita de al-Aqsa, de modo que quedara orientada a La Meca. Omar había seguido el deseo de Mahoma: ir más allá del cristianismo para restaurar y asimilar al islam este lugar de antigua santidad, convirtiendo a los musulmanes en los legítimos herederos de la santidad judía y dejar de lado así a los cristianos.

Las crónicas de Omar en Jerusalén datan de un siglo más tarde, cuando el islam ya había formalizado sus rituales, claramente diferenciados de los del cristianismo o del judaísmo. Con todo, la historia de Kaab y de otros judíos, que más tarde entraría a formar parte del conjunto de textos musulmanes, la *Israiliyyat*, buena parte de los cuales tratan de la grandeza de Jerusalén, demuestra que muchos cristianos y judíos probablemente se unieron al islam. Nunca sabremos con exactitud qué ocurrió en esas primeras décadas, pero los cómodos acuerdos alcanzados en Jerusalén y en otros lugares sugieren que los Pueblos del Libro compartían muchas cosas y se mezclaban entre ellos.<sup>[\*6]</sup>

Al principio, los conquistadores musulmanes no tenían ningún inconveniente en compartir santuarios con los cristianos. En Damasco, compartieron la iglesia de San Juan durante muchos años, y la mezquita omeya todavía conserva en su interior la tumba de san Juan Bautista. Otras crónicas informan asimismo de iglesias compartidas por musulmanes y cristianos en Jerusalén. La iglesia de Cathisma, en el exterior de la ciudad, estaba equipada con un oratorio musulmán. Al contrario de lo que afirma la leyenda de Omar, parece ser que los primeros musulmanes oraron primero en la iglesia del Santo Sepulcro, o junto a ella, antes de instalar otros lugares de oración en el monte del Templo.

Tras siglos de represión bizantina, los judíos recibieron con los brazos abiertos a los musulmanes. Al parecer, en los ejércitos musulmanes servían no sólo cristianos, sino también judíos. El interés de Omar por el monte del Templo, comprensiblemente, alentó las esperanzas de los judíos, puesto que el Comendador de los Creyentes no sólo invitó a los judíos a mantener el monte del Templo, sino que les permitió asimismo orar allí junto a los musulmanes. Un obispo armenio bien informado, Sebeos, que escribiría treinta años más tarde, afirma que «los judíos planeaban construir el Templo de Salomón y, tras localizar el Santo de los santos, construyeron (el Templo) sin un pedestal», y añade que el primer gobernador de Jerusalén nombrado por Omar era judío. Es indudable que Omar invitó al *gaon*, el líder de la comunidad judía de Tiberíades, y a setenta familias judías a regresar a Jerusalén, donde se instalaron en la zona al sur del monte del Templo.<sup>[\*7]</sup>

Jerusalén, tras la depredación de los persas, seguía siendo una ciudad empobrecida y asolada por las plagas y la peste, y se mantendría abrumadoramente cristiana durante muchos años. Omar también instaló colonos árabes en la ciudad, en especial a los más sofisticados *quryash*, a quienes les gustaban Palestina y Siria, tierra a la que llamaban Bilad al-Shams. Algunos de los seguidores más cercanos del profeta, los conocidos como los Compañeros, también se instalaron en Jerusalén y fueron enterrados en el primer cementerio musulmán, justo en el exterior de la Puerta Dorada, a punto para el Día del Juicio. Dos de las famosas familias de Jerusalén que desempeñan un destacado papel en esta historia hasta el siglo XXI, tienen sus orígenes en estos primeros nobles árabes.<sup>[\*8]</sup> [3]

En Jerusalén, a Omar le acompañaba, además de sus generales Jalid y Amr, un joven competente y amante de la buena vida que no podía haber sido más diferente del Comendador del látigo. Muawiya ibn Abi Sufiyan era un hijo de Abu Sufyan, el aristócrata de La Meca que había encabezado la oposición a Mahoma, y cuya madre, después de la batalla de Uhuh, se había comido el hígado de Hamza, el tío del profeta. Tras la rendición de La Meca al islam, Mahoma había nombrado a Muawiya su secretario personal y se había casado con su hermana. Después de la muerte de Mahoma, Omar nombró a Muawiya gobernador de Siria, y el Comendador le dedicó

un cumplido un tanto ambiguo: Muawiya, dijo, era el «César de los árabes».

# CAPÍTULO 18

## LOS OMEYAS: EL TEMPLO RESTAURADO, 660-750

### MUAWIYA, EL CÉSAR ÁRABE

Muawiya gobernó Jerusalén durante cuarenta años, primero como gobernador de Siria y después como monarca del vasto imperio árabe que se estaba expandiendo hacia el este y el oeste a una velocidad asombrosa. Sin embargo, y en medio de tanta victoria, una guerra civil provocada por una cuestión sucesoria casi destruyó el islam y dio lugar al cisma que todavía lo divide en la actualidad.

En el año 644, Omar fue asesinado. Le sucedió Othman, un primo de Muawiya, que al cabo de diez años era muy odiado por su nepotismo. Cuando él también fue asesinado, el primo hermano del Profeta, Alí, quien además estaba casado con Fátima, la hija de Mahoma, fue elegido Comendador de los Creyentes. Muawiya exigió que Alí castigara a los asesinos, pero el nuevo Comendador se negó a hacerlo. Muawiya temió entonces perder sus dominios en Siria. Se alzó con la victoria en la subsiguiente guerra civil, Alí fue asesinado en Iraq y con él terminó el reinado de los que se conocen con el nombre de Califas Bien Guiados.

En julio del año 661, los nobles del imperio árabe se reunieron en el monte del Templo de Jerusalén para aclamar a Muawiya como Comendador de los Creyentes y le juraron lealtad al modo tradicional árabe, el *bayah*.<sup>[\*1]</sup> A continuación, el nuevo Comendador visitó el Santo Sepulcro y la tumba de la Virgen María, no en calidad de peregrino, sino en muestra de la continuidad de las religiones y de su papel imperial como protector de los Santos Lugares. Aunque gobernó desde Damasco, adoraba Jerusalén, e hizo inscribir en sus monedas «Ilya Filastin», Aelia Palestina. Muawiya estuvo tentado de convertirla en su capital, y es muy posible que residiera habitualmente en la ciudad, en uno de sus lujosos palacios justo al sur del Templo, tal vez construidos por él. Muawiya adoptó las tradiciones judías relacionadas con el monte del Templo y declaró que Jerusalén era la «tierra de reunión y de la resurrección el día del Juicio Final», y añadió que «Dios ama más la zona entre los dos muros de esta mezquita que al resto de la tierra».

Los escritores cristianos alabaron su reinado, calificándolo de justo, pacífico y tolerante; los judíos lo llamaron «amante de Israel». En sus ejércitos combatían cristianos; es más, consolidó su alianza con las tribus árabes cristianas casándose con Maysun, la hija de su jeque, a quien permitió seguir profesando la fe cristiana. Por añadidura, gobernó asistido por Mansur ibn Sanjun (Sergio en árabe), un burócrata

cristiano heredado de Heraclio. Muawiya había crecido junto a los judíos de Arabia, y se dice que cuando le visitó una delegación de judíos, lo primero que hizo fue pedirles si podrían cocinar el delicioso *haris*, un plato que había saboreado en su región natal. Muawiya instaló a más judíos en Jerusalén y les permitió rezar en la ciudad, en el lugar ocupado por el Santo de los santos; los vestigios de la *menorah* en el monte del Templo, que datan del siglo VII, podrían ser prueba de ello.

Muawiya fue probablemente el creador del actual monte del Templo musulmán, la Explanada de las Mezquitas. Fue él quien construyó la primera mezquita: niveló la roca de la antigua fortaleza Antonia, amplió la explanada y añadió una construcción hexagonal abierta en todos sus lados, la Cúpula de la Cadena; ignoramos para qué servía esta cúpula, pero, habida cuenta que se encuentra en el centro exacto de la Explanada, podría simbolizar el centro del mundo. Muawiya, escribe un coetáneo suyo, «excava el monte Moria, lo hace plano y recto, y construye allí una mezquita sobre la roca sagrada». Cuando Arculfo, un obispo galo, visitó Jerusalén, vio que «en el antiguo lugar donde se alzaba el Templo, los sarracenos frecuentan ahora un centro de culto rectangular montado a base de planchas verticales y grandes vigas sobre unos restos ruinosos, y se dice que esa construcción puede alojar en su interior a tres mil personas». Apenas era reconocible como mezquita, pero es probable que se alzara donde se alza ahora la mezquita de al-Aqsa.<sup>[\*2]</sup>

Muawiya personificaba el *hilm*, la sabiduría y la paciencia del jeque árabe: «No utilizo la espada si me basta el látigo, ni el látigo si me basta la lengua. E incluso si sólo un cabello me une a mi prójimo, no dejaré que se rompa. Cuando tiran, aflojo, cuando aflojan, tiro». Esta frase constituye casi una definición de las cualidades de un estadista y Muawiya, el creador de la monarquía árabe y el primer monarca de la dinastía de los omeyas, es un ejemplo, al que no se ha prestado apenas atención, de cómo el poder absoluto no tiene por qué ser absolutamente corrupto. Expandió sus dominios hacia el este de Persia, Asia central y el norte de África, y conquistó Chipre y Rodas, convirtiendo a los árabes en una potencia marítima gracias a su moderna flota. Lanzó asaltos anuales contra Constantinopla, y, en una ocasión, mantuvo el asedio a la capital bizantina durante tres años, por tierra y por mar.

Con todo, Muawiya nunca perdió la capacidad de reírse de sí mismo, una rara cualidad entre los políticos, y más escasa aún entre los conquistadores. Engordó mucho (tal vez por esta razón fuera el primer monarca árabe en reclinarsse en un trono en lugar de sentarse sobre cojines), y en una ocasión, le tomó el pelo a otro noble gordo:

—Me gustaría tener una esclava que tuviera unas piernas como las tuyas.

—Y un trasero como el tuyo, Comendador de los Creyentes —replicó rápido el viejo.

—¡Muy bien! —se echó a reír Muawiya—. Ya se sabe, cuando uno empieza algo,

hay que atenerse a las consecuencias.

Nunca dejó de sentirse orgulloso de sus legendarias proezas sexuales, e incluso en este aspecto, podía encajar burlas y bromas: en una ocasión, estaba retozando con una joven jorasaní de su harén, cuando le obsequiaron con otra a la que tomó sin más ceremonias. Una vez que la nueva joven se hubo marchado, volvió de nuevo su atención hacia la joven jorasaní, orgulloso de su leonina actuación:

—¿Cómo se dice «león» en persa?

—*Kaftar* —le respondió ella.

—Soy un *kaftar* —se jactó el Comendador ante sus cortesanos, hasta que alguien le preguntó si sabía lo que era *kaftar*.

—¿Un león?

—No, ¡una hiena lisiada!

—¡Bien hecho! —exclamó Muawiya, riéndose entre dientes— esa chica jorasaní ha sabido tomarse la revancha.

Tras su muerte, pasados los ochenta años, su heredero Yazid, un depravado al que siempre acompañaba su mascota, un mono, fue aclamado Comendador en la Explanada de las Mezquitas, pero no pasó mucho tiempo antes de tener que enfrentarse a dos rebeliones en Arabia y en Iraq, el inicio de la segunda guerra civil del islam. Sus enemigos se burlaban de él: «Yazid de licores, Yazid de las putas, Yazid de los perros, Yazid de los monos, Yazid de los desmayos por el vino».

Hussein, el nieto del Profeta, deseoso de vengar la muerte de su padre Alí se rebeló, pero fue decapitado en Kerbala, en Iraq, el martirio causante del gran cisma del islam que apartó a la mayoría suní de los chiíes, «el partido de Alí».<sup>[\*3]</sup> Yazid murió joven, en el año 683, y los ejércitos sirios emplazaron a su astuto compatriota Marwan a convertirse en el Comendador. Tras la muerte de Marwan en el año 685, su hijo Abdelmalik fue aclamado Comendador en Damasco y en Jerusalén, pero su imperio era frágil: La Meca, Iraq y Persia estaban controlados por los rebeldes. No obstante, sería Abdelmalik quien le diera a la Jerusalén musulmana su joya de la corona.<sup>[1]</sup>

## ABDELMALIK: LA CÚPULA DE LA ROCA

Abdelmalik no soportaba bien a los necios. A un adulator que le dirigió elogios, le cortó secamente: «No me adules, me conozco mejor que tú». Según la efigie que aparece en las escasas monedas que acuñó, era severo, delgado, tenía la nariz aguileña, el cabello rizado y largo hasta los hombros, vestía largas túnicas de brocado y llevaba una espada al cinto. Sus críticos afirmarían más tarde que tenía los ojos grandes, las cejas tan espesas que estaban unidas por el centro, una nariz prominente, un labio leporino y una halitosis tan nociva que le dieron el apodo de *el matamoscas*.

Y sin embargo, era otro regio amante a quien le gustaba reflexionar sobre el erotismo: «que aquel que desee una esclava para el placer, tome una berebere, si lo que quiere es hacer un hijo, que tome una persa, y si quiere una sirvienta doméstica, que sea una bizantina». Abdelmalik se formó en una dura escuela. A los dieciséis años se puso al mando de un ejército contra los bizantinos, presencié el asesinato de su primo, el Comendador de los Creyentes Othman, y maduró hasta convertirse en un monarca sagrado que nunca tuvo miedo de ensuciarse las manos. Empezó por reconquistar Iraq e Irán. Cuando capturaba a un cabecilla rebelde, lo torturaba públicamente ante la multitud en Damasco, le colocaba un collar de plata al cuello y lo paseaba atado como a un perro antes de «aplstarle el pecho, descuartizarlo y arrojar la cabeza a sus seguidores».

La Meca, por el momento, permanecía fuera de su control, pero poseía Jerusalén, ciudad por la que sentía la misma veneración que Muawiya. Abdelmalik tuvo la visión de un imperio musulmán unido surgido después de la segunda guerra civil cuyo centro fuera Bilad al-Shams, es decir, Siria y Palestina, y por ese motivo planificó una carretera entre Jerusalén y Damasco.<sup>[\*4]</sup> Muawiya ya había proyectado construir encima de la Roca, y ahora Abdelmalik dedicó siete años de los ingresos procedentes de Egipto a la construcción de la Cúpula de la Roca.

El plano era de una sencillez exquisita: una cúpula de veinte metros de diámetro soportada por un tambor, y todo el conjunto descansando sobre un muro octogonal. El misterio de la Cúpula iguala su belleza, su poder y su sencillez; no sabemos por qué exactamente la construyó Abdelmalik, nunca lo explicó. No es una mezquita, sino un santuario. Su forma octogonal se parece a la de un *martirium* cristiano y, sin duda, su cúpula recuerda a la del Santo Sepulcro y a la de Hagia Sofia en Constantinopla, pero el camino diseñado para pasear en círculo recuerda a la Kaaba de La Meca.

La Roca era el lugar del paraíso de Adán y del altar de Abraham, el punto donde David y Salomón habían planificado su Templo, y el lugar que más tarde había visitado Mahoma en su viaje nocturno. Abdelmalik estaba reconstruyendo el Templo judío para la auténtica revelación de Dios, el islam.

El edificio no tiene un eje central, sino que está rodeado por tres círculos: el primero, los muros exteriores; el segundo, formado por las arcadas octogonales; y el tercero, justo bajo la cúpula, y bañadas por la luz del sol, las arcadas alrededor de la propia Roca; así se declaraba que ese lugar era el centro del mundo. La cúpula propiamente dicha era el cielo, el vínculo con Dios a través de la arquitectura humana. La cúpula dorada, la exuberante decoración y el reluciente mármol blanco anunciaban que ése era el nuevo Edén, y también el lugar donde Abdelmalik y su dinastía omeya le entregarían su reino a Dios cuando llegara la Hora, o los Últimos Días. La riqueza de sus imágenes, joyas, árboles, frutas, flores y coronas, hacía de



ella un edificio festivo incluso para los no musulmanes, y esas imágenes combinaban la sensualidad del Edén con la majestad de David y Salomón.

El mensaje de la cúpula, por lo tanto, también era imperial: puesto que no había recuperado La Meca, todavía en poder de los rebeldes, Abdelmalik proclamaba a todo el mundo musulmán la grandeza y la permanencia de su dinastía, y es posible que si no hubiera reconquistado la Kaaba, hubiera hecho de este lugar su nueva Meca. La cúpula de oro proyectaba su gloria como emperador islámico. Ahora bien, su mensaje iba dirigido también al público más allá del islam: igual que la iglesia de Hagia Sofia de Justiniano en Constantinopla había superado a Salomón, del mismo modo Abdelmalik superaba a Justiniano, y también a Constantino el Grande, una manera de recriminarles a los cristianos la reivindicación de que ellos eran el nuevo Israel. Irónicamente, los mosaicos fueron casi con toda seguridad obra de artesanos bizantinos, que Justiniano II le prestó al Comendador durante una de las escasas paces entre los imperios.

Jerusalén, una vez terminada la construcción de la Cúpula, entre 691 y 692, nunca sería ya la misma: la portentosa visión de Abdelmalik se apropió de la silueta de Jerusalén para el islam, construyendo en la montaña que los bizantinos habían desdeñado y que dominaba la ciudad. Físicamente, la Cúpula se imponía sobre Jerusalén y le hacía sombra a la iglesia del Santo Sepulcro, el propósito de Abdelmalik, en opinión de jerosolimitanos posteriores, como el escritor al-Muqqadasi. Funcionó: desde aquel momento y hasta el siglo XXI, los musulmanes ridiculizaron la iglesia del Santo Sepulcro, *kayamah* en árabe, llamándola *kumamah*, el montón de excrementos. La Cúpula complementaba y sometía al mismo tiempo a su rival, aunque relacionaba las reivindicaciones de judíos y cristianos, de modo que Abdelmalik se enfrentó a ambos con la superioridad del nuevo islam. Alrededor del edificio colocó inscripciones que se extendían a lo largo de 250 metros en las que se criticaba la idea de la divinidad de Jesús de una forma tan directa que parece indicar la estrecha relación entre las dos fes monoteístas: compartían muchas cosas, salvo la Trinidad. Las inscripciones resultan fascinantes porque en ellas se puede ver por primera vez el texto del Corán que Abdelmalik estaba haciendo compilar para darle su forma final.

Los judíos tenían una menor importancia para el imperio de la que tenían desde un punto de vista teológico. Trescientos esclavos negros a los que ayudaban veinte judíos y diez cristianos se ocupaban del mantenimiento de la Cúpula. Los judíos no podían evitar ver la Cúpula con una cierta esperanza: ¿se trataba de su nuevo Templo? Todavía se les permitía rezar en la explanada, y los omeyas crearon una versión islámica de los rituales del Templo de purificación, unción y caminar en círculo alrededor de la piedra.<sup>[\*5]</sup>

El poder de la Cúpula va mucho más allá: constituye una obra maestra atemporal



de la arquitectura; su brillo es el centro de atención de todas las miradas dondequiera que uno se encuentre en Jerusalén. Resplandece como un místico palacio que sobresale del espacio despejado y sereno de la explanada, que se convirtió de inmediato en una inmensa mezquita al aire libre, santificando todo el espacio a su alrededor. La Explanada de las Mezquitas se erigió enseguida en un espacio de recreo y de relajación, y todavía lo es hoy en día. La Cúpula, indudablemente, creó un paraíso terrenal que combinaba la tranquilidad y la sensualidad de este mundo con la santidad del más allá, y en eso consistía su genialidad. Incluso en sus primeros años, escribiría Ibn Asakir, no había mayor placer que el de «comerse un plátano a la sombra de la Cúpula de la Roca». Está considerada, junto a los templos de Salomón y de Herodes, como uno de los edificios sagrados imperiales más logrados jamás construido y, en el siglo XXI, se ha convertido en el símbolo turístico definitivo, el santuario del islam resurgente y el tótem del nacionalismo palestino: en la actualidad todavía sigue definiendo a Jerusalén.

Al poco tiempo de la construcción de la Cúpula, los ejércitos de Abdelmalik recuperaron La Meca y reanudaron la yihad contra los bizantinos para difundir el reino de Dios. El Comendador expandió su colosal imperio hacia el oeste cruzando el norte de África, y hacia el este hasta Sind (el actual Pakistán). Sin embargo, en el interior de su reino, necesitaba unificar la casa del islam en una única religión musulmana con énfasis en Mahoma, expresado en la doble *shahada* que ahora aparecía en muchas inscripciones: «No hay más divinidad que Dios y Mahoma es Su mensajero». Los dichos del profeta, los *hadith*, fueron recopilados en la edición completa del Corán de Abdelmalik y se convirtieron en la fuente invencible de la legitimidad y de la santidad. Los rituales se definieron con más rigidez, las imágenes se prohibieron, y el propio Abdelmalik dejó de acuñar las monedas que llevaban su imagen. Abdelmalik se llamó a sí mismo Khalifat Allah, el lugarteniente de Dios, y a partir de entonces, a los monarcas islámicos se les conocería como califas. Las versiones oficiales de la primera biografía de Mahoma y de la conquista musulmana excluyeron a los cristianos y a los judíos del islam y la administración se arabizó. Igual que Constantino, Josías y san Pablo todos a una, Abdelmalik creía en un imperio universal de un monarca y un Dios, y sería él, más que cualquier otro, quien supervisara la evolución de la comunidad de Mahoma hacia lo que hoy es el islam.

## WALID, APOCALIPSIS Y LUJURIA

Jerusalén tenía un santuario, la Cúpula, pero no tenía una mezquita imperial, así que Abdelmalik y su hijo Walid, su sucesor, construyeron a continuación la mezquita Lejana, al-Aqsa, la mezquita de Jerusalén para los rezos ordinarios de los viernes, en el extremo sur del monte del Templo. Los califas, igual que Herodes antes que ellos,

veían en la Explanada el centro de Jerusalén. Por primera vez desde el año 70 d. C., construyeron un nuevo gran puente que cruzaba el valle por el que los peregrinos podían acceder a la Explanada desde el oeste, por el Arco de Wilson, en la actualidad, la Puerta de la Cadena. Para entrar desde el sur, construyeron las Puertas Dobles, también coronadas con una cúpula, que igualaban en belleza y en estilo a la Puerta Dorada.<sup>[\*6]</sup>

Fue un momento vibrante para Jerusalén. En el espacio de unos pocos años, los califas habían convertido el monte del Templo en un santuario musulmán, y a Jerusalén en una ciudad imperial omeya, algo que, una vez más, desencadenó la contagiosa competencia por santuarios e historias que incluso en la actualidad sigue caracterizando a Jerusalén. Los cristianos se habían apropiado de muchos de los mitos judíos que fueron colocando de forma gradual en su principal santuario, el Santo Sepulcro, y ahora, la construcción de la Cúpula y de al-Aqsa, una vez más, les dio un nuevo vigor a los antiguos mitos: una huella de pisada en la Roca que en el pasado se enseñaba a los peregrinos cristianos explicando que se trataba de la marca de Jesús, se convirtió en la pisada de Mahoma. Los omeyas cubrieron la Explanada con nuevas cúpulas, todas vinculadas a las tradiciones bíblicas, desde Adán y Abraham, pasando por David y Salomón, hasta Jesús. Según su guión, el Juicio Final tendría lugar en el monte del Templo, momento en el cual la Kaaba se trasladaría a Jerusalén.<sup>[\*7]</sup> Los musulmanes acabarían venerando no sólo el monte del Templo sino todo lo que guardara alguna relación con David, así que ahora consideraban a la Ciudadela, que los cristianos llamaban Torre de David, como el *mihrab* (oratorio) de David: no serían los últimos en confundir la grandeza de Herodes con la de David. Los omeyas no construían sólo para Dios, sino también para ellos mismos.

Los califas omeyas disfrutaban con los placeres mundanos y tenían cultura: su época constituyó el apogeo del imperio árabe, incluso España era suya, y aunque tenían su capital en Damasco, pasaban mucho tiempo en Jerusalén. Justo al sur de la Explanada de las Mezquitas, Walid I y su hijo construyeron un complejo de palacios, desconocidos hasta que fueron descubiertos a finales de la década de 1960: tenían una altura de tres o cuatro pisos, estaban contruidos alrededor de frescos patios, y los califas disponían incluso de un acceso especial a la entrada de los reyes de al-Aqsa a través de un puente por encima de los tejados. Los vestigios no revelan más que el tamaño de los palacios, pero que sus palacios en el desierto hayan sobrevivido ya indica en cierto modo la opulencia en la que sin duda vivieron en Jerusalén.<sup>[2]</sup>

El palacio de desierto, o *aqr*, más lujoso que ha sobrevivido hasta nuestros días se encuentra en Amra, en la actual Jordania, donde los califas se relajaban en sus habitaciones y casas de baño privadas decoradas con suelos de mosaico y realistas pinturas que representaban escenas de caza, mujeres desnudas o medio vestidas, atletas, cupidos, sátiros y un oso tocando el laúd. Walid I aparece en un colorista

fresco en el que seis reyes exhiben a los monarcas vencidos por los omeyas, por ejemplo el emperador de Constantinopla, o el de China. Estas pinturas decadentes y helenísticas parecen tener un carácter distintivo muy poco islámico; tal vez los califas, igual que Herodes, llevaran una vida pública diferente. Walid I puso fin al acuerdo con los cristianos de Damasco en virtud del cual compartían centros de culto, y edificó en esa ciudad la gloriosa mezquita omeya; también sustituyó el griego por el árabe como lengua de gobierno. Y sin embargo, Jerusalén seguía siendo abrumadoramente cristiana. Musulmanes y cristianos se mezclaban en entera libertad: ambos celebraban la festividad de la consagración del Santo Sepulcro en septiembre, que atraía «a Jerusalén a una gran cantidad de gente», y las calles se llenaban de «camellos, caballos, asnos y bueyes». Los peregrinos cristianos, ahora ya más armenios y georgianos que griegos, apenas prestaban atención a los lugares de culto musulmán, y los judíos apenas mencionan los cristianos. A partir de aquel momento, los visitantes tendieron a ser cada vez más estrechos de miras, peregrinos que no mostraban la más mínima curiosidad y que no veían más que su propia religión.

En el año 715, el hermano de Walid, Solimán, fue entronizado y aclamado en la Explanada de las Mezquitas: «Nunca se ha visto antes tal riqueza recibir al nuevo califa. Sentado bajo una de las cúpulas que adornan la plataforma, celebró audiencia» sobre un mar de alfombras y cojines, rodeado de su tesoro para pagar a sus soldados. Solimán, que llevó a cabo el último asalto a gran escala contra Constantinopla (y casi logró conquistar la ciudad), «concibió el plan de vivir en Jerusalén y convertirla en su capital, y reunir allí una gran fortuna y una gran población». Fundó la ciudad de Ramala como centro administrativo, pero murió antes de poder trasladarse a Jerusalén.

Los judíos, muchos de ellos procedentes de Irán e Iraq, se instalaron en la Ciudad Santa, al sur de la Explanada, conservando el privilegio de orar en el monte del Templo (y de hacerse cargo de su mantenimiento). No obstante, en el año 720, tras casi un siglo gozando de la libertad de orar en el monte del Templo, el nuevo califa, Omar II, un fanático y ascético purista de la ortodoxia musulmana, algo muy poco habitual en esta decadente dinastía, prohibió el culto judío, una prohibición que se mantendría hasta el fin del dominio musulmán. En lugar de orar en el monte del Templo, los judíos empezaron a hacerlo alrededor de las cuatro murallas de la Explanada, en una sinagoga subterránea llamada ha-Meara, la Cueva, en la Puerta de Warren, casi debajo del monte del Templo y muy cerca del Santo de los santos.

En la época en la que los califas omeyas disfrutaban de sus palacios helenísticos y bailarinas, el imperio alcanzó sus límites por primera vez. Las tropas musulmanas en España ya se estaban adentrando en Francia, pero en el año 732, un noble franco, Carlos, mayordomo de palacio de los reyes merovingios, venció a un grupo de musulmanes que habían lanzado un ataque contra la ciudad de Tours y fue aclamado

como un macabeo, convirtiéndose en Carlos Martel, el martillo.

«Las dinastías», escribe el historiador árabe Ibn Jaldún, «tienen un período de vida natural, igual que los individuos», y los decadentes y mundanos omeyas habían llegado al final de la suya. En un pueblo al este de Jordania vivían los descendientes de Abbas, el tío del Profeta, que llevaban tiempo oponiéndose al hedonista gobierno de los omeyas, y que carecían de cualquier vínculo con Mahoma. «¡Ay de la casa de Ummaya!», declararían su líder Abu al-Abbas, «prefirieron lo efímero a lo eterno, el crimen les obsesionaba, poseían mujeres prohibidas». El descontento se extendió a gran velocidad e incluso las tribus leales del territorio sirio y Jerusalén se rebelaron. El último califa se vio obligado a lanzar un ataque contra la ciudad y arrasar las murallas. Un terremoto sacudió entonces Jerusalén, provocando daños en al-Aqsa y en los palacios; parecía que Dios hubiera montado en cólera contra los omeyas, y los cristianos y los judíos soñaron que se trataba del Apocalipsis. También lo hicieron los musulmanes, aunque la auténtica amenaza para los omeyas llegaría desde las remotas tierras de Oriente.

En el año 748, en Jorasán, en lo que hoy son el este de Irán y Afganistán, un carismático místico llamado Abu Muslim exigía un islam más severo gobernado por uno de los descendientes de Mahoma. Los nuevos musulmanes de los territorios fronterizos se unieron a su ejército de puritanos uniformados de negro, que marchaban bajo enseñas negras y aclamaban la llegada del imán, el precursor del Mahdi,<sup>[\*8]</sup> que redimiría el islam. Abu Muslim, todavía dudando a quién respaldar, si a la familia de Alí o a la familia de Abbas, condujo a su victorioso ejército hacia el oeste, pero aún quedaban por ahí muchos príncipes omeyas. Sería Abu al-Abbas, no obstante, quien derrotara al último monarca omeya y resolviera el dilema de Abu Muslim de una manera que le haría ganarse su apodo.<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 19

## LOS ABASÍES, SEÑORES REMOTOS, 750-969

### CALIFA SAFFAH: EL MATARIFE

Abu al-Abbas se nombró a sí mismo califa e invitó a los omeyas a un banquete con el propósito de anunciarles sus intenciones pacíficas. En pleno festín, los camareros desenvainaron espadas y sacaron garrotes y exterminaron a toda la familia, arrojando después los cuerpos al estofado de cordero. El propio Matarife murió poco después, pero su hermano Mansur el Victorioso asesinó sistemáticamente a toda la familia de Alí y, a continuación, liquidó también al todopoderoso Abu Muslim. El perfumista de Mansur, Jamra, explicaría más tarde que Mansur conservaba las llaves de un almacén secreto que sólo debía ser abierto tras su muerte. Su hijo encontró allí una cámara abovedada llena de cuerpos meticulosamente etiquetados, los de la familia de Alí, desde los ancianos hasta los niños, a quienes Mansur había asesinado, todos bien conservados gracias al aire seco y caliente.

Alto y delgado, de piel curtida y el cabello teñido con azafrán, Mansur fue el auténtico padre de la dinastía abasí que gobernó durante muchos siglos, pero su base de poder se hallaba en el este: trasladó su capital a su nueva ciudad redonda, Bagdad.

Poco tiempo después de hacerse con el poder, Mansur visitó Jerusalén. Reparó la deteriorada Aqsa, y pagó por este trabajo fundiendo las puertas de oro y plata de la Cúpula de la Roca donadas por Abdelmalik. Los sucesores de Mansur ya no se molestarían en visitar la ciudad. En el preciso momento en el que la ciudad perdía importancia en el mundo islámico,<sup>[\*1]</sup> un emperador occidental resucitó la fascinación cristiana por Jerusalén.<sup>[1]</sup>

### EL EMPERADOR Y EL CALIFA: CARLOMAGNO Y HARUN AL-RASHID

En Roma, el día de Navidad del año 800, el papa coronaba emperador de los romanos a Carlos el Grande, conocido como Carlomagno, el rey de los francos que gobernaba la mayor parte de lo que hoy son Francia, Alemania e Italia. Esta ceremonia marcó la nueva confianza en sí mismos que sentían los papas y su cristianismo occidental basado en el mundo latino, un cristianismo que se convertiría más tarde en el catolicismo; y marcaba también sus crecientes diferencias con los ortodoxos de habla griega de Constantinopla. Carlomagno era un rey-guerrero

implacable cuyo poder se incrementaba a golpe de espada, a quien le fascinaba la historia, y cuya devoción igualaba a su ambición: se veía a sí mismo como el heredero de la misión de Constantino y de Justiniano, la de convertirse en el sacro emperador romano universal, y en el rey David de su tiempo, y ambas aspiraciones conducían a la Ciudad Santa. En consecuencia, parece ser que aquel mismo día de Navidad, temprano por la mañana, una delegación enviada por el patriarca de Jerusalén le había obsequiado con las llaves del Santo Sepulcro. Roma y Jerusalén en el mismo día era sin duda una hazaña digna de ser tenida en cuenta.

No se trataba de un intento de hacerse con Jerusalén, porque el patriarca contaba con la bendición del gobernante de la Ciudad Santa, el califa Harun al-Rashid, cuyo reinado, narrado en *Las mil y una noches*, marcaría el apogeo del imperio abasí. Carlomagno y el califa habían intercambiado embajadas en los últimos tres años: Harun posiblemente deseara utilizar a los francos contra sus enemigos en Constantinopla, y los cristianos de Jerusalén necesitaban la ayuda de Carlomagno.

El califa le envió a Carlomagno un elefante y un reloj de agua astrolabio, un sofisticado mecanismo que hacía alarde de la superioridad musulmana, y que sembró la alarma entre algunos de los cristianos primitivos, que creyeron que se trataba de un artilugio obra de alguna diabólica brujería. Los dos emperadores no firmaron ningún tratado formal, pero por una parte se hizo un inventario de las propiedades cristianas que quedaron protegidas, y Carlomagno, por su parte, pagó todos los impuestos correspondientes a los cristianos de la ciudad, 850 dinares. A cambio, Harun le permitió construir un barrio cristiano alrededor del Santo Sepulcro, con un convento, una biblioteca y un hospicio de peregrinos atendido por 150 monjes y 17 monjas. «Los cristianos y los paganos», observaría un peregrino, «tienen este tipo de paz entre ellos». Dicha generosidad dio pie a la historia según la cual Carlomagno había visitado Jerusalén de incógnito, convirtiéndolo así en el heredero de Heraclio, lo que tuvo su repercusión sin duda en la leyenda mística del último emperador cuyo reinado anunciaría los Últimos Días, una creencia que gozaría de amplia difusión, en especial durante la era de las cruzadas. Carlomagno, no obstante, nunca visitó Jerusalén.<sup>[2]</sup>

Después de la muerte de Harun, Mamun se alzó vencedor de la guerra civil en la que se enzarzaron sus hijos. El nuevo califa, un entusiasta estudioso de la ciencia, fundó la famosa academia científico-literaria, la Casa de la Sabiduría, encargó un mapamundi y les ordenó a sus sabios que calcularan la circunferencia del globo.<sup>[\*2]</sup> En el año 831, tras su llegada a Siria para preparar una campaña contra Constantinopla, Mamun, con toda probabilidad, visitó Jerusalén, donde construyó nuevas puertas en la Explanada de las Mezquitas, pero borró el nombre de Abdelmalik en la Cúpula y lo sustituyó por el suyo propio con el propósito de hacer hincapié en la superioridad de los abasíes. No sólo borró el nombre de Abdelmalik, también se apropió del oro de la Cúpula, que durante más de mil años conservaría un

color gris plomo. La Cúpula recuperaría su oro en la década de 1960, pero no el nombre de Adbdelmalik, y el de Mamun todavía sigue allí hoy en día.<sup>[3]</sup>

Este truco de prestidigitación no pudo evitar, sin embargo, la decadencia del poder de los abasíes. Apenas dos años más tarde, las tres religiones de Jerusalén recibían con los brazos abiertos a un campesino rebelde que, en el año 841, saqueó la ciudad, tras lo cual, la mayor parte de sus habitantes huyó. El Sepulcro sólo se salvó gracias a un soborno del patriarca. Los califas árabes, no obstante, habían perdido el control. En el año 877, Ahmed ibn Tulun, el hijo de un esclavo turco que se había alzado al trono de Egipto bajo la égida nominal del califa, reconquistó Jerusalén.<sup>[4]</sup>

## KAFUR, EL EUNUCO PERFUMADO

Ibn Tulun era uno de los turcos que gradualmente fueron sustituyendo a los árabes en el poder en el imperio islámico. El sucesor de Mamun, Mustasim, había empezado a reclutar esclavos muy jóvenes, a los que se conocía con el nombre de *ghulam*, niño paje, entre los jinetes-arqueros turcos, los nuevos musulmanes de Asia central. Estos guerreros de aspecto asiático se convirtieron primero en la guardia pretoriana del califa, y más tarde en los hombres fuertes del califato.

Después del asesinato del hijo y heredero de Ibn Tulun por sus eunucos,<sup>[5]</sup> un guerrero turco, Mohamed ibn Tughj, conocido por el título centroasiático de príncipe, al-Ijshid, asumió el gobierno de Egipto y Jerusalén. La inestabilidad política intensificaba la competencia religiosa. En el año 935, un anexo del Santo Sepulcro fue convertido por la fuerza en una mezquita. Tres años más tarde, los musulmanes lanzaron un ataque contra los cristianos mientras éstos celebraban el Domingo de Ramos, y saquearon y causaron graves daños a la iglesia del Santo Sepulcro. Los judíos estaban ahora divididos entre los rabínicos tradicionales, liderados por jueces-sabios conocidos como *gueonim*, que vivían según las tradiciones orales del Talmud, y los caraítas, una nueva secta que rechazaba cualquier ley excepto la Torá (de ahí su nombre, que significa «los lectores») y creían en el regreso a Sión.<sup>[\*3]</sup> Los nuevos monarcas turcos favorecieron a los caraítas y, para complicar aún más las cosas, había aparecido una nueva comunidad de jázaros<sup>[\*4]</sup> que tenía su propia sinagoga en el barrio judío. Tras la muerte del Ijshid en el año 946, a la edad de sesenta y cuatro años, fue enterrado en Jerusalén y el poder pasó a manos de un eunuco negro cuyo sobrenombre derivaba de su gusto por los perfumes y el maquillaje.

Abul-Misk Kafur, un esclavo etíope que había sido comprado de niño por el Ijshid, gobernaría Egipto, Palestina y Siria durante más de veinte años. Deforme, obeso y maloliente, se rociaba con tanto alcanfor y almizcle negro que su señor le había dado el nombre de esos perfumes. Su ascenso empezó con la llegada de algunos

animales exóticos para el Ijshid. El resto de los sirvientes se precipitó a admirarlos, pero el chico africano no apartó los ojos de su señor en ningún momento, a la espera de la más mínima de sus órdenes. El Ijshid le nombró tutor de sus hijos, más tarde comandante de los ejércitos que conquistaron Palestina y Siria, y por último, regente con el título de Señor. Una vez en el poder, el eunuco cultivó la piedad musulmana, restauró las murallas de la Explanada de las Mezquitas, y protegió las artes. No obstante, en el norte, los bizantinos, revigorizados por una sucesión de extraordinarios emperadores-soldado que lanzaron incursiones hacia el sur, contra Siria, amenazaron con tomar Jerusalén, lo que desencadenó disturbios anticristianos. En el año 966, el gobernador de Kafur empezó a presionar a los cristianos, exigiéndole al patriarca Juan pagos cada vez mayores. Juan solicitó la ayuda de Kafur, pero cuando el gobernador descubrió que mantenía una correspondencia con Constantinopla, atacó el Sepulcro con el apoyo de los judíos (que odiaban a los bizantinos) y quemó vivo al patriarca.

En El Cairo, el fragante eunuco estaba ahora enfermo. Tras la muerte del último de los ijshids, Kafur ascendió al trono por derecho propio. El primer rey musulmán nacido esclavo, de hecho, el primer rey musulmán eunuco, empleó a un ministro judío que se convertiría en el cerebro de una revolución musulmana y de un nuevo imperio sobre Jerusalén.<sup>[6]</sup>



# CAPÍTULO 20

## LOS FATIMÍES: TOLERANCIA Y LUNÁTICOS, 969-1099

### IBN KILLIS: EL VISIR JUDÍO Y LA CONQUISTA FATIMÍ

Hijo de un mercader judío de Bagdad, Yazub ben Yusuf, conocido con el nombre de Ibn Killis, había tenido una carrera repleta de altibajos, de una acrobática bancarrota a asesor en asuntos económicos de Kafur en Egipto. «Si fuera musulmán», afirmaría Kafur, «sería el hombre adecuado para el cargo de visir (primer ministro).» Ibn Killis captó la indirecta y se convirtió, pero el eunuco murió y fue enterrado en Jerusalén,<sup>[\*1]</sup> e Ibn Killis fue encarcelado. Tras salir de la cárcel gracias a un soborno, viajó en secreto hacia el oeste hasta el reino chií, en lo que hoy es Túnez, gobernado por la familia fatimí. El siempre flexible Ibn Killis se convirtió al chiismo y le sugirió al califa fatimí Muizz que había llegado el momento adecuado de conquistar Egipto.<sup>[1]</sup> En junio del año 969, el general Jawhar al-Siqili, al servicio del califa Muizz, conquistó Egipto y después, avanzó en dirección norte para tomar Jerusalén.<sup>[2]</sup>

### PALTIEL Y LOS FATIMÍES: MÉDICOS-PRÍNCIPES JUDÍOS, Y LOS IMANES VIVOS

Los mesiánicos fatimíes, los nuevos señores de Jerusalén, eran diferentes a cualquier otra dinastía islámica, puesto que no sólo se declararon a sí mismos califas, sino que además eran también reyes sacros, los Imanes Vivos, casi suspendidos entre los hombres y el cielo. A los visitantes a su corte se les hacía pasar por una serie de patios cuyo lujo iba en aumento y al final de los cuales llegaban ante un trono protegido por cortinas de oro; una vez allí, se postraban, y entonces se retiraban las cortinas que dejaban al descubierto al Imán Vivo vestido de una túnica de oro. Su secta era secretista, sus creencias místicas, redentoristas y esotéricas, y su ascenso al poder, misterioso, clandestino y repleto de aventuras. En el año 899, un rico mercader de Siria, Ubayd Allah, se había proclamado a sí mismo el Imán Vivo, descendiente directo de Alí y de Fátima, la hija del Profeta, a través del profeta Ismael, de ahí que fueran conocidos como chiíes ismailíes. Los agentes secretos de Ubayd Allah, los llamados *dawa*, se diseminaron por el desierto, conquistaron Yemen y convirtieron a algunas tribus bereberes de Túnez; los abasíes, sin embargo, intentaron matar a Ubayd Allah, así que desapareció. Algunos años más tarde, él o alguien que decía ser

él, reapareció en Túnez como el al-Mahdi, el Elegido, fundó su propio califato, e inició la conquista de un nuevo imperio con una misión sagrada: derrocar a los falsos abasíes de Bagdad y redimir al mundo. En el año 973, el califa Muizz, ahora gobernante de extensos territorios en el norte de África, Sicilia, Egipto, Palestina y Siria, se trasladó a su nueva capital, al-Qahira al-Muizziyya, «la conquista de Muizz», conocida hoy en día con el nombre de El Cairo.

Su sucesor, Aziz, nombró a su consejero Ibn Killis gran visir, primer ministro del imperio, que gobernó hasta su muerte casi veinte años más tarde. Aparte de poseer una inmensa fortuna (poseía ocho mil esclavas), era un erudito que debatía sobre religión con clérigos judíos y cristianos, y su carrera personifica la tolerancia de los fatimíes, sectarios ellos mismos, hacia judíos y cristianos, tolerancia que fue sentida de inmediato en Jerusalén.

Los judíos de Jerusalén eran pobres, y estaban divididos y desesperados, mientras que sus hermanos egipcios prosperaban bajo el gobierno de los fatimíes. Los judíos egipcios empezaban a proporcionar médicos para los califas de El Cairo que serían algo más que médicos de la corte. Tendían a ser mercaderes eruditos que se convirtieron en cortesanos influyentes, y solían ser nombrados jefes de la comunidad judía del imperio fatimí, un cargo conocido con el nombre de *nagid*, príncipe. Un judío de misterioso origen llamado Paltiel fue posiblemente el primero de estos médicos-cortesanos-príncipes, y un protegido de Jawhar, el conquistador fatimí de Jerusalén, que intervino de inmediato para ayudar a los judíos de la Ciudad Santa.

Tras años de olvido abasí y de una irregular protección de los monarcas turcos, Jerusalén estaba debilitada y en la ciudad reinaba la inestabilidad. Las constantes guerras entre los califas de El Cairo y Bagdad desalentaban a los peregrinos; las incursiones de los beduinos en ocasiones acabaron en la invasión de la ciudad durante breves períodos de tiempo; y en el año 974, el dinámico emperador bizantino Juan Tzimisce conquistó Damasco y galopó hasta penetrar en Galilea, prometiendo «intentar liberar el Santo Sepulcro de Cristo Nuestro Señor de la esclavitud de los musulmanes». Se acercó mucho; Jerusalén esperaba, aunque el emperador nunca llegó.

Los fatimíes alentaron las peregrinaciones de sus correligionarios ismailíes y chiíes a la mezquita de Jerusalén, pero las guerras contra Bagdad impidieron la llegada a la ciudad de los peregrinos suníes. Precisamente este aislamiento de Jerusalén, de algún modo, intensificó su santidad: los escritores musulmanes compilaban entonces antologías más populares de los méritos de Jerusalén, las *fadail*, y le dieron nuevos nombres: el de al-Balat vino a añadirse a los todavía vigentes de Ilya y Bayt al-Maqdis, la Casa Sagrada. Con todo, los peregrinos cristianos eran cada vez más ricos y más numerosos que los musulmanes; los francos llegaban en barco desde Europa y ricas caravanas lo hacían cada año desde Egipto con ocasión de la

Pascua.

Los judíos también acudieron a sus salvadores en El Cairo, donde Paltiel persuadió al califa de que concediera un subsidio al empobrecido gaon y a la Academia de Jerusalén. Obtuvo el derecho a que los judíos de Jerusalén pudieran construir una sinagoga en el monte de los Olivos, reunirse cerca del Pilar de Absalón, y a rezar en la Puerta Dorada del muro oriental de la Explanada de las Mezquitas. Durante las celebraciones, a los judíos se les permitió caminar en círculo siete veces alrededor del antiguo Templo, pero su principal sinagoga seguía siendo «el altar más interior del santuario en el muro occidental»: la Cueva. Los judíos apenas habían sido tolerados bajo los abasíes, pero ahora, pese a su pobreza, tenían más libertad de la que habían gozado en los últimos dos siglos. Lamentablemente, los rabínicos y los caraítas, que gozaban del favor especial de los fatimíes, sectarios igual que ellos, celebraban servicios separados en el monte de los Olivos que dieron lugar a refriegas; al cabo de poco tiempo, esos harapientos eruditos estaban en guerra los unos contra los otros en las polvorientas y destartaladas sinagogas y en las cavernas subterráneas sagradas de Jerusalén. Y sus libertades no hicieron más que exacerbar la frustración de los musulmanes.

Tras la muerte de Paltiel en el año 1011, su hijo llevó su cuerpo a Jerusalén para que fuera enterrado allí, pero la rica comitiva fue víctima de un ataque de unos rufianes musulmanes. Incluso después de la muerte de Paltiel, los judíos de El Cairo seguían enviando caravanas con dinero para financiar la Academia y a una secta mística llamada los Dolientes de Sión cuyos miembros oraban por la restauración de Israel; de hecho eran sionistas religiosos. Sin embargo, la ayuda nunca bastaba: «La ciudad está viuda, huérfana, desierta y empobrecida con sus pocos estudiosos», escribía un judío jerosolimitano en una carta para recaudar fondos. «La vida aquí es muy dura, la comida escasa. Ayúdanos, sálvanos, redímenos».<sup>[3]</sup> En aquel momento, los judíos formaban «una lamentable asamblea, constantemente hostigada». A los musulmanes suníes, no obstante, les escandalizaban cada vez más los excesos y las libertades de los infieles. «En todas partes dominan los cristianos y los judíos», refunfuñaba Muqaddasi, el escritor viajero cuyo nombre significa «nacido en Jerusalén».

## MUQADDASI, EL JEROSOLIMITANO

«Durante todo el año, sus calles nunca se vacían de extranjeros». Alrededor del año 985, en el apogeo de la monarquía fatimí, Mohamed ibn Ahmed Shams al-Din al-Muqaddasi había llegado a la ciudad que él llamaba al-Quds, la Santa.<sup>[\*2]</sup> Ya tenía más de cuarenta años, y llevaba veinte viajando en «busca del conocimiento», algo que formaba parte de la formación de cualquier sabio musulmán, combinando la

piedad con la observación científica practicada en la Casa de la Sabiduría. En su obra maestra, *La mejor división para el conocimiento de las provincias*, deja patente su curiosidad irreprimible y su sentido de la aventura:

*No hay nada de lo que les sucede a los viajeros que yo no haya compartido, salvo mendigar y caer en grave pecado. En ocasiones he sido piadoso, en otras, he comido alimentos impuros, me ha faltado poco para ahogarme, mis caravanas han sido atacadas en las rutas principales. He hablado con reyes y ministros, acompañado a los licenciosos, me han acusado de ser un espía y arrojado a la cárcel, he comido papillas con los místicos, sopa con los monjes y postres con los marineros. He visto guerras y batallas navales contra los romanos [bizantinos] y oído el repicar de las campanas en la noche. He vestido las túnicas de honor de los reyes y muchas veces he estado en la miseria. He poseído esclavos y he cargado con cestas sobre la cabeza. Cuántos honores y glorias me han sido concedidos, y aun así, en más de una ocasión buscaron mi muerte.*

Dondequiera que estuviera, nada consiguió disminuir el orgullo que sentía por Jerusalén:

*Un día, participé en el consejo del juez de Basra [en Iraq]. Mencionaron Egipto [El Cairo], y me preguntaron: «¿Qué ciudad es más noble?», y respondí: «Nuestra ciudad». Me dijeron: «¿Cuál es más dulce?». «La nuestra». Dijeron: «¿Cuál es más rica?». «La nuestra». El consejo quedó sorprendido ante esta respuesta. Dijeron: «Eres un hombre engreído. Has respondido lo que no podemos aceptar de ti. Eres como el propietario del camello durante el Haj».*

Con todo, era honrado con respecto a los defectos de Jerusalén: reconoció que «se molesta a los sumisos y se envidia a los ricos. No encontrarás en ningún lugar baños más sucios que los de la Ciudad Santa, ni tampoco tarifas más caras para pagar por su uso». Sin embargo, Jerusalén producía las mejores pasas, plátanos y piñones; era la ciudad de los numerosos muecines que llamaban a la oración a los fieles, y no tenía burdeles. «No hay ningún lugar en Jerusalén en el que no puedas conseguir agua o escuchar la llamada a la oración».

Muqaddasi describió los santos lugares en la Explanada de las Mezquitas consagrados a María, a Jacob y al místico y santo Khidr.<sup>[\*3]</sup> Al-Aqsa era «todavía más hermosa» que la iglesia del Santo Sepulcro, ahora bien, la Cúpula no tenía parangón: «Al amanecer, cuando la primera luz del sol cae sobre la cúpula y el

tambor capta los rayos, entonces es este edificio una visión maravillosa, y es tal, que en todo el islam no he visto nada igual, ni tampoco en tiempos paganos». Muqaddasi era muy consciente de que vivía en dos Jerusalenes, la real y la celestial, y que éste era el lugar del Apocalipsis:

*¿Acaso no es ésta la ciudad que une las ventajas de este mundo y las del siguiente? ¿Acaso no ha de ser ésta la shahira, la llanura, en la que tendrá lugar el Día del Juicio, la Reunión y el Nombramiento? En verdad, La Meca y Medina son superiores, pero en el día del Juicio final, ambas vendrán a Jerusalén y la excelencia de las tres se unificará aquí.*

Aun así, Muqaddasi seguía quejándose por la falta de suníes y por la ruidosa confianza de judíos y cristianos: «los eruditos son pocos, y los cristianos numerosos y maleducados en los lugares públicos». Los fatimíes, al fin y al cabo, eran sectarios y los musulmanes de Jerusalén participaban incluso en las celebraciones cristianas. Sin embargo, las cosas iban a sufrir un aterrador cambio: a la muerte de Muqaddasi a la edad de cincuenta años en el año 1000, un niño ascendió al trono del Imán Vivo que intentaría destruir la Jerusalén judía y cristiana.<sup>[4]</sup>

## HAKIM: EL CALÍGULA ÁRABE

Cuando el califa Aziz yacía en su lecho de muerte, besó a su hijo y a continuación lo envió a jugar. Poco tiempo después, el califa moría y nadie podía encontrar al Imán Vivo de once años. Tras una frenética búsqueda, fue descubierto en la copa de un sicómoro, un mal augurio. «Baja, chico», le suplicó al niño un cortesano. «Que Dios te proteja, y también a todos nosotros».

Los cortesanos, ataviados con sus ropajes más lujosos, se reunieron al pie del árbol. «Bajé», recordaría el nuevo califa, Hakim, y el cortesano «colocó en mi cabeza el turbante adornado con joyas, besó el suelo ante mí y dijo: “Yo te saludo, Comendador de los Creyentes, por la gracia de Dios y con Su bendición”. Luego me condujo así vestido y me exhibió ante todo el pueblo, que besó el suelo ante mí y me saludó con el título de Califa».

Hijo de una madre cristiana cuyos dos hermanos eran patriarcas, Hakim creció hasta convertirse en un joven robusto de anchas espaldas, y de ojos azules salpicados de oro. Al principio, aconsejado por sus ministros, continuó la misión ismailí de su familia, tolerando a judíos y cristianos. Adoraba la poesía y fundó en El Cairo su propia Casa de Sabiduría para el estudio de la astronomía y de la filosofía. Se enorgullecía de su ascetismo, trocando el turbante adornado con diamantes por uno

sencillo de tela blanca, e incluso intercambiaba chistes con algunos cairotas pobres en la calle. Sin embargo, cuando empezó a gobernar por derecho propio no tardaron en aparecer indicadores de que este místico autócrata padecía un desequilibrio. Ordenó matar a todos los perros de Egipto, y luego a todos los gatos. Prohibió comer uvas, berros y pescado sin escamas. Dormía durante el día y trabajaba de noche, y ordenó que todos los cairotas aplicaran su extraño horario.

En el año 1004, empezó a detener y a ejecutar a cristianos, cerró iglesias en Jerusalén y las transformó en mezquitas. Prohibió celebrar la Pascua y beber vino, una medida dirigida tanto a cristianos como a judíos. Ordenó que los judíos llevaran un collar de vaca de madera, para recordarles el becerro de oro, y campanas para alertar de su proximidad a los musulmanes. Los cristianos debían llevar cruces de hierro. Los judíos fueron obligados a elegir entre la conversión o abandonar el país. Las sinagogas fueron destruidas en Egipto y en Jerusalén. Sin embargo, sería la creciente popularidad de un ritual cristiano en Jerusalén lo que atraería la atención de Hakim. Cada año, por Pascua, los peregrinos cristianos de Oriente y Occidente llegaban en masa a Jerusalén para celebrar el milagro de Pascua de la ciudad: el descenso de las sagradas lenguas de fuego.<sup>[5]</sup>

El Sábado Santo, el día siguiente al Viernes Santo, miles de cristianos pasaban la noche en la iglesia del Santo Sepulcro donde se sellaba la Tumba y se apagaban todas las lámparas hasta que, en medio de escenas muy emotivas, el patriarca entraba en la Tumba envuelto en la oscuridad. Tras un largo intervalo de nervioso suspense, una chispa parecía descender de las alturas, una llama parpadeaba, la luz se encendía y el patriarca emergía portando una lámpara que se había encendido misteriosamente. Esta llama sagrada era distribuida de vela en vela por toda la multitud entre gritos de alegría y acciones de descontrolado abandono. Los cristianos consideraban este ritual, relativamente nuevo y mencionado por primera vez por un peregrino en el año 870, como la confirmación divina de la resurrección de Jesús. Los musulmanes creían que se trataba de un espectáculo de mago de feria que tenía truco, embardunando con aceite de resina el cable que sostenía la lámpara. «Estas abominaciones», escribiría un musulmán jerosolimitano, «provocan estremecimientos de horror».<sup>[6]</sup>

Cuando Hakim se enteró de la existencia de este ritual y observó la inmensa riqueza de la caravana que salía hacia Jerusalén, incendió el barrio judío de El Cairo, y ordenó la total destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro. En septiembre de 1009, sus esbirros arrasaron la iglesia y la hicieron desaparecer «piedra a piedra», «arrasada por completo, salvo por aquellas partes imposibles de destruir», e iniciaron la demolición de las sinagogas e iglesias de la ciudad. Los judíos y los cristianos fingieron convertirse al islam.

Las humoradas del califa convencieron a algunos ismailíes de que «Hakim llevaba en su interior al dios personificado». Embargado por el frenesí de sus propias

sagradas revelaciones, Hakim no desalentó esta nueva religión y empezó a perseguir a los musulmanes; prohibió el Ramadán y aterrorizó a chiíes y suníes por igual. Se hizo odiar tanto por los musulmanes que necesitó del apoyo de cristianos y judíos, a quienes permitió reconstruir sus sinagogas<sup>[\*4]</sup> e iglesias.

Llegados a ese punto, el califa psicópata se paseaba sumido en sus trances por las calles de El Cairo, a menudo bajo los efectos de las poderosas medicinas que le suministraban sus médicos. Hakim purgó la corte, ordenó el asesinato de sus propios tutores, jueces, poetas, cocineros, primos, y que les cortaran las manos a las esclavas, a menudo ejerciendo él mismo de carnicero.

## HAKIM: LA DESAPARICIÓN

Por fin, una noche de febrero del año 1021, el califa demente, de treinta y seis años, salió a caballo de El Cairo en dirección a las montañas y desapareció de una forma tan misteriosa que sus adoradores estaban convencidos de que «Hakim no había nacido de una mujer y no había muerto». Encontraron su asno y algunos trozos de tela ensangrentados, y lo más probable es que fuera asesinado por su hermana, que logró que su pequeño hijo Zahir sucediera a Hakim en el trono. Las tropas fatimíes asesinaron a los seguidores de Hakim, pero unos pocos de ellos escaparon y fundaron una nueva secta que sobrevive en la actualidad, los drusos del Líbano.<sup>[7]</sup>

Las heridas de la locura de Hakim nunca cicatrizaron en Jerusalén: la iglesia de Constantino nunca recuperó su forma original. Como si Hakim no hubiera sido bastante, en el año 1033 un terremoto devastó la ciudad, reduciendo a escombros las murallas bizantinas y los palacios de los omeyas; la antigua Aqsa omeya se derrumbó y la cueva judía quedó dañada.

El califa Zahir, que veneraba Jerusalén, reinstauró la tolerancia de sus antepasados, prometiendo protección a las dos sectas judías, y reconstruyó al-Aqsa en la Explanada de las Mezquitas, añadiendo delicadas decoraciones y una inscripción en la que vinculaba su persona, su Jerusalén y el viaje nocturno del Profeta, aunque su mezquita era mucho más pequeña que la original. Reconstruyó las murallas de la ciudad, pero alrededor de una ciudad de menor tamaño, aproximadamente como la vemos en la actualidad, dejando en el exterior el monte Sión y las ruinas de los palacios de los omeyas.

Zahir y su sucesor aceptaron de buen grado la ayuda de los bizantinos para financiar la reconstrucción de la iglesia del Santo Sepulcro. El emperador Constantino IX Monómaco edificó un nuevo Santo Sepulcro, cuya construcción se terminó en 1048, y cuya nueva entrada estaba orientada ahora al sur: «un edificio espacioso capaz de acoger a ocho mil personas, construido en su mayor parte con mármoles de colores adornados con brocados bizantinos trabajados en oro y con



imágenes», escribiría Nasir-i-Josraw, un peregrino persa. Sin embargo, su tamaño era mucho menor que el de la basílica bizantina. Los judíos nunca lograron reconstruir todas sus sinagogas destruidas, pese al apoyo que el gran visir judío en El Cairo, Tustari,<sup>[\*5]</sup> brindó a la comunidad judía de Jerusalén.

Las persecuciones de Hakim parecieron inspirar una nueva pasión por Jerusalén, ahora una floreciente ciudad de peregrinos de veinte mil habitantes. «Desde las tierras de los griegos y otras», observó Nasir, «cristianos y judíos llegan en grandes cantidades». Veinte mil musulmanes se congregaban cada año en la Explanada de las Mezquitas en lugar de realizar el *haj* a La Meca, y los peregrinos judíos llegaban desde Francia e Italia.

Serían los cambios en la cristiandad los que contribuirían a hacer de Jerusalén una ciudad tan fascinante para los francos en Occidente y para los griegos en Oriente. El cristianismo de los latinos bajo los papas católicos de Roma y la ortodoxia de los griegos bajo los emperadores y patriarcas de Constantinopla empezaban ya a mostrar profundas discrepancias. No se trataba sólo de que rezaban en idiomas diferentes y disputaban a causa de impenetrables fórmulas teológicas. La ortodoxia, con sus iconos y su elaborada teatralidad, era más mística y apasionada mientras que el catolicismo, con su concepto de pecado original, creía en una mayor separación entre el hombre y Dios. El 16 de julio de 1054, en pleno servicio religioso en Hagia Sofia, un legado pontificio excomulgó a un patriarca bizantino, quien a su vez, furioso, excomulgó acto seguido al papa. Este gran cisma, que todavía divide a la cristiandad, alentó la competencia entre Oriente y Occidente por Jerusalén.

El emperador bizantino, Constantino X Ducas patrocinó el primer auténtico barrio cristiano alrededor de la iglesia. Es más, eran tantos los peregrinos y artesanos bizantinos que había en Jerusalén, que Nasir oyó murmuraciones místicas según las cuales el emperador se encontraba de incógnito en Jerusalén. Sin embargo, había también tantos peregrinos occidentales (los musulmanes les dieron a todos ellos el nombre de «francos», por el pueblo de Carlomagno, aunque procedieran de toda Europa) que los mercaderes amalfitanos construyeron hospederías y monasterios para alojarlos. La creencia de que la peregrinación redimía los pecados de las guerras señoriales estaba ampliamente extendida, y ya en el año 1001, el conde de Anjou, Fulco el Negro, fundador de la dinastía angevina que más tarde gobernaría Inglaterra, llegó en peregrinación tras haber quemado viva a su mujer, todavía vestida de novia, acusada de cometer adulterio con un porquerizo. Fulco peregrinó a Jerusalén en tres ocasiones. Más avanzado el siglo, el sádico conde Sven Godwinson, hermano del rey Harold de Inglaterra, emprendió descalzo el camino a Jerusalén después de violar a la virginal abadesa Edwiga, mientras que Roberto, duque de Normandía y padre de Guillermo el Conquistador, abandonó su ducado para ir a orar al Santo Sepulcro. Los tres perecieron por el camino: la muerte nunca estaba demasiado lejos de la



peregrinación.

Los fatimíes, acechados por las intrigas de la corte, tuvieron problemas incluso para conservar Palestina, y más aún Jerusalén, y los bandidos se cebaban en los peregrinos. La muerte era tan habitual que los armenios acuñaron un nuevo título, *mahdesi*, que designaba a los peregrinos que habían visto la muerte en el camino, su equivalente al *haj* musulmán.

En 1064, una rica caravana de siete mil peregrinos holandeses y alemanes, conducida por el obispo Arnoldo de Bamberg, se aproximaba a la ciudad cuando fue atacada por un grupo de beduinos justo a las puertas de las murallas. Algunos de los peregrinos, intentando ocultar el oro que llevaban consigo de la vista de los bandidos, se lo tragaron, y los asaltantes los destriparon para recuperarlo. Cinco mil peregrinos murieron en esa carnicería.<sup>[8]</sup> Pese a que hacía cuatro siglos que la Ciudad Santa era musulmana, estas atrocidades de repente parecieron poner en grave peligro al Santo Sepulcro.

En el año 1171, el nuevo caudillo de Oriente, Alp Arslan, el León Heroico, venció y capturó al emperador bizantino en Malazgirt.<sup>[\*6]</sup> Alp Arslan era el líder de los seléucidas, jinetes turcomanos que se habían hecho con el control del califato de Bagdad; a Arslan se le había concedido el nuevo título de sultán, que significa «el poder». Ahora el León Heroico, tras conquistar un imperio que se extendía desde Kashgar hasta lo que hoy es Turquía, envió a su general Atsiz ibn Awak al-Jwazarami a galope tendido en dirección a la aterrorizada Jerusalén.

## ATSIZ: SAQUEO BESTIAL

Los *gueonim* y muchos de los judíos, que habían recibido un buen trato de los fatimíes, huyeron de Jerusalén y fueron a refugiarse a la fortaleza fatimí de Tiro. Atsiz acampó en el exterior de las nuevas murallas y, puesto que era un piadoso musulmán suní, afirmó que no haría daño a Jerusalén: «es el santuario de Dios» insistió, «y no lo combatiré». No lo hizo, pero en cambio, en el año 1072, hizo pasar tanta hambre a Jerusalén que la ciudad se vio obligada a rendirse. A continuación, puso rumbo a Egipto donde fue vencido. Esta derrota alentó a los jerosolimitanos a rebelarse. Asediaron a los turcomanos (y el harén de Atsiz) en la ciudadela.

Atsiz regresó y cuando estuvo dispuesto a atacar, sus concubinas salieron furtivamente de la ciudadela y le abrieron una puerta. Sus hordas de centroasiáticos mataron a tres mil musulmanes, incluso a aquellos que se habían refugiado en el interior de las mezquitas. Sólo se salvaron los que se habían refugiado en la Explanada de las Mezquitas. «Robaron y asesinaron y raptaron, y saquearon los almacenes; eran una gente extraña y cruel, vestidos de ropas multicolores, protegidos por cascos y armados de arco y flechas y grandes carcajes», informaba un poeta judío

que vio a los hombres de Atsiz en Egipto. Atsiz y sus jinetes arrasaron Jerusalén: «incendiaron el maíz almacenado, talaron los árboles y pisotearon los viñedos, y profanaron las tumbas y arrojaron por ahí los huesos. No parecen hombres, parecen bestias, y también ramera y adúltero, y se inflaman a sí mismos con otros varones [y] cortan orejas y narices, y robaron los ropajes, dejándoles completamente desnudos».

La familia y los generales de Alp Arslan se apoderaron de sus propios dominios y el imperio del León Heroico se desintegró de inmediato. Atsiz fue asesinado y Jerusalén cayó en manos de otro guerrero turco, Ortuz bin Aqsab. A su llegada, lanzó una flecha contra la cúpula del Santo Sepulcro para demostrar quién mandaba. Con todo, demostró ser sorprendentemente tolerante, e incluso nombró gobernador a un cristiano jacobita, invitando además a los eruditos suníes a regresar a Jerusalén.<sup>[\*7]</sup>

Los hijos de Ortuq, Suqman e Il-Ghazi, heredaron Jerusalén. En el año 1093 «alguien se rebeló contra el gobernador», escribió Ibn al-Arabi, un erudito español, «y se atrincheró en la Torre de David. El gobernador intentó lanzar un asalto utilizando a sus arqueros». Mientras los soldados turcomanos libraban batallas campales por las calles, «a nadie más le preocupaba. No se cerró ningún mercado, ningún asceta abandonó su puesto en la mezquita de al-Aqsa; ningún debate se suspendió».<sup>[\*8]</sup> No obstante, las monstruosidades de Hakim, la derrota del emperador bizantino, la caída de Jerusalén a manos de los turcomanos y la masacre de peregrinos convulsionaron a la cristiandad: las peregrinaciones estaban en peligro.<sup>[9]</sup>

En 1098, el visir egipcio recibió con sorpresa la noticia de que un poderoso ejército de cristianos europeos avanzaba hacia Tierra Santa. Supuso que no se trataba más que de mercenarios bizantinos, así que les ofreció un trozo del imperio seléucida: los cristianos podían quedarse con Siria, y él recuperaría Palestina. Cuando descubrió que su objetivo era Jerusalén, el visir asedió la ciudad «durante cuarenta días, con cuarenta catapultas» hasta que los dos hijos de Ortuq huyeron a Iraq. El visir, tras nombrar a uno de sus generales *iftikhar al-dawla*, gobernador de Jerusalén y dejarle al mando de una guarnición de soldados árabes y sudaneses, regresó a El Cairo. Las negociaciones con los francos se prolongaron hasta el verano de 1099, y los embajadores cristianos celebraron la Pascua en el Sepulcro.

El momento elegido por los francos para la invasión fue una afortunada coincidencia: los árabes habían perdido su imperio ante los seléucidas y la gloria del califato abasí ya no era más que un lejano recuerdo. El mundo islámico había quedado fragmentado en pequeños señoríos gobernados por príncipes sometidos a los generales turcos (emires) y a regentes conocidos con el nombre de atabeys. Los ejércitos cristianos marchaban todavía hacia el sur, cuando un reyezuelo seléucida atacó Jerusalén, pero fue rechazado. Mientras tanto, la gran ciudad de Antioquía

había caído ante los francos, que ahora se dirigían hacia la costa. El 3 de junio de 1099, los francos tomaron Ramala y se acercaron a Jerusalén. Miles de musulmanes y de judíos se refugiaron en el interior de las murallas de la Ciudad Santa y en la mañana del martes 7 de junio, los caballeros francos alcanzaron la tumba de Nabi (el profeta) Samuel, a unos siete kilómetros al norte de la ciudad. Tras el largo viaje desde la remota Europa occidental, ahora observaban desde Montjoie, el monte de la alegría, la ciudad del Rey de Reyes. Al caer la noche, habían acampado alrededor de Jerusalén.

# **PARTE 5**

## **CRUZADA**

Emprended el camino del Santo Sepulcro; arrancad esa tierra de las manos de esa raza perversa y sometedla a vosotros.

Papa Urbano II, discurso en Clermont

Jerusalén es para nosotros un objeto de veneración al que no podríamos renunciar aunque sólo quedara uno de nosotros vivo.

Ricardo Corazón de León, carta a Saladino

Jerusalén es tan nuestra como vuestra, y sin duda, es más sagrada aún para nosotros.

Saladino, carta a Ricardo Corazón de León

¿Acaso tenemos alguna herencia, salvo los santuarios de Dios?  
Entonces, ¿cómo podríamos olvidar Su Monte Sagrado?  
¿Acaso tenemos, en Oriente o en Occidente  
un lugar de esperanza en el que poder confiar  
salvo la tierra que está llena de puertas  
hacia la que se abren las puertas del Cielo?

Yehudá Halevi

Cuando adopté mi tema y dije,  
cuando marché a Sión desde el exilio de España,  
mi alma ascendió desde lo más profundo hasta el Cielo,  
y se llenó de gozo al poder ver la colina del Señor  
el día que ansié desde aquel otro en el que nací

Yehudá al-Harizi

# CAPÍTULO 21

## LA MASACRE, 1099

### DUQUE GODOFREDO: EL ASEDIO

En pleno verano del año 1099, en las áridas colinas de Judea, la Ciudad Santa estaba bien defendida por tropas egipcias apoyadas por una milicia de jerosolimitanos musulmanes y judíos. Estaban bien aprovisionados de alimentos, tenían las cisternas llenas de agua, los manantiales de los resecaos campos de los alrededores habían sido envenenados y los cristianos de Jerusalén fueron expulsados. Los ciudadanos, unos treinta mil como máximo, y bien armados, se sentían tranquilos puesto que sabían que el gran visir de Egipto, que se dirigía hacia el norte, acudiría a su rescate; poseían incluso el arma secreta que lanzaba fuego, el fuego griego.<sup>[\*1]</sup> Es posible que, parapetados tras las formidables murallas de Jerusalén, menospreciaran a sus atacantes.

El ejército franco, apenas 1200 caballeros y 12 000 soldados, era demasiado pequeño para rodear las murallas. En batalla a campo abierto, la caballería ligera árabe y turca no podía resistir las tremendas cargas de los caballeros francos montados sobre sus pesados caballos de guerra que formaban un puño de acero rugiente. Los caballeros llevaban casco, coraza, cota de malla sobre un gambesón (una prenda interior acolchada) e iban armados con lanza, espada ancha, maza y escudo.

Ahora bien, hacía tiempo que sus caballos occidentales habían muerto, o que las hambrientas tropas se los habían comido. En los escarpados barrancos alrededor de Jerusalén, las cargas eran imposibles, los caballos inútiles y las armaduras demasiado calurosas: el extenuado ejército de francos debía combatir a pie mientras sus caudillos peleaban entre ellos constantemente. El ejército cruzado no tenía un comandante supremo. Raimundo, conde de Toulouse y el más rico de ellos, un comandante valiente pero poco inspirador y cuya obstinación y falta de tacto eran notables, ocupaba un posición preeminente. En un primer momento, Raimundo instaló su campamento en la zona occidental, frente a la Ciudadela, pero después de unos días se trasladó al sur a asediar la Puerta de Sión.

El punto débil de Jerusalén siempre había estado al norte: el joven y competente conde Roberto de Flandes, hijo de un veterano peregrino a Jerusalén, acampó frente a lo que en la actualidad es la Puerta de Damasco; el duque Roberto de Normandía (hijo de Guillermo el Conquistador), valiente pero ineficaz, apodado Curthose

(paticorto), o sólo «piernas gordas», cubrió la Puerta de Herodes. Sin embargo, el espíritu conductor era Godofredo de Bouillon, el robusto y rubio duque de Baja Lorena, de treinta y nueve años de edad, «la imagen ideal del caballero del norte», admirado por su piedad y castidad (nunca se casó), que tomó posición en las cercanías de la actual Puerta de Jaffa. Mientras tanto, el normando Tancredo de Hauteville, de veinticinco años, ansioso por conquistar su propio principado, salió a caballo para conquistar Belén, y a su regreso se unió a las tropas de Godofredo en el extremo noroeste de la ciudad.

Los francos habían perdido muchos hombres y viajado miles de kilómetros a través de Asia y Europa para llegar hasta la Ciudad Santa. Todos ellos se dieron cuenta de que esta batalla sería el apogeo o la apoteosis de la primera cruzada.

## PAPA URBANO II: DIOS LO QUIERE

La cruzada había sido la idea de un solo hombre. El 27 de noviembre del año 1095, el papa Urbano II se había dirigido a los nobles y plebeyos congregados en Clermont y les había exigido la conquista de Jerusalén y la liberación de la iglesia del Santo Sepulcro.

Urbano vio en la recuperación del poder y de la reputación de la iglesia Católica la misión de su vida, y concibió una nueva teoría de guerra santa que revitalizara la cristiandad y al papado, y que justificara la aniquilación de los infieles a cambio de la remisión de los pecados. Se trataba de una indulgencia sin precedentes que creaba una versión cristiana de la yihad musulmana, pero que encajaba a la perfección con la veneración popular hacia Jerusalén. En una época de fervor religioso y de señales divinas, Jerusalén era la ciudad de Cristo, el santuario supremo y reino celestial, aunque siempre muy próxima a cada uno de los cristianos, y siempre presente en los sermones, en las leyendas de peregrinaciones, en las representaciones de la Pasión, en las pinturas y en las reliquias. Urbano supo además atizar con vehemencia el fuego de la ansiedad creciente por la seguridad del Santo Sepulcro, citando la masacre de peregrinos y las atrocidades de los turcomanos.

El momento era el adecuado para que miles de personas, nobles y plebeyos, respondieran a la llamada de Urbano: «La violencia reinaba entre las naciones, el fraude, la traición y la mentira lo ensombrecían todo», observaría el historiador jerosolimitano Guillermo de Tiro. «Cualquier virtud había desaparecido, cualquier tipo de fornicación se practicaba abiertamente, la lujuria, las borracheras y los juegos de azar». La cruzada ofrecía aventura personal, y brindaba la ocasión de quitar de en medio a miles de conflictivos caballeros y bandidos, y la de escapar del hogar. Sin embargo, la idea moderna, vehiculada por las películas de Hollywood y en reacción al desastre de la guerra de Iraq del año 2003, que sugiere que irse de cruzada no era

más que una oportunidad de enriquecerse gracias a unos sádicos dividendos es equivocada. Un puñado de príncipes crearon nuevos dominios feudales y algunos cruzados hicieron carrera, pero lo cierto es que los costes de esta empresa quijotesca y arriesgada, y piadosa, fueron punitivos, y se perdieron muchas vidas y fortunas. Reinaba un espíritu muy difícil de comprender por la gente moderna: a los cristianos se les ofrecía la oportunidad de ganarse el perdón de todos sus pecados. En resumen, estos guerreros-peregrinos eran devotos creyentes que buscaban la salvación en las almenas de Jerusalén.

La multitud en Clermont respondió al papa: «*Deus le volt!* ¡Dios lo quiere!». Raimundo de Toulouse fue uno de los primeros en tomar la cruz. Ochenta mil personas tomaron la cruz, algunos en contingentes disciplinados al mando de los príncipes, otros, en bandas desbocadas lideradas por aventureros, y otros más, en piadosas masas de campesinos conducidas por santos ermitaños. Cuando la primera oleada atravesó Europa en dirección a Constantinopla, los cruzados forzaron la conversión de miles de judíos, o los asesinaron en venganza por haber dado muerte a Jesucristo.

El emperador bizantino Alejo, bastante horrorizado por estos rufianes latinos, les dio la bienvenida, y se apresuró a indicarles el camino hacia Jerusalén. Una vez en Anatolia, los turcos asesinaron a hordas de campesinos europeos, pero los organizados y comprometidos caballeros cruzados de los principales ejércitos, gracias a su experiencia militar, rechazaron a los seléucidas. La empresa representaba el triunfo de la fe sobre la experiencia y la razón: desde el primer momento, y con intensidad creciente a medida que se acercaban a Tierra Santa, la campaña militar fue guiada y alentada por las visiones divinas, visitas angélicas y el descubrimiento de señales sagradas que eran igual de importantes que las tácticas militares. No obstante, por fortuna, los ataques de los europeos se dirigían contra una región irreparablemente dividida entre califas, sultanes y emires en guerra, turcos y árabes que ponían sus propias rivalidades por encima de cualquier concepto de solidaridad musulmana.

La caída de Antioquía fue la primera auténtica victoria de los cruzados, aunque después del triunfo quedaron sitiados en el interior de la ciudad. Amenazados por el hambre y por el estancamiento, faltó muy poco para que allí terminara la cruzada. En el punto culminante de la crisis en Antioquía, Pedro Bartolomé, uno de los hombres del conde Raimundo, soñó que la Santa Lanza se hallaba bajo una iglesia: cavaron y, por supuesto, encontraron la lanza, cuyo descubrimiento levantó la moral. Bartolomé fue acusado más tarde de fraude, y se sometió a un suplicio de fuego. Sobrevivió a un paseo sobre lo que solían ser unos tres metros de hierros al rojo vivo y afirmó no haber sufrido consecuencias. Sin embargo, murió doce días más tarde.

Los cruzados sobrevivieron a Antioquía y, en su avance hacia el sur, los emires



turcos y fatimíes de Trípoli, Cesarea y Acre negociaron sendos tratados con ellos. Los fatimíes abandonaron Jaffa, y los cruzados se dirigieron hacia el interior en dirección a Jerusalén. A su llegada, y mientras los contingentes se estaban instalando alrededor de las murallas, un ermitaño en el monte de los Olivos, inspirado por una visión, les dijo a los comandantes cruzados que debían atacar inmediatamente. El 13 de junio, intentaron un asalto a las murallas, pero fueron rechazados con facilidad y sufrieron una gran cantidad de bajas. Los príncipes cayeron en la cuenta de que si querían lograr la victoria necesitarían una mejor planificación, más escalas, catapultas y máquinas de asedio, pero no había bastante madera para construirlas. Tuvieron suerte. El día 17, unos marinos genoveses atracaron en Jaffa y transportaron la madera de sus buques desmantelados hasta Jerusalén para construir máquinas de asedio y catapultas con ruedas.

Los príncipes ya se estaban disputando el botín. Los dos más competentes ya habían conquistado sus propios principados: Bohemundo de Tarento se había quedado en Antioquía para defender esta plaza, y el dinámico hermano de Godofredo, Balduino, había conquistado Edesa, en el lejano Éufrates. Ahora, el avaricioso Tancredo exigió Belén para él, pero la iglesia reivindicó la soberanía sobre el lugar de la natividad. El calor era insoportable, el siroco soplaba, el agua escaseaba, los hombres también, la moral estaba baja y los egipcios se acercaban. No había tiempo que perder.

Un mensaje divino les sacó de apuros. El 6 de julio, un sacerdote visionario anunció que había sido visitado (y no era la primera vez) por Ademar de Monteil, el venerado obispo de Le Puy fallecido en Antioquía, pero cuyo espíritu ahora instaba a los francos a desfilar en procesión alrededor de las murallas, igual que había hecho Josué alrededor de Jericó. El ejército ayunó durante tres días y entonces, el 8 de julio, las tropas, encabezadas por los sacerdotes que cargaban con las sagradas reliquias, caminaron descalzas alrededor de las murallas de Jerusalén «con trompetas, enseñas y armas», mientras los jerosolimitanos se burlaban de ellos desde las almenas y lanzaban insultos a los crucifijos. Una vez completado el circuito josuense, se congregaron en el monte de los Olivos a escuchar el sermón de sus capellanes y asistir a la reconciliación de sus comandantes. Escalas, máquinas de asedio, mangoneles, proyectiles, flechas, haces de ramas, todo debía estar dispuesto, y todos trabajaron día y noche. Incluso las mujeres y los ancianos se unieron al esfuerzo de coser los cueros de animales para las máquinas de asedio. La elección era dura: la muerte o la victoria en el baluarte de la Ciudad Santa.

## TANCREDO: CARNICERÍA EN LA EXPLANADA DE LAS MEZQUITAS

Al llegar la noche del 13 de julio, los cruzados estaban preparados. Las prédicas

de sus sacerdotes les inculcaron el fermento de una determinación feroz y piadosa. Sus mangoneles catapultaron balas de cañón y proyectiles contra las murallas, de donde los defensores habían colgado sacos de algodón y paja para amortiguar los golpes, tantos, que los baluartes parecían gigantescos tendedores. Los musulmanes dispararon con sus propios mangoneles. Cuando los cristianos descubrieron un espía entre sus filas, lo catapultaron vivo sobre las murallas.

Los cruzados trabajaron toda la noche para rellenar los fosos con los haces de ramas. Tres máquinas de asedio fueron transportadas por partes hasta la primera línea y luego montadas como si se tratara de gigantescos prefabricados: una para Raimundo en el monte Sión, y las otras dos en el norte. Raimundo fue el primero en colocar su máquina de asedio en posición contra las murallas, pero el gobernador egipcio, al mando del sector sur, opuso una fuerte resistencia. Casi en el último momento, Godofredo de Bouillon identificó el punto más débil de las defensas (al este de la actual Puerta de Herodes, frente al Museo Rockefeller) y los duques de Normandía y de Flandes, junto a Tancredo, trasladaron rápidamente sus tropas hasta el extremo noreste. El propio Godofredo se encaramó a su torre de asedio mientras los soldados la empujaban y acercaban al punto ideal: Godofredo apareció en la cima empuñando una ballesta mientras los ejércitos intercambiaban salvas de flechas y saetas y los mangoneles dejaban caer una lluvia de proyectiles sobre las murallas.

Tras la salida del sol, los príncipes utilizaron espejos en el monte de los Olivos a fin de coordinar sus movimientos. Raimundo atacó por el sur y los normandos por el norte de forma simultánea. Al amanecer del viernes 15, renovaron su ataque. Godofredo se encaramó en la inestable torre de madera, disparando saetas por encima de las murallas mientras los defensores lanzaban andanadas de su fuego griego, aunque no las suficientes para detener a los francos.

Al mediodía, la máquina de asedio de Godofredo logró por fin acercarse a las murallas, los francos colocaron tablas entre ambas y dos hermanos treparon y penetraron en la ciudad, seguidos por Godofredo. Más tarde afirmarían haber visto al fallecido obispo Ademar combatiendo junto a ellos: «¡Muchos atestiguaron que había sido el primero en escalar la muralla!». El obispo muerto les ordenó abrir la Puerta de la Columna (la Puerta de Damasco) y Tancredo y sus normandos irrumpieron en las estrechas calles. Por el sur, en el monte Sión, el conde de Toulouse oyó los vítores. «¿Qué hacéis ahí parados?», increpó Raimundo a sus hombres, «¡Venga! ¡Hasta los francos han entrado ya en la ciudad!». Los hombres de Raimundo entraron en Jerusalén y persiguieron al gobernador y a la guarnición hasta la Ciudadela. El gobernador aceptó rendirse a Raimundo a cambio de la vida de los soldados de su guarnición. Los ciudadanos y los soldados huyeron hasta la Explanada de las Mezquitas, perseguidos por Tancredo y sus tropas. En el fragor de la batalla, los jerosolimitanos cerraron las puertas de la Explanada y se defendieron, pero los

guerreros de Tancredo aplastaron todo lo que encontraron por delante hasta llegar a la explanada sagrada abarrotada de gente desesperada.

Los combates arreciaron en aquel lugar durante horas; los francos, desquiciados, mataron a todos los que encontraron en las calles y callejones. No sólo cortaron cabezas, sino también manos y pies, recreándose en los chorros de sangre que manaban de los infieles. Aunque una matanza en una ciudad asaltada no era nada nuevo, la orgullosa beatería con la que sus responsables dejaron constancia de ella tal vez sí lo fuera. «Se vieron señales maravillosas», explicaría entusiasmado un testigo, Raimundo de Aguilers, el capellán del conde de Toulouse. «Nuestros hombres decapitaron a sus enemigos, otros les dispararon flechas para que cayeran de las torres, otros los torturaron durante más tiempo arrojándolos a las llamas. Cabezas, manos y pies se amontonaban por las calles y era necesario esquivar los cadáveres de hombres y caballos».

Arrancaron a los bebés de los brazos de sus madres, y les aplastaron la cabeza golpeándolos contra la pared. A medida que se intensificaba la barbarie, «sarracenos, árabes y etíopes», los soldados sudaneses negros del ejército fatimí, se refugiaron en los tejados de la Cúpula de la Roca y de al-Aqsa, pero mientras huían peleando en dirección a la Cúpula, los caballeros lograron abrirse paso hasta la abarrotada explanada, matando y troceando carne humana hasta que «en el Templo [de Salomón, como los cruzados llamaban a al-Aqsa] cabalgaron sumergidos en sangre hasta las bridas. Qué duda cabe, era un justo y espléndido juicio de Dios que este lugar estuviera anegado por la sangre de los infieles».

Diez mil personas, entre ellas muchos clérigos musulmanes y ascetas sufíes, encontraron la muerte a manos de los cruzados en la Explanada de las Mezquitas, incluyendo a las tres mil que se apiñaban en el interior de al-Aqsa. «Nuestros gladiadores», escribió el cronista Fulquerio de Chartres, empezaron a disparar sus arcos y a abatir a los musulmanes que estaban en el tejado de al-Aqsa. «¿Qué más puedo explicar? No quedó ninguno con vida, ni siquiera las mujeres y los niños fueron perdonados». Tancredo, no obstante, les envió su enseña a las trescientas personas que todavía quedaban en los tejados de al-Aqsa, lo que significaba que les daba su protección. Detuvo la matanza, capturó a algunos valiosos prisioneros y lo condujeron a ver los tesoros del monte del Templo, donde, acto seguido, robó las grandes lámparas de oro que colgaban en los santuarios. Los judíos buscaron refugio en sus sinagogas, pero los cruzados las incendiaron y los judíos fueron quemados vivos, casi una ofrenda ígnea, un holocausto en el nombre de Cristo y en el clímax de la batalla. Godofredo de Bouillon se desciñó la espada, acompañado de un pequeño séquito caminó alrededor de la ciudad, y rezó antes de acceder al Santo Sepulcro.

A la mañana siguiente, y ante la furia de Tancredo, los nerviosos hombres de Raimundo treparon hasta el tejado de al-Aqsa donde sorprendieron a los apiñados

musulmanes y decapitaron a hombres y mujeres en otro espasmo de violencia asesina. Algunos de los musulmanes saltaron a su muerte. Una respetable erudita de Shiraz, en Persia, se refugió con otras muchas mujeres en la Cúpula de la Cadena, y ellas también fueron víctimas de la carnicería. Los cruzados parecían disfrutar de forma muy macabra con el descuartizamiento de las víctimas, al que le daban un trato casi sacramental. «Fragmentos de cuerpos humanos yacían por doquier, cuerpos sin cabeza y extremidades mutiladas, esparcidos en todas direcciones». Algo más terrible todavía emanaba de la mirada salvaje de los cruzados cubiertos de sangre, «chorreando sangre de la cabeza a los pies, una señal de mal agüero que aterrorizaba a todos los que se cruzaban con ellos». Registraron las calles de los bazares, y sacaban a las víctimas a rastras antes de «sacrificarlas como a corderos». A cada cruzado se le había prometido la propiedad de cualquier casa que estuviera marcada con su «escudo de armas»: «en consecuencia, los peregrinos registraron minuciosamente la ciudad y mataron a sus habitantes con gran audacia», despachando a «esposas, hijos, a familias enteras», muchos de ellos «lanzados de cabeza al suelo desde las ventanas de los pisos altos».<sup>[\*2]</sup>

El día 17, los peregrinos (como esos matachines se llamaban a sí mismos) quedaron por fin saciados con la carnicería «y se refrescaron con el descanso y los alimentos que tanto necesitaban». Los príncipes y los sacerdotes se dirigieron al Santo Sepulcro donde cantaron alabanzas a Cristo, aplaudiendo dichosos y bañando el altar en lágrimas de felicidad antes de desfilar por las calles hasta el Templo del Señor (la Cúpula de la Roca) y el Templo de Salomón. Las calles estaban cubiertas de trozos de cuerpos esparcidos descomponiéndose al calor del verano. Los príncipes obligaron a los musulmanes y judíos supervivientes a limpiar los restos e incinerarlos en piras, tras lo cual, también ellos murieron en una nueva carnicería y, suponemos, se unieron a sus hermanos en la pira. Los cruzados caídos en combate fueron enterrados en el cementerio del León en Mamilla o en la tierra sagrada junto a la Puerta Dorada, que ya era un cementerio musulmán, preparados para alzarse el Último Día.

Jerusalén estaba tan llena de tesoros, «gemas, vestiduras, oro y plata», y valiosos prisioneros, que los cruzados celebraron subastas de esclavos durante dos días. Algunos respetables musulmanes habían sido salvados para poder pedir un rescate: por el erudito shafí, el jeque Abd al-Salam al-Ansari, se pidieron mil dinares, pero como nadie quiso pagarlos, fue ejecutado. A los judíos egipcios se les exigió un rescate por los judíos supervivientes y por trescientos libros hebreos (entre ellos el código de Alepo, una de las primeras biblias hebreas de la que una parte sobrevive en la actualidad). El rescate de prisioneros constituiría una de las industrias más lucrativas del reino de Jerusalén. Sin embargo, no pudieron recogerse todos los despojos humanos, y Jerusalén, literalmente, despidió un hedor insoportable durante

mucho tiempo, incluso todavía seis meses después, cuando Fulquerio de Chartres regresó: «Oh, el hedor que rodeaba las murallas, en su interior y al exterior, procedente de los cadáveres putrefactos de los sarracenos, yaciendo dondequiera que hubieran caído». Jerusalén no era todavía una ciudad segura: el ejército egipcio se acercaba. Los cruzados necesitaban con urgencia un comandante en jefe, el primer rey de Jerusalén.

## GODOFREDO, EL DEFENSOR DEL SANTO SEPULCRO

Los nobles de mayor alcurnia y el clero investigaron la moral de los candidatos a la corona. Sintiendo que debían ofrecerle el trono al príncipe de mayor edad, el nada popular Raimundo, lo hicieron a regañadientes y Raimundo, obsequioso, lo rechazó, insistiendo en que él no podía ser rey en la ciudad de Jesús. Entonces se lo ofrecieron a su auténtica elección, el casto y digno Godofredo de Bouillon, quien aceptó un título de nuevo cuño: Defensor del Santo Sepulcro.

Raimundo, indignado al darse cuenta de que le habían engañado, se negó a entregar la Torre de David y los obispos tuvieron que intervenir. Por muchas victorias militares que obtuvieran, a estos guerreros peregrinos no les resultó nada fácil imponer la moral que se esperaba en una ciudad gobernada por el propio Jesús. Eligieron patriarca al capellán normando, Arnulfo, quien al cabo de poco tiempo se vio obligado a defenderse de las acusaciones de adulterio y de ser el padre del hijo de una mujer árabe.

Arnulfo instaló campanas en las iglesias (el repicar de las campanas siempre había estado prohibido por los musulmanes). Jerusalén iba a ser católica y latina. En aquel momento, Arnulfo demostró lo perverso que era el cisma: colocó a sacerdotes latinos a cargo del Santo Sepulcro y expulsó al patriarca y a los clérigos griegos, iniciando de ese modo el deplorable conflicto entre sectas cristianas que todavía en la actualidad escandaliza y divierte a los visitantes. Aun así, Arnulfo no pudo encontrar el fragmento principal de la Vera Cruz y los sacerdotes ortodoxos se negaron a revelar el lugar donde se ocultaba. El patriarca entonces los torturó, un cristiano torturando a otro cristiano para obtener el Árbol de la Vida del Cordero de Dios. Al final, cedieron.

El 12 de agosto, y dejando Jerusalén casi desprotegida, el Defensor Godofredo condujo al ejército de cruzados al completo hacia Ascalón, donde derrotó a los egipcios. Ascalón ofreció entonces rendirse a Raimundo, pero Godofredo se negó a aceptar si no le rendían a él la ciudad: Ascalón se perdió, tan sólo una de las primeras heridas autoinfligidas causada por las rencillas entre los comandantes de Jerusalén. Jerusalén, no obstante, había quedado asegurada, aunque vacía.

El duque de Normandía y el conde de Flandes, y muchos de los cruzados,

regresaron entonces a sus países, dejando a Godofredo con una ciudad putrefacta y devastada habitada por apenas trescientos caballeros y dos mil soldados de infantería, y apenas suficientes residentes para llenar un barrio. Raimundo de Toulouse se recuperó de su enfurruñamiento y emprendió la tarea de reducir la costa libanesa, fundando por fin su propia dinastía, la del condado de Trípoli. Se habían creado cuatro estados cruzados: el principado de Antioquía, los condados de Edesa y de Trípoli, y el reino de Jerusalén, un mosaico idiosincrásico de dominios interrelacionados que se conocería con el nombre de territorio de Ultramar.

La reacción del mundo islámico, no obstante, dividido entre los debilitados califas suní de Bagdad y chií de El Cairo, fue sorprendentemente silenciosa. Sólo algunos predicadores hicieron un llamamiento a la yihad para liberar Jerusalén, y los todopoderosos emires turcos, que seguían preocupados por sus propias rencillas personales, apenas reaccionaron.

El 21 de diciembre, Balduino, hermano de Godofredo y conde de Edesa, y el rubio príncipe Bohemundo de Antioquía llegaron a Jerusalén para celebrar la Navidad. Godofredo, mientras tanto, intentaba defenderse de la iglesia. El representante del papa y nuevo patriarca (en sustitución del pecador Arnulfo), un arrogante pisano llamado Dagoberto, decidido a establecer una teocracia gobernada por él mismo, obligó a Godofredo a ceder Jerusalén y Jaffa a la iglesia. En junio del 1100, Godofredo, probablemente afectado por el tifus, se derrumbó en Jaffa. Fue trasladado a Jerusalén, donde murió el 18 de julio y fue enterrado cinco días más tarde, igual que todos sus sucesores, al pie del Calvario en la iglesia del Santo Sepulcro.<sup>[1]</sup>

Dagoberto asumió el control de la ciudad, pero los caballeros de Godofredo se negaron a entregarle la Ciudadela y le pidieron ayuda a Balduino, el hermano del fallecido Defensor. El conde de Edesa, sin embargo, estaba combatiendo para defender el norte de Siria, y no recibió el mensaje hasta finales de agosto. El 2 de octubre, Balduino se puso en marcha con doscientos caballeros y setecientos soldados, y descubrió que para llegar a Jerusalén debía combatir sin cesar, enfrentándose a repetidas emboscadas de los musulmanes. El 9 de noviembre, con menos de la mitad de las tropas con las que había salido, entró por fin en la Ciudad Santa.

# CAPÍTULO 22

## EL ASCENSO DE ULTRAMAR, 1100-1131

### BALDUINO EL GRANDE, EL PRIMER REY

Dos días más tarde, Balduino era aclamado rey y Dagoberto se veía obligado a reconocer su entronización. Casi de inmediato, Balduino se puso en camino para lanzar un ataque contra Egipto, y a su regreso, el patriarca Dagoberto lo coronó «rey de los latinos en Jerusalén» en la iglesia de la Natividad de Belén.

El primer rey de Jerusalén, menos piadoso que su hermano, era en cambio mucho más capaz. Balduino tenía la nariz aguileña, tez clara, barba y cabello oscuros, el labio superior prominente y la barbilla ligeramente retirada. De niño, había estudiado para ingresar en alguna orden religiosa y nunca perdió su aire contemplativo de clérigo, siempre con una capa de religioso sobre los hombros. Contrajo matrimonio por necesidad política, se arriesgó a ser bígamo por el bien de la conveniencia, no dejó hijos y es posible que no consumara ninguno de sus matrimonios. «Luchó en vano contra los lujuriosos pecados de la carne, aunque se condujo de forma tan circunspecta al darles satisfacción a estos vicios» que no ofendió a nadie. Y si bien hubo quien afirmó que era homosexual, lo cierto es que la naturaleza de sus pequeños pecados sigue siendo un misterio.

La guerra sin descanso constituía su deber apremiante y su auténtica pasión. Su capellán le llamaba «el brazo de su pueblo, el terror de sus enemigos». Este astuto guerrero dotado de una energía casi sobrehumana dedicó su vida a asegurar y expandir su reino, enfrentándose a los egipcios en diversas ocasiones en las afueras de Ramala. En una ocasión en la que perdió una batalla, escapó montado en su caballo, Gazala, hasta la costa donde se embarcó en el barco de un pirata que pasaba por allí, y, al llegar a Jaffa, reunió a sus caballeros y les infligió a los egipcios una nueva derrota. Al parecer, su ejército, que no sobrepasaba los mil caballeros y los cinco mil soldados de infantería, era tan pequeño que reclutó tropas auxiliares locales (algunas de ellas posiblemente musulmanas), las conocidas con el nombre de turcoples. Balduino, un diplomático acomodaticio, supo sacar provecho de las rivalidades de los caudillos musulmanes y se alió con genoveses, venecianos e ingleses para conquistar la costa palestina desde Cesarea hasta Acre y Beirut.

En Jerusalén, Balduino logró derrocar al todopoderoso Dagoberto de su cargo de patriarca, eliminando así el principal desafío a su autoridad. Los cruzados habían destruido a los habitantes de Jerusalén pero, por suerte, se habían apoderado de los

lugares sagrados de al-Quds en lugar de arrasarlos, tal vez porque creían que se trataba de los originales mencionados en la Biblia. Balduino fortificó la Ciudadela, que los cristianos conocían desde hacía tiempo con el nombre de Torre de David, y que se convirtió en palacio, tesorería, prisión y cuartel: sus arcos cruzados todavía pueden verse. Cuando en el año 1110, y una vez más en 1113, las incursiones egipcias amenazaron la ciudad, las trompetas resonaron desde la Torre de David llamando a los ciudadanos a las armas. En 1104, Balduino convirtió la mezquita de al-Aqsa en el palacio real.

Muchos cruzados creían que la Cúpula y al-Aqsa habían sido construidas por el rey Salomón o, al menos, por Constantino el Grande, aunque otros pocos sabían muy bien que se trataba de edificios musulmanes. Instalaron una cruz en la cima de la Cúpula, que a partir de entonces fue conocida como el *Templum Domini*, el templo del Señor. Los francos, igual que todos los conquistadores de Jerusalén, también reutilizaron componentes expoliados de otras construcciones para edificar sus propios monumentos: Balduino desmontó el tejado principal de su palacio de Aqsa para restaurar el Santo Sepulcro.

En el año 1110, el adolescente rey Sigurd de Noruega, que había luchado por todo el Mediterráneo matando infieles, arribó al puerto de Acre con su flota de sesenta buques. Balduino escoltó a Sigurd, el primer rey que visitaba Ultramar, hasta la ciudad que los nórdicos llamaban Jorsalaborg sobre caminos cubiertos de alfombras y hojas de palma. Balduino le ofreció a Sigurd una astilla de la Vera Cruz a cambio de la ayuda de su flota para asaltar Sidón. Sidón cayó, y los noruegos pasaron el invierno en Jerusalén.

Balduino rechazó las invasiones de los atabeys de Damasco y de Mosul: era una vida de guerras inacabables y de tejemanejes diplomáticos para los que este rey estaba muy capacitado. En los primeros tiempos de la cruzada, se había casado con Arda, la hija de un potentado armenio, una alianza que le había ayudado a conseguir su propio condado de Edesa. Arda, no obstante, no era una baza política útil en Jerusalén y Balduino la confinó en el monasterio de Santa Ana, justo al norte de la Explanada de las Mezquitas arguyendo, en un gesto muy poco caballeroso, que su esposa había seducido a unos piratas árabes (o que había sido violada por ellos) durante el viaje a Antioquía. Arda huyó a Constantinopla, donde sus posteriores placeres parecen sugerir la veracidad de lo primero más que de lo segundo.

Balduino negoció un productivo matrimonio con la rica Adelaida, viuda del conde normando de Sicilia: Adelaida llegó a Acre con tres trirremes llenos de elegantes cortesanos, su guardia personal árabe, y su tesoro. Ultramar nunca antes había visto una comitiva tan magnífica. Las calles fueron adornadas con enseñas y cubiertas de alfombras mientras Balduino escoltaba a su envejecida Cleopatra hasta una alborozada Jerusalén. Sin embargo, la altivez de Adelaida demostraría ser poco



adecuada, su encanto insuficiente y su fortuna, demasiado agotable. A Adelaida no le gustó el carácter provinciano de Jerusalén, y echaba de menos los lujos de Palermo. Cuando Balduino contrajo una grave enfermedad, al rey empezó a preocuparle su bigamia y envió a la reina de regreso a Sicilia.

Durante ese tiempo, Balduino encontró una solución a la despoblación de Jerusalén. En el año 1115, lanzó un ataque al otro lado del Jordán donde construyó algunos castillos, y donde también encontró a los cristianos de Siria y Armenia sumidos en la pobreza; los invitó entonces a instalarse en Jerusalén, los antepasados de los actuales cristianos palestinos.

Los cruzados de Jerusalén se enfrentaban a un dilema estratégico: ¿debían expandirse hacia el norte, Siria e Iraq? ¿O bien hacia el sur, en dirección al debilitado califato de Egipto? Balduino y sus sucesores sabían que, si querían asegurar el reino, tenían que conquistar uno de estos territorios para evitar que su pesadilla estratégica, la posible unión de Siria y Egipto, pudiera hacerse realidad. En consecuencia, en el año 1118, Balduino lanzó un ataque contra Egipto pero, al detenerse a pescar en el Nilo, cayó enfermo otra vez. Fue transportado en una litera, y murió en la ciudad fronteriza de El-Arish, donde las lagunas de Bardawil llevan su nombre. Fue un aventurero capaz y hábil que se había convertido en un rey levantino, por el que ahora, sorprendentemente, mostraban duelo los «francos, los sirios, e incluso los sarracenos».

El Domingo de Ramos, los jerosolimitanos desfilaban solemnes con sus palmas en el valle de Kidron, cuando una visión les levantó el ánimo, la llegada del conde de Edesa desde el norte. Sólo entonces vieron también acercarse desde el sur una columna zigzagueante que avanzaba entre las colinas de Judea, el catafalco de su rey muerto protegido por su ejército de luto.<sup>[1]</sup>

## BALDUINO II EL PEQUEÑO

Una vez el cuerpo de Balduino quedó descansando en la iglesia del Santo Sepulcro, los barones nobles revisaron los candidatos al trono, pero una de las facciones eligió sin más al conde de Edesa, el primo del rey fallecido, quien se apoderó de Jerusalén; una elección afortunada para el reino. Balduino II, apodado el Pequeño, en contraste con su alto y desgarbado predecesor, había gobernado Edesa durante dieciocho años de guerras constantes, y había incluso sobrevivido a cuatro años de prisión tras ser capturado por los turcos. Llevaba una larga barba que le llegaba hasta el pecho, su cabello era rubio, aunque ya empezaba a platear, había contraído un saludable matrimonio con una heredera armenia, Morfia, del que habían nacido cuatro hijas, y era tan piadoso que tenía las rodillas cubiertas de callos de tanto rezar. Balduino era, aún más que su predecesor, un rey más levantino que

franco: en Oriente Medio estaba en su hogar, celebraba audiencias vestido con túnicas y sentado sobre cojines en el suelo con las piernas cruzadas. Los musulmanes lo consideraban «rico en experiencia» y dotado de «sentido común y el don de la dignidad real», una gran alabanza para un infiel.

En Jerusalén, Balduino el Pequeño cedió el Templo de Salomón a una nueva orden militar y religiosa, «caballeros temerosos de Dios», que «profesaban el deseo de vivir perpetuamente en la pobreza, la castidad y la obediencia», y que tomarían su nombre de su nuevo hogar. Los primeros templarios fueron nueve guardianes de la ruta de los peregrinos que partía de Jaffa, pero la orden del Temple creció hasta convertirse en una importante orden militar religiosa en la que militaban trescientos caballeros que lucían la cruz roja concedida por el papa, y que estaban al mando de cientos de sargentos y miles de soldados de infantería. Los templarios transformaron el Haram al-Sharif musulmán en un complejo cristiano que incluía un santuario, un arsenal y alojamiento:<sup>[\*1]</sup> al-Aqsa ya estaba dividida en habitaciones y apartamentos, pero le añadieron una espaciosa sala de templarios (de la que todavía quedan algunos vestigios) junto al muro sur. Cerca de la Roca, la Cúpula de la Cadena se convirtió en la capilla de Santiago, y la mezquita subterránea de la cuna de Jesús, en la iglesia cristiana de Santa María. Los salones subterráneos de Herodes, a los que llamaban establos de Salomón, alojaban los dos mil caballos y mil quinientos camellos de carga de la orden, y se accedía a ellos por una única puerta en el muro sur, todo ello protegido desde el sur por una barbacana fortificada. Al norte de la Cúpula, construyeron un claustro de canónigos, su propia casa de baños y un taller. Encima de al-Aqsa crearon, según el monje alemán Teodorico, que realizó una visita en el año 1172, «numerosos jardines, patios, antesalas, vestíbulos y cisternas de agua de lluvia».

Poco tiempo antes, aquel mismo año de 1113, el papa Pascual II le había adjudicado la zona justo al sur del Santo Sepulcro a otra nueva orden, la del Hospital, que más tarde se convertiría en un ejército santo más rico aún que el de los templarios. Al principio vestían túnicas negras con una cruz blanca; más tarde, el papa les concedería la capa roja con una cruz blanca. Construyeron su propio barrio que contenía un albergue de mil camas y un enorme hospital donde cuatro médicos examinaban a los enfermos dos veces al día, controlaban su orina y los sangraban, y todas las nuevas madres recibían una cuna. La comodidad del hospital, sin embargo, tenía sus límites, así que a cada paciente se le entregaba un abrigo de piel de oveja y botas para ir a las letrinas. Aunque en Jerusalén se oían hablar muchas lenguas, entre ellas el francés, el alemán y el italiano (Balduino les había concedido privilegios comerciales a los venecianos), la ciudad seguía siendo un reducto de cristianos. Los musulmanes tenían permitido comerciar en la ciudad, pero no podían pasar la noche en la capital de Jesucristo.

Poco tiempo más tarde, Il-Ghazi, el antiguo monarca de Jerusalén, y ahora señor de Alepo, atacó Antioquía y mató a su príncipe. El rey Balduino se precipitó al norte con su ejército portando la Vera Cruz<sup>[\*2]</sup> y lo derrotó, pero en el año 1123, el rey fue hecho prisionero por Balak, el sobrino de Il-Ghazi.

Mientras Balduino permanecía prisionero de la familia Ortuq, y los ejércitos cruzados asediaban Tiro, los egipcios avanzaron hacia Ascalón con la esperanza de apoderarse de Jerusalén, una ciudad privada de su rey y de sus defensores.<sup>[2]</sup>

# CAPÍTULO 23

## LA EDAD DE ORO DE ULTRAMAR, 1131-1142

### MELISENDA Y FULCO, UN MATRIMONIO DE REYES

Los jerosolimitanos, bajo el mando del condestable Eustaquio de Grenier, rechazaron dos veces a los egipcios. Ante la alegría general, Balduino fue liberado, previo pago de un rescate, y el 2 de abril de 1125, toda la ciudad se reunía para recibir al rey que regresaba a casa. Durante su encarcelamiento, Balduino había concentrado su mente en la sucesión. Su heredera era su hija Melisenda, a la que a la sazón casó con el eficaz y experto Fulco, conde de Anjou, un veterano cruzado descendiente del depravado peregrino en serie Fulco el Negro e hijo de otro Fulco de encantador nombre, el Repulsivo.

En 1131, Balduino cayó enfermo en Jerusalén y, tras retirarse a morir como un humilde suplicante en el palacio del patriarca, abdicó en favor de Fulco, de Melisenda y del hijo bebé de ambos, el futuro Balduino III. El ritual de coronación de Jerusalén había evolucionado. Fulco y Melisenda, ataviados de dalmáticas bordadas, estolas y las joyas de la corona, se dirigieron al Templo de Salomón montados sobre unos caballos cubiertos de lujosos caparazones. Desde allí, conducidos por el chambelán que blandía la espada del rey, y seguidos por el senescal que llevaba el cetro, y por el condestable con el estandarte real, cruzaron toda la ciudad acompañados por los vítores de la población. Serían los primeros monarcas jerosolimitanos coronados en la rotonda del Santo Sepulcro, que ya había sido reconstruido.

Prestaron juramento ante el patriarca quien, a continuación, pidió tres veces a los allí presentes que confirmaran que los monarcas eran los herederos por ley: *Oill!* ¡Sí!, vociferó la multitud.<sup>[\*1]</sup> Las dos coronas fueron llevadas hacia el altar y la pareja real fue ungida con el aceite contenido en un cuerno, antes de entregarle a Fulco el anillo de la lealtad, el orbe del dominio y el cetro para castigar a los pecadores, y de ceñirle la espada de la guerra y de la justicia. Después, el patriarca los coronó y los besó a ambos. En el exterior del Sepulcro, el mariscal ayudó al rey Fulco a montar su caballo y cabalgaron de regreso al monte del Templo. En el curso del banquete celebrado en el *Templum Domini*, el rey ofreció devolver la corona, y después la recuperó, una tradición basada en la historia de la circuncisión de Jesús, según la cual, María lo había llevado al Templo, se lo había ofrecido a Dios, antes de comprarlo de nuevo al precio de un cordero o dos palomas. Finalmente, los burgueses trajeron la comida y el vino, que el senescal y el chambelán sirvieron a la pareja real

mientras el mariscal sostenía la enseña real encima de sus cabezas. Después de muchos cantos, música y baile, el condestable escoltó al rey y a la reina a sus habitaciones.

Melisenda era la monarca reinante, pero estaba previsto que al principio Fulco gobernara en su propio nombre. Era un soldado de cuarenta años, achaparrado y pelirrojo «igual que el rey David», en palabras de Guillermo de Tiro, y desmemoriado, siempre un defecto en los reyes. Acostumbrado a gobernar su propio reino, tuvo dificultades para manejar, y no digamos seducir, a su imperiosa reina. Melisenda, delgada, de tez oscura e inteligente, al cabo de poco tiempo ya pasaba buena parte de su tiempo con su atractivo primo y amigo de la infancia, el conde Hugo de Jaffa, el magnate más rico de Jerusalén. Fulco les acusó de tener un romance.

## LA REINA MELISENDA, EL ESCÁNDALO

Los flirteos de Melisenda empezaron con meros cotilleos, pero no tardaron en transformarse en una crisis política. Al ser la reina, era poco probable que fuera castigada, ahora bien, según la ley de los francos, si una pareja era declarada culpable de adulterio, castigaban a la mujer con una rinotomía (le partían la nariz) y al hombre lo castraban. Una manera de demostrar la inocencia era en combate singular y así, un caballero desafió al conde Hugo a que demostrara su inocencia en un duelo. Hugo, sin embargo, huyó a territorio egipcio donde permaneció hasta que la iglesia negoció un compromiso según el cual permanecería tres años en el exilio.

A su regreso a Jerusalén, Hugo estaba sentado un día jugando a los dados en una taberna de la calle de los Peleteros cuando un caballero bretón lo apuñaló. De algún modo Hugo sobrevivió a la agresión, pero Jerusalén «estaba conmocionada por la indignación, y se reunió una gran multitud», y se extendió el rumor de que Fulco había ordenado asesinar a su rival. Ahora era el rey quien necesitaba demostrar su inocencia: el bretón fue juzgado y condenado a ser descuartizado y a que se le cortara la lengua. Fulco, sin embargo, ordenó que se le dejara la lengua intacta para demostrar que nadie le había silenciado. Incluso después de haber sido totalmente desmembrado, y cuando sólo le quedaban la cabeza y el torso (y la lengua), el bretón seguía afirmando la inocencia de Fulco.

No es nada sorprendente que la innegable aspereza de la política de Ultramar alcanzara notoriedad en Europa. Gobernar Jerusalén era un desafío: los reyes eran realmente *primus inter pares*, y tenían que enfrentarse a los cruzados de la pequeña nobleza, a los magnates ambiciosos, a los aventureros sinvergüenzas, a los ignorantes recién llegados de Europa, a las órdenes militares religiosas y caballeros independientes y a los eclesiásticos intrigantes, antes de poder ni siquiera hacerles

frente a sus enemigos musulmanes.

El matrimonio real sufrió un gran enfriamiento, pero si Melisenda había perdido a su amor, había recuperado su poder. Fulco, deseoso de templar a la reina, le envió un regalo especial, el suntuoso salterio que lleva su nombre.<sup>[\*2]</sup> No obstante, mientras el reino disfrutaba de su edad de oro, el islam se estaba movilizandoo.

## ZENGUI EL SANGUINARIO: EL PRÍNCIPE HALCÓN

En el año 1137, Zengui, atabey de Mosul y de Alepo (en las actuales Siria e Iraq), arremetió primero contra la ciudad cruzada de Antioquía y, a continuación, contra la ciudad musulmana de Damasco: la caída de cualquiera de esas ciudades significaría un duro golpe para Jerusalén. Durante casi cuatro décadas, la pérdida de Jerusalén apenas había afectado al dividido y distraído mundo islámico, pero, como es habitual en la historia de Jerusalén, el fervor religioso solía estar inducido por la necesidad política. Zengui empezó en aquel momento a aprovecharse del creciente sentimiento de furia, religiosa y política, por la pérdida de Jerusalén, y se denominó a sí mismo, «combatiente de la yihad, domador de ateos, destructor de herejes».

El califa recompensó al atabey turco concediéndole el título de «rey de emires» por haber restaurado el honor musulmán. Para los árabes, se llamaba a sí mismo Pilar de la Fe, y ante sus compatriotas turcos era el Príncipe Halcón. Los poetas, el adorno vital de cualquier monarca en esta sociedad amante de la poesía, acudieron en tropel a su corte a cantar sus glorias, pero el feroz Zengui era un duro señor. Despellejó y arrancó las cabelleras de enemigos importantes, ahorcó a los de menor importancia, crucificó a cualquiera de sus soldados que pisoteara los cultivos, y castró a sus jóvenes amantes varones para preservar su belleza. A los militares, les recordaba su poder castrando a los hijos de sus generales caídos en desgracia antes de enviarlos al exilio. En una ocasión en la que bebió hasta perder la razón, se divorció de una de sus esposas e hizo que sus mozos de cuadra la violaran en grupo en los establos, mientras él miraba. Si uno de sus soldados desertaba, recordaba Osama bin Munqidh, uno de sus oficiales, Zengui ordenaba que los dos hombres que servían a cada lado del desertor fueran cortados por la mitad. Las fuentes musulmanas dejaron constancia de sus crueldades. Los cruzados, por su parte (en un juego de palabras digno de un titular de la prensa amarilla británica), lo apodaron Zengui el Sanguinario.<sup>[\*3]</sup>

Fulco no dudó ni un instante en salir y enfrentarse a él, pero Zengui venció a los jerosolimitanos, dejando al rey atrapado en una fortaleza cercana. El patriarca Guillermo de Jerusalén, blandiendo la Vera Cruz, condujo el ejército a su rescate y Zengui, al ver que llegaban refuerzos, ofreció liberar a Fulco a cambio de la fortaleza. Tras su liberación, salvado por los pelos, Fulco y Melisenda se reconciliaron. Zengui, con cincuenta y pocos años, no aflojó la presión, y no sólo amenazó las ciudades

cruzadas de Antioquía y Edesa, sino que reanudó además los ataques contra Damasco, donde cundió tanto la alarma que, su gobernante, Unur, se alió con la infiel Jerusalén.<sup>[1]</sup>

En 1140, Unur, el atabey de Damasco, partió en dirección a Jerusalén acompañado por su mundano consejero, un aristócrata sirio y el mejor escritor musulmán del siglo XII.

## OSAMA BIN MUNQIDH: GRANDES ACONTECIMIENTOS Y CALAMIDADES

Osama bin Munqidh fue uno de esos personajes ubicuos que conocen a toda la gente que hay que conocer en un momento dado o en un lugar determinado de la historia y que siempre se encuentran en el centro de los acontecimientos. Durante su larga carrera, este camaleónico cortesano, guerrero y escritor logró servir a todos los grandes líderes islámicos de su siglo, desde Zengui y los califas fatimíes hasta Saladino, y conocer al menos a dos reyes de Jerusalén.

Osama, miembro de la dinastía que gobernaba la fortaleza siria de Shaizar, perdió la sucesión antes de que un terremoto acabara con toda su familia. Tras esos golpes, se convirtió en un caballero, un *faris*, dispuesto a servir al monarca que le ofreciera las mejores oportunidades, y en aquel momento, a la edad de cuarenta y cinco años, estaba al servicio de Unur de Damasco. Osama vivía para combatir y cazar, y para la literatura. Su accidentada persecución del poder, de la fortuna y de la gloria fue sangrienta y cómica al mismo tiempo: la frase «otro desastre más» aparece con frecuencia en sus memorias, tituladas *Grandes acontecimientos y calamidades*. Sin embargo, también era un cronista natural: uno siente que, aunque sus planes fracasaran, este quijote y esteta árabe sabía que sus anécdotas constituirían un excelente material para sus escritos ingeniosos, agudos y melancólicos. Osama era un *adib* magistral, el árabe refinado y culto por excelencia que escribía libros y poemas sobre los encantos de las mujeres, los modales masculinos (*El núcleo del refinamiento*), el erotismo y el arte de la guerra. En su pluma, una historia que trataba de bastones era en realidad un ensayo sobre el envejecimiento.

El atabey Unur llegó a Jerusalén acompañado por su exuberante cortesano Osama: «Yo solía viajar con frecuencia a visitar al rey de los francos durante la tregua» escribió Osama, cuyas relaciones con Fulco eran de una sorprendente cortesía.<sup>[\*4]</sup> El rey y el caballero charlaron acerca de la naturaleza de la caballería. «Me dijeron que fuisteis un gran caballero», dijo Fulco, «pero en realidad no me lo creí». «Señor, soy un caballero de mi raza y de mi pueblo», respondió Osama. No sabemos nada del aspecto de Osama, pero, al parecer, los francos quedaron impresionados por su físico.

En el curso de sus viajes a Jerusalén, Osama disfrutó estudiando la inferioridad de

los cruzados, a quienes consideraba «meras bestias, que no poseían ninguna virtud más allá del valor y el espíritu combativo», aunque sus obras revelan que muchas tradiciones musulmanas eran igual de salvajes y primitivas. Como cualquier buen reportero, tomó nota de los opuestos, lo bueno y lo malo de cada lado. Cuando ya anciano recordaba la corte de Saladino, sin duda pensaría en que había visto Jerusalén en el apogeo de la gloria del reino cruzado.

## LA JERUSALÉN DE MELISENDA: ALTA Y BAJA SOCIEDAD

Muchos cristianos opinaban que la Jerusalén de Melisenda era el auténtico centro del mundo, muy diferente de la maloliente y desierta ciudad que habían conquistado los francos cuarenta años atrás. En los mapas de la época, Jerusalén tiene forma circular, las dos calles principales aparecen como los brazos de la cruz y el centro de la ciudad se sitúa en la iglesia del Santo Sepulcro, enfatizando así la Ciudad Santa como el centro del mundo.

El rey y la reina tenían su corte en la Torre de David y en el palacio vecino, mientras que los asuntos de la iglesia se trataban en el Palacio del Patriarca. La vida que llevaba la nobleza de la Jerusalén de Ultramar posiblemente fuera mejor que la de los reyes en Europa, donde incluso los potentados llevaban ropa de lana sin lavar y vivían en frías fortalezas de piedra rodeados de rústicos muebles. Aunque pocos nobles cruzados podían vivir con la suntuosidad de Juan de Ibelín, más avanzado el siglo, su palacio de Beirut nos deja entrever el estilo de vida: suelos de mosaico, paredes de mármol, techos pintados, fuentes y jardines. Las ricas alfombras, cortinajes adamascados, delicada cerámica, mesas esculpidas y de marquetería y vajillas de porcelana decoraban incluso las casas de los burgueses en la ciudad.

Jerusalén combinaba la dureza de la ciudad fronteriza con las lujosas vanidades de una capital de reino. Hasta las mujeres de reputación más baja en Jerusalén, como por ejemplo la amante del patriarca, hacían ostentación de sedas y joyas, ante la desaprobación de las más respetables. Así era la Ciudad Santa, con sus treinta mil habitantes y oleadas de peregrinos, crisol cristiano y cuartel militar, gobernada por la guerra y por Dios. Los francos, hombres y mujeres, se bañaban ahora con regularidad; en la calle de los Peleteros se habían construido unos baños públicos; el sistema de alcantarillado romano todavía funcionaba y es muy probable que la mayor parte de las casas tuviera letrinas. Hasta el más islamófobo de los cruzados tuvo que adaptarse a Oriente. En combate, los caballeros vestían túnicas de hilo y la *kufiya* árabe sobre la armadura para impedir que el acero se calentara bajo el sol. En su casa, los caballeros se vestían como los locales, con albornoces de seda e incluso turbantes. Las damas jerosolimitanas vestían largas túnicas encima de las cuales llevaban una túnica más corta o una capa larga bordada con hilos de oro, se maquillaban mucho y,



en público, solían cubrirse con un velo. Ambos sexos utilizaban pieles en invierno, aunque los austeros templarios, que personificaban la capital de la guerra santa cristiana, tenían prohibido este lujo. Los caballeros de las órdenes marcaban el tono: los templarios, cubiertos por su manto con capucha, cruzado, atado con cinturón y grabado con la cruz roja, y los caballeros de San Juan, los hospitalarios, vestidos de su manto negro con la cruz blanca en el pecho. Cada día, el martilleo de los cascos de los caballos de los trescientos templarios que salían de los establos de Salomón para la instrucción diaria invadía toda la ciudad. La infantería practicaba el tiro con arco en el valle de Kidron.

Soldados y peregrinos franceses, noruegos, alemanes e italianos abarrotaban la ciudad, y también cristianos orientales, sirios y griegos de barba corta, armenios y georgianos de barba larga y altos sombreros, que se alojaban en los dormitorios de los hostales o de las numerosas pequeñas tabernas. La vida callejera se centraba alrededor del Cardo romano, que llevaba desde la Puerta de San Esteban (ahora de Damasco), pasaba junto al Sepulcro y el barrio del patriarca, dejándolos a la derecha, y a continuación entraba en las tres calles paralelas y cubiertas del mercado, cruzadas por numerosos callejones, de las que emanaban perfumes de especias y aromas de comida. Los peregrinos compraban comida preparada para llevar y *sharbat*, zumos de frutas endulzados y refrescantes, en la calle de Malcuisinat, mal cocinado; cambiaban dinero en la calle de los Cambistas sirios, cercana al Sepulcro; compraban adornos en los orfebres latinos y pieles en la calle de los Peleteros.

Incluso antes de las cruzadas se decía que «no hay viajero tan malvado como el peregrino a Jerusalén». Ultramar era la versión medieval del Lejano Oeste: asesinos, aventureros y prostitutas llegaron para hacer fortuna, aunque los cronistas más pudibundos explican poco sobre la vida nocturna de la ciudad. No obstante, los soldados locales mestizos, los turcoples, los latinos de segunda generación pobres y orientalizados conocidos como *poulains*, los mercaderes venecianos y genoveses, y los caballeros recién llegados necesitaban tabernas y los placeres de cualquier ciudad militar. Cada taberna tenía una ruidosa cadena en la puerta para impedir que los caballeros desbocados entraran a caballo en el bar. En las entradas de las tiendas podían verse soldados jugando a las cartas o a los dados. Las rameras europeas llegaban en barco, enviadas desde Europa para prestar servicio a los soldados de Ultramar. Más tarde, el secretario del sultán Saladino describiría con malicioso ingenio, y desde el punto de vista musulmán, uno de esos barcos que llegaban cargados de mujeres:

*Las encantadoras mujeres francas, pecadoras de sucias carnes, aparecen orgullosas en público, desgarradas y recompuestas, laceradas y remendadas, haciendo el amor y vendiéndose por oro, gráciles y de nalgas bien formadas,*

*igual que adolescentes achispados, consagraban como ofrenda sagrada lo que escondían entre las piernas, cada una de ellas arrastraba la cola de su vestido tras ella, embrujada por su propio brillo, cimbreante como un árbol joven, y ansiosa por perder sus vestiduras.*

La mayor parte de ellas acababa en los puertos de Acre y Tiro, cuyas calles estaban abarrotadas de marineros italianos, y es posible que funcionarios ansiosos por aplicar la moral cristiana vigilaran las calles de Jerusalén, pero toda la humanidad estaba allí.

Si los peregrinos caían enfermos, la orden de San Juan los cuidaba en el hospital, que podía alojar a dos mil pacientes. Sorprendentemente, también atendían a musulmanes y judíos, y tenían incluso una cocina *kasher* y *halal* para que los enfermos pudieran comer carne. Pero la muerte siempre estaba en su mente: Jerusalén era una necrópolis donde a los peregrinos ancianos y enfermos no les importaba morir y ser enterrados hasta el día de la Resurrección. Los pobres tenían las fosas comunes en el cementerio de Mamilla y en el Aceldama, en el valle del Infierno. Más avanzado el siglo, cincuenta peregrinos morían cada día a causa de una epidemia y los carros recogían los cuerpos cada noche después de vísperas.<sup>[\*5]</sup>

La vida giraba alrededor de dos templos, el Santo Sepulcro y el Templo del Señor, organizada en el tiempo según un calendario de rituales. En esa «era de intensa teatralidad en la que se utilizaba cualquier técnica para intensificar los sentimientos públicos mediante la exhibición», escribe el historiador Jonathan Riley-Smith, los santuarios de Jerusalén parecían decorados de escenario que se remodelaban y mejoraban constantemente a fin de intensificar el efecto. La conquista de la ciudad se celebraba cada 15 de julio, fecha en la que el patriarca conducía a casi todos los habitantes de la ciudad desde el Sepulcro hasta el monte del Templo, donde oraba en el exterior del Templo de Salomón y, a continuación, la procesión cruzaba la Puerta Dorada, aquella por la que había entrado aquel primer cruzado, Heraclio, cargando con la Vera Cruz en el año 630, hasta el punto de la muralla norte por el cual Godofredo había forzado su entrada en la ciudad. La Pascua era el espectáculo más fascinante. Antes del amanecer del Domingo de Ramos, el patriarca y el clero, portando la Vera Cruz, caminaban desde Betania en dirección a la ciudad, mientras otra procesión llevando palmas salía del monte del Templo para encontrarse con la del patriarca en el valle de Josafat. Unidas, abrían entonces la Puerta Dorada<sup>[\*6]</sup> y desfilaban alrededor de la explanada sagrada antes de ir a rezar al Templo del Señor.

El Sábado Santo, los jerosolimitanos se congregaban en la iglesia del Santo Sepulcro para recibir el Fuego Sagrado. Un peregrino ruso observó «a la multitud precipitarse, abriéndose paso a codazos y empujones», llorando, gimiendo y gritando «¿impedirán mis pecados que baje el Fuego Sagrado?». El rey llegó caminando desde

el monte del Templo pero, a su llegada, la multitud estaba tan apiñada, abarrotando incluso más allá del patio, que sus soldados tuvieron que abrirle camino. Una vez en el interior, el rey, «derramando torrentes de lágrimas», ocupó su lugar en un púlpito ante la tumba, rodeado de sus llorosos cortesanos, a la espera del Fuego Sagrado. Mientras el sacerdote cantaba las vísperas, el éxtasis se intensificó en la oscura iglesia, hasta que de repente «la sagrada luz iluminó el Sepulcro increíblemente brillante y espléndido». El patriarca emergió sosteniendo el fuego, con el cual encendió la lámpara del rey. El fuego se extendió a través de la multitud, de linterna en linterna, y fue llevado a continuación por toda la ciudad, igual que una llama olímpica, cruzando el gran puente hasta el Templo del Señor.

Melisenda embelleció Jerusalén, puesto que la ciudad era el santuario del Templo y la capital política, y creó mucho de lo que puede verse en la actualidad. Los cruzados desarrollaron su propio estilo, una síntesis de románico, bizantino y levantino, con arcos redondeados, grandes capiteles, todo ello decorado con delicados motivos esculpidos, a menudo florales. La reina construyó la monumental iglesia de Santa Ana, al norte de la Explanada de las Mezquitas, en la ubicación de la piscina de Bethesda, el ejemplo más sencillo y duradero de la arquitectura cruzada que todavía se mantiene en pie hoy en día. Su convento, que ya había sido utilizado antes como repositorio de esposas reales desechadas, y en el pasado más reciente, como el hogar de la hermana de Melisenda, la princesa Yvette, se convirtió en el mejor dotado de Jerusalén. Algunas de las tiendas en la plaza del Mercado todavía conservan la inscripción «ANNA», un indicador de adónde iban a parar sus beneficios; otros comercios, tal vez propiedad de los templarios, tienen inscrita la «T» del Temple.

Melisenda hizo construir asimismo una pequeña capilla, la de San Gil, sobre el gran puente que daba acceso al monte del Templo. En el exterior de las murallas, amplió la iglesia de Nuestra Señora de Josafat, la tumba de la Virgen María y donde ella misma sería enterrada (su tumba todavía se conserva), y construyó el monasterio de Betania, del que nombró abadesa a su hermana Yvette. En el Templo del Señor, añadió una verja metálica muy labrada para proteger la Roca (ahora en su mayor parte en el Museo Haram, aunque es posible que una pequeña sección, todavía en el lugar, hubiera contenido un trozo del prepucio de Jesús<sup>[\*7]</sup> y, más tarde, pelos de la barba de Mahoma).

En el transcurso de su visita de estado a Fulco y Melisenda, Osama bin Munqidh y su señor, el atabey de Damasco, obtuvieron el permiso para orar en el monte del Templo, donde tuvieron la ocasión de conocer la insularidad, y el cosmopolitismo, de sus anfitriones francos.

OSAMA BIN MUNQIDH Y JUDÁ HALEVI: MUSULMANES, JUDÍOS Y

## FRANCOS

Osama había trabado amistad con algunos caballeros templarios a los que había conocido en tiempos de guerra y de paz, y quienes ahora les acompañaron, a él y al atabey Unur, hasta la explanada sagrada, el muy cristianizado cuartel general de los templarios.

Algunos cruzados hablaban árabe, y se habían construido casas con patios y fuentes iguales a las de los potentados musulmanes, e incluso disfrutaban de la comida árabe. Osama conoció a francos que no comían cerdo y que «ofrecían una excelente mesa, muy limpia y deliciosa». La mayoría de los francos, no obstante, desaprobaba a cualquiera que se adaptara demasiado a las costumbres de la región: «Dios ha transformado Occidente en Oriente», escribió Fulco. «Aquel que era romano o franco, en esta tierra se ha convertido en galileo o palestino». De forma similar, también la amistad entre Osama y los templarios, así como la falta de prejuicios de estos últimos, tenía sus límites. En una ocasión, un jovial templario que regresaba a su país invitó a Osama a que enviara a su hijo a estudiar a Europa, para que «cuando regresara, fuera un hombre realmente racional». Osama apenas pudo contener su desdén.

Mientras oraban en la Cúpula de la Roca, uno de los francos se acercó al atabey y le preguntó:

—¿Os gustaría ver a Dios cuando era joven?

—Por supuesto —respondió Unur, y el franco les condujo a él y a Osama ante una imagen de la Virgen María y el niño Jesús.

—Éste es Dios cuando era joven —explicó el franco, lo que le hizo bastante gracia el despectivo Osama.

Osama, a continuación, cruzó la explanada para rezar en el Templo de Salomón, antiguamente al-Aqsa, donde sus amigos templarios le dieron la bienvenida aunque estuviera recitando con claridad el «*Allahu Akhbar*, Dios es el más grande». En aquel momento ocurrió un incidente inquietante: «un franco se me abalanzó, me agarró y dirigió mi rostro hacia el este, “¡tienes que rezar así!”». Los «templarios se precipitaron hacia él y le apartaron de mí. “Este hombre es extranjero”, me explicaron los templarios, excusándose, “y acaba de llegar de tierras francas”». Osama se percató de que «cualquier recién llegado» tenía un carácter «más rudo que aquellos que se han aclimatado y que frecuentan la compañía de los musulmanes». Los recién llegados siguieron siendo «una raza maldita que no se acostumbrará a nadie que no sea de su raza».

No sólo los gobernantes musulmanes visitaban la Jerusalén de Melisenda, también los campesinos musulmanes llegaban a diario a la ciudad para vender fruta y se marchaban por la noche. En la década de 1140, las reglas que prohibían la presencia de musulmanes y judíos en la ciudad se habían relajado, de ahí que el

viajero y escritor Ali al-Harawi dijera que «viví el tiempo suficiente en Jerusalén en la época de los francos para lograr averiguar el truco del fuego sagrado». En Jerusalén ya vivían algunos judíos, pero la peregrinación seguía siendo peligrosa.

En esa precisa época, en el año 1141, llegó desde España Yehudá Halevi, un poeta, filósofo y médico español. En sus cantos de amor y poesía religiosa, ansiaba una «¡Sión belleza, donairosa y amante!» al mismo tiempo que sufría porque «Edom [el islam] e Ismael [el cristianismo] alborotan la Ciudad Santa». El judío exiliado era «una paloma en tierras extrañas». Toda su vida, Halevi, que escribía poesía en hebreo pero hablaba en árabe, creyó en el regreso de los judíos a Sión:

*Oh joyel, felicidad del mundo, brotado de las manos de David.  
Por ti se va consumiendo mi alma, en la lejana tierra de Occidente.  
Alas de águila necesitaría prontas al vuelo.  
¡Ah! Con mi llanto te hubiera regado la tierra.*

Halevi, cuyos poemas siguen formando parte de la liturgia de la sinagoga, manifiesta en su obra la misma emoción que cualquier otro autor que hubiera escrito sobre Jerusalén: «cuando sueño en el regreso de tu cautividad, soy un arpa para tus canciones». No ha podido demostrarse si de verdad llegó a Jerusalén, pero según la leyenda, mientras cruzaba a pie las puertas de la ciudad, fue arrollado por un jinete, posiblemente un franco, y encontró la muerte, un destino que tal vez sus palabras dejaran entrever: «hundiría mi rostro en la tierra y como acariciando tus piedras ablandaría tanto endurecimiento».

Esta muerte no debió de sorprender en absoluto a Osama, que había estudiado la violencia de las leyes francas. Durante el viaje hacia Jerusalén, había visto por el camino a dos francos resolviendo una disputa legal con un combate en el que uno de ellos le aplastó el cráneo al otro. «Una pequeña muestra de sus procedimientos legales y de su jurisprudencia». El juicio de un hombre acusado de asesinar a peregrinos consistió en ser atado con unas cuerdas y sumergido en una piscina. Si se hundía era inocente, pero si flotaba, entonces era declarado culpable y, en palabras de Osama, «le ponían algún ungüento en los ojos», es decir, lo dejaban ciego.

En cuanto a sus costumbres sexuales, Osama explicaría con ingenio cómo, en una ocasión en que un franco encontró a su esposa en la cama con otro hombre, dejó marchar al intruso con una mera advertencia, y cómo otro le ordenó a su barbero que le afeitara el vello púbico a su esposa. En cuanto a la medicina, Osama describió una escena en la que mientras un doctor oriental estaba tratando con una cataplasma un absceso en la pierna de un franco, un médico irrumpió en la sala con un hacha y cortó la pierna, lanzando la inmortal pregunta: ¿prefería vivir con una sola pierna o morir con las dos? El paciente, pese a todo, murió con una sola pierna. En otra ocasión en la

que el médico oriental le recetó una dieta especial a una mujer que sufría de «sequedad de humores», el mismo médico franco, tras diagnosticar que la mujer tenía «un demonio en el interior de la cabeza», le grabó una cruz en el cráneo, matándola a ella también. Los mejores médicos eran judíos y cristianos que hablaban árabe; incluso los reyes de Jerusalén preferían a los médicos orientales. Con todo, Osama nunca simplificó, también cita dos casos en los que la medicina de los francos, milagrosamente, funcionó.

Los musulmanes consideraban a los cruzados unos groseros y saqueadores. Sin embargo, el tópico del cruzado bárbaro y del musulmán esteta puede llevarse demasiado lejos. Después de todo, Osama había servido al sádico Zengui y, leída en su totalidad, su crónica presenta una imagen de la violencia islámica que también hiere la sensibilidad moderna: coleccionistas de cabezas cristianas, crucifixiones y disecciones de sus propios soldados y herejes, los severos castigos de la *sharia* islámica, y la historia de cómo su padre, en un ataque de furia, arrancó de cuajo el brazo de uno de sus pajes. La violencia y leyes igual de brutales gobernaban ambos bandos. Los caballeros francos y los *faris* musulmanes tenían mucho en común: todos estaban bajo el mando de aventureros hechos a sí mismos, como los Balduinos o los Zenguis, que fundaron dinastías de guerreros, y ambos sistemas dependían de las concesiones de feudos en propiedad o de los ingresos de los comandantes y caudillos. Los árabes utilizaban la poesía para exhibirse, para entretener y para difundir la propaganda. Durante la época en la que Osama estuvo al servicio del atabey damasceno, negoció en verso con los egipcios mientras los caballeros cruzados hilaban poemas de amor cortesano. Caballeros y *faris* vivían según códigos de noble conducta similares y compartían las mismas obsesiones, la religión, la guerra y los caballos, y también los mismos deportes.

Pocos soldados, pocos novelistas han sabido captar como Osama la emoción y la diversión de la guerra. Leerle significa cabalgar en las escaramuzas de la Guerra Santa en el reino de Jerusalén. Disfrutaba narrando sus anécdotas en el campo de batalla, de temerarios y arrojados caballeros, portentosas escapatorias, muertes pavorosas, y describía la excitante emoción de las feroces cargas, los destellos del acero, caballos sudorosos y chorros de sangre. Sin embargo, era también un filósofo del destino y de la misericordia divina: «hasta la cosa más pequeña y más insignificante puede llevar a la destrucción». Por encima de todo, en palabras de Osama, tanto los musulmanes como los cristianos creían que «la victoria en la guerra pertenece sólo a Dios». La religión lo era todo. La mayor alabanza que Osama le podía dedicar a un amigo era: «un erudito genuino, un auténtico caballero y un musulmán realmente devoto».

Ahora, un accidente cuya culpa la tuvo el deporte del que disfrutaban tanto los nobles francos como los notables musulmanes vino de repente a hacer añicos la

tranquilidad de la Jerusalén de Melisenda.

# CAPÍTULO 24

## PUNTO MUERTO, 1142-1174

### ZENGUI, SOBERBIA Y JUSTO CASTIGO

Cuando no estaba combatiendo o leyendo, Osama cazaba ciervos, leones, lobos y hienas utilizando guepardos, halcones y perros, y en ese aspecto, no se diferenciaba demasiado de Zengui o del rey Fulco, que salían de caza siempre que les era posible. En el curso de la visita de Osama y el atabey de Damasco a Fulco, admiraron uno de sus azores, y el rey se lo regaló.

El 10 de noviembre de 1142, poco después del viaje de Osama a Jerusalén, mientras el rey Fulco cabalgaba cerca de Acre, vio una liebre y espoleó su caballo para darle caza. La cincha de su silla de montar se partió de repente, Fulco cayó del caballo, la silla salió volando tras él y le fracturó el cráneo. Fulco murió tres días más tarde y los jerosolimitanos acompañaron su cortejo fúnebre hasta el Sepulcro, donde fue enterrado. El día de Navidad, Melisenda coronaba a su hijo de doce años con el nombre de Balduino III, aunque en realidad la auténtica gobernante fuera ella. En una época dominada por los hombres, Melisenda fue «una mujer de gran sabiduría» quien, escribe Guillermo de Tiro, «se había alzado a un nivel tan superior al de las mujeres que se atrevió a tomar medidas importantes, y gobernó el reino con la misma habilidad que sus predecesoras».<sup>[\*1]</sup>

En esos momentos amargos y dulces al mismo tiempo, el desastre se abatió sobre Ultramar. En el año 1144, Zengui el Sanguinario capturó Edesa, en medio de una carnicería de francos y esclavizó a las mujeres francas (pero protegió a las cristianas armenias), destruyendo así el primer estado cruzado y la cuna de la dinastía de Jerusalén. El mundo islámico estaba exultante. Los francos no eran invencibles y, sin duda, Jerusalén sería la siguiente en caer. «Si Edesa es alta mar», escribía Ibn al-Qaysarani, «Jerusalén es la costa». El califa abasí recompensó a Zengui con los títulos de Adorno del Islam, Lugarteniente del Comendador de los Creyentes y Rey con la Ayuda Divina. Con todo, la perversidad de las borracheras de Zengui acabaría con él en su propio tocador.

Durante un asedio en Iraq, un eunuco humillado, tal vez uno de aquellos a quienes Zengui castró para su propio placer, se introdujo en secreto en su tienda, burlando a los numerosos guardias, y apuñaló en su cama al borracho potentado, dejándolo apenas vivo. Un cortesano lo encontró desangrándose y suplicando en vano que le perdonara la vida. «Creyó que tenía la intención de matarle. Me hizo un gesto



implorante con el dedo índice. Me detuve, sobrecogido, y le pregunté. “Mi señor, ¿quién os ha hecho esto?”». Allí murió el Príncipe Halcón.

Su personal saqueó sus efectos personales, cerca del cadáver todavía caliente, y su hijos se dividieron sus territorios: el más joven, Nur al-Din, de veintiocho años arrancó el anillo real del dedo de su padre y se apoderó de los territorios sirios. Nur al-Din, dotado de talento pero menos feroz que su padre, intensificó la yihad contra los francos. Melisenda, conmocionada por la caída de Edesa, apeló al papa Eugenio II, que convocó la segunda cruzada.<sup>[1]</sup>

## LEONOR DE AQUITANIA Y EL REY LUIS: ESCÁNDALO Y DERROTA

Luis VII, el piadoso joven rey de Francia, acompañado por su esposa Leonor, duquesa de Aquitania, y por Conrado III, rey de Alemania, un veterano peregrino, respondieron al llamamiento del papa; a su paso por Anatolia los turcos vapulearon a los ejércitos alemanes y franceses. Luis VII consiguió a duras penas llegar hasta Antioquía, tras una desastrosa marcha en medio de incesantes combates, un viaje sin duda aterrador para su esposa Leonor, que perdió la mayor parte de su equipaje, y todo el respeto hacia su puritano e inepto marido.

El príncipe Raimundo de Antioquía urgió a Luis a que le ayudara a conquistar Alepo, pero el rey de Francia estaba decidido a realizar antes su peregrinación a Jerusalén. El mundano Raimundo era el tío de Leonor y «el más hermoso de los príncipes». Tras ese espantoso viaje, según Guillermo de Tiro, Leonor «desatendió sus votos matrimoniales y fue infiel a su marido», un marido que sentía una adoración infantil por ella, pero que consideraba el sexo, incluso dentro del matrimonio, como un vicio. No sorprende entonces que Leonor lo calificara de «más monje que hombre». Con todo, Leonor, dotada de una aguda inteligencia, de cabello y ojos oscuros y figura curvilínea, era la heredera más rica de Europa, educada en la sensual corte de Aquitania. Los cronistas religiosos afirmaron que por sus venas corría la sangre del pecado porque, por una parte, su abuelo era Guillermo el Trovador, un promiscuo guerrero-poeta, mientras que su abuela, por la otra, era la amante de su abuelo, apodada la Dangereuse, la peligrosa; recibió ese apodo porque el Trovador, para tener mayor acceso a la Dangereuse, había casado a su propio hijo con la hija de su amante.

Es posible que Leonor y Raimundo cometieran adulterio, o que no lo hicieran; en cualquier caso, su conducta fue lo suficientemente provocativa como para humillar al marido y dar pie a un escándalo internacional. El rey de Francia resolvió su problema conyugal raptando a Leonor y poniéndose en camino para reunirse con el rey de Alemania, que ya había llegado a Jerusalén. Cuando Luis y Leonor se acercaban a la ciudad, «todo el clero y el pueblo salieron a recibir al rey» y escoltarle hasta el

Sepulcro «acompañado por himnos y cánticos». La pareja francesa y Conrado se alojaron en el Templo de Salomón, donde Leonor sin duda sería objeto de la atenta observación de los cortesanos franceses. Leonor se vio confinada en Jerusalén durante meses.

El 24 de junio de 1148, Melisenda y su hijo Balduino III convocaron un consejo en Acre en el que debía aprobarse el objetivo de la cruzada: Damasco. Aunque la ciudad había sido aliada de Jerusalén hasta hacía poco tiempo, no dejaba de ser un objetivo sensato, puesto que era sólo cuestión de tiempo que cayera en manos de Nur al-Din. El 23 de julio, los reyes de Jerusalén, Francia y Alemania, en medio de duros combates, lograron cruzar los huertos al oeste de Damasco pero, dos días más tarde, no se sabe por qué, trasladaron el campamento al este. Cuatro días después, la cruzada se desmoronaba y los tres reyes emprendían una vergonzosa retirada.

Tal vez Unur, el atabey de Damasco, sobornara a los nobles jerosolimitanos y les convenciera de que los cruzados de occidente querían el trofeo para ellos solos, una duplicidad venal muy creíble, aunque es más probable que los cruzados, sencillamente, se enteraran de que Nur al-Din, el hijo de Zengui, se acercaba con un ejército de refuerzo. En Jerusalén cundió el desaliento debido a la sensación de inminente desastre. Conrado zarpó hacia Alemania, y Luis, bañado en ascética penitencia, decidió quedarse en la Ciudad Santa y celebrar allí la Pascua. Leonor, por su parte, tenía mucha prisa por marcharse: a su regreso, su matrimonio sería anulado.

[\*2] [2]

Una vez se hubieron marchado, la reina Melisenda celebró su mayor triunfo, y sufrió su mayor humillación. El 15 de julio de 1149, ella y su hijo consagraron su nueva iglesia del Santo Sepulcro, entonces, y también ahora, una obra maestra, y el deslumbrante y sagrado decorado de la Jerusalén de los cruzados. Los arquitectos encontraron un desordenado y laberíntico conjunto de capillas y santuarios en el complejo construido en el año 1048 y restaurado en 1119, un reto que resolvieron con una audacia increíble. Cubrieron todo el complejo con una altísima rotonda y lo unificaron en un magnífico edificio románico que ampliaron hasta el antiguo jardín sagrado en el este. Abrieron la muralla oriental de la rotonda añadiendo capillas y un enorme deambulatorio. En el lugar en el que se había alzado la basílica de Constantino, construyeron un gran claustro. Conservaron la entrada sur de 1048, y crearon una fachada románica con dos portales (uno de ellos está ahora tapiado) sobre los que se instalaron dinteles esculpidos (ahora en el Museo Rockefeller). Las incomparables tallas de la escalera que lleva a la capilla de la Colina del Calvario son tal vez las más exquisitas que produjo el arte de los cruzados. Las características más sorprendentes de toda la fachada son las dos elaboradas balaustradas, en la parte superior y media, que fueron descubiertas y rescatadas de alguna manera por los cruzados después de que permanecieran en el templo pagano de Adriano, destruido

por Constantino el Grande.

El hijo de Melisenda, resentido con su madre, reclamó plenos poderes para él. Ya tenía veinte años y su inteligencia, su cabello rubio y su físico robusto eran objeto de alabanzas. Se dijo de Balduino III que era el rey franco perfecto, con algunos vicios, pues era notoria su afición al juego y a seducir mujeres casadas. Una crisis en el norte demostraría sin embargo que Jerusalén necesitaba un rey-soldado activo que cabalgara al frente de sus huestes: el hijo de Zengui, Nur al-Din, había vencido a los antioquenos y matado a Raimundo, el tío de Leonor.

Balduino corrió al norte justo a tiempo de salvar a Antioquía, pero a su regreso, su madre Melisenda, ya de cuarenta y siete años, se resistió a aceptar su exigencia de ser coronado en Pascua. El rey decidió luchar.

### MADRE E HIJO ENFRENTADOS: MELISENDA CONTRA BALDUINO III

Melisenda le ofreció los prósperos puertos de Tiro y Acre, conservando Jerusalén para ella. El «fuego que seguía latente se reavivó» cuando Balduino reunió su propio ejército con la intención de hacerse con el reino. Melisenda, con Balduino pisándole los talones, salió a toda prisa de Nablus en dirección a Jerusalén, pero la ciudad le abrió las puertas al rey y Melisenda se retiró a la Torre de David, donde Balduino le puso asedio. «Preparó sus máquinas de asedio», ballestas y catapultas que no dejaron de lanzar piedras durante varios días, hasta que finalmente, Melisenda renunció al poder, y a Jerusalén.

Balduino apenas se había hecho con lo que le pertenecía por derecho de nacimiento, cuando Nur al-Din atacó Antioquía de nuevo. Aprovechando que el rey estaba una vez más en el norte, la familia Ortuq, que había gobernado Jerusalén entre los años 1086 y 1098, salió de su feudo de Iraq para conquistar la Ciudad Santa y concentró sus tropas en el monte de los Olivos, pero los jerosolimitanos hicieron una salida y los aniquilaron en la carretera de Jericó. Con la moral por las nubes, Balduino condujo a su ejército, y la Vera Cruz, hasta Ascalón, que cayó tras un largo asedio. Sin embargo, en el norte, Damasco sucumbió por fin ante Nur al-Din, que se convirtió así en el señor de Siria y del este de Iraq.

Nur al-Din, «un hombre alto, barbudo, sin bigote, frente fina y físico agradable acentuado por una cálida mirada», podía ser tan cruel como Zengui, aunque era más comedido, más sutil. Incluso los cruzados lo llamaban «valiente y sabio», y se ganó el cariño de sus cortesanos, entre los que se encontraba ahora el flexible Osama bin Munqidh. A Nur al-Din le gustaba tanto jugar al polo, que lo hacía por la noche a la luz de las antorchas. Sería él quien canalizara la furia islámica provocada por la conquista de los francos, la convirtiera en un resurgimiento suní y le transmitiera una nueva seguridad militar. Una nueva oleada de obras *fadail* elogiando a Jerusalén

impulsó la yihad de Nur al-Din para «purificar Jerusalén de la contaminación de la Cruz», una respuesta irónica a la descripción que los cruzados habían hecho en una ocasión de los musulmanes, «contaminadores del Santo Sepulcro». Encargó un *minbar*, o púlpito, adornado con elaborados relieves tallados que quería instalar en al-Aqsa cuando hubiera conquistado la ciudad.

Balduino y Nur al-Din habían quedado encallados en un punto muerto. Acordaron una tregua temporal durante la cual el rey buscó la ayuda de los bizantinos y se casó con la sobrina del emperador Manuel, Teodora. La ceremonia nupcial y la coronación en la iglesia, «las galas de la novia, sus vestiduras, perlas, oro y gemas», llevaron a Jerusalén el exótico esplendor de Constantinopla. El matrimonio no tenía todavía ningún hijo cuando Balduino cayó en Antioquía y murió unas pocas semanas más tarde, el 10 de febrero de 1162.

El cortejo fúnebre viajó de Beirut a Jerusalén entre escenas de un «profundo dolor y pena» sin precedentes. Los reyes de Jerusalén, igual que otras antiguas familias de cruzados, se habían convertido en notables levantinos, y, según observaría Guillermo de Tiro, «los francos han perdido un príncipe cuyo igual el mundo no ha conocido nunca».<sup>[3]</sup>

AMALARICO E INÉS: «NO ES REINA PARA UNA CIUDAD TAN SANTA COMO JERUSALÉN».

La mala reputación de una mujer casi logra descarrilar la sucesión al trono de Jerusalén. El hermano de Balduino, Amalarico, conde de Jaffa y de Ascalón, era el heredero, pero el patriarca se negó a coronarlo a menos que anulara su matrimonio con Inés, aduciendo que su relación familiar era demasiado estrecha, y ello, pese a que ya habían tenido un hijo juntos. El auténtico problema radicaba en que ella «no era reina para una ciudad tan santa como Jerusalén», apuntaría un remilgado cronista. Inés se había ganado fama de promiscua, pero es imposible saber si esa fama era merecida, habida de los numerosos prejuicios que los historiadores tenían en su contra. No obstante, parece evidente que era un trofeo muy deseado, ya que, en momentos diferentes, se le atribuyeron varios amantes, entre ellos un senescal, el patriarca y cuatro maridos.

Amalarico, obediente, se divorció de Inés y fue coronado a la edad de veintisiete años. Ya de por sí algo torpe, era tartamudo y hacía gorgoritos al reír, y no tardó en «engordarse en exceso y en tener unos pechos como los de una mujer, que le colgaban hasta la cintura». Los jerosolimitanos se burlaban de él por la calle, burlas a las que él no hacía caso «fingiendo no oír las cosas que se decían». A pesar de sus pechos colgantes, era un intelectual y un guerrero que ahora se enfrentaba al reto estratégico más abrumador desde la fundación del reino. Aunque Siria se había

perdido, la conquista de Ascalón por Balduino III había abierto la puerta a Egipto. Amalarico iba a necesitar toda su energía y todos sus efectivos para combatir contra Nur al-Din por ese trofeo supremo.

Ésta fue la razón por la que Amalarico acogió en Jerusalén al granuja más notorio de la época, Andrónico Comneno, un príncipe bizantino «atendido por un gran séquito de caballeros», útiles refuerzos que, al principio, representaron una «fuente de gran aliento» en Jerusalén. Andrónico, primo del emperador Manuel, había seducido a la sobrina del emperador, había sido casi asesinado por los furiosos hermanos de la joven y pasado doce años en prisión antes de ser perdonado y nombrado gobernador de Cilicia. Después, tras ser destituido por deslealtad e incompetencia, huyó a Antioquía donde sedujo a Filipa, la hija del príncipe reinante, y de donde tuvo que huir de nuevo, esta vez a Jerusalén. «Pero, como una serpiente en el regazo o un ratón en el armario», recordaba el cortesano de Amalarico, Guillermo de Tiro, «demostró la verdad de aquel dicho que reza, “temo a los griegos, incluso cuando traen regalos”».

Amalarico le concedió a Andrónico su propio señorío, el de Beirut, pero el bizantino, ahora ya casi de sesenta años, abandonó a la princesa Filipa y sedujo a la grácil Teodora, la viuda de Balduino III y reina madre de Jerusalén, que sólo tenía veintitrés años. En Jerusalén se extendió la indignación y Andrónico tuvo que poner pies en polvorosa de nuevo. Secuestró a Teodora y se refugió en Damasco con Nur al-Din.<sup>[\*3]</sup> Nadie lamentó la marcha de esta «serpiente», y menos aún el clérigo preferido de Amalarico, Guillermo de Tiro. Guillermo había nacido en Jerusalén y, tras estudiar en París, Orleans y Boloña, regresó y se convirtió en el consejero de mayor confianza de Amalarico. A lo largo de veinte años, como arzobispo de Tiro primero, y después como canciller, Guillermo fue testigo muy cercano de la dolorosa tragedia real que ahora coincidía con la crisis más grave de Jerusalén.<sup>[4]</sup>

## GUILLERMO DE TIRO: LA BATALLA POR EGIPTO

El rey Amalarico le encargó a Guillermo que escribiera la historia de los reinos cruzados e islámicos, sin duda todo un proyecto. Guillermo no tenía ningún problema en escribir la historia de Ultramar, pero por muy bien que hablara, y escribiera algo, el árabe, ¿cómo iba a escribir sobre el islam?

En aquella época, el Egipto fatimí se estaba desmoronando. El botín sería lucrativo para los oportunistas avispados, así que, naturalmente, Osama bin Munqidh estaba en El Cairo, la capital egipcia donde los juegos de poder eran letales, pero lucrativos. Osama hizo fortuna y construyó una biblioteca, pero, por supuesto, las cosas salieron mal y se vio obligado a huir para salvar la vida, haciendo salir de El Cairo a su familia, su oro y su querida biblioteca en un barco. El barco se fue a pique en aguas de Acre, Osama perdió su tesoro y el rey de Jerusalén le confiscó la

biblioteca: «Saber que mis hijos y nuestras mujeres estaban a salvo me hizo aceptar mejor la noticia de que había perdido toda mi fortuna, pero el dolor que me causó la pérdida de los libros, cuatro mil volúmenes, me rompió el corazón y nunca me recuperé». La pérdida de Osama le resultó muy provechosa a Guillermo, ya que heredó los libros de Osama y los utilizó para escribir su historia del islam.

Amalarico, mientras tanto, se metió de lleno en la batalla por Egipto, lanzando nada menos que cinco invasiones. Mucho era lo que estaba en juego. En la segunda invasión, parecía que Amalarico había conquistado Egipto. Si hubiera logrado conservar las riquezas y los recursos del país, el reino cristiano de Jerusalén hubiera probablemente perdurado y toda la historia de la región hubiera sido diferente. El derrocado visir egipcio había huido y se había refugiado con Nur al-Din, que envió a su general kurdo, el vigoroso aunque rechoncho Shirkuh, a conquistar Egipto. Amalarico derrotó a Shirkuh, y conquistó Alejandría, pero en lugar de consolidar sus conquistas, aceptó el pago de un tributo y regresó a Jerusalén.

Gracias al botín egipcio, la capital de Amalarico prosperó. La elegante sala gótica del Cenáculo en el monte Sión fue construida en esa época, y el rey levantó un nuevo palacio real, con pórticos y un tejado a dos aguas, una pequeña torre coronada con una cúpula y una gran torre circular, al sur de la Torre de David.<sup>[\*4]</sup> Egipto, sin embargo, distaba mucho de estar sometido.

Empantanado en ese costoso conflicto, Amalarico buscó ayuda en Constantinopla: se casó con María, la sobrina del emperador Manuel, y envió a su historiador Guillermo a negociar una cooperación militar, pero el calendario de la guerra y el de la ayuda nunca coincidieron. En Egipto, Amalarico y sus aliados egipcios estaban a punto de tomar El Cairo cuando el comandante de Nur al-Din, Shirkuh, regresó y el rey se retiró con la promesa de nuevos pagos.

Amalarico enfermó en Gaza, y les pidió a sus aliados egipcios que le enviaran su mejor doctor; el rey era un admirador de la medicina oriental. Los egipcios le ofrecieron el trabajo a uno de los médicos judíos del califa, quien, por pura casualidad, acababa de regresar de Jerusalén.<sup>[5]</sup>

## MOISÉS MAIMÓNIDES: EL GUÍA DE LOS PERPLEJOS

Maimónides se negó a tratar al rey cruzado, una decisión sin duda astuta, puesto que acababa de llegar hacía poco al Egipto de los fatimíes cuya alianza con Jerusalén duraría poco. Maimónides era un refugiado de las persecuciones musulmanas en España, donde ya hacía tiempo que había terminado la edad de oro de la civilización judeoislámica. La región estaba ahora dividida entre los agresivos reinos cristianos del norte y el sur musulmán, que había sido conquistado por una tribu de bereberes fanáticos, los almohades, quienes les habían ofrecido a los judíos una elección, la

conversión o la muerte. El joven Maimónides fingió convertirse, pero en 1165 escapó e inició una peregrinación a Jerusalén. El 14 de octubre, durante Tishri, el mes del año nuevo judío y del Día de la Expiación, la temporada favorita para peregrinar a Jerusalén, Maimónides estaba con su hermano y su padre en el monte de los Olivos, desde allí posaron la vista sobre la montaña del Templo judío y, se desgarraron ritualmente las vestiduras. Más tarde, Maimónides especificaría con exactitud cuánto debían desgarrarse (y después coserse) sus vestiduras los peregrinos judíos y en qué momento debía realizarse dicha acción.

Al entrar en la ciudad por el este, por la Puerta de Josafat, se encontró con una Jerusalén cristiana en la que, oficialmente, los judíos todavía estaban vetados, aunque, en realidad, cuatro tintoreros judíos vivían cerca de la Torre de David bajo la protección real.<sup>[\*5]</sup> Maimónides expresó su dolor por el Templo: «en ruinas, su santidad perdura» y, a continuación, «entré en el gran templo sagrado y oré». Parece que le fue permitido orar en la Roca en el Templo<sup>[\*6]</sup> del Señor (igual que también se les había permitido rezar en aquel lugar a musulmanes como Osama bin Munqidh), aunque él, más tarde, prohibiría cualquier visita al monte del Templo, una regla que todavía obedecen algunos judíos ortodoxos.

Después, se instaló en Egipto donde, conocido por los árabes con el nombre de Musa ibn Maymun, se labró una fama de erudito multidisciplinar y produjo obras sobre temas variados que iban desde la medicina a las leyes judías, entre ellas, su obra maestra, *Guía de perplejos*, en la que entrelazaba la filosofía, la religión y la ciencia; también ocupó el puesto de médico de la corte. Egipto estaba sumido en el caos mientras Amalarico y Nur al-Din luchaban por la hegemonía del asediado califato fatimí. Amalarico era incansable, pero tuvo mala suerte.

En 1169, el señor de Siria, Nur al-Din completó el cerco a Jerusalén cuando su emir Shirkuh se alzó con la victoria en la batalla por Egipto. A Shirkuh le asistía su joven sobrino Saladino, y tras la muerte del obeso Shirkuh en 1171, Saladino asumió el poder en Egipto, y nombró a Maimónides Rais al-Yahud, jefe de los judíos, y su médico personal. Mientras tanto en Jerusalén, la tragedia del heredero de la corona situaba a la medicina en el centro de la acción.<sup>[6]</sup>



# CAPÍTULO 25

## EL REY LEPROSO, 1174-1187

### GUILLERMO DE TIRO, EL TUTOR REAL

El rey Amalarico nombró a Guillermo de Tiro tutor de su hijo Balduino. Guillermo adoraba al príncipe:

*El chico, que entonces tendría nueve años, fue confiado a mi cuidado para que lo instruyera en los estudios liberales, y me consagré a mi real pupilo. Era de apariencia agradable y continuó progresando en el estudio de las letras, y el niño prometía desarrollar una disposición adorable. Era un excelente jinete y tenía un gran intelecto y una excelente memoria.*

«Igual que su padre», añadía Guillermo, «escuchaba con interés la historia y siempre estaba dispuesto a seguir los buenos consejos», sin duda los de Guillermo. Al chico le gustaba jugar y así es como su tutor descubrió su tragedia.

*Estaba jugando con sus compañeros cuando empezaron, como suelen hacer los niños mientras juegan, a pellizcarse con las uñas los brazos y las manos de unos y otros. Balduino lo soportó todo con tanta paciencia que parecía no sentir nada. Al repetirse esta situación varias veces, fui informado. Le llamé, y descubrí que tenía el brazo y la mano derechos especialmente insensibles y eso me inquietó. El padre del chico [el rey] fue informado, y consultamos a los médicos. Con el paso del tiempo, reconocimos los primeros síntomas. Me resulta imposible retener las lágrimas.<sup>[1]</sup>*

### LA ENFERMEDAD DE BALDUINO IV

El encantador pupilo de Guillermo era un leproso,<sup>[\*1]</sup> y el heredero de un reino sitiado. El 15 de mayo de 1174 moría Nur al-Din, señor de Siria y Egipto y cerebro de la nueva yihad, y ni siquiera Guillermo pudo evitar sentir admiración por él, a quien, calificó de «príncipe justo y hombre religioso».



El rey Amalarico salió de inmediato hacia el norte dispuesto a aprovechar la muerte de Nur al-Din, pero el 11 de julio enfermó de disentería, y mientras los médicos árabes y francos debatían sobre el remedio a aplicar, murió en Jerusalén, a la joven edad de treinta y tres años. El «adorable» nuevo rey Balduino IV siguió destacando en sus estudios con Guillermo, pero tuvo que soportar una variedad de tratamientos, sangrados, friegas con «ungüentos sarracenos» y enemas. Un médico árabe supervisaba su salud, Abu Solimán Dawud, cuyo hermano, ya avanzada la enfermedad, enseñaría a Balduino a montar a caballo con una sola mano.

Es difícil encontrar otro caso de mayor nobleza, valor y elegancia bajo el fuego enemigo que el de este joven rey condenado y observado muy de cerca por su devoto tutor: «Día a día, su condición empeoraba, afectando especialmente a las extremidades de su rostro de tal forma que sus más fieles seguidores no podían evitar sentir compasión cuando le miraban». Había sido criado apartado de su madre, pero ahora Inés, la de la dudosa fama, regresó para ponerse al lado de su hijo, a quien siempre acompañaba cuando salía en campaña. Cometió la imprudencia de poner al rey en manos de un arrogante ministro al que nombró senescal. Cuando el senescal fue asesinado en Acre, la política de Jerusalén empezó a tomar el amenazante cariz de una familia mafiosa en decadencia.

El primo del rey, el conde Raimundo II de Trípoli, exigió entonces la regencia y restauró la estabilidad nombrando canciller al tutor del rey, Guillermo. Ése fue el momento en el que se materializaría la pesadilla estratégica que siempre había obsesionado a Jerusalén: Saladino, el hombre fuerte de El Cairo, conquistó Damasco, uniendo, lento pero seguro, Siria, Egipto, Yemen y una gran parte de Iraq en un poderoso sultanato que rodeaba Jerusalén. Raimundo de Trípoli, uno de esos dinastas urbanos levantinos que hablaba árabe, logró ganar tiempo pactando una tregua con Saladino, una tregua que también le permitió ganar tiempo al sultán.

Balduino demostró su valía lanzando un ataque contra Siria y Líbano, pero, durante sus frecuentes enfermedades, los magnates solían reñir alrededor del lecho del enfermo. El gran maestre de los templarios se mostraba cada vez más insubordinado, y los caballeros de San Juan se habían enzarzado en una guerra privada contra el patriarca, disparando flechas incluso en el interior del Sepulcro. Mientras tanto, un recién llegado, el veterano caballero Reinaldo de Chatillon, señor de Kerak y de Transjordania, al otro lado del río Jordán, que irradiaba una confianza agresiva y una arrogancia temeraria, era una baza y un problema al mismo tiempo.

Saladino lanzó unos primeros ataques de tanteo contra el reino cristiano, cargando contra Ascalón antes de dirigirse hacia Jerusalén, cuyos habitantes, presa del pánico, huyeron a refugiarse a la Torre de David. Ascalón estaba a punto de caer cuando, a finales de noviembre de 1177, el rey leproso, Reinaldo y varios centenares de caballeros se abalanzaron sobre los 26 000 soldados de Saladino en Montgisard, al

noroeste de Jerusalén. Estimulados por la presencia de la Vera Cruz y por las apariciones de san Jorge en el campo de batalla, Balduino y sus tropas lograron una victoria que se haría famosa.

## ELEGANCIA BAJO PRESIÓN: LA VICTORIA DEL REY LEPROSO

El rey leproso regresó triunfante mientras Saladino conseguía escapar de milagro a lomos de un camello. Ahora bien, el sultán era el señor de Egipto y de Siria, y al cabo de poco tiempo ya había reunido un nuevo ejército.

En 1179, en el transcurso de un ataque a la Siria de Saladino, Balduino cayó en una emboscada, su caballo se encabritó y sólo logró escapar gracias al valor del viejo condestable del reino, que entregó su vida por salvar la del rey. El joven recuperó el control y, haciendo gala de su característico arrojo, condujo de nuevo sus tropas contra los soldados de Saladino. Cerca del río Litano, cayó del caballo y quedó terriblemente expuesto: su parálisis en aumento le impidió montar de nuevo y uno de sus caballeros tuvo que cargar con él a la espalda y sacarle del campo de batalla. El joven rey nunca se pudo casar, puesto que se creía que la lepra se contagiaba por contacto sexual, y ahora, apenas podía ponerse al frente de sus ejércitos. Le expresó a Luis VII de Francia su calvario personal, y la necesidad de un nuevo y fuerte rey procedente de Europa: «Estar privado del uso de sus propias extremidades es de poca ayuda para desempeñar las tareas de gobierno. Si tan sólo pudiera curarme de la enfermedad de Naamán, pero no he encontrado ningún Eliseo que me sane. No parece adecuado que una mano tan débil sostenga el poder en un momento en el que la agresión árabe acosa a la Ciudad Santa». Cuanto más enfermo el monarca, tanto más intensa la lucha por el poder. La decadencia del rey igualaba la corrupción política y moral. Cuando el conde Raimundo de Trípoli y el príncipe Bohemundo de Antioquía se acercaron a la ciudad con un escuadrón de caballería, el rey, airado, sospechó un golpe de estado y, una vez más, ganó tiempo acordando una tregua con Saladino.

Tras la muerte del patriarca, la reina madre Inés se saltó jerárquicamente a Guillermo, el arzobispo de Tiro, y nombró en su lugar a Heraclio de Cesarea, del que se decía que era su amante. Este eclesiástico *gigoló*, al que le gustaban las ricas sedas, lucir deslumbrantes joyas e impregnarse de costosos perfumes, tenía una amante, la esposa de un pañero de Nablus, Pasque de Riveri, que se trasladó entonces a Jerusalén e incluso le dio una hija: los jerosolimitanos la apodaron la «señora del patriarca».

El rey moriría pronto e Inés tenía que solucionar la cuestión de la sucesión.

## GUIDO: HEREDERO DEFECTUOSO

Inés arregló el matrimonio de la heredera y hermana del rey, Sibila, con el atractivo Guido de Lusignan, de veintisiete años y hermano del condestable del reino, el amante más reciente de la reina. La princesa Sibila, una joven viuda que ya tenía un hijo de su primer matrimonio, fue la única que quedó encantada con el arreglo. La mayoría de los nobles opinaba que su nuevo marido no tenía la suficiente experiencia, ni una cuna lo bastante alta, como para poder gestionar la crisis existencial de Jerusalén. Guido, ahora conde de Jaffa y de Ascalón, había nacido en el seno de una familia noble del condado de Poitiers, pero era indudable que le faltaba autoridad. Dividió el reino cuando más necesitaba mantenerse unido.

Reinaldo de Kerak rompió la tregua al atacar a una caravana de peregrinos que se dirigía a La Meca. No había deber más sagrado para un monarca musulmán que el de proteger el *haj*, y a Saladino se le arrebató la sangre. Reinaldo, a continuación, armó una flota y atacó el mar Rojo, aterrizando en la costa más cercana a La Meca y Medina. Llevar la guerra a territorio del enemigo era un juego audaz, aunque también peligroso. Reinaldo fue derrotado por tierra y por mar y Saladino ordenó la degollación pública, a las puertas de La Meca, de los marineros francos capturados. Después, movilizó otro ejército de su imperio en continua expansión. En cuanto a Reinaldo, Saladino juró, en sus propias palabras, «derramar la sangre del tirano de Kerak».

Balduino, que tenía sus «extremidades enfermas y dañadas» y era «incapaz de utilizar manos o pies», cayó enfermo víctima de una fiebre: nombró regente a Guido, y conservó Jerusalén como su propio feudo real.<sup>[\*2]</sup> Guido no pudo evitar jactarse de su ascenso, hasta que, en septiembre de 1183, Saladino invadió Galilea. Guido reunió a 1300 caballeros y 15 000 soldados de infantería cerca del manantial de Seforia, pero, o bien tuvo miedo, o bien fue incapaz de atacar a Saladino, quien, finalmente, pasó de largo para atacar la fortaleza de Kerak, al otro lado del Jordán. Balduino ordenó encender la baliza en la Torre de David para advertir a Kerak que los refuerzos estaban en camino. El rey leproso, mostrando una desgarradora valentía, transportado en litera, ciego, grotesco y muy deteriorado, condujo su ejército al rescate de Kerak.

A su regreso, el rey destituyó a Guido, nombró regente a Raimundo e hizo coronar a su sobrino de ocho años, el hijo de Sibila, que tomó el nombre de Balduino V. Después de la coronación, el niño fue llevado hasta el Sepulcro a hombros del magnate más alto, Balián de Ibelín. El 16 de mayo de 1186, Balduino IV moría a la edad de veintitrés años; el nuevo rey niño, Balduino V, apenas reinó un año, y fue enterrado en un sarcófago que llevaba grabada la imagen de Cristo flanqueado por

ángeles y decorado con hojas de acanto.<sup>[2]</sup>

Jerusalén necesitaba un comandante en jefe adulto. En Nablus, Raimundo de Trípoli y los nobles se reunieron para impedir el regreso de Guido, pero en Jerusalén, el trono pertenecía a Sibila, ahora reina gobernante, y ella estaba casada con el despreciado Guido. Sibila convenció al patriarca Heraclio de que la coronara, prometiendo divorciarse de Guido y nombrar a otro rey; sin embargo, durante la ceremonia, llamó a Guido para que fuera coronado junto a ella. Sibila los había superado a todos en astucia. Los nuevos reyes, no obstante, fueron incapaces de contener a Reinaldo de Kerak y al maestro de los templarios, ambos ansiosos por luchar contra Saladino. Haciendo caso omiso de la tregua, Reinaldo preparó una emboscada a una caravana de peregrinos de Damasco que realizaban su *haj*, y capturó a la hermana de Saladino, se burló de Mahoma y torturó a sus prisioneros. Saladino apeló al rey Guido para obtener compensación, pero Reinaldo se negó a pagarla.

En mayo, el hijo de Saladino atacaba Galilea. Los temerarios templarios y hospitalarios arremetieron contra él, pero de la carnicería de cristianos que tuvo lugar en los manantiales de Seforia sólo se salvaron y lograron escapar el maestro de los templarios y tres caballeros, un desastre que daría pie a una unidad temporal.

## EL REY GUIDO: MORDIENDO EL ANZUELO

El 27 de junio de 1187, Saladino, al mando de un ejército de treinta mil soldados, marchó sobre Tiberíades, un señuelo con el que esperaba hacer salir a los francos y asestar «un tremendo golpe para la yihad».

El rey Guido reunió doce mil caballeros y quince mil tropas de a pie en Seforia, en Galilea, pero, en el curso de un consejo en la tienda roja de los reyes de Jerusalén, las desagradables alternativas que tenía frente a él le plantearon enormes dudas. Raimundo de Trípoli, pese a tener a su esposa asediada en Tiberíades, insistía en la contención. Reinaldo y el gran maestro de los templarios reaccionaron llamando a Raimundo traidor y exigiendo una batalla. Finalmente Guido mordió el anzuelo. Condujo al ejército durante todo un día a través de las colinas de Galilea bajo el ardiente sol, hasta que, acosado por las tropas de Saladino, abrumado por el calor abrasador y paralizado por la sed, instaló el campamento sobre la llanura volcánica en la cima de los Cuernos de Hattin. Después, fueron a buscar agua, pero el pozo estaba seco. «¡Ay Señor Dios!», exclamó Raimundo, «la guerra ha terminado; somos hombres muertos y el reino está acabado».

Cuando los cruzados se despertaron a la mañana siguiente, el sábado 4 de julio, ya sedientos en el calor del verano, podían oír las oraciones de los musulmanes en su campamento algo más abajo. Los musulmanes incendiaron los rastrojos y, al cabo de

poco tiempo, los cristianos se vieron rodeados por el fuego.<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 26

## SALADINO, 1187-1189

### SALADINO, LA BATALLA

Saladino no había dormido, sino que había pasado la noche organizando sus tropas y provisiones, y situando sus dos alas. Había rodeado a los francos, y el sultán de Egipto y Siria estaba decidido a no desperdiciar esta oportunidad. Su ejército multinacional, compuesto de contingentes kurdos, árabes, turcos, armenios y sudaneses, era una visión impresionante de la que disfrutó el arrebatado secretario de Saladino, Imad al-Din:

*Un océano en movimiento de caballos relinchantes, espadas y corazas, lanzas cuyos extremos de hierro parecían estrellas, cimitarras, hierros yemeníes, enseñas amarillas, estandartes rojo anémona y cotas de malla relucientes como estanques, espadas pulidas del color de las blancas cascadas, las plumas de los arcos azules como pájaros, relucientes cascos sobre esbeltos caballos pirueteando.*

Al amanecer, Saladino, desde su caballo y al mando de la sección central, acompañado por su joven hijo Afdal y protegido como siempre por su guardia personal de devotos mamelucos turcos (soldados-esclavos), inició su ataque lanzando sobre los francos una lluvia de flechas, antes de dirigir las cargas de sus caballeros y arqueros a caballo que debían mantener a raya a los francos, protegidos por sus pesadas armaduras. Para Guido, todo dependía de poder mantener su escudo de infantería unido alrededor de sus caballeros; para Saladino, todo dependía de conseguir separarlos.

Cuando el obispo de Acre alzó la Vera Cruz delante del rey, el ejército de Guido rechazó las primeras cargas, pero los sedientos soldados francos no tardaron en huir a un terreno más alto, dejando expuestos a los caballeros, que en aquel momento se lanzaron a la carga. Mientras Raimundo de Trípoli y Balián de Ibelín galopaban hacia las tropas del sultán, Saladino, sencillamente, le ordenó a su sobrino Taki al-Din, que mandaba el ala derecha, que abriera sus filas: los caballeros las cruzaron a toda velocidad y las filas de musulmanes se cerraron de nuevo y estrecharon el cerco. Sus arqueros, en su mayor parte armenios, dispararon «nubes de flechas, como langostas»

sobre los caballos francos, y sus «leones se transformaron en puercoespines», dejando tirados a los caballeros. En aquel «día de un calor abrasador», los soldados de Guido, descabalgados y expuestos, con la boca hinchada por la sed, atormentados por los infernales rastros, e inseguros de su mando, cayeron, huyeron o se rindieron mientras su orden de batalla se desintegraba.

Guido se retiró a uno de los Cuernos de Hattin, plantó su tienda roja y sus caballeros le rodearon, dispuestos al último enfrentamiento. «Después de que el rey franco se retirara a la cima de la colina», recordaría Afdal, el hijo de Saladino, «sus caballeros lanzaron una valiente carga, rechazaron a los musulmanes y los empujaron de nuevo hasta mi padre». Por un momento, parecía como si el valor de los francos amenazara incluso al propio Saladino. Afdal vio la consternación de su padre: «Mudó el color y se tiró de la barba, antes de lanzarse hacia adelante gritando “¡Al infierno con el infiel!”», y los musulmanes cargaron de nuevo y rompieron las filas de los cruzados «que se retiraron hacia lo alto de la colina. Cuando vi a los francos huir, grité jubiloso, “¡los hemos vencido!”». Sin embargo, «torturados por la sed, cargaron de nuevo y empujaron a nuestros hombres hasta donde se encontraba mi padre». Saladino reunió a sus hombres, que rompieron la carga de Guido. «¡Los hemos vencido!», exclamó de nuevo Afdal.

«¡Cállate!», le espetó Saladino, señalando la tienda roja. «Mientras esa tienda siga ahí, ¡no les hemos vencido!». En aquel momento, Afdal vio la tienda volcada, el obispo de Acre había muerto, y la Vera Cruz fue capturada. Alrededor de la tienda del rey, Guido y sus caballeros estaban tan agotados que habían caído al suelo, impotentes y sin quitarse la armadura. «Entonces mi padre desmontó», explicaría Afdal, «y se inclinó hacia el suelo, dándole gracias a Dios con lágrimas en los ojos».

Saladino se instaló en el vestíbulo de su resplandeciente tienda, que todavía estaba siendo montada, y sus emires llegaron a entregarle sus prisioneros. Una vez terminada de montar la tienda, el sultán recibió al rey de Jerusalén y a Reinaldo de Kerak. Guido estaba tan deshidratado que Saladino le ofreció un sorbete con nieve del monte Hermón. El rey sació su sed y a continuación le ofreció el sorbete a Reinaldo, a lo que Saladino dijo: «Tú eres quien le ha dado la bebida. Yo no le he dado de beber». A Reinaldo no se le ofreció la protección de la hospitalidad árabe.

Saladino salió a caballo a felicitar a sus hombres e inspeccionar el campo de batalla, cubierto por los «miembros de los caídos, desnudos en el campo, dispersados en pedazos, lacerados y desmembrados, los ojos arrancados, destripados, cuerpos cortados por la mitad», la carnicería de las batallas medievales. A su regreso, el sultán llamó de nuevo a Guido y a Reinaldo, y dejó al rey esperando en el vestíbulo; Reinaldo entró:

—Dios me ha dado la victoria sobre ti —dijo Saladino—. ¿Cuántas veces has quebrantado tus promesas?

—Así es como los príncipes se han comportado siempre —respondió desafiante Reinaldo.

Saladino le ofreció el islam, y Reinaldo lo rechazó con desprecio; el sultán se puso en pie de un salto, desenvainó su cimitarra y le cortó el brazo a la altura del hombro. Los guardias lo remataron, y el decapitado Reinaldo fue arrastrado por los pies, pasando junto a Guido, y arrojado al exterior de la tienda.

El rey de Jerusalén fue conducido al interior. «No es costumbre que los reyes maten a reyes», le dijo Saladino, «pero este hombre sobrepasó los límites, por eso ha sufrido lo que ha sufrido».

A la mañana siguiente, Saladino les compró a sus hombres los doscientos caballeros templarios y hospitalarios capturados, por cuarenta dinares cada uno. A los guerreros cristianos les fue ofrecida la conversión al islam, pero muy pocos aceptaron. Saladino pidió voluntarios entre los místicos sufíes y los eruditos musulmanes y les ordenó que dieran muerte a todos los caballeros. La mayor parte de ellos suplicó tener este privilegio, aunque algunos nombraron sustitutos, temiendo hacer una chapuza de este trabajo y ser objeto de burla. Esta patosa y poco profesional carnicería, a la que Saladino asistió desde su estrado, acabó de destruir lo que quedaba del poder de Jerusalén. Los cuerpos se dejaron donde habían caído y todavía un año más tarde, el campo de batalla seguía «cubierto de sus huesos».

Saladino envió al rey de Jerusalén a Damasco, junto a la Vera Cruz, colgada impotente boca abajo de una lanza, y a tantos prisioneros que uno de los miembros del séquito de Saladino vio «a una sola persona sosteniendo una cuerda y tirando de treinta prisioneros». Los esclavos francos costaban sólo tres dinares, y uno de ellos fue vendido a cambio de un zapato.<sup>[1]</sup>

El sultán emprendió entonces la conquista de Ultramar, y capturó las ciudades costeras de Sidón, Jaffa, Acre y Ascalón, pero no logró tomar Tiro porque el valiente Conrado, marqués de Montferrat (cuyo hermano estuvo brevemente casado con Sibila) llegó justo a tiempo para rescatar este vital puerto fortificado. Safedino, el virrey egipcio y hermano de Saladino, le aconsejó entonces que no perdiera tiempo en conquistar Jerusalén, no fuera que cayera enfermo antes de tomar la Ciudad Santa: «Si mueres de un cólico esta noche, Jerusalén permanecerá en poder de los francos».

## EL ASEDIO DE SALADINO: ¿CARNICERÍA O RENDICIÓN?

El domingo 20 de septiembre de 1187, Saladino cercó Jerusalén, e instaló su campamento al oeste de la Torre de David, antes de trasladarlo al noreste, el punto desde donde Godofredo había lanzado su ataque contra las murallas.

La ciudad estaba abarrotada de refugiados, pero sólo quedaban dos caballeros para combatir bajo el mando del patriarca y de las dos reinas de Jerusalén, Sibila y



María, la viuda del rey Amalarico, casada ahora con el magnate Balián de Ibelín. Heraclio a duras penas pudo encontrar cincuenta hombres que pudieran proteger las murallas. Por suerte, Balián de Ibelín llegó a la ciudad, bajo salvoconducto de Saladino, para rescatar a su esposa María y a los hijos de ambos, tras prometerle al sultán que no combatiría. Los jerosolimitanos, sin embargo, le suplicaron que tomara el mando y Balián, al no poder negarse, escribió una carta, de un caballero a otro, en la que presentaba sus excusas a Saladino. El sultán le perdonó su mala fe e incluso organizó una escolta para su esposa María y sus hijos a quienes obsequió con ropas, joyas y festines, y sentó a los niños en sus rodillas sin poder evitar las lágrimas, sabiendo que estaban viendo Jerusalén por última vez. «Las cosas de este mundo tan sólo nos han sido entregadas en préstamo», dijo, en tono pensativo.

Balián<sup>[\*1]</sup> armó caballero a cualquier joven noble mayor de dieciséis años y a treinta burgueses, pertrechó a todos los hombres, y organizó varias salidas. Cuando Saladino iniciaba su ataque, las mujeres rezaron en el Sepulcro, se afeitaron la cabeza en señal de penitencia, y los monjes y monjas desfilaron descalzos en procesión bajo las murallas. El 29 de septiembre, los zapadores de Saladino ya estaban socavando las murallas y los francos se prepararon a morir como santos mártires, pero Heraclio les quitó esa idea de la cabeza, recordándoles que sus mujeres serían convertidas en esclavas de harén. Los cristianos sirios, por su parte, resentidos con los latinos, se pusieron de acuerdo en abrirle las puertas a Saladino. El día 30, cuando las tropas musulmanas atacaron la ciudad, Balián visitó a Saladino para negociar. El estandarte del sultán llegó incluso a alzarse y ondear sobre las murallas, pero sus tropas fueron rechazadas.

—Os trataremos del modo que tratasteis vosotros a la población de Jerusalén [en 1099], asesinandooos, esclavizandooos y otras salvajadas —le dijo Saladino a Balián.

—Sultán —le contestó Balian—, somos muchos en la ciudad, y si vemos que la muerte es inevitable, mataremos a nuestros hijos y esposas, y derribaremos el santuario de la Roca y la mezquita de al-Aqsa.

Saladino aceptó negociar. En un gesto de cortesía, liberó a la reina Sibila, e incluso a la viuda de Reinaldo, pero el resto de los jerosolimitanos debían pagar su rescate o ser vendidos como esclavos.<sup>[2]</sup>

## SALADINO: EL HOMBRE

Saladino nunca fue del todo ese caballero liberal, de modales superiores a los de los rudos francos, que retrataron los escritores occidentales del siglo XIX. Ahora bien, y según los criterios de la época en cuanto a constructores de imperios medievales, sin duda se merece su buena reputación. En una ocasión en la que le explicaba a uno de sus hijos cómo había logrado construir un imperio, le dijo: «Sólo he conseguido lo

que he conseguido convenciendo a la gente con halagos», y le aconsejó: «No le guardes rencor a nadie, porque la muerte no perdona a nadie, y cuida siempre tus relaciones con otras personas». El físico de Saladino no impresionaba, y carecía de vanidad. Cuando el caballo de un cortesano cruzó un charco, salpicando y manchándole su túnica de seda, Saladino estalló en carcajadas. Nunca olvidó que la suerte y las vueltas de la vida que le habían dado sus éxitos podían volvérselo en contra igual de fácilmente. Pese a lo sanguinario de su ascenso, no le gustaba la violencia, y le aconsejó a Zahir, su hijo favorito: «No derrames sangre, ni disfrutes con ello, y tampoco lo conviertas en un hábito, porque la sangre nunca duerme». En una ocasión, unos soldados musulmanes le robaron un bebé a una mujer franca; la mujer cruzó las líneas para apelar a Saladino quien, conmovido hasta el punto de estallar en llanto, encontró al bebé y se lo devolvió a su madre. Una vez que uno de sus hijos le pidió permiso para matar a algunos prisioneros francos, se lo negó reprendiéndolo para que no le cogiera gusto a matar.

Yusuf ibn Ayyub, hijo de un soldado de fortuna kurdo, había nacido en 1138 en Tikrit (la actual Iraq, Saddam Hussein también nació allí). Su padre y su tío Shirkuh sirvieron a las órdenes de Zengui y del hijo de éste, Nur al-Din. El joven Yusuf creció en Damasco disfrutando de una vida de vino, juego y mujeres. Por las noches jugaba al polo a la luz de las velas con Nur al-Din, quien le nombró jefe de policía de Damasco. Estudió el Corán, pero también los pedigrís de los caballos. En la batalla por Egipto, Nur al-Din envió a Shirkuh, que se llevó con él a su sobrino, Yusuf, en aquel momento de veintiséis años.

Juntos, al mando de unos escasos dos mil jinetes extranjeros y en contra de todas las expectativas adversas, tío y sobrino kurdos lograron arrebatar Egipto a los ejércitos fatimíes y de Jerusalén. En enero de 1169, Yusuf, que adoptaría el nombre honorífico de Saladino,<sup>[\*2]</sup> asesinó al visir y Shirkuh accedió al cargo, aunque moriría de un ataque al corazón al cabo de poco tiempo. A la edad de treinta y un años, Saladino se convirtió en el último visir de los fatimíes. En 1171, tras la muerte del último califa, Saladino desmanteló el califato chií de Egipto (que desde entonces ha permanecido suní), y aniquiló a la todopoderosa guardia sudanesa en El Cairo, incorporando al mismo tiempo La Meca, Medina, Túnez y Yemen a su reino en expansión.

A la muerte de Nur al-Din en 1174, Saladino se dirigió hacia el norte y conquistó Damasco, expandiendo gradualmente su imperio hasta abarcar buena parte de Iraq, Siria y Egipto, pero el vínculo entre los dos territorios era la actual Jordania, un parte de la cual la controlaban los cruzados. La guerra con Jerusalén no era sólo una buena teología, sino también una buena política. Saladino prefería Damasco y consideraba a Egipto una saludable fuente de ingresos: «Egipto era una puta», bromeaba, «que intentó separarme de mi fiel esposa [Damasco]».

Saladino no era un dictador.<sup>[\*3]</sup> Su imperio era un mosaico de codiciosos emires, noble rebeldes y hermanos, hijos y sobrinos ambiciosos, entre quienes repartía feudos a cambio de lealtad, de impuestos y de soldados. Siempre andaba escaso de dinero y de tropas, y sólo su carisma mantenía unido el imperio. Derrotado a menudo por los cruzados, no sobresalía como militar, pero era tenaz y «evitaba las mujeres y los placeres». Había pasado toda su vida combatiendo contra otros musulmanes, aunque, en este punto de su vida, su misión personal, la Guerra Santa para recuperar Jerusalén, se convirtió en su pasión dominante. «He renunciado a los placeres terrenales» afirmó. «Ya los he disfrutado bastante».

Un día que caminaba junto al mar, durante la guerra, le dijo a su ministro Shaddah: «Se me ocurre que, cuando Dios me haya permitido conquistar el resto de la costa, dividiré mis tierras, haré testamento y me haré a esta mar para perseguir [a los infieles] hasta que sobre la faz de la tierra ya no quede ninguno que niegue a Dios, o moriré en el intento». Con todo, aplicó el islam con un rigor mucho mayor que el de los fatimíes. Al enterarse de que un joven hereje musulmán predicaba en sus territorios, lo hizo crucificar y lo dejó colgando varios días.

Cuando se sentía más feliz era sentado por la noche rodeado de su séquito de generales e intelectuales, recibiendo a los mensajeros mientras charlaba. Admiraba a los eruditos y a los poetas, y su corte no estaba completa sin Osama bin Munqidh, ahora ya de noventa años, quien recordaba cómo «me vino a buscar cruzando el país. Gracias a su buena voluntad, pude arrancarme de las fauces de la desgracia. Me trata como si fuera de su propia familia». Saladino cojeaba y caía enfermo a menudo, y veintiún médicos, ocho musulmanes, ocho judíos (entre ellos Maimónides) y cinco cristianos cuidaban de su salud. Cuando el sultán se levantaba para rezar, u ordenaba que trajeran las velas, sus cortesanos reconocían la señal que indicaba el fin de la velada. Por muy irreprochable que fuera la conducta de Saladino, su ambiciosa y hedonista familia compensaba con creces su contención.

## BAILARINAS Y AFRODISÍACOS: LA CORTE DE SALADINO

Los jóvenes príncipes, explica el escritor satírico al-Wahrani, solían celebrar orgías en las cuales los anfitriones se paseaban desnudos a cuatro patas aullando como perros y bebían vino de los ombligos de las bailarinas, mientras las telas de araña invadían sus mezquitas. En Damasco, los árabes se quejaban del dominio de Saladino y el escritor Ibn Unain se burlaba de los funcionarios egipcios de Saladino, en especial de los sudaneses negros. «Si yo fuera un negro con la cabeza como la de un elefante, los antebrazos gruesos y un pene enorme, seguro que entonces me satisfacíais mis necesidades». Saladino lo envió al destierro por su impertinencia.

El sobrino de Saladino, Taki al-Din, era su general más competente, pero también

el más ambicioso y depravado de los príncipes. Tenía unas aficiones tan notorias, que se dice que sus palabras eran «más dulces que un azote con la zapatilla de una prostituta». El escritor satírico Wahrani le sugirió, no sin una cierta ironía que «si dimitieras de tu cargo en el gobierno, podrías olvidarte del arrepentimiento y recoger a las prostitutas de Mosul, a todos los proxenetas de Alepo y a todas las cantantes de Iraq».

Con tanto afán satisfacía Taki sus apetitos sexuales que empezó a perder peso, energía y erección. Consultó a Maimónides, su médico judío, quien, si bien aconsejaba a su propia comunidad, advirtiéndola contra el exceso de «comida, bebida y cópula», trataba de forma diferente a sus principescos pacientes. El médico real escribió una obra especial para el sobrino de Saladino, *De la relaciones sexuales*, en la que prescribía moderación, restringía el alcohol, limitaba las mujeres a las no demasiado mayores ni tampoco demasiado jóvenes, recetaba un cóctel de planta de «lengua de buey» y vino y, por último, aconsejaba la aplicación de un «maravilloso secreto» de Viagra medieval: masajear el pene real durante dos horas antes del coito con aceites mezclados con hormigas de color azafrán. Maimónides aseguró que la erección se mantendría mucho tiempo después del acto.

Saladino sentía un gran cariño por Taki, a quien ascendió a virrey de Egipto, pero le exasperaban los intentos de su sobrino de crear su propio feudo. Por ese motivo, lo trasladó a gobernar grandes extensiones de Iraq. Ahora, este exuberante sobrino y la mayor parte de la familia de Saladino llegaron a Jerusalén para disfrutar de la liberación de la ciudad.<sup>[3]</sup>

## LA CIUDAD DE SALADINO

Saladino observó cómo los cristianos latinos abandonaban Jerusalén para siempre. Los jerosolimitanos tuvieron que pagar un rescate de diez dinares por hombre, cinco por cada mujer y uno por niño, y aunque nadie podía salir de la ciudad sin el correspondiente recibo de pago, lo cierto es que los funcionarios de Saladino hicieron fortuna aceptando sobornos. Algunos cristianos salieron de la ciudad en cestas que se dejaban caer por las murallas, o escaparon disfrazados. El propio Saladino no tenía ningún interés por el dinero y, aunque recibió 220 000 dinares, buena parte de ese dinero se perdió.

Miles de jerosolimitanos que no pudieron pagar su rescate fueron esclavizados, y las mujeres enviadas al harén. Balián pagó treinta mil dinares por el rescate de siete mil jerosolimitanos pobres, mientras el hermano del Sultán, Safedino, pidió que le entregaran a mil desgraciados a los que liberó. Saladino, por su parte, le dio quinientos a Balián y otros quinientos más al patriarca Heraclio. Los musulmanes observaron estupefactos cómo Heraclio pagaba sus diez dinares y salía de la ciudad

con carros cargados de oro y alfombras. «Cuántas mujeres bien guardadas fueron profanadas, jóvenes núbiles casadas, vírgenes deshonradas, mujeres orgullosas desfloradas, rojos labios de encantadoras mujeres besados, y salvajes domadas», recordaba el secretario de Saladino, Imad al-Din, con un regocijo bastante escalofriante. «¡Cuántos nobles las tomaron como concubinas, cuántas grandes damas vendidas a bajo precio!».

Bajo la mirada del sultán, las dos columnas de cristianos miraron atrás una vez más y lloraron la pérdida de Jerusalén, mientras pensaban que «aquella que había sido nombrada señora de las otras ciudades se ha convertido en esclava y criada».

El viernes 2 de octubre, Saladino entró en Jerusalén y ordenó que el monte del Templo, que los musulmanes conocían con el nombre de Haram al-Sharif, fuera limpiado del infiel. La cruz instalada sobre la Cúpula de la Roca fue arrojada al suelo a los gritos de «Allahu Akhbar», arrastrada por toda la ciudad y destrozada, las pinturas de Jesús fueron desgarradas, los claustros al norte de la Cúpula destruidos, y los cubículos y apartamentos en el interior de al-Aqsa retirados. La hermana de Saladino llegó desde Damasco con una caravana cargada de agua de rosas. El sultán y su hijo Taki en persona fregaron los patios del Haram con agua de rosas, acompañados por un equipo de limpieza formado por príncipes y emires. Saladino hizo traer de Alepo el *minbar* de madera labrada de Nur al-Din y lo instaló en la mezquita de al-Aqsa donde permaneció durante siete siglos.

El sultán destruyó y reconstruyó menos de lo que adaptó y adornó, reutilizando los magníficos restos de los cruzados, con sus motivos florales, capiteles y hojas de acanto; su propia arquitectura está, por lo tanto, construida con los símbolos de sus enemigos, lo que hace que resulte difícil diferenciar los edificios de los cruzados de los de Saladino.

Todos los ulemas respetables, los clérigos y eruditos musulmanes, desde El Cairo hasta Bagdad, querían predicar en las oraciones de los viernes, pero Saladino eligió al cadí de Alepo, y lo vistió de una túnica negra: su sermón en al-Aqsa elogiaba los *fadail*, los méritos, de la Jerusalén musulmana. El propio Saladino se había convertido en la «luz que brilla cada atardecer que trae la noche a los creyentes», y que «libera el santuario hermano de La Meca». Saladino, a continuación, se dirigió a pie hasta la Cúpula, para rezar en lo que él llamaba la «joya del anillo real del islam». El amor que Saladino sentía por Jerusalén era «tan grande como las montañas». Su misión era la de crear una Jerusalén islámica, y dudó sobre si debía destruir el montón de excrementos, el Santo Sepulcro. Algunos de sus nobles reclamaron esta demolición, pero el sultán pensó que el lugar seguiría siendo sagrado, tanto si la iglesia se mantenía en pie como si no. Citando a Omar el Justo, cerró la iglesia sólo tres días y después se la entregó a los griegos ortodoxos pero tapiada una entrada para controlar el movimiento (y ganancias) de los peregrinos con más facilidad. En

general, toleró la mayor parte de las iglesias, pero intentó mitigar el carácter no islámico del barrio cristiano. Las campanas fueron prohibidas de nuevo y durante cientos de años, hasta el siglo XIX, el muecín tuvo el monopolio del sonido, mientras que los cristianos anunciaban sus oraciones con el repicar de claquetas de madera y golpes de címbalo. Saladino derribó algunas iglesias en el exterior de las murallas y requisó algunos de los más destacados edificios cristianos a fin de donarlos a las *salahiyya*, edificios que todavía existen en la actualidad.<sup>[\*4]</sup>

Saladino llevó a la ciudad a muchos eruditos y místicos islámicos, pero los musulmanes por sí solos no podían repoblar Jerusalén; invitó a muchos armenios a regresar, que se convirtieron en una comunidad especial que todavía perdura en la actualidad (se llaman a sí mismos *kaghakatsi*); y también a muchos judíos, «toda la raza de Efraím», de Ascalón, Yemen y Marruecos.<sup>[4]</sup>

Saladino estaba agotado, pero salió de Jerusalén a regañadientes para acabar con las últimas fortalezas de los cruzados y conquistó la gran base marítima de Acre. Sin embargo, nunca pudo terminar con los cruzados: tuvo un gesto caballeroso y liberó al rey Guido, y no logró conquistar Tiro, lo que dejó a los cristianos con un puerto marítimo fundamental desde el cual planificar un contraataque. Tal vez Saladino subestimara la reacción de la cristiandad. Las noticias de la caída de Jerusalén habían conmocionado a Europa, desde reyes y papas a caballeros y campesinos, que movilizaron una poderosa nueva cruzada, la tercera.

A Saladino, sus errores le costarían muy caro. En agosto de 1189, el rey Guido apareció de nuevo a las puertas de Acre al mando de un pequeño ejército, y puso asedio a la ciudad. Saladino, sin tomarse demasiado en serio la heroica hazaña de Guido, envió un contingente para acabar con él. Guido se enfrentó a los soldados de Saladino y logró detenerlos; después, reorganizó la defensa de los cruzados. Saladino asedió a Guido y Guido puso asedio a Acre. Tras la derrota de la flota egipcia de Saladino, un gran número de cruzados alemanes, ingleses e italianos se unieron a Guido. En Europa, los reyes de Inglaterra y de Francia, y el emperador de Alemania, tomaron la cruz y armaron sendas flotas, y los ejércitos se concentraron para incorporarse a la batalla de Acre. Se trataba del principio de una lucha tremendamente sangrienta que se prolongaría dos años y a la que pronto se unirían también los reyes más poderosos de Europa, todos decididos a recuperar Jerusalén.

Los primeros en llegar fueron los alemanes. Cuando Saladino se enteró de que el emperador Federico Barbarroja ya se había puesto en marcha hacia Tierra Santa al mando de un ejército alemán, concentró por fin a sus tropas e hizo un llamamiento a la yihad. En aquel momento, llegaron mejores noticias.

En junio de 1190, Barbarroja se ahogó en un río de Cilicia y su hijo, el duque Federico de Suabia, hirvió el cadáver, lo encurtió en vinagre y enterró la carne en Antioquía, antes de dirigirse a Acre con su ejército y los huesos de su padre, que

planeaba enterrar en Jerusalén. La muerte de Barbarroja daría pie a la escatológica leyenda, según la cual el emperador de los Últimos Días estaba dormido a la espera de alzarse de nuevo algún día. El duque de Suabia, por su parte, murió víctima del escorbuto a las puertas de Acre y la cruzada alemana se fue a pique. Sin embargo, después de muchos meses de combates desesperados en los que miles de soldados murieron a consecuencia de la peste (entre ellos el patriarca Heraclio y Sibila, reina de Jerusalén),<sup>[\*5]</sup> Saladino recibía una mala noticia: el guerrero más extraordinario de la cristiandad estaba en camino.



# CAPÍTULO 27

## LA TERCERA CRUZADA: SALADINO Y RICARDO, 1189-1193

### CORAZÓN DE LEÓN: CABALLEROSIDAD Y CARNICERÍA

El 4 de julio de 1190, Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, y Felipe II Augusto, rey de Francia, emprendieron el camino de la tercera cruzada para liberar Jerusalén. Ricardo, de treinta y dos años, acababa de heredar el imperio angevino de su padre: Inglaterra y la mitad de Francia. Pelirrojo y atlético, y dotado de una gran vitalidad, su impetuosidad y extroversión igualaban la paciencia y la sutileza de Saladino. Ricardo era un hombre de su tiempo, autor de canciones trovadorescas picantes y piadoso cristiano al mismo tiempo, y un hombre que, en una ocasión, abrumado por sus pecados, se arrojó desnudo ante sus clérigos y se flageló con un látigo.

El hijo favorito de Leonor de Aquitania no mostraba demasiado interés por las mujeres, hasta el punto que en el siglo XIX se llegó a decir que era homosexual, una afirmación que ha sido desacreditada. La guerra era su auténtico amor, y exprimió sin piedad a los ingleses para poder financiar su cruzada, algo sobre lo que solía bromear: «Hubiera incluso vendido la ciudad de Londres, si hubiera encontrado un comprador». Mientras Inglaterra vibraba con el evangelismo de la cruzada,<sup>[\*1]</sup> los judíos constituyeron el objetivo de la matanza selectiva que culminaría con el suicidio colectivo de York, la Masada inglesa, aunque para entonces, Ricardo ya se había ido. Zarpó en dirección a Jerusalén y dondequiera que tocaba tierra se presentaba a sí mismo como la personificación del rey-guerrero. Siempre vestía de color escarlata, el color de la guerra, y afirmaba que la espada que empuñaba era Excalibur. En Sicilia, rescató a su hermana, la reina viuda Juana, prisionera del nuevo rey, y saqueó Mesina. Al llegar a Chipre, gobernada por un príncipe bizantino, conquistó la isla sin más y, a continuación, puso rumbo a Acre con veinticinco galeras.

El 8 de junio de 1191, Ricardo llegó a Acre y se unió al rey de Francia en el asedio a la ciudad, donde los combates se alternaban con interludios de fraternización entre campamentos. Saladino y sus cortesanos observaron la llegada de Ricardo, impresionados por la «gran pompa» de sus «poderosos guerreros», y por su «pasión por la guerra».

El campo de batalla se había convertido en un miserable campamento de marquesinas reales, chozas cochambrosas, cocinas colectivas, mercados, casas de



baños y burdeles, todo ello asolado por la peste. Que las prostitutas fascinaban a los musulmanes se hace evidente en la crónica de Imad, el secretario de Saladino, que visitó el campamento de Ricardo y llegó incluso a agotar su repertorio de metáforas pornográficas mientras se comía con los ojos a esas «cantantes y coquetas, teñidas y pintadas, de ojos azules y muslos carnosos», que gestionaban un «comercio dinámico» y que «levantaban sus tobilleras de plata hasta tocarse los pendientes de oro, invitaban a las espadas a su vaina, hacían que las jabalinas se alzaran en dirección a los escudos, ofrecían a los pájaros un lugar en el que picotear, capturaban lagartija tras lagartija en su agujero, [y] guiaban a la pluma hacia el tintero».

Si incluso Imad reconoció que «algunos mamelucos imprudentes habían caído en la tentación» de probar estas coquetas francas, quiere decir sin duda que tal vez fueran muchos los que lo hicieran. La energía de Ricardo modificó el carácter de la guerra. Saladino ya estaba enfermo, y los dos reyes europeos no tardarían en enfermar también, pero incluso en su lecho de enfermo, Ricardo empuñaba su arco y lanzaba sus flechas contra el campamento enemigo mientras las flotas llegaban una tras otra y desembarcaban a la flor y nata de los caballeros europeos.

Saladino, igual que «una madre a la que han despojado de sus hijos, cabalgaba para espolear a su gente a que cumpliera con sus obligaciones de la yihad», pero los cristianos le superaron en hombres y en combate. Tras la marcha prematura del celoso Felipe Augusto, Ricardo asumió el mando, «yo gobierno y a mí nadie me gobierna», pero también sus tropas sufrían. Abrió negociaciones, y Saladino le envió a su hermano Safedino, más mundano y sofisticado, y también más distante, aunque estos dos pragmáticos monarcas siguieron luchando en la sombra, un combate en el que ambos se lo jugaban todo. Estaban muy igualados, veinte mil soldados cada uno, y ambos monarcas pugnaban por imponer su voluntad sobre sus subordinados nobles y sus políglotas ejércitos.

Acre, ya no podía resistir mucho más, y el gobernador de la ciudad decidió negociar la rendición. A Saladino, «más afectado que una joven enamorada», no le quedó más remedio que aceptar la capitulación de Acre, prometiendo devolver la Vera Cruz y liberar a 1500 prisioneros. Su prioridad, sin embargo, era la defensa de Jerusalén. Dio largas a la negociación de las condiciones de la rendición para incitar a la división entre los cruzados, ahorrarse dinero y retrasar su campaña, pero Corazón de León iba muy en serio, y le vio el farol a Saladino.

El 20 de agosto, condujo a tres mil prisioneros atados hasta la llanura, a plena vista del ejército de Saladino, y organizó una carnicería de hombres, mujeres y niños. ¡Qué gran hazaña por parte de una leyenda de la caballería! El horrorizado Saladino envió a su caballería, pero ya era demasiado tarde. Después de eso, decapitó a todos los prisioneros francos que cayeron en sus manos.

Cinco días más tarde, Ricardo se puso en camino hacia Jaffa, el puerto de

Jerusalén, mientras su ejército cantaba «Sanctum Sepulchrum adjuva!» («¡Ayúdanos, o Santo Sepulcro!»). El 17 de septiembre, Corazón de León encontró a Saladino y a su ejército bloqueando el paso hacia Arsuf. La estrategia de Ricardo consistía en concentrar la infantería y utilizar así esta formación para agotar las cargas de los pirueteantes jinetes y arqueros a caballo de Saladino a la espera del momento en el que poder liberar la atronadora potencia de sus caballeros. Ricardo contuvo sus tropas hasta que un caballero de San Juan se lanzó hacia adelante y, entonces, encabezó la carga que se estrelló contra los musulmanes. Saladino, en un gesto desesperado, envió al combate a su guardia de mamelucos, a la que se conocía con el nombre de «el anillo». Enfrentado a una «desbandada total», el sultán se retiró justo a tiempo, «conservando su ejército para la protección de Jerusalén». En un momento dado, sólo diecisiete hombres le protegían. Después, desanimado y sumido en un profundo desaliento, no quiso ni siquiera comer.

Saladino cabalgó entonces hasta Jerusalén para celebrar el Ramadán y preparar las defensas de la ciudad. Ricardo sabía que, aunque consiguieran conquistar Jerusalén, los cruzados no podrían conservarla mientras el ejército y el imperio de Saladino estuvieran intactos, por lo tanto, negociar era sin duda una propuesta sensata. «Los musulmanes y los francos están acabados», le escribió Ricardo a Saladino, «la tierra ha sido destrozada a manos de ambos bandos. Todo lo que tenemos es Jerusalén, la Vera Cruz y estas tierras, y Jerusalén es el centro de nuestra devoción a la que nunca renunciaremos». Saladino le explicó lo que al-Quds significaba para los musulmanes: «Jerusalén es tan nuestra como vuestra. Ahora bien, para nosotros es más grande que para vosotros, puesto que es el lugar al que viajó nuestro profeta en su viaje nocturno, y es también el lugar en el que se reúnen los ángeles».

Ricardo estaba deseoso de aprender. Flexible e imaginativo, en aquel momento propuso un acuerdo: su hermana Juana se casaría con Safedino. Los cristianos se quedarían con la costa y tendrían acceso a Jerusalén; los musulmanes con los territorios del interior, y Jerusalén sería la capital del rey Safedino y de la reina Juana bajo la soberanía de Saladino. El sultán aceptó el acuerdo para darle largas a Ricardo, pero esta propuesta provocó la indignación de Juana: «¿Acaso creía Ricardo que Juana permitiría que un musulmán tuviera conocimiento carnal de ella?». Ricardo le dijo que se trataba de una broma, y después le dijo a Safedino: «Te casarás con mi sobrina», provocando la perplejidad de Saladino: «Lo mejor que podemos hacer es seguir con la yihad, combatir o morir».

El 31 de octubre, Ricardo inició una lenta marcha hacia Jerusalén, mientras seguía negociando con el cortés Safedino. Se reunieron en magníficas tiendas, intercambiaron regalos y asistieron a los banquetes que les ofrecía el otro. «Debemos tener un punto de apoyo en Jerusalén», insistía Ricardo. Cuando los caballeros

franceses le criticaron por negociar, decapitó a algunos prisioneros turcos y, en un gesto macabro, colocó sus cabezas por todo el campamento.

En aquel delicado momento, Saladino recibió las malas noticias: su depravado sobrino, Taki al-Din, aquel que había intentado construir su propio imperio, estaba muerto. Saladino ocultó la carta, ordenó despejar su tienda, y después «lloró amargamente, ahogado por las lágrimas», antes de lavarse la cara con agua de rosas y regresar a su puesto de mando: no era el momento de mostrar debilidad. Realizó una inspección de Jerusalén y pasó revista a la nueva guarnición egipcia de la ciudad.

El 23 de diciembre, Ricardo avanzó hacia Le Thoron des Chevaliers (Latrun), donde él, su esposa y su hermana celebraron la Navidad en medio de un gran esplendor. El 6 de enero de 1192, bajo la lluvia, el frío y el barro, Ricardo había llegado a Bayt Nuba, a unos veinte kilómetros de la ciudad. Los nobles franceses e ingleses querían la ciudad a cualquier precio, pero Ricardo intentó convencerles de que carecían de los hombres suficientes para un asedio. En Jerusalén, Saladino se mantuvo a la expectativa, albergando la esperanza de que la lluvia y la nieve desalentaran a los cruzados. El 13 de enero, Ricardo se retiraba.<sup>[\*2]</sup>

Habían llegado a un punto muerto. Saladino utilizó a cincuenta albañiles y dos mil prisioneros francos para reforzar las fortificaciones de Jerusalén, demoliendo los pisos superiores de Santa María de Josafat, al pie del monte de los Olivos, y el Cenáculo en el monte Sión para obtener las piedras. Saladino, Safedino y sus hijos trabajaron también en las obras de las murallas.

Ricardo, mientras tanto, conquistó y fortificó Ascalón, la puerta de acceso a Egipto, y le ofreció a Saladino la partición de Jerusalén: los musulmanes conservarían el Haram y la Torre de David. Sin embargo, dichas conversaciones, casi comparables en complejidad a las que se llevan a cabo entre israelíes y palestinos en el siglo XXI, fueron en vano, puesto que ambos aspiraban a la total posesión de Jerusalén. El 20 de marzo, Safedino y su hijo Kamil visitaban a Ricardo y le ofrecían el acceso al Santo Sepulcro y la devolución de la Vera Cruz; en el clásico *beau geste* de las reglas de caballería, Corazón de León armó caballero al joven Kamil, y le ciñó la espada al cinto.

Este teatro de hidalguía, no obstante, no gustó a los descontentos caballeros franceses, quienes exigieron el asalto inmediato a Jerusalén. El 10 de junio, Ricardo los guió de regreso a Bayt Nuba, donde procedieron a instalar el campamento bajo un calor abrasador, y después pasaron tres semanas discutiendo sobre el siguiente paso a dar. Ricardo decidió relajar la tensión saliendo en misión de reconocimiento. Al llegar a Montjoie desmontó para rezar, sosteniendo en alto su escudo a fin de ocultar a su vista la gloria de Jerusalén, y se le atribuyen las siguientes palabras: «¡Señor Dios, te rezo para que no me permitas ver la Ciudad Santa que no he podido arrancar de las manos de tus enemigos!».

Corazón de León utilizó espías en el ejército del sultán que le informaron de que uno de los príncipes de Saladino estaba llegando desde Egipto al frente de una caravana de refuerzos. Ricardo, vestido con ropas de beduino se puso al frente de quinientos caballeros y mil soldados de caballería ligera a tenderles una emboscada a los egipcios. Dispersó a las tropas, capturó la caravana y se apoderó de tres mil camellos, una gran cantidad de caballos de carga y de provisiones probablemente suficientes para marchar sobre Jerusalén o Egipto. «Este ataque le dolió mucho a Saladino», explicaría su ministro Ibn Shaddad, «pero intenté calmarle». Habida cuenta de la difícil situación de Jerusalén, el pánico casi venció a Saladino, y se vio sometido además a una tensión que le resultaba insoportable. Envenenó los manantiales que rodeaban la ciudad y puso a sus hijos al mando de sus escasos contingentes. Su ejército era poco adecuado y llamó ansioso a Safedino para que regresara de Iraq.

El 2 de julio, convocó un consejo militar, pero sus emires eran tan poco fiables como los nobles de Ricardo. «Lo mejor que podemos hacer», dijo Ibn Shaddad, «es concentrarnos en la Cúpula de la Roca y prepararnos a morir». Se hizo el silencio, y parecía que los silenciosos e inmóviles emires «tuvieran pájaros sobre la cabeza». El consejo debatió sobre si el comandante debía realizar un último intento de defender la ciudad desde el interior o evitar quedar atrapado en un asedio. El sultán sabía que sin su presencia, sus soldados tardarían poco en rendirse. Por fin Saladino dijo: «Vosotros sois el ejército del islam. Aflojad las riendas y arrollarán estas tierras sin piedad. Es responsabilidad vuestra, es para esto por lo que el tesoro os ha financiado todos estos años». Los emires aceptaron luchar, pero al día siguiente regresaron diciendo que temían un asedio como el de Acre. ¿No sería mejor combatir fuera de las murallas y, a lo peor, perder temporalmente Jerusalén? Los generales insistieron en que Saladino o uno de sus hijos debía permanecer en la ciudad, porque si no lo hacía, los turcos pelearían contra los kurdos.

Saladino se quedó, y sus espías le mantuvieron bien informado de los problemas de Ricardo. Se acercaba el 15 de julio, el aniversario de la conquista de Jerusalén en 1099, y los cruzados descubrieron otro fragmento más de la Vera Cruz, un milagro muy oportuno que llenó de júbilo a las filas. Sin embargo, los franceses, a cuyo mando estaba el duque de Borgoña, y los angloangevinos bajo el mando de Ricardo, estaban casi a matar, burlándose los unos de los otros con lemas ridículos y lúbricas cantinelas. Ricardo el trovador, compuso su propia tonadilla.

Saladino casi enfermó a causa de la tensión: la noche del 3 de julio, Ibn Shaddad estaba tan preocupado que le recetó el consuelo de la oración: «Nos encontramos en el lugar más sagrado en el que podríamos estar hoy». Durante las oraciones del viernes, el sultán debía hacer dos *rakas* rituales, reverencias desde la cintura, antes de hacer otras dos postraciones completas. Saladino llevó a cabo estos rituales y lloró

abiertamente. Al caer la noche, sus espías le informaron de que los francos estaban levantando el campamento. El 4 de julio, Ricardo encabezaba la retirada.

Saladino, exultante, salió a caballo a reunirse con Zahir, su hijo favorito, le besó entre los ojos y lo escoltó hasta el interior de Jerusalén, donde el príncipe se alojó con su padre en el palacio del gran maestro de la orden de San Juan. Ambos contendientes, sin embargo, estaban agotados: a Ricardo le habían llegado informes de que, en Inglaterra, su hermano Juan estaba a punto de declararse en abierta rebelión. Si deseaba salvar sus tierras, necesitaba regresar pronto.

Alentado por los problemas de Ricardo, el 28 de julio Saladino lanzó un ataque sorpresa contra Jaffa, ciudad que conquistó con facilidad después de un bombardeo con sus mangoneles. Mientras Ibn Shaddad negociaba la rendición, el hijo de Saladino, Zahir, se durmió durante su turno de guardia. Ricardo Corazón de León apareció de repente en la costa a bordo de una galera en la que ondeaba la enseña escarlata. Había llegado justo a tiempo: algunos de los francos todavía resistían. Disparando una arbalesta, Ricardo vadeó hasta la playa, «pelirrojo, túnica y enseña rojas». Sin ni siquiera tomarse el tiempo de quitarse sus botas altas o de enfundarse la armadura, blandiendo un hacha de guerra danesa y acompañado por sólo diecisiete caballeros y unos pocos soldados de a pie, Ricardo logró reconquistar la ciudad en medio de una estupenda exhibición de combate de choque.

Más tarde, le tomaría el pelo al ministro de Saladino: «Este sultán vuestro es un gran hombre [pero], ¿cómo es que se ha ido, simplemente porque haya llegado yo? Si sólo llevaba puestas las botas de agua, ¿ni siquiera me había puesto la coraza!». Al parecer, Saladino y Safedino le regalaron a Ricardo unos caballos árabes, un tipo de gestos galantes que, en realidad, solía ser una táctica para ganar tiempo. Poco después, contraatacaron, Ricardo rechazó el ataque y, a continuación, desafió a los sarracenos a un combate singular. Galopó lanza en ristre arriba y abajo ante las filas sarracenas, pero nadie aceptó el desafío.

Saladino ordenó otro ataque, pero sus emires se negaron a obedecer, y su furia alcanzó un grado tal, que consideró la posibilidad de crucificar a sus generales rebeldes al más puro estilo de Zengui. No obstante, tras recuperar la calma, les invitó a compartir con él unos jugosos albaricoques que acababan de llegar de Damasco. El rey y el sultán se habían combatido mutuamente hasta un punto muerto. «Ambos estamos arruinados», le confesó Ricardo a Saladino. Mientras negociaban, los dos comandantes se derrumbaron, desesperadamente enfermos, agotados por completo sus recursos y su voluntad.

# CAPÍTULO 28

## LA DINASTÍA DE SALADINO, 1193-1250

### LA MUERTE DEL SULTÁN

El 2 de septiembre de 1192, el sultán y el rey firmaron el tratado de Jaffa, la primera partición de Palestina: el reino cristiano renovaba su contrato de vida y establecía en Acre su capital, mientras que Saladino conservaba Jerusalén y les concedía a los cristianos acceso sin restricciones al Sepulcro.

Durante el viaje de regreso a Jerusalén, Saladino se reunió con su hermano Safedino, quien besó el suelo dando gracias a Dios, antes de orar juntos en la Cúpula de la Roca. Aunque Ricardo se negó a visitar la Jerusalén musulmana, sus caballeros acudieron en tropel para realizar su peregrinación a la ciudad, donde fueron recibidos por Saladino. El sultán les enseñó la Vera Cruz, y después la reliquia se perdió y desapareció para siempre.<sup>[\*1]</sup> Hubert Walter, el consejero del rey, también visitó Jerusalén y habló de Ricardo con Saladino, quien le expresó su opinión según la cual a Ricardo le faltaba sabiduría y moderación. Gracias a Walter, Saladino permitió que los sacerdotes latinos regresaran al Santo Sepulcro. Cuando el emperador bizantino Isaac Ángelo la reclamó para la iglesia Ortodoxa, Saladino decidió que ortodoxos y latinos debían compartir la iglesia bajo su supervisión, y nombró al jeque Ghanim al-Jazraji custodio de la iglesia, una función que siguen ejerciendo todavía sus descendientes, la familia Nusseibeh.

Los dos protagonistas no se reunieron nunca. El 9 de octubre, Ricardo zarpó en dirección a Europa.<sup>[\*2]</sup> Saladino le encargó la supervisión de sus planes en Jerusalén a Ibn Shaddad, cuyas memorias han sido una fuente muy realista y gráfica, tras lo cual, Saladino dejó la ciudad y regresó a Damasco.<sup>[1]</sup>

En Damasco le esperaban las alegrías de la vida familiar; tenía diecisiete hijos, pero también tenía ya cincuenta y cuatro años y estaba cansado. Su hijo Zahir no podía soportar la idea de dejar a su padre, presintiendo tal vez que no volverían a verse nunca más: en una conmovedora escena, se despidió de su padre una y otra vez, y después hizo dar la vuelta a su caballo para besar de nuevo a Saladino. Ya en palacio, Ibn Shaddad, en una ocasión, encontró al sultán jugando con uno de sus hijos bebés en un pórtico de los jardines mientras algunos nobles francos y emires turcos esperaban ser recibidos en audiencia.

Unos días más tarde, tras darle la bienvenida a la caravana del *haj* procedente de

La Meca, tuvo un acceso de fiebre, posiblemente tifoidea. Sus médicos le sangraron, pero empeoró. Cuando pedía agua templada, estaba demasiado fría: «¡Por todos los cielos!», exclamó, «¿es que no hay nadie capaz de darme el agua a la temperatura adecuada?». Al alba del día 3 de marzo de 1193, moría escuchando las letanías del Corán. «Algunos de nosotros hubiéramos dado la vida por él», diría Ibn Shaddad, quien reflexionó:

*Entonces, aquellos años y sus protagonistas murieron, como si no hubieran sido más que un sueño.*

## MUAZZAM ISA: EL OTRO JESÚS

Los hijos de Saladino pasaron los siguientes seis años luchando entre ellos en combinaciones siempre variables, y con la mediación de su astuto tío Safedino. Los tres hijos mayores, Afdal, Zahir y Aziz, recibieron Damasco, Alepo y Egipto, mientras Safedino gobernaba Ultrajordán y Edesa.

Afdal, ahora ya de veintidós años, heredó Jerusalén, ciudad a la que tenía mucho cariño. Construyó la mezquita de Omar, adyacente a la iglesia del Santo Sepulcro, e instaló norteafricanos en un barrio magrebí en el que construyó la *madrassa afdaliyya* a pocos metros del Muro de las Lamentaciones.

Al borracho e inepto Afdal le costó mucho ganarse lealtades, y Jerusalén se vio zarandeada entre los beligerantes hermanos. Muy poco después de ganar la guerra y alzarse al trono del sultanato, Aziz fue asesinado en el curso de una cacería. Los hermanos supervivientes, Afdal y Zahir, se unieron contra su tío, pero Safedino los venció a ambos, se hizo con el imperio y gobernó como sultán durante veinte años. Frío, elegante y adusto, Safedino no era Saladino, y aunque ninguno de sus coetáneos lo describe con afecto, todos le respetaban. Había logrado «éxitos brillantes, y era probablemente el más competente de su linaje». En Jerusalén, Safedino encargó la doble puerta, la Puerta de la Cadena y la Puerta de la Divina Presencia, posiblemente en la ubicación de la Puerta Hermosa de los cruzados, en cuya construcción se utilizaron exquisitos materiales francos recuperados del claustro de los templarios, y cuyo elemento principal es un porche coronado por dos cúpulas y capiteles esculpidos con animales y leones: este porche todavía sigue formando parte de la entrada principal a poniente de la Explanada de las Mezquitas. Sin embargo, en 1198, incluso antes de ocupar el trono, ya le había entregado Siria a su segundo hijo, Muazzam Isa (Isa es el nombre árabe de Jesús).

En 1204, Muazzam convirtió Jerusalén en su capital, e instaló su hogar en el palacio de Amalarico. Muazzam, el miembro más popular de la familia desde su tío Saladino, era de trato fácil y mente abierta. Cuando visitaba a los eruditos para

estudiar filosofía y ciencia, caminaba sin más hasta sus casas igual que cualquier otro estudiante. «Lo vi en Jerusalén», recordaba el historiador Ibn Wasil. «Hombres, mujeres y niños se acercaban a él y le empujaban, y nadie nunca les apartó. A pesar de su audacia y de su gran sentido del honor, no le gustaba la ostentación. Salía a caballo sin que le acompañaran los estandartes reales, con tan sólo una pequeña escolta, llevaba un gorro amarillo sobre la cabeza y cruzaba mercados y calles sin que nadie le abriera el paso».

Muazzam, uno de los constructores más prolíficos de Jerusalén, restauró las murallas, construyó siete imponentes torres y transformó las estructuras cruzadas del monte del Templo en santuarios musulmanes.<sup>[\*3]</sup> En el año 1209, instaló en Jerusalén a trescientas familias judías procedentes de Francia e Inglaterra. Judá al-Harizi, el poeta judío de España, en el curso de su peregrinación a Jerusalén, alabó la dinastía de Muazzam y Saladino, aun cuando lamentara la pérdida del Templo. «Salíamos cada día a llorar por Sión, nos afligíamos por sus palacios destruidos, ascendíamos al monte de los Olivos para postrarnos ante el Eterno. Qué tormento ver nuestros sagrados patios convertidos en templos ajenos». De repente, en 1218, los logros de Muazzam se vieron amenazados cuando Juan de Brienne, rey titular de Jerusalén,<sup>[\*4]</sup> se puso al mando de la quinta cruzada para atacar Egipto y los cruzados pusieron sitio al puerto de Damietta. Safedino, ahora ya de setenta y cuatro años de edad, también se puso al mando de sus ejércitos, pero murió tras enterarse de la caída de la Torre de la Cadena de Damietta. Muazzam se dirigió a toda prisa desde Jerusalén hasta Egipto para ayudar a su hermano mayor Kamil, el nuevo sultán de Egipto, pero los hermanos se dejaron llevar por el pánico y les ofrecieron Jerusalén a los cruzados en dos ocasiones a cambio de que salieran de Egipto. En la primavera de 1219, y al ver amenazado el imperio familiar, Muazzam tomó la terrible y difícil decisión de destruir todas las fortificaciones de Jerusalén, argumentando que «si los francos tomaban la ciudad, matarían a todos los que se encontraran allá y dominarían Siria».

Jerusalén quedó indefensa y sus habitantes huyeron en masa dejando la ciudad medio vacía. «Mujeres, niñas y ancianos se reunieron en el Haram, se arrancaron el pelo y se desgarraron las vestiduras y salieron en todas direcciones», parecía que hubiera llegado «el día del Juicio Final». Los cruzados, por su parte, cometieron la torpeza de rechazar la oferta de los hermanos de quedarse con Jerusalén, y la cruzada se desmoronó.

Tras la marcha de los cruzados, Kamil y Muazzam, que habían cooperado tanto durante la crisis final, se enzarzaron en una perversa guerra fratricida por la supremacía. Jerusalén, de hecho, no se recuperaría hasta el siglo XIX. Legendaria antes y después por sus murallas, la ciudad se quedaría sin ellas durante tres siglos y la ciudad, no obstante, iba a cambiar de manos otra vez gracias a un tratado de paz, cuando menos, insólito.<sup>[2]</sup>



## EMPERADOR FEDERICO II: ASOMBRO DEL MUNDO, BESTIA DEL APOCALIPSIS

El 9 de noviembre de 1225, Federico II, sacro emperador romano y rey de Sicilia, contraía matrimonio con Yolanda, de quince años y reina de Jerusalén, en la catedral de Brindisi. Nada más acabar la ceremonia nupcial, Federico asumió el título de rey de Jerusalén, dispuesto y preparado para salir en su propia cruzada. Sus enemigos afirmarían que pasó a seducir a las damas de honor de su nueva esposa al mismo tiempo que retozaba con su harén de odaliscas sarracenas, una actitud que consternó a su suegro, Juan de Brienne, e indignó al papa. Sin embargo, Federico ya era el monarca más poderoso de Europa, al que más tarde se conocería con el sobrenombre de *Stupor mundi*, el Asombro del mundo, y todo lo que hacía lo hacía a su propio modo.

Federico de Hohenstaufen, de ojos verdes y cabello rojizo, medio alemán y medio normando, había crecido en Sicilia. Ningún otro lugar en Europa podía igualarse a su corte en Palermo, donde las culturas normanda, árabe y griega se combinaban en una mezcla única de cristianos y musulmanes. Fue el entorno en el que creció lo que hizo de Federico un personaje tan poco habitual, y él, desde luego, hacía una notoria ostentación de sus excentricidades. Su séquito solía estar formado por un harén de sultán, un zoo, cincuenta halconeros (escribió un libro titulado *El arte de cazar con pájaros*), una guardia personal árabe, eruditos judíos y musulmanes, y a menudo también incluía un mago y adulador escocés. Sin duda era de cultura más levantina que cualquier otro rey de toda la cristiandad, pero eso no le impidió eliminar sin piedad a los rebeldes árabes en Sicilia y utilizar su propia espuela para rajarle el vientre al cabecilla capturado. Deportó a los árabes de Sicilia, pero les construyó una nueva ciudad árabe en Lucera, con sus propias mezquitas y un palacio que se convertiría en su residencia favorita. De modo similar, promulgó y aplicó leyes antijudías al mismo tiempo que protegía a los sabios judíos y acogía con agrado a los colonos judíos e insistía en que fueran tratados con justicia.

Aun así, era el poder y no la atracción por lo exótico lo que consumía a Federico, y dedicó su vida a defender el inmenso patrimonio heredado, que se extendía desde el Báltico hasta el Mediterráneo, frente a los papas envidiosos que le excomulgaron dos veces, le acusaron de ser el Anticristo y lo cubrieron de las más disparatadas calumnias. Se le acusó de ser un ateo secreto, o un musulmán que afirmaba que Moisés, Jesús y Mahoma eran un fraude. Fue retratado como un doctor Frankenstein medieval que había encerrado a un hombre moribundo en un barril sellado para ver si su alma podía escapar; que había destripado a un hombre para estudiar su digestión; y que había encerrado a niños en celdas aisladas para ver si podían desarrollar el

lenguaje.

Federico se tomó a sí mismo y a los derechos de su familia muy en serio: en realidad, era un cristiano típico convencido de que, en su calidad de emperador, debía ser un sacro monarca universal según el modelo bizantino, y de que en su calidad de descendiente de generaciones de cruzados y de heredero de Carlomagno, debía liberar Jerusalén. Ya había tomado la cruz dos veces, pero siempre había retrasado su partida.

Ahora que era el rey de Jerusalén, planificó su expedición en serio, aunque, por supuesto, a su propio modo. Depositó a su embarazada esposa y reina de Jerusalén en su harén de Palermo, y le prometió al papa que salía de cruzada, pero Yolanda, de dieciséis años, murió tras dar a luz a un hijo. Puesto que él era rey de Jerusalén por matrimonio, su hijo ahora asumió el título, pero Federico no iba a dejar que ese pequeño detalle interfiriera en su nuevo enfoque de la cruzada.

El emperador confiaba en poder conquistar Jerusalén explotando las rivalidades de la casa de Saladino. El sultán Kamil le ofreció Jerusalén a cambio de su ayuda contra Muazzam, que controlaba la ciudad. Federico se puso por fin en marcha en 1227, pero cayó enfermo y regresó, ante lo cual, el papa Gregorio IX lo excomulgó, un inconveniente sin duda algo inoportuno para un cruzado. Envió entonces por delante a sus caballeros teutónicos y a la infantería; para cuando Federico pudo reunirse con ellos en Acre, en septiembre de 1228, Muazzam había muerto, y Kamil había ocupado Palestina y retirado su oferta.

Kamil, no obstante, se vio ahora obligado a combatir no sólo contra los hijos de Muazzam, sino también contra Federico y su ejército, y no podía enfrentarse a las dos amenazas al mismo tiempo. El emperador y el sultán, ambos demasiado débiles para combatir por Jerusalén, iniciaron negociaciones secretas.

Kamil era igual de poco convencional que Federico. De niño, el hijo de Safedino había sido armado caballero por el mismísimo Ricardo Corazón de León. En el curso de las reuniones en las que emperador y sultán negociaban cómo compartir Jerusalén, debatían sobre filosofía aristotélica y geometría árabe. «Mi auténtica ambición no es tener Jerusalén», le dijo Federico al enviado de Kamil, «sino simplemente la de salvaguardar mi reputación ante los cristianos». Los musulmanes se preguntaron si el cristianismo «no sería un juego para él». El sultán le envió al emperador unas «bailarinas» y, en contrapartida, Federico ofreció a sus invitados musulmanes espectáculos protagonizados por bailarinas cristianas. El patriarca Geroldo reprobó a las cantantes y a los juglares tildándolos de «personas no sólo de mala reputación, sino también indignas de ser mencionadas por los cristianos», lo que, por supuesto, hizo de inmediato. Entre sesión y sesión de negociación, Federico salía a cazar con sus halcones y a seducir nuevas amantes, y jugaba a ser trovador, escribiéndole a una de ellas: «Por desgracia, no creí que la separación de mi dama sería tan dura al

recordar su dulce compañía. Canción feliz, ve a la flor de Siria, a ella que ha aprisionado mi corazón. Pídele a esa dama tan merecedora de amor que recuerde a su servidor, que tanto sufre del amor que le profesa, hasta que él haya hecho lo que es voluntad de ella que haga».

Cuando las negociaciones se tambalearon, Federico llevó sus tropas costa abajo hasta Jaffa, siguiendo los pasos de Ricardo, y amenazó Jerusalén. La maniobra resultó, y el 11 de febrero de 1229, logró lo que nadie había soñado: a cambio de diez años de paz, Kamil cedió Jerusalén y Belén con un corredor de acceso al mar. En Jerusalén, los musulmanes conservaban la Explanada de las Mezquitas y la libertad para entrar y orar dirigidos por su cadí. El tratado hacía caso omiso de los judíos (la mayoría de los cuales había huido de la ciudad), pero este tratado de soberanía compartida sigue siendo el acuerdo de paz más audaz de la historia de Jerusalén.

Sin embargo, ambos mundos quedaron horrorizados. En Damasco, Nassir Daud, el hijo de Muazzam, decretó un duelo oficial y la multitud sollozó al oír la noticia. Kamil insistió en que «sólo les hemos cedido algunas iglesias y casas en ruinas. Los recintos sagrados y la venerada Roca siguen siendo nuestros». El acuerdo, no obstante, le resultó beneficioso a él, puesto que pudo reunificar el imperio de Saladino bajo su corona. En cuanto a Federico, el patriarca Geroldo le prohibió al rey excomulgado visitar Jerusalén, y le llovieron las críticas de los templarios por no haber recuperado el monte del Templo.

El sábado 17 de marzo, Federico, escoltado por su guardia personal árabe y por sus pajes, sus soldados alemanes e italianos, sus caballeros teutónicos y dos obispos ingleses, se reunía en la Puerta de Jaffa con el representante del sultán y cadí de Nablus, Shams al-Din, quien le hizo entrega de las llaves de Jerusalén.

Las calles estaban vacías, muchos musulmanes se habían marchado de la ciudad, a los sirios ortodoxos les irritaba esta resurgencia de los latinos, y Federico tenía poco tiempo: el obispo de Cesarea estaba en camino para aplicar la prohibición del patriarca y dispuesto a poner la ciudad bajo el interdicto.<sup>[3]</sup>

## LA CORONACIÓN DE FEDERICO II: JERUSALÉN ALEMANA

Tras pasar la noche en el palacio del gran maestro de la orden de San Juan, Federico ordenó celebrar una misa especial en el Santo Sepulcro, vacío de sacerdotes pero lleno de su soldadesca alemana. Colocó su corona imperial en el altar del Calvario y a continuación se la colocó en la cabeza, una ceremonia de coronación concebida para proyectar su imagen de monarca supremo y universal de la cristiandad. A Enrique III de Inglaterra le explicó: «Nos, al ser un emperador católico, nos ceñimos la corona que el Dios Nuestro Señor Todopoderoso nos proporcionó del trono de Su Majestad y cuando, en Su inmensa misericordia, nos

exaltó a lo más alto de los príncipes de este mundo en la casa de Su servidor David». Federico no era alguien que subestimara su propia importancia: su sobrecogedora y magnífica puesta en escena representaba la coronación de un rey sagrado, un místico Emperador de los Últimos Días, en la iglesia que él consideraba el templo del rey David.

Tras la ceremonia, el emperador visitó el monte del Templo, admiró la Cúpula y al-Aqsa, alabó su hermoso *mihrab*, y se subió al *minbar* de Nur al-Din. En un momento dado, vio a un sacerdote que sostenía un Nuevo Testamento y que intentaba entrar en al-Aqsa, le dio un golpe que lo tiró al suelo y gritó: «¡Cerdo! ¡Por Dios que si alguno de vosotros vuelve aquí sin permiso, le sacaré los ojos!».

Los custodios musulmanes no acababan de entender a ese excéntrico pelirrojo: «Si fuera un esclavo, no valdría 200 dirhams», murmuró uno de ellos, haciendo gala de escaso tacto. Aquella noche, Federico observó el silencio de los muecines.

—Dime, cadí —le preguntó al representante del sultán—, ¿por qué los muecines no llaman a la oración esta noche?

—Les he recomendado que no lo hicieran por respeto al rey —respondió el cadí.

—Hiciste mal —replicó Federico. Mi objetivo principal, al desear pasar la noche aquí, era el de poder escuchar a los muecines y sus llamadas a la oración alabando a Dios durante la noche.

Aunque sus enemigos lo entendieron como islamofilia, es posible que a Federico le interesara más asegurarse de que su extraordinario tratado funcionaba. Al día siguiente, cuando los muecines llamaron a la oración del mediodía, «todos sus pajes y sirvientes, además de su tutor», se postraron a orar.

Aquella misma mañana llegó el obispo de Cesarea con su interdicto. El emperador dejó su guarnición en la Torre de David y puso rumbo a Acre, donde se enfrentó a la desagradecida hostilidad de los nobles y templarios. El emperador, que ahora estaba sufriendo los ataques del papa en Italia, planeó marcharse en secreto, pero al alba del 1 de mayo, la multitud de Acre, que había recogido las vísceras de los animales sacrificados en la calle de los Carniceros, lo bombardeó con las entrañas y los menudillos. A bordo del barco que le llevaba de regreso a Brindisi, Federico suspiró por su «flor de Siria»: «Desde el momento en el que me marché, no he sufrido tanta angustia como la que sentí al embarcarme, y ahora creo que seguramente moriré si no regreso pronto a su lado».<sup>[4]</sup>

No se había quedado demasiado tiempo, y nunca regresó, y sin embargo siguió siendo el señor de Jerusalén durante diez años. Federico les cedió la Torre de David y el palacio real a sus caballeros teutónicos, y ordenó a su gran maestre, Hermann de Salza, y al obispo Pedro de Winchester que repararan la Torre (una parte de su trabajo sobrevive todavía) y fortificaran la Puerta de San Esteban (en la actualidad, la Puerta de Damasco). Los francos reclamaron «sus iglesias y recuperaron sus posesiones», y

los judíos fueron expulsados de nuevo. Sin murallas, Jerusalén era demasiado insegura: semanas más tarde, los imanes de Hebrón y de Nablus condujeron a quince mil campesinos hasta la ciudad mientras los cristianos se ponían a resguardo en la Torre. Acre envió un ejército que expulsó a los invasores musulmanes y Jerusalén siguió siendo cristiana.<sup>[\*5]</sup>

En 1238 desaparecía el sultán Kamil, y su muerte desencadenó nuevas luchas intestinas entre la dinastía de Saladino, exacerbadas por una nueva cruzada al mando del conde Teobaldo de Champaña. Cuando los cruzados fueron vencidos, el hijo de Muazzam, Nasir Daud, galopó hasta Jerusalén y puso asedio a la Torre de David durante 21 días hasta que ésta cayó el 7 de diciembre de 1239. A continuación destruyó las nuevas fortificaciones y los príncipes en guerra de la familia de Saladino, reunidos en la Explanada de las Mezquitas, juraron mantenerse en paz. No obstante, las rencillas familiares y la llegada de una cruzada inglesa al mando de Ricardo, hermano de Enrique III y conde de Cornualles, forzaron de nuevo la rendición de Jerusalén a los francos. En esta ocasión, los templarios expulsaron a los musulmanes, recuperaron el monte del Templo y la Cúpula y la mezquita de al-Aqsa se convirtieron en iglesias otra vez. «Vi monjes a cargo de la Roca Sagrada», recordaba Ibn Wasil, «y vi sobre ella botellas de vino para la misa».<sup>[5]</sup> Los templarios iniciaron las obras de fortificación de la Ciudad Santa, pero no lo bastante rápido: el nuevo sultán Salih Ayyub, para combatir a sus rivales familiares, había contratado una horda de saqueadores tártaros, jinetes nómadas del centro de Asia desplazados por el nuevo imperio mongol, a los que no pudo controlar. Ante el horror de los cristianos de Acre, diez mil tártaros jorezmís cabalgaban hacia Jerusalén.

## BARKA KAN Y LOS TÁRTAROS: CATÁSTROFE

El 11 de julio de 1244, los cascos de los caballos de los jinetes tártaros de Barka Kan resonaron en Jerusalén, combatiendo y abriéndose paso a golpe de espada por las calles; entraron a saco en el convento armenio, destruyéndolo y asesinando a todos sus religiosos, hombres y mujeres. Arrasaron iglesias y casas, desvalijaron el Santo Sepulcro y lo incendiaron. Después, los tártaros se lanzaron contra los sacerdotes que celebraban misa, los decapitaron y los destriparon en el altar mismo. Se quemaron los cuerpos de los reyes de Jerusalén, sus elaborados sarcófagos se salvaron de alguna manera, pero hicieron añicos la piedra de la puerta de la tumba de Jesús. Los francos asediados en la Torre de David pidieron ayuda a Nasir Daud, quien convenció a Barka de que dejara salir sana y salva a la guarnición.

Seis mil cristianos salieron de la ciudad en dirección a Jaffa pero muchos de ellos, al ver las banderas francas ondeando en las almenas, creyeron que había llegado ayuda y regresaron. Los tártaros masacraron a dos mil de ellos, y sólo trescientos

cristianos llegaron a Jaffa. Una vez que hubieron destruido Jerusalén a conciencia, los tártaros se volvieron a marchar a galope tendido.<sup>[\*6]</sup> Quemada y arrasada, Jerusalén no volvería a ser cristiana otra vez hasta el año 1917.<sup>[6]</sup>

En 1248, el rey Luis IX encabezó la última cruzada efectiva y, una vez más, los cruzados esperaban lograr hacerse con Jerusalén conquistando Egipto. En noviembre de 1249, los cruzados avanzaron hacia El Cairo, donde el sultán Salih Ayyub estaba moribundo. Su viuda, la sultana Shajar al-Durr asumió el control y llamó a su hijastro Turanshah para que regresara de Siria. Los cruzados habían sobrepasado sus posibilidades y los mamelucos, los regimientos de élite formados por esclavos militares, les infligieron una aplastante derrota y Luis fue hecho prisionero. Sin embargo, el nuevo sultán Turanshah descuidó a sus propios soldados: el 2 de mayo de 1250, en el curso de un banquete para celebrar la victoria, servido por muchos de los cruzados prisioneros, los mamelucos, liderados por un gigante rubio llamado Baibars, en aquel momento de veintisiete años, irrumpieron en la sala con las espadas desenvainadas.

Baibars arremetió contra el sultán que huyó sangrando Nilo abajo mientras los mamelucos descargaban sobre él una lluvia de flechas. Permaneció en pie, a la orilla del río suplicando por su vida, hasta que un mameluco vadeó el río, le cortó la cabeza y le rajó el torso. Le sacaron el corazón y se lo enseñaron al rey Luis de Francia en un banquete. Luis, qué duda cabe, perdió el apetito.

Así terminó la dinastía de Saladino en Egipto, una caída que condenó a Jerusalén, ahora medio desierta y medio en ruinas, a diez caóticos años durante los cuales se vio zarandeada por diferentes príncipes de baja alcurnia y caudillos en lucha por el poder,<sup>[\*7]</sup> mientras una amenazante sombra se cernía sobre Oriente Medio. En el año 1258, los mongoles, las hordas chamanistas de Extremo Oriente que ya habían conquistado el mayor imperio que el mundo había conocido, saquearon Bagdad, masacraron a ochenta mil personas y mataron al califa. Se apoderaron de Damasco, y sus jinetes llegaron incluso hasta Gaza, atacando Jerusalén por el camino. El islam necesitaría un feroz campeón para derrotarlos. El hombre que recogió el desafío fue Baibars.<sup>[7]</sup>

# **PARTE 6**

## **MAMELUCOS**

Nuestro Redentor dijo que antes de la consumación deste mundo  
se habrá de cumplir todo lo que estaba escrito por los Profetas...  
la restitución de la Casa Santa á la Santa Iglesia.

Cristóbal Colón, «Carta al rey Fernando y a la reina Isabel de España», *Libro de las profecías*

Y ella [la esposa de Bath] había visitado tres veces Jerusalén.

Geoffrey Chaucer, *Los cuentos de Canterbury*

En Jerusalén, no hay ningún lugar que uno pueda llamar auténticamente sagrado.

Ibn Taymiyya, en apoyo de las visitas piadosas a Jerusalén

La práctica [del Fuego Sagrado] todavía sigue vigente. Ante los ojos de los  
musulmanes ocurren varias cosas odiosas.

Mujir al-Din, *Historia de Jerusalén y de Hebrón*.

Los griegos [son] nuestros peores y atroces enemigos,  
los georgianos son los más heréticos, igual que los griegos,  
y sus iguales en malicia; los armenios son muy hermosos,  
ricos y generosos, [y] los enemigos mortales de griegos y georgianos.

Francesco Suriano, *Tratado sobre Tierra Santa*

Contemplamos la famosa ciudad a la que tanto amábamos y nos rasgamos las  
vestiduras.

Jerusalén está en su mayor parte desolada y en ruinas, y carece de murallas.  
En cuanto a los judíos, los más pobres han seguido [viviendo] en montones de  
escombros,  
puesto que dice la ley que un judío no puede reconstruir su casa en ruinas.

Rabino Obbadiah de Bertinoro, *Cartas*



# CAPÍTULO 29

## DE ESCLAVO A SULTÁN, 1259-1339

### BAIBARS, LA PANTERA

Baibars era un turco de cabello castaño y ojos azules originario de Asia central que de niño fue vendido a un príncipe sirio. Sin embargo, y pese a su robusto físico, tenía un defecto inquietante, una catarata blanca en el iris de uno de sus ojos; su propietario se lo vendió al sultán en El Cairo. Salih Ayyub, el sobrino nieto de Saladino, compraba esclavos turcos «por lotes, igual que ganado» para formar sus regimientos de mamelucos porque no se fiaba de su propia familia, y creía que «un esclavo es más leal que trescientos hijos». Baibars, igual que esos niños esclavos paganos, se convirtió al islam y fue entrenado como esclavo-soldado, un mameluco. Sobresalió en el tiro con la arbalesta de acero, ganándose el apodo de «el Arbalestero», y se incorporó al regimiento Bahiriyya, los soldados de élite que vencieron a los cruzados y que serían conocidos como los leones turcos o los templarios musulmanes.

Cuando Baibars se hubo ganado la confianza de su señor, fue manumitido, liberado de la condición de esclavo, y ascendido de grado. Los mamelucos eran leales a su señor, pero más aún los unos a los otros, aunque, en último término, ninguno de estos guerreros huérfanos le debía nada a nadie excepto a sí mismo, y a Alá. Después del papel que desempeñó en el asesinato del sultán, Baibars salió derrotado en la lucha por el poder y huyó a Siria, donde le ofreció su arbalesta al mejor postor en la guerra civil que arreciaba entre los príncipes locales. En un momento dado, capturó y saqueó Jerusalén. Sin embargo, el poder se hallaba en Egipto, y Baibars regresó por fin, en respuesta a la llamada del último general en hacerse con la corona, Qutuz.

Cuando los mongoles atacaron Siria, Baibars mandaba la vanguardia que se precipitó al norte para detenerlos. El 3 de septiembre de 1260, Baibars derrotaba al ejército mongol en Ain Jalut, el manantial de Goliat, cerca de Nazaret. Y aunque los mongoles regresarían de nuevo, e incluso llegarían hasta Jerusalén, ya habían sido detenidos por primera vez. La mayor parte de Siria cayó bajo el dominio de El Cairo, y Baibars fue aclamado como el Padre de la Victoria y el León de Egipto. Esperaba una recompensa, el cargo de gobernador de Alepo, pero el sultán Qutuz se la negó. Un día, mientras el sultán estaba de caza, Baibars (literalmente) le apuñaló por la espalda. La junta militar de emires mamelucos le concedió la corona por haber sido el hombre que había asesinado al monarca.

Tan pronto como asumió el poder, Baibars emprendió la tarea de destruir lo que quedaba del reino de los cruzados que sobrevivía en la costa de Palestina. En el año 1263, en ruta hacia la guerra, llegó a Jerusalén. Los mamelucos veneraban la ciudad, y Baibars empezó la misión mameluca de devolverle la santidad y embellecer el monte del Templo y sus alrededores, lo que hoy es el barrio musulmán. Ordenó la renovación de la Cúpula de al-Aqsa y, para poder competir con la Pascua cristiana, fomentó una nueva celebración, tal vez iniciada por Saladino cuando éste construyó una cúpula sobre la tumba del profeta Moisés, cerca de Jericó. Durante los siguientes ocho siglos, los jerosolimitanos celebrarían Nabi Musa con una procesión desde la Cúpula de la Roca hasta el santuario de Baibars donde se reunían a rezar, almorzar en el campo y festejar.

Justo al noroeste de las murallas, el sultán construyó un refugio para su orden religiosa favorita, los sufíes. Igual que muchos de los mamelucos, Baibars era un protector del misticismo populista de los sufíes, que creían que la pasión, los cánticos, los cultos píos, los bailes y la penitencia podían acercar a los musulmanes a Dios, más que a través de la rígida oración tradicional. El consejero más próximo a Baibars era un jeque sufí con quien recitaba y bailaba el *zikr* sufí. Baibars, implícitamente, depositó su confianza en el jeque y no hacía nada sin su aprobación, al mismo tiempo que le permitía organizar los saqueos de iglesias y sinagogas y linchar a judíos y cristianos.<sup>[\*1]</sup> Los tiempos habían cambiado: Baibars y sus sucesores mamelucos, que gobernarían Jerusalén durante los trescientos años siguientes, eran dictadores o juntas militares rígidos e intolerantes. La antigua época de la caballería musulmana personificada por Saladino había tocado a su fin. Los mamelucos eran una casta de señores turcos que obligaron a los judíos a llevar turbantes amarillos, y azules a los cristianos. Para ambos, y en especial para los judíos, sus días como *dhimmi*s protegidos habían acabado. Los mamelucos turcohablantes también despreciaban a los árabes, y sólo ellos podían vestir pieles, protegerse con armaduras o circular a caballo en las ciudades y poblaciones. En su ramplona corte, donde los sultanes les concedían a sus cortesanos títulos coloristas del estilo de «portador del mazo de polo real», o «emir al que se le dedica una serenata musical», el juego de la política resultaba a menudo tan letal como lucrativo.

El símbolo de Baibars, el que utilizaba para marcar sus victorias, era una pantera al acecho: se han encontrado ocho de ellas en inscripciones en Egipto, Turquía y Jerusalén, y todavía acechan la Puerta del León. Sin duda, un símbolo de lo más apropiado para este depredador aterrador con un ojo blanco que ahora se embarcaba en una oleada de conquistas.

Una vez inspeccionada Jerusalén, se lanzó contra Acre, que resistió la embestida y a la que regresaría a menudo. Mientras tanto, atacó una tras otra las ciudades de los cruzados, matando con un éxtasis desquiciado y sádico. Recibió a los embajadores

francos rodeado de cabezas de cristianos, crucificó, diseccionó y les arrancó la cabellera a sus enemigos, y construyó paredes en las ciudades conquistadas en las que insertaba las cabezas cortadas. Disfrutaba con el riesgo, como por ejemplo, entrando de incógnito en las ciudades enemigas o negociando con el enemigo oculto bajo un disfraz y, cuando estaba en El Cairo, llegó incluso a pasar revista a sus oficiales en mitad de la noche. Era tan incansable y paranoico que padecía de insomnio y cólicos.

Sólo Acre le desafió,<sup>[\*2]</sup> pero marchó hacia el norte a conquistar Antioquía, desde donde le escribió una escalofriante carta al monarca de la ciudad:

*... para explicaros lo que acabamos de hacer. Amontonamos a los muertos, deberías haber visto a vuestros enemigos musulmanes pisotear el lugar en el que celebráis la misa degollando a los monjes sobre el altar, y el fuego invadiendo vuestros palacios. Si hubierais estado allí para verlo, ¡hubierais deseado no haber nacido nunca!*

Después, se dirigió hacia Anatolia y se coronó a sí mismo sultán de Rum, pero los mongoles habían regresado y Baibars volvió precipitadamente para defender Siria.

El 1 de junio de 1277, cayó víctima de su propio macabro ingenio, cuando le preparó una bebida de *qumiz* venenoso a un invitado, leche de yegua fermentada, muy apreciada por turcos y mongoles, pero se distrajo y se la bebió él mismo.<sup>[1]</sup> Sus sucesores terminaron el trabajo.

El 18 de mayo de 1291, los mamelucos tomaron al asalto la capital franca de Acre, mataron a casi todos sus defensores y esclavizaron al resto (las jóvenes fueron vendidas por sólo un dracma por cabeza). El título de rey de Jerusalén quedaba ahora unido al de rey de Chipre, pero sólo sobrevivió como un adorno pintoresco, y así sigue siendo en la actualidad. Allí acabó el reino de Jerusalén.<sup>[\*3]</sup> La Jerusalén terrenal apenas si logró sobrevivir, menos que una ciudad, más bien un pueblo marchito, sin murallas y semidesierto, asaltado a voluntad por los jinetes mongoles.

En 1267, un peregrino, el anciano rabino español conocido con el nombre de Ramban, lloró su eclipse:

*Te comparo, madre, a la mujer cuyo hijo murió en su regazo y que todavía tiene leche en sus pechos dolorosos, y se la da a los cachorros de los perros. Y pese a todo, tus amantes te han abandonado, y tus enemigos te han dejado desolada, pero en lejanas tierras se recuerda y glorifica a la Ciudad Santa.<sup>[2]</sup>*

RAMBAN

Al rabino Moses ben Nahman, conocido por su acrónimo hebreo RAMBAN, o Nahmánides<sup>[\*4]</sup> a secas, le asombró descubrir que en Jerusalén apenas quedaban dos mil habitantes, entre ellos trescientos cristianos y únicamente dos judíos, hermanos y tintoreros, igual que los judíos durante las cruzadas. Cuanto más triste les parecía Jerusalén a los judíos, tanto más sagrada se hacía, y tanto más poética. «Cualquier cosa más sagrada», pensó Ramban, «está más destruida».

Ramban fue uno de los intelectuales más brillantes de su tiempo, médico, filósofo, místico y estudioso de la Torá. En el año 1263 había defendido con tanta habilidad a los judíos de Barcelona de las acusaciones de blasfemia vertidas por los dominicos contra ellos que el rey Jaime de Aragón observó: «Nunca he visto un hombre defender tan bien una causa equivocada», y recompensó a Ramban con trescientas monedas de oro. Los dominicos, sin embargo, intentaron lograr la ejecución de Ramban, pero el rey adoptó una solución de compromiso desterrando al septuagenario rabino, que inició entonces una peregrinación.

Rambán creía que los judíos no debían sólo llorar por Jerusalén, sino regresar, instalarse y reconstruir la ciudad antes de la llegada del Mesías, lo que podríamos denominar sionismo religioso. Sólo Jerusalén podía calmar la añoranza que sentía por su patria:

*Dejé a mi familia, abandoné mi hogar y a mis hijos. Dejé mi alma con los dulces y queridos niños a quienes senté sobre mis rodillas. Pero la pérdida de todo lo demás queda compensada por la felicidad de un día en tus patios, ¡oh Jerusalén!, y aunque lloré amargamente, encontré felicidad en mis lágrimas.*

Ramban se apropió de «una casa destruida que tenía columnas de mármol y una bella cúpula.<sup>[\*5]</sup> La adoptamos como casa de oración porque la ciudad está en ruinas, y cualquiera, si quiere, puede apropiarse de las ruinas». También recuperó los rollos de la Torá que habían sido ocultados para evitar que los mongoles se los llevaran, pero poco tiempo después de su muerte, los asaltantes regresaron.<sup>[3]</sup>

Sin embargo, en esta ocasión, fue diferente: algunos de ellos eran cristianos. En octubre de 1299, el rey cristiano de Armenia, Hethoum II, galopaba hacia Jerusalén junto a diez mil mongoles. La ciudad tembló ante un nuevo saqueo de los bárbaros y sus escasos habitantes cristianos «se ocultaron aterrados en las cavernas». El mongol Il-Kan se había convertido al islam hacía poco tiempo, pero a los mongoles no les interesaba Jerusalén y se la dejaron a Hethoum. El rey armenio rescató a los cristianos, organizó «celebraciones en el Santo Sepulcro» y ordenó que se repararan las iglesias armenias de Santiago y de la Tumba de la Virgen, y entonces, extrañamente, después de dos semanas, regresó a Damasco a ver a su señor mongol.

No obstante, el duelo de más de un siglo de duración entre mamelucos y mongoles había terminado y, una vez más, el magnetismo de la santidad de Jerusalén volvió a atraer al mundo. En El Cairo, un nuevo sultán ascendió al trono, un sultán que veneraba Jerusalén y que, entre otros nombres, se hacía llamar «sultán al-Quds». Nasir Muhammad también se apodó a sí mismo «el Águila», su pueblo le llamaba «el Exquisito», y según escribe el principal historiador de su tiempo, «tal vez fuera el mejor sultán de su época», pero también fue «el más canalla».

## NASIR MUHAMMAD: EL ÁGUILA EXQUISITA

Desde que tenía ocho años había sido zarandeado de forma humillante como un muñeco por los militares de la junta militar de los mamelucos. En dos ocasiones había sido entronizado, y en dos ocasiones se habían deshecho de él. Era el hijo menor de un esclavo que se había alzado hasta convertirse en un gran sultán, y su hermano mayor, el conquistador de Acre había sido asesinado, así que cuando Nasir Muhammad se hizo con el trono por tercera vez a la edad de veintiséis años estaba muy decidido a conservarlo. El águila de su emblema de sultán convenía a su estilo: esplendor estético, paranoia aguileña y la caída en picado de la muerte súbita. Sus compañeros fueron ascendidos y se enriquecieron, y luego fueron estrangulados, diseccionados, envenenados sin previo aviso. Nasir parecía preferir los caballos a las personas: el sultán cojo, al parecer, podía citar toda la genealogía de sus 7800 caballos de carreras, y a menudo solía pagar más por un caballo de lo que pagaba por el más hermoso de sus jóvenes esclavos. A todo lo que el Exquisito hacía, su matrimonio con una descendiente de Gengis Kan, sus veinticinco hijos, sus 1200 concubinas, aplicó la magnificencia meticulosa que también llevaría a Jerusalén.

En 1317, él mismo llegó en peregrinación y pasó a demostrarles a sus generales que su sagrado deber consistía en embellecer la Explanada de las Mezquitas y las calles circundantes. Asistido por su mejor amigo y virrey de Siria, Tankiz, el sultán fortificó de nuevo la Torre de David, añadiéndole una mezquita de los viernes destinada a la guarnición, y levantó columnatas monumentales y *madrassas* en la Explanada, reconstruyó el tejado de la Cúpula y de la mezquita de al-Aqsa, añadió el minarete en la Puerta de la Cadena, y construyó la Puerta de los Algodoneros y el mercado de los algodouneros, todo lo cual puede verse todavía en la actualidad.

Nasir favorecía el camino sufí para llegar hasta Dios, y construyó cinco conventos en los que alojar a sus órdenes de místicos, quienes, instalados en sus relucientes nuevos alojamientos, le restituyeron a Jerusalén parte de su sagrada magia con sus danzas, cantos, trances y, en ocasiones, automutilaciones, todo ello al objeto de lograr la intensa emoción necesaria para acercarse a Dios.

Los hombres de Nasir captaron el mensaje: el sultán y sus sucesores desterrarían a

Jerusalén a los emires caídos en desgracia, donde se esperaba de ellos que se gastaran su fortuna ganada con malas artes en suntuosos complejos que contenían palacios, *madrassas* y tumbas. Cuanto más cerca del monte del Templo, tanto más pronto se alzarían en el día del Juicio Final. Construyeron enormes subestructuras abovedadas sobre las que levantaron edificios<sup>[\*6]</sup> que fueron encajados con gran ingenio entre los tejados de las edificaciones ya existentes alrededor de las puertas del Noble Santuario.<sup>[\*7]</sup>

Nasir encontró Jerusalén, o al menos el barrio musulmán, cubierta de polvo y telarañas, y la dejó como los chorros del oro, y así, cuando Ibn Battutah visitó Jerusalén, vio una ciudad «grande e imponente». Los peregrinos musulmanes llegaron en masa a al-Quds, exploraban desde el infierno de Gehena hasta el paraíso de la Cúpula, y leían los libros de *fadail* que les decían que un «pecado cometido en Jerusalén es el equivalente a mil pecados, y que una buena obra allí equivale a mil buenas obras». Aquel que viviera en Jerusalén sería «como un guerrero en la yihad», mientras que morir allí «es como morir en el cielo». El misticismo de Jerusalén floreció hasta tal punto, que los musulmanes empezaron a deambular en círculo alrededor de la Roca, a besarla y ungirla, algo que no habían hecho desde el siglo VII. El erudito fundamentalista Ibn Taymiy ya arremetió contra Nasir y las supersticiones sufíes, advirtiéndole que Jerusalén sólo era una visita piadosa, una *ziyara*, y no el equivalente de un *haj* a La Meca. El sultán encarceló en vano a este puritano disidente hasta seis veces, pero Ibn Taymiyya siguió siendo la inspiración del rígido wahabismo de Arabia Saudí y de los yihadistas actuales.

El exquisito sultán ya no confiaba en los mamelucos turcos que se habían convertido en la élite y, por lo tanto, empezó a comprar esclavos georgianos o circasianos del Cáucaso, jóvenes que formarían su guardia personal y que influyeron en sus decisiones sobre Jerusalén. Les entregó la iglesia del Santo Sepulcro a los georgianos, aunque los latinos tampoco la habían olvidado, y en 1333, el sultán autorizó al rey Roberto de Nápoles (y de Jerusalén) a reparar algunas secciones de la iglesia y tomar posesión del Cenáculo en el monte Sión donde el napolitano fundó un monasterio franciscano.

El tigre enfermo suele ser el más peligroso. El sultán enfermó, pero le había dado tal poder a su amigo Tankiz «que ahora le temía». En 1340, Tankiz fue detenido y envenenado, y el propio Nasir falleció un año más tarde y le sucedió uno de sus muchos hijos. Sin embargo, al final, los nuevos esclavos caucásicos derrocaron a la dinastía y fundaron una nueva dinastía de sultanes que favorecían a los georgianos de Jerusalén. Por otra parte, los latinos católicos, los herederos de los detestados cruzados, seguían en la ciudad sólo porque los toleraban los represivos mamelucos cuyos paroxismos de violencia aterrorizaban a cristianos y judíos por igual. Cuando el rey de Chipre atacó Alejandría en 1365, la iglesia del Santo Sepulcro se cerró y los

franciscanos fueron sacados a rastras del convento y ejecutados públicamente en Damasco. La orden franciscana fue autorizada a regresar, pero los mamelucos construyeron minaretes que dominaban sobre la iglesia del Santo Sepulcro y la sinagoga de Ramban para hacer hincapié en la supremacía del islam.

En 1399, Tamerlán, el temido conquistador de Asia central, conquistó Bagdad y arremetió contra Siria en el preciso momento en el que un sultán-niño mameluco y su tutor emprendían su peregrinación a Jerusalén.<sup>[4]</sup>

# CAPÍTULO 30

## LA DECADENCIA DE LOS MAMELUCOS, 1399-1517

### TAMERLÁN Y EL TUTOR: CIUDAD DE PEREGRINOS

El tutor del sultán era el erudito más célebre del mundo islámico. Ibn Jaldún, que ya tenía alrededor de setenta años, había servido al monarca de Marruecos, más tarde (tras un período en prisión) a los de Granada y de Túnez y, finalmente (tras otro período en prisión), al sultán mameluco. En los interludios entre el poder y la prisión, Ibn Jaldún escribió su obra maestra, la *Muqaddimah*, una historia universal que todavía conserva su brillo en la actualidad. El sultán, por lo tanto, lo había nombrado tutor de su hijo Faraj, quien le sucedió en el trono cuando todavía era un niño.

Ahora, y mientras el canoso tutor le enseñaba Jerusalén al sultán de diez años, Tamerlán puso asedio a la ciudad mameluca de Damasco. Timur el Cojo, conocido con el nombre de Tamerlán, había llegado al poder en el año 1370 alzándose como el caudillo de los guerreros de Asia central. En treinta y cinco años de guerras incesantes, este áspero genio de origen túrquico había conquistado buena parte de Oriente Próximo, al que gobernaba desde la silla de montar, y se había autoerigido en heredero de Gengis Kan. En Delhi, diez mil personas cayeron bajo su espada; en Ispahan, donde construyó 28 torres de 1500 cabezas cada una, fueron setenta mil; y nunca había conocido la derrota.

Sin embargo, Tamerlán era más que un guerrero. Sus palacios y jardines en Samarcanda dan fe de sus gustos sofisticados, era un campeón del ajedrez y un apasionado de la historia que disfrutaba debatiendo con los filósofos. No es de extrañar, entonces, que siempre hubiera querido conocer a Ibn Jaldún.

Entre los mamelucos había cundido el pánico; si Damasco caía, también lo harían Palestina y, tal vez, El Cairo. El viejo pedagogo y el niño-sultán se apresuraron a regresar a El Cairo, pero los mamelucos decidieron enviar a la pareja a Siria a negociar con Tamerlán, y a salvar el imperio. Al mismo tiempo, los jerosolimitanos discutían sobre lo que debían hacer: ¿cómo salvar la Ciudad Santa del invencible depredador al que se conocía con el nombre de «el azote de Dios»?

En enero de 1401, Tamerlán, acampado en las afueras de Damasco, se enteró de que el sultán Faraj e Ibn Jaldún esperaban ser recibidos. No tenía ningún interés por el chico, pero estaba fascinado por Ibn Jaldún, a quien convocó de inmediato. Como político, Ibn Jaldún representaba al sultán, pero, en su faceta de historiador, era natural que deseara conocer al hombre más destacado de la época, aunque no



estuviera seguro de si saldría de la reunión vivo o muerto. Los dos tenían aproximadamente la misma edad: el canoso conquistador recibió al venerable historiador en su tienda palaciega.

A Ibn Jaldún le impresionó «el más grande y el más poderoso de los reyes», en su opinión, dotado «de gran inteligencia y perspicacia, adicto al debate y a la argumentación sobre lo que conoce y también sobre lo que no conoce». Ibn Jaldún convenció a Tamerlán de que liberara a algunos prisioneros, pero el «azote de Dios» no quiso negociar. Damasco fue atacada y saqueada en lo que Ibn Jaldún calificó de «una acción totalmente ruin y abominable». El camino a Jerusalén había quedado ahora despejado. El *ulema* decidió rendir la ciudad y le envió a Tamerlán una delegación con las llaves de la Cúpula de la Roca, pero, cuando los jerosolimitanos llegaron a Damasco, el conquistador se había marchado hacia el norte para aplastar a los turcos otomanos, la potencia en alza de Anatolia. Entonces, en febrero de 1405, mientras avanzaba hacia la conquista de China, Tamerlán murió y Jerusalén siguió siendo una ciudad mameluca. Ibn Jaldún, por su parte, que había regresado a El Cairo después de su reunión con Tamerlán, falleció en su cama un año más tarde. Su pupilo, el sultán Faraj, nunca olvidó aquel azaroso viaje cultural y solía regresar con frecuencia a Jerusalén, donde reunía a su corte en la Explanada de las Mezquitas, bajo el parasol real, y entregaba oro a los pobres rodeado por las enseñas amarillas del sultanato.

Los jerosolimitanos eran seis mil, y de ellos solamente doscientas familias eran judías y cien cristianas, en una pequeña ciudad peligrosa e inestable y de pasiones sobredimensionadas. En 1405, los jerosolimitanos se rebelaron contra los exorbitantes impuestos y persiguieron al gobernador hasta expulsarlo de la ciudad. Los archivos del Haram nos permiten hacernos una idea de las dinastías de jueces religiosos y jeques sufíes de Jerusalén, y de sus emires mamelucos exiliados y ricos mercaderes en un mundo de estudio coránico, coleccionistas de libros, comercio en aceite de oliva y jabón, y prácticas de tiro y esgrima. Los cruzados, en cambio, ya no suponían una amenaza, y los peregrinos cristianos solían ser exprimidos; pese a constituir la principal fuente de ingresos, no eran bien recibidos: con frecuencia eran detenidos bajo acusaciones falsas hasta que pagaban multas arbitrarias. «Podéis elegir», les explicaba un intérprete a los prisioneros cristianos a su cargo, «o pagáis, o seréis azotados hasta morir».<sup>[1]</sup>

Resulta difícil determinar quiénes eran más peligrosos, si los corruptos mamelucos, los peregrinos de dudosa reputación, los peleones cristianos o los codiciosos jerosolimitanos. En su mayoría los peregrinos eran tan malvados que se solía advertir a residentes y a viajeros: «protegeos de cualquiera que viaje a Jerusalén», mientras que incluso a los musulmanes les gustaba decir que «nadie es tan corrupto como los residentes de las ciudades santas».

Los sultanes mamelucos, en ocasiones, se dejaban caer sobre la ciudad para reprimir a los judíos y cristianos que ya sufrían linchamientos periódicos por parte de la multitud en Jerusalén.

La corrupción y el desorden empezaban en la corte de El Cairo: los sultanes del Cáucaso todavía dominaban el imperio, de modo que, si bien los franciscanos católicos gozaban del apoyo de los europeos, la Jerusalén cristiana la dominaban los armenios y los georgianos, que se odiaban mutuamente y, por supuesto, ambos odiaban a los católicos. Los armenios, que estaban expandiendo su barrio de forma muy agresiva alrededor de la catedral de los Santiagos, lograron sobornar a los mamelucos para que les arrancaran el Calvario a los georgianos, quienes entonces ofrecieron más dinero y lo recuperaron, aunque no por mucho tiempo. En el curso de treinta años, el Calvario cambió de manos cinco veces.

Los sobornos y los beneficios eran enormes porque la peregrinación había adquirido una enorme popularidad en Europa. A los europeos no les parecía que las cruzadas hubiesen terminado; al fin y al cabo, la reconquista de la España musulmana era una cruzada; pero aunque no se organizaran expediciones para liberar Jerusalén, todos los cristianos sentían que conocían Jerusalén aunque nunca hubieran visitado la ciudad. Jerusalén aparecía en los sermones, en las pinturas y en los tapices. Muchas ciudades tenían capillas de Jerusalén, fundadas por las hermandades de antiguos peregrinos o por personas que no podían realizar el viaje. El palacio de Westminster tenía su Cámara de Jerusalén, y desde París, en el oeste, hasta Prusia y Livonia, en el este, muchos lugares tenían sus Jerusalenes locales. La única Jerusalén de Inglaterra, un minúsculo pueblo en Lincolnshire, tiene su origen en ese renacido entusiasmo. Por otra parte, miles de personas viajaban a la Ciudad Santa cada año,<sup>[\*1]</sup> muchas de ellas, de una notoria falta de santidad: la picante esposa de Bath de Chaucer había visitado Jerusalén tres veces.

Los peregrinos tenían que pagar multas y peajes sólo para entrar en Jerusalén, y después también en la iglesia del Santo Sepulcro, donde los mamelucos también controlaban el Sepulcro en su interior. Sellaban la iglesia por la noche, de modo que los peregrinos, pagando, podían quedarse encerrados dentro durante días y noches si así lo deseaban. Los peregrinos descubrieron que la iglesia parecía un bazar-barbería con puestos, tiendas, camas y grandes cantidades de cabello humano: muchos creían que las enfermedades podían curarse si se afeitaban y colocaban el pelo en el sepulcro. Muchos de los peregrinos pasaron gran parte de su tiempo grabando sus iniciales en cada santuario que visitaban, mientras los musulmanes más artísticos proveían a la industria de las reliquias: los peregrinos explicarían que los niños musulmanes nacidos muertos eran embalsamados y, a continuación, vendidos a los europeos ricos haciéndoles creer que se trataba de víctimas de la masacre de los Santos Inocentes.

Algunos peregrinos creían que los niños concebidos en el interior de la iglesia nacían especialmente bendecidos, y por supuesto, había alcohol, así que las horas nocturnas solían convertirse en una orgía a la luz de las velas, en la que se bebía en grandes cantidades y en la que los cánticos bienintencionados dejaban paso a feos alaridos. El Sepulcro, explicó un peregrino asqueado, era un «burdel total». Otro peregrino, Arnold von Harff, un malicioso caballero alemán, dedicó su tiempo a aprender frases en árabe que nos dan alguna pista sobre cuáles eran sus principales preocupaciones:

*¿Cuánto me darás?*

*Te daré un gulden.*

*¿Eres judío?*

*Mujer, déjame dormir contigo esta noche.*

*Muy bien, señora, YA estoy en tu cama.*

Los franciscanos guiaban y recibían a los visitantes católicos: su itinerario, que seguía los pasos de Cristo, empezaba en lo que se creía que había sido el Praetorium de Pilatos, en el lugar donde se encontraba la mansión del gobernador mameluco y que se convertiría en la primera estación del recorrido del Señor, más tarde, la Vía Dolorosa. A los peregrinos les impresionaba sobremanera ver que los lugares cristianos habían sido islamizados, como por ejemplo, la iglesia de Santa Ana, el lugar de nacimiento de la madre de la Virgen María, ocupado por la *madrassa* de Saladino. El fraile alemán Felix Fabri logró entrar a hurtadillas en este santuario; Harff, por su parte, se jugó la vida al penetrar disfrazado en la Explanada de las Mezquitas, y ambos dejaron constancia de sus aventuras. Sus entretenidos libros de viajes muestran un nuevo tono de ligereza inquisitiva, sin dejar de lado la reverencia.

Los cristianos y los judíos nunca estuvieron del todo a salvo de la caprichosa represión de los mamelucos, y la santidad en Jerusalén era tan contagiosa que cuando las dos religiones más antiguas empezaron a disputarse la tumba de David en el monte Sión, los sultanes la reclamaron entonces para los musulmanes.

En aquel momento, la comunidad judía estable se elevaba a alrededor de mil personas que vivían en lo que se convertiría más tarde en el barrio judío. Oraban en la sinagoga de Ramban, alrededor de las puertas del monte del Templo (en especial en su casa de estudio cerca del Muro de las Lamentaciones), y en el monte de los Olivos, donde empezaron a enterrar a sus muertos, dispuestos para el día del Juicio Final. Sin embargo, también veneraban ahora el santuario cristiano de la Tumba de David (que no tenía nada que ver con David, sino que databa de la época de las cruzadas), parte del Cenáculo, controlado por los franciscanos. Los cristianos intentaron restringirles el acceso, y los judíos se quejaron a El Cairo, con consecuencias desafortunadas para

ambos. El sultán del día, Babsay, indignado al descubrir que los cristianos ocupaban un sitio así, viajó a Jerusalén, destruyó la capilla franciscana y en su lugar construyó una mezquita en el interior de la tumba de David. Unos pocos años más tarde, uno de sus sucesores, el sultán Jaqmaq, requisó todo el monte Sión para el islam. Y las cosas fueron a peor: se reforzaron las antiguas restricciones, y se crearon nuevas. Se limitó el tamaño de los turbantes de judíos y cristianos; los hombres, en los baños, debían llevar anillas al cuello, como el ganado; a las mujeres cristianas y judías se les impidió el acceso a los baños; y Jaqmaq prohibió que los médicos judíos trataran a pacientes musulmanes.<sup>[\*2]</sup> Después del derrumbe de la sinagoga de Ramban durante una tormenta, el cadí prohibió su reconstrucción, afirmando que pertenecía a la vecina mezquita. Cuando los sobornos de los judíos lograron revocar su decisión, el ulema local la derribó.

El 10 de julio de 1452, los jerosolimitanos lanzaron un pogromo contra los cristianos, desenterraron los huesos de los monjes cristianos y arrancaron una nueva balaustrada del Sepulcro que fue llevada a hombros en triunfo hasta la mezquita de al-Aqsa. A veces, la provocación de los cristianos rozaba la demencia. En 1391, cuatro monjes franciscanos gritaron en al-Aqsa que «Mahoma era un libertino, un asesino y un glotón» y creía en «¡putear!». El cadí les ofreció la posibilidad de retirar sus palabras, los monjes se negaron a hacerlo, y el cadí los hizo torturar y azotar casi hasta la muerte. La muchedumbre encendió una hoguera en el patio de la iglesia donde «casi borrachos de rabia», la turba los despedazó «para que no quedara ni un trozo de forma humana» e hizo pinchos morunos con ellos que asaron al fuego.<sup>[2]</sup>

Ahora bien, la liberación estaba cerca y, tras el acceso al trono de un sultán más tolerante, la cocina francesa cambiaría el destino de Jerusalén.

## EL SULTÁN Y LAS TORTILLAS CRISTIANAS

Qaitbay, un niño-esclavo circasiano que llegó a convertirse en un general mameluco, había pasado años de exilio en Jerusalén. Al tener prohibida la entrada en cualquier casa musulmana, trabó amistad con los franciscanos, que le hicieron conocer un plato francés. Parece ser que después de su ascenso al trono mameluco en 1486, al sentir nostalgia por las tortillas de verduras de los frailes, los acogió en El Cairo, les permitió construir en la iglesia del Santo Sepulcro, y les devolvió el monte Sión. Los franciscanos querían venganza y, en consecuencia, Qaitbay les prohibió a los judíos acercarse al Sepulcro o al convento en el monte Sión: si por descuido, los judíos pasaban junto a la iglesia del Santo Sepulcro, solían ser linchados y a menudo asesinados, una situación que se mantuvo hasta 1917. El sultán, no obstante, les permitió a los judíos reconstruir su sinagoga de Ramban. Y tampoco se olvidó de la Explanada de las Mezquitas: cuando la visitó en 1475, encargó la construcción de su

*madrassa* Ashrafiyah, tan hermosa que fue descrita como «la tercera joya de Jerusalén», y su fuente, una cúpula en forma de campana, resplandeciente en *ablaq* rojo y crema, sigue siendo la más espléndida de toda la ciudad.

Sin embargo, y pese a todo el interés de Qaitbay, los mamelucos estaban perdiendo el control. El cadí de la ciudad, Mujir al-Din, observó el desfile diario del atardecer en la Torre de David, y opinó que «estaba completamente descuidado y desorganizado». En el año 1480, los beduinos atacaron Jerusalén y poco les faltó para capturar al gobernador, que escapó cruzando al galope la Explanada de las Mezquitas y salió huyendo por la Puerta de Jaffa. «Jerusalén está en su mayor parte desolada», observaría el rabino Obadiah de Bertinoro justo después del ataque beduino. Desde la distancia, «vi una ciudad en ruinas», corroboró uno de sus discípulos, y los chacales y los leones merodeaban por las colinas. Aun así, Jerusalén seguía siendo fascinante. Cuando el discípulo de Obadiah vio la ciudad desde el monte de los Olivos, «mi espíritu se desbordó, mi corazón se lamentó, y me senté, lloré y me rasgué las vestiduras». Mujir al-Din, que adoraba su ciudad, pensaba que estaba «llena de brillo y belleza, una de sus famosas maravillas».<sup>[\*3]</sup>

En 1453, los otomanos conquistaban por fin Constantinopla, y heredaban el esplendor y la ideología del imperio romano universal. Generación tras generación, los otomanos se enfrentaron a las guerras de sucesión y a la amenaza del resurgir de Persia. En 1481, Qaitbay acogió al príncipe fugitivo otomano Jem Sultan. Confiando en que un reino otomano disidente dividiera a la dinastía, Qaitbay le ofreció a Jem Sultan el reino de Jerusalén. El gambito condujo a diez años de inútiles guerras durante los cuales ambos imperios se vieron amenazados por las potencias en alza: los mamelucos por los avances portugueses en el océano Índico, y los otomanos por el nuevo sah de Persia, Ismail, que uniría a su país imponiendo el chiismo duodecimano que todavía se venera en aquel país. Una situación que empujó a los otomanos y a los mamelucos a unirse en un pragmático abrazo de corta vida que resultaría ser el beso de la muerte.<sup>[3]</sup>

# **PARTE 7**

## **OTOMANOS**

Esta noble Jerusalén ha sido el objeto de deseo de los reyes de todas las  
naciones,  
en especial de los cristianos quienes, desde que Jesús nació en la ciudad,  
han declarado todas sus guerras por Jerusalén...  
Jerusalén era el lugar de oración de las tribus de genios...  
contiene los santuarios de 124 000 profetas.

Evliya Celebi, *Libro de viajes*

Solimán vio al Profeta en su sueño: «Oh, Solimán, debes embellecer la Cúpula  
de la Roca y reconstruir Jerusalén».

Evliya Celebi, *Libro de viajes*

El gran trofeo al que aspiran las diversas sectas es el Santo Sepulcro,  
un privilegio sobre el que se disputan con tanta furia y animosidad que,  
en ocasiones, han provocado golpes y heridas en la puerta del Sepulcro  
mezclando la propia sangre de los contendientes con la de los «sacrificios».

Henry Maundrell, *Journey*

Así nos separamos tristemente en este mundo de miserias para volvernos a  
encontrar en medio del gozo de la feliz Jerusalén.

William Shakespeare, *Enrique VI*, parte III

En lugar de caminar por los Santos Lugares,  
podemos entonces detenernos en nuestros pensamientos,  
examinar nuestro corazón y visitar la auténtica tierra prometida.

Martín Lutero, *Colloquia Mensalia*

Descubriremos que el Dios de Israel está entre nosotros...  
pues debemos considerar que somos como una ciudad sobre una montaña,  
y que las miradas de toda la gente caen sobre nosotros.

John Winthrop, *A modell of Christian Charity*

# CAPÍTULO 31

## LA MAGNIFICENCIA DE SOLIMÁN, 1517-1550

### EL SEGUNDO SALOMÓN Y SU ROXELANA

El 24 de agosto de 1516, el ejército de los mamelucos huyó en desbandada, derrotado por el sultán otomano Selim el Severo cerca de Alepo, la batalla que decidiría el destino de Jerusalén: durante los cuatro siglos siguientes, la mayor parte de Oriente Medio quedaría bajo el dominio otomano. El 20 de marzo de 1517, Selim llegaba a Jerusalén para tomar posesión de la ciudad. El ulema le entregó las llaves de la mezquita de al-Aqsa y de la Cúpula, momento en el cual Selim se postró y exclamó: «¡Soy el poseedor de la primera alquibla!». Selim ratificó la tradicional tolerancia hacia cristianos y judíos y rezó en el monte del Templo. Después, montó en su caballo y se marchó a conquistar Egipto. Selim había vencido a Persia, derrotado a los mamelucos y clarificado cualquier dilema sucesorio asesinando a sus hermanos y posiblemente también a algunos de sus propios hijos. Cuando murió, en septiembre de 1520, tan sólo le quedaba un hijo superviviente.<sup>[1]</sup>

Solimán tenía «sólo veinticinco años, era alto, delgado pero robusto, y tenía un rostro fino y huesudo» y se encontró señor de un imperio que se extendía desde los Balcanes hasta las fronteras de Persia, y desde Egipto hasta el mar Negro. «En Bagdad, soy el sah, en los reinos bizantinos, el César, y en Egipto, el sultán», declaró, títulos a los que añadió el de califa. No es de extrañar por tanto que los cortesanos se dirigieran a su monarca con el título de padisah, emperador, que era, escribiría uno de ellos, «el más honrado y respetado soberano de todo el mundo». Según algunos autores, Solimán soñó que le visitaba el Profeta, quien le dijo que «para repeler a los infieles», debía embellecer el santuario (la Explanada de las Mezquitas) y «reconstruir Jerusalén». En realidad, Solimán no necesitaba que le incitaran ya que era muy consciente de que era el emperador de los musulmanes, y su esposa esclava Roxelana lo definió en repetidas ocasiones como el «Salomón de su tiempo».

La esposa de Solimán compartía los proyectos de su marido, y en esos proyectos se incluía Jerusalén. Roxelana posiblemente fuera la hija de un sacerdote raptada en Polonia y vendida al harén del sultán, donde atrajo la vista de Solimán, a quien le dio cinco hijos y una hija. «Joven, aunque no hermosa», un retrato de la época la describe con ojos grandes, labios rojos y el rostro redondo. Las cartas que le escribió a Solimán mientras éste estaba en campaña dejan entrever su espíritu travieso e indomable al mismo tiempo: «Mi sultán, la ardiente angustia que me causa la



separación no tiene límites. Perdona a esta miserable que soy y no me niegues tus nobles cartas. Cuando se las leo a tu hijo y sirviente Mir Mehmet y a tu esclava e hija Mihrimah, lloran y sollozan porque te echan de menos, y su llanto me vuelve loca». Solimán la rebautizó Hurrem al-Sultan, la alegría del sultán, y la describió en los poemas que se le atribuyen como «mi amor, mi luz de luna, mi primavera, mi mujer de hermoso cabello, mi amor de cejas inclinadas, mi amor de pícaro mirada» y, oficialmente, como la «quintaesencia de las reinas, la luz de la mirada del resplandeciente califato». Roxelana se convirtió en una política astuta, y sus intrigas lograron impedir que un hijo de otra esposa de Solimán sucediera a su padre en el trono: el hijo en cuestión fue estrangulado en presencia de Solimán.

Solimán había heredado Jerusalén y La Meca, y tenía el convencimiento de que su prestigio musulmán exigía que embelleciera los santuarios del islam: todo lo que rodeaba a Solimán tenía una escala grandiosa, su ambición no conocía límites, su reinado duró casi medio siglo, sus horizontes eran vastos, combatió guerras de alcance casi continental, desde Europa hasta el norte de África, Iraq y el océano Índico, desde las puertas de Viena hasta Bagdad. Las construcciones que llevó a cabo en Jerusalén fueron tan acertadas que la Ciudad Vieja actual es más suya que de cualquier otro: aunque las murallas parecen antiguas y para mucha gente definen la ciudad casi en el mismo grado que la Cúpula de la Roca, el Muro de las Lamentaciones o la iglesia del Santo Sepulcro, lo cierto es que las murallas y la mayor parte de las puertas fueron obra de este coetáneo de Enrique VIII, tanto para defender la ciudad como para incrementar su propio prestigio. El sultán añadió una mezquita, una entrada y una torre a la Ciudadela; construyó un acueducto que llevaría agua a la ciudad y nueve fuentes desde donde poder beberla, entre ellas tres en la Explanada de las Mezquitas; y por último, sustituyó los gastados mosaicos de la Cúpula de la Roca por los azulejos esmaltados decorados con lirios y flores de loto en colores turquesa, cobalto, blanco y amarillo que todavía pueden verse en la actualidad.<sup>[\*1]</sup>

A Roxelana le gustaba fundar y financiar fundaciones benéficas cercanas a los proyectos de su marido, y requisó un palacio mameluco para instalar en él su al-Imara al-Amira al-Jasaki al-Sultan, una fundación conocida con el nombre de «Edificio Floreciente», que contenía una mezquita, una panadería, un hostel de cincuenta y cinco habitaciones y un comedor para los pobres. De este modo hicieron suyas Jerusalén y la Explanada de las Mezquitas.

En 1553, Solimán, el pretendido «segundo Salomón y rey del mundo», decidió inspeccionar Jerusalén, pero sus guerras en tierras remotas interfirieron en sus planes e, igual que le había ocurrido a Constantino antes que a él, el hombre que había transformado la ciudad nunca pudo ver su obra completada. La empresa del sultán tenía una envergadura continental, pero está claro que la supervisó a distancia. La

construcción de la nueva muralla fue tutelada por el virrey de Siria, y el arquitecto imperial de Solimán, Sinan, posiblemente inspeccionara las obras en el curso de su viaje de regreso de La Meca: miles de obreros trabajaron en la obra, se extrajeron y se tallaron nuevas piedras de las canteras, se sustrajeron piedras viejas de las iglesias y de los palacios en ruinas de Herodes, y los baluartes y puertas se fusionaron con gran escrupulosidad con las murallas de Herodes y de los omeyas que rodeaban la Explanada de las Mezquitas. Para la sustitución de los azulejos de la Cúpula de la Roca fueron necesarias 450 000 piezas, de modo que los hombres de Solimán construyeron una fábrica de azulejos cerca de al-Aqsa a fin de poder producirlos localmente, y algunos de sus contratistas construyeron mansiones en la ciudad y se quedaron a vivir en ella. El arquitecto local fundó una dinastía de arquitectos hereditarios que reinó durante dos siglos. Por toda la ciudad resonaron los sonidos poco familiares de los martillos de los albañiles y el tintinear de las monedas. La población casi se triplicó, llegando hasta los dieciséis mil habitantes, y se duplicó el número de judíos, dos mil, un crecimiento impulsado por la constante llegada de refugiados de Occidente. Se había iniciado un vasto y angustioso movimiento de judíos, y algunos de estos recién llegados contribuirían directamente a la gran empresa de Solimán.<sup>[2]</sup>

# CAPÍTULO 32

## MÍSTICOS Y MESÍAS, 1550-1705

### EL DUQUE JUDÍO DEL SULTÁN: PROTESTANTES, FRANCISCANOS Y EL MURO

Solimán asignó los impuestos de Egipto a financiar la remodelación de Jerusalén, y el hombre responsable de estos ingresos era Abraham de Castro, el director de la Casa de la Moneda y responsable subsidiario de la recaudación tributaria, quien ya había demostrado su lealtad al advertir al sultán de los planes de rebelión del virrey local. Como su nombre indica, De Castro era un refugiado judío originario de Portugal y cuyo papel en nada se parece al de aquel otro acaudalado judío portugués que se convertiría en consejero de Solimán y en el protector último de Palestina y de Jerusalén.

La migración judía marcó el último capítulo en las guerras religiosas. El 2 de enero de 1492, el rey Fernando de Aragón y de Sicilia y su esposa la reina Isabel de Castilla conquistaron Granada, el último principado musulmán del continente europeo. Irradiando confianza después de su triunfo, los monarcas celebraron el éxito de su cruzada con dos decisiones que tendrían consecuencias históricas de alcance mundial. En primer lugar, llamaron a un incorfomista de cabello blanco llamado Cristóbal Colón, el hijo de un tabernero genovés, que llevaba años solicitando el apoyo de los reyes para un viaje a través del Atlántico con el que quería llegar a la India y a China. Si uno de los sueños de Colón era emprender esta travesía hasta las Indias, el otro era la liberación de Jerusalén, y desde el principio había vinculado ambos objetivos: «que así... protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía». En efecto, el obsesivo y magnético Colón creía que podría liberar Jerusalén desde Oriente.<sup>[\*1]</sup>

El 17 de abril de 1492, los monarcas daban su apoyo a la empresa de Colón, nombrándole almirante de la Mar Océana. El 12 de octubre, Cristóbal Colón descubrió las islas de las Indias occidentales y, durante su tercer viaje, la costa de América del Sur. Sin embargo, probablemente nunca se diera cuenta de que había descubierto el Nuevo Mundo (que en 1507 recibió el nombre del marinero florentino que sí lo hizo, Américo Vesputio). Años más tarde, y mientras sus descubrimientos ricos en oro iban evolucionando hacia un imperio español, Colón tuvo quijotescos sueños sobre los Últimos Días, y les escribió a Sus Católicas Majestades, en su *Libro*

*de las profecías*, que los españoles reconstruirían Jerusalén y el monte Sión. El oro de Ofir, o de las Indias, doraría el Templo restaurado, la corte del «último emperador del mundo». Sin embargo, en muchas e innumerables maneras ignoradas por el almirante, que murió en el año 1506, rico pero igual de inquieto que siempre, los destinos de América y Jerusalén, en efecto, quedarían entrelazados.

El 29 de abril, doce días después de aprobar el viaje de Colón, los monarcas pasaron a ocuparse de su problema judío. Muchos judíos habían sido obligados a convertirse al catolicismo, pero no confiaban en estos conversos. Los católicos temían que los «trucos y seducciones diabólicos» de los judíos secretos pudieran contaminar la sangre pura que fluía por las venas de la cristiandad. La Inquisición, con el apoyo de ambos monarcas, ya había condenado a trece mil personas y quemado vivas a dos mil acusadas de aberraciones judías secretas. Ahora, su inquisidor, Tomás de Torquemada, les aconsejó a los reyes ofrecerles una elección a los judíos: la conversión o la expulsión. Isabel era una reina cruzada, devota, seria y de férrea voluntad; Fernando, un manipulador cínico, astuto y mujeriego, poseído de una misión cristiana, era el rey ideal de Maquiavelo. Juntos, los Reyes Católicos, cuya unión había creado el reino de España, fueron los monarcas que mayores éxitos cosecharon en su época. Sin embargo, en la cuestión judía, erraron el cálculo. Fernando había confiado en que los judíos se convertirían sinceramente. Ante su gran sorpresa, muchos, entre setenta y cinco mil y ciento cincuenta mil, en lugar de convertirse, fueron expulsados. También los expulsó de Nápoles y, en el curso de los siguientes cincuenta años, la mayor parte de Europa occidental seguiría su ejemplo. Durante siete siglos, España había sido el hogar de una floreciente cultura judeoárabe y el centro de la Diáspora, los judíos dispersados fuera de Sión.

Ahora, en el trauma más doloroso que sufrirían los judíos entre la caída del Templo y la Solución Final, estos judíos sefardíes (Sepharad es el nombre hebreo de España) huyeron hacia el este, a países más tolerantes como Holanda, Polonia-Lituania y el imperio otomano, donde fueron bien recibidos por Solimán, impulsando la economía de los países de acogida y poniendo en evidencia el modo en el que el cristianismo renegaba de su herencia judía. La Diáspora se trasladó al este. Desde aquel momento, y hasta principios del siglo xx, en las calles de Estambul, Salónica y Jerusalén se escucharían los ecos de los líricos tonos del recién llegado idioma judeohispánico, el ladino.

En 1553, el médico judío de Solimán le presentó a José Nasi, cuya familia había sido obligada a convertirse al cristianismo, una falsa conversión, antes de huir a Estambul, adonde había llegado pasando por Holanda e Italia. En Estambul, José se ganó la confianza del sultán y se convirtió en el agente confidencial de su hijo y heredero. José, conocido por los diplomáticos europeos como «el Gran Judío», gestionaba un complejo imperio comercial y ejercía de embajador del sultanato y de

comerciante internacional, árbitro de la guerra y de las finanzas, un mediador entre Oriente y Occidente. José creía en el regreso de los judíos a la Tierra prometida, y Solimán le concedió el señorío de Tiberíades en Galilea, donde instaló a judíos italianos, reconstruyó la ciudad y plantó moreras para alentar la industria de la seda, el primer judío en instalar judíos en Tierra Santa. José construiría su Jerusalén en Galilea porque este concedor de los entresijos del poder sabía muy bien que la auténtica Jerusalén era propiedad exclusiva de Solimán.

José, no obstante, protegía a los eruditos judíos en Jerusalén, donde Solimán fomentaba la superioridad del islam y había rebajado el estatus de las otras dos religiones con una meticulosidad que todavía dirige la ciudad en la actualidad. Solimán estaba en guerra contra el emperador Carlos V, de modo que su actitud hacia los cristianos se veía en cierto modo atemperada por las cínicas exigencias de la diplomacia europea. Los judíos, por otra parte, importaban poco.

Todavía rezaban alrededor de las murallas del monte del Templo y en las laderas del monte de los Olivos, además de hacerlo en su sinagoga principal, la de Ramban, pero el sultán deseaba orden por encima de todo. Desalentando cualquier cosa que debilitara el monopolio musulmán sobre la Explanada de las Mezquitas, les asignó a los judíos para sus oraciones una calle de tres metros junto al muro de soporte del Templo del rey Herodes, un gesto que tenía un cierto sentido, puesto que se hallaba adyacente a su antigua sinagoga de la cueva y junto al barrio en el que los judíos se habían instalado por primera vez en el siglo XIV, el actual barrio judío. Sin embargo, el barrio magrebí musulmán se alzaba sobre el barrio judío y le hacía sombra, el culto judío estaba sujeto a normas establecidas con minuciosidad y, más tarde, se les exigiría a los judíos estar en posesión de un permiso incluso para orar en aquel lugar. Los judíos, al cabo de poco tiempo, le dieron el nombre de ha-Kotel, el Muro, a ese lugar, y los forasteros, el de Muro occidental o Muro de las Lamentaciones, y a partir de aquel momento sus sillares dorados se convirtieron en el símbolo de Jerusalén y el centro de su santidad.

Solimán les bajó los humos a los cristianos expulsando a los franciscanos de la Tumba de David, donde una de sus inscripciones reza: «El emperador Solimán ordenó que este lugar fuera purgado de infieles y que se construyera en él una mezquita». Este lugar bizantino y cruzado, sagrado para las tres religiones, al principio una sinagoga judía y más tarde el Cenáculo de los cristianos, se convirtió ahora en el santuario musulmán de Nabi Daoud, el profeta David, del que Solimán nombró custodios hereditarios a una familia de jeques sufíes, los Dajani, un puesto que la familia conservó hasta 1948.

La política del mundo exterior siempre se reflejaba en la vida religiosa de Jerusalén: Solimán no tardaría en tener razones para favorecer a los franciscanos. En la batalla por Europa central, descubrió que para combatir a los Habsburgo necesitaba

aliados cristianos, los franceses, y los franciscanos contaban con el apoyo del rey de Francia. En 1535, el sultán les concedió privilegios comerciales a los franceses, y reconoció a los franciscanos como los custodios de los santuarios cristianos. Se trataba de la primera de lo que se conoce como capitulaciones, las concesiones a las potencias europeas que más tarde socavarían el imperio otomano.

Los franciscanos instalaron su cuartel general en San Salvador, cerca de la iglesia del Santo Sepulcro que acabaría convirtiéndose en la colosal ciudad en el interior de la ciudad, pero su ascenso irritó a los ortodoxos. El odio entre católicos y ortodoxos ya era virulento, pero ambos reivindicaban el derecho supremo a la custodia de los Santos Lugares: el *praedominium*. Ocho sectas compartían ahora la iglesia del Santo Sepulcro en una pugna darwiniana en la cual sólo la más fuerte podría sobrevivir. Algunas estaban en ascenso, otras en decadencia: los armenios seguían siendo poderosos porque estaban bien representados en Estambul, los serbios y maronitas estaban en decadencia, y los georgianos, que habían perdido a sus protectores mamelucos, quedaron eclipsados por completo.<sup>[\*2]</sup>

El épico conflicto entre los emperadores del islam y de la cristiandad, el agresivo catolicismo de los españoles y la expulsión de los judíos dieron pie a la inquietante sensación de que alguna cosa no estaba del todo bien en el firmamento: la gente se cuestionó su fe, buscó nuevas maneras místicas de acercarse a Dios, y esperó los Últimos Días. En 1517, Martín Lutero, un profesor de teología en Wittenberg, criticó la venta de «indulgencias» de la iglesia que limitaban el tiempo que las almas pasarían en el purgatorio, e insistió en que Dios existía sólo en la Biblia, y no a través de los rituales de los sacerdotes o de los papas. Su valiente protesta reflejaba el resentimiento generalizado hacia la iglesia, de la que muchos fieles creían que había perdido el contacto con las enseñanzas de Jesús. Estos protestantes querían una fe pura en la que no intervinieran mediadores y, liberados de la iglesia, poder encontrar su propio camino. La gran flexibilidad del protestantismo permitió la aparición, en poco tiempo, de toda una serie de nuevas y variadas sectas, luteranos, reformistas, presbiterianos, calvinistas y anabaptistas; para Enrique VIII, por su parte, el protestantismo inglés constituyó un modo de afirmar su independencia política. Sin embargo, una cosa unía a todos los protestantes: la veneración por la Biblia, que reinstauraba Jerusalén como el auténtico centro de su fe.<sup>[\*3]</sup>

Cuando, después de cuarenta y cinco años en el trono, Solimán murió mientras estaba en campaña con su ejército, sus ministros lo pusieron en pie como una figura de cera y lo dejaron a la vista de sus soldados hasta que la sucesión quedó asegurada para Selim, uno de los hijos de Roxelana. Selim II, conocido como «el Borracho», tenía mucho que agradecerle a las intrigas de su amigo José Nasi, el Gran Judío, quien, viviendo en aquel momento en el esplendor de su palacio del Belvedere, y habiéndose enriquecido gracias a sus monopolios de cera de abeja y vino de

Moldavia, fue ascendido a duque de Naxos y le faltó poco para lograr ocupar el trono de rey de Chipre. Tanto había defendido a los judíos más pobres y perseguidos de Europa y Jerusalén, que, poco tiempo después de su muerte, se llegó a murmurar que este Creso judío ducal podría ser el Mesías. Sin embargo, sus planes no llegaron a hacerse realidad. Bajo el gobierno de Selim y de sus sucesores, el imperio otomano prosiguió su expansión y, gracias a los inmensos recursos y a su magnífica burocracia, conservó su extraordinario poder durante otro siglo más; ahora bien, sus emperadores no tardarían en tener grandes dificultades para conservar el control de sus remotas provincias administradas por gobernadores todopoderosos, y brotes periódicos de violencia vendrían a quebrar la tranquilidad de Jerusalén.

En 1590, un árabe rebelde de la zona entró a la fuerza en Jerusalén, se apoderó de la ciudad y mató al gobernador. Los rebeldes fueron derrotados y expulsados. Jerusalén cayó entonces bajo el dominio de dos hermanos originarios de los Balcanes, Ridwan y Bairam Pasha, dos antiguos niños esclavos convertidos al islam y entrenados en la corte de Solimán, y de su secuaz circasiano, Farrukh. La familia de Ridwan y Bairam dominó y maltrató Palestina durante casi un siglo. Cuando Mohamed, el hijo de Farrukh, en 1625 descubrió que le habían cerrado las puertas de Jerusalén, tomó las murallas por asalto con trescientos mercenarios, y después cerró las puertas y pasó a torturar a judíos, cristianos y musulmanes por igual a fin de extorsionarles y sacarles dinero.

Este tipo de atrocidades no hizo más que instigar a la secta cristiana más poderosa, la de los armenios, a pedir ayuda y sobornar a los sultanes y organizar reyertas en las iglesias de Jerusalén, todo parte de su campaña para vencer a los católicos y conseguir el *praedominium*. Los armenios eran tan otomanos como cristianos, cortesanos adeptos en la Puerta Sublime. Mientras que otras denominaciones contaban con el respaldo de las potencias europeas, los armenios estaban protegidos por los propios sultanes (la razón por la cual se han mantenido en la iglesia del Santo Sepulcro hasta el siglo XXI). En los primeros veinte años de aquel siglo, los sultanes promulgaron treinta y tres decretos en defensa de los abrumados católicos y, en apenas siete años, el *praedominium* cambió de manos seis veces. Los cristianos, no obstante, se habían convertido en la fuente de negocio más lucrativa de Palestina: cada día, el custodio del Santo Sepulcro, el jefe de la familia Nusseibeh, se sentaba en un trono en el patio, rodeado por sus secuaces, a cobrar la entrada, y los ingresos generados por los miles de peregrinos eran enormes. En Pascua, a la que los musulmanes habían dado el nombre de «la festividad de los huevos rojos», el gobernador de Jerusalén instalaba su trono y, acompañado por el cadí, el custodio y la guarnición al completo y armada hasta los dientes, cargaba a cada uno de los veinte mil «infieltes destinados al infierno» diez monedas de oro que se repartían entre los otomanos y el ulema.

Mientras tanto, algo se estaba tramando entre los judíos. «Jerusalén», escribiría un peregrino judío, «estaba más poblada que en cualquier otro momento desde el primer exilio» y a medida que se extendía la fama de Jerusalén, «se supo que vivíamos en paz. Los eruditos llegaban en masa a las puertas». Una caravana de judíos egipcios llegaba cada año por la Pascua judía. En su mayoría los judíos eran sefardíes que hablaban ladino y que, al sentirse lo bastante seguros, construyeron las «cuatro sinagogas» que se convirtieron en el centro de actividad del barrio judío; otros eran europeos del este procedentes de la Mancomunidad de las Dos Naciones, Polonia-Lituania, conocidos con el nombre de asquenazíes (por Asquenaz, un descendiente de Noé en el Génesis y el supuesto progenitor de los pueblos del norte). La turbulencia del mundo exterior alentó su misticismo: un rabino llamado Isaac Luri estaba enseñando la Cábala, el estudio de los códigos secretos de la Torá que les acercarían a la divinidad. Luri, aunque nacido en Jerusalén, instaló su base en la mágica ciudad montañesa de Safed en Galilea. El trauma de las persecuciones en España había forzado a muchos judíos a convertirse en falso al cristianismo y llevar una vida clandestina; de hecho, el libro sagrado de la Cábala, el *Libro del Zohar*, había sido escrito en Castilla en el siglo XIII. Los cabalistas buscaban la Majestad, el Temor y el Temblor, «la experiencia extática, el impulso ascendente del alma hasta alcanzar el plano más alto, la unión con Dios». Los viernes, los cabalistas, vestidos de túnicas blancas, recibían a la «novia de Dios», la Shejiná, en las afueras de la ciudad, y a continuación escoltaban a la divina presencia de regreso a sus casas. Sin embargo, inevitablemente, los cabalistas suponían que el trauma judío, sus códigos secretos y los encantamientos contenían la clave de la redención: sin duda, el Mesías no tardaría en llegar a Jerusalén.

Pese a los ocasionales disturbios anticristianos, las emboscadas de los beduinos y la extorsión de los gobernadores otomanos, la ciudad seguía con sus propios rituales. Por otra parte, las rencillas entre ortodoxos, armenios y católicos en este apartado dominio otomano tan sólo sirvieron para confirmar los prejuicios de una nueva raza de visitantes, en parte peregrinos, en parte mercaderes, y en parte aventureros: habían llegado los protestantes, en general, comerciantes ingleses consumidos por una profunda aversión hacia los católicos y, a menudo, con vínculos en las nuevas colonias de América.<sup>[1]</sup>

Cuando el marino y comerciante inglés Henry Timberlake llegó a Jerusalén, los gobernadores otomanos nunca habían oído hablar del protestantismo o de su reina Isabel, y fue arrojado en una mazmorra junto al Santo Sepulcro de la que sólo fue liberado tras pagar una multa. Las exuberantes memorias de sus aventuras, *A True and Strange Discourse*, se convirtieron en un superventas en el Londres de la época del rey Jacobo I. Otro de esos audaces ingleses, John Sanderson, agente de la Levant Company, tras pagarles a los turcos la cuota de entrada a la iglesia del Santo



Sepulcro, sufrió la agresión de los monjes franciscanos cuyo superior «me acusó de ser un judío». Los turcos entonces lo detuvieron, intentaron convertirlo al islam y le llevaron ante el cadí quien, tras registrarle, lo liberó reconociendo que era un cristiano.

Las manifestaciones de fanatismo, tanto por parte de cristianos como de musulmanes, desencadenaron una violencia que revela los auténticos límites de la tan cacareada tolerancia otomana: a petición del ulema, el gobernador otomano obligó a cerrar por la fuerza la sinagoga de Ramban y se les prohibió a los judíos orar en ella antes de convertirla en un almacén. Cuando los franciscanos ampliaron, con suma discreción, su propiedad en el monte Sión, se extendieron los rumores de que estaban cavando un túnel hacia Malta por el que dejar penetrar los ejércitos cristianos, lo que provocó un ataque del cadí y de la turba del que tuvieron que ser rescatados por la guarnición otomana. Una monja portuguesa que bautizó a niños musulmanes y criticó el islam fue quemada en una pira en el patio de la iglesia del Santo Sepulcro.<sup>[\*4]</sup> [2]

En Pascua del año 1610, llegaba a Jerusalén un joven inglés que no sólo representaba al nuevo protestantismo, sino también al Nuevo Mundo.

## GEORGE SANDYS, EL PRIMER ANGLOAMERICANO

George Sandys, hijo del arzobispo de York y un erudito que tradujo a Virgilio al inglés, quedó horrorizado por la decadencia de Jerusalén, «la mayor parte de la cual está destruida, los antiguos edificios totalmente en ruinas, y los nuevos no merecen la pena». Los judíos sefardíes de habla ladina que Sandys vio en el Muro de las Lamentaciones le causaron repulsa, aunque también le divirtieron: «sus gestos fantásticos, sus ridículas cabezadas, sobrepasaban cualquier barbaridad», y pensó «que resultaba imposible no reírse de ellos». A este protestante temeroso de Dios le desagradó todavía más lo que él consideraba vulgar mercantilismo y charlatanería de ortodoxos y católicos. La ciudad «había sido santa y gloriosa, elegida por Dios como su sede», pero ahora no era más que un mero «guiñol de misterios y milagros».

Aquella Pascua, Sandys quedó horrorizado por cristianos y musulmanes por igual: vio al pachá de Jerusalén en su trono en el exterior de la iglesia del Santo Sepulcro y observó cómo miles de peregrinos, cada uno cargado de cojín y esterilla, acudían en tropel a pasar la noche en la iglesia. El Viernes Santo, siguió la procesión del prior de los franciscanos que llevaba una imagen de cera de Jesús a tamaño natural sobre una sábana a lo largo de la Vía Dolorosa, que más tarde fijó a una cruz. Mientras miles de personas llenaban la iglesia y acampaban en su patio, asistió a la ceremonia del Fuego Sagrado, y escuchó «los clamores salvajes», el estallido de los címbalos, las mujeres «silbando», conductas «más propias de las solemnidades de Baco». Tras la aparición del Fuego, los peregrinos corrieron a su alrededor «como

locos, arrojando la llama entre sus ropas y contra su regazo, convenciendo a los extranjeros de que el fuego no les quemaría».

Aun así, este compositor de himnos era un protestante apasionado que sentía la misma veneración por Jerusalén que los católicos y los ortodoxos. Recuperando los fundamentos de la propia Biblia, Sandys rezó fervorosamente en la tumba de Cristo y en las sepulturas de los reyes cruzados. A su regreso, le dedicó su libro, *A Relation of a Journey begun AD 1610*, al joven Carlos, príncipe de Gales, cuyo padre Jacobo I había encargado hacía poco tiempo a cincuenta y cuatro eruditos la redacción de una Biblia inglesa que fuera totalmente accesible a todos. En 1611, los eruditos entregaron su Versión Autorizada que, fundiendo traducciones anteriores de William Tyndale y otros autores, le daba vida a las Sagradas Escrituras, una obra maestra de la traducción y del inglés poético. Esta Biblia se convirtió en la madre patria espiritual y literaria del anglicanismo, el singular protestantismo de Inglaterra, y también en lo que un escritor calificaría de «poema épico nacional de Gran Bretaña», una historia que situaba a los judíos y a Jerusalén en el mismo corazón de la vida británica y, más tarde, estadounidense.

Sandy constituía uno de los vínculos entre la Jerusalén auténtica y la del Nuevo Mundo. En 1621, zarpó hacia América como tesorero de la Virginia Company. Durante los diez años que pasó en Jamestown, encabezó el ataque contra los indígenas americanos algonquinos, una masacre en la que mató a un considerable número de ellos: los protestantes no eran menos capaces de matar infieles desafiantes que cualquier otra fe del siglo XVII. Sandys no fue el único peregrino aventurero de Jerusalén en América: Henry Timberlake estaba en Virginia en la misma época. Las peregrinaciones de ambos a la nueva Tierra prometida de América estuvieron inspiradas, al menos en parte, por la visión protestante de la Jerusalén celestial.

Los virginianos de Sandy y de Timberlake eran anglicanos conservadores del tipo preferido por Jacobo I y su hijo Carlos. Los reyes, no obstante, no fueron capaces de mantener a raya las expectativas de un nuevo y ferviente protestantismo radical: los puritanos abrazaron la verdad fundamental de la Biblia, pero con expectativas mesiánicas inmediatas. La guerra de los Treinta Años entre católicos y protestantes no hizo más que exacerbar la sensación de que el día del Juicio Final estaba muy cerca. Eran tiempos extraños que alentaban una pasión mística feroz en las tres religiones. Las cosechas fallaron y la muerte segó con su guadaña, en forma de epidemias, hambrunas y guerras de religión, millones de vidas por toda Europa.

Miles de puritanos escaparon de la iglesia de Carlos I y se fueron a fundar nuevas colonias en América. En el curso de su travesía del Atlántico en busca de la libertad religiosa, leyeron acerca de Jerusalén y de los israelitas, y se vieron a sí mismos como el pueblo elegido bendecido por Dios para construir una nueva Sión en las salvajes tierras de Canaán. «Venid, y dejadnos declarar en Sión la palabra de Dios», rezó

William Bradford en el preciso momento en el que desembarcaba del *Mayflower*. El primer gobernador de la colonia de la bahía de Massachusetts, John Winthrop, creía que «el Dios de Israel se halla entre nosotros» y, parafraseando a Jeremías y a Mateo, proclamó que su asentamiento era como una «ciudad en una colina»; América era la nueva Jerusalén. Al cabo de poco tiempo, América del Norte tendría dieciocho Jordanes, doce Canaanes, treinta y cinco Beteles y sesenta y seis Jerusalenes o Salemes.

El temor a la catástrofe y las expectativas de la redención se intensificaron a la par: las heridas de las guerras civiles que habían desgarrado Francia e Inglaterra seguían abiertas en la misma época en la que en el este de Europa los judíos de Polonia y de Ucrania caían por decenas de miles en las matanzas a manos de los cosacos del bandolero Hetman Jmelnytsky. En 1649, Carlos I fue decapitado y Oliver Cromwell se alzó como el lord protector, un soldado milenarista convencido de que sus puritanos, igual que sus hermanos de la Nueva Inglaterra, eran el nuevo pueblo elegido: «En verdad, habéis sido elegidos por Dios, igual que lo fue Judá, para gobernar junto a Él y con Él», dijo. «Estáis en el límite de las promesas y de las profecías». Cromwell era un hebraísta que creía que Cristo no regresaría a menos que los judíos regresaran a Sión y, a continuación, se convirtieran al cristianismo. De hecho, los puritanos fueron los primeros sionistas cristianos. Joanna y Ebenezer Cartwright llegaron incluso a proponer que la Royal Navy «transportara a los hijos e hijas de Israel en sus buques hasta la Tierra prometida por sus antepasados para disfrutar de su herencia por los siglos de los siglos».

Muchos judíos estudiaron con seriedad la Cábala, soñando que el Mesías transformaría su tragedia ucraniana en redención. Un rabino holandés, Menasés ben Israel, le envió una petición al lord protector, señalando que la Biblia afirmaba que los judíos debían dispersarse por todos los rincones del mundo antes que su regreso a Sión desencadenara la Segunda Venida, y que, sin embargo, se les seguía prohibiendo su presencia en Inglaterra. Cromwell convocó entonces una reunión especial en Whitehall en la que se dictaminó que no era correcto excluir «de la luz a este pueblo humilde y menospreciado, y dejar a sus miembros entre falsos maestros, papistas e idólatras». Cromwell autorizó el regreso de los judíos. Tras su muerte, se restauró la monarquía y su puritanismo mesiánico perdió su poder, pero su mensaje perduró en las colonias americanas y entre los anticonformistas ingleses, a punto de florecer de nuevo en el despertar evangélico de doscientos años más tarde. Justo después de la Restauración, un excitante frenesí convulsionó el mundo judío: el Mesías estaba en Jerusalén, ¿o tal vez no?<sup>[3]</sup>

EL MESÍAS: SHABTAI TZVI

Se llamaba Mordecai, y era el desequilibrado hijo de un comerciante de aves y estudioso de la Cábala de Esmirna. En 1648, se autoproclamó Mesías pronunciando el Tetragrámaton, el impronunciado nombre de Dios basado en las letras hebreas YHWH que sólo pronunciaba una vez al año en el Día de la Expiación el sumo sacerdote en el Templo. Mordecai se cambió entonces el nombre por el de Shabtai Tzvi y anunció que el día del Juicio Final llegaría en el año 1666. Fue expulsado de Esmirna, pero gradualmente, y en el curso de sus viajes trabajando como mercader por todo el Mediterráneo, se ganó la devoción de una red de ricos seguidores. En 1660, se trasladó a El Cairo antes de proseguir su viaje hacia Jerusalén, donde ayunó, cantó, regaló dulces a los niños, y llevó a cabo acciones extrañas e inquietantes.

Shabtai irradiaba un magnetismo temerario y desquiciado, es evidente que se trataba de un maníaco depresivo que cantaba entre ataque y ataque de fe en sí mismo, melancolía desesperada y exaltación eufórica, crisis que le llevaban a realizar bufonadas demoníacas y, en ocasiones, desvergonzadamente eróticas. En cualquier otra época, habría sido condenado por obsceno y por loco pecador, pero en esos días catastrofistas, muchos judíos vivían en un estado de anticipación cabalística. Su locura era sin duda la auténtica marca de los santos.

Los judíos jerosolimitanos, muy empobrecidos a causa de los impuestos de los otomanos, le pidieron a Shabtai que recaudara fondos de sus protectores cairotas. Shabtai lo hizo y su misión fue todo un éxito, pero mientras él se preparaba para autoproclamarse Mesías en Jerusalén, no todo el mundo estaba convencido de ello. Tras muchos debates, los rabinos le prohibieron permanecer en la ciudad. Furioso se trasladó a Gaza, a la que eligió su ciudad santa en lugar de Jerusalén, y después inició su ministerio mesiánico en Alepo.

Si su revelación había empezado como un pequeño fuego, su fama estalló ahora y se extendió como la pólvora. Los judíos a lo largo y ancho de toda la Diáspora, desde Estambul a Amsterdam, celebraron la llegada del Mesías. En Ucrania, una joven y bella judía llamada Sara a quien las masacres de los cosacos habían dejado huérfana, fue rescatada por los cristianos y trasladada a Livorno, donde trabajó como prostituta, un trabajo que no menoscabó su convicción de que estaba destinada a casarse con el Mesías. Shabtai tuvo noticias de su existencia, se casó con ella (para emular al profeta Oseas, que se había casado con una prostituta) y los dos viajaron juntos por todo el Mediterráneo. Mientras tanto, los judíos de toda Europa estaban divididos entre los escépticos y los seguidores apasionados que recogían sus pertenencias para viajar a Jerusalén a recibir al Mesías, se flagelaban, ayunaban y se revolcaban en el barro y en la nieve. A finales del año 1666, la mesiánica pareja llegó arrolladora a Estambul donde fue aclamada por los judíos. Tras asumir autoridad imperial y universal, el rey de los judíos nombró a sus hermanos reyes de Roma y de Turquía. Ahora la ambición de Shabtai por lucir la corona de sultán desembocó en su

detención. El sultán le hizo al rey de los judíos una oferta que éste no pudo rechazar: o bien realizaba un milagro, el de sobrevivir a una descarga de flechas, o bien se convertía al islam. Eligió la conversión.

Para la mayoría, esta apostasía<sup>[\*5]</sup> marcó la muerte del sueño incluso antes de la muerte de Shabtai en su exilio montenegrino, y los judíos de Jerusalén se sintieron aliviados al ver desaparecer a ese molesto charlatán.<sup>[4]</sup> La época de Cromwell y de Shabtai fue también la edad de oro del misticismo musulmán en Jerusalén, donde los sultanes otomanos protegían a las principales órdenes de sufíes, a quienes los turcos llamaban derviches. Hemos visto cómo los cristianos y los judíos concebían la ciudad. Ahora, un cortesano de lo más poco convencional, un erudito derviche, narrador y *bon vivant* llamado Evliya describe con gran cariño las idiosincrasias de la ciudad desde el punto de vista islámico, haciendo gala de un instinto y una elegancia, a menudo irónicos, que le convierten tal vez en el más grande de los escritores de viajes musulmanes.

## EVLIYA: EL PEPYS Y FALSTAFF OTOMANO

Incluso en su época, Evliya debió de ser un personaje único en su especie: hijo de un orfebre del sultán, este acaudalado viajero, escritor, cantante, erudito y guerrero, había nacido en Estambul, se había criado en la corte, había sido educado por el ulema imperial, y Mahoma le había aconsejado en un sueño que viajara por todo el mundo. Se convirtió, en sus propias palabras, en «el viajero del mundo y compañero inseparable de la humanidad», y viajó, no sólo a lo largo y ancho del vasto imperio otomano, sino también por los territorios de la cristiandad, anotando obsesivamente en sus crónicas sus aventuras, que reunió en diez asombrosos volúmenes. Igual que Samuel Pepys escribía sus diarios en Londres, Evliya, ya fuera en Estambul, en El Cairo o en Jerusalén, compilaba su *Libro de viajes*, «el viaje más largo y más completo de la literatura islámica, y tal vez de la literatura mundial». Ningún escritor islámico escribió sobre Jerusalén con tanta poesía, o de forma tan ingeniosa sobre la vida.

Evliya vivió, literalmente, de su ingenio, puesto que, con sus bromas, rimando pareados, canciones pícaras y luchando por deporte, se ganó el favor de Mohamed IV, y pudo viajar uniéndose a los séquitos de los nobles otomanos gracias a su conocimiento religioso y a su manera exuberante de entretenerles. Sus libros son en parte almanaques que reúnen gran cantidad de hechos y datos, en parte antologías de historias extraordinarias: Evliya Celebi (un título que sólo significa «caballero») luchó contra los Habsburgo y conoció al sacro emperador romano en Viena, a quien impresionó por los conocimientos que tenía del Santo Sepulcro de Jerusalén. En una batalla, recogió en su crónica su propia hilarante escapada, burlándose de sí mismo,

«escapar también es un acto de valor», y probablemente la escena escatológica más «peregrina y cómica» de la historia militar.<sup>[\*6]</sup>

Nunca se casó, y se negó a aceptar cualquier trabajo en el servicio imperial que interfiriera con la libertad de viajar a su antojo. A menudo le regalaban jóvenes esclavas, y era tan ingenioso con respecto al sexo como con todo lo demás: lo llamaba la «dulce calamidad» y «placentero combate de lucha libre», y registró con buen humor su episodio de impotencia que curaría con un caldo egipcio de serpiente. Tuvo la audacia de sugerir en broma que el sexo era la «mayor de las yihads», y lo que más llama la atención del lector moderno sobre Evliya es que, siendo como era un devoto musulmán, nunca dejaba de hacer bromas sobre el islam, algo impensable hoy en día.

Aunque este erudito podía recitar todo el Corán en ocho horas y ejercer de muecín, se afeitaba la barba, era irreverente, abierto de mente y un enemigo del fanatismo, ya fuera islámico, judío o cristiano, algo muy poco habitual. En su calidad de «derviche errante», sentía fascinación por Jerusalén, «la antigua alquibla» que «en la actualidad es la Kaaba de los pobres (o de los derviches)», la capital, La Meca del sufismo: contó setenta conventos de derviches, el mayor de los cuales estaba cerca de la Puerta de Damasco, de orígenes diversos, desde la India hasta Crimea, y describió cómo un contingente de cada orden cantaba canciones y danzaba los bailes extáticos del *zikr* toda la noche, hasta la llegada del alba.

Evliya escribió que la ciudad, que tenía doscientos cuarenta centros de culto y cuarenta *madrassas*, constituía «el objeto de deseo de los reyes de todas las naciones», y quedó deslumbrado por la imponente belleza y santidad de la Cúpula: «Esta humilde persona lleva treinta y ocho años viajando por diecisiete imperios y ha visto innumerables edificios, pero nunca he visto uno que se pareciera tanto al paraíso. Al entrar, uno queda desconcertado, y es tal el asombro, que te deja sin palabras». En al-Aqsa, donde el predicador se subía cada viernes al púlpito blandiendo la espada del califa Omar, y donde ochocientas personas se encargaban de la realización de los rituales, Evliya observó que los mosaicos reflejaban los rayos de sol de tal modo que «la mezquita se hace luz sobre luz y los ojos de los congregados brillan con reverencia mientras rezan».

En la Cúpula «todos los peregrinos deambulaban en círculo alrededor de la Roca por el exterior de la barandilla» y la Explanada de las Mezquitas se había convertido en «un lugar de paseo embellecido con rosas, jacintos y arrayanes llenos del embriagador trino de los ruiseñores», y abrazó con agrado la mayor parte de sus leyendas, por ejemplo, que el rey David había empezado la construcción de la mezquita de al-Aqsa, y Salomón, en cambio, «puesto que era el sultán de todas las criaturas, les había ordenado a los demonios acabar la construcción». No obstante, cuando le enseñaron las cuerdas que supuestamente Salomón había tejido hacía tres

mil años, no pudo resistir espetarle al ulema: «¿Me estás diciendo que las cuerdas utilizadas para atar a los demonios no se han podrido?».

Por supuesto, visitó la iglesia del Santo Sepulcro en Pascua, donde su reacción fue similar a la de los protestantes ingleses. Averiguó el secreto del Fuego Sagrado, y explicó que un monje escondido dejaba gotear un bote de nafta oculto a lo largo de una cadena para producir así el milagro anual. La celebración en sí no era más que un «desmadre», y a la iglesia «le falta espiritualidad, más bien parece una atracción turística», pero charló allí con un protestante que culpaba a los ortodoxos griegos, «un pueblo estúpido y crédulo».

Evliya regresó varias veces a Jerusalén antes de retirarse a El Cairo a terminar de escribir sus libros, pero nunca vio nada que pudiera compararse a la Cúpula de la Roca, «realmente una réplica de un pabellón en el Paraíso». No todos estaban de acuerdo con él: a los musulmanes conservadores les horrorizaban todos esos bailes, milagros y cultos beatos que tanto divertían a Evliya. «Algunas de las mujeres se descubren el rostro, y enseñan su belleza, sus adornos y sus perfumes. Por Dios, ¡si incluso estaban sentadas muy juntas las unas de las otras entre los hombres!», observó Qashashi, reprobando «los excitados clamores y bailes», el sonido de las panderetas y los mercaderes vendiendo dulces. «Éstos son los días del banquete de bodas de Satán».

El poder de los otomanos estaba ahora en plena decadencia, los sultanes se veían zarandeados por las exigencias de las potencias europeas, cada una de ellas respaldando su propia secta cristiana. Cuando los católicos austríacos y franceses lograron el *praedominium* para los franciscanos, los rusos, la nueva e impetuosa potencia en alza en Europa y en Jerusalén, presionaron y sobornaron a los otomanos hasta que lo recuperaron para los ortodoxos. Los franciscanos no tardaron en recuperarlo otra vez, pero en tres ocasiones estallaron las luchas, incluso en el interior de la iglesia del Santo Sepulcro.<sup>[\*7]</sup> La batalla diaria del Santo Sepulcro se libraba más con la escoba que con el garrote, a golpe de cepillo más que a golpe de cuchillo: quienquiera que limpiara una parte de la iglesia podía reivindicar dicha parte, y así, centímetro a centímetro, los sacristanes, escoba en mano, intentaban hacer avanzar su territorio, observados y vigilados de cerca por sus rivales, los otros barrenderos sagrados. En 1699, los otomanos, derrotados en el campo de batalla, firmaron el tratado de Karlowitz, que permitía a las grandes potencias proteger a sus hermanos en Jerusalén, una concesión catastrófica.<sup>[5]</sup>

Mientras tanto, los gobernadores nombrados desde Estambul habían reprimido Palestina hasta tal punto que los campesinos se rebelaron. En el año 1702, el nuevo gobernador de Jerusalén aplastó la rebelión y decoró las murallas con las cabezas de sus víctimas, pero cuando destruyó un pueblo propiedad del muftí, el líder religioso de Jerusalén, el cadí de la ciudad lo criticó abiertamente en las oraciones de viernes

de al-Aqsa y les abrió las puertas a los rebeldes.



# CAPÍTULO 33

## LAS FAMILIAS, 1705-1799

### LOS HUSSEINI: LA REVUELTA DEL NAQIB AL-ASHRAF Y EL POGROMO CANINO

Los campesinos armados merodeaban por las calles. El cadí, el juez supremo, con el apoyo de la guarnición, lanzó un ataque contra la prisión y asumió el mando de Jerusalén. En uno de los momentos más extraños de la ciudad, Jerusalén se encontró independiente, y el cadí, a cambio de un soborno, nombró jefe de la ciudad a Mohamed ibn Mustafá al-Husseini.

Husseini era el jefe del clan más prominente de Jerusalén, clan que había ascendido gracias al éxito y a la popularidad de la familia Farrukh un siglo antes, pero también era el Naqib al-Ashraf, el líder de las familias descendientes del Profeta a través de Hussein, el nieto de Mahoma: sólo el *ashraf* podía llevar el turbante verde y exigir que la gente se dirigiera a él con el título de *sayyid*.

Las tropas otomanas enviadas para reprimir la revuelta acamparon en el exterior de las murallas, pero Husseini demostró que estaba preparado para un asedio, y las tropas se retiraron a Gaza. En el interior de Jerusalén, la rebelión había sustituido una tiranía por otra. A los judíos se les prohibió vestir de blanco en el Sabbat, llevar en la cabeza tocados musulmanes y clavos en sus zapatos, restricciones vestimentarias que también fueron aplicadas a los cristianos, y ambos debían ceder el paso a los musulmanes en la calle. Se recaudaron multas indignantes mediante la violencia. El rabino de una secta mesiánica recién llegada formada por quinientos judíos polacos de Grodno liderados por Judá el Piadoso falleció, lo que dejó a sus miembros, que sólo hablaban *yiddish* o polaco, especialmente vulnerables, por lo que no tardaron en verse sumidos en la ruina.

En una ocasión en la que un perro extraviado entró en la Explanada de las Mezquitas deambulando sin rumbo, el cadí ordenó la ejecución de todos los perros de Jerusalén y, como humillación especial, todos los judíos y cristianos fueron obligados a entregar los perros muertos en un punto de recogida en el exterior de la Puerta de Sión. Bandas de niños mataban a los perros y les entregaban luego los cadáveres al primer infiel que encontraban.

Cuando se acercó un ejército otomano más poderoso, la guarnición y los místicos sufíes se pusieron en contra de la rebelión y tomaron la Torre de David. Husseini se fortificó en su mansión, y durante tres días los dos bandos se lanzaron flechas entre

sí. En la subsiguiente batalla, las calles del norte de la Ciudad Vieja quedaron cubiertas de cadáveres, y Husseiní perdió más apoyos, mientras los otomanos bombardeaban la Explanada de las Mezquitas desde el exterior de la ciudad. En mitad de la noche del 28 de noviembre de 1705, Husseiní se dio cuenta de que había perdido la partida y huyó, perseguido por los otomanos. El reinado de la extorsión continuó bajo el nuevo gobernador. Muchos judíos, al verse robados otra vez, se marcharon sin más, y en el año 1720, los arruinados polacos asquenazíes, después de que su sinagoga fuera incendiada,<sup>[\*1]</sup> se enfrentaron finalmente a la prisión, al destierro y a la bancarrota. La pequeña y antigua comunidad judía sefardí, que se sentía como en casa en el mundo otomano y árabe, sobrevivió.

Husseiní fue capturado y decapitado. Tras mucha rivalidad dinástica, la sucesión de Husseiní como *naqib* la asumiría Abd al-Latif al-Ghudaya, cuya familia en algún momento de aquel siglo se cambió el nombre, apropiándose del prestigioso nombre de los Husseiní. La familia Ghudaya se convertiría en la nueva familia Husseiní, la más poderosa de las dinastías dominantes hasta el siglo XXI.<sup>[1]</sup>

## LA FAMILIA HUSSEINI, EL ASCENSO DE LAS GRANDES FAMILIAS

Cualquier personaje importante que visitara Jerusalén durante el siglo XVIII deseaba alojarse en la residencia del jefe de este clan, que solía tener la casa abierta a campesinos, eruditos y funcionarios otomanos por igual; se dijo que cada noche tenía ochenta personas invitadas a cenar. «Todo el mundo lo visita, vecinos o personas procedentes de tierras lejanas», escribiría uno de estos invitados al «palacio» de Abd al-Latif al-Ghudaya que dominaba el paisaje de Jerusalén. «Los extranjeros encuentran refugio en su casa, y residen en ella todo el tiempo que quieren». Los visitantes de Abd al-Latif salían de Jerusalén escoltados por un escuadrón de jinetes de su anfitrión.

El resurgimiento de los Husseiní marcó el ascenso de las grandes familias de Jerusalén. Prácticamente, cada cargo de honor en Jerusalén era hereditario. Las grandes familias, en su mayor parte, descendían de jeques sufíes que habían sido favorecidos por este o aquel conquistador. La mayor parte de las familias se cambió el nombre e inventó grandiosas genealogías, y solían alternar las peleas con los matrimonios, nada demasiado diferente a lo que hacían sus equivalentes occidentales. Cada una de ellas defendía ferozmente, y se esforzaba por ampliar, su propia y lucrativa base de poder.<sup>[\*2]</sup> Sin embargo, la fortuna hubiera sido una vulgaridad sin la erudición, el pedigrí, inútil sin la fortuna, y el cargo, imposible sin la protección de los otomanos. En ocasiones, las familias resolvían sus rencillas con las armas: dos miembros de la familia Nusseibeh cayeron en una emboscada y fueron asesinados por

un pelotón de los Husseini cerca de Abu Rhos, pero, tal como era costumbre, las familias sellaron la paz casando al hermano superviviente de la víctima Nusseibeh con la hermana del muftí de Jerusalén.

Con todo, ni siquiera las grandes familias podían garantizar la prosperidad en una Jerusalén herida por los intermitentes combates entre la guarnición otomana de quinientos soldados, notorios por su depravación, los salteadores beduinos, los turbulentos jerosolimitanos y los gobernadores corruptos. La población, presa de las rapiñas del gobernador de Damasco que solía llegar a la ciudad cada año con un pequeño ejército para cobrar los impuestos,<sup>[\*3]</sup> se redujo hasta ocho mil habitantes.

Los judíos que carecían de apoyos europeos sufrían amargamente. «Los árabes», escribió Gedaliah, un asquenazí de Polonia, «suelen agraviar en público a los judíos. Si uno de ellos golpea a un judío, el judío se aleja temeroso. Y si un turco encolerizado le propina una terrible y vergonzosa paliza a base de patadas a un judío, nadie se acercará a defenderlo». Vivían en la sordidez y miseria más absoluta, y tenían prohibido reparar sus casas. Doscientas familias judías huyeron: con las «persecuciones y las extorsiones intensificándose día a día», escribiría un peregrino judío en el año 1766, «tuve que huir de la ciudad por la noche. Cada día arrojaban a alguien en prisión».

Los cristianos se odiaban entre ellos mucho más de lo que odiaban a los infieles; el padre Elzear Horn, un franciscano, llamaba a los griegos, «el vómito». Cada una de las sectas disfrutaba con cada una de las miserables molestias y penosas humillaciones que sufrían sus rivales en la iglesia del Santo Sepulcro. El control otomano y la competencia entre cristianos significaba que trescientos residentes permanentes quedaban encerrados cada noche en la iglesia, «más como prisioneros» que como sacerdotes, en opinión de Evliya, donde vivían en permanente estado de sitio. La comida se les hacía llegar a través de un agujero en la puerta, o por medio de un sistema de poleas hasta las ventanas. Estos monjes, la mayoría de ellos ortodoxos, padecía «migrañas, fiebres, tumores, diarrea y disentería». Las letrinas del Sepulcro eran una especial fuente de rencor, y de hedor: cada secta tenía su propia organización sanitaria, pero a los franciscanos, escribiría el padre Horn, «el olor les provocaba un amargo sufrimiento». Los griegos no tenían ninguna letrina y las sectas más pequeñas y sumidas en la más profunda pobreza, coptos, etíopes y siríacos, sólo podían comprarse su propia comida realizando tareas serviles tales como vaciar los cubos de excrementos de los griegos. No extraña, pues, que el escritor francés Constantin Volney oyera decir que los jerosolimitanos «se han ganado, y se merecen, la reputación de ser la gente más perversa de Siria».

Cuando Francia ganó una vez más el *praedominium* para los franciscanos, los ortodoxos griegos les devolvieron el golpe. La víspera del Domingo de Ramos de 1757, por la noche, los ortodoxos griegos les prepararon una emboscada a los

franciscanos en la rotonda del Sepulcro, «con bastones, mazas, ganchos, puñales y espadas» que habían escondido tras los pilares y bajo sus hábitos; en el combate subsiguiente, destrozaron lámparas y tapices. Los franciscanos huyeron a refugiarse en San Salvador, donde fueron sitiados por los griegos. Este tipo de tácticas mafiosas funcionaban: los griegos recuperaron el favor del sultán quien les devolvió la posición dominante en el Santo Sepulcro, posición que todavía conservan en la actualidad.<sup>[2]</sup> Entonces, el poder otomano en Palestina se derrumbó. Empezando por Galilea en la década de 1730, un jeque beduino, Zahir al-Umar al-Zaydani, había construido un feudo en el norte que gobernaba desde Acre, la única vez, salvo por algunas rebeliones de corta vida, en la que un árabe palestino gobernó una amplia extensión de Palestina.

### ASCENSO Y CAÍDA DEL «REY DE PALESTINA».

En 1770, Alí Bey, un general egipcio que llevaba el magnífico nombre de «Cazanubes» (se lo había ganado tras derrotar a los beduinos; según los otomanos, los beduinos eran tan difíciles de capturar como las nubes), se alió con el jeque Zahir, y juntos conquistaron la mayor parte de Palestina, tomando incluso Damasco, pero el pachá del sultán en Jerusalén resistió. La emperatriz rusa Catalina la Grande, en aquel momento en guerra contra los otomanos, envió una flota al Mediterráneo que derrotó a la armada del sultán. El Cazanubes necesitaba la ayuda de los rusos y a Rusia sólo le interesaba un trofeo, Jerusalén. Los buques rusos bombardearon Jaffa y a continuación pusieron rumbo a Beirut. Zahir ocupó Jaffa, pero ¿podrían él y el Cazanubes liberar Jerusalén?

El jeque Zahir envió sus tropas a tomar la ciudad, pero no fueron capaces ni siquiera de hacer mella en las murallas. Los otomanos, derrotados en todos los frentes, les pidieron la paz a los rusos. En el tratado de paz de 1774, Catalina y su favorito, el príncipe Potemkin, obligaron a los otomanos a reconocer a los rusos como protectores de los ortodoxos; la creciente obsesión rusa por Jerusalén desembocaría en una guerra europea.<sup>[\*4]</sup> Los otomanos pudieron entonces reconquistar las provincias perdidas: el Cazanubes fue asesinado y el jeque Zahir, de ochenta y seis años de edad, se vio obligado a escapar de Acre. En el curso de su huida, mientras cabalgaba, observó que faltaba su concubina favorita: «éste no es momento de dejar atrás a nadie», dijo, y galopó de regreso. En el momento en que él intentaba recogerla y subirla al caballo, la joven le hizo caer y unos asesinos lo apuñalaron, lo decapitaron y la cabeza encurtida del primer «rey de Palestina» fue enviada a Estambul.<sup>[3]</sup> La anarquía atrajo entonces al héroe en alza de la Francia revolucionaria.

## NAPOLEÓN BONAPARTE: «UN CORÁN QUE COMPUSE YO MISMO».

El 19 de mayo de 1798, Napoleón Bonaparte, de veintiocho años, pálido y demacrado, con el cabello largo y lacio, zarpó para conquistar Egipto con una flota de 335 buques, 35 000 soldados y una academia de 167 científicos. «Descubriría una religión», reflexionó con arrogancia megalómana, «me vi marchando hacia Asia a lomos de un elefante, con un turbante en la cabeza y, en una mano, un Corán que compuse yo mismo».

Su aventura estaba inspirada en la ciencia revolucionaria, la fría política y el romanticismo de los cruzados. Todos en París habían leído el libro de viajes del *philosophe* Constantin Volney, un superventas en el que describía «las maltratadas ruinas de Jerusalén» y la decadencia del Levante otomano, maduro y a punto para ser conquistado por la razón civilizadora de la Ilustración. La Revolución Francesa había intentado destruir la iglesia y sustituir el cristianismo por la razón, la libertad e incluso por un nuevo culto al Ser Supremo. No obstante, el catolicismo había sobrevivido y Napoleón aspiraba a poder cicatrizar las heridas de la revolución mediante la fusión de monarquía, fe y ciencia, de ahí que llevara a los científicos a bordo. Ahora bien, también se trataba del imperio: Francia estaba en guerra con Gran Bretaña. La expedición había nacido en la mente del cojo y huraño antiguo obispo Charles-Maurice de Talleyrand, el ministro de Asuntos Exteriores, quien confiaba de este modo en conseguir el control del Mediterráneo y aislar a la India británica. Si Bonaparte lograba el éxito, perfecto, pero si fracasaba, Talleyrand se deshacía de un rival. Como solía ser habitual en Oriente Medio, los europeos esperaban que los orientales les estuvieran agradecidos por su bien intencionada conquista.

Napoleón alcanzó sin problemas la costa de Egipto, todavía gobernado por una casta híbrida de funcionarios mamelucos y otomanos, a los que derrotó rápidamente en la batalla de las Pirámides. El almirante Horatio Nelson, sin embargo, destruyó por completo la flota francesa en la bahía de Aboukir. Bonaparte había ganado Egipto, pero Nelson había dejado atrapado a su ejército en el este, lo que alentó a los otomanos a plantarle cara a Napoleón en Siria. Si Napoleón quería sobrevivir en Egipto, tenía que dirigirse hacia el norte y asegurarse Siria.

En febrero de 1799, invadió Palestina con trece mil hombres y ochocientos camellos. El 2 de marzo, durante su avance hacia Jaffa, su caballería, al mando del general Damas, realizó una incursión a apenas cinco kilómetros de Jerusalén. El general Bonaparte se hizo ilusiones sobre la conquista de la Ciudad Santa, e informó al Directorio en París: «Cuando leáis esta carta, es posible que me encuentre sobre las ruinas del Templo de Salomón».

# **PARTE 8**

## **IMPERIO**

Cómo me gustaría visitar Jerusalén alguna vez.

Abraham Lincoln, en conversación con su esposa

El teatro de los acontecimientos más memorables y estupendos que jamás hayan ocurrido en los anales de este mundo.

James Barclay, *City of the Great King*

En ningún lugar es el arco del firmamento más puro,  
intenso y despejado que en las orgullosas alturas de Sión.

Aun así, si el viajero puede olvidar que está pisando  
la tumba de las personas de quienes surgió su religión,  
sin duda es una ciudad de la que preferiría salir.

W. H. Bartlett, *Walks*

Sí, soy un judío, y cuando los antepasados de su señoría  
vivían como salvajes en una isla desconocida,  
los míos eran sacerdotes del Templo de Salomón.

Benjamin Disraeli, discurso en la Cámara de los Comunes británica

¡Ved lo que aquí se ha hecho en nombre de la religión!

Harriet Martineau, *Eastern Life*

# CAPÍTULO 34

## NAPOLEÓN EN TIERRA SANTA, 1799-1806

### EL BARBAZUL DE ACRE

Nada se interponía entre Napoleón y la conquista de Jerusalén, excepto el Carnicero Ahmet Jazzar Pasha, el señor de la guerra de la Palestina otomana. Había adoptado el nombre de Jazzar, carnicero, de joven, y había construido su carrera sobre el principio de que el miedo motiva a los hombres más que cualquier otra cosa.

El Carnicero sembró el terror en sus dominios mutilando a cualquiera de quien sospechara la más mínima deslealtad. Un inglés, que le visitó en su capital en Acre, observó que estaba «rodeado de personas mutiladas y desfiguradas. Al personal de servicio y las personas junto a las puertas» les faltaba una extremidad, la nariz o un ojo. Su primer ministro judío, Haim Farhi, «había sido privado de una oreja y un ojo», sólo por seguridad. «A cualquiera que haya visitado esta parte de Siria le sorprende la cantidad de rostros sin orejas y nariz». El Carnicero los llamaba sus «hombres marcados». En ocasiones, herraba los pies de sus víctimas con herraduras de caballo, en otras, había emparedado vivos a algunos cristianos de la zona *pour encourager les autres*, y en una ocasión, reunió a cincuenta funcionarios corruptos, les ordenó desnudarse y a sus soldados, que los descuartizaran. Cuando sospechó la traición en su harén, mató a siete de sus propias esposas, y alcanzó notoriedad como «el tirano de Acre, el Herodes de su tiempo, el terror de todos los países vecinos, la leyenda de Barbazul hecha realidad».

El Carnicero, con su larga barba blanca, sus túnicas sencillas, su daga incrustada de piedras preciosas al cinto y esa delicada costumbre suya de regalar flores de papel cortadas por él mismo, impresionó a los europeos. Irradiaba un encanto macabro, y solía decirles a sus visitantes: «Confío en que habréis descubierto que mi nombre se respeta, e incluso se quiere, a pesar de mi severidad». Por la noche, se encerraba en su harén, cuyas estrellas eran dieciocho rubias eslavas.<sup>[\*1]</sup> El anciano Carnicero se enfrentaba ahora a Napoleón, que se encontraba en la flor de la vida. Los franceses pusieron asedio a Jaffa, el puerto de Jerusalén y a unos escasos treinta y cinco kilómetros de distancia, lo que provocó que en Jerusalén cundiera el pánico: las grandes familias armaron a los jerosolimitanos, una turba saqueó los monasterios cristianos, y los monjes tuvieron que ser encarcelados por su propia seguridad. En el exterior de las murallas, el general Damas le pidió permiso a Bonaparte para atacar la



## NAPOLEÓN: «CUARTEL GENERAL, JERUSALÉN».

Napoleón respondió que antes tenía que conquistar Acre, después «venir en persona a plantar el árbol de la libertad en el preciso lugar en el que Cristo había sufrido, y que el primer soldado francés que cayera en el ataque sería enterrado en el Santo Sepulcro». Napoleón y sus tropas dejaron claro que no consideraban que su expedición contra los musulmanes estuviera sometida a las normas de la conducta civilizada. Durante el asalto a Jaffa, sus «soldados despedazaron a hombres y mujeres, el espectáculo era terrible», escribió uno de los científicos franceses, horrorizado por el «sonido de los disparos, los alaridos de las mujeres y de los padres, los cadáveres amontonados, una hija violada sobre el cadáver de su madre, el olor a sangre, los quejidos de los heridos, los gritos de los vencedores peleándose por el botín». Los franceses descansaron por fin, «saciados por la sangre y el oro, sobre un montón de cadáveres».

Antes de ponerse en marcha hacia Acre, Bonaparte ordenó la matanza a sangre fría de, al menos, dos mil cuatrocientos soldados del Carnicero, más probablemente cuatro mil, que fueron ejecutados en lotes de seiscientos al día. El 18 de marzo de 1799, los franceses pusieron sitio a Acre, todavía controlada por el Carnicero, a quien Napoleón llamaba despectivamente «un anciano al que no conozco», pero Barbazul y sus cuatro mil afganos, albaneses y moros opusieron una enérgica resistencia.

El 16 de abril, Napoleón derrotó a la caballería del Carnicero y a un ejército otomano en la batalla de la Montaña de Tabor, tras la cual, y puesto que ya se encontraba en Ramala, a unos cuarenta kilómetros de Jerusalén, promulgó una «Proclama» prosionista «para los judíos», en cuyo encabezamiento hacía gala de una mendacidad evidente: «Cuartel general, Jerusalén, 20 de abril de 1799».

Bonaparte, Comandante en Jefe de los ejércitos de la Republica Francesa en África y Asia, a los herederos por derecho de Palestina, una nación de judíos única privada durante miles de años de la tierra de vuestros antepasados a causa de la codicia de conquista y tiranía. Levantaos entonces con gozo, oh vosotros exiliados, y tomad para vosotros el patrimonio de Israel. El joven ejército ha instalado mi cuartel general en Jerusalén y en pocos días se trasladará a Damasco para que podáis quedaros aquí [en Jerusalén] como gobernantes.

La gaceta oficial francesa, *Le Moniteur*, afirmó que Napoleón había «armado ya a una gran cantidad [de judíos] para re-establecer la antigua Jerusalén», pero Napoleón no podía tomar Sión hasta que Acre fuera suya,<sup>[2]</sup> y el Carnicero había recibido refuerzos, dos navíos de línea de la Royal Navy al mando de un comodoro muy poco convencional.

## SIR SIDNEY SMITH, «EL MÁS BRILLANTE DE LOS CABALLEROS».

Sidney Smith, hijo de una rica heredera y del aventurero con el que se había fugado, era «atractivo, lucía un tremendo mostacho y tenía los ojos negros y una mirada penetrante». Se había alistado en la marina a los trece años, combatido contra los rebeldes americanos y más tarde, secundado por la marina sueca, contra los rusos de Catalina la Grande. El rey de Suecia le había armado caballero, y sus rivales ingleses se burlaban de él llamándole «el Caballero sueco». Después de la Revolución Francesa, Smith combatió en Francia, donde fue capturado y encarcelado en la temible prisión del Temple, protagonizando después una audaz y espectacular fuga. Más tarde, se mofaría de Bonaparte, un personaje por el que sentía un particular desprecio, en una serie de cartas publicadas en la prensa. Smith no convencía a todos: un observador lo calificó de «hombre entusiasta, de actividad incansable, vana extravagancia, y sin ningún objetivo determinado salvo el de convencer a la humanidad de que Sidney Smith era el más brillante de los caballeros». Ahora bien, si en la vida real Smith era absurdo y ridículo, en tiempos de crisis fue un héroe.

Smith y el Carnicero entablaron una relación. Cuando el inglés admiró la reluciente espada damascena que el Carnicero tenía siempre junto a él, Jazzar se jactó: «la que llevo al cinto nunca falla. Ha cortado docenas de cabezas». Smith quiso una prueba, así que el Carnicero ordenó que le trajeran un buey al que, acto seguido, decapitó de un sólo golpe. Smith y sus 88 marineros se incorporaron a la guarnición multinacional del Carnicero. Bonaparte lanzó tres asaltos sobre Acre, que Smith y el Carnicero lograron rechazar. Los refuerzos otomanos se acercaban, el asedio entraba ya en su tercer mes, y los generales franceses se inquietaron de verdad.

El 21 de mayo de 1799, con 1200 soldados muertos y 2300 heridos o enfermos, Napoleón inició la retirada hacia Egipto. Ochocientos soldados franceses yacían enfermos en Jaffa, y puesto que retrasarían la retirada, Napoleón ordenó a sus médicos que mataran a los heridos. Los médicos franceses se negaron a ello, pero un doctor turco les administró dosis letales de láudano a los pacientes. No extraña así la reflexión del general francés Jean-Baptiste Kléber: «En Tierra Santa hemos cometido grandes pecados y tremendas estupideces». Dos mil jerosolimitanos montados, bajo el mando del gobernador de la ciudad, persiguieron y acosaron a los franceses en retirada. Cuando los combatientes campesinos de Nablus forzaron su entrada en Jaffa, Smith logró impedir una masacre de cristianos ordenando el regreso de los jerosolimitanos para restaurar el orden.

Una vez en Egipto, Napoleón, enfrentado a la realidad de una desastrosa campaña que sólo la descarada distorsión de la realidad podía salvar, abandonó a sus hombres y embarcó de regreso a Francia. El general Kléber asumió entonces el mando en

Egipto y maldijo a Napoleón: «Ese cabrón se ha cagado de miedo y nos ha dejado tirados». A su llegada, no obstante, Napoleón fue recibido y aclamado como si se tratara del regreso de un conquistador victorioso. Al cabo de poco tiempo ocupaba el cargo de primer cónsul,<sup>[\*2]</sup> y le arrebató el poder al Directorio, y una canción romántica sobre su expedición, «Partant pour la Syrie», se convertía en el himno bonapartista.

Los cristianos de Jerusalén, en especial los católicos, estaban amenazados por las represalias de los musulmanes. Adicto a los grandes gestos, Smith decidió que sólo una demostración de la flema británica podía salvar a sus hermanos. Con el permiso del Carnicero y del sultán, hizo desfilar a sus soldados con el uniforme de gala y acompañados por el batir de los tambores desde Jaffa a Jerusalén. En su avance por las calles de la ciudad, izó la bandera británica sobre el tejado del monasterio de San Salvador, cuyo prior franciscano declaró que «todos los cristianos de Jerusalén habían contraído la mayor de las deudas hacia la nación inglesa, y en especial, hacia Smith, gracias a quien, hemos sido protegidos de la implacable mano de Bonaparte». De hecho, era a los musulmanes a quienes más temían. Smith y su tripulación rezaron en el Sepulcro, los primeros soldados franceses en entrar en Jerusalén desde 1244.<sup>[3]</sup>

El sultán Selim III cubrió de honores al Carnicero, y lo nombró pachá de su Bosnia natal, de Egipto y de Damasco. Tras una corta guerra con el pachá de Gaza, recuperó la hegemonía de Jerusalén y Palestina. No obstante, no se había ablandado, puesto que le cortó la nariz a su primer ministro para mortificar un rostro al que ya le faltaban una oreja y un ojo. Tras su muerte, en el año 1804, Palestina se sumió en el caos.

Napoleón y Smith habían puesto el Levante de moda. Entre los aventureros que a partir de aquel momento empezaron a explorar el este y a narrar sus hazañas en libros que se convertían en superventas y que cautivaron a Occidente se encontraba un vizconde francés quien, en 1806, encontró Jerusalén asolada por el fuego, la rebelión y la rapiña, en su punto más bajo desde la época de los mongoles.<sup>[4]</sup>

## CAPÍTULO 35

### LOS NUEVOS ROMÁNTICOS: CHATEAUBRIAND Y DISRAELI, 1806-1830

#### EL VIZCONDE DE LA ORDEN DEL SANTO SEPULCRO

«Jerusalén me intimida», declararía François-René, vizconde de Chateaubriand, aun cuando esta «ciudad deicida» no fuera más que «una montaña de escombros» con los «monumentos confusos de un cementerio en medio de un desierto». Este católico monárquico de cabello encrespado abrazó la visión romántica de una Jerusalén gótica y desvencijada que esperaba ser rescatada por el «genio del cristianismo». En su opinión, cuanto más miserable fuera Jerusalén, tanto más se intensificaba su santidad y poesía, y la ciudad, en aquel momento, estaba sumida en la desesperación.

Los pachás rebeldes y hordas de campesinos palestinos se habían rebelado en repetidas ocasiones y se habían apoderado de una Jerusalén dejada de la mano de Dios que tuvo que ser tomada al asalto por los gobernadores de Damasco que cada año marchaban sobre ella con un ejército y trataban a la ciudad como territorio enemigo conquistado. A su llegada, el vizconde encontró al gobernador de Damasco acampado fuera de la ciudad, frente a la Puerta de Jaffa, mientras sus tres mil soldados amenazaban a los jerosolimitanos. Chateaubriand se instaló en el monasterio de San Salvador, que fue ocupado por esos rufianes que extorsionaban a los frailes para sacarles dinero. Solía pasear por las calles, altanero y armado con varias pistolas, pese a lo cual, uno de ellos le pilló desprevenido en el monasterio e intentó matarle: sólo consiguió sobrevivir gracias a que casi estranguló al turco. En las calles, «¡no vimos a ninguna criatura! ¡Cuánta miseria, cuánta desolación! La mayor parte de sus habitantes había huido a las montañas. Los comercios están cerrados, la gente se oculta en sótanos o se retira a las montañas». Tras la marcha del pachá, la guarnición en la Torre de David apenas alcanzaba una docena de soldados, y la ciudad parecía aún más fantasmal: «El único ruido que se oye es el galope de un alazán en el desierto, un jenízaro que lleva la cabeza de algún beduino o que regresa de saquear a los infelices campesinos».

Ahora, el francés podía gozar de los sagrados y miserables misterios de los santuarios. Con todo, este glotón entusiástico, que le daría su nombre a una receta de solomillo, disfrutaba con los banquetes que compartía con sus anfitriones franciscanos, notorios por su gordura, y se regalaba con «sopa de lentejas, ternera con pepinos y cebolla, cordero lechal asado con arroz, pichones, perdices, caza, y excelente vino». Armado de varias pistolas, recorrió el camino de los pasos de Jesús

burlándose de los monumentos otomanos (no merece la pena que se les preste atención) y de los judíos, «vestidos de harapos, cubiertos por el polvo de Sión y devorados por los parásitos». Chateaubriand no pudo evitar asombrarse al «ver que los señores de Judea por derecho vivían como esclavos y extranjeros en su propio país».

En el Sepulcro, oró arrodillado durante media hora, con la mirada «clavada en la piedra» de la tumba de Jesús, aturdido por el incienso, por el estruendo de los címbalos etíopes y por los cánticos de los griegos, antes de arrodillarse ante las tumbas de Godofredo y Balduino, los paladines franceses que habían derrotado al islam, «una religión hostil a la civilización y que sistemáticamente favorecía la ignorancia, el despotismo y la esclavitud».

Los franciscanos nombraron a Chateaubriand caballero de la orden del Santo Sepulcro en una solemne ceremonia en la que los frailes rodearon al vizconde arrodillado, le colocaron las espuelas de Godofredo en los tobillos y lo armaron caballero con la espada de los cruzados, mientras Chateaubriand experimentaba un gozo casi extático:

*Me hallaba en Jerusalén, en la iglesia del Calvario, a apenas una docena de pasos de la tumba de Jesús y a unos treinta de la de Godofredo de Bouillon, llevaba calzadas las espuelas de liberador del Santo Sepulcro, y había tocado esa espada, larga y ancha, que tan noble y valiente mano había empuñado antes, y no pude evitar conmoverme.<sup>[1]</sup>*

El 12 de octubre de 1808, un sacristán armenio se durmió junto a la estufa de la galería armenia, en el segundo piso de la iglesia del Santo Sepulcro. La estufa se incendió, abrasó al fraile hasta la muerte y el fuego se extendió, destruyendo la tumba de Jesús. En el caos subsiguiente, los cristianos, para impedir el saqueo, invitaron a Hassan al-Husseini, el muftí, a acampar en el patio de la iglesia. Los griegos acusaron a los armenios de provocar el incendio. Gran Bretaña y Austria, en aquel momento, estaban luchando para contener al aparentemente invencible emperador Napoleón, así que los griegos, apoyados por Rusia, pudieron entonces consolidar su control sobre el Santo Sepulcro y construyeron el edículo rococó que se alza en la actualidad alrededor de la tumba. Celebraron también que los sarcófagos bellamente decorados de los reyes cruzados habían sido destruidos: Chateaubriand, que ya se encontraba de regreso en Francia, había sido el último extranjero en verlas.<sup>[\*1]</sup> Una turba de musulmanes se lanzó contra los constructores que reconstruían la iglesia, la guarnición se amotinó y el sucesor y yerno del Carnicero, Solimán Pachá, conocido como el Justo (aunque cualquiera parecía clemente en comparación con su predecesor), tomó la ciudad: 46 rebeldes fueron ejecutados y sus cabezas adornaron

las puertas.<sup>[2]</sup>

Mientras la Jerusalén terrenal se sumía en la decadencia, en Occidente, la Jerusalén imaginaria encendía sueños alentados por la pequeña y fea guerra de Napoleón en Oriente Medio, por el declive de los otomanos, y, también, por el libro que escribió Chateaubriand a su regreso a Francia. Su *Itinerario de París a Jerusalén* marcó el tono de la actitud europea hacia ese Oriente de crueles e ineptos turcos, judíos llorones y árabes feroces pero primitivos, que tendían a congregarse en poses bíblicas y pintorescas. El libro alcanzó tal éxito, que lanzó incluso un nuevo género literario, y hasta su mayordomo Julien escribiría sus memorias de ese viaje.<sup>[\*2]</sup> En Londres, los alardes de sir Sidney Smith acerca de sus hazañas levantinas despertaron la imaginación de su regia amante, e inspiraron el más absurdo de los viajes de la monarquía.

## CAROLINA DE BRUNSWICK Y HESTER STANHOPE, REINA DE INGLATERRA Y REINA DEL DESIERTO

La princesa Carolina, la aislada esposa del príncipe regente (más tarde el rey Jorge V), se sintió muy atraída por el fascinante Smith, y solía invitar con regularidad a la prima de sir Sidney, *lady* Hester Stanhope, sobrina del primer ministro William Pitt, el Joven, para encubrir su apasionado romance.

*Lady* Hester odiaba a la poco refinada, ilusa y lasciva princesa Carolina, que se presentaba ante Smith «bailando por ahí, exhibiéndose igual que una corista» e incluso colocándose ligas bajo la rodilla: «¡Una mujer impúdica, una zorra descarada! ¡Tan baja! ¡Tan vulgar!». El matrimonio de Carolina con el príncipe regente había sido un desastre, y lo que se dio en llamar «delicada investigación» sobre su vida amorosa en aquel momento revelaría más tarde al menos cinco amantes, entre ellos Smith, lord Hood, el pintor Thomas Lawrence y varios sirvientes. Las historias de Smith sobre Acre y Jerusalén dieron por fin en la diana: ambas mujeres, cada una por su lado, decidieron viajar al este.

*Lady* Hester tenía su propio destino jerosolimitano. Richard Brothers era un antiguo marino y calvinista radical que se había autoerigido en el descendiente del rey David que gobernaría el mundo hasta la Segunda Venida de Cristo. En su libro, *Plan for New Jerusalem*, declaraba que Dios «había dispuesto que yo sería el rey y restaurador de los judíos», y añadía que el pueblo británico descendía de las Tribus Perdidas y que él les conduciría de regreso a Jerusalén. Diseñó jardines y palacios para el monte del Templo, y uniformes y banderas para sus nuevos israelitas, pero acabaría arrojado en prisión por lunático. Su visión angloisraelita era sin duda una visión excéntrica y, sin embargo, treinta años más tarde, la creencia en el sagrado retorno de los judíos para acelerar la Segunda Venida se había casi convertido en

política del gobierno británico.

Brothers esperaba una dama celestial que le ayudara en su empresa, y seleccionó a *lady* Hester Stanhope para que fuera su «reina de los judíos». Cuando *lady* Hester lo visitó en la prisión de Newgate, Brothers predijo que «ella iría un día a Jerusalén y conduciría al pueblo elegido». Stanhope, en efecto, visitó Jerusalén, y lo hizo en 1812, vestida con atractivas ropas otomanas, aunque las predicciones de Brothers no se materializaron. *Lady* Stanhope se quedó en Oriente, y su fama contribuyó a fomentar el interés de los europeos. Más satisfactorio aún, se adelantó tres años a su despreciada Carolina.

El 9 de agosto de 1814, la princesa, de cuarenta y seis años, iniciaba un escandaloso viaje por el Mediterráneo. Inspirada por Smith, Stanhope y los peregrinajes de varios antepasados cruzados, Carolina declaró que «Jerusalén es mi gran ambición».

En Acre, la princesa fue recibida por el primer ministro de Solimán el Justo, «un judío al que le falta un ojo, una nariz y una oreja»: el pachá había heredado no sólo el feudo, sino también el consejero del Carnicero, el judío Haim Farhi. Diez años después de la muerte del Carnicero, los cortesanos de Carolina no salían de su asombro al ver la cantidad de «personas sin nariz que se ven por la calles». La princesa, no obstante, disfrutaba de las «bárbaras pompas de las costumbres orientales». Llegó con un séquito de veintiséis personas, entre ellos un niño objeto de su adoración al que había adoptado, Willie Austin (aunque es posible que fuera su propio hijo), y su amante más reciente, un soldado italiano llamado Bartolomeo Pergami, dieciséis años menor que ella. Ascendido a noble, y su chambelán, era un hombre de «un metro ochenta con una magnífica cabellera negra, tez pálida y unos mostachos que llegan de aquí a Londres», en descripción de una apasionada dama. Al inicio de su viaje a Jerusalén, el séquito de doscientas personas de Carolina «parecía un ejército».

Entró en Jerusalén a lomos de un asno, igual que Jesús, pero estaba tan gorda que necesitó un sirviente a cada lado que la ayudara a montar. Los franciscanos la escoltaron, a ella y a su asno, hasta sus habitaciones en San Salvador. «Sería imposible pintar la escena», recordaba uno de los cortesanos de Carolina, «hombres, mujeres y niños, judíos, árabes, armenios, griegos, católicos e infieles, todos nos recibieron, “¡Ben venute!”, gritaron». Iluminados por antorchas encendidas, «muchos dedos señalaban a la peregrina real» con gritos de «¡es ella, es ella!». No es de extrañar: Carolina solía llevar «una peluca (cuyos rizos laterales eran casi tan altos como su bonete), cejas postizas (la naturaleza le había negado las suyas propias), y dientes también postizos», un vestido escarlata demasiado corto, con un profundo escote delante y detrás, que apenas podía ocultar la «inmensa protuberancia de su vientre». Un cortesano tuvo que reconocer que su entrada fue, al mismo tiempo,

«solemne e indudablemente cómica».

Orgullosa de ser la primera princesa cristiana en visitar Jerusalén en seis siglos, Carolina deseaba sinceramente dejar «una impresión adecuada de su elevada condición», y, por lo tanto, fundó la orden de Santa Carolina con su propia enseña, una cruz roja con un galón lila y plata. Su amante Pergami fue el primer (y último) gran maestro de la orden. A su regreso, Carolina encargó una pintura de su peregrinación: *The Entry Queen Caroline into Jerusalem*.

La futura reina de Inglaterra hizo generosas donaciones a los franciscanos, y el 17 de julio de 1815 (cuatro semanas después de la derrota final de Napoleón en Waterloo) «salió de Jerusalén entre los agradecimientos y los lamentos de las personas de todos los rangos y grados», nada sorprendente, habida cuenta del estado del lugar.

En el año 1819, Damasco triplicó los impuestos y la ciudad se rebeló de nuevo. Esta vez, Abdalá Pachá,<sup>[\*3]</sup> el hombre fuerte de Palestina y nieto del Carnicero, atacó Jerusalén, y después de capturar la ciudad, el gobernador de la ciudad estranguló con sus propias manos a 28 rebeldes; el resto fue decapitado al día siguiente y todos los cadáveres alineados en el exterior de la Puerta de Jaffa. En 1824, las salvajes depredaciones del pachá otomano conocido con el nombre de Mustafá el Criminal provocaron una revuelta campesina y Jerusalén logró la independencia durante algunos meses, hasta que Abdalá Pachá bombardeó la ciudad desde el monte de los Olivos. A finales de la década de 1820, Jerusalén había «caído, desolada y abyecta», escribió una valiente viajera inglesa, Judith Montefiore, que visitaba la región en compañía de su esposo, Moses. «Ni una sola reliquia», dijo, quedaba de la ciudad «que había sido el gozo de toda la tierra».

Los Montefiore fueron los primeros de una nueva raza de poderosos y orgullosos judíos europeos decididos a ayudar a sus descuidados hermanos en Jerusalén. Fueron recibidos con honores por el gobernador de la ciudad y se alojaron en casa de un antiguo comerciante de esclavos marroquí en el interior de las murallas. Iniciaron su obra filantrópica restaurando la tumba de Raquel, cerca de Belén, el tercer santuario más sagrado del judaísmo después del Templo y de las tumbas de los patriarcas en Hebrón, pero, igual que éstos, también sagrada para el islam. Los Montefiore no tenían hijos y se decía que la tumba de Raquel ayudaba a las mujeres a concebir. Los judíos de Jerusalén los recibieron «casi como a la venida del Mesías», pero les suplicaron que no dieran demasiado porque los turcos los abrumarían con impuestos más altos después de su marcha.

Moses Montefiore, que no era especialmente religioso, llegó como un caballero inglés nacido en Italia, un financiero internacional hecho a sí mismo, cuñado de Nathaniel Rothschild. El viaje a Jerusalén le cambió la vida. Salió de la ciudad como un judío renacido, después de pasar la última noche en la ciudad rezando. Para él,



Jerusalén era sencillamente «la ciudad de nuestros antepasados, el gran y tan deseado objeto de nuestros deseos y el objetivo de nuestro viaje». Creía que era el deber de cada judío realizar la peregrinación: «Rezo con humildad al Dios de mis antepasados para que a partir de ahora pueda convertirme en un hombre mejor y más recto, además de en un mejor judío».<sup>[\*4]</sup> Regresaría con frecuencia a la Ciudad Santa y a partir de aquel viaje se esforzaría por combinar la vida de un noble inglés con la de un judío ortodoxo.<sup>[3]</sup>

Apenas Montefiore dejó la ciudad, cuando un personaje byroniano y afectado llegaba cabalgando a la ciudad. Ambos eran judíos sefardíes ingleses de origen italiano y, sin embargo, ninguno de ellos conocía la existencia del otro, aunque uno de ellos impulsaría un día el avance británico en Oriente Medio.

## DISRAELI: LO SAGRADO Y LO ROMÁNTICO

«Deberías verme vestido igual que un pirata griego. Una camisa rojo sangre con tachones de plata del tamaño de un chelín, un inmenso pañuelo, una faja llena de pistolas, gorro rojo, zapatillas rojas, una amplia chaqueta azul de rayas y pantalones. ¡Fantástico!». Así se vestía en su viaje por Oriente Benjamin Disraeli, de veintiséis años, el novelista de moda (ya había publicado *The Young Duke*), especulador fracasado y aspirante a político. Este tipo de excursiones equivalía a la nueva versión del *grand tour* del siglo XVIII, y combinaban la pose romántica, las visitas a los lugares clásicos, fumar con un narguile, el ávido consumo de prostitutas y las visitas a Estambul y Jerusalén.

Disraeli había sido educado como un judío, pero fue bautizado a los doce años. Se consideraba a sí mismo, y así se lo explicaría más tarde a la reina Victoria, «la página en blanco entre el Antiguo y el Nuevo Testamento». Y lo parecía. Pálido y delgado y con el cabello oscuro y rizado, Disraeli cabalgó por las colinas de Judea «bien montado y bien armado». Cuando vio las murallas:

*Quedé estupefacto. Lo que tenía ante los ojos era, en apariencia, una ciudad hermosa. En la parte delantera está la magnífica mezquita construida en el lugar en el que estuvo el Templo, con su hermoso jardín y sus fantásticas puertas, y de la que se elevan una variedad de cúpulas y torres. Nada puede concebirse más salvaje, terrible y desierto que el paisaje que la rodea. Nunca vi antes nada más esencialmente impresionante.*

Cenando en el tejado del monasterio armenio donde se alojaba, Disraeli, mientras miraba la «capital perdida de Jehová», se sintió fascinado por el romanticismo de la

historia judía e intrigado al mismo tiempo por la del islam: no pudo resistir la tentación de intentar visitar la Explanada de las Mezquitas. Un médico escocés y una mujer inglesa habían logrado, en momentos diferentes, penetrar en la Explanada, pero sólo ocultos bajo un estricto disfraz. Disraeli no fue tan hábil: «Fui detectado y rodeado por una multitud de fanáticos con turbante, y no sin algunas dificultades logré escapar». Consideraba que judíos y árabes eran el mismo pueblo, los árabes eran sin duda «judíos a caballo», y les preguntó a los cristianos: «¿Dónde está vuestro cristianismo si no creéis en su judaísmo?».

Durante su estancia en Jerusalén, empezó a escribir su siguiente novela, *Alroy*, que trataba de un «mesías» condenado del siglo XII cuyo levantamiento describió así: un «hermoso incidente en los anales de este sagrado y romántico pueblo del que se derivan mi sangre y mi nombre».

Su visita a Jerusalén le ayudó a refinar su mística híbrida y única como aristócrata conservador y exótico mandamás judío,<sup>[\*5]</sup> le convenció de que Gran Bretaña debía desempeñar algún papel en Oriente Medio, y le permitió soñar en un regreso a Sión. En su novela, el consejero de David Alroy afirma: «Me preguntas qué es lo que deseo. Mi respuesta es, una existencia nacional. Me preguntas qué es lo que deseo. Mi respuesta es, Jerusalén». En 1851, Disraeli, el político en alza, reflexionaba que «restituir los judíos a su tierra, una tierra que se les podría comprar a los otomanos, podría ser justo y factible».

Disraeli afirmaría que la aventura de Alroy era «su ambición ideal», pero, en realidad, él era demasiado ambicioso para arriesgar su carrera por nada que fuera judío: él quería ser primer ministro del mayor imperio sobre la faz de la tierra. Más de treinta años más tarde, una vez alcanzada «la cima del poste engrasado», Disraeli guiaría a la potencia británica hasta la región haciéndose con Chipre y comprando el canal de Suez.<sup>[4]</sup> Poco tiempo después del regreso de Disraeli a Gran Bretaña para embarcarse en su carrera política, un caudillo albanés y monarca de Egipto conquistaba Jerusalén.

# CAPÍTULO 36

## LA CONQUISTA ALBANESA, 1830-1840

### IBRAHIM EL ROJO

En diciembre de 1831, el ejército egipcio desfilaba por la ciudad mientras los «felices y encantados» jerosolimitanos «festejaban [su llegada] con iluminaciones, bailes y música en las calles. Durante cinco días, musulmanes, griegos, franciscanos, armenios e incluso los judíos se divertieron». Los musulmanes, sin embargo, observaban con preocupación a los soldados egipcios «vestidos con pantalones ajustados, llevando temibles armas de fuego e instrumentos de música y desfilando en formación al estilo europeo».

El nuevo amo de Jerusalén era el soldado albanés Mehmet Alí, el fundador de una dinastía que todavía gobernaba Egipto cuando se fundó el estado de Israel más de un siglo más tarde. Hoy en día olvidado, Alí dominó la diplomacia internacional de Oriente Próximo durante quince años y casi conquistó todo el imperio otomano. Hijo de un comerciante de tabaco, había nacido en lo que en la actualidad es Grecia el mismo año que Napoleón, y sus coetáneos lo vieron como el Bonaparte oriental: «Notables ambos por su genio militar, el carácter de estos caudillos está marcado por la misma ambición insaciable e incansable actividad». El albanés de barba blanca, ya con más de sesenta años, solía vestir con sencillez, turbante blanco, babuchas amarillas y túnica verde-azul; siempre fumaba en una pipa de oro y plata de dos metros y medio de altura e incrustada de diamantes, tenía «facciones tártaras, los pómulos altos» y un extraño «fuego salvaje» en sus «brillantes ojos gris oscuro que irradian genio e inteligencia». Su poder se asentaba en la cimitarra curva que siempre descansaba junto a él. Había llegado a Egipto para ponerse al frente de sus tropas albanesas al servicio de los otomanos contra Napoleón. Después de la marcha de los franceses, se aprovechó del subsiguiente vacío de poder y se hizo con el gobierno de Egipto, tras lo cual, llamó a su competente hijo (algunos dicen que era un sobrino), Ibrahim, quien preparó una trampa para la élite de los militares otomanos: les convenció de que acudieran a una ceremonia militar, y allí los asesinó a todos. A continuación, los albaneses saquearon y violaron todo lo que encontraron por delante hasta llegar a El Cairo, después, el sultán nombró a Mehmet *vali* de Egipto. Alí sólo necesitaba cuatro horas de sueño diarias, y afirmaba haber aprendido a leer a la edad de cuarenta y cinco años. Cada noche, su concubina favorita le leía Montesquieu o Maquiavelo, y este brutal modernizador empezó a crear su ejército europeo de

noventa mil efectivos y una flota.

Al principio, al sultán otomano, Mahmoud II, no le importó sacarle provecho a este poder en alza. Avergonzado porque la puritana secta wahabi, liderada por la familia Saud, se había apoderado de La Meca, el sultán pidió la ayuda de Mehmet. Los albaneses, como era de esperar, reconquistaron La Meca y enviaron a Estambul la cabeza de Adbullah al-Saud.<sup>[\*1]</sup> Cuando en 1824 los griegos se rebelaron contra el sultán, Mehmet Alí envió a sus tropas que reprimieron salvajemente a los griegos. Esta acción alarmó tanto a las potencias europeas que, en 1827, los británicos, franceses y rusos se aliaron, destruyeron la flota de Mehmet en la batalla de Navarino y patrocinaron la independencia de los griegos. Sin embargo, esto no detuvo mucho tiempo a los albaneses: alentados por aquel personaje que había visitado Jerusalén poco tiempo atrás, el vizconde de Chateaubriand, ahora ministro francés de Asuntos Exteriores, los albaneses codiciaban su propio imperio.

A finales de 1831, Mehmet Alí conquistó lo que hoy son Israel, Siria y la mayor parte de Turquía, derrotando a todos los ejércitos que el sultán lanzó contra él. Al cabo de poco tiempo, las tropas de Alí estaban dispuestas para tomar Estambul y el sultán acabó reconociendo la soberanía de Alí sobre Egipto, Arabia y Creta, y a Ibrahim como gobernador de Magna Siria. El imperio pertenecía ahora a los albaneses: «He conquistado esta tierra con la espada», declaró Mehmet, «y con la espada la defenderé». Su espada era su generalísimo Ibrahim, quien, cuando todavía era un adolescente, había mandado sus primeros ejércitos y organizado las primeras masacres. Había sido Ibrahim quien había derrotado a los saudíes, arrasado Grecia, conquistado Jerusalén y Damasco y desfilado victorioso casi hasta las puertas de Estambul.

Ahora, ya en la primavera de 1834, Ibrahim, conocido con el sobrenombre de «el Rojo», y no sólo por el color de su barba, instaló su cuartel general en el complejo palatino de la tumba de David. Tras escandalizar a los musulmanes al sentarse en un trono europeo en lugar de sobre cojines en el suelo, y beber vino abiertamente, puso manos a la obra para emprender reformas en Jerusalén. Aflojó la represión de judíos y cristianos, les prometió igualdad ante la ley, abolió las tasas que debían apagar los peregrinos para entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, les permitió vestirse con ropa musulmana, circular a caballo por la calle y, por primera vez en siglos, ya no estaban obligados a pagar el impuesto, *jizaya*. Sin embargo Ibrahim, como buen albanés de habla turca, despreciaba por encima de todo a los musulmanes, a quienes su padre llamaba «bestias salvajes». El 25 de abril, Ibrahim se reunió con los líderes de Israel y de Nablus en la Explanada de las Mezquitas y decretó el servicio militar obligatorio de doscientos jerosolimitanos. «Quiero que esta orden se cumpla de inmediato, empezando aquí, en Jerusalén», dijo Ibrahim, pero Jerusalén se mostró desafiante. «Preferimos morir a entregar a nuestros hijos a una esclavitud de por vida»,

replicaron los jerosolimitanos.

El 3 de mayo, el albanés presidió las celebraciones de la Pascua ortodoxa: diecisiete mil peregrinos cristianos llegaron a una ciudad al borde de la revuelta declarada. El Viernes Santo por la noche, la multitud abarrotó la iglesia del Santo Sepulcro a la espera del Fuego Sagrado, una escena de la que fue testigo Robert Curzon, un viajero inglés que dejó un vívido recuerdo de lo que ocurrió después. «El comportamiento de los peregrinos era extremadamente turbulento. En un momento dado, se lanzaron a la carrera alrededor del Sepulcro y algunos, casi desnudos, bailaron por el lugar con gestos frenéticos, chillando y lanzando alaridos como si estuvieran poseídos».

A la mañana siguiente, Ibrahim entró en la iglesia para presenciar el Fuego Sagrado, pero la multitud era tan densa que los guardas tuvieron que abrirle camino «con las culatas de sus mosquetes y a golpe de látigo», mientras tres monjes tocaban «violines locos» y las mujeres empezaban a ulular con un «peculiar y estridente chillido».

#### IBRAHIM: FUEGO SAGRADO, SAGRADA MUERTE

Ibrahim se sentó y se hizo la oscuridad. El patriarca griego, en «magnífica procesión», entró en el edículo. La multitud esperaba la chispa divina. Curzon vio el destello y luego la llama del milagro que le fue pasada en primer lugar al peregrino «que había pagado la suma más alta por este honor», pero se desencadenó «una furiosa batalla» por el Fuego Sagrado; los peregrinos cayeron al suelo en extáticos desmayos, un humo cegador invadió la iglesia, tres peregrinos encontraron la muerte al caer desde las galerías más altas y una anciana armenia murió en su asiento. Ibrahim intentó salir de la iglesia pero no pudo moverse y sus guardias, al intentar abrirle paso a golpes, provocaron una estampida. Para cuando Curzon «llegó hasta el lugar que la Virgen había ocupado durante la Crucifixión», sentía las piedras blandas bajo sus pies.

*En realidad, caminaba sobre una gran cantidad de cuerpos. Todos muertos. Muchos de ellos bastante ennegrecidos por la asfixia, y otros ensangrentados y cubiertos de sesos y entrañas, despedazados por la muchedumbre. Los soldados mataron con sus bayonetas a unos cuantos miserables moribundos, y las paredes estaban salpicadas con la sangre y los sesos de hombres que habían sido acogotados igual que bueyes.*

La frenética estampida se convirtió en una lucha «desesperada y salvaje» por la

supervivencia; Curzon vio gente morir a su alrededor. Ibrahim consiguió escapar con vida por muy poco y tras desmayarse varias veces, hasta que sus guardias desenvainaron sus espadas y se abrieron camino a través de la masa de carne humana con ellas.

Los cadáveres «se amontonaban sobre la Piedra de la Unción». Ibrahim, de pie en el patio, «daba órdenes para que se retiraran los cadáveres y hacía que sus hombres apartaran los cuerpos de aquellos que parecían estar vivos». Cuatrocientos peregrinos murieron. Cuando Curzon logró escapar, muchos de los cadáveres estaban «en pie, bastante muertos».

## IBRAHIM, LA REVUELTA DE LOS CAMPESINOS

Las noticias del desastre se difundieron a lo largo y ancho de la conmocionada cristiandad, y las grandes familias de Jerusalén, Nablus y Hebrón hicieron una llamada a la rebelión. El 8 de mayo, diez mil *fellahin*, campesinos, atacaron Jerusalén, pero fueron rechazados por las tropas de Ibrahim. El 19 de mayo, en una escena que recordaba la conquista de Jerusalén por el rey David, los habitantes de Silwan, bajo la Ciudad de David, les indicaron a los rebeldes un túnel secreto a través del cual se introdujeron en la ciudad y abrieron la Puerta del Estiércol de la muralla sur. Los campesinos saquearon los bazares, las tropas los atacaron y luego se unieron al saqueo. El *bimbashi*, el comandante de la guarnición, detuvo a los cabecillas de las grandes familias jerosolimitanas, los Husseini, y los Khalidi, pero los veinte mil campesinos que rondaban las calles de la ciudad pusieron asedio a la Torre de David. Dos jóvenes misioneros estadounidenses, William Thomson y su mujer Eliza, embarazada, se ocultaron en su casa: él la dejó para ir a buscar ayuda a Jaffa mientras ella se encerraba en su habitación, entre «el rugir de los cañones, las paredes que se derrumbaban, los gritos de los vecinos, el terror de los sirvientes y la espera de la masacre». Dio a luz a un niño, pero cuando su marido regresó a Jerusalén, Eliza estaba moribunda. Al cabo de poco tiempo, William salía de «este país en ruinas».[\*2]

Ibrahim, que se había retirado a Jaffa, salió con sus tropas y en los combates en las montañas mientras se dirigía a Jerusalén perdió a quinientos hombres. El 27 de mayo, acampado en el monte Sión, lanzó un ataque en el que mató a trescientos rebeldes, pero cayó en una emboscada cerca de las piscinas de Salomón y quedó sitiado en la Tumba de David. La rebelión se reavivó, liderada por los Husseini y los Abu Ghosh, e Ibrahim le pidió ayuda a su padre.

Mehmet Alí en persona y quince mil soldados de refuerzo zarparon rumbo a Jaffa: «un anciano elegante», de regia figura montado en «un espléndido caballo, natural y digno, y perfectamente adecuado al carácter del gran hombre». Los albaneses aplastaron a los rebeldes, retomaron Jerusalén y los Husseini fueron

desterrados a Egipto. Los rebeldes se alzaron de nuevo, pero Ibrahim el Rojo los aplastó en las afueras de Nablus, saqueó Hebrón, arrasó los campos, decapitó a sus cautivos, e inició un reinado de terror en Jerusalén. De regreso a la ciudad, nombró gobernador al caudillo Jaber Abu Ghosh (el cazador furtivo reconvertido en guardabosques) y decapitó a cualquiera que llevara un arma. Las murallas fueron decoradas con las cabezas cortadas y los prisioneros se pudrieron en la nueva cárcel de Kishleh cerca de la Puerta de Jaffa, una prisión utilizada desde entonces por los otomanos, los británicos y los israelíes.

Los albaneses eran unos modernizadores entusiastas, sin embargo, si querían conquistar el imperio otomano, necesitaban el apoyo de Europa. Ibrahim les permitió a las minorías reconstruir sus edificios destruidos: los franciscanos restauraron la iglesia de San Salvador; los judíos sefardíes iniciaron la reconstrucción de la sinagoga de Ben Zakkai, una de las cuatro sinagogas del barrio judío; y los asquenazíes regresaron a la sinagoga de Hurva, destruida en 1720. Aunque el barrio judío seguía sumido en la pobreza, unos pocos judíos rusos, perseguidos en su país, empezaron entonces a instalarse en el barrio.

En 1839, Ibrahim intentó la conquista de Estambul y aplastó a los ejércitos otomanos. El rey Luis Felipe de Francia respaldó a los albaneses, pero el Reino Unido temía la influencia de franceses y rusos si los otomanos caían. Tanto el sultán como su enemigo Ibrahim solicitaron el apoyo de los europeos. El adolescente sultán Abdulmecid promulgó un decreto real en el que prometía la igualdad para las minorías, mientras que Ibrahim, por su parte, invitó a los europeos a establecer consulados en Jerusalén y, por primera vez desde la época de las cruzadas, permitió el tañer de las campanas.

En 1839 llegaba a Jerusalén el primer vicecónsul británico, William Turner Young, no sólo para representar el nuevo poder de Londres, sino para convertir a los judíos y acelerar la Segunda Venida.

# CAPÍTULO 37

## LOS EVANGELISTAS, 1840-1855

### PALMERSTON Y SHAFTESBURY: EL IMPERIALISTA Y EL EVANGELISTA

La política diplomática relacionada con Jerusalén fue obra de lord Palmerston, el secretario de Asuntos Exteriores, pero la misión divina fue el logro de su yerno evangélico, el conde de Shaftesbury.<sup>[\*1]</sup> Palmerston, de cincuenta y cinco años, no era un victoriano estrecho de miras, ni tampoco un evangélico, sino un galán impenitente de la época de la regencia al que se conocía con diversos sobrenombres: lord Cupido, por sus escapadas sexuales (que anotaba jovialmente en su diario), lord Pam por su risueña energía, y lord Pumicestone (piedra pómez) por su diplomacia cañonera. En efecto, Shaftesbury solía bromear que Palmerston «no distinguía a Moisés de sir Sidney Smith». El interés de Palmerston por los judíos era pragmático: el poder de los franceses había aumentado al proteger a los católicos, el de los rusos, al proteger a los ortodoxos, pero en Jerusalén había pocos protestantes. Palmerston deseaba paliar la influencia de franceses y rusos, y entendió que el poder británico podría reforzarse protegiendo a los judíos. La otra misión, la de convertir a los judíos, fue el resultado del ardor evangélico de su yerno.

Shaftesbury, de treinta y nueve años, cabello rizado y espesas patillas, personificaba al nuevo británico victoriano. Un aristócrata puro de corazón consagrado a mejorar la vida de los obreros, de los niños y de los lunáticos, era también un fundamentalista que creía que la Biblia «es la palabra de Dios escrita desde la primera sílaba hasta la última». Estaba convencido de que un cristianismo dinámico fomentaría un renacimiento moral global y significaría la mejora de la propia humanidad. En el Reino Unido, ya hacía tiempo que el milenarismo puritano había sido superado por el racionalismo de la Ilustración, pero había sobrevivido entre los anticonformistas. Ahora, había regresado a ocupar un lugar importante: la Revolución Francesa con su guillotina y la revolución industrial con sus masas de obreros habían dado forma a una nueva clase media británica que acogió de buen grado las certidumbres de la piedad, de la respetabilidad y de la Biblia, el antídoto al materialismo rabioso de la prosperidad victoriana.

La London Society for Promoting Christianity Among the Jews (Sociedad londinense para la promoción del cristianismo entre los judíos), conocida con el nombre de «London Jews Society», fundada en 1808, creció y prosperó gracias, en parte, a Shaftesbury. «Todos los jóvenes se están volviendo locos por la religión»,



refunfuñaba otro anciano libertino imbuido del espíritu de la Regencia, lord Melbourne, primer ministro en el momento de la entronización de la reina Victoria en 1837. Los evangélicos, convencidos de que la salvación eterna podía alcanzarse mediante la experiencia personal de Jesús y de su Buena Nueva (*evangelion* en griego), esperaban la Segunda Venida. Shaftesbury creía, igual que los puritanos de dos siglos antes, que el regreso y la conversión de los judíos crearía una Jerusalén anglicana y el Reino de los Cielos, y por ese motivo le preparó un memorándum a Palmerston: «Existe un país sin nación, y Dios, en su sabiduría y misericordia, nos dirige hacia una nación sin país».<sup>[\*2]</sup>

Palmerston le había dictado sus instrucciones al vicecónsul Young: «Será parte de sus deberes proveer de protección a los judíos en general». Al mismo tiempo, le había comunicado a su embajador en la Puerta Sublime que debía «recomendarle [al sultán] con insistencia que ofreciera los alicientes justos y necesarios para que los judíos de Europa regresaran a Palestina». En septiembre de 1839, Young fundó la sucursal jerosolimitana de la London Jews Society. Shaftesbury estaba exultante, y anotó en su diario: «la antigua ciudad del pueblo de Dios está a punto de recuperar su lugar entre las naciones. Siempre recordaré que Dios me dio la idea de concebir este plan para honra Suya, que me concedió la influencia necesaria para convencer a Palmerston, y que proporcionó al hombre adecuado para la situación, uno que puede hacer que Jerusalén recupere su gloria». El anillo conchal de Shaftesbury llevaba una inscripción que decía «reza por Jerusalén», mientras (como ya hemos visto) otro entusiasta victoriano con fijación por Jerusalén, sir Moses Montefiore, añadía «Jerusalén» a su nuevo escudo de armas y lo grababa como un talismán en su carruaje, en su anillo, e incluso en su cama. En junio de 1839, Montefiore y su esposa Judith regresaban a Jerusalén armados con pistolas para proteger el dinero que habían recaudado en Londres.

Jerusalén estaba asolada por la peste, de modo que Montefiore acampó fuera de la ciudad, en el monte de los Olivos, donde recibió en audiencia a más de trescientos visitantes. Cuando la peste empezó a remitir, Montefiore entró en la ciudad a lomos de un caballo blanco que le había prestado el gobernador, y pasó a escuchar las peticiones y a repartir limosna entre los judíos más pobres. Las tres religiones de Jerusalén recibieron a la pareja Montefiore con los brazos abiertos, pero mientras visitaban el santuario de Hebrón, al sur, fueron atacados por una turba musulmana y sólo lograron escapar con vida gracias a la intervención de las tropas otomanas. El incidente no desalentó a Montefiore. A su marcha, este judío renacido e imperialista consagrado exhibía un fervor mesiánico similar al de Shaftesbury, aunque, por supuesto, diferente: «Oh, Jerusalén», escribiría en su diario, «que la ciudad pueda ser reconstruida pronto en nuestros días. Amén».

Tanto Shaftesbury como Montefiore creían en la divina providencia del imperio

británico y en el regreso de los judíos a Sión. La rectitud del fervor evangélico y la renacida pasión de los sueños de los judíos con respecto a Jerusalén encajaron a la perfección hasta convertirse en una de las obsesiones victorianas. Ocurrió también que el pintor David Roberts regresó de Palestina en 1840, justo a tiempo de exhibir ante el público sus románticas e inmensamente populares imágenes de una espectacular Jerusalén oriental madura y a punto para la civilización británica y el restablecimiento de los judíos. Los judíos necesitaban con urgencia la protección británica porque las promesas rivales de tolerancia promulgadas por el sultán y por los albaneses provocaron una mortífera reacción.

### JAMES FINN: EL CÓNSUL EVANGELISTA

En marzo de 1840, en Damasco, siete judíos fueron acusados de matar a un monje cristiano y a su sirviente musulmán para utilizar su sangre en un sacrificio humano durante la Pascua judía. Este montaje imaginario era la notoria «calumnia de sangre» que había aparecido por primera vez en Oxford en tiempos de la segunda cruzada en el siglo XII cuando sesenta y tres niños judíos habían sido detenidos y torturados para obligar a sus madres a revelar el «lugar en el que se ocultaba la sangre».

Aun cuando apenas acababa de regresar a Londres, sir Moses Montefiore, apoyado por la familia Rothschild, dirigió la campaña para rescatar a los judíos damascenos de esta persecución medieval. Uniendo sus fuerzas a las del abogado francés Adolphe Cremieux, Montefiore se precipitó a Alejandría para solicitarle a Mehmet Alí que liberara a los prisioneros. Sin embargo, apenas unas pocas semanas más tarde, otro caso de «calumnia de sangre» estallaba en Rodas. Montefiore embarcó en Alejandría rumbo a Estambul donde fue recibido por el sultán a quien convenció de promulgar un decreto en el que negara categóricamente la verdad de la «calumnia de sangre». Fue el momento de gloria de Montefiore, pero su éxito se debía más a su nacionalidad que a su a menudo pomposa diplomacia. También era un excelente momento para ser un inglés en Oriente Medio.

Tanto el sultán como los albaneses estaban pujando frenéticamente a cual más alto por ganarse el favor de los británicos, como si la propia existencia del imperio otomano estuviera en la cuerda floja. Jerusalén seguía bajo el dominio de Ibrahim el Rojo que gobernaba la mayor parte de Oriente Medio. Los franceses respaldaban a los albaneses, y el Reino Unido intentó satisfacer el apetito de los segundos sin perder a los otomanos. Ofrecieron Palestina y Egipto si Ibrahim se retiraba de Siria. Era una buena oferta, pero ni Mehmet Alí ni Ibrahim podían resistirse al trofeo supremo: Estambul. Ibrahim desafió al Reino Unido, ante lo cual, Palmerston puso en pie una coalición anglo-austro-otomana y envió sus buques de guerra escupiendo fuego por sus cañones al mando del comodoro Charles Napier. Ibrahim se derrumbó bajo el

poder británico.

Ibrahim el Rojo, al abrirles las puertas de Jerusalén a los europeos, había cambiado la ciudad para siempre, pero ahora, a cambio del gobierno hereditario en Egipto, renunció a Siria y a la Ciudad Santa.<sup>[\*3]</sup> Los franceses, humillados por el triunfo de Palmerston, sopesaron la idea de una «ciudad cristiana libre de Jerusalén» como una primera propuesta para una Sión internacionalizada, pero el 20 de octubre de 1840, las tropas del sultán marcharon de nuevo sobre Jerusalén. En el interior de las murallas, la tercera parte de la ciudad era desierto, terreno cubierto de matorrales y de chumberas, y sus habitantes apenas llegaban a los trece mil, cinco mil de los cuales eran judíos, un número que se incrementó con la llegada de inmigrantes y refugiados rusos procedentes de Safed, en Galilea, que había sido assolada por un terremoto.<sup>[1]</sup>

Incluso después de la sustitución de Palmerston al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores por lord Aberdeen, que le ordenó al vicedónsul que desistiera de sus planes judíos evangélicos, Young siguió adelante con ellos. Tras su regreso al poder, Palmerston le ordenó al cónsul en Jerusalén que «recibiera bajo la protección británica a todos los judíos rusos que se la solicitaran».

Shaftesbury, mientras tanto, había convencido al primer ministro Robert Peel de que apoyara la creación del primer obispado e iglesia anglicanos en Jerusalén. Construyeron un complejo anglicano con una iglesia, gestionada por la Jews Society, y un consulado británico, cercano a la puerta de Jaffa, frente a la ciudadela, una isla de arquitectura gótica victoriana y de evangelismo misionero. No obstante, la iglesia de Cristo era, y sigue siéndolo, única en el mundo protestante: no tenía ninguna cruz, sólo un candelabro judío, una *menorah*, y todos los escritos estaban en hebreo, incluso la oración al señor. Se trataba de una iglesia protestante diseñada para judíos. El día de su inauguración, tres judíos fueron bautizados en presencia del cónsul Young. La situación de los judíos en Jerusalén era lamentable: los judíos vivían «como moscas que han tomado residencia en una calavera», escribiría el novelista estadounidense Herman Melville. La comunidad judía, que seguía creciendo, vivía en una pobreza casi teatral, sin asistencia médica, aunque tenían acceso a la asistencia médica gratuita que les proporcionaba la London Jews Society, y que sin duda tentó a algunos conversos.

«¡Siento gozo por Sión como capital, por Jerusalén y su iglesia, y me alegro en hebreo por un rey!», expresaría Shaftesbury. Jerusalén pasaría de la noche a la mañana de ser una miserable ruina gobernada por un vil pachá en un serrallo de oropel a ser una ciudad sobrecargada de enjoyados dignatarios adornados con cenefas doradas. La ciudad no había tenido un patriarca desde el siglo XIII, y el patriarca ortodoxo residía en Estambul desde hacía mucho tiempo, pero, ahora, los franceses y los rusos patrocinaron su retorno a Jerusalén. No obstante, eran los siete cónsules

Europeos funcionarios de bajo rango pagados de sí mismos y que representaban las ambiciones imperiales, quienes apenas podían contener su despótica grandiosidad. Escortados por robustos guardaespaldas, los *kavass*, uniformados de rojo escarlata y armados con grandes sables y varas de oro macizo que golpeaban contra los adoquines del suelo para abrirse paso por las calles, los cónsules desfilaban solemnes por la ciudad, buscando cualquier pretexto para imponerles su voluntad a los acosados gobernadores otomanos. Los soldados otomanos debían ponerse firmes incluso en presencia de los hijos de los cónsules. Las pretensiones de los cónsules austríaco y sardo eran las más arrogantes, porque sus monarcas reivindicaban el título de rey de Jerusalén. Sin embargo, ninguno superaba en arrogancia o en mezquindad a los cónsules británico y francés.

En 1845, Young fue sustituido por James Finn, cuyo poder, durante veinte años, igualaría al de los gobernadores otomanos, pero este mojigato metomentodo ofendería a todo el mundo, a los lores ingleses, a los pachás otomanos y a todos y cada uno de los diplomáticos extranjeros. Sin importar cuáles fueran las órdenes de Londres, les ofreció la protección británica a los judíos rusos y nunca cesó en su misión de convertirlos. Cuando los otomanos permitieron que los extranjeros compraran tierras, Finn compró tierra y fundó su propia granja en Talbieh, y más tarde otra en las Viñas de Abraham, financiadas por una tal señorita Cook de Cheltenham y contando con la ayuda de un equipo de entregadas damas evangélicas inglesas, un proselitista medio de ganarse a más judíos a través del trabajo honrado.

Finn se consideraba un cruce entre procónsul imperial, misionero piadoso y terrateniente, y compró sin demasiados escrúpulos tierras y casas con grandes cantidades de dinero de sospechosa procedencia. Él y su esposa, otra fanática evangelista, aprendieron a hablar con fluidez el hebreo y también el ladino, otro idioma muy extendido. Por una parte, protegían agresivamente a los judíos, tan brutalmente oprimidos en Jerusalén. Sin embargo, y al mismo tiempo, esta agresiva misión provocó la violenta resistencia de los judíos. Cuando Finn convirtió a un chico llamado Mendel Digness, provocó un caos en el que «los judíos se encaramaron a las terrazas y armaron un gran alboroto». Finn tildó a los rabinos de «fanáticos», pero en el Reino Unido, el poderoso Montefiore, al enterarse de que los judíos estaban siendo hostigados, envió una farmacia y un médico judío a Jerusalén para frustrar a la Jewish Society, que a su vez fundó un hospital en la zona limítrofe con el barrio judío.

En 1847, un niño árabe cristiano agredió a un joven judío, quien, en respuesta le arrojó una piedra que arañó el pie del niño árabe. Los ortodoxos griegos, tradicionalmente, la comunidad más antisemita, apoyados de inmediato por el muftí y el cadí, acusaron a los judíos de procurarse sangre cristiana para cocinar las galletas de la Pascua judía: la calumnia de sangre había llegado a Jerusalén, pero la prohibición del sultán promulgada a instancias de Montefiore después del asunto de

Damasco, demostró ser decisiva.<sup>[2]</sup>

Mientras tanto, tal vez el más extraordinario de los diplomáticos en la historia estadounidense se incorporó al cuerpo consular de Jerusalén. «Dudo», observaría William Thackeray, el escritor inglés en *Vanity Fair*, que en aquel momento se encontraba de visita en Jerusalén, «que ningún gobierno haya nunca recibido o nombrado a un embajador tan excéntrico».

## WARDER CRESSON, CÓNSUL DE ESTADOS UNIDOS: EL SAGRADO EXTRANJERO AMERICANO

El 4 de octubre de 1844, Warder Cresson, el cónsul general de Estados Unidos en Siria y Jerusalén, cuya principal cualificación para este puesto consistía en su certidumbre de que la Segunda Venida tendría lugar en 1847, llegaba a Jerusalén. Cresson llevó la petulancia consular de sus colegas europeos a un nuevo nivel: galopaba por Jerusalén en «una nube de polvo» rodeado por un «pequeño ejército estadounidense», una «tropa de caballeros y paladinos» que parecían sacados de una novela de Walter Scott, «un grupo de resplandecientes jinetes armados encabezados por un árabe y seguidos por dos jenízaros armados de mazas de plata relucientes bajo el sol».

Durante su entrevista con el pachá, Cresson explicó que había llegado para el inminente Apocalipsis y el regreso de los judíos. Cresson, un terrateniente de Filadelfia, vástago de una familia de ricos cuáqueros, había pasado veinte años girando de un culto apocalíptico a otro: tras escribir su primer manifiesto, *Jerusalem, the centre of the Joy of the Whole World*, y abandonar a su esposa y seis hijos, Cresson convenció al secretario de Estado, John Calhoun, de que le nombrara cónsul: «Lo dejé todo, cercano y querido, para ir en busca de la verdad». El presidente de Estados Unidos, John Tyler, no tardó en ser informado por sus diplomáticos de que su primer cónsul era un «maníaco religioso y un loco», pero Cresson ya estaba en Jerusalén. Y no era el único en tener visiones apocalípticas, era un estadounidense de su tiempo.

La Constitución de Estados Unidos era una constitución laica en la que se había puesto un gran cuidado en no hacer ninguna referencia a Cristo y en separar el estado de la religión, pese a lo cual, los padres fundadores Thomas Jefferson y Ben Franklin habían incluido en el Grand Seal (el gran sello), una imagen que representaba a los Hijos de Israel guiados por una nube y por el fuego hacia la Tierra prometida. Cresson personificaba el modo en el que esa nube y ese fuego estaban atrayendo a muchos estadounidenses a Jerusalén. En efecto, la separación entre Iglesia y estado había instituido la libertad religiosa en Estados Unidos y dado pie a la aparición de numerosas nuevas sectas y de profecías milenarias.

Los primeros estadounidenses, heredando el fervor hebraísta de los puritanos ingleses, habían disfrutado de un Gran Despertar de gozo religioso. Ahora, a mediados del siglo XIX, la energía evangélica de los territorios fronterizos impulsó un Segundo Despertar. En 1776, más o menos un 10 por 100 de los estadounidenses eran religiosos practicantes, en 1815, lo era la cuarta parte; y, al llegar 1914, esa proporción ascendía a la mitad. Su apasionado protestantismo tenía carácter estadounidense, enérgico, exuberante y bravucón, y se fundamentaba en la creencia de que una persona podía salvarse a sí misma y acelerar la Segunda Venida a través del comportamiento recto y del gozo sincero. El propio país, Estados Unidos, era una misión disfrazada de nación, bendecida por Dios, no demasiado diferente a la visión que Shaftesbury y los evangélicos ingleses tenían del imperio británico.

En pequeñas iglesias de madera de pequeños y oscuros pueblos mineros, en aldeas granjeras situadas en inmensas praderas y en las relucientes nuevas ciudades industriales, los predicadores en la nueva Tierra prometida de América citaban las revelaciones bíblicas literales de la antigua. «En ningún otro país», escribía el doctor Edward Robinson, un académico evangélico y, más tarde, el fundador de la arqueología bíblica en Jerusalén, «se conocen tan bien las Escrituras». Los primeros misioneros estadounidenses creían que los indígenas americanos eran las Tribus Perdidas de Israel y que cada cristiano debía llevar a cabo acciones íntegras en Jerusalén y contribuir al regreso y al restablecimiento de los judíos: «En verdad deseo que los judíos residan de nuevo en Judea en una nación independiente», escribió el segundo presidente de Estados Unidos, John Adams, en 1819. Dos jóvenes misioneros de Boston se preparaban a hacer realidad este deseo: «Todos las miradas están puestas en Jerusalén», predicaba Levi Parsons en Boston, «el auténtico centro del mundo». Su congregación lloró mientras Pliny Fisk anunciaba: «Voy a Jerusalén ligado a ella en espíritu». Llegaron a la Ciudad Santa, pero la temprana muerte de ambos en el este no desalentó a otros, porque «Jerusalén», insistía William Thomson, el misionero estadounidense cuya esposa había muerto allí durante la revuelta de 1834, «es una propiedad común de todo el mundo cristiano».

El cónsul Cresson había navegado sobre la cresta de la ola de toda esta profusión de profecías: había sido shaker, millerita, mormón y campbellita, antes de que un rabino local de Pensilvania le convenciera de que «la salvación se hallaba en los judíos, cuyo regreso traería la Segunda Venida».<sup>[\*4]</sup> Una de las primeras en llegar a Jerusalén fue Harriet Livermore. Hija y nieta de congresistas de Nueva Inglaterra, inició el viaje en 1837, después de pasar años predicándoles a las tribus sioux y cheyene que ellos eran las Tribus Perdidas de Israel y que debían acompañarla de regreso a Sión. Alquiló habitaciones en el monte Sión para preparar su secta, los Peregrinos Extranjeros, para el Apocalipsis que esperaba en 1847, pero el Apocalipsis no llegó y acabó sus días mendigando por las calles de Jerusalén. Al mismo tiempo,

Joseph Smith, profeta de la nueva revelación de los Santos de los Últimos Días, los mormones, envió a su apóstol a Jerusalén, donde construyó un altar en el monte de los Olivos para preparar «el restablecimiento de Israel y de su capital Jerusalén».

En la época en la que Cresson recibió el nombramiento de cónsul de Estados Unidos, un número cada vez mayor de evangelistas estadounidenses llegaban de visita a Jerusalén en preparación de los Últimos Días. El gobierno estadounidense acabaría por destituirle, pero él, desafiante, siguió proporcionando visados de protección a los judíos durante varios años, y después, tras cambiarse el nombre por el de Michael Boaz Israel, se convirtió al judaísmo. Su esposa abandonada desde hacía tiempo consideró entonces que esta revelación era la gota que hacía desbordar el vaso de las revelaciones, y solicitó judicialmente que su marido fuera declarado demente, aduciendo su afición a hacer ostentación de sus pistolas, las arengas callejeras, la incompetencia financiera, el eclecticismo de cultos, los planes de reconstrucción del Templo judío y su desviación sexual. Cresson regresó a Estados Unidos para someterse a la Inquisición de los Lunáticos en Filadelfia, un juicio que adquirió celebridad puesto que la señora Cresson había cuestionado el derecho constitucional de los ciudadanos estadounidenses a creer en lo que quisieran, la esencia de la libertad jeffersoniana.

Durante el juicio, se determinó que Cresson era un demente, pero éste apeló y se celebró un segundo juicio en el que la señora Cresson se vio obligada a elegir entre «negar a su Salvador o negar a su marido», mientras que a él se le pidió que eligiera entre «negar al único Dios o a mi esposa». La esposa perdió el segundo juicio, ratificándose así la libertad de creencias en Estados Unidos, y Cresson regresó a Jerusalén, donde creó una granja modélica en las afueras de la ciudad, estudió la Torá, se divorció de su esposa estadounidense y se casó con una judía, todo ello mientras terminaba su libro *The Key of David*. Los judíos locales le dieron el título de «sagrado extranjero americano» y, a su muerte, fue enterrado en el cementerio judío del monte de los Olivos.

Jerusalén estaba ahora tan invadida por estadounidenses apocalípticos que el *American Journal of Insanity* comparó la histeria que reinaba en la ciudad con la de la California de la fiebre del oro. Cuando Herman Melville visitó la ciudad, el «contagio» del milenarismo cristiano estadounidense y «esta judeomanía absurda», como la definió, «medio melancólica, medio cómica» le fascinaron y le repugnaron al mismo tiempo. «¿Cómo se supone que debo actuar cada vez que algún ciudadano estadounidense loco o desequilibrado llega a este país?», le preguntó el cónsul de Estados Unidos en Beirut a su secretario de Estado. «Últimamente, algunos de ellos llegan a Jerusalén con extrañas ideas en la cabeza, por ejemplo, que Nuestro Salvador vendrá este año». Melville, sin embargo, comprendió que este tipo de majestuosas esperanzas destinadas a conmocionar al mundo eran imposibles de satisfacer:



«Ningún país puede disipar con mayor rapidez que Palestina, y más especialmente Jerusalén, las expectativas románticas. A algunos, esta decepción les causa una desilusión tan profunda que enferman».<sup>[3]</sup>

Jerusalén era imprescindible en la visión evangélica de la Segunda Venida que tenían británicos y estadounidenses, pero incluso su perentoriedad parecía insignificante ante la obsesiva pasión de los rusos por Jerusalén. Ya a finales de la década de 1840, las agresivas ambiciones del emperador ruso estaban a punto de colocar Jerusalén en lo que un visitante inglés, William Thackeray, denominó «el centro de la historia pasada y futura del mundo», y de desencadenar una guerra europea.

## EL GENDARME DE EUROPA Y EL TIROTEO EN EL SEPULCRO: EL DIOS RUSO EN JERUSALÉN

El Viernes Santo, el día 10 de abril de 1846, el gobernador otomano y sus soldados estaban en alerta en la iglesia del Santo Sepulcro. Aquel año, y algo muy poco habitual, la Pascua ortodoxa y la Pascua católica caían en el mismo día. Los monjes no sólo les estaban sacando brillo a los incensarios, sino que además estaban introduciendo a escondidas pistolas y dagas, ocultándolas tras los pilares o bajo los hábitos. ¿Quién celebraría primero su servicio? Los griegos ganaron la carrera para colocar su mantel en el altar del Calvario. Los católicos, que habían llegado casi al mismo tiempo, pero demasiado tarde, les plantaron cara a los griegos: ¿tenían acaso la autoridad del sultán? Los griegos retaron a los católicos: ¿dónde estaba el decreto del sultán que les concedía a los católicos el derecho de rezar los primeros en aquel lugar? Estaban en un callejón sin salida. Algunos dedos debían de estar ya acariciando los gatillos porque, de repente, ambos bandos estaban peleando con cualquier arma que pudieron improvisar de la parafernalia eclesiástica que tenían a sus disposición: blandieron crucifijos, empuñaron candelabros y lámparas, hasta que apareció el primer destello del frío acero y se inició el tiroteo. Los soldados otomanos se precipitaron al interior para detener la pelea pero, a su llegada, cuarenta monjes yacían muertos por todo el Santo Sepulcro.

Los ecos de la matanza recorrieron todo el mundo, pero se escucharon sobre todo en San Petersburgo y en París: la agresiva confianza de los peleones cenobitas no reflejaba sólo las religiones, sino también los imperios tras ellas. Los nuevos ferrocarriles y buques de vapor habían simplificado el viaje a Jerusalén desde toda Europa, y más especialmente el viaje por mar desde Odessa a Jaffa: la inmensa mayoría de los veinte mil peregrinos era ahora de nacionalidad rusa. Un monje francés observó que en un año normal, de cada cuatro mil peregrinos cristianos, sólo cuatro eran católicos, y el resto eran rusos. Esta veneración rusa surgía de la devota



ortodoxia que impregnaba a la sociedad rusa, desde las capas más bajas, los miserables campesinos en los pueblos más pequeños y remotos de Siberia, hasta las más altas, el emperador Nicolás I: la misión ortodoxa de la Santa Rusia era compartida por todos.

Tras la caída de Constantinopla en el año 1453, los grandes príncipes de Moscovia se habían visto siempre a sí mismos como los herederos de los últimos emperadores bizantinos, y a Moscú como la tercera Roma. Los príncipes habían adoptado el águila de dos cabezas y un nuevo título, César, o zar; y en sus guerras contra los kanes musulmanes de Crimea, y después contra los sultanes otomanos, los zares fomentaron la idea del imperio ruso como una santa cruzada ortodoxa. En Rusia, la ortodoxia había desarrollado su propio y singular carácter ruso, difundida a lo largo y ancho de los vastos territorios tanto por los zares como por los ermitaños campesinos, y todos ellos sentían una especial devoción por Jerusalén. Se decía que las características cúpulas en forma de cebolla de las iglesias rusas constituían un intento de imitar las que se veían en las pinturas de Jerusalén. Rusia incluso construyó su Jerusalén en miniatura,<sup>[\*5]</sup> pero todos los rusos creían que la peregrinación a Jerusalén era parte esencial de la preparación para la muerte y la salvación. Como expresó el poeta Alexander Pushkin, la personificación del alma rusa, en 1836, poco antes de su muerte en un duelo: «¿No es Jerusalén la cuna de todos nosotros?».

Nicolás I se había impregnado de esta tradición, por algo era el nieto de Catalina la Grande y el heredero de Pedro el Grande, quienes se habían presentado a sí mismos como los protectores de los ortodoxos y de los Santos Lugares, y los campesinos rusos vinculaban a ambos: cuando el hermano mayor de Nicolás, Alejandro I, murió inesperadamente en 1825, creyeron que había ido a Jerusalén como un ermitaño corriente, una versión moderna de la leyenda del último emperador.

Ahora Nicolás, de un rígido conservadurismo, profundamente antisemita y descaradamente inculto en cuestiones artísticas de cualquier tipo (se había autoerigido en el censor personal de Pushkin), consideraba que, con relación a la causa que «Dios confió a nuestra Rusia», sólo tenía que responder ante lo que él llamaba «el Dios ruso». Nicolás, un rigorista que se enorgullecía de dormir en un camastro militar, gobernó Rusia igual que un severo sargento instructor. De joven, el robusto Nicolás y sus ojos azules habían deslumbrado a la sociedad británica, donde una dama lo describió como «un hombre muy atractivo, ¡el más atractivo de Europa!». A mediados de la década de 1840 se había quedado sin cabello y la barriga le sobresalía bajo sus ajustados pantalones militares todavía de cintura alta. Después de treinta años de un feliz matrimonio con su enferma esposa, animados por frecuentes aventuras, había tomado una amante habitual, una joven dama de honor, y

pese al inmenso poder de Rusia, temía la impotencia, personal y política.

Hombre cauteloso, había utilizado su encanto personal durante años para persuadir a los británicos de que aceptaran la división del imperio otomano, al que llamaba «el enfermo de Europa», con la esperanza de liberar las provincias ortodoxas de los Balcanes y supervisar Jerusalén. En aquel momento, Nicolás ya no impresionaba a los británicos. Veinticinco años de autocracia le habían hecho perder la sensibilidad y le habían convertido en una persona impaciente: «muy inteligente no me parece», escribiría la sagaz reina Victoria, «y tiene una mente poco civilizada».

En Jerusalén, las cenefas doradas y las charreteras de los uniformes rusos que vestían los príncipes y los generales brillaban en las calles, donde también abundaban las pieles de cordero y las batas de miles de peregrinos, todos ellos alentados por Nicolás; el emperador también había enviado una misión eclesiástica para competir con las europeas. El cónsul británico advirtió a Londres que los «rusos podían en una noche durante la Pascua armar a diez mil peregrinos en el interior de las murallas de Jerusalén» y conquistar la ciudad. Los franceses, mientras tanto, proseguían su propia misión de proteger a los católicos; «Jerusalén», informaba el cónsul Finn en 1844, «se ha convertido ahora en el centro de interés de Francia y de Rusia».

## GOGOL: EL SÍNDROME DE JERUSALÉN

No todos los peregrinos rusos eran soldados o campesinos, y no todos encontraron la salvación que buscaban. El 23 de febrero de 1848, llegaba a Jerusalén un peregrino ruso imbuido del mismo intenso fervor religioso que el resto de los peregrinos, aunque su deteriorada genialidad le diferenciaba de ellos. El novelista Nikolai Gogol, célebre por su obra de teatro *El inspector* y por su novela *Almas muertas*, llegó a lomos de un asno en busca de la tranquilidad espiritual y de la inspiración divina. Había concebido *Almas muertas* como una trilogía, pero estaba encontrando dificultades para escribir la segunda y tercera partes. Dios, sin duda, había bloqueado su inspiración para castigarle por sus pecados. Era ruso y, por lo tanto, sólo un lugar podía ofrecerle la redención: «Hasta que no haya visitado Jerusalén», había escrito, «seré incapaz de decir nada que consuele a nadie».

La visita fue un desastre: pasó una única noche rezando junto al Sepulcro, pero lo encontró vulgar y muy sucio. «Antes que pudiera recuperar la tranquilidad de espíritu, se había acabado». La sordidez de los Santos Lugares y las colinas desérticas lo abrumaron: «Nunca me he sentido tan poco satisfecho con el estado de mi corazón como cuando visité Jerusalén y los días posteriores». A su regreso, se negó a hablar de Jerusalén, pero cayó bajo el embrujo del poder de un sacerdote místico que le convenció de que sus obras eran fruto del pecado. Gogol destruyó como un loco todos sus manuscritos y a continuación se dejó morir de hambre, o al menos, dejó de

comer hasta caer en coma, porque cuando su ataúd fue abierto en el siglo xx, su cuerpo fue encontrado boca abajo.

La especial locura de Jerusalén fue bautizada con el nombre de «fiebre de Jerusalén», aunque en la década de 1930 fue identificada con el nombre de «síndrome de Jerusalén», «una descompensación psicótica relacionada con la excitación religiosa inducida por la proximidad a los santos lugares de Jerusalén». El *British Journal of Psychiatry*, en el año 2000, diagnosticó esta decepción que provocaba demencia como: «síndrome de Jerusalén, subtipo 2: aquellos que llegan con la idea mágica de que Jerusalén tiene poderes curativos, como por ejemplo el escritor Gogol».<sup>[4]</sup>

En cierto sentido, Nicolás padecía su propia variedad del síndrome de Jerusalén. En su familia se habían dado casos de demencia: «Con el paso de los años», escribía el embajador francés en San Petersburgo, «son ahora las cualidades de (su padre, el emperador) Pablo las que han hecho su aparición». El demente Pablo había sido asesinado (igual que le había ocurrido a su abuelo Pedro III). Nicolás, aunque distara mucho de ser un demente, había empezado a mostrar algo del exceso de obstinada confianza e impulsividad de su padre. En 1848 planeó realizar su peregrinación a Jerusalén, pero se vio obligado a cancelar el viaje tras el estallido de las revoluciones por toda Europa. Aplastó la revuelta húngara contra su vecino, el emperador Habsburgo, un gran triunfo: gozaba del prestigio de ser el «gendarme de Europa», pero a Nicolás, escribiría el embajador francés, «lo echaron a perder la adulación, el éxito y los prejuicios religiosos de la nación moscovita».

El 31 de octubre de 1847, la estrella de plata en el suelo de mármol de la cueva de Belén en la iglesia de la Natividad fue cortada y robada. La estrella había sido donada por Francia en el siglo xviii, y parecía evidente que habían sido los griegos quienes la habían robado. En Belén estallaron peleas entre los monjes. En Estambul, los franceses reivindicaron su derecho a sustituir la estrella de Belén y a reparar el tejado de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén; los rusos reivindicaron ese derecho como suyo, y cada uno de ellos citaba tratados del siglo xviii. La disputa se fue intensificando hasta convertirse en un duelo entre dos emperadores.

En diciembre de 1851, el presidente de Francia, Louis-Napoleon Bonaparte, sobrino del gran Napoleón, un hombre inescrutablemente afable, aunque dotado de una gran agilidad política, derrocó la Segunda República en el curso de un golpe de estado, y se dispuso a coronarse emperador con el nombre de Napoleón III. Este aventurero mujeriego, cuyos rígidos mostachos encerados no conseguían distraer la atención de su enclenque torso y su gran cabeza, fue en cierto modo el primer político moderno, y sabía que su arrogante y frágil nuevo imperio necesitaba prestigio católico y victorias en el extranjero. Nicolás, por su parte, vio en la crisis de Belén la ocasión de coronar su reinado con la salvación de los Santos Lugares para «el Dios

ruso». Ambos emperadores, tan diferentes entre sí, consideraban que Jerusalén era la clave para alcanzar la gloria tanto en la tierra como en el cielo.

## JAMES FINN Y LA GUERRA DE CRIMEA: EVANGELISTAS ASESINADOS Y MERODEADORES BEDUINOS

El sultán, presionado y acorralado por rusos y franceses, intentó resolver la disputa con un decreto promulgado el 8 de febrero de 1852 en el que ratificaba la supremacía ortodoxa en la iglesia del Santo Sepulcro y en el que también hacía algunas concesiones a los católicos. El empeño de los franceses, sin embargo, igualaba al de los rusos. Remontaron sus reivindicaciones a la gran invasión de Napoleón, a su alianza con Solimán el Magnífico, a los reyes cruzados de Jerusalén y a Carlomagno. Cuando Napoleón III amenazó a los otomanos, no fue ninguna coincidencia que enviara un buque de guerra llamado precisamente *Carlomagno*. En noviembre, el sultán cedió, y les concedió la supremacía a los católicos. Nicolás, indignado, exigió la restitución de los derechos de los ortodoxos en Jerusalén y una «alianza» que reduciría el imperio otomano a la condición de protectorado ruso.

El sultán rechazó las propuestas intimidatorias de Nicolás, y el zar invadió los territorios otomanos del Danubio, la actual Rumanía, y avanzó hacia Estambul. Nicolás se había convencido a sí mismo de que había logrado seducir a los británicos negando su deseo de devorar Estambul y, sobre todo, Jerusalén, y de que éstos estaban de acuerdo con él, pero cometió un error de juicio fatal y se equivocó con respecto a la actitud de Londres y París. Francia y el Reino Unido, enfrentados ahora a la intimidación rusa y al derrumbe del imperio otomano, amenazaron con la guerra. El obstinado Nicolás creyó que se trataba de un farol, porque él, explicó, «estaba librando esta guerra con un propósito únicamente cristiano y bajo la enseña de la Vera Cruz». El 28 de marzo de 1853, Francia y el Reino Unido declaraban la guerra a Rusia. Si bien la mayor parte de los combates se libró en la remota Crimea, esta guerra colocó a Jerusalén en el centro del escenario mundial donde ha permanecido desde entonces.<sup>[\*6]</sup>

Cuando la guarnición de Jerusalén salió al encuentro de los rusos, James Finn observó a las tropas presentar armas en la plaza de armas de Maidan, en el exterior de las murallas y cerca de la Puerta de Jaffa, donde «el sol de Siria se reflejaba sobre el acero en movimiento, puesto que desfilaban con las bayonetas». Finn no podía olvidar que «el núcleo de todo ello radicaba en los Santos Lugares, con nosotros» y que «la meta de Nicolás seguía siendo la posesión de [los santuarios de] Jerusalén».

En lugar de los habituales devotos rusos, una nueva raza de visitantes occidentales, a menudo escépticos, diez mil al año al llegar 1856, llegaban en masa a la ciudad para visitar los Santos Lugares que habían provocado el estallido de una

guerra europea. La visita a Jerusalén seguía siendo una aventura. En la ciudad no circulaban carruajes, sólo literas cubiertas, y prácticamente carecía de hoteles y bancos: los visitantes se alojaban en los monasterios, el más cómodo de los cuales era el armenio, con sus amplios patios elegantes y bien ventilados. No obstante, en 1843, un judío ruso llamado Menachem Mendel fundó el primer hotel, el Kaminitz, al que pronto seguiría el English Hotel; en 1848, una familia sefardí, los Valero, abrió el primer banco europeo en una habitación a la que se accedía por unas escaleras de la calle David. Jerusalén era todavía una ciudad provincial otomana gobernada, en general, por un pachá desaliñado que vivía en un destartado serrallo (residencia, harén y prisión) justo al norte de la Explanada de las Mezquitas.<sup>[\*7]</sup> A los occidentales les «asombraba la miserable sencillez de esa mansión», escribiría Finn, y las concubinas sarnosas y los «funcionarios, granujas harapientos», les parecían repulsivos. Mientras los visitantes tomaban café con el pachá, podían oír el metálico ruido de las cadenas de los prisioneros y los lamentos de los torturados procedentes de las mazmorras. Durante la guerra, el pachá intentó garantizar la seguridad de Jerusalén, pero los monjes ortodoxos griegos agredieron al recién nombrado patriarca católico e introdujeron un rebaño de camellos en su residencia, todo ello ante la diversión y disfrute de los grandes escritores que llegaban para ver los santuarios por cuya causa estaban muriendo tantos soldados en interminables batallas y pútridos hospitales de Crimea. No quedaron impresionados.

## LOS ESCRITORES: MELVILLE, FLAUBERT Y THACKERAY

Herman Melville, en aquel momento de treinta y seis años de edad, se había hecho un nombre gracias a tres novelas basadas en sus propias impresionantes aventuras en barcos balleneros en el Pacífico, pero de *Moby Dick*, publicada en 1851, sólo se habían vendido tres mil ejemplares. Melancólico y atormentado, no demasiado diferente a Gogol, había llegado a Jerusalén en 1856 con la intención de recuperar la salud e investigar la naturaleza de Dios. «Mi objetivo: saturarme la mente con la atmósfera de Jerusalén y ofrecermelo como sujeto pasivo de sus extrañas impresiones»; la «ruina» de Jerusalén le estimuló, cautivado por la «ázima desnudez de la desolación». Como ya vimos antes, la «energía y el espíritu fanático» y la «judeomanía» de muchos de sus «desquiciados» conciudadanos le habían fascinado, e inspiraron su poema épico *Clarel*, el poema más largo de la literatura estadounidense, dieciocho mil versos que escribió a su regreso, al mismo tiempo que realizaba su penoso trabajo en la oficina de aduanas.

Melville no fue el único novelista que buscaba el restablecimiento y el consuelo de su decepción literaria en Oriente: Gustave Flaubert, acompañado por su rico amigo Maxime du Camp, y financiado por el gobierno francés para realizar un informe

sobre el comercio y la agricultura, estaba haciendo un viaje cultural y sexual para recuperarse de la recepción de su primera novela. Vio en Jerusalén un «cementerio rodeado de murallas, donde las antiguas religiones se pudren bajo el sol». En cuanto a la iglesia del Santo Sepulcro, «un perro se hubiera sentido más conmovido que yo. Los armenios maldicen a los griegos que detestan a los latinos que odian a los coptos». Melville coincidió con él en que dicha iglesia era «un montón semirruinoso de cuevas decrepitas que olían a muerte», aunque reconoció que las guerras se iniciaban en lo que él llamó «la abarrotada sala de prensa y bolsa teológica de Jerusalén».<sup>[\*8]</sup>

Las peleas de los cenobitas no eran más que uno de los aspectos del violento teatro de Jerusalén. Las tensiones entre los nuevos visitantes, evangelistas angloestadounidenses, judíos rusos y campesinos ortodoxos por una parte, y el antiguo mundo de los otomanos, de las grandes familias árabes, judíos sefardíes, beduinos y *fellahin* por la otra, desembocaron en una serie de asesinatos. Una de las damas evangélicas de Finn, Mathilda Creasy, fue encontrada muerta con la cabeza aplastada y un judío apuñalado fue hallado en el interior de un pozo. El envenenamiento de un rico rabino, David Herschell, dio pie a un sensacionalista caso judicial, aunque los sospechosos, los nietos del rabino, serían absueltos por falta de pruebas. El cónsul británico, James Finn, era el funcionario más poderoso de Jerusalén en una época en la que los otomanos habían contraído tantas deudas con los británicos que Finn, por ese motivo, decidió que era su deber intervenir siempre que a él le pareciera oportuno. Considerándose a sí mismo el Sherlock Holmes de la Ciudad Santa, emprendió la tarea de investigar esos crímenes, pero pese a sus poderes de detección (y a la ayuda de seis nigromantes africanos) no pudo descubrir a los asesinos.

Finn era el valeroso campeón y el irritante proselitista de los judíos que todavía necesitaban su protección y cuya situación, si cabía, no hacía más que empeorar. La mayor parte de los judíos vivía en «las malolientes ruinas del barrio judío de venerable suciedad», escribiría Thackeray, y sus «quejas y lamentos por la gloria perdida de su ciudad» invadían, obsesivas, la ciudad los viernes por la noche. «Nadie iguala la miseria y el sufrimiento de los judíos de Jerusalén», afirmaba Karl Marx en un artículo publicado en el *New York Daily Tribune* en abril de 1854, «que residen en el barrio más sucio, objeto constante de la opresión y de la intolerancia musulmanas, insultados por los griegos y perseguidos por los latinos». Un judío que pasó junto a la puerta que conducía a la iglesia del Santo Sepulcro fue, según informó Finn, «apaleado por una turba de peregrinos» porque seguía siendo ilegal que un judío pasara por allí. Otro de ellos fue apuñalado por un soldado otomano. Un funeral judío sufrió el ataque de los árabes. En todos los casos, Finn caía sobre el gobernador otomano, le obligaba a intervenir, asegurándose de que se aplicara la justicia

británica.

El propio pachá estaba más interesado en controlar a los árabes palestinos, cuyas rebeliones y clanes guerreros, en parte en reacción a las reformas centralizadoras del imperio otomano, solían combatirse con el galope de los camellos, y el silbido de lanzas y balas volando alrededor de las murallas de Jerusalén. Estas emocionantes escenas contribuyeron a la visión de Palestina que tenían los europeos, un cruce entre teatro bíblico y escenario del salvaje Oeste, y los visitantes occidentales se congregaban en las murallas para presenciar el espectáculo de unas escaramuzas que debían de parecerles surrealistas pruebas deportivas, con el picante añadido de la muerte ocasional.

## LOS ESCRITORES: DAVID DORR, LA GIRA DE UN ESCLAVO ESTADOUNIDENSE

En su granja evangélica para convertir judíos de Talbieh, los Finn solían encontrarse con frecuencia en medio del fuego cruzado. A menudo, cuando las balas volaban, la señora Finn veía sorprendida a mujeres entre los combatientes. Hizo todo lo que pudo para negociar la paz entre los jeques, pero los beduinos sólo eran parte del problema: los jeques de Hebrón y Abu Gosh tenían ejércitos privados de hasta quinientos soldados y libraban auténticas guerras contra los otomanos. Cuando uno de estos jeques fue capturado y llevado a Jerusalén encadenado, el audaz guerrero logró escapar galopando y se reincorporó a los combates, igual que un Robin Hood árabe. Finalmente, Hafiz Pachá, el anciano gobernador de Jerusalén, tuvo que ponerse al frente de una expedición de 550 soldados y dos cañones de bronce para eliminar al señor de la guerra de Hebrón.

Pese a tanto melodrama, las tardes de verano, los jerosolimitanos de todas las creencias, musulmanes, árabes cristianos y judíos sefardíes, salían de excursión y almorzaban al aire libre en las cercanías de la carretera de Damasco. El explorador estadounidense, el teniente William Lynch, observó «una escena pintoresca, cientos de judíos disfrutando del aire fresco, sentados en el exterior de las murallas bajo enormes olivos, las mujeres cubiertas en sudarios blancos, los hombres tocados de sombreros negros de ala ancha». James Finn y los otros cónsules, precedidos de soldados otomanos y los *kavass* armados de bastones con mango de plata, paseaban con sus esposas. «Al ponerse el sol, todos se precipitaron al interior de las murallas cuyas puertas seguían cerrándose cada noche».

«¡Ah! La tristeza de Jerusalén», suspiraba Finn, que tuvo que reconocer que «a una persona imbuida de los alegres hábitos de otros lugares» la ciudad le parecía de un «aburrimiento monástico. Se ha visto a los visitantes franceses lanzar la jaculatoria que siempre acompaña su característico gesto de encoger los hombros al observar el



contraste entre Jerusalén y París». Ciertamente, no era éste el tipo de jaculatoria que esperaba el erotizado Flaubert, y expresó su frustración en la Puerta de Jaffa: «se me escapó un pedo al cruzar el umbral», pero «me irritó el volterianismo de mi ano». Flaubert, un glotón sexual, celebró haber escapado de Jerusalén con una orgía en compañía de cinco jóvenes mujeres en Beirut. «Follé con tres mujeres y me corrí cuatro veces, tres veces antes del almuerzo y una vez después del postre. El joven Ducamp sólo se corrió una vez, porque todavía tenía el miembro irritado por las secuelas del chancro que le había contagiado una prostituta valaca».

Un visitante excepcional, David Dorr, un joven esclavo negro de Louisiana que se describía a sí mismo como «cuarterón», compartía la opinión de Flaubert: de gira con su amo, llegó con «un corazón sumiso» repleto de reverencia por Jerusalén, pero no tardó en cambiar de opinión: «Cuando oí todas esas cosas absurdas que decía esa gente ignorante, me sentí más inclinado a ridiculizar todos esos cadáveres y lugares sagrados que a rendirles homenaje. Después de diecisiete días en Jerusalén, me voy, y deseo no tener que volver nunca».<sup>[\*9]</sup>

Con todo, y pese a su irreverencia, los escritores tampoco pudieron evitar sentirse impresionados por Jerusalén. Flaubert la consideraba «diabólicamente grandiosa». Thackeray sintió que «no hay ni un solo rincón en que poder mirar donde no se haya cometido algún acto violento, alguna masacre, algún asesinato de algún visitante, o se haya adorado a algún ídolo con ritos sangrientos». Melville casi admiró el «esplendor asolado por la peste» del lugar. En pie, frente a la Puerta Dorada, mirando los cementerios musulmán y judío, Melville vio una «ciudad asediada por ejércitos de muertos» y se preguntó: «¿es la desolación el resultado del abrazo mortal de la divinidad?».<sup>[5]</sup>

Después de las varias derrotas sufridas por las tropas rusas en Crimea, Nicolás cayó enfermo a causa de la tensión y murió el 18 de febrero de 1855. En septiembre, la base naval rusa de Sebastopol cayó ante los británicos y franceses. Rusia había sufrido una tremenda humillación. Tras la pasmosa incompetencia militar de la que habían hecho alarde todos los bandos en una campaña que se había cobrado las vidas de 750 000 soldados, el nuevo emperador ruso, Alejandro II, pidió la paz, renunciando a sus ambiciones imperiales sobre Jerusalén, pero logrando al fin la restitución de los derechos a la mayoría ortodoxa en la iglesia del Santo Sepulcro, un *statu quo* que sigue vigente en la actualidad.

El 14 de abril de 1856, los cañones de la Ciudadela saludaban la firma del tratado de paz. Sin embargo, doce días más tarde, James Finn, que asistía al Fuego Sagrado, vio a «peregrinos griegos armados de palos, piedras y porras, ocultados previamente tras las columnas y que dejaron caer desde la galería», atacar a los armenios. «En el posterior y terrible conflicto», observaría, «se lanzaron proyectiles hacia las galerías que destruyeron hileras de lámparas y cristales, y cuyo aceite caía sobre las cabezas



de la gente». Cuando el pachá se precipitó desde su trono hasta la galería, recibió «golpes en la cabeza» y tuvo que ser sacado del lugar antes que los soldados cargaran con las bayonetas caladas. Minutos más tarde, apareció el patriarca ortodoxo portando el Fuego Sagrado, entre alaridos de júbilo, golpes en el pecho y el temblor de las llamas.

La guarnición celebró la victoria del sultán con un desfile en la plaza de armas de Maidan, algo, cuando menos, irónico puesto que poco tiempo después Alejandro III compraba esa plaza de armas, el lugar donde en la antigüedad habían acampado asirios y romanos, para construir un complejo ruso. A partir de entonces, Rusia perseguiría el dominio cultural en Jerusalén.

La victoria resultó agrídulce para los otomanos, cuyo debilitado reino musulmán había sido salvado por los soldados cristianos. Para demostrar su gratitud y mantener controlado Occidente, el sultán Abdulmecid se vio obligado a aplicar unas medidas conocidas con el nombre de Tanzimat, reforma: centralizar su administración, decretar la igualdad absoluta para todas las minorías, sin importar cuál fuera su religión, y permitirles a los europeos todo tipo de libertades antes inconcebibles. A Napoleón III le ofreció Santa Ana, la iglesia cruzada convertida en la *madrassa* de Saladino. En marzo de 1855, el duque de Brabante, el futuro rey Leopoldo II de Bélgica, el explotador del Congo, fue el primer europeo en obtener el permiso de visitar la Explanada de las Mezquitas: los guardias del santuario, sudaneses de Darfur armados con porras, tuvieron que ser recluidos en su cuartel ante el temor de que pudieran agredir al infiel. En junio, el archiduque Maximiliano, heredero del imperio de los Habsburgo y desafortunado futuro emperador de México, llegó con los oficiales de su buque insignia. Los europeos empezaron a construir grandes edificios de estilo cristiano imperial, creando un gran auge inmobiliario en Jerusalén. Los políticos otomanos se sentían muy inquietos, y se produciría una violenta reacción musulmana en contra, pero, después de la guerra de Crimea, Occidente había invertido demasiado como para dejar ahora en paz a Jerusalén.

En los últimos meses de la guerra de Crimea, sir Moses Montefiore, con la intención de crear una línea ferroviaria entre Jaffa y Jerusalén, había comprado los trenes y los ferrocarriles de Baclava, construidos especialmente para el transporte de las tropas británicas en Crimea. Ahora, después de la victoria en Crimea, y dotado de todo el prestigio y el poder de un plutócrata, regresó a la ciudad, el heraldo del futuro.

[6]

## CAPÍTULO 38

### LA NUEVA CIUDAD, 1855-1860

MOSES MONTEFIORE: «ESE CRESO».

El 18 de julio de 1855, Montefiore cumplió con el ritual y se rasgó las vestiduras al ver el Templo perdido, tras lo cual, instaló su campamento frente a la Puerta de Jaffa, donde miles de jerosolimitanos le recibieron y se apiñaron a su alrededor, disparando al aire y lanzando vítores. James Finn, cuyos planes de convertir judíos habían sido obstaculizados por Montefiore en varias ocasiones, intentó frustrar esta recepción, pero el liberal gobernador Kiamil Pasha le envió una guardia de honor a presentarle armas. Montefiore sería el primer judío en visitar la Explanada de las Mezquitas, adonde llegó en una litera para no quebrantar la ley que prohibía a los judíos caminar por la montaña sagrada a menos que estuvieran en el Santo de los santos, escoltado por cien soldados del pachá. La misión de su vida, ayudar a los judíos de Jerusalén, nunca fue fácil: muchos de ellos vivían de la caridad, y se enfurecieron tanto cuando Montefiore intentó dejar de darles sus limosnas que se rebelaron en su campamento. «¡Caramba!», escribió Jemima Montefiore que le acompañaba en aquel viaje, «si esto continúa así, ¡no estaremos a salvo ni siquiera en nuestras tiendas!». No todos sus planes llegaron a buen puerto: nunca consiguió construir su ferrocarril desde Jaffa, pero este viaje cambiaría el destino de Jerusalén. Antes de llegar a Jerusalén, había convencido al sultán de que le permitiera reconstruir la sinagoga de Hurva, destruida en 1720, y, más importante aún, que le dejara comprar tierras en Jerusalén donde los judíos pudieran asentarse. Pagó la restauración de la sinagoga de Hurva y empezó a buscar tierra que comprar.

Melville describió a sir Moses Montefiore como «ese Creso, un hombre enorme de 75 años transportado desde Joppa en una litera cargada sobre mulas». Medía algo más de un metro ochenta y aunque todavía no tenía setenta y cinco años, ya no tenía edad para hacer este tipo de viaje. Ya había arriesgado antes su vida en tres visitas a Jerusalén, y sus médicos le habían aconsejado que no lo hiciera otra vez, «su corazón estaba débil y tenía veneno en la sangre», pero él y Judith fueron de todos modos, acompañados por un séquito de criados, sirvientes, e incluso su propio carnicero *kasher*.

Para los judíos de Jerusalén y de toda la Diáspora, Montefiore ya era una leyenda que combinaba el prestigio proconsular de un pequeño aristócrata victoriano en pleno auge del imperio británico con la dignidad de un judío que siempre corría en ayuda de

sus hermanos y que nunca comprometió su judaísmo. Era su posición única en el Reino Unido lo que le daba su poder: con un pie en la sociedad antigua y el otro en la moderna, se sentía igual de cómodo entre duques, primeros ministros y obispos que entre rabinos y financieros. En un Londres dominado por una rígida moral y por el hebraísmo evangélico, Montefiore representaba el ideal de lo que los victorianos creía que debía ser un judío: «Ese gran viejo hebreo», escribiría lord Shaftesbury, «es mejor que muchos cristianos».

Había nacido en Livorno, Italia, pero había hecho su fortuna en el London Stock Exchange, uno de los «corredores de bolsa judíos» en la bolsa londinense, un ascenso propiciado por su feliz matrimonio con Judith Cohen, la cuñada del banquero Nathaniel Rothschild. Su ascenso social y su fortuna sólo fueron el medio de ayudar a otros. Cuando la reina Victoria le otorgó el título de sir en el año 1837, lo describió en su diario como «un judío, un hombre excelente», mientras que él, en el suyo, rezó para que ese honor «pueda anunciar un buen futuro para los judíos en general. Además, tuve el placer de ver mi estandarte con la inscripción “Jerusalén” ondear con orgullo en el salón». Una vez enriquecido, redujo la envergadura de sus negocios y, a menudo haciendo campaña con su cuñado o con su sobrino Lionel de Rothschild, se consagró a luchar por los derechos políticos de los judíos británicos.<sup>[\*1]</sup> Sin embargo, en el extranjero se le necesitaba más, y en sus viajes fue recibido por emperadores y sultanes con los honores propios de un embajador británico, mostrando un valor incansable y un gran ingenio, aun cuando a menudo su propia vida peligrara. Como ya hemos visto, sería su misión en Damasco ante Mehmet Alí y el sultán lo que le daría la fama.

A Montefiore lo admiraron incluso los antisemitas más destacados: cuando Nicolás I, en su cruzada por la ortodoxia y la autocracia, inició la represión contra los millones de judíos rusos, Montefiore viajó a San Petersburgo para insistir en la lealtad, la valentía y la honradez de los judíos rusos. «Si al menos se parecieran a usted», le contestó Nicolás con una cortesía que no presagiaba nada bueno.<sup>[\*2]</sup> No obstante, sabía mantenerse firme con cualquiera: cuando se precipitó a Roma para intervenir en una intriga antisemita, un cardenal le preguntó cuánto dinero le había pagado Rothschild al sultán para que prohibiera la «calumnia de sangre». «No tanto como lo que yo le he dado a vuestro lacayo para que me colgara el abrigo en el recibidor», replicó Montefiore.

Su compañera en todas sus empresas era la vivaz Judith del cabello rizado que siempre le llamaba Monty, pero no estaban destinados a fundar una dinastía: a pesar de las oraciones de Judith en la tumba de Raquel, nunca tuvieron hijos. Con todo, aparte de su condición de judío y de las letras hebreas de la palabra «Jerusalén» en su escudo de armas, Montefiore tenía las virtudes y los defectos de un noble victoriano. Vivía rodeado de esplendor en una mansión de Park Lane y en una casa almenada de

estilo neogótico en Ramsgate, donde construyó su propia sinagoga y un mausoleo único, aunque grandioso, basado exactamente en la tumba de Raquel. Hablaba con un tono pesado y ampuloso, su rectitud apenas dejaba sitio para el humor, había una cierta vanidad en su estilo autocrático y tras la fachada, habían amantes e hijos ilegítimos. Su biógrafo moderno revela que cuando ya tenía más de ochenta años, fue padre de un hijo con una doncella adolescente, otro indicador más de su asombrosa energía.

En Jerusalén, las grandes familias de la ciudad, a quienes siempre le había unido la amistad, le ayudaron en su búsqueda de un terreno para comprar: incluso el cadí le llamaba «el orgullo del pueblo de Moisés». Ahmed Cuzhdar Aga, a quien conocía desde hacía veinte años, le vendió un terreno en el exterior de las murallas entre las puertas de Sión y de Jaffa por mil soberanos de oro ingleses. Montefiore trasladó sus tiendas de inmediato a su nuevo terreno donde proyectó la construcción de un nuevo hospital y de un molino de viento según el modelo de los de Kent para que los judíos pudieran hacerse su propio pan. Antes de marcharse, le pidió al pachá un favor especial: el hedor procedente del barrio judío, citado en todos los libros de viaje occidentales, procedía de un matadero musulmán, y su sola presencia ya indicaba el estatus inferior de los judíos. Montefiore pidió que fuera trasladado, y el pachá aceptó hacerlo.

En junio de 1857, Montefiore regresó por quinta vez con los materiales para construir el molino, y la construcción se inició en 1859. En lugar de un hospital erigió casas de beneficencia para las familias pobres judías que serían conocidas como las Casitas Montefiore, inconfundiblemente victorianas, de ladrillo rojo, almenadas y de imitación medieval, iguales a la sede de cualquier club del extrarradio de alguna ciudad inglesa. Su nombre hebreo era Mishkenot Shaanim, la morada de las delicias, pero al principio fueron presa de los bandidos, y sus habitantes las encontraron tan poco deliciosas que por las noches solían regresar a hurtadillas a dormir a la ciudad. Al principio, el molino produjo pan barato, pero no tardó en averiarse debido a la falta de viento de Judea, y a la falta de mantenimiento de Kent.

Tanto los evangelistas cristianos como los rabinos judíos soñaban con el retorno de los judíos, y ésa fue la contribución de Montefiore. La colosal fortuna de los nuevos plutócratas judíos, en especial la de los Rotshchild, alentó la idea, según expresaría Disraeli en aquel mismo momento, según la cual los «capitalistas hebreos» comprarían Palestina. Los Rothschild, árbitros de la política y de las finanzas internacionales en la cima de su poder, tan influyentes en París y Viena como lo eran en Londres, no estaban convencidos de ello, pero no les importó contribuir con dinero y ayudar a Montefiore cuyo «sueño constante» era que «Jerusalén está destinada a convertirse en la sede de un imperio judío».<sup>[\*3]</sup> En 1859, y a instancias del embajador otomano en Londres, Montefiore estudió la posibilidad de comprar Palestina, pero se

mostró escéptico, sabedor de que la élite anglojudía en alza estaba demasiado ocupada en aquel momento comprando fincas en el campo para vivir el sueño británico y no tenía demasiado interés en un plan así. De todos modos, Montefiore creía que su querida «restauración nacional de los israelitas» sobrepasaba el ámbito de la política y que era mejor dejárselo a «la Divina Providencia», pero la apertura en 1860 de su pequeño barrio Montefiore marcó el principio de una nueva ciudad judía en el exterior de las murallas. Esto ya quedaba lejos de la última visita de Montefiore, aunque, después de la guerra de Crimea, Jerusalén se había convertido una vez más en objeto de deseo internacional: los Romanov, los Hohenzollern, los Habsburgo y los príncipes británicos rivalizaban entre ellos para combinar la nueva ciencia de la arqueología con el antiguo juego de los imperios.<sup>[1]</sup>

# CAPÍTULO 39

## LA NUEVA RELIGIÓN, 1860-1870

### EMPERADORES Y ARQUEÓLOGOS: INOCENTES EN EL EXTRANJERO

En abril de 1859, el hermano del emperador Alejandro II, el gran duque Konstantin Nikolaevich visitaba Jerusalén, el primero de los Romanov en hacerlo. «Por fin, mi entrada triunfal», anotó en su lacónico diario, «multitud y polvo»; cuando se dirigió a pie al Santo Sepulcro, «lágrimas y emociones»; y cuando dejó la ciudad, «no podíamos dejar de llorar». El emperador y el gran duque habían proyectado una ofensiva cultural rusa. «Debemos establecer nuestra presencia en Oriente, no por medio de la política, sino a través de la iglesia», recomendaba un informe del Ministerio de Asuntos Exteriores. «Jerusalén es el centro del mundo y nuestra misión debe ser estar allí». El gran duque fundó una Sociedad Palestina, y la Compañía Naviera Rusa para transportar peregrinos rusos desde Odessa. Inspeccionó las más de siete hectáreas del complejo ruso donde los Romanov empezaron a construir una pequeña ciudad moscovita.<sup>[\*1]</sup> Al cabo de poco tiempo, los peregrinos rusos eran tantos que hubo que montar tiendas de campaña para alojarlos a todos.

Los británicos estaban igual de comprometidos que los rusos. El 1 de abril de 1862, Albert Edward, el rechoncho príncipe de Gales, de veintidós años (el futuro Eduardo VII), llegó a Jerusalén a caballo escoltado por un centenar de soldados de caballería otomanos.

El príncipe, que se alojó en un gran campamento en el exterior de la ciudad, tenía la ilusión de hacerse un tatuaje cruzado en el brazo, y su visita dejó una impresión imborrable tanto en Jerusalén como en el Reino Unido. Su presencia no sólo aceleró el regreso de Finn, acusado de irregularidades financieras después de veinte años de su dominante presencia, sino que intensificó también la sensación de que Jerusalén era, en cierto modo, una pequeña parte de Inglaterra. El guía del príncipe por los Santos Lugares fue el deán de Westminster, Arthur Stanley, cuyo influyente libro de historia bíblica, en el que hacía conjeturas arqueológicas, convenció a toda una generación de lectores británicos de que Jerusalén era «una tierra más importante para nosotros que incluso Inglaterra». A mediados del siglo XIX, la arqueología se convirtió de repente no sólo en una ciencia histórica para estudiar el pasado, sino además en un modo de controlar el futuro. No es de extrañar entonces que la arqueología se politizara de inmediato, fetiche cultural, moda social y pasatiempo de la monarquía por una parte, y por la otra, una manera de construir imperios por otros

medios y una extensión del espionaje militar. La arqueología devino la religión laica de Jerusalén y también, a manos de cristianos imperialistas como el deán Stanley, una ciencia al servicio de Dios: si se confirmaba la verdad de la Biblia y de la Pasión, los cristianos podrían reclamar la Tierra Santa.

Los rusos y los británicos no estaban solos. A los cónsules de las grandes potencias, muchos de ellos ministros religiosos, también les gustaba creerse arqueólogos, pero fueron los cristianos estadounidenses los que realmente fundaron la arqueología moderna.<sup>[\*2]</sup> Los franceses y alemanes no les iban a la zaga, a la caza de espectaculares hallazgos arqueológicos con un implacable espíritu nacional, y respaldadas sus excavaciones por sus emperadores y primeros ministros. Igual que la carrera espacial del siglo xx y sus heroicos astronautas, la arqueología se convirtió rápidamente en una proyección del poder nacional donde los arqueólogos más célebres parecían históricos conquistadores bravucones y cazadores de tesoros científicos. Un arqueólogo alemán lo llamó «la cruzada pacífica».

La visita del príncipe de Gales alentó la expedición de un militar y arqueólogo británico, el capitán Charles Wilson quien, en los túneles cercanos al Muro de las Lamentaciones bajo la Puerta de la calle de la Cadena, descubrió el monumental arco de Herodes del gran puente que cruzaba el valle de Tyropoeon hasta el Templo, arco que todavía se conoce con el nombre de Arco de Wilson: este descubrimiento no era más que el principio.

En mayo de 1865, una serie de patricios, desde el conde Russell, el ministro de Asuntos Exteriores, hasta el duque de Argyll, financiaron el Palestine Exploration Fund (Fondo para la Exploración de Palestina), con contribuciones de la reina Victoria y de Montefiore. Shaftesbury sería más tarde nombrado presidente. La visita a Palestina del primer heredero al trono desde Eduardo I «abrió la totalidad de Siria a la investigación cristiana», explicaba el folleto informativo de la sociedad. En su primera sesión, el arzobispo de York, William Thompson, declaró que la Biblia le había proporcionado «las leyes según las que intento vivir» y «el mejor conocimiento que poseo». Fue incluso más lejos: «Este país de Palestina os pertenece a vosotros y a mí. Le fue entregado al Padre de Israel, es la tierra de donde llegan las noticias de nuestra redención. Es la tierra a la que miramos con el mismo auténtico patriotismo como el que sentimos hacia nuestra amada vieja Inglaterra».

En febrero de 1867, el teniente del real cuerpo de zapadores, Charles Warren, de veintiséis años, inició la exploración de Palestina para dicha sociedad. Los jerosolimitanos, no obstante, se oponían a la realización de cualquier excavación alrededor del monte del Templo. Warren alquiló entonces unos solares cercanos y perforó veintisiete profundos pozos en la roca. Descubrió los primeros artefactos auténticamente arqueológicos en Jerusalén: la cerámica de Ezequías con la inscripción «Propiedad del rey»; cuarenta y tres cisternas bajo la Explanada de las



Mezquitas; el pozo de Warren en la colina Ophel, en su opinión, el pasadizo por el que el rey David entró en la ciudad; su Puerta de Warren, en los túneles junto al Muro de las Lamentaciones, una de las entradas principales al Templo de Herodes, y más tarde, la cueva judía. Este arqueólogo aventurero personificaba la fascinación que suscitaba la nueva ciencia. En una de sus hazañas subterráneas, descubrió la antigua piscina de Struthion y la cruzó navegando en una balsa construida con puertas. Entre las damas victorianas se puso de moda bajar en cestas y desmayarse al ver los lugares bíblicos mientras se desabrochaban el corsé.

Warren sentía compasión por los judíos, y los groseros turistas que se burlaban de su «reunión más solemne» en el Muro como si se tratara de una «farsa» provocaron su indignación. Por el contrario, el «país debe ser gobernado en su nombre», para que al final, «el principado judío pueda valerse por sí mismo como un reino independiente garantizado por las grandes potencias».<sup>[\*3]</sup> Los franceses tenían aspiraciones arqueológicas igual de agresivas, aunque su arqueólogo jefe, Félicien de Saulcy, era un chapucero que declaró que la Tumba de los Reyes se hallaba justo al norte de las murallas del rey David. De hecho, se trataba de la tumba de la reina Adiabene, que databa de mil años más tarde.

En 1860, los musulmanes masacraron a los cristianos en Siria y Líbano, furiosos por las leyes del sultán en favor de cristianos y judíos, pero eso no hizo más que dar pie a más avances de los occidentales: Napoleón III envió tropas para salvar a los cristianos maronitas del Líbano, renovando las reivindicaciones de los franceses sobre la zona que había sobrevivido desde los tiempos de Carlomagno, de las cruzadas y del rey Francisco I en el siglo XVI. En 1869, Egipto, con el apoyo de capitales franceses, abrió el canal de Suez, una ceremonia a la que asistieron la emperatriz francesa Eugenia, el príncipe heredero de Prusia, Federico, y el emperador de Austria, Francisco José. El príncipe prusiano Federico (el padre del futuro káiser Guillermo II), para no ser menos que los británicos o que los rusos, embarcó hasta el puerto de Jaffa y luego se dirigió a Jerusalén a caballo, donde patrocinó con energía la presencia prusiana en la carrera por las iglesias y los trofeos arqueológicos: compró la parcela de la iglesia latina cruzada de Santa María, cercana a la iglesia del Santo Sepulcro, y le dio su respaldo al agresivo arqueólogo Titus Tobler, quien declaró: «Jerusalén debe ser nuestra». Por el camino de regreso a Jaffa, casi chocó con Francisco José, el emperador de Austria y rey titular de Jerusalén, que hacía poco tiempo había sufrido una derrota a manos de los prusianos en la batalla de Sadowa. Se saludaron con frialdad.

Francisco José galopó hasta Jerusalén escoltado por mil guardias otomanos, entre ellos lanceros beduinos, fusileros drusos y camelleros, y acompañado por una enorme cama de plata regalo del sultán. «Desmontamos», anotó el emperador, «me arrodillé en el camino y besé la tierra» mientras el cañón de la Torre de David lanzaba una



salva de saludo. A Francisco José le abrumó «cómo todo parecía ser exactamente igual que había imaginado a partir de las historias de mi niñez y de la Biblia».<sup>[1]</sup> Sin embargo, los austríacos, igual que el resto de los europeos, estaban comprando inmuebles a fin de potenciar una nueva ciudad cristiana: el emperador inspeccionó los grandes movimientos de tierra que se estaban realizando para construir un hospicio austríaco junto a la Vía Dolorosa.

«¡Nunca admitiré que estos cristianos locos hagan mejoras en las carreteras!», le escribió el gran visir otomano a Fuad Pasha, «puesto que transformarían Jerusalén en un manicomio cristiano». Sin embargo, los otomanos sí construyeron una nueva carretera a Jaffa especialmente para Francisco José. El impulso del «manicomio cristiano» era imparable.

## MARK TWAIN Y EL «PUEBLO INDIGENTE».

En una ocasión en la que el capitán Charles Warren, el joven arqueólogo, cruzaba la Puerta de Jaffa, fue testigo de una decapitación que lo dejó asombrado. La ejecución había sido una auténtica chapuza, llevada a cabo por un verdugo muy patoso. «¡Me estás haciendo daño!», gritó la víctima mientras el matarife le asestaba dieciséis golpes de hacha; al final, se encaramó sobre la espalda del condenado y le serró la médula espinal como si estuviera sacrificando una oveja. Jerusalén tenía al menos dos caras y un trastorno de identidad disociativo: los relucientes edificios imperiales construidos en el curso de la rápida cristianización del barrio musulmán por europeos tocados con salacot, el casco colonial, y vestidos con casacas rojas, existían junto a la antigua ciudad otomana donde los guardias sudaneses negros protegían el Haram y custodiaban a los prisioneros condenados cuyas cabezas seguían rodando en las ejecuciones públicas. Las puertas seguían cerrándose cada día después de la caída del sol; los beduinos entregaban sus lanzas y espadas cuando entraban en la ciudad. Una tercera parte de la ciudad era un desierto y una fotografía (tomada, nada más y nada menos, que por el patriarca armenio) mostraba la iglesia del Santo Sepulcro rodeada por campo abierto en medio de la ciudad. Los dos mundos solían chocar con frecuencia: cuando en 1865 se abrió la primera línea de telégrafos entre Jerusalén y Estambul, el jinete árabe que cargó contra el poste del telégrafo fue detenido y colgado de ese mismo poste.

En marzo de 1866, Montefiore, ahora un viudo de ochenta y un años, llegó en su sexta visita y no podía creer los cambios que veía. Al descubrir que los judíos en el Muro de las Lamentaciones estaban expuestos no sólo a la lluvia caída del cielo, sino también a las ocasionales lluvias de proyectiles que caían de la Explanada de las Mezquitas, obtuvo permiso para construir un toldo en aquel lugar, e intentó sin ningún éxito comprar el Muro, uno de los muchos intentos de los judíos de obtener la

propiedad de sus santos lugares. Cuando salió de Jerusalén, se sintió «más profundamente impresionado que nunca». No sería su último viaje. Regresó en 1875 a la edad de noventa y un años: «Vi casi una nueva Jerusalén en la que habían crecido los edificios, algunos de ellos igual de elegantes que los europeos». Cuando salió de Jerusalén por última vez, no pudo evitar reflexionar que «seguramente nos estamos acercando al momento en el que asistiremos a la realización de las sagradas promesas que Dios le hizo a Sión».<sup>[\*4]</sup>

Las guías turísticas advertían en contra de los «viles judíos polacos» y de la «miasma de la inmundicia», pero, en opinión de algunos, eran los protestantes los que contaminaban el lugar.<sup>[2]</sup> «Leprosos, mutilados, ciegos e idiotas, todos te agreden en cualquier lugar», observaría Samuel Clemens, el periodista de Missouri que escribía bajo el pseudónimo «Mark Twain». Twain, el célebre «humorista salvaje» que viajaba por el Mediterráneo a bordo del *Quaker City*, realizaba un crucero de peregrinación llamado Grand Holy Land Pleasure Expedition (Grandiosa expedición de placer a Tierra Santa) que él rebautizó Grand Holy Land Funeral Expedition (Grandiosa expedición funeraria a Tierra Santa). Trató la peregrinación como un sainete, burlándose de la sinceridad de los peregrinos estadounidenses a quienes él llamaba «los inocentes en el extranjero». «Es un alivio poder salir a dar un paseo de cien metros», escribió, y no encontrar otro «lugar». Le divirtió mucho descubrir que en la iglesia del Santo Sepulcro la columna que era el centro del mundo estaba construida con el polvo con el que Dios había hecho el conjuro que creó a Adán. «Ningún hombre ha sido capaz de demostrar que la tierra NO procede de aquí». En general, odiaba «el oropel, las baratijas y los adornos chabacanos» del Santo Sepulcro, y también la ciudad: «Afamada Jerusalén, el nombre más majestuoso de la historia se ha transformado en un pueblo indigente, inhóspito, lúgubre y sin vida, no me gustaría vivir aquí».<sup>[\*5]</sup> Aun así, incluso el humorista salvaje le compró una Biblia de Jerusalén a su madre, eso sí, con la máxima discreción, y en ocasiones comentó, «estoy sentado en el mismo sitio que ha pisado un dios».

Los turistas, religiosos o seculares, cristianos o judíos, Chateaubriand, Montefiore o Twain, sabían ver los lugares en los que Dios había estado, pero eran prácticamente ciegos cuando se trataba de ver a la gente real que vivía en la ciudad. Jerusalén, a lo largo de toda su historia, había existido en la imaginación de los devotos que vivían lejos, en Estados Unidos, o en Europa. Ahora que estos visitantes llegaban a miles a bordo de los buques de vapor, esperaban encontrar las imágenes exóticas y peligrosas, pintorescas y auténticas que habían imaginado con la ayuda de sus Biblias y de sus estereotipos racistas victorianos, y a su llegada encontraban también sus traductores y sus guías. Sólo vieron la diversidad de vestimentas en las calles, y desestimaron las imágenes que no les gustaban, calificándolas de basura oriental, y de lo que Baedeker denominó «superstición y fanatismo salvajes». Construyeron en su

lugar la «auténtica» y grandiosa Ciudad Santa que habían esperado encontrar, y serían estas visiones las que guiarían el interés imperial por Jerusalén. En cuanto al resto, el antiguo y vibrante mundo, parcialmente velado, de los árabes y de los judíos sefardíes, apenas podían verlo. Y sin embargo, ahí estaba.<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 40

## CIUDAD ÁRABE, CIUDAD IMPERIAL, 1870-1880

### YUSUF KHALIDI: MÚSICA, BAILE, LA VIDA DIARIA

La auténtica Jerusalén era como una Torre de Babel disfrazada, organizada en una jerarquía de religiones y de idiomas. Los oficiales otomanos llevaban chaquetas bordadas que combinaban con uniformes europeos; los judíos otomanos, armenios, y los árabes cristianos y musulmanes vestían levita o traje blanco, y un nuevo tocado que simbolizaba el nuevo imperio otomano reformado, el *tarbush*, o fez; los ulemas musulmanes llevaban turbantes y túnicas casi idénticas a los que lucían los judíos sefardíes o los árabes ortodoxos; los míseros judíos jasídicos polacos,<sup>[\*1]</sup> cada vez más numerosos, vestían gabardinas y se tocaban con fedoras; los *kavass*, los guardaespaldas de los europeos, solían ser armenios que todavía vestían las casacas escarlata y pantalones blancos, y que iban armados de grandes pistolas. Los esclavos negros descalzos servían sorbete helado a sus amos, las antiguas familias árabes o sefardíes cuyos varones llevaban una mezcla de todos los tipos de traje descritos antes, y turbantes y feces, pero con largas chaquetas cerradas por un fajín, amplios pantalones turcos y una chaqueta occidental negra encima de todo. Los árabes hablaban turco y árabe; los armenios, armenio, turco y árabe; los sefardíes, ladino, turco y árabe; y los jasídicos, *yiddish*, esa jerga centroeuropea, mezcla de alemán y hebreo que dio pie a su propia gran literatura.

Si todo esto a los forasteros les parecía caótico, el sultán-califa presidía sobre un imperio suní: los musulmanes estaban en lo más alto; los turcos gobernaban; y tras ellos, venían los árabes. Los judíos polacos, cuya pobreza, «lamentos» y rítmicas oraciones que recordaban a un trance provocaban las burlas de todos, se hallaban en lo más bajo de la escala; pero en los niveles intermedios, en una cultura popular medio sumergida, reinaba una gran mezcla pese a las restrictivas leyes de cada religión.

Todas las religiones celebraban el final del ayuno del Ramadán con un festín y una feria en el exterior de las murallas, con carruseles y carreras de caballos y en las que vendedores ambulantes exhibían espectáculos obscenos y vendían golosinas árabes, cabello de ángel y delicias turcas. Durante la celebración judía de Purim, los árabes musulmanes y cristianos se vestían con la ropa tradicional judía, y las tres religiones asistían al *picnic* judío que se celebraba en la tumba de Simón el Justo al norte de la Puerta de Damasco. Los judíos les regalaban a sus vecinos árabes el

*matzah* y les invitaban a la cena de la Pascua judía, el Passover Seder, y los árabes les devolvían el favor regalándoles a los judíos pan recién hecho al final de la celebración. Los *mohels* judíos solían circuncidar a menudo a los niños musulmanes. Los judíos celebraban fiestas para darles la bienvenida a sus vecinos musulmanes cuando regresaban del *haj*. La relación más estrecha la mantenían los árabes y los judíos sefardíes «*Yahud, awlad Arab*, judíos, hijos de árabes», sus propios judíos, y algunas mujeres musulmanas incluso aprendieron a hablar ladino. Durante las sequías, el ulema les pedía a los rabinos sefardíes que rezaran para que llegara la lluvia. Los Valero, sefardíes que hablaban árabe, y la principal familia de banqueros de la ciudad, estaban asociados en los negocios con muchas de las grandes familias musulmanas. Resulta irónico que los cristianos ortodoxos árabes fueran los que más hostilidad mostraban hacia los judíos, a quienes insultaban en canciones tradicionales de Pascua, y linchaban cuando se acercaban a la iglesia del Santo Sepulcro.

Aunque Baedeker les advertía a los turistas que «no hay lugares públicos de diversión en Jerusalén», ésta era la ciudad de la música y el baile. Los jerosolimitanos se reunían en los cafés y en los bares para fumar en las pipas de agua, los narguiles, jugar al *backgammon* y presenciar espectáculos de lucha libre y de danza del vientre. En las bodas y en los festivales se bailaba en círculo (*dakbah*), mientras los músicos interpretaban canciones de amor, por ejemplo una que se titulaba «Amor mío, tu belleza me duele». Las canciones de amor árabes se alternaban con las canciones andalusíes en ladino de los sefardíes. Los derviches bailaban su desquiciado *zikr* al ritmo de los tambores *mazhar* y de los címbalos. En las casas particulares, los encargados de la música solían ser músicos árabes y judíos mezclados que tocaban el laúd (*oud*), el violín (*rabbaba*), los clarinetes dobles (*zummará* y *arghul*) y los timbales (*inaqqara*), instrumentos que resonaban por las seis casas de baños y hammams que constituían el centro de la vida de Jerusalén. Los hombres (que utilizaban los baños entre las dos de la madrugada y el mediodía) disfrutaban de los masajes y se recortaban el bigote; las mujeres se teñían el pelo con jena y tomaban café. Las novias de Jerusalén eran conducidas entre sus amigas y el batir de los tambores hasta el hammam donde, en medio de un ambiente festivo, se depilaban todo el vello corporal utilizando *zarniqh*, un jarabe parecido a la resina. La noche de bodas propiamente dicha empezaba así en los baños, y después el novio y sus acompañantes recogían a la novia en su casa y, si se trataba de un matrimonio de las grandes familias, caminaban bajo un baldaquín sostenido por sirvientes, iluminado con antorchas y seguidos por un tamborilero y una banda de flautistas, hasta la Explanada de las Mezquitas.

Las grandes familias estaban en lo más alto de la sociedad de Jerusalén. El primer dirigente municipal fue un Dajani, y en 1867, Yusuf al-Diya al-Khalidi, de veinticinco años de edad, se convirtió en el primer alcalde de Jerusalén. A partir de

entonces, el cargo siempre estuvo ocupado por algún miembro de las grandes familias: seis Husseini, cuatro Alami, dos Khalidi y tres Dajani. Khalidi, cuya madre era una Husseini, había salido de Jerusalén de niño para asistir a una escuela protestante en Malta. Más tarde, trabajó para el liberal gran visir de Estambul. Se consideraba, en primer lugar, un *utsi*, un jerosolimitano (llamaba a Jerusalén «mi patria»), en segundo, un árabe (y un *shami*, habitante de Shams al-Bilad, Magna Siria), y en tercero, otomano. Era un intelectual, una de las estrellas del *nahda*, el renacimiento literario árabe, un período durante el cual se abrieron clubes culturales, se fundaron periódicos y aparecieron editores.<sup>[\*2]</sup> Sin embargo, el primer alcalde descubrió que su cargo, además de municipal, también era militar: el gobernador lo envió con cuarenta jinetes a reprimir los combates de Kerak, tal vez el único alcalde de la historia moderna en ponerse al mando de una expedición de caballería.

Las grandes familias tenían cada una su propia enseña y su propio papel particular en las celebraciones de la ciudad. En el Fuego Santo, las trece principales familias árabes cristianas desfilaban con sus enseñas, y el festival más popular era el Nabi Musa. Miles de personas llegaban a pie y a caballo desde toda Palestina, y el muftí, en general un Husseini, y el gobernador otomano salían a recibirles. Se organizaban bulliciosos bailes populares en los que se cantaba al son de cimbales y tambores. Los derviches sufíes giraban sobre sí mismos, «algunos de ellos comían brasas candentes, otros se insertaban pinchos en las mejillas» y solían estallar algunas peleas entre jerosolimitanos y nablusitas. A veces, los judíos y los cristianos recibían palizas de matones árabes sobreexcitados. Una vez reunida la multitud en la Explanada de las Mezquitas, los cañones disparaban salvas de saludo y entonces, los Husseini, a caballo, ondeando sus propias enseñas verdes, encabezaban el desfile en dirección al santuario de Baibars, cerca de Jericó. Los Dajani ondeaban su enseña de la tumba de David, de color púrpura. Las familias ocupaban cada una su propio dominio dinástico, los Husseini tenían la Explanada de las Mezquitas, los Khalidi los tribunales, y todas competían por la alcaldía, todo ello sin dejar de luchar por lograr la supremacía ni de jugar al peligroso juego de la política de Estambul.

Los eslavos ortodoxos de los Balcanes, con el apoyo de Rusia, querían la independencia; el imperio otomano luchaba por sobrevivir. El acceso al trono de un nuevo sultán más enérgico, Abdul-Hamid II, estuvo marcado por las masacres de los búlgaros cristianos. Sometidos a la presión de Rusia, Abdul-Hamid aceptó una Constitución y la elección de un Parlamento: en Jerusalén, los Husseini apoyaron a la antigua autocracia y los Khalidi se convirtieron en los nuevos liberales. El alcalde Khalidi salió elegido para representar a Jerusalén y emprendió el viaje a Estambul, pero la Constitución había sido un engaño. Abdul-Hamid la derogó y empezó a impulsar un nuevo nacionalismo otomano combinado con la lealtad panislámica al califato. Este inteligente aunque neurótico sultán, un hombre diminuto de voz

quejumbrosa y tendencia a desmayarse, aplicó sus leyes con la ayuda de la *khafiya*, la policía secreta que asesinó, entre otros, a su gran visir y a una de sus esclavas. Aunque disfrutaba de los privilegios tradicionales (su harén contenía novecientas odaliscas), vivía en el temor, mirando bajo su cama cada noche en busca de asesinos, era un hábil carpintero, leía a Sherlock Holmes y gestionaba y dirigía su propio teatro.

En Jerusalén, sus medidas represivas se sintieron de inmediato: Yusuf Khalidi fue expulsado de Estambul, destituido de su cargo de alcalde y sustituido por Umar al-Husseini. Si caían los Khalidi, subían los Husseini. Mientras tanto, Rusia se preparaba por fin para destruir a los otomanos y el primer ministro británico, Benjamin Disraeli, intervino para salvarlos.

## TATUAJES DE JERUSALÉN: PRÍNCIPES BRITÁNICOS Y GRANDES DUQUES RUSOS

Acababa de comprar el canal de Suez gracias a un crédito de cuatro millones de libras esterlinas que le había concedido Lionel de Rothschild. «¿Cuál es su garantía?», le preguntó Rothschild. «El gobierno británico», respondió el secretario de Disraeli. «Concedido».

En el congreso de Berlín de 1878, Disraeli manejó a los gobiernos de Europa hasta lograr que pusieran freno a Rusia y aplicaran un acuerdo en virtud del cual el Reino Unido pudo ocupar Chipre. Su actuación suscitó la admiración del canciller alemán, el príncipe Bismarck, quien, señalando a Disraeli, observó: «El viejo judío, ése es el hombre». Los otomanos se vieron obligados a renunciar a una gran parte de sus territorios europeos y cristianos y a ratificar los derechos de los judíos y otras minorías. En 1882, los británicos tomaron el control de Egipto, que seguía, teóricamente, gobernado por la dinastía albanesa. Dos representantes de la delantera británica en Oriente Medio visitaron Jerusalén en el curso de la gira mundial que estaban realizando: los jóvenes herederos del trono británico, el príncipe Albert Victor, conocido como príncipe Eddy, el futuro duque de Clarence, de dieciocho años, y su hermano George, de dieciséis y futuro rey Jorge V.<sup>[\*3]</sup>

Instalaron su campamento en el monte de los Olivos, «exactamente el mismo lugar en el que acampó papá», escribiría el príncipe George, que opinó que se trataba de un «lugar fundamental». El campamento lo componían once lujosas tiendas transportadas por 95 animales de carga y sesenta sirvientes, todos ellos dirigidos por el rey de los agentes de viaje, Thomas Cook, un ministro baptista del norte de Inglaterra que, en 1869 había fundado una empresa de viajes transportando activistas del movimiento por la templanza entre Leicester y Loughborough. Cook y sus hijos, uno de los cuales acompañaba a los príncipes, en aquel momento eran los pioneros



del nuevo turismo, y contrataban ejércitos de sirvientes, guardas y dragomanes (traductores y chanchulleros) para protegerse del ataque de los beduinos o del clan de Abu Ghosh, que todavía controlaban la carretera de Jaffa y a los que era necesario, o bien sobornar, o bien incorporar a la caravana. Estos empresarios del viaje montaban unos campamentos en los cuales las suntuosas tiendas de seda, decoradas con exóticos arabescos en tonos rojo y turquesa, tenían comedores y salas de recepción, e incluso agua caliente y fría. Se trataba de hacerle vivir al viajero británico pudiente una fantasía oriental, algo que pareciera extraído de *Las mil y una noches*.

Las oficinas de Thomas Cook tenían su sede en la Puerta de Jaffa, el punto de encuentro de la nueva Jerusalén abierta a los turistas, simbolizada por la inauguración del Grand New Hotel, justo encima de la piscina de Betsabé, donde se suponía que el rey David<sup>[\*4]</sup> había visto bañarse a la esposa de Urías, y del hotel de Joachim Fast, adyacente a la puerta en su lado exterior. En 1892, el ferrocarril llegaba por fin a Jerusalén, abriendo así la ciudad al auténtico turismo.

La fotografía apareció y evolucionó al mismo tiempo que el turismo. Resultaba muy adecuado, aunque algo inesperado, que el sumo sacerdote del auge fotográfico de Jerusalén fuera Yessayi Garabedian, el patriarca armenio, un religioso que había estudiado arte en Manchester y «posiblemente el potentado más atractivo del mundo». Sus dos protegidos colgaron los hábitos del sacerdocio armenio y fundaron sendos estudios fotográficos en la carretera de Jaffa donde les ofrecían a los turistas la posibilidad de comprar fotografías de árabes en «poses bíblicas», o de posar ellos mismos vestidos con trajes bíblicos. En una escena característica, un grupo de campesinos rusos barbudos y vestidos con pieles de cordero se congregaron asombrados para observar cómo «una dama inglesa rubia y de ojos azules», vestida con un «traje escarlata bordado», luciendo una diadema de bronce en la cabeza, y «estrechos corsés» que enmarcaban un «busto elegante y desarrollado», hacía poses frente a la Torre de David. Los rusos se la quedaron mirando, horrorizados y fascinados al mismo tiempo.

El crecimiento de la nueva ciudad fue tan ecléctico desde el punto de vista arquitectónico que, en la actualidad, en Jerusalén todavía pueden verse casas y barrios enteros en el extrarradio que parecen pertenecer a cualquier lugar salvo a Oriente Medio. Entre los nuevos edificios cristianos construidos a finales de siglo se contaban 27 conventos franceses, diez italianos y ocho rusos.<sup>[\*5]</sup> Después que Inglaterra y Prusia dejaran de compartir su obispado angloprusiano, los anglicanos construyeron su propia catedral de San Jorge, indudablemente inglesa, y la sede del obispo anglicano. Sin embargo, en 1892, también los otomanos edificaban: Abdul-Hamid añadió dos fuentes, creó la Puerta Nueva para permitir el acceso directo al barrio cristiano y, en 1901, con motivo de la celebración de su vigesimoquinto jubileo, añadió un campanario a la Puerta de Jaffa que parecía pertenecer a una



estación de cercanías del ferrocarril británico.

Mientras tanto, árabes, judíos, griegos y alemanes colonizaban la nueva ciudad en el exterior de las murallas. En 1869, siete familias judías fundaron Nahalat Shiva, el barrio de los siete, en el exterior de la Puerta de Jaffa; en 1874, un grupo de judíos ultraortodoxos se asentaron en Meah Shearim, en la actualidad un barrio jasídico. Al llegar 1880, los 17 000 judíos formaban una mayoría y habían aparecido nueve barrios judíos nuevos en el extrarradio, mientras que las grandes familias árabes habían construido sus propios barrios Husseini y Nashashibi en Sheikh Jarrah, la zona al norte de la Puerta de Damasco.<sup>[\*6]</sup> Las mansiones árabes de las grandes familias ostentaban techos decorados en estilos híbridos turcoeuropeos. Uno de los Husseini construyó la Orient House, cuyo vestíbulo estaba pintado con imágenes de flores y figuras geométricas, mientras que otro de ellos, Rabah Effendi Husseini, edificó una mansión que tenía una sala Pasha coronada por una bóveda pintada de color azul cielo y bordeada por hojas de acanto doradas. Orient House se convirtió en un hotel y más tarde, en la década de 1990, en el cuartel general de la Autoridad Palestina, mientras que la mansión de Rabah Husseini se convirtió en la residencia de la familia estadounidense más notable de Jerusalén.

## LOS VENCEDORES ESTADOUNIDENSES: LECHE TEMPLADA PARA JESÚS

El 21 de noviembre de 1873, Anna Spafford y cuatro de sus hijas cruzaban el Atlántico a bordo del *Ville du Havre* cuando chocó contra otro buque. El barco naufragó y las cuatro niñas se ahogaron, pero Anna sobrevivió. Tras ser rescatada, al enterarse de que sus hijas habían muerto, Anna quiso arrojar al agua para ir a buscarlas pero, en lugar de ello, le envió a su marido, un próspero abogado de Chicago, un desgarrador telegrama: «Sólo me he salvado yo. ¿Qué debo hacer ahora?». Lo que hicieron los Spafford fue renunciar a su convencional vida e irse a Jerusalén. A su llegada, se tropezaron con más tragedia: su hijo murió de escarlatina, dejándoles sólo con una hija, Bertha, de los seis que habían tenido. Ana Spafford creía que «se había salvado con algún tipo de propósito»; la pareja indignada asimismo por la actitud de su iglesia Presbiteriana que opinaba que su destino era un castigo divino, formó su propia secta mesiánica, denominada los Vencedores por la prensa de Estados Unidos. Los Vencedores creían que las buenas obras en Jerusalén y el restablecimiento de los judíos en Israel, y su posterior conversión, acelerarían la inminente Segunda Venida.

En 1881, los Vencedores, trece adultos y tres niños, el núcleo de la futura colonia estadounidense, la American Colony, se instalaron en una gran casa en el interior de las murallas, junto a la Puerta de Damasco, hasta que, en 1896, tras la llegada de los granjeros de la iglesia Evangélica sueca que se unieron a ellos, necesitaron una sede

más grande. Alquilieron entonces la mansión de Rabbah Husseini en Sheikh Jarrah, en la carretera de Nablus. Horatio falleció en 1888, pero la secta prosperó mientras predicaba la Segunda Venida, convertía a los judíos y su colonia evolucionaba hasta convertirse en una filantrópica colmena evangélica de hospitales, orfanatos, comedores de caridad, una tienda, su propio estudio de fotografía y una escuela. Su éxito atrajo la hostilidad del cónsul general de Estados Unidos, de servicio en la ciudad desde hacía mucho tiempo, Selah Merrill, un clérigo congregacional y antisemita de Massachusetts, catedrático de Andover y arqueólogo inepto. Durante treinta años, Merrill intentó destruir a los colonos estadounidenses, acusándolos de charlatanería, antiamericanismo, lascivia y secuestro de niños y les amenazó con enviar a sus guardias a azotarlos con un látigo.

La prensa estadounidense explicaría que los colonos estadounidenses de Jerusalén preparaban el té cada día en el monte de los Olivos, a la espera de la Segunda Venida: «Mantienen la leche templada en todo momento», aclaraba el *Detroit News*, «por si llega Nuestro Señor, y los asnos están siempre enjaezados por si aparece Jesús, y hay quien dice que nunca morirán». También desempeñaron un papel especial en la arqueología de la ciudad: en 1882 trabaron amistad con un héroe imperial británico que simbolizaba cómo el imperio había abrazado la Biblia y la espada.

Tras contribuir a la derrota de la rebelión Bóxer en China y gobernar Sudán, el general Charles «Chinese». Gordon se instaló en el pueblo de san Juan Bautista, Ein Kerem. Sin embargo, visitó la ciudad para estudiar la Biblia y gozar de la vista desde el tejado de la primera casa de la colonia estadounidense. Allí se convenció de que la colina que tenía ante su vista, que tenía forma de calavera, era el auténtico Gólgota, una idea que fomentó con tanta energía que el lugar, al que se había dado en llamar la Tumba del Jardín, se transformó en la alternativa<sup>[\*7]</sup> protestante al Sepulcro. Mientras tanto, los Vencedores ejercían su generosidad con los peregrinos de frágil salud mental a los que Bertha Spafford calificaría de «simples en el jardín de Alá». «Jerusalén», escribió en sus memorias, «atrae a todo tipo de fanáticos religiosos y de personajes excéntricos con diferentes grados de trastorno». Llegaban conciudadanos suyos que se creían «Elías, Juan el Bautista o cualquier otro de los profetas [y] por Jerusalén circulaban varios mesías». Uno de los Elías intentó matar a Horatio Spafford con una piedra; un texano llamado Tito se creía un conquistador del mundo, pero tuvo que ser contenido tras meterles mano a las doncellas; una rica condesa holandesa diseñó una mansión para albergar a las 144 000 almas marcadas del Apocalipsis 7,4. No obstante, no todos los estadounidenses de Jerusalén eran cristianos hebraístas. El cónsul general Merrill odiaba a los judíos tanto como odiaba a los Vencedores, calificándolos de arrogantes, obsesionados por el dinero, «raza de débiles de quienes nada se puede hacer, ni soldados, ni colonos, ni ciudadanos».

Gradualmente, con sus alegres cánticos, himnos y obras caritativas, la colonia

estadounidense fue haciendo amigos entre todas las sectas y religiones, convirtiéndose en el primer puerto de amarre de todos los escritores, peregrinos y potentados bien relacionados. Selma Lagerlöf, una escritora sueca galardonada con el premio Nobel, se alojó en casa de los Spafford y su novela *Jerusalén* le daría fama a la American Colony. En 1902, el barón Plato von Ustinov (abuelo del actor Peter), que gestionaba un hotel en Jaffa, les preguntó a sus huéspedes si no les importaría hospedarse en la American Colony, el primer paso de su conversión en hotel.<sup>[1]</sup> No obstante, y aunque hubiera sido transformada por los occidentales, a finales de siglo serían los rusos quienes predominaran en la ciudad, el imperio de los campesinos ortodoxos y de los judíos perseguidos, ambos atraídos irresistiblemente a Jerusalén, y todos ellos llegando a la ciudad desde Odessa a bordo de los mismos barcos.

# CAPÍTULO 41

## RUSOS, 1880-1890

### EL GRAN DUQUE SERGUEI Y LA GRAN DUQUESA ELLA

Los campesinos rusos, muchos de ellos mujeres, solían caminar desde sus pueblos natales hacia el sur, en dirección a Odessa, para emprender el viaje a Sión. Llevaban «espesos abrigos acolchados, chaquetas forradas de piel y gorros de piel de oveja» y las mujeres superponían «cuatro o cinco enaguas y se ponían chales grises en la cabeza». Llevaban consigo sus sudarios fúnebres y sentían, según escribiría Stephen Graham, un periodista inglés que viajó con ellos, disfrazado con la barba desaliñada y una bata de campesino perfectamente rusas, «que después de visitar Jerusalén, las ocupaciones más serias de su vida han tocado a su fin. Porque el campesino va a Jerusalén para morir de una cierta manera en Rusia, exactamente igual que todas las preocupaciones de los protestantes se centran en la vida».

Navegaron en las «sucias y oscuras bodegas» de los buques financiados por las subvenciones gubernamentales: «Durante una tormenta, los mástiles se rompieron, y la bodega en la que los campesinos rodaban los unos sobre los otros como si fueran cadáveres, o se agarraban entre sí como dementes, era peor que cualquier pozo imaginable, ¡el hedor peor que cualquier fuego!». En Jerusalén, fueron recibidos por «un guía montenegrino gigante vestido del magnífico uniforme de la Sociedad Palestina Rusa, capa escarlata y crema, y pantalones de montar, y conducidos por las calles de Jerusalén» abarrotadas de «mendigos árabes, casi desnudos y feos más allá de las palabras, que aullaban pidiendo monedas», hasta el complejo ruso. Allí vivían en amplios y abarrotados dormitorios por «tres peniques al día», comían *kasha*, sopa de col, y bebían *kvass*, cerveza de raíz, en los refectorios. Tan numerosos eran los rusos que los «niños árabes corrían junto a ellos gritando en ruso “¡los moscovitas son buenos!”».

Los rumores se extendieron en el transcurso de la travesía: «Hay un pasajero misterioso a bordo». A su llegada, exclamaron «¡Gloria a Ti, oh Dios!», y decían «en Jerusalén hay un misterioso peregrino» y afirmaban haber visto a Jesús en la Puerta Dorada, o junto a la Muralla de Herodes. «Pasaron una noche en el Sepulcro de Cristo», explicaba Graham, «y al recibir el Fuego Sagrado, lo extinguieron con los gorros que llevarían en su ataúd». Sin embargo, la «Jerusalén terrenal, una zona de placer y ocio para los visitantes ricos», y en especial «la vasta, extraña, ruinosa, sucia y piojosa» iglesia del Santo Sepulcro, «la cuna de la muerte», les horrorizaba cada

vez más. Se tranquilizaron a sí mismos con la reflexión «encontramos realmente a Jesús cuando dejamos de mirar a Jerusalén y permitimos que el Evangelio mire en nuestro interior». Sin embargo, la Santa Rusia estaba cambiando: la liberación de los siervos de Alejandro II alentó esperanzas de reforma que el zar no pudo satisfacer, y los terroristas anarquistas y socialistas le dieron caza en su propio imperio. Durante un ataque, el propio emperador tuvo incluso que desenfundar su pistola y disparar a aquellos que querían matarle. En 1881 sería finalmente asesinado en San Petersburgo por un grupo de radicales con una bomba que le arrancaría las piernas.

Los rumores según los cuales los judíos estaban implicados (en el círculo de los terroristas había una mujer judía, pero ninguno de los asesinos era judío) se extendieron rápidamente, y desencadenaron sangrientos ataques contra los judíos por toda Rusia, agresiones alentadas y, en ocasiones, organizadas por el propio estado. Estas depredaciones le dieron a Occidente una nueva palabra, pogromo, del ruso *gromit*, destruir. El nuevo emperador, Alejandro III, un gigante barbudo, estrecho de miras y de opiniones muy conservadoras, consideraba a los judíos un «cáncer social» y los culpó de su propia persecución a manos de los honrados rusos ortodoxos. Las leyes que promulgó en mayo de 1882 hicieron del antisemitismo<sup>[\*1]</sup> una política de estado, aplicada por medio de la represión y de la policía secreta.

El emperador creía que la autocracia y la ortodoxia alentada por el culto de la peregrinación a Jerusalén salvarían a la Santa Rusia. En consecuencia, colocó a su hermano, el gran duque Serguei Alexandrovich, en la presidencia de la Sociedad Ortodoxa Palestina «para reforzar la fe ortodoxa en Tierra Santa».

El 28 de septiembre de 1888, Serguei y su esposa Ella, de veintitrés años, la hermosa nieta de la reina Victoria, consagraron su iglesia de María Magdalena, construida en piedra caliza blanca y coronada por siete relucientes cúpulas bulbosas, en el monte de los Olivos. Jerusalén emocionó a la pareja. «No puedes imaginar la profunda impresión que produce», le informó Ella a la reina Victoria, «entrar en el Santo Sepulcro. Estar aquí me invade de un intenso gozo, y mis pensamientos siempre están contigo». Ella, nacida princesa protestante de la casa de Hesse-Darmstadt, había abrazado con pasión su conversión a la fe ortodoxa. «Qué feliz», le hacía, «ver todos estos santos lugares que una ha aprendido a amar desde la más tierna infancia». Serguei y el emperador habían supervisado minuciosamente el diseño de la iglesia, y Ella había encargado las pinturas de María Magdalena. Fascinada por la belleza del carácter ruso de la iglesia y por el maravilloso entorno, frente a la Puerta Dorada, la gran duquesa declaró que quería ser enterrada en ese lugar, para ser de las primeras en levantarse el día del Juicio Final. «Ver todos estos lugares donde Nuestro Señor sufrió por nosotros es como un sueño», le dijo Ella a Victoria, «y un consuelo muy intenso poder rezar aquí». Ella necesitaba consuelo.

Serguei, de treinta y un años, era un rigorista militar y un tirano doméstico

perseguido por rumores que le atribuían una alegre vida sexual secreta que chocaba con su severa creencia en la autocracia y la ortodoxia. «Sin rasgos que lo redimieran, obstinado, arrogante y desagradable, alardeaba de sus peculiaridades», afirmaría uno de sus primos. Su matrimonio con Ella le había situado en el corazón de la realeza europea, y su hermana Alexandra estaba a punto de casarse con el futuro zar Nicolás II.

Antes de marcharse, los intereses de Serguei, el imperio, Dios y la arqueología, confluyeron en su nueva iglesia, la de San Alexandr Nevski, colindante con la iglesia del Santo Sepulcro. Tras comprar esa parcela privilegiada, Serguei y los constructores descubrieron murallas que databan de la época del templo de Adriano y de la basílica de Constantino, y al construir la iglesia, incorporaron estos hallazgos arqueológicos al edificio. En el complejo ruso, Serguei encargó la construcción de la Casa Serguei, un hostel de lujo con torretas neogóticas para alojar a los aristócratas rusos.<sup>[\*2]</sup>

Aunque las vidas de Serguei y de Ella acabaría en tragedia, aparte de estos edificios y de los miles de peregrinos que atrajeron, la contribución que definiría a Serguei sería la de haber sido uno de los defensores del antisemitismo oficial que condujo a los judíos de Rusia hacia el santuario de Sión.

## EL GRAN DUQUE SERGUEI: JUDÍOS RUSOS Y POGROMOS

En 1891, Alejandro III nombró gobernador general de Moscú a Serguei, quien, nada más ocupar su cargo, expulsó de la ciudad a veinte mil judíos y ordenó a cosacos y policías que rodearan su barrio en la primera noche de la celebración de la Pascua judía. «No puedo creer que no vayamos a ser juzgados por esto en el futuro», escribiría Ella, pero «Serguei está convencido de que se trata de nuestra seguridad. Yo, lo único que veo en ello es vergüenza.»<sup>[\*3]</sup>

Los seis millones de judíos rusos siempre habían venerado Jerusalén, rezando en dirección a las paredes orientadas al este de sus casas. Sin embargo ahora, los pogromos los empujaron a la revolución, muchos de ellos abrazaron el socialismo, o huyeron. Y así se inició un inmenso éxodo, la primera *aliyá*, un término que significaba la huida hacia un lugar más alto, la Montaña Sagrada de Jerusalén. Dos millones de judíos abandonaron Rusia entre 1888 y 1914, aunque el 85 por 100 de ellos no se dirigieron a la tierra prometida sino a la tierra dorada de América. No obstante, miles de ellos fijaron su mirada en Jerusalén. Al llegar el año 1890, la inmigración judía rusa empezaba a cambiar la ciudad: de los 40 000 jerosolimitanos, 25 000 eran rusos. En 1882 el sultán prohibió la inmigración judía y en 1889 promulgó un decreto que prohibía a los judíos permanecer en Palestina más de tres meses, unas medidas que apenas fueron aplicadas. Las grandes familias árabes, lideradas por Yusuf Khalidi, solicitaron a Estambul que se tomaran más medidas

contra la inmigración judía, pero los judíos siguieron llegando.

Desde que los escritores de la Biblia crearon la narración de Jerusalén, y desde que la biografía de la ciudad se había convertido en historia universal, su destino siempre había sido decidido en lugares lejanos, en Babilonia, Susa, Roma, La Meca, Estambul, Londres y San Petersburgo. En 1896, un periodista austríaco publicaba un libro que definiría la Jerusalén del siglo XX: *El estado judío*.<sup>[1]</sup>

# **PARTE 9**

## **SIONISMO**



Oh Jerusalén: el hombre que ha estado presente todo este tiempo,  
el adorable soñador de Nazaret, no ha hecho nada más que intensificar el odio.

Theodore Herzl, *Diario*

El rostro encolerizado de Yavé acecha sobre las rocas calientes que han visto  
más asesinatos,  
violaciones y saqueos sagrados que cualquier otro lugar de este mundo.

Arthur Koestler

Si una tierra puede tener alma, entonces Jerusalén es el alma de la tierra de  
Israel.

David ben Gurion, entrevista de prensa

No hay dos ciudades que hayan sido más importantes para la humanidad que  
Atenas y Jerusalén.

Winston Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, vol. 6: *Triunfo y tragedia*

No es fácil ser jerosolimitano.  
El camino del gozo está sembrado de espinas.  
En la Ciudad Vieja, los grandes se hacen pequeños.  
Papas, patriarcas, reyes, todos ellos se quitan la corona.  
Es la ciudad del rey de reyes;  
y ni los reyes terrenales ni los señores son sus amos:  
ningún humano podrá nunca poseer Jerusalén.

John Tleel, «Soy Jerusalén», *Jerusalem Quarterly*

Y los oprimidos gentiles  
al otro lado de la tierra  
deben cargar con el peso  
del odio de Israel,  
porque no le harán  
regresar de nuevo  
triunfante a Jerusalén.

Rudyard Kipling, «The burden of Jerusalem»

# CAPÍTULO 42

## EL KÁISER, 1898-1905

### HERZL

De Theodore Herzl, un crítico literario en Viena, se decía que era «extraordinariamente atractivo», tenía un perfil de «emperador asirio» y ojos «almendrados con espesas pestañas negras y melancólicas». Infelizmente casado y padre de tres hijos, era un judío asimilado por completo que utilizaba levita y cuellos de frac; «no era uno del pueblo», y no se parecía en nada a los judíos desaliñados y con tirabuzones de los *shtetls*. Era abogado de formación, no hablaba ni hebreo ni *yiddish*, instalaba árboles de Navidad en su casa y no se molestó en circuncidar a su hijo. Sin embargo, los pogromos rusos de 1881 le causaron un profundo horror. Cuando en 1895, Viena eligió alcalde al antisemita demagogo agitador Karl Lueger, Herzl escribió: «El sentimiento que reina entre los judíos es de desesperación». Dos años más tarde estaba en París cubriendo el escándalo Dreyfuss en el que un oficial judío del ejército, que resultaría ser inocente, fue acusado de ser un espía alemán, y vio a las turbas parisinas gritando «mort aux juifs», en el país que había emancipado a los judíos. Estas escenas reforzaron la convicción de Herzl de que la asimilación no sólo había fracasado, sino que estaba provocando más antisemitismo. Predijo incluso que el antisemitismo sería algún día legalizado en Alemania.

Herzl llegó a la conclusión de que los judíos nunca estarían a salvo si no tenían su propia patria. Un hombre pragmático y utópico al mismo tiempo, Herzl soñó al principio con una república aristocrática germánica, una Venecia judía gobernada por un Senado, con un Rothschild en el puesto del *dux* y él mismo como canciller. Su visión era secular: los sumos sacerdotes «vestirían impresionantes túnicas»; el ejército de Herzl estaría compuesto por jinetes acorazados con petos de plata; sus modernos ciudadanos judíos jugarían al críquet y al tenis en una Jerusalén moderna. Los Rothschild, en un primer momento escépticos ante la idea de cualquier estado judío, rechazaron las propuestas de Herzl, cuyas primeras notas no tardarían en madurar en ideas más prácticas. «Palestina es nuestra inolvidable patria histórica», proclamó en *El estado judío* en febrero de 1896. «Los macabeos se alzarán de nuevo. Viviremos por fin como hombres libres en nuestro propio suelo y moriremos en paz en nuestras propias casas».

El sionismo no introducía nada nuevo, incluso el término ya había sido acuñado en 1890, pero Herzl le dio expresión política y organización a un sentimiento muy

antiguo. Los judíos siempre habían entendido su existencia con relación a sus vínculos con Jerusalén desde los tiempos del rey David y, en especial, desde el exilio babilonio. Los judíos rezaban en dirección a Jerusalén, se deseaban «el año que viene en Jerusalén» los unos a los otros cada año por la Pascua judía, y conmemoraban la caída del Templo estrellando un vaso contra el suelo en las bodas y conservando en sus casas un rincón sin decorar. Peregrinaban a Jerusalén, deseaban ser enterrados en Jerusalén, y rezaban siempre que les era posible alrededor de las murallas del Templo. Aun cuando fueran objeto de terribles persecuciones, los judíos seguían viviendo en Jerusalén y sólo se ausentaban cuando se les expulsaba y se les prohibía la entrada bajo castigo de muerte.

Inevitablemente, el nuevo nacionalismo europeo provocó hostilidad racial hacia este pueblo cosmopolita y supranacional; sin embargo, este mismo nacionalismo, y la libertad conquistada gracias a la Revolución Francesa, también inspirarían a los judíos. El príncipe Potemkin, el emperador Napoleón, y el presidente de Estados Unidos, John Adams, habían creído en el regreso de los judíos a Jerusalén, igual que habían creído en ese regreso los nacionalistas polacos e italianos, y, por supuesto, los sionistas cristianos en Estados Unidos y en el Reino Unido. Aun así, los sionistas pioneros fueron rabinos ortodoxos que veían el regreso a la luz de las expectativas mesiánicas. En 1836, un rabino asquenazí de Prusia, Zvi Hirsch Kalischer, había acudido a los Rothschild y a los Montefiore con una propuesta para financiar una nación judía, y escribiría más tarde su libro *Buscando a Sión*. Después de la «calumnia de sangre» de Damasco, Yehuda Hai Alchelai, un rabino sefardí de Sarajevo, había propuesto que los judíos en el mundo islámico eligieran a sus líderes y compraran tierras en Palestina. En 1862, Moses Hess, un camarada de Karl Marx, había vaticinado en su libro *Rom und Jerusalem: Die letzte Nationalitätenfrage: Briefe und noten* («Roma y Jerusalén: la última cuestión nacional»), en el que proponía una sociedad socialista judía en Palestina, que el nacionalismo llevaría al antisemitismo racial. Con todo, el elemento decisivo serían los pogromos rusos.

«Debemos establecernos de nuevo como una nación viva», escribía Leo Pinsker, un médico de Odessa que escribía en la misma época que Herzl, en su libro *Autoemancipación*. Pinsker inspiró un nuevo movimiento de judíos rusos, los «Amantes de Sión», Hovevei Zion, cuyo objetivo consistía en desarrollar los asentamientos agrícolas en Palestina. Aun cuando muchos de ellos fueran seculares, «nuestra condición de judíos y nuestro sionismo», explicaba un joven creyente, Chaim Weizmann, «eran intercambiables». En 1878, los judíos palestinos habían fundado Petah Tikvah (la Puerta de la esperanza) en la costa, pero ahora, incluso los Rothschild, representados por el barón francés Edmond, empezaron a financiar pueblos agrícolas, como por ejemplo Rishon-le-Zion (el primero en Sión) para inmigrantes rusos. En total, Edmond donaría la generosa suma de 6,6 millones de

libras esterlinas. Igual que Montefiore, intentó comprar el Muro de Jerusalén. En 1887, el muftí, Mustafá al-Husseini, aceptó una oferta, pero la compraventa no se cerró. Cuando los Rothschild volvieron a intentarlo en 1897, al-Haram, el jeque de la familia Husseini, bloqueó la transacción.

En 1883, mucho antes de la publicación del libro de Herzl, llegaba a Palestina la primera oleada de inmigración, *aliyá*, 25 000 judíos, la mayoría de ellos, aunque no todos, procedente de Rusia. Jerusalén también atrajo a los persas en la década de 1870, y a los yemeníes en la de 1880. Tendían a vivir juntos en sus propias comunidades: los judíos de Bokhara, entre ellos la familia de joyeros Moussaief, que habían tallado diamantes para Gengis Kan, se instalaron en su propio barrio de Bokhara, planeado según un minucioso trazado hipodámico, y cuyas grandiosas mansiones neogóticas, neorrenacentistas, y en ocasiones de estilo morisco, habían sido diseñadas para parecerse a las de las ciudades de Asia central.<sup>[\*1]</sup>

En agosto de 1897, Herzl presidió el primer congreso sionista en Basilea y después se jactó en su diario: «*L'état c'est moi*. En Basilea he fundado el estado judío. Si hoy dijera esto en voz alta, sería el hazmerreír universal. Tal vez en cinco años, seguro en cincuenta, todo el mundo lo sabrá». Lo supieron, y sólo se equivocó por cinco años. Herzl se convirtió en una nueva especie de político y publicista, recorriendo toda Europa a bordo de sus nuevos ferrocarriles para convencer a reyes, ministros y magnates de la prensa. Su inagotable energía agravó un corazón débil que amenazaba con matarle en cualquier momento.

Herzl creía en el sionismo, pero no construido desde abajo por los colonos, sino concedido por los emperadores y financiado por los plutócratas. Los Rothschild, al principio, menospreciaron el sionismo, pero sir Francis Montefiore, el sobrino de Moses, «un viejo caballero inglés algo pasado» que «llevaba siempre guantes blancos en el calor del verano suizo porque tenía que estrechar muchas manos», adornó con su presencia los primeros congresos sionistas. Herzl, no obstante, necesitaba un potentado que interviniera ante el sultán. Decidió que su estado judío debía hablar alemán, así que acudió al auténtico modelo de monarca moderno, el káiser alemán.

Guillermo II estaba preparando un viaje por Oriente para entrevistarse con el sultán antes de dirigirse a Jerusalén a consagrar la nueva iglesia que se estaba construyendo junto al Sepulcro, en la tierra que le había sido adjudicada a su padre, el káiser Federico. Sin embargo, el plan del káiser, que se enorgullecía de su diplomacia con el sultán y se consideraba un protestante en peregrinación a los Santos Lugares, iba más allá: por encima de todo, esperaba ofrecerles su protección a los otomanos, fomentar su nueva Alemania y contrarrestar la influencia británica.

«Iré a ver al káiser alemán [para decirle] “deja que nuestro pueblo se marche”», decidió Herzl, y tomó la decisión de basar su estado en «esta Alemania grande, fuerte, moral, espléndidamente gobernada y rígidamente organizada. Gracias al

sionismo, será posible que los judíos vuelvan a amar a esta Alemania».

## GUILLERMO: LOS PARÁSITOS DE MI IMPERIO

El káiser era un defensor de los judíos un tanto insólito. Cuando se enteró de que los judíos se estaban instalando en Argentina, dijo: «¡Ah! Si yo pudiera enviar allí también a los míos», y al oír hablar del sionismo de Herzl declaró: «Estoy muy a favor de que los *mauschels*<sup>[\*2]</sup> se vayan a Palestina. ¡Cuánto antes despejen, mejor!». Aunque se reunía con regularidad con los industriales judíos de Alemania, y trabó amistad con el armador judío Albert Ballin, era un antisemita de corazón que despotricaba contra la venenosa hidra del capitalismo judío. Los judíos eran los «parásitos de mi imperio» quienes, creía, «deformaban y corrompían». Alemania. Años más tarde, ya como monarca depuesto, propondría la exterminación en masa de los judíos utilizando el gas. Aun así, Herzl sintió que «los antisemitas se están convirtiendo en los amigos en los que más podemos confiar».

Herzl tenía que introducirse en la corte del káiser. Primero, logró reunirse con el influyente tío del káiser, el gran duque Friedrich de Baden, interesado en un plan para encontrar el Arca de la Alianza. Baden le escribió a su sobrino, quien a su vez le pidió a Felipe, príncipe de Eulenburg, que le informara sobre el plan sionista. A Eulenburg, el mejor amigo del káiser, embajador en Viena y cerebro político, le «fascinó» la exposición de Herzl. El sionismo era una manera de extender el poder de Alemania. El káiser estuvo de acuerdo en que de este modo «la energía, la creatividad y la eficacia de la tribu de Sem se desviarían hacia metas más válidas que la de chuparles la sangre a los cristianos hasta dejarlos secos». Guillermo, igual que la mayor parte de la clase gobernante de la época, creía que los judíos poseían un poder místico sobre el funcionamiento del mundo:

*Nuestro amado Dios sabe todavía mejor que nosotros que los judíos asesinaron a Nuestro Salvador, y él les castigó como se merecían. No debemos olvidar que, considerando el inmenso y extremadamente peligroso poder que representa el capital internacional judío, sería de lo más ventajoso para Alemania que los judíos nos miraran con gratitud.*

Seguían buenas noticias para Herzl: «La hidra del espantoso antisemitismo está alzando su temible cabeza en todas partes y los aterrorizados judíos están buscando un protector. Bien, pues, intercederé ante el sultán». Herzl estaba extasiado: «Maravilloso, maravilloso».

El 11 de octubre de 1898, el káiser y la emperatriz se embarcaban en el tren

imperial con un séquito en el que viajaban su ministro de Asuntos Exteriores, veinte cortesanos, dos médicos y ochenta doncellas, sirvientes y guardias personales. Ansioso por impresionar al mundo, el káiser había diseñado él mismo un uniforme especial blanco y gris con una capa larga y un velo blanco al estilo del de los cruzados. El 13 de octubre, Herzl con cuatro compañeros sionistas, embarcaron en Viena en el *Orient Express*, poniendo en sus maletas un guardarropa que contenía frac y pajarita blancos además de salacot y traje de safari.

En Estambul, Guillermo recibió por fin al sionista, de quien opinó que era «un idealista con mentalidad aristocrática, inteligente, muy perspicaz y de mirada expresiva». El káiser le dijo a Herzl que apoyaba su causa porque «hay usureros en acción. Si esta gente se asentara en las colonias, serían más útiles». Herzl protestó ante esta calumnia. El káiser le preguntó qué debía pedirle al sultán. «Una compañía legalmente constituida bajo protección alemana», contestó Herzl. El káiser invitó a Herzl a reunirse con él en Jerusalén.

Herzl estaba impresionado. El monarca Hohenzollern personificaba el poder imperial con «sus ojos azules, del color del mar, su rostro serio y fino, franco, genial y aun así audaz», pero la realidad era diferente. Guillermo era, sin duda, inteligente, entendido y enérgico, pero era también tan inquieto e inconsecuente que incluso Eulenberg llegó a temer por la salud mental del káiser. Tras destituir del cargo de consejero al príncipe Bismarck, Guillermo asumió él mismo el control de la política alemana, aunque se demostró incapaz de sostenerla. Su diplomacia personal era desastrosa; las notas escritas a sus ministros eran tan ofensivas que tuvieron que guardarlas en una caja fuerte; sus alarmantes y bien articulados discursos, en los que alentaba a sus tropas a disparar contra los obreros alemanes o a masacrar a enemigos como los hunos, resultaban embarazosos.<sup>[\*3]</sup> Ya en el año 1898, Guillermo era considerado un payaso belicista.

No obstante, le propuso el plan sionista a Abdul-Hamid, quien lo rechazó con firmeza diciéndole a su hija: «Los judíos pueden ahorrarse sus millones, cuando mi imperio esté dividido tal vez consigan Palestina sin pagar nada, pero sólo nuestro cadáver podrá ser dividido». Mientras tanto, Guillermo, deslumbrado por el vigor del islam, perdió el interés por Herzl.<sup>[1]</sup>

A las tres de la tarde del 29 de octubre de 1898, el káiser cruzaba la muralla a través de una brecha abierta especialmente junto a la Puerta de Jaffa y entraba en Jerusalén montando un caballo de guerra blanco.

## EL KÁISER Y HERZL: EL ÚLTIMO CRUZADO Y EL PRIMER SIONISTA

El káiser lucía el uniforme blanco y el largo velo albornoz con hilos de oro entretejidos, reluciente bajo la luz del sol que caía suavemente del casco prusiano

adornado con un pincho y coronado por una bruñida águila dorada. Le escoltaban una cabalgata de gigantescos húsares prusianos enarbolando estandartes de estilo cruzado y los lanceros del sultán vestidos con chalecos rojos, pantalones azules y turbantes verdes. La emperatriz, vestida de seda estampada, un fajín y sombrero de paja, y acompañada por sus dos damas de honor, seguía al káiser en un carruaje.

Herzl observó el espectáculo del káiser desde un hotel lleno de oficiales alemanes. El káiser había comprendido que Jerusalén era el escenario ideal para hacer publicidad de su imperio de nuevo cuño, pero no todos se sintieron impresionados: la emperatriz madre rusa opinó que el espectáculo montado por el káiser era «¡repugnante, perfectamente ridículo y vergonzoso!». El káiser fue el primer jefe de estado en nombrar un fotógrafo oficial para cubrir una visita de estado. El uniforme cruzado y la masa de fotógrafos que revoloteaban a su alrededor revelaron lo que Eulenburg llamaba las «dos naturalezas totalmente diferentes» del káiser, «la caballerosa, que recordaba los mejores días de la Edad Media, y la moderna».

La multitud, informaba el *New York Times*, estaba vestida con «trajes de fiesta, los hombres de la ciudad con turbantes blancos y túnicas de rayas de vivos colores, las esposas de los oficiales del ejército turco con espléndidos *milayes* de seda, los campesinos más prósperos con amplios caftanes de color rojo vivo», mientras que los beduinos a lomos de elegantes alazanes «llevaban extrañas botas rojas y una faja de cuero sobre una túnica repleta de un arsenal de armas pequeñas» y una *kufiya*. Sus jeques llevaban lanzas adornadas con plumas de avestruz alrededor de la hoja.

Al llegar al arco triunfal judío, el principal rabino sefardí, un nonagenario barbudo vestido de un caftán blanco y un turbante azul, y su homólogo asquenazí le ofrecieron a Guillermo una copia de la Torá, y después, el alcalde, Yasin al-Khalidi, vestido con una capa de color púrpura real y un turbante rodeado de un aro de oro le dio la bienvenida. Guillermo desmontó en la Torre de David, desde donde él y la emperatriz entraron a pie en la ciudad, después que la multitud fuera dispersada por temor a los asesinos anarquistas (hacía poco que la emperatriz Isabel de Austria había sido asesinada). Mientras los patriarcas, refulgentes en sus atributos incrustados de joyas, le enseñaban el Sepulcro, el corazón del káiser latía «cada vez más deprisa y con mayor fervor» mientras caminaba sobre las pisadas de Jesús.

Mientras Herzl esperaba la convocatoria del káiser y exploraba la ciudad, Guillermo consagró la iglesia del Redentor con su torre románica, una estructura que él mismo había diseñado, «con un cariño y amor especial». Cuando visitó la Explanada de las Mezquitas, el káiser, otro entusiasta arqueólogo, le pidió al muftí que permitiera la realización de excavaciones, a lo que este último objetó con suma cortesía.

El 2 de noviembre, Herzl fue finalmente convocado para su audiencia imperial, y los cinco sionistas estaban tan nerviosos que uno de ellos sugirió tomar bromuro.

Ataviados para la ocasión, frac, pajarita y sombrero de copa blancos, llegaron hasta el campamento del káiser, al norte de la Puerta de Damasco. Se trataba de un pueblo de lujo de Thomas Cook, con 230 tiendas que habían sido transportadas en 120 carruajes tirados por 1300 caballos y conducidos por 100 cocheros y 60 conductores, en el que obraban 12 cocineros y 60 camareros, todos ellos protegidos por un regimiento otomano. Era, diría el director de orquesta de este viaje, John Mason Cook, «el mayor grupo llegado a Jerusalén desde las cruzadas. Nos llevamos todos los caballos y carruajes del país, y casi toda su comida». *Punch* se burló de Guillermo llamándole el «Cruzado de Cook».

Herzl encontró al káiser posando en un «uniforme colonial gris, casco con velo, guantes marrones y sosteniendo una fusta, lo que no dejaba de ser extraño». El sionista se acercó, «se detuvo y se inclinó. Guillermo le tendió afablemente la mano», y a continuación lo sermoneó declarando que «la tierra necesita agua y sombra. Hay sitio para todos. La idea tras su movimiento es una idea sana». Cuando Herzl le explicó que organizar reservas de agua era factible pero costoso, el káiser le respondió: «Bueno, tienen ustedes mucho dinero, más dinero que todos nosotros». Herzl le propuso una Jerusalén moderna, pero el káiser en aquel momento dio la reunión por terminada sin decir «ni sí ni no».

Irónicamente, tanto el káiser como Herzl odiaban Jerusalén: «un deprimente y árido montón de piedras», escribiría Guillermo, «estropeado por unos suburbios muy modernos, las colonas judías. Sesenta mil de estas personas viven ahí, grasientas y miserables, rastreras y abyectas, sin nada más que hacer que intentar sustraerle a su vecino cada céntimo, usureros a mansalva».<sup>[\*4]</sup> Sin embargo, le escribió a su primo, el emperador ruso Nicolás II, que despreciaba aún más la «adoración fetiche» de los cristianos: «al dejar la Ciudad Santa, me sentí profundamente avergonzado ante los musulmanes». Herzl casi estuvo de acuerdo con él: «cuando te recuerde en el futuro, oh Jerusalén, no será con felicidad. Los rancios depósitos de dos mil años de inhumanidad, intolerancia y pestilencia yacen en tus malolientes calles». El Muro de las Lamentaciones, opinaba, estaba invadido por «mendigos repugnantes, miserables y pendencieros».

Herzl soñaba que «si Jerusalén es nuestra algún día, quitaré todo lo que no es sagrado y destruiré las sucias ratoneras», conservando la Ciudad Vieja como patrimonio heredado, igual que Lourdes o La Meca. «Construiría una ciudad completamente nueva alrededor de los Santos Lugares, despejada, cómoda y con alcantarillado adecuado». Herzl decidiría más tarde que Jerusalén debería ser compartida: «organizaremos el territorio de Jerusalén para hacer de ella una ciudad que pertenezca a todos y a nadie, y cuyos Santos Lugares sean posesión conjunta de todos los creyentes».

Cuando el káiser se marchó por carretera a Damasco, donde se declaró protector



del islam y dotó a Saladino de una nueva tumba, Herzl vio el futuro en tres fornidos porteadores judíos vestidos con caftán: «Si podemos traer aquí a 300 000 judíos como éstos, todo Israel será nuestro».

Con todo, Jerusalén ya era sin lugar a dudas el centro judío en Palestina: de sus 45 300 habitantes, 28 000 eran ahora judíos, un incremento que el gobierno árabe veía con preocupación. «¿Quién puede poner en duda el derecho de los judíos a vivir en Palestina?», le preguntaba el anciano Yusuf Khalidi a su viejo amigo Zadok Kahn, el principal rabino de Francia en 1899. «Dios sabe que históricamente es, desde luego, vuestro país», pero «la brutal realidad» es que «Palestina es ahora parte integral del imperio otomano y, lo que es más grave, está habitada por otros pueblos que no son israelitas». Aunque esta carta es anterior a la idea de una nación palestina (Khalidi era jerosolimitano, árabe y otomano, y, al fin y al cabo, un ciudadano del mundo) y anterior también a la necesidad de negar la reivindicación de Sión, lo cierto es que Khalidi ya preveía que el regreso de los judíos, por muy antiguo y legítimo que fuera, chocaría contra la también antigua y legítima presencia de los árabes.

En abril de 1903, el pogromo de Kishinev, respaldado por el ministro del Interior del zar, Viacheslav von Plehve, desencadenó una oleada de matanzas y terror antisemita por toda Rusia.<sup>[\*5]</sup> Herzl, presa del pánico, viajó a San Petersburgo a fin de negociar con el propio Plehve, el antisemita supremo, pero al no conseguir nada del káiser ni del sultán, empezó a buscar un territorio provisional fuera de Tierra Santa.

Herzl necesitaba un nuevo patrocinador, y por ello propuso una patria judía en Chipre o alrededor de El Arish, en el Sinaí, parte del Egipto británico, ambos lugares cercanos a Palestina. En 1903, Natty, el primer lord Rothschild, que había abrazado por fin el sionismo, le presentó a Herzl a Joseph Chamberlain, el ministro británico para las colonias, que gobernaba Chipre pero que aceptó tomar en consideración la propuesta de El Arish. Herzl contrató a un abogado para que redactara un borrador de una escritura de constitución del asentamiento judío. El abogado era el político liberal David Lloyd George, de cuarenta años, cuyas decisiones alterarían más tarde el destino de Jerusalén en un grado mucho mayor que las de cualquier otro político desde Saladino. La propuesta fue rechazada, ante la gran decepción de Herzl. Chamberlain y el primer ministro Arthur Balfour le propusieron otro territorio, Uganda, o más bien una parte de Kenia, como patria para los judíos. Herzl, a falta de otras alternativas, aceptó de forma provisional.<sup>[2]</sup>

Pese al fracaso de los intentos de Herzl de convencer a emperadores y sultanes, su sionismo había inspirado a los judíos perseguidos de Rusia, en especial a un joven de una acomodada familia de abogados de Płońsk. El joven David Grün de once años de edad creyó que Herzl era el mesías que guiaría a los judíos de regreso a Jerusalén.

# CAPÍTULO 43

## EL OUDISTA DE JERUSALÉN, 1905-1914

### DAVID GRÜN SE CONVIERTE EN DAVID BEN GURION

El padre de David Grün ya era un dirigente local de los Amantes de Sión, grupo precursor del movimiento sionista, y un hebraísta entusiasta, así que el chico aprendió hebreo desde muy temprana edad. Sin embargo, a David, igual que a muchos otros sionistas, le horrorizó leer que Herzl había aceptado la oferta de Uganda. En el sexto congreso sionista, Herzl intentó vender lo que se había dado en llamar su ugandismo, pero lo único que logró fue dividir al movimiento. Su rival, el dramaturgo inglés Israel Zangwill, el acuñador del término «crisol» para describir la asimilación de los inmigrantes en Estados Unidos, abandonó el movimiento para fundar su propia organización, la Jewish Territorialist Organization e ir en busca de toda una serie de quijotescas Siones no palestinas. El plutócrata austríaco, el barón Maurice de Hirsch, estaba financiando colonias judías en Argentina, y el financiero de Nueva York, Jacob Schiff, promocionaba el plan Galveston, una Lone Star (estrella solitaria) Sion para judíos rusos en Texas. El Arish contaba con los mayores apoyos porque estaba cerca de Palestina, y el sionismo no era nada sin Sión, pero ninguno de estos planes<sup>[\*1]</sup> tuvo demasiado éxito y Herzl, a quien a sus apenas cuarenta y cuatro años y sus peripatéticos viajes le habían dejado exhausto, falleció poco tiempo después. Había logrado instituir el sionismo como una de las soluciones a la grave situación de los judíos, en especial en Rusia.

El joven David Grün lamentó la muerte de su héroe Herzl, aun cuando «concluimos que el modo más eficaz de combatir el ugandismo consistía en establecernos en la Tierra de Israel». En 1905, el emperador Nicolás II se enfrentó a una revolución que casi le costó el trono. Muchos de los revolucionarios eran judíos, y León Trotsky el más sobresaliente de ellos, aunque en realidad eran internacionalistas que despreciaban tanto la raza como la religión. Nicolás, no obstante, sintió que el falso panfleto antisemita, *Los protocolos de los ancianos de Sión*, se estaba haciendo realidad. «¡Qué profético!», escribiría, «este año de 1905 lo han dominado realmente los ancianos judíos». Obligado a aceptar una Constitución, intentó recuperar su dañada autocracia alentando las masacres antisemitas llevadas a cabo por revanchistas nacionalistas apodados los Cientos Negros.

Los pogromos incitaron a David Grün, miembro del partido socialista Poalei Zion (los Trabajadores de Sión), a embarcarse en uno de los barcos de peregrinos que

zarpaban desde Odessa y dirigirse a Tierra Santa. El chico de Płońsk era un caso típico de la segunda *aliyá*, una oleada de pioneros laicos, muchos de ellos socialistas, que opinaban que Jerusalén era un nido de supersticiones medievales. En 1909, estos colonizadores fundaron Tel Aviv en las arenosas dunas junto al antiguo puerto de Jaffa; en 1922, crearon una nueva granja colectiva, el primer kibutz, en el norte.

Grün no visitó Jerusalén hasta muchos meses después de su llegada, sino que trabajó en los campos de Galilea hasta que, a mediados de 1910, el joven de veinticuatro años se trasladó a Jerusalén para trabajar en un periódico sionista. Diminuto, flaco, de cabellos rizado y siempre vestido con un guardapolvo ruso, una *rubashka*, para subrayar sus credenciales socialistas, adoptó el *nom de plume* de «Ben Gurion», tomado de uno de los lugartenientes de Simón bar Kojba. El antiguo blusón y el nuevo nombre mostraban los dos aspectos del líder sionista emergente.

Ben Gurion creía, igual que muchos de sus correligionarios sionistas de la época, en la creación sin violencia de un estado socialista judío, sin dominar ni desplazar a los árabes palestinos, y que ese estado podía existir junto a ellos. Estaba convencido de la cooperación de las clases obreras judías y árabes. Al fin y al cabo, los *vilayets* otomanos de Sidón y Damasco, y el *sanjak* de Jerusalén, como se conocía a Palestina entonces, eran lugares dejados de la mano de Dios y asolados por la pobreza, escasamente poblados por seiscientos mil árabes. Había mucho espacio para desarrollar y los sionistas esperaban que los árabes compartirían los beneficios económicos de la inmigración judía. Sin embargo, árabes y judíos apenas se mezclaban, y a los sionistas no se les ocurrió que la mayor parte de estos árabes no deseaba los beneficios de la inmigración y del asentamiento de los judíos.

En Jerusalén, Ben Gurion alquiló un sótano sin ventanas, pero pasaba su tiempo en los cafés árabes de la Ciudad Vieja, escuchando las últimas canciones árabes que sonaban en los gramófonos.<sup>[1]</sup> Al mismo tiempo, un joven árabe cristiano, un jerosolimitano de nacimiento que ya era un conocedor de la belleza y del placer, escuchaba las mismas canciones en los mismos cafés y aprendía a tocarlas en su laúd.

## EL OUDISTA: WASIF JAWHARIYYEH

Wasif Jawhariyyeh aprendió a tocar el laúd, *oud*, de niño, y en poco tiempo era el mejor intérprete de *oud* de una ciudad que vivía para la música; su habilidad le facilitó el acceso a todo el mundo, de alta y baja alcurnia. Nacido en 1897, hijo de un concejal ortodoxo griego de la ciudad próximo a las grandes familias, Wasif tenía un carácter artístico demasiado felino como para poder convertirse en un ilustre personaje local. Hizo un aprendizaje de barbero, pero no tardó en enfrentarse a sus padres a causa de su deseo de convertirse en músico. Wasif Jawhariyyeh lo vio todo, conoció a todo el mundo, desde los notables jerosolimitanos y pachás otomanos hasta

las cantantes egipcias, músicos fumadores de hachís y judías promiscuas, todos ellos útiles para la élite aunque no formaran realmente parte de ella; Wasif empezó a escribir un diario a la edad de siete años, una de las obras maestras de la literatura jerosolimitana.<sup>[\*2]</sup>

Cuando empezó su diario, su padre todavía iba a trabajar a lomos de un asno blanco, aunque pudo ver el primer vehículo sin caballos, un automóvil Ford conducido por un miembro de la colonia estadounidense en la carretera de Jaffa; después de toda una vida acostumbrado a vivir sin electricidad, no tardaría en aprender a disfrutar de las películas que pasaban en el nuevo cinematógrafo del complejo ruso («la entrada costaba un *bishlik* otomano que se pagaba en la puerta»).

A Wasif le gustaba la mezcla cultural. Cristiano educado en la escuela británica de St George, estudió el Corán y disfrutaba con los *picnics* en la Explanada de las Mezquitas. Consideraba a los sefardíes «*Yahud, awlad Arab*» (judíos, hijos de árabes), se arreglaba para el Purim judío y asistía al *picnic* judío anual en la tumba de Simón el Justo, donde cantaba canciones andalusíes acompañado de su *oud* y de una pandereta. En una de sus actuaciones habituales, tocó una versión judía de una canción árabe muy conocida acompañando a un coro asquenazí en casa de un sastre judío en el barrio Montefiore.

En 1908, Jerusalén se sumó a las celebraciones por la revolución de los Jóvenes Turcos que derrocó al tiránico Abdul-Hamid y a su policía secreta. El Comité de Unión y Progreso, los «Jóvenes Turcos», implantó de nuevo la Constitución de 1876 y convocó elecciones parlamentarias. En un alarde de entusiasmo, Albert Antebi, un empresario local conocido por sus admiradores como «el Pachá judío», y por sus detractores como «el Pequeño Herodes», lanzó trescientas barras de pan a la complacida multitud congregada en la Puerta de Jaffa. Los niños representaron en las calles el golpe de estado de los Jóvenes Turcos.

Los árabes creían que quedarían por fin liberados del despotismo otomano. Los primeros nacionalistas árabes no estaban seguros de si querían un reino centrado en Arabia o en Magna Siria, pero ya el escritor libanés Najib Azouri había observado la evolución simultánea de las aspiraciones judías y árabes, y también que estaban destinadas a chocar. Jerusalén eligió a los notables Uthman al-Husseini y al sobrino de Yusuf Khalidi, Ruhi, un escritor, político y hombre de mundo para representarles en el Parlamento. En Estambul, Ruhi Khalidi se convirtió en el vicepresidente del Parlamento, y utilizó su posición para hacer campaña contra el sionismo y las compras de tierras por parte de los judíos.

Las grandes familias, cada vez más ricas, prosperaban y sus hijos se educaron, junto a Wasif, en la escuela St George, mientras que las chicas lo hicieron en la escuela femenina Husseini. Las mujeres se vestían indistintamente con ropas árabes y occidentales. La escuela británica llevó el fútbol a Jerusalén: cada sábado por la tarde

se jugaba un partido en un campo en el exterior de Bab al-Sahra: los chicos Husseini eran jugadores particularmente entusiastas y algunos de ellos jugaban con el fez en la cabeza. Antes de la Gran Guerra, aunque Wasif todavía era un escolar, ya vivía una doble vida bohemia. Tocaba el *oud* y se podía confiar en él para organizar fiestas y todo tipo de chanchullos, tal vez incluso ejerciera de discreto proxeneta para las grandes familias que ahora residían en el exterior de las murallas, en las nuevas mansiones de Sheikh Jarrah. Los aristócratas tenían por costumbre alquilar un *odah* o *garçonnière*, un pequeño apartamento en el que jugar a cartas o mantener a sus concubinas, y le solían confiar un juego de llaves. El protector de Wasif, el hijo del alcalde Hussein Effendi al-Husseini, mantenía a la más grácil de sus concubinas, Perséfone, una costurera grecoalbanesa en su *odah* cerca de la carretera de Jaffa, desde donde esta seductora emprendedora comerciaba con ganado y vendía su propia marca de aceite de tomillo medicinal. A Perséfone le gustaba cantar y el joven Wasif la acompañaba con su *oud*. Tras su ascenso a la alcaldía en el año 1909, Husseini se casó con Perséfone.

Las amantes de los aristócratas habían sido tradicionalmente judías, armenias o griegas, pero, ahora, los miles de peregrinos rusos se convirtieron en la fuente más rica para los hedonistas de Jerusalén. Wasif anotó que, en compañía del futuro alcalde Ragheb al-Nashashibi y de Ismail al-Husseini, había organizado fiestas secretas «para las damas rusas». Y en aquel momento, un peregrino ruso muy poco habitual llegado a Jerusalén se lamentó de la asombrosa decadencia y prostitución en la ciudad de sus conciudadanos rusos.<sup>[2]</sup> Llegado en marzo del 1911, este monje sibarita era el consejero espiritual y el consuelo del emperador y de la emperatriz rusos, a cuyo hemofílico hijo Alexei sólo él podía curar.

## RASPUTÍN: ADVERTENCIA A LAS MONJAS RUSAS

«No puedo describir la impresión de alegría, la tinta es inútil cuando tu alma canta “deja que Dios se levante de entre los muertos”», escribía Grigory Rasputin, un campesino siberiano reconvertido en hombre santo itinerante. Había llegado por primera vez a Jerusalén en 1903 como un peregrino desconocido y todavía recordaba la miseria de la travesía desde Odessa, «apiñados en la bodega como ganado, al menos setecientas personas a la vez». No obstante, desde entonces Rasputín había ascendido en el mundo. Nicolas II, que llamaba a Rasputín «nuestro amigo», había patrocinado esta peregrinación para apartarlo de San Petersburgo y desviar las crecientes críticas hacia este santo pecador, que festejaba con prostitutas, se exhibía en público y orinaba en los restaurantes. En esta ocasión, Rasputín se alojó a lo grande en la residencia palaciega del patriarca ortodoxo de Jerusalén, aunque se las daba de campeón del peregrino ordinario, expresando «el inexplicable gozo» de la

Pascua: «Todo es como era: ves a la gente vestida igual que en [los tiempos] bíblicos, llevando los mismos abrigos y extrañas ropas del Antiguo Testamento, y eso me provoca el llanto». Después, sexo y bebida, actividades en las que Rasputín era un experto.

En 1911, más de diez mil rusos, sobre todo campesinos rebeldes, llegaron para celebrar la Pascua; se alojaron en los dormitorios en continua expansión del complejo ruso, rezaron en la iglesia de María Magdalena del gran duque, y en la nueva de Alexandr Nevsky, cerca de la iglesia del Santo Sepulcro.<sup>[\*3]</sup> Estos visitantes desprestigiaban cada vez más a su patria: ya desde los primeros días, su cónsul había descrito al obispo Cyril Naumov como «un alcohólico y un payaso que se rodea de comediantes árabes y de mujeres». En cuanto a los peregrinos, «muchos de ellos viven en Jerusalén de un modo que no se corresponde ni con la santidad del lugar ni con el objeto de su peregrinación, y caen presa de tentaciones muy variadas».

A medida que aumentaba el número de peregrinos, éstos se dejaban llevar por la violencia y la bebida, y se hacían cada vez más difíciles de controlar: Rasputín dejó traslucir lo mucho que odiaba a católicos y armenios, y más aún a los musulmanes. En 1893, el guardaespaldas ruso de un rico peregrino había disparado contra un sacristán latino causándole la muerte, y a tres más cuando un católico le pidió que cediera el paso en la iglesia del Santo Sepulcro. «El alcohol está en todas partes, y beben porque es barato, elaborado sobre todo por las monjas armenias», explicaba Rasputín. Mucho peor era la promiscuidad: como ya hemos visto, los aristócratas podían procurarse con facilidad peregrinas rusas para sus fiestas, y algunas se quedaban junto a ellos como concubinas. Rasputín sabía de lo que hablaba cuando advertía:

*¡Las religiosas no deben viajar aquí! La mayoría de ellas se ganan la vida alejadas de la Ciudad Santa. Para no entrar en detalles, ¡cualquiera que haya estado aquí entenderá cuántos errores cometen los jóvenes hermanos y hermanas! Es muy duro para ellas, están obligadas a permanecer más tiempo, la tentación es grande, el enemigo [¿católicos?, ¿musulmanes?] es tremendamente envidioso. Muchas de ellas se convierten en concubinas y en mujeres del mercado. Y te dicen que «tenemos nuestro propio rico y viejo amante», y entonces, ¡te añaden a su lista!*<sup>[\*4]</sup>

El tráfico de placer circulaba en ambos sentidos. Stephen Graham, el periodista inglés que viajó con los campesinos peregrinos aproximadamente en la misma época de la visita de Rasputín, describía que «las mujeres árabes, a pesar de las normas, encontraban el camino del hostel y les vendían a los campesinos botellas de ginebra o de coñac. En Jerusalén abundaban ya los peregrinos y turistas, y también los



saltimbanquis, cómicos y vendedores ambulantes, policías montenegrinos, gendarmes montados turcos, peregrinos a lomos de asnos, peregrinos en carretas», ingleses y estadounidenses, pero «la Ciudad Santa ha caído en manos de los rusos, armenios, búlgaros y árabes cristianos».

Los agresivos vendedores callejeros rusos pervertían a los visitantes. Phillip, «un campesino alto, de anchas espaldas, gordo, con un rostro amplio, sucio y cubierto de vello negro sin afeitar, que lucía un espeso bigote que colgaba de modo sensual sobre rojos y flojos labios», era un caso típico de «proxeneta de los monjes, revendedor de los tenderos eclesiásticos, contrabandista, inmoral y mercader de artículos religiosos» manufacturados en lo que se había dado en llamar «la factoría judía». Los sacerdotes caídos en desgracia terminaban sus días en Jerusalén en medio de «borracheras, histeria religiosa y lavando cadáveres», puesto que muchos rusos morían (felices) en Jerusalén. Mientras tanto, y sumándose a esta incendiaria mezcla, los propagandistas marxistas predicaban la revolución y el ateísmo entre los campesinos rusos.

El Domingo de Ramos de la visita de Graham, mientras los soldados turcos rechazaban a los peregrinos, la multitud salía de la iglesia del Santo Sepulcro entre «un gran clamor y los estridentes chillidos de los árabes ortodoxos, que en su frenesí religioso no dejaban de gritar», hasta que de repente, «una banda de turcos con gorro rojo y de musulmanes con turbantes, lanzando un sonoro alarido, cargaron contra ellos, se abrieron paso a golpes, se arrojaron contra el portador de la rama de olivo, de la que tomaron posesión, y la rompieron en mil pedazos antes de echar a correr. Una joven estadounidense sacó unas fotografías con su Kodak. Los árabes cristianos juraron venganza». Más tarde, los rusos esperaron la Segunda Venida del «gran conquistador» en la Puerta Dorada, pero el clímax, como siempre, era el Fuego Sagrado: al emerger la llama, «los exaltados orientales se introdujeron haces de velas encendidas en el regazo, y dejaron escapar gritos de alegría y éxtasis. Cantaron como si estuvieran bajo la influencia de algún tipo de extraordinaria droga» con «un grito que guiaba: ¡*Kyrie eleison*: Cristo ha resucitado!». Sin embargo, «se produjo la estampida habitual» que tuvo que ser reprimida a golpe de látigo y de culatazos.

Aquella noche, Graham anotó cómo sus compañeros, «excitados, febriles y temblando como tantos otros niños», llenaban sus bolsas con tierra de Jerusalén, agua del Jordán, palmas, sudarios, estereoscopios, «¡y nos besamos los unos a los otros una y otra vez!».

*Cuántos abrazos y besos esta noche; besos de cordiales labios y marañas de barbas y bigotes y patillas. Allí comenzó un día de ruidosas festividades. La cantidad de vino, coñac y arak [licor de anís] que se consumió horrorizaría a la mayoría de los ingleses. Y los bailes de los borrachos, ¡le resultarían bastante ajenos a Jesús!*

Aquel año, la Pascua cristiana coincidió con la Pascua judía y con la festividad de Nabi Musa. Mientras Rasputín vigilaba la moral de la hermandad ortodoxa a cuya depravación contribuía el ajetreado Wasif, un aristócrata inglés provocaba disturbios en la ciudad y acaparaba los titulares de la prensa de todo el mundo.<sup>[3]</sup>

## EL HONORABLE CAPITÁN MONTY PARKER Y EL ARCA DE LA ALIANZA

Monty Parker, un noble de veintinueve años con un plumaje de exuberantes mostachos, barba puntiaguda a lo Eduardo VII, gustos caros e ingresos mínimos, era un granuja oportunista y crédulo, siempre en busca de medios fáciles de hacer fortuna, o al menos de encontrar a alguien que le pagara sus lujos. En 1908, este antiguo alumno de Eton, hijo de un ministro del gabinete del último gobierno de Gladstone, hermano menor de lord Morley, antiguo oficial del cuerpo de guardas granaderos y excombatiente de la guerra de los Bóers, se tropezó con un adulator finlandés que le convenció de que los dos juntos podrían descubrir en Jerusalén el tesoro más valioso de la historia del mundo.

El finlandés era el doctor Valter Juvelius, maestro, poeta, y espiritista, al que le gustaba vestirse con túnicas bíblicas y descifrar códigos bíblicos. Tras trabajar durante años en el libro de Ezequiel, y alentado por unas sesiones con un vidente sueco, Juvelius creía que había descubierto lo que él llamó «el código de Ezequiel», que le había revelado que en el año 586 a. C., cuando Nabucodonosor estaba a punto de destruir Jerusalén, los judíos habían ocultado lo que él denominaba «el Archivo del Templo», el Arca de la Alianza, en un túnel al sur del monte del Templo. Ahora bien, necesitaba un hombre de acción que pudiera ayudarle asimismo a recaudar los fondos necesarios para encontrar el Arca. ¿Quién mejor que un enérgico aristócrata inglés de pocas luces pero con los mejores contactos en el Londres eduardiano?

Juvelius le enseñó su prospecto secreto a Parker, quien, entusiasmado, leyó esta revelación:

*Creo que por fin he demostrado empíricamente la muy ingeniosa deducción de que la entrada al Archivo del Templo es el Aceldama, y que el Archivo del Templo permanece, sin que nadie lo haya tocado, en el lugar donde fue ocultado. Encontrar el Archivo del Templo y sacarlo del lugar en el que lleva oculto dos mil quinientos años debería ser tarea sencilla. La existencia del código demuestra que el Archivo del Templo permanece intacto.*

A Parker, la tesis bien argumentada de este chiflado le convenció, aun cuando no



fuera mucho más racional que la trama de *El código Da Vinci*. En un momento en el que incluso el káiser asistía a sesiones de espiritismo y en el que muchos creían en la conspiración judía, Juvelius no tuvo ningún problema en encontrar conversos. Tal como uno de sus seguidores le escribiría, «los judíos son, en cierto modo, una raza secretista», así que, naturalmente, habían ocultado muy bien el Arca.

Parker hizo traducir el documento en finlandés de Juvelius y encuadernarlo en un elegante folleto. A continuación, les presentó a sus colegas, un grupo de dudosa reputación de aristócratas endeudados y saltimbanquis militares,<sup>[\*5]</sup> esta increíble oportunidad de hacerse con una fortuna: sin duda, este tesoro valdría al menos doscientos millones de dólares. Parker era un vendedor con mucha labia que no tardó en atraer más inversores de los que él podía manejar. Los aristócratas británicos, rusos y suecos le dieron dinero, igual que hicieron algunos ricos estadounidenses, como Consuelo Vanderbilt, la duquesa de Marlborough. La corporación de Parker necesitaba libre acceso a la Explanada de las Mezquitas y a la ciudad de David, y Parker estaba convencido de que podría solucionar este problema mediante «generosas gratificaciones». En la primavera de 1909, Parker, Juvelius, y su guardaespaldas y chanchullero sueco, el capitán Hoffenstahl, visitaron los lugares de Jerusalén antes de zarpar hacia Estambul donde Monty, ofreciéndoles de entrada a los ministros el 50 por 100 del tesoro y un adelanto en efectivo, logró corromper a una buena parte del régimen de los Jóvenes Turcos, del gran visir abajo, y firmar un contrato entre Djavid Bey, el ministro de Finanzas, y el «honorable señor M. Parker del Turf Club de Londres».

La Puerta Sublime aconsejó a Parker que contratara a un armenio llamado señor Macasadar como su organizador y chanchullero, y envió a dos comisionados a supervisar la excavación. En agosto de 1909, el capitán Hoffenstahl recogió el «código» que le entregó Juvelius y a continuación se dirigió a reunirse con Parker y sus amigos en Jerusalén, donde instalaron su cuartel general en la fortaleza Augusta Victoria construida por el káiser en el monte de los Olivos, y se alojaron en el hotel Fast (el mejor de la ciudad). Monty y sus amigos se comportaron como un grupo de adolescentes estudiantes en una fiesta sólo para chicos, celebrando «alegres» cenas y organizando competiciones de tiro en las que utilizaban naranjas para practicar. «Una mañana, oímos ruidos poco habituales», recordaba Bertha Spafford, «y vimos a los honorables arqueólogos jugando a ser muleros corriendo junto a las mulas e imitando los gritos que solían lanzar los chicos árabes, quienes, por su parte, montaban los animales en lugar de los ingleses». La banda de Parker sobornó a muchos de los potentados de Jerusalén, compró al gobernador Azmey Pasha, contrató un enorme séquito de obreros, guías, doncellas y guardias, y empezó a excavar en la colina Ophel, el lugar que era, y sigue siendo, la piedra angular de la búsqueda de la Jerusalén antigua: Charles Warren había excavado en este lugar en 1867. Más tarde,

los arqueólogos estadounidenses Frederick Bliss y Archibald Dickie encontrarían más túneles, lo que sugería que éste era el lugar en el que se ubicaba la Jerusalén del rey David. A Parker lo guiaba espiritualmente desde la distancia Juvelius, y también otro miembro de la expedición, «Lee, el lector de la mente» irlandés. Ni siquiera después de no encontrar nada, Parker perdió la fe en Juvelius.

Los judíos de Jerusalén, con el apoyo del barón Edmond de Rothschild (que financiaba su propia expedición en busca del Arca de la Alianza), afirmaron que Parker estaba profanando suelo sagrado judío. También los musulmanes estaban preocupados, pero los otomanos los mantuvieron a raya. A fin de mitigar sus sospechas, Parker contrató al arqueólogo padre Vincent, de la École Biblique, para supervisar la excavación, quien, de hecho, encontró más pruebas que demostraban que este lugar era la ubicación de un asentamiento muy primitivo. Vincent ignoraba el propósito real de la excavación.

A finales de 1909, las lluvias interrumpieron el trabajo de Parker, pero, en 1910, regresó a Jaffa a bordo del yate de Clarence Wilson, el *Water Lily*, y reanudó los trabajos de excavación. Los trabajadores árabes se declararon en huelga en varias ocasiones y cuando los tribunales amenazaron con darles la razón a los obreros, Monty y sus socios decidieron que sólo una deslumbrante exhibición de boato militar británico intimidaría a los nativos: decidieron enfrentarse al alcalde (el jefe del *oudista* Wasif) en «uniforme de gala». El capitán Duff, con casco, coraza y los guanteletes blancos de los Life Guards, el regimiento más antiguo del ejército británico, y Monty Parker vestido con una túnica escarlata y una piel de oso eran, recordaba el comandante Foley, «las atracciones estelares. ¡Causamos sensación!».

Tras despedir a los huelguistas, este desfile de sainete cruzó triunfalmente la Ciudad Vieja, encabezado, en palabras de Foley, por «una tropa de lanceros turcos, tras ellos, el alcalde y el comandante, algunos hombres santos, y a continuación Duff, Parker, yo, Wilson, Macasadar y unos gendarmes turcos en la retaguardia». De repente la mula de Duff se encabritó y se lanzó desbocada por los bazares con el capitán aferrado a ella hasta que la montura lo lanzó al interior de una tienda donde quedó enterrado bajo una montaña de cacahuets, ante la enorme hilaridad de sus amigos. «Un viejo judío», dijo Foley, «creyó que había llegado el fin del mundo y empezó a lamentarse en *yiddish*».

Esta exhibición, o más probablemente estas «generosas gratificaciones», funcionaron por el momento. Parker enviaba meticulosos informes secretos a la corporación, nombrada de forma encubierta con las iniciales FJMPW, las de algunos de sus miembros, y también las cuentas de los sobornos pagados, que en su primera visita, costaron 1900 libras esterlinas. Se gastó 3400 libras esterlinas el primer año, y a su regreso en 1910, en sus cuentas pude leerse: «Pagos a los funcionarios de Jerusalén: 5667 libras esterlinas». El alcalde, Hussein Hussein, recibía 100 libras

mensuales. Estos generosos sobornos debieron sin duda de resultar una bendición para los notables de Jerusalén, pero Parker cayó en la cuenta de que el gobierno de los Jóvenes Turcos era inestable y que Jerusalén era un lugar muy delicado. «Debemos ejercer la mayor cautela, puesto que el menor de los errores podría acarrear graves dificultades», informó. Con todo, ni siquiera él comprendió realmente que estaba jugando en la cumbre de un volcán. Cuando en la primavera de 1911 reanudó las excavaciones, Parker pagó aún más dinero, pero ahora estaba desesperado: decidió excavar en la Explanada de las Mezquitas, y sobornó al jeque Khalil al-Ansari, el custodio hereditario del Haram, y a su hermano.

Parker y su grupo, disfrazados con atuendos árabes de pantomima, se introdujeron furtivamente en la Explanada de las Mezquitas y, en el mismo recinto de la Cúpula, rompieron el suelo para excavar y llegar a los túneles secretos que había debajo. No obstante, en la noche del 17 de abril, un guardia nocturno musulmán que no podía dormir en su abarrotada casa decidió acampar en el Haram, donde sorprendió a los ingleses y echó a correr por las calles gritando que unos cristianos disfrazados estaban excavando bajo la Cúpula de la Roca.

El muftí hizo retroceder a toda la procesión del Nabi Musa y denunció esta perversa conspiración otomana y británica. Una turba, reforzada por los peregrinos llegados para Nabi Musa, corrió a defender el Noble Santuario. El capitán Parker y sus amigos salieron a galope tendido para salvar su vida y no se detuvieron hasta llegar a Jaffa. La multitud, formada por árabes y judíos mezclados, todos ellos igual de indignados, una ocasión única en la historia, intentó linchar al jeque Khalil y a Macasadar, a quienes lo único que les salvó la vida fue la intervención de la guarnición otomana que los detuvo y encarceló en Beirut, junto a los policías y los guardias de Parker. En Jaffa, Monty Parker logró llegar hasta el *Water Lily*, pero la policía local había sido alertada de que Parker podría llevar consigo el Arca de la Alianza. Lo registraron a él y su equipaje, pero no encontraron ningún arca. Parker sabía que no tenía escapatoria, así que confundió a los gendarmes otomanos representando el papel de gran caballero inglés: iluminó el *Water Lily*, anunció que iba «a ofrecer una recepción a bordo para los funcionarios de Jaffa» y, a continuación, soltó amarras y zarpó justo antes de que pudieran embarcar.

En Jerusalén, la multitud amenazaba con matar al gobernador y a cualquier británico mientras se extendían los rumores de que Parker había robado la corona de Salomón, el Arca de la Alianza y la espada de Mahoma. El gobernador, temiendo por su vida, se había ocultado. Al llegar la mañana del 19 de abril, el *London Times* informaba de que «en la ciudad reina un tremendo jaleo. Los comercios están cerrados, los campesinos se marchan precipitadamente de la ciudad y los rumores se extienden». Los cristianos estaban aterrados por la posibilidad de que los «peregrinos mahometanos de Nabi Musa» fueran a «asesinar a todos los cristianos», mientras que,

por su parte, los musulmanes estaban petrificados porque «ocho mil peregrinos rusos estaban armados y preparados para masacrar a los mahometanos», y todos los bandos creían que «las insignias y atributos reales de Salomón» habían sido «transferidos al yate del capitán Parker».

Los europeos permanecieron en el interior de sus casas y atrancaron las puertas. «La furia del pueblo de Jerusalén era tan grande», recordaba Bertha Spafford, «que se habían apostado patrullas en cada calle». Entonces, en el último día de Nabi Musa, con diez mil jerosolimitanos en la Explanada de las Mezquitas, se desencadenó una estampida. En el aterrador pánico subsiguiente, campesinas y peregrinos salieron en masa por las murallas y corrieron hacia las puertas de la ciudad gritando «¡Masacre!». Las familias se armaron y se hicieron fuertes en sus casas. El «fiasco Parker», escribiría Bertha Spafford, «estuvo mucho más cerca de provocar una masacre de cristianos que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido en los muchos años que llevábamos viviendo en Jerusalén». El *New York Times* informaba al mundo: «Desaparecido con el tesoro de Salomón. Un grupo de ingleses desaparece a bordo de un yate después de excavar bajo la mezquita de Omar: se dice que encontraron la corona del rey. El gobierno turco envía funcionarios a Jerusalén para investigar».

Monty Parker, que nunca comprendió la gravedad de todo lo sucedido, regresó en barco a Jaffa aquel otoño, pero le aconsejaron que no desembarcara «porque si lo hacía, se provocarían más disturbios». Le explicó a la corporación que se «dirigiría a Beirut» a visitar a los prisioneros. Su plan era continuar entonces «hasta Jerusalén para tranquilizar a la prensa y entrevistarme con los notables para hacerles entrar un poquito en razón y, una vez que todo se haya calmado, ¡conseguir que el gobernador le escriba al gran visir explicándole que la situación es segura y que podemos regresar!». Jerusalén nunca «entró un poquito en razón», pero Parker lo siguió intentando hasta el año 1914.<sup>[\*6]</sup>

Estambul y Londres se intercambiaron quejas diplomáticas, el gobernador de Jerusalén fue destituido, los cómplices de Parker fueron juzgados y absueltos (porque no se había robado nada), el dinero había desaparecido, el tesoro era una quimera, y el «fiasco Parker» fue el telón que se cerró poniendo fin a cincuenta años de arqueología e imperialismo europeos.<sup>[4]</sup>

# CAPÍTULO 44

## GUERRA MUNDIAL, 1914-1916

### CEMAL PASHA: EL TIRANO DE JERUSALÉN

La aventura de Parker había dejado al descubierto las realidades del gobierno de los Jóvenes Turcos con respecto a Jerusalén: eran igual de corruptos e ineptos que sus predecesores, pero habían alentado las esperanzas autonómicas, si no de algo más, de los árabes. En Jaffa se fundó un periódico nacionalista, el *Filastin*, para expresar esta nueva conciencia. Sin embargo, no tardó en quedar claro que los Jóvenes Turcos eran una organización implacable y secretista cuya democracia no era más que una fachada. Eran jóvenes turcos nacionalistas decididos no sólo a reprimir las esperanzas árabes, sino incluso también la enseñanza de la lengua árabe. Los nacionalistas árabes empezaron a fundar clubes secretos para planear la independencia, e incluso los Husseini y los vástagos de otras grandes familias se unieron a ellos. Los líderes sionistas, por su parte, alentaban a los nuevos inmigrantes a crear «poblaciones judías, en especial en Jerusalén, la cabeza de la nación», y compraron terrenos para la futura Universidad Hebrea en el monte Scopus, lo que alarmó sobremanera a las grandes familias, aun cuando los Husseini y otros terratenientes, como la familia Sursock de Líbano, con gran discreción, fueran quienes les vendían las tierras a los sionistas.

Ruhi Khalidi, vicepresidente del Parlamento de Estambul, un intelectual que hablaba francés, y un otomano liberal, no era un árabe nacionalista, pero había estudiado detenidamente el sionismo, e incluso escrito un libro sobre la cuestión, y decidió que el sionismo constituía una amenaza. En el Parlamento, intentó que se prohibiera cualquier compra de tierra en Palestina por parte de los judíos. El vástago más rico de las grandes familias, Ragheb al-Nashashibi, un elegante *playboy*, también se presentó a las elecciones al Parlamento, prometiendo, «que dedicaré todas mis energías a alejar el peligro del sionismo que se cierne sobre nosotros». El editor del *Filistin* advertía: «Si esta situación continúa, los sionistas se harán con el control de nuestro país».<sup>[\*1]</sup>

El 23 de febrero de 1913, un oficial turco de treinta y un años, Ismail Enver, excombatiente de la revolución de 1908 que se había hecho un nombre luchando contra los italianos en Libia, irrumpió en la Puerta Sublime, le pegó un tiro al primer ministro y asumió el poder. Él y sus dos camaradas, Mehmet Talaat y Ahmet Cemal, formaron el triunvirato de los tres pachás. Enver había logrado una pequeña victoria

en los Balcanes que le había convencido de que era el Napoleón turco destinado a restaurar el imperio. En 1914, se erigió en caudillo otomano y ministro de la Guerra, e incluso se casó con la sobrina del sultán. Los tres pachás creían que solamente la «turquización» del imperio podría detener la podredumbre final. La barbarie, el racismo y el belicismo de su programa anunciaban ya el fascismo y el Holocausto.

El 28 de junio de 1914, unos terroristas serbios asesinaban al archiduque Francisco Fernando, el heredero del imperio austríaco, y las grandes potencias, en un primer momento anonadadas, se lanzaron de lleno a la primera guerra mundial. Enver Pasha ansiaba combatir, e impulsó una alianza con Alemania que le proporcionara el necesario apoyo militar y económico. El káiser Guillermo, recordando su viaje a Oriente, apoyó la alianza con los otomanos. Enver se nombró a sí mismo vicegeneralísimo bajo su sultán marioneta y entró en la guerra bombardeando los puertos rusos desde los buques de guerra recién entregados por los alemanes.

El 11 de noviembre, el sultán Mehmet V Rashid declaraba la guerra contra el Reino Unido, Francia y Rusia, y en Jerusalén se proclamaba la yihad en la mezquita de al-Aqsa. Al principio, reinaba un cierto entusiasmo hacia la guerra. Los judíos de Jerusalén recibieron la llegada del comandante de las tropas otomanas en Palestina, el general bávaro barón Friedrich Kress von Kressenstein y sus unidades, bajo un arco triunfal. Los alemanes asumieron la protección de los judíos en lugar de los británicos. Mientras tanto, Jerusalén esperaba la llegada de su nuevo amo.<sup>[1]</sup>

El 18 de noviembre, Wasif Jawhariyyeh, el *oudista*, que sólo tenía diecisiete años, asistió a la llegada de Ahmet Cemal, el ministro de la Marina y uno de los tres pachás, dictador de hecho de Magna Siria y comandante supremo del Cuarto Ejército otomano. Cemal instaló su cuartel general en la fortaleza Augusta Victoria en el monte de los Olivos. El 20 de diciembre, un anciano jeque llegaba a la Puerta de Damasco a bordo de un majestuoso carruaje en el que ondeaba la enseña verde del Profeta de La Meca. Su entrada en la ciudad provocó una «conmoción indescriptible» mientras una «comitiva de soldados ordenados y pintorescos seguían la bandera a través de la Ciudad Vieja» entre una lluvia de agua de rosas. Toda la población de Jerusalén le siguió «cantando *Allahu Akbar* en el más hermoso desfile que nunca vi», escribió Wasif Jawhariyyeh. En el exterior de la Cúpula, Cemal declaró la yihad. «El júbilo poseyó a toda la población», afirmaría Kress von Kressenstein, coincidiendo con Wasif, hasta que el anciano jeque de La Meca murió de repente antes de Navidad, un embarazoso presagio para la yihad otomana.

Cemal, de cuarenta y cinco años, achaparrado y barbudo, siempre protegido por un escuadrón de guardias en camello, combinaba la crueldad bruta y paranoica con el encanto, la inteligencia y las bufonadas grotescas. Era un *bon vivant* que tenía «debilidad por la pompa y circunstancia», y por las bellas judías, y era consciente tanto de su propia grandeza como de su propia absurdidad. Al mismo tiempo que

aterrorizaba a Jerusalén, le gustaba jugar al póquer, hacer carreras de caballos por las colinas de Judea, beber champán y fumar cigarros puros en compañía de su amigo el conde Antonio de Ballobar, el cónsul español. Ballobar, un elegante aristócrata que todavía no había cumplido treinta años, describió al pachá como un *sale type*, pero *bon garçon*, un tipo perverso, pero buen chico. Bertha Spafford opinaba de Cemal que era «un hombre extraño y al que había que temer», pero también «un hombre de doble personalidad» capaz de mostrarse cariñoso y amable. En una ocasión en la que nadie le veía le regaló una medalla con diamantes incrustados a una niña pequeña cuyos padres la encontraron con la joya al regresar a su casa. Uno de sus oficiales alemanes, Franz von Papen, sencillamente lo consideraba «un déspota oriental de gran inteligencia».

Cemal gobernaba su feudo con gran independencia: «este hombre de influencia ilimitada» disfrutaba de su poder, y preguntaba en tono jovial: «¿Qué son las leyes? ¡Yo las hago y yo las deshago!». Los tres pachás sospechaban, y con razón, de la lealtad de los árabes, quienes disfrutaban de un renacimiento cultural y de sus florecientes aspiraciones nacionalistas, y odiaban el nuevo patriotismo de los turcos. Aun así, los árabes formaban el 40 por 100 de la población otomana y muchos de los regimientos otomanos eran completamente árabes. La misión de Cemal consistía en conservar las provincias árabes y suprimir cualquier agitación, árabe y también sionista, utilizando primero su amenazador encanto y, más tarde, sólo la amenaza.

Poco tiempo después de su llegada a la Ciudad Santa, convocó a una delegación de árabes de quienes sospechaba creencias nacionalistas. Puso un gran esmero en no hacerles el más mínimo caso mientras los árabes empalidecían cada vez más. Por fin les preguntó: «¿Os dais cuenta de la gravedad de vuestros crímenes?». Los sospechosos intentaron responder, y Cemal les interrumpió: «¡Silencio! ¿Conocéis cuál es el castigo? ¡La ejecución! ¡La ejecución!». Esperó hasta que se echaron a temblar, y entonces añadió en voz baja: «Pero me daré por satisfecho desterrándoos a vosotros y a vuestras familias a Anatolia». Una vez los aterrados árabes se hubieron marchado, Cemal se giró hacia su ayudante y estalló en carcajadas: «¿Qué puede uno hacer? Así es como se hacen las cosas aquí». Cuando necesitó que se construyeran nuevas carreteras, le dijo al ingeniero: «Si la carretera no está acabada a tiempo, ¡te ejecutaré en el punto exacto en el que se hayan colocado las últimas piedras!». Solía quejarse, no sin un cierto orgullo, de que «la gente protesta en todas partes por mi culpa».

Cemal reunió sus tropas, bajo el mando de oficiales alemanes, a fin de preparar su ofensiva contra el Egipto británico, y descubrió entonces que en Siria se estaban fraguando intrigas, y que Jerusalén era «un nido de espías». La política del pachá era sencilla: «Para Palestina, la deportación; para Siria, el terror; para Hiyaz, el ejército». En Jerusalén, su enfoque consistía en poner «en fila a los patriarcas, príncipes y

jeques y en colgar a los notables y sus ayudantes». Su policía secreta perseguía a los traidores y deportaba a cualquier persona sospechosa de agitación nacionalista. Requisó edificios cristianos, como la iglesia de Santa Ana, y expulsó a los jefes cristianos mientras preparaba el ataque a Egipto.

El pachá hizo desfilar por las calles de Jerusalén a los veinte mil hombres que se dirigían al frente. «¡Nos encontraremos al otro lado del canal de Suez o en el Cielo!», fanfarroneó, pero el conde Ballobar observó a un soldado cargando sus raciones de agua en un cochecito de bebé robado, un equipamiento que, desde luego, no parecía ser un indicio de una temible maquinaria militar. Cemal, por su parte, viajaba con «magníficas tiendas, sombrereras, sillas con orinal, y cómodas». El 1 de febrero de 1915, Cemal, emocionado al escuchar a sus hombres cantar «La bandera roja ondea sobre El Cairo», atacó el Canal con doce mil soldados que fueron fácilmente rechazados. Afirmaría que el ataque había sido una misión de reconocimiento con un gran despliegue de tropas, pero fracasó por segunda vez en verano. La derrota militar, el bloqueo occidental y la depresión cada vez más profunda de Cemal sumieron a Jerusalén en un desesperado sufrimiento y un hedonismo salvaje. Faltaba poco tiempo para que empezara la matanza.<sup>[2]</sup>

## TERROR Y MUERTE: CEMAL EL CARNICERO

Al cabo de un mes de la llegada de Cemal, Wasif Jawhariyyeh vio el cadáver de un árabe vestido con una túnica blanca colgando de un árbol al otro lado de la Puerta de Jaffa. El 30 de marzo de 1915, el pachá ejecutó a dos soldados árabes en la Puerta de Damasco, acusados de ser «espías británicos», y al muftí y a su hijo, a cuyo ahorcamiento en la Puerta de Jaffa asistió una multitud que guardó un respetuoso silencio. Los ahorcamientos se escenificaban en las Puertas de Damasco y de Jaffa después de las oraciones de los viernes a fin de garantizar la máxima asistencia de público. Al cabo de poco tiempo, las puertas parecían estar adornadas con una guirnalda permanente de cadáveres oscilantes, dejados ahí deliberadamente por orden de Cemal. En una ocasión, Wasif quedó horrorizado por la sádica incompetencia:

*El proceso de ahorcamiento no estaba bastante estudiado ni científica ni médicamente, así que la víctima permanecía viva, sufriendo mucho, y lo veíamos y no podíamos hacer nada. Un oficial le ordenó a un soldado que subiera y se colgara de la víctima, pero el peso añadido hizo que los ojos se le salieran de las órbitas. Así era la crueldad de Cemal Pasha. Mi corazón todavía llora al recordar esta imagen.*



En agosto de 1915, tras descubrir pruebas de unas conspiraciones nacionalistas árabes, «decidí», escribió Cemal, «tomar medidas implacables contra los traidores». Colgó a cincuenta notables árabes cerca de Beirut (entre ellos un Nashashibi de Jerusalén), y más tarde, en mayo de 1916, a otros veintiuno en Damasco y en Beirut, ganándose así el sobrenombre de «el Carnicero». Bromeó con Ballobar el español diciéndole que también podía colgarlo a él.

Cemal sospechaba asimismo de los sionistas, a los que consideraba unos traidores, pese a que Ben Gurion, tocado de un *tarbush*, reclutaba soldados judíos para los otomanos. Cemal no había renunciado del todo a mostrarse encantador: en diciembre de 1915 organizó dos reuniones únicas entre los líderes sionistas y la familia Husseini, entre los que se encontraba Ben Gurion, a fin de reunir apoyos para una patria unida bajo el gobierno otomano. Sin embargo, al poco tiempo, Cemal deportó a quinientos judíos extranjeros, detuvo a los líderes sionistas y prohibió sus símbolos. Las deportaciones levantaron un gran clamor en los periódicos austríacos y alemanes, después de lo cual, Cemal convocó de nuevo a los sionistas para advertirles en contra de cualquier intento de sabotaje: «Podéis elegir. Estoy dispuesto a deportaros igual que se hizo con los armenios. Ejecutaré a cualquiera que toque una simple naranja. Pero si preferís la segunda opción, ¡toda la prensa de Berlín y de Viena tiene que permanecer en silencio!». Más tarde, siguió despotricando contra ellos: «No me fío de vuestra lealtad. Si no tuvierais intención de conspirar, no habríais venido a vivir a esta tierra desolada entre árabes que os odian. Creemos que los sionistas sólo merecen la horca, pero estoy cansado de ahorcar a gente, así que os dispersaremos por todo el estado turco».<sup>[\*2]</sup>

Ben Gurion fue deportado, y depositó sus esperanzas en los Aliados. Los árabes fueron llamados a filas y los judíos y los cristianos, obligados a trabajar en batallones de trabajos forzados construyendo carreteras; muchos de ellos murieron a consecuencia del hambre y de la insolación y después llegaron las enfermedades, los insectos y la desnutrición. «Las langostas eran espesas como nubes», recordaba Wasif, que se burló de los intentos de Cemal de poner fin a la plaga «ordenando que cada persona mayor de doce años debía traer tres kilos de huevos de langosta», una técnica que, sencillamente, desembocó en un absurdo negocio de compraventa de huevos de langosta.

Wasif vio «el hambre extenderse por todo el país», junto al «tifus y la malaria, y mucha gente murió». Al llegar el año 1918, la población judía de Jerusalén había caído a causa de las epidemias, el hambre y la deportación hasta las veinte mil personas. Aun así, la voz de Wasif, su *oud* y su habilidad para encontrar bellas invitadas para las alocadas fiestas nunca fue tan valorada como en aquel momento.

## GUERRA Y SEXO EN JERUSALÉN: WASIF JAWHARIYYEH

Cemal, sus oficiales y los notables de las grandes familias disfrutaban de una vida de intensos placeres mientras los jerosolimitanos luchaban por sobrevivir a las calamidades de la guerra. La pobreza era tal, que las jóvenes prostitutas, muchas de ellas viudas de guerra que cobraban apenas dos piastras por servicio, patrullaban la Ciudad Vieja. En mayo de 1915, algunos maestros fueron despedidos tras ser descubiertos en compañía de prostitutas durante el horario escolar. Las mujeres incluso vendían sus bebés. «Ancianos y ancianas», en especial los judíos jasídicos más pobres de Meah Shearim, «estaban hinchados por el hambre. En sus rostros y por todo su cuerpo, el fango, la suciedad, enfermedades y llagas».

Cada noche, Wasif vivía una aventura: «Sólo iba a casa a cambiarme de ropa, dormía en una casa diferente cada noche, tenía el cuerpo totalmente exhausto de beber y festejar. Por la mañana, un *picnic* con las familias notables de Jerusalén, y más tarde, una orgía con los matones y los gánsteres de los callejones de la Ciudad Vieja». Una noche, Wasif Jawhariyyeh se encontró viajando en un convoy de cuatro limusinas junto al gobernador, su amante judía de Salónica, diversos beys otomanos y notables de las grandes familias, entre ellos el alcalde Hussein Hussein, en dirección a Artas, cerca de Belén, para participar en un «*picnic* internacional» en el monasterio latino: «Fue un día encantador para todos, en aquellos tiempos difíciles en los que el hambre y la guerra causaban estragos y hacían sufrir a la gente. Nadie hacía cumplidos, todos bebían vino, y las mujeres estaban tan hermosas aquella noche, que no hubo tiempo para comer, y todos cantaron como en un coro».

La amante judía del gobernador «adoraba tanto la música árabe», que Wasif aceptó enseñarle a tocar el *oud*. Parece que la existencia de Wasif transcurrió en un vertiginoso desfile de orgías con sus protectores a las que asistían «las mujeres más hermosas de Jerusalén» y, en ocasiones, jóvenes rusas que la guerra había dejado atrapadas en Jerusalén. En una ocasión, el intendente del Cuarto Ejército, Raushen Pasha, «se emborrachó tanto que las hermosas mujeres judías ¡le hicieron perder el conocimiento!».

Wasif no necesitaba trabajar porque los notables, primero Hussein Hussein, y más tarde Ragheb Nashashibi, le procuraron sinecuras en la administración de la ciudad. Hussein era el presidente de la organización benéfica Media Luna Roja. Como suele ser habitual, las organizaciones benéficas constituían un descarado pretexto para la extravagancia y el ascenso social: se les pidió a las «mujeres atractivas» de Jerusalén que se vistieran con ajustados y favorecedores uniformes militares otomanos decorados con medias lunas rojas, un estilo al que el supremo Cemal no supo resistirse: Wasif opinaba que su amante, Leah Tennenbaum, era «una

de las mujeres más hermosas de Palestina». Sima al-Magribiyyah, otra judía, se convirtió en la amante del comandante de la guarnición; una dama inglesa, la señora Cobb, le procuraba sus servicios al gobernador. A veces, al propio *oudista* le caía algún bocadito de la mesa de los señores. En una ocasión, él y su orquesta fueron invitados a tocar en una fiesta en una casa judía, donde encontró «un gran vestíbulo, y un grupo de oficiales [otomanos] rondando a las damas», entre las que se encontraba una tal *miss Rachel*. De repente, los turcos, borrachos, se enzarzaron en una pelea, y dispararon sus pistolas, primero al aire y a continuación, a sus compañeros. Las *demi-mondaines* y los músicos pusieron pies en polvorosa para salvar la vida. El laúd de Wasif, al que tanto quería, se rompió, pero la hermosa *miss Rachel* lo empujó hasta un armario, una puerta secreta que daba acceso a un pasadizo oculto que conducía hasta otra casa. «Me salvó la vida» y tal vez otra feliz circunstancia, «pasé la noche con ella».

El 27 de abril de 1915, el día del aniversario de la subida al trono del sultán Mohamed, Cemal invitó a los comandantes otomanos y alemanes, y a los notables de Jerusalén, al cuartel general del estado mayor en la requisada iglesia de Notre Dame, en el exterior de la Puerta Nueva: cincuenta «prostitutas» acompañaron a los oficiales otomanos, mientras que los notables estuvieron acompañados de sus esposas.

Incluso mientras Jerusalén se deterioraba, las cenas que el conde Ballobar le ofrecía a Cemal seguían siendo un banquete: el menú de un festín del 6 de julio de 1916 incluía sopa turca, pescado, bistec, pasteles de carne y pavo relleno, todo ello seguido de helado, piña y fruta. Durante la comida, Cemal habló de mujeres, del poder y de su nueva Jerusalén. Se las daba de urbanista y quería derribar las murallas de Jerusalén para construir un bulevar que cruzara la Ciudad Vieja, desde la Puerta de Jaffa hasta la Explanada de las Mezquitas. Después, anunció orgulloso que se había casado con la espléndida Leah Tennenbaum.<sup>[\*3]</sup> Cemal solía presentarse a menudo en casa de Ballobar sin avisar, y, a medida que la situación se hacía más desesperada, el español utilizó su influencia para contener el despotismo del Carnicero.

Mientras Cemal supervisaba esta Jerusalén evanescente, su colega, el vicegeneralísimo Enver, perdía ochenta mil hombres en su torpe ofensiva rusa. Él y Talaat culparon de su desastre a los cristianos armenios, que fueron sistemáticamente deportados y asesinados. Un millón murieron en un bárbaro crimen que más tarde alentaría a Hitler a iniciar el Holocausto: «Nadie recuerda ya a los armenios», pensó. Cemal manifestó su desaprobación por esta masacre y no cabe duda de que permitió que los refugiados se instalaran en Jerusalén, y que durante la guerra se duplicó el número de armenios en la ciudad.

Cemal informó a Ballobar de unas negociaciones secretas con los británicos y le dijo que Londres quería que asesinara a su colega Talaat Pasha. En algún momento, Cemal acudió en secreto a los Aliados ofreciéndoles marchar sobre Estambul,

derrocar a Enver, salvar a los armenios y convertirse en el sultán hereditario, pero los Aliados no le tomaron en serio y Cemal siguió luchando: colgó a doce árabes en Jerusalén, cuyos cuerpos fueron expuestos en las murallas. Mientras tanto, Enver hacía una gira por el este para enfatizar sus credenciales musulmanas, intimidar a los disidentes árabes y mantener controlado a su colega. Wasif presenció la llegada en automóvil a Jerusalén del caudillo otomano acompañado por Cemal. Tras visitar la Cúpula, la tumba de David y la iglesia del Santo Sepulcro, e inaugurar la calle Cemal Pasha, Enver fue recibido en el hotel Fast por el alcalde Hussein Husseini, acompañado por Jawhariyyeh quien, como ya era habitual, había organizado la fiesta.

Los dos pachás salieron en dirección a La Meca para aplastar una posible rebelión árabe, pero el *haj* de Enver no lograría que los otomanos conservaran Arabia.<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 45

## REVUELTA ÁRABE, DECLARACIÓN DE BALFOUR, 1916-1917

### LAWRENCE Y EL JERIFE DE LA MECA

Justo antes del inicio de la Gran Guerra, un joven príncipe de La Meca, Abdalá ibn Hussein, durante el viaje de regreso de Estambul, visitó al mariscal de campo lord Kitchener, el agente reinante británico en El Cairo, a fin de pedirle ayuda militar para su padre. El padre de Abdalá era Hussein, el jerife de jerifes, emir de La Meca, el mayor potentado de Arabia, y un hachemita descendiente directo del Profeta. Tradicionalmente, los miembros de la familia siempre habían sido los emires de La Meca, pero el sultán Abdul-Hamid había mantenido a Hussein en un lujoso limbo en Estambul durante quince años mientras nombraba a otros miembros de la familia. Entonces, en 1908, los Jóvenes Turcos, al no tener otros candidatos, lo enviaron a él a La Meca (donde su número de teléfono era Meca 1). Enfrentado al agresivo nacionalismo turco de Enver Pasha y a la rivalidad de los saudíes y otros caudillos árabes, Hussein deseaba prepararse, bien para la guerra en Arabia, bien para una revuelta contra Estambul.

Abdalá le enseñó orgulloso a Kitchener una herida sufrida mientras combatía contra un jeque del sur de Arabia, y Kitchener le descubrió sus cicatrices de Sudán. «Su Excelencia», le dijo el achaparrado árabe al altísimo Kitchener, «es un blanco que nadie puede fallar, pero a mí, bajito como soy, me hirió un beduino». A pesar del encanto de Abdalá, Kitchener se negó a armar a los jerifianos.

Unos meses más tarde, el estallido de la Gran Guerra lo cambió todo. Kitchener regresó a Londres para ocupar el cargo de ministro de la Guerra (y protagonizar un cartel de reclutamiento donde el mariscal de ojos de acero pedía el alistamiento y en el que se leía «Tu país te necesita») sin dejar de ser, no obstante, el principal experto en Oriente. Cuando el sultán-califa otomano declaró la yihad contra los Aliados, Kitchener se acordó de Hussein y propuso nombrarlo el califa del Reino Unido para lanzar una revuelta árabe. Ordenó a El Cairo que se pusieran en contacto con el jerife.

Al principio, no obtuvo respuesta. Y de repente, en agosto de 1915, el jerife Hussein se ofreció a liderar una revuelta árabe, a cambio de determinadas promesas. Los británicos, que debían afrontar dos fracasos, la expedición de Gallipoli, una ofensiva que debía haber puesto fin al punto muerto al que había llegado el frente occidental y, además, sacar de la guerra a los otomanos, y el desastre de la maniobra de envolvimiento de un ejército en Kut, en Iraq, temían que Cemal Pasha pudiera

conquistar Egipto, a menos que algún levantamiento de los árabes pudiera contenerlo. Londres, por lo tanto, ordenó a sir Henry McMahon, el alto comisionado en Egipto, que aceptara lo que fuera necesario para mantener a los árabes del lado de los británicos pero sin prometer nada que se contradijera con las ambiciones francesas ni, por supuesto, con las británicas.

El jerife Hussein, que ya tenía más de sesenta años, fue descrito por un observador, nada más y nada menos que Lawrence de Arabia, como «engreído hasta un cierto punto, codicioso y estúpido» y «lamentablemente poco adecuado para gobernar un estado», pero, no obstante, «una gran persona»; habida cuenta de la situación en la que se encontraban los británicos en aquel momento, necesitaban desesperadamente su ayuda. Guiado por su astuto segundo hijo Abdalá, Hussein exigió un imperio hachemita<sup>[\*1]</sup> que abarcara toda Arabia, Siria, Palestina e Iraq, un gambito escandalosamente exorbitante y un imperio de una magnitud desconocida desde los abasíes. A cambio, lideraría una revuelta contra los otomanos, no sólo en su Arabia natal, sino también en Siria, a través de la red de sociedades secretas árabes nacionalistas, tales como al-Fatat y al-Ahd. Nada de esto era del todo cierto: sólo mandaba a unos pocos miles de soldados y ni siquiera gobernaba sobre todo Hiyaz. Una gran parte de Arabia estaba controlada por caudillos rivales como los saudíes, y su posición era precaria. Por otra parte, las sociedades secretas eran minúsculas, apenas unos cientos de miembros activos entre todas ellas, y no tardarían en ser diezmadas por Cemal.

McMahon no estaba seguro de cuánto debía conceder de estas «pretensiones tragicómicas», pero mientras él dudaba, Hussein les brindó a los tres pachás la oportunidad de superar la oferta de los británicos, y les pidió la posesión hereditaria de Hiyaz y que pusieran fin al terror de Cemal. El jerife envió a su tercer hijo Faisal a negociar con Cemal, pero el tirano obligó al príncipe a presenciar la ejecución en la horca de los nacionalistas árabes.

El jerife tuvo mucho más éxito con los británicos. En El Cairo, los expertos en Oriente conocían muy bien los contornos de Palestina gracias al espionaje arqueológico del siglo anterior, y el propio Kitchener había fotografiado y cartografiado la región, disfrazado a veces de árabe. Sin embargo, muchos de estos entendidos de Londres comprendían mejor los clubes de El Cairo que los mercados de Damasco: se mostraban paternalistas con los árabes y tenían prejuicios contra los judíos, a los que veían detrás de cada conspiración enemiga. Mientras en Londres se seguía una política negociando con el jerife, el virrey británico de la India seguía la suya propia, muy diferente, respaldando al enemigo del jerife, los saudíes. Los expertos británicos, en general bastante poco profesionales, se encontraron viviendo la versión real de la novela de John Buchan, *Greenmantle*, navegando a la deriva en las delicadas y traicioneras corrientes de la política árabe en el inmenso mar otomano.

Por suerte, McMahon tenía un oficial que realmente conocía Siria. T. E. Lawrence, de veintiocho años, a quien su colega arabista Gertrude Bell describió como «sumamente inteligente», era un personaje excéntrico y algo ajeno procedente del ambiguo corazón de la clase gobernante británica y que nunca pudo conciliar del todo sus tormentosas lealtades a sus dos defectuosos señores: el imperio y los árabes. Lawrence era un hijo ilegítimo de Thomas Chapman, heredero de un título de baronet que había abandonado a su esposa para formar una nueva familia con su amante Sarah Lawrence, de la que había adoptado el apellido.

«De niño, T. E. siempre creía que haría grandes cosas, tanto activas como cerebrales, y estaba decidido a lograrlo». Se entrenó a sí mismo para mejorar su capacidad de resistencia física mientras redactaba su tesis sobre las fortalezas de los cruzados. Más tarde, perfeccionó su dominio del árabe viajando por toda Siria, y trabajó como arqueólogo en excavaciones hititas en Iraq, donde su joven ayudante árabe Dahoun se convertiría en su compañero y tal vez en la pasión que guiaría su vida. Su sexualidad, como muchas otras cosas relacionadas con él, sigue siendo un misterio, pero se burlaba de «nuestros cómicos procesos reproductivos», y su amigo Roland Storrs dijo que «aunque no era un misógino, no cabe ninguna duda de que hubiera guardado la compostura si le hubieran dicho de repente de que no vería a una mujer nunca más en toda su vida». Durante su estancia en Iraq, pensó en escribir un libro de «aventuras» sobre Jerusalén y otras seis ciudades árabes, al que titularía *Los siete pilares de la sabiduría*, título tomado de un versículo del libro de los Proverbios. Nunca publicó ese libro, pero utilizó el título para otro.

Lawrence, «bastante bajo, robusto, de tez clara, rostro típicamente inglés tostado por el desierto y extraordinarios ojos azules», como lo describiría más tarde un estadounidense, se alzaba poco más de un metro cincuenta; Gertrude Bell lo llamaba el «diablillo». «Mi mente», escribiría Lawrence, «era rápida y silenciosa como un gato salvaje». Sumamente sensible a cualquier matiz humano, un escritor magnífico y observador entusiasta, se mostraba rudo y áspero con aquellos que no le gustaban, le torturaba «el ansia de ser famoso», reconocía, «y el horror de que se sepa que me gusta ser conocido». Sus actos los guiaba siempre una «curiosidad egoísta». Creía en la caballerosidad y en la justicia y era también un intrigante tortuoso y un mitómano que tenía, según el periodista Lowell Thomas, «un genio para ocultarse en medio de los focos». Su vanidad competía con su masoquismo: «me gustan las cosas bajo mí, y dirigí mis placeres y aventuras hacia abajo. Parece haber certidumbre en la degradación».

En El Cairo, McMahon acudió a este joven oficial que se convirtió en el «espíritu en movimiento en las negociaciones con el jerife». Mientras Lawrence escribía sus informes, siempre «pensaba en Saladino y Abu Ubayda», y compartía la visión de muchos de los arabistas británicos de que los árabes del desierto, a diferencia de los

de Palestina, eran puros y nobles. Pese a reconocer que Damasco, Alepo, Homs y Hama eran el corazón del territorio árabe en Siria, Jerusalén no le parecía realmente árabe; era una «ciudad miserable», cuyos habitantes, escribió, «carecían de carácter, como los sirvientes de un hotel, que vivían de los visitantes de paso. Las cuestiones árabes y su nacionalidad están tan alejados de ellos como lo está el bimetalismo de la vida de Texas». Ciudades como Jerusalén o Beirut, estaban «sucias por el comercio, y representan tan poco a Siria como lo hace el Soho a los condados que rodean Londres».

El 24 de octubre de 1915, McMahon le envió su respuesta a Hussein. Redactada con una vaguedad deliberada, estaba concebida para que cada parte le diera una lectura diferente. McMahon aceptaba el imperio de Hussein, al este de las ciudades sirias especificadas por Lawrence, excluyendo sin embargo la confusa zona al oeste. El documento no mencionaba en ningún momento Palestina, ni tampoco Jerusalén. No parecía probable que el jerife aceptara la exclusión de Jerusalén, pero los británicos tenían sus propios intereses allí, así que no mencionar la ciudad eludía el problema. Por otra parte, McMahon insistía en que los intereses franceses quedaban excluidos, puesto que Francia también tenía antiguas reivindicaciones sobre Jerusalén. De hecho, el alto comisionado planeaba poner Jerusalén bajo el control nominal de la dinastía albanesa de Egipto, de modo que la Ciudad Santa sería musulmana, pero bajo el control británico.

El Reino Unido necesitaba la revolución árabe de inmediato, así que hizo las promesas necesarias de la manera menos clara posible. Aun así, las promesas de McMahon no eran lo suficientemente ambiguas, puesto que alimentaron las esperanzas de los árabes justo antes que el Reino Unido y Francia iniciaran las verdaderas negociaciones para dividir el imperio otomano.

El negociador británico, sir Mark Sykes, diputado del Parlamento y baronet de Yorkshire, era un aficionado creativo e irreprimible que había viajado por el este y, en consecuencia, se había convertido en una eminencia, aunque Lawrence le atribuyó «un montón de prejuicios, intuiciones y medias ciencias». Su auténtico talento era un ambicioso entusiasmo, que resultaba tan atractivo que a sus superiores no les importó dejarle enredar con cualquier política oriental que eligiera. Sykes y su homólogo francés, François Georges-Picot, antiguo cónsul en Beirut, se pusieron de acuerdo en que Francia recibiría Siria y el Líbano, y Reino Unido, Iraq y parte de Palestina. Se formaría una confederación árabe bajo la supervisión francesa y británica, y Jerusalén sería internacionalizada bajo el control de Francia, Reino Unido y Rusia,<sup>[\*2]</sup> un plan que a los tres imperios que llevaban intentado lograr el control de Jerusalén en los últimos setenta años les parecía sensato, y que dejaba espacio para algo parecido a un estado árabe, si es que a lo que tenían en mente se le podía llamar estado. El acuerdo, sin embargo, no tardaría en quedar anticuado, puesto que el Reino Unido deseaba en



secreto Jerusalén y Palestina.

El 5 de junio de 1916, el jerife Hussein, ignorando los secretos de Sykes y de Picot, pero consciente de que los otomanos estaban a punto de derrocarlo, izó su enseña roja en La Meca y lanzó su revuelta árabe. Se declaró «rey de todos los árabes», un título que sembró la alarma entre los británicos, que le convencieron de rebajarlo a «rey de Hiyad». No era más que el principio: pocas familias en la historia llevarían tantas coronas en tantos reinos en tan poco tiempo. El rey Hussein puso a sus hijos al mando de sus pequeños ejércitos, pero los resultados militares fueron decepcionantes y las revueltas en Siria nunca se materializaron. A los británicos les costó imaginarse que los jerifianos pudieran algún día resultar eficaces, y así, en octubre, Ronald Storrs, que en el futuro gobernaría Jerusalén, y su subordinado Lawrence llegaron a Arabia.

## LAWRENCE DE ARABIA: LOS JERIFIANOS, ABDALÁ Y FAISAL

Lawrence observó con atención a los cuatro hijos de Faisal intentando descubrir al monarca árabe ideal, pero enseguida se dio cuenta de que los únicos que importaban eran el segundo y el tercero, Abdalá y Faisal. Descartó a Abdalá considerándolo «demasiado inteligente» y Abdalá descartó a Lawrence considerándolo «una extraña criatura», pero, cuando Lawrence puso los ojos sobre el príncipe Faisal, poco le faltó para desfallecer: «alto como una columna y muy esbelto, elegante, lleno de gracia y vigor, acentuado por el porte de su cabeza casi regio, treinta y un años, rápido e inquieto. Tiene la piel clara de un circasiano puro, el cabello oscuro, ojos negros y mirada expresiva. Parece europeo y recuerda mucho al monumento de Ricardo I en Fontevraud. Un ídolo popular». También expresó su entusiasmo, «¡realmente estupendo!», pero Faisal era además un «espíritu valiente, débil, e ignorante; me puse a su servicio por compasión».

La revuelta árabe estaba fracasando incluso en el feudo del jerife, Hiyaz, y Lawrence vio que hasta «una compañía de turcos» podía derrotar a los pocos miles de camelleros de Faisal. Con todo, si atacaban puestos avanzados y saboteaban los ferrocarriles, podrían detener a todo un ejército otomano. Cuando fue destinado al servicio de Faisal, Lawrence llevó esta idea a la práctica y creó el prototipo de insurgencia moderna. Sin embargo, sería Faisal quien vistió al Lawrence de leyenda, «regalándome unas espléndidas vestiduras de boda de seda blanca bordada en oro». Tal como escribió en su manual de insurgencia árabe, lectura obligada de los oficiales estadounidenses sirviendo en Iraq y en Afganistán en el siglo XXI, «si te vistes con ropa árabe, que sea la mejor. Vístete como un jerife». Lawrence no tenía formación militar, y sí el espíritu de un poeta ascético, pero comprendió que «el principio y el fin del secreto de manejar a los árabes radica en estudiarlos constantemente, conocer

a sus familias, clanes y tribus, amigos y enemigos, escuchando y haciendo preguntas indirectas». Aprendió a montar en camello y a vivir como un beduino, pero nunca olvidó que la distribución de grandes cantidades de oro británico era lo que mantenía unido a su ejército; «éste es el período más próspero que las tribus han conocido jamás», e incluso cincuenta años más tarde, le recordarían como «el hombre del oro».

La carnicería y el desgaste de la guerra le horrorizaban y excitaban al mismo tiempo. «Espero que esto suene como lo divertido que es», escribió febrilmente después de un victorioso ataque, «ha sido una función de lo menos profesional, al estilo de Buffalo Bill, y los únicos que han cumplido han sido los beduinos». Cuando uno de sus hombres asesinó a otro, Lawrence tuvo que ejecutar él mismo al asesino para impedir una enemistad entre familias. Después de una masacre de turcos, manifestó su esperanza de que «esta pesadilla termine cuando me despierte y esté vivo otra vez. Matar y matar turcos es horrible».

Lawrence conocía los planes secretos de Sykes y Picot de dividir Oriente Medio, y se avergonzaba de ello: «Les pedimos que combatan por nosotros sobre la base de una mentira, y no puedo soportarlo». En ocasiones, en algún ataque de desesperación, arriesgaba su vida «esperando que me maten por el camino». Se describía a sí mismo como «muy probritánico y muy proárabe», aunque despreciaba la conquista imperial y prefería una Arabia independiente como un dominio autónomo, pero bajo la protección británica. «Supuse que podría sobrevivir y que sería capaz de derrotar no sólo a los turcos en el campo de batalla, sino también a mi propio país y a sus aliados de la cámara de comercio».

Lawrence le confió el secreto de Sykes y Picot a Faisal, y le propuso su plan para ponerle remedio. Si querían evitar una Siria francesa, tenían que liberarla ellos mismos, y tenían que empezar por una espectacular hazaña militar con la que los árabes se ganaran el derecho a Siria: Lawrence condujo a las tropas de Faisal en una escapada circular de casi quinientos kilómetros a través del desierto jordano para conquistar el puerto de Áqaba.<sup>[1]</sup>

## FALKENHAYN ASUME EL MANDO: JERUSALÉN ALEMANA

Después del fracaso de la tercera ofensiva de Cemal contra Egipto, los británicos lanzaron un contraataque a través del Sinaí. En la primavera de 1917, dieciséis mil alemanes con el apoyo de la artillería austrohúngara, les infligieron dos graves derrotas en Gaza. Cemal cayó en la cuenta de que atacarían otra vez, y Palestina era ahora un hervidero de intrigas antiotomanas. La policía secreta del pachá descubrió una red de espionaje judía probritánica, NILI, y sus miembros fueron torturados, les arrancaron las uñas, les presionaron la cabeza en un torno hasta romperles el cráneo, y a continuación los colgaron. En Jerusalén, la policía de Cemal perseguía a otro

espía judío, Albert Levine, poeta, empresario y chanchullero nacido en Rusia, sospechoso de organizar una cadena de burdeles, en realidad, tapaderas que daban cobijo a los espías. Levine se presentó en casa de su amigo Khalil Sakakini, un respetado maestro de Jerusalén que aceptó protegerlo. Las redes de espionaje sionistas enfurecieron al Carnicero, quien en abril, convocó a los cónsules extranjeros para dirigirles un amenazante monólogo en la fortaleza Augusta Victoria en el que les amenazó con deportar a toda la población de Jerusalén, algo que, tras las distópicas «deportaciones» de armenios, significaba la muerte de miles de personas.

«Nos vamos a ver obligados a luchar por Jerusalén», le explicó Cemal a Enver. Invitaron al mariscal de campo Erich von Falkenhayn, el antiguo jefe del estado mayor que había dirigido la ofensiva de Verdún, a visitar Jerusalén y asesorarles sobre el modo de derrotar a los británicos. Sin embargo, Enver pasó por encima de Cemal y le dio al alemán el mando supremo. «El Verdún de Falkenhayn fue desastroso para Alemania», advirtió Cemal a Enver, «y su ofensiva palestina será desastrosa para nosotros».

En junio de 1917, un hosco Cemal recibía a Falkenhayn en la estación de Jerusalén, antes de posar juntos, e incómodos, en los escalones de la Cúpula de la Roca. Falkenhayn instaló su cuartel general en la fortaleza kaiserina de Augusta Victoria. Los cafés de la ciudad se llenaron de soldados alemanes del Asienkorps y sus oficiales tomaron posesión del hotel Fast. «Estábamos en Tierra Santa», escribió Rudolf Hoess,<sup>[\*3]</sup> un joven soldado alemán en la ciudad. «Los antiguos y conocidos nombres de la historia sagrada y la historia de los santos nos rodeaban por todas partes, ¡y qué diferentes eran de mis sueños de juventud!». Las tropas austríacas desfilaban por la ciudad y los soldados judíos austríacos rezaban en el Muro de las Lamentaciones. Cemal Pasha abandonó la ciudad y se fue a gobernar sus provincias desde Damasco. El káiser controlaba por fin Jerusalén, pero era demasiado tarde.

El 28 de junio, sir Edmund Allenby llegaba a El Cairo a asumir el mando de las tropas británicas. Apenas una semana más tarde, Lawrence y los jerifianos conquistaron Áqaba. Tardó sólo tres días, viajando a lomos de camello, en tren y en barco, en llegar a El Cairo e informar de su triunfo a Allenby, un convencional y franco militar de caballería, a quien este flaco inglés vestido con ropas beduinas dejó impresionado de inmediato. Allenby le ordenó a Lawrence y a su cuerpo de camelleros jerifianos que se incorporaran a sus tropas para formar un ala derecha poco convencional.

En Jerusalén, los aeroplanos británicos bombardearon el monte de los Olivos. El ayudante de Falkenhayn, el coronel Franz von Papen organizó las defensas y planificó un contraataque, pero los alemanes subestimaron a Allenby, cuya ofensiva para conquistar Jerusalén, lanzada el 31 de octubre de 1917, les pilló por sorpresa.<sup>[2]</sup>

## LLOYD GEORGE, BALFOUR Y WEIZMANN

Mientras Allenby reunía a sus setenta y cinco mil soldados de infantería, diecisiete mil de caballería y unos cuantos nuevos tanques, Arthur Balfour, el ministro de Exteriores británico, negociaba una nueva política con un científico nacido en Rusia llamado doctor Chaim Weizmann. La historia es extraordinaria: un inmigrante ruso, paseando por Whitehall y dejándose caer por los despachos de los hombres más poderosos del mundo para mantener una romántica conversación sobre el antiguo Israel y la Biblia, consiguió que el imperio británico le diera su apoyo a una política que no sólo transformaría radicalmente Jerusalén en el mismo grado que hicieron cualquiera de las decisiones de Constantino y de Saladino, sino que además definiría Oriente Medio hasta hoy en día.

Se habían conocido por primera vez diez años antes, pero su relación era bastante insólita. A Balfour le habían dado el sobrenombre de Niminy Piminy y Pretty Fanny a causa de sus mejillas sonrosadas y sus delicadas extremidades, pero también el de Bloody Balfour (Balfour el Sanguinario) por la severidad ejercida en el puesto de ministro principal para Irlanda. Era el vástago de una fortuna mercantil escocesa y de una aristocrática familia británica, y su madre era la hermana del primer ministro victoriano Robert Cecil, marqués de Salisbury. Balfour había acompañado a su tío y a Disraeli al congreso de Berlín de 1878, y cuando sucedió a Salisbury en 1902, los ingeniosos de turno acuñaron la expresión «Bob's your uncle!» (Bob es tu tío).<sup>[\*4]</sup> Filósofo, poetastro y entusiasta jugador de tenis, era un romántico pisaverde que nunca se casó, y un frívolo improvisador cuya expresión favorita era «nada importa mucho y muy poco importa de verdad». David Lloyd George observaría, no sin una cierta ironía, que la historia recordaría a Balfour «como el perfume de un pañuelo»; de hecho, se le recuerda sobre todo por su relación con Weizmann y por la declaración que lleva su nombre.

Los dos hombres no podían proceder de dos mundos más diferentes entre sí. Weizmann era hijo de un comerciante en madera de un minúsculo pueblo cerca de Pinsk, había abrazado el sionismo de niño y se había escapado a Rusia para estudiar ciencia en Alemania y en Suiza. A los treinta años, se había trasladado a Manchester para enseñar química en la universidad.

Weizmann era al mismo tiempo «bohémio y aristocrático, patriarcal y sardónico, dotado del ingenio cáustico y burlón de un intelectual ruso». Era «uno de esos aristócratas de la naturaleza que se sentían como en casa entre reyes y primeros ministros» y que logró ganarse el respeto de hombres tan diferentes como Churchill, Lawrence o el presidente Truman. Su esposa Vera, hija de uno de los escasos oficiales judíos del ejército del zar, consideraba plebeyos a la mayor parte de los judíos rusos, y prefería la compañía de la nobleza inglesa y se aseguraba de que su Chaimchik se

vestía como un auténtico caballero eduardiano. Weizmann, un sionista apasionado que odiaba la Rusia zarista y despreciaba a los judíos antisionistas, parecía un «Lenin bien alimentado», y en alguna ocasión le habían confundido con el líder bolchevique. «Un conversador brillante», su perfecto inglés nunca perdió el exótico acento ruso, y su «encanto casi femenino se combinaba con una letalidad felina en el ataque, un entusiasmo incendiario y una visión profética».

El antiguo alumno de Eton y el *chever* licenciado de Pinsk se conocieron por primera vez en 1906. Su charla había sido breve pero inolvidable. «Recuerdo a Balfour sentado en su pose habitual, piernas extendidas, expresión imperturbable». Fue Balfour quien, como primer ministro en 1903, les había ofrecido Uganda a los sionistas, pero en la época de aquella reunión, Balfour ya había abandonado el gobierno. Weizmann temía que su lánguido interés no fuera más que «una máscara», así que le explicó que si Moisés hubiera oído hablar del ugandismo, «con seguridad habría roto de nuevo las tablas de la ley». Balfour pareció desconcertado.

—Señor Balfour, suponga que yo le ofreciera París en lugar de Londres, ¿lo aceptaría usted?

—Pero, doctor Weizmann, nosotros tenemos Londres —le contestó Balfour.

—Es verdad, pero nosotros teníamos Jerusalén —replicó Weizmann—, cuando Londres todavía era un pantano.

—¿Hay muchos judíos que piensan como usted?

—Creo que hablo por millones de judíos.

Balfour, impresionado, añadió:

—Es curioso, los judíos que conocí eran muy diferentes.

Weizmann, que sabía que la mayor parte de los judíos británicos menospreciaba el sionismo, respondió:

—Señor Balfour —le contestó—, usted ha conocido a malos judíos.

La conversación no condujo a nada, pero Weizmann había conocido a su primer gobernante imperial. Balfour perdió las elecciones generales y pasó años alejado del poder. Mientras tanto, Weizmann hizo campaña a favor de la construcción de una universidad judía en Jerusalén, ciudad que visitó por primera vez poco tiempo después de su primer encuentro con Balfour. Las dinámicas granjas sionistas en Palestina despertaron su entusiasmo, pero a Weizmann le horrorizó Jerusalén, «una ciudad que vivía de la caridad, un gueto miserable», donde «no teníamos ni un solo edificio decente. El mundo entero tenía un pie en Jerusalén, menos los judíos. Me deprimió y abandoné la ciudad antes de la caída de la noche». De regreso en Manchester, Weizmann se ganó una merecida fama como químico y entabló amistad con C. P. Scott, el editor y propietario del *Manchester Guardian*, un prosionista igual que él que tenía el aspecto de un profeta bíblico. «Muy bien, doctor Weizmann», le dijo Scott en 1914, «dígame que puedo hacer por usted».

Tras el estallido de las hostilidades de la Gran Guerra, Weizmann fue convocado al Almirantazgo por el primer lord, «el enérgico, fascinante, encantador y dinámico» Winston Churchill, que le dijo: «Señor Weizmann, necesitamos treinta mil toneladas de acetona». Weizmann había descubierto una nueva fórmula para producir acetona, el disolvente utilizado en la producción de los explosivos de cordita. «¿Puede usted hacerlo?», le preguntó Churchill. Weizmann podía, y lo hizo.

Unos pocos meses más tarde, en diciembre de 1914, C. P. Scott invitó a Weizmann a un desayuno al que también asistían Lloyd George, en aquel momento ministro de Finanzas, y su colega Herbert Samuel. Weizmann observó que los ministros hablaban de la guerra con una gran frivolidad que ocultaba su profunda seriedad, pero «yo era muy tímido y sufría de la emoción reprimida». Weizmann no salía de su asombro al descubrir que los ministros sentían una cierta simpatía por el sionismo. Lloyd George reconoció que «cuando el doctor Weizmann hablaba de Palestina, no dejaba de nombrar lugares que me resultaban más conocidos que los del frente occidental» y se ofreció a presentarle a Balfour, ignorando que ese encuentro ya había tenido lugar. Weizmann, al principio, recelaba de Samuel, un banquero anglojudío perteneciente a una familia relacionada con los Rothschild y con los Montefiore, y el primer judío practicante en formar parte de un gobierno británico, hasta que Samuel explicó que estaba preparando un memorándum sobre el retorno de los judíos.

En enero de 1915, Samuel le entregó su memorándum al primer ministro, Herbert Asquith. «Entre los doce millones de judíos dispersos por el mundo, ya se nota un cierto movimiento», escribía Samuel, «y se está extendiendo la simpatía por la idea del restablecimiento del pueblo judío en su tierra». Asquith se burló de la idea de que los judíos pudieran «regresar en masa» y comentó despectivo que «¡vaya una comunidad más atractiva que formarían!». En cuanto a Samuel, su memorándum «parece una reedición de *Tancred*.<sup>[\*5]</sup> No me atrae la propuesta, pero este estallido de lirismo procedente de la mente ordenada y metódica de H. S. es una curiosa ilustración de la máxima preferida de Dizzy, “la raza lo es todo”». A Asquith le sorprendió todavía más descubrir que, «curiosamente, el único otro partidario de esta propuesta es Lloyd George, quien, aunque los judíos le importan un pimiento, considera que sería ofensivo permitir que los Santos Lugares quedaran en posesión de la “agnóstica y atea” Francia». Asquith tenía razón en que Lloyd George quería Jerusalén para el Reino Unido, pero se equivocaba con respecto a su actitud hacia los judíos.

A Lloyd George, galés, baptista, maestro de escuela, de ojos azules y un infatigable mujeriego cuyo espeso cabello blanco le hacía parecer más un artista que un gobernante, le preocupaban mucho los judíos, y diez años atrás, había representado como abogado a los sionistas. «En la escuela me enseñaron más sobre la

historia de los judíos que sobre la de mi propia tierra», afirmaría este elocuente orador y actor intuitivo que había comenzado como un reformista radical, pacifista antiimperial y perseguidor de duques, y que tras el inicio de la Gran Guerra, se había transformado en un enérgico ministro de la Guerra y en un imperialista romántico, influenciado por los clásicos griegos y la Biblia.

Lloyd George organizó una nueva reunión entre Weizmann y Balfour. «No necesito que me presente a Weizmann», garabateó Balfour. «Todavía recuerdo nuestra conversación de 1906.» Recibió al sionista con un «No ha cambiado usted mucho», y añadió pensativo: «¿Sabe?, cuando los cañones dejen de sonar, es posible que consiga su Jerusalén. Está usted trabajando por una gran causa. Debe volver por aquí más a menudo». Empezaron a reunirse con regularidad, paseaban por la noche por Whitehall y charlaban sobre la utilidad que podría tener una patria judía, por algún capricho del destino, para los intereses de la justicia histórica y del poder británico.

La ciencia y el sionismo se solaparon todavía más porque Balfour ocupaba ahora el cargo de primer lord del Almirantazgo y Lloyd George era ministro de las Municiones, las dos carteras más relacionadas con el trabajo de Weizmann en explosivos. Weizmann se encontró «atrapado en una maraña de relaciones personales» con los mandamases del imperio más expansivo del mundo, lo que le incitó a reflexionar acerca de sus humildes orígenes: «empezando de la nada, ¡yo, Chaim Weizmann, un *yid* de Motelle, y tan sólo un casi catedrático de una universidad de provincias!». En opinión de los mandamases, Weizmann era lo que creían que debía ser un judío: «exactamente igual que un profeta del Antiguo Testamento», observaría más tarde Churchill, un profeta, eso sí, vestido de frac y con sombrero de copa. En sus memorias, Lloyd George afirmaría, no sin una cierta frivolidad, que la gratitud que sentía por el trabajo de Weizmann le indujo a dar su apoyo a los judíos, un apoyo que, sin embargo, en realidad, ya existía entre los miembros del gabinete desde hacía mucho tiempo.

Una vez más la Biblia, el libro de Jerusalén, influyó sobre la ciudad más de dos milenios después de haber sido escrito. «El Reino Unido era una nación bíblica», escribió Weizmann. «Los estadistas británicos de la antigua escuela eran genuinamente religiosos y entendieron que el concepto del regreso era una realidad porque apelaba a su tradición y a su fe». Junto con Estados Unidos, «la Inglaterra que lee y piensa la Biblia», observaría uno de los ayudantes de Lloyd George, «era el único país donde el deseo de ver regresar a los judíos a su antigua patria» se consideraba «una aspiración natural que no podía serles negada».

En la actitud de los británicos hacia los judíos había también otro sentimiento: los líderes británicos sentían auténtica compasión por el sufrimiento de los judíos rusos, y la represión zarista se había intensificado durante la guerra. Las clases altas

européas habían quedado deslumbradas por la fabulosa fortuna, el exótico poder y los suntuosos palacios de los plutócratas judíos como los Rothschild. Sin embargo, todo ello también les había confundido, puesto que no podían decidir si los judíos eran una raza noble de héroes bíblicos perseguidos, cada uno de ellos un rey David y un macabeo, o si eran una siniestra conspiración de brillantes y místicas criaturas de nariz aguileña y poderes casi sobrenaturales. En una época de desinhibidas teorías de superioridad racial, Balfour estaba convencido de que los judíos eran «la raza con mayor talento que la humanidad ha conocido desde la Grecia del siglo V a. C.», y Churchill opinaba de ellos que eran «la raza más formidable y dotada de mayor talento», aunque, al mismo tiempo, los calificara de «raza mística y misteriosa elegida para las manifestaciones supremas tanto de lo divino como de lo diabólico». Lloyd George, en privado, le reprochaba a Herbert Samuel tener «las peores características de su raza». Con todo, los tres eran genuinamente filosemitas. Weizmann era consciente de que la línea entre la teoría racista de la conspiración y el hebraísmo cristiano era muy delgada: «Sentimos el mismo odio hacia el antisemitismo y el filosemitismo. Ambos son degradantes».

El momento oportuno lo es todo en política. En diciembre de 1916 caía el gobierno de Asquith, Lloyd George asumía el cargo de primer ministro, y nombraba a Balfour ministro de Exteriores. Lloyd George, descrito como el «líder militar más grande desde Chatham», y Balfour estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para ganar la guerra. En este momento crucial de la larga y terrible lucha contra Alemania, sus peculiares actitudes hacia los judíos y la especial concatenación de circunstancias en el año 1917 confluyeron para convencer a Lloyd George y a Balfour de que el sionismo era una contribución esencial para la victoria del Reino Unido.

### «HA SIDO NIÑO, DOCTOR WEIZMANN»: LA DECLARACIÓN

En la primavera de 1917, Estados Unidos entró en la guerra y la revolución rusa derrocó al emperador Nicolás II. «Está claro que la preocupación principal del gobierno de Su Majestad era cómo mantener a Rusia alineada con los Aliados», explicaría un importante funcionario británico, y en cuanto a Estados Unidos «se suponía que podríamos influir favorablemente en la opinión estadounidense si el regreso de los judíos a Palestina se convertía en uno de los objetivos de la política británica». Balfour, a punto de viajar a Estados Unidos en visita oficial, les dijo a sus colegas que «la inmensa mayoría de los judíos en Rusia y en Estados Unidos parece ahora ser favorable al sionismo». Si el Reino Unido pudiera hacer una declaración pro sionista, «nos permitiría llevar a cabo una útil propaganda tanto en Rusia como en Estados Unidos».



A la imperiosa cuestión de Rusia y Estados Unidos vino ahora a añadirse el que los británicos se enteraran de que los alemanes se estaban planteando su propia declaración sionista: al fin y al cabo, el sionismo había sido una idea austroalemana hasta 1914, cuando los sionistas tenían su base en Berlín. Cemal Pasha, el tirano de Jerusalén, visitó Berlín en agosto de 1917 y se reunió con los sionistas alemanes y el gran visir otomano, Talaat Pasha, que aceptó a regañadientes impulsar una «patria nacional judía». Mientras tanto, en las fronteras de Palestina, el general Allenby preparaba en secreto su ofensiva.

Éstas, y no el encanto personal de Weizmann, fueron las auténticas razones por las que el Reino Unido abrazó el sionismo, y ahora el tiempo era esencial. «Soy un sionista», declaró Balfour, y bien pudiera ser que el sionismo se hubiera convertido en la única pasión de su carrera. Lloyd George y Churchill, recién nombrado ministro de las Municiones, también se hicieron sionistas, y el efervescente pelmazo de sir Mark Sykes, asimismo miembro del gobierno, quedó de repente convencido de que el Reino Unido necesitaba «la amistad de los judíos del mundo» porque «con la gran judería en contra nuestra, no tendremos ninguna posibilidad de lograrlo»; ese «lo» era ganar la guerra.

No todos en el gobierno estaban de acuerdo, y la batalla fue enconada. «¿Qué pasará con la gente del país?», preguntaba lord Curzon, antiguo virrey de la India; Lloyd George argumentó que «los judíos pueden sernos de mayor utilidad que los árabes». El secretario de Estado para India, Edwin Montagu, un judío atormentado, heredero de una familia de banqueros y primo de Herbert Samuel, arguyó que lo más probable era que el sionismo intensificara el antisemitismo, una opinión compartida por muchos de los magnates judíos británicos: Claude Goldsmith Montefiore, el sobrino nieto de Moses, con el apoyo de algunos de los Rothschild, dirigió la campaña contra el sionismo, y Weizmann le reprochó que «considerara que el sionismo estaba por debajo del nivel religioso de los judíos, excepto como ciudadanos ingleses».

Montagu y Montefiore retrasaron la declaración, pero Weizmann se defendió y conquistó los salones y las casas de campo de los notables judíos y de los aristócratas ingleses, igual que había conquistado los despachos de Whitehall. Se ganó el apoyo de Dolly de Rothschild, de veintiún años, que le presentó a los Astor y a los Cecil. En una cena, pudo oírse a la marquesa de Crewe decirle a lord Robert Cecil, «en esta casa, todos somos weizmannitas». El apoyo de Walter, lord Rothschild, rey sin corona de la judería británica, contribuyó a la victoria de Weizmann sobre sus oponentes judíos. En el gobierno, Lloyd George y Balfour consiguieron sus propósitos. «Les he pedido a lord Rothschild y al profesor Weizmann que propongan una fórmula», hizo constar Balfour en el libro de actas, y le encargó las negociaciones a Sykes.

Los franceses, y después los estadounidenses, dieron su aprobación, lo que abría el camino para tomar la decisión a finales de octubre: el mismo día en el que Allenby conquistaba Beersheba, Sykes salió de la sala de reuniones y vio a Weizmann esperando nervioso en la antesala del despacho del consejo de ministros. «Doctor Weizmann», le llamó Sykes, «ha sido niño».

El 9 de noviembre, Balfour publicó su declaración, dirigida a lord Rothschild, en la que proclamaba: «El gobierno de Su Majestad ve con ojos favorables el establecimiento en Palestina de una patria nacional para el pueblo judío... con la condición clara de que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en la región». Más tarde, los árabes acusarían al Reino Unido de cometer una cínica traición al haber prometido Palestina simultáneamente al jerife, a los sionistas y a los franceses, una perfidia que pasaría a formar parte de la mitología de la gran revuelta árabe. Indudablemente el cinismo estaba ahí, pero las promesas a árabes y a judíos habían sido el resultado de un oportunismo político en tiempos de guerra, conveniente a corto plazo, poco meditado y apremiante y, en circunstancias diferentes, ni a los judíos ni a los árabes se les hubiera hecho en ningún caso una promesa así. Sykes, satisfecho de sí mismo, insistía en que «estamos comprometidos con el sionismo, con la liberación de Armenia y con la independencia de los árabes», y, sin embargo, el acuerdo contenía graves contradicciones: tanto a los franceses como a los árabes se les había prometido Siria específicamente. Como ya hemos visto antes, en las cartas enviadas al jerife no se hacía mención ni de Palestina ni de Jerusalén, ni tampoco se les había prometido la ciudad a los judíos. Sykes y Picot habían especificado una ciudad internacional y los sionistas habían aceptado: «quisimos que los Santos Lugares fueran internacionalizados», escribiría Weizmann.<sup>[\*6]</sup>

La declaración tenía el propósito de apartar a los judíos rusos del bolchevismo, pero la misma noche en la que fue publicada, Lenin se hacía con el poder en San Petersburgo. Si Lenin hubiera actuado unos días antes, la declaración de Balfour tal vez nunca se hubiera promulgado. Irónicamente, el sionismo, impulsado por la energía de los judíos rusos, desde Weizmann en Whitehall hasta Ben Gurion en Jerusalén, y por la compasión que sentían los cristianos por su difícil situación, a partir de aquel momento quedó aislado de la judería rusa hasta la caída de la Unión Soviética en 1991.

La declaración, en realidad, tendría que haber llevado el nombre de Lloyd George y no el de Balfour, puesto que había sido Lloyd George quien había decidido tiempo atrás que el Reino Unido debía poseer Palestina. «¡Oh, tenemos que hacernos con eso!», había exclamado, y ésa era la condición previa para cualquier patria judía. No estaba dispuesto a compartir Palestina, ni con Francia ni con nadie más, y Jerusalén era su trofeo supremo. Cuando Allenby entró con sus tropas en Palestina, el ampuloso

Lloyd George exigió la conquista de Jerusalén, «como un regalo de Navidad para la nación británica».<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 46

## EL REGALO DE NAVIDAD, 1917-1919

### EL INTENTO DE RENDICIÓN DEL ALCALDE

Allenby conquistó Gaza el 7 de noviembre de 1917, Jaffa cayó el 16 y en Jerusalén se vivieron escenas desesperadas. Cemal el Carnicero, en Damasco, la sede desde donde gobernaba sus provincias, amenazó con desencadenar un *Götterdämmerung* en Jerusalén. Ordenó la deportación de todos los sacerdotes cristianos, hizo dinamitar los edificios cristianos, entre ellos el monasterio de San Salvador, y envió a los patriarcas a Damasco, pero el coronel Von Papen, un católico, rescató al patriarca latino y le dio protección en Nazaret. Cemal colgó a dos espías judíos en Damasco, y luego anunció la deportación de todos los judíos de Jerusalén: no quedaría ningún judío vivo para recibir a los británicos. «Vivimos una época de furor antisemita», anotó el conde Ballobar en su diario antes de precipitarse a ver al mariscal de campo Von Falkenhayn para protestar. Los alemanes, que ahora controlaban Jerusalén, estaban consternados y en opinión del general Kress, quien intervino al más alto nivel para salvar a los judíos, las amenazas antisemitas de Cemal eran «dementes». Sería la última intervención de Cemal en Jerusalén.<sup>[\*1]</sup>

El 25 de noviembre, Allenby conquistaba Nabi Samuel, a las puertas de la Ciudad Santa. Los alemanes no estaban seguros de qué debían hacer. «Le rogué (a Falkenhayn) que evacuase Jerusalén... La ciudad carecía de valor estratégico», recordaba Papen, «antes de que la ciudad fuese atacada directamente, originándose daños de los que seguramente seríamos culpados». Se imaginaba los titulares: «¡LOS HUNOS CULPABLES DE LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE LA CIUDAD SANTA!». «Perdí Verdún», se lamentó Falkenhayn, «y sin embargo ¿me pide usted que evacue una ciudad en que está fijada la atención del mundo entero? ¡Imposible de todo punto!». Papen llamó al embajador alemán en Constantinopla quien prometió hablar con Enver.

Los aviones británicos bombardearon el cuartel general alemán en la fortaleza Augusta Victoria y el jefe de los servicios de inteligencia de Allenby dejó caer cigarrillos de opio destinados a los soldados otomanos, con la esperanza de que estuvieran tan colocados que no pudieran defender Jerusalén. Los refugiados salían en masa de la ciudad. Tras retirar el retrato del káiser de la capilla de la fortaleza, Falkenhayn abandonó por fin la ciudad, y trasladó su cuartel general a Nablus. Los aviones británicos y alemanes mantuvieron un reñido combate aéreo en el cielo de

Jerusalén, los obuses bombardearon las posiciones enemigas, los otomanos contraatacaron tres veces en Nabi Samuel, y los violentos combates arreciaron durante cuatro días. «La guerra estaba en su punto álgido», escribiría el profesor Sakakini, «los proyectiles caían por doquier, era el caos total, los soldados corrían por todas partes, y el miedo lo gobernaba todo».<sup>[\*2]</sup> El 4 de diciembre, los aviones británicos bombardearon el cuartel general otomano en el complejo ruso. En el hotel Fast, los oficiales alemanes se tomaron el último *schnapps* y hasta el último momento no dejaron de reír, mientras los generales otomanos discutían sobre si debían rendirse o no; los Husseinis se reunieron en medio de un gran secreto en una de sus mansiones; los turcos empezaron a desertar y las calles se llenaron de carros cargados de soldados heridos y de cuerpos mutilados.

Al caer la noche del 7 de diciembre, las primeras tropas británicas avistaron Jerusalén. Una espesa niebla se cernía sobre la ciudad, y la lluvia oscurecía las montañas. A la mañana siguiente, el gobernador Izzat Bey machacó a martillazos sus instrumentos telegráficos, le entregó el documento de rendición al alcalde, «tomó prestado» un carruaje con dos caballos de la American Colony, que prometió solemnemente devolver, y se lanzó al galope en dirección a Jericó. Durante toda la noche las tropas otomanas fueron saliendo trabajosamente de la ciudad, y también de la historia. A las tres de la madrugada del día 9, las tropas alemanas se retiraron de la ciudad, en un día, según el conde Ballobar, «de una deslumbrante belleza». El último soldado turco cruzó la Puerta de San Esteban a las siete de la mañana de una fecha que coincidía, por casualidad, con el primer día de Hanukkah, el festival de las luces que celebraba la histórica liberación de la ciudad por los macabeos. Los saqueadores asaltaron los comercios en la carretera de Jaffa y a las nueve menos cuarto de la mañana, los soldados británicos se acercaban a la Puerta de Sión.

Hussein Hussein, alcalde de Jerusalén, el hedonista protector de Wasif el *oudista*, se precipitó a anunciarles la buena nueva a los miembros de la American Colony, donde los santos colonos cantaron «aleluya». El alcalde buscó una bandera blanca, aun cuando en su mundo una bandera blanca anunciara el hogar de una virgen casadera. Una mujer le ofreció una camisa blanca, pero no parecía demasiado apropiada, así que al final, los colonos estadounidenses le prestaron a Hussein una sábana que ató a una escoba y, tras reunir una delegación formada por varios miembros de la familia Hussein, montó en su caballo y se encaminó hacia la Puerta de Jaffa con la intención de rendirse, sin dejar en ningún momento de enarbolar su estandarte de sainete.

Rendir Jerusalén resultó sorprendentemente difícil. Primero, el alcalde y su ondeante sábana se toparon con dos cocineros *cockney* que buscaban huevos en un gallinero cerca del pueblo árabe de Lifta, al noroeste de Jerusalén, y a quienes les ofreció rendirles Jerusalén, pero los *cockneys* rechazaron la oferta. Les pareció que la

sábana y la escoba eran un truco levantino, además, su comandante esperaba los huevos; se precipitaron de regreso a sus líneas.

El alcalde se encontró con el hijo adolescente de una respetable familia judía, Menache Elyashar. «Ven y serás testigo de un acontecimiento histórico que nunca podrás olvidar», le dijo al chico. Como si se tratara de una escena de *El mago de Oz*, Elyashar también se unió al grupo, formado ahora por musulmanes, judíos y cristianos. En aquel momento, dos sargentos de otro regimiento londinense aparecieron desde detrás de la pared en la que se ocultaban, les dieron el alto con los fusiles amartillados: «¡Alto!», gritaron. El alcalde agitó su sábana. Los sargentos James Sedgewick y Fred Hurcombe no aceptaron la rendición: «¡Eh! ¿Alguno de vosotros habla inglés?», preguntaron. El alcalde dominaba el idioma, pero prefirió reservarlo para algún oficial británico de mayor graduación. Los sargentos aceptaron no obstante que un sueco de la colonia estadounidense les hiciera una fotografía con el alcalde y sus alegres compañeros, y aceptaron algunos cigarrillos.

Los jerosolimitanos se tropezaron a continuación con dos oficiales de artillería, que también rechazaron el honor, pero que se ofrecieron a informar al cuartel general. El alcalde se cruzó después con el teniente coronel Bailey, quien le comunicó el ofrecimiento al general de brigada C. F. Watson, el comandante de la 180.<sup>a</sup> Brigada, que convocó al general de división John Shea, oficial al mando de la 160.<sup>a</sup> División, quien montó en su caballo y se dirigió a galope tendido hacia Jerusalén. «¡Han venido!», gritó el grupo del alcalde, que esperaba en el exterior de la Torre de David, en las escaleras.<sup>[\*3]</sup> Bertha Spafford, miembro de la American Colony, besó la espuela del general. Shea aceptó la rendición en representación del general Allenby, quien, por su parte, se enteró de la noticia en su tienda cerca de Jaffa donde estaba charlando con Lawrence de Arabia. Al alcalde, sin embargo, todavía le quedaba otra rendición.<sup>[1]</sup>

## ALLENBY EL TORO: EL MOMENTO SUPREMO

Los cañones todavía resonaban cuando el general sir Edmund Allenby recorría a caballo la carretera de Jaffa hasta la puerta del mismo nombre. En el interior de su alforja llevaba un libro titulado *Geografía histórica de la Tierra Santa*, de George Adam Smith, regalo de Lloyd George. En Londres, el primer ministro estaba encantado. «La conquista de Jerusalén ha causado una profunda impresión en todo el mundo civilizado», declamó en un jactancioso alarde unos días más tarde. «La ciudad más famosa del mundo, tras siglos de vanos conflictos y luchas, ha caído en manos del ejército británico para no ser nunca devuelta a aquellos que con tanto éxito la mantuvieron contra las asediadas fuerzas de la cristiandad. En el nombre de todas y cada una de las colinas resuenan los ecos de memorias sagradas».

El Ministerio de Asuntos Exteriores había teleografiado a Allenby para evitar cualquier alarde de grandiosidad imperial o pretensión mesiánica en su entrada a la ciudad: «¡RECOMENDAMOS ENCARECIDAMENTE QUE DESMONTEN!». El general cruzó la puerta a pie, acompañado por los legados estadounidense, francés e italiano, y observado por todos los patriarcas, rabinos, muftíes y cónsules, y fue recibido por el alcalde de Jerusalén, quien rindió la ciudad por séptima vez mientras «mucha gente lloraba de felicidad» y los «desconocidos se saludaban y se felicitaban los unos a los otros».

A Allenby le acompañaba Lawrence de Arabia, que acababa de sobrevivir al mayor trauma de su vida. A finales de noviembre, y en el transcurso de un reconocimiento en solitario tras las líneas enemigas, había sido capturado en Deraa, en Siria, por el sádico gobernador otomano Hajim Bey quien, en compañía de sus secuaces, había sometido al «absurdamente aniñado» inglés a una violación homosexual. Lawrence logró escapar y, en apariencia, recuperarse, pero le quedaron profundas secuelas psicológicas, y, después de la guerra, escribió que se sentía «mutilado, imperfecto, sólo la mitad de mí mismo. Posiblemente fuera porque aquel dolor enloquecedor que destrozaba los nervios me quebró el espíritu y me degradó al nivel de bestia, y permaneció conmigo desde entonces, una fascinación y terror, y un deseo morboso». Al llegar a Áqaba tras su huida, Allenby lo llamó en el preciso momento en el que Jerusalén caía. Lawrence, renunciando a sus ropas beduinas, tomó prestado para aquel día un uniforme de capitán. «Pude disfrutar de las delicias de mi ascenso en la ceremonia de la Puerta de Jaffa», escribiría en *Los siete pilares de la sabiduría*, «que fue para mí el momento supremo de la guerra, el momento que, por razones históricas tenía un atractivo mucho mayor que cualquier otra cosa de este mundo». Seguía pensando que Jerusalén era una «ciudad miserable» de «sirvientes de hotel», pero ahora se inclinó ante «el espíritu que dominaba el lugar». Naturalmente, el diarista Wasif Jawhariyyeh también observaba entre la multitud.

A Allenby le habían dado el sobrenombre de Toro Sanguinario por su fuerza, su dignidad y estatura, «el último de los paladinos», e incluso Cemal Pasha admiraba «su perspicacia, su discreción y su inteligencia». Naturalista aficionado, sabía «todo lo que hay que saber sobre pájaros y animales» y «lo leía todo, y en una cena podía citar por completo y de corrido alguno de los sonetos menos conocidos de Rupert Brooke». Tenía un extraño sentido del humor, había bautizado a su caballo y a su mascota, un escorpión, con el nombre de Hindenburg, el del comandante supremo alemán, pero incluso el quisquilloso Lawrence adoraba al «gigantesco, sonrosado y alegre» general, tan «moralmente grande que la comprensión de nuestra insignificancia le llegaba a él muy lentamente. Ese hombre era un ídolo».

Allenby subió las escaleras de la plataforma para leer su proclama sobre «Jerusalén, la bendecida», que fue después repetida en francés, árabe, hebreo, griego,

ruso e italiano, poniendo un gran esmero en no pronunciar la palabra que todos tenían en mente: cruzada. Pero cuando el alcalde Husseini entregó por fin las llaves de la ciudad, se le achaca a Allenby haber dicho que «las cruzadas han terminado». El alcalde y el muftí, ambos de la familia Husseini, se marcharon indignados de la ceremonia, un sentimiento no compartido por los milenaristas miembros de la American Colony. «Creímos que estábamos asistiendo al triunfo de la última cruzada», diría Bertha Spafford. «¡Una nación cristiana había conquistado Palestina!». Nadie podía compartir los pensamientos de Lawrence, quien, mientras escuchaba a Allenby, recordó la imagen de sí mismo unos días antes: «Me resultaba extraño permanecer en pie ante la Torre de David junto al comandante, escuchando su proclama y recordar al mismo tiempo cómo unos pocos días atrás, me encontraba ante Hajim [su violador]».

Allenby salió después de la ciudad por la Puerta de Jaffa y volvió a montar a Hindenburg.<sup>[\*4]</sup> «Jerusalén nos dedicó grandes aclamaciones, algo impresionante», escribía Lawrence, pero los otomanos contraatacaban, observaría más adelante, con «un acompañamiento de ametralladora y mientras los aviones volaban en círculo continuamente sobre la ciudad. Jerusalén nunca antes ha sido conquistada durante tanto tiempo, ni tampoco ha caído nunca con tanta docilidad». Pese a sí mismo, se sintió «avergonzado y triunfante».

Más tarde, recordaría Lawrence, se celebró un almuerzo en el cuartel general del general Shea, una fiesta que agitó la tentativa del enviado francés, Picot, de compartir Jerusalén: «Y mañana, mi querido general», le dijo a Allenby con su «voz de flauta», «daré los pasos necesarios para establecer un gobierno civil en esta ciudad».

*... siguió un gran silencio. La ensalada, el pollo con mayonesa y los sandwiches de foie gras quedaron en suspenso en nuestras bocas, mientras todos los volvíamos hacia Allenby boquiabiertos... su cara empezó a ponerse roja, proyectó su mandíbula (del modo que a él le encantaba) mientras decía con acento severo: «en zona militar, la única autoridad es la del comandante en jefe, es decir, Yo mismo».*

Lawrence regresó rápidamente a reunirse con Faisal y el cuerpo jerifiano de camellos. A los franceses y a los italianos se les permitió compartir tareas de guardia en el Sepulcro, pero el custodio hereditario de la iglesia del Santo Sepulcro, Nusseibeh siguió, como siempre, abriendo y cerrando sus puertas.<sup>[\*5]</sup> Allenby apostó tropas indias musulmanas para vigilar la Explanada de las Mezquitas.

Tras una audiencia con el rey Jorge V en Londres, Weizmann, vestido de blanco, y su comisión sionista llegaron a la Ciudad Santa. Entre ellos viajaba el asistente de Weizmann, Vladimir Jabotinsky, un nacionalista bombástico e intelectual sofisticado



nacido en Odessa donde había organizado una milicia judía para resistirse a los pogromos. El avance de Allenby se estancó justo al norte de Jerusalén. Los otomanos no estaban de ningún modo acabados en Palestina, y a Allenby le costó casi un año reunir las fuerzas necesarias para lanzar una nueva ofensiva. Jerusalén era, por lo tanto, una ciudad en primera línea del frente, abarrotada de soldados británicos y de tropas coloniales que preparaban el gran avance. Jabotinsky y el comandante James Rothschild contribuyeron a reclutar una legión judía que sirviera a sus órdenes, mientras los jerifianos, al mando de Lawrence y del príncipe Faisal, esperaban ansiosos la oportunidad de conquistar Damasco, y de frustrar las ambiciones de los franceses.

Jerusalén era una ciudad abandonada y donde hacía mucho frío; su población se había reducido en treinta mil habitantes desde 1914, hasta los cincuenta y cinco mil, muchos de los cuales todavía morían de inanición y de malaria, y atormentados por las enfermedades venéreas (por la ciudad circulaban quinientas prostitutas judías adolescentes), y de ellos, tres mil eran huérfanos judíos. A Weizmann, igual que a Lawrence, tanta miseria le impresionó: «Cualquier cosa que se pudiera hacer para desacralizar y profanar lo sagrado, se ha hecho. Es imposible imaginar tanta falsedad y blasfemia». Sin embargo, igual que Montefiore y Rothschild antes que él, también intentó en dos ocasiones comprarle al muftí el Muro de las Lamentaciones ofreciendo setenta mil libras esterlinas. El dinero financiaría la reubicación del barrio magrebí y la oferta interesó a los magrebíes, pero los Husseini impidieron cualquier acuerdo.

El jefe de policía adjunto de Jerusalén, el asistente del jefe de la policía militar, recién nombrado por Allenby, era el sobrino nieto de Montefiore, a quien, de no haber sido por su condición de judío, hubieran nombrado jefe. «En la zona de Jerusalén, las enfermedades venéreas está muy extendidas», informaba el comandante Geoffrey Sebag-Montefiore, que desplegó a sus guardias alrededor de los Santos Lugares y llevó a cabo redadas en los prostíbulos, en general llenos de soldados australianos, y tuvo que perder gran parte de su tiempo investigando casos en los que se acusaba a los soldados de acostarse con jóvenes locales. «Los burdeles en Jerusalén siguen dando bastantes problemas», le informaría a Allenby en junio de 1918, y los trasladó a una zona acotada, el Wazzah, facilitando así el control y el trabajo de la policía. En octubre, escribía: «Hemos tenido problemas para mantener a los australianos alejados de los burdeles. Ahora tenemos un escuadrón patrullando en Wazzah». En los informes del comandante Sebag-Montefiore se solía leer: «las enfermedades venéreas siguen descontroladas. Aparte de esto, no hay nada destacable de lo que informar».

En los cafés de la Puerta de Jaffa, árabes y judíos debatían sobre el futuro de Palestina, y el abanico de opiniones era muy amplio en ambas comunidades. Los judíos abarcaban desde los ultraortodoxos que despreciaban el sionismo sacrílego,

pasando por aquellos que imaginaban colonias judías totalmente integradas por todo un Oriente Medio gobernado por los árabes, hasta los nacionalistas radicales que querían un estado hebreo armado gobernando sobre una minoría árabe sumisa. Las opiniones árabes iban desde los nacionalistas y fundamentalistas islámicos que deseaban ver expulsados a los inmigrantes judíos, hasta los demócratas liberales que veían con buenos ojos la contribución de los judíos a la construcción de un estado árabe. Los intelectuales árabes discutían si Palestina formaba parte de Siria o de Egipto. Durante la guerra, un joven jerosolimitano llamado Ihsan Turjman escribió que «el jedive de Egipto debería ser rey de Palestina y de Hijaz», aunque Khalil Sakakini observó que «la idea de unir Palestina y Siria se está extendiendo con fuerza». Ragheb Nashashibi fundó la Sociedad Literaria que exigía la unión con Siria, los Husseini fundaron el Club Árabe, ambos hostiles a la declaración de Balfour.

El 20 de diciembre de 1917, llegaba a la ciudad sir Ronald Storrs, el nuevo gobernador militar de Jerusalén, o, como diría él mismo, «el equivalente de Poncio Pilato».<sup>[2]</sup>

## STORRS EL ORIENTAL: EL DÉSPOTA BENÉVOLO

En el vestíbulo del hotel Fast, Storrs se tropezó con su predecesor, el general Barton, en bata: «Los únicos lugares tolerables de Jerusalén son el baño y la cama», le dijo Barton. Storrs, a quien le gustaba vestirse de blanco y con vistosas flores en el ojal, encontró Jerusalén «al borde de la inanición», y observó que «los judíos, como es habitual, han acaparado la calderilla». Se sentía entusiasmado por su «gran aventura» en Jerusalén, «única entre las ciudades del mundo», aunque, igual que a muchos protestantes, le disgustaba la teatralidad de la iglesia del Santo Sepulcro<sup>[\*6]</sup> y consideraba que la Explanada de las Mezquitas era una «unión con pretensiones de la Piazza San Marco y del gran patio de Trinity [College, Cambridge]». Storrs sentía que había nacido para gobernar Jerusalén: «Tener el poder, mediante una palabra escrita, o incluso pronunciada, de prohibir la profanación, de potenciar los recursos y la buena voluntad significa ejercer el poder del déspota benévolo de Aristóteles».

Storrs no era el burócrata típico de la Colonial Office (Secretaría de Estado para las colonias). Este vanidoso personaje imperial era hijo de un vicario y un clasicista de Cambridge con «un aspecto asombrosamente cosmopolita para un inglés». Su amigo Lawrence, que despreciaba a la mayoría de los funcionarios, lo describió como el «inglés más brillante de Oriente Próximo, y de refinada eficacia, a pesar del modo que tenía de desviar su energía hacia la música y las letras, la escultura, la pintura o cualquier cosa fruto de este mundo que fuera hermosa». Recordaba haber oído a Storrs hablando de los méritos de Wagner o de Debussy en árabe, alemán y francés, pero «su mente intolerante en raras ocasiones se rebajaba a conquistar». En Egipto,

sus sarcasmos y sus tortuosas intrigas le valieron el apodo de Oriental Storrs, el nombre del comercio más deshonesto de El Cairo.<sup>[\*7]</sup> Este gobernador militar poco habitual emprendió la tarea de restaurar la maltrecha Jerusalén con la ayuda de un variopinto equipo que comprendía:

*Un cajero de un banco de Rangún, un actor representante, dos agentes de Thomas Cook, un marchante de arte, un instructor del ejército, un payaso, un tasador de la propiedad, un contramaestre del río Níger, un destilador de Glasgow, un organista, un comerciante de algodón de Alejandría, un arquitecto, un funcionario de correos de Londres, un taxista egipcio, 2 maestros de escuela y un misionero.*

En apenas unos pocos meses, Storrs fundó la Sociedad pro Jerusalem, financiada por el comerciante de armas armenio sir Basil Zaharoff y los millonarios estadounidenses, la señora de Andrew Carnegie y J. P. Morgan Jr., y cuyo objetivo consistía en impedir que Jerusalén se convirtiera en una «Baltimore de segunda categoría».

Nadie estaba más encantado que Storrs por los títulos, los trajes y los colores de la ciudad. En un primer momento, trabó amistad no sólo con los Husseini,<sup>[\*8]</sup> sino también con Weizmann e incluso con Jabotinsky. Storrs opinaba que no había «un oficial más galante, más encantador y más cultivado» que Jabotinsky, y Weizmann coincidía con él en que «los modales y el comportamiento de Jabotinski no eran en absoluto judíos, y que era bastante feo e inmensamente atractivo, sabía hablar, mostraba una caballerosidad teatral, y tenía un cierto aire de caballero andante».

Con todo, a Storrs le pareció que las tácticas sionistas eran «una pesadilla, y que reflejaban aquel proverbio turco que reza: “quien no llora no mama”». Los sionistas no tardaron en sospechar que no les tenía demasiada simpatía. Muchos británicos despreciaban a Jabotinsky y a los judíos rusos que se pavoneaban por Jerusalén luciendo cinturones paramilitares de color caqui, y opinaban además que la declaración de Balfour era impracticable. Un compasivo general británico le entregó a Weizmann un libro, el primer encuentro del líder sionista con *Los protocolos de los ancianos de Sión*: «Lo encontrará usted aquí, en la mochila de la gran mayoría de oficiales británicos destinados aquí... y lo creen», le advirtió el general. Todavía no se había descubierto que *Los protocolos* era una farsa, y en aquel momento parecía de lo más plausible puesto que el Reino Unido apoyaba el sionismo, y la Rusia bolchevique, según todas las apariencias, estaba controlada por los comisarios judíos.

Storrs era «mucho más sutil», observó Weizmann, «era amigo de todo el mundo», pero el gobernador se quejó de que le estaban «pogromizando», y que estos turbulentos «sionistas samovares» no tenían nada en común con Disraeli. Cuando el

gobernador le trasladó al primer ministro las quejas de los árabes y de los judíos, Lloyd George espetó: «Muy bien. Si alguna de las dos partes deja de quejarse, será usted destituido».

Pese a la alarma que la declaración de Balfour despertó entre los árabes la calma reinó en Jerusalén durante dos años. Storrs supervisó la restauración de las murallas y de la Cúpula, la instalación de iluminado público, la creación del club de ajedrez de Jerusalén y la demolición de la torre vigía de Abdul-Hamid en la Puerta de Jaffa. Disfrutaba especialmente de su poder de darle nuevos nombres a Jerusalén: «cuando los judíos desearon rebautizar el hotel Fast “Rey Salomón”, y los árabes “Sultán Solimán” [Solimán el Magnífico], dos nombres que hubieran excluido a la mitad de Jerusalén, me permití el lujo de ordenar que lo llamaran *The Allenby*». Incluso fundó un coro de monjas que dirigía él mismo, e intentó mediar en las peleas en la iglesia del Santo Sepulcro adhiriéndose a la división establecida por el sultán en 1852, una decisión que satisfizo a los ortodoxos pero que disgustó a los católicos. Cuando Storrs visitó el Vaticano, el papa le acusó de contaminar Jerusalén con la introducción de los impíos cines y de quinientas prostitutas. Los británicos nunca lograron resolver las pequeñas y viciosas disputas.<sup>[\*9]</sup>

El estatus real de Palestina, por no decir el de Jerusalén, distaba mucho de estar decidido. Picot reiteró las reivindicaciones de los galos sobre Jerusalén. Los británicos no tenían ni idea, insistía, del gozo que les había proporcionado a los franceses la conquista de Jerusalén. «¡Piense entonces cómo nos sentimos nosotros, que fuimos quienes tomamos la ciudad!», replicó Storrs. Picot intentó imponer la protección de los franceses a los católicos presidiendo un Te Deum desde un trono especial en la iglesia del Santo Sepulcro, pero el plan se vino abajo cuando los franciscanos se negaron a participar.

El alcalde falleció inesperadamente de neumonía (tal vez durante sus numerosas rendiciones bajo la lluvia) y Storrs nombró a su hermano, Musa Kazem al-Husseini, en su lugar. Sin embargo, el impresionante nuevo alcalde, antes gobernador de las provincias otomanas entre Anatolia y Jaffa, fue asumiendo de forma gradual el liderazgo de la campaña contra los sionistas. Los árabes jerosolimitanos depositaron sus esperanzas en un reino de la Magna Siria gobernado por el príncipe Faisal, el amigo de Lawrence. En el primer congreso de las asociaciones musulmanas y cristianas celebrado en Jerusalén, los delegados votaron a favor de unirse a la Siria de Faisal. Los sionistas, que seguían sosteniendo, inflexibles, su irrealista posición de que la mayoría de los árabes veía con ojos favorables su asentamiento, intentaron apaciguar los temores locales, mientras que, por su parte, los británicos alentaron los gestos amistosos de ambas partes. Weizmann se reunió con el gran muftí a fin de tranquilizarle explicándole que los judíos no significaban ninguna amenaza para los intereses de los árabes, y le regaló un Corán antiguo.

En junio de 1918, Weizmann cruzó el desierto para celebrar una reunión con Faisal, a la que también asistió Lawrence, en el campamento del príncipe en Áqaba. Se trataba del principio de lo que Weizmann definió, no sin una cierta exageración, como una «amistad duradera». Weizmann le explicó a Faisal que los judíos desarrollarían el país bajo la protección de los británicos. En privado, Faisal vio una gran diferencia entre los que Lawrence llamaba «judíos palestinos y los colonos judíos: en opinión de Faisal, la cuestión fundamental es que los primeros hablan árabe, y los segundos, *yiddish* alemán». Faisal y Lawrence confiaban en que los jerifianos y los sionistas pudieran cooperar en la construcción del reino de Siria. Lawrence explicó: «Veo a los judíos como los importadores naturales del fermento occidental tan necesario para los países de Oriente Próximo». Weizmann recordaría que «la relación [de Lawrence] con el sionismo era muy positiva», puesto que creía que «los árabes tenían mucho que ganar con una patria judía».

En la reunión del oasis, Faisal «aceptó la posibilidad de las futuras reivindicaciones judías sobre el territorio de Palestina». Más tarde, en una posterior reunión que los tres hombres mantuvieron en Londres, Faisal aceptó que Palestina podía absorber «entre cuatro y cinco millones de judíos sin interferir ni usurpar los derechos de los campesinos árabes. No creía ni por un momento que hubiera ninguna escasez de tierra en Palestina», y aprobaba la presencia de una mayoría judía en Palestina en el seno de un reino de Siria, siempre y cuando él recibiera la corona. Siria era el trofeo, y a Faisal no le importó comprometerse para garantizárselo.

En un primer momento, la diplomacia de Weizmann dio sus frutos. Había bromeado que «un estado judío sin una universidad es como Mónaco sin el casino», así que el 24 de julio de 1918, Allenby le acompañó en su Rolls Royce hasta el monte Scopus, donde el muftí, el obispo anglicano, los dos rabinos principales y el propio Weizmann colocaron la primera piedra de la Universidad Hebrea. Sin embargo, los asistentes observaron que el muftí tenía un aspecto muy angustiado. En la distancia, y mientras los asistentes cantaban el «Dios salve al rey» y el himno sionista Hatikvah, se oían los disparos de la artillería otomana. «A nuestros pies, Jerusalén relucía como una joya», diría Weizmann.

Los otomanos seguían librando una enconada batalla en Palestina, mientras que en el frente occidental todavía no se veía ningún indicador de victoria. Durante esos meses, en ocasiones, el asistente de Storrs le anunciaba que «un beduino» le estaba esperando. Solía, en estas ocasiones, encontrar a Lawrence en su biblioteca, leyendo. El beduino inglés desaparecía después igual de misteriosamente. Aquel mes de mayo, en Jerusalén, Storrs le presentó a Lawrence al periodista estadounidense Lowell Thomas, que opinó que Lawrence «podría ser uno de los apóstoles más jóvenes que ha regresado a la vida». Thomas contribuiría más tarde a crear la leyenda de Lawrence de Arabia.

Allenby no reanudó la ofensiva hasta el mes de septiembre de 1918, cuando derrotó a los otomanos en la batalla de Megido. Miles de prisioneros alemanes y otomanos desfilaron por las calles de Jerusalén y Storrs celebró el triunfo «tocando en mi Steinway un popurrí de “Vittoria” de *La Tosca*, las marchas de *Jephtha* y de *Escipión* de Haendel y la marcha nupcial de Parry de *Los pájaros* de Aristófanes». El 2 de octubre, Allenby le permitió a Faisal, el rey designado de Siria, y al coronel Lawrence, liberar Damasco con sus jerifianos, pero, corroborando las sospechas de Lawrence, la decisión, en realidad, se había tomado muy lejos. Lloyd George estaba decidido a conservar Jerusalén. Lord Curzon se lamentaría más tarde de que «el primer ministro habla de Jerusalén con el mismo entusiasmo que siente por las colinas de su tierra natal».

Cuando Alemania por fin se dobló, las presiones ya habían empezado. El día de la firma del armisticio, el 11 de noviembre, Weizmann, que tenía organizada una cita justo antes de ese acontecimiento trascendental, encontró a Lloyd George en Downing Street número 10, leyendo los Salmos y sumido en un mar de lágrimas. Lawrence hacía campaña entre los funcionarios de Londres para que contribuyeran a la causa árabe y Faisal estaba en París buscando el apoyo de los franceses. Sin embargo, cuando británicos y franceses se enfrentaron en París por la división de Oriente, Lloyd George insistió en que había sido el Reino Unido quien había conquistado Jerusalén: «Los otros gobiernos se limitaron a poner unos pocos policías negros para asegurarse de que no robáramos el Santo Sepulcro».

# CAPÍTULO 47

## VENCEDORES Y BOTINES, 1919-1920

### WOODROW WILSON EN VERSALLES

En una reunión celebrada en Londres unas pocas semanas más tarde, Lloyd George y el primer ministro francés, Georges Clemenceau, se intercambiaron las fichas de Oriente Medio. A cambio de Siria, Clemenceau se mostró acomodaticio:

CLEMENCEAU: Dígame qué quiere.

LLOYD GEORGE: Quiero Mosul.

CLEMENCEAU: Suyo. ¿Alguna otra cosa?

LLOYD GEORGE: Sí, ¡también quiero Jerusalén!

CLEMENCEAU: Muy bien, suya.

En enero de 1919, Woodrow Wilson, el primer presidente de Estados Unidos que realizaba un viaje fuera del continente americano durante su mandato, llegó a Versalles para acordar la paz con Lloyd George y Clemenceau. Los protagonistas de Oriente Medio también llegaron para ejercer presión sobre los vencedores; Faisal, acompañado por Lawrence, luchó por intentar impedir que los franceses se hicieran con el control de Siria; y Weizmann, por su parte, esperaba mantener al Reino Unido en Palestina y lograr el reconocimiento internacional de la declaración de Balfour. La presencia de Lawrence, en calidad de asesor de Faisal, vistiendo el uniforme británico combinado con el tocado árabe, escandalizó a los franceses, que intentaron prohibirle el acceso a la conferencia.

Wilson, un virginiano idealista convertido en político demócrata y ahora en árbitro internacional, proclamó que «debemos llegar a acuerdos territoriales relacionados con esta guerra que redunden en el interés de las poblaciones a las que afecten y en su propio beneficio» y se negó a consentir la división imperial de Oriente Medio. Los tres representantes de las grandes potencias no tardaron en sentir resentimiento hacia los otros. Wilson opinaba que Lloyd George era «escurridizo». Clemenceau, de setenta y ocho años, encajonado entre el farisaico Wilson y las ansias territoriales de Lloyd George, se lamentó: «Me encuentro entre Jesús y Napoleón Bonaparte». El jovial galés y el rígido estadounidense fueron los que mejor se entendieron: Lloyd George admiraba el idealismo del segundo, siempre y cuando el Reino Unido lograra lo que quería. Estos olímpicos, instalados en una sala decorada

con paneles de madera de París y estanterías llenas de libros que cubrían las paredes, le darían forma al mundo, una perspectiva que le hizo mucha gracia al cínico Balfour mientras observaba altanero a «los tres todopoderosos y todoignorantes hombres repartirse continentes».

Las ambiciones de Clemenceau eran igual de descaradas que las de Lloyd George. Cuando Clemenceau aceptó reunirse con Lawrence, justificó su reivindicación sobre Siria explicando que los franceses habían gobernado Palestina durante las cruzadas: «Sí», respondió Lawrence, «pero las cruzadas fueron un fracaso», y además, los cruzados nunca habían conquistado Damasco, el objetivo principal de Clemenceau y el centro de las aspiraciones nacionalistas árabes. Los franceses todavía tenían la esperanza de compartir Jerusalén, en virtud del acuerdo Sykes-Picot, pero los británicos rechazaron ahora todo el tratado.

El presidente de Estados Unidos, hijo de un ministro presbiteriano, había refrendado la declaración Balfour: «Pensar que yo, el hijo de un pastor», dijo Wilson, «puedo contribuir a la restitución de la Tierra Santa a su pueblo». Wilson estaba influenciado tanto por el hebraísmo protestante como por su consejero, Louis Brandeis, un judío de Kentucky nombrado por Wilson al Tribunal Supremo y conocido como «el abogado del pueblo» y un dechado incorruptible de erudición y modelo ejemplar de funcionario estadounidense. Si en 1914, sólo quince mil de los tres millones de judíos estadounidenses eran miembros de la federación sionista de Estados Unidos, al llegar el año 1917, cientos de miles de judíos estadounidenses ya participaban en ella, los cristianos evangélicos hacían presión a favor del sionismo, y el ex presidente Teddy Roosevelt, que había visitado de niño la Ciudad Santa en compañía de sus padres, respaldaba «un estado sionista con centro en Jerusalén».

Wilson, no obstante, se enfrentaba a una dolorosa contradicción entre el sionismo y la autodeterminación de los árabes. Los británicos, en algún momento, habían propuesto un «mandato estadounidense», un nuevo término para describir alguna cosa entre el protectorado y la provincia. Wilson se había planteado esta posibilidad, pero, vistas las ganas de los franceses y de los británicos de apoderarse de Palestina y de Siria, envió a una comisión estadounidense a investigar las aspiraciones de los árabes. La comisión King-Crane, presidida por un fabricante de válvulas de Chicago y por el rector de la Universidad de Oberlin, informó a su regreso de que la mayoría de los árabes y palestinos deseaba vivir en el reino de Magna Siria gobernado por Faisal, y bajo la protección estadounidense. Sin embargo, Wilson no consiguió contener a sus aliados imperialistas, lo que despojó de cualquier significado a estos descubrimientos. La nueva Liga de Naciones tardaría todavía dos años en confirmar el dominio de los británicos sobre Palestina y el de los franceses sobre Siria, lo que Lawrence denominó «el timo del mandato».

El 8 de marzo de 1920, Faisal fue proclamado rey de Siria (que incluía Líbano y



Palestina) y nombró a Said al-Husseini, de Jerusalén, ministro de Asuntos Exteriores, mientras que Amin, el hermano del muftí, pasó un tiempo en la corte real. La emoción generada por la creación de este nuevo reino les dio a los árabes palestinos el valor de plantarle cara a la amenaza sionista. Weizmann advirtió que podría haber problemas, y Jabotinsky y el antiguo revolucionario ruso Pinkhas Rutenberg<sup>[\*1]</sup> crearon una fuerza judía de autodefensa de seiscientos efectivos, pero Storrs hizo caso omiso a todas las alarmas.

## STORRS: LOS DISTURBIOS DE NABU MUSA, LOS PRIMEROS DISPAROS

El domingo 20 de abril por la mañana, en una ciudad tensa y abarrotada de peregrinos judíos y cristianos, sesenta mil árabes se congregaron para la celebración de Nabi Musa, conducida por los Husseini. El diarista Wasif Jawhariyyeh les observó mientras entonaban cánticos de protesta contra la declaración Balfour. El hermano menor del muftí, Haj Amin al-Husseini, incitó a la multitud sosteniendo en alto una imagen de Faisal: «¡Éste es vuestro rey!». La masa gritó: «¡Palestina es nuestra tierra, y los judíos, nuestros perros!», e irrumpieron en la Ciudad Antigua. Un anciano judío fue apaleado.

De repente, recordaba Khalil Sakakini, «el furor se transformó en locura». Muchos de ellos desenvainaron dagas y esgrimieron porras, mientras gritaban: «¡La religión de Mahoma se fundó con la espada!». La ciudad, observaría Jawhariyyeh, «se convirtió en un campo de batalla» y la turba cantaba «¡Muerte a los judíos!». Tanto Sakakini como Wasif odiaban la violencia, y, sin embargo, también en ellos se despertó el odio, no sólo hacia los sionistas, sino también hacia los británicos.

Storrs salió de la iglesia anglicana después del servicio religioso matutino y se encontró la ciudad fuera de control. Se precipitó a su cuartel general en el hospicio austríaco, sintiéndose como si alguien «me hubiera atravesado el corazón con una espada». Storrs sólo tenía 188 policías en Jerusalén. A medida que el tumulto se fue intensificando a lo largo del día siguiente, los judíos empezaron a temer ser aniquilados. Weizmann irrumpió en el despacho de Storrs exigiendo ayuda; Jabotinsky y Rutenberg reunieron a doscientos hombres en el cuartel general de la policía en el complejo ruso. Cuando Storrs se lo prohibió, Jabotinsky salió a patrullar el exterior de la Ciudad Vieja, intercambiando disparos con los pistoleros árabes; ése fue el día en el que los tiroteos empezaron de verdad. En la Ciudad Vieja, algunas calles del barrio judío habían quedado sitiadas, y los intrusos árabes violaron en grupo a algunas jóvenes judías. Mientras tanto, los británicos intentaban proteger la ceremonia del Fuego Sagrado, pero cuando un siríaco desplazó una silla copta, «se desencadenó un auténtico infierno» y, en la subsiguiente contienda, las puertas de la iglesia se incendiaron. En el momento en el que un funcionario británico salía de la

iglesia del Santo Sepulcro, una niña árabe cayó desde una ventana cercana, herida por una bala perdida.

Uno de los reclutas de Jabotinsky, Nehemia Rubitzov, y un compañero ocultaron sus pistolas bajo una bata blanca de médico y entraron en la Ciudad Vieja en una ambulancia para organizar la defensa. Rubitzov, nacido en Ucrania, había sido reclutado por Ben Gurion para incorporarse a la legión judía, antes de cambiar su nombre por el de Rabin. Ahora, mientras tranquilizaba a los aterrorizados judíos, se encontró y rescató a «Rosa Roja» Cohen, una enérgica antigua bolchevique recién llegada de Rusia: se enamoraron y se casaron. «Yo nací en Jerusalén», manifestaría su hijo Yitzhak Rabin, quien, desde su cargo de jefe del estado mayor israelí muchos años más tarde, conquistaría Jerusalén.<sup>[1]</sup>

## HERBERT SAMUEL: UNA PALESTINA, COMPLETA

Cuando la ciudad empezó a recuperar la calma, cinco judíos y cuatro árabes habían muerto, y 216 judíos y 23 árabes yacían heridos; 39 judíos y 161 árabes fueron juzgados por el papel desempeñado en lo que se conocería más tarde como los disturbios de Nabi Musa. Storrs ordenó registrar las casas de Weizmann y de Jabotinsky, tras lo cual Jabotinsky fue acusado de posesión de armas y sentenciado a quince años de cárcel. El joven Amin Husseini, «el principal incitador» de los disturbios, en palabras de Storrs, fue sentenciado a diez años, pero huyó de Jerusalén. Storrs destituyó al alcalde Musa Kazem Husseini, aunque los británicos, no sin una cierta ingenuidad, culparon de la violencia a los judíos bolcheviques rusos.

El liberal Weizmann y el socialista Ben Gurion no abandonaban su esperanza de una patria que evolucionara gradualmente y pudiera alcanzar un *modus vivendi* junto a los árabes. Ben Gurion se negaba a reconocer el nacionalismo árabe: él quería que los trabajadores árabes y judíos compartieran una vida «en armonía y amistad», pero a veces exclamaba: «¡No hay solución! Queremos que el país sea nuestro y los árabes quieren que sea suyo». Los sionistas empezaron ahora a reorganizar su antigua Hashomer, los vigías, para transformarla en una milicia más eficaz, la Haganah, la defensa.

Cada nuevo acto de violencia alimentaba el extremismo de ambos bandos. Jabotinsky reconoció sin lugar a dudas que el nacionalismo árabe era tan real como el sionismo y argumentó, implacable, que el estado judío que, en su opinión, debía abarcar ambas orillas del Jordán, sería víctima de una violenta oposición y sólo podría ser defendido con una «muralla de acero». A mediados de la década de 1920, Jabotinsky fundó el sindicato de sionistas revisionistas que incluía un movimiento juvenil, Betar, cuyos miembros solían desfilar uniformados. Quería crear un nuevo tipo de activista judío que ya no dependiera del amable grupo de presión de

Weizmann. Jabotinsky creía firme e inflexiblemente que su comunidad judía se construiría con una «igualdad absoluta» entre los dos pueblos y sin desplazar de ningún modo a los árabes. Cuando Benito Mussolini se alzó con el poder en 1922, Jabotinsky se mofó del culto al Duce, «la más absurda de todas las palabras inglesas, líder. Los búfalos siguen a un líder. Los hombres civilizados no tienen “líderes”». Aun así, Weizmann tildó a Jabotinsky de «fascista», y Ben Gurion lo apodó «El Duce».

El rey Faisal, la esperanza de los nacionalistas árabes, estaba condenado por la determinación de los franceses de poseer Siria. Los franceses forzaron la expulsión del rey y aplastaron a su desordenado ejército, consumando el derrumbe de los planes de Lawrence. El fin de Magna Siria y los disturbios contribuyeron a la formación de una identidad nacional palestina.<sup>[\*2]</sup>

El 24 de abril de 1920, en la conferencia de San Remo, Lloyd George aceptó el mandato para gobernar Palestina, basado en la declaración de Balfour, y nombró primer alto comisionado a sir Herbert Samuel. Éste llegó a la estación de Jerusalén el 30 de junio, resplandeciente en un uniforme blanco, salacot con plumas, espada al cinto, y con el saludo de una salva de diecisiete cañones. Por muy sionista y judío que fuera Samuel, no era ningún soñador: Lloyd George opinaba de él que era «seco y frío», un periodista creyó que «tenía tanta pasión como una ostra», y uno de sus funcionarios observó que era «un poco tieso, nunca parece olvidar el cargo que ocupa». Cuando el gobernador militar le entregó el control de Palestina, Samuel logró producir una de sus escasas bromas que ha quedado registrada para la posteridad; firmó un recibo en el que podía leerse: «Recibido del general de división sir Louis J. Bols KCB, una Palestina, completa». Y añadió «salvo E u O (error u omisión)», aunque habría muchos de ambos.

Al principio, el tranquilo tacto de Samuel aplacó Palestina después de la conmoción de Nabi Musa. Instaló la sede del gobierno en la fortaleza Augusta Victoria, en el monte de los Olivos, excarceló a Jabotinsky, indultó a Amin Hussein, restringió temporalmente la inmigración judía y tranquilizó a los árabes. Los intereses británicos ya no eran los mismos que en el año 1917. Curzon, ahora ministro de Exteriores, se oponía a un apoyo total al sionismo y diluyó las promesas de Balfour. Habría una patria judía, pero no un estado, ni en aquel momento ni más tarde. Weizmann se sintió traicionado pero los árabes consideraron que incluso esto era un desastre. Al llegar el año 1921, un total de 18 500 judíos habían llegado a Palestina, y durante los siguientes ocho años, Samuel permitió la llegada de otros 70 000.<sup>[2]</sup>

En el verano de 1921, el jefe de Samuel, Winston Churchill, el ministro para Asuntos Coloniales, llegaba a Jerusalén acompañado por su asesor, Lawrence de Arabia.

## CHURCHILL CREA EL ORIENTE MEDIO MODERNO: LA SOLUCIÓN JERIFIANA DE LAWRENCE

«Churchill me cayó muy bien», diría Lawrence más tarde, «y siento un gran respeto hacia él». Churchill había llevado una vida muy aventurera, de autopromoción presuntuosa y éxito irreprimible. Ahora, ya acercándose a los cincuenta años, el ministro de las colonias se enfrentaba al punitivo coste en sangre y oro que representaba proveer de tropas a un nuevo imperio: Iraq se hallaba al borde una sangrienta insurgencia contra el gobierno de los británicos. Churchill por lo tanto, convocó una conferencia en El Cairo para entregarles una parte del poder a los gobernantes árabes bajo la influencia británica. Lawrence propuso que se le concediera un nuevo reino de Iraq a Faisal.

El 12 de marzo de 1920, Churchill reunió a sus expertos árabes en el hotel Semíramis mientras un par de cachorros de león de Somalia jugaban a los pies de los congregados. A Churchill le gustaba el lujo y no tenía ningún deseo de experimentar los «desagradecidos desiertos», pero Lawrence lo odiaba. «Vivíamos en un hotel de mármol dorado», escribió. «Muy caro, muy lujoso, un sitio horrible. Me convierte en bolchevique. Todo el que era alguien en Oriente Medio está aquí. Pasado mañana vamos a Jerusalén, somos una familia feliz: todos estamos de acuerdo en todo lo que es importante»; en otras palabras, Churchill había aceptado «la solución jerifiana»: Lawrence por fin vio cómo se restauraba una parte del honor, después de las promesas rotas de los británicos al jerife y a sus hijos.

El antiguo jerife, el rey Hussein de Hijaz, no podía competir con los guerreros wahabíes capitaneados por el caudillo saudí Ibn Saud.<sup>[\*3]</sup> Cuando Abdalá, el hijo de Hussein, intentó rechazar a los saudíes con 1350 guerreros, sufrió una aplastante derrota: Abdalá tuvo que huir por la parte trasera de su tienda en paños menores y sobrevivió de «puro milagro». Habían planeado que Faisal gobernaría Siria y Palestina y Abdalá sería rey de Iraq. Ahora que Faisal recibía Iraq, a Abdalá no le quedaba nada.

Mientras la conferencia de Churchill proseguía en El Cairo, Abdalá al frente de treinta oficiales y doscientos beduinos se adentró en la actual Jordania, técnicamente, parte del mandato británico, para conquistar su pequeño y propio feudo, aun cuando lord Curzon pensara que «era un pavo real demasiado grande para un estercolero tan pequeño». Las noticias de su escapada le presentaron a Churchill un hecho consumado. Lawrence le aconsejó a Churchill que respaldara a Abdalá y Churchill envió a Lawrence a invitar al príncipe a reunirse con él en Jerusalén.

La medianoche del 23 de marzo, Churchill y su esposa Clementine tomaban un tren rumbo a Jerusalén, y en Gaza, fueron recibidos por una multitud entusiasta que les aclamaba: «¡Viva el ministro!» y «¡Abajo los judíos! ¡Qué los degüellen!».

Churchill no entendía nada y, por lo tanto, ignorante de lo que se decía, saludó amablemente con la mano.

En Jerusalén, se alojó con Samuel en la fortaleza Augusta Victoria, donde se reunió en cuatro ocasiones con el «moderado y amistoso» Abdalá, escoltado por Lawrence. Abdalá confiaba en obtener la titularidad de Transjordania; tenía la esperanza de un imperio hachemita y creía que la mejor manera de que árabes y judíos pudieran vivir juntos era en un reino gobernado por él al que más tarde se le añadiera Siria. Churchill le ofreció Transjordania siempre y cuando reconociera la Siria francesa y la Palestina británica. Abdalá aceptó a regañadientes, y en ese momento Churchill creó un nuevo país: «El emir Abdalá está en Transjordania», recordaría, «donde yo le coloqué un domingo por la tarde en Jerusalén». La misión de Lawrence, que había por fin llevado a Faisal y a Abdalá a sendos tronos, había terminado.<sup>[\*4]</sup>

Los árabes palestinos le hicieron una petición a Churchill, aduciendo, muy en la línea de los falsificados *Protocolos de los ancianos de Sión*, que «el judío es un judío esté donde esté en el mundo», que los «judíos han estado entre los defensores más activos de la destrucción en muchas tierras», y que los sionistas querían «controlar el mundo». Churchill recibió a los jerosolimitanos, dirigidos por el antiguo alcalde, Musa Kazim al-Husseini, pero insistió en que «es un derecho manifiesto de los judíos que tengan una patria, un gran acontecimiento en el destino del mundo».

El padre de Churchill<sup>[\*5]</sup> le había inculcado a su hijo la admiración hacia los judíos y veía en el sionismo el justo resultado de dos milenios de sufrimiento. Durante el primer «temor rojo» (*red scare*) posterior a la creación de la Rusia soviética de Lenin, Churchill creyó que el judío sionista era «el antídoto» a la «suciedad rusticidad del bolchevismo», un «movimiento judío» dirigido por un diabólico hombre del saco que se hacía llamar «el Judío internacional».

Churchill adoraba Jerusalén, donde, según declaró en la ceremonia de inauguración del cementerio militar británico en el monte Scopus, «¡yace el polvo de los califas, de los cruzados y de los macabeos!». Le atraía la Explanada de las Mezquitas, que visitaba siempre que le era posible, y de donde siempre le costaba mucho marcharse. Antes de regresar a Inglaterra, todavía recibía en audiencia en el monte de los Olivos, cuando el muftí de Jerusalén falleció de repente. Storrs ya había destituido al alcalde Husseini, así que parecía un poco imprudente disgustar todavía más a la familia retirándoles también el cargo de muftí. Además, a los británicos les atraía la superioridad de las grandes familias, que se parecían a su propia aristocracia. Samuel y Storrs, por tanto, se pusieron de acuerdo en elegir respectivamente al alcalde y al muftí de entre las dos familias más preeminentes: su enemistad los convertiría en los Montescos y Capuletos de Jerusalén.<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 48

## EL MANDATO BRITÁNICO, 1920-1936

### EL MUFTÍ CONTRA EL ALCALDE: AMIN HUSSEINI CONTRA RAGHEB NASHASHIBI

El hombre que eligieron alcalde era la mismísima personificación del árabe sofisticado y superficial: Ragheb Nashashibi fumaba con boquilla, utilizaba un bastón y fue el primer jerosolimitano en poseer una limusina fabricada en Estados Unidos, un Packard verde que siempre conducía su chofer armenio. El desenvuelto Nashashibi, el heredero de las huertas de naranjos y de las mansiones de una de las grandes familias más recientes, y la más rica,<sup>[\*1]</sup> hablaba corrientemente francés e inglés, había representado a Jerusalén en el Parlamento otomano, y había contratado a Wasif para organizar sus fiestas y enseñarles a él y a su amante a tocar el *oud*. Ahora que era el alcalde, celebraba dos fiestas al año, una para sus amigos y otra en honor del alto comisionado. Como un veterano de las campañas contra el sionismo, se tomaba muy en serio su papel de señor de Jerusalén y líder palestino.

El hombre que eligieron gran muftí era el acaudalado primo de Nashashibi, el joven agitador de los disturbios de Nabi Musa, Haj Amin Husseini. Storrs se lo presentó al alto comisionado, que se llevó una excelente impresión de él. Husseini era «suave, inteligente, bien educado, iba bien vestido, tenía una sonrisa luminosa, el cabello claro, ojos azules, barba pelirroja y un irónico sentido del humor», recordaría el sobrino del alcalde, Nasseredin Nashashibi. «Sin embargo, cuando hacía una broma, su mirada permanecía fría». Husseini le preguntó a Samuel: «¿Qué prefiere, un enemigo declarado o un amigo poco fiable?». «Un enemigo declarado», respondió Samuel. Weizmann comentó secamente que «diga lo que diga el proverbio, los cazadores furtivos reconvertidos en guardabosques no siempre son un acierto». Husseini resultó ser, en palabras del historiador libanés Gilbert Achcar, «un megalómano que se autoerigió en el líder de todo el mundo islámico».

Husseini no ganó las elecciones a muftí, las primeras de la historia, sino que fue derrotado por un Jarallah, sin duda un inconveniente, y quedó en cuarta posición en los resultados, así que los británicos, que se enorgullecían de su «totalitarismo temperado con benevolencia», sencillamente, anularon las elecciones y nombraron muftí a Husseini, aunque éste sólo tuviera veintiséis años y nunca hubiera terminado sus estudios religiosos en El Cairo. Samuel duplicó entonces el poder político y económico del nuevo muftí patrocinando su elección como presidente del nuevo



Consejo Supremo Musulmán.

Husseini procedía de la tradición islámica, y Nashashibi de la otomana. Ambos se oponían al sionismo, pero Nashashibi creía que, ante el poder de los británicos, los árabes deberían negociar; Husseini, en un caprichoso recorrido político lleno de cambios de rumbo, terminó siendo un nacionalista intransigente que se oponía a cualquier compromiso. Al principio, Husseini desempeñó el papel de aliado pasivo de los británicos, pero, al final, iría mucho más allá de la postura antibritánica de muchos árabes, se convertiría en un racista antisemita y abrazaría la Solución Final de Hitler al problema judío. El éxito más duradero de Samuel consistió en elevar al enemigo más enérgico del sionismo y del Reino Unido. Con todo, podría argumentarse que nadie resultaría ser más calamitoso y la causa de tantas divisiones para su propio pueblo, y una baza tan significativa para la lucha sionista.<sup>[1]</sup>

## EL MUFTÍ: LA BATALLA POR EL MURO

La primera generación de procónsules británicos se felicitó por haber domesticado Jerusalén. En junio de 1925, Samuel regresó a Londres, donde declaró, no exento de ciertos delirios olímpicos, que «el espíritu de desgobierno ha cesado». Un año más tarde, Storrs dejó una ciudad pacífica y muy embellecida, y fue ascendido a gobernador de Chipre y, más tarde, del norte de Rodesia, aunque suspiró que «después de Jerusalén, no hay ascenso que valga». El nuevo alto comisionado era el vizconde Plumer, un mariscal de campo con bigotes de foca apodado Old Plum,<sup>[\*2]</sup> o Daddy Plummer. Gracias a los recortes de presupuesto, Old Plum se vio obligado a mantener el orden con menos soldados de los que tenía Samuel, pero caminaba feliz y solo por las calles de Jerusalén irradiando una calma tranquilizadora. Cuando sus funcionarios le informaron de las tensiones políticas, adoptó la estrategia del avestruz: «No tenemos ninguna situación política», replicó. «¡Hagan el favor de no crear una!».

La mala salud de Old Plum le obligó a retirarse, y la «situación política» se materializó antes de la llegada del nuevo alto comisionado. En 1928, el día de Kol Nidre, la víspera del Día de la Expiación judío, el *shames* (bedel) judío del Muro de las Lamentaciones (que ostentaba el glorioso nombre de William Ewart Gladstone Noah), siguiendo las normas de la ley judía, levantó una pequeña pantalla para separar a hombres y mujeres. En años anteriores se había permitido la pantalla, y también las sillas para los fieles más ancianos, pero en esta ocasión, el muftí se opuso, alegando que los judíos estaban alterando el *statu quo*.

Los musulmanes creían que el Muro era el lugar en el que Mahoma había atado a su alazán de rostro humano, Buraz, durante el viaje nocturno, lo que no había impedido que, en el siglo XIX, los otomanos utilizaran el túnel adyacente como un

establo para asnos. Legalmente, pertenecía al *waqf* de Abu Maidan, que se remontaba a los tiempos de Afdal, el hijo de Saladino y, en consecuencia, era «una propiedad sin duda musulmana». Lo que temían los musulmanes, no obstante, era que permitirlas a los judíos el acceso al Muro pudiera desembocar en un tercer Templo en el Haram musulmán, el Har-ha Bayit judío. Aun así, el Muro, el Kotel, era el lugar más sagrado del judaísmo y los judíos palestinos creían que las restricciones británicas, y por supuesto el pequeño y abarrotado espacio disponible para el culto, constituían vestigios de la opresión musulmana que demostraban el porqué de la necesidad del sionismo. Los británicos prohibieron incluso tocar el *shofar*, el cuerno de carnero, durante los días de Yamim Noraim, los días más santos de los judíos.

Al día siguiente, el sucesor de Storrs, el gobernador Edward Keith-Roach, a quien le gustaba hacerse llamar «el Pachá de Jerusalén», ordenó una redada de la policía en el Muro durante el servicio del Yom Kippur, el día más sagrado del año judío. Los policías agredieron a los judíos que rezaban y les quitaron las sillas a los fieles más ancianos, sin duda no precisamente una de las mejores actuaciones de los británicos. El muftí no cabía en sí de júbilo, pero advirtió que «el objetivo de los judíos es el de apoderarse gradualmente de la mezquita de al-Aqsa». En consecuencia, lanzó una campaña contra los fieles judíos, que fueron apedreados, golpeados y hostigados con música a un volumen muy alto. Los jóvenes Betar de Jabotinsky se lanzaron a las calles a manifestarse a favor del acceso de los judíos al Muro de las Lamentaciones.

Ambos bandos estaban modificando el *statu quo* otomano que ya no reflejaba la realidad. La inmigración judía y las compras de tierra, comprensiblemente, preocupaban cada vez más a los árabes. Desde la declaración de Balfour, unos noventa mil judíos habían llegado a Palestina. Únicamente en 1925, los judíos les habían comprado a las grandes familias casi dieciocho mil hectáreas de tierras. Una minúscula minoría de nacionalistas religiosos judíos soñaban, en efecto, con un tercer Templo, pero la inmensa mayoría simplemente querían rezar en su propio lugar sagrado. El nuevo alto comisionado, sir John Chancellor, de quien se decía que parecía «un atractivo actor shakesperiano», le pidió al muftí que vendiera el Muro para que los judíos pudieran construir un patio en aquel lugar. El muftí se negó. Para los judíos, el Kotel simbolizaba la libertad de rezar y existir en su patria, para los árabes, el Buraq se convirtió en el símbolo de la resistencia y de su patria.

Los malos augurios y la claustrofobia se cernían sobre la ciudad. «Es la belleza desolada y altanera de una fortaleza de montaña en el desierto rodeada por una muralla, de la tragedia sin catarsis», observaría Arthur Koestler, un joven sionista húngaro residente en Jerusalén y que escribía en el periódico de Jabotinsky. La «trágica belleza» y la «atmósfera inhumana» le producían «tristeza de Jerusalén», y Koestler ansiaba escaparse a la vulgar y pretenciosa Tel Aviv. En Jerusalén sentía que «el rostro encolerizado de Yavé se cernía sobre las rocas calientes».



En el verano de 1929, el muftí ordenó abrir una puerta que convertía el Muro judío en una vía pública para asnos y transeúntes, las llamadas a la oración del muecín y los cánticos sufíes se amplificaron sobre las oraciones judías, y los judíos fueron víctimas de agresiones en las callejuelas cercanas. Por toda Palestina, miles de judíos se manifestaron bajo el lema «El Muro es nuestro». El 15 de agosto, y en ausencia de Chancellor, una manifestación de unos trescientos sionistas, encabezada por el historiador Joseph Klausner (el tío de Amos Oz, el escritor israelí) y en la que participaron los miembros de Betar, marchó en silencio hasta el Muro, vigilada por la policía británica, donde izaron una bandera sionista y entonaron cánticos. Al día siguiente, después de las oraciones de los viernes, dos mil árabes descendieron de al-Aqsa y agredieron a los fieles judíos, los echaron del muro y apalearon a todos los que capturaban. El 17, un niño judío chutó una pelota enviándola al jardín de un árabe y fue asesinado al ir a recogerla. En su funeral, los jóvenes judíos llevaron a cabo un conato de ataque contra el barrio musulmán.

El viernes 23 de agosto después de la oración, miles de fieles árabes espoleados por el muftí salieron en masa de al-Aqsa para atacar a los judíos. El muftí y sus rivales Nashashibi intentaron de diversos modos incitar y contener respectivamente a la multitud; algunos valientes líderes árabes se enfrentaron incluso a la turba, pero en vano. La masa se lanzó contra el barrio judío, el barrio Montefiore y los barrios periféricos, donde treinta y un judíos fueron asesinados. En una casa de Jerusalén, cinco miembros de la misma familia fueron aniquilados en una carnicería, y en Hebrón la masacre se llevó la vida de cincuenta y un judíos. La Haganah, la milicia sionista fundada en 1920, contraatacó. Tan sólo había 292 policías británicos disponibles en toda Palestina, por lo tanto, las tropas llegaron en avión desde El Cairo. En total, 131 judíos fueron asesinados por los árabes, mientras que los 116 árabes muertos cayeron principalmente víctimas de los disparos de los británicos.

Los disturbios, conocidos entre los árabes con el nombre de Thawrat al-Buraq (el levantamiento de Buraq) desconcertaron a los británicos. «No conozco a nadie, excepto Dios, que pueda ser un buen alto comisionado de Palestina», le dijo Chancellor a su hijo. La política de Balfour se estaba viniendo abajo. En octubre de 1930, el Libro Blanco del ministro para las colonias, lord Passfield (antes Sidney Webb, el socialista fabiano), proponía restringir la inmigración judía y retractarse de la idea de una patria judía. Los sionistas se sumieron en la desesperación y el levantamiento de Buraq encendió los extremismos de ambos bandos. La violencia y el Libro Blanco de Passfield habían desacreditado el estilo anglófilo de Weizmann: los sionistas ya no podían confiar en los británicos, y muchos se acercaron entonces al nacionalismo más radical de Jabotinsky. En el 17.º congreso sionista, Jabotinsky arremetió contra Weizmann que estaba intentado convencer al primer ministro Ramsay MacDonald de que derogara el Libro Blanco. MacDonald le escribió una

carta a Weizmann, que fue leída en el Parlamento, en la que se ratificaba la declaración de Balfour y se reabría la inmigración judía. Los árabes la llamaron la «carta negra». Sin embargo, era demasiado tarde para salvar a Weizmann, que fue destituido de su cargo de presidente de los sionistas y que, profundamente herido, regresó temporalmente a la ciencia. La Haganah seguía concentrada en proteger los asentamientos rurales y empezó a armarse. Los militantes nacionalistas frustrados por esta contención se escindieron y fundaron el Irgun Zvai Leumi, la organización nacional militar, inspirada por Jabotinsky y que nunca creció demasiado. Jabotinsky fue expulsado de Palestina a causa de sus provocativos discursos, lo que no impidió que su popularidad creciera entre los jóvenes judíos de Palestina y de Europa oriental. Sin embargo, no sería él quien sustituyera a Weizmann, sino Ben Gurion, que se alzó como el hombre fuerte de la comunidad judía, al mismo tiempo que el muftí se convertía en el hombre fuerte de los árabes.

En diciembre de 1931, el muftí presidió su conferencia panislámica mundial en la Explanada de las Mezquitas, su primera aparición en la escena mundial como el líder nacional indiscutible; sería el momento cumbre de su carrera, y se le subiría a la cabeza. Se mantuvo radicalmente contrario a cualquier colonia sionista en Palestina, aun cuando sus rivales, el alcalde Nashashibi, la familia Dajani y la familia Khalidi sostenían que la conciliación era lo mejor para árabes y judíos. El muftí no toleraba ninguna oposición y acusó a sus rivales de traidores prosionistas, y a los Nashashibi de ocultar que llevaban sangre judía en las venas. Nashashibi buscó los medios de lograr la destitución del muftí del Consejo Supremo Musulmán, pero no lo consiguió, y el muftí empezó a maniobrar para excluir a sus opositores de todas las organizaciones controladas por él. Los británicos, débiles e inseguros, se inclinaron hacia los radicales en lugar de hacia los moderados: en 1934, el nuevo alto comisionado, sir Arthur Wauchope, les retiró su apoyo a los Nashashibi y respaldó la candidatura a la alcaldía de uno de los Khalidi. La rivalidad entre los Husseini y los Nashashibi se hacía cada vez más feroz.

El mundo se oscurecía, y cada vez era más lo que estaba en juego. El ascenso del fascismo hacía que intentar llegar a un acuerdo pareciera una debilidad, y la violencia ya no era sólo aceptable, sino atractiva. El 30 de enero de 1933, Hitler fue designado canciller de Alemania.<sup>[\*3]</sup> El 31 de marzo, justo dos meses más tarde, el muftí visitó en secreto al cónsul alemán en Jerusalén, Heinrich Wolff, para declarar que «los musulmanes de Palestina le dan la bienvenida al nuevo régimen con la esperanza de que el liderazgo fascista antidemocrático se extienda», y añadió que «los musulmanes esperaban un boicot a los judíos de Alemania».

El ascenso de Hitler despertó la alarma entre los judíos europeos. La inmigración, que había disminuido, se aceleró ahora en un grado tal que modificaría para siempre el equilibrio demográfico. En 1933, treinta y siete mil judíos llegaron a Palestina, y

cuarenta y cinco mil más lo hicieron en 1934. Al llegar el año 1936, cien mil judíos vivían en Jerusalén, comparados con los sesenta mil cristianos y árabes musulmanes.

[2] Y mientras la agresividad y el antisemitismo nazis amenazaban Europa, y las tensiones en Palestina se intensificaban,<sup>[\*4]</sup> sir Arthur Wauchope presidía sobre una nueva Jerusalén, la capital de la breve edad de oro del mandato británico.

## LA CAPITAL DE WAUCHOPE: CACERÍAS, CAFÉS, FIESTAS Y TRAJES BLANCOS

A Wauchope, un rico soltero, le gustaba ofrecer fiestas. Flanqueado por dos *kavass* vestidos de escarlata y blandiendo varas doradas, el general recibía a sus invitados tocado de un casco con plumas en su nueva sede de gobierno, un palacio noble de tinte morisco en la colina del Mal Consejo, al sur de la ciudad, que tenía una torre octogonal rodeada de fuentes y bosques de acacias y pinos. La mansión era un mundo británico en miniatura, con su salón de baile con suelo de parquet, arañas de cristal, una galería para la banda de la policía, comedores, salas de billar, baños separados para británicos y nativos, y el único cementerio canino de Jerusalén para una nación de amantes de los perros. Los invitados solían vestir uniforme o frac y chistera. «El dinero y el champán», recordaba uno de ellos, «fluían como el agua».

La residencia de Wauchope constituía el centro de una Jerusalén modernista creada por los británicos a una velocidad vertiginosa. Hasta el anciano conde de Balfour se había desplazado para asistir a la inauguración de la Universidad Hebrea en el monte Scopus, cerca del nuevo hospital Hadassah; el arquitecto del Empire State Building construyó la sede de la YMCA, una torre fálica; los Rockefeller levantaron un museo gótico-morisco justo al norte de las murallas; y las «espléndidas tiendas, cafés adornados con grandes candelabros y arañas, y ricos comercios» de la avenida del Rey Jorge V le recordaban a un joven jerosolimitano, Amos Oz, más tarde un famoso escritor israelí, «la espléndida ciudad de Londres que aparecía en las películas donde judíos y árabes deseosos de adquirir cultura se mezclaban con ingleses cultivados, y donde las damas de largo cuello flotaban en traje de noche». Era la época del jazz en Jerusalén, donde las jóvenes a la última moda combinaban los coches rápidos con el evangelismo milenarista. «BELLEZAS DEL HARÉN CONDUCEN FORDS POR JERUSALÉN», anunciaba el *Boston Herald*, en una entrevista a Bertha Spafford, que, según informaba el periódico, estaba «introduciendo Flivvers [un pequeño coche de fabricación estadounidense] y termos entre los turcos y que dice que Dios, y no Balfour, enviará a los judíos de regreso a Palestina».

Jerusalén todavía carecía de los lujos de una gran ciudad, pero en 1930 se inauguró el primer hotel de lujo, el majestuoso King David Hotel, financiado por

ricos judíos egipcios y por el financiero anglojudío Frank Goldsmith (el padre de sir James), que se convirtió de inmediato en el centro de reunión de moda y que destacaba por su «estilo bíblico» con adornos asirios, hititas y musulmanes, y por sus «altos camareros uniformados con pantalones blancos y un fez rojo». Se cuenta que un turista americano creyó que se trataba del Templo de Salomón renovado. Ragheb Nashashibi se cortaba el pelo cada día en el hotel. El King David contribuyó a hacer de Jerusalén un centro turístico de lujo para los ricos árabes del Líbano y Egipto, cuya decadente familia real solía pasar allí largas temporadas. Abdalá, el emir de Transjordania, se alojaba allí con regularidad, ya que el King David podía también atender a sus camellos y caballos. En octubre de 1934, Churchill pasó un tiempo en el hotel en compañía de su esposa y de su amigo lord Moyne, este último víctima asimismo más tarde del conflicto palestino. El muftí, para no ser menos, también construyó su propio hotel, el Palace, utilizando contratistas judíos, en el solar del antiguo cementerio de Mamilla.

El día en el que una judía estadounidense, un antigua enfermera, abrió el primer salón de belleza de la ciudad, los campesinos se quedaron mirando fijamente el escaparate a la espera de que los maniqués hablaran. La mejor librería de la ciudad, cerca de la Puerta de Jaffa, la gestionaban Boulos Said, padre del intelectual Edward, y su hermano, mientras que el emporio más elegante de la alta costura pertenecía a Kurt May y a su esposa, un caso típico de judíos huidos de Hitler. Cuando inauguraron la tienda, el nombre, «May», estaba grabado sobre la puerta en hebreo, inglés y árabe y todo el equipamiento y la decoración habían sido importados desde Alemania; al cabo de poco tiempo, las ricas esposas de los empresarios judíos y de los procónsules británicos, y las de Abdalá de Jordania, ya eran clientas habituales. El emperador Haile Selassie y su séquito en una ocasión invadieron toda la tienda. Los May eran alemanes más cultos que sionistas, Kurt había sido condecorado con la Cruz de Hierro durante la Gran Guerra, y eran irreligiosos por completo. Los May vivían encima de su tienda: tras el nacimiento de su hija Miriam, contrataron un ama de cría árabe para amamantarla, pero al crecer, sus padres desalentaron que jugara con los judíos polacos que no «eran bastante cultos». Jerusalén era todavía una ciudad pequeña: el padre de Miriam llevaba a veces a su hija a pasear fuera de la ciudad a coger ciclámenes en las floridas colinas de Judea. Los viernes por la noche eran el momento cumbre de su semana social: mientras los judíos ultraortodoxos rezaban, los May se iban a bailar al King David.

Los británicos se comportaban como si Palestina fuera una auténtica provincia imperial: el general de brigada Angus McNeil fundó el Ramle Vale Jackal Hounds Hunt, que organizaba cacerías de zorros y chacales con una jauría de perros. En el club de oficiales, los invitados sionistas observaron que todas las conversaciones giraban alrededor de la caza del pato, cuando no trataban del último partido de polo o

de alguna carrera. Un joven oficial llegó a la ciudad a bordo de su propio avión privado.

Los alumnos de las escuelas privadas británicas, instruidos en las complejidades de su propia aristocracia, disfrutaban con las jerarquías de Jerusalén, en especial con el protocolo exigido en las cenas ofrecidas en la sede del gobierno, donde sir Harry Luke, el vicecomisionado de John Chancellor, recordaba cómo el maestro de ceremonias recibía a los altos comisionados, rabinos principales, magistrados del tribunal supremo, alcaldes y patriarcas: «Su excelencia, su señoría, sus beatitudes, sus eminencias, señores obispos, su paternidad, sus reverencias, honorables señores, damas y caballeros».

Esta próspera nueva Jerusalén, que tenía 132 661 habitantes en el año 1931, era la demostración de que el gobierno británico y la inmigración sionista habían contribuido a crear una economía floreciente, y al incremento de la inmigración árabe: a Palestina inmigraban más árabes que judíos, y la población árabe en Palestina aumentó en un 10 por 100, un incremento que doblaba el de Siria o Líbano.

[\*5] En diez años, Jerusalén atrajo a 21 000 nuevos árabes, y a 20 000 nuevos judíos, eran los días del apogeo lleno de *glamour* de las grandes familias. Los británicos se entendieron bien con las dinastías árabes, los Nusseibeh y los Nashashibi, que todavía poseían el 25 por 100 de la tierra, y a quienes «el orden social importado por los británicos les sentaba como un guante», escribiría Sari Nusseibeh, el futuro filósofo palestino. «Los hombre pertenecían a la misma sociedad de caballeros, y en privado, los oficiales británicos tendían a preferirlos a los presuntuosos judíos rusos».

Las grandes familias nunca habían vivido con tanto lujo: el padre de Hazem Nusseibeh poseía dos «suntuosas residencias, cada una de ellas tenía entre 20 y 30 habitaciones». Los padres habían sido educados en Constantinopla, los hijos asistirían a la escuela privada británica St George en Sheikh Jarrah y después a Oxford. Hazem Nusseibeh, el tío de Sari, recordaba «lo divertido que era observar a la aristocracia *effendi* de la Jerusalén árabe, ataviada en verano con trajes de seda bien planchados, zapatos lustrados y corbatas de seda». El hermano de Hazem, Anwar Nusseibeh, paseaba por las calles de Jerusalén en un reluciente Buick, el primero en llegar a la ciudad.

Buena parte de la clase media árabe, musulmanes y ortodoxos, trabajaba para el mandato. Vivían en chalets y palacetes de piedra rosada en el mundo otomano de Sheikh Jarrah, Talbieh, Bakaa y Katamon, los barrios periféricos descritos por Amos Oz, «una ciudad envuelta en un velo, sobrecargada de cruces, torretas, mezquitas y misterios» y llena de «monjes y monjas, cadíes y muecines, notables, mujeres ocultas tras un velo y sacerdotes encapuchados». En el curso de una visita que Oz realizó a una acomodada familia árabe, admiró a los «hombres con mostachos y a las mujeres enojadas», y a las «jovencitas encantadoras, de caderas estrechas, uñas rojas y

elegantes peinados, y vestidas con faldas deportivas».

El historiador George Antonius, un estético «patriota sirio dotado de la lucidez de un catedrático de universidad», y su «encantadora, bella» e incontenible esposa Katy, hija de un magnate libanés de la prensa egipcia,<sup>[\*6]</sup> celebraban «suntuosas fiestas, almuerzos, cenas y recepciones, todo el año». Su casa de Sheikh Jarrah, propiedad del muftí y que contenía una biblioteca de doce mil libros, era el cuartel general social de los notables árabes, élites británicas y visitantes célebres, y también el salón político de los nacionalistas árabes. «Bellas mujeres, comida deliciosa, conversación inteligente: todo el que era alguien estaba allí, en las mejores fiestas de Jerusalén», recordaba Nassereddin Nusseibeh, «y siempre reinaba en ellas la atmósfera más deliciosa y decadente». Se decía que su matrimonio era abierto, y eran notorios los flirteos de Katy, que sentía debilidad por los ingleses de uniforme: «Era traviesa, sentía curiosidad por todo», recordaba un viejo jerosolimitano; «solía iniciar los cotilleos; siempre estaba emparejando a la gente». Antonius le explicaría más tarde a su hija una fiesta con una orquesta de baile ofrecida por un vividor local en la que horrorizó y excitó a sus invitados proponiendo un juego de cambio de parejas que se había inventado: invitaría a diez parejas, pero cada persona llegaría con un acompañante que no fuera su cónyuge, y después, ya se vería qué ocurría.

El enfriamiento del entusiasmo de los británicos por el sionismo los distanció cada vez más de los judíos, y tal vez la queja de sir John Chancellor, el alto comisionado, fuera representativa: los judíos eran «un pueblo desagradecido». Cada vecindario judío pertenecía a un país diferente: Rehavia, donde vivían los profesores laicos alemanes y los funcionarios británicos, era el barrio periférico más deseado, civilizado, tranquilo y europeo; el barrio de Bokhara pertenecía a Asia central; el jasídico Meah Shearim era miserable, empobrecido y recordaba a la Polonia del siglo XVII; los perfumes de Zikhron Zion se subían a la cabeza; «los olores de la pobre cocina asquenazí, *borscht* [sopa de remolacha y verduras], ajo, cebolla y col fermentada», recordaba Amos Oz; Talpiot era la réplica jerosolimitana de un ajardinado suburbio berlinés, mientras que su propio hogar en Kerem Avraham, construido alrededor de la antigua casa del cónsul británico James Finn, tan rusa, «era chejoviano».

Weizmann había calificado a Jerusalén de «moderna Babel», pero todos estos mundos diferentes seguían mezclándose, pese a los espasmos de violencia y a los nubarrones que no presagiaban nada bueno. Esta Jerusalén cosmopolita, escribió Hazem Nusseibeh, era «una de las ciudades más estimulantes del mundo en las que vivir». Continuamente se abrían nuevos cafés de los que disfrutaban una nueva clase de intelectuales, vividores y ociosos paseantes, financiados por las huertas familiares de naranjos, por los artículos en los periódicos y por los sueldos de los funcionarios. Los cafés ofrecían danza del vientre respetable, además de versiones *suzi* más

picantes, cantantes de cabaré y baladistas tradicionales, grupos de jazz y cantantes populares egipcios. Durante los primeros años del mandato británico, el extravagante intelectual Khalil Sakakini recibía a su corte en el Café Vagabond, situado nada más entrar en la ciudad por la Puerta de Jaffa junto al hotel Imperial, donde este pretendido «príncipe del ocio», mientras fumaba su narguile, y entre chupito y chupito de *arak*, el agua de fuego libanesa, hablaba de política y exponía en profundidad su filosofía hedonista, el Manifiesto de los Vagabundos, «la ociosidad es el lema de nuestro partido; el día laborable consta de dos horas»; después, se entregaba al placer de «comer, beber y disfrutar». Para su desgracia, su indolencia se vio limitada tras su nombramiento a inspector de educación de Palestina.

Hacía ya tiempo que Wasif Jawhariyyeh, el *oudista* que disfrutaba de una sinecura municipal, había abrazado la ociosidad: su hermano abrió el Café Jawhariyyeh en la carretera de Jaffa, cerca del complejo ruso, que ofrecía espectáculos de cabaré y la actuación de un grupo musical. Un cliente habitual del cercano Café Postal recordaba «la clientela cosmopolita, un oficial del zar con barba blanca, un joven oficinista, un pintor inmigrante, una dama elegante que no dejaba de hablar de sus propiedades en Ucrania, y muchos jóvenes inmigrantes, hombres y mujeres».

A una gran parte de los británicos le gustaba esta «auténtica mezcla de culturas», y en especial a sir Harry Luke, que presidía sobre una familia típica: «La niñera era del sur de Inglaterra, el mayordomo, un ruso blanco,<sup>[\*7]</sup> el criado, un turco chipriota, Ahmed, el cocinero, era un granuja berebere negro, el marmitón un armenio que nos sorprendió al resultar ser una niña; y la doncella es rusa». Sin embargo, no todos estaban tan encantados. «Siento auténtica aversión por todos ellos», dijo el general sir Walter «Squib» Congreve. «Son unos animales. Todos ellos juntos no valen siquiera lo que un único inglés».

## BEN GURION Y EL MUFTÍ: EL SOFÁ QUE SE ENCOGÍA

El muftí se hallaba en el apogeo de su prestigio, aunque tenía dificultades para controlar al amplio abanico de puntos de vista de los árabes, desde los liberales de tendencia occidentalizante como George Antonius, pasando por los marxistas y los nacionalistas laicos, hasta los fundamentalistas musulmanes. Muchos árabes detestaban al muftí, pero la mayoría de ellos estaba llegando al convencimiento de que sólo la lucha armada podría detener el sionismo. En noviembre de 1933, el antiguo alcalde, Musa Kazem Husseini, de ningún modo admirador de su primo el muftí, encabezó unas manifestaciones en Jerusalén que desencadenaron unos disturbios en los que murieron treinta árabes. Con la muerte de Musa Kazem, el año siguiente, los árabes perdieron a un anciano político respetado por todos: «Se derramaron muchas lágrimas por Musa Kazem», escribió Ahmed Shuqary, un líder



palestino posterior, «mientras que Haj Amin (el muftí) hacía llorar a mucha gente». Más de un cuarto de millón de judíos llegó a Palestina durante la segunda década del mandato, el doble que durante la primera. Los árabes, que fueran los más sofisticados de la élite de Jerusalén, o que fueran los islamistas radicales de los Hermanos Musulmanes, todos tenían ahora la sensación de que los británicos nunca detendrían la inmigración de los judíos, ni tampoco pondrían freno a la organización cada vez más sofisticada del Yishuv, el nombre con el que se conocía a la comunidad judía. Se les estaba acabando el tiempo. En el año 1935, en el punto álgido de la inmigración, llegaron sesenta y seis mil judíos. En esa morbosa época en la que la guerra se solía considerar un ritual de purificación nacional, incluso el intelectual Sakakini y el esteta Jawhariyyeh habían llegado a creer que sólo la violencia podría salvar Palestina. La respuesta, escribió Hazem Nusseibeh, estaba en «la rebelión armada».

Esto fue a lo que se enfrentaba el anciano Weizmann, que ostentaba de nuevo la presidencia de los sionistas, aunque el poder real estuviera en manos de Ben Gurion, recién elegido presidente del ejecutivo de la Agencia Judía, la máxima autoridad del Yishuv. Los dos tenían el mismo estilo autocrático e intelectual, los dos se habían consagrado al sionismo y a la democracia occidental, y sin embargo eran opuestos. Ben Gurion era un hombre de acción brusco y de clase obrera, capacitado para liderar en tiempos de guerra y de paz. No se le daba bien la conversación trivial (excepto cuando hablaba de historia y filosofía) y no tenía sentido del humor; la única broma que el diminuto Ben Gurion hizo en alguna ocasión era acerca de la altura de Napoleón, «nadie era más grande que Napoleón, sólo más alto». Casado y con dos hijos, y marido insatisfecho, tuvo un romance discreto en Londres con una inglesa alta y de ojos azules. Sin embargo, era un solitario amargado y un estratega reflexivo, siempre obsesionado por la causa, que coleccionaba libros, y pasaba su tiempo libre en las librerías de viejo. El Viejo, como ya se le conocía, estudió castellano para poder leer a Cervantes, y griego para poder leer a Platón; mientras planeaba el estado, leyó filosofía griega; y cuando planeó la guerra, leía a Clausewitz.

Weizmann era el *grand seigneur* del sionismo, vestido con trajes de Savile Row, más cómodo en los salones de Mayfair que en las granjas bañadas por el sol de Galilea, y en un posición muy acomodada gracias a las acciones preferentes de Marks & Spencer donadas por sus amigos, la familia Sieff. «Te has convertido en el rey de Israel», le dijo Ben Gurion, que no tardaría en volverse contra «el régimen de fetichismo personal de Weizmann». Weizmann, por su parte, sabía muy bien que, a diferencia de Ben Gurion, él no tenía madera de guerrero, y respetaba y despreciaba al mismo tiempo la militancia del otro, más joven que él. En las seiscientas páginas de sus memorias, sólo menciona el nombre de Ben Gurion en dos ocasiones. Si a Weizmann se le solía confundir con Lenin por su aspecto, Ben Gurion emulaba el implacable pragmatismo del bolchevique.



Ben Gurion había empezado como socialista, había ascendido en el movimiento sindicalista y no había perdido del todo la creencia de que la nueva Palestina debía pasar por la cooperación entre las clases obreras árabes y judías. Si bien es posible que Ben Gurion soñara con un estado judío, lo cierto es que esa posibilidad le parecía totalmente improbable y remota. Opinaba que «el movimiento nacional árabe había nacido casi al mismo tiempo que el sionismo político», y lo valoraba positivamente, y, en consecuencia, creía que una confederación árabe-judía era lo mejor que podían esperar los judíos en aquel momento. Tanto él como el muftí se tantearon mutuamente con planes para un estado compartido: visto en retrospectiva, todavía era posible un acuerdo. En agosto de 1934, Ben Gurion inició una serie de reuniones con Musa al-Alami,<sup>[\*8]</sup> un abogado que trabajaba para los británicos, y con George Antonius, el escritor, los dos moderados y asesores del muftí. Ben Gurion propuso, o bien un gobierno compartido por árabes y judíos, o bien una entidad judía en el seno de una federación árabe que también incluyera Transjordania e Iraq. Sin duda, sostenía Ben Gurion, Palestina era como un sofá, en el que había sitio para todos. El muftí, aunque impresionado, no quiso pronunciarse. Más tarde, Alami llegaría a la conclusión de que el muftí y Ben Gurion tenían en común el mismo rígido nacionalismo, aunque Ben Gurion era mucho más flexible y hábil. Lamentó que los árabes nunca hubieran producido su propio Ben Gurion. Mientras tanto, el muftí y sus aristocráticos correligionarios estaban perdiendo el control de su movimiento.

En noviembre de 1935, un predicador sirio, el jeque Izzat al-Din al-Qassam, un funcionario de segundo nivel en el tribunal de la *sharia* del muftí en Haifa, y que le apremiaba constantemente a rechazar cualquier compromiso político, se rebeló contra los británicos. Qassam era mucho más radical que el muftí, un fundamentalista puritano que creía en la santidad del martirio, un precursor de al-Qaeda y de los yihadistas de hoy en día. Aquel mes de noviembre, condujo a trece *muyahidin* de su célula Mano Negra hasta las colinas donde, el día 20, fue acorralado por cuatrocientos policías británicos y cayó muerto. El martirio de Qassam<sup>[\*9]</sup> llevó al muftí al borde de la revuelta. En abril de 1936, el sucesor de Qassam lanzó una operación en las afueras de Nablus en la que murieron dos judíos, y en la que un alemán que afirmaba ser nazi «por el bien de Hitler» fue liberado. Este ataque encendió la chispa y los nacionalistas judíos del Irgun respondieron matando a dos árabes. Cuando empezaron los tiroteos, sir Arthur Wauchope no estaba en absoluto cualificado para reaccionar. Un joven oficial observaría que «no sabe qué hacer».<sup>[3]</sup>

# CAPÍTULO 49

## LA REVUELTA ÁRABE, 1936-1945

### EL TERROR DEL MUFTÍ

En una fresca noche en Jerusalén de principios de 1936, «bajo el despejado cielo nocturno, empezaron a sonar aquí y allá disparos de rifle» y Hazem Nusseibeh cayó en la cuenta de que «la rebelión armada había comenzado». La revuelta se intensificó poco a poco. En abril de aquel mismo año, unos árabes mataron a dieciséis judíos en Jaffa. Los partidos palestinos formaron un Alto Comité Árabe bajo la presidencia del muftí y convocaron una huelga general que enseguida escapó a cualquier control. El muftí anunció que se trataba de una guerra santa, y denominó a sus fuerzas, «ejército de la guerra santa»; los voluntarios empezaron a llegar desde Siria, Iraq y Transjordania para combatir a los británicos.

El 14 de mayo, dos judíos fueron asesinados a tiros en el barrio judío, y el muftí insistió en que «los judíos están intentando expulsarnos del país, asesinando a nuestros hijos e incendiando nuestras casas». Dos días más tarde, unos pistoleros árabes mataban a tres judíos en el cine Edison.

En el Yishuv empezó a cundir el pánico, pero Ben Gurion adoptó una política de contención. Los ministros británicos, entretanto, se cuestionaban ahora toda la base del mandato y le encargaron un informe al conde Peel, ex ministro del gabinete. En octubre de 1936 el muftí desconvocó la huelga, aunque se negó a reconocer la autoridad de Peel. Weizmann, por su parte, conquistó a los comisionados. A insistencia del emir Abdalá, el muftí prestó declaración en la que exigió la independencia de los palestinos, la anulación de la declaración Balfour y la retirada de los judíos, unas declaraciones que no presagiaban nada bueno.

En julio de 1937, Peel propuso una solución que contemplaba la creación de dos estados: la división de Palestina en una zona árabe (el 70 por 100 del país) que se uniría a la Transjordania del emir Abdalá, y una zona judía (el 20 por 100). Propuso además el traslado de los trescientos mil árabes residentes en la zona judía. Jerusalén quedaría como una entidad territorial especial bajo el control de los británicos. Los sionistas aceptaron la propuesta, puesto que no se les escapaba que, en una división, nunca les entregarían Jerusalén. Weizmann no se sintió decepcionado por el pequeño tamaño de la entidad judía, declarando que «el [reino] del rey David era más pequeño».

Peel lamentó que, en contraste con los sionistas, «ni una sola vez desde 1919,

ningún líder árabe se ha manifestado en el sentido de que la cooperación con los judíos podía ser posible». Solo Abdalá de Transjordania apoyó con entusiasmo el plan de Peel. Visto en retrospectiva, esta solución hubiera imposibilitado Israel en su forma actual, pero, en aquel momento, la idea del conde inglés de crear un estado judío inflamó a todos los palestinos, y tanto el muftí como su rival Nashashibi rechazaron el plan.

La revuelta estalló de nuevo y, en esta ocasión, el muftí adoptó la violencia organizada por él mismo; según todas las apariencias, estaba más interesado en asesinar a sus rivales palestinos que a los británicos o los judíos. «Al parecer», escribe el último historiador de los Husseini, «fue personalmente responsable por establecer el terror interno como medio de control». El muftí, mientras se comía su plato favorito, sopa de lentejas, siempre acompañado de sus guardaespaldas sudaneses descendientes de los custodios tradicionales del Haram, se comportaba como un capo de la mafia, ordenando asesinatos que en dos años de luchas fratricidas eliminaron a muchos de sus compatriotas más moderados y decentes. Nueve días después de su reunión con Peel, el muftí visitó al cónsul general alemán en Jerusalén para manifestarle su simpatía por el nazismo y su deseo de cooperar. Al día siguiente, los británicos intentaron detenerle, pero buscó santuario en al-Aqsa.

Los británicos no se atrevieron a atacar el santuario. En lugar de ello, pusieron sitio a Hussein en la Explanada de las Mezquitas, y lo acusaron de ser el instigador de la revuelta. Sin embargo, no todas las bandas árabes estaban bajo el control del muftí: los seguidores yihadistas de Qassam también asesinaban con entusiasmo a cualquier árabe sospechoso de cooperar con las autoridades. Entre los propios árabes estalló una guerra civil en toda regla. Fue en aquel momento cuando se dijo que el muftí hacía llorar a muchas familias.

Tras haberle dado apoyo a la revuelta en un primer momento, Ragheb Nashashibi se opuso a la estrategia y el terror del muftí. La casa de Nashashibi fue barrida con fuego de ametralladora y un joven primo suyo murió mientras miraba un partido de fútbol. Cuando Fakhri Bey Nashashibi, su sobrino, acusó al muftí de egoísmo destructivo, los periódicos publicaron su sentencia de muerte, y más tarde sería asesinado en Bagdad. Nashashibi armó a sus seguidores, a los que se conoció como «las unidades de Nashashibi», o «bandas de paz», que se enfrentaron a los hombres del muftí. El tocado árabe se convirtió en el santo y seña de la revuelta: los seguidores de Husseini llevaban la *kufiyah*, el pañuelo palestino de cuadros; los Nashashibi, el fez de la transigencia. El muftí creó sus propios tribunales para juzgar a los traidores y acuñó sellos rebeldes.

En Jerusalén, la revuelta estaba dirigida por Abd al-Kadir Husseini, de treinta años, y el comandante del ejército de la guerra santa. Era el hijo del fallecido Musa Kazem Husseini (utilizaba el *nom de guerre* Abu Musa) y había recibido una

excelente educación en la escuela del obispado anglicano de Gobat, en el monte Sión. Había utilizado la ceremonia de su graduación en la Universidad de El Cairo para denunciar la perfidia de los británicos y la conspiración sionista. Tras ser expulsado de Egipto, organizó el Partido Árabe Palestino del muftí, editó sus periódicos y fundó, bajo la tapadera de los *boyscouts*, su propia milicia Mano Verde que se convertiría en su ala militar.

En su casa, era un elegante aristócrata que lucía un fino bigote y vestía trajes ingleses, pero era en acción y en el campo donde se sentía en su elemento, en su coche, siempre armado y al lado del conductor, llevando a cabo tareas de protección y combatiendo. A menudo «humillaba a las tropas coloniales de Jerusalén», observó Wasif Jawhariyyeh el *oudista*. Cayó herido en 1936 en una escaramuza contra los tanques británicos cerca de Hebrón, pero después de curar sus heridas en Alemania, regresó para seguir combatiendo desde su base en el pueblo natal de Juan el Bautista, Ein Kerem. En la ciudad, organizó el asesinato de un jefe de policía británico. Herido de nuevo durante un ataque de la RAF, los admiradores de Husseini le consideraban un caballero andante árabe que había renunciado al lujo para combatir junto a los campesinos árabes contra los intrusos infieles; sus enemigos palestinos, por el contrario, le consideraban uno de los peores guerreros del muftí cuyos matones aterrorizaban a los pueblos que no apoyaban a los Husseini.

El 26 de septiembre de 1937, el comisionado británico del distrito en Galilea, Lewis Andrews, fue asesinado. El 12, el muftí escapó de Jerusalén disfrazado de mujer, una salida indigna que debilitó su poder en Palestina. Desde el exilio en Líbano, dirigió las operaciones de una guerra que seguía intensificándose e impuso de forma implacable la obediencia a su persona y sus rígidas e intransigentes políticas.

A los británicos les estaba resultando muy difícil mantener Palestina: Nablus, Hebrón y partes de Galilea escaparon a menudo a su control, e incluso perdieron la Ciudad Vieja durante breves períodos de tiempo. Los británicos reclutaron auxiliares judíos de la Haganah para incorporarlos a lo que se conocía como la Jewish Settlement Police (policía del asentamiento judío), que, sin embargo, a duras penas podía defender las poblaciones más remotas. Los sionistas nacionalistas se sentían indignados por la política de contención de Ben Gurion. El Irgun Zvai Leumi, la organización militar nacional, que al principio de la revuelta no tenía más de mil quinientos hombres, respondió a los ataques árabes cometiendo atrocidades contra los civiles árabes y lanzando granadas a los cafés de Jerusalén. El Domingo Negro de noviembre de 1937 iniciaron una serie de atentados con bomba coordinados, ante el horror de Weizmann y de Ben Gurion, pero los voluntarios no dejaban de alistarse en el Irgun. Igual que los árabes moderados estaban siendo aniquilados por los matones del muftí, del mismo modo la revuelta destruyó la credibilidad de los judíos conciliadores como Judah Magnes, el rector estadounidense de la Universidad

Hebrea, que deseaba un estado binacional con un Congreso bicameral de árabes y judíos, y ninguna entidad política judía. La contención de Ben Gurion pronto se agotó, y los británicos se dejaron por fin de contemplaciones y decidieron aplastar a los árabes por el medio que fuera: aplicaron castigos colectivos en algunas poblaciones y, en un momento dado, destruyeron todo un barrio de Jaffa. En junio de 1937 instauraron la pena de muerte para cualquiera que llevara armas. En octubre, sir Charles Tegart, que había mantenido un férreo control del orden en Calcuta durante treinta años, llegó a Jerusalén. Construyó treinta «fuertes Tegart», erigió vallas de seguridad en las fronteras y se puso al frente de la contrainsurgencia y de los servicios de inteligencia, creando los Arab Investigation Centres (centros de investigación árabes). Tegart dirigió una escuela en Jerusalén occidental en la que los interrogadores recibían instrucción sobre cómo torturar a los sospechosos, por ejemplo, mediante la técnica de la «lata de agua», en la que, con una cafetera, se introducía agua a la fuerza por la nariz del sospechoso, un método conocido como «el submarino», hasta que el gobernador de la ciudad, Keith-Roach exigió el traslado de esta escuela. Un oficial de la RAF, Arthur Harris, que más tarde alcanzaría notoriedad como «el Bombardero» de Dresde, supervisó los ataques aéreos sobre las poblaciones rebeldes. Sin embargo, y mientras en Europa se intensificaba la crisis con Hitler, los británicos no podían conseguir las tropas suficientes para aplastar la revuelta, y necesitaban, por lo tanto, más ayuda de los judíos.

Orde Wingate, un joven experto en contrainsurgencia y bien relacionado, fue destinado a Jerusalén donde el alto comisionado le invitó a alojarse en su casa. Wingate observó que «Wauchope escucha los consejos de todo el mundo y, al no comprender la situación, ha perdido todo el control». Wingate recomendó formar combatientes judíos y llevar la insurgencia a los insurgentes. Se convertiría en la versión sionista de Lawrence; Weizmann le llamó «Lawrence de Judea». Cosas del azar, estos dos arabistas nada convencionales eran primos.<sup>[1]</sup>

## ORDE WINGATE Y MOSHE DAYAN: LA CAÍDA DE LA CIUDAD VIEJA

Wingate, hijo de un rico coronel de las colonias imbuido de la misión evangélica de convertir judíos, había sido educado en la Biblia y en el imperio, dominaba el árabe e, igual que Lawrence, se ganó los galones al mando de tropas irregulares árabes, una unidad del East Arab Corps en Sudán. «En él», escribiría Weizmann, «se fusionaban el estudiante y el hombre de acción, una combinación que me recordaba a Lawrence». Sin embargo, a su llegada a Jerusalén, sufrió una conversión casi damascena,<sup>[\*1]</sup> impresionado por la energía de los sionistas y por la repulsa que le provocaron las tácticas de matón del muftí y el antisemitismo de los oficiales británicos: «Todos están contra los judíos», declaró, «¡pues yo estoy con ellos!».

Wingate pasó revista a las atribuladas tropas británicas e inspeccionó las granjas judías. En la oscuridad de la noche, recibían la visita de «un extraordinario personaje» tocado de un borsalino o un salacot, vestido con un maltrecho traje de algodón y una corbata del cuerpo de artillería, que parecía «el tipo de hampón que uno se encontraba por los dudosos garitos de Tel Aviv». Siempre armado hasta los dientes, el capitán Wingate, de treinta y tres años, que tenía «unos ojos azules muy penetrantes, rasgos aguileños y cuyo aspecto parecía el de un distante asceta con un aire erudito», llegaba a bordo de un Studebaker cargado de armas, mapas, fusiles Lee-Enfield, granadas de mano, y una Biblia. Wingate llegó a la conclusión de que «los judíos harán mejores soldados que los nuestros». En marzo de 1938, el comandante británico sir Archibald Wavell, impresionado por «esta extraordinaria personalidad», le ordenó a Wingate que formara tropas especiales judías y desplegara estos pelotones, a los que se dio en llamar «pelotones especiales nocturnos», contra los rebeldes. Wavell ignoraba a qué se enfrentaba: «En aquel momento, yo ignoraba su parentesco con T. E. Lawrence».

Wingate instaló su cuartel general en el hotel Fast, cerca de la Puerta de Jaffa, aprendió hebreo y al cabo de poco tiempo los sionistas le conocían como «el Amigo», los árabes lo consideraban un enemigo y sus colegas y oficiales británicos, un temerario bicho raro. Se trasladó de la sede del gobierno a una nueva casa en Talpiot con su esposa Lorna, «muy joven y hermosa, como una muñeca de porcelana a quien la gente no podía quitarle los ojos de encima», recordaba Ruth Dayan. Moshe Dayan, el marido de Ruth, de veintidós años, hijo de inmigrantes rusos y nacido en el primer kibutz, se había incorporado (en secreto) a la Haganah y prestaba servicio (abiertamente) en el cuerpo de policía judío, la Jewish Settlement Police, cuando, «una noche, un hombre de la Haganah de Haifa se presentó en casa acompañado de un extraño visitante. Wingate era un hombre delgado, que llevaba un revólver al cinto y una pequeña Biblia. Antes de pasar a la acción, solía leer un pasaje de la Biblia relacionado con el lugar en el que se iba a desarrollar la siguiente operación». Este heredero militar de los bibliólatras evangélicos condujo a sus pelotones nocturnos contra los pistoleros árabes, que se vieron «obligados a darse cuenta de que ya no podían encontrar un camino seguro y que lo más probable era que les pillaran por sorpresa en alguna emboscada en cualquier sitio». Durante la revuelta, y más tarde durante la segunda guerra mundial, los británicos entrenaron a veinticinco mil soldados de las tropas auxiliares judías, que incluían otras unidades de comando a las órdenes de Yitzhak Sadeh, un excombatiente del Ejército Rojo ruso que se convertiría en el jefe del estado mayor de la Haganah: «¡Sois los hijos de los macabeos!», les decía Wingate, «¡sois los primeros soldados de un ejército judío!». La experiencia y el espíritu de estos soldados configurarían más tarde la base de las fuerzas armadas israelíes.

En septiembre de 1938, el acuerdo de Munich del primer ministro Neville Chamberlain que apaciguó la agresividad de Hitler, y le permitió desmembrar Checoslovaquia, liberó tropas británicas, y veinticinco mil soldados de refuerzo llegaron a Palestina. No obstante, en Jerusalén, los rebeldes llevaron a cabo un audaz golpe: el 17 de octubre, tomaron toda la Ciudad Vieja, pusieron barricadas en las puertas, expulsaron a los soldados británicos e incluso acuñaron sellos postales con la marca de al-Quds. Wasif Jawhariyyeh, que vivía cerca de la Puerta de Jaffa, se sintió orgulloso al ver una bandera árabe ondeando en lo alto de la Torre de David. Los pistoleros árabes aterrorizaron a un atribulado rabino en el Muro de las Lamentaciones. El 19 de octubre, los británicos tomaron las puertas por asalto y reconquistaron la ciudad, matando a 19 tiradores mientras Wasif observaba desde su casa. «No puedo describir la noche de la batalla entre el ejército británico y los rebeldes. Vimos las explosiones y oímos el increíble estruendo de las bombas y de las balas».

Pese a ser un héroe para los judíos, los oficiales británicos, a cuyos oídos habían llegado habladurías según las cuales Wingate solía abrirles la puerta de su casa a los visitantes completamente desnudos, y que mantenía un romance con una cantante de ópera judía, cada vez estaban más convencidos de que las operaciones de Wingate eran contraproducentes. Incluso Dayan tuvo que reconocer que, «según los patrones habituales, no se le podía considerar del todo normal. [Después de una operación] se sentaba en un rincón completamente desnudo mientras leía la Biblia y mordisqueaba cebollas crudas». Al comandante de la división de Wingate, el general de división Bernard Montgomery, no le gustaba su temeridad militar y su partidismo sionista. Más tarde, Montgomery le diría a Dayan que Wingate «era mentalmente inestable». Wingate recibió la orden de regresar al cuartel general británico en Jerusalén. Ahora que los británicos tenían las tropas, ya no necesitaban comandos judíos.

Montgomery les dijo a los representantes de ambos bandos: «Me trae sin cuidado si son ustedes judíos o gentiles. Mi misión es la de mantener la ley y el orden, y tengo intención de hacerlo». Montgomery anunció que la revuelta había sido «final y definitivamente aplastada». Quinientos judíos habían muerto, y ciento cincuenta británicos, y la sociedad palestina todavía no se ha recuperado por completo de los daños que causó aquella revuelta: una décima parte de los varones de entre veinte y sesenta años murieron, fueron heridos o marcharon al exilio; ciento cuarenta y seis fueron condenados a muerte, cincuenta mil detenidos y cinco mil hogares quedaron destruidos. Unos cuatro mil fueron asesinados, muchos de ellos por sus correligionarios árabes. La revuelta terminó justo a tiempo, porque las tropas británicas volvían a ser necesarias en Europa. «Lamentaré dejar Palestina, por muchas razones», diría Montgomery, «me ha gustado esta guerra».<sup>[\*2]</sup>

Neville Chamberlain, el hijo del hombre que había propuesto una patria judía en

Uganda, decidió derogar la declaración de Balfour. Si estallaba una guerra, a los judíos no les quedaría más remedio que respaldar al Reino Unido contra los nazis; en cambio, los árabes sí que podrían elegir. «Si tenemos que ofender a alguien», diría Chamberlain, «mejor a los judíos que a los árabes». En consecuencia, invitó a los dos bandos, y a los estados árabes, a una conferencia en Londres. Los árabes eligieron delegado al muftí principal, pero puesto que los británicos no toleraban su presencia, su primo, Jamal al-Husseini encabezó una de las delegaciones árabes; Nashashibi llegó al frente de los moderados. Los Husseini se alojaron en el Dorchester y los Nashashibi en el Carlton. Weizmann y Ben Gurion representaban a los sionistas. El 7 de febrero de 1939, Chamberlain tuvo que inaugurar la conferencia dos veces, en vista de que los árabes y los sionistas se negaban a negociar directamente.

Chamberlain esperaba poder convencer a los sionistas de que aceptaran detener la inmigración, pero sus intentos fueron vanos. El 15 de marzo el Führer invadió lo que quedaba de Checoslovaquia, dejando patente la inutilidad de la política de apaciguamiento de Chamberlain con respecto a Hitler. Dos días más tarde, Malcolm MacDonald, el ministro para las colonias, promulgó un Libro Blanco en el que proponía limitar las compras de tierras de los judíos y restringir la inmigración a quince mil personas al año durante cinco años, después de los cuales, los árabes tendrían derecho a veto, la independencia de Palestina al cabo de diez años, y no se crearía ningún estado judío. Era la mejor oferta que los británicos, o nadie, les harían a los palestinos en todo el siglo XX, pero el muftí, haciendo gala de una espectacular incompetencia política y de una intransigencia megalómana, la rechazó desde su exilio en Líbano.

Ben Gurion preparó su milicia Haganah para la guerra contra los británicos. Los judíos se sublevaron en Jerusalén. El 2 de junio, el Irgun colocó una bomba en un mercado en el exterior de la Puerta de Jaffa, matando a nueve árabes. El 8, la última noche de su estancia en Jerusalén en el curso de un viaje por Oriente, un joven visitante estadounidense, John F. Kennedy, hijo del embajador de Estados Unidos en Londres, oyó catorce explosiones provocadas por el Irgun que dejaron sin electricidad a toda la Ciudad Santa. Muchos compartían ahora la opinión de Montgomery de que «los judíos asesinan a los árabes, y los árabes asesinan judíos, y con toda probabilidad lo seguirán haciendo durante los próximos cincuenta años».<sup>[2]</sup>

## EL MUFTÍ Y HITLER: GUERRA MUNDIAL EN JERUSALÉN

Mientras Hitler parecía arrollar todo lo que encontraba por delante, el muftí de Jerusalén vio una oportunidad de dar un golpe contra sus enemigos comunes, los británicos y los judíos. Francia se había derrumbado, la Wehrmacht avanzaba hacia Moscú y Hitler había empezado a llevar a la práctica su «Solución Final», la



aniquilación de seis millones de judíos.<sup>[\*3]</sup> El muftí se había trasladado a Iraq para dirigir desde allí las intrigas contra los británicos, pero después de seguir organizando derrotas, tuvo que huir a Irán, donde, perseguido por los agentes británicos, se embarcó en un azaroso viaje que le llevó por fin hasta Italia. El 27 de octubre de 1941, Benito Mussolini le recibía en el Palazzo Venezia en Roma, y le mostró su apoyo a la creación de un estado palestino: si los judíos querían su propio país, «deberían instalar Tel Aviv en América», dijo el Duce. «Aquí en Italia tenemos 45 000 judíos, y no habrá lugar para ellos en Europa». El muftí, «muy satisfecho por la reunión», voló entonces hasta Berlín.

A las cuatro y media de la tarde del 28 de noviembre, el muftí fue recibido por un tenso Adolf Hitler: los soviéticos habían detenido el avance alemán en las afueras de Moscú. El intérprete del muftí le sugirió al Führer que, según la tradición árabe, debería servir café. Hitler le respondió irritado que él no tomaba café. El muftí preguntó si había algún problema. El intérprete calmó al muftí, pero le explicó al Führer que su invitado seguía esperando que se sirviera café. Hitler replicó que ni siquiera los miembros del alto mando tenían permiso para tomar café en su presencia; entonces salió de la habitación y regresó con un guardia de las SS que traía una limonada.

Husseini le pidió a Hitler que apoyara la «independencia y la unidad de Palestina, Siria e Iraq» y la creación de una legión árabe para combatir junto a la Wehrmacht. El muftí, que se dirigía al aparente señor del mundo, estaba intentando conseguir no sólo Palestina, sino un imperio árabe gobernado por él mismo.

A Hitler le complacía que él y el muftí tuvieran los mismos enemigos: «Alemania se había embarcado en una lucha a vida o muerte contra los dos baluartes del poder judío, el Reino Unido y la Unión Soviética» y, naturalmente, no habría ningún estado judío en Palestina. Por supuesto, el Führer sugirió su Solución Final al problema judío: «Alemania estaba resuelta, paso a paso, a pedirle a una nación europea tras otra que resolvieran su problema judío». Tan pronto como «los ejércitos alemanes llegaran a la salida sur del Cáucaso», le dijo Hitler, «el objetivo de Alemania sería únicamente la destrucción del elemento judío residente en el ámbito árabe».

No obstante, hasta que Rusia y el Reino Unido no fueran derrotados, el ambicioso intento del muftí de obtener todo Oriente Medio tendría que esperar. Hitler dijo que «debía pensar y hablar fría y deliberadamente, como un hombre racional», y tener mucho cuidado de no ofender a su aliado francés de Vichy. «Estábamos preocupados por usted», le dijo Hitler a Husseini. «Conozco la historia de su vida, y he seguido con interés su largo y peligroso viaje. Me alegro de que ahora ya esté con nosotros». Más tarde, Hitler expresaría su admiración por los ojos azules y el pelo rojizo de Husseini, y llegó a la conclusión de que, definitivamente, tenía sangre aria.

El muftí compartía con Hitler no sólo la hostilidad estratégica hacia el Reino

Unido sino también el más letal antisemitismo racial, e incluso en las memorias que escribiría mucho tiempo después, recordaba que el Reichführer de las SS, Heinrich Himmler, hacia quien sintió una gran simpatía, le confió en el verano de 1943 que los nazis «ya habían exterminado a más de tres millones de judíos». El muftí, en una escalofriante declaración, se jactó de haber apoyado a los nazis «porque yo estaba convencido, y lo sigo estando, de que si los alemanes hubieran ganado la guerra, ahora no quedaría ni rastro de los sionistas en Palestina».<sup>[\*4]</sup>

Había recorrido un largo camino desde la Jerusalén multinacional, y a los judíos jerosolimitanos, naturalmente, la presencia del muftí en Berlín les causó una gran desazón. Los puntos de vista del muftí son indudablemente insostenibles, pero tampoco sería correcto utilizarlos para afirmar que los nacionalistas árabes eran antisemitas partidarios de Hitler. Wasif Jawhariyyeh quien, como veremos más adelante, sentía compasión por el sufrimiento de los judíos, era un caso típico; escribió en su diario que los árabes jerosolimitanos, que odiaban a los británicos «por su injusticia, su falta de honestidad y por la declaración de Balfour, esperaban que Alemania ganara la guerra. Solían sentarse a escuchar las noticias, esperando los titulares que anunciaban la victoria de los alemanes, y lamentándose de las buenas noticias para Inglaterra».

«Por muy extraño que suene», recordaba Hazem Nusseibeh, Jerusalén durante la guerra «gozó de una paz y prosperidad sin precedentes». Los británicos tomaron medidas drásticas contra las guerrillas judías y Moshe Dayan y sus camaradas de la Haganah fueron encarcelados en la fortaleza de Acre. En mayo de 1941, sin embargo, la Palestina británica quedó prácticamente rodeada por una pinza formada por las tropas del Eje en el norte de África y la Siria de Vichy al norte, y los británicos crearon entonces el Palmach, una pequeña fuerza de comandos integrada por antiguos combatientes de Wingate y de Sadeh, dispuestos a luchar contra los nazis.

Dayan, excarcelado, recibió la orden de realizar incursiones para preparar la invasión británica de la Siria de Vichy y Líbano. Durante un tiroteo en el sur del Líbano, mientras Dayan examinaba con los binoculares las posiciones francesas, «una bala se estrelló contra ellos haciendo añicos una de las lentes y la cubierta metálica que se me incrustó en la órbita del ojo». Odiaba el parche del ojo que tenía que llevar desde entonces, y se sentía «como un lisiado. Si al menos pudiera librarme de ese parche negro en el ojo que atraía una atención intolerable. Prefería encerrarme en casa en lugar de soportar las reacciones de la gente dondequiera que fuera». Dayan y su joven esposa se trasladaron a Jerusalén para poder recibir atención médica. Le «encantaba pasear por la ciudad, en especial por el estrecho camino que recorre la cima de las murallas que la rodean. La Ciudad Nueva me parecía en cierto modo extraña, pero la Ciudad Vieja era fascinante». La Haganah, con la ayuda de los británicos, se estaba preparando para pasar a la clandestinidad si los alemanes

conquistaban Palestina.

Jerusalén era el refugio predilecto de los reyes exiliados: Jorge II de Grecia, Pedro de Yugoslavia y el emperador de Etiopía, Haile Selassie, se alojaron todos en el hotel King David. El emperador caminaba descalzo por las calles y colocó su corona al pie del altar del Santo Sepulcro. Es indudable que sus plegarias fueron escuchadas, puesto que recuperó el trono.<sup>[\*5]</sup>

Día y noche, los corredores y los bares del King David estaban tan abarrotados de príncipes, aristócratas, cortesanas, estrellas de cine, hampones, gandules, magnates, proxenetas y *gigolos* egipcios, libaneses, sirios, serbios, griegos y etíopes, de espías de los Aliados, del Eje, sionistas y árabes, y de uniformados oficiales y diplomáticos franceses, británicos, australianos y estadounidenses, que sus clientes tenían que luchar a brazo partido para conseguir cruzar los corredores, llegar hasta el bar y conseguir el ansiado *dry martini*. En 1942, se registraba una nueva huésped en el hotel, una de las estrellas árabes de mayor fama de su tiempo, y la encarnación de la decadencia de Jerusalén como puerto franco levantino. Actuaba utilizando el nombre artístico de Asmahan, y dondequiera que fuera, esta mujer peligrosa aunque irresistible, princesa drusa, estrella de cine egipcia, cantante popular árabe, *grande horizontale* y espía de todos los bandos entre otras actividades, lograba crear misterio y hacer magníficos estragos a su propia manera.

Nacida en Siria, en el seno de una empobrecida familia drusa de la alta aristocracia que había huido a Egipto en 1918, Amal al-Altrash se reveló como cantante a la edad de catorce años, y grabó su primer disco a los dieciséis, alcanzando la fama de inmediato en la radio y, más tarde, en el cine, siempre reconocible por el lunar que tenía en la barbilla. En 1933 se casó por primera vez con su primo, el emir de Monte Druso en Siria (se casó con él y se divorció dos veces). Amal insistió en llevar la vida de una mujer occidental liberada, incluso en su palacio de la montaña, aunque pasaba la mayor parte de su tiempo en el hotel King David. En mayo de 1941, la princesa, o *amira*, fue reclutada por la inteligencia británica para regresar a Damasco, capital controlada por el gobierno francés de Vichy, y seducir y sobornar a los líderes sirios y convencerles de que apoyaran a las potencias aliadas. Cuando los Aliados reconquistaron Siria y Líbano, el general Charles de Gaulle le dio las gracias personalmente. Con sus canciones, su elegancia invencible, y desinhibida por completo (con gustos bisexuales), Asmahan, al cabo de poco tiempo sedujo a los generales franceses y británicos en Beirut, manipulándolos para enfrentarlos, y cobrando de los dos gobiernos como un agente de influencia. El enviado de Churchill, el general Louis Spears, estaba tan enamorado de ella que dijo que «era y será siempre una de las mujeres más hermosas que he visto. Tenía los ojos inmensos, verdes como el mar que cruzas para llegar al Paraíso e impresionó a los oficiales británicos con la velocidad y la precisión de una ametralladora. Por supuesto,

necesitaba dinero». Se dijo que si uno era su amante, resultaba imposible sentir soledad en su tocador, donde siempre se corría el riesgo de encontrar a un general bajo la cama, otro sobre ella y a Spears colgando de la lámpara.

Furiosa por la traición de los Aliados, que no cumplieron su promesa de conceder la inmediata independencia árabe, la princesa le robó secretos militares a un amante británico e intentó vendérselos a los alemanes; fue detenida en la frontera turca y le propinó un mordisco al oficial que la arrestó. Cuando los franceses de la Francia Libre le retiraran su salario, se trasladó a Jerusalén. Con apenas veinticuatro años, se convirtió en «la reina de los salones» del King David, donde pasaba toda la noche bebiendo su cóctel preferido a base de whisky y champán, y donde sedujo a los notables palestinos, a más oficiales británicos (y a sus esposas), y al príncipe Alí Kan. Un amigo francés recordaba que «era toda una mujer. *Elle était diabolique avec les hommes*». Su apellido era Altrash, y las mujeres británicas la llamaron Princess Trash (Princesa Basura), y horrorizó tanto a sus compatriotas drusos que, en una ocasión, la emprendieron a tiros contra la pantalla durante el pase de una de sus películas en el cine; era una mujer muy adelantada a su tiempo. Asmahan podía ser el peor enemigo de sí misma: tras iniciar un romance con el chambelán real egipcio, intentó echar a Nazli, la reina madre egipcia, de la mejor suite del hotel; en otra ocasión, una competición con una bailarina egipcia terminó en la mutilación ritual mutua de los vestidos de ambas contrincantes. Consideraba el sionismo como una oportunidad de ir a la moda: «Gracias a Dios que tenemos a los peleteros vieneses, al menos significa que una puede conseguir un abrigo de pieles decente en Jerusalén». Tras algo más de un año en la ciudad, y casarse con un tercer marido, un *playboy* egipcio, en 1944 viajó a Egipto para protagonizar la película *Amor y venganza*, pero antes de finalizar el rodaje, se ahogó en el Nilo en un misterioso accidente de coche organizado, se dijo, por la Gestapo, el MI6, el rey Farouk (a quien había rechazado) o por su rival, Umm Kulthum, la célebre cantante egipcia. Si su hermano Farid era el Frank Sinatra del mundo árabe, ella fue su Marilyn Monroe. La angélica manera de cantar de Asmahan, y en especial su canción «Noches mágicas en Viena» que obtuvo un gran éxito, todavía sigue gustando mucho.

Las abarrotadas calles estaban atestadas de soldados estadounidenses y australianos. El principal desafío del «Pachá de Jerusalén», el gobernador Edward Keith-Roach, consistía en controlar a los australianos, a quienes se les había proporcionado un burdel regentado por una cierta *madame* Zeinab en el antiguo hotel Hensmans en el centro de la Ciudad Nueva. Sin embargo, las inspecciones sanitarias fracasaron estrepitosamente en su intento de controlar la propagación de enfermedades venéreas, así que Keith-Roach envió a «Zeinab y a su variopinto equipo fuera de mi distrito».

En 1942, los alemanes se adentraron profundamente en el Cáucaso, mientras el

Afrika Korps del general Erwin Rommel avanzaba sobre Egipto. La existencia del Yishuv en Palestina se veía gravemente amenazada. Al otro lado del Mediterráneo, en Grecia, la tarea de exterminar a los judíos de África y Palestina le había sido encomendada al SS Einsatzkommando bajo la autoridad del SS-Obersturmbannführer Walter Rauff. «La aflicción, la tristeza y el miedo se asomaron a los rostros de los judíos, especialmente cuando los alemanes llegaron a Tobruk», anotó Wasif Jawhariyyeh. Un vendedor que anunciaba a gritos que vendía arena (*ramel*, en árabe, que suena muy parecido a Rommel) les hizo temer a los judíos que los alemanes se acercaban. «Empezaron a gritar e hicieron esfuerzos por huir», recordaba Wasif. El médico de Wasif era judío, y el músico se ofreció a ocultarle a él y a su familia si llegaban los nazis. El médico, sin embargo, había tomado sus propias precauciones: le enseñó a su paciente dos jeringas llenas de veneno, para él y para su esposa.

En octubre de 1942, el general Montgomery aplastó a los alemanes en El Alamein, un milagro que Weizmann comparó a la misteriosa retirada de Senaquerib de Jerusalén. Sin embargo, en noviembre, las primeras y terribles noticias del Holocausto llegaron a Jerusalén: «¡Carnicería en masa de judíos polacos!», informaba el *Palestine Post*. Los judíos de Jerusalén guardaron duelo durante tres días, un duelo que culminó con un servicio religioso en el Muro de las Lamentaciones.

Las medidas de los británicos contra la inmigración judía, anunciadas en el Libro Blanco de 1939, no podían haber llegado en peor momento: mientras la judería europea moría víctima de una carnicería en la Europa nazi, las tropas británicas obligaban a los buques llenos de desesperados refugiados a dar media vuelta. La revuelta árabe, la Solución Final de Hitler y el Libro Blanco, convencieron a muchos sionistas de que la violencia era la única manera de forzar a los británicos a concederles la patria prometida a los judíos.

La Agencia Judía controlaba la mayor milicia, la Haganah, formada por los dos mil soldados del Palmach, las fuerzas especiales, y por veinticinco mil milicianos entrenados por los británicos. Ben Gurion era ahora el indiscutible líder sionista, «un hombre bajo con una espesa y profética cabellera plateada» alrededor de la calva, en palabras de Amos Oz, «espesas cejas, una nariz ancha, la mandíbula prominente y desafiante de un viejo marino», y la fuerza de voluntad corrosiva de un «campesino visionario». Sin embargo, sería el más beligerante Irgun, bajo el mando de un nuevo e implacable líder, quien en aquel momento le declarara la guerra a los británicos.

# CAPÍTULO 50

## LA GUERRA SUCIA, 1945-1947

### MENACHEM BEGIN: SÁBADO NEGRO

«Luchamos, luego existimos», dijo Menachem Begin, adaptando a Descartes. Nacido en Brest-Litvosk, este hijo del *shtetl* se había unido al movimiento Betar de Jabotinsky en Polonia, pero se había enfrentado a su héroe rechazando sus sutilezas para forjar su propia y violenta ideología de sionismo militar, una «guerra de liberación contra aquellos que ocupan la tierra de nuestros padres» en la que combinaba la política maximalista con la religión emocional. Después de que los nazis y los soviéticos hubieran desmembrado Polonia al inicio de la segunda guerra mundial, Begin fue detenido por el NKVD de Stalin y condenado al Gulag acusado de espionaje al servicio de los británicos: «¿Qué fue de aquel agente británico?», bromeaba. «Al cabo de poco tiempo, la policía británica ponía precio a su cabeza, la mayor recompensa nunca ofrecida».

Liberado después del pacto de Stalin con el líder de Polonia, el general Sikorski, Begin se incorporó al ejército polaco que le llevó a Palestina vía Persia. Adiestrado en el oscuro continente de la picadora de carne de Stalin y del matadero de Hitler, en los que perecieron sus padres y su hermano, Begin procedía de una escuela más dura que la de Weizmann o Ben Gurion. «No es Masada», decía, «sino Modin [donde los macabeos habían iniciado su rebelión] el símbolo de la rebelión hebrea». Jabotinsky había fallecido de un ataque al corazón en 1940 y ahora, en 1944, Begin fue nombrado comandante del Irgun y de sus seiscientos combatientes. Los viejos sionistas consideraban a Begin un «plebeyo y un provinciano». Con sus gafas sin montura, «manos suaves e inquietas, incipiente calva y labios húmedos»,<sup>[\*1]</sup> Begin parecía más un maestro polaco de escuela de provincias que un cerebro revolucionario. Con todo, tenía la «paciencia de un cazador al acecho».

Aunque el Irgun se había unido a los Aliados en la guerra contra los nazis, algunos extremistas, liderados por Abraham Stern, se habían escindido. Stern murió a manos de los británicos en 1942, y su facción, el Lehi, los luchadores por la libertad, apodados «la Banda de Stern», lanzaron entonces su propia revuelta contra los británicos. Cuando la victoria aliada pareció más probable, Begin empezó a poner a prueba la determinación de los británicos en Jerusalén: desde 1929, estaba prohibido hacer sonar el *shofar*, el cuerno de carnero, el Día de la Expiación en el Muro de las Lamentaciones, una prohibición que Jabotinsky había cuestionado cada año. En

octubre de 1943, Begin ordenó que sonara el *shofar* y la policía británica cargó de inmediato contra los fieles que oraban, pero en 1944, los británicos desistieron. Begin lo interpretó como un signo de debilidad.

Este empresario de la violencia le declaró la guerra al Reino Unido, y en septiembre de 1944 el Irgun atacó las comisarías de policía en Jerusalén y a continuación asesinó a un oficial del CID (Departamento de investigación criminal) que circulaba a pie por la ciudad. Begin, apodado «el Viejo» (el mismo apodo que le habían dado a Ben Gurion) aunque apenas tuviera unos treinta años, pasó a la clandestinidad, cambiando constantemente de dirección y adoptando el disfraz de un barbudo estudioso del Talmud. Los británicos ofrecieron una recompensa de mil libras esterlinas por él, vivo o muerto.

La Agencia Judía condenó el terrorismo, pero en el mismo momento en el que los Aliados lanzaban la invasión de la Europa ocupada por Alemania,<sup>[\*2]</sup> el día D, el Lehi intentó en dos ocasiones asesinar al alto comisionado Harold MacMichael en las calles de Jerusalén. En El Cairo, aquel mes de noviembre, asesinaron a sir Walter Guinness, lord Moyne, ministro residente en Egipto y amigo de Churchill, quien le había sugerido a Ben Gurion, con una evidente falta de tacto, que los Aliados debían establecer un estado judío en Prusia oriental y no en Sión. Churchill calificó a los extremistas sionistas de «los peores gánsteres». Ben Gurion condenó los asesinatos y durante 1944 y 1945 ayudó a los británicos a dar caza a las milicias «disidentes» judías; trescientos rebeldes fueron detenidos. Los sionistas bautizaron a este período *la saison*, la temporada de caza.

El 8 de mayo de 1945, el día de la Victoria en Europa, el nuevo alto comisionado, el mariscal de campo vizconde Gort, pasó revista y recibió el saludo de las tropas en el exterior del hotel King David antes de promulgar una amnistía para los prisioneros políticos judíos y árabes, y mientras los jerosolimitanos lo celebraban con una fiesta. No obstante, la realidad de la política sectaria reapareció al día siguiente: tanto los judíos como los árabes se manifestaron por las calles, y ambos ya estaban de hecho boicoteando la alcaldía de la ciudad.

En el Reino Unido, Churchill perdió las elecciones generales. El nuevo primer ministro, Clement Attlee, había adoptado el himno de William Blake como canción de campaña de su Partido Laborista, y le había prometido al pueblo «una nueva Jerusalén», aunque demostraría ser bastante incapaz de gobernar la vieja.

Los preocupados británicos prepararon sus defensas para la inminente lucha. ¿Debía la ciudad, habitada por cien mil judíos, treinta y cuatro mil musulmanes y treinta mil cristianos, constituirse en un estado de Jerusalén gobernado por los británicos, según la propuesta de MacMichael? ¿O debía ser dividida, y los Santos Lugares gobernados por los británicos, tal como proponía Gort? En ambos casos, los británicos estaban decididos a detener la inmigración judía a Palestina, aun cuando



muchos de los inmigrantes fueran supervivientes de los campos de la muerte de Hitler confinados en miserables campos de desplazados por toda Europa. Las tropas británicas perseguían barcos repletos de desesperados refugiados judíos y les obligaban a dar media vuelta. Los británicos abordaron el *Exodus*, maltrataron a sus refugiados, muchos de ellos supervivientes de los campos de la muerte (los soldados mataron a tres de ellos) y entonces, con una falta de sensibilidad a duras penas creíble, los enviaron de regreso a los campos de Alemania. Incluso la Agencia Judía, de tendencia moderada, opinó que esta actuación era moralmente repugnante.

Ben Gurion, Begin y el Lehi acordaron, por lo tanto, formar un mando conjunto de la resistencia para introducir ilegalmente a los inmigrantes judíos procedentes de Europa y coordinar la lucha contra los británicos: atacarían trenes, aeródromos, bases militares y comisarías de policía de todo el país. Sin embargo el acuerdo de las dos facciones más pequeñas con la más moderada Haganah no era sincero. El complejo ruso, cuyos majestuosos hostales habían sido transformados en bastiones de la policía, fue uno de los objetivos predilectos del Irgun. El 27 de diciembre, destruyeron el cuartel general de la central de investigación de la policía, el antiguo hostel de peregrinos Nikolai, y Begin viajó en autobús desde Tel Aviv a Jerusalén para ver el resultado de su obra. En enero de 1946, el Irgun atentó contra la prisión en el interior del complejo ruso que había sido antes el hostel Marianskaya para peregrinas.<sup>[\*3]</sup>

Los británicos, maltrechos por estos ataques, involucraron a Estados Unidos en sus dilemas. Si bien la comunidad judía estadounidense era cada vez más prosionista, el presidente Franklin D. Roosevelt nunca defendió públicamente un estado judío. En Yalta, Roosevelt y Stalin habían hablado del Holocausto. «Soy un sionista», diría Roosevelt. «Yo también, en principio», replicó Stalin, quien se jactó de haber «intentado establecer una patria judía en Birobidzhan, pero que [los judíos] habían permanecido allí dos o tres años antes de dispersarse». Los judíos, añadió ese antisemita visceral, eran «unos intermediarios, unos especuladores y unos parásitos»; sin embargo, albergaba la secreta esperanza de que cualquier estado judío fuera un satélite soviético.

Roosevelt falleció en abril de 1945. Su sucesor, Harry Truman, deseaba instalar a los supervivientes del Holocausto en Palestina, y les pidió a los británicos que los dejaran entrar. Truman, educado en la fe baptista, antiguo granjero, empleado de banco y dependiente de camisería en Kansas City, fue un senador mediocre que sentía simpatía por los judíos y que tenía sentido de la historia. Cuando el nuevo presidente realizó un viaje al dinamitado paisaje lunar de Berlín en 1945, le vinieron a la mente «Cartago, Baalbek, Jerusalén, Roma y Atlantis». Ahora, su larga amistad con su antiguo socio judío de la camisería, Eddie Jacobson, y la influencia de sus asesores prosionistas, junto a «sus propias lecturas de la historia antigua y de la Biblia, le



impulsaron a apoyar una patria judía», recordaría su asesor Clark Clifford. Con todo, a Truman, enfrentado a la resistencia de su propio Departamento de Estado, solía irritarle la insistencia de los grupos de presión sionistas y desconfiaba de los desamparados judíos reconvertidos en matones amparados: «Si Jesús no pudo complacerlos mientras estuvo en la tierra», espetó, «¿por qué diablos espera nadie que yo tenga más suerte?». No obstante, aceptó crear una comisión de investigación angloestadounidense.

Los comisionados se alojaron en el hotel King David donde uno de ellos, Richard Crossman, diputado laborista, encontró que «la atmósfera era increíble, había detectives privados, agentes sionistas, jeques árabes, corresponsales de prensa, todos ellos sentados y escuchando con discreción lo que decían los otros». Por la noche, los notables árabes y los generales británicos se reunían en el palacete de Katy Antonius, que ahora estaba sola. El decadente matrimonio de los Antonius había empezado a hacer aguas al mismo tiempo que la revuelta árabe. Durante la guerra, Katy se había divorciado de su enfermo esposo, que falleció inesperadamente dos semanas más tarde y fue enterrado en el monte Sión; su lápida lleva la siguiente inscripción: «Alzaos, vosotros, oh árabes, y despertad». Las veladas de Katy seguían siendo legendarias. Crossman, a quien le gustaba «vestirse de *smoking*, la comida y la bebida sirias, y bailar sobre el suelo de mármol», informaba que las mejores fiestas eran las que celebraban los árabes: «Es fácil ver por qué los británicos prefieren la clase alta árabe que a los judíos. Esta élite intelectual tiene una cultura afrancesada, y son divertidos, civilizados, trágicos y alegres. Comparados con ellos, los judíos parecen tenso burgueses centroeuropeos».

Atlee había confiado en que Truman respaldara su política contra la inmigración judía, pero la comisión angloestadounidense, con poco ánimo de ayudar, recomendó que los británicos dejaran entrar de inmediato a cien mil refugiados. Truman suscribió públicamente las recomendaciones de la comisión y Atlee, furioso, rechazó la injerencia estadounidense. La Agencia Judía, por su parte, intensificó la inmigración ilegal haciendo entrar a setenta mil refugiados del Holocausto en tres años, mientras el Palmach hostigaba a los británicos, una situación cuyo explosivo momento culminante se plasmó en la noche de los puentes.

Los británicos habían aplastado a los árabes, y estaban dispuesto a aplastar también a los judíos. En junio de 1946, el vizconde Montgomery de El Alamein, ahora mariscal de campo y jefe del estado mayor imperial, regresó a Jerusalén lamentando que «el gobierno de los británicos sólo existiera de nombre; a mí me parecía que los auténticos gobernantes eran los judíos, cuyo silencioso lema era “No te atrevas a tocarnos”». Montgomery se atrevió a tocarlos, y envió refuerzos.

El sábado 20 de junio, su comandante, el general Evelyn «Bubbles» (burbujas). Barker, lanzaba la Operación Ágata, un ataque contra las organizaciones sionistas.

Detuvo a tres mil judíos, aunque no logró capturar a Ben Gurion, que se encontraba en París. Barker fortificó tres «zonas de seguridad» en Jerusalén y convirtió el complejo ruso en una fortaleza que los judíos apodaron Bevingrado, por el nombre del ministro de Asuntos Exteriores británico Ernest Bevin. Los judíos bautizaron a la operación con el nombre de Black Sabbath (Sábado Negro), y Barker se convirtió de inmediato en el odiado símbolo de la opresión británica. El general era un invitado habitual en las fiestas de Kate Antonius, y la anfitriona se convirtió en su amante: sus cartas de amor eran apasionadas, indiscretas y estaban llenas de odio, y en ellas revelaba secretos militares y despotricaba rabioso contra los judíos: «¿Por qué tendríamos que tener miedo de decir que los odiamos?». Lehi intentó asesinar a Barker utilizando una bomba camuflada de bebé en un cochecito. Menachem Begin, del Irgun, con la ayuda del Lehi, planeó una respuesta al Sábado Negro de Barker cuyos ecos resonaran por todo el mundo. La Haganah la aprobó, aunque no lo hicieron ni Ben Gurion ni la Agencia Judía.

El hotel King David era el templo laico del mandato de Jerusalén, y una de sus alas había sido requisada por la administración británica y por las agencias de inteligencia. El 22 de julio de 1946, miembros del Irgun, disfrazados de árabes y de empleados del hotel vestidos de nubios, almacenaron mantequeras llenas de doscientos kilos de explosivos en el sótano.<sup>[1]</sup>

## LA REPRESIÓN DE MONTGOMERY: EL CASO DEL COMANDANTE FARRAN

El Irgun realizó muchas llamadas anónimas al hotel, al *Palestine Post* y al consulado francés avisando del inminente ataque para que el King David pudiera ser evacuado, pero nadie hizo caso de las advertencias, y llegaron tarde. No está claro si la mala gestión de esas advertencias fue un accidente o una acción deliberada. Begin esperaba en las cercanías: «Cada minuto que pasaba parecía un día. Las doce treinta y uno, las doce treinta y dos. La hora cero se acercaba. La media hora casi se había agotado. Las doce treinta y siete. De repente, ¡toda la ciudad pareció estremecerse!». Las bombas destrozaron toda un ala del King David, matando a 91 personas, británicos, judíos y árabes.<sup>[\*4]</sup> Cinco agentes operativos del MI5 estaban entre los muertos, pero las «London Ladies» del servicio secreto sobrevivieron, salieron tambaleantes de entre los escombros con el cabello blanco por el polvo de escayola, «parecían la cólera de Dios». Ben Gurion condenó el atentado, y la Agencia Judía, considerando que Begin representaba una amenaza para la comunidad judía, abandonó el mando conjunto de la resistencia.

El atentado al hotel King David intensificó la severidad del contraataque británico, aunque lograría acelerar la retirada de Londres del mandato. En Jerusalén, árabes y judíos dejaron de mezclarse. «Parecía», escribe Amos Oz, «como si un

músculo invisible se hubiera desgarrado de repente. Todo el mundo auguraba la guerra. Una cortina había empezado a dividir Jerusalén». Los judíos estaban aterrados por los rumores de una masacre inminente, y los civiles británicos fueron evacuados de Jerusalén.

En octubre, el Irgun hizo saltar por los aires la embajada británica en Roma. En noviembre, Montgomery regresó a Jerusalén. «Vi a Monty en una de las fiestas de Katy Antonius», recuerda Nassereddin Nashashibi. El mariscal de campo planeaba una respuesta drástica a la ofensa del Irgun. Un nuevo jefe de policía, el coronel Nicol Gray, reclutó hombres duros, ex policías y antiguos miembros de las fuerzas especiales, que se incorporaron a los nuevos grupos especiales antiterroristas. El comandante Roy Farran DSO, MC,<sup>[\*5]</sup> uno de los miembros del grupo, era un caso característico, un antiguo comando del SAS irlandés cuyo historial de hazañas daba a entender que tenía el gatillo fácil.

A su llegada a Jerusalén, Farran fue conducido al complejo ruso donde asistió a una reunión informativa seguida de una cena en el hotel King David. Farran y los grupos especiales empezaron a pasear en coche por las calles de Jerusalén en busca de sospechosos a los que detener, o pegarles un tiro allí mismo. Estos grupos especiales no tenían experiencia en operaciones encubiertas, y no hablaban el idioma local ni conocían la zona, de modo que no resulta nada sorprendente que la misión de Farran resultara tan infructuosa que rayaba lo cómico, hasta que el 6 de mayo de 1947, mientras circulaba con su equipo por Rehavia, vieron a un niño desarmado, Alexander Rubowitz, pegando carteles del Lehi. Farran secuestró al niño, y durante la refriega se le cayó el sombrero marcado con su nombre mal escrito, «FARAN». Farran confiaba en que el asustado niño delatará a algún pez gordo del Lehi. Llevó a Rubowitz a las afueras de Jerusalén, hasta las colinas de la carretera de Jericó, lo ató a un árbol y lo maltrató durante una hora, hasta que se le fue la mano y le aplastó la cabeza con una piedra. El cadáver fue apuñalado y desvestido, y posiblemente se lo comieran los chacales.

Mientras los judíos de Jerusalén buscaban frenéticamente al niño desaparecido, el comandante Farran le confesó lo ocurrido a su superior en el cuartel de la policía de Katamon y, de repente, desapareció y huyó de Jerusalén. Al principio, los hechos se encubrieron, pero después la indignación se extendió por todo el mundo. El Lehi inició una serie de asesinatos indiscriminados de soldados británicos hasta que Farran regresó a Jerusalén y se entregó en el acuartelamiento Allenby. El 1 de octubre se celebró el consejo de guerra en una sala fortificada en Talbieh, y Farran fue absuelto por falta de pruebas incriminatorias. El cuerpo de Rubowitz nunca se encontró. Dos oficiales se llevaron a Farran en plena noche a bordo de un coche blindado en dirección a Gaza, pero el Lehi estaba decidido a matarle. En 1948, su hermano, que tenía las mismas iniciales que él, abrió un paquete dirigido a «R. Farran», que le

estalló entre las manos, y el hermano murió.<sup>[\*6]</sup>

El caso corroboraba todo lo que el Yushuv odiaba de los británicos. Cuando las autoridades condenaron a muerte a un miembro del Irgun por actos terroristas, Begin atentó contra el club de oficiales británicos en Holdsmid House, en Jerusalén, matando a catorce personas, y después, organizó una fuga de la cárcel de Acre. Cuando sus hombres eran azotados, él azotaba a los británicos, y cuando sus hombres eran ahorcados en la prisión de Acre, la sentencia habitual para actos terroristas, él colgaba a dos soldados británicos elegidos al azar, «sentenciados a muerte por actividades antihebreas».

Churchill, en aquel momento el líder de la oposición, criticó la gestión de Attlee de esta «guerra miserable y sin sentido contra los judíos para poder darles Palestina a los árabes, o Dios sabe a quién». Ya durante la guerra, Churchill se había planteado aplicar medidas represivas contra «los antisemitas y otros en posiciones de poder» entre sus administradores en Palestina. Ahora, la indignación provocada por la violencia del Irgun y del Lehi, y su tradicional arabismo y antisemitismo habían puesto a los británicos en contra de los judíos. Los desertores británicos y, en ocasiones, militares en activo ayudaban a las fuerzas árabes.

El nuevo alto comisionado, el general sir Alan Cunningham, describió el sionismo como «nacionalismo acompañado de la psicología del judío, algo de por sí bastante anormal y que no responde al tratamiento racional». El general Barker les prohibió a las tropas británicas frecuentar los restaurantes judíos, explicando que así «castigaría a los judíos de la manera que a esta raza le disgusta más, atacando a sus bolsillos». El primer ministro amonestó a Barker, pero el odio ahora era visceral. En las cartas de amor de Barker a Katy Antonius, le decía que esperaba que los árabes mataran a más «malditos judíos... pueblo odioso... Katy, te quiero tanto».

El 14 de febrero de 1947, Attlee, cansado del derramamiento de sangre, aceptó en consejo de ministros retirarse de Palestina. El 2 de abril, solicitó a la recién instaurada Organización de las Naciones Unidas la creación de un comité especial para Palestina (UNSCOP) que decidiera el futuro de la región. Cuatro meses más tarde, la UNSCOP proponía la división de Palestina en dos estados, y la internacionalización de Jerusalén gobernada por Naciones Unidas. Ben Gurion aceptó el plan a pesar de las impracticables fronteras que proponía. Creía que aunque Jerusalén era «el corazón del pueblo judío», perder la ciudad era «el precio a pagar por tener un estado». El Alto Comité Árabe, con el apoyo de Iraq, Arabia Saudí y Siria rechazó esta división y exigió «una Palestina unificada e independiente». El 29 de noviembre, la ONU sometió la propuesta a votación. Pasada la medianoche, los jerosolimitanos se congregaron a escuchar alrededor de las radios, en medio de un crispado silencio.<sup>[2]</sup>

## ABD AL-KADIR HUSSEINI: EL FRENTE DE JERUSALÉN

Treinta y tres países votaron a favor de la Resolución 181, liderados por Estados Unidos y la Unión Soviética, trece votaron en contra, y diez, entre ellos el Reino Unido, se abstuvieron. «Después de los dos primeros conmocionados minutos, de tener la boca abierta como si estuviéramos sedientos y los ojos abiertos como platos», recordaba Amos Oz, «de nuestra remota calle en los lejanos límites del norte de Jerusalén se elevó un rugido repentino, no un grito de alegría, sino más bien un alarido de terror, un grito cataclísmico que podía mover montañas». Después, «todos cantaban», se oyeron «rugidos de alegría» y los judíos incluso besaron a los «boquiabiertos policías británicos».

Los árabes no aceptaron la autoridad de Naciones Unidas para seccionar el país. Un millón doscientos mil palestinos todavía eran propietarios del 94 por 100 de las tierras, y en la región vivían seiscientos mil judíos. Ambos bandos se prepararon a luchar mientras los extremistas judíos y árabes rivalizaban en una implacable competición de salvajismo mutuo. Jerusalén estaba «en guerra consigo misma».

Turbas de árabes irrumpieron en el centro de la ciudad, lincharon judíos, dispararon contra sus barrios, y saquearon sus tiendas aullando «¡Muerte a los judíos!». Anwar Nusseibeh, el heredero de huertas de naranjos y mansiones, un abogado educado en Cambridge, observó con tristeza este descenso «al polvo, al ruido y al caos», mientras «catedráticos, médicos y comerciantes de ambos bandos se enzarzaban en tiroteos con personas que, en otras circunstancias, hubieran sido huéspedes en sus casas».

El 2 de diciembre, tres judíos cayeron abatidos a tiros en la Ciudad Vieja; el 3, pistoleros árabes atacaron el barrio Montefiore, y una semana más tarde, el barrio judío, donde mil quinientos judíos esperaban nerviosos tras las murallas, superados en número por veintidós mil árabes. Judíos y árabes abandonaron las zonas en las que vivían mezclados. El 13 de diciembre, el Irgun atentó contra la estación de autobuses junto a la Puerta de Damasco, unas bombas que mataron a cinco árabes y dejaron numerosos heridos. El tío de Anwar Nusseibeh tuvo la suerte de sobrevivir al atentado del Irgun, y vio «una extremidad arrancada pegada a la muralla de la ciudad». En el transcurso de dos semanas, 74 judíos, 71 árabes y nueve británicos habían sido asesinados.

El 7 de diciembre, el convoy en el que viajaba Ben Gurion desde Tel Aviv para ir a recibir al alto comisionado cayó en una emboscada en la carretera. La Haganah movilizó a todos los reservistas de entre diecisiete y veinticinco años y los árabes se prepararon para la guerra. Muchos irregulares se presentaron voluntarios para combatir en las diversas milicias: iraquíes, libaneses, sirios y bosnios, algunos de

ellos nacionalistas antiguos combatientes de guerras anteriores, otros, yihadistas fundamentalistas. La mayor de las milicias, el Ejército Árabe de Liberación, contaba con cinco mil combatientes. Sobre el papel, las fuerzas árabes, respaldadas por los ejércitos regulares de siete estados árabes, eran abrumadoras. El general Barker, que ya había abandonado Palestina, «desde su punto de vista de soldado» le vaticinó a Katy Antonius, con optimismo, que «los judíos serán erradicados». De hecho, la Liga Árabe, la organización de los nuevos estados árabes independientes creada en 1945, estaba dividida por las ambiciones territoriales y las rivalidades dinásticas de sus miembros. Abdalá, el rey hachemita de nuevo cuño, seguía queriendo a Palestina en su nuevo reino de Jordania; Damasco codiciaba una Magna Siria; el rey Farouk de Egipto se consideraba el líder por derecho del mundo árabe y odiaba a los hachemitas de Jordania e Iraq, quienes a su vez, odiaban al rey Ibn Saud que les había expulsado de Arabia; y todos los líderes árabes desconfiaban del muftí quien, tras su regreso a Egipto, estaba resuelto a erigirse en la cabeza del estado palestino.

Entre tanta corrupción, traición e incompetencia, los héroes árabes de la guerra surgieron de Jerusalén. Anwar Nusseibeh, asqueado por las «sórdidas intrigas y debacles», fundó el Comité de la Puerta de Herodes junto a otros dinastas, los Khalidi y los Dajani, con el objetivo de comprar armas. Su primo, Abd al-Kadir Husseiní, que había luchado contra los británicos en Iraq en 1941 y después se había ocultado en El Cairo, tomó el mando del cuartel general árabe llamado el Frente de Jerusalén.

Husseiní apareció como la personificación del héroe árabe, siempre vestido con una *kufiya*, una guerrera caqui y bandoleras cruzadas, el vástago revolucionario de la aristocracia jerosolimitana, hijo y nieto de alcaldes, descendiente del Profeta, licenciado en química, poeta aficionado, editor de periódicos y un guerrero de valor demostrado. «De niño», explica su primo Said al-Husseiní, «recuerdo verle llegar a un piso franco en una de nuestras casas, y no he olvidado su carisma y su elegancia, ni ese apremiante aire de heroica excitación que le seguía a todas partes. Todos le admiraban». Entre el personal de Abd al-Kadir se hallaba también un estudiante adolescente de Gaza que se sentía orgulloso de los lazos familiares de su madre con la familia Husseiní; el joven se llamaba Yasser Arafat.

Los pistoleros sionistas del barrio judío dispararon contra la Explanada de las Mezquitas; los árabes hicieron fuego contra los civiles judíos desde Katamon. El 5 de enero, la Haganah atentaba en Katamon y destruía el hotel Semíramis, un ataque que se saldó con la muerte de once inocentes árabes cristianos y que aceleró la huida de los árabes de la ciudad. Ben Gurion destituyó al oficial de la Haganah responsable del atentado. Dos días más tarde, en la Puerta de Jaffa, el Irgun bombardeaba un puesto avanzado árabe que impedía la llegada de provisiones al barrio judío. El 10 de febrero, ciento cincuenta milicianos de Husseiní lanzaron un asalto al barrio Montefiore; la Haganah se defendió, pero se encontró bajo el fuego de los

francotiradores británicos apostados en el cercano hotel King David que mataron a un joven combatiente judío. Aunque todavía faltaban cuatro meses para la expiración del dominio británico, Jerusalén ya estaba inmersa en una guerra asimétrica y a gran escala. En las seis semanas anteriores, habían muerto 1060 árabes, 769 judíos y 123 británicos, y cada atrocidad tenía que ser vengada por partida doble.

Los sionistas eran vulnerables en Jerusalén: la carretera de Tel Aviv atravesaba unos cincuenta kilómetros de territorio árabe y se veía sometida a los constantes ataques de Abd al-Kadir Husseini y de su brigada, unos mil hombres, del Ejército de la Guerra Santa del muftí. «El plan árabe», recordaba Yitzhak Rabin, el oficial de la Palmach nacido en la Ciudad Santa, «consistía en asfixiar a los noventa mil judíos de Jerusalén hasta someterlos», un plan que, al cabo de poco tiempo, empezó a surtir efecto.

El 1 de febrero, los milicianos de Husseini, con la colaboración de dos desertores británicos, volaron las oficinas del *Palestine Post*; el día 10, Husseini lanzó un nuevo ataque contra Montefiore, que fue rechazado por miembros de la Haganah tras seis horas de combates de artillería. Los británicos establecieron un puesto de mando bajo la Puerta de Jaffa para defender Montefiore y el 13 de febrero, arrestaron a cuatro combatientes de la Haganah y los liberaron más tarde desarmados, entregándoselos a una turba árabe que los asesinó. El día 22, Husseini envió desertores británicos a volar la calle Ben Yehuda, una atrocidad que mató a 52 civiles judíos. El Irgun asesinó a diez soldados británicos.

Intentar defender las zonas árabes de Jerusalén, recordaba Nusseibeh, «era como una manguera gastada, en la que, cuando reparas un reventón, el agua sale por otros dos». La Haganah voló el antiguo castillo de los Nusseibeh. El ex alcalde árabe, Hussein Khalidi se lamentó: «Todos se marchan. No podré aguantar mucho tiempo más. Jerusalén está perdida. En Katamon ya no queda nadie, Sheik Jarrah se ha quedado vacío, y todos los que tienen un cheque o un poco de dinero se van a Egipto, al Líbano o a Damasco». Poco tiempo después, los refugiados salían en masa de los barrios periféricos árabes. Katy Antonius se marchó a Egipto, y su mansión fue volada por la Haganah, aunque las cartas de amor del general Barker serían encontradas más tarde. Abd al-Kadir Husseini, sin embargo, había logrado aislar de la costa a la zona occidental judía de Jerusalén.

Irónicamente, los judíos, igual que los árabes, estaban convencidos de haber perdido Jerusalén. A principios de 1948, el barrio judío de la Ciudad Vieja estaba asediado, y la gran cantidad de judíos ultraortodoxos no combatientes complicaban su defensa. «¿Qué pasa con Jerusalén?», les preguntó Ben Gurion a sus generales el 28 de marzo en su cuartel general de Tel Aviv. «Ésta es la batalla decisiva. La caída de Jerusalén significaría un golpe mortal para el Yishuv». Los generales sólo podían disponer de quinientos hombres. Los judíos habían estado a la defensiva desde el día

de la votación en la ONU, pero Ben Gurion ordenó en aquel momento la Operación Nachson que debía despejar la carretera de Jerusalén, el inicio de una ofensiva más amplia, el plan D, concebido para asegurar las zonas judías asignadas por la ONU, y también Jerusalén occidental. «El plan», escribe el historiador Benny Morris, «ordenaba explícitamente la destrucción de los pueblos árabes que opusieran resistencia y la expulsión de sus habitantes»; ahora bien, «en ningún lugar del documento se menciona una política o un deseo de “expulsar a los habitantes árabes” de Palestina». En algunos lugares, los palestinos permanecieron en sus casas, y en otros, fueron expulsados.

El pueblo de Kastel controlaba la carretera entre la costa y Jerusalén. La noche del 2 de abril, la Haganah conquistó este baluarte, pero Husseini reunió a todos sus milicianos (incluyendo a los iraquíes irregulares) para reconquistarlo. Él y Anwar Husseini cayeron en la cuenta, no obstante, de que necesitaban refuerzos. Los dos se precipitaron a Damasco a exigir artillería, pero la incompetencia y las intrigas de los generales de la Liga Árabe provocaron su exasperación.

—Kastel ha caído, Abd al-Kadir —le dijo el comandante en jefe iraquí—, y su misión es recuperarlo.

—Denos las armas que he pedido y lo recuperaremos —respondió furioso Husseini.

—¿Qué pasa, Abd al-Kadir? ¿No tiene cañones? —preguntó el general, que no le ofreció nada.

Husseini salió encolerizado:

—¡Traidores! La historia dejará constancia de que perdisteis Palestina. ¡Conquistaré Kastel o moriré luchando con mis muyahidines!

Aquella noche, escribió un poema dedicado a su hijo de siete años, Faisal, quien, décadas más tarde, se convertiría en el «ministro» palestino de Yaser Arafat para Jerusalén:

*Esta tierra de los valientes es la tierra de nuestros antepasados,  
los judíos no tienen derecho a esta tierra.  
¿Cómo puedo dormir mientras el enemigo la gobierna?  
Algo me quema el corazón. Mi patria me llama.*

El comandante llegó a Jerusalén a la mañana siguiente y reunió a sus hombres.

## SALVAS EN EL HARAM: ABD AL-KADIR HUSSEINI

El 7 de abril, Abd al-Kadir condujo a trescientos combatientes y tres desertores



británicos hasta Kastel y, a las once de la noche, lanzaron un ataque contra el pueblo que fue rechazado. Al amanecer del día siguiente, Husseini avanzó para sustituir a un oficial herido, pero un centinela de la Haganah, cuando vio acercarse a Husseini en la niebla, y creyendo que los que se acercaban eran refuerzos judíos, les avisó utilizando el dialecto árabe: «¡Por aquí, amigos!».

«¡Hello boys!», respondió Husseini, no demasiado seguro de quién controlaba realmente el pueblo. Los judíos utilizaban a menudo el árabe, pero nunca el inglés. El centinela de la Haganah presintió el peligro y disparó una ráfaga que hirió a Husseini. Sus camaradas huyeron, dejándolo en el suelo gimiendo, «agua, agua», donde murió, a pesar de ser atendido por un enfermero judío. El reloj de oro y la pistola con la culata de marfil indicaban que se trataba de un líder, pero ¿quién era?

Por la radio, los agotados defensores de la Haganah escucharon las conversaciones en árabe que hablaban de recuperar el cuerpo del comandante perdido. Khaled, el hermano del Abd al-Kadir, asumió el mando y cuando la noticia se extendió, los milicianos árabes llegaron en masa a la zona en autobuses, burros y camiones y reconquistaron el pueblo; los soldados del Palmach murieron defendiendo sus posiciones. Los árabes mataron a sus cincuenta prisioneros judíos y mutilaron sus cadáveres. Los árabes habían reconquistado la clave de Jerusalén, y recuperado el cuerpo de Husseini.

«¡Qué día más triste! Su martirio entristeció a todos», anotaba Wasif Jawhariyyeh. «¡Un guerrero del patriotismo y un aristócrata árabe!». El viernes 9 de abril, «nadie se quedó en su casa, todos acompañaron la procesión y yo estuve en el funeral», observó Wasif. Treinta mil personas, combatientes árabes agitando sus rifles, legionarios árabes de Jordania, campesinos, las grandes familias, todos ellos asistieron al funeral. El caído Husseini fue enterrado en la Explanada de las Mezquitas, junto a su padre y cerca del rey Hussein, en el panteón árabe de Jerusalén, y saludado por una salva de once cañones y los disparos al aire de los pistoleros; un testigo afirmaría más tarde que murieron más asistentes al funeral que hombres en el asalto a Kastel. «Parecía como si se estuviera librando una gran batalla. Las campanas de las iglesias repicaron, miles de voces gritaban clamando venganza, y todos temían un ataque sionista», recordaba Anwar Nusseibeh, que se sintió «abatido». Los combatientes árabes estaban tan ansiosos por asistir al entierro de Husseini que no dejaron ninguna guarnición en Kastel y el Palmach destruyó el baluarte.

Durante el entierro de Husseini, ciento veinte combatientes del Irgun y del Lehi lanzaron un ataque conjunto contra Deir Yassin, un pueblo árabe al oeste de Jerusalén, donde cometieron la salvajada más vergonzosa de la guerra. Tenían órdenes específicas de no hacerles ningún daño a las mujeres, a los niños o a los prisioneros. Al entrar en el pueblo, cuatro judíos cayeron muertos y varias docenas

heridos por el fuego enemigo. Una vez en Deir Yassin, los atacantes judíos lanzaron granadas en el interior de las casas y asesinaron a hombres, mujeres y niños. La cantidad de víctimas todavía es objeto de debate, pero entre cien y doscientas cincuenta y cuatro personas fueron asesinadas, entre ellas familias enteras, y los supervivientes, antes de ser liberados por la Haganah, fueron exhibidos en camiones por las calles de Jerusalén. El Irgun y el Lehi eran, sin duda, conscientes de que una masacre espectacular alentaría la huida de muchos aterrorizados civiles árabes. Begin, el comandante del Irgun, se esforzaría por negar la atrocidad al mismo tiempo que alababa su utilidad: «Para Israel, la leyenda [de Deir Yassin] tenía el mismo valor que media docena de batallones. El pánico invadió y abatió a los árabes». Ben Gurion, por su parte, se excusó ante el rey Abdalá, que no aceptó las disculpas.

La venganza de los árabes no se hizo esperar. El 14 de abril, un convoy de ambulancias y de camiones de alimentos salió en dirección al hospital de Hadassah en el monte Scopus. Bertha Spafford observó cómo «ciento cincuenta insurgentes con toda clase de armas, desde trabucos y antiguas escopetas de martillo hasta modernos subfusiles y ametralladoras, se ponían a cubierto tras un bosque de cactus en el recinto de la American Colony. Sus rostros estaban desfigurados por el odio y el ansia de venganza», escribió. «Salí y me enfrenté a ellos. Les dije que “disparar desde el refugio de la American Colony es lo mismo que disparar desde una mezquita”», pero hicieron caso omiso de su recordatorio de sus sesenta años de filantropía y amenazaron con matarla si no se apartaba. Setenta y siete judíos, sobre todo médicos y enfermeras, murieron y veinte quedaron heridos antes que los británicos intervinieran. «Si no hubiera sido por la intervención del ejército», declaró el Alto Comité Árabe, «ni un solo judío de los que viajaban con el convoy hubiera quedado vivo». Los tiradores mutilaron a los muertos y se fotografiaron junto a los cadáveres colocados en las posiciones más macabras. Las fotografías serían después publicadas en masa en forma de postales que se vendieron en Jerusalén.

Deir Yassin constituyó uno de los puntos de inflexión de la guerra, convirtiéndose en el elemento central de una espeluznante campaña de los árabes en los medios de comunicación que magnificó las atrocidades de los judíos. La campaña, concebida para fortalecer la resistencia, tuvo sin embargo el efecto contrario y alentó la psicosis premonitoria negativa en un país que ya estaba en guerra. Si antes de Deir Yassin, al llegar el mes de marzo, 75 000 árabes ya habían abandonado sus hogares, dos meses más tarde, lo habían hecho 399 000. Wasif Jawhariyyeh, que vivía con su esposa y sus hijos en Jerusalén occidental, cerca del hotel King David, posiblemente fuera un caso característico, y dejó constancia de sus pensamientos y de sus acciones en un diario único e infrautilizado.

«Me encontraba muy mal», escribe después de estos acontecimientos a mediados de abril, «y muy deprimido, física y mentalmente», tanto que abandonó su trabajo en

la administración del mandato y se quedó «en casa intentando decidir qué hacer». Al final, el diarista anota «las razones por las que me decidí a abandonar mi casa». En primer lugar, «la casa se encontraba en una ubicación muy peligrosa», en la línea de fuego de los árabes en la Puerta de Jaffa, de los judíos en Montefiore y la zona de seguridad británica de Bevingrado: «Los tiroteos eran incesantes, día y noche, y se hacía incluso muy difícil poder llegar a casa. Los combates entre árabes y judíos, los bombardeos y los atentados día y noche a nuestro alrededor eran constantes». Los británicos dispararon sobre Montefiore, haciendo volar por los aires el tejado del molino de viento de sir Moses, pero en vano. Wasif escribió que los francotiradores judíos en Montefiore «disparaban contra cualquiera que pasara por las calles, y es un milagro que sobrevivieramos». Pensaba en cómo salvar su colección de cerámicas, diarios y su querido *oud*. Su salud también se estaba deteriorando. «Estaba tan débil físicamente que no pude soportar la presión y el médico me dijo que me marchara». La familia deliberó: «¿Qué ocurrirá cuando termine el mandato? ¿Quién gobernará, los árabes o los judíos?». El vecino de Wasif, el cónsul general francés, le prometió proteger su casa y su colección. «Aun cuando no volvamos nunca», Wasif creía que debían hacer las maletas «y salvarnos nosotros y nuestros hijos»: «Creíamos que no estaríamos fuera de la casa más de dos semanas porque sabíamos lo pronto que los siete [sic] ejércitos árabes entrarían en el país, no a ocuparlo, sino a liberarlo y devolverlo a su gente, ¡y nosotros somos su gente!». Se marchó en los últimos días del mandato, y nunca regresó. La historia de Wasif es la de los palestinos. Algunos fueron expulsados por la fuerza, algunos se marcharon para evitar la guerra, confiando en poder regresar más tarde; y aproximadamente la mitad permanecieron a salvo en sus casas y se convirtieron en árabes israelíes, ciudadanos no judíos en la democracia sionista. Sin embargo, un total de entre seiscientos mil y setecientos cincuenta mil palestinos abandonaron su casa, y la perdieron. Su tragedia fue la Nakhba, la Catástrofe.

Ben Gurion llamó a Tel Aviv al director del comité de emergencias de Jerusalén, Bernard Joseph, para decidir cómo aprovisionar a la hambrienta ciudad. El 15 de abril, los convoyes lograron cruzar las líneas y los alimentos llegaron gota a gota a la ciudad. El día 20, Ben Gurion insistió en visitar Jerusalén para celebrar la Pascua con las tropas y Rabin, el comandante de la brigada Harel del Palmach, protestó por el alarde de Ben Gurion. Poco después de su salida, el convoy, en el que Ben Gurion viajaba en un autobús blindado, fue atacado por los árabes. «Incluso ordené enviar al combate a dos tanques británicos robados que tenía escondidos», explicaría Rabin. Murieron veinte hombres, pero los alimentos llegaron a la Jerusalén judía, y también Ben Gurion, que describió la ciudad haciendo gala de un macabro sentido del humor, aunque en una observación muy acertada, como «el veinte por ciento de gente normal; el veinte por ciento de privilegiados (universitarios, etc.), y el sesenta por

ciento de raros (provinciales, medievales, etc.)», refiriéndose con estos últimos a los jasídicos.

El gobierno británico vivía ahora sus últimos días. El 28 de abril, Rabin conquistó el barrio periférico árabe de Sheikh Jarrah donde vivían las grandes familias, pero los británicos le obligaron a abandonarlo. Mientras los británicos desfilaban y respondían al último saludo, los judíos defendían la zona occidental de la ciudad, y los árabes, la Ciudad Vieja. A las ocho de la mañana del viernes 14 de mayo, Cunningham, el último alto comisionado salió de la sede de gobierno en uniforme de gala, pasó revista a una guardia de honor, subió a su Daimler blindado y se dirigió a inspeccionar sus tropas en el hotel King David.

# CAPÍTULO 51

## INDEPENDENCIA JUDÍA, CATÁSTROFE ÁRABE, 1948-1951

LA SALIDA DE LOS BRITÁNICOS; BEN GURION: ¡LO HEMOS CONSEGUIDO!

El general Cunningham salió de Jerusalén cruzando las calles, desiertas salvo por algunos niños árabes. En las esquinas, las tropas británicas montaban guardia junto a las ametralladoras, cuando pasó el Daimler a toda velocidad, los jóvenes espectadores «aplaudieron como niños, uno de ellos saludó militarmente y el saludo le fue devuelto». El alto comisionado tomó un avión en el aeropuerto de Kalandia que le llevó a Jaffa, de donde zarpó hacia Inglaterra a la medianoche.

Las tropas británicas evacuaron la fortaleza de Bevingrado en el complejo ruso: en medio de un gran estruendo, 250 camiones y tanques cruzaron la avenida Rey Jorge V bajo la atenta observación de una silenciosa multitud. La carrera por controlar el complejo ruso no se hizo esperar. En el instante siguiente, el Irgun asaltó el hostel Nikolai y las balas rebotaron por toda la ciudad. Nusseibeh se precipitó a Amman a suplicarle al rey Abdalá que salvara la ciudad. El rey se lo prometió.

A las cuatro de la tarde del 14 de mayo de 1948, a las puertas de Jerusalén, Rabin y sus soldados del Palmach, agotados tras los combates por mantener la carretera abierta, escucharon por la radio una declaración de Ben Gurion, el presidente de la Agencia Judía. En el Museo de Tel Aviv, Ben Gurion, en pie, bajo un retrato de Herzl y ante un público de 250 personas empezó: «Voy a leer la declaración escrita en este rollo que establece el estado de...». Él y sus asesores le habían dado muchas vueltas a cuál tenía que ser el nombre del estado. Algunos habían propuesto Judea o Sión, pero estos nombres estaban asociados a Jerusalén, y los sionistas, en ese momento, tenían problemas para defender incluso parte de la ciudad; otros habían sugerido Ivriya o Herzliya; Ben Gurion, por su parte, había defendido la propuesta de «Israel», y ése fue el nombre acordado: «*Eretz Israel* (la tierra de Israel)», leyó, «ha sido la cuna del pueblo judío». Cantaron el himno nacional, el Hatikvah (la esperanza):

*No se habrá perdido nuestra esperanza;  
la esperanza de dos mil años,  
de ser un pueblo libre en nuestra tierra:  
¡la tierra de Sión y Jerusalén!*

Ben Gurion sonrió radiante a la prensa, aunque evitando las muestras de júbilo. «¡Lo hemos conseguido!». Había aceptado en varias ocasiones una división en dos estados, pero ahora los judíos tenían que hacer frente a una invasión de los ejércitos regulares árabes cuyo objetivo, declarado abiertamente, era el de la aniquilación. La propia supervivencia del estado de Israel se veía amenazada. Por otra parte, su punto de vista había evolucionado desde que en las décadas de 1920 y 1930 imaginara una Palestina socialista y compartida o un estado federal. Ahora, enfrentado a la guerra total, todo estaba al alcance de quien pudiera apropiárselo.

En el frente de Jerusalén, los soldados de Rabin de la brigada Harel estaban demasiado exhaustos para escuchar a Ben Gurion en la radio. «¡Eh, tíos, apagadla!», suplicó uno de ellos, «me muero de sueño. ¡Dejemos las bellas palabras para mañana!».

«Alguien se levantó y giró el botón, y nos vimos sumidos en un pesado silencio», recordaba Rabin. «Yo me había quedado mudo, sofocando mis confusas emociones». De todos modos, la mayor parte de la población tampoco pudo escuchar la declaración porque los árabes habían cortado el suministro eléctrico.

Once minutos más tarde, el presidente Truman anunciaba el reconocimiento *de facto* del estado de Israel. Alentado por Eddie Jacobson, Truman había tranquilizado en secreto a Weizmann dando su apoyo a la partición. Con todo, casi perdió el control de la administración cuando sus diplomáticos estadounidenses intentaron derogar la partición. Su secretario de Estado, George Marshall, el jefe del estado mayor durante la guerra y decano de los funcionarios del país, se opuso abiertamente al reconocimiento de Israel, pese a lo cual, Truman le dio su apoyo, aunque el primero en reconocer oficialmente al nuevo estado sería Stalin.

En Nueva York, Weizmann, ahora ya casi ciego, esperaba en su habitación del hotel Waldorf Astoria, encantado por la independencia, aunque sintiéndose abandonado y olvidado, hasta que Ben Gurion y sus colegas le pidieron que fuera el primer presidente. Truman invitó a Weizmann a realizar su primera visita oficial a la Casa Blanca. Cuando Eddie Jacobson alabó más tarde al presidente Truman por haber «contribuido a la creación de Israel», replicó: «¿Qué quieres decir “contribuir a la creación”? ¡Soy Ciro, yo soy Ciro!». Cuando el rabino principal de Israel le dio las gracias, a Truman se le saltaron las lágrimas.<sup>[\*1]</sup>

El presidente Weizmann viajó a Israel con el temor de que «los antiguos santuarios de Jerusalén que habían sobrevivido a los ataques de los bárbaros en la época medieval hubieran podido quedar destruidos». En Jerusalén, Anwar Nusseibeh y unas pocas tropas irregulares, sobre todo antiguos policías, hicieron todo lo que pudieron por defender la Ciudad Vieja hasta la llegada de los auténticos ejércitos. Nusseibeh recibió una herida de bala en la pierna, y se la tuvieron que amputar. Pero la guerra irregular había terminado.

La auténtica guerra empezaba ahora y la posición de Israel era desesperada. Los ejércitos de los estados de la Liga Árabe, Egipto, Jordania, Iraq, Siria y Líbano, invadieron Israel con la misión específica de liquidar a los judíos. «Ésta será una guerra de exterminación y una portentosa masacre», anunció Azzam Pasha, secretario de la Liga, «de la que se hablará igual que se habló de las masacres de los mongoles y de las cruzadas». Sus comandantes rebosaban confianza. Los judíos habían sido súbditos inferiores de los imperios musulmanes, a veces tolerados, a veces perseguidos, pero siempre sometidos, durante más de mil años. «Los árabes se creían un gran pueblo militar y consideraban que los judíos eran una nación de tenderos», recordaba el general sir John Glubb, el comandante inglés de la Legión Árabe del rey Abdalá. «Los egipcios, sirios e iraquíes supusieron que no tendrían ningún problema para vencer a los judíos». El nacionalismo seglar se fusionó con el fervor de la guerra santa: era impensable que los judíos pudieran derrotar a los ejércitos árabes, y hacía mucho tiempo que muchas de las facciones yihadistas que combatían junto a los ejércitos regulares habían abrazado el antisemitismo fanático. La mitad de las tropas egipcias eran muyahidines de los Hermanos Musulmanes, entre ellos el joven Yasser Arafat.

Sin embargo, esta intervención, con sus espeluznantes expectativas y su cinismo político, sería un desastre para los palestinos y contribuiría a forjar un Israel mucho mayor y mucho más fuerte de lo que hubiera sido en otras circunstancias. Sobre el papel, 165 000 soldados formaban los ejércitos árabes, pero la desorganización era tal que durante el mes de mayo, sólo 28 000 entraron en combate, aproximadamente el mismo número de efectivos que en el campo israelí. Puesto que los algo más de nueve mil efectivos de la Legión Árabe, formados por los británicos, eran los mejores, Abdalá fue nombrado oficialmente comandante supremo de los ejércitos de la Liga Árabe.

El rey Abdalá, en pie sobre el puente Allenby, desenfundó su pistola, disparó al aire y gritó: «¡Al ataque!».<sup>[1]</sup>

## ABDALÁ EL APRESURADO

El rey, recordaba su nieto Hussein, «era vigoroso y extrovertido». Habíamos dejado a Abdalá en Jerusalén recibiendo su reino del desierto de manos de Winston Churchill. Lawrence lo había descrito como un hombre «bajo, fornido, fuerte como un caballo, ojos castaño oscuro y mirada risueña, rostro redondo y suaves labios carnosos pero pequeños y la nariz recta», y había llevado una vida llena de aventuras, horrorizando a Lawrence con sus dudosas hazañas: «En una ocasión disparó tres veces seguidas contra una cafetera colocada en la cabeza del bufón de su corte y desde una distancia de veinte metros». En su calidad de jerifiano, trigesimoséptimo

en el orden de sucesión de la línea del Profeta, se podía permitir el lujo de tomarle el pelo al ulema: «¿Es malo mirar a una mujer bonita?», le preguntó a un muftí. «Es un pecado, Majestad». «Pero el sagrado Corán dice que “si ves a una mujer, debes apartar la vista”; ahora bien, ¿no se puede apartar la vista a menos que hayas estado mirando!». Era al mismo tiempo un beduino orgulloso y un hijo del sultanato otomano, había mandado ejércitos cuando todavía era un adolescente y había sido el «cerebro» de la revuelta árabe. Sus ambiciones eran tan ilimitadas como apremiantes, de ahí su apodo, «el Apresurado». Sin embargo, llevaba demasiado tiempo esperando su oportunidad de conquistar Jerusalén.

«Era más un soldado que un diplomático, y también un erudito clásico», recordaba sir Ronald Storrs, que quedó impresionado cuando «entonó para mí las siete odas colgantes de la poesía preislámica». El embajador británico en Amman, sir Alec Kirkbridge, siempre le llamaba «el rey con el guiño en el ojo». Abdalá era un diplomático ingenioso. En una ocasión en la que le preguntaron cuándo iba a recibir a un diplomático que le resultaba antipático, respondió «cuando mi mula para un potro».

Ahora que su mula sí que *ya estaba* pariendo un potro, era realista con respecto a los sionistas, y citaba un proverbio turco: «Si alguna vez te encuentras con un oso cruzando un puente podrido, llámalo “mi querida tía”». A lo largo de los años, había hablado a menudo con Weizmann y con los empresarios judíos, y les había ofrecido a los judíos una patria si le aceptaban a él como rey de Palestina. Había visitado Jerusalén con frecuencia, y se había reunido con su aliado Ragheb Nashashibi, pero detestaba al muftí, convencido de que si el sionismo había avanzado más todavía era gracias a «estos árabes partisanos que no aceptan ninguna solución».

El rey había negociado en secreto un pacto de no agresión con los sionistas, en virtud del cual él ocuparía las zonas de Cisjordania asignadas a los árabes a cambio de no oponerse a las fronteras del estado judío marcadas por Naciones Unidas, una anexión que los británicos habían aceptado. «No quiero crear un nuevo estado árabe que permita a los árabes ensillarme», le explicó a la enviada sionista Golda Meyerson (más tarde Meir). «Quiero ser el jinete, y no el caballo». Pero el caballo ahora se había desbocado, y la guerra, y más particularmente la masacre de Deir Yassin, le obligaba a luchar contra los judíos. Por otra parte, los otros estados árabes estaban tan decididos a limitar las ambiciones de Abdalá como lo estaban a rescatar Palestina, y los egipcios y los sirios planeaban anexionarse sus propias conquistas. El comandante de Abdalá, Glubb Pasha, que había dedicado su vida a proporcionarles a los hachemitas un ejército decente, se resistía ahora a ponerlo en peligro.

Su Legión Árabe avanzó con cautela por las colinas de Judea en dirección a Jerusalén, donde los irregulares del Ejército de Liberación Árabe lanzaron una ofensiva contra los barrios periféricos. Al caer la noche del 16 de mayo, la Haganah



había capturado la comisaría de policía de Meah Sharim, Sheikh Jarrah al norte, toda la Ciudad Nueva al sur de las murallas, los antiguos baluartes británicos en el centro, el complejo ruso y el YMCA. «Hemos conquistado casi toda Jerusalén, salvo la fortaleza Augusta Victoria y la Ciudad Vieja», afirmó un abrumado Ben Gurion.

«¡SOS! ¡Los judíos están cerca de las murallas!». Anwar Nusseibeh regresó precipitadamente a ver al rey y a suplicarle que interviniera. Abdalá nunca olvidaría su lugar en la historia: «¡Sabe Dios que soy un monarca musulmán, un rey hachemita y que mi padre era el rey de todos los árabes!», y le escribió a su comandante británico: «Estimado Glubb Pasha, es bien conocida la importancia que tiene Jerusalén para los árabes, los musulmanes y los árabes cristianos. Cualquier desastre que se abatiera sobre los habitantes de la ciudad a manos de los judíos tendría unas consecuencias de enorme alcance para nosotros. Todo lo que tenemos hoy debe ser conservado, la Ciudad Vieja y la carretera de Jericó y le pido, mi querido Glubb, que lo ejecute con la mayor rapidez posible».

## ABDALÁ: LA BATALLA POR JERUSALÉN

«Las tropas [del rey] estaban jubilosas, y habían decorado muchos de sus vehículos con ramas verdes o ramos de adelfas rosas». La procesión de la Legión Árabe hacia Jerusalén «se parecía más a un carnaval que a un ejército marchando a la guerra», observaría Glubb. El 18 de mayo, los primeros legionarios ocuparon sus posiciones alrededor de las murallas de la Ciudad Vieja, desde donde, escribió, «hacía casi mil novecientos años que los judíos habían lanzado sus dardos contra las legiones de Tito que avanzaban contra ellos». No obstante, al rey «le consumía el temor a que los judíos entraran en la Ciudad Vieja y en el templo donde su padre, el fallecido rey Hussein de Hiyaz, estaba enterrado». Las tropas de Glubb tomaron por asalto Sheikh Jarrah, en poder de los israelíes y llegaron hasta la Puerta de Damasco.

Ya en el interior de la Ciudad Vieja, primero los irregulares, y después la Legión Árabe, rodearon el barrio judío en el que vivían algunas de las familias judías más antiguas de Palestina, y muchos de cuyos habitantes eran ancianos estudiosos jasídicos, todos ellos defendidos por apenas 190 combatientes de la Haganah y del Irgun. Rabin se puso furioso al enterarse de que sólo podían destinarse unas pocas tropas al rescate de la Ciudad Vieja. «¿Acaso éstos», le preguntó a gritos al comandante de Jerusalén, David Shaltiel, «son los únicos soldados que los judíos pueden reunir para liberar su capital?».

Rabin intentó sin ningún éxito asaltar la Puerta de Jaffa, aunque otros soldados lograron penetrar al mismo tiempo la Puerta de Sión y entrar en la Ciudad Vieja. Ochenta *palmachniks* se unieron a los defensores antes de perder la Puerta de Sión. En aquel momento, sin embargo, llegó el grueso de la Legión Árabe. La batalla por la

Ciudad Vieja sería desesperada; se combatía, observó Glubb, «de habitación en habitación, en oscuros callejones, subiendo y bajando escaleras que daban a patios interiores y se internaban en los sótanos», a través de «las innumerables conejeras del barrio judío y sobre los cascotes y vestigios milenarios». Glubb ordenó entonces la reducción sistemática del barrio judío. Los rabinos suplicaron ayuda. Ben Gurion se puso frenético: «¡Jerusalén puede caer en cualquier momento! ¡Ataquen! ¡Cueste lo que cueste!».

El 26 de mayo, los legionarios tomaron la plaza de Hurva y dinamitaron sus magníficas sinagogas. Dos días más tarde, «dos ancianos rabinos, encorvados por la edad, se acercaron desde un estrecho callejón llevando una bandera blanca», observó Glubb. Al otro lado de las líneas, desde el monte Sión, y apenas a unos cientos de metros de este minúsculo escenario de la guerra, Rabin observaba horrorizado esta misma demoledora escena: «Quedé horrorizado». Treinta de los 213 defensores habían muerto, y 134 estaban heridos. «Y así, la Ciudad de David cayó en manos del enemigo», escribió Begin, «y el dolor se abatió sobre nosotros». Glubb estaba encantado: «Siento un inmenso amor por Jerusalén. La Biblia vive ante nuestros ojos», pese a lo cual, autorizó el saqueo del barrio judío y 22 de las 27 sinagogas de Jerusalén fueron demolidas. Por primera vez desde la reconquista musulmana de 1187, los judíos perdieron el acceso al Muro de las Lamentaciones.

Glubb utilizó la fortaleza de Latrun para cerrar la carretera a Jerusalén occidental. Ben Gurion ordenó repetidamente que se tomara Latrun, pero los ataques fracasaron, y a un coste muy alto en víctimas israelíes. Los judíos jerosolimitanos, que ya vivían en sus sótanos, empezaron a pasar hambre hasta que los israelíes abrieron una nueva ruta al sur de Latrun para hacerles llegar provisiones, a la que se dio en llamar carretera de Birmania.

El 11 de junio, el mediador de Naciones Unidas, el conde Folke Bernadotte, nieto de un rey sueco que había negociado con Himmler el rescate de judíos en los últimos meses de la guerra, logró negociar una tregua y propuso una nueva versión de la partición que le concedía al rey Abdalá toda Jerusalén. Israel rechazó el plan de Bernadotte. Mientras tanto, Ben Gurion aplastó lo que casi llegó a ser un motín, cuando Menachem Begin, que ya había aceptado unificar sus tropas del Irgun con las del estado, intentó desembarcar su propio cargamento de armas. El ejército israelí hundió el barco. En lugar de iniciar una guerra civil, Begin salió de la clandestinidad y se incorporó a la política regular.

La tregua de Bernadotte expiró y la guerra se reanudó. Al día siguiente, un Spitfire egipcio bombardeaba Jerusalén occidental. Los excitados legionarios atacaron la ciudad nueva por la Puerta de Sión y avanzaron entonces hacia Notre Dame: «Si giraban la cabeza, podían ver la Cúpula de la Roca y la mezquita de al-Aqsa», escribió Glubb. «Estaban combatiendo en el camino de Dios», mientras los

israelíes intentaban una vez más conquistar la Ciudad Vieja.

—¿Podremos sostener Jerusalén?

—¡Nunca la tomarán, señor!

-Si en algún momento cree que los judíos conquistarán Jerusalén, avíseme —le dijo el rey—. Iré allí y moriré en las murallas de la ciudad.

El contraataque israelí fracasó, pero la fuerza militar de los israelíes iba en aumento: el nuevo estado tenía ya un total de 88 000 soldados en activo, frente a los 68 000 árabes. En los diez días anteriores a la segunda tregua, los israelíes conquistaron Lydda y Ramala.

Tal fue la furia sionista contra la propuesta de Bernadotte que el sueco propuso ahora la internacionalización de Jerusalén. El 17 de septiembre, el conde sueco llegó en avión a la Ciudad Santa, pero los extremistas del Lehi, liderados por Yitzhak Shamir (un futuro primer ministro de Israel), decidieron aniquilar al hombre y sus planes. En el transcurso del viaje de Bernadotte desde su cuartel general hasta la sede del gobierno, mientras cruzaba Katamon para ir a reunirse en Rehavia con Dov Joseph, el gobernador israelí, su jeep fue detenido en un puesto de control. Tres hombres se bajaron de otro jeep armados de subfusiles Sten; dos de ellos dispararon a las ruedas y el tercero ametralló a Bernadotte en el pecho antes de huir a toda velocidad. El conde murió en el hospital de Hadassah. Ben Gurion dio caza y desmanteló al Lehi, pero los asesinos nunca fueron encontrados.

Abdalá había fortificado la Ciudad Vieja. En Cisjordania, el rey defendía el sur y los iraquíes el norte. Al sur de Jerusalén, la vanguardia egipcia podía ver la Ciudad Vieja y seguía hostigando con su artillería los barrios periféricos del sur. A mediados de septiembre, la Liga Árabe reconocía un «gobierno» palestino con base en Gaza controlado por el muftí y las grandes familias jerosolimitanas.<sup>[\*2]</sup> Sin embargo, al reanudarse los combates, los israelíes derrotaron y rodearon a los egipcios, y conquistaron el desierto de Neguev. Humillados, los egipcios enviaron al muftí, cuya carrera política había quedado desacreditada, de regreso a El Cairo. A finales de noviembre de 1948, el teniente coronel Moshe Dayan, ahora comandante militar de Jerusalén, acordó un alto el fuego con los jordanos. Durante la primera mitad de 1949, Israel firmó armisticios con los cinco estados árabes y en febrero de 1949, se reunía el Knesset, el Parlamento israelí, en la sede de la Agencia Judía en la avenida del Rey Jorge V de Jerusalén para elegir formalmente a Weizmann al cargo, principalmente honorífico, de presidente. Weizmann, de setenta y cinco años, se sintió frustrado por su papel no ejecutivo y de que el primer ministro Ben Gurion no le prestara demasiada atención. «¿Por qué tengo que ser un presidente suizo?», preguntó Weizmann. «¿Por qué no un presidente estadounidense?». Se describió a sí mismo, bromeando, como el «prisionero de Rehevot», haciendo referencia a la ciudad en la que había instalado su Instituto Weizmann de la Ciencia. Aun cuando

tenía su residencia oficial en Jerusalén, «nunca perdí los prejuicios contra la ciudad, e incluso ahora, me siento incómodo en ella». Murió en 1952.

El armisticio, firmado en abril de 1949 y supervisado por la ONU, cuyos representantes se habían instalado en Government House, la antigua sede del gobierno británico, dividía Jerusalén: Israel se quedaba con la zona occidental y un enclave en el monte Scopus, mientras que Abdalá conservaba la Ciudad Vieja, el este de Jerusalén y Cisjordania. El acuerdo les prometía a los judíos acceso al Muro de las Lamentaciones, al cementerio del monte de los Olivos y al valle de Kidron, pero esta promesa nunca fue mantenida. A los judíos no se les permitió rezar en el Muro durante los siguientes diecinueve años,<sup>[\*3]</sup> y las lápidas de sus cementerios fueron objeto del vandalismo.

Tanto los israelíes como Abdalá temían perder su mitad de Jerusalén. La ONU insistió en seguir debatiendo la internacionalización de la ciudad, de modo que ambas partes ocupaban ahora ilegalmente Jerusalén, y sólo dos países reconocieron la autoridad de Abdalá sobre la Ciudad Vieja. El jefe de gabinete de Weizmann, George Weidenfeld, un joven vienés que había fundado hacía poco tiempo su propia empresa editorial en Londres, lanzó una campaña para convencer al mundo de que Israel debía conservar Jerusalén occidental y el 11 de diciembre, Jerusalén fue declarada capital de Israel.

El vencedor árabe era Abdalá el Apresurado, quien, treinta y dos años después de la revuelta árabe, había por fin logrado hacerse con la ciudad. «Nadie», dijo, «me quitará Jerusalén, tendrán que pasar por encima de mi cadáver».

# CAPÍTULO 52

## DIVIDIDOS, 1951-1967

### REY DE JERUSALÉN: SANGRE EN LA EXPLANADA DE LAS MEZQUITAS

«Una franja fortificada de alambrada de espino, campos de minas, posiciones de tiro y puestos de observación cruzaba [la ciudad]», escribe Amos Oz. «Había caído un telón de acero que nos separó de Sheikh Jarrah y de los barrios árabes». El fuego de los francotiradores era frecuente: en 1954, nueve personas murieron abatidas de este modo, y 54 fueron heridas. Incluso cuando ambas partes cooperaban, era angustiante: en 1959, la ONU medió en la alimentación del único tigre, un león y dos osos del Zoo Bíblico en el monte Scopus controlado por los israelíes, y explicó oficialmente que «era necesario tomar decisiones sobre si: a) el dinero israelí debía ser utilizado en la compra de burros árabes para alimentar al león israelí, o b) si un burro israelí podía pasar por territorio controlado por los jordanos para ser comido por el león en cuestión». Al final, un convoy de Naciones Unidas escoltó a los animales a través del territorio jordano hasta Jerusalén occidental.

Al otro lado de la alambrada de espino, los Nusseibeh guardaron duelo por la catástrofe: «Sufrí lo que podríamos calificar de una depresión nerviosa», reconoció Hazem Nusseibeh. Su sobrino Sari echaba de menos a «los aristócratas árabes e ingleses, los forasteros peculiares, los comerciantes de clase media, las mujeres mundanas que prestaban sus servicios a los soldados, la rica mezcla de culturas, obispos, clérigos musulmanes y rabinos de barba negra, todos ellos circulando por las mismas abarrotadas calles».

En noviembre, Abdalá, en una ceremonia inusitada, fue coronado por el obispo copto el primer rey en controlar la ciudad desde Federico II. El 1 de diciembre, se dio a sí mismo el título de rey de Palestina en Jericó y cambió el nombre de su reino por el de Reino Unido de Jordania. Los Husseini y los nacionalistas árabes, que no podían perdonarle haber sido el único árabe en haber logrado lo que quería de la catástrofe palestina, criticaron la transigencia de Abdalá.

El rey acudió a las grandes familias de Jerusalén, que ahora disfrutaron de un extraño renacimiento. Le ofreció el cargo de primer ministro de Jordania a Ragheb Nashashibi, que lo rechazó, aunque aceptó un ministerio. El rey le nombró también gobernador de Cisjordania y custodio de los dos Harams (Jerusalén y Hebrón), le regaló además un automóvil Studebaker y le dio el título de «Ragheb Pasha» (los jordanos siguieron concediendo títulos otomanos hasta la década de 1950). Su

elegante sobrino, Nassereddin Nashashibi, ocupó el puesto de chambelán real.<sup>[\*1]</sup> Abdalá se dio la satisfacción de destituir oficialmente al odiado muftí y nombró en su lugar al jeque Husam al-Jarallah, aquel mismo Jarallah al que le habían robado el título en 1921.

Abdalá había recibido advertencias de complotos de asesinato, pero siempre contestaba «hasta que no llegue mi hora, nadie me puede hacer daño, y cuando me llegue la hora, nadie podrá protegerme». Cualesquiera que fueran los peligros, Abdalá, que ya tenía sesenta años, se sentía orgulloso de poseer Jerusalén. «Cuando era un niño», recordaba su nieto Hussein, «mi abuelo solía decirme que Jerusalén era una de las ciudades más bellas del mundo». Según pasaba el tiempo, observó que el rey «amaba cada vez más a Jerusalén». El hijo mayor de Abdalá, Talal, era una decepción para su padre, pero el rey adoraba a su nieto a quien educó para convertirse en monarca. Durante las vacaciones escolares, desayunaban juntos cada día. «Me había convertido en el hijo que él siempre quiso», escribiría Hussein.

El viernes 20 de julio de 1951, Abdalá se dirigió en coche a Jerusalén acompañado de su nieto Hussein, un escolar de Harrow de dieciséis años, vestido con el uniforme militar adornado con medallas por orden de su abuelo. Antes de salir, el rey le dijo: «Hijo mío, un día tendrás que asumir tú la responsabilidad», y añadió, «cuando tenga que morir, me gustaría que fuera de un tiro en la cabeza de algún cualquiera. Es la manera más sencilla». Se detuvieron en Nablus para saludar al primo del muftí, el doctor Musa al-Husseini, que había servido al muftí en la Berlín de los nazis: se inclinó y declaró su lealtad.

Justo antes del mediodía, Abdalá llegó a Jerusalén para las oraciones de los viernes. Le acompañaban su nieto, Glubb Pasha, el chambelán real Nassereddin Nashashibi y el untuoso Musa Hussein. La multitud parecía malhumorada y recelosa, y los nerviosos legionarios asignados a su protección eran tan numerosos que Hussein bromeó: «¿Qué es esto? ¿Un cortejo funerario?». Abdalá visitó la tumba de su padre y después, caminó hasta al-Aqsa, donde les dijo a sus guardias que se retiraran un poco, pero Musa Hussein permaneció muy cerca suyo. En el momento en el que Abdalá cruzaba el pórtico, el jeque de la mezquita besó la real mano; en ese preciso instante, detrás de una puerta apareció un joven que alzó una pistola, pegó el cañón contra la oreja del rey y disparó, matándole al instante. La bala le salió por el ojo. Abdalá se derrumbó y su turbante rodó por el suelo. Todo el mundo se echó cuerpo a tierra «encogidos como viejas aterradas», observó Hussein, «y en aquel momento, sin duda perdí la cabeza, porque me lancé contra el asesino» que se giró hacia Hussein: «Vi la amenaza en su mirada enajenada. Tenía el arma, y le miré, me apuntó con ella y vi el humo, oí el estallido del disparo y sentí el tiro en el pecho. ¿Así es entonces la muerte? La bala chocó contra metal». Abdalá le había salvado la vida a su nieto al ordenarle que se pusiera las condecoraciones.

Los guardias, disparando al azar, mataron al asesino. Nashashibi, con la nariz sangrando, sostenía al rey muerto en sus brazos, y le besó la mano repetidamente. Los furiosos legionarios se lanzaron a las calles, y a Glubb le costó trabajo contenerlos. Arrodillado junto al rey, Hussein le desabrochó la túnica y luego caminó junto al cuerpo mientras lo transportaban al Hospicio Austríaco. Allí, Hussein fue sedado antes de regresar precipitadamente a Amman.<sup>[1]</sup>

## HUSSEIN DE JORDANIA: EL ÚLTIMO REY DE JERUSALÉN

Se rumoreó que el muftí y el rey Farouk de Egipto estaban tras el asesinato. Musa Husseini fue detenido y torturado, y él y otros tres conspiradores fueron ejecutados poco después. Este regicidio fue sólo uno de los asesinatos y golpes de estado que la derrota árabe había precipitado. En 1952, el rey Farouk, el último de los albaneses de Mehmet Alí, fue derrocado por una junta militar del Movimiento de Oficiales Libres, liderados por el general Mohamed Neguib y por el coronel Gamal Abdul Nasser.

A Abdalá de Jordania le sucedió su hijo, el rey Talal, que sufría violentos ataques de esquizofrenia a causa de los cuales poco le faltó para matar a su esposa. El 12 de agosto de 1952, el joven Hussein estaba pasando unas vacaciones en un hotel de Ginebra, cuando entró un camarero que llevaba un sobre en una bandeja de plata: estaba dirigido a «Su Majestad el rey Hussein». Su padre había abdicado. Tenía apenas diecisiete años, le gustaban los coches rápidos y las motos, los aviones y los helicópteros que pilotaba él mismo, y las bellas mujeres (se casó con cinco). Su abuelo nunca había perdido su sueño de un gran reino hachemita, y lo arriesgó todo por conseguir Jerusalén, pero Hussein gradualmente se fue dando cuenta de que ya sería una gran hazaña si lograba tan siquiera sobrevivir como rey de Jordania.

Un oficial formado en la academia militar de Sandhurst, este monarca gallardo se manifestaba prooccidental, y su régimen financiado primero por el Reino Unido, y después por Estados Unidos, sólo sobrevivió gracias a que supo mantener un delicado equilibrio entre las fuerzas en juego en el mundo árabe. En ocasiones tuvo que soportar el abrazo sofocante de hostiles tiranos radicales como Nasser de Egipto o Saddam Hussein de Iraq. Igual que su abuelo, fue capaz de trabajar con los israelíes, y mucho más tarde, acabaría sintiendo una especial simpatía por Rabin.

El octogenario Churchill, que había regresado al cargo de primer ministro en 1951, le dijo entre dientes a uno de sus funcionarios: «Debería dejar que los judíos se quedaran con Jerusalén; al fin y al cabo, fueron ellos quienes la hicieron famosa». La ciudad, sin embargo, siguió dividida en este y oeste por «una estridente serie de vallas, muros y alambradas de espino *ad hoc*», con «carteles en hebreo, inglés y árabe que advertían ¡STOP! ¡PELIGRO! ¡SE ACERCA A LA FRONTERA!». El ruido de las ametralladoras cortaba el silencio nocturno y el único punto de acceso era la

Puerta Mandelbaum, que se hizo tan famosa como el Checkpoint Charlie de Berlín. No era ni una puerta ni la casa de los Mandelbaum. Hacía ya tiempo que Simchah y Esther Mandelbaum no vivían allí. Tras su marcha, la sólida casa de los Mandelbaum, nacidos en Bielorrusia y fabricantes de medias, se había convertido en un baluarte de la Haganah, y la Legión Árabe lo había volado en 1948. El puesto de control Mandelbaum se alzaba sobre sus ruinas.

El joven adolescente judío Amos Oz y el niño palestino Sari Nusseibeh, el hijo de Anwar, vivían muy cerca el uno del otro, a uno y otro lado de estos campos de minas y alambradas de espino. Más tarde, Oz y Nusseibeh, ambos grandes escritores y contrarios al fanatismo, serían grandes amigos. «El islam», escribió Nusseibeh, «en familias como la nuestra, no difería apenas, según me enteraría más tarde, de lo que era el judaísmo para Amos Oz, a un centenar de metros de distancia, justo al otro lado de la tierra de nadie». Los chicos vieron la llegada de un nuevo flujo de inmigrantes que, una vez más, cambiarían Jerusalén. Los árabes, particularmente en Iraq, se habían vengado sobre sus propias comunidades judías, y seiscientos mil judíos emigraron ahora a Israel. Sin embargo, serían los supervivientes de la secta ultraortodoxa conocida como los jaredíes (los asombrados) los que le darían un nuevo aspecto a Jerusalén, al traer con ellos la cultura y la ropa de la Mitteleuropa del siglo XVII y su fe en la oración mística y gozosa. «No pasaba ni un solo día», recordaba Sari Nusseibeh, «que no espicara las calles más allá de la tierra de nadie», y allí, en Meah Shearim «veía hombres vestidos de negro. A veces, estas barbudas criaturas me miraban». ¿Quiénes eran?, se preguntaría.

Los jaredíes estaban escindidos entre aquellos que habían abrazado el sionismo y los muchos otros, como por ejemplo Toldot Haron de Meah Shearim, que eran fervientes antisionistas y creían que sólo Dios podría restaurar el Templo. Estas rígidas sectas ritualistas e introspectivas se dividían en jasídicos y lituanos, y todos hablaban *yiddish*. Los jasídicos se dividen a su vez en muchas sectas cuyos orígenes se remontan a siete «cortes» principales, cada una de ellas gobernada por una dinastía que desciende de un rabino milagroso conocido como el *admor* (un acrónimo derivado de «nuestro señor maestro y rabino»). Sus trajes y las arcanas diferencias entre las sectas contribuyeron a la complejidad de la Jerusalén israelí.<sup>[\*2]</sup>

Los israelíes construyeron una capital moderna en Jerusalén occidental,<sup>[\*3]</sup> una difícil mezcla de lo laico y de lo religioso. «Israel era socialista y laica», recuerda George Weidenfeld, «la alta sociedad estaba en Tel Aviv, pero Jerusalén giraba en torno a la antigua Jerusalén de los rabinos, de los intelectuales alemanes de Rehavia que después de cenar hablaban de arte y de política en la cocina, y de la élite israelí de funcionarios y generales como Moshe Dayan». Mientras los jaredíes vivían su propia vida aparte, los seculares judíos como Weidenfeld salían a cenar a los restaurantes más elegantes de Jerusalén, Fink's era uno de ellos, donde se servían



*goulash* y salchichas no *kasher*. Amos Oz se sentía incómodo en esta ciudad caleidoscópica, con su peculiar mezcla de antigüedades restauradas y de ruinas modernas. «¿Podría uno sentirse en casa en Jerusalén, me pregunto, si viviera cien años en esta ciudad?» planteaba en su novela *Mi querido Mijael*. «Si vuelves la cabeza, puedes ver entre todos estos edificios un campo rocoso. Olivos. Un árido desierto. Rebaños pastando alrededor del recién construido despacho del primer ministro». Oz se marchó de Jerusalén, pero Sari Nusseibeh se quedó.

El 23 de mayo de 1961, Ben Gurion llamó a uno de sus jóvenes asistentes, Yitzhak Yaacovy a su despacho. El primer ministro miró a Yaacovy y le preguntó:

—¿Sabe usted quién es Adolf Eichmann?

—No —respondió Yaacovy.

—Es el hombre que organizó el Holocausto, que asesinó a su familia, y que le deportó a usted a Auschwitz —contestó Ben Gurion, que sabía que Yaacovy, hijo de ortodoxos húngaros, había sido enviado al campo de la muerte por el SS-Obersturmführer Eichmann en 1944. Allí, había sobrevivido a la selección entre aquellos a quienes se les permitió vivir como esclavos y aquellos que fueron gaseados de inmediato por el propio SS doctor Joseph Mengele, tal vez a causa de su cabello rubio y sus ojos azules. Después, emigró a Israel, combatió, fue herido en la guerra de independencia y se instaló en Jerusalén donde trabajaba en el despacho del primer ministro.

—Hoy —le dijo Ben Gurion—, iré en coche hasta el Knesset, tomaré asiento como invitado mío y me verá anunciar que he traído a Eichmann para que sea juzgado en Israel.

El Mossad, el servicio secreto israelí, había secuestrado a Eichmann en su refugio de Argentina, y en abril daba comienzo su juicio en un tribunal del centro de Jerusalén. Fue ahorcado en la prisión de Ramala.

Al otro lado de la frontera, el rey Hussein llamaba a la ciudad su «segunda capital», pero su régimen era demasiado precario para arriesgarse a trasladar la capital desde Amman. Y si bien, en la práctica, la Ciudad Santa había quedado degradada a «ciudad provincial con alambradas de espino en el centro», la Jerusalén hachemita, no obstante, recuperó algo de su antiguo encanto. El hermano del rey, el príncipe Mohamed, gobernaba Cisjordania. Se acababa de casar con una hermosa joven palestina de dieciséis años: Firyal al-Rashid. «Pasábamos seis meses al año en Jerusalén», recuerda la princesa Firyal, «en un palacete encantador que había pertenecido a los Dajani, pero mi marido se pasaba la mayor parte del tiempo negociando con los cristianos, ¡intentando poner paz entre los belicosos ortodoxos, católicos y armenios que siempre estaban en guerra!».

El rey Hussein nombró gobernador y custodio de los santuarios a Anwar Nusseibeh. La familia Nusseibeh era más preeminente de lo que había sido en

muchos siglos: Anwar, en varias ocasiones, ocupó el cargo de ministro de Defensa jordano, y su hermano Hazem, el de ministro de Asuntos Exteriores. Todas las grandes familias habían perdido su fortuna y sus olivares, pero muchos seguían viviendo en sus palacetes en Sheikh Jarrah. Anwar Nusseibeh vivía ahora frente a la American Colony en un palacete de estilo antiguo con «alfombras persas, títulos académicos con membretes dorados, botellas de cristal para los licores digestivos, y docenas de trofeos de tenis». Nusseibeh tenía que practicar un «ecumenismo tolerante»: rezaba todos los viernes en la mezquita de al-Aqsa, y cada año, en la Pascua cristiana, conducía a toda su familia a unirse al «alto clero con casullas que sostenían cruces de oro mientras caminaban tres veces alrededor del Santo Sepulcro», tal como recordaba su hijo Sari. «A mis hermanos y a mí, esto [las celebraciones de Pascua] era lo que más nos gustaba porque las chicas cristianas eran las más bonitas de la ciudad». En la Explanada de las Mezquitas, sin embargo, reinaba la calma. «Los visitantes del Haram eran pocos», observaría Oleg Grabar, el destacado erudito de Jerusalén que empezó a explorar la ciudad en aquellos años.

Sari Nusseibeh investigó la Ciudad Vieja, «llena de vanidosos tenderos con sus relojes de bolsillo de oro, viejas anunciando a gritos sus mercancías, derviches girando sobre sí mismos», y cafés en los que se oía «el gorgoteo de los clientes fumando en las pipas de agua». La Jerusalén jordana era, observaría Eugene Bird, el vicecónsul estadounidense, un mundo en miniatura: «Nunca antes he visto una gran ciudad tan pequeña. La sociedad escogida restringida a 150 personas». Algunas de las grandes familias se dedicaron al turismo: los Husseinis abrieron un hotel en Orient House. La ya canosa Bertha Spafford transformó su American Colony en un hotel de lujo, y ella, la gran dama de los broches que había conocido a todo el mundo, desde Cemal Pasha hasta Lawrence de Arabia, se convirtió en una de las atracciones de visita obligada de la ciudad, e incluso protagonizó en dos ocasiones el programa de la televisión británica *This is your life*. Katy Antonius había regresado y fundado un orfanato en la Ciudad Vieja, y en su casa, un bar restaurante de lujo llamado Katateet, el nombre de una columna de sociedad de un periódico local. «Era un personaje que parecía sacado de *Cocktail Party*, de Eliot», escribía el vicecónsul estadounidense; «charla por los codos y es muy afectada». Siempre «a la última moda, luciendo su collar de perlas, y con el cabello negro bastante corto» con «una mecha blanca característica», era, en opinión del hijo del vicecónsul, Kai Bird, «parte mujerdragón y parte terriblemente coqueta». Pero no había perdido su furia política, y en una ocasión observó: «Antes del estado judío, yo conocía a muchos judíos en Jerusalén. Ahora, abofeteo a cualquier amigo árabe que intente comerciar con un judío. Perdimos el primer asalto, pero no hemos perdido la guerra».

Las grandes potencias habían respaldado siempre a sus propias sectas, así que no fue ninguna sorpresa que la guerra fría se librara furtivamente bajo las casullas y las

túnicas, y tras los altares de Jerusalén, «con el mismo ardor que en los oscuros callejones de Berlín», la otra ciudad dividida. El vicecónsul Bird le aconsejó a la CIA que participara con ochenta mil dólares en la reparación de las cúpulas en forma de cebolla de la iglesia de Santa María Magdalena del gran duque Serguei. Si la CIA no pagaba, entonces seguro que lo haría el KGB. La ortodoxia rusa de Jerusalén estaba dividida entre la iglesia de Nueva York respaldada por la CIA, y la versión soviética de Moscú respaldada por el KGB. Los jordanos, firmes aliados de los estadounidenses, les dieron sus iglesias rusas a la iglesia anticomunista, mientras que los israelíes no habían olvidado que Stalin había sido el primero en reconocer su nuevo estado y les concedieron sus propiedades rusas a los soviéticos, que instalaron una misión en Jerusalén occidental, dirigida por un «sacerdote», en realidad un coronel del KGB y antiguo asesor militar en Corea del Norte.

En aquel lugar apartado todavía dominado por los «Husseini, Nashashibi, eruditos islámicos y obispos cristianos, si uno podía olvidarse de la tierra de nadie y de los campos de refugiados», escribía Sari Nusseibeh, «era como si nada hubiera ocurrido». Y sin embargo, nada era lo mismo, e incluso sobre esta Jerusalén híbrida se cernía ahora la amenaza. El ascenso de Nasser, presidente de Egipto, lo cambió todo, poniendo en peligro al rey Hussein y también su posesión de Jerusalén.

# CAPÍTULO 53

## SEIS DÍAS, 1967

### NASSER Y HUSSEIN, LA CUENTA ATRÁS DE LA GUERRA

Nacido en la oscuridad, Nasser era el *beau idéal* de un estadista árabe: un oficial joven, herido en 1948 durante la maniobra envolvente de Israel que había rodeado a los egipcios, y decidido a restaurar el orgullo perdido de los árabes. Se convirtió en el líder árabe más popular en siglos, pero también gobernó como un dictador, con la ayuda de la policía secreta. Conocido como el Rais, el jefe, por todo el mundo árabe, Nasser promovió un panarabismo socialista que inspiró a su pueblo a desafiar el dominio occidental y enfrentarse a la victoria sionista, y que alimentó enormes esperanzas de que sus derrotas podrían ser vengadas.

Nasser secundó los ataques palestinos contra Israel, que respondió con creciente violencia. Su liderazgo de la nación árabe más poderosa, Egipto, alarmó a Israel. En 1956, Nasser plantó cara a los vestigios de los imperios inglés y francés nacionalizando el canal de Suez y dando su apoyo a los rebeldes argelinos que se habían sublevado contra Francia. Londres y París, decididos a destruirlo, concertaron con Ben Gurion una alianza secreta. El logrado ataque israelí contra el Sinaí, planificado por el jefe del estado mayor, Moshe Dayan, les proporcionó a franceses e ingleses el pretexto para invadir Egipto, en apariencia para separar a los dos vecinos. No obstante, Reino Unido y Francia ya no tenían el poder suficiente para sostener su última aventura imperial, y Estados Unidos les obligó a retirarse. Poco tiempo después, Hussein destituyó a Glubb del mando de su ejército. El año 1956 significó el ocaso del imperio británico en Oriente Medio y el amanecer de la dominación de Estados Unidos.

Nasser tenía la vista puesta en los dos reinos hachemitas, donde su radicalismo panarabista gozaba de una popularidad cada vez mayor en las calles y entre los cuerpos de oficiales. En 1958, un golpe de estado acabó con la vida del primo y compañero de escuela de Hussein, Faisal II de Iraq. Los miembros de la familia habían sido reyes de los árabes, en Hiyaz, en Palestina y en Iraq, y Hussein era ahora el último miembro de la familia real hachemita. Nasser anexionó oficialmente Siria a la República Árabe Unida, rodeando de este modo a Israel y dominando Jordania, pero su RAU, que se desintegró y reunificó en dos ocasiones, seguía siendo frágil.

«Crecer en Jerusalén era como vivir en un cuento de hadas invadido por Detroit y por los ejércitos modernos, aunque no había perdido su magia, y los peligros,

simplemente, se sumaban a los misterios», escribió Sari Nusseibeh. De forma gradual, «Jerusalén fue recuperando buena parte de la vida que había perdido en 1948» y recobró su carácter de «capital de la peregrinación». En 1964, el rey Hussein doró de nuevo el plomo de la Cúpula de la Roca, de un color gris plomizo desde hacía siglos, en preparación de la peregrinación del papa Pablo VI. El sumo pontífice fue recibido por el príncipe Mohamed y la princesa Firyal, que le acompañaron hasta la ciudad donde el gobernador Anwar Nusseibeh le dio la bienvenida. El papa, sin embargo, tuvo que cruzar las líneas en la Puerta Mandelbaum, igual que todo el mundo. Cuando solicitó permiso para rezar en la capilla griega del Calvario, el patriarca ortodoxo le ordenó que hiciera la petición por escrito, y luego la rechazó. «La visita del papa desencadenó un auge turístico», escribió Sari Nusseibeh, y los Hussein y los Nusseibeh derribaron sus elegantes palacetes para construir unos hoteles espantosos.

Con todo, el rey Hussein estaba ahora luchando por sobrevivir, rodeado y presionado por el nasserismo radical de Egipto y Siria, enfrentado a árabes e israelíes, y también a sus propias ambiciones dinásticas y a la apasionada amargura de los palestinos que creían que Hussein les había traicionado. Mientras Nasser preparaba un complot para derrocar al rey, Jerusalén y Cisjordania se levantaron en varias ocasiones contra los hachemitas.

En 1959, Yasser Arafat, un veterano de la guerra de 1948,<sup>[\*1]</sup> fundó un movimiento militante de liberación llamado al-Fatah, la conquista. En 1964, Nasser celebró una cumbre en El Cairo de la que salieron el mando conjunto árabe para la futura guerra con Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) dirigida por Ahmed al-Shuqari. Aquel mes de mayo en Jerusalén, un reacio rey Hussein inauguraba el congreso palestino en el que se presentaba oficialmente la OLP. El siguiente mes de enero, la al-Fatah de Arafat lanzó un pequeño ataque contra Israel desde Jordania, un desastre con una única baja, un guerrillero palestino que cayó abatido por un disparo de los jordanos. Sin embargo, la hazaña de al-Fatah despertó la imaginación de los árabes y marcó el inicio de la campaña de Arafat para colocar a la causa palestina en el centro del escenario mundial. El ascenso de los radicales cargados de pistolas, vestidos de caqui y luciendo la *kufiya* había eclipsado a las altivas grandes familias, desacreditadas por el muftí y por los sucesos de 1948. El hijo de Anwar Nusseibeh, Sari, se unió a al-Fatah, un indicador de los tiempos que corrían.

Los palestinos estaban perdiendo la paciencia con Hussein. Cuando el gobernador Nusseibeh se negó a aceptar una orden real, el rey lo destituyó y nombró a un jordano en su lugar. En septiembre de 1965, siguiendo los pasos de su padre, Hussein se reunió en secreto con la ministra de Asuntos Exteriores israelí, Golda Meir, quien sugirió que algún día «podríamos dejar las armas a un lado y crear un monumento en

Jerusalén que significara la paz entre nosotros».<sup>[1]</sup>

Ben Gurion se retiró del cargo de primer ministro en 1963, y fue sucedido por Levi Eshkol, de sesenta y siete años, nacido cerca de Kiev, un hombre con gafas, no precisamente una lumbrera, y cuyo mayor logro consistía en haber financiado el suministro de agua israelí: no se parecía en nada a Ben Gurion. A principios de 1967, los ataques sirios en el norte de Israel desembocaron en un combate aéreo en el cual la fuerza aérea siria fue diezmada sobre el cielo de Damasco. Siria apoyó más ataques palestinos contra Israel.<sup>[\*2]</sup>

La Unión Soviética informó a Nasser, erróneamente, según se vería más tarde, de que Israel planeaba lanzar un ataque contra Siria. Nunca se ha aclarado por qué Moscú dio esta información falsa ni por qué Nasser, que tenía varias semanas para comprobarla o desmentirla, eligió creérsela. Pese al poder de Egipto, a su propio carisma y a la popularidad del panarabismo, Nasser había sufrido la humillación de los ataques de represalia de los israelíes y, por otra parte, su arriesgada política en Siria le había dejado en una situación muy expuesta. Desplazó sus tropas a la península para demostrar que no toleraría ningún ataque contra Siria.

El 15 de mayo, un preocupado Eshkol y su jefe de estado mayor, el general Rabin, se reunieron en el hotel King David de Jerusalén antes del desfile del Día de la Independencia: ¿cómo debían reaccionar a las amenazas de Nasser? Al día siguiente, Egipto pedía a la ONU que retirara a las fuerzas de paz del Sinaí. Nasser confiaba probablemente en una escalada de la crisis y, al mismo tiempo, no obstante, en evitar la guerra. Si éste es el caso, actuó con gran torpeza o con una desastrosa temeridad. Mientras los líderes árabes llamaban a la inminente exterminación del estado judío, Eshkol, nervioso, seguía vacilando. Los presentimientos de una catástrofe inminente y el temor existencial invadieron Israel, a quien Nasser le había robado la iniciativa. El general Rabin, sobreviviendo a base de café y de setenta cigarrillos al día, y consciente de que la supervivencia de Israel descansaba sobre sus hombros, empezó a desmoronarse.

## RABIN: CRISIS NERVIOSA ANTES DE LA BATALLA

Nasser estudió las posibilidades, reunió a su gabinete e interrogó a su vicepresidente y comandante supremo, el mariscal de campo Abdel-Hakim al-Amer, un iluso *bon vivant* que gustaba de las drogas, y que seguía siendo el mejor amigo del presidente.

NASSER: «En este momento, con nuestras tropas concentradas en el Sinaí, las posibilidades de guerra son del cincuenta por ciento. Si cerramos el estrecho de Tirán, la posibilidad será entonces del cien por cien. ¿Están las fuerzas armadas dispuestas, Abdel Hakim (Amer)?».

AMER: «Por la cuenta que me trae, jefe, todo está listo y a punto».

El 23 de mayo, Nasser cerró el estrecho de Tirán, el acceso al mar de Israel desde el puerto estratégico de Eilat. Siria se movilizó para la guerra. El rey Hussein pasó revista a sus tropas. Rabin y los generales le aconsejaron a Eshkol que lanzara un ataque preventivo contra Egipto o que se enfrentara a la aniquilación. Sin embargo Eshkol se negó a hacerlo sin agotar antes todas las opciones políticas: su ministro de Exteriores, Abba Eban, realizó unos tremendos esfuerzos diplomáticos para evitar la guerra, o lograr apoyos si no podía evitarse. A Rabin, por su parte, le atormentaba la culpa de no haber hecho lo suficiente para salvar a Israel: «Tenía la sensación, equivocada o acertada, de que toda la culpa era mía, y me sumí en una profunda crisis. Apenas había comido nada en casi nueve días, no había dormido, fumaba sin parar y estaba físicamente agotado».

Con el primer ministro a la deriva, el jefe del estado mayor bajo los efectos de los sedantes, los generales al borde del motín y la nación sumida en el pánico, el trauma de Israel no era ninguna farsa. En Washington, el presidente L. B. Johnson se negó a apoyar cualquier ataque de Israel; en Moscú, el canciller Alexei Kosiguin le aconsejó encarecidamente a Nasser que se retirara de la guerra. En El Cairo, el mariscal de campo Amer, alardeando de que «esta vez seremos nosotros los que empecemos la guerra», se preparaba a atacar el desierto del Neguev. En el último momento, Nasser le ordenó a Amer detener el ataque.

En Amman, el rey Hussein sintió que no le quedaba más remedio que unirse a Nasser: si Egipto atacaba, tenía que apoyar a sus hermanos árabes; de lo contrario, si Egipto perdía, sería considerado un traidor. El 30 de mayo, Hussein, en uniforme de mariscal de campo y armado con un Magnum calibre 357, voló hasta El Cairo pilotando su propio avión, donde fue recibido por Nasser. «Puesto que su visita es un secreto», dijo el alto Nasser mirando hacia abajo al minúsculo rey, «¿qué ocurriría si le detuviéramos?». «Esta posibilidad no se me había ocurrido», respondió Hussein, que aceptó colocar a su ejército de 56 000 efectivos bajo el mando del general egipcio Riyad. «Todos los ejércitos árabes rodean ahora a Israel», declaró el rey. Israel se enfrentaba a una guerra en tres frentes. El 28 de mayo, la radio emitía un farragoso discurso de Eshkol que sólo logró intensificar la ansiedad de los israelíes. En Jerusalén se cavaron refugios antiaéreos y se practicaron simulacros de ataque aéreo. Los israelitas temían la aniquilación, otro Holocausto. Eban había agotado la vía diplomática y los generales, los políticos y la ciudadanía habían perdido la confianza en Eshkol, que se vio obligado a llamar al soldado más respetado del país.

## DAYAN TOMA EL MANDO

El 1 de junio, Moshe Dayan juraba el cargo de ministro de Defensa y Menachem

Begin se incorporaba al gobierno de la nación como ministro sin cartera. Dayan, luciendo siempre su característico parche negro en el ojo, era un discípulo de Ben Gurion y despreciaba a Eshkol, quien a su vez, y en privado, le daba a Dayan el apodo Abu Jildi, el nombre de un bandido árabe tuerto.

Discípulo de Wingate, jefe del estado mayor durante la guerra de Suez y ahora diputado en el Parlamento, Dayan era una contradicción: arqueólogo y saqueador de objetos antiguos, vengador siempre enarbolando el poder militar y creyente en la coexistencia tolerante, vencedor de los árabes y amante de la cultura árabe. Era «sumamente inteligente», recuerda su amigo Shimon Peres, «tenía una mente brillante y nunca decía ninguna tontería». Otro general y compañero suyo, Ariel Sharon, decía de Dayan que «se despertaba con un centenar de ideas. De ellas, 95 eran peligrosas, tres eran malas, y las dos restantes, brillantes». «Despreciaba a la mayor parte de la gente», recordaba Sharon, «y no se esforzaba por ocultarlo». Sus críticos lo calificaron de «partisano y aventurero», y el propio Dayan, en una ocasión, reconoció ante Peres: «Recuerda una cosa, no puedes fiarte de mí».

Dayan irradiaba el carisma del nuevo y gallardo judío «no porque siguiera las normas», dice Peres, «sino porque las rechazaba con habilidad y encanto». Un compañero de clase lo describió como «un mentiroso, un fanfarrón y un intrigante, y además una *prima donna*, a pesar de lo cual, suscitaba una profunda admiración». Era un solitario sin amigos, un actor inescrutable y un mujeriego de gran apetito sexual, algo que Ben Gurion excusaba porque «Dayan estaba hecho de pasta bíblica», igual que el rey David, o el almirante Nelson: «Vas a tener que acostumbrarte a eso», le dijo a la desconsolada esposa de Dayan, Ruth. «La vida privada y la vida pública de los grandes hombres transcurren a veces en planos paralelos que nunca coinciden».

Cuando Eban informó de que Estados Unidos no aprobaba la acción militar, pero que tampoco haría nada para impedirlo, Dayan hizo gala de su excelente comprensión de la estrategia. Insistió en que Israel tenía que atacar a los egipcios de inmediato y evitar al mismo tiempo cualquier enfrentamiento con Jordania. Su comandante en Jerusalén, Uzi Narkiss cuestionó su orden: «¿Qué pasaría si Jordania atacara el monte Scopus?». «En ese caso», respondió secamente Dayan, «¡muérdase usted la lengua y mantenga la formación!».

Nasser creía que ya había logrado la victoria, y sin derramar una gota de sangre, pero los egipcios siguieron planeando el ataque contra el Sinaí. Los jordanos, apoyados por una brigada iraquí, planificaron la operación Tariq para rodear la Jerusalén occidental judía. El mundo árabe, con medio millón de tropas movilizadas, cinco mil tanques y novecientos aviones, nunca había estado tan unido. «Nuestro objetivo básico será la destrucción de Israel», anunció Nasser. «Nuestra meta», explicó el presidente Aref de Iraq, «es borrar Israel del mapa». Los israelíes habían movilizado 275 000 soldados, 1100 tanques y 200 aviones.



A las siete y diez de la mañana del 5 de junio, los pilotos israelíes sorprendieron a la fuerza aérea egipcia y la aniquilaron. A las ocho y cuarto, Dayan ordenaba a las fuerzas de defensa israelíes que se lanzaran contra el Sinaí. En Jerusalén, el general Narkiss esperaba nervioso, temiendo que los jordanos conquistaran el vulnerable monte Scopus y rodearan a los 197 000 judíos de Jerusalén occidental, pero confiaba en que los jordanos se limitaran a hacer una contribución simbólica a la guerra de los egipcios. Justo después de las ocho de la mañana, empezaron a sonar las sirenas de alarma aérea. Los Rollos del mar Muerto fueron guardados en un lugar seguro y los reservistas, movilizados. Tres veces, Israel advirtió al rey Hussein, a través del Departamento de Estado estadounidense, de la ONU en Jerusalén y del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, de que «Israel no atacará, repetimos, no atacará a Jordania si Jordania mantiene la calma. Pero si Jordania inicia las hostilidades, entonces Israel responderá con todo el poder a su alcance».

«Majestad, la ofensiva israelí ha empezado en Egipto», informó al rey Hussein su ayudante de campo a las nueve menos diez de la mañana. Tras telefonar al cuartel general, Hussein recibió la noticia de que el mariscal de campo Amer había aplastado al ejército israelí y que había iniciado un contraataque con éxito. A las nueve, Hussein entraba en el cuartel general donde le informaron de que el general egipcio Riyad había ordenado ataques contra objetivos israelíes y la toma de Government House al sur de Jerusalén. Nasser llamó para confirmar las victorias egipcias y la destrucción de la fuerza aérea israelí.

A las nueve y media, el sombrío rey le dijo a su gente: «La hora de la venganza ha llegado».

#### 5-7 DE JUNIO DE 1967: HUSSEIN, DAYAN Y RABIN

A las once y cuarto de la mañana, la artillería jordana iniciaba un ataque en el que se dispararon seis mil proyectiles contra la Jerusalén judía que alcanzaron el Knesset y la residencia del primer ministro, el hospital Hadassah y la iglesia de la Dormición en el monte Sión. Siguiendo las órdenes de Dayan, los israelíes respondieron sólo con armas de bajo calibre. A las once y media, Dayan ordenó un ataque contra la fuerza aérea jordana. Hussein, que observaba desde el tejado de su palacio en compañía de su hijo mayor, el futuro rey Abdalá II, vio cómo sus aviones eran destruidos.

En Jerusalén, Israel ofreció un alto el fuego que los jordanos rechazaron. Los muecines, a través de los altavoces en la Cúpula de la Roca, gritaron: «Tomad las armas y reconquistad vuestro país robado por los judíos». A la una menos cuarto, los jordanos ocuparon Government House, la antigua sede del gobierno británico, que, aunque se encontraba en el interior del recinto del cuartel general de la ONU, dominaba Jerusalén. Dayan ordenó de inmediato que fuera tomado por asalto, y cayó

tras cuatro horas de combate. Desde el norte, los morteros y la artillería israelíes machacaban a los jordanos.

Dayan veneraba Jerusalén, pero comprendió que sus complejidades políticas podían amenazar la propia existencia de Israel. Cuando el gabinete israelí debatió sobre si debía atacar la Ciudad Vieja o limitarse a silenciar los cañones jordanos, Dayan se opuso a la conquista, preocupado por las responsabilidades de gobernar la Explanada de las Mezquitas, pero sus objeciones fueron desestimadas. Dayan retrasó cualquier acción hasta que el Sinaí hubiera sido conquistado.

«Aquella noche fue un infierno», escribió Hussein. «La claridad era tanta que parecía de día. El cielo y la tierra resplandecían bajo la luz de los misiles y las explosiones de la lluvia de bombas que caían de los aviones israelíes». A las dos y diez de la madrugada del 6 de junio, los paracaidistas israelíes se reunieron en tres pelotones, alentados por el general Narkiss a que «expiaran el pecado del 48», el año en el que él había luchado por la ciudad. El primer pelotón cruzó la tierra de nadie en dirección a la Puerta de Mandelbaum para conquistar la colina de la Munición, aquella en la que Allenby había almacenado su arsenal, librando una feroz batalla en la que murieron 75 jordanos y 35 israelíes. Los paracaidistas avanzaron rápidamente cruzando Sheikh Jarrah y pasando el hotel American Colony hacia el Museo Rockefeller, que cayó a las siete y veintisiete.

El rey mantenía en su poder el poderoso hospital Augusta Victoria entre el monte Scopus y el monte de los Olivos, e intentó desesperadamente salvar la Ciudad Vieja ofreciendo un alto el fuego, pero era demasiado tarde. Nasser llamó para decirle a Hussein que debían declarar que Estados Unidos y el Reino Unido, y no Israel por sí solo, habían vencido a los árabes.

Hussein se precipitó en un jeep hacia el valle del Jordán, donde encontró a sus tropas retirándose desde el norte. En el interior de la Ciudad Vieja, los jordanos, que habían tenido su cuartel general en el monasterio armenio desde 1948, apostaron cincuenta hombres en cada puerta y esperaron. Los israelíes habían planeado conquistar el Augusta Victoria, pero sus tanques Sherman se equivocaron de camino y giraron hacia el valle de Kidron donde tuvieron que hacer frente a un feroz ataque desde la Puerta del León en el que perdieron cinco hombres y cuatro tanques cerca del jardín de Getsemaní. Los israelíes se pusieron a cubierto en el patio inferior de la Tumba de la Virgen. La Ciudad Vieja todavía no estaba rodeada.

Dayan se reunió con Narkiss en el monte Scopus, desde cuya altura podía verse toda la ciudad: «¡Qué vista más divina!», exclamó Dayan, pero se negó a autorizar cualquier ataque. No obstante, al amanecer del 7 de junio, el Consejo de Seguridad de la ONU se dispuso a ordenar un alto el fuego. Menachem Begin llamó a Eshkol para exhortarle a ordenar un ataque urgente contra la Ciudad Vieja y Dayan, de repente, cayó en la cuenta de que corría el riesgo de quedarse sin tiempo. En el centro de

mando, le ordenó a Rabin tomar «el objetivo más difícil y más codiciado de la guerra».

En primer lugar, los israelíes bombardearon con napalm el tejado del Augusta Victoria; los jordanos huyeron. Después, los paracaidistas israelíes tomaron el monte de los Olivos y bajaron en dirección al jardín de Getsemaní. «Hemos ocupado las alturas sobre la ciudad», le dijo el comandante de los paracaidistas, el coronel Motta Gur, a sus hombres. «Dentro de un rato entraremos en ella, en la antigua ciudad de Jerusalén con la que hemos soñado, y por la que hemos luchado desde hace generaciones, y seremos los primeros en pisarla. La nación judía está esperando nuestra victoria. Debéis sentirnos orgullosos. ¡Buena suerte!».

A las diez menos cuarto de la mañana, los tanques Sherman israelíes descargaron sus proyectiles contra la Puerta del León, volaron en pedazos el autobús que la bloqueaba, y abrieron las puertas. Bajo el fuego graneado de los jordanos, los israelíes cargaron contra la puerta.<sup>[2]</sup> Los paracaidistas penetraron en la Vía Dolorosa y el coronel Gur encabezó un grupo que se dirigió hacia la Explanada de las Mezquitas. «Y aquí estás, en un semioruga, después de dos días de combates, con los disparos que todavía invaden el aire, y de repente entras en ese gran espacio abierto que todo el mundo ha visto en fotografía», escribía el oficial de inteligencia Arik Akhmon, «y aunque no soy religioso, no creo que no hubiera ningún hombre que no quedara embargado por la emoción. Algo especial había ocurrido». Tras una escaramuza con soldados jordanos, Gur anunciaba por la radio: «¡Tenemos la Explanada de las Mezquitas!».

Entretanto, en el monte Sión, una compañía de la brigada Jerusalén irrumpió en el barrio armenio a través de una de las entradas de la Puerta de Sión y se precipitó colina abajo hasta el barrio judío, en el mismo momento en el que otros soldados de su misma unidad forzaban su entrada por la Puerta del Estiércol. Todos ellos se dirigieron hacia el Muro de las Lamentaciones. Gur y sus paracaidistas en la Explanada no sabían cómo llegar hasta el Muro, pero un anciano árabe les enseñó la Puerta Magrebí y las tres compañías convergieron simultáneamente en el lugar santo. Sosteniendo su *shofar* y la Torá, el barbudo rabino Shlomo Goren, el capellán en jefe del ejército israelí, avanzó a grandes zancadas hacia el Muro y empezó a recitar la oración fúnebre Kaddish mientras los soldados rezaban, lloraban, aplaudían, bailaban e incluso algunos cantaban el nuevo himno de la ciudad, «Jerusalén de oro».

A las dos y media de la tarde, Dayan, flanqueado por Rabin y Narkiss, entró en la ciudad, y caminó entre «humeantes tanques» y a través de «callejones totalmente desiertos, en medio de un silencio fantasmagórico roto sólo por los disparos de los francotiradores. Recordé mi infancia», diría Rabin, e informó haber sentido «una gran emoción a medida que nos acercábamos» al Kotel. En su avance hacia la Explanada de las Mezquitas, Dayan vio una bandera israelí ondear en el tejado de la Cúpula de

la Roca y «ordenó que la retiraran de inmediato». Rabin se quedó «sin aliento» al observar el «desorden de curtidos soldados exhaustos por los combates y los ojos empañados por las lágrimas», pero «no era momento de llorar, sino de redención, de esperanza».

El rabino Goren quiso precipitar la era mesiánica dinamitando las mezquitas de la explanada, pero el general Narkiss le ordenó:

—¡Deténgase!

—Entrará usted en los libros de historia —dijo el rabino Goren.

—Mi nombre ya ha quedado inscrito en la historia de Jerusalén —respondió Narkiss.

«Éste fue el momento culminante de mi vida», recordaría Rabin. «Durante años, abrigué el secreto sueño de que algún día desempeñaría algún papel en la restitución del Muro de las Lamentaciones al pueblo judío. Ahora, este sueño se había hecho realidad y de repente me pregunté por qué yo, entre tantos hombres, había recibido este privilegio». A Rabin se le concedió el honor de darle nombre a la guerra; siempre modesto y digno, brusco y lacónico, eligió el nombre más simple: guerra de los Seis Días. Nasser tenía otro nombre para esta guerra: al-Naksa, el revés.

Dayan escribió una nota en un trozo de papel, en el que se leía, «que la paz descienda sobre toda la casa de Israel», y lo colocó entre los sillares de Herodes. A continuación declaró que «hemos reunificado la ciudad, la capital de Israel, y nunca más nos separaremos de ella». Sin embargo Dayan, siempre el israelí que más respetó a los árabes, y a quien más respetaban los árabes, que le llamaban Abu Musa (el hijo de Moisés), continuó: «A nuestros vecinos árabes, Israel os tiende la mano en señal de paz, y a todos los pueblos de todas las fes, os garantizamos total libertad de culto. No hemos venido a conquistar los santos lugares de otros, sino a vivir con otros en armonía». Al marcharse, cortó «algunos ciclámenes salvajes de un delicado color malva rosado que crecían entre el Muro y la Puerta Magrebí» para llevarle a su sufrida esposa.

Dayan reflexionó mucho acerca de Jerusalén y creó su propia política. Diez días más tarde, regresó a la mezquita de al-Aqsa donde, sentado en calcetines junto al jeque del Haram y el ulema, les explicó que Jerusalén ahora pertenecía a Israel, pero que el *waqf* controlaría la Explanada de las Mezquitas. Aun cuando, después de dos mil años, los judíos pudieran finalmente visitar el Har ha-Bayit, Dayan dictaminó que tenían prohibido rezar en aquel lugar, una decisión digna de un estadista que todavía sigue vigente en la actualidad.

El presidente Nasser dimitió temporalmente, pero nunca renunció al poder, e incluso perdonó a su amigo el mariscal Amer. No obstante, este último planeó un golpe de estado, fue detenido y murió en prisión de forma misteriosa. Nasser insistió en que «nunca renunciaremos a al-Quds», pero nunca se recuperó de la derrota y

murió de un infarto tres años más tarde. El rey Hussein admitiría con posterioridad que los días del 5 al 10 de junio «fueron los peores de mi vida». Había perdido la mitad de su territorio, y también el trofeo de Jerusalén. En privado, lloró por al-Quds: «No puedo aceptar que Jerusalén se haya perdido durante mi reinado».<sup>[3]</sup>

# EPÍLOGO

Todo el mundo tiene dos ciudades, la suya y Jerusalén.

Teddy Kollek, entrevista

Por culpa de una catástrofe histórica,  
la destrucción de Jerusalén por el emperador de Roma,  
yo nací en una de las ciudades de la Diáspora.  
Sin embargo, siempre me he considerado un hijo de Jerusalén.

S. Y. Agnon, discurso de aceptación del premio Nobel, 1966

La Jerusalén en la que crecí y que aprendí a querer  
era la puerta terrestre que daba acceso al mundo divino  
donde se reunían los profetas judíos, cristianos y musulmanes,  
hombres de visión y con sentido de la humanidad,  
aunque sólo fuera en la imaginación.

Sari Nusseibeh, *Once upon a country*

Oh Jerusalén, que exhalas fragancia de profetas,  
el camino más corto entre el cielo y la tierra...  
Un hermoso niño con los dedos abrasados y la mirada baja...  
Oh Jerusalén, ciudad del pesar,  
una lágrima se asoma a tus ojos...  
¿Quién limpiará tus ensangrentadas murallas?  
Oh Jerusalén, mi amada.  
Mañana, los limoneros florecerán, los olivos se llenarán de gozo,  
tus ojos bailarán, y las palomas regresarán a tus torres sagradas.

Nizar Qabbani, *Jerusalén*

El pueblo judío estaba construyendo Jerusalén hace tres mil años,  
y el pueblo judío está construyendo Jerusalén hoy.  
Jerusalén no es un asentamiento, es nuestra capital.

Binyamin Netanyahu, discurso, 2010

Una vez más el centro de las tormentas internacionales.  
Ni Atenas ni Roma levantaron tantas pasiones.

Cuando un judío visita Jerusalén por primera vez,  
no es su primera visita, es el regreso a casa.

Elie Wiesel, carta abierta a Barack Obama, 2010

## LA MAÑANA EN JERUSALÉN: DE ENTONCES A AHORA

La conquista transformó, elevó y complicó Jerusalén en un destello de revelación mesiánico y apocalíptico, estratégico y nacionalista, todo al mismo tiempo, una nueva visión que alteró Israel, a los palestinos y a Oriente Medio. Una decisión provocada por el pánico, una conquista que nunca había sido planeada, una victoria militar robada al borde de la catástrofe, cambió a los que creían, a aquellos que no creían en nada y a aquellos que anhelaban creer en algo.

En aquel momento, nada de todo esto estaba claro pero, desde un punto de vista retrospectivo, la posesión de Jerusalén modificó gradualmente el espíritu que gobernaba a Israel, tradicionalmente seglar, socialista y moderno, y si el estado tenía una religión, ésa era tanto la ciencia histórica de la arqueología judía como el judaísmo ortodoxo.

La conquista de Jerusalén llenó de júbilo incluso a los judíos más laicos. El ansia por Sión era tan profunda, tan antigua, estaba tan arraigada en las canciones, en las oraciones y en los mitos, la exclusión del Muro había sido tan duradera y tan dolorosa, y el aura de santidad era tan poderosa, que incluso los judíos más irreligiosos de todo el mundo experimentaron una sensación de euforia que rayaba la experiencia religiosa y que, en el mundo moderno, era lo más cercano a dicha experiencia que jamás estarían.

Para los religiosos judíos, los herederos de aquellos que durante miles de años, desde Babilonia hasta Córdoba y Vilna, habían esperado, como ya hemos visto antes, la inminente liberación mesiánica, esta conquista era un signo, una liberación, y significaba el final del exilio y el regreso a las puertas y a los patios del Templo en la recuperada ciudad de David. Para los muchos israelíes que habían abrazado el sionismo nacionalista y militar, los herederos de Jabotinsky, esta victoria militar constituía una victoria política y estratégica, la oportunidad singular y concedida por Dios de consolidar un Gran Israel con fronteras seguras. Judíos nacionalistas y religiosos por igual compartían la convicción de que debían emprender con energía la apasionante misión de reconstruir la Jerusalén judía y mantenerla por los siglos de los siglos. Durante la década de 1970, estos batallones de mesiánicos y maximalistas actuaron con un dinamismo idéntico al de la mayoría de los israelíes, que seguía siendo laica y liberal y el centro de cuya vida radicaba en Tel Aviv, y no en la Ciudad

Santa. Sin embargo, el programa nacional-redentorista era la tarea urgente de Dios y este imperativo divino alteraría en poco tiempo la fisonomía y la sangre que circulaba por las venas de Israel.

No fueron sólo los judíos los que se vieron afectados: los mucho más numerosos y poderosos cristianos evangélicos, en especial los evangélicos de Estados Unidos, también experimentaron este instante de éxtasis casi apocalíptico. Los evangélicos creían que ya se habían dado las dos condiciones previas para el día del Juicio Final: Israel había sido restablecido y Jerusalén era judía. Todo lo que quedaba ahora era la reconstrucción del tercer Templo y siete años de tribulaciones a los que seguiría la batalla de Armagedón en la que aparecería san Miguel sobre el monte de los Olivos para combatir contra el Anticristo en el monte del Templo, y todo ello culminaría en la conversión y la destrucción de los judíos y en la Segunda Venida y el Reino de Mil Años de Jesucristo.

La victoria de la pequeña democracia judía contra las legiones del despotismo árabe armadas por la Unión Soviética convencieron a Estados Unidos de que Israel era su amigo más especial en el más peligroso de los vecindarios, su aliado en la lucha contra la Rusia comunista, el radicalismo nasseriano y el fundamentalismo islámico. Estados Unidos e Israel compartían más que eso, puesto que ambos eran países contruidos sobre un ideal de libertad tocado por lo divino: uno de ellos era la nueva Sión, la «ciudad en la colina», el otro, la vieja Sión restaurada. Si los judíos estadounidenses ya le daban antes su fervoroso apoyo a Israel, ahora, los evangelistas creían que había sido bendecido por la providencia. Las encuestas no dejan de informar sistemáticamente que más del 40 por 100 de los estadounidenses espera en algún momento la Segunda Venida en Jerusalén. Por muy exagerado que pueda ser, lo cierto es que los cristianos sionistas estadounidenses apoyaron con toda su fuerza a los judíos de Jerusalén, e Israel se lo agradeció, aun cuando los judíos, en el guión evangelista del Juicio Final, desempeñen un trágico papel.

Los israelíes de Jerusalén occidental, de todo Israel y de toda la Diáspora llegaron en masa a la Ciudad Vieja para tocar el Muro de la Lamentaciones y orar junto a él. La posesión de la ciudad era tan embriagadora que renunciar a ella se convirtió, a partir de entonces, en una idea insoportable e impensable, y se movilizaron inmensos recursos para que algo así fuera en efecto muy difícil. Incluso el pragmático Ben Gurion propuso desde su retiro que Israel renunciara a Cisjordania y a Gaza a cambio de la paz, pero nunca a Jerusalén.

Israel unificó oficialmente las dos mitades de la ciudad, ampliando los límites municipales hasta abarcar 267 800 habitantes, 196 800 judíos y 71 000 árabes. Jerusalén creció hasta adquirir el mayor tamaño de toda su historia. Los cañones todavía no habían dejado de humear, cuando los habitantes del barrio magrebí, fundado por Afdal, el hijo de Saladino, fueron evacuados a nuevos hogares, sus casas



derruidas y, por primera vez, se abrió un espacio ante el Muro. Tras siglos de cultos realizados en un confinado callejón de tres metros de largo, abarrotado por los hostigados fieles, el nuevo espacio abierto y luminoso de la nueva plaza en el sumo santuario judío significaba en sí mismo una liberación; los judíos llegaron en masa a rezar. El ruinoso barrio judío fue restaurado, las sinagogas que habían sido dinamitadas, reconstruidas y consagradas de nuevo, sus arrasadas plazas y calles, pavimentadas de nuevo o reparadas, y se fundaron o repararon las escuelas religiosas ortodoxas, las *yeshivá*, todo ello en reluciente piedra dorada.

La ciencia también tuvo su fiesta: los arqueólogos israelíes empezaron a excavar la ciudad unificada. La larga muralla occidental se dividió entre los rabinos, que controlaban la zona de rezos al norte de la Puerta Magrebí, y los arqueólogos, autorizados a excavar en el sur. Alrededor del Muro, en los barrios musulmanes y judíos, y en la Ciudad de David, descubrieron tesoros tan asombrosos, fortificaciones cananeas, sellos de Judea, cimientos de la época de Herodes, murallas macabeas y bizantinas, calles romanas, palacios omeyas, puertas ayubíes, iglesias cruzadas, que sus hallazgos científicos parecían fundirse con el entusiasmo político-religioso. Las piedras que descubrieron, desde las de la muralla de Ezequías y los sillares de Herodes desechados por los soldados romanos, hasta el pavimento del Cardo de Adriano, se convirtieron en exhibiciones permanentes en la Ciudad Vieja restaurada.

Teddy Kollek, el alcalde de Jerusalén occidental, reelegido para gobernar la ciudad unificada durante veinticinco años, realizó grandes esfuerzos para tranquilizar a los árabes, y se convirtió en el rostro del instinto liberal israelí de unificar la ciudad bajo gobierno judío, pero también en el rostro del respeto hacia la Jerusalén árabe.<sup>[\*1]</sup> Igual que bajo el mandato la próspera Jerusalén había atraído a árabes de Cisjordania, y su población se había duplicado en diez años; ahora, la conquista alentó a judíos de todos los partidos, pero en especial a los nacionalistas y a los sionistas redentoristas, a consolidar la conquista creando «hechos en el suelo»; y así, se inició de inmediato la construcción de nuevos barrios periféricos judíos alrededor de la Jerusalén oriental árabe.

Al principio, la oposición árabe fue silenciosa; muchos palestinos trabajaban en Israel o con israelíes, y, de niño, en el curso de una visita a Jerusalén, recuerdo haber pasado días con amigos palestinos e israelíes en sus casas de Jerusalén o de Cisjordania, sin caer nunca en la cuenta de que este período de buena voluntad y de mezcla no tardaría en convertirse en la excepción que confirma la regla. En el exterior, las cosas eran diferentes. Yasser Arafat y su al-Fatah se hicieron con el control de la Organización para la Liberación de Palestina en 1969. Al-Fatah intensificó sus ataques guerrilleros contra Israel mientras otra facción, el marxista-leninista Frente Popular de Liberación de Palestina abría nuevos caminos inventando el innovador espectáculo de secuestrar aviones, además de dedicarse al más clásico

de asesinar civiles.

La Explanada de las Mezquitas, como muy bien había percibido Dayan, trajo consigo una responsabilidad abrumadora. El 21 de agosto de 1969, un cristiano australiano, David Rohan, al parecer aquejado del síndrome de Jerusalén,<sup>[\*2]</sup> incendió la mezquita de al-Aqsa con la intención de acelerar la Segunda Venida. El fuego destruyó el *minbar* de Nur al-Din instalado por Saladino, y atizó los rumores de una conspiración judía para apoderarse de la Explanada de las Mezquitas que, a su vez, desencadenaron disturbios entre los árabes.

En el «septiembre negro» de 1970, el rey Hussein derrotó y expulsó a Arafat y a la OLP que habían cuestionado su gobierno en Jordania. Arafat trasladó su cuartel general al Líbano y al-Fatah se embarcó en una campaña internacional de secuestro y asesinato de civiles con el objetivo de llamar la atención del mundo sobre la causa palestina: la carnicería como teatro político. En 1972, los pistoleros de al-Fatah, escudados tras la fachada de Septiembre Negro, asesinaron a once atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich. En repuesta, el Mossad, el servicio secreto israelí, dio caza por toda Europa a los autores de estos crímenes.

En el Día de la Expiación, en octubre de 1973, el sucesor de Nasser, el presidente Anwar el-Sadat, en connivencia con Siria, lanzó con éxito un ataque sorpresa contra un Israel que rebosaba confianza. Los árabes, en un primer momento, obtuvieron algunas victorias, desacreditando al ministro de Defensa, Moshe Dayan quien, tras dos días de reveses, casi perdió los nervios. No obstante, los israelíes recibieron suministros estadounidenses por vía aérea y se reorganizaron; esta guerra le daría la fama al general Ariel Sharon, que encabezó el contraataque israelí a través del canal de Suez. Poco tiempo después, la Liga Árabe convenció al rey Hussein de Jordania de que reconociera a la Organización para la Liberación de Palestina como la única representante de los palestinos.

En 1977, treinta años después del atentado contra el hotel King David, Menachem Begin y su Likud barrían finalmente en las urnas al Partido Laborista que llevaba gobernando desde 1948, y se alzó al poder con un programa nacionalmesiano para un Gran Israel del que Jerusalén era la capital. Con todo, sería Begin quien, el 19 de noviembre, recibiría al presidente Sadat tras su valiente vuelo a Jerusalén. Sadat se alojó en el King David, rezó en al-Aqsa, visitó Yad Vashem y le ofreció paz al Knesset, alentando así grandes esperanzas. Begin, con la ayuda de Moshe Dayan, a quien había nombrado ministro de Exteriores, devolvió el Sinaí a Egipto, a cambio de un tratado de paz. Sin embargo, y a diferencia de Dayan que no tardaría en dimitir, Begin no conocía el mundo árabe, nunca había dejado de ser el hijo del *shetl*, un rígido nacionalista con una visión maniquea de la lucha judía, un apego emocional hacia el judaísmo y una visión bíblica de Israel. Durante las negociaciones con Sadat bajo la égida de Jimmy Carter, Begin insistía en que «Jerusalén seguirá siendo la

capital unificada eterna de Israel, y esto es lo que hay», y el Knesset votaba una fórmula similar que promulgaría en forma de ley. Impulsado por la energía arrolladora de su ministro de Agricultura, Ariel Sharon, y decidido a «consolidar Jerusalén como la capital permanente del pueblo judío», Begin aceleró la construcción de lo que Sharon denominó «un anillo exterior de desarrollo alrededor de los barrios árabes» para «desarrollar una gran Jerusalén».

En abril de 1982, un reservista israelí llamado Alan Goodman disparó contra dos árabes descontrolados en la Explanada de las Mezquitas, y los mató. El muftí no había dejado de advertir que los judíos querían reconstruir el Templo en el lugar en el que se alza al-Aqsa, de modo que los árabes se preguntaron si tal plan secreto no sería real. La inmensa mayoría de los israelíes y de los judíos rechaza de plano esta posibilidad, y la mayor parte de los judíos ultraortodoxos cree que los hombres no deberían inmiscuirse en el trabajo de Dios. Tan sólo hay alrededor de unos mil judíos fundamentalistas, en grupos como por ejemplo el de los Fieles del Monte del Templo, que exige el derecho a rezar en la Explanada de las Mezquitas, o el Movimiento para el Establecimiento del Templo, que afirma estar formando una casta sacerdotal para el tercer Templo. Solamente minúsculas facciones en el seno de las células más radicales y fanáticas han tramado complots para destruir las mezquitas, pero, hasta el momento, la policía israelí ha conseguido frustrar todos sus intentos. Una ofensa de este calibre sería una catástrofe, no sólo para los musulmanes, sino también para el propio estado de Israel.

En 1982, Begin respondió a los ataques de la OLP contra diplomáticos israelíes y civiles invadiendo Líbano, país en el que Arafat se había construido su feudo. Arafat y sus fuerzas, tras ser expulsados de Beirut se trasladaron a Túnez. La guerra, cuyo cerebro fue el ministro de Defensa Sharon, se transformó en un atolladero que culminó con la masacre de entre trescientos y setecientos palestinos a manos de las milicias cristianas en los campos de Sabra y de Shatila. Sharon, responsable indirecto de esta atrocidad, se vio obligado a dimitir y la carrera de Begin terminó en la depresión, la dimisión y el aislamiento.

Las esperanzas levantadas en 1977 se vieron frustradas por la intransigencia de ambas partes, las muertes de los civiles, y la expansión de los asentamientos judíos en Jerusalén y en Cisjordania. En 1981, el asesinato de Sadat a manos de los fundamentalistas en castigo por su viaje a Jerusalén, fue un primer indicador del nuevo poder en alza en el islam. En diciembre de 1987, estallaba en Gaza una revuelta palestina espontánea, la Intifada, el levantamiento, que se extendió a Jerusalén. La policía israelí se enfrentó a los manifestantes librando auténticas batallas campales en la Explanada de las Mezquitas. Los jóvenes en las calles de Jerusalén que lanzaban piedras con sus hondas contra los uniformados soldados israelíes sustituyeron a los asesinos y secuestradores de la OLP como la imagen de

los palestinos perseguidos, pero desafiantes.

La energía de la Intifada creó un vacío de poder que vinieron a llenar nuevos líderes e ideas: la élite de la OLP no estaba en contacto con las calles de Palestina, y el islam fundamentalista estaba sustituyendo al panarabismo obsoleto de Nasser. En 1987, los radicales islamistas fundaron el Movimiento de Resistencia Islámico, Hamas, una ramificación de los Hermanos Musulmanes consagrada a la yihad y a la destrucción de Israel.

La Intifada también alteró la Jerusalén judía, reconocería Kollek, «de un modo fundamental», destruyendo el sueño de una ciudad unida. Israelíes y árabes dejaron de trabajar juntos y ya no paseaban por los barrios de los otros. La tensión se extendió no sólo entre los musulmanes y los judíos, sino también entre los propios judíos: los ultraortodoxos se sublevaron contra los judíos laicos, que empezaron a abandonar Jerusalén. El antiguo mundo de la Jerusalén cristiana estaba contrayéndose a gran velocidad: al llegar 1995, tan sólo quedaban 14 100 cristianos. Aun así, los nacionalistas israelíes no se desviaron de su plan de judaizar Jerusalén. Sharon, en un provocativo gesto, se trasladó a vivir a un piso en el barrio musulmán y, en 1991, los ultranacionalistas empezaron a instalarse en Silwan, un barrio árabe junto a la Ciudad de David. Kollek, que vio cómo los agresivos redentoristas deshacían el trabajo de toda su vida, criticó a Sharon y el «mesianismo» de estos colonos «que siempre, a lo largo de la historia, nos ha resultado perjudicial».

La Intifada condujo indirectamente a las conversaciones de paz de Oslo. En 1988, Arafat aceptó la idea de una solución de dos estados y renunció a la lucha armada para destruir Israel. El rey Hussein renunció a su reivindicación sobre Jerusalén y Cisjordania, donde Arafat planeaba construir un estado palestino con al-Quds como su capital. En 1992, Yitzhak Rabin se convirtió en primer ministro y aplastó la Intifada; con su franca agresividad, Rabin poseía las únicas cualidades que los israelíes deseaban en un pacificador. Los estadounidenses habían presidido las fracasadas conversaciones de paz de Madrid, pero, e ignorado por los participantes más importantes en el proceso, se estaban llevando a cabo otras conversaciones que sí darían sus frutos.

Empezaron en forma de charlas informales entre intelectuales israelíes y árabes, en encuentros que tuvieron lugar en el hotel American Colony, al que se consideraba territorio neutral, en Londres y, más tarde, en Oslo. En las conversaciones participaron al principio, sin que Rabin tuviera conocimiento de ello, el ministro de Exteriores, Shimon Peres, y su viceministro Yossi Beilin, quienes hasta 1993 no informaron a Rabin, que dio entonces su apoyo a esta negociación. El 13 de septiembre, Rabin y Peres firmaban el tratado con Arafat en la Casa Blanca, supervisados por el ingenioso presidente Clinton. Cisjordania y Gaza se entregaban en parte a una Autoridad Palestina que se instaló en la antigua mansión de los

Husseini, Orient House, donde estableció su cuartel general, dirigido por el palestino más respetado de la ciudad, Faisal al-Husseini, el hijo del héroe de 1948.<sup>[\*3]</sup> Rabin firmó un tratado de paz con el rey Hussein de Jordania y ratificó su especial función como hachemita custodio del santuario musulmán de Jerusalén, un papel que todavía desempeña en la actualidad. Los arqueólogos israelíes y palestinos negociaron su propia versión académica de la paz y por primera vez empezaron a trabajar juntos con entusiasmo.

La espinosa cuestión de Jerusalén quedó aparcada hasta que las negociaciones estuvieran más adelantadas y Rabin, antes de llegar a cualquier acuerdo, intensificó el ritmo de construcción de asentamientos en Jerusalén. Beilin y Mahmoud Abbas, el segundo de Arafat, negociaron la división de Jerusalén en una zona árabe y otra judía en el marco de un municipio unificado, concediéndole a la Ciudad Vieja un «estatus especial», algo muy parecido a una Ciudad del Vaticano en Oriente Medio, pero no se llegó a firmar nada.

Los acuerdos de Oslo tal vez dejaran demasiados detalles por decidir, y fueron objeto de una violenta oposición por ambas partes. El alcalde Kollek, de ochenta y dos años, fue derrotado en las elecciones por Ehud Olmert, partidario de una línea más dura, y respaldado por los nacionalistas y los ultraortodoxos. El 4 de noviembre de 1995, justo cuatro días después de que Beilin y Abbas hubieran llegado a un acuerdo informal sobre Jerusalén, Rabin fue asesinado por un fanático judío. Nacido en Jerusalén, Rabin regresó allí para ser enterrado en el monte Herzl. El rey Hussein pronunció un elogio; el presidente de Estados Unidos y dos de sus predecesores asistieron al funeral de Rabin. El presidente Mubarak visitó Israel por primera vez, y el príncipe de Gales realizó la única visita oficial a Jerusalén desde la fundación del estado de Israel.

La paz empezó a desmoronarse. Los fundamentalistas islámicos de Hamas iniciaron una campaña de atentados suicidas que causó carnicerías indiscriminadas entre los civiles israelíes: un terrorista suicida mató a 25 personas en un autobús de Jerusalén. Una semana más tarde, otro terrorista suicida mató a 18 personas en la misma línea de autobuses. Los votantes israelíes castigaron al primer ministro Peres por la violencia de los palestinos, y eligieron en su lugar a Binyamin Netanyahu, el líder del Likud, que hizo campaña bajo el lema de «Peres dividirá Jerusalén». Netanyahu cuestionó el principio de «tierra a cambio de paz», se opuso a la división de Jerusalén y encargó la construcción de más asentamientos.

En septiembre de 1996, Netanyahu inauguró un túnel que tenía su inicio en el Muro de las Lamentaciones, circulaba a lo largo de la Explanada de las Mezquitas y reaparecía en el barrio musulmán.<sup>[\*4]</sup> Cuando algunos radicales israelíes intentaron excavar hacia arriba en dirección a la Explanada de las Mezquitas, las autoridades musulmanas de la *Waaqf* cubrieron de inmediato el agujero con cemento. Se

extendieron rumores de que los túneles eran un intento de socavar el santuario musulmán, y 75 personas murieron y 1500 fueron heridas en unos disturbios que demostraron que en Jerusalén merece la pena morir por la arqueología. Los israelíes no fueron los únicos que politizaron su arqueología: la historia era lo más importante. La OLP prohibió a los historiadores palestinos que reconocieran que en Jerusalén había existido un Templo judío, una orden que procedía del propio Arafat, un líder guerrillero laico cuya narrativa nacional laica, igual que la de los israelíes, venía apuntalada por la narrativa religiosa. En 1948, Arafat había luchado en las filas de los Hermanos Musulmanes, cuyas tropas llevaban el nombre de al-Jihad al-Muqadas, guerra santa de Jerusalén, y había suscrito la importancia que la ciudad tenía para los musulmanes; bautizó al brazo armado de al-Fatah con el nombre de brigada de los Mártires de al-Aqsa. Los ayudantes de Arafat reconocieron que Jerusalén era su «obsesión personal». Se identificó a sí mismo con Saladino, con Omar el Grande, y rechazó cualquier vínculo judío con Jerusalén. «Cuanto mayor la presión de los judíos sobre la Explanada de las Mezquitas», explica el historiador palestino, el doctor Nazmi Juzbeh, «tanto más él negaba la existencia del primer y del segundo templos».

En los tensos días posteriores a los disturbios del túnel y entre los rumores que hablaban de planes de construcción de una sinagoga en los establos de Salomón, los israelíes permitieron al *Waqf* despejar los antiguos salones bajo la mezquita de al-Aqsa y, a continuación, utilizar excavadoras para construir una escalera y una nueva mezquita subterránea de gran capacidad, la Marwan, en los corredores de Herodes. Los cascotes fueron simplemente tirados a la basura, dejando a los arqueólogos israelíes horrorizados por la crudeza con la que las excavadoras trabajaban en el sitio más delicado de la tierra: la arqueología fue la gran perdedora en la batalla de las religiones y de la política.<sup>[\*5]</sup>

Los israelíes no habían perdido del todo su fe en la paz. En julio del año 2000, Clinton reunió en Camp David, la residencia de descanso presidencial, al nuevo primer ministro, Ehud Barak, y a Arafat. Barak ofreció un audaz acuerdo «final»: el 91 por 100 de Cisjordania con la capital palestina en Abu Dis y todos los barrios periféricos árabes de Jerusalén oriental. La Ciudad Vieja quedaría bajo soberanía israelí pero los barrios musulmanes y cristianos y la Explanada de las Mezquitas quedarían bajo la «custodia soberana» palestina. La tierra y los túneles bajo el santuario, y sobre todo la Roca, la piedra fundacional del Templo, seguirían siendo israelíes y, por primera vez, los judíos estarían autorizados a rezar, en números restringidos, en algún lugar de la Explanada de las Mezquitas. La ciudad antigua estaría patrullada conjuntamente, pero desmilitarizada y abierta a todos. Arafat, a quien ya se le había ofrecido la mitad de los barrios de la Ciudad Vieja, exigió el barrio armenio. Israel aceptó, ofreciendo así las tres cuartas partes de la Ciudad Vieja.

Pese a las presiones de Arabia Saudí a que aceptara, Arafat sintió que él no podía negociar un acuerdo final sobre el derecho de los palestinos a regresar, ni tampoco aceptar la soberanía israelí sobre la Cúpula que pertenecía a todo el islam.

«¿Quiere usted asistir a mi funeral?», le dijo a Clinton. «No renunciaré a Jerusalén y a los Santos Lugares». Su rechazo, sin embargo, era mucho más fundamental. En el curso de las conversaciones, Arafat escandalizó a los estadounidenses y a los israelíes al insistir en que en Jerusalén nunca había existido un Templo judío, que éste, de hecho, sólo había existido en el monte Gerizim samaritano. La santidad de la ciudad para los judíos era un invento moderno. En conversaciones posteriores aquel mismo año, durante las últimas semanas de la presidencia de Clinton, Israel ofreció la total soberanía sobre la Explanada de las Mezquitas, manteniendo sólo un vínculo simbólico con el Santo de los santos bajo ella, pero Arafat rechazó esta oferta.

El 28 de septiembre del año 2000, Sharon, el líder del Likud, el partido opositor, agudizó los problemas de Barak al irrumpir, arrogante, en la Explanada de las Mezquitas, protegido por falanges de policías israelíes, y portando un «mensaje de paz» que contenía una clara amenaza a la mezquita de al-Aqsa y la Cúpula de la Roca tan veneradas por el islam. Los subsiguientes disturbios dieron lugar a una escalada de violencia que desembocaría en la Intifada de al-Aqsa, en parte otra insurrección de manifestantes armados de piedras, y en parte una campaña de atentados suicidas de al-Fatah y de Hamas planeada de antemano y dirigida a civiles israelíes. Si la primera Intifada había ayudado a los palestinos, esta segunda destruyó la confianza de Israel en el proceso de paz, condujo a la elección de Sharon y provocó una división mortal entre los propios palestinos.

Sharon acabó con la Intifada aplastando a la Autoridad Palestina, y asediando y humillando a Arafat. Arafat murió en el año 2004 y los israelíes se negaron a permitir que fuera enterrado en la Explanada de las Mezquitas. Su sucesor, Abbas, perdió las elecciones de 2006 frente a Hamas. Tras un breve conflicto, Hamas conquistó Gaza, mientras que Abbas y al-Fatah seguían gobernando Cisjordania. Sharon construyó una muralla de seguridad alrededor de Jerusalén, una deprimente y fea visión de hormigón que consiguió, no obstante, detener los atentados suicidas.

Las semillas de la paz no sólo cayeron en suelo rocoso, sino que también lo envenenaron; la paz desacreditó a sus autores. Jerusalén vive hoy en día en un estado de ansiedad esquizofrénica. Judíos y árabes no se atreven a aventurarse en los vecindarios del otro; los judíos laicos evitan a los ultraortodoxos que los apedrean por no respetar el Sabbath o por llevar ropa poco respetuosa; los judíos mesiánicos ponen a prueba la determinación de la policía y provocan la ansiedad de los musulmanes al intentar ir a rezar a la Explanada de las Mezquitas; y las sectas cristianas no dejan de pelearse entre ellas. Los rostros de los jerosolimitanos están tensos, sus voces,



airadas, y uno siente que nadie, ni siquiera los creyentes de las tres fes convencidos de estar cumpliendo un plan divino, está seguro de lo que proveerá el mañana.

## MAÑANA

Aquí, más que en cualquier otro lugar en la tierra, anhelamos, esperamos y buscamos cualquier gota del elixir de la tolerancia, de la participación y de la generosidad que actúe como antídoto del arsénico del prejuicio, de la exclusividad y del ansia de posesión. No siempre resulta fácil de encontrar. En los dos últimos milenios Jerusalén no ha sido nunca tan grande, ni tan embellecida, ni tampoco tan abrumadoramente judía como hoy en día. Y, sin embargo, es la ciudad más poblada de Palestina.<sup>[\*6]</sup> En ocasiones, su carácter judío se presenta como algo sintético y en cierto modo contradictorio con Jerusalén, pero esta visión constituye una distorsión del pasado y del presente de la ciudad.

La historia de Jerusalén es una crónica de inmigrantes, colonizadores y peregrinos árabes, judíos y muchos otros en un lugar que se ha expandido y contraído muchas veces. Durante más de un milenio de gobierno musulmán, Jerusalén fue colonizada repetidamente por inmigrantes, eruditos, sufíes y peregrinos musulmanes árabes, turcos, indios, sudaneses, iraníes, kurdos, iraquíes y magrebíes, y también por cristianos armenios, serbios, georgianos y rusos, no demasiado diferentes de los judíos sefardíes y rusos que más tarde se establecieron allí por motivos similares. Fue este carácter el que convenció a Lawrence de Arabia de que Jerusalén era una ciudad más levantina que árabe, algo profundamente inherente al carácter de la ciudad.

Se suele olvidar a menudo que todos los barrios periféricos de Jerusalén en el exterior de las murallas eran nuevos asentamientos construidos entre 1860 y 1948 por los árabes, y también por los judíos y los europeos. Las zonas árabes, como por ejemplo Sheikh Jarrah, no son más antiguas que las judías, ni tampoco más o menos legítimas.

Tanto los musulmanes como los judíos tienen una historia impecable de reivindicaciones históricas. Los judíos han residido en esta ciudad, y la han venerado, durante tres mil años, y tienen el mismo derecho a vivir en ella e instalarse a su alrededor, en una Jerusalén igualitaria, que tienen los musulmanes. Con todo, incluso la restauración más inofensiva se presenta a veces como ilegítima: en 2010, los israelíes reconstruyeron y consagraron por fin la sinagoga de Hurva en el barrio judío, que había sido derribada por los jordanos en 1948, unas obras que, sin embargo, suscitaron las críticas de los medios de comunicación europeos y disturbios de poca importancia en Jerusalén oriental.

Ahora bien, la cuestión cambia mucho cuando los residentes árabes son obligados a marcharse, coaccionados y hostigados, y sus propiedades expropiadas mediante



dudosos medios legales a fin de abrir espacio para nuevos asentamientos judíos, respaldados por todo el peso del poder del estado y del municipio, y promovidos por personas con la apremiante determinación de aquellos que se creen imbuidos de una misión divina. La agresiva construcción de nuevos asentamientos, concebida para colonizar los vecindarios árabes y sabotear cualquier acuerdo de paz que signifique compartir la ciudad, y la sistemática falta de atención y mantenimiento de los servicios y a nuevos proyectos de viviendas destinadas a los árabes le han dado una reputación nefasta incluso al más inocente de los proyectos judíos.

Israel tiene delante dos caminos, por una parte, el estado nacionalreligioso jerosolimitano y, por la otra, una Tel Aviv liberal y occidentalizada a la que se le ha dado el apodo de «la Burbuja». Existe el peligro de que el proyecto nacionalista en Jerusalén y la construcción obsesiva de asentamientos en Cisjordania distorsionen tanto los propios intereses de Israel, que el daño que le pueda causar dicho proyecto al país supere cualquier beneficio que pueda derivarse de una Jerusalén judía.<sup>[\*7]</sup> Por muchas que sean las idas y venidas de los cambios de opinión, Israel tiene el mismo derecho a la seguridad y a la prosperidad que cualquier otro país, aun cuando Jerusalén no sea una capital cualquiera. Algunos de los asentamientos restan credibilidad al historial de Israel, admirable y único según criterios históricos, como el guardián de una Jerusalén para todas las fes. «Hoy, por primera vez en la historia, judíos, cristianos y musulmanes pueden, todos ellos, celebrar sus cultos en libertad en sus santuarios», escribía Elie Wiesel en una carta abierta a Barack Obama, el presidente de Estados Unidos en el año 2010 y, en la democracia de Israel, esta afirmación es, en su mayor parte, cierta.

Es sin duda la primera vez que los judíos han podido rezar con entera libertad en Jerusalén desde el año 70 d. C. Bajo el dominio de los cristianos, a los judíos no se les permitía ni siquiera acercarse a la ciudad. Durante los siglos de dominio musulmán, los cristianos y los judíos fueron tolerados como *dhimmis*, pero fueron a menudo víctimas de la represión. Los judíos, que carecían de la protección de las potencias europeas, de la que sí disfrutaban los cristianos, solían ser maltratados, aunque nunca tanto como lo fueron en los peores momentos de la Europa cristiana. Los judíos podían ser ejecutados si se acercaban a los Santos Lugares musulmanes o cristianos, y sin embargo, cualquiera podía pasar a lomos de un asno por el callejón junto al Muro de las Lamentaciones, al que, técnicamente, sólo podían acceder si tenían un permiso especial. Incluso en el siglo xx, los británicos restringieron el acceso de los judíos al Muro, y los jordanos lo prohibieron por completo. No obstante, y gracias a lo que los israelíes llamaron «la situación», la afirmación de Wiesel con relación a la libertad de culto no siempre es cierta para los no judíos que soportan una multitud de trabas burocráticas, mientras que a los palestinos de Cisjordania que desean ir a rezar a la iglesia del Santo Sepulcro y a la mezquita de al-

Aqsa, la muralla de seguridad les dificulta mucho el acceso a Jerusalén.

Cuando no están en conflicto, judíos, musulmanes y cristianos recuperan la antigua tradición jerosolimitana de hacer el avestruz, es decir, esconder la cabeza bajo tierra y fingir que los Otros no existen. En septiembre de 2008, el solapamiento de los Días Santos judíos y del Ramadán creó un «atasco de tráfico monoteísta» en los callejones cuando los judíos y los árabes llegaron al mismo tiempo a rezar en el Santuario y en el Muro. Ahora bien, «nos equivocaríamos al describir esos días como “tensos” porque, en esencia, no se produce ningún encuentro», informaba Ethan Bronner en el *New York Times*. «No se intercambian palabras, cada uno mira por encima del otro. Los grupos pasan en la noche igual que universos paralelos que tienen diferentes nombres para el mismo lugar y momento que ambos reivindican como propios».

Según los biliosos criterios de Jerusalén, hacer el avestruz es un indicador de normalidad, habida cuenta, en especial, que la ciudad nunca ha gozado de tanta importancia global. Hoy en día Jerusalén es el reñidero de Oriente Medio, el campo de batalla del laicismo occidental frente al fundamentalismo islámico, por no decir de la lucha entre Israel y Palestina. Los neoyorquinos, los londinenses o los parisinos creen que viven en un mundo laico y ateo que, en el mejor de los casos, se burla amablemente de la religión organizada, y de sus creyentes, pero el número de creyentes fundamentalistas milenaristas abrahámicos, tanto cristianos como judíos y musulmanes, no deja de crecer.

El papel apocalíptico y político de Jerusalén es cada vez más difícil. La exuberante democracia estadounidense es variada, estridente y laica, y sin embargo y al mismo tiempo es la última potencia cristiana, tal vez también la mayor, y sus evangelistas siguen esperando los Últimos Días en Jerusalén, del mismo modo que los gobiernos estadounidenses ven en una Jerusalén tranquila la clave de cualquier paz en Oriente Medio y entienden que es estratégicamente fundamental para las relaciones con sus aliados árabes. Mientras tanto, el dominio israelí sobre al-Quds ha intensificado la veneración de los musulmanes: en el día anual de Jerusalén en Irán, establecido por el ayatolá Jomeini en 1979, la imagen que se presenta de la ciudad es más la de un santuario musulmán que la de la capital de Palestina. En los intentos de Teherán de lograr la hegemonía regional, con el apoyo de armas nucleares, y en su guerra fría contra Estados Unidos, Jerusalén es la causa que convenientemente une a los chiíes iraníes con los árabes suníes que recelan de las ambiciones de la República Islámica. Que sea para los chiíes de Hezbollah en Líbano, o para los suníes de Hamas en Gaza, la ciudad, en la actualidad, ejerce la función de tótem unificador del antisionismo, del antiamericanismo y del liderazgo iraní. «El régimen de ocupación de Jerusalén», afirma el presidente Mahmoud Ahmadineyad, «debería desaparecer de las páginas de la historia». Y Ahmadineyad también es un milenarista convencido de

que el inminente regreso del «justo y muy humano al-Mahdi el Elegido», el «oculto» duodécimo imán, liberará Jerusalén, el escenario de lo que el Corán llama «la Hora».

Esta intensidad escatológico-política sitúa a la Jerusalén del siglo XXI, ciudad elegida de las tres fes, en el punto de mira de todos estos conflictos y visiones. Tal vez se haya exagerado el papel apocalíptico de Jerusalén, pero, ahora que una oleada de cambios se propaga por el mundo árabe, esta extraordinaria combinación de poder, fe y moda, todos ellos escenificados al calor de los focos y de la mirada de las cadenas de veinticuatro horas de noticias de la televisión, intensifica la presión sobre las delicadas piedras de la Ciudad Universal, una vez más, de algún modo, el centro del mundo.

«Jerusalén es un polvorín que podría estallar en cualquier momento», advirtió el rey Abdalá II de Jordania, el bisnieto de Abdalá el Apresurado, en 2010. «En nuestra parte del mundo, todos los caminos y todos los conflictos conducen a Jerusalén». Ésta es la razón por la que los presidentes estadounidenses necesitan unir a las dos partes, incluso en los momentos menos propicios. El partido de la paz en la democracia israelí está en decadencia, y sus frágiles gobiernos, influenciados por los todopoderosos partidos nacional-religiosos; las turbulentas facciones palestinas, por su parte, alentadas por la primavera árabe, intentan ahora conciliar sus programas, muy diferentes entre sí, el de al-Fatah, conciliador y laico, y el de Hamas, militante e islamista, para formar un único gobierno palestino. Si la Cisjordania de al-Fatah es cada vez más próspera, la organización palestina más dinámica es la fundamentalista Hamas, que gobierna en Gaza y sigue consagrada a la aniquilación de Israel. Sigue adepta a los atentados suicidas como su mejor arma y periódicamente lanza misiles hacia el sur de Israel, provocando las incursiones de los israelíes. Los europeos y los estadounidenses la consideran una organización terrorista y, hasta el momento, los indicadores conciliadores de una voluntad de apoyar un acuerdo basado en las fronteras de 1967 han sido variados. Es de esperar que, en algún momento de las elecciones, salga un gobierno palestino democrático, ahora bien, queda por ver si las dos facciones podrán trabajar juntas y proporcionar un interlocutor estable para Israel; tampoco está muy claro cómo Hamas puede convertirse en un socio fiable de Israel sin renunciar a la violencia y sin reconocer el estado judío. Por otra parte, y como siempre ocurre en la historia de la ciudad, Jerusalén se verá afectada por los turbulentos destinos de Egipto y Siria, y por las otras revoluciones que están remodelando el mundo árabe.

La historia de las negociaciones desde 1993, y la diferencia en espíritu entre las nobles palabras y los actos violentos y de desconfianza, parecen indicar falta de voluntad por ambas partes de llegar a los necesarios acuerdos para compartir Jerusalén de forma permanente. En el mejor de los casos, la reconciliación de lo celestial, lo nacional y lo emocional en Jerusalén es un rompecabezas en el interior de

un laberinto: durante el siglo xx, se prepararon más de cuarenta planes para Jerusalén, y todos ellos fracasaron, y, en la actualidad, existen al menos trece diferentes modelos sólo para compartir la Explanada de las Mezquitas.

En el año 2010, el presidente Obama forzó a Netanyahu, que había regresado al poder en coalición con Barak, a congelar temporalmente la construcción de asentamientos. Obama pagó un alto precio, la relación entre Estados Unidos e Israel alcanzó el punto más bajo y frío de la historia, pero al menos logró que las dos partes se sentaran de nuevo a hablar; el progreso, sin embargo, fue lento y de corta vida.

Israel ha practicado a menudo una diplomacia rígida, y, al construir asentamientos, ha arriesgado su seguridad y su reputación, aunque dichos asentamientos son negociables. El problema en el caso de los palestinos es igual de fundamental. Durante los mandatos de Rabin, Barak y Olmert, Israel ofreció compartir Jerusalén, incluyendo la Ciudad Vieja. Pese a las exasperantes negociaciones llevadas a cabo desde 1993, los palestinos nunca han aceptado formalmente compartir la ciudad, aunque hay esperanzas: lo hicieron en secreto y de forma informal en los años 2007 y 2008. Con todo, y aunque ambos propusieron su oferta más flexible y sus posiciones estaban muy próximas, el momento no era el adecuado para la otra parte. Además, unos documentos filtrados revelaron la oferta de los palestinos, lo que provocó furiosas acusaciones de traición por parte de los árabes.

Jerusalén tal vez permanezca en su estado actual todavía algunas décadas, pero cuando se firme la paz, si es que alguna vez ocurre, habrá dos estados, algo esencial para la supervivencia de Israel como estado y como democracia, y habrá justicia y respeto para los palestinos. Palestinos y judíos conocen la forma que tendrán el estado palestino y la Jerusalén compartida: «Jerusalén será la capital de ambos estados, los barrios periféricos árabes serán palestinos, y los barrios periféricos judíos serán israelíes», declaró el presidente de Israel, Shimon Peres, el arquitecto de los acuerdos de Oslo, que conoce la situación mejor que nadie. Los israelíes conseguirán su docena aproximada de asentamientos en Jerusalén oriental, según los parámetros establecidos por el presidente Clinton, los palestinos serán compensados a cambio con tierras israelíes en otros lugares, y se retirarán los asentamientos israelíes en la mayor parte de Cisjordania. Hasta el momento, es sencillo, «pero el reto», explica Peres, «es la Ciudad Vieja. Debemos distinguir entre soberanía y religión. Todo el mundo quiere controlar sus propios santuarios, ahora bien, resulta un poco difícil rebanar la Ciudad Vieja».

La Ciudad Vieja sería un Vaticano desmilitarizado gobernado por un comité internacional y de cuyas tareas policiales se ocuparían patrullas conjuntas árabe-israelíes, o alguna agencia internacional, tal vez una versión jerosolimitana de los guardias suizos del Vaticano. Es posible que los árabes tal vez no aceptaran a Estados Unidos, los israelíes no se fían de la ONU ni de la Unión Europea, así que tal vez

podrían ocuparse de ello la OTAN y Rusia, que desea tener otra vez algún papel significativo en Jerusalén.<sup>[\*8]</sup> Resulta difícil internacionalizar la Explanada de las Mezquitas porque ningún político israelí podría renunciar del todo a cualquier reivindicación a la piedra fundacional del Templo y vivir para contarlo, mientras que ningún potentado musulmán podría sobrevivir al reconocimiento de la soberanía total de Israel sobre el Noble Santuario. Por otra parte, las ciudades internacionales o libres, desde Danzig hasta Trieste, en general, han acabado mal.

La Explanada de las Mezquitas, o monte del Templo para los judíos, es difícil de dividir. El Haram y el Kotel, la Cúpula de la Roca, la mezquita de al-Aqsa y el Muro de las Lamentaciones forman todos parte de la misma estructura: «Nadie puede monopolizar la santidad», añadía Peres. «Jerusalén es más una llama que una ciudad, y nadie puede dividir una llama». Llama o no, alguien tiene que tener la soberanía, así que los diferentes planes conceden la superficie a los musulmanes, y los túneles y las cisternas bajo la Explanada (y, por lo tanto, la piedra fundacional, la Roca) a Israel. Las minuciosas complejidades del mundo crepuscular de cavernas, tuberías y canales subterráneos que pueden encontrarse allí son impresionantes, y característicamente jerosolimitanas: ¿quién posee la tierra? ¿Quién posee el territorio? ¿Quién posee el cielo?

No podrá alcanzarse ningún acuerdo, ni tampoco, en caso de alcanzarlo, será duradero, si no hay algo más. La soberanía política puede dibujarse en un mapa, expresarse en contratos legales, o aplicarse a base de M-16, pero será inútil y carecerá de sentido sin lo histórico, lo místico y lo emocional. «Dos terceras partes del conflicto son psicología», dijo Sadat. Las auténticas condiciones para la paz no son sólo los detalles de cuál cisterna de Herodes será palestina o cuál israelí, sino algo intangible, el respeto sincero y la confianza mutua. Algunos elementos de ambas partes niegan la historia del Otro. Si este libro tiene alguna misión, albergo la ferviente esperanza de que pueda alentar a ambas partes a reconocer y respetar la antigua herencia del Otro: Arafat negó la historia judía en Jerusalén, algo que sus propios historiadores consideraron absurdo, pero ninguno de ellos (a quienes, en privado, no les importa reconocer que dicha historia sí existe) se atrevió a contradecirle. Todavía en el año 2010, únicamente el filósofo Sari Nusseibeh tuvo el valor de reconocer que el Haram al-Sharif es el lugar en el que se alzó el Templo judío. La construcción de asentamientos disminuye la confianza árabe y la factibilidad de un estado palestino. Los misiles lanzados por Hamas contra Israel constituyen, por su parte, un acto de guerra, y que los palestinos hayan negado la antigua herencia judía y el carácter judío del estado moderno es igual de desastroso para el proceso de paz. Y esto, antes incluso de enfrentarnos a un reto aún mayor: cada uno debe aceptar las modernas narrativas sagradas de tragedia y heroísmo del Otro. Aunque sea mucho pedir, pues en ambas historias el archivillano es siempre el

Otro, lo cierto es que también dicha aceptación es posible.

Y puesto que se trata de Jerusalén, uno puede fácilmente imaginarse lo impensable: ¿seguirá existiendo Jerusalén dentro de cinco o cuarenta años? Siempre cabe la posibilidad de que los extremistas puedan destruir la Explanada de las Mezquitas en cualquier momento, romperle el corazón al mundo y convencer a los fundamentalistas de todas las creencias de que el Día del Juicio Final está cercano y que la guerra entre Cristo y el Anticristo ha comenzado.

Amos Oz, el escritor jerosolimitano que ahora vive en el Neguev, ofrece esta divertida solución: «Deberíamos trasladar todas y cada una de las piedras de los Santos Lugares a Escandinavia, y no devolverlas hasta que todos hayan aprendido a vivir juntos en Jerusalén». Lamentablemente, se trata de una solución que no parece demasiado práctica.

Durante mil años, Jerusalén fue sólo judía, durante alrededor de cuatrocientos años, fue cristiana y durante mil trescientos, musulmana; y ni una sola de las tres fes logró jamás ganar Jerusalén por otro medio que no fuera la espada, el mangonel o la artillería pesada. Sus textos históricos nacionalistas explican una rígida historia de progresiones inevitables hasta llegar a triunfos heroicos y abruptos desastres; en esta historia, no obstante, he intentado demostrar que nada era inevitable, que siempre hubo una elección. Los destinos y las identidades de los jerosolimitanos en raras ocasiones estuvieron bien definidos. La vida en los tiempos de Herodes, de las cruzadas o en la Jerusalén británica fue siempre igual de compleja y matizada que la nuestra hoy en día.

Se vivieron períodos tranquilos y espectaculares revoluciones. En unas ocasiones fueron la dinamita, el acero y la sangre lo que cambiaron Jerusalén, en otras, fueron el lento descenso de generaciones, los cantares transmitidos, las historias explicadas, los poemas recitados, las esculturas talladas, y las confusas rutinas semiinconscientes de familias a lo largo de muchos siglos, bajando poco a poco las escaleras de caracol y cruzando los umbrales vecinos, y el desgaste de las rudimentarias piedras hasta dejarlas bien bruñidas.<sup>[1]</sup>

Jerusalén, tan deseable en muchos aspectos, tan llena de odio en otros, siempre plagada por lo sagrado y lo estridente, por lo ridículamente vulgar y lo estéticamente exquisito, parece vivir con una intensidad mucho mayor que cualquier otro lugar; todo sigue igual y, sin embargo, nada permanece inamovible. Cada día al amanecer, los tres santuarios de las tres fes despiertan a la vida, cada uno a su propio modo.

## ESTA MAÑANA

A las cuatro y media de la madrugada, Shmuel Rabinowitz, rabino del Muro de las Lamentaciones y de los Santos Lugares, se despierta e inicia su ritual diario de

plegarias leyendo la Torá. Cruza a pie el barrio judío hasta el Muro que nunca cierra y cuyas capas de colosales sillares de Herodes brillan en la oscuridad. Los judíos rezan en este lugar todo el día y toda la noche.

El rabino, de cuarenta años y descendiente de inmigrantes rusos que llegaron a Jerusalén siete generaciones atrás, procede de familias pertenecientes a las cortes de Gerer y Lubavitcher. Padre de siete hijos, con gafas, barba y ojos azules, vestido con un traje negro y la kipá en la cabeza, cruza el barrio judío, haga frío o calor, llueva o nieve, hasta ver la gran muralla de Herodes alzándose ante él. Cada vez, su «corazón se detiene un instante» a medida que se acerca a «la mayor sinagoga del mundo. No hay palabras terrenales para describir el vínculo personal con estas piedras. Es algo espiritual».

Muy por encima de las piedras de Herodes se encuentran la Cúpula de la Roca y la mezquita de al-Aqsa, en lo que los judíos llaman la Montaña de la Casa de Dios, aunque «hay sitio para todos», dice el rabino que rechaza firmemente cualquier usurpación de la Explanada de las Mezquitas. «Algún día, tal vez Dios reconstruya el Templo, pero no es cosa de los hombres interferir, ésta es una cuestión que sólo atañe a Dios».

Como rabino, es responsable de mantener limpio el Muro: las brechas entre las piedras se llenan de notas dejadas por los fieles. Dos veces al año, antes de la Pascua judía y de Rosh Hashanah, se retiran las notas, consideradas tan sagradas que las entierra en el monte de los Olivos.

Cuando llega al Muro, el sol ya se está levantando y ya hay alrededor de setecientos judíos rezando, pero Shmuel Rabinowitz siempre encuentra al mismo *minyán*, grupo de oración, que ocupa el mismo lugar frente al Muro: «Es importante tener un ritual, así uno puede concentrarse en las oraciones». No saluda a su *minyán*, tal vez haga un gesto con la cabeza, pero no se cruzan palabras, «las primeras palabras son para Dios», mientras se enrosca el *tellifin* en el brazo. Recita la oración de la mañana, el *shacharit*, que termina con las palabras: «Dios bendiga a la nación con la paz». Sólo entonces saluda como es debido a sus amigos. El día en el Muro acaba de empezar.

Poco antes de las cuatro de la madrugada, en el preciso momento en el que el rabino Rabinowitz se levanta en el barrio judío, un guijarro pasa rozando la ventana de Wajeeh al-Nusseibeh en Sheikh Jarrah. Cuando abre la puerta, Adeh al-Judeh, de ochenta años, le entrega a Nusseibeh una pesada llave medieval de treinta centímetros. Nusseibeh, de sesenta años, vástago de una de las más grandes familias de Jerusalén,<sup>[\*9]</sup> ya vestido con traje y corbata, emprende el camino a paso rápido cruzando la Puerta de Damasco en dirección a la iglesia del Santo Sepulcro.

Nusseibeh, el custodio del Santo Sepulcro desde hace más de veinticinco años, llega a las cuatro de la madrugada exactas y llama a las inmensas puertas instaladas

en la fachada románica de Melisenda. En el interior de la iglesia, que él mismo cerró la víspera a las ocho de la tarde, los sacristanes de los griegos, latinos y armenios ya han negociado a quién le toca hoy abrir la puerta. Los sacerdotes de las tres sectas reinantes han pasado la noche en un jovial compañerismo y en oraciones rituales. A las dos de la madrugada, los ortodoxos dominantes, que son los primeros en todo, empiezan su misa, con los ocho sacerdotes cantando en griego, alrededor de la Tumba, antes de cederles el puesto a los armenios, para su servicio, *badarak* en armenio, que acaba de empezar cuando se abren las puertas; los católicos tienen su oportunidad hacia las seis de la mañana. Mientras tanto, todas las sectas cantan sus maitines. Sólo un copto está autorizado a pasar la noche, y él reza solo en antiguo egipcio copto.

Cuando se abre la puerta, los etíopes, en su monasterio del tejado y capilla de San Miguel, cuya entrada se encuentra justo a la derecha de la puerta principal, inician sus cantos en amárico, y sus servicios son tan largos que deben apoyarse en los cayados de pastor que se amontonan en sus iglesias dispuestos a sostener a los cansados fieles. Por la noche, la iglesia del Santo Sepulcro se llena del zumbido eufónico de los cantos en muchos idiomas, igual que un bosque de piedras en el que muchas especies de pájaros cantaran sus propios coros. Esto es Jerusalén, y Nusseibeh no sabe nunca lo que pasará después: «Sé que miles de personas dependen de mí y me preocupa que la llave no abra la puerta o que ocurra algún incidente. La primera vez que la abrí, tenía quince años y me pareció divertido, pero ahora me doy cuenta de que es un asunto muy serio». Haya guerra o haya paz, Nusseibeh debe abrir la puerta y explica que su padre muchas veces, por seguridad, dormía en la entrada de la iglesia.

Sin embargo, Nusseibeh sabe que, con toda seguridad, varias veces al año habrá alguna pelea entre sacerdotes. Incluso en el siglo xx, los sacerdotes oscilan entre la cortesía no esencial, nacida de la buena educación y del tedio de las largas noches sepulcrales, y el resentimiento visceral histórico que puede estallar en cualquier momento, en general en Pascua. Los griegos, que controlan la mayor parte de la iglesia y son los más numerosos, pelean contra los católicos y los armenios, y suelen salir vencedores de estas batallas. Los coptos y los etíopes, a pesar de su monifisismo compartido, son especialmente venenosos: después de la guerra de los Seis Días, los israelíes, en una intervención excepcional, les entregaron a los etíopes la capilla copta de San Miguel, para castigar al Egipto de Nasser y darle su apoyo a Etiopía, gobernada por Haile Selassie. Durante las negociaciones de paz, el apoyo a los coptos suele formar parte de las exigencias de los egipcios. El tribunal supremo israelí dictaminó que la capilla de San Miguel pertenece a los coptos aunque siga en posesión de los etíopes, una situación muy jerosolimitana. En julio de 2002, un sacerdote copto que tomaba el sol cerca del destartalado nido de águila de los etíopes en el tejado de la iglesia del Santo Sepulcro, fue golpeado con barras de hierro en



castigo por el maltrato al que los coptos habían sometido a sus hermanos africanos. Los coptos se precipitaron en ayuda de su sacerdote, y cuatro coptos y siete etíopes (que siempre parecen perder todas las reyertas del Sepulcro) fueron hospitalizados.

En septiembre de 2004, en la celebración de la Santa Cruz, el patriarca griego Ireneo les pidió a los franciscanos que cerraran la puerta de la capilla de la Aparición. Al negarse éstos, Ireneo se lanzó, al frente de sus guardias y sacerdotes, contra los latinos. La policía israelí intervino pero los agentes fueron agredidos por los sacerdotes quienes, como adversarios, suelen ser igual de duros que los honderos palestinos. En la ceremonia del Fuego Sagrado del año 2007, se desencadenó una pelea cuando el superior de los armenios casi apareció con la llama en lugar del patriarca griego.<sup>[\*10]</sup> El pugilista patriarca Ireneo fue finalmente destituido por haberles vendido a unos colonos israelíes el hotel Imperial en la Puerta de Jaffa. Nusseibeh se encoge de hombros, hastiado: «Sí, como hermanos tienen sus diferencias y yo les ayudo a que las solucionen. Igual que la ONU, somos neutrales en el mantenimiento de la paz en este lugar santo». Nusseibeh y Judeh desempeñan un complejo papel en cada celebración cristiana. Durante al fervoroso y abarrotado Fuego Sagrado, Nusseibeh ejerce de testigo oficial.

El sacristán abre una pequeña ventana en la puerta de la derecha y le entrega una escalera de mano. Nusseibeh coge la escalera y la apoya contra la puerta de la izquierda. Abre el cerrojo inferior en la puerta de la derecha con su llave gigante antes de encaramarse a la escalera y abrir el cerrojo superior. Después de bajar de la escalera, los sacerdotes abren primero la inmensa puerta de la derecha, y a continuación la hoja de la izquierda que desbloquean ellos mismos. Ya en el interior, Nusseibeh saluda a los sacerdotes: «¡Paz!».

«¡Paz!», le responden optimistas. Los Nusseibeh y los Judeh llevan abriendo el Santo Sepulcro al menos desde 1192, cuando Saladino nombró a los Judeh «custodios de la llave» y a los Nusseibeh «custodios y guardianes de la puerta de la iglesia del Santo Sepulcro» (según especifica la tarjeta de visita de Wajeed). Los Nusseibeh, que también fueron nombrados limpiadores hereditarios de la Sakhra (la Roca) en la Cúpula, afirman que Saladino se había limitado a restituirles el cargo que ya les había concedido el califa Omar en el año 638. Hasta la conquista albanesa, en la década de 1830, también eran inmensamente ricos, pero ahora apenas consiguen ganarse la vida como guías turísticos.

Con todo, las dos familias existen en una rivalidad vigilante. «Los Nusseibeh no tienen nada que ver con nosotros», explica el octogenario Judeh, que custodia la llave desde hace veintidós años, «¡no son más que porteros!». Nusseibeh insiste en que «a los Judeh no se les permite tocar la puerta ni los cerrojos», lo que da a entender que las rivalidades entre musulmanes son tan intensas como las que existen entre los cristianos. El hijo de Wajeed, Obadah, un entrenador personal, es su heredero.

Nusseibeh y Judeh pasan parte del día sentados en la entrada, igual que hicieron sus antepasados durante ocho siglos, pero nunca están ahí al mismo tiempo. «Conozco todas y cada una de las piedras aquí, es como mi hogar», musita Nusseibeh. Venera la iglesia: «Nosotros, los musulmanes creemos que Mahoma, Jesús y Moisés son profetas, y que María es muy santa, y por eso éste es un lugar especial para nosotros también». Si desea rezar, puede acercarse a la puerta de al lado, hasta la mezquita vecina, construida para intimidar a los cristianos, o caminar los cinco minutos que le separan de la mezquita de al-Aqsa.

A exactamente la misma hora en la que el rabino del Muro se levanta, y en la que Nusseibeh oye el sonido de un guijarro pasar rozando la ventana que le anuncia la entrega de la llave del Sepulcro, Adeb al-Ansari, de cuarenta y dos años, padre de cinco hijos, vestido de una chaqueta negra de cuero, sale de su casa mameluca, propiedad del *waqf* de su familia, en el barrio musulmán y emprende un paseo de cinco minutos por la calle, hacia Bab el-Ghawanmeh, en el noreste. Cruza el puesto de control de la policía israelí uniformada de azul; irónicamente, los policías suelen ser árabes drusos o galileos encargados de impedir que los judíos entren en el Haram al-Sharif.

La sagrada explanada ya cuenta con iluminación eléctrica, pero el padre de Adeb solía tardar dos horas en encender todas las farolas. Ansari saluda al oficial de seguridad del Haram y empieza a abrir las cuatro puertas principales de la Cúpula de la Roca, antes de abrir las diez puertas de la mezquita de al-Aqsa. Toda la operación le toma una hora.

Los Ansari, cuya familia se remonta a los Ansari que emigraron con Mahoma a Medina, afirman que fueron nombrados custodios del Haram por Omar, lo que sí es seguro es que Saladino los ratificó en el puesto. (La oveja negra de la familia fue el jeque del Haram sobornado por Monty Parker).

La mezquita se abre una hora antes de la primera oración del amanecer. Ansari no abre las puertas todos los días, ahora tiene un equipo de ayudantes, aunque antes de heredar el puesto como custodio cumplió con este deber cada mañana, y lo hizo con orgullo. «Ante todo es un empleo, después es una profesión familiar, y una enorme responsabilidad, pero por encima de todo, es un trabajo noble y sagrado. Aunque no está muy bien pagado. También trabajo en la recepción de un hotel en el monte de los Olivos».

Los puestos hereditarios están en vías de desaparición en el Haram. Los Shihabi, otra de las grandes familias descendientes de príncipes libaneses, que viven en su propio *waqf* familiar cerca del Pequeño Muro, solían ser los custodios de la barba del Profeta, y si bien la barba y el puesto de trabajo han desaparecido, el lugar ejerce una atracción magnética: los Shihabi siguen trabajando en el Haram.

En el preciso momento en el que el rabino camina en dirección al Muro, en el que

Nusseibeh llama a la puerta del Sepulcro y en el que Ansari abre las puertas del Haram, Naji Qazaz sale de su casa en la calle Bab al-Hadid, propiedad de su familia desde hace 225 años, camina unos pocos metros por las antiguas calles mamelucas y sube las escaleras que cruzan la Puerta de Hierro en dirección al Haram. Se dirige de inmediato a al-Aqsa, donde entra en una pequeña habitación equipada con un micrófono y algunas botellas de agua mineral. Hasta el año 1960, la familia Qazaz utilizaba el minarete, pero ahora utilizan esta habitación donde, como si fueran los atletas, se preparan para la llamada. Durante veinte minutos, Qazaz se sienta y hace estiramientos, un atleta de lo sagrado, a continuación respira y hace gárgaras con el agua. Comprueba que el micrófono está conectado y cuando el reloj de la pared marca la hora, se coloca en dirección a la *qibla* y empieza a cantar el *adhan* que reverbera por toda la Ciudad Vieja.

Los Qazaz son los muecines de al-Aqsa desde hace quinientos años, desde el reinado del sultán mameluco Qaitbay. Naji, que lleva treinta años de muecín, comparte sus obligaciones con su hijo Firaz y dos primos.

Falta una hora para que amanezca en Jerusalén. La Cúpula de la Roca está abierta: los musulmanes están rezando. El Muro de las Lamentaciones siempre está abierto: los judíos están rezando. La iglesia del Santo Sepulcro está abierta: los cristianos están rezando en varios idiomas. El sol se alza sobre Jerusalén, sus rayos iluminan las piedras de Herodes del Muro que adquieren un color casi como el de la nieve, exactamente como Josefo las describió hace dos mil años, antes de posarse sobre el glorioso oro de la Cúpula de la Roca, que le devuelve sus destellos al sol. La divina explanada donde se unen el cielo y la tierra, donde Dios se reúne con el hombre, sigue estando en un reino al que no alcanza a llegar la cartografía humana. Sólo los rayos del sol pueden hacerlo, y finalmente, la luz cae sobre el edificio más exquisito y misterioso de Jerusalén. Bañada por los rayos del sol y reluciente bajo su luz, se gana su áurico nombre. La Puerta Dorada, sin embargo, permanecerá cerrada hasta la llegada de los Últimos Días.<sup>[2]</sup>

# AGRADECIMIENTOS

En este inmenso proyecto he contado con la ayuda de un amplio panel de investigadores sobresalientes en su campo. Me siento profundamente agradecido a los siguientes expertos por su ayuda, consejos y, donde lo menciono, por la lectura y corrección de mi texto.

Con relación al período bíblico-arqueológico, muchas gracias por encima de todo a las siguientes personas que han leído y corregido esta sección: profesor Ronny Reich; profesor Dan Bahat, antiguo arqueólogo jefe de Jerusalén, y que me guió asimismo en una visita a la ciudad; doctor Raphael Greenberg, quien también me ofreció una visita guiada; y Rosemary Eshel. A la doctora Eleanor Robson, profesora de Ciencia de Oriente Medio del Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Cambridge le agradezco sus correcciones en las secciones que tratan de Asiria, Babilonia y Persia, y a la doctora Nicola Schreiber, sus consejos acerca de la datación de las puertas de Megiddo y lo que eso significa para la cerámica. Gracias igualmente por su ayuda y consejos al doctor Gideon Avni, director de excavaciones y del departamento de investigación, Iaa; al doctor Eli Shukron, por sus visitas guiadas a la excavación de la Ciudad de David; al doctor Shimon Gibson; doctora Renee Sivan de la Ciudadela. Y un especial agradecimiento al doctor Yusuf Nutsheh al-Natsheh, director del departamento de arqueología islámica de Haram al-Sharif por su ayuda durante todo el proyecto por organizar el acceso a las excavaciones cerradas en el Haram y las visitas guiadas junto a Khader al-Shihabi. Con relación al periodo de la dinastía Herodes, romano y bizantino, le estoy inmensamente agradecido al profesor Martin Goodman de la Universidad de Oxford y al doctor Adrian Goldsworthy por leer y corregir mi texto.

Con respecto al primer período del islam, árabe, turco y mameluco, mi mayor agradecimiento por sus consejos, guía y corrección detallada de mi texto a Hugh Kennedy, catedrático de árabe en la School of African and Oriental Studies (SOAS), y también al doctor Nazmi al-Jubeh, al doctor Yusuf al-Natsheh y a Khader al-Shihabi. En cuanto al cementerio de Mamilla, mi agradecimiento a Taufik De'adle.

Sobre las Cruzadas: gracias al profesor Jonathan Riley-Smith, catedrático de Historia Eclesiástica de la Universidad de Cambridge, y al profesor David Abulafia, catedrático de Historia Mediterránea de la Universidad de Cambridge, por leer y corregir el texto.

Sobre la historia judía desde los fatimís hasta los otomanos: gracias al profesor Abulafia, que me permitió acceder a la sección de manuscritos de su *Great Sea: A Human History of the Mediterranean*, a la profesora Minna Rozen, de la Universidad de Haifa, y a sir Martin Gilbert que me permitió leer el manuscrito de *In Ishmael's*

*House.*

Con respecto al período otomano y a las familias palestinas de Jerusalén: gracias al profesor Adel Manna, que leyó y corrigió el texto de las secciones de los siglos XVI, XVII, y XVIII.

Sobre los períodos del siglo XIX, imperialismo y principios del sionismo: gracias a Yehoshoa Ben-Arieh; a sir Martin Gilbert; al profesor Tudor Parfitt; a Caroline Finkel; a la doctora Abigail Green, que me permitió leer su manuscrito *Moses Montefiore: Jewish Liberator, Imperial Hero*; y a Bashir Barakat, por su investigación privada sobre las grandes familias de Jerusalén. Kirsten Ellis me permitió generosamente acceder a los capítulos no publicados de *Star of the Morning*. La doctora Clare Mouradian me proporcionó muchos consejos y materiales. La profesora Minna Rozen compartió conmigo su investigación sobre Disraeli y otros documentos. Con respecto a la conexión rusa, gracias al profesor Simon Dixon, y a Galina Babkova en Moscú; y sobre los armenios, gracias a George Hintlian y al doctor Igor Dorfmann-Lazarev.

Con respecto al período sionista, el siglo XX y el epílogo: mi mayor agradecimiento a Nadim Shehadi, profesor asociado del Programa de Oriente Medio de la Chatham House, y al profesor Colin Shindler, SOAS; ambos leyeron y corrigieron estas secciones. Quisiera mostrar también mi agradecimiento a David y Jackie Laudau de *The Economist* y de *Haaretz* por sus correcciones. Gracias al doctor Jacques Gautier; al doctor Albert Aghazarian; a Jamal al-Nusseibeh por sus ideas y contactos; a Huda Imam por su visita guiada al muro de seguridad; a sir Martin Gilbert; a Yakov Loupo por su investigación sobre los ultraortodoxos.

Mi gran agradecimiento también al doctor John Casey de Gonville and Caius College, Cambridge, quien con gran nobleza y sin ninguna piedad corrigió todo el texto, igual que hizo George Hintlian, historiador del período otomano y secretario del patriarcado armenio entre 1975 y 1995. Un especial agradecimiento a Maral Amin Quttieneh por su traducción al inglés de materiales árabes.

Gracias por el consejo, aliento y su historia familiar a los siguientes miembros de las grandes familias de Jerusalén entrevistados para este libro: Mohamed al-Alami, Nasseredin al-Nashashibi, Jamal al-Nusseibeh, Zaki al-Nusseibeh, Wajeeh al-Nusseibeh, Saida al-Nusseibeh, Mahmoud al-Jarallah, Huda Imam del Instituto de Jerusalén, Haifa al-Khalidi, Khader al-Shihabi, Said al-Husseini, Ibrahim al-Husseini, Omar al-Dajani, Adeb al-Judeh, Maral Amin Quttieneh, doctor Rajai M. al-Dajani, Ranu al-Dajani, Adeb al-Ansari, Naji Qazaz, Yasser Shuki Toha, propietario de mi restaurante favorito Abu Shukri; al profesor Rashid Khalidi de la Universidad de Columbia.

Gracias a Shmuel Rabinowitz, rabino del Muro de las Lamentaciones y de los Santos Lugares; al padre Athanasius Macora de los católicos, padre Samuel Aghoyan,

prior armenio de la iglesia del Santo Sepulcro, padre Afrayem Elorashamily de los coptos, al obispo Siríaco Severius, al padre siríaco Malke Morat.

Le estoy agradecido a Shimon Peres, presidente del Estado de Israel, y a lord Weidenfeld, que compartieron ambos sus ideas y recuerdos; a la princesa Firyal de Jordania por sus recuerdos de la Jerusalén jordana; y al príncipe y la princesa Talal bin Muhammad de Jordania.

Gracias a SAR el duque de Edimburgo por sus consejos y por comprobar los textos sobre su madre, la princesa Alicia de Battenberg y sobre su tía la Gran Duquesa Ella; y a SAR el Príncipe de Gales. Le estoy especialmente agradecido por permitirme el acceso a sus archivos familiares privados al conde de Morley, y al honorable Nigel Parker y a su esposa por su encantadora hospitalidad.

Yitzhak Yaacovy fue el hombre que me presentó a Jerusalén: superviviente de Auschwitz, combatiente en la guerra de independencia de 1948, hombre de letras, joven ayudante en el despacho de Ben-Gurion, fue durante mucho tiempo presidente de la Compañía de desarrollo de Jerusalén Oriental bajo el mandato del alcalde Teddy Kollek.

Los representantes del Estado de Israel y de la autoridad Palestina mostraron una inmensa generosidad, dándome su tiempo, ideas, información y conversación: muchas gracias a Ron Prosor, el embajador israelí en Londres, a Rani Gidor, Sharon Hannoy y Ronit Ben Dor de la embajada israelí; al profesor Manuel Hassassian, embajador de la autoridad Palestina en Londres.

William Dalrymple y Charles Glass fueron ambos extremadamente generosos a lo largo de todo este proyecto aportando ideas, materiales y bibliografía. La Fundación Jerusalén proporcionó su inestimable ayuda: gracias a Ruth Chesin, Nurit Gordon, Alan Freeman y Uri Dromi, Director de Mishkenot Shaanim. Nadie contribuyó tanto a los contactos, académicos y otros, como John Levy de Friends of Israel Educational Foundation y del Grupo de Estudios Académicos, y Ray Bruce, un veterano productor de televisión.

Gracias a Peter Sebag-Montefiore y a su hija Louise Aspinall por compartir los documentos de Geoffrey Sebag-Montefiore; a Kate Sebag-Montefiore por su investigación de las aventuras de William Sebag-Montefiore.

Gracias por su ayuda, consejos y aliento a: Amos y Nily Oz, Paul Vester, presidente del hotel The American Colony; Rachel Lev, responsable de los archivos de The American Colony; Diana Aho, del hotel The American Colony, Munther Fahmi de la librería American Colony Bookshop, Philip Windsor-Aubrey, David Hare, David Kroyanker, Hannah Kedar, Fred Iseman, Lea Carpenter Brokaw, Danna Harman, Dorothy y David Harman, Caroline Finkel, Lorenza Smith, profesor Benjamin Kedar, profesor Reuven Amitai, Yaov Farhi, Diala Khlat, Ziyad Clot, Youssef Khlat, Rania Joubran, Rebecca Abram, sir Rocco y Lady Forte, *Professor*

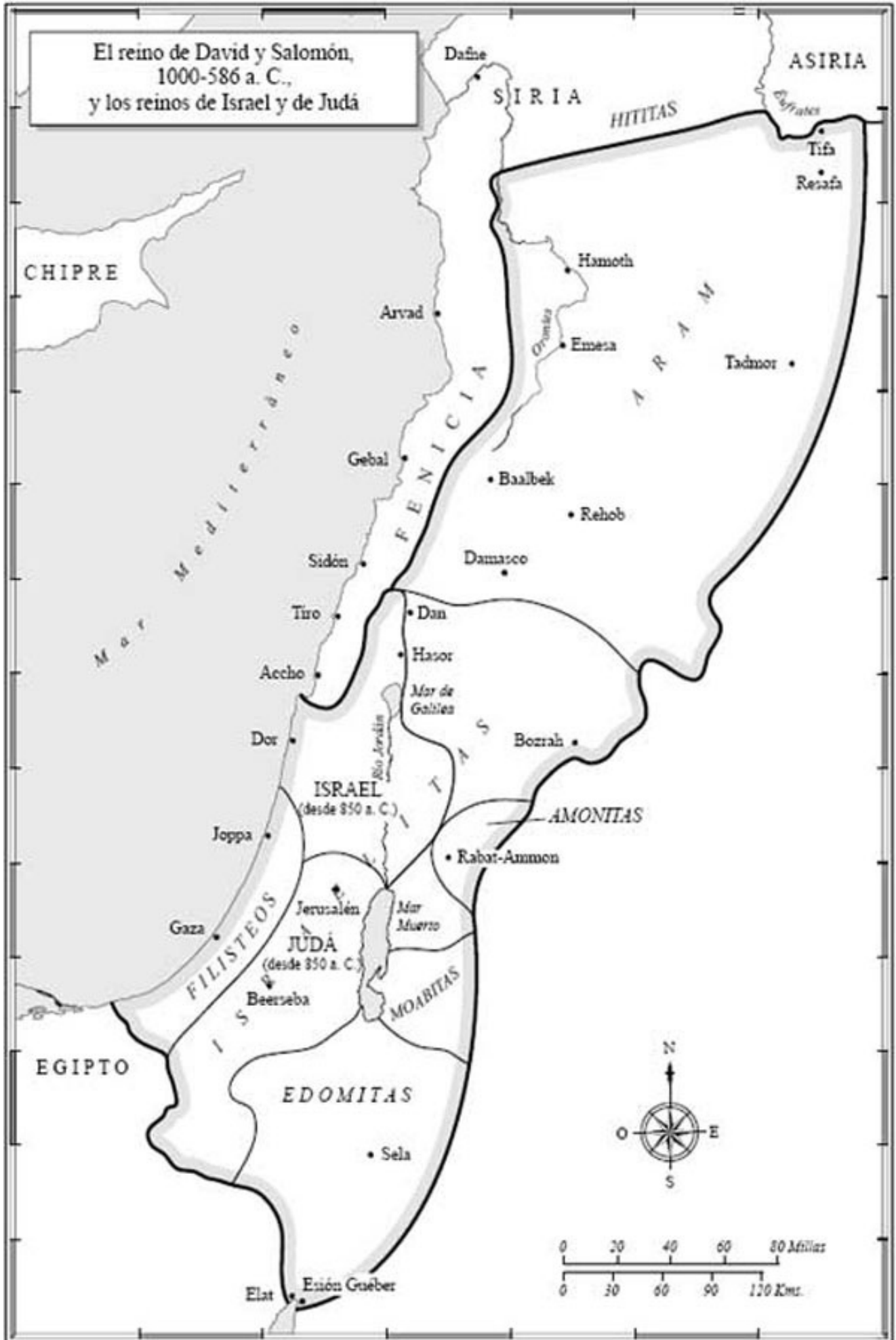
Salim Tamari, Odd Karstein Tveit, Kenneth Rose, Dorrit Moussaeff y su padre Shlomo Moussaeff, sir Ronald y lady Cohen, David Khalili, Richard Foreman, Ryan Prince, Tom Holland, Tarek Abu Zayyad, profesor Israel Finkelstein, profesor Avigdor Shinan, profesor Yair Zakovitch, Jonathan Foreman, Musa Klebnikoff, Arlene Lascona, Ceri Aston, reverendo Robin Griffith-Jones, Gran Maestro del Temple, Hani Abu Diab, Miriam Ovits, Joana Schliemann, Sarah Helm, profesor Simon Goldhill, doctora Dorothy King, doctor Philip Mansel, Sam Kiley, John Micklethwait, editor del *Economist*, Gideon Lichfield, rabino Mark Winer, Maurice Bitton, conservador de la sinagoga de Bevis Marks, rabino Abraham Levy, profesor Harry Zeitlin, profesor F.M. al-Elosischari, Melanie Fall, rabino David Goldberg, Melanie Gibson, Annabelle Weidenfeld, Adam, Gill, David y Rachel Montefiore, doctor Gabriel Barkey, Marek Tamm, Ethan Bronner del *New York Times*, Hery Hemming, William Sieghart. Gracias a Tom Morgan por su ayuda con la investigación.

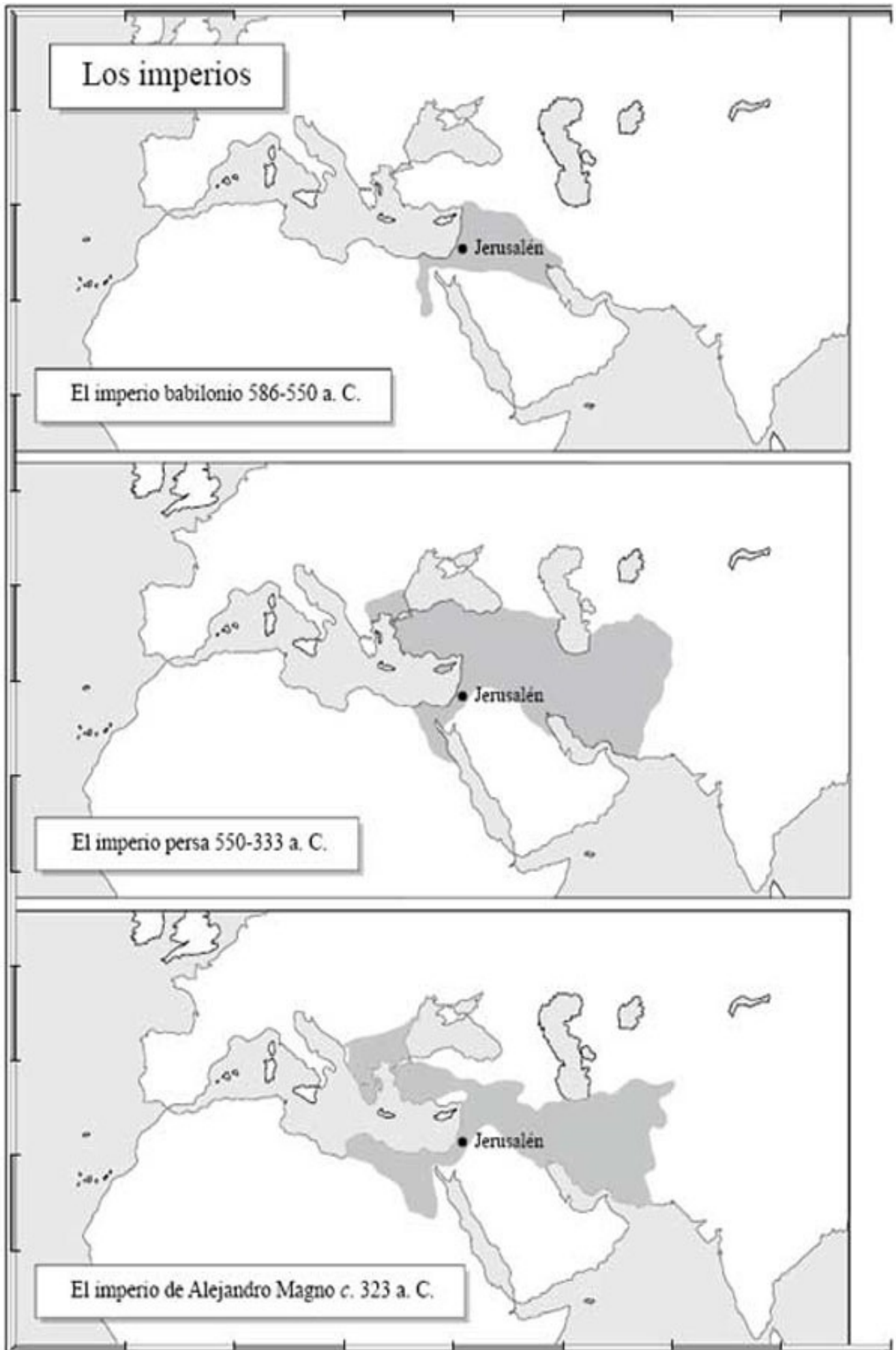
Gracias a mi agente Georgina Capel y a mis agentes de derechos internacionales Abi Gilbert y Romily Must; a mis editores británicos Alan Samson, Ion trewin y Susan Lamb, a mi brillante editora Bea Hemming de Weidenfeld; y a Peter James, el maestro de los correctores de textos; a mis editores desde hace tanto tiempo Sonny Mehta de Knopf; en Brasil a Luiz Schwarz y Ana Paula Hisayama de la Companhia das Letras; en Francia, Mireille Paoloni de Calmann Lévy; en Alemania, Peter Sillem de Fischer; en Israel, Ziv Lewis de Kinneret; en Holanda, Henk ter Borg, de Nieuw Amsterdam; en Noruega, Ida Bernsten y Gerd Johnsen de Cappelens; en Polonia, Jolanta Woloszanska de Magnum; en Portugal, Alexandra Louro de Alêtheia Editores; en España, Carmen Esteban de Crítica; en Estonia, Krista Kaer de Varrak; y en Suecia, Per Faustino y Stefan Hilding de Norstedts.

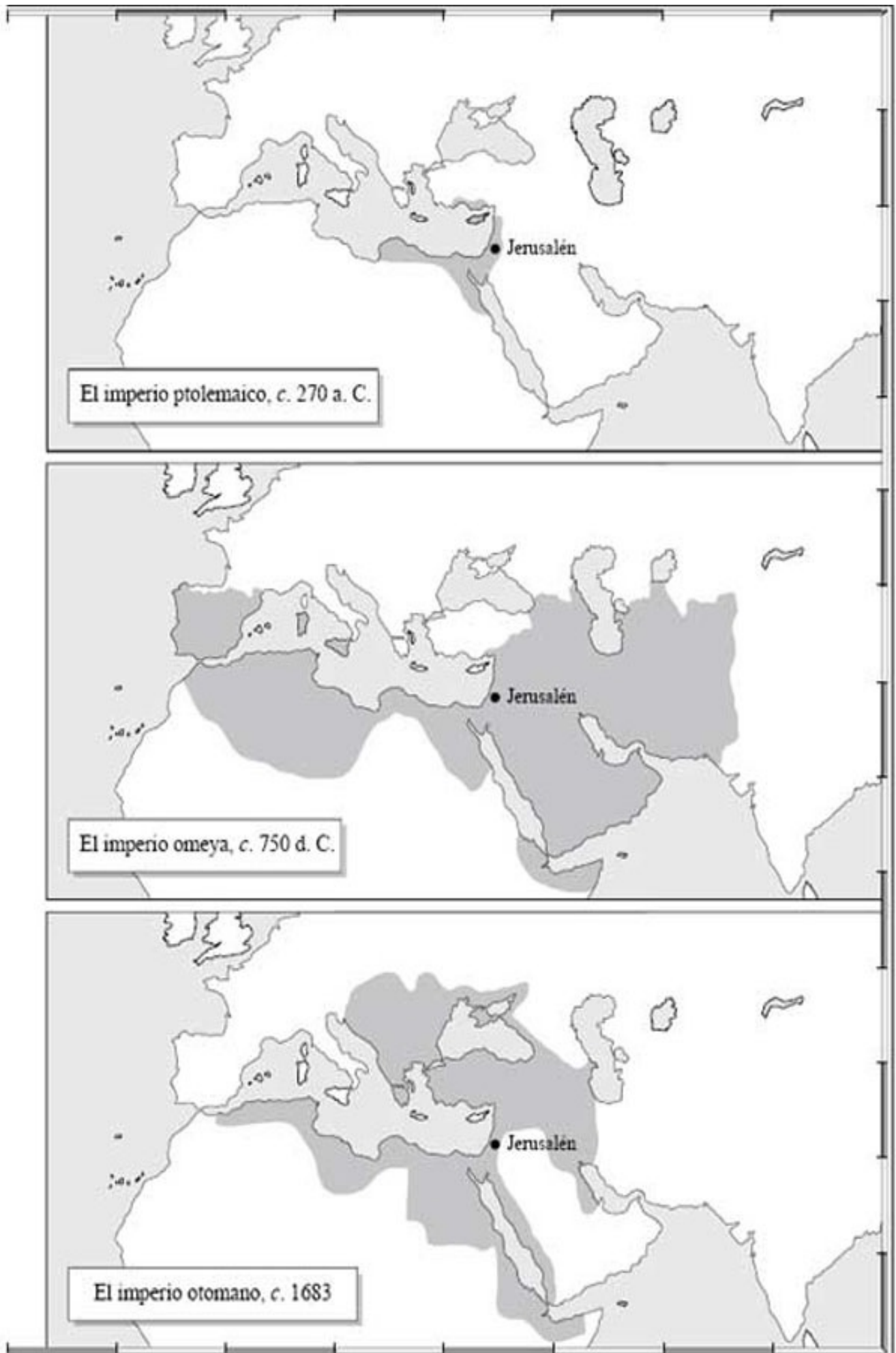
Mis padres, el doctor Stephen y April Sebag-Montefiore han sido unos revisores soberbios de todos mis libros. Por encima de todo, quiero darle las gracias a mi esposa Santa, que ha sido la paciente, alentadora y amante sultana de este largo proceso. Santa y mis hijos Lily y Sasha, igual que yo, han padecido todos los efectos del síndrome de Jerusalén. Tal vez nunca se recuperen, pero probablemente saben más sobre la Roca, el Muro y el Sepulcro que muchos sacerdotes, rabinos o mulás.

# MAPAS







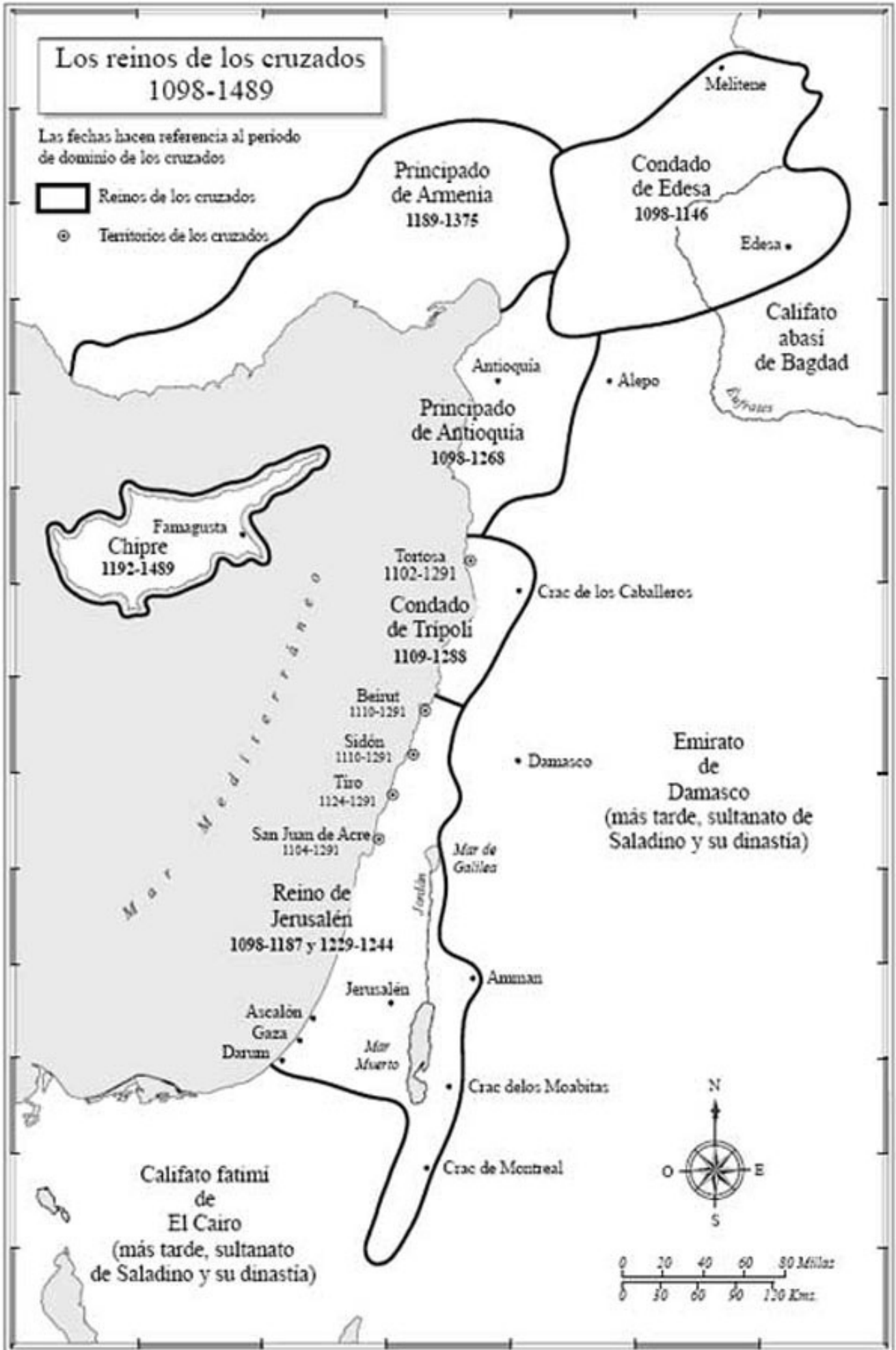





# Los reinos de los cruzados 1098-1489





Las fechas hacen referencia al periodo de dominio de los cruzados

- Reinos de los cruzados
- ⊙ Territorios de los cruzados

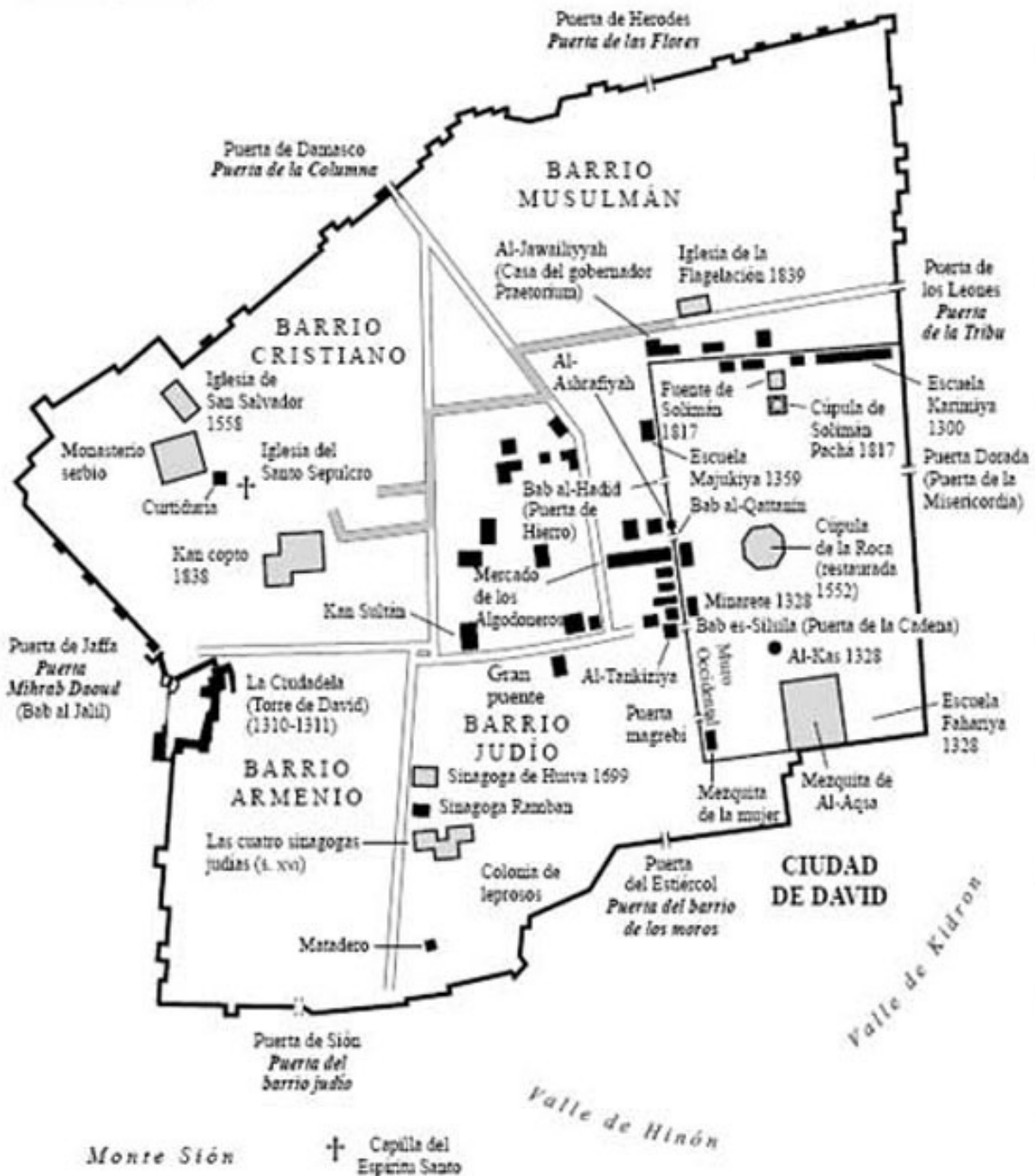


# Jerusalén mameluca y otomana

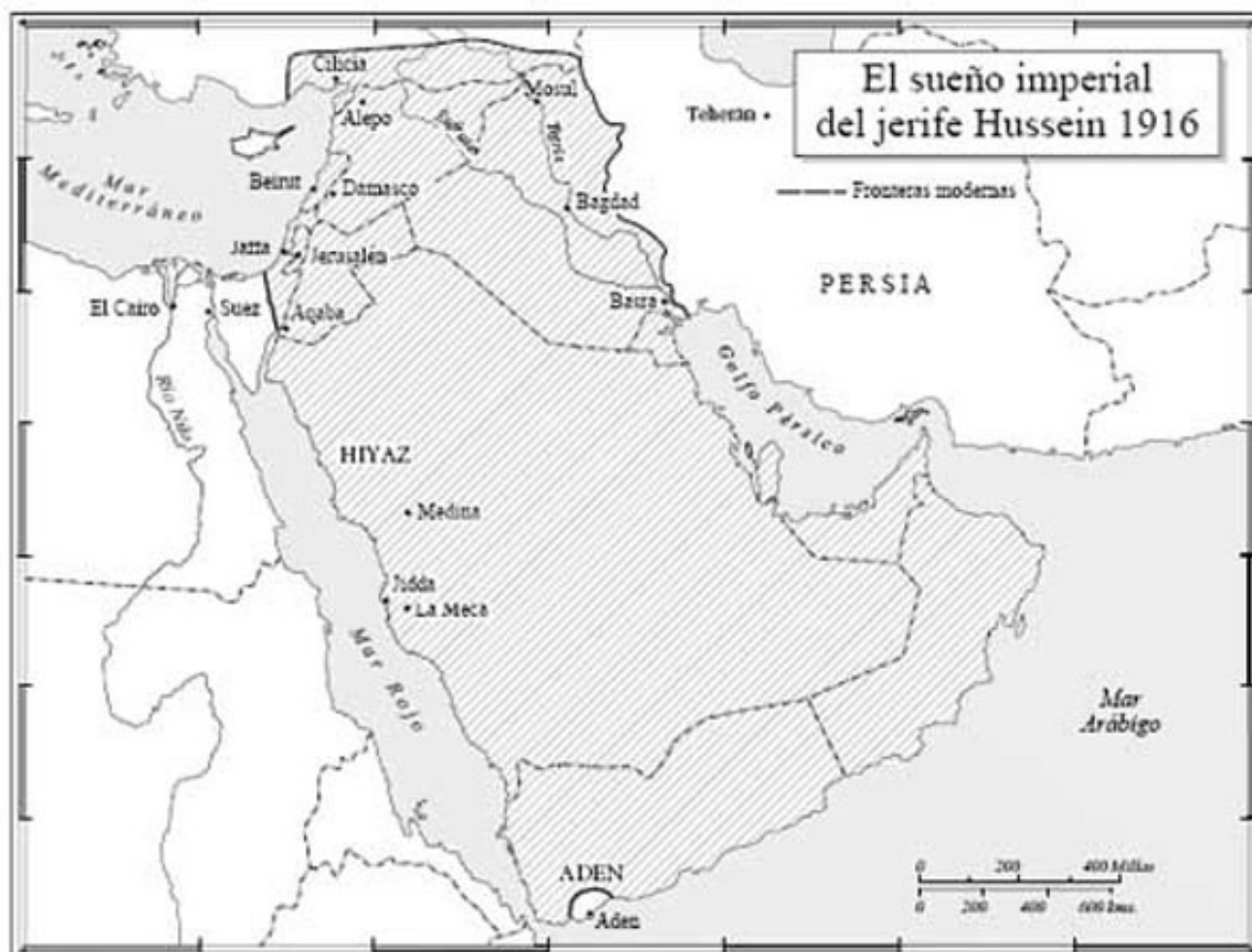
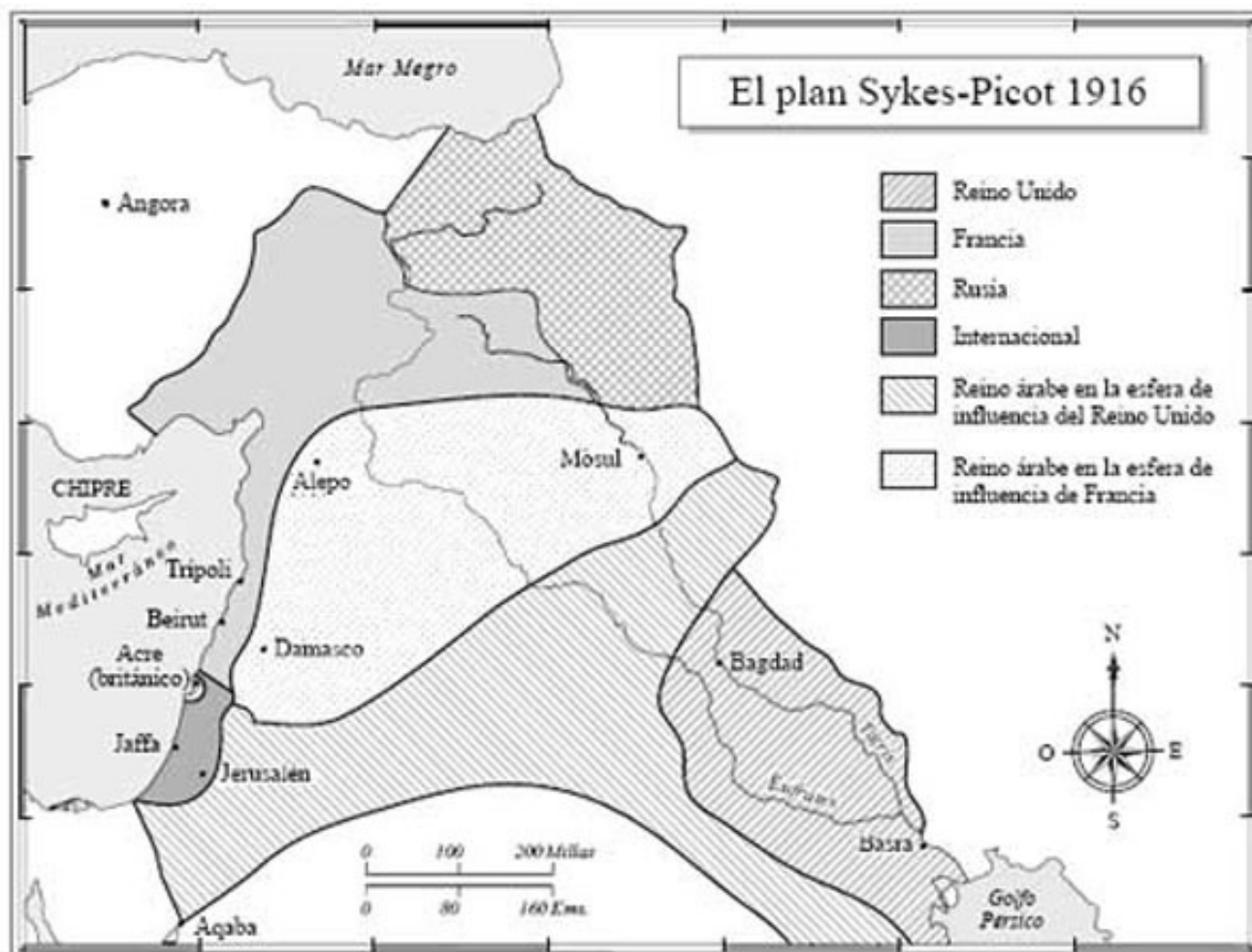
 Puertas de la ciudad  
 (Puerta de Herodes = otomanos  
 Puerta de las Flores = mamelucos)

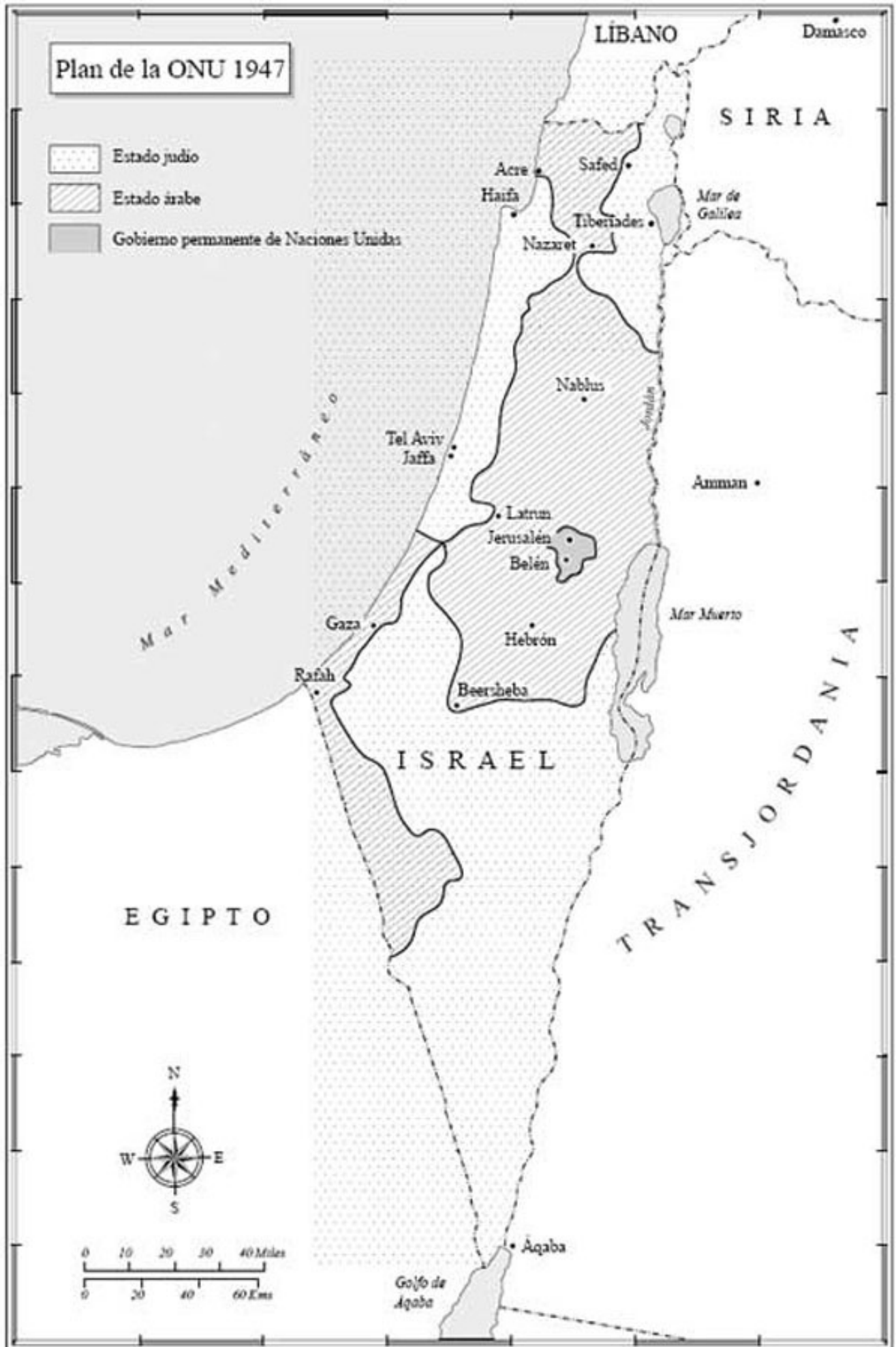
-  Murallas de la ciudad tal como las restauró y reforzó el sultán Solimán entre 1539 y 1542
-  Edificios principales construidos durante el dominio de los mamelucos
-  Edificios principales construidos entre 1517 y 1840, durante los primeros 500 años de dominio otomano
-  La Via Dolorosa, centro de peregrinación cristiana

0 100 200 Metros

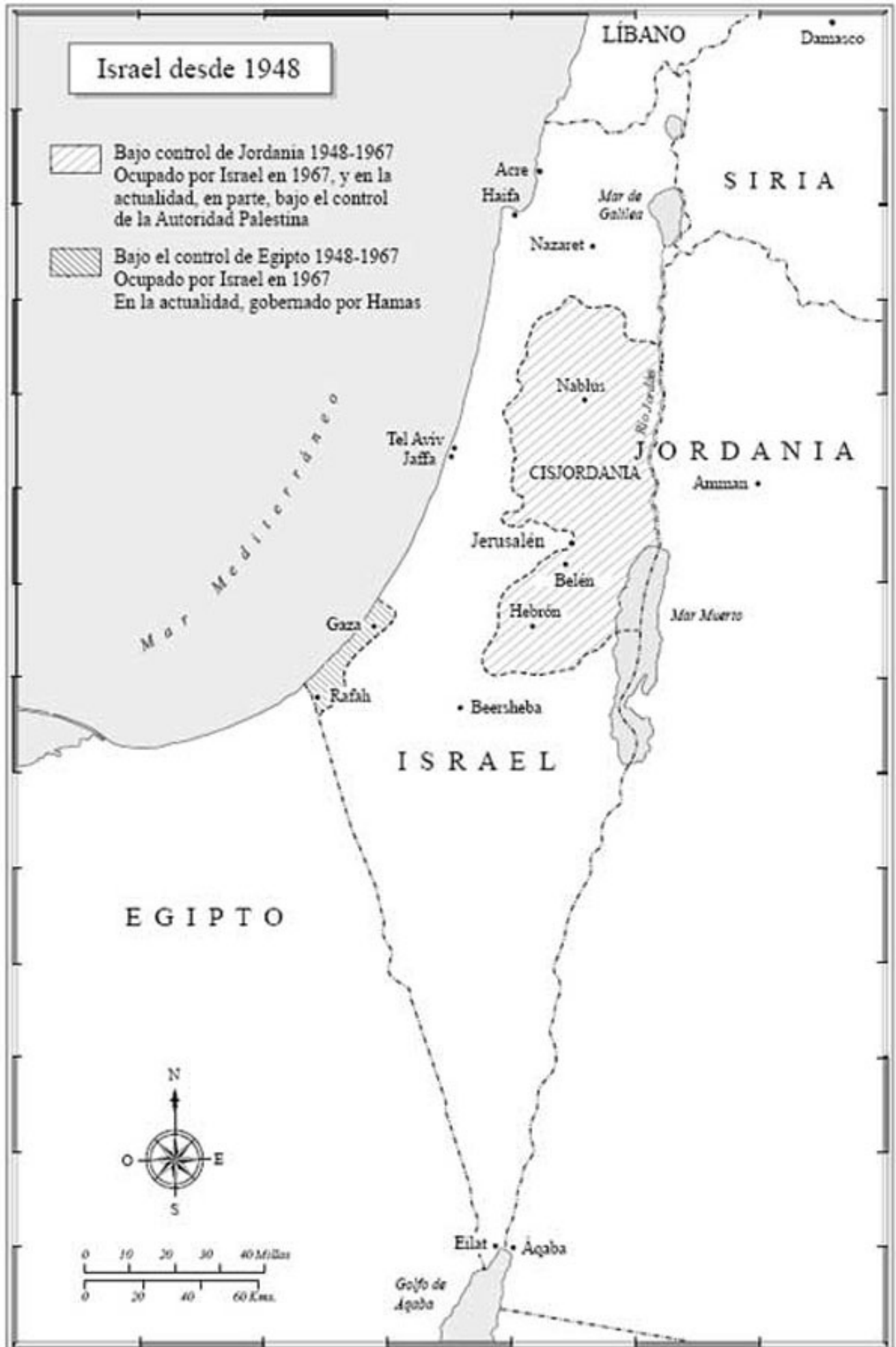












# Jerusalén: la Ciudad Vieja

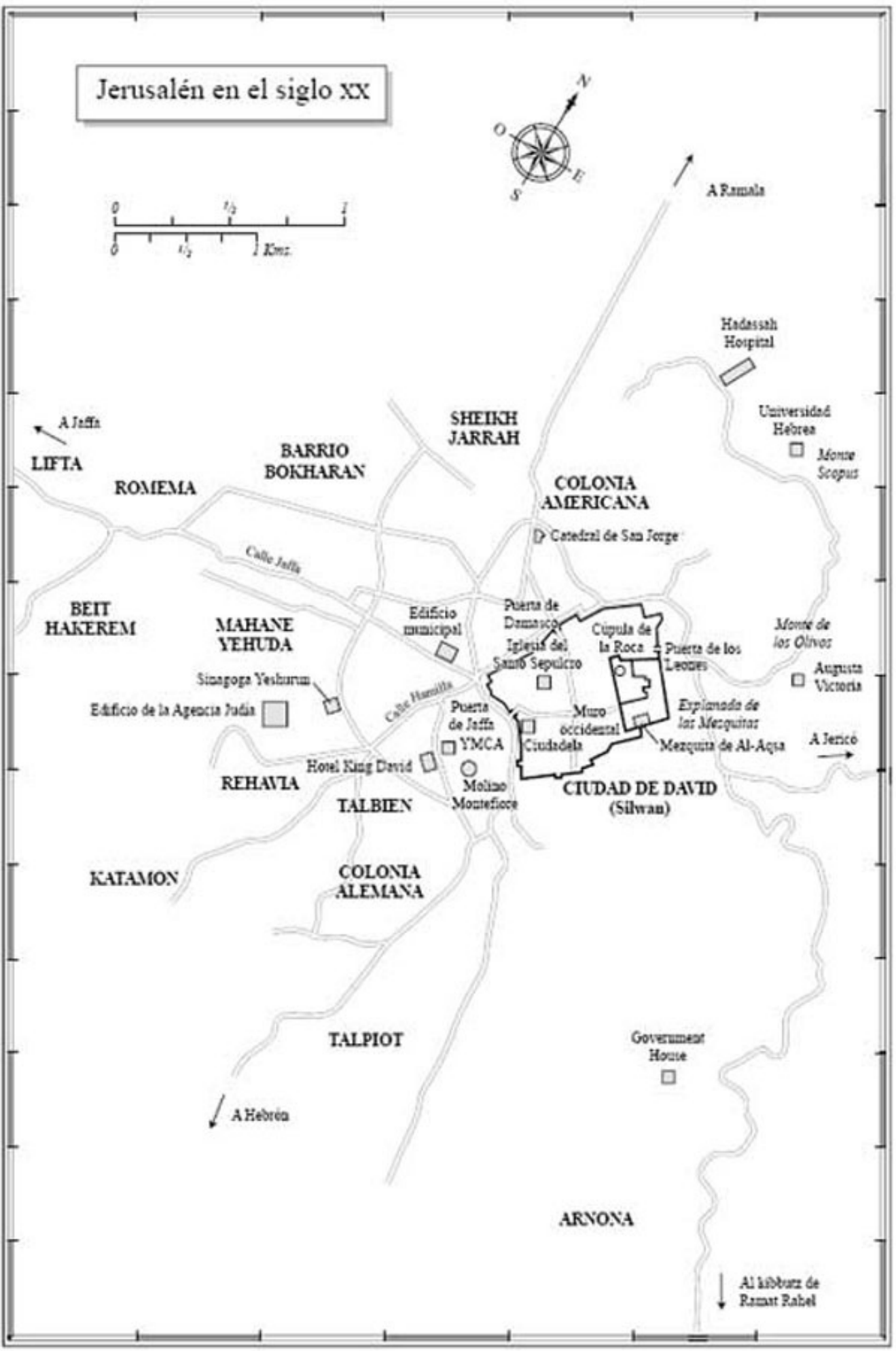
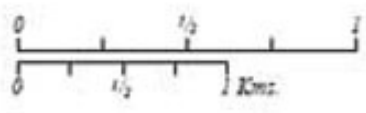
0 100 200 Metros

El túnel del Templo (abierto en 1996)

- El lugar subterráneo más cercano al Santo de los santos
- Arco de Wilson
- △ Puerta de Warren/la «Cueva»
- \* Arco de Robinson



# Jerusalén en el siglo XX

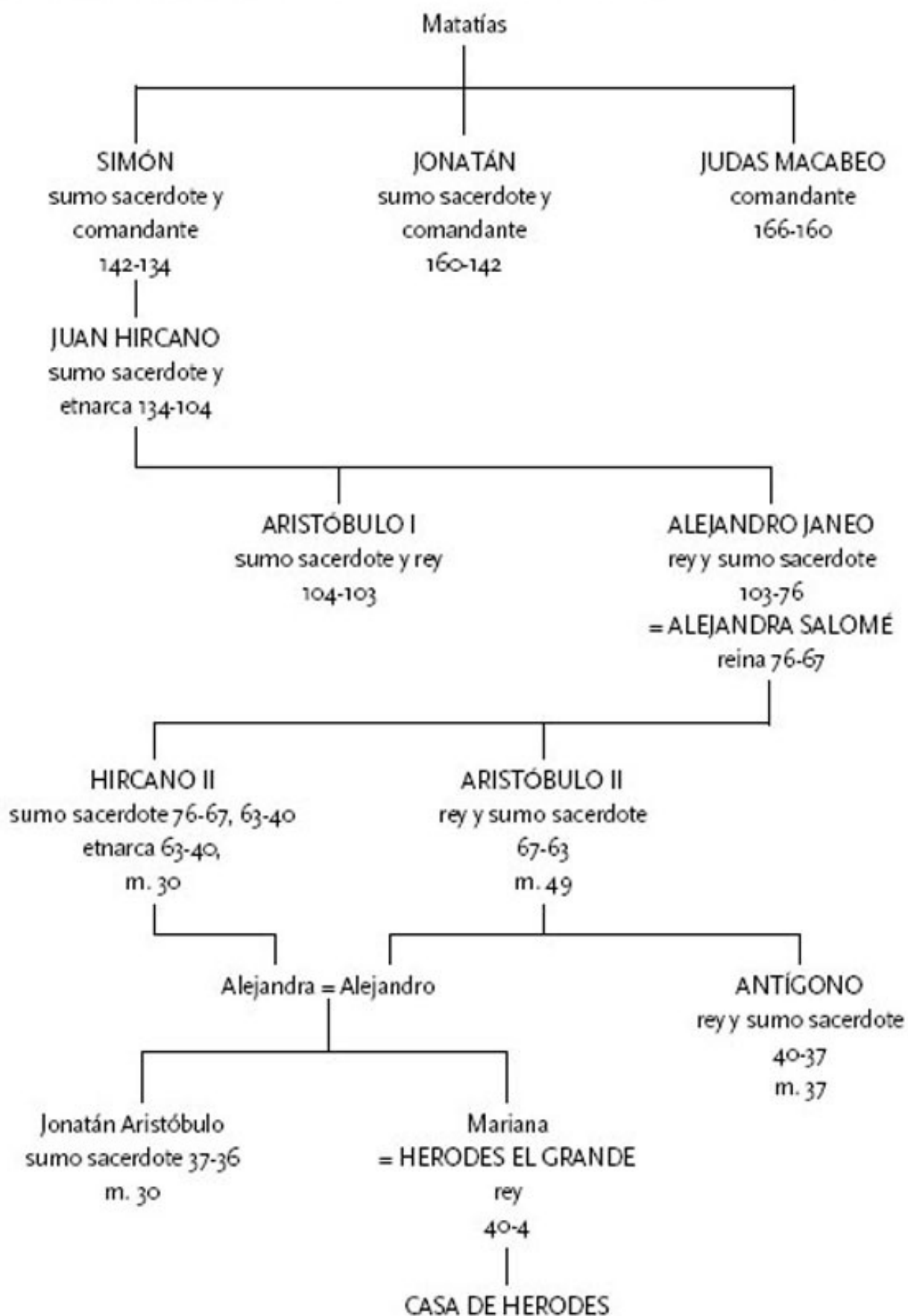


# ÁRBOLES GENEALÓGICOS

# LOS MACABEOS: REYES Y SUMOS SACERDOTES

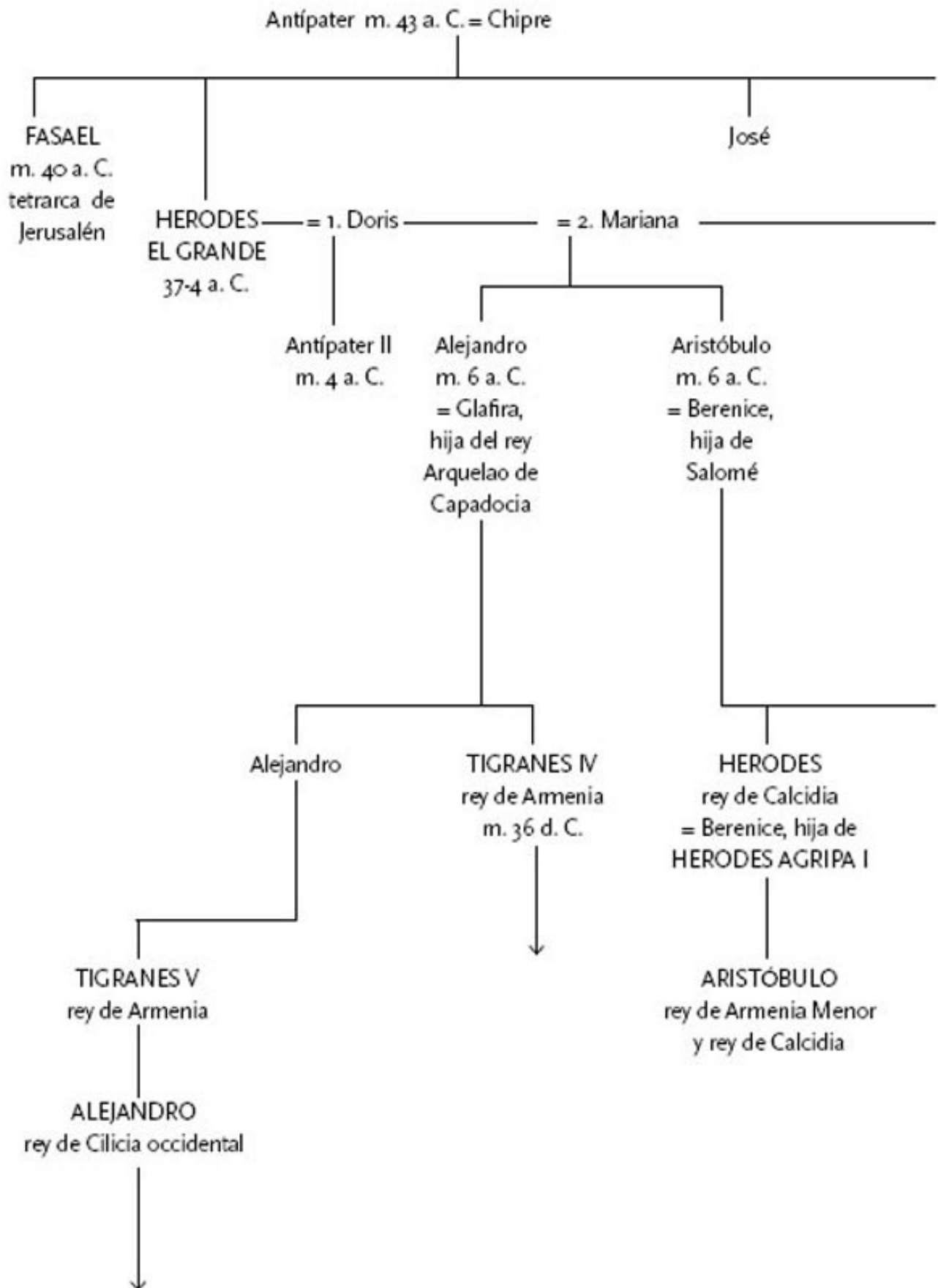
160 a. C.-37 a. C.

Los monarcas gobernantes se muestran en mayúsculas; las fechas se refieren a los períodos de reinado.

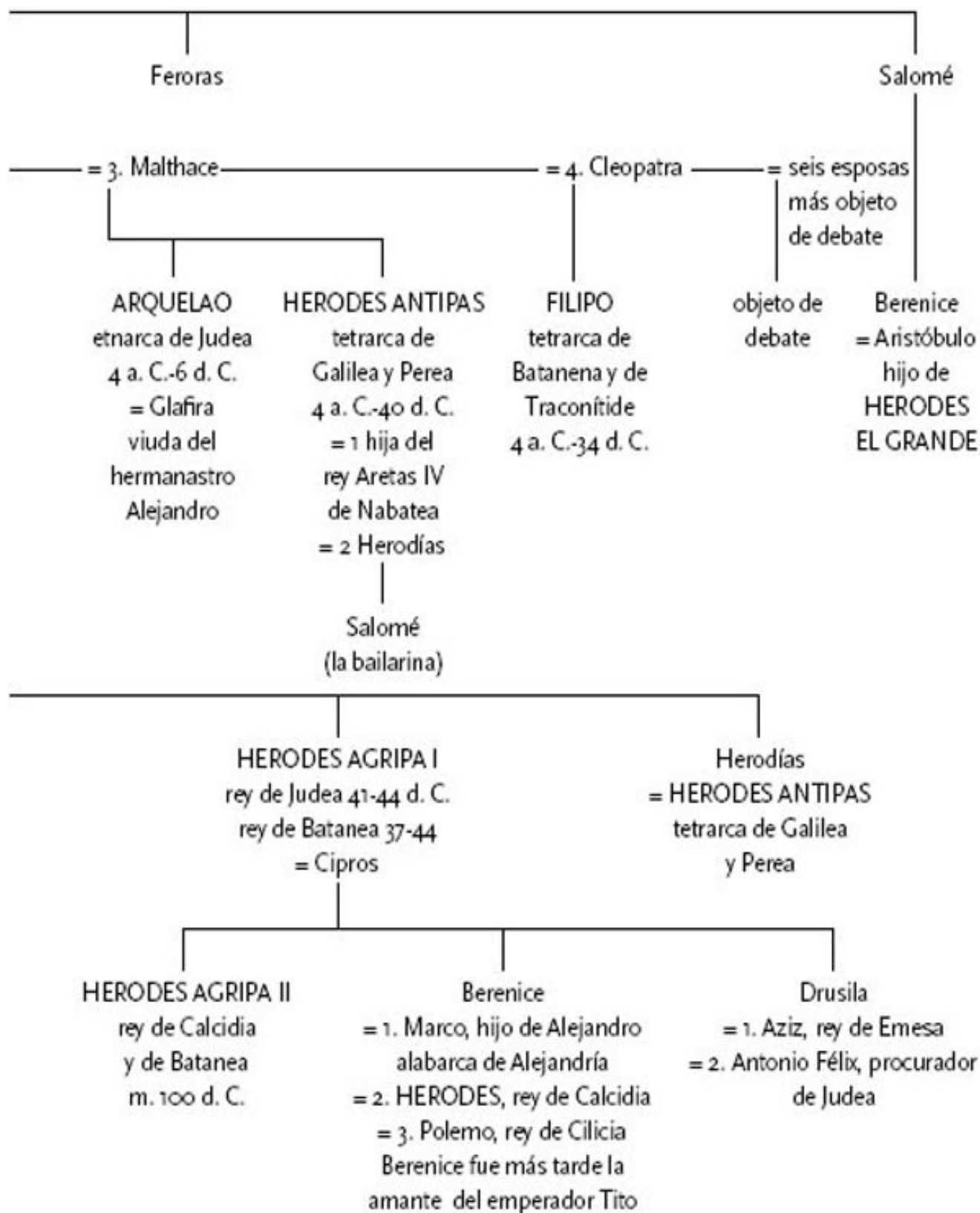


# LOS HERODES

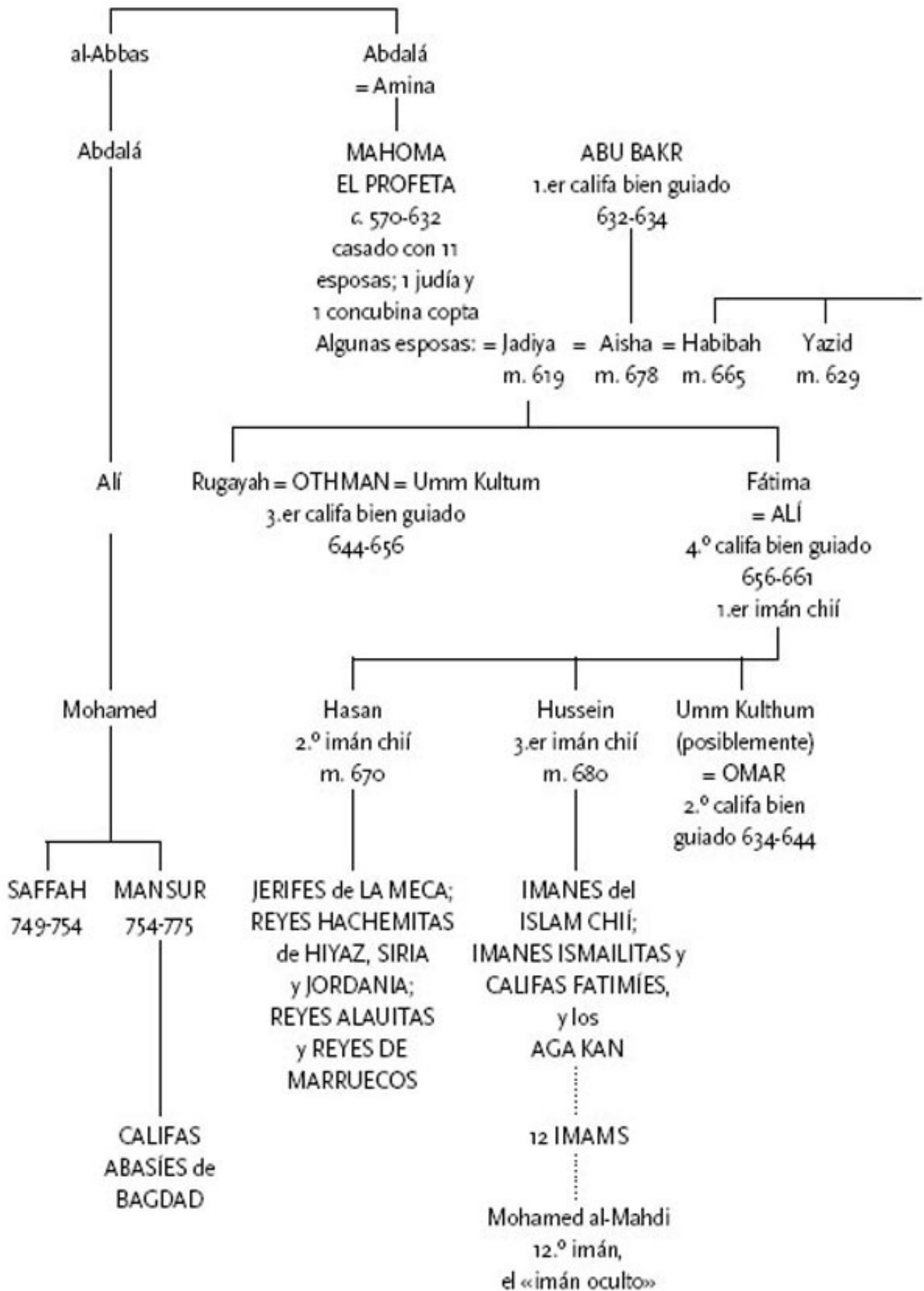
## 37 a. C.-100 d. C.



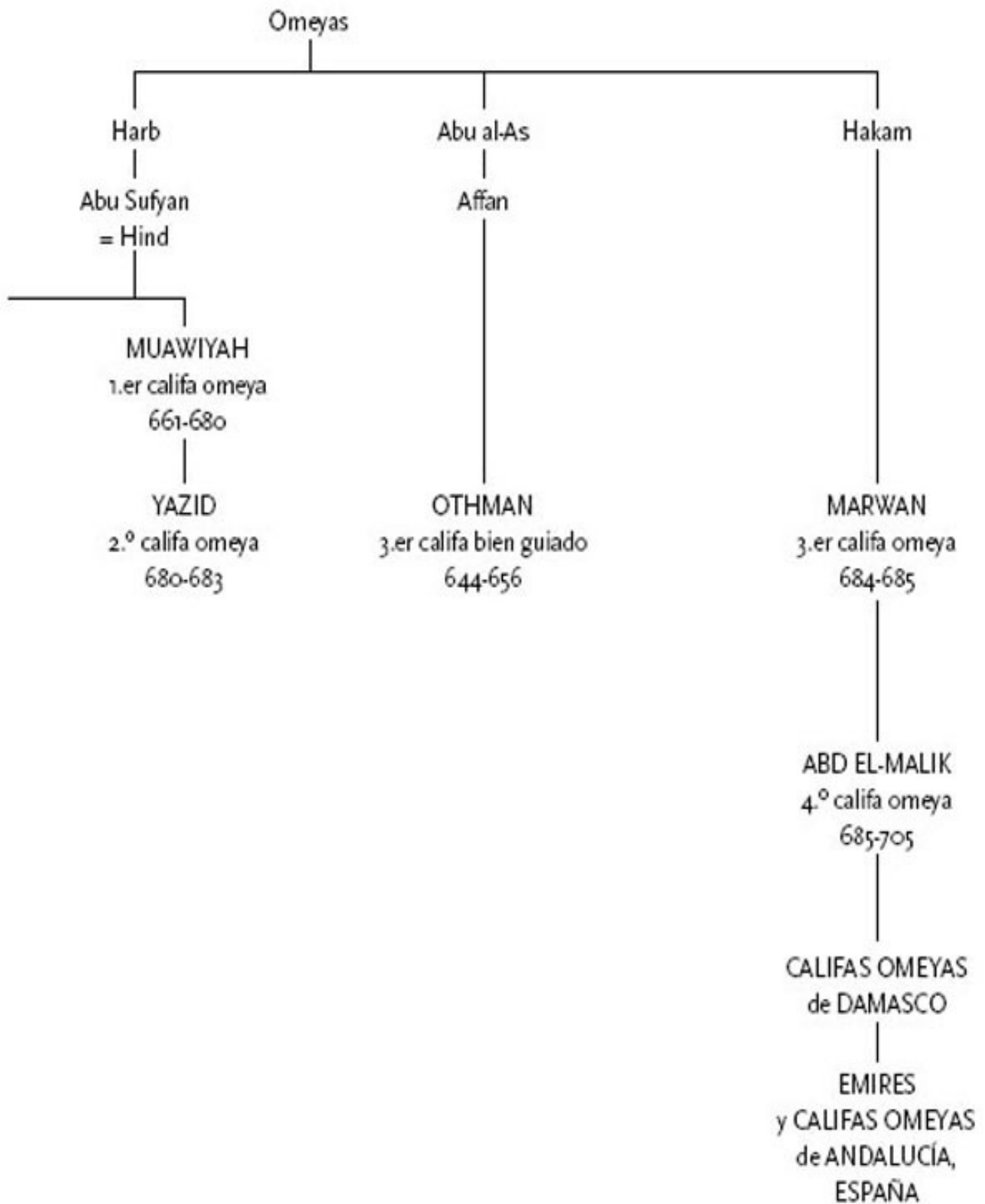
Los monarcas gobernantes se muestran en mayúsculas; las fechas se refieren a los períodos de reinado.



## EL PROFETA MAHOMA Y LAS DINASTÍAS DE LOS CALIFAS MUSULMANES





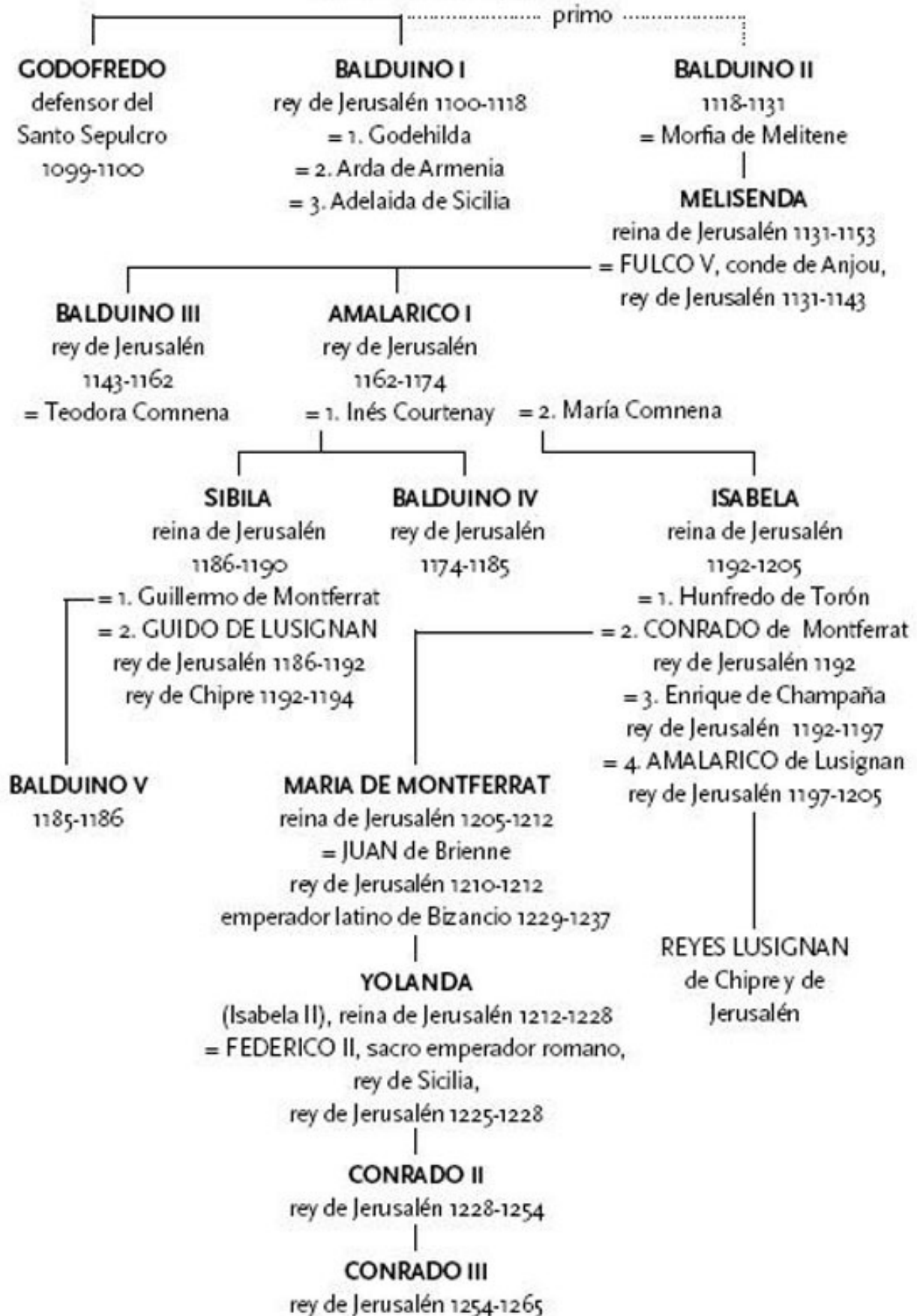


Los califas gobernantes aparecen en mayúsculas. Este árbol genealógico no está completo, sino que está concebido para mostrar los vínculos entre el Profeta y las dinastías del islam. Los descendientes de Alí y de Fátima son los conocidos como jefes (*ashraf*) y *sayyids*.

# REYES CRUZADOS DE JERUSALÉN

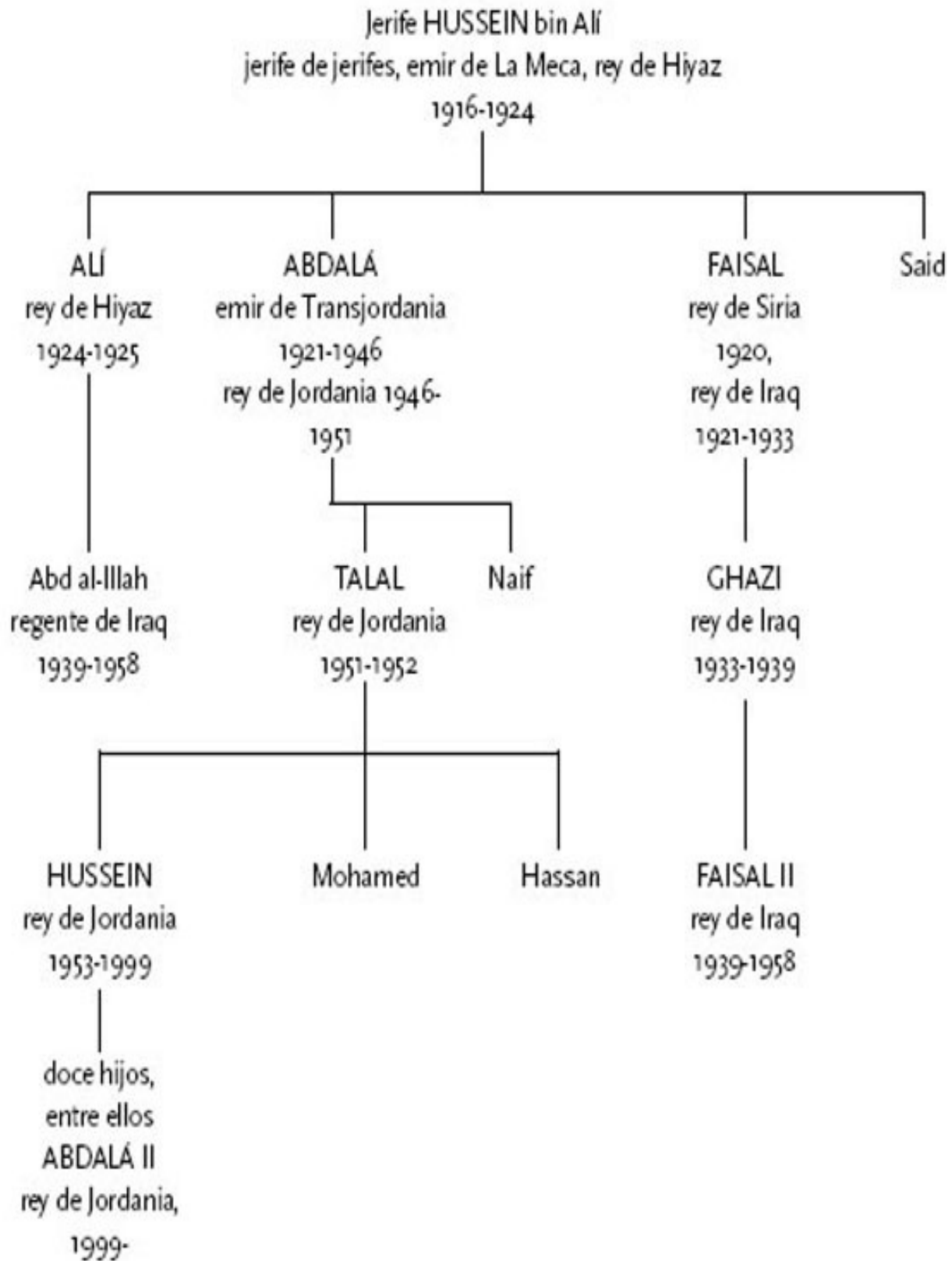
1099-1291

Monarcas gobernantes se muestran en mayúsculas en negrita; los reyes titulares consortes se muestran en mayúsculas.



# LA DINASTÍA HACHEMITA (JERIFIANA) 1916-

Los monarcas gobernantes se muestran en mayúsculas; las fechas se refieren a los años de reinado.



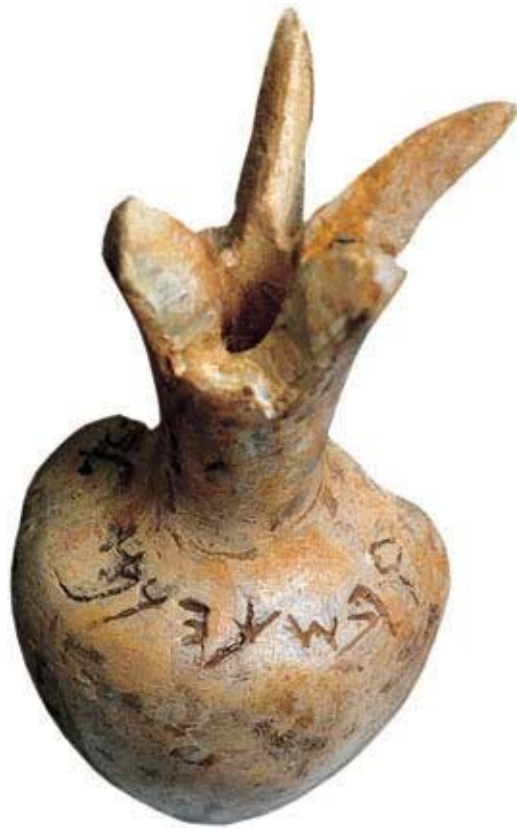
# FOTOGRAFÍAS



La Explanada de las Mezquitas, Har haBayit en hebreo, Haram al-Sharif en árabe, conocido en la Biblia como monte Moria, es el centro de Jerusalén. El Muro de las Lamentaciones, o Muro occidental, el santuario más sagrado del judaísmo, forma parte de los muros de soporte de la explanada construidos por Herodes. La explanada es el escenario en el que se sitúan los santuarios musulmanes, la Cúpula de la Roca y la mezquita de al-Aqsa. Para muchos, estas casi quince hectáreas siguen siendo el centro del mundo.



En 1994, los arqueólogos descubrieron la estela de Tel Dan en la que Hazael, rey Aram-Siria «anuncia su victoria sobre Judea, la de David», confirmando así la existencia de David.



El emplazamiento del Templo de Salomón ha sido arrasado y reconstruido tan a menudo que poca cosa queda del Templo, excepto esta pequeña granada de marfil que lleva la inscripción «A la casa de la santidad». Probablemente fuera el extremo superior de un báculo utilizado durante las procesiones religiosas en el primer Templo.





En el año 701 a. C., el rey Ezequías fortificó la ciudad para protegerse del ejército asirio que se acercaba. Lo que se ha dado en llamar su muralla ancha puede verse en lo que en la actualidad es el barrio judío.





Mientras tanto, dos equipos de ingenieros de Ezequías empezaron a cavar el túnel de Siloé, de 533 metros de longitud, para abastecer la ciudad de agua: cuando se encontraron en el medio, lo celebraron con esta inscripción, que fue descubierta por un joven escolar en 1891.



Antes de volver su atención hacia Jerusalén, Senaquerib, señor del poderoso y voraz imperio asirio, asaltó la segunda ciudad de Ezequías, Laquis. Los bajorrelieves de su palacio de Nínive representan el sangriento asedio y los castigos sufridos por los habitantes de la ciudad. Aquí, soldados asirios hacen salir de la ciudad a las familias de Judea.



El rey Darío, visto aquí en un relieve de su palacio de Persépolis, fue el auténtico creador del imperio persa que gobernó Jerusalén durante más de dos siglos. Les permitió a los sacerdotes judíos gobernarse a sí mismos, e incluso acuñar esta moneda de Yehud (Judea).



Tras la prematura muerte de Alejandro Magno, dos familias griegas pugnaron por controlar su imperio. Ptolomeo I Sóter (a la izquierda) se apropió del cadáver de Alejandro, fundó un reino en Egipto y tomó Jerusalén por asalto. Después de un siglo de hegemonía de los Ptolomeos, sus rivales seléucidas se hicieron con Jerusalén. El decadente y extravagante rey Antíoco IV (centro) contaminó el Templo e intentó aniquilar el judaísmo, provocando una revuelta liderada por Judas Macabeo (mostrado aquí en un fantástico grabado medieval, derecha) cuya familia fundó el nuevo reino judío que sobreviviría hasta la llegada de los romanos.



El hombre fuerte romano de Oriente, Marco Antonio (izquierda), apoyó a un nuevo monarca, Herodes, pero su amante Cleopatra, la última reina ptolemaica (derecha) quería Jerusalén para ella.





Herodes el Grande, implacable, mortífero y brillante, medio judío y medio árabe, conquistó Jerusalén, reconstruyó el Templo (mostrado aquí en una maqueta) y llevó a la ciudad a su momento de máximo esplendor.



Izquierda: Este osario marcado «Simón, constructor del santuario», posiblemente contenga los huesos del arquitecto. A la derecha: La inscripción en griego del Templo advertía a los gentiles de que no debían entrar en los patios interiores, bajo castigo de pena de muerte.



La mayor parte de los muros occidentales y al sur de la Explanada de las Mezquitas, incluyendo el santuario y el Muro de las Lamentaciones, son de la época de Herodes. El inexpugnable extremo suroriental era el Pináculo, donde Satanás tentó a Jesús. Una junta en la muralla (apenas visible en el extremo derecho de esta fotografía) parece mostrar los sillares gigantes de Herodes a la izquierda, y las piedras más antiguas y de menor tamaño de los macabeos, a la derecha.





La crucifixión de Jesús representada por Van Eyck en esta pintura, era casi sin duda una medida romana, respaldada por la élite del Templo, para destruir cualquier amenaza mesiánica al *statu quo*.



Herodes Antipas, el hijo de Herodes el Grande, monarca de Galilea, se burló de Jesús pero se negó a juzgarlo.



El rey Herodes Agripa era un aventurero inconsciente y con excelentes modales, y fue el judío más poderoso de la historia romana. Su amistad con el psicótico emperador Calígula salvó a Jerusalén, y más tarde contribuyó a alzar a Claudio al trono.



Después de cuatro años de independencia, Tito, el hijo del nuevo emperador romano Vespasiano, llegó a Jerusalén para sitiar la ciudad.



Los salvajes combates destruyeron la ciudad: los arqueólogos han descubierto el esqueleto de un brazo de una mujer joven atrapado en una casa calcinada, y las montañas de piedras de Herodes arrojadas desde el monte del Templo por los soldados romanos al destruir el Pórtico de Herodes.



El Arco de Tito en Roma celebra su triunfo en el que se exhibieron los candelabros, la menorah, el símbolo de los macabeos, y esta moneda, que lleva la inscripción «Judaea capta», conmemora la victoria.



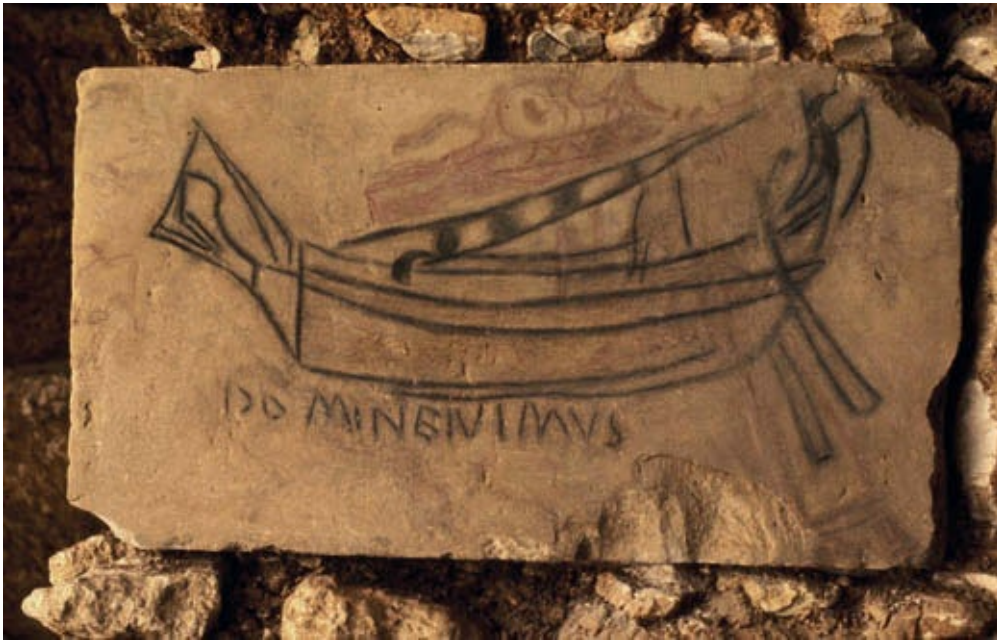
Incansable, petulante y dotado de gran talento, el emperador Adriano prohibió el judaísmo y refundó Jerusalén como una ciudad romana, Aelia Capitolina, lo que dio pie a una rebelión judía liderada por Simón bar Kojba (que acuñó esta moneda que lleva la imagen del Templo restaurado, abajo).





Simón bar Kojba acuñó esta moneda que lleva la imagen del Templo restaurado.





Este grafito «Domine ivimus» —señor, hemos venido— fue descubierto por los armenios bajo la iglesia del Santo Sepulcro en 1978. Posiblemente date de alrededor del año 300 d. C. ¿Muestra acaso peregrinos cristianos rezando bajo el templo pagano de Adriano?



Constantino el Grande no era ningún santo; asesinó a su esposa y a su hijo, pero abrazó el cristianismo y transformó Jerusalén, ordenando la construcción de la iglesia del Santo Sepulcro, y envió a su madre a supervisar la obra.



El emperador y filósofo Juliano abolió el cristianismo, reinstauró el paganismo y les devolvió el monte del Templo a los judíos, antes de morir mientras combatía contra los persas.



El emperador bizantino Justiniano I y su esposa Teodora (a la derecha), de joven una cabaretera promiscua, se autoerigieron en monarcas universales cristianos y construyeron la colosal iglesia Nea en Jerusalén.





El mapa de Madaba muestra la magnificencia de la Jerusalén bizantina haciendo caso omiso del monte del Templo que se conservó como el simbólico montón de basura del judaísmo.



Tras la caída de Oriente ante los persas, el emperador Heraclio entró en la ciudad en el año 630 por la Puerta Dorada, la puerta que según judíos, musulmanes y cristianos será el escenario del Apocalipsis.



Conquista árabe: esta ilustración del *Khamza*, el poema de Nizami, muestra el viaje nocturno de Mahoma (Isra) a Jerusalén, montado sobre Buraq, su alazán con rostro humano, seguido por su ascensión (Miraj) para conversar con Jesús, Moisés y Abraham.



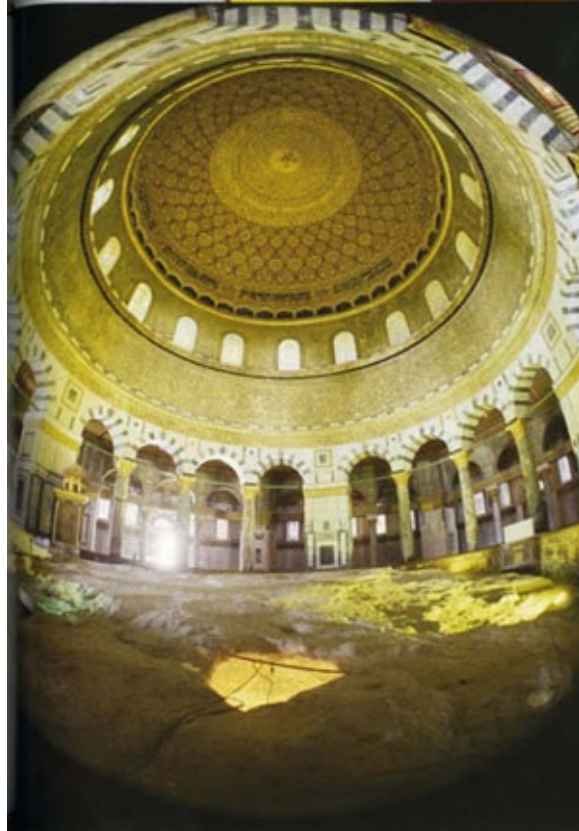


El califa Abdalmalik (visto aquí en una de las últimas monedas que muestran figuras humanas) fue quien realmente formuló el islam, y un estadista visionario; y sin embargo, se decía que su aliento era tan maligno que podía matar moscas. En el año 691, construyó el santuario musulmán más antiguo que ha llegado hasta nosotros, la Cúpula de la Roca, que lleva inscritas las primeras citas del Corán.





La Cúpula de Abdelmalik afirmaba la supremacía del islam y de su imperio omeya, cuestionaba el cristianismo y hacía sombra a la iglesia del Santo Sepulcro.



La piedra fundacional del Templo judío, subrayaba la función de los musulmanes como sucesores de los judíos.



En 1099, tras cuatrocientos años de hegemonía musulmana, los cruzados asaltaron Jerusalén en medio de una orgía asesina. La ciudad todavía olía a cadáver corrompido seis meses más tarde.



Para los cristianos de la era de las cruzadas, Jerusalén era el centro del mundo, idea que se reflejaba en muchos de los mapas del siglo XII, como este de la crónica del monje Roberto de Reims.





El rey Balduino I de Jerusalén fue un guerrero incansable y un político cosmopolita, pero también un bígamo que fue acusado de darle satisfacción a sus apetitos carnales.



Esplendor de los cruzados: la ciudad alcanzó su apogeo bajo la reina Melisenda, vista aquí en la ceremonia de su matrimonio con Fulco de Anjou. Fulco acusó a Melisenda de mantener una relación con Hugo de Jaffa.



Este exquisito salterio tal vez fuera un regalo en señal de paz marital.





La maldición de Jerusalén: el niño Balduino IV le muestra a su tutor Guillermo de Tiro que no siente daño mientras juega con sus amigos, el primer indicador de la lepra. El rey leproso simbolizó la decadencia del reino.





Despiadado cuando era necesario, y paciente y tolerante cuando la situación lo permitía, Saladino creó un imperio que abarcaba Siria y Egipto, aniquiló el ejército de Jerusalén y a continuación conquistó la ciudad.



El emperador Federico II, conocido como *Stupor mundi*, el Asombro del mundo para algunos, el anticristo para otros, se ve aquí entrando en la Ciudad Santa. Negoció un acuerdo de paz que dividía Jerusalén entre cristianos y musulmanes.



Saladino y su familia reislamizaron Jerusalén, a menudo con elementos recuperados de otros edificios. Los musulmanes consideran la Cúpula de la Ascensión construida en 1200 en la Explanada de las Mezquitas, como el lugar del Miraj de Mahoma, aunque el edificio baptisterio cruzado de los templarios. Sin embargo, serían los mamelucos los que realmente crearan el actual barrio musulmán. El sultán Nasir Muhammad construyó el mercado de los algodones en el característico estilo mameluco (centro); el sultán Qaitbay encargó esta fuente en la Explanada de las Mezquitas (a la derecha).



Solimán el Magnífico: un sultán para los árabes, un César para los cristianos. Nunca visitó Jerusalén, pero, al considerarse el segundo Salomón, reconstruyó la mayor parte de las murallas y puertas que podemos ver en la actualidad.



Solimán utilizó un sarcófago y adornos cruzados para construir la fuente de la Puerta de la Cadena, y reafirmó el esplendor y la legitimidad otomanos añadiendo mosaicos en la Cúpula de la Roca.





El carismático y esquizofrénico Shabtai Tzvi sería rechazado en Jerusalén, pero este autodeclarado Mesías judío despertó las esperanzas de los judíos, hasta que el sultán otomano forzó su conversión al islam.



El generalísimo barbirrojo albanés Ibrahim Pasha conquistó Siria en 1831 y casi logró hacerse con Estambul en nombre de su padre, Mohamed Alí. Aplastó brutalmente a los rebeldes de Jerusalén y abrió la ciudad a los europeos.



Mohamed Alí recibió al pintor escocés David Roberts que se dirigía a Jerusalén: sus pinturas de escenas orientales, como por ejemplo ésta del interior de la iglesia del Santo Sepulcro, influyeron en la visión europea sobre Palestina.





El plutócrata y filántropo judío sir Moses Montefiore visitó Jerusalén en siete ocasiones, y fue uno de los primeros en construir en el exterior de las murallas. En 1860, inició la construcción de su molino de viento y de sus casas adosadas (derecha). Era lo que los victorianos creían que un «noble hebreo» debía ser, pero él también tuvo sus escándalos secretos: pasados los ochenta años, fue padre de un hijo con una de sus doncellas adolescentes.



Una gran parte de la Ciudad Vieja estaba sorprendentemente desierta en esta época. Esta fotografía tomada en 1861 por el pionero fotógrafo Yessayi, el patriarca armenio, muestra el paisaje desierto tras la iglesia del Santo Sepulcro.



A partir de la década de 1830, a los judíos sefardíes árabehablantes de Jerusalén se les unieron inmigrantes de habla *yiddish* procedentes del imperio ruso y otros judíos sefardíes procedentes del mundo árabe. A los visitantes europeos les impresionaba y les fascinaba la miseria y el exotismo de los judíos yemeníes (izquierda) y asquenazíes (derecha).



Jerusalén también estaba dominada por campesinos rusos ortodoxos (izquierda, en el exterior de la iglesia del Santo Sepulcro y en Pascua), que rezaban y organizaban jaranas con el mismo fervor, mientras que la Puerta de Jaffa y la calle David (derecha) se convirtió en el centro de la Jerusalén europea.



Theodore Herzl, un periodista austríaco asimilado y un publicista brillante, fue el organizador del sionismo político. En 1898 acudió al káiser Guillermo que le ordenó reunirse con él en Jerusalén. El káiser, que se consideraba un cruzado alemán, lució un uniforme blanco diseñado para la ocasión con un velo largo unido a su casco de punta *pickelhaube*.



El káiser visita la Tumba de los Reyes. En la carrera arqueológica entre las grandes potencias, el francés de Saulcy había afirmado que ésta era la tumba de David. En realidad, se trata de la tumba de la reina de Adiabene, del siglo I.

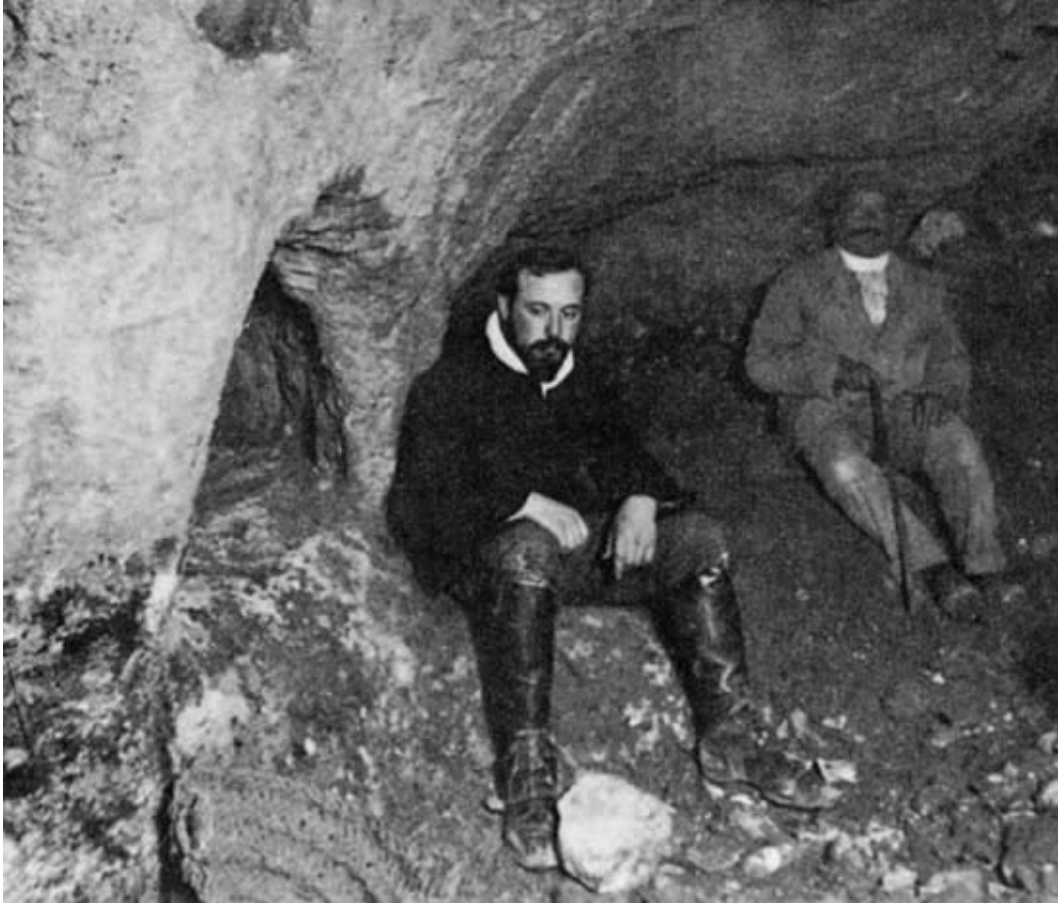


Los colonos estadounidenses llegaron como una secta milenarista cristiana, pero no tardaron en convertirse en unos filántropos muy queridos: en esta foto, Ana Spafford, una hija de los fundadores, posa con unos amigos beduinos.



El alcalde de Jerusalén, Selim al-Husseini: el auténtico modelo de jerosolimitano aristocrático.





Montagu Parker, más tarde conde de Morley, un aristocrático granuja, oportunista y crédulo cuyo proyecto de tres años de descubrir el Arca de la Alianza terminó en los únicos disturbios de la historia de Jerusalén que consiguieron unir a judíos y musulmanes. Consiguió escapar con vida por los pelos.



Durante casi un siglo, Wasif Jawhariyyeh, esteta, vividor, chanchullero y *oudista*, conoció a todo el mundo, lo vio todo, y dejó constancia de todo ello en un vivaz y excepcional diario.



Cemal Pasha, el dictador de Jerusalén durante la primera guerra mundial, era un nacionalista turco al que le gustaban los cigarros, el champán, las bellas cortesanas judías y las ejecuciones brutales, (derecha).



Nacido en un *shetl* ruso, Chaim Weizmann (izquierda) se sentía cómodo entre lores y reyes. Su encanto apasionado contribuyó a convertir a los mandamases imperiales británicos, Lloyd George, Churchill (centro) y Balfour, al sionismo, mientras que Lawrence de Arabia (derecha) promovía la causa árabe.



Rendición, 1917: Hussein al-Husseini, alcalde de Jerusalén (centro, con bastón), intentó rendir la ciudad a los británicos en seis ocasiones con una sábana atada a un palo de escoba.



Mandato: conquistador de Jerusalén, «el Toro» general Allenby (derecha) y el gobernador militar Ronald Storrs celebran el cuatro de julio con Bertha Spafford (izquierda) en la American Colony en 1918.



Lawrence de Arabia y el emir Abdalá siguen a Winston Churchill por los jardines de Augusta Victoria en 1921: el ministro británico para las colonias creó el nuevo reino de Transjordania para el hachemita Abdalá.

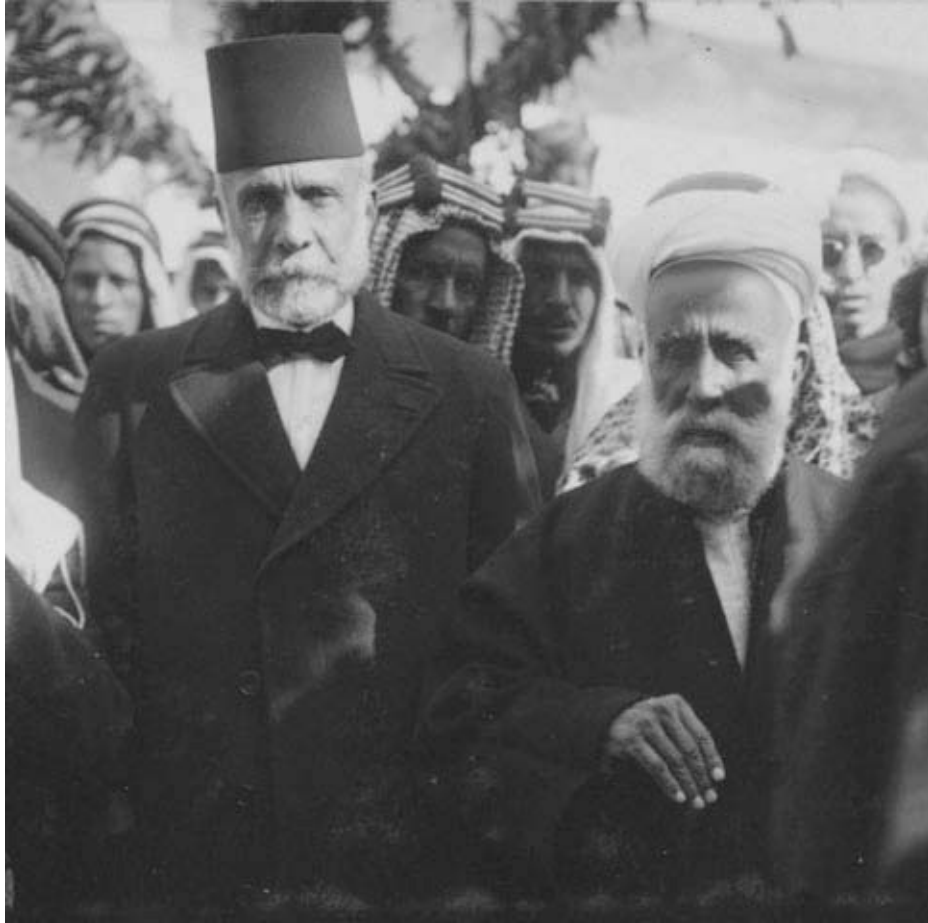


Las glorias de la Jerusalén imperial: el príncipe Arthur, duque de Connaught, hijo de la reina Victoria, entrega condecoraciones en el patio de armas del cuartel, aunque se quejó de que algunos de los condecorados llevaban medallas otomanas y alemanas.





El alto comisionado para Palestina, Herbert Samuel (sentado en el centro), y el gobernador de Jerusalén Storrs (en pie, cuarto desde la derecha) reciben a los jefes religiosos de la ciudad tras un servicio para celebrar la liberación británica en 1924.



Jerife de La Meca, el rey de Hiyaz, Hussein (derecha), recibe al primer líder nacionalista palestino Musa Kazem Husseini (izquierda) en Jerusalén.



El jerife nunca les perdonó a sus ambiciosos hijos Faisal (izquierda), rey de Siria y luego de Iraq, y Abdalá (derecha), más tarde rey de Jordania (en la foto, en Jerusalén en 1931), que se hicieran con sus propios reinos.



David Ben Gurion, en la foto, trabajando en su propio complejo residencial en 1924 (izquierda), se alzó como un duro líder sionista justo al mismo tiempo en que el muftí, Amin al-Husseini, lo hacía como líder nacionalista árabe. En esta foto de 1937, el muftí, a caballo, conduce el Nabi Musa anual, la principal celebración musulmana de Jerusalén.



El ritual anual pascual del Fuego Sagrado (visto desde la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro) solía estar abarrotado, y ser apasionado, y a veces mortal.



Las oraciones en el Muro de las Lamentaciones en 1944 para conmemorar el Holocausto muestran la minúscula y restringida zona permitida para el culto judío.



Asmahan: cantante árabe, princesa drusa, estrella de cine egipcia, espía y seductora en tiempos de guerra en el hotel King David.



El muftí Amin al-Husseini se reúne con Hitler que admiró su cabello claro y ojos azules. Su primo, Abd al-Kadir Husseini (arriba a la derecha), era un soldado aristócrata y héroe árabe de 1947-1948.





La muerte de Abd al-Kadir Husseini fue un duro golpe para las esperanzas palestinas. Su funeral en la Explanada de las Mezqitas fue una ocasión tensa y caótica: algunos de los asistentes cayeron muertos por los disparos al aire.

### Jerusalem Bomb Outrage by Fanatical Zionists



1946-1948: mientras árabes y judíos masacraban a sus civiles, el Irgun de Menachem Begin atentaba contra el cuartel general británico en el hotel King David. El general británico «Bubbles» Barker (abajo a la derecha en el periódico), ya odiaba a los judíos, alentado por su encantadora y exuberante amante, la destacada anfitriona palestina Katy Antonius (al lado).



La batalla de Jerusalén en 1948.



Soldados árabes escoltan a un prisionero judío durante los combates por el barrio judío (izquierda), una niña judía huye de los combates (derecha).



Legionarios árabes tras barricadas de sacos de arena.



El vencedor árabe de 1948, el rey Abdalá de Jordania saluda a la multitud en Jerusalén, pero lo pagó con su vida.



Su asesino yace muerto en la mezquita de al-Aqsa.

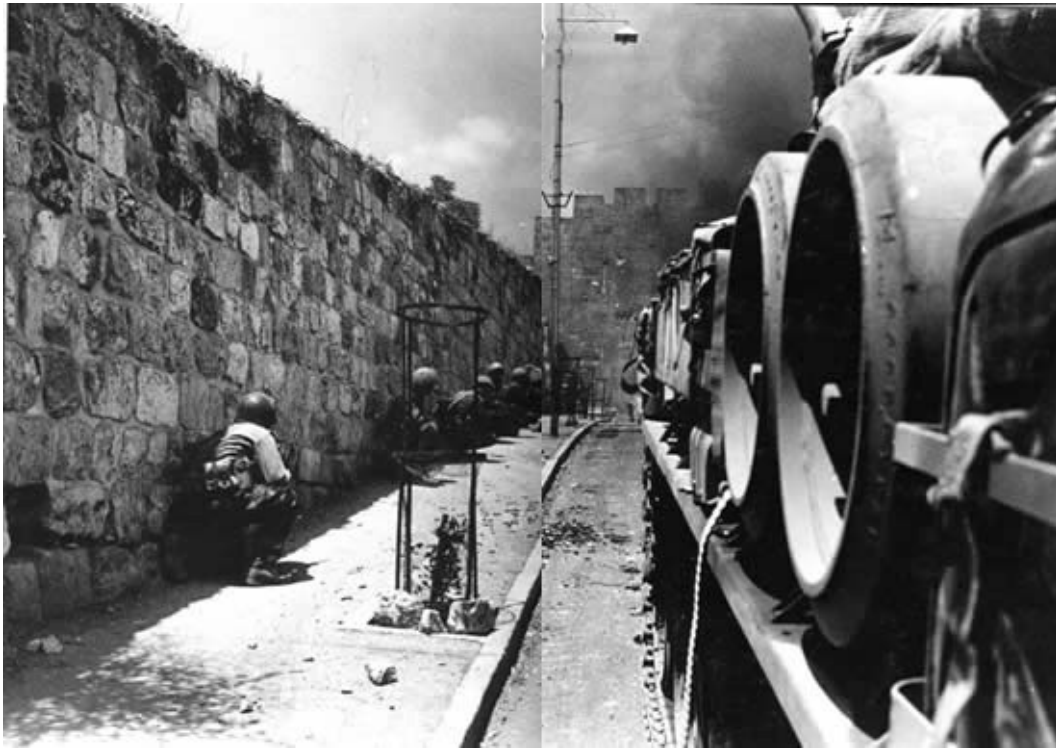


El nieto de Abdalá, el rey Hussein de Jordania, se prepara para la guerra en 1967: a regañadientes, y con resultados desastrosos, puso a sus tropas bajo el mando egipcio.





El gobierno israelí en crisis: el jefe del estado mayor, Yitzhak Rabin (izquierda) se derrumbó bajo la presión y tuvo que ser sedado; en esta foto, Moshe Dayan (derecha) nombrado ministro de Defensa, con Rabin en una reunión del gabinete mientras la crisis se intensificaba en 1967. Dayan advirtió a Hussein en tres ocasiones que no atacara, sino que esperara a que Siria y Egipto hubieran ido derrotados.



Paracaidistas israelíes avanzan hacia la Puerta de los Leones.



De izquierda a derecha y de arriba abajo: soldados israelíes en la Explanada del Templo, minutos después de su conquista en junio de 1967; los soldados israelíes rezan en el Muro de las Lamentaciones; el jeque del Haram al-Sharif observa desde la Puerta Magrebí.



Los jeeps israelíes combaten en el Haram, antes de celebrar la reunificación de Jerusalén delante de la Cúpula.



SIMON SEBAG MONTEFIORE. Nacido en Londres, 27 de junio de 1965. Estudió Historia en el Gonville & Caius College de Cambridge. Durante la década de 1990 viajó por toda la antigua Unión Soviética, especialmente por el Cáucaso, Ucrania, Asia central y escribió sobre Rusia para el *Sunday Times*, el *New York Times* y el *Spectator*, entre otros periódicos.

Ha presentado documentales para la televisión y ha escrito dos novelas, así como algunos ensayos, entre los que destacan *King's Parade* (1991). y *Prince of Princes: the Life of Potemkin* (2000), nominado a premios de biografía Samuel Johnson, Duff Cooper y Marsh. También ha publicado *Llamadme Stalin* (2007), *La corte del zar rojo* (2004). y *Jerusalén. La biografía* (2011).

# NOTAS

## SOBRE LOS NOMBRES, TRANSLITERACIONES Y TÍTULOS

[\*1] El nombre que le dan los angloparlantes a la Explanada de las Mezquitas (en árabe al-Haram al-Qudsī ash-Sharīf, el Noble Santuario) es el judío Temple Mount (Har haBayit, Monte de la Casa o del Templo). Habida cuenta que en castellano el lugar es más conocido por el nombre de Explanada de las Mezquitas, en esta traducción se utilizará Monte del Templo hasta el momento histórico en el que los árabes instalan allí sus mezquitas; a partir de entonces, utilizaremos la denominación de Explanada de las Mezquitas, aunque en ocasiones se utilice «monte del Templo», en un contexto judío o cristiano. (*N. de la T.*). [[<<](#)]

## PREFACIO

[1] Aldous Huxley citado en A. Elon, *Jerusalem* 62. G. Flaubert, *Les Oeuvres complètes* 1290. Flaubert sobre Jerusalén: Frederick Brown, *Flaubert* 231-239, 247, 256-261. Melville sobre Jerusalén: H. Melville, *Journals* 84-94. Bulos Said citado en Edward W. Said, *Fuera de lugar*, 21. Nazmi Jubeh: entrevista con el autor. David Lloyd George en Ronald Storrs, *Orientations* 394 (en adelante, Storrs). Con referencia a mi introducción, estoy en deuda con los soberbios estudios sobre identidad, coexistencia y cultura en las ciudades levantinas en los siguientes libros: Sylvia Auld y Robert Hillenbrand, *Ottoman Jerusalem: Living City 1517-1917*; Philip Mansel, *Levant: Splendour and Catastrophe on the Mediterranean*; Mark Mazower, *Salonica: City of Ghosts*; Adam LeBor, *City of Oranges: Jews and Arabs in Jaffa*. Edward Said, *Orientalismo*, 52. [[<<](#)]



## PRÓLOGO

[1] Josefo *La guerra de los judíos* (en adelante, *Guerra*.) 7: VIII. Esta crónica está basada en Josefo; las fuentes romanas; Martin Goodman, *Rome and Jerusalem: the Clash of Ancient Civilisations* (en adelante, Goodman), y también los más reciente en arqueología. [[<<](#)]

[2] Josefo, *Guerra* 6. XI. [[<<](#)]

[3] Josefo, *Guerra* 5. IX. [[<<](#)]

[4] Josefo, *Guerra* 6. VI, XI. [[<<](#)]

[5] Josefo, *Guerra* 7. VII-VIII. Todas las citas bíblicas en castellano de la Biblia Vaticana en castellano, en [http://www.vatican.va/archive/ESL0506/\\_INDEX.HTM](http://www.vatican.va/archive/ESL0506/_INDEX.HTM): Mateo 8,22. [[<<](#)]

[6] Josefo, *Guerra* 7. X. [[<<](#)]

[7] Josefo, *Guerra* 7. XIII, XVI, XVIII. Tácito, *Historias*, 13. Esta crónica de la arqueología está basada en: Ronny Reich, «*Roman Destruction of Jerusalem in 70 CE: Flavius Josephus Account and Archaeological Record*», en G. Theissen et al. (eds), *Jerusalem und die Länder*. Ciudad peculiar e intolerancia: Tácito 2.4-5. Judíos y Jerusalén, sirios, la agonía de muerte de una ciudad famosa, supersticiones judías, seiscientas mil personas en el interior: Tácito 5. 1-13. Jerusalén antes del asedio: Josefo, *Guerras*, 4. 84-5. 128. Tito y el asedio: Josefo, *Guerras*, 5. 136-6. 357. Demolición y caída: Josefo, *Guerras*, 6. 358-7. 62. La proeza de Tito: Suetonio, *Vidas de los doce césares* 5. Prisioneros y muerte: Goodman 454-455. Josefo salva a amigos y crucificados: Josefo, *Autobiografía*, 419 y *Guerras* 6. 418-6420. Una tercera parte de la población muerta: Peter Schäfer, *History of the Jews in the Greco-Roman World* (en adelante, Schäfer), 131. Brazo de mujer, casa calcinada: Shanks 102. Huida de los cristianos: Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, 3.5. Huida de Ben Zakkai: F. E. Peters, *Jerusalem: The Holy City in the Eyes of Chroniclers, Visitors, Pilgrims and Prophet from the Days of Abraham to the Beginning of Modern Times* (en adelante, Peters). 111-120. Ronny Reich, Gideon Avni, Tamar Winter, *Jerusalem Archaeological Park* (en adelante, *Archaeological Park*). 15 y 96 (tumba de Zacarías). Oleg Grabar, B. Z. Kedar (eds), *Where Heaven and Earth Meet: Jerusalem's Sacred Esplanade* (en adelante, *Sacred Esplanade*): Patrich, en *Sacred Esplanade* 37-73. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 1

[\*1] En esa época, los faraones egipcios aspiraban a gobernar Canaán, pero no está claro si realmente lo lograron. Es posible que utilizaran estos símbolos cerámicos para lanzar una maldición sobre los monarcas enemigos que les desafiaban, o para expresar sus aspiraciones. Las teorías sobre estos fragmentos han sido modificadas varias veces, lo que demuestra que la arqueología es igual de interpretativa que científica. Durante mucho tiempo se creyó que los egipcios habían roto estas vasijas o imágenes para lanzar una maldición o para execrar los lugares que se nombraban en ellos, por eso se les conoce con el nombre de Textos de Execración. [ << ]

[\*2] Éstas son algunas de las 380 cartas, escritas en babilonio sobre tablillas de arcilla cocida, que los reyezuelos locales enviaron al faraón hereje Amenhotep IV (1352-1336), quien instituyó la adoración al Sol en lugar de al tradicional panteón de dioses egipcios y se cambió el nombre por el de Ajenatón. El real archivo de su Ministerio de Asuntos Exteriores, la oficina de la correspondencia del faraón, fue descubierto en 1887 en su capital Ajenatón, ahora Tell el-Amarna, al sur de El Cairo. Una teoría postula que los *habiru* podrían ser los israelitas o hebreos primitivos, aunque la palabra, en esta época, aparece en realidad por todo Oriente Medio para describir a esos maleantes: el término simplemente significa «vagabundo» en babilonio. Es posible que los hebreos descendieran de un pequeño grupo de *habiru*. [ << ]

[\*3] La creación aparece dos veces en Génesis 1,1 a 2,3 y 2,4 a 2,5. Se relatan dos genealogías de Adán, dos historias del diluvio universal, dos conquistas de Jerusalén, dos veces la ocasión en la que Dios le cambia el nombre a Jacob por el de Israel. La Biblia contiene muchos anacronismos, por ejemplo, la presencia de filisteos y arameos en el Génesis en una época en la que éstos todavía no habían llegado a Canaán. Los camellos como bestias de carga aparecen demasiado temprano. Los investigadores creen que los primeros libros de la Biblia fueron escritos por dos grupos diferentes de autores, uno que hacía hincapié en Él, el dios cananeo, y otro que insistía en Yavé, el Dios único israelita. [ << ]

[\*4] Cuando el Templo se alzaba en Jerusalén, únicamente el sumo sacerdote, una vez al año, podía pronunciar el anagrama de cuatro letras YHWH, y los judíos, todavía hoy, tienen prohibido pronunciarlo, por lo que prefieren utilizar Adonai (Señor), o sólo Hashem (el Nombre impronunciable). [ << ]

[\*5] La invasión israelita de Canaán constituye un campo de batalla de complejas

teorías, en general no demostradas. Sin embargo, parece que el asalto a Jericó, cuyas murallas se derrumbaron al sonido de las trompetas de Josué, es un mito: Jericó era más antigua que Jerusalén. (En el año 2010, la Autoridad Palestina celebró su 10 000 aniversario, aunque la fecha es aleatoria). Resulta difícil aceptar literalmente la hipótesis de la conquista puesto que los combates (según se describen en el libro de Josué) se solían librar en una zona muy pequeña. En el libro de los Jueces, Betel, cerca de Jerusalén, es una de las pocas ciudades conquistadas que fue realmente destruida en el siglo XIII. Es muy posible que los israelitas fueran mucho más pacíficos y tolerantes de lo que ellos mismos afirmaron. [[<<](#)]

[<sup>1</sup>] Ronny Reich, Eli Shukron y Omri Lerna, «Recent Discoveries in the City of David, Jerusalem: Findings from the Iron Age II in the Rock-Cut Pool Near the Spring», *Israel Exploration Journal* (2007). 153-169. También, conversaciones con Ronny Reich y Eli Shukron. Con relación a la población y los castillos-santuario sobre los manantiales: conversaciones con Rafi Greenberg. Richard Miles, *Ancient Worlds* 1-7. [[<<](#)]

[<sup>2</sup>] Tell-el-Amarna: I. Finkelstein y N. A. Silberman, *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of its Sacred Text* (en adelante, Finkelstein/Silberman). 238-241.[Hay trad. cast. *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*], Peters 6-141. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 2

[\*1] Gracias a la Biblia, la palabra «filisteo» se ha incorporado al lenguaje cotidiano para describir a una persona «de espíritu vulgar, de escasos conocimientos y poca sensibilidad artística o literaria» (DRAE), pese a la sofisticación de la cultura filisteo. Los filisteos le dieron asimismo su nombre al territorio que los romanos llamarían Palestina. [ << ]

[\*2] En aquella época, la honda no era un juguete para niños sino un arma poderosa: las inscripciones de Beni Hassan, en Egipto, muestran a los honderos en la batalla alineados tras los arqueros. Las inscripciones de los reyes de Egipto y de Asiria demuestran que los contingentes de honderos eran unidades regulares de los grandes ejércitos imperiales del mundo antiguo. Se cree que los honderos más hábiles podían lanzar piedras especialmente lisas del tamaño de una pelota de tenis a una velocidad de entre 160 a 250 kilómetros por hora. [ << ]

[\*3] ¿Era «David» un nombre de guerra o de reinado? La Biblia explica dos veces la historia de Goliat, y en la segunda versión da el nombre de Elhanan al joven héroe israelita. ¿Era éste el auténtico nombre de David? [ << ]

[1] Egipto, Moisés y Éxodo: Éxodo 1.«Yo soy el que soy»: Éxodo 3,14. Compromiso/alianza de Abraham: Génesis 17,8-10. Melquisedec, Rey de Salem: Génesis 14,18. Isaac: Génesis 22,2. Ramsés II y el Éxodo: Toby Wilkinson, *The Rise and Fall of Ancient Egypt* (en adelante, *Egypt*). 324-345; Meremtah 343-345; Israel, pueblos del mar, Filisteos 343-353. Naturaleza de Dios y los dos escritores bíblicos: Lester L. Grabbe, *Ancient Israel* 150-165. Finkelstein/Silberman 110. Robin Lane Fox, *Unauthorized Version* 49-57, 57-70, 92, 182, 198-202. Wayne T. Pitard, «Before Israel: Syria-Palestine in the Bronze Age», in M. Coogan (ed.), *Oxford History of the Biblical World* (en adelante *Oxford History*). 25-9. Edward F. Campbell, «A Land Divided: Judah and Israel from Death of Solomon to the Fall of Samaria», en *Oxford History* 209. Dos juegos de los Diez Mandamientos: véase Éxodo 20 y Deuteronomio 5. Dos saqueos de Siquem: Génesis 34 y Jueces 9. Dos versiones de Goliat: 1 Samuel (en adelante S). 17 y 2 S 21.19. T. C. Mitchell, *The Bible in the British Museum* (en adelante *BM*), 14. Estela de Meremtah: Lara Peinado, F., *El Egipto faraónico*, 176; Victor Avigdor Hurowitz, «Tenth Century to 586 BC: House of the Lord (Beyt YHWH)», en *Sacred Esplanade* 15-35. H. J. Franken, «Jerusalem in the Bronze Age», en R. J. Asali (ed.), *Jerusalem in History* (en adelante, Asali). 11-32. [ << ]

## CAPÍTULO 3

[\*1] Se trata del lugar en el que se han llevado a cabo el mayor número de excavaciones arqueológicas del mundo. La más actual, alrededor del manantial, dirigida por el profesor Ronny Reich, es la duodécima que se realiza en este lugar y ha dejado al descubierto las fortificaciones cananeas descritas en el capítulo 1. En 1867, el arqueólogo inglés Charles Warren descubrió un pozo que llevaba desde Ophel hasta el manantial. Durante mucho tiempo se creyó que el pozo de Warren era obra del hombre y que los jerosolimitanos bajaban cubos para recoger el agua. Sin embargo, la excavación más reciente ha modificado esa teoría: parece ser que el pozo de Warren era natural. De hecho, el agua fluía hasta un aljibe cortado en la roca, construido por el hombre y protegido por gruesas murallas y una enorme torre. [ << ]

[\*2] El tamaño de la ciudad de David es ahora objeto de intensos debates entre los minimalistas, que afirman que no se trataba más que de la pequeña ciudadela de un reyezuelo, y los maximalistas, que suscriben la hipótesis de la capital imperial de las narraciones tradicionales de la Biblia. Hasta el descubrimiento de la estela de Tel Dan, los minimalistas extremos llegaron incluso a sugerir que el propio David no existió, señalando que, salvo la Biblia, no había ninguna prueba arqueológica. En el año 2005, la doctora Eilat Mazor anunció que había descubierto el palacio del rey David. Su anuncio fue muy cuestionado, pero parece ser que sus excavaciones han descubierto un importante edificio público del siglo X que, junto a las fortificaciones cananeas y las estructuras en terraza, podría haber formado parte de la ciudadela de David. [ << ]

[\*3] La pirámide conocida con el nombre de Pilar de Absalón, en el valle de Kidron, fue mencionada por primera vez por Benjamín de Tudela en el año 1170 d. C. y no data del año 1000 a. C., sino que, en realidad, se trata de una tumba del siglo I a. C. En la Edad Media, los judíos, que tenían prohibido el acceso a la ciudad y al Muro de las Lamentaciones, rezaban cerca del pilar. Todavía a principios del siglo XX, los judíos de paso solían escupir o arrojar piedras contra el monumento en muestra de su disgusto por la deslealtad de Absalón. [ << ]

[\*4] Al parecer, varios siglos más tarde, el rey macabeo Juan Hircano saqueó la tumba de David para saldar una deuda con un conquistador extranjero. Dos siglos más tarde, durante el reino de las cruzadas, los obreros que reparaban el Cenáculo de Monte Sión, donde Jesús celebró su última cena, descubrieron una sala que creyeron que era la tumba de David. El lugar se convirtió en un lugar venerado por judíos, cristianos y musulmanes por igual. Sin embargo, la ubicación real de la

tumba de David sigue siendo un misterio. [[<<](#)]

[\*5] ¿Dónde estaba el Santo de los santos? En la actualidad, la pregunta es una cuestión política explosiva, un problema insoluble que plantea un espinoso desafío en cualquier tratado de paz entre Israel y Palestina que implique compartir Jerusalén. Las teorías son muchas, dependiendo del tamaño del monte del Templo (Explanada de las Mezquitas) que más tarde sería ampliado por Herodes el Grande. La mayor parte de los investigadores cree que estaba situado sobre la roca en el interior de la Cúpula de la Roca musulmana. Algunos argumentan que esa misteriosa caverna amarilla y tortuosa era al principio una cueva mortuoria de alrededor de 2200-2000 a. C. que, al parecer, persiste en la memoria popular: según las fuentes, cuando los exilados regresaron de Babilonia alrededor del año 540 a. C., encontraron el cráneo de Arauná el jebuseo. La Mishná, la compilación de las tradiciones orales judías del siglo II d. C., le da el nombre de Tumba del Abismo, cuyo interior fue vaciado por «temor a cualquier tumba en las profundidades». Los musulmanes la llaman la Fuente de las Almas. Judíos y musulmanes creen que Adán fue creado en este lugar y que también allí Abraham estuvo a punto de sacrificar a Isaac. Es muy probable que en el año 692 d. C. el califa Abdemalik eligiera este lugar para construir la Cúpula de la Roca, en parte, al menos, con la intención de crear un sucesor musulmán del Templo. Los judíos creen que la Roca fue la primera piedra de los cimientos del Templo. [[<<](#)]

[\*6] La Biblia cita las fortalezas de Megido, Guézer y Jasor como las ciudades-almacén de Salomón. Sin embargo, durante los debates del siglo XXI, los arqueólogos revisionistas, liderados por el profesor Israel Finkelstein, sostienen que en realidad se trata de palacios de estilo sirio construidos cien años más tarde, lo que deja a Salomón sin edificios. Otros arqueólogos cuestionan la datación de los revisionistas. La cerámica de figuras negras sobre fondo rojo descubierta en las excavaciones pertenece al final del siglo X a. C., aproximadamente la época del reinado de Salomón y de la invasión del faraón Sheshonq, nueve años después de la muerte del rey, mientras que nuevos e interesantes análisis de las construcciones sugieren que se trataba, en efecto, de enormes establos del siglo X y, por lo tanto, de pruebas aceptables del poder de la caballería de Salomón y de la magnitud de las operaciones comerciales de compraventa de caballos. El debate continúa. [[<<](#)]

[1] Saúl y David: 1 s 8-2 S 5. David y Goliat 1 s 17 y 2 S 21,19. Escudero de Saúl e intérprete de Lira: 1 s 16,14-23. Ungido por Samuel: 1 s 16,1-13. Matrimonio con la hija de Saúl: 1 s 18,17-27. Ziklag: 1 s 27. 6. Gobierno en Hebrón: 2 S 5. 5. Lamento: 2 S 1,19-27; Rey de Judea: 2 S 2,4. Guardias filisteos y cretenses de David: 2 S 8,18 y 1 Crónicas (en adelante C). 18. 17. Ronald de Vaux, *Ancient Israel: Its Life and Institutions* (en adelante, De Vaux). 91-7. Hondas: James R. Hoffmeier, *Archaeology*



*of the Bible* (en adelante, Hoffmeier). 84-851. Reich, Shukron y Lernau, «Findings from the Iron Age II in the Rock-Cut Pool Near the Spring», *Israel Exploration Journal* 57 (2007). 153-169. [[<<](#)]

[2] 2 S 6, 2 S 7. 2-13. Conquista Jerusalén: 2 S 5, 2 S 24,25, 2 S 5,6-9, 2 S 7,2-3, 2 S 6,13-18. Cambia el nombre a Jerusalén: 2 S 5. 7-9 y 1 C 11,5-7. Construye muralla: 2 S 5,9. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. Palacio de David y estructura en terrazas: Dan Bahat, *Illustrated Atlas of Jerusalem* (en adelante, Bahat). 24. Dios y el arca: De Vaux 294-300 y 308-10. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. [[<<](#)]

[3] 2 S 6,20. [[<<](#)]

[4] Betsabé: 2 S 11-12. [[<<](#)]

[5] Absalón y la política de la corte: 2 S 13-24. [[<<](#)]

[6] 2 S 24,6 y 1 C 21,15. Abraham: Génesis 22, 1 Reyes (en adelante R). 5,31. Era y altar: 2 S 24,19-24, 1 C 21,28-22,5, 1 R 1. David y el derramamiento de sangre: 1 C 22,8 y 28,3. [[<<](#)]

[7] Muerte de David y unción de Salomón: 1 R 1 y 2, 1 C 28-9. Entierro: 1 R 2,10. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. Juan Hircano saquea la tumba de David: Josefo, *Antigüedades de los judíos* (en adelante *Antigüedades*). VII. 15. 3. [[<<](#)]

[8] Llega al poder: 1 R 1-2. [[<<](#)]

[9] Salomón, carros, caballos y puerta: 1 R 9-10, 2 R 11.16. Carros y caballos: 1 R 10,28-9. oro: 1 R 10. 14. Megido, Jasor y Guézer: 1 R 9. 15. Instalación del arca e inauguración del Templo: 1 R 8 y 2 C 7. Lanzas de David en el Templo: 2 R 11.10. Lane Fox, *Unauthorized Version* 134-140 y 191-195. 1 R 2-7 y 1 R 10. Caballos, carros, magnificencia: 1 R 10,14-19. Puertas de acceso: 1 R 9,15-27. Flota: 1 R 9, 26-28 y 1 R 10,11-13. Imperio y administración: 1 R 4. 1719. Esposas: 1 R 11.33000 proverbios y 1005 canciones: 1 R 4,32. Con látigos: 1 R 12,11. Templo y palacio: 1 R 6-7, 2 C 2-4. Ezequiel 40-44. 1 C 28. 1119. La tumba en la Roca: Shanks 165-174. Carol Meyers, «Kinship and Kingship: the Early Monarchy», en *Oxford History* 197-203. Tradiciones de la roca: Rivka Gonen, «Was the Site of the Jerusalem Temple Originally a Cemetery?», *Biblical Archaeology Review*, mayo-junio 1985, 44-55. BM, recipientes para la purificación 45; estilo fenicio 61. Comercio con Hiram, artesanos fenicios, origen de los fenicios, diseños del Templo, Templos como corporaciones con barberos y prostitutas: Richard Miles, *Carthage Must be Destroyed* 30-35. Israelitas y fenicios, púrpura, alfabeto: Miles, *Ancient Worlds*, 57-68. El Templo

como «lugar por excelencia para la comunicación entre la divinidad y la humanidad»: A. Neuwirth, «Jerusalem in Islam: The Three Honorary Names of the City», en Sylvia Auld y Robert Hillenbrand (eds.), *Ottoman Jerusalem: The Living City, 1517-1917* (en adelante, *OJ*). 219. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. Graeme Auld y Margreet Steiner, *Jerusalem* 1 54. Salomón y el faraón, botín e hija: 1 R 9,161. Incursión del faraón Siamón; matrimonio de su hija: Wilkinson, *Egypt* 404. Vasija de oro de Tel Qasile I en Lane Fox, *Unauthorized Version* 235-240. De Vaux 31-37, 108-114, 223-224, 274-294. Grabbe, *Ancient Israel* 113-118. Marfil en el palacio de Sargón en Asiria y del rey Ajab en Samaria: 1 R 22.39. Paralelos entre Fenicia y Siria: Shanks 123-134 y 165-174. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-351. Sobre arqueología: conversaciones del autor con Dan Bahat y Ronny Reich. Nuevas dataciones de Megido, Jasor y Guézer: Finkelstein/Silberman 134-141; edificio de la dinastía de Omrí en Megido frente al de Salomón: Finkelstein/Silberman 180-185. Nicola Schreiber, *Cypro-Phoenician Pottery of the Iron Age*, sobre la cronología de la cerámica de figuras negras sobre fondo rojo y sus implicaciones 83-213, en especial, la sección I «10th Century and the Problem of ShiShak». 85-113. Ayelet Gilboa e Ilan Sharon, «An Archaeological Contribution to the Early Iron age Chronological Debate: Alternative Chronologies for Phoenicia and their Effects on the Levant, Cyprus and Greece», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 332, noviembre 2003, 7-80. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 4

[\*1] Los reyes de Judá e Israel marcharon unidos contra Mesha, el rey moabita quien, en una estela, declaró que había sacrificado a su propio hijo y logrado rechazar a los invasores. Casi tres mil años más tarde, en 1868, un beduino le enseñó a un misionero alemán una piedra de basalto negro que desencadenó una carrera arqueológica entre Prusia, Francia e Inglaterra, cuyos agentes intrigaron con el objetivo de conseguir ese prestigioso trofeo imperial. Una tribu beduina intentó destruir la piedra pero, finalmente, los franceses ganaron la partida. El esfuerzo había valido la pena. Mesha, unas veces contradiciendo a la Biblia, otras confirmando su historia, reconoce que los israelitas habían conquistado Moab, aunque afirma que él se rebeló contra el rey Ajab y después derrotó a Israel y a Judá, que él llama (según la última traducción) «casa de David», confirmando una vez más la existencia de David. A continuación, se jacta de haberse llevado «los vasos de Yavé» de una ciudad israelita conquistada, la primera referencia al Dios de los israelitas en un texto que no es la Biblia. [[<<](#)]

[\*2] Según la Biblia, el rey Jehú de Israel fue el rey que restituyó a Yavé y destruyó los ídolos de Baal. La Biblia, no obstante, muestra más interés en sus relaciones con Dios que en la política de poder que ahora ha revelado la arqueología: es posible que Jehú contara con la ayuda de Damasco, porque su rey Hazael dejó la estela de Tel Dan, al norte de Israel, en la que manifestaba que él había derrotado a los anteriores reyes de la casa de Israel y de la casa de David, la demostración arqueológica de la existencia del rey David. Sin embargo, Jehú también se vio obligado a rendir vasallaje al rey asirio Salmanasar III. En el Obelisco negro descubierto en Nimrud, ahora en el Museo Británico, Jehú se inclina ante Salmanasar III, quien aparece sentado ante el símbolo alado del poder asirio, con la barba trenzada, una diadema en la cabeza, vestido de túnicas bordadas y con una espada al cinto, y protegido por una sombrilla que sostiene un cortesano. «Recibí», dice Salmanasar, «plata, oro, una vasija de oro, una vasija de plata, recipientes de oro, estaño, un báculo y lanzas de caza». Este Jehú de rodillas es la imagen histórica más antigua de un israelita. [[<<](#)]

[\*3] Las antiguas comunidades judías de Irán e Iraq afirman descender de las diez tribus de Israel deportadas por los asirios, así como de aquellas deportadas más tarde por los babilonios. Las últimas investigaciones genéticas demuestran que, en efecto, estos judíos fueron separados de otras comunidades judías hace alrededor de unos dos mil quinientos años. Aun así, la búsqueda de estos israelitas desaparecidos ha dado pie a miles de fantasías y teorías: las diez tribus han sido «descubiertas» en sitios tan

insólitos como, por ejemplo, entre los indígenas de América del Norte o entre los ingleses. [ << ]

[\*4] En el exterior de la ciudad amurallada de David y del monte del Templo se construyeron dos nuevos barrios: uno de ellos, el Makhtesh, en el valle de Tiropeón, que se extendía entre el monte Moria y la colina occidental, y el otro, el Mishneh, en la colina occidental, lo que hoy es el barrio judío. Los altos funcionarios eran enterrados en las tumbas alrededor de la ciudad: «Ésta es [la tumba] de... [...]yahu, mayordomo real», puede leerse en una tumba del pueblo de Siloé. «Aquí no hay plata ni oro, sólo sus huesos y los huesos de su esposa y esclava. Maldito sea aquel que abra esta tumba». La maldición no funcionó: la tumba fue saqueada y en la actualidad es un gallinero. Sin embargo, este mayordomo real pudiera haber sido aquel cortesano de Ezequías objeto de las críticas de Isaías por construir una ostentosa tumba: tal vez el nombre sea «Shebnayahu». [ << ]

[\*5] En el año 1880, Jacob Eliahu, un joven de dieciséis años de edad, hijo de judíos convertidos al protestantismo, invitó a un amigo del colegio a sumergirse en el túnel de Siloam y recorrer toda su distancia. Ambos estaban fascinados por la historia bíblica narrada en 2 Reyes 20,20: «El resto de los hechos de Ezequías, sus proezas, todo lo que él hizo, la cisterna y el canal que construyó para llevar el agua a la ciudad, ¿no está escrito en el libro de los Anales de los reyes de Judá?». Jacob inició el recorrido por un extremo y su amigo por el otro, sintiendo bajo sus dedos las antiguas marcas del cincel de los obreros que lo construyeron. Cuando las marcas cambiaron de dirección, Jacob cayó en la cuenta de que se encontraba en el lugar donde las dos brigadas de obreros se habían encontrado y allí descubrió la inscripción. Emergió por el otro lado, donde descubrió que su amigo hacía ya rato que había renunciado a la empresa; y aterrizó a los árabes de la zona que creían que en el túnel vivía un genio o un dragón. Tras explicárselo al director de su escuela, la noticia se difundió y un comerciante griego se introdujo con gran sigilo en el túnel y, sin demasiado cuidado, cortó la inscripción y la rompió. Sin embargo, la policía otomana lo capturó y la inscripción se encuentra ahora en Estambul. Jacob Eliahu se unió después a la colonia de norteamericanos evangélicos, y fue adoptado por la familia fundadora, los Spafford. Jacob Spafford se convirtió en maestro de su escuela, donde les explicaba a sus alumnos cosas sobre el túnel aunque sin explicar nunca que había sido él quien había descubierto la inscripción. [ << ]

[\*6] Referencia al poema de Lord Byron, «Sennacherib's destruction» («La destrucción de Senaquerib»), publicado en 1815 en la obra *Hebrew Melodies*, cuyo primer verso lee: «The Assyrian came down like the wolf on the fold» (los asirios cayeron sobre ellos como el lobo sobre un aprisco). (*N. de la T.*) [ << ]

[\*7] En el Génesis y en el Éxodo existen indicios de sacrificios infantiles, uno de ellos, la voluntad de Abraham de sacrificar a Isaac. Durante mucho tiempo, los sacrificios humanos fueron asociados a los rituales cananeos y fenicios. Mucho más tarde, los historiadores griegos y romanos atribuyeron esta espantosa práctica a los cartagineses, los descendientes de los fenicios. Aun así, hasta antes de principios de la década de 1920, se habían descubierto muy pocas pruebas a ese respecto. En dicha década, dos funcionarios coloniales franceses en Túnez descubrieron un *tophet* en un campo en el que hallaron urnas enterradas que llevaban inscritas las letras MLK (como en *molok*, ofrenda), y contenían los huesos calcinados de niños y el significativo mensaje del padre de una víctima, en el que se podía leer: «Bomilcar le prometió este hijo, carne de su carne, a Baal. ¡Bendito sea!». Es posible que estos hallazgos coincidan con la época de Manasés, lo que corroboraría la verdad de estas historias bíblicas. *Molok* (ofrenda) sufrió una distorsión y se convirtió en el «moloch» bíblico, la definición del dios cruel e idólatra, y más tarde, en la literatura occidental, en particular en *El paraíso perdido*, de John Milton, en uno de los ángeles caídos de Satanás. En Jerusalén, Gehena no sólo se convertiría en el infierno, sino también en el lugar donde Judas invirtió las monedas de plata conseguidas de tan mal modo, y durante la Edad Media, en el lugar en el que se llevarían a cabo grandes carnicerías. [ << ]

[1] Escisión de Israel: 1 R 11-14. Roboam. Reyes de Israel, Asa a Omrí: 1 R 15-17, Matanza de Zimri «sin dejarle ningún varón». 1 R 16,11. Ataque de Sheshonq (Shishak) contra Jerusalén: Wilkinson, *Egypt* 405-409. Osorkon: Hoffmeier 107. Grabbe, *Ancient Israel* 81. Campbell, *Oxford History* 212-215. Meyers, *Oxford History* 175. De Vaux 230. Lane Fox, *Unauthorized Version* 2601. Estructuras de la dinastía de Omrí frente a las salomónicas: Finkelstein/Silberman 180-185. [ << ]

[2] Ajab y Josafat: 1 R 15-18, 2 R 1-8. Josafat: 1 R 15-24 y 2 C 17-201. Finkelstein/Silberman 231-234. Jehú: 2 R 10,1-35. Estela de Tel Dan: Hoffmeier 87. Ajab frente a Asiria, inscripción en el monolito de Salmanasar: Campbell, *Oxford History* 220-223. Obelisco negro de Salmanasar III: BM 49-54. Piedra moabita: BM 56. [ << ]

[3] Jehú: 2 R 9-11, 2 C 22. BM 49-56. Inscripción de Tel Dan: Campbell, *Oxford History* 212. Atalía: 2 R 11-12. Campbell, *Oxford History* 228-31. Reich, Shukron y Lernau, «Findings from the Iron Age II in the Rock-Cut Pool near the Spring», *Israel Exploration Journal* 57 (2007). 153-169: Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. Ozías y Jotán: 2 R 13-16. Expansión de Jerusalén: 2 C 26,9. Caída de Israel y transformación de Jerusalén: Finkelstein/Silberman 211-221, 243-248. [ << ]

[4] Ajaz e Isaías, todas las referencias del libro de Isaías: visión de Jerusalén como una nación pecadora 1,4; Jerusalén como una ramera 1,21 y monte de la hija de Sión, la colina de Jerusalén 10,32; Jerusalén como guía de las naciones 2,1-5; Sión en todas partes 4,5; Dios en el Templo 6,1-2; Ajaz 7; Emanuel 8,8 y nacimiento de un niño 9,6-7; juicio y justicia, lobo y cordero, guía de los gentiles 11,4-11; día del Juicio Final 26,1-2 y 14-19. Caída de Israel: 2 R 15-17. Finkelstein/Silberman 211-221, 243-248. Judíos de Irán: K. Farrokh, *Shadows in the Desert: Ancient Persia at War* (en adelante, Farrokh). 25-7. M. Cogan, «Into Exile: From the Assyrian Conquest of Israel to the Fall of Babylon», en *Oxford History* 242-243. Campbell, *Oxford History* 236-9. Últimos descubrimientos sobre genética de los judíos: «Studies Show Jews' Genetic Similarity», *New York Times* 9 de junio de 2010. [ << ]

[5] Ezequías: 2 R 18-20, 2 C 29-31. Nuevas murallas, casas: Isaías 22,9-111. Nueva Jerusalén: espadas transformadas en arados: Isaías 2,4; justicia 5,8-25, 1.12-17. Senaquerib y Ezequías: Isaías 36-81. Nuevos ritos: 2 C 301. Jeremías 41.5. El túnel de Ezequías y la construcción: 2 R 20,20 y 2 C 32,30. Nuevos barrios: 2 C 32.5. Inscripción de Siloé: Bahat, *Atlas* 26-27 [trad. cast. en <http://www.proel.org/index.php?pagina=alfabetos/hebreo>]. Asas de vasijas pertenecientes al rey: *BM* 62. *LMLK*: para el rey Hoffmeier 108. Reich, Shukron y Lernau, «Findings from the Iron Age II in the Rock-Cut Pool near the Spring», *Israel Exploration Journal* 57 (2007). 153-169. Inscripción del mayordomo real: *BM* 65, confirmando a Isaías 22,15-25. Tocado judío: *BM* 72. Grabbe, *Ancient Israel* 169-170. *Archaeology* 66; la muralla, 137, posiblemente Nehemías 3,81. Finkelstein/Silberman 234-243 y 251-264. Hurowitz, *Oxford History* 15-35. [ << ]

[6] Senaquerib y Asiria: esta sección está basada en J. E. Curtis y J. E. Reade (eds.), *Art and Empire: Treasures from Assyria in the British Museum*, que incluye: las ropas de un soldado de Judea 71; la ropa de Senquerib en campaña se basa en los relieves de los diversos reyes asirios en campaña; el sitio de Jerusalén se ha basado en los relieves Laquis de Nínive. Asiria: Miles, *Ancient Worlds* 6877. Grabbe, *Ancient Israel* 167; textos asirios 185. Dominio egipcio: Wilkinson, *Egypt* 430-435. Desastre de guerra: Nahum 3.1-3. Miqueas 1.10-13. Isaías 10: 28-32 y capítulos 36-38. Cogan, *Oxford History* 244-251. [ << ]

[7] Manasés: 2 R 21. Sacrificio de niños: Éxodo 22.29. Reyes de Jerusalén sacrificando niños: 2 R 16,3 y 21,6. Véase también: 2 C 28,3, Levítico 18,21, 2 R 17,31, 2 R 17,17, Jeremías 7,31 (véase comentario de Rashi) y Jeremías 32,351. Fenicios y cartagineses, sacrificio de niños y descubrimiento de *Tophet* en Túnez: Miles, *Carthage Must be Destroyed* 68-73. Sobre Manasés: Finkelstein/Silberman

263-77. Miles, *Ancient Worlds*, Grabbe, *Ancient Israel* 169. Cogan, *Oxford History*  
252-257. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 5

[\*1] Las reformas de Josías constituyeron un paso fundamental en el desarrollo del judaísmo. En una tumba de esta época, en el valle de Hinón, se encontraron dos minúsculos rollos de plata: en su interior se había grabado la oración sacerdotal del libro de los Números 6,24-26 que, en la actualidad, sigue formando parte de la liturgia judía: «Porque Yavé es nuestro restaurador y nuestra roca. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y muestre su gracia». [[<<](#)]

[\*2] Los cortesanos reales vivían y trabajaban en la cima de la Ciudad de David. En una de sus casas, denominadas por los arqueólogos «casa de las *bullae*», se ha encontrado un archivo de cuarenta y cinco *bullae*, sellos de arcilla endurecidos por el calor durante el incendio que destruyó la ciudad. Parece evidente que ese edificio era una secretaría real: una de las *bullae* lleva la siguiente inscripción: «Gemaraiah hijo de Saphan», el nombre del escriba real del rey Joaquín en el libro de Jeremías. En algún momento en el transcurso de la crisis, el rey murió, y le sucedió su hijo Joaquín. [[<<](#)]

[\*3] Los arqueólogos han descubierto fragmentos grabados con mensajes, conocidos como *ostraca*, enterrados bajo capas de cenizas en la puerta de la ciudad-fortaleza de Laquis: ofrecen una fugaz visión humana del imparable avance de los babilonios. Laquis y otra fortaleza, Azeka, fueron las que resistieron más tiempo, comunicándose entre ellas y con Jerusalén por señales de fuego. En Laquis, el acorralado comandante judío Yaush fue recibiendo informes de sus puestos avanzados a medida que éstos iban siendo destruidos uno tras otro. Al cabo de poco tiempo, su oficial Hoshayahu observó que desde Azeka ya no se enviaban señales. Después, Laquis también sería destruida en el curso de duros combates. [[<<](#)]

[\*4] Nada se ha encontrado del Templo, salvo el minúsculo pomo de marfil de un cetro, o de un báculo de los que se utilizaban en las procesiones, esculpido en forma de granada, que data del siglo VIII y que lleva la siguiente inscripción: «Pertenece a la casa de la santidad» (aunque hay quien afirma que este fragmento no es auténtico). Jeremías, sin embargo, fue sorprendentemente preciso: los secuaces de Nabucodonosor instalaron su cuartel general en la puerta central de la ciudad para organizar Judá, y sus nombres, que aparecen en el libro de Jeremías, han quedado corroborados por un texto descubierto en Babilonia. Nabucodonosor nombró un ministro, Godolías, como monarca-marioneta de Judá, quien, puesto que Jerusalén estaba en ruinas, gobernó desde Mispá, más al norte, y tomó a Jeremías como consejero. Los habitantes de Judá se rebelaron, Godolías fue asesinado y Jeremías se

vio obligado a huir a Egipto, donde desaparece de la historia. [ << ]

[\*5] Entre los años 586 y 400 a. C., los misteriosos escritores de la Biblia, escribas y sacerdotes residentes en Babilonia, revisaron y recopilaron los cinco libros de Moisés, conocidos como la Torá en hebreo, que combinan las diferentes tradiciones de Dios, Yavé y Él. Los llamados deuteronomistas reexplicaron la historia y modificaron la ley con el propósito de demostrar la insignificancia de los reyes y la supremacía de Dios, e incorporaron historias inspiradas por Babilonia, tales como la del Diluvio, tan similar a la epopeya de Gilgamesh, la de los orígenes de Abraham en la cercana Ur y, por supuesto, la de la Torre de Babel. El libro de Daniel se escribió a lo largo de un extenso período: algunos pasajes fueron redactados sin duda durante los primeros tiempos del exilio, otros, más tarde. Ignoramos si existió un personaje llamado Daniel, o si ese personaje es una creación, pero el libro también está repleto de confusiones históricas que los arqueólogos han clarificado gracias a los hallazgos descubiertos en Babilonia en el curso de las excavaciones del siglo XIX. [ << ]

[1] Isaías 8,1; 9,6-7; 11,4-11; 26,1-2, 14-19. Josías: 2 R 22 y 23, 2 C 35,205. De Vaux 336-339. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. [ << ]

[2] Caída: 2 R 24-5. Jeremías 34,1-7, 37-9, 52. Depravación, hambre, crueldad, canibalismo y lamentación menestrante 1,17; crueldad de las mujeres 4,3; carne de niños 4,10. Salmos 74 y 137. Daniel 1,4 y 5; Desolación, Daniel 11.311. Ostracón de Laquis: *BM* 87-8. Puntas de flecha de hierro, Bahat, *Atlas* 28. Alcantarillado y retretes: Auld y Steiner, *Jerusalem* 44. Casa de las *bullae*: *Archaeological Park* 52-54. Gemarías, hijo de Safán: Jeremías 36. 9-12. Cetro de marfil: Hoffmeier 98. Esta sección sobre Babilonia está basada en I. L. Finkel y M. J. Seymour, *Babylon: Myth and Reality*; D. J. Wiseman, *Nebuchadnezzar and Babylon*; Finkelstein/Silberman 296-309; Wilkinson, *Egypt* 441-444; Tom Holland, *Persian Fire* 46-471. Lane Fox, *Unauthorized Version* 69-711. Cogan, *Oxford History* 262-2681. Grabbe, *Ancient Israel* 170-1841. De Vaux 981. Hurowitz, *Sacred Esplanade* 15-35. [ << ]



## CAPÍTULO 6

[\*1] Uno de los decretos de tolerancia de Ciro, inscrito más tarde en un cilindro, una de cuyas copias está instalada en la entrada del edificio de Naciones Unidas de Nueva York, le hizo merecedor del apodo de «Padre de los derechos humanos». Sin embargo, no era ningún liberal. Por ejemplo, cuando Sardes, la capital de Lidia, se sublevó, llevó a cabo una carnicería en la que murieron miles de sus habitantes. El propio Ciro creía en Ahura Mazda, el alado dios persa de la vida, de la sabiduría y de la luz en cuyo nombre, Zoroastro, el profeta de los persas arios, había dictaminado que la vida era un combate entre la verdad y la mentira, entre el fuego y la oscuridad. El zoroastrismo, no obstante, no era una religión de estado, tan sólo una visión politeísta de la luz y de la oscuridad que era incompatible con el judaísmo (y más tarde con el cristianismo). En efecto, la palabra persa que significaba paraíso, *paridaeza*, se convirtió en nuestro propio «paraíso». Sus sacerdotes, los *magi*, nos dieron la palabra «magia», y también los tres sacerdotes orientales que, explica la Biblia, anunciaron el nacimiento de Cristo. [[<<](#)]

[\*2] Se trata de una exageración bíblica. Muchos miles de judíos decidieron vivir como judíos en Iraq e Irán. Bajo los seléucidas, durante el reinado de los partos y de los sasánidas, y hasta el califato abasí y la Edad Media, los judíos babilonios siguieron siendo una comunidad rica y poderosa. Babilonia se convirtió en un centro de liderazgo y enseñanza judío casi igual de importante que Jerusalén hasta la invasión de los mongoles. La comunidad se recuperó bajo los otomanos y los británicos. Sin embargo, en la década de 1880 empezaron las persecuciones en Bagdad (se decía que la tercera parte de los habitantes de la ciudad eran judíos) y se intensificaron durante la monarquía hachemita. En el año 1948, 120 000 judíos vivían en Iraq. Cuando el sah fue derrocado en 1979, los judíos iraníes eran cien mil. La mayor parte de ambas comunidades emigró a Israel. En Irán siguen viviendo 25 000 judíos, y apenas quedan cincuenta judíos iraquíes. [[<<](#)]

[\*3] Darío realizó incursiones en Asia central, al este del mar Caspio, y se introdujo en India y en Europa, atacando Ucrania y anexionándose Tracia. Construyó su suntuoso palacio-capital en Persépolis (al sur de Irán), impulsó la práctica de la religión de Zoroastro y de Ahura-Mazda, creó la primera divisa del mundo, el dárlico, reunió una armada formada por griegos, egipcios y fenicios y creó el primer servicio postal real, instalando posadas cada 25 kilómetros a lo largo de los 2700 kilómetros del Camino Real entre Susa y Sardes. Los logros de sus treinta años de reinado lo convirtieron en el Augusto del imperio persa. Pero incluso Darío llegó a su límite. Poco antes de su muerte, en el año 490 a. C., intentó invadir Grecia, pero fue



derrotado en la batalla de Maratón. [[<<](#)]

[<sup>1</sup>] Ciro y los persas: A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire* (en adelante, Olmstead). 34-661. Farrokh 37-511. Lane Fox, *Unauthorized Version* 269-271. M. J. W. Leith, «Israel Among the Nations: the Persian Period», en *Oxford History* 287-289. E. Stern, «Province of Yehud: Vision and Reality» en Lee I. Levine (ed). *Jerusalem Cathedra* (en adelante, *Cathedra*). 1.9-21. Cogan, *Oxford History* 274. Historias míticas sobre Ciro y su ascenso: Heródoto, *Historias* III. 84. Holland, *Persian Fire* 8-22. Con referencia al cilindro de Ciro: *BM* 92. Ciro y el presidente: Michael B. Oren, *Power, Faith, and Fantasy: America in the Middle East* 501. Regreso: Isaías 44,21-8, 45,1 y 52,1-2. Ezra 1,1-11 y 3-41. Josefo, «Contra Apion». 1154. Leith, *Oxford History* 276-302. Primera mención de «judío»: Ester 2.5. *Archaeological Park* 138. [[<<](#)]

[<sup>2</sup>] Darío el Grande: Esdras 4-6. Ageo 1-2. Zacarías 1,7-6,15. Isaías 9,2-71. Olmstead, 86-93, 107-118, 135-143; Zorobabel y Darío posiblemente en Jerusalén 136-144. La descripción de Darío se ajusta a la de Olmstead 117. Narraciones míticas sobre el ascenso de Darío, la vagina de la yegua: Heródoto 229-2421. Farrokh 52-74. Lane Fox, *Unauthorized Version* 78-85 y 271. Leith, *Oxford History* 303-305. Holland, *Persian Fire* 20-62. Joseph Patrich, «538 BCE-70 CE: The Temple (Beyt ha-Miqdash) and its Mount», en *Sacred Esplanade* 37-731. Miles, *Ancient Worlds* 115-119. [[<<](#)]

[<sup>3</sup>] Nehemías 1-4, 6-7, 13. *Archeological Park* 137. Leith, *Oxford History* 276-311. Lane Fox, *Unauthorized Version* 85 y 277-81. Josefo, *Antigüedades* 11,159-82. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 7

[\*1] Los samaritanos ya estaban evolucionando hacia su propio culto semijudío diferenciado, fundamentado en el judaísmo anterior a la introducción de las nuevas normas babilonias. Bajo el dominio persa, Samaria estaba regida por la dinastía de gobernadores de Sambalat. Su exclusión de Jerusalén les alentó a construir su propio templo en el monte Gerizim, antes de enemistarse con los judíos y con Jerusalén. Igual que todas las rencillas familiares, esta enemistad se basaba fundamentalmente en el odio de las pequeñas diferencias. Los samaritanos se convirtieron en ciudadanos de segunda clase despreciados por los judíos, que los consideraban paganos, y de ahí que la revelación de Jesús, la existencia de algo así como «un buen samaritano», resultara sorprendente. Alrededor de un millar de samaritanos viven todavía en Israel: mucho tiempo después de la supresión del culto judío al sacrificio, los samaritanos del siglo XXI, una vez al año, todavía sacrifican el cordero pascual en el monte Gerizim. [ << ]

[\*2] *Tanakh* era un acrónimo judío para Ley, Profetas y Escritos, los libros que los cristianos llamarían más tarde el Antiguo Testamento. [ << ]

[\*3] La familia de José era judía de orígenes diversos, tal vez descendiente de un Tobías el Amonita que se había enfrentado a Nehemías. Su padre, Tobías, era un magnate muy cercano a Ptolomeo II que administraba inmensas propiedades en Ammon (la actual Jordania). El archivo de papiros de un funcionario real llamado Zenon lo muestra haciendo negocios con el rey. [ << ]

[\*4] Antíoco era el heredero de la otra gran dinastía que descendía de los generales que construyeron el imperio de Alejandro. Cuando Ptolomeo I consolidó su propio reino en Egipto, había apoyado el intento de conquistar Babilonia de Seleuco, uno de los oficiales de Alejandro y antepasado de Antíoco. Igual de hábil que Ptolomeo, Seleuco reconquistó la mayor parte de los territorios asiáticos de Alejandro, de ahí el título «rey de Asia» de los seléucidas. Seleuco gobernó desde Grecia hasta el Indo y fue asesinado en el apogeo de su reinado. Celesiria había sido prometida a la familia, pero Ptolomeo se negó a entregársela: el resultado fue un siglo de guerras en Siria. [ << ]

[\*5] Era la época de la guerra de elefantes. Desde que Alejandro había regresado de su campaña india con un cuerpo de elefantes, estos paquidermos blindados se habían convertido en las armas más prestigiosas (y caras) de cualquier rey macedonio que se hiciera respetar, aunque, a menudo, los paquidermos pisotearan a su propia

infantería en lugar de a la del enemigo. Mientras tanto, en el oeste, los cartagineses, descendientes de los fenicios de Tiro, y los romanos, peleaban por el dominio del Mediterráneo. Aníbal, el brillante general cartaginés, invadió Italia, tras hacerles cruzar los Alpes a sus elefantes. Antíoco desplegó elefantes indios, los ptolomeos tenían elefantes africanos y Aníbal utilizaba la especie de elefantes más pequeños, ahora extinguida, procedente de las montañas del Atlas en Marruecos. [ << ]

[\*6] Algunos historiadores creen que Simón en realidad gobernó bajo Ptolomeo I. Las fuentes son contradictorias, pero lo más probable es que fuera coetáneo de Antíoco el Grande. Simón II, que reconstruyó las fortificaciones, también reparó el Templo y añadió una cisterna gigante en el monte del Templo. Su tumba se alza al norte de la ciudad antigua, en el barrio palestino de Sheikh Jarrah. Durante los siglos de dominio otomano, cada año se celebraba en aquel lugar un «*picnic* judío» que reunía a musulmanes y cristianos, una de las celebraciones compartidas por todas las sectas en los días anteriores al nacionalismo. En la actualidad, la tumba es un santuario judío en el centro de un proyecto de asentamiento israelí. Sin embargo, la tumba, igual que tantos otros lugares en Jerusalén, es un mito en sí misma: ni es judía, ni tampoco es el lugar de descanso eterno de Simón el Justo, sino que fue construida quinientos años después y es la tumba de una dama romana, Julia Sabina. [ << ]

[\*7] Las principales celebraciones judías, Pésaj, Semanas y Tabernáculos, estaban todavía en vías de desarrollo. Pésaj, la Pascua, era la celebración de primavera que entonces combinaba las dos antiguas fiestas de los Ázimos y de la historia del Éxodo. La Pascua fue sustituyendo a Tabernáculos de forma gradual como la principal festividad de Jerusalén. Tabernáculos sobrevive en la actualidad como Sucot, cuando los niños judíos construyen una cabaña con plantas recolectadas y decorada con frutas. Las tareas del Templo se organizaron en turnos entre los levitas, descendientes de la tribu de Leví, y los sacerdotes (descendientes de Aarón, el hermano de Moisés, un subgrupo de los levitas). [ << ]

[\*8] Jasón volvió a huir y se refugió con Hircano, el príncipe tobita que le había apoyado. Hircano había gobernado gran parte de Jordania durante cuarenta años, manteniendo su alianza con los ptolomeos incluso después de perder Jerusalén. Combatió en campañas contra los árabes y construyó una lujosa fortaleza en Araq e-Emir adornada con hermosas esculturas y jardines ornamentales. Cuando Antíoco conquistó Egipto y retomó Jerusalén, a Hircano se le acabaron las opciones: el último de los tobitas se suicidó. Las ruinas de su palacio son ahora un centro turístico en Jordania. [ << ]

[\*9] El libro de Daniel es una colección de narraciones, algunas del exilio en Babilonia, otras de las persecuciones de Antíoco: es posible que el ardiente horno de fuego sea una descripción de las torturas de este rey. La nueva visión de Daniel de un enigmático «hijo del hombre» inspiró la figura de Jesús, y el culto al martirio reaparecería en los primeros siglos del cristianismo. [[<<](#)]

[1] Caída de Darío III y ascenso de Alejandro: Olmstead 486-508. Farrokh 96-111. Josefo, *Antigüedades* 11.304-46. Schäfer 5-7. Gunther Holbl, *History of the Ptolemaic Empire* (en adelante, Holbl). 10-46. Maurice Sartre, *The Middle East under Rome* (en adelante, Sartre). 5-6, 20. [[<<](#)]

[2] Ptolomeo Sóter y guerras de sucesión: *Antigüedades* 2. Josefo, «Contra Apion». 1183-92. Ptolomeo, estilo, celebración en 274, Wilkinson, *Egypt* 46930. Miles, *Ancient Worlds* 158-170. Adrian Goldsworthy, *Antony and Cleopatra* (en adelante, Goldsworthy). 37-41. Con relación a Aristeas: Goodman 117-119, citando a Aristeas. Véase el texto completo en Aristeas, *Letter of Aristeas*. Schäfer 7-18 incluyendo a Agatárquidas sobre Ptolomeo y la conquista de Jerusalén. *Cathedra* 1.21. Ptolomeo II y Aristeas: Holbl 191. Patrich, *Sacred Esplanade* 37-73. [[<<](#)]

[3] Simón el Justo: Eclesiástico 50. 1-14 y 4. *Antigüedades* 12.2 y 12.154-236. Tobitas: C. C. Ji, «A New Look at the Tobiads in Iraq al-Amir», *Liber Annuus* 48 (1998). 417-440. M. Stern, «Social and Political Realignments in Herodian Judinea», en *Cathedra* 2.40-51. Leith, *Oxford History* 290-291. Schäfer 17-23. Holbl 35-71. Edwyn Bevan, *House of Seleucus* 2168-9. Patrich, *Sacred Esplanade* 37-73. [[<<](#)]

[4] Antíoco el Grande y los seléucidas: Bevan, *Seleucus* 1300-18 y 2.32-3 y 51-94. Holbl 127-143 y 136-138. *Antigüedades* 3 y 12.129-54. Vestimenta y ejército de la corte seléucida: Bevan, *Seleucus* 2269-92. Schäfer 29-39. La nueva Jerusalén griega: 2 Macabeos 3.1-4. 12. [[<<](#)]

[5] Eclesiástico 50. Schäfer 32-34. Henri Daniel-Rops, *Daily Life in Palestine at the Time of Christ*, teocracia 53-55; la vida de la ciudad 95-97; castigos 175-178. Sabbat: De Vaux, sacrificios y holocausto 415-417; sabbat 3482-3483; celebraciones 468-500; sumo sacerdote 397. Patrich, *Sacred Esplanade* 37-73. [[<<](#)]

[6] Antíoco IV Epífanes: 1 Macabeos 1, 1 Macabeos 4. Jason/Menelaos/ Antíoco: 2 Macabeos 1 y 2 Macabeos 4-6, 2 Macabeos 8. 7. *Antigüedades* 12.23765. Antíoco entra en el Templo: 2 Macabeos 5. 15. Depravación en el Templo: 2 Macabeos 6. 2. Carácter: Polibio, *Historias* 31 y 331; celebración 31.3. Con relación a Antíoco y celebración: Diodoro, *Library of History* 31.16. Esta crónica sigue muy de cerca a

Bevan, *Seleucus* 2126-61; carácter 128-32; Dios manifiesto 154; la muerte 161. Schäfer 34-47. Sartre 26-28. Construcción del gimnasio: 2 Macabeos 4,12. Edictos religiosos: 1 Macabeos 1,34-57, 2 Macabeos 6,6-111. Abominación: Daniel 11,31, 12,11. Schäfer 32-44. Holbl 190. Shanks 112-115; rostro en monedas: tetradracma de plata en Shanks 113. Sartre 9-14. Mártires y atrocidades: 2 Macabeos 6. Cultura griega: Goodman 110. Crucifixión: *Antigüedades* 12.256. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 8

[\*1] A la familia de Judas Macabeo se la conoce por su nombre más correcto de «dinastía asmonea», pero, en aras de una mayor simplicidad, en este libro nos referimos a ella como los «macabeos». Irónicamente, el Macabeo, junto al rey Arturo y Carlomagno, se convertiría en el prototipo del caballero medieval. Carlos Martel, «el Martillo», que derrotó a los árabes en la batalla de Tours en 732, Ricardo «Corazón de León», en el siglo XII, y Eduardo I (1272-1303) se vendieron a sí mismos como macabeos de su tiempo. Más tarde, Rubens pintó a Judas Macabeo, y Haendel le dedicó un oratorio. Los macabeos han sido una inspiración especial para Israel, donde algunos equipos de fútbol llevan su nombre. Los judíos, tradicionalmente, han visto en estos héroes de la Hanukkah a luchadores de la libertad contra un tirano genocida, un precursor de Hitler. Sin embargo, hay quien sostiene otro punto de vista, inspirado en la batalla que libran en la actualidad la democracia estadounidense y el terrorismo yihadista, que propugna que los griegos son los civilizados que combaten a los fanáticos religiosos macabeos que parecen talibanes judíos. [[<<](#)]

[\*2] Este nuevo sumo sacerdote ni siquiera pertenecía a la casa saducea de Onías, cuyo heredero de pleno derecho era Onías IV, quien huyó a Egipto con sus seguidores donde fue acogido por el rey Ptolomeo IV Filómetor. Filómetor le permitió construir un templo judío en Leontópolis, en el delta del Nilo, en el lugar donde se alzaba un santuario egipcio caído en desuso y donde creó su propia Jerusalén, todavía conocida como Tell al-Jahudiya, la colina de los judíos. Estos príncipes judíos se convertirían en poderosos comandantes militares en Egipto. El templo de Onías resistió hasta que Tito ordenó su destrucción en el año 70 d. C. [[<<](#)]

[\*3] El sucesor de Filómetor era hostil a los judíos porque Onías y los judíos de Alejandría habían dado apoyo a Filómetor. Ptolomeo VIII Evergetes, a quien el pueblo alejandrino había apodado «el Barrigón». (*Physkon*), era un monstruo, incluso según los patrones ya perversos de la familia. El Barrigón se tomó la revancha sobre los judíos de Egipto: reunió a todos sus elefantes para que aplastaran bajo sus patas a los judíos, pero los paquidermos pisotearon en su lugar al séquito del rey, tal vez un milagro divino. Alcanzó el punto culminante de su crueldad cuando asesinó a su propio hijo de catorce años, que tenía una confianza ciega en su padre: el Barrigón hizo que le cortaran al chico la cabeza, las piernas y las manos y que se las enviaran a su madre, Cleopatra II. Otro miembro de la familia, Cleopatra Tea, casada con el rey de Siria, Demetrio II, decidió asesinar a su propio hijo y le ofreció una copa envenenada, pero el joven obligó a su madre a bebérsela. Así transcurría la vida

familiar de los ptolomeos. [ << ]

[\*4] No se ha encontrado ningún resto de la fortaleza de Acra. Algunos investigadores creen que tal vez se alzara justo al sur de la Explanada de las Mezquitas. Herodes el Grande ampliaría el monte del Templo, así que posiblemente la arrasada colina sobre la que se había erigido la fortaleza de Acra se encuentre ahora bajo la plataforma de la Explanada de las Mezquitas donde se ubica la mezquita de al-Aqsa. Para aquellos que se preguntan por qué quedan tan pocos edificios de la época, pongamos por caso, del rey David, este hecho demuestra que las enormes construcciones pueden no dejar ningún rastro arqueológico. [ << ]

[\*5] Y con un nuevo apodo, Hircano, sin duda resultado de sus aventuras partas, aun cuando nunca llegara a Hircania, en el mar Caspio. Consolidó su poder en el extranjero gracias a una nueva alianza con los romanos, y en Jerusalén, gracias al apoyo de la rica élite del Templo, los saduceos, descendientes de la casa de Sadoc, de ahí su nombre. [ << ]

[\*6] Las murallas de la ciudad se extendían desde el monte del Templo hasta la piscina de Siloé y de ahí hasta la ciudadela, donde todavía se conservan los cimientos de sus torres. En ese lugar pueden verse las pequeñas casas residenciales de la Jerusalén de los macabeos. En la ladera sur del monte Sión, en un lugar impreciso, al oeste del cementerio católico, hay un punto en el que la muralla de Juan todavía se mantiene en pie, junto a los sillares mucho más grandes de la muralla de Ezequías y los mucho más posteriores de la emperatriz bizantina Eudocia. Otras secciones de la muralla de Juan Hircano aparecen junto a la carretera justo al sur de la tumba de David, en la cima de la ladera este de la Ciudad de David y bajo la actual muralla al sur de la Puerta de Jaffa. En el muro oeste de la Explanada de las Mezquitas, bajo la mezquita de al-Aqsa, puede verse una veta donde piedras más pequeñas, posiblemente macabeas, se unen a los inmensos sillares de Herodes el Grande. Los macabeos también construyeron un puente sobre el profundo valle entre el monte del Templo y la zona alta de la ciudad. En la época de Juan, la zona alta estaba en pleno proceso de expansión. El propio Juan residía en su baluarte de Baris, al norte del Templo, pero también es posible que empezara a construir un palacio en la zona alta de la ciudad. [ << ]

[\*7] Cuando atacó la ciudad griega de Ptolemais, Ptolomeo IX Sóter, que entonces gobernaba en Chipre, intervino y derrotó a Alejandro, pero fue rescatado gracias a sus relaciones judías: Sóter estaba en guerra con su madre Cleopatra III, reina de Egipto, que temía el poder de su hijo en Judea. El comandante de Cleopatra era el judío Ananías, el hijo de aquel antiguo sumo sacerdote Onías, que rescató al rey macabeo.



Cleopatra pensó en anexionarse Judea, pero su general judío se lo desaconsejó, puesto que Cleopatra no estaba en posición de organizar su propio ejército. [[<<](#)]

[1] Judas y la revuelta de los macabeos: *Antigüedades* 12.265-433.1 Macabeos 2-4. El martillo: 2 Macabeos 5,27. Jasidíes: orígenes de los esenios y pensamiento apocalíptico: Libro de Enoc 85-90 y 93,1-10 y 91.12-17. *Antigüedades* 12,71. Lisias: 1 Macabeos 4, 2 Macabeos 111. Hanukkah: 1 Macabeos 4,36-9, 2 Macabeos 10,1-8. *Antigüedades* 12,316. Judas en Jerusalén: 1 Macabeos 4,691. Conquistas: 1 Macabeos 4-6. Antíoco V restaura los derechos de los judíos: 1 Macabeos 6,59. Lisias vs Jerusalén: 2 Macabeos 11,22-6. Alcimus: 1 Macabeos 7, 8 y 9, 2 Macabeos 13,4-8, 14, 15. *Antigüedades* 8, 9, 10. Amenazas de Nicanor y derrota, cabeza, lengua, mano: 1 Macabeos 7,33-9, 2 Macabeos 14,26, 2 Macabeos 15,36, 2 Macabeos 15,28-37, 1 Macabeos 8,1. Báquidas y muerte de Judas: 1 Macabeos 8-9. Bevan, *Seleucus* 2,171-203. Joseph Sievers, *The Hasmoneans and their Supporters: From Mattathias to the Death of John Hyrcanus I* (en adelante, Sievers). 16-72. Michael Avi-Yonah, *The Jews of Palestine: A Political History from the Bar Kochba War to the Arab Conquest* (en adelante, Avi-Yonah). 4-5. Sartre 9-14. Resurrección y apocalipsis: Lane Fox, *Unauthorized Version* 98-100. Daniel 12,2-44. Isaías 13,17-27. Jeremías 51,1. Fundación de Acra: *Archeological Park* 45. Patrich, *Sacred Esplanade* 37-73. [[<<](#)]

[2] Jonatán: 1 Macabeos 9-16 y Josefo, *Antigüedades* 13,1-217. Filómeter: 1 Macabeos 11,6-7. Onías IV: Holbl 190. *Antigüedades* 12,65-71, 14. 131. Holbl 191-194. Schäfer 44-58. Bevan, *Seleucus* 2,203-228. Sievers 73-103. Simón: *Antigüedades* 13,187-228. Simón como sumo sacerdote, capitán y líder: 1 Macabeos 12 y 13, 1 Macabeos 13.42-51. Caída de Acra, púrpura y oro: 1 Macabeos 13,51, 14,41-4. Antíoco VII Sidetes: 1 Macabeos 15,1-16. Muerte de Simón: *Antigüedades* 13,228. 1 Macabeos 16,11. Schäfer 56-58. Bevan, *Seleucus* 2,227-243. Sievers 105-134. Sartre 9-14. Cimientos de Acra: *Archeological Park* 45; muralla 90. Murallas asmoneas, Avi-Yonah, 221-224. Peters, *Jerusalem* 591. Ptolomeo VII Evergetes II: Judíos y elefantes: Josefo, «Contra Apión». 2.50-51. Holbl 194-204. [[<<](#)]

[3] Hircano: *Antigüedades* 13.228-300. Schäfer 65-74. Murallas asmoneas: Avi-Yonah, 221-224. Peters, *Jerusalem* 591. Murallas: *Archeological Park* 90, 138. Bahat, *Atlas* 37-40. Conversaciones con Dan Bahat. Residencia fortificada de Hircano: *Antigüedades* 14. 403, 18. 91. *Guerras* 1,142. Conversiones en masa: Goodman 169-174. Conversiones y conquista: Sartre 14-16. Negociaciones con los partos: Marina Pucci, «Jewish-Parthian Relations in Josephus», en *Cathedra* citando el Libro de Josipón. Cultura griega: Goodman 110. Contribuciones de los judíos a la fortuna del Templo: *Antigüedades* 14,110. Aristóbulo: *Antigüedades* 13,301-320.



Alejandro Janeo: *Antigüedades* 13,320-404. Sartre 9-141. M. Stern, «Judaea and her Neighbours in the Days of Alexander Jannaeus», en *Cathedra* 1,22-46. Alexandra Salome: *Antigüedades* 13.405-30. Hircano II vs Aristóbulo II: *Antigüedades* 14,1-541. Bevan, *Seleucus* 2,238-249. Sievers 135148. Shanks 118. Tratado romano: Sartre 12-14. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 9

[\*1] Los idumeos, los edomitas bíblicos, rudos guerreros paganos establecidos en el sur de Jerusalén, habían sido convertidos en masa al judaísmo por Juan Hircano. Antípater era el hijo de un converso al judaísmo que había sido nombrado gobernador de Edom por el rey Alejandro, aunque la familia procedía de las ciudades costeras fenicias. [ << ]

[\*2] Pacoro era el hijo y heredero del rey de reyes Orodes II que había derrotado a Craso. Los partos se habían expandido desde su tierra natal al este del mar Caspio y separado de los seléucidas alrededor del año 250 a. C., cuando crearon un nuevo imperio que desafiaba el poder de Roma. La vanguardia del ejército de Pacoro la formaban sus caballeros *pahlavan*, que llevaban armaduras pesadas y pantalones anchos e iban armados de lanzas de cuatro metros de altura, hachas y mazas. Una carga a toda velocidad de estos catafractos aplastó a las legiones romanas en Carras. Los catafractos estaban apoyados por arqueros a caballo famosos por su velocidad y por la precisión de su disparo hacia atrás y por encima de los hombros, el «disparo parto». Sin embargo, Partia tenía un defecto feudal: sus poderosos nobles solían rebelarse con frecuencia contra sus reyes. [ << ]

[\*3] Antígono, hijo del fallecido rey Aristóbulo II, utilizaba nombre griego y judío. Sus monedas muestran la *menorah*, los candelabros, el símbolo de su familia, con la inscripción «rey Antígono» en griego; la imagen del reverso muestra la mesa del pan de ofrenda del Templo y la inscripción «Matatías, sumo sacerdote» en hebreo. [ << ]

[1] Pompeyo: *Antigüedades* 14,1-79, incluyendo la conquista de la ciudad y la entrada en el Santo de los santos 14,65-77; Escauro, Gabinio y Marco Antonio: *Antigüedades* 14,80-103. Antípater: *Antigüedades* 14,8-17. Pompeyo destruye las murallas: *Antigüedades* 14,82. Alegaciones griegas sobre el Templo: véase Apión y Josefo, «Against Apion». Tácito, *Historias* 5,8-9. Cicerón, *For Flaccus*, citado en Goodman 389-455. John Leach, *Pompey the Great* 78-101 y 212-214. Goldsworthy 73-6. Patrich, *Sacred Esplanade* 37-73. [ << ]

[2] Craso: Farrokh 131-140. *Antigüedades* 14. 105-23, especialmente 110. [ << ]

[3] César, Antípater, Cleopatra: *Antigüedades* 14. 127-294. Este análisis y crónica de Cleopatra y César está basado en Goldsworthy 87-89; 107; 125-127; 138; 172-181; Holbl 232-239; Schäfer 81-85; Sartre 44-51; Wilkinson, *Egypt* 492-501. Cleopatra, Marco Antonio, Plutarco, *Makers of Rome*; orígenes de Antípater y

principio de su carrera: Niko Kokkinos, *Herodian Dynasty: Origins, Role in Society and Eclipse* (en adelante, Kokkinos). 195-243. [[<<](#)]

[4] Antonio, Herodes, Partia: *Antigüedades* 14,297-393. Invasiones de los partos, Antígono: Farrokh 141-143. Sociedad parta, caballería: Farrokh 131-135. Esta crónica de Marco Antonio y Cleopatra está basada en Holbl 239-242; Goldsworthy 87-89, 183, 342-343; Schäfer 85-86; Sartre 50-53; Wilkinson, *Egypt* 501-506. Véase Plutarco, *Makers of Rome*. Matanza del sanedrín: M. Stern, «Society and Political Realignments in Herodian Jerusalem», en *Cathedra* 2.40-59. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 10

[\*1] Los consejeros asesinados fueron probablemente enterrados en la ornamentada tumba sanedrín, decorada con granadas y hojas de acanto, que todavía se conserva al norte de la Ciudad Antigua. Con respecto a sus baluartes de montaña, los más famosos son: Masada, donde los últimos combatientes judíos contra Roma cometieron suicidio en masa en el año 73 d. C.; Maqueronte, donde Juan el Bautista fue decapitado por uno de los hijos de Herodes; y la montaña artificial de Herodión, donde fueron enterrados Herodes y sus hijos. [ << ]

[\*2] Estas plantaciones producían algunos de los más valiosos productos de lujo del antiguo Mediterráneo: de las palmeras de Jericó se extraía el licor de dátiles; de las plantaciones de bálsamo, el bálsamo de Judea, valorado porque curaba los dolores de cabeza y las cataratas, pero también por su costoso perfume. Cleopatra se anexionó asimismo la región costera de Joppa (Jaffa) y buena parte del litoral, dejándole a Herodes el puerto de Gaza. [ << ]

[\*3] Este erudito grecosirio se convertiría no sólo en el confidente de Herodes, sino también en amigo personal de Augusto. Sin duda fue un cortesano muy flexible, puesto que sobrevivió a las cortes asesinas de Cleopatra y de Herodes. Más tarde escribió sendas biografías de Herodes y de Augusto cuya principal fuente sería el propio Herodes. Aunque la biografía de Herodes escrita por Nicolás se ha perdido, lo cierto es que le proporcionó a Josefo su principal fuente, y resulta difícil imaginar una mejor. En lo que se refiere a los antiguos pupilos de Nicolás, Augusto ordenó asesinar a Cesarión, el hijo de César y de Cleopatra, mientras que los tres hijos de la reina y de Marco Antonio fueron enviados a Roma donde fueron educados por Octavia, la hermana del emperador y ex esposa de Marco Antonio. Se desconoce el destino final de los dos varones, pero Cleopatra Selene, la hija, contrajo matrimonio con Juba II, rey de Mauritania, convirtiéndose en reina por segunda vez. Su hijo, el rey Ptolomeo de Mauritania sería ejecutado por Calígula. Así acabó la dinastía ptolemaica, 363 años después de Alejandro Magno. [ << ]

[\*4] Es posible que esta torre fuera nombrada en honor de una esposa posterior, también llamada Mariana aunque sin duda a él y a todos les recordaría a la princesa macabea. Hoy en día la Torre de David, que no tiene nada que ver con David, está basada en la torre Hípico de Herodes. Tras la destrucción de la ciudad por Tito, la torre se mantuvo como el principal bastión de Jerusalén hasta la época de los otomanos. La ciudadela, más que cualquier otro edificio en Jerusalén, revela la intrincada naturaleza del desarrollo de la ciudad. Allí, los arqueólogos han

descubiertos restos que datan de la época del reino de Judea, de los macabeos, del reinado de Herodes, y también ruinas romanas, árabes, de los cruzados, y de las épocas de mamelucos y otomanos. [ << ]

[\*5] La fortuna de Herodes procedía de sus posesiones personales por todo Oriente Medio en las que se producían ovejas, ganado bovino (criado en Jordania y Judea), trigo y cebada de Galilea y de Judea, pescado, aceite de oliva, vino y frutas, lirios y cebollas de Ascalón (de ahí el nombre de «escalonia», cebolla de Ascalón), granadas de Gueba, al norte de Jerusalén, higos de Joppa, dátiles y bálsamo de Jericó. Herodes poseía entre la mitad y las dos terceras partes de su reino; recaudaba impuestos y exportaba especias nabateas; y también era un magnate de la minería; le pagó a Augusto trescientos talentos por los derechos de la mitad de las minas de cobre de Chipre. Aunque exportaba sus vinos locales, él bebía el vino italiano. Incluso a su muerte, después de toda una vida de construir y de entregar grandes sumas de dinero a Roma, todavía pudo dejar más de mil talentos, o un millón de dracmas a Augusto, y quedó mucho más que eso para su familia. [ << ]

[\*6] Herodes sin duda utilizó la tecnología más avanzada. Los egipcios ya en el año 4000 a. C. sabían cómo trasladar los grandes sillares para construir las pirámides. El ingeniero y arquitecto romano Vitrubio había creado enormes artilugios, ruedas, patines y grúas, para transportar estas piedras. Grandes ruedas de casi cuatro metros de diámetro se utilizaban como ejes tirados por grupos de bueyes. También tenían los cabrestantes, tornos de eje vertical unidos a barras y manivelas, que permitían a equipos de diez hombres o menos utilizarlos. De este modo, ocho hombres podían levantar hasta una tonelada y media. [ << ]

[\*7] «Di a los israelitas», les dijo Dios a Moisés y Aarón en Números 19, «que te traigan una vaca roja, sin ningún defecto ni imperfección». A continuación, la vaca se sacrificaba en una pira de madera de cedro y de hisopo sobre la que se colocaba una tira de cordel escarlata, y sus cenizas se mezclaban con agua bendita. Según la Mishná, esto sólo había ocurrido nueve veces, y en la décima llegaría el Mesías. Desde la emoción milenaria de la conquista de Jerusalén en 1967, los fundamentalistas evangelistas cristianos y los judíos redentoristas creen que ya se han dado dos de las tres condiciones previas esenciales para el Apocalipsis y la llegada del Mesías (o la Segunda Venida para los cristianos): Israel ha sido restaurado y Jerusalén es judía. La tercera condición previa es la restauración del Templo. Algunos fundamentalistas cristianos y las minúsculas facciones de judíos redentoristas ortodoxos, tales como los del Instituto del Templo, creen que eso sólo será posible cuando el monte del Templo sea purificado con el sacrificio de la vaca roja. En consecuencia, incluso en la actualidad, un predicador pentecostalista de Mississippi

llamado Clyde Lot intenta, en colaboración con el rabino Richman del Instituto del Templo, obtener la vaca roja en una granja en el valle del Jordán a partir de una cabaña de quinientas vacas rojas de raza Angus importadas desde Nebraska, convencidos de que lograrán criar la «vaquilla que cambiará el mundo». [ << ]

[\*8] La endogamia familiar complica el árbol genealógico de la familia de Herodes, donde se sucedían una y otra vez las bodas entre los clanes macabeo y herodiano buscando la reconciliación: Herodes casó a su hermano Feroras con la hermana de Mariana, y a su hijo mayor Antípater con la hija del último rey Antígono (a quien Marco Antonio había decapitado a petición suya). Sin embargo, las ejecuciones se alternaban con estos matrimonios: los dos primeros maridos de Salomé fueron asesinados por Herodes. Los herodianos también contrajeron alianzas matrimoniales con las familias reales de Capadocia, Emesa, Pontus, Nabatea y Cilicia, todos ellos aliados de los romanos. Al menos dos de estos matrimonios fueron anulados porque el marido se negó a convertirse al judaísmo y a dejarse circuncidar. [ << ]

[\*9] Los médicos han debatido desde entonces sobre sus síntomas. El diagnóstico más probable es que Herodes padecía hipertensión y arterioesclerosis, agravadas por demencia progresiva, congestión cardíaca y fallo renal. La arterioesclerosis provocó la congestión de las venas, agudizada por la enfermedad, que hizo que los fluidos se concentraran en pies y genitales, hasta tal punto que el fluido empezó a supurar a través de la piel: el flujo sanguíneo se hizo tan escaso que se desarrolló necrosis de la carne, gangrena. El mal aliento y los picores eran consecuencia del fallo renal. La gangrena del pene y del escroto proporcionó el entorno ideal para que las moscas pusieran en ella sus huevos, de ahí nacieron larvas en forma de gusano. Es posible que las lombrices genitales fueran propaganda hostil, el símbolo de la venganza divina sobre un rey malvado: también a Antíoco IV Epífanés, el nieto de Herodes, a Agripa I y a muchos otros pecadores, entre ellos Judas Iscariote, se les atribuyeron similares explosiones de intestinos y escroto infestadas de gusanos. [ << ]

[\*10] El nacimiento de Jesús constituye un hecho histórico cuestionable, y los evangelios se contradicen. Nadie conoce la fecha, pero fue probablemente antes de la muerte de Herodes en el año 4 a. C., lo que significa que Jesús murió a los treinta y pocos años si fue crucificado en el 29 o en el 30 d. C., o a los cuarenta, si la crucifixión tuvo lugar en el año 36 d. C. La historia del censo que llevó a la familia a Belén no se ajusta a los datos históricos, puesto que el censo de Quirino se llevó a cabo tras el derrocamiento del sucesor de Herodes, Arquelao, en el año 6 d. C., y transcurridos casi diez años desde el nacimiento de Jesús. El Evangelio según san Mateo, al narrar el viaje a Belén y explicar el linaje davídico de Jesús, le confiere a su

nacimiento la categoría de regio y de cumplimiento de la profecía, «porque así está escrito por el Profeta». La matanza de los Inocentes y la huida a Egipto están claramente inspiradas en la historia de la Pascua judía: una de las diez plagas fue la de asesinar al primogénito. Fuera cuando fuera el nacimiento de Jesús, es probable que la familia viajara al Templo de Jerusalén para ofrecer el sacrificio. Según la tradición musulmana, ampliada por los cruzados, Jesús fue educado en la capilla bajo la mezquita de al-Aqsa, la «cuna de Jesús». La familia de Jesús es un misterio: tras el nacimiento, José, sencillamente, desaparece de los evangelios. Mateo y Lucas afirman que María se conservó virgen y que el padre de Jesús era Dios (una idea habitual en la teología romana y griega, y sugerida asimismo en la profecía de Isaías sobre Emanuel). Mateo, Marcos y Juan, sin embargo, nombran a los hermanos de Jesús: Santiago, José, Judas y Simón, y a una hermana, Salomé. Con el tiempo la virginidad de María se convertiría en dogma cristiano y la existencia de esos otros hermanos resultaba muy incómoda. Juan menciona a «María, mujer de Cleofás». Si José murió joven, María tal vez se casara con este Cleofás y tuviera más hijos, porque después de la crucifixión, a Jesús le sucedieron en el liderato, primero, su hermano Santiago, y más tarde, «Simón, hijo de Cleofás». [[<<](#)]

[\*11] La tumba de Herodes fue descubierta en el año 2007 por el profesor Ehud Netzer, quien encontró un adornado sarcófago rojo, decorado con flores, y hecho pedazos casi seguro por los rebeldes judíos antiherodianos entre los años 66 y 70 d. C. Los otros dos sarcófagos son blancos y decorados con motivos florales: ¿pertenecen a sus hijos? Herodión es otro de los milagros constructivos de Herodes, una montaña artificial de setenta metros de diámetro en cuya cima se alzaba un impresionante y lujoso palacio que contenía una casa de baños bajo una cúpula, torres, frescos y piscinas. La tumba piramidal de Herodes estaba en la colina Herodión, bajo las torres orientales de la fortaleza, también destruida entre los años 66 y 70 d. C. [[<<](#)]

[\*12] Uno de estos «reyes» era Simón, un corpulento esclavo propiedad de Herodes, que al cabo de poco tiempo sería decapitado por los romanos. Es posible que Simón fuera el que recibió lo que se ha dado en llamar la Revelación de Gabriel, una inscripción en una roca encontrada en el sur de Jordania en la que el arcángel Gabriel aclama a un «príncipe de príncipes» llamado Simón que será asesinado, pero que se alzarán de nuevo «al cabo de tres días» cuando «sabrás que el demonio ha sido vencido por la justicia. En tres días vivirás, yo, Gabriel, te lo ordeno». Los detalles, resurrección y juicio tres días después de la muerte de un profeta, se anticipan a Jesús en más de treinta años. [[<<](#)]

[\*13] Los tres hijos adoptaron el nombre de Herodes, lo que creó una gran



confusión en los evangelios. Arquelao estaba casado pero se enamoró de Glafira, la hija del rey de Capadocia y antigua esposa del hijo de Herodes y Mariana, Alejandro. Después de la ejecución de Alejandro, se casó con el rey Juba de Mauritania, y tras la muerte de éste, regresó a Capadocia y se casó con Arquelao. [[<<](#)]

[1] Herodes conquista Judea 41-37 a. C.: Josefo, *Antigüedades* 14,390-4911. Farrokh 142-143. La guerra parta de Marco Antonio 145-147. Schäfer 86-871. Sartre 88-93. [[<<](#)]

[2] Marco Antonio, Cleopatra, Herodes: Josefo, *Antigüedades* 14-15,1601. Holbl 239-242. [[<<](#)]

[3] Josefo, *Antigüedades* 15. 39-200. Herodes, Actium y Augusto: esta crónica de Cleopatra, incluyendo la nota sobre el destino de sus hijos, está basada en Holbl 242-251; Goldsworthy 342-348; actium 364-369; muerte, 378-385; Wilkinson, *Egypt* 506-509 Herodes y Cleopatra: Josefo, *Antigüedades* 15,88-103. Herodes como el mejor amigo de Augusto y Agripa: Josefo, *Antigüedades* 15,3611. Descripción de Augusto: véase Suetonio. Herodes y Augusto: Josefo, *Antigüedades* 15,183-200. [[<<](#)]

[4] Herodes y Mariana 37-29 a. C.: matrimonio Josefo, *Antigüedades* 14. 4651. Relación: Josefo, *Antigüedades* 15,21-86 y 15,202-66. Kokkinos 153-163; sobre Salomé 179-186 y 206-216. Herodes como rey: esta crónica de Herodes está basada en Josefo, *Antigüedades*; Kokkinos; P. Richardson, *Herod the Great: King of the Jews, Friend of the Romans*; Stewart Perowne, *Herod the Great*; Michael Grant, *Herod the Great* 117-1441. Corte de Herodes: Kokkinos 143-153 y 351, cita sobre el cosmopolitismo de Herodes. Esposas y concubinas: Josefo, *Antigüedades* 15,321-2. Kokkinos 124-143 y educación de Herodes 163-173. Sartre 89-93. Schäfer 87-98. Fortuna de Herodes: Grant, *Herod* 165. Juegos y teatros: Josefo, *Antigüedades* 15,267-289. Fortalezas, Sebaste, Cesarea: Josefo, *Antigüedades* 15,292-298; 15,323-41. Hambruna: Josefo, *Antigüedades* 15. 299-317. Ciudadela y Templo: Josefo, *Antigüedades* 15,380-424. [[<<](#)]

[5] La Jerusalén de Herodes. Templo: Josefo, *Antigüedades* 15. 380-424 y *Guerras* 5. 136-2471. Bahat, *Atlas* 40-51. Sobre piedras y junta, Ronny Reich y Dan Bahat, conversaciones con él. Junta y extensión de la Explanada de las Mezquitas: *Archeological Park* 901. La calle posiblemente pavimentada por Agripa II: *Archeological Park* 112-113; sobre Vitrubio e ingeniería, mi explicación se basa en *Archeological Park* 29-31. Filón acerca de los sacrificios de Augusto en el Templo: Goodman 394. Lugar donde sonaban las trompetas: Josefo, *Guerra* 4. 12. *Cathedra* 1,46-80. Simón constructor de Templos: Grant, *Herod* 150. Shanks 92-100. Patrich,



*Sacred Esplanade* 37-73. La vaca roja: Números 19. Vaca roja: esta investigación actual se basa en Lawrence Wright, «Letter from Jerusalem: Forcing the End», *New Yorker*, 20 de julio de 1998. [[<<](#)]

[6] Herodes, Augusto, hijos a Roma, muchas esposas: Josefo, *Antigüedades* 15,342-364; con Agripa, Crimea, Diáspora de los judíos, etc.: Josefo, *Antigüedades* 16. 12-65. Grant, *Herod* 144-150. Augusto y sacrificios de Agripa: Goodman 394; Filón, *Works* 27. 295. [[<<](#)]

[7] Tragedias familiares de Herodes, leyes de Augusto, ejecución de príncipes, cuatro testamentos, última masacre y muerte e inocentes: Josefo, *Antigüedades* 16,1-404 y 17,1-205. Kokkinos 153-174. Grant, *Herod* 211. Diagnóstico de muerte: Philip a. Mackowiak, *Post Mortem* 89-100. Nacimiento de Jesús, Belén, masacre, rey de Israel, huida a Egipto: Mateo 1, 2 y 3. Sacrificio en el Templo, impuestos, Belén, circuncisión: Lucas 1-2, Isaías 7,14. Lane Fox, *Unauthorized Version*, sobre la cronología del nacimiento: 202. Hermanos y hermanas: Marcos 6. 3, Mateo 13,55, Juan 2,12, Hechos 1,141. Conjetura de la teoría de Cleofás: James D. Tabor, *The Jesus Dynasty* (en adelante, Tabor). 86-92. [[<<](#)]

[8] Guerra de Varo, Arquelao antes de Augusto y reinado y caída: Josefo, *Antigüedades* 17. 206-353. Goodman 397-401. Sartre 113-114. Arquelao: Herodes de Lucas 1,5. Kokkinos, sobre monedas, utilización del nombre de Herodes, 226. Schäfer 105-112. Zelotes financiados por Judas el Galileo: Josefo, *Antigüedades* 18,1-231. Revelación de Gabriel: Ethan Bronner, «Hebrew tablet suggests tradition of resurrected messiah predates Jesus», *New York Times*, 6 de agosto del 2008. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 11

[\*1] Salomé la bailarina simboliza la persona caprichosa y de gran sangre fría y la depravación femenina, pero los dos evangelios de Marcos y de Mateo nunca la mencionan por su nombre. Josefo nos da el nombre de la hija de Herodías en otro contexto, pero se limita a narrar que Antipas ordenó la ejecución de Juan, sin ningún tipo de sensual danza que le alentara. La danza de los siete velos fue un adorno añadido a la historia mucho tiempo después. En la época herodiana hubo muchas Salomé (la hermana de Jesús también se llamaba Salomé), y lo más probable es que la bailarina fuera la esposa de Herodes Filipo, tetrarca de Traconítide, hasta la muerte de éste, cuando ella se casó con otro primo que sería más tarde entronizado rey de Armenia Inferior: la bailarina acabaría siendo reina. Por último, la cabeza de Juan se convertiría en una de las reliquias cristianas más preciadas, y al menos cinco santuarios afirmarían estar en posesión del original: el santuario de la cabeza de san Juan en la mezquita omeya de Damasco es objeto de veneración de los musulmanes. [[<<](#)]

[\*2] Se desconoce la fecha exacta de la llegada de Jesús a Jerusalén. Lucas marca el bautismo de Jesús por Juan como el inicio de su actividad predicadora, alrededor del año 28 o 29 d. C., y afirma que tenía alrededor de treinta años, lo que sugiere que su muerte ocurrió entre los años 29 y, digamos, 33 d. C. Según Juan, la actividad de Jesús duró un año al menos; según Mateo, Marcos y Lucas, fueron tres. Es posible que Jesús fuera ejecutado en el año 30, el 33 o el 36. Por otra parte, su existencia histórica está confirmada no sólo en los evangelios, sino también corroborada en Tácito y en Josefo; este último menciona asimismo a Juan el Bautista. Como mínimo, sabemos que Jesús llegó a Jerusalén en la Pascua judía posterior a la llegada del prefecto Poncio Pilato (26) y anterior a su marcha (36), durante los reinados de Tiberio (fallecido en el 37) y de Antipas (antes del 39), y en el transcurso del sacerdocio de Caifás (del 18 al 36): la fecha más probable podría ser entre el año 29 y el 33. El carácter de Pilato está corroborado tanto por Josefo como por Filón de Alejandría, y su existencia la confirma una inscripción descubierta en Cesarea. [[<<](#)]

[\*3] Como por ejemplo, la de los esenios, probablemente una ramificación de los piadosos jasídicos que, en un principio, habían apoyado a los macabeos. Josefo explicaría que eran una de las tres sectas del judaísmo en el siglo I d. C., pero sabemos más gracias a los manuscritos del mar Muerto descubiertos en once cuevas de Qumran cerca del mar Muerto entre los años 1947 y 1956. Estos manuscritos contienen las versiones hebreas más antiguas de algunos de los libros de la Biblia. Los cristianos y los judíos han debatido desde hace mucho tiempo las diferencias

entre la Biblia Septuaginta (traducida al griego a partir de un original hebreo desaparecido y la base del Antiguo Testamento cristiano, entre los siglos III y I a. C.) y la Biblia hebrea más antigua que ha sobrevivido (la masorética, cuya antigüedad se remonta a entre los siglos VII y X d. C. El código de Alepo es el más antiguo, pero incompleto; el código de San Petersburgo data del año 1008 pero está incompleto). Aunque los manuscritos del mar Muerto revelaron diferencias, confirman que el texto masorético era bastante exacto. Los manuscritos demuestran, sin embargo, que en tiempos de Jesús todavía circulaban muchas versiones de los libros bíblicos. Los esenios eran judíos austeros que desarrollaron las ideas apocalípticas de Jeremías y Daniel y que veían el mundo como una lucha entre el bien y el mal que terminaría en guerra y juicio. Su líder era un místico «Maestro de rectitud» y su enemigo, el «sacerdote de la maldad», uno de los macabeos. Protagonizan muchas excéntricas teorías sobre los orígenes del cristianismo, pero lo único que podemos decir es que es posible que Juan el Bautista viviera con ellos en el desierto y que tal vez su hostilidad al Templo y sus apocalípticas visiones inspiraran a Jesús. [ << ]

[\*4] Este reino iraquí se mantuvo judío hasta bien entrado el siguiente siglo. La reina Helena y sus hijos fueron enterrados en las afueras de la ciudad antigua de Jerusalén bajo tres pirámides; la ornamentada Tumba del Rey, al norte de la Puerta de Damasco en la carretera de Nablus que pasa junto al hotel American Colony, ha sobrevivido hasta nuestros días. En el siglo XIX, un arqueólogo francés excavó la zona y anunció que la tumba había pertenecido al rey David. Adiabene no era el único feudo judío en aquella zona: dos judíos que se rebelaron contra Partia, Asineo y Anileo, crearon un estado judío independiente alrededor de Babilonia que duró unos quince años. [ << ]

[\*5] La Puerta de Oro es la puerta por la cual, según la tradición, Jesús entró en el Templo, y tanto en la mística musulmana como en la cristiana, ésa será la puerta por la que el Mesías entrará en Jerusalén. Sin embargo, Jesús no pudo haber entrado por ahí: la puerta no se construyó hasta seiscientos años más tarde y la cercana Puerta de Susa, que sólo usaba en contadas ocasiones el sumo sacerdote, no estaba abierta al público. Otra tradición cristiana afirma que Jesús entró por la Puerta Hermosa, al otro lado, probablemente cerca de Bab al-Silsila al oeste, lo que es más probable. La Puerta Hermosa es también el lugar en el que Pedro y Juan realizaron su milagro después de la muerte de Jesús. El nombre en sí mismo, Puerta de Oro, podría ser una versión distorsionada de «hermoso», puesto que «dorado» en latín (*aurea*) y «hermoso» en griego (*oreia*) son bastante similares. La santidad de Jerusalén está entrelazada de este tipo de confusiones, y son muchas las leyendas que se les atribuyen a los mismos lugares para reforzar y embellecer su santidad. [ << ]

[\*6] Cada uno de los acontecimientos de esta historia desarrollaría su propia geografía en Jerusalén, aunque, desde un punto de vista histórico, muchos de estos lugares probablemente sean erróneos. Según la tradición, la sala del piso superior, el Cenáculo en el monte Sión es el lugar en el que tuvo lugar la última cena; el auténtico estaba tal vez más próximo a las casas más modestas cercanas a la piscina de Siloé, puesto que Marcos menciona «un hombre que lleva un cántaro de agua» en aquel lugar. La tradición de la última cena apareció más tarde, en el siglo v e incluso en siglos posteriores, durante la época de los cruzados. Una tradición más consolidada sugiere que fue allí donde el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en Pentecostés, después de la muerte de Jesús: se trata sin duda de uno de los santuarios cristianos más antiguos. Su santidad era tan contagiosa que los judíos y los musulmanes también lo venerarían más tarde. La ubicación más tradicional, pero también plausible, sitúa la mansión de Anás bajo la iglesia de los Santos Arcángeles, en el barrio armenio. En Jerusalén se ha descubierto un peso de piedra con una inscripción en arameo en la que se puede leer: «Propiedad de la casa de Caifás». En el año 1990, unos obreros encontraron un cofre funerario sellado que contenía un osario y que llevaba una inscripción: «José, hijo de Caifás». Es posible por lo tanto que se trate de los huesos del sumo sacerdote. Se cree que la situación del jardín de Getsemaní y de su antiguo olivar es la correcta. [[<<](#)]

[\*7] Esta ruta es completamente diferente a la tradicional Vía Dolorosa. La Puerta de Gennath, mencionada por Josefo, fue identificada por el arqueólogo israelí Nahman Avigad en la zona norte del barrio judío, en una sección de la primera muralla. Durante el período musulmán, los cristianos se equivocaron al creer que la fortaleza Antonia era el Praetorium donde Pilato había juzgado a Jesús. Los monjes franciscanos medievales desarrollaron la tradición de las estaciones de la cruz a lo largo de la Vía Dolorosa, desde la ubicación de la fortaleza Antonia hasta la iglesia del Santo Sepulcro, casi sin duda la ruta equivocada. Gólgota deriva del arameo «cráneo», y Calvario del latín *calva* «cráneo». [[<<](#)]

[\*8] En el año 74 a. C. el joven Julio César fue capturado por unos piratas, que lo liberaron tras el pago de un rescate; César regresó a detenerles y crucificarles pero, en agradecimiento por su cortesía, lo hizo de la manera más humana posible: tuvo la gentileza de cortarles el cuello antes de crucificarlos. La crucifixión tiene su origen en el este, cuando Darío el Grande crucificó a los rebeldes babilonios, y fue adoptada por los griegos. Como ya hemos visto, Alejandro Magno crucificó a los tirios; Antíoco Epífanes y el rey judío, Alejandro Janeo, crucificaron a los jerosolimitanos rebeldes; los cartagineses crucificaron a los generales insubordinados; y en el año 71 a. C., Craso celebró su victoria sobre Espartaco crucificando a seis mil esclavos

rebeldes a lo largo de la Vía Apia. Se dice que la madera para la cruz procedía del lugar en el que se encontraba el monasterio fortificado del siglo XI, el monasterio de la Cruz, cerca del actual Knesset israelí. El monasterio fue durante mucho tiempo el cuartel general de los georgianos en Jerusalén. [ << ]

[\*9] *El evangelio de San Pedro*, un códice gnóstico que data del siglo II o III, descubierto en Egipto en el siglo XIX, contiene una misteriosa historia sobre la retirada del cuerpo. El evangelio más antiguo, el de Marcos, escrito alrededor del 70 d. C., cuarenta años después de la muerte de Jesús, termina cuando Jesús es colocado en su tumba, y nunca menciona la resurrección. La crónica de la resurrección que hace Marcos es un añadido posterior. El de Mateo, escrito alrededor del año 80 d. C., y el de Lucas se basan en el de Marcos y en otra fuente desconocida, de ahí que estos tres evangelios sean conocidos como los Sinópticos, del griego «vistos juntos». Lucas minimizó el papel de la familia de Jesús en la crucifixión, pero Marcos menciona a María, madre de Santiago, a José y a la hermana de Jesús. El de Juan, el último evangelio, escrito probablemente a finales de siglo, describe un Jesús más divino que los otros, pero se basa en otras fuentes, y proporciona más detalles sobre las anteriores visitas de Jesús a Jerusalén. [ << ]

[\*10] El libro de los Hechos de los apóstoles narra esta historia, pero Mateo ofrece otra versión: Judas, corroído por el remordimiento, arrojó al suelo sus monedas de plata en el Templo, ante lo cual, el sumo sacerdote (que no podía poner ese dinero en el tesoro porque era dinero de sangre), lo invirtió en el Campo de los Alfareros «para sepultar a los extranjeros». A continuación, Judas se ahorcó. El Aceldama, el Campo de Sangre, fue un cementerio hasta la Edad Media. [ << ]

[1] Vida y ministerio de Jesús. Pináculo del Templo: Mateo 5,5. A los doce años en el Templo: Lucas 2,39-51. Herodes Antipas amenaza a Jesús, fariseos, gallinas y profeta en el exterior de Jerusalén: Lucas 13,31-35. (En la versión de Mateo, pronuncia ese mismo discurso en el Templo durante la última visita de Jesús: Mateo 23,37). Pronóstico de la destrucción de Jerusalén y de los ejércitos: Lucas 22,20-24. Jesús, Juan resucitado, Herodes: Marcos 6. 14. «Decapité a Juan pero ha resucitado»: Lucas 9,7-9. Visita a la alta montaña y reunión con Moisés y Elías (parecido con el viaje nocturno de Mahoma): Marcos 9,1-5. Visión del rey de los Cielos: Mateo 24,3-25,46. Arrepentimiento y venida del Reino de los Cielos: Mateo 5,17. Bienaventurados sean los pobres: Mateo 5,3. No destruir la ley: Mateo 5,17. Justicia superior a la de los fariseos: Mateo 5,20. Dejad que los muertos entierren a los muertos: Mateo 8,22. Espada del apocalipsis o visión del Día del Juicio Final: Mateo 10,21-32. Horno y rechinar de dientes: Mateo 13,41-58. Hijo del Hombre y gloria: Mateo 20,28. Debo ir a Jerusalén: Mateo 16,21. Naciones juzgadas: Mateo 25,31-4.

Vida eterna para los justos: Mateo 25,41 y 25,46. Seguidores de élite, Juana, esposa del mayordomo de Herodes: Lucas 8,3. Ciudad del gran rey: Mateo 5,35. Anteriores visitas al Templo, versión anterior de la limpieza del Templo: Juan 2,13-24.1. Hijo del Hombre: Daniel 7,13. Visión del Reino de los Cielos, Final de los Días, Hijo del Hombre, estado dispuestos: Mateo 24,2-25,46. Visitas anteriores a Jerusalén y evita la lapidación: Juan 7, 8, 10,22. Jesús y Juan el Bautista, mismo mensaje, arrepentimiento y el Reino de los Cielos: Mateo 3,2 y 5,17. Juan el Bautista, nacimiento: Lucas 1,5-80. María visita a los padres de Juan: Lucas 1,39-41. Juan denuncia a Herodes y Herodías: Lucas 3,15-20.1. Herodes Antipas y la decapitación de Juan el Bautista: Marcos 6. 14-32. Juan bautiza a Jesús: Lucas 3,21, Mateo 3,16. Herodes Antipas: Josefo, *Antigüedades* 18,109-119 (historia de Herodías, la hija de Areta, y Juan el Bautista). Josefo, *Antigüedades* 18,116-119. Kokkinos 232-237, incluyendo la identidad de Salomé. Antipas y la tetarquía de Filipo y la guerra nabatea: Josefo, *Antigüedades* 18,104-42. Salomé: Marcos 6,17-19. Mateo 14,3-11. Jesús sobre ese zorro: Lucas 13,32 Diarmaid MacCulloch, *A History of Christianity: The First Three Thousand Years* (en adelante, MacCulloch). 83-91. [[<<](#)]

[2] Jesús en Jerusalén. Entrada del rey de Israel: Juan 12.1-15. Insurrección, Pilato, Siloé: Lucas 13,1-4. Predicción de la abominación, destrucción: Marcos 13,14. Gallinas, visión de la desolación: Mateo 23,37-38. En el Templo, visión del rey de los Cielos y del Día del Juicio Final: Mateo 24,3-25,46. Jesús en el Templo, ni una piedra: Marcos 13,1-2 y 14,58 y más tarde Esteban citando a Isaías: Hechos 7,48. Ni una piedra: Mateo 24,1-3. Tradiciones judías contra el Templo: Isaías 66. 1. Los días en Jerusalén: Marcos 11-14 y Juan 12-19. Josefo, *Antigüedades* 18. 63. Primera versión de la limpieza del Templo: Juan 2,13-24.1. Retrato del carácter se basa en Geza Vermes, *The Changing Faces of Jesus*; Geza Vermes, *Jesus and the World of Judaism*; Geza Vermes, «The truth about the Historical Jesus», *Standpoint*, septiembre 2008; MacCulloch; Charles Freeman, *A New History of Early Christianity*; A. N. Wilson, *Jesus*; F. E. Peters, *Jesus and Muhammad, Parallel Tracks, Parallel Lives*. Jerusalén en tiempos de Jesús. Muchas naciones: Hechos 2,9-11. Daniel-Rops, *Daily Life in Palestine in the Time of Christ* 80-97. MacCulloch 91-96.1. Mansión palaciega y *mikvahs*, véase *Archeological Park*. Bahat, *Atlas* 40-53 y 54-58. Adiabene reina y reino judío en Iraq: Josefo, *Antigüedades* 18,310-377. Reina Helena: Josefo, *Antigüedades* 20,17-96. Goodman 65. Osarios: Tabor 10. Hijo del Hombre: Daniel 7,13. Cenáculo, última cena, Pentecostés, Espíritu Santo: Marcos 14,15, Hechos 1,13-2,2. Patrich, *Sacred Esplanade* 37-73.1. Con respecto a los movimientos de Jesús en la ciudad: véase Shimon Gibson, *The Final Days of Jesus*, en especial el mapa en la página 115; entrada en la ciudad 46-9; última cena 52-5; Getsemaní 53-5; investigación y excavaciones de Gibson en las piscinas de Bethesda y de Siloé, que demuestran que tal vez existieran piscinas de purificación *mikvah* 59-



80; detención 81-82. Sanaciones en las piscinas: Juan 5,1-19 y 9,7-11. Caifás en Juan 11,50. Conversaciones con Ronny Reich y Eli Shukron sobre las excavaciones del siglo I en la piscina de Siloé. [[<<](#)]

[3] Pilato: Josefo, *Antigüedades* 18,55-63; disturbios samaritanos: Josefo, *Antigüedades* 18,85-95. Violencia de Pilato: Filón citando a Agripa I en Sartre 114-115; Goodman 403. Véase también Daniel R. Schwartz, «Josephus, Philo and Pontius Pilate», en *Cathedra* 3,26-37. (sobre las acciones de Pilato, Filón afirma que eran escudos, y Josefo, estandartes militares). Filón, *Works*, vol. 10, embajada a Cayo 37,301-303. Juicio: Juan 18-19 y Marcos 14 y 15. Hijas de Jerusalén: Lucas 23,28. Poderes del sanedrín, y juicio: Goodman 327-331, incluyendo la cita de Josefo y otros ejemplos, tales como la sentencia de Santiago, hermano de Jesús en el año 62 d. C. Barrabás: Marcos 15,7. Insurrección, Pilato, Siloé: Lucas 13,1-4. Herodes y Pilato: Lucas 23,12. Detención y juicio: Gibson, *Final Days of Jesus* 81-106. MacCulloch 83-96. [[<<](#)]

[4] Crucifixión: esta crónica de la técnica y de la muerte está basada en Joe Zias, «Crucifixion in Antiquity» en [www.joezias.com](http://www.joezias.com). Crucifixión, desnudez, entierro y pruebas de un nuevo sudario descubiertas por Shimon Gibson: *Final Days of Jesus* 107-125 y 141-147; tumba 152-165. Esta crónica está basada en Juan 19,20, Marcos 15, Mateo 28. Josefo, *Guerra* 7,203 y 5,451. Tabor 246-250. Resurrección: cita de Lucas 24. Mateo 27-28. Marcos 16. Caifás: Mateo 27,62-66 y 28,11-15. Judas, plata y Campo de los Alfareros: Mateo 27,5-8 y Hechos 1,16-20. Cuerpo retirado: Mateo 27,62-4 y 28,11-15 para la historia de los sacerdotes ofreciendo sobornos a los guardias para afirmar que los discípulos retiraron el cuerpo. *Evangelio de Pedro* (que probablemente data de principios del siglo II). 8,29-13,56 en el que una multitud rodea la tumba, y después dos hombres retiran el cuerpo: véase un análisis en Freeman, *New History of Early Christianity* 20-21 y 31-38. De la Resurrección a la Ascensión: Juan 20-1 (incluyendo las dudas de Tomás). 1. Santiago el Justo como líder, primeros días de la secta: Hechos 1-2 y Gálatas 1,19, 2,9 y 12. Pentecostés y lenguas: Hechos 2. Sanación en la Puerta Hermosa: Hechos 3. Esteban: Hechos 6 y 7; lapidación 7,47-60. Saúl en la muerte de Esteban, perseguidor, conversión y aceptación de la iglesia: Hechos 7,58-60 y 8,1-9,28. Diversas fuentes reflejan el cristianismo judío: *Evangelio de Tomás*; Clemente de Alejandría; las *Ascensiones de Santiago* y el *Segundo Apocalipsis de Santiago*, todos citados y analizados en Tabor, 280-291. Pilatos, samaritanos, caída: Josefo, *Antigüedades* 18,85-106. Sartre 114-115. Schäfer 104-105. Lane Fox, *Unauthorized Version* 297-9, 283-303. Peters, *Jerusalem* 89-99. *Archeological Park* 72, 82, 111. Judas, Campo de los Alfareros: Mateo 27. 3-8. Tácito, *Historias* 15,441. MacCulloch 92-96. Sartre 336-339. Kevin Butcher, *Roman Syria and the Near East* (en adelante, Butcher). 375-380. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 12

[\*1] «Me correspondió», escribía Herodes como macabeo y herodiano, «tener como abuelos y antepasados a reyes, la mayor parte de los cuales ostentaron el título de Sumo Sacerdote, y quienes consideraron que su dignidad de rey era inferior a su dignidad sacerdotal. La posición de Sumo Sacerdote supera en excelencia a la de rey, puesto que Dios está más alto que el hombre y porque la primera implica el deber de rendir culto a Dios, y la segunda, el de hacerse cargo de los hombres. Y puesto que mi fortuna está unida a la de esta nación, ciudad y templo, yo te imploro en nombre de todos ellos». [ << ]

[\*2] Claudio no tuvo suerte con sus cuatro matrimonios, y más especialmente con los dos últimos: mató a una esposa y la otra lo mató a él. Ejecutó a su adolescente e infiel esposa Mesalina, acusada de traición, y luego se casó con su sobrina Julia Agripina, la hermana de Calígula, que empezó a promover a Nerón, su hijo de un matrimonio anterior, como heredero. Claudio nombró a Nerón coheredero con su hijo Británico, que recibió ese nombre en honor a la conquista de Britania. Tras su entronización, Nerón asesinaría a Británico. [ << ]

[\*3] La cabeza de Santiago fue enterrada junto a otra cabeza jacobita, la del otro Santiago ejecutado por Agripa, en lo que se convertiría más tarde en la catedral del barrio armenio. De ahí que su nombre sea el plural, catedral de los Santiagos. Las cabezas de santos tendían a proliferar en los relicarios de Europa: otra cabeza (además de un cuerpo descabezado) del apóstol Santiago fue descubierta en España en el siglo x, y se convirtió en el centro del culto a Santiago de Compostela, un santuario vibrante todavía en la actualidad. [ << ]

[\*4] Félix y Drusila tenían un hijo que vivía en Pompeya. Cuando la ciudad fue destruida por la erupción del año 79, Drusila y su hijo perecieron bajo las cenizas. [ << ]

[\*5] La calle que sobrevive justo al lado del Muro de las Lamentaciones fue obra suya, y también el pavimento que puede verse en el monte Sión. [ << ]

[\*6] Si la forma griega de «Nerón, César» se translitera en consonantes hebreas, y se sustituyen estas consonantes por su equivalente numérico, la suma de las cifras resultantes es 666. El Apocalipsis fue probablemente escrito durante las persecuciones del emperador Domiciano, entre los años 89 y 96. En el año 2009, los arqueólogos del Vaticano descubrieron una tumba oculta bajo la basílica de San



Pedro en el exterior de la muralla de Roma, lugar en el que siempre se había creído que estaba enterrado Pablo. Los resultados de la datación por carbono de los huesos los fechan entre el siglo I y el siglo III; podrían ser los restos de Pablo. [ << ]

[1] Herodes Agripa I: Josefo, *Antigüedades* 18,143-309, 19,1-360. Persecución de Santiago y de Pedro: Hechos 12,20-23. Kokkinos 271-304. Tercera muralla: *Archeological Park* 138. Bahat, *Atlas* 35. Sartre 78-79 y 98-101. Aprobado por la Mishná: Peters, *Jerusalem* 96-97. Santiago, hijo de Zebedeo, y Pedro: Hechos 11,27-12,1-19. Herodes Agripa lee el Deuteronomio: Goodman 83. Sobre Filón, véase, Filón, *Obras*, vol. 10, embajada a Calígula. Goodman 88, 118. Carácter de Calígula: Suetonio, Calígula. Claudio expulsa a los judíos cristianos / Cristo: Suetonio, Claudio. [ << ]

[2] Herodes Agripa II y hermanas, Claudio, Nerón, Popea, procuradores: Josefo, *Guerra* 2,250-270. Josefo, *Antigüedades* 20,97-222. Goodman 375-3821. Kokkinos 318-330. Stewart Perowne, *The Later Herods* 160-166. Sartre 79-80. [ << ]

[3] Pablo: orígenes Hechos 9-11 y 22-5; Saúl en la muerte de Esteban, conversión y aceptación de la iglesia 7,58-60 y 8,1-9,28; regreso a Jerusalén Hechos 11. Citas de Gálatas 11-2,20, 6,11; ofrenda de pecado 2 Corintios 5,21; Santiago, Pedro, Juan como «pilares». Gálatas 2,6 y 9; la nueva Jerusalén y el nuevo Israel de Pablo, Gálatas 4,26; sobre la circuncisión, Filipenses 3,2-3; visitas posteriores a Jerusalén, detención, Félix, Agripa Hechos 21-28. El análisis se basa en las siguientes obras: A. N. Wilson, *Paul: The Mind of the Apostle*; MacCulloch 97106; Freeman, *New History of Early Christianity* 47-63; Tabor 292-306; Goodman sobre la gran ambición de Pablo 517-527. Santiago el Justo: véase *Evangelio de Tomás* y Clemente de Alejandría y Eusebio, citando a Hegesipo; las *Ascensiones de Santiago* en los reconocimientos pseudoclementinos; el *Segundo Apocalipsis de Santiago*, citado en Tabor 287-291. Apóstoles en el Templo: Hechos 2,46, 5,21, 3,1-2. «Cristianos» utilizado por primera vez en Antioquía: Sartre 298, 336-339; Hechos 11,26. [ << ]

[4] Santiago el Justo: muerte y sucesión de Simón. Santiago como sacerdote. Pablo: vida y conversión Hechos 7-11 y 22-51. Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica: Vida de Constantino el Grande* 2,23. Peters, *Jerusalem* 100-107. Sobre Santiago como sacerdote justo, Hegesipo; sucesor de Simón, Hegesipo, Epifanio, Eusebio, Tabor 321-332. [ << ]

[5] Josefo, su vida y visita a Roma: Josefo, «Autobiografía». 1-17. Libro del apocalipsis: MacCulloch 103-105; Freeman, *New History of Early Christianity* 107-110: la nota sobre el código del número de la bestia se basa en Freeman 1081.

Persecuciones de Nerón: véase Tácito, *Historias*. Inicio de la revuelta judía: Josefo, «Autobiografía». 17-38. Josefo, *Guerra* 2,271-305. Josefo, *Antigüedades* 20,97-223, 20,252-266. Goodman 404-118. Perowne, *Later Herods* 98-108 y 117-118. Sartre 113-121. Schäfer 114-123. Nerón: muerte de Pedro y Pablo, citando a Orígenes, Goodman 531. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 13

[1] Guerra, deserción de Josefo y Vespasiano como emperador, incluyendo los portentos: Suetonio, *Vespasiano* 5; Tácito, *Historias* 1,11; Tito y Berenice, Tácito 2,1-2; emperador y apoyo de Agripa II, Berenice en sus mejores años y en el apogeo de su belleza: Tácito 2,74-82. Josefo, *Guerra* 2,xvi, 2,405-3,340, deserción de Josefo: Josefo, *Guerras* 2,405-3,340 Defectos de Josefo: Josefo, *Guerras* 3340-3408. Guerra, Gamala y sucesos posteriores: *Guerras* 4,1-83. Suetonio, Tito 7; días perdidos 8; aspecto 3. Schäfer 125-129. Sartre 123-127. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 14

[\*1] A Vespasiano, por su parte, en Italia se le recuerda sobre todo por la creación de retretes públicos, que todavía se conocen con el nombre de *vespasianos*. [ << ]

[\*2] Las monedas de Vespasiano llevaban la inscripción «JUDAEA CAPTA» y la figura femenina de Judea sentada y atada al pie de una palmera mientras Roma descansa tras ella, en pie y apoyada en su lanza. El destino de los tesoros de Jerusalén es un misterio. En el año 455, Genserico, rey de los vándalos, saqueó Roma y se llevó los tesoros del Templo a Cartago, donde serían más tarde capturados por el general Belisario, al servicio del emperador Justiniano y quien, a su vez, se los llevó a Constantinopla. Justiniano envió los candelabros de regreso a Jerusalén, que, al parecer fue saqueada por los persas en el 614; en cualquier caso, el tesoro desapareció. El Arco de Tito, terminado por su hermano Domiciano, muestra los brazos del candelabro alargados y girados hacia arriba para que parezcan un tridente: tal vez fueran alterados, o tal vez se trate de un error del artista. Irónicamente, los candelabros romanizados (salvo los símbolos paganos) se convirtieron en la base de la menorah judía moderna, los candelabros utilizados en la festividad de Hanukkah y como la insignia de Israel. [ << ]

[\*3] A Herodes Agripa II se le concedió un reino ampliado en Líbano. Es posible que no le tentara la idea de gobernar las ruinas de Judea, pero es posible también que hubiera jugado con la idea de hacer una carrera política en Roma. Cuando visitó la ciudad en el año 75 con motivo de la inauguración del templo de la Paz (en el que se exhibían algunos de los vasos del Templo) le fue concedido el rango de pretor. Tras haber reinado bajo diez emperadores, Herodes murió alrededor del año 100 d. C. Sus familiares reinarían en Armenia y Cilicia y, al final, también serían nombrados cónsules romanos. [ << ]

[\*4] Se trata de una tumba familiar inacabada, de una familia que probablemente muriera en el asedio, de modo que era un lugar apropiado para que los judíos se reunieran a rezar y expresar su dolor por el Templo. Aquellos peregrinos grabaron las inscripciones que todavía pueden verse en la actualidad. [ << ]

[\*5] Lo que desagradó a los romanos. El amor homosexual era algo convencional y no se consideraba afeminado: César, Marco Antonio, Tito y Trajano eran lo que podríamos llamar bisexuales. Sin embargo, y todo lo contrario a la moral actual, los romanos creían que era aceptable mantener relaciones sexuales con chicos muy jóvenes pero no con hombres adultos. Aun así, cuando Antínoo se hizo hombre,

Adriano no le prestó ninguna atención a su esposa y trató a su amante como a su pareja. [ << ]

[\*6] Los edificios de Adriano sobreviven en algunos lugares peculiares: la tienda de dulces Zalatimo, en la calle Hanzeit, número 9, incorpora los restos de la puerta del templo de Júpiter de Adriano y la entrada del foro principal. La tienda fue inaugurada en el año 1860 por Mohamed Zalatimo, un sargento otomano, y el patriarca familiar de esta dinastía pastelera palestina, Samir Zalatimo, sigue a su frente. La muralla de Adriano se prolonga hasta otro antiguo negocio familiar palestino, la tienda de zumos de fruta de Abu-Assab, y a continuación hasta la iglesia rusa Alexandr Nevsky. El arco de la entrada del segundo foro de Adriano sobrevive en la Vía Dolorosa, y muchos cristianos creen erróneamente que se trata del lugar en el que Pilato presentó a Jesús a la multitud con las palabras «ecce homo» (aquí tenéis al hombre). De hecho, el arco no se construiría hasta cien años más tarde. En la base de la Puerta de Damasco se han realizado excavaciones para dejar al descubierto toda la gloria de la construcción de Adriano. La actual calle Mayor, Ha-Gai o El Wad, sigue la ruta del Cardo de Adriano que las excavaciones en la plaza del Muro de las Lamentaciones han dejado al descubierto. Pero lo más extraño de estos restos paganos es que se encuentran en la Iglesia del Santo Sepulcro. El historiador Dión Casio y más tarde, la crónica cristiana *Chronicon Paschale*, dan a entender que en el monte del Templo se construyó un templo de Júpiter. Es posible, pero no se ha descubierto ningún resto. [ << ]

[\*7] Boca abajo, justo sobre la sección decorada de la Puerta Doble en la muralla al sur del monte del Templo, hay una inscripción que reza: «AL EMPERADOR CÉSAR TITO ELIO ADRIANO ANTONINO AUGUSTO PÍO», casi con toda seguridad la base de la estatua ecuestre de Antonino Pío que también estuvo en el monte del Templo. Tal vez fuera saqueada y después reutilizada por los califas omeyas que construyeron la puerta. [ << ]

[\*8] Los gnósticos eran una de esas tendencias: creían que la chispa divina sólo tocaba a unos pocos elegidos con un conocimiento especial. En 1945, unos campesinos egipcios descubrieron trece códices ocultos en una vasija que databan del siglo II o III que han revelado mucho más, y que han generado asimismo una gran cantidad de malas películas y novelas. En el *Apocalipsis de Pedro* y el *Primer Apocalipsis de Santiago*, se crucifica a un sustituto en lugar de a Jesús. En el *Evangelio de Felipe* aparecen referencias fragmentadas sobre Jesús besando a María Magdalena, lo que da pie a la idea de que tal vez podrían haberse casado. El *Evangelio de Judas*, descubierto en el año 2006, parece presentar a Judas como el ayudante de Jesús en el acto de la crucifixión y no como un traidor. Los textos fueron

probablemente ocultados en el siglo IV cuando los emperadores cristianos empezaron a perseguir las herejías, pero la palabra «gnóstico», basada en la palabra griega que denota «conocimiento», fue acuñada en el siglo XVIII. Los judíos cristianos sobrevivieron en cantidades minúsculas, como los ebionitas (pobres) que rechazaban que Jesús hubiera nacido de una virgen y veneraron a Jesús el profeta judío hasta bien entrado el siglo IV. En cuanto a los cristianos integrados en la corriente principal del cristianismo, aunque escasos en número, su sentido de comunidad y de misión les hizo desarrollar un creciente desdén hacia los gentiles, a los que llamaban paletos, *pagani*, de ahí, pagano. [ << ]

[\*9] En el curso de una excavación en la antigua capilla armenia de Santa Helena, los arqueólogos armenios abrieron un espacio (ahora la capilla Varda) en el que descubrieron una inscripción de lo más enigmático: el esbozo de un barco y una frase en latín: «Domine ivimus» (Señor, hemos venido), una referencia al salmo 122 que empieza «In domum domini ibimus» (Vamos a la Casa del Señor). La inscripción data del siglo I, lo que demuestra que los cristianos oraban en secreto bajo el templo de Júpiter de la pagana Aelia. [ << ]

[1] Triunfo: Josefo, *Guerras* 7. XXIV. Este análisis de la actitud de los romanos con respecto al judaísmo después del año 70 d. C. Se debe en gran parte a Goodman 452-455. Tácito V. Masada: Josefo, *Guerras* 7, XXVIII (la cita sobre Jerusalén es de Eleazar en Josefo, *Guerras*). Tito, Agripa II y Berenice después del año 70 d. C.: Tácito y Suetonio, Tito 7. Dión Casio citado en Goodman 459. Carrera política de Agripa II: Goodman 458-459; diamantes de Berenice citando a Juvenal en Goodman 378. Josefo después del año 70 d. C.: Josefo, *Autobiografía* 64-76. Últimos herodianos: Kokkinos 246-250 y 361. El último herodiano bajo Marco Aurelio: Avi-Yonah 43. [ << ]

[2] Flavios, Nerva y Trajano, Domiciano, Jerusalén y libro del apocalipsis: MacCulloch 103-1051. Nerva relaja el impuesto judío: Goodman 469. Sobre Trajano y las revueltas del año 115: Goodman 471-483. Simón, el primo de Jesús, persecución de la casa de David, ejecución en el año 106: Tabor 338-342 citando a Eusebio y a Epifanio como fuentes sobre las ejecuciones de los miembros de la casa de David ordenadas por los Flavios y por Trajano. Sinagogas en Jerusalén: Eusebio, *Historia eclesiástica* 4,5. Epifanio citado en Peters, *Jerusalem* 125. Sartre 126-128. Esperanzas escatológicas en Palestina: oráculos sibilinos 4-5; apocalipsis griega de Baruc III y apocalipsis Siria de Baruc II. Zakkai: Schäfer 135-140. Jerusalén: Eusebio citado en Perowne, *Later Herods*, media ciudad destruida y siete sinagogas, 191. Judaísmo, ben Zakkai y permiso a los judíos de vivir en Jerusalén entre los años 70-132: Avi-Yonah 12-54. Trajano: Goodman 471-481, incluyendo cita de Apiano sobre

Trajano destruyendo judíos en Egipto; y de Arriano sobre la destrucción general de los judíos. Revueltas judías: Dión Casio 68,32,1-2. Eusebio, *Historia eclesiástica* 4,2,1-5. Schäfer 141-142. Sartre 127-128. Butcher 45-50. [[<<](#)]

[3] Adriano: Dión Casio 69,12,1-13,3. Carácter admirable y nefasto: Anthony R. Birley, *Hadrian the Restless Emperor* 301-307, incluyendo *Historia Augusta* «cruel y benévolo», etc. y *Epitome de Caesaribus* «diverso, múltiple y multiforme». Frank McLynn, *Marcus Aurelius* 26-39. Aelia: Bahat, *Atlas* 58-671. Thorsten Opper, *Hadrian: Empire and Conflict*, Carrera 34-68 y bar Kojba 8997 y Antínoo 168-911. Goodman 481-4851. *Archeological Park* 1401. Yoram Tsafrir, «70-638 CE: The Templeless Mountain», en *Sacred Esplanade* 73-99. [[<<](#)]

[4] Simon bar Kojba y Adriano: esta crónica está basada en Dión Casio 69,12,1-13,3 y 69,14,1-3; Eusebio, *Historia eclesiástica* 4,6 y Justino. Véase Opper, *Hadrian* 89-97, incluyendo los últimos hallazgos en la Cueva de las Cartas. Birley, *Hadrian the Restless Emperor*: Influencia de Antíoco Epífanés 228-229; monedas conmemorando la visita a Judea 231; fundación de Aelia 232-234; revuelta, bar Kojba 268-278; libro de los Números, Akiba, correspondencia, Justino y Eusebio, caída de Betar, plano de la nueva Jerusalén con la estatua ecuestre de Adriano en el santo de los santos y con el ídolo de Júpiter de Eusebio, y estatua del cerdo de Jerónimo, todo citado en Birley. McLynn, *Marcus Aurelius* 26-39. Bahat, *Atlas* 58-67. Goodman 485-493, incluyendo cómo los romanos enterraron los recuerdos del conflicto, incluso más desastroso que el triunfalismo del año 70, continuidad de Adriano a la dinastía severa no significó ningún incentivo para cuestionar el *ethos* de Adriano 496. Véase también: Yigal Yadin, *Bar-Kokhba*, ropa, llaves 66; documentos de Babatha 235. Avi-Yonah 13, probablemente conquistara Jerusalén, setenta y cinco asentamientos destruidos, población judía y palestina, 1,3 millones. ¿Destruyó Adriano el Templo?: Shanks 47, citando el *Chronicon Paschale*, referencias rabínicas julianas al tercer Templo destruido por Adriano. Resistencia en las cavernas: Amos Klauer, «subterranean Hideaways of Judean Foothills», en *Cathedra* 3,114-135. After 335: Sartre 320-325. Después de bar Kojba y de Simon bar Yohai: Avi-Yonah 15-39, 661. Tsafrir, *Sacred Esplanade* 73-99. [[<<](#)]

[5] Ciudad de Adriano, administración romana: Butcher 135-300, 240-250, 335-345. Sartre 155, 167-169. Misterios arqueológicos, Décima Legión, hallazgos romanos al sur del Monte del Templo, sillares de Herodes en los cimientos del Templo de Adriano: Shanks 43-53. Estatuas de los emperadores todavía en el Monte del Templo según una visita del anónimo peregrino de Burdeos 333: Peregrino anónimo de Burdeos, *Itinerary* 592-593. Tsafrir, *Sacred Esplanade* 7399. Soterramiento deliberado del Gólgota: Eusebio, *Life of Constantine* 3,26-281.



Sozomen, *Historia eclesiástica* 2,1, citado en Peters 137-142. Zalatinos, iglesia de Alejandro, hospicio, murallas de Adriano y muro exterior de la iglesia de santa Helena: conversaciones del autor con Gideon Avni y Dan Bahat. Sincretismo de los dioses de Aelia: Sartre 303-321. Actitud hacia los judíos y la Aelia romana: Goodman 490-495. Antonino Pío relaja las medidas represivas: Sartre 320-325. Visita de Marco Aurelio: Goodman 498. Marco Aurelio: Butcher 46-481. Gobernador herodiano de Palestina Julio Severo: Avi-Yonah 43-45. Marco Aurelio en aelia citando a Amiano Marcelino: Goodman 498. La actual Ciudad Vieja tiene la forma que le dio Adriano: David Kroyanker, *Jerusalem Architecture* (en adelante, Kroyanker). 14. Judíos: visita de Septimio Severo, Caracalla, Judá ha Nasi: Goodman 496-497, 506-511. Severo: Butcher 48-51. Judaísmo, Judá ha Nasi: Sartre 319-335. Visitas a Jerusalén, Judá ha Nasi: Avi-Yonah 50-56, 140; Tanaim y la corte de Nasi, patriarcas hasta el príncipe Judá 39-40, 54-75; Jerusalén, rasgándose las vestiduras 79-80; la dinastía severa y Judá el príncipe y un pequeño grupo de discípulos de la sagrada comunidad del rabino Meir se instalan en Jerusalén 77-79. Severo y la guerra civil, Caracalla: Sartre 148-149, 157; Butcher 48-51. Regreso de los judíos a Jerusalén: Sartre 321-322; Goodman 501-508. Tradiciones judías sobre Jerusalén, en Tosefta, Amidah, etc., citadas en Goodman 576-577. Simon Goldhill, *Jerusalem: A City of Longing* 179. Creencias cristianas y persecuciones: Goodman 512-124. Isaiah Gafni, «Reinterment in Land of Israel», en *Cathedra* 1101. El cristianismo después del año 135: Freeman, *New History of Early Christianity* 132-141; ebionitas 133; gnósticos 142-154. Primeros cristianos, gnosticismo: MacCulloch 121-137; relaciones con el estado romano 156-188; alternativa cristiana a Roma 165; Severo, hasta la crisis del siglo III, mitraísmo, Mani, Diocleciano 166-176. Joseph Patrich, «The Early Church of the Holy Sepulchre in the Light of Excavations and Restoration», en Y. Tsafir (ed.), *Ancient Churches Revealed* 101-107. Sinagogas: siete sinagogas; una se conservó en el monte Sión en el año 333 d. C.: Peregrino anónimo de Burdeos, *Itinerary* 592-593. Epifanio citado: Peters, *Jerusalem* 125-127. Schäfer 168. Cristianismo, persecuciones y decadencia del poder romano: Butcher 86-89; revueltas contra los romanos 65-66. Veinticinco cambios de emperador en 103 años, Zenobia, Diocleciano visita Palestina 286: Avi-Yonah 91-127 y 139-149. Michael Grant, *Constantine the Great* 126-134. Sartre 339. Sobre el imperio de Palmira y Zenobia: P1. Southern, *Empress Zenobia: Palmyra's Rebel Queen*. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 15

[\*1] En un principio, Constantino identificó al invencible dios Sol con el Dios cristiano, e hizo acuñar algunas de sus monedas con la imagen de la cruz grabada, y otras, con el Sol, al mismo tiempo que conservaba el título de *pontifex maximus* (sumo sacerdote) de los cultos paganos. En el año 321, Constantino instauró el domingo como el día del Sol, la versión cristiana del Sabbat. El mitraísmo era una religión mística persa que tenía seguidores entre las tropas romanas. Por lo que se refiere al maniqueísmo, el profeta parto Mani predicaba la existencia de una lucha perpetua entre la luz y la oscuridad, en último término, juzgada e iluminada por Jesucristo. En la actualidad, el término sobrevive pero sólo describe una visión del mundo en la que la vida se entiende como una pugna entre el bien y el mal. [ << ]

[\*2] Con la ejecución de su hijo, Constantino se uniría al lamentable grupo de filicidas formado por Herodes el Grande, Iván el Terrible, Pedro el Grande y Solimán el Magnífico. Herodes, el emperador Claudio y Enrique VIII también asesinaron a sus esposas. [ << ]

[\*3] Sin embargo, no fue la primera de las damas de la familia de Constantino en visitar la ciudad. Cuando su hija fue ejecutada, Eutropia, la madre cristiana de Fausta, ya se encontraba en Jerusalén, tal vez con la misión de supervisar los planes del emperador. Acompañó a su hija en la caída y casi fue hecha desaparecer de la historia. [ << ]

[\*4] No conocemos la secuencia exacta de estos edificios y de estos descubrimientos. Eusebio de Cesarea, que es quien nos narra esta crónica coetánea, sólo menciona las órdenes del emperador y las actuaciones de obispo Macario en la construcción de la iglesia del Santo Sepulcro (y nada acerca del papel desempeñado por Helena en el descubrimiento de la cruz). Aun así, le atribuye a la emperatriz la construcción de la iglesia de la Ascensión en el monte de los Olivos. La historia de Helena y la cruz la explica más tarde Sozomeno (también un cristiano local). Todavía puede verse parte de las murallas de Constantino en el interior de la iglesia de Alexandr Nevsky: las piedras contienen los nichos mediante los cuales los arquitectos unieron el mármol. Las iglesias constantinianas se basaban, no en los templos paganos, sino en la basílica, la sala de audiencia de los emperadores. Los rituales de la iglesia y las vestiduras de los clérigos se basaban en los de la corte imperial a fin de promover una jerarquía paralela a la del emperador entre los representantes del Reino de los Cielos. [ << ]

[\*5] Hasta el concilio de Nicea, la Pascua cristiana solía coincidir con la Pésaj, la Pascua judía, puesto que Jesús había sido crucificado durante la Pascua. En aquel momento, su decisión de terminar con esta situación para siempre se fundamentó en el odio que Constantino sentía hacia los judíos. Constantino decretó que la Pascua cristiana debía fijarse en el primer domingo de luna llena después del equinoccio de primavera, un sistema universal hasta el año 1582, cuando los calendarios orientales y occidentales se bifurcaron. [ << ]

[\*6] Arrio cruzaba Constantinopla tras una reunión con Constantino cuando sintió que «se le aflojaban las tripas». Antes de poder llegar a algún retrete, escribiría Sócrates de Constantinopla, las tripas de Arrio estallaron en medio del foro y una hemorragia expulsó sus intestinos, hígado y bazo, una demostración clara de la perversidad de su herejía. Sin embargo, y con el apoyo de Constancio II, el heredero de Constantino, el arrianismo sobrevivió a la muerte de Constantino, hasta que Teodosio I lo condenara de nuevo en el año 381, y decretara que Jesús era igual y consustancial al Padre en la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. [ << ]

[\*7] Nada queda de ese breve resurgimiento judío, pero es posible que haya una pequeña pista. En la parte alta del Muro de las Lamentaciones se ha descubierto una inscripción hebrea que reza: «Y cuando veas esto, tu corazón se alegrará, y tus huesos florecerán como la hierba». La inscripción estaba demasiado alta en la muralla para haber pertenecido al segundo Templo, aunque en aquella época el suelo estaba mucho más alto. Algunos investigadores creen que expresa la felicidad de los judíos ante la restauración de Jerusalén. Es más posible que se refiera a un cementerio del siglo x, puesto que bajo este punto se encontraron huesos. [ << ]

[\*8] Al principio, Sión era el nombre de la ciudadela de la Ciudad de David, al sur del Templo, pero se había convertido en sinónimo de monte del Templo. Ahora, «Sión» se convirtió en el nombre cristiano de la colina occidental. En el año 333, el peregrino de Burdeos ya la había llamado Sión. En 390, el obispo de Jerusalén construyó la magnífica y colosal Sión, la madre de todas las iglesias de la ciudad, en el lugar donde se había alzado el Cenáculo. La capacidad de reinventarse y de expolio cultural de Jerusalén es inacabable, pero crea una gran confusión de nombres. Por ejemplo: la Puerta Neápolis de Adriano, con las grandes columnas que se alzan ante ella, se convirtió ahora en la Puerta de San Esteban, nombre que conservó durante varios siglos, hasta que los árabes la llamaron Puerta de la Columna y, más tarde, Puerta de Nablus (Neápolis es la actual Nablus); los judíos la llamaron Puerta de Shechem y los otomanos le dieron el nombre que lleva hoy, Puerta de Damasco. (En la actualidad, la Puerta de San Esteban está en el lado oriental de la ciudad). [ << ]

[\*9] Los bizantinos trasladaron la mayor parte de las tradiciones judías del monte del Templo a la iglesia del Santo Sepulcro. La piedra rojiza del monte del Templo había sido conocida como la «sangre de Zacarías» (el sacerdote asesinado en aquel lugar, según se explica en 2 Crónicas 24,21), pero este lugar se trasladó ahora a la iglesia, lo mismo que la Creación, el lugar en el que estaba enterrado Adán, los altares de Melquisedec y de Abraham, y la vasija de plata de capturar demonios de Salomón. Estos objetos se unieron a la bandeja de la cabeza de Juan el Bautista, la esponja que sació la sed de Jesús en la cruz, la columna en la que fue azotado, la piedra que mató a San Esteban y, por supuesto, la Vera Cruz. El Templo había sido «el centro del mundo» para los judíos; no sorprende así en absoluto que este santuario exprés de la santidad bíblica, la iglesia del Santo Sepulcro, fuera ahora considerado como «el centro del mundo». [ << ]

[\*10] Las mujeres que deseaban llevar una vida monástica necesitaban a menudo disfrazarse de eunucos, lo que condujo a algunas anécdotas divertidas: una cierta Marina se afeitó la cabeza, se vistió con una túnica de hombre y se unió a un monasterio bajo el nombre de Marinos, pero fue acusada de ser el padre de un hijo y expulsada. Educó al niño y los monjes no descubrieron hasta el momento de su muerte que no estaba equipada para perpetrar el pecado del que había sido acusada. [ << ]

[\*11] Eudocia encontró inspiración en el salmo 51: «Haz bien con tu benevolencia a Sión; edifica los muros de Jerusalén». Fue asesorada por el célebre monje armenio Eufemio, cuyo protegido Sabas fundaría Mar Saba, un monasterio de fascinante belleza, en la actualidad habitado por veinte monjes, en las montañas de Judea no demasiado lejos de Jerusalén. Armenia, en el Cáucaso, fue el primer reino en convertirse al cristianismo en el año 301 (tras la mítica conversión del rey Agbar de Edesa), seguido por su vecina Georgia (conocida con el nombre de Iberia) en el año 327. Pedro el Georgiano, el hijo del rey de Iberia y protegido de Eudocia, se unió a ésta y construyó un monasterio en el exterior de las murallas. Ése fue el principio de la presencia caucasiana en Jerusalén que todavía hoy perdura. [ << ]

[\*12] El nestorianismo se popularizó en Oriente a través de la iglesia Oriental asiria que convirtió a algunos miembros de la familia real de la Persia sasánida y, más tarde, a la familia de Gengis Khan. Simultáneamente, los cristianos orientales monofisitas, tras rechazar el compromiso de Calcedonia, formaron las iglesias Copta egipcia, Ortodoxa siria (conocida también como Jacobita, por su fundador Jacobo Baradeus) y Etíope. Esta última desarrolló un vínculo especial con el judaísmo; el *Libro de la gloria de los reyes* celebra la unión de la reina de Saba y Salomón, los padres del «león de Judá», el rey Menelik, que llevó el Arca de la Alianza a Etiopía,

donde ahora se dice que descansa en Aksum. Este vínculo crearía posteriormente la casa de Israel (Beta Israel), los Falashas, los judíos etíopes negros, que existieron al menos desde el siglo XIV; en 1984, los israelíes los trasladaron en avión a Israel. [ << ]

[1] Constantino. Ascenso y carácter: Warren T. Treadgold, *A History of Byzantine State and Society* (en adelante, Treadgold). 30-48. Grant, *Constantine* 82-84, 105-15; dios sol 134-135; visión en el Puente Milvio 140-155; iglesia 156-1861. Judith Herrin, *Byzantium: The Surprising Life of a Medieval Empire* (en adelante, Herrin). 8-11. Dioses protectores de César Augusto y Aurelio, pequeñez de la religión cristiana, judíos como una turba detestable, historia judía como historia romana: Goodman 539-5481. Crispo y Fausta, agresión sexual: Treadgold 441. Avi-Yonah 159-164. Lane Fox, *Unauthorized Version* 247. MacCulloch 189-193. Últimos años: Grant, *Constantine* 213. Juan Julius Norwich, *Byzantium: The Early Centuries* (en adelante, Norwich). 1.31-79. Fred M. Donner, *Muhammad and the Believers: At the Origins of Islam* 10-11. Sobre los debates cristológicos y las tropas de choque de los monjes: Chris Wickham, *The Inheritance of Rome: A History of Europe from 400 to 1000* (en adelante, Wickham). 59-67. [ << ]

[2] Helena en Jerusalén. Eusebio, *Vida de Constantino* I. 28. III. 26-42. Sozoma, *Church History* 2.1, 2.26. Helena camarera: Grant, *Constantine* 16-17; visita 202-205. Zeev Rubin, «The Church of Holy Sepulchre and Conflict between the sees of Caesarea and Jerusalem», en *Cathedra* 2,79-99; primera visita de la suegra de Constantino, Eutropia, en 324. Fundación de la iglesia: MacCulloch 193-196. Monte del Templo, espacio y santidad para los judíos, derrota de la antigua revelación y victoria de la nueva: Oleg Grabar, *The Shape of the Holy: Early Islamic Jerusalem* 28. Goldhill, *City of Longing* 179. Peters, *Jerusalem* 131-401. Nueva Jerusalén: Goodman 560-577; veneración judía de Jerusalén 576-577. Judíos: Avi-Yonah 159-163; pequeña revuelta judía de la que se infiere en Juan Crisóstomo 173. Basílicas y ceremonias de la iglesia: MacCulloch 199; arrianismo 211-15. Peregrino anónimo de Burdeos, *Itinerary* 589-594; véase también Peters, *Jerusalem* 143-4, que incluye el nuevo nombre de Sión. Confusión sobre la auténtica Sión: 2 Samuel 5,7, Miqueas 3.12. Tsafir, *Sacred Esplanade* 73-99. [ << ]

[3] Constancio: Avi-Yonah, 174-2051. Juliano: Treadgold 59-631. Judíos, Templo: Yohanan Levy, «Julian the apostate and the Building of the temple», en *Cathedra* 3.70-95. Templo: Sozomeno, *Church History* 5,22. Isaías 66,141. *Archeological Park* 22. Norwich 339-100. ¿Retiraron los judíos las estatutas?, e inscripción de Isaías: Shanks 53-55. Revueltas árabes de la reina María en la guerra sarracena del 375: Butcher 65-66. [ << ]

[4] Los primeros peregrinos en los siglos IV y V, invasión de los hunos: Zeev Rubin, «Christianity in Byzantine Palestine-Missionary activity and Religious Coercion», en *Cathedra* 3,97-113. Engaños, adulterio, Gregorio de Nisa citado en Peters, *Jerusalem* 153; prostitutas, actores, citando a Paulino de Nola 153; Jerónimo sobre Paula, citado en 152. Jerónimo: Freeman 274-284, incluyendo notas sobre sexo, virginidad y cerdos. Evolución de las celebraciones, mordiscos a la cruz: Egeria, *Pilgrimage to the Holy Places*, 50, 57-58, 67-74; y peregrino anónimo de Burdeos, *Itinerary* 589-594. Jerónimo sobre los britanos: Barbara W1. Tuchman, *Bible and Sword* (en adelante, Tuchman). 23. Guías bizantinos de Jerusalén: breviario y topografía de Tierra Santa, citado en Peters, *Jerusalem* 154-157. Los judíos en Jerusalén, estatuas en el Monte del Templo: peregrino anónimo de Burdeos, *Itinerary* 589-594. Turba de miserables: Jerónimo, citado en Peters, *Jerusalem* 145. Revuelta judía: Treadgold 56. Lane Fox, *Unauthorized Version* 213-14. Shanks 571. Peters, *Jerusalem* 143-144. Sión: 2 Samuel 5,7, Miqueas 3,12. Tsafir, *Sacred Esplanade* 73-99. Vida monástica: Wickham 59-67. [[<<](#)]

[5] Eudocia, Barsoma y el cristianismo en Palestina: Rubin, «Christianity in Byzantine Palestine-Missionary activity and Religious Coercion», en *Cathedra* 3,97-113. Treadgold 89-94. Bahat, *Atlas* 68-79. Restos de la muralla de Eudocia e iglesia de Siloé: *Archeological Park* 42-44, 137 y 138. Eudocia y Barsoma: Peters, *Jerusalem* 157-162, incluyendo la visita a su tumba del peregrino de Plasencia. Cristología, tropas de asalto monásticas: Wickham 59-67. Reliquias: Stephen Runciman, *A History of the Crusades* (en adelante, Runciman). 1,40 y 491. Grabar, *Shape of the Holy* 25, 37. Cristianización y leyes antijudías: Teodosio I y II: Avi-Yonah 213-221, 240-245; acerca de Jerónimo y gusanos judíos citados en 222; fin del patriarcado 225-230. Norwich 139-151. Creencias y comportamiento recto: Donner, *Muhammad* 10-17. MacCulloch acerca del monaquismo, incluyendo la columna-piruleta estilada: 200-210; sobre Nestorio y el monofisismo 222-228. Fin de los patriarcas de la dinastía de Hillel: G. Krämer, *A History of Palestine* (en adelante, Krämer). 24. Monjes armenios y ascetismo: Igor Dorfmann-Lazarev, «Historical Itinerary of the armenian People in Light of its Biblical Memory», ms. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 16

[\*1] Una de las primeras decisiones de Justiniano durante el reinado de su tío fue la de destruir el reino árabe judío de Yemen (Himyar), cuyos reyes se habían convertido al judaísmo a principios del siglo v. En el año 523, en reacción a las amenazas bizantinas, José, el rey judío Dhu Nuwas Zurah Yusuf, llevó a cabo una matanza de cristianos en Yemen y obligó a los principados vecinos a convertirse al judaísmo. Justiniano le ordenó a Kaleb, el rey cristiano de Aksum (Etiopía) que invadiera Yemen. En el año 525, el rey José fue derrotado y se suicidó lanzándose al mar a caballo. No obstante, muchos judíos permanecieron en Yemen y el judaísmo no desapareció de Arabia: muchas de sus tribus seguían siendo judías en la época de Mahoma; los judíos yemenitas empezarían a instalarse en Jerusalén a lo largo del siglo XIX, y a emigrar a Israel después de 1948. En el año 2010, en Yemen, sólo quedaba una población con residentes judíos. [ << ]

[\*2] Durante años, este inmenso complejo estuvo perdido, pero, en el año 1973, el arqueólogo Nahman Avigad descubrió sus cimientos, que se extienden desde el barrio judío, bajo las murallas actuales, hasta el exterior de la Ciudad Antigua. Justiniano edificó sobre una serie de bóvedas construidas a lo largo de la ladera para soportar el peso de la iglesia. Entre ellas, se encontró esta inscripción: «Y ésta es la obra realizada gracias a la generosidad de nuestro más gracioso emperador Flavio Justiniano». [ << ]

[\*3] En el año 1884, se descubrió un colorista mosaico en el suelo de una iglesia bizantina en Madaba (Jordania) con una inscripción que reza: «La ciudad santa de Jerusalén»; se trata del primer mapa de Jerusalén que muestra la visión bizantina de la ciudad, con sus seis puertas principales, iglesias y el monte del Templo apenas visible. Sin embargo, el monte del Templo no estaba del todo vacío. Los arqueólogos nunca han excavado la zona, pero en la década de 1940, unos arqueólogos británicos que realizaban trabajos de restauración en los lugares santos musulmanes llevaron a cabo unas pequeñas pruebas a poca profundidad y descubrieron trazas de restos bizantinos. Los optimistas esperan que se trate de los cimientos del templo judío (nunca construido) del emperador Juliano, sin embargo, es posible que se trate de vestigios del único santuario bizantino en ese lugar, la pequeña iglesia del Pináculo que señala el lugar en el que el diablo tentó a Jesús. [ << ]

[\*4] Las crónicas cristianas exageran al afirmar que entre diez mil y noventa mil cristianos fueron asesinados por los judíos y enterrados por Tomás el Sepulturero. La leyenda cristiana sostiene que las víctimas fueron enterradas en el cementerio de la



Cueva del León de Mamilla, así nombrada porque los supervivientes se ocultaron en una cueva hasta que fueron salvados por un león. Los judíos, por su parte, sostienen que fueron las víctimas judías de una masacre de los cristianos las que fueron salvadas por el león. [[<<](#)]

[\*5] Algunos vestigios de un edificio en el extremo suroeste del monte del Templo parecen mostrar una *menorah* pintada sobre una cruz, posiblemente un santuario cristiano que los judíos heredaron por un breve tiempo. Es posible también que este vestigio date de principios del período islámico. [[<<](#)]

[\*6] La Puerta Dorada, en realidad dos puertas, está alineada de forma directa y precisa con la Tumba en la iglesia del Santo Sepulcro, el lugar en el que Heraclio depositó la cruz. El lugar tenía más simbolismos, como ya hemos visto, puesto que los bizantinos creían, erróneamente, que señalaba la Puerta Hermosa por la que Jesús había entrado el Domingo de Ramos, y también el lugar donde los apóstoles habían realizado un milagro tras la muerte de Jesús. No obstante, algunos investigadores creen que la puerta, en realidad, fue construida por los califas omeyas. Los judíos no tardaron en conferirle a esta puerta un significado místico, y la llamaron Puerta de la Misericordia. [[<<](#)]

[1] Justiniano, clímax bizantino. Justino y Justiniano: Treadgold 174-2171. Donner, *Muhammad* 5-6; visión apocalíptica del último emperador 16; reino yemení judío 31-34; visión de Justiniano 4-17. Wickham 92-95. Visión y construcción: Herrin 50-57. Chismorreos: véase Procopius, *Secret Life*. Construcción: Bahat, *Atlas* 68-79. Construcción y peregrinos: Peters, *Jerusalem* 162-164: peregrino de Plasencia; «Life of Sabas» por Cirilo de Escitópolis; Procopius, «on Buildings», citado en Peters. Grabar, *Shape of the Holy* 38-40, que incluye la cita de Cirilo; vida en Jerusalén 24-38, que incluye los conceptos de espacio sagrado, iglesias frente al Monte del Templo, o dándole la espalda. Tragedia judía: Avi-Yonah 221-224 5 232-237, pero c. 520 un nuevo jefe del sanedrín desde Babilonia a Tiberíades, gobernando a los judíos durante siete generaciones hasta su traslado a Jerusalén en el año 638; legislación antijudía de Justiniano 246-248; judíos de Tiberíades en contacto con los reyes judíos de Yemen 246-248. Treadgold 1771. Butcher 383. *Menorah* del Templo, triunfo bizantino y después a Jerusalén en el año 534: Perowne, *Later Herods* 177. Norwich 212. Estilo de vestir bizantino: véase el mosaico de Rávena, y Herrin acerca de Teodora y sus damas de honor 671. Casas, mosaicos e iglesias: sobre orfeo semipagano y semicristiano: Ashar Ovadius y Sonia Mucznik, «Orpheus from Jerusalem-Pagan or Christian Image», en *Cathedra* 1152-1166. Iglesia Nea: Grabar, *Shape of the Holy* 34-38; Madaba, mapa 27. M. Avi-Yonah, «The Madaba Mosaic Map», *Israel Exploration Society*. Véase también el artículo: Martine Meuwese,

«Representations of Jerusalem on Medieval Maps and Miniatures», *Eastern Christian Art* 2 (2005). 139-148. H1. Donner, *The Mosaic Map of Madaba: An Introductory Guide*. Nea, última columna en el complejo ruso: Shanks 86-87. Casas de familias bizantinas ricas al sur y al oeste del Monte del Templo: *Archeological Park* 147 y 32-33; Cardo ampliado 10 y 140; casas de baños cerca de la Puerta de Jaffa 125; Nea 81; monjes en las tumbas judías del primer Templo 39. Entierros con campanas: véase Rockefeller Museum. Carreras de carros en Jerusalén: Yaron Dan, «Circus Factions in Byzantine Palestine», en *Cathedra* 1105-1119. Tsafir, *Sacred Esplanade* 73-99. [[<<](#)]

[2] Invasión persa. El nombre completo del general persa era Razmiozan, conocido como Farrokhan Shahrbaraz, el Jabalí Real. Justino II a Focas; decadencia: Treadgold 218-241. Rey sasánida, estado y religión: Donner, *Muhammad* 17-27. Avi-Yonah, 241, 254-265, incluyendo el Midrash de Elías y veinte mil soldados judíos, citando a Eutiquio; Midrash de la salvación, libro de Zorobabel, historias de Nehemías 265-268; expulsión de los judíos 269-270. Sebeos, *Histoire d'Héraclius* 63-71. Véase también: A. Courret, *La Prise de Jérusalem par les Perses*; y Norwich 279-291. Tribus árabes: Butcher 66-72. Carreras de carros en Jerusalén: Dan, «Circus Factions in Byzantine Palestine», en *Cathedra* 1105-191. Ascenso de los sasánidas: Farrokh 178-190; Cosroes II 247-261. Los sasánidas antes de la conquista árabe: Hugh Kennedy, *The Great Arab Conquests* 98-111. Destrucción de Jerusalén: F. Conybeare, «Antiochus strategos: account of the sack of Jerusalem», *English Historical Review* 25 (1910). 502-516. Destrucción de la ciudad: Bahat, *Atlas* 78-79. Huesos de monjes en el monasterio de San Onofrio: *Archeological Park* 137. Papel de los judíos y cementerio del León en Mamilla donde se enterraron a los mártires: J. Prawer, *History of the Jews in the Latin Kingdom of Jerusalem* 57 y 241. Dan, «Circus Factions in Byzantine Palestine», en *Cathedra* 1105-19, inscripción sobre los azules. Mitos de matanza: Grabar, *Shape of the Holy* 36-43. Restos de un edificio judío en el monte del Templo, siglo VII pero que datan del período persa o de principios de la época musulmana: Tsafir, *Sacred Esplanade* 99. [[<<](#)]

[3] Heraclio: este pasaje se basa en Walter E. Kaegi, *Heraclius: Emperor of Byzantium*. Treadgold 287-303. Farrokh 256-261. Butcher 76-78. Herrin 84-861. Norwich 291-3021. Entrada en Jerusalén: Conybeare, «Antiochus strategos». 502-5161. Romanos derrotados: Koran (trans. M. A. S. Abdel Haleem). 30. 1-51. Puerta Dorada, bizantina u omeya: Bahat, *Atlas* 78-79. Goldhill, *City of Longing* 126. Heraclio y los judíos, Benjamín de Tiberíades: Avi-Yonah 260-276. Primer cruzado: Runciman 1.10-13. Heraclio en Jerusalén: memorias de Abu Sufyan: Kennedy, *Conquests* 74; Palestina en decadencia 31-32. Tsafir, *Sacred Esplanade* 73-99. Heraclio y sus campañas: Donner, *Muhammad* 17-27; último emperador 17-18.



Wickham 256-261. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 17

[\*1] La palabra «mezquita» deriva del árabe *masjid*, de la que también deriva el francés «mosquée». [ << ]

[\*2] Los sucesores de Mahoma utilizaron el título de Comendador de los Creyentes. Más tarde, los jefes de estado serían conocidos como Jalifat Rasul Allah, sucesor del mensajero de Dios, o califa. Tal vez Abu Bakr empleara este segundo título pero no existen pruebas de que se utilizara de nuevo hasta pasados otros setenta años, hasta el reinado de Abdelmalik, cuando se aplicaría de forma retrospectiva: los primeros cuatro monarcas fueron conocidos como los Califas Bien Guiados o califas ortodoxos. [ << ]

[\*3] La primera historia del islam, incluyendo la rendición de Jerusalén, resulta misteriosa y ha sido puesta en duda. Los principales historiadores musulmanes escribieron uno o dos siglos más tarde y lejos de Jerusalén o de La Meca: Ibn Ishaq, el primer biógrafo de Mahoma, escribió en Bagdad y murió en el año 770; al-Tabari, al-Baladhuri y al-Yaqubi vivieron todos en Persia o en Iraq a finales del siglo IX. [ << ]

[\*4] Parece ser que los primeros creyentes musulmanes se llamaban a sí mismos «creyentes»; la palabra aparece mil veces en el Corán, mientras que «musulmán» aparece unas setenta y cinco veces; y, tal como veremos en Jerusalén, es indudable que todavía no mostraban ninguna hostilidad hacia los seguidores de las otras fes monoteístas, cristianos o judíos. El profesor Fred M. Donner, una autoridad en el islam primitivo, lleva esa idea aún más lejos: «No hay ninguna razón para creer», escribe, «que los creyentes se vieran a sí mismos como una confesión religiosa nueva o independiente. Algunos de los primeros creyentes eran cristianos o judíos». [ << ]

[\*5] No existe ninguna crónica contemporánea de la caída de Jerusalén, pero los historiadores árabes describen los ejércitos que invadieron Persia en la misma época de la invasión de Jerusalén, y este pasaje se basa en esas fuentes. [ << ]

[\*6] Los judíos y la mayor parte de los cristianos no tuvieron, según parece, ningún problema con las primeras versiones de la declaración de fe musulmana, la *shahada*, que reza así: «No hay más divinidad que Dios», hasta el año 685, en el que añadieron: «Mahoma es el Mensajero de Dios». Los nombres judíos y musulmanes de la ciudad se solapan: Mahoma llamó a Palestina «la Tierra Santa», siguiendo la tradición judeocristiana. Los judíos llamaban al Templo Beyt ha-Miqash (la Santa

Casa) que los musulmanes adaptaron: llamaron a la ciudad Bayt al-Mqdis. Los judíos llamaban al monte del Templo Har ha-Beyt (el monte de la Santa Casa); los musulmanes, al principio, lo llamaron Masjid Bayt al-Maqdis, la mezquita de la Santa Casa, y más tarde, Haram al-Sharif, el Noble Santuario. Al final, los musulmanes tenían 17 nombres para Jerusalén; los judíos decían tener setenta, y ambos coincidían en que «una multiplicidad de nombres es un indicador de grandeza». [ << ]

[\*7] En el texto tradicional del acuerdo o pacto de Omar con los cristianos, se afirma que Omar aceptó prohibir el acceso de los judíos a Jerusalén. Se trata de ilusiones cristianas o de una falsificación posterior, porque sabemos que Omar dispensó una buena acogida a los judíos que regresaron a Jerusalén, que él y los primeros califas permitieron los rituales religiosos judíos en el monte del Templo y que los judíos no se volvieron a marchar mientras se mantuvo el islam. Los armenios, que ya constituían una amplia comunidad cristiana en Jerusalén, con su propio obispo (más tarde patriarca), establecieron estrechas relaciones con los musulmanes y recibieron su propio acuerdo. Durante el siguiente milenio y medio, los cristianos y judíos fueron *dhimmi*, pueblos del acuerdo, tolerados pero inferiores, en ocasiones abandonados a sus propios medios, y en otras, víctimas de crueles persecuciones. [ << ]

[\*8] Omar ordenó la destitución de Jaled, el vencedor de Yarmuk, tras enterarse de una orgía en una casa de baños llena de vino en la que un poeta cantó a las heroicas hazañas del general. Jaled murió víctima de la peste, aunque la actual familia Khalidi reivindica su ascendencia. Uno de los primeros seguidores de Mahoma fue una mujer llamada Nusaybah que perdió a dos hijos y una pierna combatiendo por el Profeta. El hermano de Nusaybah, Ubadah ibn al-Samit, llegaría a Jerusalén con Omar, y de quien las fuentes afirman que fue nombrado juez de la ciudad y custodio del Santo Sepulcro y de la Roca. Sus descendientes, la familia Nusseibeh, siguen siendo, en el año 2010, los guardianes del Santo Sepulcro (véase el Epílogo). [ << ]

[1] Mahoma: Arabia antes del Profeta: este pasaje está basado en los siguientes textos: Corán; Ibn Ishaq, *Life of Muhammad*; al-Tabari, *Tarikh: The History of al-Tabari*. Análisis y narrativa, para un enfoque convencional: W. Montgomery Watt, *Muhammad: Prophet and Statesman*; Karen Armstrong, *Muhammad: A Biography of the Prophet*. Véanse nuevos análisis en: Donner, *Muhammad*; F. E. Peters, *Muhammad and Jesus, Parallel Tracks, Parallel Lives*. El apocalipsis en el Corán, los Últimos Días, la Hora: Corán 33,63, 47. 181. La Hora cercana: Corán 54,1. Corán: Introducción ix-xxxvi. Isra y Miraj: Corán 17,1, 17,60, 53,1-18, 81,19 y 25. Cambio de alquibla: Corán 2,142-50; Salomón y duendes en el Templo: Corán 34. 13. Pecados judíos, Nabucodonosor y el desplome del Templo: Corán 17,4-7. Yihad,

muertes, verso de la espada, Pueblo del Libro, *dhimmi*: Corán 16. 125, 4. 72-4, 9,38-9, 9,5, 9,29; no obligación en religión 2,256, 3,3-4, 5,68, 3,64, 29,46. Donner, *Muhammad* 27-38; vida y ascenso de Mahoma y límites de su biografía 39-50; límites de las fuentes, citas de Tomás el Presbítero 50-57; creencias del islam primitivo, teoría de Donner de «creyentes» frente a «musulmanes» y número de menciones en Corán: 57-61; rituales 61-69; ecumenismo de los primeros Creyentes, en especial, actitud hacia los judíos y del documento de la *umma* 72-74; Profeta y apocalipsis 78-82; yihad militante 83-86; apertura ecuménica hacia judíos y cristianos, citas de Donner 87-89; Abu sufyan e incorporación de la élite de La Meca 92-97. Ibn Ishaq, *Muhammad* 200-210. Jesús se reúne con Moisés y Elías: Marcos 9. 1-5. Mahoma, el misterio del islam primitivo; dudas de algunos investigadores sobre toda la historia antes del año 800, la cuestión de la conquista, los primeros califas: Wickham 279-289. Armstrong, *Muhammad* 94; Alquibla 107; relaciones con los judíos 102, 111, 161-163. Mahoma en Siria: Kennedy, *Conquests* 77. Islam primitivo: Chase F. Robinson, *Abd al-Malik* 13. Herrin 86-88. Ascenso de Mahoma: Kennedy, *Conquests* 45-47; nadie estaba más necesitado que nosotros, algunos de nosotros incluso enterramos vivas a nuestras hijas, Dios nos envió a un hombre bueno, los mejores de nosotros, tribus árabes antes de Mahoma, cartas de los soldados musulmanes frente a los persas, 47. Cartas de los soldados musulmanes sobre la conquista de Persia: al-Tabari, *Tarikh* 12269-77, 2411-2424; 2442-2444; 2457-2463. Estas fuentes describen los invasores árabes de Persia justo después de la conquista de Palestina. Sofronio: Peters, *Jerusalem* 175. Relaciones con las tribus árabes judías, primera alquibla, etc., *Israiliyat*: Isaac Hassan, «Muslim Literature in Praise of Jerusalem», en *Cathedra* 1170-2. Importancia del consejo de los judíos conversos: Ibn Khaldun, *The Muqaddimah: An Introduction to History* (en adelante, Ibn Jaldún). 260. [[<<](#)]

[2] Abu Bakr a Otman. Los primeros sucesores del Profeta, fuentes: Donner, *Muhammad* 91-95; Profeta y apocalipsis 78-82 y 97; conocimiento de Siria 96; yihad 83-86; apertura ecuménica a judíos y cristianos, citas de Donner 87-89; título de califa utilizado sólo (posiblemente) por Abu Bakr, pero más habitualmente Comendador de los Creyentes y sucesión 97-106; naturaleza de la expansión musulmana, iglesias no destruidas 106-119; primera versión de la *Shahada* (sin «Mahoma es el apóstol de Dios»). 112; obispo sebeos y gobernador judío 114; ecuménico 114-115; acerca de las iglesias compartidas 114-115; acerca de la iglesia de Cathisma con *mihrab* y en la propia Jerusalén 115; conquistas de Abu Bakr 118-133. Apocalipsis, la Hora: Corán 33.63, 47. 18. Cercanía de la Hora: Corán 54. 11. Primeros ejércitos en Yarmuk y en al-Qadisiyah, solo treinta mil hombres, poder de la propaganda y de la motivación religiosa: Ibn Khaldun 126. Evolución del título califa: Ibn Khaldun 180. Omar asume el título de Comendador de los Creyentes: Kennedy, *Conquests* 54-56 y 72-75.

Barnaby Rogerson, *The Heirs of the Prophet Muhammad and the Roots of the Sunni-Shia Schism* (en adelante, Rogerson). 83, 128-129, 169. Omar conquista Palestina, debilidades del imperio bizantino, peste, pobreza: Kennedy, *Conquests*, 142-198; colonización de Palestina e Iraq 95-97; Amr a-Las 46-51 y 70-73; Jalid ibn Walid 70-73. Yaqubi, *History* 2160-70, y al-Baladhuri, *Conquest of the Countries*, citado en Peters, *Jerusalem* 176-177. Derrota de los bizantinos: Runciman 1.15 Jalid al mando en Damasco y Yarmuk: Kennedy, *Conquests* 75-89. Primera administración: Rogerson 220. [[<<](#)]

[3] Omar entra en Jerusalén: Corán 17,1, cambio de alquibla: Corán 2,142144. Concepto del Día del Juicio: Corán 3,185, 33,63, 47,18, 54,1. Acuerdo, Tabari, *Annals* 12405, en Peters, *Jerusalem* 18. Muthir al-Ghiram en Guy Le strange, *Palestine under the Moslems* 139-144. Eutiquio citado en Peters, *Jerusalem* 189-190. Grabar, *Shape of the Holy* 45-50. Aspecto físico de Omar, carácter, anécdotas: Ibn Khaldun 162. Kennedy, *Conquests* 125-130. Rogerson 171-1821. Donner, *Muhammad*: Omar conquista Jerusalén, 125; judíos 114-115; apocalipsis 78-82 y 97; militancia 83-86; apertura a los monoteístas, citas de Donner 87-89. Shlomo D. Goitein, «Jerusalem in the arab Period 638-1099», en *Cathedra* 2: 168-175. Omar acepta la rendición: Kennedy, *Conquests* 91-95. Abdul Azis Duri, «Jerusalem in the Early Islamic Period», en Asali, 105; primeros *hadith* y *fadail*: en Asali, 114-116. Jerusalén, lugar de oración: Corán 17. 1. Acerca de la importancia de Tierra Santa, Jerusalén y Aqsa: Mustafa Abu sway, «The Holy Land, Jerusalem and the Aqsa Mosque in Islamic sources», en *Sacred Esplanade* 335343. Wickham 279-2891. Esperanzas de los judíos, traslado a Jerusalén: J. Mann, *The Jews in Egypt and Palestine under the Fatimid Caliphs* (en adelante Mann). 1.44-7. Tradiciones judías, citas de la Israiliyat y de Kaab: Hassan, «Muslim Literature in Praise of Jerusalem», en *Cathedra* 1170-2. Meir Kister, «A Comment on the antiquity of traditions Praising Jerusalem», en *Cathedra* 1185-6. Los nombres de la ciudad: Angelika Neuwirth, «Jerusalem in Islam: the three Honorific Names of the City», en *OJ* 77-93. Diecisiete nombres musulmanes, setenta judíos, multiplicidad de nombres como indicador de grandeza, citado en Goitein, «Jerusalén». 187. Grabar, *Shape of the Holy* 112. Omar en el Monte del Templo: Isaac ben Joseph citado en Peters, *Jerusalem* 191-192; acerca de los judíos limpiando el Monte del Templo y prohibición: Salman ben Yeruham citado en Peters, *Jerusalem* 191-194. Basura en el Monte del Templo colocada deliberadamente por Helena-Mujir al-Din, *Histoire de Jérusalem et d'Hébron* (en adelante, Mujir). 56-57, y sobre los judíos limpiando el Monte del Templo. Primeras mezquitas: Kennedy, *Conquests* 121 y 134. Primer cementerio y primeros entierros de los Compañeros del Profeta: Kamal Asali, «Cemeteries of old Jerusalem», en *OJ* 279-84. Abominación de Sofronio: en Peters, *Jerusalem* 190. Primera visión de Jerusalén desde la colina: sari Nusseibeh, *Once Upon a Country*

29. Hussein bin Talal, Rey Hussein de Jordania, *My War with Israel* 122. Arculfo en Thomas Wright, *Early Travels in Palestine* 1-5. Judíos en los ejércitos de Omar, véase profesor Rood en *JQ* 32, otoño 2007. Aspiraciones judías: Sebeos citado en Goldhill, *City of Longing* 761. Mann 1.44-7. Iglesias y mezquitas compartidas: Ross Burns, *Damascus: A History* 100-5. Donner, *Muhammad*: véanse referencias anteriores. Primeros nombres de Jerusalén: véase *Sacred Esplanade* 13. Palestina, Siria, Tierra Santa: Corán 5. 21. Culto judío en el Monte del Templo: Miriam Frenkel, «temple Mount in Jewish thought», en *Sacred Esplanade* 346-348. Los árabes y los ejércitos: élite, táctica, ejércitos, motivación, pobreza, incluyendo pelo de camello mezclado con sangre: Ibn Khaldun 162-3; 126. Kennedy, *Conquests* 40-42, 57-65; estilo de soldados y botín femenino 111-113. Al-Tabari, *Tarikh* 12269-77, 2411-24, 2442-4, 2457-63. Estas Fuentes describen a los invasores árabes de Persia justo después de la conquista de Palestina. Duri en Asali, *Jerusalem* 105-109. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 18

[\*1] Consistía en estrecharse las manos, lo que significaba un contrato que obligaba a prestar obediencia: la palabra procede de *baa*, «vender». [ << ]

[\*2] La mezquita moderna tiene un *mihrab*, un oratorio orientado a La Meca, y un *minbar*, un púlpito. El centro de culto de Muawiya tenía el *mihrab*, pero probablemente todavía no contara con un *minbar* porque el islam primitivo era demasiado igualitario para tener un púlpito. No obstante, según el historiador Ibn Jaldún, el reinado imperial de Muawiya cambió esto. El general Amr, gobernador de Egipto, inventó el *minbar* en su mezquita en Egipto, y Muawiya empezó a utilizarlo para pronunciar el sermón de los viernes, y le incorporó una celosía que lo rodeaba para protegerlo de los asesinos. [ << ]

[\*3] Irán sigue siendo una teocracia chií. Los chiíes son mayoría en Iraq y una gran minoría en Líbano. El hermano de Hussein, Hasan ibn Alí permaneció retirado, aunque es posible que él también fuera asesinado. En la actualidad, las dinastías reales de los reyes alauita de Marruecos y hachemita de Jordania son sus descendientes directos. Las raíces familiares de los doce imanes chiíes, de la dinastía fatimí, de los Aga Kan y de la familia jerosolimitana Husseini se remontan a Hussein. Se conoce a sus descendientes como «la nobleza», los *ashraf* (el singular es *sherif*, jerife, y en general reciben el tratamiento de *sayyid*). [ << ]

[\*4] En el año 1902, al este de Jerusalén, se encontró uno de los mojones de Abdelmalik grabado con una inscripción que define el modo en el que el califa entiende su poder en relación con el de Dios: «No hay más divinidad que Dios y Mahoma es el mensajero de Dios... Abdelmalik, Comendador de los Creyentes y sirviente de Dios, ordenó reparar esta carretera y construir este mojón. Desde Ilya [Jerusalén] hasta aquí hay once kilómetros...». [ << ]

[\*5] «Oh pueblo del Libro, no sobrepases los límites de tu religión y no digas nada sobre Dios salvo la verdad», rezan las inscripciones alrededor de la Cúpula. «Por supuesto, el mesías Jesús, hijo de María, no era más que un mensajero de Dios, así que cree en Dios y en sus mensajeros y no digas “tres”... no es cosa de Dios llevarse a un hijo». Las inscripciones parecen más un ataque al trinitarismo que al cristianismo en su totalidad. En lo que respecta a los judíos, los dos servicios semanales hacían una clara referencia al Templo judío: «Cada martes y jueves, encargan azafrán y se preparan con almizcle, ámbar gris y madera de sándalo perfumada con agua de rosas. Entonces los sirvientes (que eran judíos y cristianos)



comen y entran en el baño a purificarse. Van al vestidor y salen con ropas nuevas azules y rojas, y bandas y cinturones. Entonces se dirigen a la piedra y se ungen». Según explica el investigador Andreas Kaplony, describe «un servicio musulmán tal como los musulmanes pensaban que debía ser. En resumen, se trata del antiguo Templo reconstruido, el Corán es la nueva Torá y los musulmanes, el auténtico pueblo de Israel». [ << ]

[\*6] Como era habitual en Jerusalén, los constructores tomaron prestados elementos de otros lugares. Las vigas de madera de al-Aqsa fueron extraídas de un edificio cristiano, y llevan todavía marcado en griego el nombre de un patriarca del siglo VI (ahora en los museos Rockefeller y de Haram). Las puertas Doble y Triple, al sur, similares a la Puerta Dorada en el este, en la actualidad cerradas, son las más bellas de Jerusalén, y fueron construidas utilizando piedras de edificios de la época romana y de Herodes. Allí es donde se puede ver en la muralla la inscripción invertida procedente de la estatua ecuestre del emperador Antonino Pío en el monte del Templo. [ << ]

[\*7] «Cada uno gustará la muerte, pero no recibiréis vuestra recompensa íntegra hasta el día de la Resurrección», reza el Corán. Los musulmanes crearon una geografía del Apocalipsis alrededor de Jerusalén. Las fuerzas del mal perecen en la Puerta Dorada. El *mahdi*, el elegido, muere cuando se le coloca delante el Arca de la Alianza. Al ver el Arca, los judíos se convierten al islam. La Kaaba de La Meca llega a Jerusalén acompañada por todos aquellos que realizaron alguna vez la peregrinación a La Meca. El cielo desciende sobre el monte del Templo y el infierno se sitúa en el valle de Hinom. La gente se congrega en el exterior de la Puerta Dorada, en la llanura, al-Sahira. Israfil, el arcángel de la muerte (una de las puertas de la Cúpula lleva su nombre), hace sonar su trompeta: los muertos (especialmente los que están enterrados cerca de la Puerta Dorada) resucitan y cruzan la puerta, el umbral que da acceso al Final de los Días (con sus dos puertas, la de la Misericordia y la del Arrepentimiento, coronadas por sendas pequeñas cúpulas), para ser sometidos a juicio en la Cúpula de la Cadena donde cuelga la balanza de la justicia. [ << ]

[\*8] Un imán es el líder de una mezquita o comunidad. Entre los chiíes, los imanes pueden ser líderes espirituales, elegidos por Dios y bendecidos con el don de la infalibilidad. Los chiíes duodecimanos de Irán creen en los primeros doce imanes descendientes del yerno de Mahoma, Alí, y de su hija Fátima, y que el duodécimo imán fue «ocultado» por Dios y que regresará como el Mahdi, el mesiánico elegido y redentor del Juicio Final. La República Islámica de Irán fue fundada por el ayatolá Jomeini sobre la base de esta esperanza milenaria: los clérigos sólo gobernarán hasta el regreso del imán. [ << ]



[1] Muawiya: este retrato se basa en R. Stephen Humphreys, *Muawiya ibn Abi Sufyan: From Arabia to Empire* 1-10 y 119-134; familia 38-42; ascenso 4353. Donner, *Muhammad: Muawiya admirado por judíos y cristianos* 141-143; apocalipsis 143-144; primera guerra civil 145-170; reinado de Muawiya 171-177; apertura 87-89. Los judíos planifican un nuevo Templo: sebeos citado en Guy Stroumsa, «Christian Memories and Visions of Jerusalem in Jewish and Islamic Context», en *Sacred Esplanade* 321-333 especialmente 329-330. Construcciones en el Monte del Templo, persas o musulmanas de los primeros tiempos: Tsafir, «70-638 CE: the templeless Mountain», *Sacred Esplanade* 99. El califa Omar ibn Abd al-Malik pone fin al culto judío en el Monte del Templo 717-720: Frenkel, «temple Mount in Jewish thought», *Sacred Esplanade* 346-348. Ibn Jaldún: acerca de la *bayah* 166-167; paso de una teocracia a una autoridad monárquica 160-168; administración cristiana 192; Muawiya desarrolla el *mihrab* después de un intento de asesinato 222; introduce el sellado de las cartas 219; introduce el trono debido a su obesidad 2161. César de los árabes: Rogerson 3261. Mezquita: Arculfo, St Adamnan, *Pilgrimage of Arculfus in the Holy Land* 1.1-23. Amor por Israel (Muawiya) excava el Monte del Templo, construcción de la mezquita, Simon ben Yahati citado en Peters, *Jerusalem* 199-200; posibilidad de que Muawiya convirtiera a Jerusalén en la capital del impero árabe, adaptación de la plataforma construida por Herodes, de cuadrada a rectangular, y la fortaleza Antonia rebajada 201. Alimentos árabes judíos: S. D. Goitein, *A Mediterranean Society* 1.72. Midrash apocalíptico y al-Mutahar ibn Tahir atribuye la construcción del lugar de culto en el Monte del Templo a Muawiya: Goitein, «Jerusalem». 76. Grabar, *Shape of the Holy* 50. Administración de los cristianos: Mansur ibn Sargun: Burns, *Damascus* 100-115. Administrando Palestina: Rogerson 189-192, incluyendo la cita: «No utilizo la espada...». Goitein, «Jerusalem». 174. Othman: Rogerson 233-287. Palacios de Muawiya: Humphreys, *Muawiya* 10-12; política de linaje 26-371. Muawiya sobre el Juicio Final, en Siria, santificando la tierra, tierra de reunión y Juicio Final: Hassan, «Muslim Literature in Praise of Jerusalem», en *Cathedra* 1170. Sobre el Juicio Final: Neuwirth, «Jerusalem in Islam: the three Honorific Names of the City», OJ 77-93. Guerra contra los bizantinos: Herrin 91-921. Cúpula de la Cadena: Grabar, *Shape of the Holy* 130. Juramento de lealtad *bayah*; Tabari citado en Grabar, *Shape of the Holy* 111-112. Paseos por los lugares cristianos: Humphreys, *Muawiya* 128-129. Omeyas y Jerusalén: Asali, *Jerusalem* 108-110. Protector y jeque: Chase F. Robinson, *Abd al-Malik* 65. Yazid y la sucesión: Humphreys, *Muawiya* 96-102. Yazid: Ibn Jaldún 164. [[<<](#)]

[2] Abdelmalik y Cúpula. Este retrato e imagen del califa y el significado de la Cúpula se basan en Andreas Kaplony, «The Mosque of Jerusalem», en *Sacred Esplanade* 101-131; Grabar, *Shape of the Holy*; y Oleg Grabar, *The Dome of the*

Rock; Donner, *Muhammad*; y en Chase F. Robinson, *Abd al-Malik*. Tradiciones islámicas: al-Tabari, *Tarikh* 12405, y Muthir al-Ghiram citado en Peters, *Jerusalem* 187-189. Donner, *Muhammad*: guerra civil 177-189; de comunidad de creyentes al islam organizado 194-199; Juicio Final y la Cúpula de la Roca 199-203; creyentes en el islam y el califato, énfasis en el califa, el Corán, la doble *Shahada*, el *hadith*, el lugarteniente de Dios 203-212; desarrollo de los rituales musulmanes 214; desarrollo de los orígenes musulmanes, historia 216-218. Misión política y objetivos religiosos: Wickham 289-295. Apariencia física de Abdelmalik: Robinson, *Abd al-Malik* 52-61; sobre las concubinas 20; sobre la adulación 85; ascenso 25-43; residencias de los omeyas 47-48. Sobre la autoridad real: Ibn Jaldún 198-91. Le strange, *Palestine under the Moslems* 114-20 y 144-151. Descripción y estética de la Cúpula: Grabar, *Shape of the Holy* 52-116. Sobre los servicios religiosos basados en el Templo judío, cita sobre la reconstrucción del Templo, el Corán como la torá: Kaplony, *Sacred Esplanade* 108-112, incluyendo ritual omeya, de al-Wasiti, *Fadail Bayt al-Muqaddas* 112. Construcción de la Cúpula. Robinson, *Abd al-Malik* 4-9 y 98-100; carácter 76-94; mojones cerca de Ilya 113-112. Sobre la intención de hacer sombra a la iglesia del Santo Sepulcro, véase al-Muqaddasi, *A Description of Syria Including Palestine* (en adelante, Muqaddasi). 22-23. Califa Omar ibn Abd al-Malik 717-720: Frenkel, *Sacred Esplanade* 346-3481. Sueño de los judíos de reconstruir el Templo, y concesión de acceso, Salman ben Yeruham citado en Peters, *Jerusalem* 193, e Isaac ben Joseph en 191-1221. Sirvientes judíos de la Cúpula: Mujir 55-57. Judíos y Templo: sebeos citado en Stroumsa, *Sacred Esplanade* 321-333 especialmente 329-330. Vestigios de edificio, siglo VII, persa o islámico primitivo: Tsafir, *Sacred Esplanade* 99. Mezquita: Arculfo, St Adamnan, *Pilgrimage of Arculfus in the Holy Land* 1.1-23. Comerse un plátano; Goitein, «Jerusalem». 190 citando un *fadail* de Ibn asakir. Califa Solimán ibn Abd al-Malik en Jerusalén, *bayah*, planea convertirla en capital imperial, sirvientes judíos en la Cúpula: Mujir 56-58. La Cúpula: Duri en Asali, *Jerusalem* 109-111. Peters, *Jerusalem* 197. Goitein, «Jerusalem». 1741. Sirvientes judíos, otros edificios: Goitein, «Jerusalem». 175-180. Influencias bizantinas en la Cúpula: Herrin 90. Shanks 9-31. Sobre la importancia de Tierra Santa, Jerusalén y Aqsa: Mustafa Abu Sway, *Sacred Esplanade* 335-343. [ << ]

[3] La Jerusalén omeya. Al-Aqsa-Grabar, *Shape of the Holy* 117-122; papiros de Aphrodito 12; califas omeyas en Jerusalén, Solimán y Omar 111; palacios al sur de la Explanada de las Mezquitas 107-110; las puertas doble y tripe de Haram, Puerta del Profeta y posiblemente Puerta Dorada 122-128 y 152-158; cuatro cúpulas importantes 158; escepticismo sobre que los nuevos edificios públicos omeyas al sur de la Explanada de las Mezquitas sean necesariamente palacios 128-130; Haram 122-128; Cúpula de la Cadena 130-132; vida urbana, cristianos y judíos en la ciudad 132-135. Goitein, «Jerusalem». 178. Kroyanker 32. Residencias omeyas, Robinson, *Abd*

*al-Malik* 47-48. Herrin 90. Shanks 9-31. Moshe Gil, *A History of Palestine* 69-74 y 104. Mann, 1,44-45. Día del Juicio: Corán 3185. Vigas de madera bizantinas en el museo Rockefeller. Sobre la geografía apocalíptica y lugar de comunicación entre la humanidad y la divinidad: Neuwirth, OJ 77-93. Esta crónica de los Últimos Días musulmanes se basa, en su mayor parte, en Kaplony, *Sacred Esplanade* 108-131, especialmente 1241. Decadencia de los omeyas y ascenso de los abasíes: Goitein, «Jerusalem». 178-181. Las dinastías tienen un período natural de vida, igual que los individuos: Ibn Jaldún 136. Sobre las asociaciones del apocalipsis y del Juicio de Dios con las tradiciones judías de la creación y del apocalipsis: Grabar, *Shape of the Holy* 1331. Culto judío en el Monte del Templo 717-720: Frenkel, *Sacred Esplanade* 346-348. Sobre el alojamiento de los judíos en los palacios omeyas: Bahat, *Atlas* 8286. Prohibición a los judíos de entrar en Haram y oraciones en las murallas y puertas: Isaac ben Joseph citado en Peters, *Jerusalem* 191, y Solomon ben Yeruham en 193. Mujir 56-57. Sobre los peregrinos cristianos, las celebraciones y el Sepulcro: Arculfo, St Adamnan, *Pilgrimage of Arculfus in the Holy Land* 1.1-231. Willibaldo y Arculfo, citados en Peters 202-212. Palacios omeyas: *Archeological Park* 26-27, incluyendo piedras viejas y retretes. Walid I y los *qasrs* del desierto, las estrellas de la canción omeyas: *The Umayyads: The Rise of Islamic Art* 110-1251. Walid II/Hisham, palacio de Khirbet al-Mafjar cerca de Jericó, pinturas en el Museo Rockefeller. Declive de los omeyas y ascenso de los abasíes: Goitein, «Jerusalem». 180-181. Los abasíes critican a los omeyas: Humphreys citando a Tabari. Revolución abasí: Wickham 295-297. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 19

[\*1] La importancia de Jerusalén disminuyó al mismo tiempo que aumentaba la de La Meca: si el peso de Jerusalén, tal vez en un momento dado se había aproximado al que tenían La Meca o Medina como parte del *haj* («Sólo te dirigirás hacia las tres mezquitas, La Meca, Medina y al-Aqsa», rezaba uno de los *hadith* de al-Khidri), en aquel momento, bajo el dominio abasí, Jerusalén había quedado reducida a una *ziyara*, una visita piadosa. [ << ]

[\*2] Los abasíes, y en particular Mamun, solicitaban con regularidad a los bizantinos copias de los clásicos griegos, asegurando así para la posteridad a Platón, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Euclides y Ptolomeo de Alejandría. Los árabes desarrollaron todo un nuevo vocabulario de ciencia: alcohol, alambique, alquimia, álgebra, o almanaque, son sólo algunas de las palabras que entraron en las lenguas europeas. El famoso *Índice* de al-Nadim demuestra que también produjeron seis mil nuevos libros. El papel estaba empezando a sustituir a los rollos de pergamino: en una de las batallas decisivas de la historia, los abasíes detuvieron la invasión de los emperadores chinos de la dinastía Tang, garantizando así la islamización de Oriente Medio y evitando que se convirtiera en chino, y se hicieron además con los secretos de los fabricantes chinos de papel. [ << ]

[\*3] Las comunidades judías del mundo estaban gobernadas por dos *gueonim* hereditarios de la Academia de Jerusalén y de la Academia babilonia/iraquí, cuya sede estaba en Bagdad. Los caraítas se extendieron por todo el mundo judío, desde Crimea hasta Lituania, y establecieron grandes comunidades que sobrevivieron hasta el Holocausto, cuando la mayor parte de ellos fue aniquilada. Esto condujo a una de las anomalías más extrañas de la represión nazi: en Crimea, algunos caraítas eran de origen túrquico, y no semita, y los nazis ordenaron la protección de esta secta judía. [ << ]

[\*4] Los jázaros, nómadas túrquicos chamánicos que gobernaban las estepas desde el mar Negro hasta Asia central, formaron el último estado judío anterior a la creación del estado de Israel. Alrededor del año 805, sus reyes se convirtieron al judaísmo, adoptando nombres como Manasés o Aarón. Cuando el escritor jerosolimitano Muqaddasi cruzó Jazaria, observó lacónicamente que «ovejas, miel y judíos existen [en Jazaria] en grandes cantidades». En la década de 960, este imperio judío ya había iniciado su decadencia. No obstante, algunos autores, desde Arthur Koestler hasta Shlomo Sand, han afirmado que, en realidad, una gran parte de la judería europea descende de esta tribu túrquica, algo que, si es cierto, debilitaría el

sionismo. La genética moderna, sin embargo, refuta esta teoría: las dos últimas investigaciones sugieren que los judíos modernos, asquenazíes y sefardíes, tienen un 70 por 100 de ascendencia genética procedente de Oriente Medio que se remonta a hace tres mil años, y un 30 por 100 de ascendencia europea. [[<<](#)]

[1] Al-Mansur. Títulos y apellidos: Ibn Khaldun 181; cambio a verde de los estandartes negros abasíes 215. Goitein, «Jerusalem». 180-181. Kennedy, *Conquests* 11-50, incluyendo los Alí muertos 16; Bagdad 133; vida en al corte 139; Casa de la sabiduría, traducción de textos griegos 252-260. Casa de la sabiduría, seis mil libros: Wickham 324-331. Jonathan Lyons, *House of Wisdom* 62-70 y 89-90. Visitas de al-Mansur y de al-Mahdi a Jerusalén: Peters, *Jerusalem* 215-217. Haram Abasí: Kaplony, *Sacred Esplanade* 101-131. Al-Mansur y el sentido de las restauraciones: Mujir 59. Visita de Mahdi: Muqaddasi 41-21. Duri en Asali, *Jerusalem* 112-113. Decadencia en Jerusalén, cita de Thaur ibn Yazid: Neuwirth, OJ 77-93. [[<<](#)]

[2] Harún al-Rashid y Carlomagno. Goitein, «Jerusalem». 181-182. Kennedy, *La corte de los califas: ascenso y decadencia de la dinastía más grande del islam*, 77-117. Peters, *Jerusalem* 217-223, incluyendo la Crónica de Benedicto y el Memorándum, sobre las casa de Dios y los monasterios en la Ciudad Santa, en la que se enumera el personal y los impuestos; y Bernard, *Itinerary*. Hywel Williams, emperador de occidente: Carlomagno y el imperio carolingio. Guillermo de Tiro, *Deeds Done Beyond the Sea* (en adelante, Guillermo de Tiro). 1.64-51. Regalo a Carlomagno: Lyons, *House of Wisdom* 45. Sobre la leyenda, véase: anónimo, *Le Pèlerinage de Charlemagne à Jérusalem et á Constantinople*. Carlomagno como David: Wickham 381. [[<<](#)]

[3] Mamun. Apogeo de la cultura árabe, matrimonio de Mamun y Buran: Ibn Khaldun 139. Mamun: Kennedy, *La corte de los Califas* 259-274; Casa de la sabiduría, seis mil libros: Wickham 324-331; Lyons, *House of Wisdom* 62-70 y 89-90. Inscripción de Mamun en la mezquita de al-Aqsa: Nasir-i-Khusrau, *Diary of a Journey through Syria and Palestine*. Goitein, «Jerusalem». 182. Haram Abasí: Kaplony, *Sacred Esplanade* 101-131. Cultura abasí: Kennedy, *Conquests* 84129; Tahirís y Abd Allah ibn Tahir liberan Jerusalén 91 y 203; matrimonio suntuoso 168; cantantes 173; Mamun en Siria y Egipto 208-209 y muerte 211-2121. Mamun y Casa de sabiduría, seis mil libros: Wickham 324-331. Traducción de textos griegos: Kennedy, la corte de los Califas 259-274. [[<<](#)]

[4] Destrucción del prestigio de la dinastía y ascenso del *ghulam* turco persa: Ibn Khaldun 124; título de sultán, pérdida de poder de los abasíes 155 y 193; decadencia de los abasíes 165-166. Goitein, «Jerusalem». 182-183. Al-Mutasim, revueltas

campesinas de la década de 840, *ghulam* turco: Kennedy, *La corte de los califas* 276-281; *dhimmi*s obligados a vestirse de amarillo por el califa al-Mutawwakil en 850-240. Revuelta campesina en el año 841: Duri en Asali, *Jerusalem* 113; Goitein, «Jerusalem». 182. Debate jázaro: véase K. A. Brook, *The Jews of Khazaria*; a. Koestler, *The Thirteenth Tribe*; Sand, *The Invention of the Jewish People*; sobre los últimos descubrimientos en la genética de los judíos: «Studies Show Jews' Genetic Similarity», *New York Times* 9 de junio de 2010. [[<<](#)]

[5] Ibn Tulun y los tuluníes: Thierry Bianquis, «Autonomous Egypt from Ibn Tulun to Kafur 868-969», en Carl F. Petry (ed.), *Cambridge History of Egypt*, vol. 1; *Islamic Egypt 640-1517* (en adelante, CHE 1). 86-108; la rebelión cármata 106-108; papel especial de Jerusalén 1031. Caraítas: Norman Stillman, «The Non-Muslim Communities: the Jewish Community», en CHE 1200. Ascenso de los caraítas: Mann 1.60-51. El emir turco Amjur y su hijo alí gobernaron Palestina para los abasíes desde 869 y su tolerancia fue alabada por el patriarca Teodosio: Goitein, «Jerusalem». 183. Kennedy, *La corte de los califas*. Khazars: Brook, *The Jews of Khazaria* 96-98; Mann, 1641. Gideon Avni: conversaciones con el autor, sinagoga jazarí en el barrio judío, citado en Geniza. Los jázaros respetan la academia de Jerusalén: Mann 1.64-5. [[<<](#)]

[6] Ijshís y Kafur: Bianquis, CHE 1109-19. Goitein, «Jerusalem». 183-41. Avance bizantino sobre Jerusalén: texto de John Tzimiskes en Peters, *Jerusalem* 243. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 20

[\*1] Otros gobernantes recientes de Jerusalén también habían sido enterrados allí, puesto que, igual que los judíos, creían que ser enterrados en Jerusalén significaba que resucitarían los primeros el día del Juicio Final. Cuanto más cerca del monte del Templo, tanto más pronto se levantarían de nuevo. Las tumbas de los ijshids nunca se han encontrado, pero se cree que podrían estar justo en el límite norte de la Explanada de las Mezquitas. Un historiador palestino le enseñó a este autor cómo las tres religiones han inventado la historia con tanta frecuencia en Jerusalén por motivos políticos y únicamente para aumentar su propio impulso sagrado. Cuando se hablaba de la posibilidad de que Israel construyera justo al norte de la Explanada de las Mezquitas, el historiador sugirió la colocación sin más de una placa que identificara el lugar como el emplazamiento de las tumbas de los ijshids, que se ha convertido en el santuario aceptado. La construcción del nuevo edificio fue cancelada. [ << ]

[\*2] Al-Quds apareció por primera vez en las monedas de Mamun en el año 832. A partir de entonces, los jerosolimitanos fueron conocidos como *quds*: *qudsi* o, en argot, *utsi*. [ << ]

[\*3] Khidr es el más fascinante de los santos musulmanes, estrechamente asociado a Jerusalén, donde se dice que celebró el Ramadán. Khidr el Hombre Verde fue un místico extranjero, eternamente joven, pero con una barba blanca, citado en el Corán (18,65) como el guía de Moisés. En el sufismo, el misticismo musulmán, Khidr es el guía que ilumina el camino sagrado. El hombre verde parece haber inspirado el caballero verde del poema épico artúrico *Sir Gawain y el caballero verde*, aunque se le identifica sobre todo con el Elías judío y el san Jorge cristiano, este último un oficial romano ejecutado por Diocleciano. Su santuario en Beit Jala, cerca de Belén, todavía es venerado por judíos, musulmanes y cristianos. [ << ]

[\*4] No todas las sinagogas habían sido destruidas. La sinagoga judía de Fustat, en la zona antigua de El Cairo, contenía uno de los recursos históricos clave de la Edad Media: la *geniza* de El Cairo. En aquella época, los tres Pueblos del Libro veneraban el papel en el que estaba escrito el lenguaje sagrado, porque las palabras, igual que las personas, tenían una vida espiritual. Los judíos conservaban los documentos recibidos en las sinagogas en una *geniza*, almacén, durante siete años, pasados los cuales, se enterraban en un cementerio o se almacenaban en un ático especial. La *geniza* de El Cairo no fue vaciada en más de 900 años, conservando cien mil documentos que mostraban la vida en Egipto, sus conexiones con Jerusalén, y el mundo mediterráneo en todos sus aspectos, sellados y olvidados hasta el año 1864

cuando un investigador jerosolimitano penetró en ella por primera vez. En la década de 1890, los documentos de la *geniza* empezaron a ver la luz, tras ser comprados por eruditos británicos, estadounidenses y rusos, pero no sería hasta el año 1896, cuando dos excéntricas damas escocesas le mostraron algunos documentos de esta *geniza* al profesor Solomon Schechter, quien reconoció el texto hebreo más antiguo del *Ecclesiasticus* de Ben Sira. Schechter reunió ese inestimable tesoro que le permitió a S. D. Goitein producir su obra en seis volúmenes *Mediterranean Society*. [ << ]

[\*5] Era la época de los ministros judíos al servicio de los monarcas musulmanes. En Egipto, el vástago de una familia de comerciantes caraítas persas, Abu Saad al-Tustari, se convirtió en proveedor de productos de lujo de Zahir, a quien le vendió una esclava negra. A la muerte del califa, en el año 1036, esta esclava se convirtió en la Walida, la madre del califa Mustansir, con Tustari como el poder en la sombra tras el trono. Tustari amasó una colosal fortuna, y en una ocasión le regaló a Walida un barco de plata por valor de 130 000 *dirhams*. Nunca se convirtió al islam. El poeta Rida ibn Thawb escribió: «Pueblo de Egipto, tengo un buen consejo para vosotros, haceos judíos porque hasta el mismo cielo se ha convertido en judío». En el año 1048, Tustari fue asesinado por tropas turcas, una muerte muy sentida por los *gueonim* de Jerusalén. Mientras tanto, el visir de la Granada musulmana en España fue otro gran protector de Jerusalén: Samuel ibn Nagrela, «el príncipe», un gran erudito, médico, poeta, estudioso del Talmud y general, tal vez el único judío practicante en ponerse al mando de un ejército musulmán en el campo de batalla. Su hijo le sucedió, pero fue asesinado en 1066 en el transcurso de una matanza de judíos en Granada. [ << ]

[\*6] Cuando el emperador cautivo fue llevado ante el victorioso Alp Arslan, cuyos mostachos eran tan largos que se cubría los hombros con ellos, le preguntó: «¿Qué harías tú si me llevaran prisionero a tu presencia?». «Quizá te mataría, o te exhibiría por las calles de Constantinopla», le respondió Romanos IV Diógenes. «Mi castigo será mucho más duro», replicó Alp Arslan, «te perdono y te dejo marchar en libertad». Sin embargo, el León no duró mucho tiempo. Cuando vio que un asesino se le acercaba, ordenó a su guardia personal que se apartara para poder así exhibir su habilidad como arquero y derribar a su atacante, pero le resbaló el pie y el asesino lo apuñaló. Moribundo, le advirtió a su hijo Malik Shah: «Recuerda bien las lecciones aprendidas y no permitas que tu vanidad domine a tu sentido común». La inscripción de su tumba en Merv hace gala de una fina ironía: «Oh, vosotros, los que visteis la altísima grandeza de Alp Arslan, ¡vedlo ahora, cómo yace bajo la tierra negra!». [ << ]

[\*7] Una disputa sobre la sucesión fatimí dio pie a una sangrienta secesión de una secta chiita ismailí liderada por Hassan al-Sabbah. Él y sus nizaríes huyeron a Persia,



donde conquistaron la fortaleza de montaña de Alamut, y más tarde se apoderaron de algunas fortalezas en Líbano. Compensó la escasez de sus efectivos lanzando una espectacular campaña de terrorismo contra sus enemigos suníes. Se suponía que su grupo de asesinos, que aterrorizaron Oriente Medio durante más de un siglo, operaban bajo la influencia del hachís, por eso se les dio el nombre de *hashishim*, o asesinos. Los musulmanes, sin embargo, los llamaban *batini*, buscadores de conocimiento esotérico secreto. [ << ]

[\*8] En el año 1095, el filósofo suní Abu Hamid al-Ghazali buscó refugio de los asesinos en Jerusalén. «Me encerré en el recinto de la Cúpula de la Roca», dijo, en una minúscula habitación sobre la Puerta Dorada, para escribir *La revivificación de las ciencias religiosas*, una obra que revitalizaría el sunismo musulmán, separando la lógica de la filosofía (la metafísica griega) de la revelación extática de la verdad religiosa, al mismo tiempo que le daba a cada una lo que era suyo. Su demolición de la causa y efecto científicos (en su obra *La incoherencia de los filósofos*) a favor de la revelación divina pondría fin a la edad de oro del conocimiento y de las enseñanzas árabes en Bagdad, y contribuiría a debilitar la ciencia y la filosofía árabes. [ << ]

[1] Ibn Killis: Bianquis, *CHE* 1117. Stillman, *CHE* 1206. Goitein, «Jerusalem». 184. [ << ]

[2] Fatimíes, Jawhar y Killis como visir, fatimíes: Paul E. Walker, «The Ismaili Dawa and the Fatimid Caliphate», en *CHE* 1120-48. Paula A. Sanders, «The Fatimid State», en *CHE* 1151-4. Bianquis, *CHE* 1117. Fatimíes mesiánicos: Wickham 336-338. Potentandos judíos: Stillman, *CHE* 1206-7. Goitein, «Jerusalem». 184. on Killis, gobernador judíos de Siria y Palestina, visires cristianos: Goitein, *Mediterranean Society* 1.33-4. [ << ]

[3] Paltiel, judíos y cristianos en Jerusalén bajo los fatimíes. Acerca de Paltiel y de los lugares de oración en Jerusalén: Ahima'as, *The Chronicle of Ahima'as* 64-66, 95-97. Moisés Maimónides, *Code of Maimonides Book 8 Temple Service* 12, 17 5 28-30. Sobre Paltiel y familia: Mann, 1252. Fatimíes pagan subsidios a los judíos: Peters, *Jerusalem* 276, demostrado por la cancelación de al-Hakim. Grabar, *Shape of the Holy*: judíos en Jerusalén, ataque al funeral de Paltiel en 1011: 144-150, 162-168. Dolientes de Sión, llamada a la *Aliyá* por Daniel al Kumisi: Peters, *Jerusalem* 227-229; caraítas 229-232. Moshe Gil, «Aliyah and Pilgrimage in Early Arab Period», en *Cathedra* 3,162-173. Academia judía: Peters, *Jerusalem* 232-233; pobreza y cartas en las que se suplica ayuda 233-234; lugar de culto, monte de los Olivos, dichos de Geniza sobre los monumentos de Absalón 603. Peregrinación, aura de distinción y judíos y cristianos imitan a los musulmanes: Goitein, *Mediterranean Society* 1.55

Stillman, *CHE* 1201-9. Peregrinaciones cristianas desde Egipto: Ibn al-Qalanisi, *Continuation of the Chronicle of Damascus* (en adelante, Qalanisi). 65-67. Duri en Asali, *Jerusalem* 118-119. [[<<](#)]

[4] Al-Muqaddasi y la Jerusalén musulmana bajo los fatimíes: las citas son de Muqaddasi; sobre la belleza de la Cúpula, del Haram y de al-Aqsa 41-68; sobre los místicos y quesos 67-69; judíos y cristianos 75-77; sobre el Día del Juicio Final, baños sucios, agua 34-37. Día del Juicio Final y llegada del Mahdi: Ibn Khaldun 257-258. Haram fatimí: Kaplony, *Sacred Esplanade* 101-131. Duri en Asali, *Jerusalem* 119. Plátano en la Cúpula: Goitein, «Jerusalem». 190 cita a Ibn Asakir. [[<<](#)]

[5] Al-Hakim: madre cristiana, Guillermo de Tiro 1.65-7. Sanders, *CHE* 1152. Goitein, «Jerusalem». 185. Musulmanes en busca del conocimiento: Goitein, *Mediterranean Society* 1511. Runciman 1.35-61. Mann 1.33-41. Sobre el santuario de al-Khidr véase William Dalrymple, *From Holy Mountain* 339-3441. Jaber el-Atrache, «Divinity of al-Hakim», *Lebanon Through Writers' Eyes* (eds). T. J. Gorton y A. F. Gorton, 170-171. [[<<](#)]

[6] Fuego Sagrado: Qalanisi 65-67. Martin Gilbert, *Rebirth of a City* 1601. Estremecimiento de horror, Mujir 67-68. Fuego Sagrado, descripciones en Peters, *Jerusalem* 262, incluyendo la primera mención de un ritual en 870 d. C. en Bernard *Itinerary* 263. Peregrinos cristianos, entre ellos Fulco: David C. Douglas, *William the Conqueror* 35-37. Runciman 1.43-9. [[<<](#)]

[7] Hakim, Santo Sepulcro y muerte: Gilbert *Rebirth of a City* 160. Fuego Sagrado: Mujir 67-68. Fuego Sagrado, descripciones en Peters, *Jerusalem* 262, incluyendo la primera mención de un ritual en 870 d. C. en Bernard *Itinerary* 263. Peregrinos cristianos: Runciman 1.43-9. Haram fatimí: Kaplony, *Sacred Esplanade* 101-131. Qalanisi 65-67. Yahya ibn Said citado en Peters, *Jerusalem* 260; persecuciones judías, pérdida del subsidio 276. Hiyari en Asali, *Jerusalem* 1321. Goitein, «Jerusalem». 185-186. Goitein, *Mediterranean Society* 1.1-5, 18, 34, 711. Sobre Sweyn, duque Roberto de Normandía: Douglas, *William Conqueror* 3537: Tuchman 3-4. «Divinity of Hakim», *Lebanon* 170-171. [[<<](#)]

[8] Al-Zahir y al-Mustansir, reconstrucción del Santo Sepulcro, murallas y barrio cristiano: Kaplony, *Sacred Esplanade* 101-131. Al-Zahir: Guillermo de Tiro 1.67-71; murallas, hospicio amalfitano, barrio 1,80-81; reconstrucción de la zona de Muristan 2240-5. Goitein, «Jerusalem». 188. Reconstrucción: Peters, *Jerusalem* 267; murallas de Jerusalén y protección del barrio de los patriaracas cristianos, Yahya citado en Peters. Hiyari en Asali, *Jerusalem* 132-133. Peregrinaciones cristianas, al-Mustansir,

visires judíos: Stillman, *CHE* 12061.207. Peregrinos normandos, reales y aristocráticos: Douglas, *William Conqueror* 35-37. Peregrinación alemana encabezada por Arnaldo, obispo de Bamberg y baño de sangre en el exterior de Jerusalén en el año 1064: Peters, *Jerusalem* 2531. Baño de sangre: véase Florence of Worcester, *Chronicle*. Era de peregrinos: Runciman 143-149. Christopher Tyerman, *Las guerras de Dios: una nueva historia de las cruzadas* (en adelante, Tyerman). 68-69. Peligros y persecución de peregrinos cristianos: Guillermo de Tiro 1.71 y 81. Torturas y tripas explotadas, Urbano II citado en Peters, *Jerusalem* 251; judíos, seguridad de al-Zahir 277. Peregrinaciones y viajes de los judíos: Goitein, *Mediterranean Society* 1.55-61. Peregrinaciones musulmanas, Nasir-i-Khusrau: todas las citas son de Nasir-i-Khusrau, *Diary of a Journey through Syria and Palestine*; sobre Nasir, Grabar, *Shape of the Holy* 137138, 145-153. Santidad de Jerusalén: Hasson, *Cathedra* 1177-83. Santidad: Ibn Khaldun 269. Consagración del *haj* de Jerusalén: Duri en Asali, 118. Gran visires de tustari: Mann 1.74-6. Solomon ben Yehuda, gaón de Jerusalén 1025-1051; las cosas están «tan mal que nada igual ocurrió desde el regreso de los judíos», sobre la caída de Jerusalén amenazada por rebeldes árabes 1024-1029; tolerancia de al-Zahir de judíos y caraítas: Mann 1,134-136. El *gaon* y Nasi Daniel ben Azarya en Jerusalén once años, 1051-1062 y sucedido como *gaon* por Elijah Hakkohen, pero huida de éste de Jerusalén a tiro: Mann 1178-80; revuelta árabe de Hassan de Banu Jarrah 1,158-171. Tratado con los bizantinos: Runciman 1.35-7. [[<<](#)]

[9] Seléucidas: Ibn Khaldun 252. Aziz conquista Jerusalén, revuelta y asalto; Tutush y los ortuquies: Solomon ben Joseph Ha-Kohen, «The turkoman Defeat at Cairo», *American Journal of Semitic Languages and Literatures*, enero de 19061. Hiyari en Azali, *Jerusalem* 135-1371. Goitein, «Jerusalem». 1861. Joshua Prawer, *Latin Kingdom of Jerusalem* 7-9. Tácticas militares de los turcos: Norman Housley, *Fighting for the Cross: Crusading to the Holy Land* 111-114. Ortuq y flechas: Runciman 1.76; seléucidas 1.59. Renacimiento musulmán, incluyendo visita de al-Ghazali e Ibn al-Arabi: Mustafa A. Hiyari en Asali, *Jerusalem* 130-137. Peligros y persecución de peregrinos cristianos: Guillermo de Tiro 1711. Torturas, Urbano II: Peters, *Jerusalem* 251; los judíos huyen Haifa y luego a Tiro 277. Ruinas de Jerusalén: Halevi, *Selected Poems of Judah Halevi*, ed. H. Brody 3-7. Maimónides, *Code* 28-30. Peters, *Jerusalem* 276-279. Musulmanes: Ghazali citado en Peters, *Jerusalem* 279-280 y 409; Mujir 66 y 140; Nusseibeh, *Country* 126-127. Historia popular de los seléucidas: John Freely, *Storm on Horseback: Seljuk Warriors of Turkey* 45-64. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 21

[\*1] La cifra que se suele mencionar habitualmente con referencia a la población de Jerusalén es de setenta mil habitantes, pero parece una exageración poco creíble. En el siglo XI, Constantinopla tenía seiscientos mil habitantes; Bagdad y El Cairo, las grandes ciudades del islam, entre cuatrocientas mil y quinientas mil; Roma, Venecia y Florencia, entre treinta mil y cuarenta mil; París y Londres, veinte mil. En lo que respecta al fuego griego, «la llama de Dios», un mejunje a base de petróleo disparado por medio de un sifón, salvó en una ocasión la ciudad de Constantinopla. Ahora, los musulmanes disponían de esta arma, de la que carecían los cristianos. [ << ]

[\*2] Las leyes de la guerra establecían que no se esperaba cuartel después de un largo y duro asedio. Los testigos francos, sin embargo, fueron más allá y publicitaron su carnicería afirmando que no se perdonó a nadie. Ahora bien, algunas de sus descripciones posteriores se inspiran directamente en el libro del Apocalipsis. No especificaban cifras. Más tarde, los historiadores musulmanes afirmarían que los muertos sumaron setenta mil, incluso cien mil personas, aunque las últimas investigaciones sugieren que la matanza fue menor, tal vez de alrededor de diez mil personas, un cifra bastante inferior a la de las posteriores masacres de Edesa y de Acre. El contemporáneo mejor situado, Ibn al-Arabi, que había residido en Jerusalén hasta hacía poco tiempo y que en el año 1099 estaba en Egipto, cifra en tres mil los muertos en al-Aqsa. Tampoco murieron todos los judíos. Es indudable que se dejaron vivos a musulmanes y judíos. Parece que los cronistas de los cruzados, y de forma muy poco habitual, por motivos propagandísticos y religiosos, exageraron mucho la escala de sus propios crímenes. Así era la guerra santa. [ << ]

[1] Cruzada, Godofredo, conquista de Jerusalén. Esta crónica de las cruzadas se basa en los clásicos esenciales Steven Runciman, *The Crusades*; Jonathan Riley-Smith, *The Crusades: A Short History*; Jonathan Riley-Smith, *The First Crusade*; Joshua Prawer, *The Latin Kingdom of Jerusalem*; Denys H Pringle, *The Churches of the Crusader Kingdom of Jerusalem: A Corpus* (en adelante, Pringle); en las obras de Benjamin Z. Kedar; y los excelentes nuevos libros: Christopher Tyerman, *Las guerras de Dios*; Jonathan Phillips, *Holy Warriors*; y Thomas Asbridge, *The Crusades*; también en fuentes primarias cristianas: Guillermo de Tiro, Fulquerio de Chartres, *Gesta Francorum* y Raimundo de Aguilers, y en fuentes musulmanas, Ibn al-Athir, y más tarde, Ibn Qalanisi y Usama bin Munqidh; sobre la guerra, Norman Housley, *Fighting for the Cross*; sobre la vida en Jerusalén, Adrian Boas, *Jerusalem in the Time of the Crusades*. Raimundo y Gesta citados en August C. Krey, *The First Crusade: The Accounts of Eyewitnesses and Participants* 242-262; al-Athir y al-

Qalanisi citados, a menos que se especifique otra fuente, en Francesco Gabrieli, *Arab Historians of the Crusades* (en adelante, Gabrieli). Asaltos: al-Athir, Gabrieli 10-11. Tyerman 109-112. Tres mil muertos, masacre más pequeña: Benjamin Z. Kedar, «The Jerusalem Massacre of July 1099 in Western Historiography of the Crusades», en *Crusades* 3 (2004). 15-75. Phillips, Warriors 24; Asbridge, *Crusades* 90-104. Tres mil muertos en Haram y mujeres muertas en la Cúpula de las Cadenas: Ibn al-Arabi citado en Benjamin Z. Kedar y Denys Pringle, «1099-1187: The Lord's Temple (Templum Domini) and Solomon's Palace (Palatium Salomonis)», en *Sacred Esplanade* 133-149. Prawer, *Latin Kingdom* 15-33. Sobre la imagen de Jerusalén y la Guerra Santa: Housley, *Fighting for the Cross* 26 y 35-38; masacre 217-219. Los príncipes de la cruzada: Tyerman 116-125; psicópatas cruzados 87. Fragmentación de ciudades-estado árabes y musulmanas, véase Guillermo de Tiro y al-Athir citado en Tyerman 343 y Grabar, *Shape of the Holy* 18. Runciman 1280-5. Hiyari en Asali, *Jerusalem* 137-140. Sobre los edificios cruzados de Jerusalén, gracias al profesor Dan Bahat que acompañó al autor en una visita a los lugares de los cruzados. Sobre la moralidad de Arnulfo: B. Z. Kedar, «Heraclius», en B. Z. Kedar, H. E. Mayer y R. C. Smail (eds.), *Outremer: Studies in the History of the Crusading Kingdom of Jerusalem* 182. B. Z. Kedar, «A Commentary on the Book of Isaiah Ransomed from the Crusaders», en *Cathedra* 2320. OJ 281. Asalto y rehenes judíos: Prawer, *Jews in the Latin Kingdom* 19-40. Sobre los judíos: Mann 198-201. Guillermo de Tiro 1379-413. La campaña: Tyerman 124-153; asaltos 155-164; pocos caballeros 178. Masacre: al-Athir en Gabrieli 10-11. Asalto: *Gesta Francorum* 86-91. Fulquerio de Chartres, *A History of the Expedition to Jerusalem* 1.XXIV y XXXIII y 21.VI. Sangre hasta las bridas, citado en Peters, *Jerusalem* 285. Estadísticas de la población de la ciudad: Tyerman 2-3. Tácticas de los turcos: Housley, *Fighting for the Cross* 111-114; tácticas de los francos 118-122. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 22

[\*1] La iglesia redonda del Templo en Londres, consagrada por Heraclio, el patriarca de Jerusalén en el año 1185 y que Dan Brown ha hecho famosa en su novela *El código Da Vinci*, está seguramente inspirada en el Templo del Señor, la Cúpula de la Roca, cuya edificación los cristianos atribuían a Salomón. Algunos investigadores aseguran, sin embargo, que en realidad está basada en la iglesia de doble cúpula del Santo Sepulcro. [ << ]

[\*2] En tiempos de crisis, cuatro soldados que cabalgaban delante del rey, solían llevar el Árbol de la Vida, que el resto del tiempo, se conservaba en un baúl enjovado y custodiado en la iglesia del Santo Sepulcro por el *scriniarius*, el guardián de las reliquias. [ << ]

[1] Balduino I. Este retrato se basa en Guillermo de Tiro 1416-17; Fulquerio, *History*; Tyerman 200-207; Runciman 1314-15 y 2104, incluyendo las esposas de Balduino, la llegada de Adelaida a Jerusalén y la visita de Sigurd 92-931. «Saga of Sigurd» citado en Wright, *Early Travellers* 50-62. Construcciones, uso de la ciudadela, reutilización de materiales de al-Aqsa para el Sepulcro: Boas, *Jerusalem* 73-80. El Haram de los cruzados: Kedar y Pringle, «1099-1187: the Lord's Temple (Templum Domini) and Solomon's Palace (Palatium Salomonis).», *Sacred Esplanade* 133-149. Santo Sepulcro: Charles Couasnon, *The Church of the Holy Sepulchre in Jerusalem* 19-20. Kroyanker 40-43. N. Kenaan, «Sculptured Lintels of the Crusader Church of the Holy Sepulchre», en *Cathedra* 2325. Runciman 3370-2. Las tradiciones y el calendario, peregrinos: Tyerman 341. Fuego Sagrado, el abate Daniel citado en Peters, *Jerusalem* 263-265; metesep y administración de la ciudad 301. Calendario y rituales: Boas, *Jerusalem* 30-32; cargos políticos principales y cortes 21-25; coronación 32-35; Puerta Dorada, sobre posibles cúpulas de los cruzados 63-64, citando a Pringle; tumbas cruzadas en el Monte del Templo 182; Juan de Wurzburg habla de «personajes ilustres» enterrados cerca de la Puerta Dorada, estilo cruzado y taller en el Monte del Templo 191-198. Prawer, *Latin Kingdom* 97-102 sobre coronaciones; Vera Cruz 32-33; corona 94-125. Sobre la Vera Cruz: Imad citado en Grabar, *Shape of the Holy* 136. James Fleming, *Biblical Archaeology Review*, enero-febrero 1969, 30. Shanks 84-85. Tienda roja del rey: Runciman 2458-9; estilo cruzado 3368-83. Estilo y reutilización de las piedras de Herodes, ciudadela y torres: Kroyanker 4, 37-43. [ << ]

[2] Balduino II: Tyerman 206-8. Habilidad y capacidad de reinar: al-Qalanisi, Gabrieli 40. Jerusalén: Bahat, *Atlas* 90-101. Palacios reales, palacio cercano al

Sepulcro: Boas, *Jerusalem* 77-80. Palacio: Arnald von Harf citado en Peters, *Jerusalem* 355. Con relación a las órdenes, este pasaje se basa en Jonathan Riley-Smith, *The Knights of St John in Jerusalem and Cyprus* 1050-1310; Piers Paul Read, *The Templars*; Michael Haag, *The Templars: History and Myth*; Boas, *Jerusalem*; y Prawer, *Latin Kingdom*. Monte del Templo templario: Teodorico, *Description of the Holy Places* 30-32. Tradiciones templarias reglas: peregrino anónimo citado en Peters, *Jerusalem* 323. Organización militar, caballeros, turcoples: Tyerman 220, 228 y órdenes 169. Órdenes: Boas, *Jerusalem* 26-30; Monte del Templo templario, baños 142-60; establos citando a Juan de Wurzburg y Teodorico (diez mil caballos). 163; hospitalarios 156-159. Prawer, *Latin Kingdom* 252-279. Órdenes: Runciman 2312-14. Cruzados en el Monte del Templo: Oleg Grabar, *The Dome of the Rock* 163. El Haram de los cruzados: Kedar y Pringle, *Sacred Esplanade* 133-149. Sobre el Monte del Templo: iglesia en el lugar de la fortaleza Antonia, Michael Hamilton Burgoyne, *Mamluk Jerusalem: An Architectural Survey* 204-205; sala de los templarios en el extremo suroeste del Monte del Templo 260-261; canónigos templarios agustinianos al norte de la Cúpula. Puerta única de acceso a los establos de Salomón: *Archaeological Park* 31. Sobre la instalación de los armenios y la reconstrucción de Santiago después de 1141: Dorfmann-Lazarev, «Historical Itinerary of the Armenian People in Light of its Biblical Memory». [[<<](#)]

## CAPÍTULO 23

[\*1] Los primeros cruzados, en su inmensa mayoría, hablaban el dialecto francés del norte, la *langue d'oïe*, totalmente diferente del dialecto del sur, la *langue d'oc*. Sin embargo, sería la *langue d'oc* la que se convertiría en la lengua principal de Ultramar. [ << ]

[\*2] El salterio de Melisenda, de delicadas cubiertas de marfil esculpido incrustadas con turquesas, rubíes y esmeraldas, fue obra de artistas sirios y armenios del *scriptorium* del Santo Sepulcro. Su combinación de estilos, bizantino, islámico y occidental, constituyen una muestra de cómo el arte de los cruzados y el oriental se fusionaron durante el reinado de esta reina medio armenia y medio franca. [ << ]

[\*3] *Sanguine*, en inglés tiene dos significados: por una parte «sanguíneo» (de sangre), y por otra «optimista». El juego de palabras es intraducible al castellano. (*N. de la T.*). [ << ]

[\*4] Fulco no era el primer rey de Jerusalén que Osama había conocido. En el año 1124, Balduino II había estado prisionero en Shaijar, el castillo de la familia de Osama, donde fue tratado con tanta hospitalidad que Osama y su familia se ganaron el respeto de todos los cruzados. Las ruinas del castillo de Shaijar todavía pueden verse en Siria. [ << ]

[\*5] Sobre las fosas comunes en Aceldama se construyeron sendas iglesias, una latina y otra ortodoxa, y los cuerpos se dejaban caer por agujeros en el tejado: se creía que los cuerpos se descomponían en veinticuatro horas sin desprender olor. La fosa común latina, utilizada por última vez para sepelios en 1829, está llena de tierra, pero la fosa ortodoxa griega todavía puede verse en la actualidad. A través de una pequeña abertura pueden vislumbrarse huesos blancos. Ninguna de las dos iglesias existe, posiblemente destruidas por Saladino. [ << ]

[\*6] La Puerta Dorada sólo se abría dos veces al año. El cementerio contiguo, posiblemente anexionado al convento de los templarios, era un lugar de descanso especial. Allí es donde se dice que fueron enterrados los asesinos de Thomas Becket. Algunos caballeros francos importantes fueron enterrados en el interior del monte del Templo. En el año 1969, James Fleming, un estudiante estadounidense de la Biblia, estaba fotografiando la puerta cuando la tierra cedió bajo sus pies y cayó en un agujero de casi tres metros de profundidad. Se encontró en medio de una montaña de huesos humanos. El agujero dejó al descubierto lo que parecía ser un arco bien



definido de pilares de la época de Herodes. Es posible que los huesos pertenezcan a los cruzados (Federico de Regensburg fue enterrado allí en 1148; el arqueólogo Conrad Schick encontró huesos en aquel lugar en 1891). Antes y después de las cruzadas, los musulmanes utilizaron el lugar como cementerio especial. En cualquier caso, Fleming no pudo examinar el agujero porque las autoridades musulmanas lo cerraron de inmediato con cemento. [[<<](#)]

[\*7] El Santo Prepucio era sólo una más entre la panoplia de reliquias medievales. Carlomagno le regaló un fragmento al papa León antes de su coronación en el año 800, pero al cabo de poco tiempo, por el mundo cristiano circulaban de 8 a 18 de este tipo de reliquias. Balduino I envió una a Amberes en 1100, y Melisenda poseía otra sección. La mayor parte de las reliquias fue destruida o se perdió durante la Reforma. [[<<](#)]

[1] Fulco y Melisenda, basado en Guillermo de Tiro 2.50-93 y 135; carácter de Melisenda 2283. Tyerman 207-209. Runciman 2178, 233, 190. Coronación de los reyes de Jerusalén: *Conquest of Jerusalem and the Third Crusade: Old French Continuation of William of Tyre and Sources in Translation* (en adelante, *Continuation*). 15. Calendario y rituales: Boas, *Jerusalem* 30-32; principales cargos políticos 21-25; coronación 32-35. Prawer, *Latin Kingdom* 97-102 Sobre coronaciones. Zengui y Edesa: al-Athir, Gabrieli 41-43 y 50-51; carácter y muerte 53-55; Qalinisi 44-50; Osama acerca de la vida en el ejército de Zengui, Zengui rey de emires 38 y 169-171. Zengui: Phillips, *Warriors* 75-76; Ibn Jubayr citado con relación a la boda 47; Coronación 56-58; castigos por adulterio 60-61; Salterio, el regalo de Fulco 69-71; Santo Sepulcro 103. Zengui, carácter: Asbridge, *Crusades* 225-227. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 24

[\*1] Melisenda fue la tercera reina en gobernar Jerusalén por derecho propio, después de Atalía, la hija de Jezabel, y de Alejandra, la viuda de Alejandro Janeo, en tiempos de los macabeos. Fue coronada tres veces, la primera, junto a su padre en 1129, la segunda junto a Fulco en 1131, y la tercera, junto a su hijo en 1143. Pese a la baja posición de las mujeres, tanto en tierras musulmanas como cristianas, Osama bin Munqidh habla de mujeres musulmanas y cruzadas que, en tiempos de peligro, se enfundaron una armadura para luchar contra el enemigo en el campo de batalla. Melisenda no olvidó sus orígenes armenios. Tras la caída de Edesa, les permitió a los refugiados armenios de esa ciudad refugiarse en Jerusalén y, en el año 1141, los armenios iniciaron la reconstrucción de la catedral de los Santiagos cerca del palacio real. [ << ]

[\*2] Tan pronto como quedó libre, Leonor se casó con Enrique, duque de Normandía y conde de Anjou, nieto del rey Fulco de Jerusalén, que al cabo de poco tiempo heredaría el trono inglés con el nombre de Enrique II. Entre sus hijos se contaban el rey Juan y el futuro cruzado, el rey Ricardo Corazón de León. [ << ]

[\*3] Al menos, parece que amó a Leonora más tiempo que a otras. Cuando el emperador la rescató, Andrónico se rindió y fue perdonado. Más tarde, después de la muerte del emperador, ese ridículo sinvergüenza se hizo con el poder en 1182 y se convirtió en uno de los emperadores más despreciables de la historia de Constantinopla. Durante su reinado de terror, mató a la mayor parte de la familia imperial, incluso a las mujeres. A la edad de sesenta y cinco años, aunque todavía atractivo y de aspecto juvenil, se casó con una princesa de trece años. Tras su derrocamiento, la multitud lo torturó hasta la muerte de la más horrible de las maneras, le cortaron un brazo, le sacaron un ojo, le arrancaron el pelo y los dientes, y le quemaron el rostro con agua hirviendo para destruir su famosa belleza. Ignoramos el destino de Teodora. [ << ]

[\*4] Este palacio aparece en un mapa bastante realista de Jerusalén realizado en Cambrai alrededor de esa época. En el año 1169, Teodorico vio el palacio que sería cedido a los cruzados alemanes en el año 1229, pero que desapareció, seguramente tras los ataques de los turcos jorezmíes en el año 1244. Los arqueólogos encontraron parte de sus cimientos en 1971 y en 1988 bajo el Jardín Armenio y los acuartelamientos turcos. [ << ]

[\*5] El viajero judío, Benjamín de Tudela, visitó Jerusalén justo después de

Maimónides. Mientras estuvo en la ciudad, los obreros que trabajaban en la remodelación del Cenáculo en el monte Sión descubrieron una misteriosa caverna que fue considerada la tumba del rey David. Los cruzados añadieron un cenotafio que, en la contagiosa atmósfera religiosa de Jerusalén, hizo que este lugar sagrado cristiano lo fuera también para los judíos y los musulmanes. Benjamín afirmó haber viajado hasta Iraq. En cualquier caso, tomó nota del drama que se desarrolló en Bagdad cuando un joven judío llamado David el-Rey, o Alroy, declaró ser el Mesías, y les prometió a los judíos locales que les daría alas para volar «y conquistar Jerusalén». Los judíos de Bagdad esperaron en los tejados de sus casas pero nunca consiguieron despegar, ante el gran regocijo de sus vecinos. Alroy sería más tarde asesinado. Benjamin Disraeli empezaría a escribir su novela, *Alroy*, en el curso de su visita a Jerusalén en el siglo XIX. [[<<](#)]

[\*6] Después de cuatro siglos como sinagoga judía bajo el islam, los cruzados sellaron la «Cueva» en los túneles junto a la muralla occidental, y la convirtieron en una cisterna. Así pues, parece poco probable que Maimónides rezara allí. [[<<](#)]

[1] Osama bin Munqidh, *The Book of Contemplation: Islam and the Crusades* (en adelante, Osama), erudito, caballero, musulmán, 26; Zengui rey de emires 38; brutalidad de los emires 169-171; de caza con Zengui 202-203; pérdida de la biblioteca 44; importancia del islam y de la yihad, padre 63-64 y 202; médicos orientales 66; medicina de los francos 145-146; reuniones con Fulco 76-77; Azor 205-206; peregrinación a Jerusalén 250; compra de rehenes 93; encuentro con Balduino II 94; padre corta brazo de sirviente 129; conversos francos al islam 142-143; naturaleza de la invitación a Europa de los francos 144; en el Templo 147-148; mujeres y afeitado del vello púbico 148-150; ley 151-152; francos aclimatados a oriente 153; pequeñas cosas y muerte 156; victoria y Dios 160. Descripción de mercados y calles: estado de la ciudad de Jerusalén en 1187 citado en Peters, *Jerusalem* 298-303. El Haram de los cruzados: Kedar y Pringle, *Sacred Esplanade* 133-149. Comercio: Prawer, *Latin Kingdom* 408-409. Sobre los médicos sirios, véase Guillermo de Tiro sobre la muerte de Balduino III y Amalrico. Población y adopción de costumbres orientales: Fulcher, *History* 21.VI, 6-9 y 3.XXXII. Diferentes pueblos en Jerusalén: peregrino anónimo en Peters 307-308. Ali al-Harawi, sobre las pinturas en la Cúpula: Peters, *Jerusalem* 313-318. templarios salen a caballo cada día para la instrucción: Benjamín de Tudela, *The Itinerary of Benjamin of Tudela* 20-23; véase también Wright, *Early Travellers*. Jerusalén en 1165, «pueblos de todas las lenguas», judíos rezando en la Puerta Dorada: Benjamín de Tudela citado en Wright 83-86. Jerusalén 1103: Saewulf citado en Wright, *Early Travellers* 31-39. Sobre las celebraciones, guía de la ciudad de Jerusalén y al-Harawi: Peters *Jerusalem*, 302-318. Sobre el asentamiento armenio y la reconstrucción de la catedral de los

Santiagos después de 1141: Dorfmann-Lazarev, «Historical Itinerary of the Armenian People in Light of its Biblical Memory». Sobre las construcciones de Melisenda, asentamiento, armenios durante las cruzadas: Kevork Hintlian, *History of the Armenians in the Holy Land* 18-23 y 25-28. Sobre el asentamiento de armenios y refugiados; mi agradecimiento a George Hintlian. Desarrollo del barrio armenio: Boas, *Jerusalem* 39. Planes de los cruzados para la iglesia de san Gil en Bab al-Silsila: visita del autor a los túneles del Templo, guiado por Dan Bahat. Iglesias cruzadas en Bab al-Silsila: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 443 y sobre la ubicación de la fortaleza Antonia 204-205. Sobre el gobierno de Melisenda y Fulco: Tyerman 206-211. Runciman 2233. Sobre la construcción: Grabar, reja de la Cúpula de la Roca 167. Sobre las iglesias: véase Pringle. Construcciones, utilización de la ciudadela, reaprovechamiento de elementos de al-Aqsa para el Sepulcro: Boas, *Jerusalem* 73-80. Kedar y Pringle, *Sacred Esplanade* 133-1491. Santo Sepulcro: Couasnon, *Church of the Holy Sepulchre in Jerusalem* 19-201. Kroyanker 40-43. Kanaan, «Sculptured Lintels of the Crusader Church of the Holy Sepulchre», en *Cathedra* 2325. Rituales funerarios y santuarios como teatro: Jonathan Riley-Smith, «The Death and Burial of Latin Christian Pilgrims to Jerusalem and Acre, 1099-1291», *Crusades* 7 (2008): cementerios, santos lugares como decorados de teatro, incluyendo cita de Riley-Smith, sobre los asesinatos de Becket. Muerte en Jerusalén y Mamilla: Prawer, *Latin Kingdom* 1841. Boas, *Jerusalem* 181-187, incluyendo Aceldama y entierro de Federico, defensor de Regensburg, muerto en 1148, en el Monte del Templo; Conrad Schick encontró huesos cerca de la Puerta Dorada. Práctica de tiro con arco, Boas, *Jerusalem* 163. Salterio, arte: Prawer, *Latin Kingdom* 416-68. Runciman 3383. Véase también J. Folda, *Crusader Art: The Art of the Crusaders in the Holy Land*, 1099-1291. Población y vestiduras de las órdenes militares y de los jerosolimitanos: Boas, 26-30 y 35-40. Tabernas con cadenas: conversaciones con Dan Bahat. Vida en Jerusalén, baños, calles venecianas y genovesas, *poulains*: Runciman 2291-31. Vida y lujos, turbantes, pieles, albornoces, baños, cerdo, palacio de los Ibelín en Beirut: Tyerman 235-40. Mapas y visión de Jerusalén: catorce mapas de la Jerusalén franca, once de ellos redondos, en general, con la convención cartográfica de la cruz en el interior de un círculo en las calles: Boas, *Jerusalem* 39 en el palacio real en el mapa de Cambrai. Palacio real: Prawer, *Latin Kingdom* 110-111. Sexo y mujeres durante la cruzada, Housley, *Fighting for the Cross* 174-1471. Prostitutas en Ultramar, Imad al-Din citado en Gabrieli 204-205. Musulmanes: Ali al-Harawi citado en Peters, *Jerusalem* 381. Judíos, visita de Yehudá Halevi: Brenner 88-90. Prawer, *History of the Jews in the Latin Kingdom* 144. *Selected Poems of Judah Halevi*, trad. Nina salaman; véase también Peters, *Jerusalem*: 278. Runciman 3370-2. Tradiciones y calendario, peregrinos: Tyerman 3411. Fuego Sagrado, Daniel el abad citado en Peters, *Jerusalem* 263-5, Methesep y la administración de la ciudad 301. Calendario y

rituales: Boas, 30-32; 21-25; 3235. Prawer, *Latin Kingdom* 97-102; Vera Cruz 32-33; corona: 94-125. Sobre la Vera Cruz: Imad citado en Grabar, *Shape of the Holy* 136. Puerta Dorada: Boas, 63-64; tumbas cruzadas 182; Monte del Templo 191-1981. J. Fleming, *Biblical Archaeology Review* enero, febrero 1969, 30. Shanks 84-851. Tienda roja del rey: Runciman 2458-9; estilo cruzado 3368-83. Estilo y reutilización de los sillares de Herodes: Kroyanker 4, 37-43. Cúpula de la Roca: Ali al-Harawi citado en Peters, *Jerusalem* 318. Zengui, carácter, testigo en su lecho de muerte, Asbridge, *Crusades* 225-227. Hamilton A. R. Gibb, «Zangi and the Fall of Edessa», in M. W. Baldwin (ed.), *The First Hundred Years*, vol. 1 de K. M. Setton (ed.), *A History of the Crusades* 449-4631. [[<<](#)]

[2] Segunda cruzada: Qalanisi citado en Gabrieli 56-60; al-Athir 59-62. Guillermo de Tiro: sobre Leonor y Raimundo 2180-1; acerca de la debacle de Damasco 2182-96. Carácter de Zengui, muerte: Asbridge, *Crusades* 225-227. Gibb, «Zengi and the Fall of Edessa», en Baldwin, *First Hundred Years* 449-4631. La crónica más reciente es la de Jonathan Phillips, *The Second Crusade* 207-227. Sobre Luis y Leonor: Ralph V. Turner, *Eleanor of Aquitaine* 70-98. Tyerman 329-337. Catorce mapas de la Jerusalén franca, Boas, *Jerusalem* 39. Palacio real: Prawer, *Latin Kingdom* 110-111. Sobre la iglesia del Santo Sepulcro, esta crónica está tomada de Riley-Smith, «Death and Burial of Latin Christian Pilgrims to Jerusalem and Acre, 1099-1291», *Crusades* 7 (2008); Pringle; Folda, *Crusader Art*, Couasnon, *Church of the Holy Sepulchre in Jerusalem* 19-20; Kroyanker 40-43; Kanaan, *Cathedra* 2325; Boas, *Jerusalem* 73-80; Runciman 3370-21. [[<<](#)]

[3] Balduino III: carácter, Guillermo de Tiro 2137-9; la crónica de su reinado se basa en 2139-292; muerte y duelo 2292-4. Tyerman 206-208. Runciman 2.3334, 2242, 2361-3; ataque de los ortúquides 2337; ascalón 2337-58. Nur al-Din y renacimiento suní: Qalanisi 64-68. Tyerman 268-273. Asbridge, *Crusades* 229-233. Nur al-Din y el polo: Phillips, *Warriors* 110. Hamilton A. R. Gibb, «The Career of Nur-ad-Din», en Baldwin, *First Hundred Years* 513-527. Sobre Andrónico: Bernard Hamilton, *The Leper King and his Heirs: Baldwin IV and the Crusader Kingdom of Jerusalem* (en adelante, *Leper*). 173-174. [[<<](#)]

[4] Amalarico y Agnes, sordidez de la política de Jerusalén: *Leper* 26-321. Tyerman 208-210. Amalarico construye el palacio real: Boas, *Jerusalem* 82. De la estrategia egipcia y negociaciones con los asesinos: *Leper* 63-75. Cinco invasiones egipcias: Tyerman 347-358; médicos sirios 212. Runciman 2262-93; muerte de los reyes 2398-400. Todopoderosas órdenes militares, es decir, caballeros de san Juan frente al patriarca, Guillermo de Tiro 2240-5; desobediencia de los templarios a Amalarico. Boda de Agnes y Reinaldo de Marash; prometida a Hugo de Ibelin;

casada con el príncipe Amalarico, después con Hugo de Ibelin y más tarde con Reinardo de Sidón, quien se divorció de ella; los supuestos amantes incluían a Amalarico de Lusignan y a Heraclio el Patriarca: Runciman 2362-3, 407. [[<<](#)]

[5] Guillermo de Tiro: vida y vínculos con la biblioteca de Osama: Presentación, Guillermo de Tiro 1.4-37. Los libros de Osama 44. Balduino IV, lepra: Guillermo de Tiro 2397-8. Leper 26-32. [[<<](#)]

[6] Moisés Maimónides: esta crónica se basa en Joel L. Kraemer, *Maimonides: The Life and World of One of Civilisation's Greatest Minds*; negativa a servir al rey cruzado probablemente entre 1165 y 1171, 161; visita a Jerusalén 134-141; médico fatimí 160-161; médico del cadí al-Fadil y más tarde de Saladino 188-192; al-Qadi al-Fadil 197-201; médicos de Saladino 212 y 215; fama y vida de la corte; médico de al-Afdal 446; vida sexual de Taki al-Din 446-448. Prager, *History of the Jews in the Latin Kingdom* 142. ¿Rezó Maimónides en la Cúpula de la Roca?: Kedar y Pringle creen que sí lo hizo, *Sacred Esplanade* 133-1491. Benjamín de Tudela sobre los tintoreros judíos, tumba de David y Alroy: véase Wright, *Early Travellers* 83-86, 107-109. Michael Brenner, *Short History of the Jews* (en adelante, Brenner), sobre Alroy 80; sobre Maimónides 90-92. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 25

[\*1] La lepra era una enfermedad corriente. Jerusalén tenía su propia orden de San Lázaro para los caballeros leprosos. Contagiarse de la lepra es difícil: tal vez el niño tuviera contacto durante meses con alguna ama de cría que sufra síntomas leves. La enfermedad la causa una bacteria que se transmite a través de las gotas de sudor y el tacto. Al llegar a la adolescencia, Balduino desarrolló una lepra lepromatosa. En la película *El reino de los cielos* se le muestra llevando una máscara de hierro para ocultar su rostro completamente deshecho y sin nariz, pero, en realidad, se negó a ocultarse como rey, incluso cuando la enfermedad ya le había consumido. [ << ]

[\*2] Fue en este momento cuando Guillermo de Tiro, «hastiado de los tristes desastres, y sintiendo un profundo odio por el presente, decidí abandonar la pluma y consagrar al silencio de la tumba la crónica de los acontecimientos que sólo sirven para provocar lamentos y lágrimas. Nos falta el valor de continuar. Ha llegado el momento, por lo tanto, de guardar silencio». Su crónica de Ultramar ha llegado hasta nosotros, pero su historia del islam se ha perdido. Se enfrentó al patriarca Heraclio que le excomulgó. Guillermo apeló a Roma pero murió, posiblemente envenenado, cuando iniciaba el viaje hacia Italia. En 1184, Heraclio, llevando las llaves de Jerusalén, realizó una gira por Inglaterra y Francia en busca de un heredero para el rey leproso o, al menos, de más fondos y caballeros. Intentó despertar el interés de Enrique II de Inglaterra, pero sería su hijo menor, Juan, quien deseó aceptar el trono de Jerusalén, algo que su padre se negó a permitir. Resulta difícil imaginar a Juan, más tarde conocido como Softsword (Espada blanda) y uno de los reyes más ineptos de Inglaterra, salvando Jerusalén. [ << ]

[1] Libros de Osama, Guillermo de Tiro 1.4-37. Osama, 44. Balduino IV, lepra: Guillermo de Tiro 2397-8. *Leper* 26-32. [ << ]

[2] Balduino IV. Muerte de Nur al-Din–al-Athir, en Gabrieli 68-70. Guillermo de Tiro, muerte de reyes, 2394-6; sucesión y síntomas 2398-9. Junto a Guillermo de Tiro, este pasaje se basa en *Leper* 32-197; sobre la lepra, véase el artículo del Dr. Piers D. Mitchell en *Leper* 245-258. Heraclio y su amante, hijo: *Continuation* 43-45. Tyerman 216. Depravación de Heraclio exagerada injustamente; véase una visión más positiva en B. Z. Kedar en Kedar, Mayer y Smail (eds), *Outremer* 177-204. W. L. Warren, *King Juan*: viaje de Heraclio y el príncipe Juan, 32-33. Entierro de Balduino V y sarcófago: Boas, *Jerusalem* 1801. Tyerman 210-213 y 358-365. Runciman 2400-30. Reynaldo de Chatillon: *Leper* 104-105. Reinaldo ataca la caravana de La Meca y rapta a la hermana de Saladino: *Continuation* 29. [ << ]



[3] Guido y Sibila: carretera de Hattin, coronación y espía en el Sepulcro: *Continuation* 25-29; Reynaldo, tortura de la caravana de La Meca: *Continuation* 25-26. Ibn Shaddad, *The Rare and Excellent History of Saladin* (en adelante, Shaddad). 37. Véase un compasivo análisis de Guido en: R. C. Smail, «The Predicaments of Guy of Lusignan», en Kedar, Mayer y Smail (eds.), *Outremer* 159-176. Tyerman 356-365. Runciman 2437-50. Coronación: Kedar, *Outremer* 190-199. M. C. Lyons y D. E. P. Jackson, *Saladin: Politics of Holy War* (en adelante, *Saladin*). 246-248. Masacre de los templarios y unidad política: *Continuation* 32-35. Hattin, muerte de Reinaldo: *Continuation* 37-9, 45-48. Cresson e invasión: Shaddad 60-3. Con respecto al papel de Raimundo, véase M. W. Baldwin, *Raymond III of Tripoli and the Fall of Jerusalem*. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 26

[\*1] Una versión ficticia de Balián (interpretado por Orlando Bloom) es el héroe de la película *El reino de los cielos*, en la que mantiene un romance con la reina Sibila (Eva Green). [[<<](#)]

[\*2] Saladino era la abreviatura que utilizaban los cruzados del nombre Salah al-Dunya al-Din (la Divinidad del mundo y de la fe). El hermano de Saladino, conocido por los cruzados con el nombre de Safedino, había nacido con el nombre de Abu Bakr ibn Ayyub, y adoptó el nombre honorífico de Safah al-Din (Espada de la religión) y más tarde el nombre de reinado de al-Adil (el Justo) por el que se le conoce en la mayor parte de los libros de historia. Dos de los cortesanos de Saladino escribieron la biografía del sultán: Imad al-Din, su secretario, escribió *El relámpago de Siria* y después *Elocuencia ciceroniana sobre la conquista de la Ciudad Santa*, ambas caracterizadas por pasajes de prosa muy inflada. En el año 1188, Baha al-Din Ibn Shaddah, un erudito islámico iraquí, visitó Jerusalén, donde Saladino lo nombró primero cadí (juez) del ejército y más tarde supervisor de Jerusalén. A la muerte de Saladino, ocupó el cargo de juez supremo al servicio de los dos hijos del sultán. Su biografía, *Anécdotas del sultanato y virtudes josefinas* (una referencia a su nombre de pila, Yusuf, José), constituye un retrato completo de un caudillo guerrero bajo presión. [[<<](#)]

[\*3] En Jerusalén, un anciano cometió la temeridad de demandar al mismísimo sultán por algún conflicto relacionado con alguna propiedad. Saladino bajó de su trono para ser juzgado con igualdad, ganó el caso, y después, cubrió de regalos al demandante. [[<<](#)]

[\*4] Saladino recibía en audiencia a veces en el hospital, y otras, en el palacio del patriarca, que tenía una cabaña de madera en el tejado donde le gustaba sentarse por la noche acompañado de su séquito. Su hermano Sefadino vivía en el complejo del Cenáculo en el monte Sión. Saladino decidió ceder el palacio del patriarca a su propio convento sufí *salahiyya*, o *janqah*. Actualmente, sigue siendo el *janqah salahiyya* (tal como declara su inscripción), y el dormitorio con los elegantes capiteles cruzados en el que durmió Saladino (y los patriarcas) es en la actualidad el dormitorio del jeque al-Alami, miembro de una de las familias más destacadas de Jerusalén. Los patriarcas tenían entradas especiales desde el palacio a la iglesia del Santo Sepulcro, y Saladino las tapió, aunque todavía pueden verse hoy en día tras las cajas registradoras de algunos comercios. También se apropió de Santa María Latina para su hospital *salahiyya*, y requisó Santa Ana para instalar en ella su *madrassa*, escuela religiosa.

Ahora es una iglesia otra vez, pero todavía lleva la inscripción en la que se describe a Saladino como «resucitador del imperio del Comendador de los Creyentes». [ << ]

[\*5] La nueva reina de Jerusalén era la hermanastra de Sibila, Isabela, hija del rey Amalarico y de la reina María. Isabela se divorció de su esposo para casarse con Conrado de Montferrat, quien, por lo tanto, se convirtió en el rey titular de Jerusalén. [ << ]

[1] Saladino y Hattin: Shaddad 37-38. *Continuation*, 36-39 y 45-38. Batalla, Reinaldo: Shaddad 73-75. Al-Athir: Gabrieli 119-25; Imad al-Din (ejército, campo de batalla, muerte de Reinaldo, Vera Cruz, matando templarios): Gabrieli 125. B. Z. Kedar (ed.), *The Horns of Hattin* 190-207. N. Housley, «Saladin's Triumph over the Crusader States: the Battle of Hattin, 1187», *History Today* 37 (1987). Promesa de matar a Reinaldo: *Saladin* 246-248; la batalla 252-2651. Runciman 2453-60. Tyerman 350-372. Saladino separa a la infantería de los caballeros: Housley, *Fighting for the Cross* 124-126. [ << ]

[2] Saladino toma Jerusalén: Shaddad 77-78; Shaddad se incorpora al servicio de Saladino 80; visita Jerusalén para las celebraciones 89. *Continuation* 55-67. Al-Athir citado en Gabrieli 139-146; Imad al-Din 146-163 (mujeres). *Saladin* 271-277; campaña después de Jerusalén 279-294. Runciman 2461-8. Caída de la ciudad: Michael Hamilton Burgoyne, «1187-1260: the Furthest Mosque (al-Masjid al-Aqsa) under Ayyubid Rule», en *Sacred Esplanade* 151-175. [ << ]

[3] Saladino, carácter, carrera, familia, corte: este pasaje se basa en las fuentes primarias Ibn Shaddad e Imad al-Din; en Lyons y Jackson, *Saladin*; y en R. Stephen Humphreys, *From Saladin to the Mongols: The Ayyubids of Damascus* 1193-1260. Shaddad: primeros años 18; creencias y carácter 18; modestia, anciano, crisis con Taki al-Din, justicia 23-34; falta de interés por el dinero 25; enfermedad 27, 29; yihad 28-29; crucifixión de un hereje islámico 20; visita Jerusalén 28; tristeza por Taki 32; vida de la corte, ascetismo 33; cansado de los placeres terrenales 224; barro en la ropa 34; genialidad igual a la del Profeta, sosteniendo la mano hasta que se la soltaran 35; bebé franco 36; ascenso al poder 41-53; hijo favorito 63; consejos especiales a Zahir sobre cómo gobernar 235; crisis y conflictos con emires y nobles 66; cambio de Zahir y Safedino 701. Juventud en Damasco y polo, *Saladin* 1-29; sátira depravada de Taki 118-120; desafíos de Taki e hijos 244-246; distribución de nuevas conquistas 279-294; guerra 364-374. Estilo de gobierno de Saladino: Humphreys, *Ayyubids* 15-39. Errores de Saladino: al-Athir citado en Gabrieli 180. Como médico de la corte de Saladino y de Taki al-Din, vida sexual: Kraemer, *Maimonides*, médico de Qadi al-Fadil y después de Saladino 188-92; 197-01; médico de Saladino 212 y 215; médico

de al-Afdal 446; Taki al-Din 446-468. [[<<](#)]

[4] Saladino y la Jerusalén musulmana. Ibn Shaddad responsable de Jerusalén, *madrassa* de Salahiyya Shafii, nombra gobernadores: Saladin 236-2371. Imad al-Din: Gabrieli 164-175, incluyendo Taki al-Din y los príncipes despejando el Haram, abriendo la Roca, túnica para el predicador, Ciudadela de David restaurada con mezquitas; convento para los sufíes en la casa del Patriarca, *madrassa* Shafii en la iglesia de santa Anta; Adil acampa en la iglesia de Sión. Tácticas militares turcas: Housley, *Fighting for the Cross* 111-114; ejército multinacional de Saladino 228; imagen de Saladino 229-232. Arquitectura ayubí en el Haram: Burgoyne, «1187-1260: the Furthest Mosque (al-Masjid al-Aqsa) under Ayyubid Rule», *Sacred Esplanade* 151-175. Construcciones y cambios de Saladino y Afdal: Hiyari en Asali, *Jerusalem* 169-172 y Donald P. Little, «Jerusalem under the Ayyubids and Mamluks», en Asali, *Jerusalem* 177-183. *Madrassa* de Saladino, *janqah*, mezquita de Omar de Muristan y Afdal: Bahat, atlas 104-1071. Qubbat al-Miraj; Cúpula de la Ascensión, o bien un baptisterio cruzado o bien construido con materiales de recuperación de las edificaciones cruzadas; Bab al-Silsila construida con materiales recuperados de los cruzados: Burgoyne, *Jerusalén mameluca* 47-481. Jerusalén armenia: Hintlian, *History of the Armenians in the Holy Land* 1-5; Muazzam paga un edificio armenio 43. Regreso de los judíos, Harizi: Prawer, *History of the Jews in the Latin Kingdom* 134 y 230. Invitación de Saladino y regreso: Yehuda al-Harizi citado en Peters, *Jerusalem* 363-364. Prawer, *Latin Kingdom* 233-247. Sobre la familia Nusseibeh: véase Mujir al-Din que vio la firma de Saladino en el nombramiento del Sepulcro, Khanqah Salahiyya. Hazem Zaki Nusseibeh, *The Jerusalemites: A Living Memory* 395-399. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 27

[\*1] El *pub*, taberna, más antiguo de Inglaterra, el *Ye Old Trip to Jerusalem* (El viaje a Jerusalén), en Nottingham, data de los años de la cruzada de Ricardo. [[<<](#)]

[\*2] En abril de 1192, Ricardo se dio cuenta por fin de que Guido, que había accedido al trono de Jerusalén únicamente gracias a su matrimonio con la fallecida reina, era todo humo, así que reconoció a Conrado de Montferrat, el marido de la reina Isabela, como rey de Jerusalén. Sin embargo, unos días más tarde, Conrado moría a manos de unos asesinos. Enrique, conde de Champaña, un sobrino de Ricardo de Inglaterra y de Felipe de Francia, se casó con la reina Isabela de Jerusalén, de sólo veintiún años, embarazada de Conrado y que ya iba por el tercer marido. Enrique se convirtió en el rey Enrique de Jerusalén. Para compensar a Guido, Ricardo le vendió Chipre, que la familia de Guido gobernó durante tres siglos. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 28

[\*1] En 1187, el propio Saladino le mandó un regalo al emperador Isaac Angelo, un pequeño fragmento de la Vera Cruz que envió a bordo de un barco veneciano que fue capturado por un pirata pisano, Fortis, que asesinó a toda la tripulación y se llevó la reliquia a Bonifacio, en Córcega, donde unos piratas genoveses se apoderaron de ella. Algunas secciones de la Vera Cruz todavía sobreviven en los relicarios de Europa. [[<<](#)]

[\*2] Durante el viaje de regreso a Inglaterra, Ricardo fue capturado y entregado al emperador alemán Enrique VI, quien lo mantuvo en prisión durante un año, hasta que Inglaterra pagó un enorme rescate. Regresó para combatir contra el rey de Francia, llevando con él a algunos soldados sarracenos y el secreto del fuego griego. En el año 1199, mientras asediaba un castillo poco importante, cayó muerto por la flecha de un arquero. «Fue», escribe Runciman, «un mal hijo, un mal marido y un mal rey, pero fue un soldado galante y espléndido». [[<<](#)]

[\*3] Los cimientos de seis de sus torres todavía pueden verse en la actualidad. En la Explanada de las Mezquitas construyó una escuela de techo abovedado y las gloriosas arcadas y entrada abovedada que dan acceso a al-Aqsa. Es posible que reutilizara materiales de las construcciones francas para construir la cúpula octogonal de Salomón, también conocida con el nombre de Kursi Isa, el Trono de Jesús (este Jesús bien pudiera ser el propio Isa), y la Cúpula de la Ascensión; esta última tiene una inscripción que fecha su construcción en los años 1200 y 1201. Sin embargo, es más probable que ambos edificios fueran construcciones originales de los cruzados: la pila bautismal de la Cúpula de la Ascensión, con sus capiteles francos y coronada por un elegante falso lucernario, podría tener su origen en el Templum Domini. Fue Muazzam también quien construyó una muralla alrededor de la Puerta Dorada. [[<<](#)]

[\*4] La reina Isabela de Jerusalén no tuvo suerte en el matrimonio: su tercer marido, Enrique de Champaña, gobernó Acre como rey de Jerusalén y fue padre de dos hijos suyos, pero, al pasar revista a sus cruzados alemanes, y distraído por una gracia de su bufón, caminó hacia atrás y cayó desde una ventana. Isabela se casó entonces con Amalarico de Lusignan, rey de Chipre, que murió a causa de un empacho de lisa blanca, un pescado de la zona, en el año 1205. Tras la muerte de Isabela, su hija María, ahora reina de Jerusalén, se casó con el caballero Juan de Brienne y tuvieron una hija llamada Yolanda. [[<<](#)]

[\*5] Federico y Kamil conservaron su amistad: el sultán le envió al emperador un

planetario hecho a base de joyas, que era al mismo tiempo un reloj y un mapa del cielo en movimiento, y un elefante; Federico le envió a Kamil un oso polar. Federico pasó el resto de su vida en constante guerra con los papas para defender su doble herencia, Alemania e Italia. Fueron los papas quienes lo estigmatizarían con el calificativo de Bestia del Apocalipsis. Su hijo mayor, Enrique, rey de los romanos, lo traicionó; Federico lo encarceló de por vida, y nombró heredero al rey Conrado de Jerusalén, el hijo que había tenido con Yolanda. El Asombro falleció víctima de la disentería en 1250, y fue enterrado en Palermo; Conrado murió joven, y la corona de Jerusalén la heredó su hijo todavía bebé, Conradino, que moriría decapitado a la edad de dieciséis años. La fama de Federico, sin embargo, fue en aumento: con el paso del tiempo, los liberales celebraban su moderna tolerancia, mientras que Hitler y los nazis lo admiraron como el superhombre nietzscheano. [ << ]

[\*6] Estos tártaros serían finalmente vencidos por los descendientes de Saladino en el año 1246. Barka, borracho, fue decapitado en combate y su cabeza exhibida en Alepo. Pero su hija se casó con el caudillo mameluco Baibars, el futuro sultán, y sus hijos se convertirían en poderosos emires quienes, entre 1260 y 1285 construyeron la elegante tumba, la *truba*, que todavía se mantiene en pie en la calle de la Cadena. Allí enterraron a su padre: «Ésta es la tumba del servidor de Dios necesitado de Su misericordia, Barka Kan». Más tarde, sus hijos serían enterrados junto a él. Sin embargo, cuando los arqueólogos inspeccionaron la tumba, el cuerpo de Barka no estaba en su interior. Tal vez su cuerpo nunca llegara a Alepo. En 1846 y 1847, la acaudalada familia Khalidi compró este edificio y con él toda la calle. La tumba de Barka se encuentra ahora en la sala de lectura de la Biblioteca Khalidi, fundada en 1900. La casa sigue siendo la residencia de la señora Haifa al-Khalidi y tiene una hermosa vista sobre el Muro de las Lamentaciones. Como un curioso recordatorio de la extensión de la historia de Jerusalén, la casa ampliada todavía contiene un buzón rojo de la época del Protectorado Británico. [ << ]

[\*7] En ocasiones, Siria gobernaba Jerusalén, en otras, lo hacía Egipto, donde Shajar al-Durr asumió el mando como sultana por derecho propio, un logro único en el islam, y el origen de innumerables leyendas. Cuando era una joven concubina, atrajo la mirada del sultán al ponerse un vestido hecho únicamente de perlas, de ahí el nombre, Shajar alDurr, Árbol de perlas. Ahora, necesitaba el apoyo de un varón y se casó con un oficial mameluco, Aibeg, que asumió el título de sultán. Sin embargo la pareja enseguida tuvo desavenencias y Shajar lo hizo apuñalar mientras estaba en el baño. Tras ochenta días de reinado, los mamelucos la depusieron. Antes de intentar escapar, trituró sus famosos diamantes hasta hacerlos polvo para que ninguna otra mujer pudiera lucirlos. Cuando fue capturada, las concubinas de Aibeg (tal vez furiosas al no poder heredar sus joyas) la apalearon hasta la muerte con sus zuecos, el



equivalente mameluco a la muerte por zapato de tacón de aguja. [Referencia a una escena de la película *Mujer blanca soltera busca...* (N. de la T.)]. [ << ]

[1] Ricardo y la tercera cruzada: este retrato de Ricardo I, salvo otras indicaciones, se basa en John Gillingham, *Richard I. Crisis en la segunda marcha hacia Jerusalén: Shaddad 20-122; tristeza por la muerte de Taki 32; furia por la negativa de los emires de luchar en Jaffa 34. Continuation 92-121. Runciman 3.47-741. Acre: Shaddad 96-98; llegada de Ricardo 146-150; caída y muerte de los prisioneros 162-165; bebé 147; ejecución de los prisioneros francos 169; negociaciones con Adil y Ricardo 173-5; Arsuf 174-180; inspección de Jerusalén 181; cartas entre Adil y Ricardo 185; matrimonio 187-8, 193; el mejor camino es la yihad 195; matrimonio con la sobrina de Ricardo 196; invierno en Jerusalén 197; avance sobre Jerusalén, ataque a la caravana egipcia 205-207; crisis en Jerusalén; el amor por la ciudad mueve montañas 210-212; oraciones en Jerusalén 217; Jaffa, Ricardo pelirrojo 223; Saladino, ningún placer terrenal 224; murallas de Jerusalén 226; Ricardo enfermo 227; tratado de Jaffa, visitantes en Jerusalén, Saladino y Adil en Jerusalén 231-234; consejo de Saladino a su hijo Zahir 235; Shaddad responsable de Jerusalén, *madrassa* Salahiyya Shafii, nombra gobernadores 236-237. Acre: al-Athir citado en Gabrieli 182-192 y 198-200; Imad al-Din 200-207, incluyendo mujeres; Ricardo 213-224; negociaciones conducentes al tratado de Jaffa 235-236. Véase también, *Itinerarium Regis Ricardi*, citado en Thomas Archer, *Crusade of Richard I. Phillips, Warriors 138-165. Saladin 295-306, 318-330; Saladino y Ricardo 333-336; Arsuf 336-337; negociaciones 343-348; avance sobre Jerusalén 350-354; Jaffa 356-360; tratado 360-361; a Jerusalén, 13 de septiembre y ansiedad de Fadil con respecto a la ciudad 362-3631. Largo asedio de Acre: Housley, *Fighting for the Cross 133; genialidad de Ricardo en Arsuf 124-126 y 143; tácticas bélicas de los turcos 111-14; Saladino y Ricardo 229-232; sexo y mujeres durante las cruzadas 174-177. Frank McLynn, *Lionheart and Lackland 169-218. [ << ]****

[2] Muerte de Saladino: este pasaje se basa, salvo otras indicaciones, en Shaddad y Humphreys, *Ayyubids*. Dinastía ayubí hasta la muerte de Safedino: muerte, Shaddad 238-245. Ascenso de Safedino: Humphreys, *Ayyubids 87-123; inversión de Muazzam con Damasco en 1198 108; Muazzam se traslada a Jerusalén en 1204 145; carácter de Safedino, un brillante gobernante, el más competente de su linaje 145-146, 155-156; Muazzam en Jerusalén 11; inscripciones, título de sultán, monarca independiente 150-154; Muazzam independiente tras la muerte de Safedino 155-192; carácter de Muazzam 185-186, 188-190. Guerra entre los hijos de Saladino: Runciman 3.79-83. Jerusalén bajo afdal, Safedino y Muazzam, arquitectura, Burgoyne, «1187-1260: the Furthest Mosque (al-Masjid al-Aqsa) under Ayyubid Rule», *Sacred Esplanade 151-175. Inscripciones de Adil en la ciudadela, en las fuentes de Haram y en la torre**

ayubí de Muazzam, *madrassas*, Haram, murallas, el kan en los jardines armenios: Bahat, *Atlas* 104-107. Adil y Muazzam en al-Aqsa: Kroyanker 44. Qubbat al-Miraj, Cúpula de la Ascensión; Bab al-Silsila 1187-1199: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 47-48; edad de oro de los ayubíes con Muazzam, restauración de la escalera sureste a la Cúpula 1211, construcción de la Nasiriyya Zawiya en la Puerta Dorada 1214, entrada central de al-Aqsa 1217, restauración de las murallas, construcción de Qubbat al-Nalwiyya 1207 en el extremo suroeste del Haram como escuela coránica, *madrassa* Hanafi 48-49. M. Hawari, «The Citadel (Qal'a) in the Ottoman Period: an Overview», en *Archeological Park* 9, 81. Acerca del carácter de Muazzam: Mujir 85-87 y 140. Muazzam, siete torres y mezquita en la Ciudadela: Little en Asali, *Jerusalem*; la Jerusalén de Muazzam 177-180; pánico entre los ayubíes 183-184. Juan de Brienne y la quinta cruzada: Tyerman 636-640. Runciman 3151-60; al-Athir citado en Gabrieli 255-256. Pánico en Jerusalén: Little en Asali, *Jerusalem* 183. Marcha de los judíos: Prawer, *Latin Kingdom* 86-90. [[<<](#)]

[3] Carácter de Federico II: este pasaje se basa en David Abulafia, *Frederick II: A Medieval Emperor*, en especial en lo que hace referencia al concepto de monarquía 137; lanza de Cristo 127; judíos 143-144; los musulmanes aplastados 145-147; judíos y musulmanes 147-53; Lucera 147; matrimonio 150-4; cruzada 171-182; canciones, cultura 274; Michael Scot el mago 261. Sobre Kamil y Muazzam: Humphreys, *Ayyubids* 193-207. Runciman 3175-84. Tyerman 726-48, 757. [[<<](#)]

[4] Federico en Jerusalén: Ibn Wasil citado en Gabrieli 269-273 y en al-Jauzi 273-276. Abulafia, *Frederick II* 182-194; regalos a Kamil 267; canciones dedicadas a la «flor de Siria». 277. Little en Asali, *Jerusalem* 184-185. Construyendo en Jerusalén: charlas del autor con Dan Bahat. Tyerman 752-725. Runciman 3188-91. Phillips, *Warriors* 2551. [[<<](#)]

[5] Jerusalén latina 1229-1244. Los francos reconstruyen las fortificaciones de Jerusalén; Nasir Daud conquista la ciudad; y después, tras enfrentarse a Teobaldo de Navarra y Champaña, la ciudad se devuelve a los francos junto a parte de Galilea; Nasir Daud la reconquista; más tarde, en primavera de 1244, Jerusalén es devuelta de nuevo a los francos y se permite a Daud controlar el Haram: Humphreys, *Ayyubids* 260-265. Nuevas construcciones francas, invasión de los nablusíes, asedio de Nasir Daud: Boas, *Jerusalem* 20 y 76. Tyerman 753-755, 765. Runciman 3193 y 210-211. Judíos Prawer, *Latin Kingdom* 90. Goitein, judería palestina, 300. B. Z. Kedar, «The Jews in Jerusalem», en B. Z. Kedar (ed.), *Jerusalem in the Middle Ages: Selected Papers* 122-137. Hiyari en Asali, *Jerusalem* 170-171. Templarios en la Cúpula de la Roca: Little en Asali, *Jerusalem* 185. J. Drory, «Jerusalem under Mamluk Rule», en *Cathedra* 1192. Vino en la Cúpula: Ibn Wasil citado en C. Hillenbrand, *Crusaders*



317. [[<<](#)]

[6] Tártaros jorezmíes, Barka Kan: visita del autor a la biblioteca Khalidi, *turba* de Barka Kan en la calle Silsila, muchas gracias a Haifa Khalidi. Burgoyne, *Mamluk Jerusalén* 109-216 y 380. Humphreys, *Ayyubids* 274-276. Tyerman 7711. Runciman 3223-9. Sobre la tumba: conversación con el doctor Nasmi Joubeh. [[<<](#)]

[7] Caída de los ayubíes, asesinato de Turanshah y ascenso de Baibars: retrato de su carácter basado en Robert Irwin, *The Middle East in the Middle Ages: The Early Mamluk Sultanate 1250-1382* (en adelante, Irwin). Ibn Wasil citado en Gabrieli 295-300; Baibars en guerra, Ibn az-Zahir citado en Gabrieli 307-312. Tyerman 797-798. Runciman 3261-71. Ascenso de Baibars, feroz, nervioso, insomne, inspecciones, carácter, el ascenso de los mamelucos. Irwin 1-23; carrera 37-42. Humphreys, *Ayyubids* 302-303; Baibars en la Siria palestina 326-335; Nasir conquista otra vez Jerusalén, Baibars se traslada a Jerusalén y saquea la ciudad 2571. Nahmánides: Praver, *History of the Jews in the Latin Kingdom* 160-161, 252-253. Rey Hethum II: Hintlian, *History of the Armenians in the Holy Land* 4-5. Mamelucos como los templarios del islam: Ibn Wasil citado en Gabrieli 294. Baibars, Aibek y los diamantes de Shajar, zuecos: Phillip, *Warriors* 258-269. Biblioteca Khalidi: entrevista del autor con Haifa Khalidi; Jocelyn M. Ajami, «A Hidden treasure», en *Saudi Aramco World Magazine*. Los mongoles atacaron Jerusalén entre 1259 y 1260: «Reuven amitai, Mongol Raids into Palestine 1260 and 1300» en el *Journal of Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, número 2 (1987), 236-255. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 29

[\*1] El gurú sufí de Baibars, el jeque Jadir, logró alcanzar tal poder que fue capaz de seducir a las esposas, hijos e hijas de los generales mamelucos en un reinado de terror que sólo terminó cuando los generales le presentaron a Baibars tantas pruebas concluyentes que tuvo que ordenar la detención de Jadir acusándole de sodomía y adulterio. Jadir no fue ejecutado porque vaticinó la muerte de Baibars muy poco tiempo después de la suya propia. [[<<](#)]

[\*2] Al llegar el año 1268, lo que quedaba del reino cristiano corría un peligro tan grave, que el papa hizo un nuevo llamamiento a la cruzada. En mayo de 1271, el heredero del trono inglés, Eduardo el Zanquilargo, llegaba a Acre, ciudad a la que ayudó a defenderse de Baibars, pero cuando Acre negoció una tregua con el sultán, Eduardo objetó, y parece ser que Baibars ordenó asesinarle: fue apuñalado con una daga envenenada. Eduardo sobrevivió a este atentado, e intentó en vano organizar una nueva alianza en virtud de la cual los cruzados ayudarían a los mongoles a combatir a Baibars a cambio de Jerusalén. A su regreso a Inglaterra, ya como Eduardo I, se ascendió a sí mismo a «martillo de los escoceses», ilustrando su habitación pintada en Westminster con escenas de los macabeos. Aun así, obligó a los judíos ingleses a llevar estrellas amarillas, antes de expulsarlos por fin de Inglaterra, adonde no regresarían hasta pasados tres siglos. A su muerte, Eduardo fue llorado como «la flor de la caballeridad inglesa». [[<<](#)]

[\*3] Muchas de las casas reales de Europa, incluyendo las de Borbón, Habsburgo y Saboya reivindicaron el título. En 1277, Carlos de Anjou se lo compró a María de Antioquía, una de las personas que lo reclamaban, tras lo cual, lo reclamaron para sí los reyes de Nápoles o de Sicilia y se transmitió a través de la casa de Saboya a los reyes de Italia. El rey de España todavía lo utiliza. Sólo un monarca inglés utilizó el título. En la boda de María I, la hija de Enrique VIII, con Felipe II de España en Winchester en el año 1554, se anunció, entre otros muchos títulos, el de reina de Jerusalén. El título fue utilizado por los emperadores de la casa de Habsburgo hasta el año 1918. [[<<](#)]

[\*4] Los documentos cristianos lo citan por su nombre catalán: Bonastruc ça Porta. (*N. de la T.*). [[<<](#)]

[\*5] El destino de la sinagoga de Ramban explica la historia de los judíos en Jerusalén. La primera sinagoga estuvo probablemente en el monte Sión, pero al cabo de poco tiempo fue trasladada al barrio judío. Bajo los mamelucos, se construyeron

una mezquita y un minarete de al-Yehud (judío) junto a ella, que se ampliaron en 1397. Cuando la sinagoga se derrumbó en el año 1474, los musulmanes la acabaron de derribar y se negaron a permitir su reconstrucción, pero el penúltimo sultán mameluco, Qaitbay, la autorizó. Fue cerrada de nuevo por los otomanos en el año 1587. Más tarde, se abriría una sinagoga en el edificio vecino, hasta que la sinagoga Ramban y la sinagoga vecina se unificaron y volvieron a abrir sus puertas en 1835. Sin embargo, a principios del siglo xx, los musulmanes se hicieron con el control de la sinagoga Ramban y la utilizaron como almacén hasta que se convirtió de nuevo en sinagoga. Fue deliberadamente destruida por la Legión Árabe en 1948, y reabierta de nuevo en 1967. [<<]

[\*6] Fue entonces cuando la muralla de Herodes a lo largo del costado occidental del Templo desapareció tras los nuevos edificios de los mamelucos. Sin embargo, reaparece una vez, al final de un callejón oculto en un patio del barrio musulmán, uno de los lugares secretos de Jerusalén. Del mismo modo que los judíos veneraban el famoso Muro de las Lamentaciones al sur, también un pequeño número de judíos oraban, y siguen orando todavía, en este lugar, el Pequeño Muro. [<<]

[\*7] Los mamelucos construyeron en un estilo característico que puede observarse por todo el barrio musulmán: mocárabes, llamados *muqarna*, y la alternancia de piedras claras y oscuras conocida como *ablaq*. Tal vez el mejor ejemplo del estilo mameluco sea el palacio-*madrassa* Tankiziyya de Tankiz, construido encima de la Puerta de la Cadena: en total, son veintisiete *madrassas*, todas marcadas con los blasones de los emires mamelucos; Tankiz, como el portador del cáliz, marca sus edificios con un cáliz. El típico emir mameluco en Jerusalén haría una donación a algún fondo de caridad, un *waqf*, en parte para que se ocupara del mantenimiento de su *madrassa*, en parte para que sus descendientes pudieran tener residencia y trabajo en caso de perder su fortuna y su poder en algunas de las muy frecuentes luchas por el poder. Cada tumba, o *turba*, solía estar en la planta baja, en una habitación con ventanas cubiertas por una celosía verde para que los transeúntes pudieran escuchar las oraciones, y también ser vistos. Estos edificios serían asignados mucho más tarde a las familias árabes de Jerusalén que los convirtieron en dote de sus fundaciones, así que muchos de ellos todavía siguen siendo residencias familiares. [<<]

[1] Baibars en el poder: Irwin 37-42 y 45-58. Tyerman 727-731, 806-817. Runciman 3315-27. Mamilla -elZawiya al-Qalandariyya y turba al-Kabakayya (tumba del gobernador exiliado de safed, al-Kabaki): Asali en *OJ* 281-21. Sobre el ascenso de los mamelucos: esta crónica de los mamelucos se basa en Linda S. Northrup, «The Bahri Mamluk Sultanate», en *CHE* 1242-89, en especial sobre la naturaleza de las relaciones de los mamelucos 251; cita de Ibn Jhaldun (urogallo, casa

de la guerra). 242; poder militar de Baibars 259; el sufismo favorito de los mamelucos frente a la Taymiyya 267; presión sobre cristianos y judíos 271-272; victoria de Baibars sobre los mongoles, los cruzados y los seléucidas 273-276. Cultura mameluca, a caballo, reglas: Stillman, «The Non-Muslim Communities: the Jewish Community», *CHE* 1209 y Jonathan P. Berkey, «Culture and Society during the Middle Ages», *CHE* 1391. Emblemas de los mamelucos, leones de Baibars: Irene A. Bierman, *CHE* 1371-2. Baibars en guerra: Ibn az-Zahir citado en Gabrieli 307-312; sarcástica carta sobre la campaña de Chipre 321. Burns, *Damascus* 198-200. Muerte de Baibars: Runciman 3348. Jerusalén y Baibars: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 58-59, 66, 77. Donald P. Little, «1260-1516: the Noble Sanctuary under Mamluk Rule-History», en *Sacred Esplanade* 177-187. Michael Hamilton Burgoyne, «The Noble Sanctuary under Mamluk Rule-Architecture», en *Sacred Esplanade* 189-209. Baibars construye Khan al-Zahir: Mujir 239. Jeque Jadir, el consejero sufí violento y pervertido de Baibars: Irwin 541. Asali, *OJ* 281-2. *Cathedra* 1198. Cruzada de Eduardo I: Tyerman 810-812; Runciman 3242-3. M. Prestwich, *Edward I*, 66 y 119. [[<<](#)]

[2] Qalawun, Ashraf Khalil, Nasir Muhammad: el retrato de Qalawun está basado en Linda Northrup, *From Slave to Sultan: The Career of al-Mansur Qalawun and the Consolidation of Mamluk Rule in Egypt and Syria*, y en Irwin. Irwin 63-76. títulos de Jerusalén: Northrup, *From Slave to Sultan* 175. Reparación del tejado de al-Aqsa: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 77 and 129. Khalil y Acre: Irwin 76-82. Caída de Acre: Runciman 3387-99, 403-405, 4291. [[<<](#)]

[3] Ramban y otros visitantes judíos: Prawer, *History of the Jews in the Latin Kingdom* 155-161 y 241. Peters, *Jerusalem* 363 y 531. Minaret: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 5131. [[<<](#)]

[4] Armenios y mongoles 1300: Hintlian, *History of the Armenians in the Holy Land* 4-5. Reuven amitai, «Mongol Raids into Palestine», *JRAS* 236-2551. Niccolo de Poggibonsi citado en Peters, *Jerusalem* 410. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 30

[\*1] En el año 1393, Henry Bolingbroke llegó en peregrinación a Jerusalén y cuando se hizo con el trono, con el nombre de Enrique IV, le dijeron que regresaría allí a morir. Logró que esta profecía se cumpliera en su lecho de muerte: se había hecho colocar en la Cámara de Jerusalén de Westminster. Su hijo Enrique V compartía esa misma devoción: en su lecho de muerte, el vencedor de la batalla de Agincourt deseó haber realizado la peregrinación para reconstruir las murallas de Jerusalén. [[<<](#)]

[\*2] Aun así, el sultán Jaqmaq, que aterrorizó a los latinos, protegió a los armenios: la inscripción en la que les promete su favor todavía puede leerse justo en el interior de la puerta del monasterio armenio. [[<<](#)]

[\*3] En los últimos años de la Jerusalén mameluca, y mientras estos viajeros judíos lloraban sobre el monte de los Olivos, Mujir al-Din compilaba su estudio, amoroso y puntilloso, de Jerusalén y Hebrón. Sin duda fue un hombre respetado, porque fue enterrado en el elegante monumento abovedado que ahora se alza justo sobre la Tumba de la Virgen. [[<<](#)]

[1] Jerusalén mameluca: este pasaje se basa en Burgoyne's *Mamluk Jerusalem*; Irwin sobre la política de los mamelucos; Kroyanker. Visita de Nasir 1317 y construcciones: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 77-85; sufíes 419-421; Nasir y Tankiz 278-297 y 223-233; ciudadela 85; estilo mameluco 89; Ala al-Din ciego 117; tradición de tumbas mamelucas de Nur al-Din 167-168. Estilo mameluco: Kroyanker 47-58. Acerca de las construcciones: Drory, *Cathedra* 1198-2091. Reconstrucción de la ciudadela: Hawari, *OJ* 493-5181. Nasir Muhammad: este retrato se basa en Irwin 105-121, incluyendo la cita de Irwin del más grande y más malvado. Sobre Nasir y el asesinato de emires: Ibn Battutah, *Travels* 18-20; sobre Jerusalén 26-281. Nasir: Burns, *Damascus* 201-216. Administración: Little en Asali, *Jerusalem* 187-189; sobre la literatura musulmana de los *fadail*; 193-195, sufíes 191-192. Sobre los *waqfs* de Nasir, construcciones, Mujir 102; sobre los desfiles en Jerusalén 181-182. Irwin: ejecuciones mamelucas 86; sobre el jurista religioso Ibn Taymiyya 96-97; políticas anticristianas y antijudías 97-99; mongoles 99-104. Religión mameluca y suní, y sufismo: Northrup, *CHE* 1265-9; política, ascenso de Nasir y autocracia 251-253. Sobre la cercanía del Haram: inscripción de Tankiz «vecino puro»: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 65. Sobre los *waqfs*: Ibn Jaldún citado en Peters, *Jerusalem* 381. Poema de al-Hujr sobre el infierno y el paraíso: citado por Mujir 1841. Ataques beduinos: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 59; sobre los sufíes 63. Nueva santidad de

Jerusalén: *Book of Arousing Souls* de al-Fazari citado en Peters, *Jerusalem* 374; Ibn Taymiyya 375-3781. Rey Roberto y los franciscanos: Clare Mouradian, «Les Chrétiens: Un Enjeu pour les Puissances», en C. Nicault (ed). *Jérusalem, 1850-1948: Des Ottomans aux Anglais, entre coexistence spirituelle et déchirure politique* 177-204. Franciscanos y rey Roberto de Apulia y Calabria: Felix Fabri, *The Book of Wanderings* 2279-82. Ludolph von Suchem en Peters, *Jerusalem* 422. Little, *Sacred Esplanade* 177-187. Burgoyne, *Sacred Esplanade* 189-209. Irwin: brutalidad 86; Ibn Taymiyya 96-97; políticas antiminorías 97-99; invasión mongol 99-104. [ << ]

[2] Ibn Jaldún y Tamerlán: Ibn Jaldún 5, 39, 269. Walter J. Fischel, *Ibn Khaldun and Tamerlane* 14-17, 45-48. El ulema de Jerusalén ofrece las llaves: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 59. Jerusalenes locales: Anu Mand, «Saints' Corners in Medieval Livonia», en Alan V. Murray, *Clash of Cultures on the Medieval Baltic Frontier* 191-223. [ << ]

[3] Ataques de los últimos mamelucos a la Jerusalén no musulmana: Little, *Sacred Esplanade* 177-187; Burgoyne, *Sacred Esplanade* 189-209. Stillman, *CHE* 1209. Nuevos minaretes en Salahiyya Khanqah en 1417: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 517; sobre los judíos 64, sobre la tranquilidad, Isaac ben Chelo 1374; sobre los comercios de Elijah de Ferrara. Nuevos minaretes sobre los santuarios cristianos y judíos: Mujir 69, 163, 170; ataque contra los cristianos 1452, 254-256. A. David, «Historical Significance of Elders Mentioned in Letters of Rabbi Obadiah of Bertinoro», y Augusti Arce, «Restrictions upon Freedom of Movement of Jews in Jerusalem», en *Cathedra* 2323-4. Oraciones en la Puerta Dorada: Isaac ben Joseph citado en Peters, *Jerusalem* 192; población y oraciones, Meshullam of Volterra 408; Obadiah, oraciones en las puertas 408; ruina gradual, chacales, ataques durante la sequía, discípulo de Obadiah, setenta familias, ¿casa estudio judía cerca del Muro de las Lamentaciones?, frente al Templo, en el monte de los Olivos 392, 473, 407-409; Meshuallam y Obadiah, peregrinos judíos 407-9; Isaac ben Joseph 1334 sobre los judíos franceses, Cábala 474-5. Oraciones judías en la tumba de Zacarías, cementerio, y visita a las puertas, Huldah, Puerta Dorada: *Archaeological Park* 36, 98, 1071. Cristianos: armenios y Jaqmaq: Hintlian, *History of the Armenians in the Holy Land* 5. Sobre la visita disfrazado al Haram, interés por los otros y aprendizaje de frases: Arnold von Harff citado en Peters, *Jerusalem* 406-407. Casa del gobernador y concubinas: Fabri, *Book of Wanderings* 1451; Barsbay e intento de los judíos de comprar la tumba de David 1303-4; normas para los peregrinos 1248-54; entrada al Sepulcro, cabello, puestos, sarracenos, cuerpos, pintadas, comerciantes, agotamiento, tensión, preguntas 1299, 341, 363, 411-415, 566-567, 2.83-7. Historia de los franciscanos: Elzear Horn, *Ichnographiae Monumentorum Terrae Sanctae* 81-83. «Paga o te azotamos hasta la muerte»: Niccolo di Poggibonsi (1346) citado en Peters,

*Jerusalem* 434; el camino de la Cruz 437; sobre el monte Sión, rey Ruperto, etc.: Elzear Horn citado en 369; quema de cuatro monjes 1391, 459; prohibido entrar a caballo, Bertrandon de la Brocquière, década de 1430, 470. Enrique IV: Tuchman 45. Enrique V: Christopher Allmand, *Henry V* 174. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 31

[\*1] Según una extendida leyenda, Solimán había pensado destruir Jerusalén hasta los cimientos, hasta que soñó que los leones se lo comerían si lo hacía, y por ese motivo construyó la Puerta de los Leones. La leyenda se basa en una confusión: sí que construyó la Puerta de los Leones, pero en realidad, los leones son las panteras del sultán Baibars que datan de trescientos años antes, sacadas de su *janqah* sufí que se había alzado antes al noroeste de la ciudad. Solimán utilizó materiales recuperados o expoliados de otros edificios de Jerusalén: la fuente que construyó en la Puerta de la Cadena está coronada por una roseta procedente de una construcción cruzada, y la pila para beber es un sarcófago también cruzado. El monte Sión no quedó en el interior de las nuevas murallas. Se dijo que Solimán se enfureció tanto cuando miró en un cáliz mágico y vio que la tumba de David había quedado fuera de la ciudad que hizo ejecutar a los arquitectos cuyas tumbas, según indican las guías turísticas, se encuentran cerca de la Puerta de Jaffa, aunque esto último también es un mito: las tumbas pertenecen a dos eruditos de Safed. [[<<](#)]

[1] Selim el Severo. Caída del sultán mameluco Ghawri: Petry, *CHE* 1479-89. Ascenso de los otomanos, conquista de la ciudad, deseo de todos los poseedores, guerras, posesión de padisah sultán: Evliya Celebi, *Evliya Tshelebi's Travels in Palestine* (en adelante, Evliya). 55-59 y 85; Evliya Celebi, *An Ottoman Traveller* 317. Ascenso de Selim, carácter, muerte: Finkel 83-84. [[<<](#)]

[2] Solimán, murallas, puertas, fuentes, ciudadela: esta crónica se basa en Sylvia Auld y Robert Hillenbrand (eds.), *Ottoman Jerusalem: The Living City, 1517-1917* (OJ: vol. 1 si no se indica otra cosa). Amnon Cohen, «1517-1917 Haram al-Sherif: the Temple Mount under Ottoman Rule», en *Sacred Esplanade* 211-216. Bahat, *Atlas* 118-122. Ciudadela y Haram, el sueño de Solimán, Sinan responsable de las obras, belleza de las obras de Solimán: Evliya 63-75; Evliya Celebi, *An Ottoman Traveller* 323-327 incluyendo los sueños de Solimán y Sinan. *Waqf* de Roxelana Dror Zeevi, *An Ottoman Century: The District of Jerusalem in the 1600s* 27. Piscina del sultán, *Archeological Park* 128. Hawari, *OJ* 493-518. Fuentes: *OJ* 2 y 2.15. Visita planeada de Solimán en 1553: *OJ* 270910. Fuentes: Khadr Salameh, «Aspects of the *Sijills* of the Shari'a Court in Jerusalem», en *OJ* 103-1431. Fuentes de Solimán, población del Haram: *OJ* 4-81. Reutilización de materiales en la Puerta de Jaffa: Boas, *Jerusalem* 52. Solimán y Roxelana, espíritu político: Finkel 115-118, 129-130; 133, 144-145, 148-501. El Salomón de su época, política, proyección imperial: David Myres, «An Overview of the Islamic Architecture of Ottoman Jerusalem», *OJ* 325-54. Abraham Castro, puertas, planificador de Sinan, *Archeological Park* 8. Murallas, segundo



Salomón: Yusuf Natsheh, «The Architecture of Ottoman Jerusalem», en *OJ* 583-655. Renovación urbana, cantidad de azulejos, cúpula y al-Aqsa: Beatrice St Laurent, «Dome of the Rock: Restorations and Significance, 1540-1918», en *OJ* 415-21. Proyecto del sultán Khassaki: *OJ* 747-773. David Myres, «Al-Imara al-Amira: The Khassaki Sultan 1552», en *OJ* 539-582. Estilo otomano: Hillenbrand, *OJ* 15-23. Dinastía al-Nammar de arquitectos hereditarios: Mahmud Atallah, «The Architects in Jerusalem in the 10th-11th/16th-17th Centuries», en *OJ* 159-901. Jerusalén judía: Selim, reinado de Solimán, ve el Muro de las Lamentaciones como un lugar de culto; en 1488 el rabino Obadiah no menciona el Muro occidental como lugar de oraciones, pero el rabino Israel ashkenazi, en 1520, afirma haber rezado allí, y en 1572, el rabino Isaac Luri rezó allí: Miriam Frenkel, «The temple Mount in Jewish Thought», en *Sacred Esplanade* 351. Rabino Moisés de Basola, en Peters, *Jerusalem* 483-487; Casa de Pilato, una sinagoga, David Reubeni de Arabia 490-492; población 484. Asali, *Jerusalem* 204. Yusuf Said al-Natsheh, «Uninventing the Bab al-Khalil Tombs: Between the Magic of Legend and Historical Fact», *JQ* 22-3, otoño/invierno 2005. Franciscanos: Bonifacio de Ragusa, San Salvador, desarrollo del Vía Crucis: Horn, *Ichnographiae Monumentorum Terrae Sanctae* 160-1661. Reparaciones otomanas en el Haram: St Laurent, *OJ* 415-421. Economía: Amnon Cohen, *Economic Life in Ottoman Jerusalem* 1-124. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 32

[\*1] Sin duda Colón habría provocado una sonrisa en Fernando, que reivindicaría más tarde el título de rey de Jerusalén porque estas ideas coincidían con su propia visión mesiánica: él mismo planeaba conquistar la Ciudad Santa en una cruzada que pasara por el norte de África. Sus expediciones magrebíes, conducidas por un duro cardenal que cabalgaba sobre una mula blandiendo una cruz de plata, consiguieron conquistar Orán y después Trípoli (en lo que hoy es Libia) en el año 1510. El nieto de Isabel y Fernando, el emperador Carlos V, heredero de la corona española y de la mayor parte del Nuevo Mundo, y de las coronas de Borgoña y de Habsburgo, heredó también estas ambiciones cruzadas, y sus declaraciones con referencia a una campaña para liberar la ciudad fueron una de las razones por las que Solimán reconstruyó las murallas de Jerusalén. [[<<](#)]

[\*2] Se vieron obligados a vender su monasterio de San Salvador a los franciscanos, y eso no fue más que el principio. En 1685, los empobrecidos georgianos perdieron su sede, el monasterio de la Cruz, de donde se decía que procedía la madera con la que se construyó la cruz de Jesús, que pasó a manos de los ortodoxos. Tras la caída de la Jerusalén de los cruzados en 1187, la reina Tamara de Georgia había enviado a un funcionario, Shota Rustaveli, el autor del poema épico nacional *El caballero envuelto en la piel de pantera*, a embellecer el monasterio: es posible que Rustaveli esté enterrado allí y su retrato aparecía en los frescos. Sin embargo, en el año 2004, el retrato de Rustaveli, que le muestra con barba blanca, túnica y sombrero alto, fue objeto de vandalismo en el preciso momento en el que el presidente de Georgia, Mikheil Saakashvili llegaba para verlo en el curso de una visita de estado. Las sospechas recayeron sobre los ortodoxos rusos, pero no se pudieron probar. Los serbios les cedieron su último monasterio a sus hermanos griegos en el siglo XVII. Los maronitas todavía conservan un convento cerca de la Puerta de Jaffa, aunque los georgianos, maronitas y serbios hace tiempo que han perdido su parte de la iglesia del Santo Sepulcro. [[<<](#)]

[\*3] Los judíos y los cristianos estaban infectados por las mismas expectativas apocalípticas. En 1523, un joven judío de pequeño tamaño, David Reuveni, provocó agitación en Jerusalén cuando se presentó como un príncipe árabe que conduciría a las Diez Tribus de regreso a Sión. El cadí musulmán consideró que era un lunático y le perdonó la vida. Después, Reuveni embarcó hacia Roma, donde fue recibido por el papa, aunque la cristiandad resultó ser menos tolerante que el islam. Reuveni murió a principios de la década de 1530 en una mazmorra española. En 1534, una secta protestante de anabaptistas radicales conquistó la ciudad alemana de Munster, que fue

proclamada la nueva Jerusalén. Su cabecilla, Juan de Leyden, el aprendiz ilegítimo de un sastre, se proclamó a sí mismo rey de Jerusalén y heredero del rey David. Dieciocho meses más tarde, esta nueva Sión fue reconquistada y los cabecillas anabaptistas ejecutados. [ << ]

[\*4] Estas hogueras humanas en el patio de la iglesia del Santo Sepulcro solían ser frecuentes. En 1557, un monje siciliano, el hermano Junípero, se introdujo en dos ocasiones en la mezquita de al-Aqsa antes de ser ejecutado por el propio cadí y, a continuación, incinerado delante de la iglesia. Otro franciscano criticó al islam en el interior de la mezquita de al-Aqsa y fue decapitado en la Explanada de las Mezquitas delante de otra hoguera. Con todo, y como había demostrado el caso de Reuveni, estas historias no acababan siempre en la muerte; por su parte, el cristianismo en Europa tampoco era mucho más civilizado: casi cuatrocientos herejes fueron quemados en Inglaterra durante el siglo XVI. [ << ]

[\*5] Algunos de sus seguidores consideraron dicha apostasía como la última paradoja sagrada, y su secta judeoislámica sabataria, los *donmeh* (chaqueteros, aunque se llamaban a sí mismos *mamin*, los creyentes), en especial los muchos que vivían en Salónica, desempeñarían un papel en la revolución de los Jóvenes Turcos entre 1908 y la primera guerra mundial. Todavía existen en Turquía. [ << ]

[\*6] En Transilvania, durante una batalla contra los Habsburgo, escapó con discreción del fragor del combate para evacuar sus intestinos, momento en el que un soldado austríaco le pilló por sorpresa, y «caí de bruces sobre mis propios excrementos». Pelearon y rodaron el uno sobre el otro sobre los excrementos de nuestro héroe hasta que «casi me convertí en el mártir de la mierda». Evliya finalmente mató al infiel y logró subirse los pantalones, «pero estaba impregnado de sangre y de caca y tuve que echarme a reír, al ver que me había convertido en el guerrero de la caca». Después, le presentó la cabeza del austríaco a su pachá, que dijo: «Caramba Evliya, ¡desprendes un extraño olor a mierda!». Los oficiales «se echaron a reír estrepitosamente» y el pachá le regaló cincuenta monedas de oro y un penacho de turbante de plata. [ << ]

[\*7] Henry Maundrell, capellán de la compañía inglesa Levant, que visitó Israel en el año 1697, observó la «furia» de los monjes durante un sangriento combate en la iglesia del Santo Sepulcro. También describió la manía del Fuego Sagrado, más desquiciada todavía de lo que era un siglo antes, cuando Sandys visitó la ciudad: los peregrinos «empezaron a actuar de un modo tan indecente que llegaron a exhibir su desnudez, daban saltos por todo el Sepulcro, igual que los saltimbanquis en el teatro», pegándole fuego a sus barbas, era «un auténtico manicomio». En cuanto a los

sacerdotes, Maundrell se limitó a llamarles «mercaderes de milagros». [[<<](#)]

[1] Duque de Naxos: Cecil Roth, *The House of Nasi: The Duke of Naxos* 17-28, 75-111; Duque de Mytilene 205. Brenner 142-143. Finkel 161. Ataque beduino: Cohen, *Economic Life in Ottoman Jerusalem* 120 y 166. Cónsules franceses y cambios constantes de *praedominium*: Bernard Wasserstein, *Divided Jerusalem: The Struggle for the Holy City* (en adelante, Wasserstein). 15-23. Cabalistas tales como Shalom Sharabi en Jerusalén: Martin Gilbert, *Jerusalem: Rebirth of a City* 125; primeros jerosolimitanos tales como la familia Meyugar. La familia Kuski de Georgia llegó en el siglo XVIII: conversación con Gideon Avni. Yehuda ha Hasid y los inmigrantes asquenazíes: *hurva* de la sinagoga, Goldhill, *City of Longing* 167. Cónsul francés de Sidón, luchas entre sectas cristianas, desprecio por el falso cuerpo de Cristo con especias y polvos de los ortodoxos, tatuajes de los peregrinos Fuego Santo, manicomio y barbas quemadas: Henry Maundrell, *A Journey from Aleppo to Jerusalem in 1697* 80-100 y 125-130. Actitudes musulmanas hacia la Pascua (Festín del huevo rojo) y la iglesia: Evliya, *Ottoman Traveller* 330-337 y 352. Evolución del Vía Crucis: Peters, *Jerusalem* 4371. Fernando e Isabel; viajes de Colón; viajes y sueños de Jerusalén; edicto de expulsión de los judíos: Hugh Thomas, *Rivers of Gold: the Rise of the Spanish Empire*, 53-78; especialmente 77-78; abril 1492: 85-95; viaje 105; Jerusalén 223 y 233 y 283-284; Fernando y Jerusalén 5781. David Abulafia, *The Great Sea: a Human History of the Mediterranean*, sobre Fernando y la expulsión 405-4101. Sobre la Inquisición, véase B. Netanyahu, *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*. [[<<](#)]

[2] Ridwan y Farrukh, siglo XVII: Zeevi, *Ottoman Century* 20-25; Ridwan 35-1; los Farrukh 43-56; caída 57-61. Construcciones de Ridwan en el Haram, *OJ* 831-857. Abdul-Karim Rafeq, *Province of Damascus 1723-1783* 57. Caudillos drusos amenazan Palestina: Finkel 179. Cristianos suicidas: Peters, *Jerusalem* 461. Vía Crucis, estaciones de la Cruz: Horn, *Ichnographiae Monumentorum Terrae Sanctae* 160-186. Sepulcro, Henry Timberlake en Peters, *Jerusalem* 508-509; Sanderson 488-490, 510-515. Comercio: George Hintlian, «Commercial Life of Jerusalem», en *OJ* 229-234: Cohen, *Sacred Esplanade* 211-2161. *Praedominium* francés: Wasserstein 15-23. [[<<](#)]

[3] Cristianos a principios del siglo XVII. George Sandys, *A Relation of a Journey Begun AD 1610* 147-149, 154-173. Sandys y la visión estadounidense de los judíos y de Jerusalén: Hilton Obenzinger, *American Palestine: Melville, Twain, and the Holy Land Mania* 14-23. Timberlake en la cárcel: Peters, *Jerusalem* Peters, 511-512; John Sanderson acusado de ser judío 512-514. Puritanos americanos, Cromwell, el Final de los Días y conversión: MacCulloch 717-7251. Oren, *Power*; Sandys, Bradford y

cita de *Mayflower*, primeros despertares 80-831. Misticismo: Evliya, *Ottoman Traveller* 330-337. Cohen, *Sacred Esplanade* 211-226. El visitante armenio Jeremiah Keomurdjian informa del desfile de Pascua encabezado por el pachá de Jerusalén con tambores y trompetas: Kevork Hintlian, «Travellers and Pilgrims in the Holy Land: the Armenian Patriarchate of Jerusalem in the 17th and 18th Centuries», en Anthony o'Mahony (ed.), *The Christian Heritage in the Holy Land* 149-159. Cromwell, Menasseh bin Israel: Brenner 124-127. La Biblia como poema épico nacional, Thomas Huxley citado en Tuchman 81; sobre Sanderson y Timberlake, sobre Cromwell y el regreso de los judíos 121-145. Zeevi, *Ottoman Century* 20-25; Ridwan 35-41; Farrukh 43-56; caída 57-61. Rafeq, *Province of Damascus* 57. *Praedominium*: Wasserstein 15-23. [[<<](#)]

[4] Sabbatai: esta crónica está basada en GerShom G. Scholem, *Major Trends in Jewish Mysticism*; en G. G. Scholem, *Sabbatai Zevi: The Mystical Messiah*; en David Abulafia, *The Great Sea: A Human History of the Mediterranean*; en Brenner. Scholem, *Mysticism* 3-8, *Zohar* 156-159, 205, 243; influencia del éxodo español y de Isaac Luria 244-246; Sabbatai 287-324. Mazower, *Salonica* 66-78. Cabalistas tales como Shalom Sharabi en Jerusalén: Gilbert, *Rebirth* 125. Yehuda ha Hasid, *Hurva* de la sinagoga: Goldhill, *City of Longing* 167. Sabbatai: Finkel 280. [[<<](#)]

[5] Evliya: retrato basado en Robert Dankoff, *An Ottoman Mentality: The World of Evliya Çelebi*; Evliya Celebi, *An Ottoman Traveller* 330-337 incluyendo Pascua en la iglesia del Santo Sepulcro; Jerusalén como la Kaaba de los pobres y de los derviches 332; y en Tshelebi, *Travels in Palestine*. Dankoff, *Çelebi* 9-10; cita sobre el libro de viajes más largo y más completo 9; tumba del tío en Jerusalem 22; educación 31; cortesano y paje de Murad IV 33-46; circuncisión de mujeres 61; derviche 117; sexo 118-119; ejecuciones injustas 139; como Falstaff y mártir de la caca 142-145, 151; comprobando los mitos sobre las cuerdas de Salomón y el Fuego Sagrado 197-198. Evliya, *Travels in Palestine* 55-94. Sufismo: Mazower, *Salonica* 79-82. Sufismo y costumbres musulmanas al entrar y visitar los santuarios: Ilan Pappé, *Rise and Fall of a Palestinian Dynasty: the Husaynis 1700-1948* (en adelante Pappé). 26-27. Laxitud en el Haram, Qashashi, *Jewels on the Excellence of Mosques* citado en Peters, *Jerusalem* 496-498. Zeevi *Ottoman Century* cita las críticas a Abu al-Fath al-Dajani sobre el comportamiento en el Haram 25-28. Laxitud en el Haram: Claudia Ott, «The songs and Musical Instruments of Ottoman Jerusalem» en *OJ* 305. Maltrato a los peregrinos cristianos, Timberlake en la cárcel: Peters, *Jerusalem* 511-512. Peleas, Fuego Sagrado: Maundrell, *Journey* 80-100, 125-130. Peligros para los peregrinos judíos: Abraham Kalisker citado en Peters, *Jerusalem* 525; inmigración de judíos asquenazíes en 1700, Gedaliah citado en 526-534; uso del Muro de las Lamentaciones, Moses Yerushalmi y Gedaliah 528. Minna Rozen, «Relations

between Egyptian Jewry and the Jewish Community in Jerusalem in 17th Century», en A. Cohen y G. Baer (eds.), *Egypt and Palestine* 251-265. Cohen, *Sacred Esplanade* 216-226. Gilbert, *Rebirth* 125. Hurva: Goldhill, *City of Longing* 1671. Lucha de occidente por el *praedominium*: Wasserstein 15-23. Zeevi, *Ottoman Century* 20-25; 35-41; 43-56; caída 57-61. Sectas cristianas, rivalidad entre las potencias y *praedominium*: Mouradian, «Les Chrétiens», en Nicault, *Jérusalem* 177-204. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 33

[\*1] Este episodio se conocería como la ruina, *hurva*, de la sinagoga, que siguió siendo una ruina durante más de un siglo. Sería reconstruida en el siglo XIX, y destruida de nuevo por los jordanos en 1967. [ << ]

[\*2] Estos clanes se conocían en inglés como los Notables, los turcos los conocían como Effendiyah, y los árabes, como Aya. Los miembros de la familia Nusseibeh eran los custodios de la iglesia del Santo Sepulcro; los Dajani presidían sobre la tumba de David; los Khalidi gestionaban los tribunales de la *sharia*; los Husseini solían dominar como los Naqib al-Ashraf, muftíes y jeques del Haram, además de dirigir las celebraciones de Nabi Musa. Los Abu Ghosh, caudillos guerreros de las montañas que rodean Jerusalén y los guardianes de la ruta de peregrinaje desde Jaffa, eran aliados de los Husseini. Unas investigaciones recientes del profesor Adel Manna han revelado la auténtica historia de cómo los Ghudaya se apropiaron de la identidad de los Husseini. Los Nusseibeh se cambiaron el nombre, abandonando el antiguo de Ghanim; los Khalidi renunciaron al de Deiri; los Jarrallah (que competían por el puesto de muftí contra los Husseini), al de Hasqafi. «Soportar un cambio de nombre resulta desorientador y produce perplejidad», reconoce uno de estos notables, Hazem Nusseibeh, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Jordania, en sus memorias *Los jerosolimitanos*, «aunque ocurriera hace siete siglos». [ << ]

[\*3] El poderoso *vali* (gobernador) de la *vilayet* (provincia) de Damasco solía gobernar Jerusalén, y a menudo era también el *amir al-haj*, el comandante de la caravana anual a La Meca que financiaba a través de su *dawra*, una expedición armada. En otras ocasiones, Jerusalén estaba controlada por el *vali* de Sidón que gobernaba desde Acre. Jerusalén era un pequeño distrito, un *sanjak*, bajo el control de un *sanjak bey* o *mutasallim*. Con todo, el estatus de Jerusalén cambió repetidamente a lo largo de los siglos, a veces convirtiéndose en distrito independiente. Los gobernadores otomanos gobernaban con la ayuda del cadí, un juez de la ciudad nombrado desde Estambul, y del muftí (el líder nombrado por el gran muftí del imperio, el jeque al-Islam en Estambul, que dictaba *fatwas*, sentencias, sobre cuestiones religiosas), que pertenecía a una de las grandes familias de Jerusalén. Los pachás de Damasco y de Sidón eran rivales que en ocasiones se enzarzaban en pequeñas guerras por el control de Palestina. [ << ]

[\*4] Potemkin diseñó el «proyecto griego» para Catalina: la conquista de Constantinopla (que los rusos llamaban Zargrado), de cuyo gobierno debía hacerse cargo el nieto de Catalina, especialmente bautizado con el nombre de Constantino. La

partición de Polonia que había llevado a cabo Catalina incorporó por primera vez millones de judíos al imperio ruso, la mayoría de los cuales fue confinada en una miserable pobreza en una zona especial de asentamiento. Sin embargo, Potemkin, uno de los líderes más filosemitas de la historia de Rusia, era un sionista cristiano que vio la liberación de Jerusalén como parte de su Proyecto Griego. En 1787, creó el regimiento de caballería judía Israelovsky para la conquista de Jerusalén. Un testigo, el príncipe de Ligne, se burló de esos jinetes de caballería con tirabuzones, calificándolos de «monos a caballo». Potemkin falleció antes de poder hacer realidad sus planes. [[<<](#)]

[1] Revuelta de Naqib al-Ashraf: Minna Rozen, «The Naqib al-Ashraf Rebellion in Jerusalem and its Repercussions on the City's Dhimmis», *Journal of Asian and African Studies* 18/2, noviembre de 1984, 249-270. Adel Manna, «Scholars and Notables: Tracing the Effendiya's Hold on Power in 18th-Century Jerusalem», *OJ* 32, otoño 2007. Butris abu-Manneh, «The Husaynis: Rise of a Notable Family in 18th-Century Palestine», en David Kushner (ed.), *Palestine in Late Ottoman Period: Political, Social and Economic Transformation* 93-100; y Pappé 23-30. Caída de los asquenazíes: Gedaliah citado en Peters, *Jerusalem* 530-534. Cambio de actitud de los otomanos hacia los judíos: Finkel 279. Zeevi, *Ottoman Century* 75. M. Hawari, *OJ* 498-499, bombardeo de la Cúpula. Gilbert, *Rebirth* 125. Goldhill, *City of Longing* 167. Peregrinos judíos Abraham Kalisker citado en Peters, *Jerusalem* 525; judíos asquenazíes 526-534; muralla, Moses Yerushalmi, Gedaliah 528. Wasserstein 15-23. [[<<](#)]

[2] Las grandes familias entre el principio el final del siglo XVIII: Adel Manna, «Scholars and Notables Tracing the Effendiya's Hold on Power in 18th Century Jerusalem», *JQ* 32, otoño 2007. Sobre el cambio de nombre: Papper 25-38 Illan Pappé, «The Rise and Fall of the Husaynis», parte 1, *JQ* 10, otoño 2000. Butrus abu-Manneh, «The Husaynis: Rise of a Notable Family in 18th Century Palestine», en David Kushner (ed.). *Palestine in the Late Ottoman Period: Political, Social and Economic Transformation* 93-100. Muchas gracias a Adel Manna y también a Mohammad al-Alami y a Bashir Barakat por compartir conmigo su investigación sobre los orígenes de las grandes familias. Zeevi, *Ottoman Century* 63-73. A. K. Rafeq, «Political History of Ottoman Jerusalem», *OJ* 25-28. Familias, cambios de nombre, contexto y origen religioso, los Alami, Dajani, Khalidi, Shihabi, al-Nammar: Mohammad al-Alami, «The Waqfs of the Traditional Families of Jerusalem During the Ottoman Period», en *OJ* 145-157. Dinastía al-Nammar de arquitectos hereditarios de: Atallah, *OJ* 159-190. Lawrence Conrad, «The Khalidi Library», en *OJ* 191-209. Sari Nusseibeh, *Country* 1-20, asesinato de los dos recaudadores de impuestos de la familia Nusseibeh por los Husseini y alianza matrimonial 52. Orígenes mamelucos de



la familia Nashashibi: Burgoyne, *Mamluk Jerusalem* 60. Las grandes familias construyen monumentos en el Haram: Khalwat al-Dajani, Sabil al-Husseini, Sabil al-Khalidi, *OJ* 2963, 966, 9681. Los Alami y casa: entrevista del autor con Mohammad al-Alami. Sobre cambio de apellidos y orígenes, Hazem Zaki Nusseibeh, *Jerusalemites* 398-399. Cristianos y judíos: sectas en el Sepulcro, alimentos, enfermedades, retretes repugnantes, vómito griego: Horn, *Ichnographiae Monumentorum Terrae Sanctae* 60-78. Campanas, cordeles y cuerdas, trescientas personas en el Sepulcro: Henry Timberlake citado en Peters, *Jerusalem* 508-509. Peleas, Fuego Sagrado: Maundrell, *Journey* 80-100, 125-130. Iglesia del Santo Sepulcro como una prisión: Evliya Celebi, *Ottoman Traveller* 332. Tumultos de Semana Santa de 1757: Peters, *Jerusalem* 540. Reparaciones de los otomanos en el Haram: St Laurent, *OJ* 415-21. Ascenso de los notables de Ayan: Amnon Cohen, *Palestine in the 18th Century* 1-10; inestabilidad entre la guarnición otomana, peleas y depravación 271-280. Bulutkapan Ali le promete Jerusalén a Russia: Finkel 407-409; tratado de 1774 con Rusia 378-379. El pueblo más malvado: Constantin Volney, *Voyage en Egypte et en Syrie* 332. [[<<](#)]

[3] Zahir al-Umar: Rafeq, *OJ* 28-29. D. Crecelius, «Egypt's Reawakening Interest in Palestine», en Kushner, *Palestine in Late Ottoman Period* 247-260; Cohen 12-19 y 92, incluyendo los planes de conquista de Jerusalén, 47; tropas norteafricanas de Zahir 285; expedición del vali, el *dawra* 147-250. Pappé 35-38. Eugene Rogan, *The Arabs: A History* (en adelante, Rogan). 48-531. Zahir como «el primer rey de Palestina»: Karl sabbagh, *Palestine: A Personal History* 26-46. Bulutkapan ali: Finkel 407-409; Rusia 378-379. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 34

[\*1] El Carnicero fue un niño esclavo cristiano de Bosnia quien, tras escapar después de haber cometido un asesinato, se puso a sí mismo en venta en el mercado de esclavos de Estambul, donde lo compró un gobernante egipcio que lo convirtió al islam y lo empleó como su verdugo principal y sicario. Empezó su ascenso ocupando el cargo de gobernador de El Cairo, y se hizo un nombre defendiendo Beirut frente a la marina de Catalina la Grande. Después de un largo asedio, Beirut se rindió de forma honorable ante los rusos y el sultán recompensó al Carnicero ascendéndolo a gobernador de Sidón y, a veces también, de Damasco. Jazzar visitó Jerusalén, bajo su esfera de influencia, aunque no de forma oficial, donde los Husseini le debían fidelidad. [ << ]

[\*2] Napoleón culpó de su derrota a Smith, «el hombre que me apartó de mi destino», pero dejó un legado en Jerusalén. Tras la conquista de Jaffa, sus soldados enfermos (aquellos a los que más tarde mató) fueron atendidos por los monjes armenios, a quienes Bonaparte mostró su agradecimiento regalándoles su tienda de campaña. Los armenios la utilizaron para confeccionar casullas, que todavía se utilizan en la actualidad en la catedral de los Santiagos, en el barrio armenio de Jerusalén. [ << ]

[1] Napoleón Bonaparte y Jazzar Pasha. Ascenso, torturas y mutilaciones: Constantin de Volney, *Voyage en Egypte et en Syrie* 235. Edward Daniel Clarke, *Travels in Various Countries of Europe, Asia and Africa* 2.1359-88, 2.2.3-5. *Voyage and Travels of HM Caroline Queen of Great Britain* 589-591. Cohen, *Palestine in the 18th Century* 20-9, 68-70, 285. Pappe 38-46. Finkel 399-4121. Krämer 61-63. Nathan Schur, *Napoleon in the Holy Land* (en adelante, Schur). 17-32. Paul Strathern, *Napoleon in Egypt* (en adelante, Strathern). 185, 335-337. [ << ]

[2] Napoleón en Palestina: esta crónica se basa en Schur y Strathern. Masacre de Jaffa Schur 67; Acre 140-146; retirada 163; gobernador de Jerusalén en Jaffa 163-167. Strathern, orígenes de la expedición 6-17; asedio de Acre 336-46; Templo de Salomón 317; masacre de Jaffa 326. Ofrecimiento a los judíos: Schur 117-121. Strathern 352-356. Tienda de Napoleón: Hintlian, *JQ* 2, 1998. Pappe sobre las grandes familias de Jerusalén: 46-51. [ << ]

[3] Sidney Smith; esta crónica de su vida se basa en: Tom Pocock, *A Thirst for Glory: The Life of Admiral Sir Sidney Smith*, en Acre, Jaffa y Jerusalén 100120. También en: Juan Barrow, *The Life and Correspondence of Admiral Sir William*

*Sidney Smith* 207. Strathern 337-340; retirada de Napoleón 371-381; asesinato de los enfermos 378; Kléber 409. Recibimiento de los franciscanos en Jerusalén: Peter Shankland, *Beware of Heroes: Admiral Sir S. Smith* 91-95. La vanidad de Smith, hablando de sí mismo: coronel Bunbury citado en Flora Fraser, *The Unruly Queen: The Life of Queen Caroline* 136. Marcha hacia Jerusalén: Clarke, *Travels in Various Countries* 2.1520. James Finn, *Stirring Times* (en adelante, Finn). 157. Edward Howard, *The Memoirs of Sir Sidney Smith* 1461. El anciano Jazzar: Schur 171. Incendio de 1808 en el Sepulcro: Peters, *Jerusalem* 542. Población en el año 1806, ocho mil: *OJ* 4-5. Misma población en Jerusalén y en Gaza. Ocho mil en 1800: Krämer 41-44. Jazzar frente a Gaza: Pappé 47-51. [[<<](#)]

[<sup>4</sup>] Primeros visitantes y aventuras: N. A. Silberman, *Digging for Jerusalem* (en adelante, Silberman). 19-29. Y. Ben-Arieh, *Jerusalem in the 19th Century* 31-67. Peters, *Jerusalem* 582-62. A. Elon, *Jerusalem: A City of Mirrors* 217. Clarke, *Travels in Various Countries* 2.1393-593, 2.2.31. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 35

[\*1] Las espuelas y la espada de Godofredo, junto a un ladrillo de su castillo francés, cuelgan en la actualidad en la sacristía latina del Santo Sepulcro. En cuanto a las tumbas de los cruzados, tan sólo fragmentos del sarcófago del rey-niño Balduino V sobrevivieron a este acto de vandalismo sectario. [ << ]

[\*2] En 1804, William Blake, poeta, pintor, grabador y radical, iniciaba su poema *Milton*, con los versos introductorios «y aquellos pies en viejos tiempos...» y lo terminaba «hasta que Jerusalén se haya alzado en Inglaterra, sus verdes felices tierras». El poema, publicado alrededor de 1802, alaba el breve apogeo de la Jerusalén celestial en la Inglaterra preindustrial, inspirado por la mítica visita del joven Jesús, acompañado por José de Arimatea, para inspeccionar las minas de estaño de José en Cornualles. El poema no fue demasiado conocido hasta que en el año 1916, el laureado poeta Robert Bridges le pidió al compositor sir Hubert Parry que le pusiera música con ocasión de una reunión patriótica. Edward Elgar lo orquestaría más tarde. El rey Jorge V dijo que lo prefería al «Dios salve al rey», y se ha convertido en el himno nacional alternativo, que atrae de forma universal a patriotas plañideros, creyentes practicantes, paseantes, fans deportivos, idealistas socialistas y generaciones de estudiantes melencólicos y borrachos. Blake nunca lo tituló «Jerusalén», puesto que también escribió un poema épico con ese título: *Jerusalén, la emanación del gigante albión*. [ << ]

[\*3] En 1818, tras la muerte de Solimán Pachá, Abdalá había asumido el poder en Acre y ejecutado al rico, tuerto, desorejado y sin nariz Haim Farhi, gobernador de hecho de la mayor parte de Palestina durante treinta años. Abdalá gobernó hasta 1831. La familia Farhi todavía vive en Israel. [ << ]

[\*4] En el viaje de regreso a Inglaterra, una tormenta tan terrible se abatió sobre el barco de los Montefiore que los marineros llegaron a temer el naufragio. Montefiore llevaba un amuleto de la buena suerte, un trozo de *matza* de la Pascua judía del año anterior, lo que se conoce con el nombre de *afikoman*. En lo peor de la tormenta, Montefiore lo arrojó a las olas y el mar se calmó milagrosamente. Montefiore creyó que se trataba de la bendición de Dios por la peregrinación a Jerusalén. En la actualidad, la familia Montefiore lee la crónica de este hecho cada año durante la celebración de la Pascua judía. [ << ]

[\*5] Su personaje ideal, el protagonista de su mejor novela, *Coningsby*, era Sidonia, una millonaria sefardí amiga de emperadores, de reyes y de ministros de

todos los gobiernos de Europa. Sidonia era una mezcla de Lionel de Rotschild y de Moses Montefiore, a los que Disraeli conocía muy bien. [[<<](#)]

[1] F. R. de Chateaubriand, *Travels in Greece, Palestine, Egypt and Barbary During the Years 1806 and 1807* 1368-86 y 2.15-179. Sirviente de Chateaubriand: Julien, *Itinéraire de Paris à Jérusalem par Julien, domestique de M. de Chateaubriand* 88-89. Sobre el último de los peregrinos, el primero de los imperialistas culturales, incluyendo a Chateaubriand: Ernst Axel Knauf, «Ottoman Jerusalem in Western Eyes», en *OJ* 73-76. Pappé 49-53. [[<<](#)]

[2] Incendio de 1808, conquista de Solimán Pachá: Hawari, *OJ* 499-5001. Rafeq, *OJ* 29. Pappé 49-50. Solimán y el sultán Mohamed II restauran los azulejos de la Cúpula: Salameh, *OJ* 103-43. Solimán Pachá construye Iwan al-Mahmud II, pabellón, restaura Maqam al-Nabi, Nabi Daoud 1817, véase Hillenbrand, *OJ* 14. Peters, *Jerusalem* 582. Cohen, *Sacred Esplanade* 216-226. [[<<](#)]

[3] Caroline y Hester: mi agradecimiento a Kirsten Ellis por su generosidad al compartir conmigo su investigación no publicada sobre Hester y Caroline. Primera visita de Montefiore: Moses y Judith Montefiore, *Diaries of Sir Moses and Lady Montefiore* (en adelante, Montefiore). 36-42. Abigail Green, *Moses Montefiore: Jewish Liberator, Imperial Hero* (en adelante, Green). 74-83. Alphonse de Lamartine, *Travels in the East Including Journey to the Holy Land* 78-88. Pappé 60-65. [[<<](#)]

[4] Disraeli: Jane Ridley, *Young Disraeli* 79-97. Sobre sus diversos pedigrís, fantasías sobre el asentamiento de los judíos en conversaciones con Edward Stanley y su posible autoría del memorándum presionista de 1878 «Die Jüdische Frage in der Orientalischen Frage»: Minna Rozen, «Pedigree Remembered, Reconstructed, Invented: Benjamin Disraeli between East and West», en M. Kramer (ed.), *The Jewish Discovery of Islam* 49-75. Ideas presionistas de Disraeli en 1857 con referencia a la compra de Palestina para los judíos por Rothschild: Niall Ferguson, *World's Banker: A History of the House of Rothschild* (en adelante, Ferguson). 418-422 y 1131. Pappé 66-76. Vida judía: Tudor Parfitt, *Jews of Palestine 1800-1882* cap. 2. Tuchman 220-223. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 36

[\*1] Los wahabíes eran los seguidores de un predicador fundamentalista salafí del siglo XVIII, Mohamed ibn Abdul Wahab, quien, en 1744, se alió con la familia Saud. A pesar del revés sufrido a manos de Mehmet, los Saud no tardaron en volver a fundar un pequeño estado. Durante la primera guerra mundial y la década de 1920, su caudillo, Abdul-Aziz ibn Saud, financiado por subsidios británicos y apoyado por su fanático ejército wahabí, reconquistó La Meca y Arabia. En 1932 se proclamó a sí mismo rey de Arabia Saudí, donde sigue dominando el islamismo wahabí. Ibn Saud fue padre de, al menos, setenta hijos, uno de los cuales, Abdalá se convirtió en rey en el año 2005. [[<<](#)]

[\*2] William Thomson escribiría más tarde una de las obras evangélicas clásicas que fomentaría la obsesión de los estadounidenses por Jerusalén. *The Land and the Book*, reimpresso en treinta ediciones, presentaba Palestina como un Edén místico donde la Biblia estaba viva. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 37

[\*1] Anthony Ashley-Cooper, descendiente del primer conde, aquel astuto primer ministro que había servido a todos, desde Cromwell hasta Guillermo III, seguía ostentando el título de cortesía de lord Ashley y tenía su escaño en la Cámara de los Comunes, tras suceder al 7.º conde en 1851. Sin embargo, y por simplicidad, lo llamaremos Shaftesbury. [[<<](#)]

[\*2] Shaftesbury tomó prestada la conocida frase «una tierra sin pueblo» de un ministro escocés, Alexander Keith, que sería atribuida posteriormente (posiblemente por error) a Israel Zangwill, un sionista que no creía en el asentamiento en Palestina, precisamente porque ya estaba habitada por árabes. [[<<](#)]

[\*3] Los albaneses nunca más tuvieron en su poder Jerusalén, pero gobernaron Egipto durante un siglo, primero como jedives (en teoría, virreyes otomanos, en la práctica, independientes), después como sultanes de Egipto y por último como reyes. Cuando Mehmet Alí mostró signos de senilidad, Ibrahim se convirtió en su regente, pero él mismo murió en 1848, justo antes que su padre. El último rey de la dinastía albanesa fue el rey Farouk, derrocado en el año 1952. [[<<](#)]

[\*4] William Miller fue uno de los más populares de esos nuevos profetas estadounidenses. Un antiguo oficial del ejército de Massachusetts, había calculado que Cristo regresaría a Jerusalén en 1843: cien mil estadounidenses se hicieron milleritas. Transformó en años la aserción en Daniel 8,14, «Hasta que pasen dos mil trescientas tardes y mañanas: entonces el Lugar santo será reivindicado», afirmando que un día profético era en realidad un año. De ahí que, empezando en 457 a. C., según Miller, la fecha en la que el rey persa Artajerjes había promulgado la orden de restaurar el Templo, llegara al resultado de 1843. Cuando nada sucedió aquel año, propuso 1844. Las iglesias que sucedieron a la millerita, los Adventistas del Séptimo Día y los Testigos de Jehová, todavía suman catorce millones de miembros por todo el mundo. [[<<](#)]

[\*5] En 1658, el patriarca Nikon construyó el monasterio de la Nueva Jerusalén en Istra, cerca de Moscú, para promover la misión universal de la ortodoxia y autocracia rusas. Su elemento central era una réplica del Sepulcro de Jerusalén, que goza de un gran valor desde que la iglesia original fuera destruida por el fuego en 1808. En 1818, antes de su ascensión al trono, Nicolás I visitó la Nueva Jerusalén, que le conmovió profundamente, y ordenó su restauración. Los nazis le causaron daños, pero actualmente está siendo restaurada. [[<<](#)]



[\*6] Durante la guerra de Crimea se llevó a cabo otro intento de armar a los judíos. En septiembre de 1855, el poeta polaco Adam Mickiewicz viajó a Estambul para organizar las tropas polacas conocidas como los cosacos otomanos para luchar contra los rusos. En estas tropas se encontraban los húsares de Jerusalén, reclutados entre los judíos rusos, polacos, y palestinos. Mickiewicz murió tres meses más tarde y los húsares nunca pudieron ser puestos a prueba en el valle de la muerte. [<<]

[\*7] La sede de los gobernadores otomanos era el al-Jawailiyya, construida por uno de los emires mamelucos de Naris Mohamed, en la ubicación de la fortaleza Antonia, y la primera estación de la Vía Dolorosa. Durante el gobierno de los cruzados, los templarios habían construido una capilla y parte de su porche abovedado todavía se mantenía en pie en la década de 1920. En la actualidad, el lugar lo ocupa una moderna escuela. [<<]

[\*8] Estos escritores seguían la moda de los libros de viajes orientales. Entre 1800 y 1875 se publicaron alrededor de cinco mil libros sobre Jerusalén, muchos de los cuales guardan un extraordinario parecido entre ellos; se trata, o bien de ansiosas repeticiones de historias bíblicas narradas por los evangélicos (en ocasiones reforzadas por la arqueología), o bien de libros de viajes que se burlan de la incompetencia otomana, de los lamentosos judíos, de la simplicidad de los árabes y de la vulgaridad de los ortodoxos. Posiblemente el mejor sea el ingenioso *Eothen*, de Alexander Kinglake, un autor que, más tarde, escribiría sobre la guerra de Crimea. [<<]

[\*9] El joven amo de Dorr, Cornelius Fellowes, propietario de una plantación, decidió emprender un viaje de tres años alrededor del mundo desde París hasta Jerusalén. Fellowes le ofreció un acuerdo a su inteligente y educado esclavo. Si Dorr le servía durante el viaje, a su regreso lo liberaría. En su efervescente diario de viaje, Dorr lo recogió todo, desde las espléndidas damas de París hasta las «escasas torres y las murallas calcinadas» de Jerusalén. A su regreso, su amo se negó a manumitirlo. Dorr huyó entonces al norte y en el año 1858 publicó *A Colored Man Round the World, by a quadroon*. Sería la guerra civil que estalló poco después la que le daría la libertad. El vencedor de esta guerra, el presidente Abraham Lincoln, no era formalmente religioso, pero ansiaba visitar Jerusalén, tal vez porque de niño había vivido en una de las Jerusalenes estadounidenses, New Salem, en Illinois; se sabía la Biblia de memoria y probablemente había oído las historias de su secretario de Estado, William H. Seward, que había visitado Jerusalén en el curso de su gira mundial. Mientras se dirigía al Teatro Ford, el 14 de abril de 1865, le propuso a su esposa una «peregrinación especial a Jerusalén». En el teatro, momentos antes de recibir el disparo que le causaría la muerte, le susurró: «Cómo me gustaría visitar



Jerusalén». Más tarde, Mary Todd Lincoln decidió que su marido «está en la Jerusalén celestial». [[<<](#)]

[1] Mohamed Alí, Ibrahim Pasha: Finkel 427, 422-446, 428. Rogan 66-831. Sobre el régimen de Mehmet Alí: Khaled Fahmy en *CHE* 2139-73. Pappé 6676. Philip Mansel, *Levant: Splendour and Catastrophe on the Mediterranean* 63-90. William Brown Hodgson, *An Edited Biographical Sketch of Mohammed Ali, Pasha of Egypt, Syria, and Arabia*. Rafek, *OJ* 31-32. Judith M. Rood, «The Time the Peasants Entered Jerusalem: the Revolt Against Ibrahim Pasha in the Islamic Court Sources», *JQ* 27, summer 2006. Judith M. Rood, «Intercommunal Relations in Jerusalem During Egyptian Rule 1934-1941», *JQ* 32, otoño 2007 y *JQ* 34, primavera 2009. Judíos y sinagogas, Y. Ben-Arieh, *Jerusalem in the 19th Century*, 25-30; Ibrahim y la revuelta de los *fellahin* 67-70. Fuego Sagrado: R. Curzon, *Visits to the Monasteries of the Levant* 192-204. Restauración de Hurva y de cuatro sinagogas sefardíes: Goldhill, *City of Longing* 169. Montefiore, reuniones con Mohamed Alí visita de 1839: Montefiore 177-187; Green cap. 6. Thomsons en Jerusalén, bebé y libro: Oren, *Power* 121-125. Mouradian, «Les Chrétiens», en Nicault, *Jérusalem* 177-204. [[<<](#)]

[2] Sobre Shaftesbury, Palmerston, James Finn y el regreso de los judíos, sionismo cristiano: David Brown, *Palmerston: A Biography* sobre la crisis de Mohamed Alí 211-237; sobre la religión y Shaftesbury 416-421; Norman Bentwich y John M. Shaftesley, «Forerunners of Zionism in the Christian Era», en *Remember the Days: Essays on Anglo-Jewish History Presented to Cecil Roth* 207-401. Green 88-89. Tuchman 175-2071. Interés británico y de Shaftesbury: Wasserstein 26-29; sobre los cónsules y el obispado angloprusiano 29 y 34-371. Ascenso del poder británico: Gilbert, *Rebirth* 14-27, 42-45. M. Verete, «Why was a British Consulate Established in Jerusalem?», *English Historical Review* 75 (1970). 342-5. M. Vereté, «The Restoration of the Jews in English Protestant Thought, 1790-1840», *Middle Eastern Studies* 8 (1972). 4-50. Ruth Kark, *American Consuls in the Holy Land* (en adelante, Kark) sobre los misioneros estadounidenses 26-29; sobre la naturaleza de los consulados en Jerusalén 55, 110-111; sobre los cónsules 128-190; sobre Livermore y los milenaristas estadounidenses, cita del cónsul de EE. UU. en Beirut 212-227, 307-3101. Sobre el teniente Lynch: Silberman 51-62. James Finn como evangelista, y esposa hija de evangelista, carácter, valiente, falta de tacto, escándalo Diness: James y Elizabeth Finn, *View from Jerusalem, 1849-1858: The Consular Diary of James and Elizabeth Anne Finn* (en adelante, Finn diarios). 28-35 y 51; calumnia de sangre 107-15. Rivalidades y pretensiones consulares: Finn 2141, 2221. El hebraísmo y evangelismo de Shaftesbury, Finn y Gawler: Green 214-219 y 232-233. Regreso de los patriarcas: Mouradian, «Les Chrétiens», en Nicault, *Jérusalem* 177-204. [[<<](#)]

[3] Cresson y el milenarismo americano: Warder Cresson, *The Key of David*, sobre la conversión anglicana de judíos 327-330; saliendo de Filadelfia hacia Jerusalén 2; acusaciones de demencia y defensa 211-244. Levi Parsons, *Memoir of Rev1. Levi Parsons* 357-379. Sobre el segundo despertar americano, primeros peregrinos Fisk y Parsons, John Adams, Robinson, Livermore, monumento a Joseph Smith: Oren, *Power* 80-92, 142-143. Obenzinger, *American Palestine*, sobre los primeros estadounidenses y Cresson 4-5 y 188-27. MacCulloch 903-907. Harriet Livermore, mi agradecimiento a Kirsten Ellis por dejarme acceder a sus capítulos no publicados. Misioneros estadounidenses, Silberman 3136. Sionismo cristiano en EE. Us.: W. E. Blackstone, Memorial, en Obenzinger, *American Palestine* 269-270. Herzl y el sionismo: Gilbert, *Rebirth* 217-222. Zangwill, acuerdo de Galveston, África, Argentina, Angola y territorialismo: M. Obenzinger, *JQ17* febrero 20031. Judíos en Jerusalén, 1895: 28. 000; 1905: 35. 000; 1914: 45. 000; Krämer 102-103 y 138. Kark 19-37. W. Thackeray, *Notes on a Journey from Cornhill to Grand Cairo* (en adelante, Thackeray). 681-99. H. Melville, *Journals* 84-94; en Clarel 65-81. Knauf, *OJ* 74-757. La bandera consular de EE. UU. puesta en duda: diarios de Finn 260-277. El evangelismo de Finn: Green 219 y 232-233. Mouradian, «Les Chrétiens», en Nicault, *Jérusalem* 177-204.

[<<]

[4] Nicolás I: W. Bruce Lincoln, *Nicholas I*, atractivo 49, Victoria 223, dios ruso 243-246, nuestra Rusia 251, Pablo y el caballero, cita del marqués de Castelbajac (embajador francés). 291, Jerusalén y la cuestión oriental, monje francés, leyenda de Alejandro I y amor de los rusos a Jerusalén 330-334. Orlando Figes, *Crimea: The Last Crusade* (en adelante, Figes). 1-17; sobre Nicolás 36-37. Pushkin en Jerusalén, carta a P. Chaadayev del 19 de octubre de 1836: Julian Henry Lowen Feld, *My Talisman: the Poetry and Life of Alexander Pushkin* (NY 2010), 95. H. Martineau, *Eastern Life*, 3:162-165. Fo 78/446, Finn a Aberdeen y a Fo 78/205 Finn a Palmerston. Gogol: V. Voropanov, «Gogol y Jerusalem», *Pravoslavny Palomnik* (2006). 2, 44-6 y 3.35-59. 1.99-105. P. A. KuliSh, *Zapiski iz zhizni N. V. Gogolia sostavlennye iz vospominaniyego družey i znakomykh i iz ego sobstvennykh pisem* 2164-89. N. V. Gogol, *Polnoe sobranie sochineniy: Pisma*, 1848-1852 vol. 14. I. P. Zolotusky, *Gogol* 394-401. Elon, *Jerusalem* 138-139. Síndrome de Jerusalén: Yair Bar-Elet. *British Journal of Psychiatry* 176 (2000). 86-90. [<<]

[5] Inicio de la guerra de Crimea: W. B. Lincoln, *Nicholas I* 330-340. Figes 100-108; inestabilidad de Nicolás 155-157; Nicolás «único propósito cristiano». 157. Escritores: Finkel 457-460. Elon, *Jerusalem* 70-71. Gilbert, *Rebirth* 67-69, 83-86. Finn 2: 192-232. Fo 195/445 Finn a Clarendon 28 abril de 1854. Benarieh, 66-68.

Derek Hopwood, *The Russian Presence in Syria and Palestine* 1-49. Diarios de Lynch citados en Gilbert, *Rebirth* 51. Karl Marx, *New York Daily Tribune* 15 abril de 1854. Colin Shindler, *A History of Modern Israel* 231. Estadounidenses, Lynch: Oren, *Power* 137-140. James Finn, guerras contra los árabes y beduinos, señores de la guerra de Hebrón, Abu Ghosh, combates y expediciones militares palestinas del pachá: Finn 230-50. Asesinatos, Fuego Sagrado: diarios de Finn 104 y 133-157. Sobre la naturaleza de Jerusalén: Finn XXVII, 4, 40-42; sobre la prisión del gobernador, etc. 159-174; peleas por el Fuego Sagrado 2458-9; guardias sudaneses en el Haram 2237. División de los judíos entre jasídicos y *perushim*: Green 116-117; viaje de 1839 119-132; Nicolás I y Montefiore 181; compra de tierras en los años 1859-1860 para el complejo de viviendas Montefiore 235-57; molino de viento 324-38; respuesta aguda en 1859 al cardenal Antonelli «No tanto como le he dado a su lacayo». 277. Sobre la leyenda de Montefiore en Rusia, Chaim Weizmann, *Trial and Error* (en adelante, Weizmann). 16. David F. Dorr, *A Colored Man Round the World by a Quadroon* 183-4 y 186-7. G. Flaubert, *Notes de voyage* en vol. 19 de las *Oeuvres complètes* 19. Frederick Brown, *Flaubert: A Life* 231-239, 247, 256-261; también Elon, *Jerusalén* 37 y 139-141. Antony Sattin, *Winter on the Nile* 17-18. Flaubert sobre la misión oficial de Du Camp: Ruth Victor-Hummel, «Culture and Image: Christians and the Beginnings of Local Photography in 19th Century Ottoman Palestine», en Anthony o'Mahony (ed.), *Christian Heritage in the Holy Land* 181-1911. Estadounidenses: Oren *Power* 236-247. Melville: Melville, *Journals* 84-94; sobre Clarel 65-81. Obenzinger, *American Palestine* 65-82, incluyendo judeomanía; Grant y Lincoln 161; sobre Blyden y Dorr 227-247. Knauf, *OJ* 74-751. Alexander Kinglake, *Eothen* 144-158, 161-162. Lynch, *picnic* judío en el exterior de las murallas: Gilbert, *Rebirth* 51. [[<<](#)]

[6] Final de la guerra de Crimea, década de 1850: Finkel 457-460. Elon, *Jerusalem* 70-71. Gilbert, *Rebirth* 67-9, 83-6. Finn 1.2-4, 78, 2452. Ben-Arieh, 66-68. Hopwood, *Russian Presence* 1-49. Mouradian, «Les Chrétiens», en Nicault, *Jérusalem* 177-204. Gilbert, *Rebirth* 51. Figs 415-416; Ferrocarril de Balaclava de Montefiore 418; pelea 464-465. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 38

[\*1] Los judíos practicantes no pudieron ocupar un escaño en la Cámara de los Comunes hasta 1858, año en el que una nueva ley promulgada por el parlamento permitió finalmente que Lionel de Rothschild ocupara su escaño en la Cámara, el primer judío practicante en hacerlo. Resulta interesante que Shaftesbury se hubiera manifestado en repetidas ocasiones en contra de esto; como cristiano sionista que era, su interés se centraba realmente en el regreso y en la conversión de los judíos en preparación de la Segunda Venida. Sin embargo, mucho más tarde, tuvo la gentileza de proponerle al primer ministro William Gladstone que «sería un día glorioso para la Cámara de los Lores que ese gran hombre hebreo (Montefiore) fuera incluido en la lista de los legisladores hereditarios de Inglaterra». Sin embargo, era demasiado pronto. El primer título nobiliario concedido a un judío lo recibió el hijo de Lionel de Rotshchild, Nathaniel, en 1885, después de la muerte de Montefiore. [[<<](#)]

[\*2] Durante el viaje a San Petersburgo, fue recibido por miles de entusiasmados judíos en Vilna, una ciudad semijudía tan llena de eruditos y estudiosos del Talmud que se la conocía como la «Jerusalén de Lituania», pero Nicolás no moderó sus políticas y la vida de los judíos empeoró. Montefiore regresó más tarde para reunirse con Alejandro II. Se dijo que cada barraca judía en Rusia tenía un retrato, casi un icono judío, de su defensor. «Durante el desayuno (en Motol, un pueblo cerca de Pinsk), mi abuelo solía explicarme historias que narraban las hazañas de los grandes personajes», escribía Chaim Weizmann, un futuro dirigente sionista. «Me impresionó particularmente la visita de sir Moses Montefiore a Rusia, una visita que tuvo lugar sólo una generación antes de mi nacimiento, pero su historia ya era una leyenda. Sin duda, Montefiore era él mismo, y aunque todavía estaba vivo, ya era una leyenda». [[<<](#)]

[\*3] Montefiore fue el más famoso, aunque no el más rico de los filántropos de Jerusalén. A menudo era quien canalizaba el dinero de los Rothschild, y sus casas de beneficencia fueron financiadas por Juda Touro, un magnate estadounidense de Nueva Orleans quien, en 1825, había apoyado el proyecto de una patria judía en Grand Island, en el río Niágara, al norte del estado de Nueva York. El proyecto fracasó y en su testamento dejó sesenta mil dólares para que Montefiore los gastara en Jerusalén. En 1854, los Rotshchild construyeron un muy necesitado hospital judío. Durante la visita que realizó en 1856, y ante la desaprobación de los judíos ortodoxos, Montefiore creó una escuela de niñas judías de la que más tarde se haría cargo su sobrino Lionel de Rothschild, quien le cambió el nombre dándole el de su hija Evelina. Sin embargo, su mayor proyecto fue el de la sinagoga Tiferet Israel,

cerca de la sinagoga de Hurva en el barrio judío. Financiada por judíos de todo el mundo, pero sobre todo por las familias Reuben y Sassoon de Bagdad, esta espléndida sinagoga coronada por una cúpula, el edificio más alto del barrio judío, se convirtió en el centro de la judería palestina hasta su destrucción en 1948. Mientras tanto, los armenios tenían también sus propios Rothschild: la familia Gubelkian, cuya fortuna procedía del petróleo, peregrinaba regularmente a Jerusalén y fundó la Biblioteca Gubelkian en el monasterio armenio. [[<<](#)]

[1] Montefiore: todas las citas, salvo otra indicación, proceden de *Diaries*1. Green 176-194, 227, 35-53, 59; quinta visita en 1857 63-69; molino Montefiore y casas de beneficencia en 1860 109-116; muerte de Judith 140; sexta visita 1866 171-186; vistas de Jerusalén 338; tolo para el Muro de las Lamentaciones y retirada del matadero 332-333; visiones presionistas, imperio judío 320; negociaciones con los otomanos 324. Rothschild: financiación de las misiones Montefiore; comentario de Disraeli; reticencias a involucrarse en Jordania; Ferguson, 418-422 y 1131. Melville sobre Montefiore, «este Crespo, un gran hombre de 75»: Melville, *Journals* 91-94. Sinagoga Hurva: Gilbert, *Rebirth* 98-100. Benarieh, 42-44. Visitas y tensiones: diarios de Finn 197, 244; Montefiore y asentamientos judíos de Col Gawlon: Green 50-591. Flaubert, *Notes de voyage*191. Brown, *Flaubert* 231-239, 247, 256-261; también Elon, *Jerusalén* 37 y 139-1411. Flaubert sobre la misión oficial de Du Camp: W. B. Lincoln, Nicolás I, guerra y muerte 340-350. Victor-Hummel, «Culture and Image». 181-191. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 39

[\*1] El complejo ruso contenía el consulado, un hospital, la iglesia de la Santísima Trinidad con sus varias cúpulas y sus cuatro campanarios, la residencia del archimandrita, apartamentos para los aristócratas que visitaban la ciudad, y hostales de peregrinos que podían albergar hasta tres mil personas. Sus edificios parecían enormes, aunque elegantes, fortalezas y durante el mandato británico fueron utilizados como fortines militares. [[<<](#)]

[\*2] Edward Robinson, un misionero y catedrático de literatura bíblica en Nueva York, anhelaba poder descubrir la geografía de la Biblia. Utilizó su conocimiento de otras fuentes, por ejemplo, Josefo, para realizar asombrosos descubrimientos. En 1852 observó, a nivel del suelo, la punta de lo que intuyó que podría ser uno de los arcos monumentales que cruzaban el valle en dirección al Templo, conocido desde entonces con el nombre de Arco de Robinson. Otro estadounidense, el doctor James Barclay, un misionero llegado para convertir judíos e ingeniero que asesoraba a los otomanos en la conservación de los edificios mamelucos, descubrió el dintel que había coronado una de las puertas de Herodes, en la actualidad, la Puerta de Barclay. Los dos estadounidenses tal vez empezaran como misioneros cristianos, pero como arqueólogos, demostraron que el Haram al-Sharif musulmán era el Templo de Herodes. [[<<](#)]

[\*3] Después de Jerusalén, Warren alcanzó la fama como el comisario de la policía metropolitana que no consiguió capturar a Jack el Destripador y como un incompetente comandante militar durante la guerra de los Bóers. Sus sucesores, los tenientes Charles Conder y Herbert Kitchener (este último, más tarde, el conquistador de Sudán) realizaron un estudio tan logrado del país, que el general Allenby utilizó sus mapas en la conquista de Palestina en 1917. [[<<](#)]

[\*4] Montefiore falleció en 1885 con más de cien años. Él y Judith fueron enterrados con tierra de Jerusalén en su propia tumba de Raquel en Ramsgate. El molino Montefiore todavía se mantiene en pie, y el barrio Montefiore, conocido como Yemin Moshe, es uno de los vecindarios más elegantes de la ciudad y uno de los cinco que llevan su nombre. Su título nobiliario fue heredado por su sobrino, sir Abraham, que tampoco tuvo hijos (su esposa perdió la razón en su noche de bodas), pero Moses legó sus propiedades a su sobrino nacido en Marruecos, Joseph Sebag, que tomó el apellido Sebag-Montefiore. La mansión de Ramsgate se incendió en la década de 1930. La tumba de Joseph, un personaje casi olvidado (salvo en Israel), fue muy descuidada durante mucho tiempo, amenazada por la expansión urbana



descontrolada y los grafiti, pero en siglo XXI su tumba se ha convertido en un santuario: miles de judíos ultraortodoxos realizan una peregrinación a su mausoleo en el aniversario de su muerte. [ << ]

[\*5] Irónicamente, Twain se alojó en el Mediterranean Hotel del barrio musulmán, el mismo edificio que el dirigente del Likud, el general Ariel Sharon, compró a finales de la década de 1980 en su intento de judaizar el barrio musulmán. En la actualidad es un seminario judío. El libro de Twain, *Los inocentes en el extranjero*, se convirtió de inmediato en un clásico para escépticos: cuando el presidente Ulysses S. Grant visitó Jerusalén, lo utilizó como guía. [ << ]

[1] Arqueólogos y emperadores, imperialismo espiritual: Wasserstein 50-65. Robinson: Silberman 37-47, 63-72; Wilson 79-85; Warren 88-99; arqueología de Palestina británica 79, 86, 113-127; gozo en el monte Sión 147-160; arqueología alemana 165-170. Franceses: Ben-Arieh, 169; frenesí por identificar los lugares bíblicos 183-185. Saulcy: Goldhill, *City of Longing* 2161. Gilbert, *Rebirth*, sobre Robinson y Smith XXII, 4-7 y 65-67; sobre Warren 128-135; principado judío, un reino separado garantizado por las grandes potencias 128-1321. Misioneros estadounidenses y arqueólogos, Robinson: Oren, *Power* 135-7; EE. UU., Grant y visitantes estadounidenses 236-238. Lane Fox, *Unauthorized Version* 216-219. Kark sobre Robinson 29-30. Obenzinger, *American Palestine*, sobre Titus Tobler 253. Ben-Arieh, 183-185. Ruth Hummel, «Imperial Pilgrim: Franz Josef's Journey to the Holy Land in 1869», en M. Wrba (ed.), *Austrian Presence in the Holy Land* 158-177. Rusos: Simon Dixon, «A Stunted International: Russian Orthodoxy in the Holy Land in the 19th Century», borrador. Peregrinaciones de los Romanov: N. N. Lisovoy y P. V. Stegny, *Rossiya y Svyatoy Zemle: Dokumenty i materialy* 1125-7; visita del gran duque Constantino en 1859 128-135. Hopwood, *Russian Presence*, gran duque Constantino 51. Peregrinos rusos: Bertha Spafford Vester, *Our Jerusalem* (en adelante, Vester). 8687. Imperialismo espiritual: Wasserstein 50-651. Arqueología británica, estadounidense y alemana, Silberman 113-127; 147-153-170; piedra moabita 100-112; Moses Shapira 131-140. Estadounidenses: Obenzinger, *American Palestine*, 161. Cónsules y Selah Merrill: Kark 128-130 y 323-325. Familia real británica: Gilbert, *Rebirth* 109-114 y 177-180. Rider Haggard, *A Winter Pilgrimage* 267. Edward Lear en Elon, *Jerusalem* 142; 1881, príncipe heredero Rodolfo 144-145. Kitchener y Gordon: Gilbert, *Rebirth* 1871. Pollock, *Kitchener: Saviour of the Realm* 29-37 y 31. Kitchener fotografía Muristan, en Boas, *Jerusalem* 160. Gordon en Goldhill, *City of Longing* 21; Elon, *Jerusalem* 147; Grabar. 16. [ << ]

[2] 1860-1869: Hummel, «Imperial Pilgrims». 158-77. Russians: Dixon, «A Stunted international». Lisovoy y Stegny, *Rossiya y Svyatoy Zemle* 1125-451.

Hopwood, *Russian Presence* 51. Vester 86-87. Wasserstein 50-65. [[<<](#)]

[3] Edward W. Blyden, *From West Africa to Palestine* 9-12 Sobre la mente de Jerusalén; llegada 165; Santo Sepulcro 166; Biblia en la mano 170; musulmanes negros 180; Muro 280-283; Segunda Venida 199. Obenzinger, *American Palestine* 161-162; Blyden y Dorr 227-247. Mark Twain, Mediterranean Hotel y Ariel Sharon: véase *Haaretz* 15 de julio de 2008. Citas de Mark Twain, *The Innocents Abroad, or the New Pilgrims' Progress*. Green: Judith Montefiore 140; visita 1866, 171-186; opiniones 338; tolo para el Muro de las Lamentaciones y retirada del matadero; 332-333. EE. UU., Grant, Twain, Lincoln: Oren, *Power* 189, 236-238, 239-247. Sobre la arqueología, visiones pintorescas, nueva manera de viajar: Mazower *Salonica* 205-221. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 40

[\*1] Los judíos jasídicos, «piadosos» en hebreo, son una presencia creciente en Jerusalén. Los herederos del misticismo del siglo xvii todavía visten el típico atuendo negro de aquella época. En la década de 1740, un sanador religioso de Ucrania llamado Israel ben Eliezer, adoptó el nombre de Baal Shem Tov (señor del Buen Nombre), y creó un movimiento popular que cuestionaba los estudios talmúdicos y defendía movimientos similares a los de un trance durante la oración, el baile, los cantos y las prácticas místicas para acercarse más a Dios. Su principal oponente era el *gaon* de Vilna, que rechazó todas estas prácticas a las que consideraba supersticiones populares e insistía en la necesidad de los estudios talmúdicos. Su conflicto se parece al que apareció entre los místicos sufíes y los rígidos conservadores musulmanes, por ejemplo, los wahabíes saudíes. [ << ]

[\*2] En la década de 1760, los Kahlidi crearon una biblioteca que no dejaba de crecer, y desde entonces habían coleccionado cinco mil libros islámicos, algunos de los cuales databan incluso del siglo x, y 1200 manuscritos. En 1899, Raghíb Khalidi fusionó su colección con las de Yusuf y sus primos, y un año más tarde, abrió la Biblioteca Khalidi, cerca de la tumba mameluca de Barka Kan en la calle Silsila, donde todavía permanece. [ << ]

[\*3] Guiados en Jerusalén por el capitán Charles Wilson y el capitán Conder, los arqueólogos del Palestine Exploration Fund, los príncipes asistieron a una cena de Pascua judía donde quedaron «muy impresionados por la total domesticidad» de esta «feliz reunión familiar». Los tatuajes que se hicieron los emocionaron aún más. «Me tatuó», escribiría el príncipe George, «el mismo hombre que le hizo el tatuaje a papá [el príncipe de Gales]». [ << ]

[\*4] El cartel en el exterior de la oficina de Thomas Cook anunciaba: «Thomas Cook e hijo tienen la mayor plantilla de dragomanes y conductores de mulas, los mejores landós, carruajes, campamentos, la mejor talabartería, etc., de Palestina». La construcción del Grand New Hotel dejó al descubierto vestigios romanos: una parte de la segunda muralla, ladrillos grabados con la insignia de la Décima Legión, y una columna erigida por un legado de Augusto y utilizada durante décadas como base de un farol de la calle. [ << ]

[\*5] El arquitecto y arqueólogo alemán Conrad Shick fue el más prolífico de los arquitectos de su tiempo, pero sus edificios desafían cualquier intento de clasificación; su casa, Thabor House, y la capilla contienen vestigios de estilo

germánico, árabe y grecorromano. [ << ]

[\*6] Los Husseini y las otras familias, tales como los más reciente Nashashibi, se enriquecieron aún más al apuntarse al auge económico; uno de los Husseini suministró los travesaños de madera para el nuevo ferrocarril. En 1858, la ley agraria otomana privatizó muchos de los antiguos *waaqfs* convirtiendo de la noche a la mañana a las grandes familias en grandes terratenientes y comerciantes de cereales. Los perdedores fueron los *fellahin* árabes, los campesinos, que ahora quedaban a merced de los ausentes señores feudales. De ahí que Rauf Pasha, el último gobernador hamidí, tildara a las grandes familias de «parásitos». [ << ]

[\*7] El año de estancia de Gordon en Jerusalén fue interrumpido bruscamente por la rebelión del Mahdi en Sudán. El gabinete le llamó para que se hiciera cargo de nuevo del gobierno de Sudán, donde Gordon fue sitiado en Jartum y después asesinado, al parecer, sosteniendo su Biblia entre las manos. La Tumba del Jardín no fue el único hallazgo arqueológico de la colonia estadounidense: como ya vimos bastantes páginas atrás, Jacob Eliahu, el hijo de un judío convertido por la London Jews Society, a la que había abandonado para refugiarse en la colonia, descubrió la inscripción dejada por los obreros que construyeron el túnel de Siloam. [ << ]

[1] Yusuf Khalidi y la Jerusalén otomana: Alexander Scholch, «An Ottoman Bismarck from Jerusalem: Yusuf Diya al-Khalidi», *JQ* 24, verano de 2005. K1. Kasmieh, «The Leading Intellectuals of Late Ottoman Jerusalem», en *OJ* 37-421. Ejecución: Warren citado en Goldhill, *City of Longing*, 146. Conrad, «Khalidi Library», *OJ* 191-209. Mansiones árabes, Ben-Arieh, 74-76. Martin Drow, «The Hammams of Ottoman Jerusalem», *OJ* 518-241. Mansiones árabes: Sharif M. Sharif, «Ceiling Decoration in Jerusalem during the Late Ottoman Period: 1856-1917», en *OJ* 473-478. Casas, esclavos, mujeres: Susan Roaf, «Life in 19th-Century Jerusalem», en *OJ* 389-414. Ropa: Nancy Micklewright, «Costume in Ottoman Jerusalem», en *OJ* 294-300. Ott, «Songs and Musical Instruments of Ottoman Jerusalem», en *OJ* 301-320. Wasif Jawhariyyeh, *Al Quds Al Othmaniyah Fi Al Muthakrat Al Jawhariyyeh* sobre el Purim judío compartido con otras sectas. 68; *Picnic* judío en la tumba de Simón el Justo e interpretación de canciones cristianas, musulmanas y judías 1.74; músicos, danzarinas del vientre, judíos y musulmanes 1148. Salim, «Jerusalem's Ottoman Modernity»: the Times and Lives of Wasif Jawhariyyeh' y «Ottoman Jerusalem in the Jawhariyyeh Memoirs», *JQ* 9, verano 2000. Vera Tamari, «Two Ottoman Ceremonial Banners in Jerusalem», en *OJ* 317. Joseph B. Glass y Ruth Kark, «Sarah la Preta: a Slave in Jerusalem», *JQ* 34, primavera 2009. Celebraciones compartidas de los judíos sefardíes, circuncisión, *matzah*, recibimiento tras el *haj*, sefardíes rezan para pedir lluvia a petición de los

líderes musulmanes, relaciones de Valero con los Nashashibi y los Nusseibeh: Ruth Kark y Joseph B. Glass, «The Valero Family: Sephardi-arab Relations in Ottoman and Mandatory Jerusalem», en *OJ* 21, agosto 2004. Visitantes británicos informan del antisemitismo griego ortodoxo y canciones de Pascua en 1896: Janet Soskice, *Sisters of the Sinai* 237. Sobre los árabes que llaman a los judíos «judíos hijos de árabes» véase Wasif Jawhariyyeh, diario, nota 4, sección sionismo. Bodas. Pappe 53 y 97-981. Casa-castillo de los Nusseibeh: Sari Nusseibeh, *Country* 48-49. Los Khalidi, biblioteca Khalidi: Nazmi al-Jubeh, «The Khalidiyah Library», *JQ* 3, Winter 1999. Conrad, «Khalidi Library», *OJ* 191-205. Entrevista del autor con Haifa Khalidi. Ajami, «Hidden Treasure», *Saudi Aramco World Magazine*. Kasmieh, «Leading Intellectuals of Late Ottoman Jerusalem», *OJ* 37-42. Husseini: Illan Pappe, «The Rise and Fall of the Husaynis», Part 1, *JQ* 10, otoño de 2000; «The Husayni Family Faces New Challenges: Tanzimat, Young Turks, the Europeans and Zionism, 1840-1922», parte 2, *JQ* 11-12, invierno 2001. Nueva fortuna de las grandes familias: Pappe 87-911. *Nahda*: Rogan 138-139. Nacionalismo: Krämer 120-128, todas las naciones lo desarrollan a la luz de la historia, moderna articulación de las comunidades imaginadas, etc., pero la oposición todavía no se basa en la identidad árabe palestina. Nabi Musa: Wasserstein 103. Privatización de los *waqfs*: Gabriel Baer, «Jerusalem Notables and the Waqf», en Kushner, *Palestine in the Late Ottoman Period* 109-121. Yankee Doodle: Vester 181; Nabi Musa, sufíes 114-117; lámparas de queroseno 69; feria del Ramadán, espectáculos pornográficos, carreras de caballos 118. Lucha de clanes alrededor de Jerusalén: Rafeq, *OJ* 32-361. Fotografía: Victor-Hummel, «Culture and Image». 181-1911. Abdul Hamid: Finkel 488-512. Herzl sobre Abdul Hamid. Tuchman 2921. Jonathan Schneer, *The Balfour Declaration: the Origins of the Arab-Israeli Conflict* (en adelante, Schneer), sobre Abdul-Hamid 17-18. Cohen, *Sacred Esplanade* 216-226. Edificaciones eclécticas durante la era imperial: Kroyanker 101-141. Sobre la cantidad de monasterios extranjeros y monjes: Mouradian, «Les Chrétiens», en Nicault, *Jérusalem* 77-204. Diecisiete mil judíos: Brenner 2671. American Colony: esta crónica está basada en Vester. Familia: Vester 1-64; la casa de los Husseini 93 y 187; Gordon 102-104; Jacob y Ezequías, túnel de Siloé 95-98; simples y lunáticos 126-141; condesa holandesa 89. *Detroit News* 23 marzo 1902. Véase: J. F. Geniesse, *American Priestess*. Sobre los vencedores frente a Selah Merrill, antisemitismo: Oren, *Power* 281-283. Kark 128-130 y 323-325. Los Husseini y las escuelas: Pappe 104-1071. Schick y sus edificios, nuevos estilos de finales del siglo XIX, incluyendo las zonas francesa, británica, rusa, griega y de Bokhara: Kroyanker 101-141. Abdul Hamid: Finkel 488-512. Expediciones arqueológicas nacionales y rivalidades: Silberman 113-127; 147-170; 100-112. Kark sobre los cónsules y Selah Merrill 128-230; 323-325. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 41

[\*1] El término fue acuñado en 1879 por Wilhelm Marr, un periodista alemán, en su libro *La victoria del judaísmo frente al germanismo*, en el momento oportuno para describir un nuevo tipo de odio racial que empezaba a sustituir a la antigua versión religiosa. [ << ]

[\*2] La Casa Serguei siguió siendo técnicamente propiedad de Serguei hasta que el presidente Putin la admiró en la visita que realizó en el año 2005 a Israel. Se dijo que Putin se había emocionado tanto, que lloró al verla. Israel devolvió el hostel a Rusia en el año 2008. [ << ]

[\*3] Alejandro III murió en 1894 y fue sucedido por su inexperto, inepto y poco afortunado hijo Nicolás II, que compartía la rígida creencia de su padre en la autocracia. Su «tío Serguei» le gustaba, y confiaba en él. Por su cargo de gobernador general, Serguei era responsable de las celebraciones de la coronación en Moscú y durante las cuales miles de campesinos murieron en una estampida. Serguei le aconsejó a su sobrino que siguiera adelante con las celebraciones y eludió cualquier responsabilidad. [ << ]

[1] Gilbert, *Rebirth* 14 y 177-180; Kitchener y Gordon 187. Haggard, *Winter Pilgrimage* 267. Edward Lear en *Elon, Jerusalem* 142; Rudolf 144-145. Pollock, *Kitchener* 29-37. Kitchener fotografía Boas, *Jerusalem* 160. Gordon en Goldhill, *City of Longing* 21; *Elon, Jerusalem* 147; Grabar, *Shape of the Holy* 161. Rusia: Dixon, «A Stunted international». Rusos y occidentales: Stephen Graham, *With the Russian Pilgrims to Jerusalem* (en adelante, Graham), ropa, travesía marítima, obsesión por la muerte 3-10; guía montenegrino 35; vida en el complejo 40-42; visitas de los Romanov y cargas en el complejo ruso 44-46; turistas británicos ridículos 55; Santo Sepulcro 62-64; corrupción en Jerusalén, la factoría judía, sacerdotes degenerados y corruptos 69-76; representación de Pascua y Fuego Sagrado 101-110; mujeres árabes vendiendo alcohol en el complejo ruso 118; Fuego Sagrado 126-128; reuniones en la calle 130-132. Lisovoi y Stegnii, *Rosslia y Sviatoi Zemle* 1125-7; diario del archimandrita Antonino 1881 y visitas del gran duque Serguei 1888 1147-60. Palestine Society y complejo ruso: Hopwood, *Russian Presence* 70-1151. Christopher Warwick, *Ella: Princess, Saint and Martyr*: carácter de Serguei y primera visita 85-101; visita con Ella 143-153; pogromo judío de Moscú 162-166. Política del zar y pogromos: Brenner 238-243. Vester 86-87. Aliyá judía: Ben-Arieh 78. Modernización y reformas otomanas, reacciones árabes: Kramer 120-128. Nusseibeh, país 48-49. Al-Jubeh, «Khalidiyah Library». Kasmieh, «Leading Intellectuals of Late

Ottoman Jerusalem», oJ 37-42. Medidas antisionistas: Pappé 115-117. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 42

[\*1] Los llamados «judíos polacos» de Jerusalén eran sobre todo judíos jasídicos originarios del imperio ruso, pero algunas de sus sectas se mostraban contrarias al sionismo, creyendo que era un sacrilegio que meros hombres decidieran cuándo ocurriría el Regreso de Dios y el día del Juicio Final. [ << ]

[\*2] Del alemán *mauscheln*, hablar *yiddish*, en general despectivo. (N. de la T.). [ << ]

[\*3] El imprevisible comportamiento de Guillermo solía despertar la alarma en su entorno. Durante su juventud, su vida sexual de gustos estafalarios, entre ellos llevar guantes y los fetiches sadomasoquistas, tuvo que ser ocultada. Un cortesano, un general prusiano de mediana edad, murió de un ataque al corazón mientras bailaba para el káiser sin más ropa que un tutú y una boa de plumas, y otro lo distraía vestido de suplicante caniche «afeitado por detrás y, bajo una cola de caniche auténtica, una marcada abertura rectal. Ya puedo ver a Su Majestad riéndose con nosotros». Al final, un escándalo sexual destruiría a su amigo Eulenberg, después de que su vida homosexual secreta fuera descubierta. Guillermo, que también era un victoriano mojigato cuando se trataba de la moral de los otros, nunca volvería a dirigirle la palabra a Eulenburg. [ << ]

[\*4] El gigantismo teutónico modificó la silueta de la Jerusalén moderna. Su hospicio Augusta Victoria, una fortaleza medieval alemana con una espantosa torre tan alta que era visible desde el río Jordán, dominaba el monte de los Olivos, y su iglesia católica de la Dormición, en el monte Sión, cuyo exterior seguía el modelo de la catedral de Worms, y su interior, el de la capilla de Carlomagno en Aquisgrán, tenía unas «enormes torres más adecuadas al valle del Rin». [ << ]

[\*5] Alrededor de esta época, uno de los dirigentes de la policía secreta del zar, el director de la Okhrana en París, Piotr Rachovsky, ordenó falsificar un libro, *Los protocolos de los ancianos de Sión*, que presentaría como las actas secretas del congreso de Herzl en Basilea de 1897. El libro era una adaptación (y buena parte de su contenido una copia sin más) de una sátira francesa escrita en 1844 contra el emperador Napoleón III y de una novela antisemita alemana publicada en 1860 por Hermann Goedsche. *Los protocolos* era un plan absurdo, aunque diabólico, de los judíos para infiltrarse en los gobiernos, iglesias y medios de comunicación e incitar guerras y revoluciones a fin de crear un imperio mundial gobernado por un autócrata davídico. Publicado en 1903, su objetivo era el de provocar el antisemitismo en



Rusia, donde los revolucionarios judíos amenazaban a la monarquías. [ << ]

[1] Herzl, sionismo en la década de 1880: Shindler, *History* 10-17. Perfil asirio: Jabotinsky citado en Colin Shindler, *The Triumph of Military Zionism* 54-61, incluyendo árbol de Navidad. Desmond Stewart, *Herzl* 171-222, 261-2731. Sionismo, Herzl, nueva moda de antisemitismo racial: Brenner 256-267. Relaciones con los Rothschild, Ferguson 800-804. Tuchman 281-309. ¿Mayoría judía al llegar 1860?: Paolo Cuneo, «The Urban Structure and Physical Organisation of Ottoman Jerusalem in Context of Ottoman Urbanism», en *OJ* 218. Llegan los jasídicos y otros grupos: Gilbert, *Rebirth* 118-123 y 165-173; cultura hebrea 185-189, 207-215. Inmigración judía y cifras de población: Ben-Arieh 31-40 y 78 para las cifras de la primera *aliyá*. Primera *aliyá*, Hess, pogromos y reacción de Tolstoi Turguenev: Shmuel Ettinger e Israel Bartal, «First Aliyah, Ideological Roots and Practical Accomplishments», en *Cathedra* 2197-200. *Aliyá* yemenita: Nitza Druyon, «Immigration and Integration of Yemenite Jews in 1st Aliyah», en *Cathedra* 3193-5. Inmigración y bokharaníes: entrevista del autor con Shlomo Moussaieff. Karl Baedeker (1876), 186 judíos españoles frente a los miserables hermanos polacos. Kalischer, Alkalai y protosionistas primitivos: Green 322-324. Sionismo evangelista: W. E. Blackstone, en Obenzinger, *American Palestine* 269-270. Herzl y el sionismo: Gilbert, *Rebirth* 217-222. Zangwill, acuerdo de Galveston, África, Argentina; Angola y territorialismo: Obenzinger, *JQ*2003. Judíos en Jerusalén 1895: 28. 000; 1905: 35. 000; 1914: 45. 000: Krämer 102-111, 138; pogromos e incremento de la población judía 197-199. Martin Gilbert, *Churchill and the Jews*, territorialismo de Churchill en Tripolitania y Cirenaica 249. Kark 19-37. Barrios judíos: Gilbert, *Rebirth* 140-5. Tom Segev, *One Palestine Complete: Jews and Arabs under the British Mandate* 221-2231. Barrios periféricos judíos: Ben-Arieh 48-58. Herzl sobre un Monte del Templo extraterritorial: Wasserstein 320. Weizmann, *Trial and Error*: sobre el estilo de Herzl, carácter, no del pueblo 41, 63; sir Francis Montefiore, *A la verdad por el error*, p. 67, los Rothschild, sionismo herzliano 62-65. Aversión de los primeros sionistas por Jerusalén: Sufian Abu Zaida, «A Miserable Provincial Town»: el enfoque sionista a Jerusalén 1897-1937, *JQ* 32, otoño 2007. El intento de Rothschild de comprar el Muro: Pappe 116-1171. [ << ]

[2] Kaiser y Herzl en Jerusalén: *New York Times* 29 octubre 1898. Cohen, *Sacred Esplanade* 216-226. Cook, agente de viajes: *New York Times* 20 agosto 1932. Thomas Cook: Gilbert, *Rebirth* 154-160. Tiendas de campaña de lujo de Thomas Cook y Rolla Floyd: Vester 160-161. Tiendas de campaña de lujo para los turistas: Ruth y Thomas Hummel, *Patterns of the Sacred: English Protestant and Russian Orthodox Pilgrims of the Nineteenth Century*, fotografía. Káiser, judíos y Herzl: John Rohl, *Wilhelm II: The Kaiser's Personal Monarchy 1888-1900* 944-954; sobre la iglesia del

Redentor 899; sólo yo sé algo, y ninguno de vosotros sabéis nada 843; sobre los judíos 784. El káiser y el antisemitismo: John Rohl, *The Kaiser and his Court* 190-212; sobre los jolgorios sexuales en la corte y el caniche 16. Arquitectura alemana: Kroyanker 24. Visita a la Explanada de las Mezquitas: *OJ* 270-271. Vester 194-198. Silberman 162-163. Sean McMeekin, *The BerlinBaghdad Express*, sobre el káiser en Jerusalén y cartas al zar 14-16. Stewart, *Herzl* 261-273. Goldhill, *City of Longing* 140. Gilbert, *Rebirth* 2232271. Modernidad, káiser y fotografía: Victor-Hummel, «Culture and Image». 181-191. Photos: *OJ* 267. Ben-Arieh 76. Sobre la política árabe y Ruhi Khalidi: Marcus, *Jerusalem, 1913: Origins of Arab-Israeli Conflict* 39-44 y 991. Krämer 111-115. Uganda, tierra de Herzl: presentación de lord Rothschild, Ferguson 802-804. Herzl, Uganda, Lloyd George como abogado en las dos solicitudes de una patria en el Sinaí en 1903 y 1906: David Fromkin, *A Peace to End All Peace* (en adelante, Fromkin). 271-275. territorialismo churchilliano: Gilbert, *Churchill and the Jews* 249. Zangwill, acuerdo de Galveston, África, Argentina, Angola y territorialismo: Obenzinger, *JQ* 2003 17. Pappé 108-111. Ilan Pappé, «Rise and Fall of the Husaynis», parte 1, *JQ* 10, otoño 2000; «Husayni Family Faces New Challenges», parte 2, *JQ* 11-12, invierno 2001. Wasserstein 3201. Amy Dockser Marcus, *Jerusalem 1913: Origins of the Arab-Israeli Conflict* 30-60. Yusuf al-Khalidi al rabino principal de Francia Zadok Khan en Nusseibeh, *Country* 23. Kasmeh, «Leading Intellectuals of Late Ottoman Jerusalem», *OJ* 37-42. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 43

[\*1] Se proyectarían al menos treinta y cuatro diferentes planes en lugares tan variados como Alaska, Angola, Libia, Iraq y América del Sur. El plan para Alaska durante la segunda guerra mundial fue satirizado por Michael Chabon en su novela de intriga *The Yiddish Policeman's Union*. Políticos desde Churchill hasta FDR, Hitler y Stalin concibieron sus propios planes: antes de lanzar su ataque contra la Unión Soviética en 1941, Hitler planeó deportar a los judíos a una colonia de la muerte en Madagascar. Durante las décadas de 1930 y 1940, Churchill propuso una patria judía en Libia, mientras que en 1945, su ministro para las colonias, lord Moyne, sugirió el este de Prusia para los judíos. Como veremos más adelante, Stalin sí llegó a establecer de hecho una patria judía, y, durante la década de 1940 se planteó incluso la posibilidad de una Crimea judía. [ << ]

[\*2] Irónicamente, mientras los occidentales releen las superficiales memorias de los visitantes europeos, esta soberbia crónica de la ciudad, que abarca cuarenta años hasta la creación del estado de Israel y más adelante, sólo ha sido publicada en árabe. [ << ]

[\*3] El propio Serguei, promotor de la presencia rusa, hacía tiempo que estaba muerto. En 1905, dimitió finalmente de su cargo como gobernador general de Moscú, pero unos terroristas lo hicieron saltar en pedazos en el interior del Kremlin. Su esposa Ella salió corriendo y gateando por el suelo, recogió los trozos del cuerpo de su esposo, aunque sólo un trozo de torso sin brazos y un fragmento del cráneo y mandíbula eran identificables. Visitó en prisión al asesino de su esposo antes de ser ejecutado. Después, sucedió a Serguei en la presidencia de la Sociedad Palestina, ahora supervisada personalmente por Nicolás II. Sin embargo, Ella se enemistó con su hermana, la emperatriz Alexandra, a causa del creciente poder de Rasputín. Trágicamente, Ella regresaría a Jerusalén. [ << ]

[\*4] A su regreso a Rusia, Rasputín retomó su papel íntimo en el seno de la familia imperial. Publicó *Mis pensamientos y reflexiones: breve descripción de un viaje a los Santos Lugares* en plena guerra mundial, en 1915, cuando Nicolás se hallaba al frente del ejército ruso, y había dejado a Alexandra, asesorada por Rasputín, como monarca de hecho para gobernar el interior del país, con unas consecuencias desastrosas. Rasputín era analfabeto; el libro parece haber sido dictado, y se dijo que la propia emperatriz lo había corregido. Había sido proyectado para fomentar su imagen de respetable peregrino en un momento en el que estaba en la cima del poder y de la impopularidad, pero ya era demasiado tarde y fue asesinado poco tiempo después.

[<<]

[\*5] Los amigos de Parker eran el capitán Clarence Wilson, el comandante Foley, que había participado en el ataque de Jameson en el Transvaal, el honorable Cyril Ward, tercer hijo del conde de Dudley, el capitán Robin Duff, primo del duque de Fife, y el capitán Hyde Villiers, primo del conde de Jersey; también los escandinavos conde Herman Wranhel y un tal Van Bourg, un místico que irritó al grupo cuando propuso que el tesoro podría estar realmente en el monte Ararat y no en Jerusalén.

[<<]

[\*6] Explicamos aquí por primera vez la historia completa de Parker, basada no sólo en sus cartas y cuentas, sino también en las profecías de Juvelius. Los agentes contratados por Parker todavía lo perseguían judicialmente en el año 1921 para cobrarle los honorarios impagados. Parker, que recuerda a Flashman, el protagonista de las novelas de George MacDonald Fraser, se escondió en el cuartel general y esquivó las trincheras de la primera guerra mundial, nunca se casó pero mantuvo a múltiples amantes, heredó el condado de Morley y su casa señorial en 1951 y anunció orgulloso a su familia que tenía la intención de gastarse su herencia hasta el último penique. Incluso ya anciano, no había dejado de ser, en palabras de un familiar suyo, «un corrupto y vano, una oveja negra que no dejó nada, un personaje que dejaba caer nombres para darse pisto y un jactancioso». Vivió hasta 1962, pero nunca hizo referencia a Jerusalén y no se conocía la existencia de documentos al respecto, hasta que, en 1975, los abogados de la familia Parker encontraron una carpeta que devolvieron al sexto conde Morley. Durante muchos años, estos documentos permanecieron en el olvido, pero el conde y su hermano Nigel Parker tuvieron la amabilidad de ponerlos a disposición de este autor. Juvelius, que se convirtió en bibliotecario en Vyborg, escribió una novela basada en esta historia y falleció de cáncer en 1922. Este episodio dejó poca huella en Jerusalén, pero en los túneles de Ophel, donde Ronny Reich en la actualidad está realizando excavaciones en las enormes torres cananeas, una pequeña cueva conduce hasta un cubo abandonado que perteneció a Monty Parker. [<<]

[1] El retrato de Ben Gurion a lo largo de todo el libro está basado en la biografía de Michael Bar-Zohar, *Ben-Gurion*; David Ben-Gurion, *Recollections*; Weizmann; Shindler, *History and Military Zionism*; conversaciones con Shimon Peres e Yitzhak Yaacovy. Ben-Gurion, *Recollections* 34-43, 59-61. Bar-Zohar, *Ben-Gurion* 1-12, 26-28. Krämer 111-115. Filosofía política, artículos en 1914 y 1920: Shindler, *History* 21-35, 42-44 y 99-101. Weizmann: el ugandismo de Herzl y los planes de El Arish 119-122; reunión con Plehve y pogromos de Kishinev 109-118. *Protocols of Elders of Zion*: David Aaronovitch, *Voodoo Histories* 2248. Aversión de los primeros

sionistas por Jerusalén: Abu Zaida, «A Miserable Provincial Town», *JQ* 32, otoño 2007. [[<<](#)]

[2] Revolución de los Jóvenes Turcos y nacionalismo árabe: esta sección está basada en Wasif Jawhariyyeh, *Al Quds Al Othmaniyah Fi Al Muthakrat Al Jawhariyyeh*, vol. 1: 1904-1917, vol. 2: 1918-1948, traducido al inglés para este libro por Maral Amin Quttieneh (en adelante, Wasif). Algunas de las anotaciones de los diarios usadas son 1160, 167, 168-169, 190, 204, 211, 217, 219, 2311. También está basada en: Tamari, «Jerusalem's Ottoman Modernity», *JQ* 9, verano 2000. Sobre los cafés, la atmósfera, mujeres en la ciudad: Salim Tamari, «The Last Feudal Lord in Palestine», *JQ* 16, noviembre 2002. Salim Tamari, «The Vagabond Cafe and Jerusalem's Prince of Idleness», *JQ* 19, octubre 2003. Antebi: Marcus, *Jerusalem 1913* 50-73. Baedeker sobre la ciudad de las no distracciones: Gilbert, *Rebirth* 154-160. Baedeker (1912) XXII, 19, 57. Sobre el nacionalismo árabe y la revolución de los Jóvenes Turcos, cita de Khalil Sakakini: Norman Rose, *A Senseless Squalid War: Voices from Palestine* 8. Renacimiento árabe, nacionalismo decepcionado, Jóvenes Turcos: Rogan 147-149. Shindler, *History* 23-28. Jóvenes Turcos, el Comité de Unión y Progreso se hace con el poder, nacionalismo turco, ascenso de Enver: Efraim Karsh e Inari Karsh, *Empires of the Sand: Struggle for Mastery in the Middle East 1789-1923* (en adelante, Karsh). 95-117. Véase también: P. S. Khoury, *Urban Notables and Arab Nationalism: The Politics of Damascus 1860-1920*. Sobre el CUP: Mazower, *Salonica* 272-290. Fútbol, escuela: Pappe 124-126; primer nacionalismo 127-129; antisiónismo 39-461. [[<<](#)]

[3] Peregrinaciones rusas, Rasputín: G. E. Rasputin, *Moi mysli i razmyshleniia. Kratkoe opisanie putestviya po svyatyam mestam i vyzvannye im razmyshleniya po religiozным voprosam* 60-74. Vestiduras, viaje 3-10; kavass 35; alojamiento 44-46; occidentales 55; Sepulcro 62-64; corrupción en Jerusalén, 69-76; Pascua 101-110; alcohol en el complejo 118; Fuego Sagrado 126-128; abrazos en la calle 130-132. tiroteo ruso en el Sepulcro; Martin Gilbert, *Jerusalem in the Twentieth Century* (en adelante, Gilbert, *JTC*). 20. Eduard Radzinsky, *Rasputin* 180-3. Hummel, *Patterns of the Sacred* 39-61. [[<<](#)]

[4] Esta crónica está basada en los archivos familiares de la familia Parker: un agradecimiento especial al actual conde de Morley y a su hermano el honorable Nigel Parker por su ayuda y documentos. *The Times* (Londres). 4 mayo 1911. *New York Times* 5 y 7 de mayo 1911. Comandante Foley, *Daily Express* 3 y 10 octubre 1926. Philip Coppens, «Found: one Ark of the Covenant?», *Nexus Magazine* 13/6, octubre-noviembre 2006. Silberman 180-188. Sobre los disturbios y jolgorios: Vester 224-230. Pappe 142. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 44

[\*1] Ruhi Khalidi falleció a causa de una fiebre tifoidea aquel mismo año, y mucha gente estaba convencida de que había sido envenenado por los Jóvenes Turcos. [ << ]

[\*2] Cemal odiaba el nacionalismo judío o cualquier cosa que supusiera el dominio judío, pero al mismo tiempo intentó obtener su apoyo: le ofreció a Henry Morgenthau, el embajador estadounidense en Estambul, la posibilidad de comprar el Muro de las Lamentaciones y les reiteró la oferta a los judíos de Jerusalén. [ << ]

[\*3] Leah Tennenbaum se casaría más tarde con un abogado cristiano, Abcarius Bey, treinta años mayor que ella y que le construyó una mansión, Villa Leah en Talbieh. Leha lo abandonó, pero su marido le alquiló Villa Leah al exiliado emperador de Etiopía, Haile Selassie. Más tarde, la casa pertenecería a Moshe Dayan. [ << ]

[1] 1910-1914. Rogan 147-149. 1908 hasta el ascenso de Enver: Karsh 95-117. Majower: 280-290 Excitación de 1908: Marcus, *Jerusalem 1913* 66-68, 186. Jóvenes Turcos y los tres pachás: Finkel 526-532. El reloj de Abdul-Hamid: Krämer 75. Visita del profesor Eitel Fritz en 1910, peleas en el Sepulcro; Gilbert, *JTC* 20-24; acuerdo sionista y política 25-401. Jerusalén como una Babel por Weizmann 3-4. Wasserstein 70-81. Augusta Victoria: Storrs 296. Golpe de estado de Enver: Karsh 94-101. Pappe 139-150. [ << ]

[2] Cemal Pasha, primera guerra mundial. Llegada de Pasha, y «precioso» desfile del jeque de La Meca Sayeed Alawi Wafakieh con la bandera verde, Wasif 1:167. Kress von Kressenstein sobre el desfile del jeque y la expedición de Suez, Sean McMeekin, *Berlin-Baghdad Express*, 166-179. Cemal, al-Salahiyya, visita de Enver: Wasif 1232. *OJ* 57-62. Pappe 150-159. La mayor parte de las citas de Cemal procede de los diarios de su secretario privado Falih Rifki citado en Geoffrey Lewis, «An Ottoman Officer in Palestine 1914-1918», en Kushner, *Palestine in the Late Ottoman Period* 403-414, o de Djemal Pasha, *Memoirs of a Turkish Statesman 1913-1919*. Franz von Papen, *Memoirs* 70. Terror, planificación urbana en Damasco: Burns, *Damascus* 263-265. Rudolf Hoess, *Commandant of Auschwitz* 38-41. Rudolf Hess: Vester 209 y 263. Sobre la alta política y lo militar: Karsh 105-117; ataques a Suez 141; represión de los sionistas, círculo de espías NILI 160-170. Krämer 143-147. Finkel 533-540. Sobre la declaración de la guerra y fidelidad a al-Aqsa, conde Ballobar y Cemal: Segev, *Palestine* 15-20. Ahorcamiento del muftí de Gaza: Storrs 371; judíos le dan la bienvenida a Kressenstein 288; sobre Ballobar 303. Llegada de

los armenios: Hintlian, *History of the Armenians in the Holy Land* 65-66. Gilbert, *JTC* 41-45. Carácter de Cemal: Vester 259-267; plan de destrucción de Jerusalén 81; Rudolf Hess en Jerusalén 208-209 y 26-31. Fromkin: terror de Cemal 209-211. Campaña militar: Roger Ford, *Eden to Armageddon: World War I in the Middle East* 311-3611. Cemal lleva a Faisal a los ahorcamientos; Cemal, Enver, los más implacables: T. E. Lawrence, *Seven Pillars of Wisdom* (en adelante, Lawrence). 46, 51. El principio de la guerra: George Hintlian, «The First World War in Palestine and Msgr1. Franz Fellingner», in Marion Wrba, *Austrian Presence in the Holy Land in the 19th and Early 20th Century* 179-193. Wasserstein 70-81. Represiones de Cemal: Karsh 161-170. [[<<](#)]

[3] Muerte y sexo bajo Cemal. Esta sección se basa en los diaristas Wasif, Ihsan Turjman y Khalil Sakakini. Pensamiento político, vida de Jerusalén, nacionalismo, Cemal y la depravación de los turcos, prostitutas en las escuelas, en las fiestas turcas, en la calle, Tennenbaum: Salim Tamari, «The Short Life of Private Ihsan: Jerusalem 1915», *JQ*30, primavera 20071. Vester, 264-267, 270-2711. Wasif 1160, 167, 168-169, 190, 204, 211, 217, 219, 231. Tamari, «Jerusalem's Ottoman Modernity», *JQ* 9, summer 2000. Adel Manna, «Between Jerusalem and Damascus: the End of Ottoman Rule as Seen by a Palestinian Modernist», *JQ* 22-23, otoño-invierno 2005. Represiones de Cemal: Karsh 161-170. Sobre el nacionalismo sirio y el terror: véase Khoury, *Urban Notables and Arab Nationalism*. Pappe 150-1591. Oferta del Muro de las Lamentaciones a los judíos: Henry Morgenthau, *United States Diplomacy on the Bosphorus: The Diaries of Ambassador Morgenthau 1913-1916* 400: mi agradecimiento a George Hintlian por atraer mi atención sobre esto. Cemal y judíos, Albert Antebi exiliado en octubre de 1916; le pregunta a Cemal «¿Qué le ha hecho usted a mi Jerusalén?»: Marcus, *Jerusalem 1913* 138-144; 156-9. Judíos, deportaciones, cansado de ahorcar, Aaronsohn y NILI: Karsh 166-170. La propuesta de paz de Cemal: Raymond Kevorkian, *Le Génocide des Arméniens* cap. 7. Prostitución: Vester 264. Leah Tennenbaum y Villa Leah: Segev, *Palestine* 7. Sobre Cemal, Leah Tennenbaum, banquetes y *bons mots* sobre los tres pachás, véase conde de Ballobar, *Diario de Jerusalén*26 mayo de 1915 y 9 de julio de 1916. Sobre el análisis de Ballobar, véase R. Mazza, «Antonio de la Cierva y Lewita: Spanish Consul in Jerusalem 1914-1920», y «Dining out in times of War». *JQ* 40, invierno 2009, y 41, primavera 2010. Sobre el comentario de Ballobar sobre Cemal, «bon garçon»: Storrs 303-304. Véase también R. Mazza, *Jerusalem from the Ottomans to the British*. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 45

[\*1] Tomaron el nombre de la dinastía de Hachem, el bisabuelo del Profeta. Descendían de Mahoma a través de la hija de éste, Fátima y de su nieto Hassan, de ahí el título de jerife, *sheriff*. Ellos se llamaban a sí mismos hachemitas, y los británicos los llamaban «the Sherifians», los jerifianos. [ << ]

[\*2] Al principio, Sykes se había planteado entregar Jerusalén a Rusia, cuyos peregrinos, antes de estallar la guerra, eran mayoría. A Rusia ya le habían prometido Estambul, a lo que Sykes y Picot añadieron franjas del este de Anatolia, Armenia y Kurdistán. [ << ]

[\*3] Hoess, el futuro comandante de las SS en Auschwitz, donde millones de judíos fueron gaseados e incinerados durante el Holocausto, se estaba planteando en aquel momento una carrera sacerdotal en la iglesia Católica. Jerusalén «desempeñó un papel fundamental en mi subsiguiente renuncia a la fe. Como devoto católico, me asqueó el cinismo con el que los representantes de las numerosas iglesias de la ciudad comerciaban con las supuestas sagradas reliquias». Herido en la rodilla y condecorado con la Cruz de Hierro, Hoess, a quien «le disgustaban las manifestaciones de afecto», fue seducido por una de las enfermeras alemanas: «Caí bajo el embrujo mágico del amor». Fue ahorcado en abril de 1947. Por pura coincidencia, un «turbulento» joven alemán que colaboraba con la American Colony en el traslado de heridos cerca de la iglesia de Notre Dame era el hijo del vicedcónsul alemán: Rudolf Hess, el futuro lugarteniente de Hitler de la Alemania nazi, y que más tarde volaría a Escocia en una demente misión de paz en 1941, tras lo cual, pasó el resto de su vida en prisión. [ << ]

[\*4] La expresión ha quedado en el inglés británico y de los países de la Commonwealth para expresar que una cosa es sencilla de hacer, o que un problema tiene fácil solución. Algo parecido, aunque no exactamente equivalente a nuestro «¡y ya está!», o «esto es cosa hecha». (*N. de la T.*). [ << ]

[\*5] En *Tancred*, una de las novelas más populares de Disraeli, Tancredo, el hijo de un duque, viaja a Jerusalén donde un judío profetiza que «los ingleses conquistarán esta ciudad, y la conservarán». [ << ]

[\*6] La misión de Lloyd George era ganar la guerra y cualquier otra cosa quedaba supeditada a dicha victoria. No resulta sorprendente entonces que también estudiara una cuarta opción para Oriente Medio: estaba negociando indirectamente y muy en



secreto con los tres pachás con respecto a una paz otomana que traicionaría a judíos, árabes y franceses, y que dejaría Jerusalén bajo el dominio del sultán. «Casi en la misma semana en la que nos comprometemos a asegurar Palestina como patria para el pueblo judío», escribiría un exasperado Curzon, «¿debemos plantearnos la posibilidad de dejar que la bandera turca siga ondeando en Jerusalén?». Estas negociaciones no dieron ningún resultado. [ << ]

[1] El retrato de Lawrence, salvo otras indicaciones, está basado en Jeremy Wilson, *Lawrence of Arabia: The Authorized Biography of T. E. Lawrence*, Lawrence, acción y reflexión: Wilson, *Lawrence* 19; sobre el jerife Hussein 656 y su incapacidad para gobernar 432; opiniones probritánicas y proárabes de Lawrence 445; exigencias «tragicómicas» del jerife 196; Hogarth sobre Lawrence como el espíritu de McMahon en movimiento y revuelta 213; primer plan para el libro de Jerusalén, *Los siete pilares* 74; Jerusalén y Beirut, camareros de hotel cansados 184-185; sobre las cartas de McMahon y negociaciones, y plan para incluir Jerusalén en Egipto 212-218; Gertrude Bell sobre la inteligencia de Lawrence 232; Lawrence sobre el carácter de Abdalá y de Faisal 305-309 y 385-387; su concepto de la guerra de guerrilla y de la insurgencia 314; muertes, Buffalo Bill 446; sobre la comedia sexual 44; 27 artículos sobre cómo liderar una insurgencia árabe 960-965; ropa 333-335; Sykes 230-233; no soporta las mentiras 410-412; Sykes-Picot, Lawrence informa a Faisal 361-365; plan de Áqaba 370-381; ejecuta a un asesino 383; descripción estadounidense de Lawrence en Versailles 604-605. La falta de escrúpulos de Lawrence, «un genio para alejarse del centro de atención»: Margaret Macmillan, *Peacemakers: The Paris Peace Conference of 1919 and its Attempt to End War* 399-4011. George Antonius, *The Arab Awakening: The Story of the Arab National Movement* 8-12, 245-250. Rogan 150-157. Karsh sobre Lawrence y la revuelta árabe: el hombre del oro 191. Janet Wallach, *Desert Queen: The Extraordinary Life of Gertrude Bell*: imp 299. Dinastía hachemita y jerifiana: Avi Shlaim, *Lion of Jordan: The Life of King Hussein in War and Peace* 1-10. Schneer 24-26. Lawrence: Storrs 467 y 202. Silberman 190-192. Ascendencia jerifiana y familia: Lawrence 48; Abdalá demasiado inteligente 64-67, 219-220; ropas árabes de Faisal 129; carácter de Lawrence, «mente rápida y silenciosa como un gato salvaje». 580-581; curiosidad egoísta 583; piedad hacia Faisal 582. Revuelta árabe: Karsh 199-221; Sykes-Picot 222-2431. Karl E. Meyer y S. B. Brysac, *Kingmakers: The Invention of the Modern Middle East* sobre la revuelta árabe, Sykes-Picot 107-113. Karsh: 171-221; Sykes-Picot 222-246. Fromkin 218-228; Kitchener y opiniones sobre Wingate y Storrs 88-105 y 142; Sykes 146-9; McMahon 173-187; Sykes-Picot 188-199. La crónica mejor detallada de McMahon sigue siendo Elie Kedourie, *In the Anglo-Arab Labyrinth: The McMahon-Husayn Correspondence and its Interpretations*. Schneer proporciona una excelente crónica 32-48 y 64-74. [ << ]

[2] Revuelta árabe, avance británico, Falkenhayn: Papen, 7-84. Cemal le enseña la Cúpula a Falkenhayn: *OJ* 276. Antonius, *Arab Awakening* 8-12, 245250. Rogan 150-157. Shlaim, *Lion of Jordan* 1-10. Lawrence: Storrs 467 y 202; Silberman 190-192. Sobre los jerifianos: Lawrence 48, 64-67, 219-220, 129, 582; sobre sí mismo 580-583. Conquista de Áqaba e informe a Allenby: Wilson, *Lawrence* 400-420; violación en Deraa 462-4641. Revuelta árabe: Karsh 171-221; Sykes-Picot 22-43. Meyer y Brysac, *Kingmakers* 107-113. Fromkin 88-105, 142; Sykes 146-149, 218-228; McMahon 173-187; Sykes-Picot 188-199; terror de Cemal 209-211; Cemal intenta hacerse con el poder 214-215. La propuesta de paz de Cemal. S. McMeekin, *Berlin-Baghdad Express* 294-2951. Scheer 87-103; sobre el círculo NILI 171-172. Visita de Enver: Wasif 1232-31. Enver, tiempos de guerra en Jerusalén: Vester 246-271. Sobre los círculos de espionaje, Sakakini, Levine, terror de Cemal, burdeles, NILI: Manna, «Between Jerusalem and Damascus», *JQ* 22-23, otoño-invierno 2005 (citando al policía de la seguridad turca Aziz Bey). Sakakini y Levine: Segev, *Palestine* 13-15. Aaronsohn: Fromkin 309. Marcus, *Jerusalem 1913* 149-151. [[<<](#)]

[3] Balfour, Lloyd George, Weizmann: documentos, motivos y proceso de redacción del borrador de la declaración: Doreen Ingrams (ed.), *Palestine Papers, 1917-1922: Seeds of Conflict* 7-18, citando de un informe de William Ormsby-Gore sobre los orígenes de la declaración 7-8; sobre la esperanza de lograr el apoyo de Rusia y EE. UU.; informe de Balfour al gabinete 9; actas del Consejo de Ministros 31 octubre citando a Balfour 16. John Grigg, *Lloyd George: War Leader* 339-357, en especial 347-349 sobre Weizmann; Lloyd George a Weizmann, cita; Samuel frío y seco; Asquith a Venetia Stanley sobre Lloyd George evitando que Jerusalén caiga en manos de la Francia atea; sobre el sionismo al servicio del imperio británico 349. R. J. Q. Adams, *Balfour: The Last Grandee* 330-335. MacMillan, *Peacemakers*: sobre el carácter de Lloyd George 43-51; sobre la frivolidad de Balfour, pañuelo de seda, genio judío, el sionismo, lo único que hizo digno de mención 424-426. Krämer 148-154 y 167. Segev, *Palestine* 33-50. Balfour sobre la propaganda en Rusia y EE. UU.: Rogan 153-156. Weizmann: Universidad Hebrea 100; primera reunión con Balfour 143-145; Jerusalén en 1906, compra de tierra para la universidad, por qué Jerusalén, 169-176 y 181; C. P. Scott, la versión de Lloyd George no es cierta, tal vez consiga Jerusalén 190-198; «¡Yo... un yid!». 207; opositores del sionismo, Claude Montefiore, Leopold de Rothschild, Edwin Montagu 200-230 y 252; viejos estadistas religiosos 226; entramado de relaciones personales 228; Alemania negocia con los sionistas 234-235; redacción de un borrador de la declaración 252-262; Weizmann confundido con Lenin 3581. Weizmann como un Lenin bien alimentado: MacMillan, *Peacemakers* 423. Sykes sobre los judíos negros, Schneer 44-46; Lloyd George sobre la raza de Samuel, 126; sobre los judíos británicos, sionistas frente a asimilacionistas,



los Rothschild, los Montefiore 124-161, Sykes sobre el poder de los judíos 166-168; poder para Sión, armenios, árabes (Sykes), sobre una posible paz otomana 349-359, cita de Curzon 3501. Sionistas alemanes, negociaciones con los otomanos alemanes (Cemal), promesa de Talaat al embajador alemán, y alarma de los británicos ante el sionismo como una idea alemana (sir Ronald Graham); McMeekin, *Berlin-Baghdad Express* 340-3511. Herbert Samuel, *Memoirs* 140. Meyer y Brysac, *Kingmakers* 112-126. Max Egremont, *Balfour* 293-296. Karsh 247-258. Fromkin 276-301, incluyendo Leo amory sobre la Biblia, Brandeis y Wilson. Avi Shlaim, *Israel and Palestine* 3-24. Lloyd George haciéndose con Palestina: Rose, *Senseless Squalid War* 16-17. Karsh 247-258. Gilbert, *Churchill and the Jews*: Churchill, Weizmann y acetona 23-30; profeta bíblico 951. George Weidenfeld, *Remembering My Good Friends* 201-220, sobre Weizmann, carácter y estilo. El apoyo de lord Rothschild al sionismo: Ferguson 977-981. Opiniones de los primeros sionistas: Abu Zaida, «A Miserable Provincial Town», *JQ* 32, otoño 2007. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 46

[\*1] Cemal regresó a Estambul en 1917, pero tras la rendición otomana, al año siguiente, huyó a Berlín donde escribió sus memorias. Fue asesinado en Tblisi, en 1922, por unos armenios en venganza por el genocidio armenio, aunque él había afirmado que «yo estaba convencido de que las deportaciones de los armenios causarían gran consternación», y es posible que dijera la verdad, puesto que explicó que «pude llevar a casi 150 000 a Beirut y Alepo». Talaat también fue asesinado; y Enver cayó en combate, liderando una revuelta turca contra los bolcheviques en Asia central. [[<<](#)]

[\*2] El 3 de diciembre, la policía secreta otomana irrumpió en casa de Sakakini que ocultaba al aventurero judío y espía Alter Levine, una amabilidad que sería casi el último ejemplo de la antigua tolerancia otomana entre judíos y árabes. Ambos fueron detenidos y enviados a Damasco, adonde llegaron después de recorrer todo el camino a pie. [[<<](#)]

[\*3] El chico árabe que sostenía la histórica sábana clavó la escoba en el suelo, pero fue sustraída por el fotógrafo sueco. Los británicos amenazaron con detenerle, ante lo cual aceptó entregársela a Allenby, quien la donó al museo imperial de la guerra donde se conserva en la actualidad. [[<<](#)]

[\*4] Uno de los oficiales de Allenby era el capitán William Sebag-Montefiore, de treinta y dos años de edad, sobrino nieto de sir Moses Montefiore, quien solía explicar que, próximos a Jerusalén, una hermosa mujer árabe le hizo señas de que se acercara y le condujo hasta una cueva donde descubrió y detuvo a un grupo de oficiales otomanos. [[<<](#)]

[\*5] Los Nusseibeh afirman que cuando le enseñaron la iglesia a Allenby, éste les pidió las llaves. «Ahora que las cruzadas ya han terminado», dijo, «le devuelvo las llaves, pero éstas no son las de Omar ni las de Saladino, sino las que le entrega Allenby». La historia la explica Hazem Nusseibeh, el ministro jordano de Asuntos Exteriores durante la década de 1960, en sus memorias publicadas en el año 2007. [[<<](#)]

[\*6] Storrs hizo un emocionante descubrimiento en la iglesia del Santo Sepulcro. Ante la gran furia de los sacerdotes griegos, encontró la tumba del último cruzado en la puerta sur, la de uno de los firmantes de la Carta Magna y tutor de Enrique III llamado Philip d'Aubeny, tres veces cruzado que murió en Jerusalén en el año 1263

durante el reinado de Federico II. Storrs colocó soldados británicos para custodiar la tumba. [ << ]

[\*7] El autor juega con la palabra «store», comercio y el nombre del gobernador militar, Storrs. (*N. de la T.*). [ << ]

[\*8] Los Husseini estaban prosperando: ahora ya poseían más de cinco mil hectáreas de Palestina. El alcalde Husseini gozaba de la misma popularidad entre árabes y judíos, y a Storrs le caía bien el muftí Kamil al-Husseini. Hasta entonces, el muftí había sido solamente el director de la escuela Hanafi de ley islámica (favorecida por los otomanos), en realidad, cuatro escuelas. Storr le ascendió a gran muftí, no sólo de las cuatro escuelas de Jerusalén, sino de toda Palestina. El muftí exigió que su hermano menor, Amin al-Husseini se uniera al príncipe Faisal en Damasco cuando la ciudad cayera, y Storrs aceptó. [ << ]

[\*9] Los griegos se peleaban con los armenios por la división de la Tumba de la Virgen. Los armenios peleaban con los jacobitas siríacos por el cementerio del monte Sión y por la propiedad de la capilla de San Nicodemo en la iglesia del Santo Sepulcro, donde ortodoxos y católicos peleaban por la utilización de la escalera norte en el Calvario y por la propiedad de una franja de suelo en el arco oriental entre las capillas latinas y ortodoxas. Los armenios peleaban con los ortodoxos por la propiedad de una escalera en el ala este de la entrada principal, y por el derecho de barrerla. Y los coptos peleaban con los etíopes por el precario estado del tejado del monasterio de los etíopes. [ << ]

[1] Caída de la ciudad, rendición. Órdenes de Lloyd George a Allenby, Jerusalén en Navidad: Grigg, *Lloyd George: War Leader* 339-343. Alemanes impávidos por la retirada, Storrs 303-305; comandante bien educado 292. Alter Levine y Sakakini: Marcus, *Jerusalem 1913* 149-151. Levine y Sakakini, cita de Sakakini sobre la artillería: Segev, *Palestine* 30. Moshe Goodman, «Immortalizing a Historic Moment: the Surrender of Jerusalem», en *Cathedra* 3280-21. Vester 273-280. Reunión de los Husseini; vírgenes casaderas; blusa y sábanas: Pappé 162-166. Diario del obispo Mesrob Neshanian citado en Hintlian, «First World War in Palestine and Msgr. Franz Fellinger», en Wrba, *Austrian Presence* 179-193. Rumores, debate con Sakakini, alemanes frente a los turcos con respecto a la rendición: Tamari, «Last Feudal Lord in Palestine», *JQ* 16, noviembre 2002. Manna, «Between Jerusalem and Damascus», *JQ* 22-23, otoño-invierno 2005. Diario: K. Sakakini 20 enero de 1920. Nacionalismo árabe sirio: Nasser Eddin Nashashibi, *Jerusalem's Other Voice: Ragheb Nashashibi and Moderation in Palestinian Politics 1920-1948* (en adelante, Nashashibi). 134-135, 130-131; Ben Gurion y Alami sobre el pequeño sofá 69. Faisal y Weizmann:

Krämer 158-162. Carruaje robado a la American Colony: Frederick Vester a Storrs 14 marzo de 1919, archivos del American Colony Hotel. Furia antisemita de los turcos en Jerusalén: Ballobar, *Diario* 30 noviembre 1917. [[<<](#)]

[<sup>2</sup>] Allenby: Grigg, *Lloyd George: War Leader* 342-345. Wasif 2280. Storrs 305-307. Lawrence 330; sobre Jerusalén 341, 553; violación de Lawrence en Deraa, entrada en la ciudad, pensamientos sobre la violación mientras Allenby pronuncia su discurso; efectos posteriores del trauma de la violación 668. Absurdamente infantil: Wilson, *Lawrence* 459-466: Gilbert, *JTC* 45-61. Segev, *Palestine* 23-24 y 50-55. Libro de Allenby: Meyer y Brysac, *Kingmakers* 109. Allenby y Storrs en Jerusalén: Fromkin 308-329. Consejo del Ministerio de la Guerra: Elon, *Jerusalem* 167. Vester 278-280. Allenby y comentarios cruzados a Husseini y a los Nusseibeh: Nusseibeh, *Jerusalemites* 426-427. Gracias a mi prima Kate Sebag-Montefiore por investigar el papel de William Sebag-Montefiore en Palestina. Gracias a Peter Sebag-Montefiore y a su hija Louise Aspinall por el archivo privado del comandante Geoffrey Sebag-Montefiore: informes citados del 24 de abril 1918 (sexo con mujeres locales); prevalencia de enfermedades venéreas 11 junio de junio de 1918; enfermedades venéreas incontrolables 16 de junio de 1918; vigilancia de los santos lugares 23 de junio de 1918; cuerpo montado del desierto en los burdeles 29 de junio de 1918; burdeles problemáticos y enfermedades venéreas descontroladas 14 de julio de 1918; traslado de burdeles, treinta y siete detenidos 18 de agosto de 1918; mujeres por el mal camino 1 de septiembre de 1918; burdeles enfermedades venéreas, nada más que informar 8 de septiembre de 1918; australianos en los burdeles 13 de octubre de 1918 y 18 de noviembre de 1918. Pappé 165-175: magrebís interesados en la venta del Muro 234. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 47

[\*1] Storrs describió a Rutenberg, un revolucionario socialista ruso, a quien Kerensky había nombrado vicegobernador de Petrogrado en 1917, «el más extraordinario de todos». Había estado al mando del Palacio de Invierno antes del ataque de los guardias rojos de Trotsky. Rutenberg era un hombre «fornido, poderoso, siempre vestido de negro, la cabeza dura como el granito, que tenía una forma de hablar en voz amenazante y baja, brillante y fascinante», pero también «versátil y violento». En 1922, Churchill apoyó a Rutenberg, un ingeniero, en su intento de construir una planta hidroeléctrica que proporcionara electricidad a toda Palestina. [[<<](#)]

[\*2] El término «palestino» llegó a significar la nación árabe palestina, pero durante la primera mitad del siglo xx, a los judíos se los conocía como palestinos, o palestinos judíos, y a los árabes, como árabes palestinos. Weizmann, en sus memorias (publicadas en 1949), cuando escribe «palestino» quiere decir «judío». Un periódico sionista llevaba el nombre de *Palestine*, y otro árabe, el de *Filistin*. [[<<](#)]

[\*3] El anciano Hussein se convirtió en el rey Lear de Arabia, obsesionado por la ingratitud filial y la perfidia británica. Lawrence, en su última misión, fue enviado a convencer al amargado rey de que llegara a un compromiso con la hegemonía anglofrancesa, o perdería la financiación de los británicos. Lloró, se enfureció y se negó a ello. Al cabo de poco tiempo, Hussein era derrotado por Ibn Saud y abdicaba a favor de su hijo mayor, que se convirtió así en el rey Alí. Sin embargo, los saudíes conquistaron La Meca, Alí fue expulsado e Ibn Saud se declaró a sí mismo rey de Hiyaz, y después de Arabia Saudí. Los dos reinos, Arabia Saudí y la Jordania hachemita, todavía están gobernados por su familia. [[<<](#)]

[\*4] El estadounidense Lowell Thomas, de Colorado, de veinticinco años de edad, hizo una fortuna con *La última cruzada*, un espectáculo itinerante que explicaba las aventuras de «Lawrence de Arabia». Un millón de personas asistieron a este espectáculo sólo en Londres, y más aún en Estados Unidos. Lawrence lo despreciaba y le gustaba mucho, y asistió al espectáculo al menos en cinco ocasiones. «Vi su espectáculo y, gracias a Dios, las luces estaban apagadas», escribiría. «Se ha inventado una especie de fantasma estúpido, un ídolo de *matinée* disfrazado». Lawrence terminó sus memorias utilizando aquel antiguo título, *Los siete pilares de la sabiduría*, un trabajo cremoso y barroco, aunque poético, una mezcla de historia, de confesión y de mitología: «Prefiero mentiras a la verdad, en especial cuando están relacionadas conmigo», bromearía. Con todo, y a pesar de todos sus defectos, es sin

duda una obra maestra. Después, Lawrence se cambió el nombre, se incorporó a la fuerza aérea y se retiró a la oscuridad, falleciendo en un accidente de moto en el año 1935. [ << ]

[\*5] Lord Randolph Churchill hizo amistad con los Rothschild y con otros judíos cuando relacionarse con ellos suponía un cierto riesgo para los aristócratas. En una ocasión en la que llegó a una fiesta en una casa particular, un aristócrata lo saludó: «Qué, lord Randolph, ¿no ha traído usted a sus amigos judíos?», a lo que Randolph contestó: «No, no creo que a ellos les hiciera gracia su compañía». [ << ]

[1] Storrs, de lo más brillante: Lawrence 56-57. Lawrence visita y conoce a Lowell Thomas: Wilson, *Lawrence* 489; actitud de Faisal y de Lawrence hacia el sionismo, esperanzas de los consejeros judíos sionistas y de los financieros en la Siria de Faisal, Lawrence sobre el sionismo y carta a Sykes, reuniones de Faisal con Weizmann cerca de Áqaba y en Londres 442-444, 513-514, 514 y 576-577; reunión en Londres del 12 de diciembre de 1918, Faisal y Weizmann, Faisal afirma que hay sitio en Palestina para cuatro o cinco millones de judíos 593. Shindler, *Military Zionism* 61-67. Artículo de Ben Gurion «Towards the Future» acerca de una Palestina compartida, sobre Jabotinsky y artículo «Iron Wall». 1923: Shindler, *History* 26-30; Jabotinsky, fascistas, Duce como búfalo 1311. Weizmann: Jabotinsky 86; sobre Allenby, Storrs, *Protocols of Elders of Zion* 265-281, 273; sobre las reuniones de Faisal y Lawrence 293-296; fundación de la Universidad Hebrea 296; disturbios de Nabi Musa 317-321. *Protocols of Elders of Zion*: Aaronovitch, *Voodoo Histories* 22-48. Actitud de los primeros sionistas: Abu Zaida, «A Miserable Provincial Town», *JQ* 32, otoño 2007. Pappé 166-187: el cargo de gran muftí; territorios de Husseini y cooperación con el rey Faisal; carrera de Musa Kazem 111-112; Amin en Damasco 170-171; Nabi Musa 189-203. [ << ]

[2] Herbert Samuel, llegada: Storrs 352-358 y 412-414. Carácter más bien rígido: Segev, *Palestine* 155. Oyster: Schneer 122-126. Frío, seco: Lloyd George citado en Grigg, *Lloyd George: War Leader* 348. Acartonado: Edward Keith-Roach, *Pasha of Jerusalem* 73. Chaim Bermant, *The Cousinhood: The Anglo-Jewish Gentry* 329-354. Política: Krämer 213-224. Segev, *Palestine* 91-99. Gilbert, *JTC* 88. Samuel, *Memoirs* 154-1751. Luke y Keith-Roach, *Handbook of Palestine* 86-101. Jabotinsky, revisionismo: Shindler, *Military Zionism* 50, 6165, 85-92; Samuel y el balfourismo diluido 1-32. Filosofía política de la evolución, cooperación socialista y desplazamiento hacia un pragmatismo implacable, hombre fuerte del sionismo, artículos en 1914 y 1920: Shindler, *History* 21-351. Abu Zaida, «A Miserable Provincial town», *JQ* 32, otoño 2007. [ << ]

[3] Churchill: Martin Gilbert, *Churchill: A Life* 428-438; también Gilbert, *JTC* 92. Gilbert, *Churchill and the Jews*, ensayo juvenil de WsC 1; parlamentario por Manchester y primeras reuniones con Weizmann 7-15; el sionismo y la primera guerra mundial 24-33; acerca del artículo sobre el judío internacional 37-44, citando un discurso de Sunderland y el *Illustrated Sunday Herald* 8 de febrero de 1920; viaje del ministro para las colonias a El Cairo y Jerusalén 45-64; concesión de Rutenberg 78-85; crea Transjordania «un domingo por la tarde». 109. Los reinos de Faisal y Abdalá: Shlaim, *History* 11-20. Lawrence como asesor, la vulgaridad de Hussein: Wilson, *Lawrence* 540; solución jerifiana, conferencia de El Cairo y reuniones de Jerusalén con Abdalá, Lawrence sobre Churchill 643-663 y 6741. Karsh 309-325, especialmente 314-416, 3181. Rogan 178-185. Fromkin 424-6, 435-448, 504-529. Khoury, *Urban Notables and Arab-Nationalism* 80-90. El Cairo: Wallach, *Desert Queen* 293-301. Segev, *Palestine* 143-145. Krämer 161-163. Saudies frente a jerifianos: Rogan 179-184. Sobre Lawrence y la última cruzada: Fromkin 498-499. Faisal, Lawrence y el sionismo: Weizmann 293-296. Thomas y Lawrence: Oren, *Power* 399-402. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 48

[\*1] Los Nashashibi afirmaban descender del potentado mameluco del siglo XIII, Nasir al-Din al-Naqashibi, que había prestado servicio como superintendente de los dos Haram (Jerusalén y Hebrón). De hecho, descendían de mercaderes del siglo XVIII, fabricantes de arcos y flechas para los otomanos. El padre de Ragheb había hecho una enorme fortuna y se había casado con una Husseini. [[<<](#)]

[\*2] *Plummy* es un término ligeramente despectivo para designar a las personas de la alta sociedad británica con su peculiar manera de hablar. Podría traducirse como «pijo». (*N. de la T.*). [[<<](#)]

[\*3] Con la ayuda de Von Papen, el oficial que en 1917 había querido con tanta insistencia salvar la reputación de Alemania en Jerusalén. Papen, antiguo canciller, le había aconsejado al presidente Hindenburg que le diera el cargo a Hitler, convencido de que su camarilla aristocrática podría controlar a los nazis: «En menos de dos meses tendremos a Hitler tan acorralado que nos pedirá auxilio». Papen fue designado vicescanciller de Hitler, pero dimitió al cabo de poco tiempo para ocupar el cargo de embajador de Alemania en Estambul. Fue juzgado en Nuremberg, pasó algunos años en prisión y murió en 1969. [[<<](#)]

[\*4] Mientras los británicos se planteaban la posibilidad de limitar la inmigración a Sión, Joseph Stalin estaba construyendo su propia Jerusalén soviética. «El zar no les dio ninguna tierra a los judíos, pero nosotros se la daremos», anunció. Tenía puntos de vista contradictorios con respecto a los judíos. En un famoso artículo de 1913 en el que abordaba la cuestión de la nacionalidad, Stalin había declarado que los judíos no eran una nación, sino «místicos, intangibles y extraterrenales». Una vez en el poder, prohibió el antisemitismo, que calificó de «canibalismo», y en 1928 aprobó la creación de una patria laica judía con el *yiddish* y el ruso como lenguas oficiales. Inaugurada en mayo de 1934, la Sión de Stalin, la Región Autónoma Judía, era un desierto, Birobidzhan, en la frontera china. Después de la segunda guerra mundial y del Holocausto, su ministro de Asuntos Exteriores, Vyacheslav Molotov, y otros respaldaron la creación de otra patria judía en Crimea, una región más atractiva, la California estalinista, lo que, al final, despertaría el feroz antisemitismo de Stalin. En 1948, en Birobidzhan vivían treinta y cinco mil judíos. En la actualidad, la región sobrevive habitada por unos pocos miles de judíos y todos los carteles están escritos todavía en *yiddish*. [[<<](#)]

[\*5] La comisión Woodhead de 1938 afirmó que entre 1919 y 1938, la población



árabe de Palestina había aumentado en 419 000 personas y la población judía, en 343 000. [ << ]

[\*6] Antonius, hijo de un rico comerciante de algodón libanés, nacido en Alejandría, educado en el Victoria College y en Cambridge, y amigo de E. M. Forster, era asistente del director de educación del mandato británico. Estaba escribiendo la crónica de la revuelta árabe y de la traición de los británicos, *The Arab Awakening*, uno de los textos fundamentales del nacionalismo árabe. Antonius asesoraba al muftí y a los altos comisionados británicos. La hija de Antonius, Soraya, escribiría más tarde posiblemente la mejor novela sobre este período basada en el ambiente de sus padres, *Where the Jinn Consult*. [ << ]

[\*7] En Jerusalén todavía quedaban muchos rusos blancos, y una gran duquesa regresó de forma póstuma. En 1918, los bolcheviques detuvieron a la viuda del gran duque Serguei, Ella, que había ingresado en un convento, le aplastaron la cabeza y la arrojaron al pozo de una mina en Alapaevsk, pocas horas después de que los bolcheviques asesinaran a su hermana, la emperatriz Alexandra, al emperador Nicolás II y a todos sus hijos. Cuando los Blancos conquistaron Alapaevsk, descubrieron los cadáveres: el de Ella apenas se había descompuesto. Su cuerpo y el de otra monja, su devota compañera de convento, la hermana Bárbara, viajaron vía Pekín, Bombay y Port Said hasta Jerusalén donde fueron recibidas en enero de 1921 por sir Harry Luke, que tuvo que modificar su recorrido a través de la ciudad para evitar manifestaciones probolcheviques de los inmigrantes judíos. «Los dos féretros sin ningún adorno fueron descargados del tren. La pequeña comitiva circuló tristemente y sin llamar la atención hasta el monte de los Olivos», escribiría Louis, el marqués de Milford Haven quien, con su esposa Victoria, ayudó a transportar los féretros. «Las campesinas y los peregrinos rusos abandonados a su suerte, sollozando y lamentándose, llegaron casi hasta las manos para conseguir un trozo del féretro». Los Milford Haven eran los abuelos del príncipe Felipe, duque de Edimburgo. Elizabeth, la nueva mártir, fue canonizada y descansa en un sarcófago de mármol blanco con cubierta de vidrio en la iglesia de María Magdalena que ella y su marido construyeron. Tal como ella deseaba, sus restos, cubiertos por un sudario bajo el cual asoman unas exquisitas zapatillas blancas, descansan en aquel lugar, frente a la Puerta Dorada, a punto para alzarse de nuevo el día del Juicio Final. Una parte de sus santas reliquias han sido devueltas a su convento de Marta y María en Moscú. [ << ]

[\*8] Era miembro de una de las familias más grandes. La casa de los Alami sigue siendo la más extraordinaria de Jerusalén: en el siglo XVII, la familia compró una casa adyacente a la iglesia del Santo Sepulcro, con la que en realidad comparte una parte del tejado de la que los Alami son propietarios; la vista desde allí es impresionante.

El edificio, que contiene vestigios bizantinos, cruzados y mamelucos, sigue siendo propiedad de Mohamed al-Alami, uno de cuyos primos ocupa el cargo de jeque de la *janqah salahiyya* de Saladino, el edificio contiguo. [ << ]

[\*9] Hamas, la organización musulmana palestina en Gaza, fue inspirada por Qassam, de ahí que le diera el nombre de brigada Qassam a su brazo armado; sus misiles, por otra parte, son cohetes Qassam. [ << ]

[1] Husseini frente a Nashashibi. Retratos escritos con referencia a Mahdi Abdul Hadi (ed.), *Palestinian Personalities: A Biographical Dictionary*. Muftí, carácter, carrera: Pappé 169-173; selección de alcalde y de muftí 201, 212-2451. Gilbert Achcar, *The Arabs and the Holocaust: The Arab-Israeli War Narratives* (en adelante, Achcar) sobre las políticas y el carácter del muftí 123-130; sobre la megalomanía 127, variedad de opiniones árabes, liberales, marxistas nacionalistas, islamistas 41-123; cita 52. Partidos políticos, sobre el muftí rubio, bromas sin gracia: entrevista del autor con Nasser Eddin Nashashibi. Nashashibi 14-19; elección del muftí 38 y 126-128; muftí líder 79; diferencias entre el muftí y Nashashibi 75; sir Arthur Wauchope provoca la caída de Nashashibi 32. Wasserstein 324-327. Krämer 200-207 y 217-222. Sobre los notables y las rivalidades: Benny Morris, *1948: A History of the First Arab-Israeli War* 13-14. Muftí, cazador furtivo, británicos intimidados: Weizmann 342. Totalitarismo ilustrado: Keith-Roach citado en Segev, *Palestine* 4-9. Muftí, causa justa, método poco acertado e inmoral: John Glubb Pasha *A Soldier with Arabs* 41. Únicas cualificaciones, pretensión de familia: Edward Keith-Roach, *Pasha of Jerusalem* 94. Sari Nusseibeh, *Once Upon a Country*: desastroso 36. Proyección de santidad e importancia del Haram para la nación: Krämer 237 y redención de la tierra 251-253; partidos políticos familiares 239-240. Tamari, «Jerusalem's Ottoman Modernity», *JQ* 9, verano 2000. Tamari, «Vagabond Café and Jerusalem's Prince of Idleness», *JQ* 19, octubre 2003. Sobre Haile selassie y reyes: John tleel, «I am Jerusalem: Life in the old City from the Mandate Period to the Present», *JQ* 4, primavera 1999. Amos Oz, *A Tale of Love and Darkness* (en adelante, Oz). 23, 38-42, 62, 118-119, 307, 324, 325, 329. Planes de partición: Wasserstein 108-112. Shlaim, *Israel and Palestine* 25-36. «Harem Beauties Drive Fords thro Jerusalem», *Boston Sunday Herald* 9 de julio de 1922. Antipatía de los británicos hacia los judíos: John Chancellor citado en Rose, *Senseless Squalid War* 31; fácil ver por qué preferían los árabes a los judíos, Richard Crossman 32. Vida de la alta sociedad británica y la fiesta de cambio de parejas de George Antonius: Segev, *Palestine* 342-345; Ben Gurion, evolución de sus opiniones y propuestas a Musa Alami y a George Antonius 275-277. Stalin y Birobidzhan: Simon Sebag Montefiore, *Stalin: Court of the Red Tsar* y *Young Stalin*; Arkady Vaksberg, *Stalin Against the Jews* 5. [ << ]

[2] Levantamiento de Buraq y los días posteriores: Wasif 2484. Pappé 233-245. Achcar 128-133. Nusseibeh, *Jerusalemites* 39-43. Ilan Pappé, «Haj Amin and the Buraq Revolt», *JQ* 18, junio de 2003. Shindler, *Military Zionism* 94-1041. Keith-Roach, *Pasha* 119-122. Nusseibeh 31. Rogan 198-201. Krämer 225-237. Segev, *Palestine* 296-333. Gilbert, *JTC* 119-128. A. J. Sherman, *Mandate Days: British Lives in Palestine* 73-93. El muftí visita al cónsul nazi: Jeffrey Herf, *Nazi Propaganda for the Arab World* 16-17 y 29. Citas de Koestler: Michael Scammell, *Koestler: The Indispensable Intellectual* 55-65. Ben Gurion, evolución, socialismo, pragmatismo: Shindler, *History* 21-35. Libro Blanco, carta negra, Passfield: Weizmann 409-416; depuesto como presidente 417-4221. Caída de Weizmann, ascenso de Ben Gurion, Jabotinsky como Il Duce: Bar-Zohar, *BenGurion* 59-67. [[<<](#)]

[3] La vida durante el mandato británico. Arquitectura: Kroyanker 143-651. *Boston Sunday Herald* 9 julio de 1922. Antisemitismo británico: John Chancellor citado en Rose, *Senseless Squalid War* 31; Richard Crossman 32. Vida de la alta sociedad británica, fiesta de Antonius: Segev, *Palestine* 342-350; entrevista del autor con Nasser Eddin Nashashibi. Kai Bird, *Crossing Mandelbaum Gate* (en adelante, Bird), incluyendo la cita «era traviesa», matrimonio abierto 16-19 y 22-42. Coronel P. H. Massy, *Eastern Mediterranean Lands: Twenty Years of Life, Sport and Travel* 69-70. Cacerías, etc.: Keith-Roach, *Pasha* 89; ciudad moderna, salón de belleza 95; Plumer y Chancellor actor atractivo 99/100. Pelea entre latinos y griegos con paraguas: Harry Luke, *Cities and Men: An Autobiography* 207; personal 213; vida 241-245; maestro de ceremonias 218. King David Hotel: Gilbert, *JTC* 101-119 y 130. Avión privado: John Bierman y Colin Smith, *Fire in the Night: Wingate of Burma, Ethiopia and Zion* 79. Plumer y Chancellor: Segev, *Palestine* 289. Vida de café: Tamari, «Vagabond Cafe and Jerusalem's Prince of Idleness», *JQ* 19 octubre de 2003. Vecindarios: Oz, *Tale* 23, 38-42. La familia May: Miriam Gross, «Jerusalem Childhood», *Standpoint* septiembre 20101. Entierro de la gran duquesa Ella: Warwick, *Ella* 302-312; Luke, *Cities and Men* 2141. Las grandes familias y los británicos: Storrs 423-425. Nusseibeh, *Country* 28-36, 62. Krämer 257-626. Congreve: Segev, *Palestine* 9; Wauchope y nueva sede del gobierno, cacería de patos 342-348. Nusseibeh, *Jerusalemites*: ciudad excitante 52; Katy Antonius 133; casas, librerías, familias, trajes blancos 409-425; única elección la rebelión armada 44-47. Cifras de inmigración: Segev, *Palestine* 37. Churchill y Moyne visitan el hotel King David: Gilbert, *Churchill and the Jews* 102; comisión Woodhead y aumento de la población de árabes y judíos 152; asociación y carácter de Ben Gurion y Weizmann 76-79; negociaciones con Musa Alami 82-87; sobre la vida amorosa 118-119. Sobre los libros y lecturas de Ben-Gurion: conversación del autor con Shimon Peres. El chiste de Ben Gurion sobre Napoleón: conversación con Itzik Yaacovy. Carácter de

Weizmann y actitud hacia Ben Gurion: Weidenfeld, *Remembering my Good Friends* 201-2201. Achcar, variedad de opiniones árabes, nacionalistas, liberales, marxistas e islamistas 41-123. Muftí y propuesta sionista de estados compartidos y organización legislativa en dos niveles: Pappe 226-228. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 49

[\*1] La expresión inglesa «Damascene conversion» hace referencia a la conversión de Pablo de Tarso en el camino de Damasco relatada en los Hechos de los apóstoles, 9. Ha quedado en el idioma inglés como expresión del momento en el que se produce un gran cambio de ideología en una persona. (*N. de la T.*). [ << ]

[\*2] Wingate se haría un nombre en Palestina. Churchill manifestó su admiración por él, y más tarde le ayudó en su carrera. En 1941, la Wingate Gedeon Force contribuyó a liberar Etiopía de los italianos, y después, ya como general de división, creó y mandó los Chindits, las mayores fuerzas especiales de los Aliados en toda la guerra, que combatirían tras las líneas japonesas en Birmania. Murió en un accidente aéreo en 1944. [ << ]

[\*3] En Grecia, una princesa que tenía un especial vínculo con Jerusalén fue una de esas valientes gentiles que protegieron a los judíos. La princesa Andrew de Grecia, nacida princesa Alicia de Battenberg, bisnieta de la reina Victoria, arriesgó su vida al ocultar a la familia Cohen, una viuda y sus dos hijos, mientras los nazis asesinaban a sesenta mil judíos griegos. En 1947, su hijo, el príncipe Felipe, teniente en la Royal Navy, se casaba con la princesa Isabel, que accedería al trono cuatro años más tarde. La princesa Andrew tomó los hábitos y fundó una nueva orden, igual que su tía, la gran duquesa Ella. Vivió en Londres, pero decidió que quería ser enterrada en Jerusalén. Cuando su hija protestó aduciendo que era un viaje muy largo para los visitantes, la princesa replicó: «¡Tonterías! Hay un servicio de autobús perfecto desde Estambul». Murió en 1969, pero hasta 1988 no fue enterrada en la iglesia de María Magdalena, cerca de su tía Ella. En 1994, el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, asistió en el Yad Vashem, el monumento en memoria del Holocausto en Jerusalén, a la ceremonia que honraba a su madre como una de las personas «justas entre las naciones». [ << ]

[\*4] «Se sumó al delirio criminal de los nazis sobre “los judíos”», escribe el profesor Gilbert Achcar en su libro *Les Arabes et la Shoah*, «mientras evolucionaba hasta convertirse en el mayor de todos los crímenes contra la humanidad». Achcar añade: «Es innegable que el muftí abrazó la doctrina antisemita de los nazis, fácilmente compatible con el fanático antijudaísmo del mundo panislámico». En un discurso pronunciado en Berlín en 1943 con ocasión del aniversario de la declaración de Balfour, dijo: «Viven como parásitos entre los pueblos, les chupan la sangre, pervierten su moral. Alemania está claramente resuelta a encontrar la Solución Definitiva al peligro judío que eliminará el azote que los judíos representan para el

mundo». En sus memorias escritas en su exilio libanés, mostró su agrado por el hecho de que «las pérdidas [de los judíos] durante la segunda guerra mundial representaron más del 30 por 100 del total de su población, mientras que las pérdidas de los alemanes fueron menos significativas», y citando los *Protocolos* y el mito de la «puñalada en la espalda» de la primera guerra mundial, justificaba el Holocausto puesto que no había ningún otro modo de reformar científicamente a los judíos. [[<<](#)]

[\*5] En la década de 1930, el emperador, conocido con el nombre de Ras Tafari antes de su entronización, inspiró a los rastafaris, aparecidos en Jamaica y que el cantante de *reggae* Bob Marley hizo famosos. Bob Marley aclamó a Selassie como el León de Judá y la Segunda Venida de Cristo. Etiopía y África eran la nueva Sión. Haile Selassie fue asesinado por la organización marxista Dergue en 1974. [[<<](#)]

[1] Rebelión árabe: Krämer 259-265. Rogan 204-207. Morris, 1948 18-201. Achcar 133-140; amplitud de las opiniones árabes 41-133. Bandas de tarboush: Nashashibi 97-103 y 46-57. Wasif 2539-49. Métodos implacables: Segev, *Palestine* 350-352, 361-374, 382-388, 402, 414-443. Nusseibeh, *Jerusalemites* 42-49: primeros disparos. Revuelta, Wingate, igual que Lawrence: Weizmann 489-491 y 588. Destrucción del compromiso y Judah Magnes: Oren, *Power* 436-438. Walid Khalidi, *From Haven to Conquest*, 20-22, 33-35 Abd al-Kadir Husseini, retrato escrito con referencia a Hadi, *Palestinian Personalities* 1. Pappe citado 278; violencia del muftí 246-282; Abd al-Kadir 225; 260-262; 269; 292-296. [[<<](#)]

[2] Wingate y Dayan, rebelión árabe: Wasif 2539-49. Métodos implacables: Segev, *Palestine* 400-402, 414-443. Bierman y Smith, *Fire in the Night* 29-30, 55-130. Moshe Dayan, *Story of my Life* (en adelante, Dayan). 41-47; ejecuciones de Montgomery: Rose, *Senseless Squalid War* 45. Walid Khalidi, *From Haven to Conquest*, 20-22, 33-35. Dayan: Ariel Sharon, *Warrior* 76, 127, 222. Revuelta, contención: Segev, *Palestine* 420-443; Wingate, negociaciones 489-491 y 588. Wasserstein 115-116. Ben Gurion se alza como el hombre fuerte del sionismo: Shindler, *History* 21-35; contención 35-36; Sadeh y Wingate 36-381. Conferencia en el palacio de St James, Libro Blanco, guerra: Bar-Zohar, *BenGurion* 93-105. Moderados debilitados: Oren, *Power* 436-438. Jerusalén perdida a los árabes el 17 de octubre de 1938: Pappe 287; Abd al-Kadir Husseini 292-296. [[<<](#)]



## CAPÍTULO 50

[\*1] Esta descripción es la de Arthur Koestler, el escritor que había llegado a Jerusalén como un sionista revisionista en 1928, pero que se había marchado al cabo de poco tiempo. En 1948, Koestler regresó para cubrir la guerra de independencia, y entrevistó a Begin y a Ben Gurion. [ << ]

[\*2] Aquel verano, Churchill le había escrito a Stalin proponiendo una conferencia de los Aliados en Jerusalén: «Hay hoteles de primera clase, sedes del gobierno, etc., y el mariscal Stalin podría llegar en tren especial con todo tipo de protección desde Moscú hasta Jerusalén». El primer ministro británico adjuntaba incluso el itinerario: «Moscú, Tíblisi, Ankara, Beirut, Haifa y Jerusalén». En lugar de Jerusalén, se reunieron (con el presidente Roosevelt) en Yalta. [ << ]

[\*3] En la actualidad, es un museo dedicado a los combatientes de la resistencia judía que fueron encarcelados allí. El hostel Nikolai era el último de los hostales de peregrinos rusos construidos, con habitaciones para mil doscientos peregrinos y que había inaugurado en 1903 el príncipe Nicolás Romanov. [ << ]

[\*4] Uno de los muertos en este atentado fue Julius Jacobs, primo de este autor, funcionario británico y judío. [ << ]

[\*5] DSO (Distinguished Service Order), MC (Military Cross). [ << ]

[\*6] Farran siguió siendo un héroe de guerra para las fuerzas de seguridad británicas. En 1949, tras no conseguir un escaño en el Parlamento escocés, emigró a Canadá donde se dedicó a la agricultura. Fue elegido diputado en Alberta, llegó a ministro de Telecomunicaciones, y fiscal general, y obtuvo una cátedra en ciencias políticas. Murió en el año 2006 a la edad de ochenta y seis años. Hace poco tiempo, a Rubowitz le dedicaron una calle en el este de Talpiot, en Jerusalén. [ << ]

[1] El muftí en Berlín, segunda guerra mundial: Herf, *Nazi Propaganda for the Arab World*, con Hitler 73-79, 185-189; con Himmler 199-203. opiniones sobre el Holocausto y los judíos: Morris, *1948* 21-22. Achcar: opiniones extremistas del muftí; opiniones del muftí no representativas de los árabes 140-1521. Pappé 305-317. Decadencia de Asmahan: Mansel, *Levant* 306-307; Philip Mansel, *Asmahan, Siren of the Nile* (manuscrito no publicado). Tiempos de guerra: Nusseibeh, *Jerusalemites* 49-511. Rogan 246-2501. Dayan 48-741. Krämer 307-310. Pappé 305-317. Temores judíos en la segunda guerra mundial; Wasif 2558-60; Abd el-Kadir Husseini 2601-2. Musa Budeiri, «A Chronicle of a Defeat Foretold: the Battle for Jerusalem in the

Memoirs of Anwar Nusseibeh», *JQ* 3, invierno/primavera 2001. Begin estrecho de miras y nada poético: Rose, *Senseless Squalid War* 63-65. Notas de Koestler sobre Begin y Ben Gurion: Scammell, *Koestler* 331. Choque sionista militar entre Begin y Jabotinsky: Shindler, *Military Zionism* 205-212, 219-223, carácter de Begin e ideología, incluyendo la cita sobre el cazador del antiguo embajador israelí en el Reino Unido y cita parafraseada sobre la ideología maximalista y el judaísmo emocional: Shindler, *History* 147-150. Pappe 323-327. Menachem Begin, *The Revolt* (en adelante, Begin). 25; *Shofar* en el Muro 88, 91; Descartes 46-47; ataques en Jerusalén 49, 62; operaciones y mando conjunto 191-197; King David 212-220. Christopher Andrew, *Defence of the Realm: The Authorized History of MI5* 352-366, incluyendo la bomba en el hotel King David 353. Población 93 000: Wasserstein 121; plan de MacMichael 116; plan de Fitzgerald y Gort 120-123; comisión angloamericana de Truman 122; población cien mil 128. Fiestas de Katy Antonius: entrevista del autor con N. Nashashibi. Stalin y FDR en Yalta: S. M. Plokhy, *Yalta: The Price of Peace* 343. Vaksberg, *Stalin Against the Jews* 139. FDR, Stalin y Truman sobre el sionismo: Morris, *1948* 24-25. Churchill y Stalin en Jerusalén: Gilbert, *Winston S. Churchill* 7. 1046-7, 1050, 1064, gracias a sir Martin Gilbert por llamar mi atención sobre esto. Truman y la fundación de Israel: citas de David McCullough, *Truman* 415 y 595-620. Truman, carácter: Oren, *Power* 475-477. Lord Moyne, oferta de Prusia Oriental: Bar-Zohar, *Ben Gurion* 106. Divorcio de Katy Antonius, muerte de George, relación con Barker: Segev, *Palestine* 480, 499; también, obituario de Katy Antonius, *The Times* 8 de diciembre de 1984; entrevista del autor con N. Nashashibi; Bird 16-19 y 37-431. [[<<](#)]

[2] 1947/Farran: Rogan 251-262. Krämer 310-312. Pappe 328-341. Gilbert, *JTC* 186-271. Gilbert, *Churchill and the Jews*, discurso «Senseless Squalid War». 261-267. La historia de Farran está basada en David Cesarani, *Major Farran's Hat: Murder, Scandal and Britain's War Against Jewish Terrorism 1945-1948*: las medidas de Montgomery y la intensificación del terrorismo 10-58; carácter de Farran 63-81; estilo de realizar tareas policiales y secuestro 90-98; juicio 173-174. *The Times* 6 de junio de 2006 obituario. Ben Gurion y el precio de lograr un estado: Wasserstein 125. Montgomery en casa de Katy Antonius: entrevista del autor con N. Nashashibi. Truman «erudito bíblico»: Clark Clifford citado en Rose, *Senseless Squalid War* 73. Actitud de EE. UU. y de los soviéticos con respecto a Palestina: Morris, *1948* 24-25. McCullough, *Truman* 415, 595-620. Truman, poner al más desvalido en la cumbre: Gilbert, *Churchill and the Jews* 2661. Comentarios antijudíos de funcionarios británicos: Efraim Karsh, *Palestine Betrayed* citando a Cunningham 75. Katy Antonius y Barker: Segev, *Palestine* 480, 499; también, obituario de Katy Antonius, *The Times* 8 de diciembre de 1984; entrevista del autor con N. Nashashibi: Bird 16-18 y 37-43. Churchill sobre el antisemitismo entre los funcionarios británicos: Gilbert



*Churchill, and the Jews* 190; Irgun, los peores gángsteres 270. Fuerzas de seguridad británicas: Andrew, *Defence of the Realm* 352-366; Keith Jefferey, *MI6* 689-697.  
[\[<<\]](#)

## CAPÍTULO 51

[\*1] Una jerosolimitana estadounidense mostró su indignación por esta política de Truman. Aunque la American Colony, en cuyo edificio ondeaba la bandera de la Cruz Roja, se había ganado fama de neutral, lo cierto es que Bertha Spafford ya no creía que el regreso de los judíos a Sión fuera un paso hacia la Segunda Venida, y se oponía al sionismo: «¿Cómo podemos nosotros, como estadounidenses en Palestina, justificar una acción así? Nos avergüenza reconocer que los políticos estadounidenses pueden inclinarse hacia un lado u otro para conseguir votos». En junio, y con el apoyo de los líderes árabes de Jerusalén y del comandante de la legión árabe, viajó a Washington para presionar a Truman en contra del reconocimiento del estado de Israel. El presidente Truman se negó a recibirla. [ << ]

[\*2] Dos primos de Hussein ejercían de ministro de Asuntos Exteriores y Defensa respectivamente, Anwar Nusseibeh era el secretario del gobierno, y el muftí presidía el Consejo Nacional Palestino. [ << ]

[\*3] En un ejemplo clásico de la competitividad religiosa de Jerusalén y de su capacidad de crear santidad a partir de la necesidad, los peregrinos judíos, despojados del Muro, rezaron en la tumba de David en el monte Sión, donde construirían más tarde el primer museo del Holocausto del país. [ << ]

[1] 1947-mayo 1948, Deir Yassin y Abd al-Kadir Hussein: Rogan 251-262. Wasserstein 133-424; cita de Nigel Clive sobre niños aplaudiendo, 1501. Abd al-Kadir Hussein, carácter: Hadi, *Palestinian Personalities*1. Ben Gurion: Oz, *Tale* 424. Dayan 48-74. Yitzhak Rabin, *The Rabin Memoirs* (en adelante, Rabin): infancia 1-10; batalla por Jerusalén 16-27. Krämer 310-3121. Gilbert, *JTC* 186-271. Nusseibeh, *Country* 38-56, incluyendo petición a Abdalá; heroico Abd al-Kadir Hussein 52-54; combates tras la votación en la UN 43; padre muerto de un tiro 56. Combates en Montefiore entre judíos, árabes y británicos: durante la batalla en Montefiore, 10 de febrero de 1948: Avraham-Michael Kirshenbaum cayó muerto por un francotirador británico en la batalla de Montefiore. Nusseibeh, *Jerusalemites* 64-65. Final del mandato: Wasif 2603-5. Abd el-Kadir Hussein: Wasif 2601-2. Budeiri, «Chronicle of a Defeat Foretold», *JQ* 3, invierno-primavera 2001. Abdalá: Shlaim, *Lion of Jordan* 20-49. Sobre el gobierno de Gaza y Palestina: Shlaim, *Israel and Palestine* 37-53. Oz, *Tale* 318-321; diario de Ben Gurion citado en 333; votación de la UN 343. Papel del muftí: Achcar 153-156. Esta crónica de la guerra está basada en Morris, *1948*, incluyendo el plan D 121; también en Shindler, *History*; Pappé 336-341; Rogan; *Nakhba* crónica personal de Wasif. Wasif 2603-5. Guerra, Abd al-Kadir Hussein y

crisis nerviosa: Nusseibeh, *Jerusalemites* 59-77. Declaración de independencia y elección entre nombres para el estado: Shindler, *History* 38-42; opinión de Ben Gurion 43-44 y 99-100; guerra y cantidad de tropas 46. Ejército Árabe de Liberación, cinco mil efectivos máximo: Morris, *1948*: 90; Jerusalén bajo Abd al-Kadir Husseini 91; guerra civil 93-132, incluyendo plan D 122; poema de Husseini y Kastel, mutilación de los cuerpos en Kastel 121-125; Deir Yassin 126-128; ataque del 13 abril contra las ambulancias de Hadassah 128-129; batalla por Jerusalén 129-132. Bertha Spafford Vester e intervención en la emboscada de los árabes al convoy de Hadassah: Bird 11. Abd al-Kadir Husseini, Deir Yassin y venganza y postales de cadáveres, plan D: Rogan 255-261. Guerra 262-269 y la catástrofe, *Nakhba*, origen de la palabra Achcar 268-269. Katy Antonius, mansión y cartas encontradas: Segev 480, 499. Bird 16 y 37-43. Batalla de Jerusalén: Bar-Zohar, *Ben-Gurion* 164-170. Abd al-Kadir Husseini y hermano Jalid Khaled: Pappe 334-335. Misión anti-israelí de Bertha Spafford a Estados Unidos y citas sobre Truman: Odd Karsten tveit, *Anna's House: The American Colony in Jerusalem* (Nicosia, Chipre, 2011), 389-394. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 52

[\*1] Ragheb Nashashibi, no obstante, estaba muriendo de cáncer. El rey lo visitó en el hospital Augusta Victoria. «En este edificio», dijo Abdalá, «en el verano de 1921, me reuní por primera vez con Winston Churchill». Nashashibi murió en abril de 1951 y fue enterrado en una pequeña tumba cerca de su palacete, que más tarde sería derribado para construir el hotel Ambassador. [ << ]

[\*2] La mayor de las cortes, la Ger, que lleva el nombre de un pueblo de Polonia y está gobernada por la familia Alter, usa sombreros de piel llamados *shtreimel*; los Belzer, de Ucrania, llevan caftanes y sombreros de piel; los Breslavers realizan sus rituales con cánticos y bailes místicos y exhibicionistas, y se les conoce como los «hippies jasídicos». [ << ]

[\*3] En 1957, se construyó Yad Vashem, «Un sitio y un nombre», en el monte Herzl, el monumento a los seis millones de judíos asesinados en el Holocausto. En 1965, abrió sus puertas el Museo de Israel, al que siguió el nuevo Knesset, ambos financiados por James de Rothschild, el mismo que había contribuido al reclutamiento de la Legión Judía en el ejército de Allenby. [ << ]

[1] Salvo indicaciones contrarias, esta crónica de la guerra está basada en Morris, 1948; Rogan 262-269, Pappe 323-341; y Shindler, *History* 45-49. Guerra regular 1948-1949, Abdalá: Abdalá bin Hussein, rey de Jordania, *Memoirs* 142-203. Shlaim, *Lion of Jordan* 20-49. Storrs 135. Luke, *Cities and Men* 243 y 2481. Abdalá: Lawrence 67-69, 219-221. Sobre el carácter de Abdalá: Hussein bin Talal, rey Hussein de Jordania, *Uneasy Lies the Head* 1-18. Rabin 16-27. John Glubb, *A Soldier with the Arabs*, sobre Abdalá 50-55, 271-275; la batalla 105-131; sobre Jerusalén 43-44, 213. Abdalá, «Quiero ser el jinete»: Karsh, *Palestine Betrayed* 96. Entierro de Hussein I en Burgoyne, *Mamluk Jerusalén* 358. La crónica de Abdalá y las negociaciones está basada en Avi Shlaim, *The Collusion Across the Jordan*, y Benny Morris, *The Road to Jerusalén: Glubb Pasha, Palestine and the Jews*. Krämer 315-319. Destrucción en el barrio judío: Elon, *Jerusalén* 811. Asesinato: entrevista del autor con el testigo N. Nashashibi. Hussein, *Uneasy Lies the Head* 1-9. Glubb, *Soldier with the Arabs* 275-279; Shlaim, *Lion of Jordan* 398-417. Pappe sobre el asesinato, y Musa al-Husseini 313 y 343-345. Nusseibeh, *Country* 62-75. Nashashibi 20-21, 215-220. Budeiri, «Chronicle of a Defeat Foretold», *JQ* 3, invierno/primavera 2001. Jerusalén dividida: Nusseibeh, *Country* 59-64; ciudad jordana 64-94. Oz, *Tale* 369-370. Caída de Jerusalén: Begin 160. Rey de Jerusalén: Wasserstein 165; nadie conquistará Jerusalén 169; Nabi Musa 188; leones y zoo 182. Nusseibeh,

*Jerusalemites* 59-77. Weizmann, presidente suizo, Weidenfeld, campaña de Jerusalén: Weidenfeld, *Remembering My Good Friends* 201-220. Entrevistas del autor con lord Weidenfeld. «Que los judíos se queden con Jerusalén»: Churchill citado por John Shuckburgh en Gilbert, *Churchill and the Jews* 292. Weizmann sobre su aversión por Jerusalén como presidente: Weizmann 169. Batalla de Jerusalén: Bar-Zohar, *Ben-Gurion* 164-170. Truman, «soy Ciro»: Oren, *Power* 501. [[<<](#)]

## CAPÍTULO 53

[\*1] Arafat afirmaba haber nacido en Jerusalén. Su madre era jerosolimitana, pero en realidad, nació en El Cairo. En 1933, a la edad de cuatro años, se fue a vivir con unos familiares suyos durante cuatro años al barrio magrebí cerca del Muro. [ << ]

[\*2] Mientras la tensión iba en aumento, un anciano visitó la ciudad por última vez, y el mundo apenas si prestó atención: Haj Amin Husseini, el antiguo muftí, rezó en la mezquita de al-Aqsa y después regresó a su exilio en el Líbano, donde murió en 1974. [ << ]

[1] Rey Hussein 1951-1967. Sucesión y primeros años de su reinado: Shlaim, *Lion of Jordan* 49; OLP 218-227; guerra 235-251. Nigel Ashton, *King Hussein of Jordan: A Political Life* (en adelante, Ashton). 13-26; guerra 113-1201. Hussein, *Uneasy Lies the Head* 110. Última visita del muftí marzo 1967; Pappé 346; Arafat, heredero del muftí 337. Renovaciones de la Cúpula, etc.: Cresswell en *OJ* 415-421. Entrevista del autor con la princesa Firyal de Jordania. Goldhill, *City of Longing* 38. Nusseibeh, *Country* 62-68; carrera del padre 72-75; ascenso de Arafat, Fatah 62-94. Budeiri, «Chronicle of a Defeat Foretold», *JQ* 3, invierno-primavera 2001. Oz, *Tale* 70. Puerta de Mandelbaum, ni puerta ni Mandelbaum, francotiradores, ciudad dividida, población: Wasserstein 40, 180-182, 191-192, 200. Vida en la Jerusalén dividida, puerta de Mandelbaum, regreso de Katy Antonius, pequeña ciudad, Bertha Spafford Vester: Bird 10-11; Katy Antonius, dragón y coqueta, café 16-20; cita de Kai Bird acerca de «una estridente serie de vallas, *ad hoc*». 19; los Mandelbaum 20-24; emigrado ruso frente a las iglesias soviéticas y pagos de la CIA 32, incluyendo la cita de Kai Bird sobre la guerra fría en Jerusalén (con el mismo ardor que en los oscuros callejones de Berlín); hotel Orient House 33. Nasser habla de Jerusalén: entrevista del autor con N. Nashashibi. Judíos ortodoxos: Yakov Lupo y Nitzan Chen, «The Ultra-orthodox», en O. Ahimeir e Y. Bar-Simon-Tov (eds.), *Forty Years in Jerusalem* 65-95. También: Yakov Loupo y Nitzan Chen, «The Jerusalem Area Ultra-orthodox Population», ms. Elon, *Jerusalem* 189-194. Ben-Gurion y Eichmann: entrevista con Yitzhak Yaacovy. Tranquilidad en el Haram, pocos visitantes musulmanes en la década de 1950: Oleg Grabar, *Sacred Explanade* 388. Hussein, OLP, plan del Reino Unido: Nusseibeh, *Jerusalemites* 133-153 [ << ]

[2] Guerra de los seis Días: este pasaje está basado en Michael B. Oren, *Six Days of War: June 1967 and the Making of the Modern Middle East*; Tom Segev, *1967: Israel, the War and the Year that Transformed the Middle East*; Shlaim, *Lion of Jordan*; Jeremy Bowen, *Six Days: How the 1967 War Shaped the Middle East*; y

Rogan 333-343, incluyendo conversación entre Nasser y Amer; y la esperanza de Nasser de reivindicar la victoria sin la guerra, nacionalismo palestino durante la posguerra, Arafat 343-3531. Nasser no era Abdalá: Nashashibi 228. Shlaim, *Lion of Jordan* 235-251. Ashton 113-120. Dayan 287-381. Gilbert, *JTC* 272-297. Personalidad de Dayan: Shindler, *History* 101. Sobre Dayan: conversación del autor con Shimon Peres. Michael Bar-Zohar, *Shimon Peres: A Biography* 87-90. Bar-Zohar, *Ben-Gurion* sobre la vida sexual de Dayan 118-119. Carácter de Dayan: Ariel Sharon, *Warrior* 76, 127, 222. [[<<](#)]

[<sup>3</sup>] Muro liberado: Dayan 13-17. Sobre Dayan: conversación del autor con Shimon Peres. Ashton 118-120, Shlaim, *Lion of Jordan* 248-251 y 258. Hussein llora por la ciudad: Noor, reina de Jordania, *Leap of Faith*, 75-771. [[<<](#)]

## EPÍLOGO

[\*1] Kollek, nacido en Hungría y educado en Viena, y que le debía su nombre de pila a Theodor Herzl, se había especializado en misiones secretas para la Agencia Judía, ejerciendo tareas de enlace con el servicio secreto británico durante la campaña contra el Irgun y la banda de Stern, antes de dedicarse a comprar armas para la Haganah. Más tarde, ocuparía el puesto de director de la oficina privada de Ben Gurion. Mientras tanto, la gran dama de la American Colony, Bertha Spafford Vester, que ya tenía en ese momento noventa años, se reconcilió con Israel: «He vivido bajo el gobierno de los turcos, de los británicos y de los jordanos y siempre nos entendimos muy bien. Haremos lo mismo con los israelitas». Falleció en junio de 1968. El alcalde Kollek se convirtió en un visitante habitual del Colony. [ << ]

[\*2] La principal investigación que trata de la demencia de Jerusalén describe a los pacientes típicos como «personas que se sienten muy identificadas con los personajes del Antiguo o del Nuevo Testamento, o que están convencidas de que son uno de estos personajes, y que suelen padecer un episodio psicótico en Jerusalén». Los guías turísticos deberían estar alerta con las personas que manifiestan: «1) agitación, 2) tendencia a apartarse del grupo, 3) obsesión por bañarse; tendencia a cortarse de forma compulsiva las uñas de pies y manos, 4) tendencia a preparar, en general con la ayuda de sábanas del hotel, una túnica tipo toga, siempre blanca, 5) necesidad de gritar, y de cantar versos bíblicos en voz alta, 6) tendencia a hacer procesiones a alguno de los Santos Lugares de Jerusalén, 7) tendencia a pronunciar un sermón en un santo lugar». Al parecer, el centro de salud mental Kfar Shaul en Jerusalén, especializado en este síndrome, se alza en el lugar que antes ocupaba el pueblo de Deir Yassin. [ << ]

[\*3] Faisal Hussein, el hijo de Abd el-Kadir, emergió como uno de los líderes de la Intifada. Hussein había recibido entrenamiento como experto en explosivos de al-Fatah y pasó años en las cárceles israelíes, las distinciones esenciales de cualquier líder palestino que se precie, pero, una vez excarcelado, fue uno de los primeros en aceptar las conversaciones con los israelíes, e incluso aprendió hebreo para poder explicarse con mayor claridad. Hussein había participado en las conversaciones de Madrid y, en ese momento, se convirtió en el ministro palestino para Jerusalén de Arafat. Tras el fracaso de las conversaciones de Oslo, los israelíes lo confinaron en su Orient House antes de acabar cerrándola. A su muerte, en el año 2001, fue enterrado, igual que antes su padre, en el Haram. Los palestinos perdieron al único líder que hubiera podido sustituir a Arafat. [ << ]



[\*4] Durante la década de 1950, los arqueólogos habían empezado a explorar los túneles bajo las casas de los árabes que rodeaban toda la muralla occidental de la Explanada de las Mezquitas, y el profesor Oleg Grabar, el futuro decano de los eruditos de Jerusalén, recuerda que en ocasiones aparecían de repente y como por arte de magia en los suelos de las cocinas de sus sorprendidos habitantes. Las investigaciones de los arqueólogos israelíes en los túneles dejaron al descubierto, y siguen haciéndolo, los hallazgos más espectaculares, desde las inmensas piedras de los cimientos del Templo de Herodes, pasando por edificios macabeos, romanos, bizantinos y omeyas, hasta una nueva capilla cruzada. Sin embargo, el túnel también contenía el lugar más cercano a la piedra fundacional del Templo, donde los judíos podían ahora rezar, y unificó Jerusalén uniendo los barrios judío y musulmán. [ << ]

[\*5] Estas luchas revelan las complejidades en ambas partes, que en ocasiones unían a árabes e israelíes: cuando el rabino Goren intentó requisar la casa de los Khalidi, situada en una altura que domina el Muro de las Lamentaciones, para instalar en ella una *yeshivá*, la señora Haifa Khalidi fue defendida en los tribunales israelíes por dos historiadores israelíes, Amnon Cohen y Dan Bahat, y en la actualidad, todavía vive en su casa sobre la famosa Biblioteca Khalidi. Cuando los judíos religiosos intentaron expandir sus excavaciones y sus asentamientos en Silwan, bajo la Ciudad de David, fueron detenidos por los pleitos legales interpuestos por los arqueólogos israelíes. [ << ]

[\*6] En los años 2009 y 2010, la población de la Gran Jerusalén era de 780 000 habitantes: 514 800 judíos (de ellos, 163 800 ultraortodoxos) y 265 000 árabes. En la Ciudad Vieja vivían unos 30 000 árabes y 3500 judíos. Y en los nuevos barrios periféricos de Jerusalén oriental vivían 200 000 israelíes. [ << ]

[\*7] En la democracia disfuncional israelí, gobernada por coaliciones débiles, las organizaciones nacional-religiosas han adquirido un poder cada vez mayor en asuntos como la planificación de Jerusalén y la arqueología. En el año 2003, las edificaciones israelíes se iniciaron en la significativa sección Este Uno (E1), al este de la Ciudad Vieja, que habría aislado Jerusalén oriental de Cisjordania, reduciendo así las posibilidades de creación de un estado palestino. Los liberales israelíes y Estados Unidos convencieron a Israel de detener estos planes, pero los proyectos de construcción de asentamientos judíos en los barrios árabes de Sheikh Jarrah y de Silwan siguen adelante. Silwan se alza junto a la antigua Ciudad de David, objeto de innumerables excavaciones, donde una fundación judía nacional-religiosa, Elad, financia las valiosas excavaciones arqueológicas y gestiona un centro de información donde se explica a los visitantes la historia de la Jerusalén judía. También planea

trasladar a los palestinos asentados a una zona residencial cercana para dejar espacio a más colonos judíos y a un parque dedicado al rey David llamado «Jardines del Rey». Este tipo de situaciones pueden poner en duda la profesionalidad de la arqueología. Los arqueólogos, escribe el doctor Raphael Greenberg, un historiador que ha hecho campaña contra este proyecto, representan un «enfoque académico laico», pero sus patrocinadores esperan obtener «resultados que legitimen sus conceptos de la historia de Jerusalén». Hasta el momento, los temores de Greenberg no se han materializado. La integridad de los arqueólogos es muy alta, como ya vimos antes, y las excavaciones actuales han puesto al descubierto murallas cananeas, no judías. No obstante, estos lugares se han convertido en puntos críticos que han provocado las protestas de los palestinos y de los israelíes liberales. [[<<](#)]

[\*8] La veneración de los rusos por Jerusalén se ha modernizado para adaptarse al nacionalismo autoritario fomentado por Vladimir Putin, quien, en 2007, supervisó la reunión entre al antiguo patriarcado soviético de Moscú y la iglesia Ortodoxa rusa blanca fuera de Rusia. Miles de peregrinos rusos volvieron a llenar las calles con sus cánticos. El Fuego Sagrado se envía a Moscú en un avión alquilado por una organización llamada Fundación del Centro para la Gloria Nacional del Apóstol Andrés, presidida por un potentado del Kremlin. Una cursi estatua dorada del «zar David» ha aparecido en el exterior de la Tumba de David. Un antiguo primer ministro, Stephan Stepashin, preside la restaurada Sociedad Palestina: «Una bandera rusa en el centro de Jerusalén», dice, «no tiene precio». [[<<](#)]

[\*9] Las grandes familias siguen siendo importantes en Jerusalén. Tras la muerte de Faisal Husseini, Arafat nombró representante palestino en Jerusalén al filósofo Sari Nusseibeh (primo de Weejah), a quien destituiría más tarde después de que Nusseibeh condenara los atentados suicidas. Nusseibeh, el fundador de la Universidad de al-Quds, sigue siendo el inconformista intelectual de la ciudad, admirado por todos, árabes e israelíes. En el momento de la redacción de este libro, el representante palestino en Jerusalén es Adnan al-Husseini; otro primo, el doctor Rafiq al-Husseini, asesora al presidente Abbas. En cuanto a los Khalidi, Rashid Khalidi, que ocupa la cátedra Edward Said de estudios árabes modernos en la Universidad de Columbia en Nueva York, ocupa el cargo de asesor de Barack Obama. [[<<](#)]

[\*10] En una última visita a Jerusalén en 1992 antes de su muerte, Edward Said describió la iglesia del Santo Sepulcro como «un lugar extraterrestre, gastado y poco atractivo, lleno de aburridos y anticuados turistas de mediana edad que dan vueltas por el lugar en una zona decrepita y mal iluminada donde coptos, griegos, armenios y otras sectas cristianas nutrían sus nada atractivos jardines eclesiásticos, a veces, en

descarado combate entre ellos». El signo más famoso de aquel combate es una pequeña escalera de mano perteneciente a los armenios colocada en el balcón en el exterior de la ventana a la derecha de la fachada de la iglesia que, según los guías turísticos, no puede ser movida sin que las otras sectas se apoderen de ella. De hecho, la escalera da acceso a un balcón donde el superior de los armenios solía tomar café con sus amigos y cuidar su jardín: la escalera está allí para que el balcón pueda limpiarse. A la derecha de la fachada se encuentra la puerta gris pequeña de la bodega que posee la colección completa de cruces de tamaño natural que se alquilan y que llevan los peregrinos a lo largo de la Vía Dolorosa: en Semana Santa, las cruces alcanzan tal demanda que se van recogiendo en tandas para que así estén preparadas y el siguiente grupo pueda comenzar a recrear el recorrido de Jesús camino de la crucifixión. [ << ]

[1] 1967-actualidad: población Wasserstein 212, 328-338; planes de paz 345; bandera blanca de los judíos laicos, caída de la proporción de judíos del 74 por 100 en 1967 al 68 por 100 en 2000. Cuarenta planes de paz para Jerusalén: Shlaim, *Israel and Palestine* 229, también 25-36; sobre Jerusalén 253-260. Población en el año 2000 incluyendo 140 000 judíos ortodoxos: Loupo y Chen, «Ultra-orthodox», Ahimeir y Bar-Simon-Tov, *Forty Years in Jerusalem* 65-951. Población en el 2008: cifras basadas en el Jerusalem Institute for Israel Studies. Después de 1967 y de la resolución 339 Rogan 242.«Jerusalem's Settlements», *The Economist* 3 de julio de 2010 «Jerusalem Mayor Handing City to Settlers». *Haaretz*, 22 de febrero de 2010 y «Jerusalem Master Plan», *Haaretz*, 28 de junio de 2010. Síndrome de Jerusalén: Yair Bar-El *et al*, *British Journal of Psychiatry* 176 (2000). 86-90. Opiniones de Bertha Spafford Vester sobre el dominio israelí, y muerte de Bertha Spafford, Odd Karsten Tveit, *Anna's House: The American Colony in Jerusalem* (Nicosia, Chipre, 2011), 398. [ << ]

[2] Esta somera crónica de la evolución política desde 1967 está basada, salvo indicaciones contrarias, en: Krämer; Rogan; Shindler, *History*. Arafat y Fatah: Rogan 343-353; reconocimeinto de Hussein de la OLP en Cisjordania 378; primera Intifada, Hamas y los papeles de Nusseibeh y Faisal Husseini 429-437 y 465-467; asentamientos de Netanyahu 476; segunda Intifada 478-4791. Años de la OLP: Achcar 211-231. Pappé: Arafat 337 y 351 (conexión Husseini); Faisal al-Husseini 348-349. Sobre la ideología de los asentamientos de Jerusalén y de Cisjordania: Ariel Sharon, *Warrior* 354-372; «consolidar Jerusalén como la capital permanente del pueblo judío ...y crear un anillo exterior de desarrollo alrededor de los barrios árabes». 359; «flujo de nacionalismo innovador». 364. Sobre Menachem Begin y el judaísmo redentorista y maximalista: Shindler, *History* 147-150. Sobre las conversaciones de paz: Shlomo Ben-Ami, *Scars of War, Wounds of Peace*, sobre

Sadat y Begin 146-171; las conversaciones de Oslo y Arafat sobre Jerusalén 247-284. En mi conclusión, me han ayudado mucho las siguientes y excelentes obras sobre historia, nacionalismo y ciudades: Sylvia Auld y Robert Hillenbrand, *Ottoman Jerusalem: Living City 1517-1917*; Philip Mansel, *Levant: Splendour and Catastrophe on the Mediterranean*; Mark Mazower, *Salonica: City of Ghosts*; Adam LeBor, *City of Oranges: Jews and Arabs in Jaffa*. Retratos palestinos escritos con referencia a: Hadi, *Palestinian Personalities*. Vínculos rusos modernos con Jerusalén: «Where Pity Meets Power», *The Economist* 19 de diciembre de 2009. Arqueología: véase Raphael Greenberg, «Extreme Exposure: Archaeology in Jerusalem 1967-2007», *Conservation and Management of Archaeological Sites 2009*, vol. 11, 3-4, 262-2811. Fundamentalismo islámico, cristiano y judío: sobre las conjeturas de los milenaristas estadounidenses con relación al armagedón; Sarah Palin, opiniones de los pentecostales sobre la Segunda Venida; profecías de la Última Lluvia; EE. UU. como la nueva Jerusalén: Sarah Curtis, «Sarah Palin's Jerusalem and Pentecostal Faith», *Colloquy Text Theory Critique* 17 (2009). 70-82. Numbers 19, expectativas apocalípticas modernas. Lawrence Wright, «Letter from Jerusalem: Forcing the End», *New Yorker* 20 de julio de 1998. Mezquita de Marwan Mosque frente al túnel del Templo, Temple Institute paralelo al Movimiento Islámico del Norte, plan para enterrar a Arafat en el Haram: Benjamin Z. Kedar y Oleg Grabar, «Epilogue», en *Sacred Esplanade* 379-388. Islamismo, Carta de Hamas, *Protocols: Achcar* 233-240. *Protocols of Elders of Zion: Aaronovitch, Voodoo Histories* 22-48, incluyendo la Carta de Hamas. Sobre la negación palestina de la herencia judía: Ben-ami 247-284; el estudio de Pa defiende que Kotel nunca formó parte del Monte del Templo, *Jerusalem Post*, 23 de noviembre del 2010. Sobre los retos que plantea la división de Jerusalén en uno o dos estados: Michael Dumper, «Two State Plus: Jerusalem and the Binational Debate», *JQ39*, otoño 2009. Sari Nusseibeh, «Haram al-Sharif», en *Sacred Esplanade* 367-373. Sepulcro: Nusseibeh, *Country* 72. Las religiones hacen caso omiso las unas de las otras: Ethan Bronner, «Jews and Muslims Share Holy Season in Jerusalem», *New York Times* 28 de septiembre de 2008. Citas de conversaciones del autor con Shimon Peres, Amos Oz, Rabbi S. Rabinowitz, Wajeeh al-Nusseibeh, Aded al-Judeh, Adeb al-Ansari y Naji Qazaz. [[<<](#)]